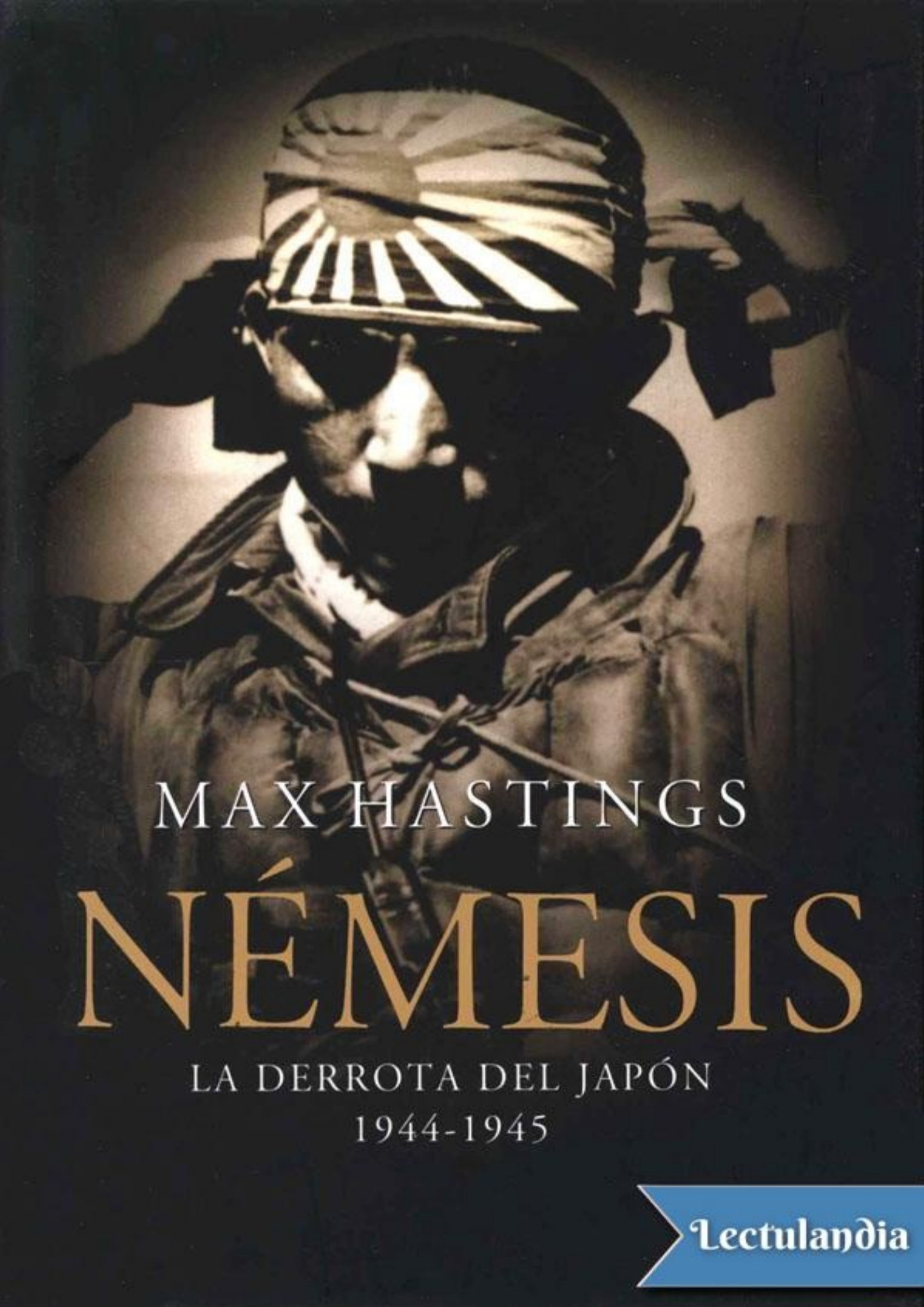


MAX HASTINGS

# NÉMESIS

## LA DERROTA DEL JAPÓN

1944-1945

Lectulandia

No hubo una Segunda Guerra Mundial, sino dos, completamente distintas: La que se desarrolló en Europa y la que tuvo por escenario el oriente de Asia y el Pacífico, con más de treinta millones de muertos. Este libro nos habla de esta «otra» guerra, no menos dramática y trascendental, pero hasta hoy demasiado olvidada.

Basándose en un gran trabajo de documentación y en la recogida de testimonios de los supervivientes. Hastings recupera esta epopeya en una sucesión de episodios que van desde la historia del «ejército olvidado» de los británicos en Birmania hasta la invasión soviética de Manchuria, pasando por los sufrimientos del pueblo chino, las grandes batallas navales, la brutalidad de los campos de prisioneros y de los barcos de la muerte, la lucha por las Filipinas, la sangrienta conquista de Iwo Jima, la destrucción de las ciudades japonesas incendiadas por los bombardeos con «napalm» o el drama secreto que se desarrolló en torno al palacio imperial de Tokio en los días de la capitulación.

Lectulandia

Max Hastings

# Némesis. La derrota del Japón 1944-1945

**ePub r1.0**
**JeSsE** 20.12.13

Título original: *Nemesis. The Battle for Japan, 1944-45*
Max Hastings, 2007
Traducción: Cecilia Belza & Gonzalo García
Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*En memoria de mi hijo Charles Hastings, 1973-2000*

*[La guerra] es humana, se vive como un amor o un odio… es, antes [que estratégica], una condición patológica, porque comporta accidentes que ni siquiera un médico experto podría haber confiado en evitar.*

MARCEL PROUST

*«Ahora se detendrán, sentirán horror por lo que han hecho», pensaba Pedro, que vagaba confuso tras una multitud de camillas que se alejaban del campo de batalla.*

PEDRO BEZUJOV EN BORODINO, 1812
TOLSTOI, *GUERRA Y PAZ*

*En 1944, no parecía haber ni la más mínima razón para suponer que la guerra podría terminar en 1945.*

CAPITÁN LUO DINGWEN
EJÉRCITO NACIONALISTA CHINO

# INTRODUCCIÓN

Sir Arthur Tedder, segundo de Eisenhower en el mando supremo de las fuerzas aliadas de Europa entre 1944 y 1945, dio a entender que los combatientes que desearan aprender para futuros conflictos deberían estudiar las fases iniciales de los ya pasados. Pues en ese caso, según escribió con tono compungido: «No hay ni grandes batallones ni cheques en blanco». En efecto, en las campañas iniciales de una guerra, las naciones que son víctimas, antes que iniciadoras, de una agresión disponen de pocas opciones. Luchan por la supervivencia con recursos inadecuados y, en muchas ocasiones, comandantes poco aptos para la labor; en suma, con todas las desventajas de combatir en las condiciones dispuestas por el enemigo. Más adelante, si se les concede el tiempo necesario para una movilización completa, quizá alcancen el lujo de gozar de alternativas; de un poder igual o incluso superior al del enemigo; y aun de la certidumbre de la victoria final, moderada solo por la polémica sobre cómo lograr tal fin con la mayor rapidez y economía. Tedder y sus compañeros aliados experimentaron todas estas sensaciones.

Para los estudiantes de Historia, sin embargo, la manera en la que concluyó la Segunda Guerra Mundial es aún más fascinante que la forma en la que se inició. Gigantes de las distintas naciones —o más bien, hombres mortales obligados a interpretar papeles de gigante— resolvieron los asuntos principales del siglo XX en escenarios de tierra, mar y aire, así como en los centros de análisis bélico de sus capitales respectivas. Algunas de las sociedades más pobladas de la tierra cambiaron radicalmente. La tecnología exhibió una madurez horripilante. Churchill dio al volumen final de sus memorias de guerra el título de *Triunfo y tragedia*.

Para millones de personas, los acontecimientos de 1944 y 1945 trajeron consigo la libertad y el fin de las privaciones, el miedo y la opresión. Pero al mismo tiempo, los ataques aéreos de aquellos dos años causaron más muertes que en todo el resto del conflicto. La posteridad sabe que la guerra terminó en el mes de agosto de 1945. Sin embargo, haber sabido de antemano que la conflagración se apagaría pronto habría supuesto un consuelo casi nulo para los hombres que arriesgaban sus vidas en las batallas de las islas del Pacífico o en las demás campañas sangrientas de aquellos meses de primavera y verano. Cabe la posibilidad de que los soldados acepten ser los primeros en morir en una guerra, pero, con frecuencia, se rehuye de un modo casi indecoroso la idea de ser los últimos.

He escrito *Némesis* como hermano de mi libro anterior, *Armagedón*, que describe la derrota de Alemania en los años de 1944 y 1945. Las guerras europea y asiática tuvieron finales tan distintos, que es difícil exagerar las diferencias. En Occidente, la

estrategia de los Estados Unidos se centró en la firme resolución de enfrentarse al ejército alemán en Europa tan pronto como fuera posible; aunque fuera mucho más tarde, a la postre, de lo que deseaba el Estado Mayor Conjunto estadounidense. Se daba por sentado que los ejércitos aliados debían derrotar a las fuerzas principales del enemigo. La incertidumbre se refería al medio por el cual conseguir ese objetivo y al lugar de encuentro de los ejércitos soviético y anglo-estadounidense. Nunca se contempló la posibilidad de ofrecer condiciones de paz a los nazis.

En el Extremo Oriente, por el contrario, había mucha menos voluntad de vivir un enfrentamiento terrestre. En el campo aliado, hubo quien defendió que se moderara la exigencia de imponer una rendición incondicional a los japoneses, si con ello se evitaba la necesidad de un baño de sangre en las islas patrias de los nipones. Solo en las Filipinas y en Birmania combatieron las fuerzas de tierra estadounidenses y británicas con ejércitos japoneses de consideración, a los que finalmente destruyeron; aunque ninguno era tan numeroso como el ejército enemigo desplegado en China. Las fuerzas militares del Aire y de la Marina de los Estados Unidos intentaron demostrar que, mediante bloqueos y bombardeos, era innecesario desarrollar una campaña sangrienta en tierras de Japón. Su esperanza se vio cumplida, pero de un modo extraordinariamente terrible y trascendental.

En los estudios sobre el conflicto del Extremo Oriente aparece con frecuencia el sintagma «bajas numerosas». Con ello se describe, en muchas ocasiones, las pérdidas sufridas por los estadounidenses en Guadalcanal, Iwo Jima, Okinawa y varias batallas de islas menores. La cuestión debería analizarse desde una perspectiva más crítica que la habitual, sin embargo, porque ello se justifica solo en relación con dos factores: las fuerzas implicadas (que eran relativamente escasas) y la expectativa propia del pueblo estadounidense, que pensaba que una nación tan rica y de tecnología tan poderosa como la suya debería imponerse en los combates sin demasiado derramamiento de sangre. Para derrotar a Japón se sacrificaron las vidas de unos ochenta y cuatro mil estadounidenses, junto con treinta mil británicos, indios, australianos y otros soldados de la Commonwealth, además de los que perecieron en cautividad. El promedio de bajas del Pacífico, en el caso estadounidense, multiplicó por tres y medio el que se produjo en Europa.

Las pérdidas totales de los Estados Unidos, sin embargo, representaron solo una fracción menor del peaje que la guerra hizo pagar a soviéticos, alemanes y japoneses. Los estadounidenses llegaron a esperar que en el Pacífico se produciría una relación de bajas de tan solo una propia por cada seis o siete de los japoneses. Por eso se consternaron al comprobar que, en Iwo Jima y Okinawa, el enemigo salió mejor parado, con una relación de bajas de tan solo 1,25:1 y 1,3:1, respectivamente, aunque con la diferencia de que en el bando japonés casi todas fueron letales, mientras que en el norteamericano solo murieron un tercio de los heridos. En la estrategia

estadounidense dominaba cierto engreimiento cultural al respecto del coste necesario de la victoria. Se demostró que tenían razón en sus cálculos, pero ello no se debería haber dado por sentado en un conflicto que enfrentaba a naciones industriales de primer orden.

Estoy completamente de acuerdo con los historiadores estadounidenses Richard Frank y Robert Newman en la convicción de que, en la mayoría de análisis posbélicos de la guerra oriental, subyace el error de creer que el clímax nuclear supuso el final más sangriento de todos los posibles. Antes al contrario, los escenarios alternativos dan a entender que si el conflicto hubiera durado unas semanas más, habrían perecido más personas de todas las naciones —y especialmente, japonesas— que las que fallecieron en Hiroshima y Nagasaki. El mito de que los japoneses estaban dispuestos a rendirse de inmediato ha sido desacreditado tan completamente por la investigación moderna, que no se comprende que algunos autores continúen recurriendo a él. La intransigencia nipona no confiere validez por sí misma a la utilización de bombas atómicas, pero debe enmarcar el contexto del debate.

La diosa griega Némesis representa, además del valor de la venganza, el de la «justicia retributiva». Los lectores deberán juzgar por sí mismos si el destino que acaeció a Japón en 1945 es merecedor de esa descripción, como yo entiendo que ocurre. La guerra en el Extremo Oriente se hizo extensiva a una zona más amplia que la del teatro europeo: China, Birmania, India, las Filipinas y un área muy vasta del océano Pacífico. Su desarrollo estuvo dirigido por una de las constelaciones más extraordinarias de líderes militares y políticos que haya visto nunca el mundo: en Japón, el emperador, los generales y los almirantes; Chiang Kai Shek, Mao Zedong; Churchill, Roosevelt, Truman, Stalin; MacArthur y Nimitz; LeMay, Slim, Mountbatten, Stilwell y los hombres que construyeron la bomba. Tengo la intención de, como hice en *Armagedón*, trazar un retrato terrible y lo más amplio posible de la experiencia humana de aquellos hechos, dentro de un marco cronológico; no pretendo revisar, por el contrario, el relato minucioso de las campañas, que ya puede leerse en muchos autores y que, por otro lado, no tendría cabida en un único volumen. Este libro se centra en cómo y por qué se hizo lo que se hizo, cómo se vivió la experiencia y qué clase de hombres y mujeres llevaron a cabo aquella guerra.

Muchos de nosotros adquirimos nuestras primeras nociones —maravillosamente románticas— de la guerra contra Japón al ver la película *Al sur del Pacífico*, de Rodgers y Hammerstein. El recuerdo de sus escenas ha estado siempre presente en mi consciencia mientras escribía *Némesis*. Aunque el filme es un espectáculo de Hollywood, capta algunas verdades simples al respecto de qué supuso aquella lucha para los estadounidenses. Una multitud de hombres jóvenes e inocentes, junto con unas pocas mujeres, se hallaron trasplantados en un escenario salvaje y exótico. La belleza natural del Pacífico, sin embargo, resultó ser una compensación insuficiente

para todas las incomodidades y tensiones emocionales que sufrieron entre los atolones de coral y las palmeras. Por cada soldado o marino que padeció los horrores de la batalla, hubo muchos más que no sintieron más que calor y aburrimiento en la base de alguna isla olvidada de Dios. En ocasiones, se utiliza en los Estados Unidos el sintagma «la generación inmejorable» para designar a los que vivieron aquellos tiempos. Pero se antoja inadecuado. Los pueblos que participaron en la Segunda Guerra Mundial quizá siguieron modas y bailaron al son de músicas distintas a las nuestras, pero la conducta, las aspiraciones y los miedos del ser humano apenas divergieron. Resulta más apropiado designar a aquel grupo de hombres y mujeres, por tanto, como «la generación a la que le ocurrieron los hechos más dignos de atención».

He elegido mis referencias, en parte, para retratar ejemplos tomados de una serie heterogénea de batallas terrestres, marítimas y navales. Aunque en el escenario bélico actuaron también algunos grandes hombres, la historia de la Segunda Guerra Mundial es, en su mayor parte, un relato de comandantes y hombres de Estado con defectos, como todos nosotros, que debieron comprometerse con cuestiones y problemas que excedían a su talento. ¿Cuánta gente es apta para manejar decisiones de la magnitud que impone una guerra verdaderamente mundial? En las contiendas más importantes de la historia, ¿de cuántos comandantes puede afirmarse que fueran competentes, por no decir ya brillantes?

Donde la mayoría de historiadores se centran en alguna de las campañas orientales, excluyendo las otras —Birmania, los bombardeos estratégicos, la guerra naval, los asaltos de las islas—, yo he intentado situarlas todas en su contexto, como elementos de la batalla integral contra Japón. Solo he omitido la experiencia de los movimientos de resistencia anticolonial, puesto que se trata de un tema tan notable, que habría desequilibrado por completo estas páginas. Cuando ha sido posible sin perjuicio de la coherencia, he omitido los diálogos y las anécdotas más conocidas. He investigado algunos aspectos de la guerra que habían sido desatendidos por los autores occidentales; especialmente, la experiencia de China y el asalto de Rusia en Manchuria. Nehru afirmó en cierta ocasión, con desdén: «El concepto que por lo general tienen de Asia los europeos es el de un apéndice de Europa y América: una gran muchedumbre de degenerados a los que solo las buenas obras de Occidente pueden elevar de condición». Hace veinte años, Ronald Spector, el magnífico historiador, se declaraba perplejo ante el hecho de que Occidente ha mostrado siempre menos interés en la guerra con Japón que en la contienda con Alemania. La explicación más obvia radica en la mayor lejanía de Japón, tanto geográfica como cultural, a lo que se añade la fascinación —con frecuencia, enfermiza— que sentimos por los nazis. En la actualidad, sin embargo, tanto lectores como autores parecen dispuestos a franquear el abismo que nos separa de Asia. Los asuntos asiáticos

poseen una enorme importancia en nuestro mundo actual. Comprender su pasado reciente es esencial para entender su presente, sobre todo cuando China se siente insuficientemente desagraviada por los hechos de 1931-1945 y ello supone un tema clave de las relaciones entre Pekín y Tokio.

Es probable que algunos escenarios —el golfo de Leyte, Iwo Jima, Okinawa— resulten familiares para el lector. No he intentado realizar investigaciones originales sobre el lanzamiento de las bombas atómicas, porque los archivos han sido explorados con minuciosidad y existe una vasta bibliografía al respecto. En cambio, otros episodios y experiencias quizá resulten nuevos para los lectores. Por ejemplo, he estudiado el tema de por qué Australia pareció desaparecer casi por completo de la guerra con posterioridad a 1943. Los soldados australianos habían interpretado un papel notable —y en ocasiones, deslumbrante— en las campañas del norte de África y de Nueva Guinea. Pero las disensiones internas del país, junto con el dominio estadounidense del teatro del Pacífico, causaron que el ejército australiano quedara relegado a una función a todas luces indigna en 1944-1945.

Los autores de libros de Historia contraemos siempre una deuda clara con nuestros precedentes y creo que es importante reconocerlo así. Sigo un camino que han hollado con particular distinción Ronald Spector (*Eagle Against the Sun*), Richard Frank (*Downfalt*) y Christopher Thorne (*Allies of a Kind*). Los libros de John Dower ofrecen puntos de vista privilegiados sobre la experiencia japonesa. *The Rising Sun*, de John Toland, no es una obra de rigor universitario, pero contiene mucho material anecdótico sobre Japón. Menciono solo los estudios generales más notables de un periodo con una bibliografía especializada casi inabarcable. Debo añadir *Quartered Safe Out Here*, de George McDonald Fraser, quizá las memorias de guerra de un soldado raso más vividas de toda la Segunda Guerra Mundial, en las que el autor describe la experiencia de 1945 con el 14.° ejército de Slim[1].

En Gran Bretaña y los Estados Unidos he realizado entrevistas con veteranos, pero he centrado mi investigación, sobre todo, en las grandes colecciones manuscritas y documentales que hay a disposición de los estudiosos. La doctora Luba Vinogradovna, mi espléndida investigadora rusa, entrevistó a veteranos del Ejército Rojo y tradujo una gran cantidad de documentos y relatos. En China y Japón he buscado contar con testigos presenciales. La mayoría de las memorias publicadas en ambos países revelan antes lo que cada cual afirma haber hecho, que no lo que pensaban. No puedo pretender que una entrevista cara a cara con un occidental haya convencido necesariamente a esos testigos chinos y japoneses de que me abrieran sus corazones, pero confío en que los relatos que de ellos derivan den origen a personajes de carne y hueso, en lugar de a meros nombres asiáticos con un dominio macarrónico de nuestra lengua.

En la mayoría de los estudios occidentales sobre la guerra, los japoneses son un pueblo tenazmente impenetrable. Llama la atención la escasa frecuencia con la que se cita a los historiadores nipones en los estudios académicos británicos y estadounidenses. Sin embargo, no creo que ello sea reflejo de un orgullo nacionalista sino, ante todo, de la falta de rigor intelectual que caracteriza incluso a los más modernos estudios japoneses. A ello contribuye además, en pequeña medida, el hecho de que las traducciones literales de las frases y los diálogos japoneses suenan forzadas. En lo posible, me he tomado la libertad de adaptar el estilo en busca de una mayor naturalidad. Quizá se considere que, con ello, doy una idea errónea del manejo del idioma por parte de los japoneses. Pero confío en que el cambio contribuirá a hacer más accesibles a los personajes asiáticos. Con esta misma intención, aunque los japoneses anteponen el apellido al nombre propio, me he guiado a este respecto por la costumbre occidental.

He realizado algunas otras adaptaciones, por juzgarlas no menos convenientes. Así, los japoneses denominaban Manchukuo al Estado-títere de Manchuria, mientras que los chinos no hablan nunca de Manchuria, solo de «las provincias nororientales». Ello no obstante, conservo el nombre de Manchuria, salvo en lo que respecta a la creación política japonesa. Hablo asimismo de las Indias Orientales Holandesas (actual Indonesia) y de Formosa (Taiwan), entre otros casos similares de conservación de los nombres antiguos. Sin embargo, me he decidido a emplear las transcripciones del moderno sistema «pinyin» para la mayoría de los nombres y lugares chinos, aunque el tema me generó, desde el principio, muchas vacilaciones. En cuanto a los rangos militares, son los que se poseían en las fechas de interés. En las misiones navales y militares, detallo la cronología según el modelo temporal de cero a veinticuatro horas; en las acciones de la vida civil, aludo más sencillamente a las seis de la mañana o de la tarde.

China es el país que, en la actualidad, ofrece revelaciones más útiles para el historiador. Visité el país por vez primera en 1971, como director de películas para televisión, y de nuevo en 1985, mientras escribía un libro sobre la guerra de Corea. En ninguna de las dos ocasiones me resultó posible abrirme paso a través de la cultura de la propaganda, con su mano de hierro. En 2005, por el contrario, hallé que el común de los chinos charlaba con amabilidad, calma y una franqueza notoria. Muchos, por ejemplo, no vacilaban en mostrar respeto por Chiang Kai Shek, pero reservas hacia Mao Zedong, algo inasumible treinta años antes.

Algunos chinos comentaron, con acritud, que la Revolución Cultural Maoísta había sido una experiencia personal peor que la Segunda Guerra Mundial. Casi todos los miembros de asociaciones nacionalistas sufrieron la confiscación y destrucción de sus papeles y fotografías personales. Varios padecieron largos periodos de cárcel; uno

de ellos, porque el servicio militar en la guerrilla de patrocinio soviético hizo que fuera denunciado como agente ruso al cabo de veinte años. La mayoría de mis entrevistas en China y Japón las he realizado personalmente, con la ayuda de intérpretes, pero cuatro antiguas «mujeres de solaz» chinas, explotadas por el ejército japonés, se negaron a contar sus historias ante un hombre, por demás occidental, por lo que hablaron con mi espléndida investigadora china Gu Renquan.

En la China moderna, al igual que en Rusia y, en cierta medida, en Japón, no existe una tradición de estudios históricos objetivos. Incluso desde la universidad se pronuncian afirmaciones absurdas sin el más mínimo apoyo factual o documental. Esta deficiencia es particularmente clara en lo que respecta a la guerra chino-japonesa, que continúa siendo un foco de pasiones nacionales, fomentadas por el gobierno chino con intención política. Un investigador occidental escéptico, sin embargo, sigue teniendo a su alcance muchos más datos de los que eran accesibles hace diez o veinte años. Me llenó de júbilo hallarme en la frontera con Rusia, cubierta por la nieve, en la zona en la que los ejércitos soviéticos barrieron en su paso del río Ussuri, en agosto de 1945; reptar por los túneles de la inmensa y antigua fortaleza japonesa de Hutou, algunos de los cuales se han abierto de nuevo al público, como parte de un museo local (el Museo-Fortaleza de Vestigios de la Agresión Japonesa contra China); encontrarme con campesinos que fueron testigo de las batallas… En cierto café de Hutou, a las nueve de la mañana, los lugareños se apiñaban en torno de un gran televisor para contemplar uno de los numerosísimos melodramas que los directores chinos están dedicando a la guerra japonesa. Esta épica de celuloide, en la que resuenan con estridencia las risas diabólicas de los nipones mientras masacran a los heroicos campesinos chinos, hace que, en comparación, películas bélicas de Hollywood como *Arenas sangrientas*[2] parezcan ejemplos de comedimiento.

Cuando pregunté a Jiang Fashun —que en 1945 era un campesino adolescente de Hutou— si recordaba momentos felices de su infancia, me respondió con amargura: «¿Cómo puede preguntarme eso? Nuestras vidas eran inenarrables. No hacíamos más que trabajar, trabajar y trabajar y sabíamos que, si enfadábamos a los japoneses, por la razón que fuera, seguiríamos los pasos de cuantos habían sido arrojados al río con las manos atadas a una roca». En su piso de Harbin, el anciano Li Fenggui, de ochenta y cuatro años, revivió con energía los movimientos de una lucha con bayoneta, como la que lo enfrentó a un soldado japonés en 1944.

Igualmente, en Japón, en su minúscula casa de muñecas de las afueras de Tokio, el capitán Haruki Iki conserva con aprecio una maqueta de plástico del bombardero en el que voló antaño, armado con torpedos, junto con una estridente pintura del crucero de combate *Repulse*, que él envió al fondo del mar en 1941. Encontrarse con Iki es hacerlo con una leyenda. A sus ochenta y siete años, el antiguo piloto de la Marina Kunio Iwashita conserva la energía y la rapidez de movimientos de un

hombre treinta años más joven. Hoy se lo conoce en Japón como «Señor Zero». Me reuní con él cuando acababa de regresar del estreno de una nueva película japonesa, la escabrosa *Hombres del Yamato*. Iwashita voló sobre el inmenso acorazado en la misma mañana en la que resultó hundido, en abril de 1945, y no ha olvidado nunca el espectáculo. Afirmaba, con una sonrisa irónica: «Me pasé la película sollozando».

Pregunté a otro piloto de cazas de la Marina, Toshio Hijikata, cómo pasaban las horas él y los compañeros en Kyushu, en los primeros meses de 1945, mientras se preparaban para encontrarse con formaciones de B-29 estadounidenses, del mismo modo en el que los pilotos de la RAF esperaban a la Luftwaffe cinco años antes, durante la batalla de Inglaterra. Según Hijikata: «Jugábamos mucho al bridge. Era parte del espíritu general de la Armada Imperial Japonesa, que se esforzaba sobremanera por emular a la Marina británica». Imaginar a los pilotos japoneses con el tres de picas y el cuatro de tréboles entre medio de sus salidas me resultó del todo inesperado y simpático.

Mi hija comentó una vez, en un contexto doméstico: «La vida es aquello a lo que te acostumbras, papá». Me parece una verdad importante a la hora de comprender cómo responde el ser humano a las circunstancias. Es notable cómo los jóvenes —más que ningún otro grupo— se adaptan a situaciones que podrían parecer insufribles, cuando es lo único que han conocido. A lo ancho del mundo, la generación que se adentró en la madurez durante la Segunda Guerra Mundial aprendió a aceptar los terrores y privaciones de la guerra como algo normal. Y ello se aplica a muchas personas de cuyas historias intento dejar constancia en este libro.

Conviene realizar algunas observaciones generales sobre las pruebas y los datos disponibles. La más obvia de todas es la de que debemos ser escépticos, incluso en lo que atañe a la lectura de actas contemporáneas de reuniones, de diarios de guerra o de cuadernos de bitácora. Son pocos los relatos oficiales, en cualquier lengua, que reconocen el desastre, el pánico o el fracaso de forma expresa, o que admiten que los miembros de la unidad salieron huyendo. De la misma manera, es probable que muchas de las frases magníficas atribuidas por los historiadores a los participantes sean apócrifas. Resulta infinitamente más sencillo imaginar, con posterioridad, lo que se debería haber dicho en una crisis, que saber lo que se afirmó en realidad. Sin embargo, las ocurrencias que han pervivido a lo largo de las generaciones retienen cierta validez, en la medida en que parecen atrapar cierto espíritu del momento, como el «¡Anda ya!» que se supone respondieron los estadounidenses en Bastogne, cuando los alemanes exigieron su rendición.

La historia oral que se ha recopilado a principios del siglo XXI, al entrevistar a los hombres y mujeres que vivieron aquellos hechos de hace más de sesenta años, resulta de gran valor como ejemplificación de los estados de ánimo y las actitudes. Pero es frecuente que un anciano haya olvidado demasiadas cosas o crea recordarlas en

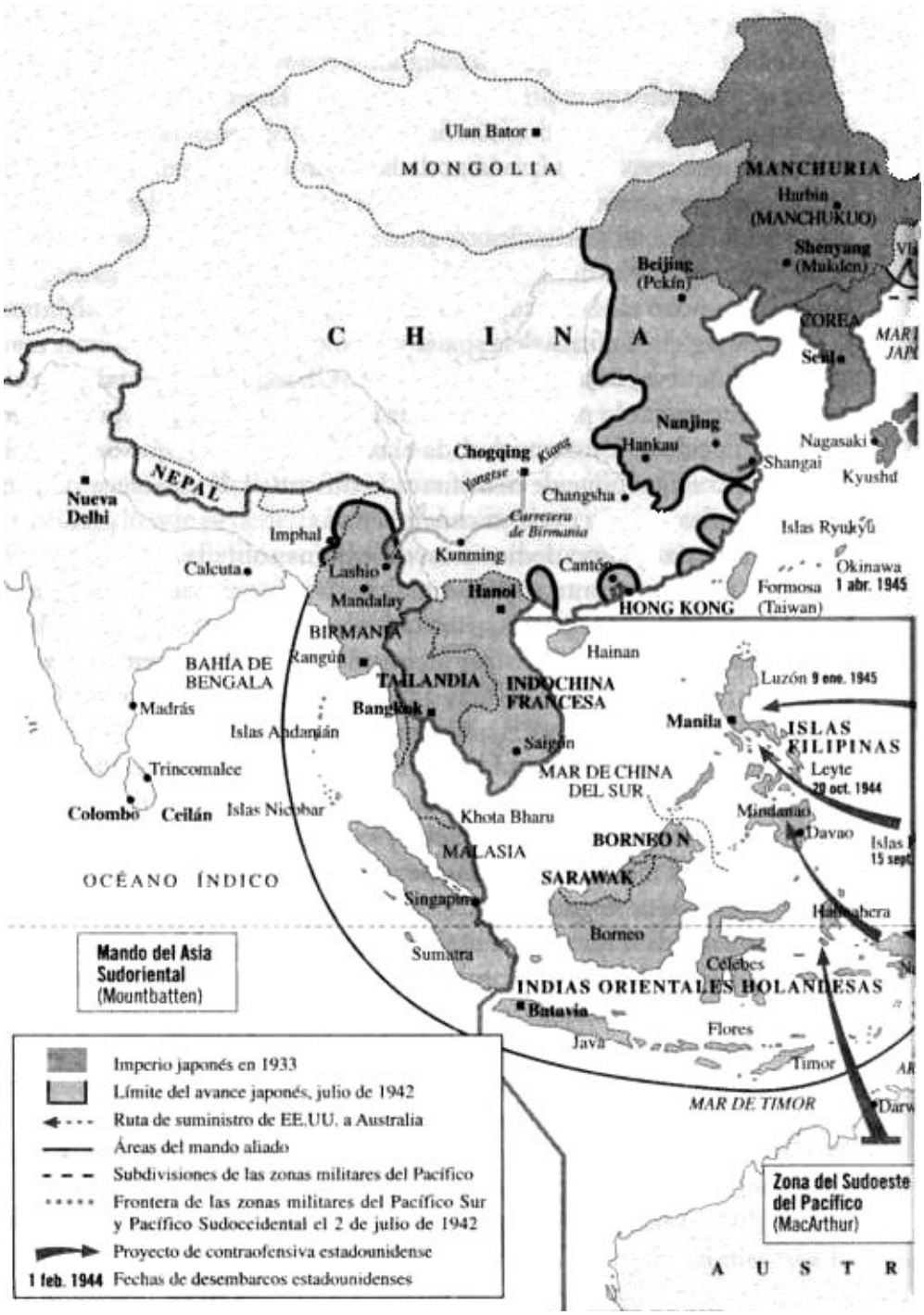
exceso. Los que hoy siguen con vida eran muy jóvenes en los años de la guerra: si ocupaban cargos en el ejército o el gobierno, eran de tercer o cuarto orden. No sabían nada de lo que ocurría fuera de su ámbito de acción o de información personal. Las reflexiones de miembros de ese grupo de edad no pueden considerarse representativas de la mentalidad o el comportamiento de una nación entera en 1944-1945. Es imprescindible, por ende, reforzar sus relatos con los testimonios escritos de quienes vivieron aquellos tiempos a una edad más madura y desde una posición más elevada.

Llama la atención la rapidez con la que cambian las percepciones históricas. Por ejemplo, en el Japón de posguerra, el general Douglas MacArthur era un héroe, un símbolo, casi un dios, en reconocimiento a lo que se percibió como generosidad hacia el pueblo japonés derrotado. Pero Kazutoshi Hando, un historiador moderno, ha escrito: «En el Japón de la actualidad, MacArthur es casi un desconocido». Algo parecido me dijo un historiador chino: pocos de sus compatriotas más jóvenes han oído hablar de Stalin. Me siento obligado a renovar asimismo una advertencia que ya incluí en el prefacio a *Armagedón* las estadísticas que menciono son las que entiendo más fiables de entre todas las disponibles, pero en lo que respecta a las cifras de la Segunda Guerra Mundial, debemos manejarnos siempre con cautela. Las cifras que describen las acciones estadounidenses y británicas —pero no las que calculan las bajas causadas al enemigo, sin duda— resultan creíbles; las de otras naciones son polémicas o poco más que suposiciones. Por ejemplo, aunque la Matanza de Nanjing queda fuera del espacio cronológico de mi libro, estoy convencido de que el conocido libro de Iris Chang[3] recoge una cifra de muertos superior a la población real de la ciudad en 1937 (según los archivos conocidos). Esto no invalida el retrato de horror que describe la autora, pero sí que pone de manifiesto la dificultad de establecer números verosímiles, por no decir ya concluyentes.

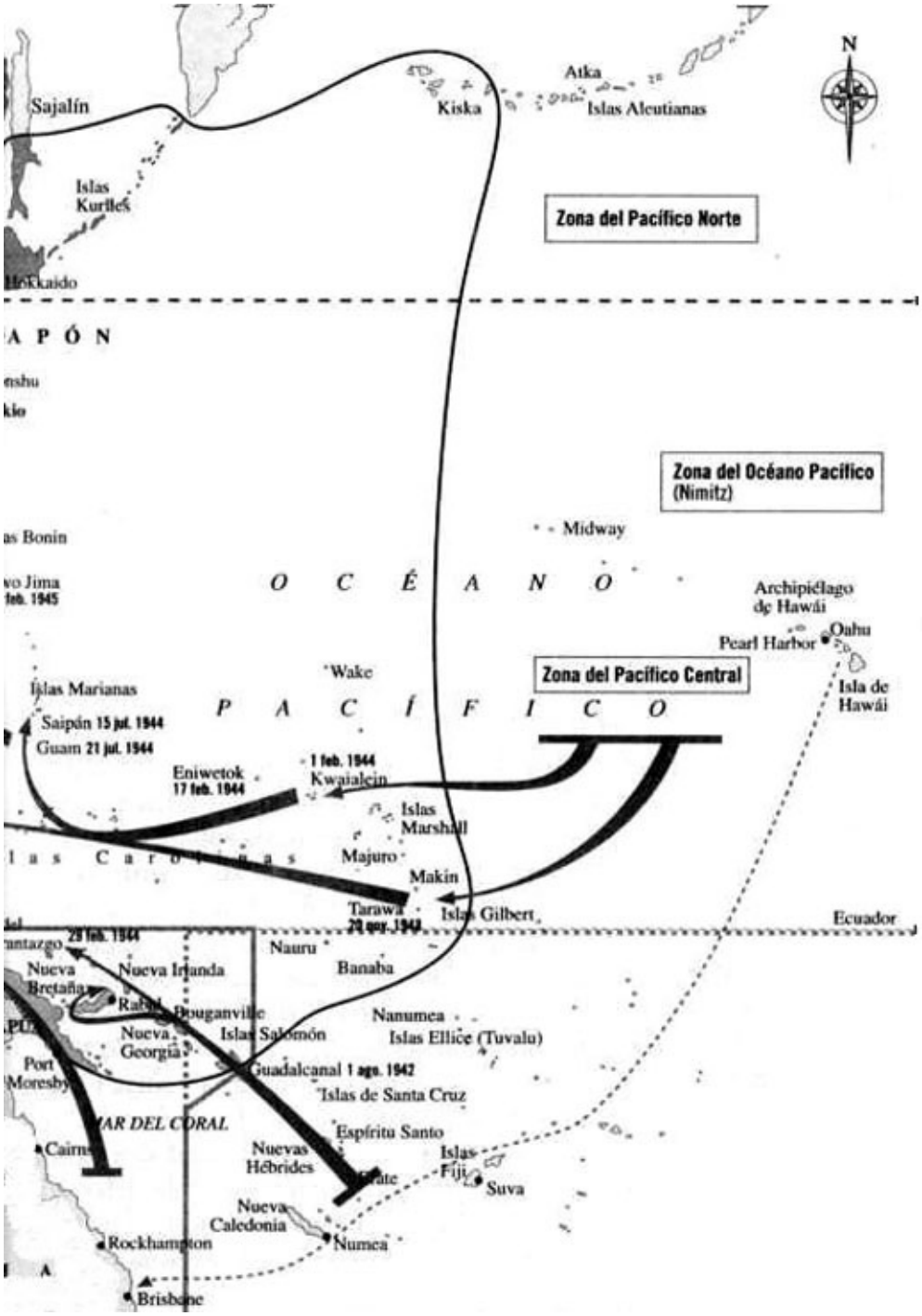
Cuanto más tiempo dedico a escribir libros sobre la Segunda Guerra Mundial, más consciente soy de que debemos ser extraordinariamente humildes al pronunciar juicios sobre quienes la llevaron a término. El político y diplomático Harold MacMillan, ministro británico en el Mediterráneo entre 1943 y 1945, y más adelante primer ministro del Reino Unido, me reveló en cierta ocasión algunos detalles de su último encuentro con el mariscal de campo Harold Alexander, posterior conde de Túnez y comandante en jefe, durante la guerra, de las tropas aliadas en Italia. «Íbamos al teatro juntos y me volví y le dije una de esas frases de viejo: “Alex, ¿no sería fantástico tenerlo de nuevo todo por delante, todo por hacer?”. Pero Alex negó con decisión: “No, no. No creo que nos saliera igual de bien”». Los que nunca nos hemos visto obligados a participar en una gran guerra debemos dar gracias e inclinarnos ante todos aquellos, humildes o poderosos, que sí lo han hecho.

MAX HASTINGS

Hungerford (Inglaterra) y Kamogi (Kenia), enero de 2007




*Teatro del Pacífico.*




*Teatro del Pacífico.*

# 1

# Dilemas y decisiones

### 1. LA GUERRA DEL PACÍFICO

Tal vez sería más fácil entender los sucesos acaecidos entre 1939 y 1945 si empleáramos el plural y habláramos de «las segundas guerras mundiales». Las luchas desatadas por Alemania y Japón solo compartían el hecho de que ambas naciones escogieron a muchos adversarios en común. Los únicos notables que trataron de dirigir los conflictos occidental y oriental como una empresa conjunta fueron Franklin Roosevelt, Winston Churchill y sus respectivos jefes de Estado Mayor. Después de que el ataque japonés sobre Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, convirtiera a los Estados Unidos en parte beligerante, los Aliados se enfrentaron a la controvertida tarea de asignar sus recursos a los diferentes teatros de operaciones rivales. Alemania era, con diferencia, el enemigo más peligroso de los Aliados, mientras que Japón era el principal foco del odio estadounidense. En mayo de 1942, en la batalla del mar del Coral, y un mes más tarde, en la batalla de Midway, la Marina de los Estados Unidos obtuvo sendas victorias que contuvieron el avance japonés a través del Pacífico y eliminaron el peligro de una invasión de Australia.

A lo largo de los dos años siguientes, la Marina estadounidense se hizo más fuerte, mientras sus *marines* (infantería de marina) y sus soldados del ejército de Tierra expulsaban a los japoneses, lenta y costosamente, de los bastiones que habían tomado en las diversas islas Pero el presidente Roosevelt y el general George Marshall, presidente del Estado Mayor Conjunto, se resistieron a las peticiones del almirante general Ernest King, comandante general de la Marina de los Estados Unidos, y del general Douglas MacArthur, comandante supremo en el sudoeste del Pacífico, que demandaban que el teatro oriental se convirtiera en el objetivo principal del esfuerzo bélico estadounidense. En 1943 y 1944, la enorme movilización industrial de Estados Unidos hizo posible que se enviaran grandes fuerzas de navíos de guerra y aviones tanto hacia el este como hacia el oeste. No obstante, la mayoría de las tropas terrestres estadounidenses se enviaron al otro lado del Atlántico, para luchar contra los alemanes. Una vez controlada la invasión de Japón, se fueron proporcionando a los comandantes aliados fuerzas suficientes para detener al enemigo oriental, que, sin embargo, eran insuficientes para conseguir una victoria rápida. La guerra japonesa fue considerada de segunda categoría, lo que dio origen al resentimiento de quienes tuvieron que luchar en ella; pero desde el punto de vista

estratégico, era una decisión sabia.

Los Estados Unidos y Gran Bretaña enviaron a Europa y Asia compañías diferentes, que desempeñaron papeles distintos. Por su parte, Stalin solo estaba interesado en el conflicto con Japón en la medida en que pudiera ofrecerle oportunidades de acumular botín. En las palabras de un diplomático estadounidense, en un memorándum enviado al departamento de Estado[4], en octubre de 1943: «Es posible que los rusos ataquen a los japoneses cuando les convenga —y eso bien podría ser en las fases finales de la guerra—, con el único propósito de hallarse en situación de imponer condiciones a los japoneses a la hora de establecer nuevas fronteras estratégicas». Hasta el 8 de agosto de 1945, la neutralidad soviética en el este se preservó de un modo tan escrupuloso, que los B-29 estadounidenses que tuvieron que hacer un aterrizaje forzoso en territorio ruso se vieron obligados a permanecer allí. Entre otras razones, para permitir que los rusos copiaran el diseño.

A los soldados, marinos y aviadores, todo campo de batalla que estuviera más allá de su alcance les parecía remoto. Según declaró el teniente John Cameron-Hayes, del 23.er regimiento de montaña de la artillería india, cuando luchaba en Birmania: «Lo que estaba sucediendo en Europa, en realidad, no nos importaba». Más sorprendente aún fue el fracaso de Alemania y Japón en la tarea de coordinar sus esfuerzos bélicos, ni siquiera en la medida de lo posible, teniendo en cuenta su separación geográfica. Estos dos aliados simbólicos, cuyo destino se unió en diciembre de 1941, dirigieron sus operaciones por separado, sin apenas excepciones. Hitler no deseaba que los asiáticos se inmiscuyeran en su guerra aria. De hecho, a pesar de los grandes esfuerzos de Himmler por demostrar que los japoneses poseían sangre aria, le avergonzaba que la causa nazi se asociara con aquellos *Untermenschen* («hombres inferiores»). Himmler recibió al embajador de Japón en Berlín dos veces después de Pearl Harbor y no volvió a hacerlo durante todo un año. Cuando en 1942 Tokio propuso atacar Madagascar, la Marina alemana se opuso a ello por considerarlo una violación de las esferas de actuación que ambos países habían acordado, separadas por el meridiano 70°.

En 1941-1942, un ataque japonés contra la Unión Soviética, justo cuando los rusos luchaban por poner freno a la invasión de Hitler, podría haber supuesto un gran avance para el Eje. A Stalin le aterrorizaba que tal cosa pudiera suceder. El embargo del petróleo y la congelación de activos impuestos en julio de 1941 por los Estados Unidos sobre Japón —la mayor torpeza diplomática que cometió Roosevelt en los meses anteriores a Pearl Harbor— estaban pensados, en parte, para disuadir a Tokio de unirse a la operación Barbarroja de Hitler. El belicoso ministro de Asuntos Exteriores de Japón, Yosuke Matsuoka, dimitió en el mismo mes porque su Gobierno rechazó sus insistentes peticiones de hacerlo.

Pero no fue hasta enero de 1943, ya próximo el desastre final de Stalingrado,

cuando Hitler realizó sin éxito un tardío intento de persuadir a Japón para que se uniera a su guerra rusa. Para entonces, el momento había pasado y ya nunca tuvo lugar una intervención que habría alterado el curso de la historia. El aliado asiático de Alemania estaba demasiado comprometido en el Pacífico, el sudeste de Asia y China como para granjearse un nuevo adversario gratuitamente. Tan poco profunda era la relación de Berlín con Tokio que, cuando Hitler regaló a su aliado dos submarinos de último modelo para que los reprodujeran, los fabricantes alemanes se quejaron de que se habían violado sus derechos de patente. Una de las deficiencias más graves de Japón, en 1944-1945, era la de carecer de armamento portátil antitanque; pero no se llevó a cabo ningún intento de copiar el alemán *Panzerfaust*, un arma excelente y barata.

Tanto Japón como Alemania eran Estados fascistas. Michael Howard ha escrito: «Los programas de ambas [naciones] se alimentaban de una ideología militarista que rechazaba el liberalismo burgués del Occidente capitalista y glorificaba la guerra como el destino inevitable y necesario de la humanidad». Este compromiso compartido de Alemania y Japón con la guerra por mor de la guerra es la mejor razón para rechazar los alegatos que pretenden atenuar la conducta de ambos Estados.

No obstante, aun siendo compañeros del Eje, los dos se movían según sus propias ambiciones. La única manifestación obvia de un interés común era que los planes de los japoneses se fundamentaban en dar por segura una victoria alemana. Como había hecho Italia en junio de 1940, Japón decidió, en diciembre de 1941, que las dificultades de las viejas potencias coloniales europeas exponían sus propiedades más remotas a la rapiña. Japón intentó conseguir acceso al petróleo y las materias primas vitales, así como espacio para una migración masiva desde las islas.

Un historiador estadounidense ha escrito lo siguiente sobre la *Daitoa Senso* de Japón, la llamada Gran Guerra de Asia Oriental: «Japón no invadió países independientes del sur de Asia: invadió puestos coloniales que los occidentales habían dominado durante generaciones, dando por sentada su superioridad racial y cultural sobre sus súbditos asiáticos». Hasta aquí, está en lo cierto; pero sin duda hay que situar la captura japonesa de posesiones británicas, holandesas, francesas y estadounidenses en el contexto de su previa agresión contra China, donde, durante una década, los ejércitos japoneses habían hecho un alarde de crueldad hacia sus vecinos asiáticos. Después de tomar Manchuria en 1931, los japoneses comenzaron en 1937 un saqueo gradual de China, que continuó hasta 1945.

Al inaugurar la «gran esfera de coprosperidad de Asia Oriental», Japón tenía la impresión de que había llegado tarde a la lucha por el imperio, que otras naciones llevaban siglos librando. Consideró hipócritas y racistas las objeciones de las potencias imperiales occidentales a su intento de igualar sus propias interpretaciones generosas de lo que constituían intereses legítimos en el exterior. Tal perspectiva no

carecía de fundamento: las dificultades económicas de Japón antes de la guerra y las pretensiones de una política de «Asia, para los asiáticos» inspiraron alguna simpatía entre los pueblos sometidos por los imperios europeos. Estas simpatías se desvanecieron, no obstante, a la vista del comportamiento de los ocupantes japoneses en China y en otros lugares. Con la devastación de los chinos en el sur de Asia, los japoneses pretendían en parte ganarse el favor de los pueblos indígenas; pero estos, a su vez, pronto se encontraron sumidos en el sufrimiento más atroz. A los nuevos líderes se les impedía tratar a los conquistados con humanidad (incluso en el caso de que hubieran deseado hacerlo), ya que el propósito de la invasión era privarlos de comida y materias primas en beneficio del pueblo de Japón. A la opinión pública occidental se le ha hablado mucho, desde 1945, de la inhumanidad de los japoneses hacia los británicos y los estadounidenses que cayeron en sus manos durante la guerra; sin embargo, tal inhumanidad resulta absolutamente insignificante comparada con la magnitud del maltrato que infligieron a los asiáticos.

Es fascinante conjeturar cómo podrían haberse desarrollado los acontecimientos si los Estados Unidos y Filipinas hubieran sido excluidos de los planes de guerra japoneses en diciembre de 1941; si Tokio se hubiera limitado a ocupar la península malaya, Birmania y las Indias Holandesas. Roosevelt, sin duda, habría deseado responder a la agresión japonesa y entrar en la guerra: el embargo del petróleo impuesto por los Estados Unidos tras el avance de Japón en Indochina fue lo que resolvió a Tokio a luchar contra las potencias occidentales. No obstante, sigue siendo discutible si el Congreso y el sentir público de los Estados Unidos habrían permitido al presidente declarar la guerra en ausencia de un ataque directo contra los intereses nacionales o la ulterior declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos.

La falsa idea de que el ataque de Japón aplastó a la flota americana del Pacífico ha estado muy extendida durante un tiempo. No obstante, lo cierto es que los seis viejos acorazados inutilizados en Pearl Harbor —cuatro de los cuales volvieron a usarse en la guerra, después de ser reparados con brillantez— importaban mucho menos para el equilibrio de fuerzas que los cuatro portaaviones, las reservas de petróleo y las instalaciones del astillero naval, que escaparon del ataque. Japón pagó un precio moral absolutamente desproporcionado por un éxito táctico modesto, aunque espectacular. El «día de la infamia», como se lo ha dado en llamar, enardeció al pueblo estadounidense como ninguna provocación menor lo habría hecho. La operación debe, por tanto, considerarse un fracaso que vacía de significado la exaltación que mostraron los aviadores de la Marina Imperial cuando volvieron a aterrizar en sus portaaviones el 7 de diciembre de 1941. A partir de ese momento, los estadounidenses se unieron en su determinación de vengarse de los traidores asiáticos que habían atacado a un pueblo pacífico.

El único cálculo estratégico acertado de los japoneses fue comprender que su

destino dependía del de Hitler. Solo la victoria alemana podría haber salvado a Japón de las consecuencias de sus ataques a naciones enormemente superiores en cuanto a potencial industrial y militar. El coronel Masanobu Tsuji, artífice de la conquista de Singapur por parte del ejército japonés y defensor a ultranza de la expansión nacional, dijo: «sinceramente, creíamos que Estados Unidos, una nación de comerciantes, no persistiría en una guerra que le hacía perder dinero, mientras que Japón podía sostener una campaña prolongada contra los anglosajones». La mayor equivocación de Tokio fue percibir su ataque como un acto político que podría revisarse a la luz de los acontecimientos. En diciembre de 1941, Japón lo apostó todo por una guerra corta y una victoria rápida en la que los vencidos tendrían que aceptar sus condiciones. Incluso en agosto de 1945, muchos líderes japoneses se negaban a reconocer que, desde el día de Pearl Harbor, ya no les correspondía a ellos determinar los términos de referencia para la lucha. Era completamente descabellado suponer que las consecuencias de un fracaso militar podrían mitigarse por medios diplomáticos. Al decidirse a participar en una guerra total, la nación se expuso a una derrota total.

La pérdida de Hong Kong, la península malaya y Birmania, en 1941-1942, supuso para Gran Bretaña una humillación equivalente a la que sufrieron los Estados Unidos en Pearl Harbor. Sin embargo, a sus gentes les importaba relativamente poco la guerra en Extremo Oriente, fuente de consternación para los soldados británicos obligados a luchar en ella. A Winston Churchill le atormentaba el deseo de compensar la derrota que sufrieron en febrero de 1942 unos setenta mil hombres de las tropas del imperio británico a manos de treinta y cinco mil japoneses. «Solo podemos borrar la vergüenza de nuestro desastre en Singapur volviendo a tomar esa fortaleza», tales eran las palabras que Churchill insistía en dirigir a los jefes del Estado Mayor británicos aun el 6 de julio de 1944, en uno de sus muchos intentos —afortunadamente, frustrados— de que tal objetivo determinara la estrategia oriental.

Sin embargo, al pueblo británico la guerra del Pacífico le parecía algo remoto. El personaje japonés del legendario programa de humor radiofónico *ITMA* era Hari Kari, un payaso gangoso. En junio de 1943, el secretario de Estado de la India, Leo Amery, propuso formar un comité para poner a la opinión pública británica en contra de sus enemigos asiáticos. El ministro de Información, Brendan Bracken, expresó así su total desacuerdo:

> *Está muy bien decir: «Debemos educar al pueblo británico para que considere a los japoneses como si fueran alemanes y a la guerra del Pacífico, como si fuera una guerra europea», pero mientras los japoneses siguen estando a muchos miles de kilómetros de aquí, los alemanes, durante años, han estado a solo treinta kilómetros de nuestras orillas y han sobrevolado nuestro país demasiado a menudo. El interés y los sentimientos van a donde los amigos y los seres queridos están luchando… Europa es una preocupación muy nuestra, mientras que el conocimiento o el interés por Extremo Oriente es escaso en este país… No creo que ningún comité pueda hacer gran cosa por alterar «el estado de la moral»… El*

*primer ministro ha dejado muy claro al pueblo que es su deber ocuparse de Japón cuando llegue el momento…*

Aquellos británicos que sí pensaban en los japoneses compartían su repugnancia hacia ellos con los estadounidenses. En 1944, después de difundirse unos informes sobre el maltrato de prisioneros, un editorial del *Daily Mail* proclamaba: «Ha quedado demostrado que los japoneses son una raza infrahumana… Deberíamos tomar la decisión de declararlos ilegales y, cuando les hayamos echado a patadas a su país de salvajes, dejarlos vivir ahí completamente aislados del resto del mundo, como en una leprosería infecta». El historiador estadounidense John Dower explica las actitudes occidentales en términos de racismo. El almirante estadounidense William Halsey ya había empleado este mismo tono después de Pearl Harbor, asegurando que cuando acabara la guerra «a los japoneses solo les dirigirán la palabra en el infierno». Un audiovisual del departamento de Guerra de los Estados Unidos para promocionar los bonos de guerra empleaba el lema «cada bono mata a un japonés». Un fabricante de metralletas estadounidense anunciaba sus productos diciendo que servían para hacer «grandes agujeros rojos en pequeños hombres amarillos». Tampoco era comparable a lo que sucedía en los frentes europeos la práctica, común en el Pacífico, de secar y conservar cráneos de japoneses como *souvenirs* y enviar huesos pulidos del enemigo a los seres queridos. Un brigadier británico destinado en Birmania declinó aceptar cierto informe del 4.° batallón del 1.er regimiento gurja sobre la proximidad de los «nipos»; el coronel, Derek Horsford, envió entonces una patrulla en busca de pruebas y, al día siguiente, dejó tres cabezas de japoneses, prendidas en una cuerda, al lado de la mesa de su comandante. El general de brigada le respondió: «No vuelvas a hacerlo. La próxima vez, aceptaré tu palabra».

Pero los que argumentan que fue la extrañeza de la apariencia y la cultura japonesa lo que generó un odio y crueldad sin par hacia ellos no le dan la suficiente importancia al hecho de que los japoneses iniciaron e institucionalizaron la barbarie hacia civiles y prisioneros. Es cierto que los Aliados pagaron con la misma moneda, pero en un mundo imperfecto no sería muy realista esperar que un combatiente en guerra otorgue un trato a sus adversarios mucho mejor que el que él mismo recibe de ellos. Era bien conocido en todo el mundo que, años antes de Pearl Harbor, los japoneses masacraban a civiles chinos. Las fuerzas de Tokio cometieron brutalidades sistemáticas contra civiles y prisioneros de los Aliados en Filipinas, las Indias Orientales, Hong Kong y la península malaya —por ejemplo, la matanza de chinos fuera de Singapur, en 1942— mucho antes de que se registrara la primera atrocidad de los Aliados hacia los japoneses.

Este fanatismo japonés en el campo de batalla hizo que los comandantes de los Aliados favorecieran el uso de métodos extremos para derrotarlos. Por ejemplo, los

japoneses se negaban a rendirse incluso cuando una posición militar se hacía indefendible, a diferencia de lo que era común en las guerras occidentales. En agosto de 1944 llegaban cincuenta mil prisioneros alemanes cada mes a los Estados Unidos, mientras que los prisioneros japoneses, después de tres años de guerra, eran todavía menos de dos mil. Los comandantes aliados no estaban dispuestos a que sus hombres arriesgaran la vida por permitir que sus enemigos se inmolaran.

La misión anglo-estadounidense de Lethbridge, que recorrió los teatros de guerra para ofrecer asesoramiento táctico, urgía en un informe de 1944 a que se empleara gas mostaza y fosgeno contra las posiciones de defensa subterráneas de los japoneses. La conclusión de tal informe fue refrendada por Marshall —general de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos—, Arnold y MacArthur, aunque este último aborrecía la idea de bombardear ciudades japonesas. El equipo de Lethbridge escribió: «Somos de la opinión de que las fuerzas japonesas no serán capaces de sobrevivir a un ataque químico… a gran escala… [Ese] es el método más rápido de terminar la guerra satisfactoriamente». A pesar de que la opinión pública favorecía el uso del gas, la propuesta fue vetada por el presidente Roosevelt.

Sin duda, la victoria sobre Japón supuso para los Aliados una inversión de la dolorosa y humillante situación en que habían quedado tras las derrotas de 1941 y 1942. Pero no parece acertado argumentar que los estadounidenses se comportaron de manera cruel con los japoneses, una vez que cambió el rumbo de la guerra, simplemente por ser estos de raza asiática. Los estadounidenses mantenían una historia de amor histórica con otros asiáticos: el pueblo de China, una nación a quien Estados Unidos intentó convertir en una gran potencia. No cabe duda de que el odio, el desprecio y finalmente la crueldad que los estadounidenses demostraron hacia sus enemigos del Pacífico estuvo inspirada por la conducta de estos, más que por las diferencias raciales.

Bien podría ser cierto que la fisonomía japonesa se prestaba a la caricatura anglosajona, pero parece un error argumentar, por ejemplo, que los estadounidenses se sintieran con derecho a incinerar a los japoneses y finalmente atacarles con la bomba atómica solo por motivos racistas. Más bien se podría decir que eran un pueblo que se había ganado una reputación pésima por su comportamiento inhumano, no solo contra sus enemigos occidentales, sino también contra sus propios súbditos asiáticos. Aunque los Aliados trataron a los japoneses de un modo brutal durante los últimos meses de la guerra, me parece un error percibir por ello una equivalencia moral entre ambas partes.

En el auge del imperio japonés, en 1942, este se extendía sobre más de cincuenta millones de kilómetros cuadrados. Si bien la mayoría de ellos eran de agua, solo las conquistas terrestres de Tokio ya eran un tercio mayores que las de Berlín. Las fuerzas japonesas se desplegaron desde el extremo nordeste de la India hasta la

frontera norte de China, desde los miles de islas de las Indias Holandesas hasta las selvas inexploradas de Nueva Guinea. Pocos soldados aliados eran conscientes de que, a lo largo de la guerra, se había desplegado más de un millón de hombres —aproximadamente la mitad de las formaciones militares de Tokio— para acuartelar Manchuria y mantener la ocupación de China Oriental. Para el verano de 1944, mientras algunas formaciones japonesas todavía conservaban Nueva Guinea y Bougainville, las fuerzas estadounidenses habían avanzado hacia el este por el Pacífico, despojando al enemigo de sus bases aéreas y navales isla por isla. Diecinueve divisiones —alrededor de la cuarta parte de las fuerzas del ejército imperial— se desplegaron contra los británicos y los chinos en Birmania y acuartelaron la península malaya. Veintitrés divisiones más, algunas reducidas a fragmentos —entre todas, constituían otra cuarta parte de la capacidad de combate de los japoneses— se enfrentaron a los soldados y *marines* de los Estados Unidos en su línea de avance oceánica.

En un pasaje jocoso de la Guía oficial de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos para su teatro de guerra, en 1944, se decía:

> *A los estadounidenses debería gustarles el Pacífico, puesto que les gustan las cosas grandes: el Pacífico es lo suficientemente grande como para satisfacer a los más exigentes… Las tiendas y los cobertizos prefabricados son lo que más abunda en las islas que ocupamos. En las discusiones con los árboles, siempre ganan los bulldozers. Los estadounidenses que van a menudo a comer a las Carolinas tendrán problemas para controlar su envergadura. Los alimentos básicos de los nativos son las verduras de fécula: el fruto del árbol del pan, el taro, el ñame, los boniatos y la maranta. La gonorrea está presente en al menos un tercio de los nativos y también hay casos de sífilis.*

Casi cuatrocientos mil soldados británicos sirvieron en Extremo Oriente, junto con más de dos millones de soldados del ejército británico de la India. En otras palabras, aunque los Estados Unidos marcaron el curso de la guerra contra Japón, los británicos movilizaron a muchas más personas para aportar su propia y modesta participación. Alrededor de 1 250 000 estadounidenses sirvieron en el Pacífico y Asia, una zona de operaciones que abarca un tercio del globo. De estos, el 40 por 100 de los oficiales y el 30 por 100 de los hombres pasaron algún tiempo en combate, si interpretamos generosamente el término. Más del 40 por 100 de ellos no tomaron parte alguna en la acción, sino que trabajaban en las organizaciones de apoyo necesarias para mantener a ejércitos, flotas y fuerzas aéreas a miles de kilómetros de su país.

Nunca había hombres suficientes para mover las provisiones cuando las tropas avanzaban. La logística influye decisivamente sobre toda estrategia, pero en el Pacífico esto era especialmente cierto. Marshall y MacArthur consideraron una propuesta que consistía en enviar a cincuenta mil campesinos chinos, durante un mes, para reforzar la mano de obra en la retaguardia, y la desestimaron únicamente porque los aspectos prácticos eran demasiado complejos. Las pérdidas eran constantes. Es

comprensible que los estadounidenses que luchaban por su vida fueran negligentes en el cuidado de los alimentos, las armas, el equipamiento y los vehículos. El coste acumulativo era enorme, dado que todas y cada una de las raciones de comida y todos y cada uno de los neumáticos tenían que cruzar medio mundo para llegar al campo de batalla. Hasta el 19 por 100 de algunas clases de alimentos se echaba a perder durante el tránsito, a causa del clima, del mal empaquetado o de la falta de cuidado en la manipulación.

Muchos de los hombres que lucharon en 1944 y 1945 eran solo unos niños en septiembre de 1939, o incluso en diciembre de 1941. Philip True tenía dieciséis años y estudiaba en el instituto cuando tuvo lugar el episodio de Pearl Harbor. Nunca imaginó que participaría en la Segunda Guerra Mundial, pero en 1945 pilotaba un B-29. Era una mera cuestión de suerte si un hombre llamado a filas acababa atrincherado en un hoyo en Okinawa, en la cabina de un caza Spitfire o desempeñando labores administrativas en el cuartel general en Delhi. Para millones de personas de todas las nacionalidades, tomar parte en la guerra suponía viajar muy lejos de sus hogares; en ocasiones, embarcándose en verdaderas epopeyas a través de océanos y continentes, a riesgo de perder la vida.

Muchos adolescentes británicos y estadounidenses, que no habían salido hasta entonces de su comunidad, encontraron en el servicio militar una fuerza unificadora y educativa. Aprendieron que lo único que compensa en la guerra es la hermandad que se forja entre los soldados. «Lo que realmente recuerdo son las personas», afirmaba Jack Lee DeTour, piloto de las fuerzas aéreas estadounidenses (USAAF), que bombardeó el sudeste de Asia desde la India. Cuando regresaban a casa de permiso, muchos de los hombres se sentían muy alejados de los civiles que no habían compartido sus peligros y sacrificios. Para Emory Jernigan, marinero estadounidense, «solo importaban los camaradas de a bordo». Eugene Hardy, compañero de un contramaestre, venía de una familia tan pobre que nunca había pisado un restaurante hasta que se unió a la Marina en 1940. Los hombres aprendieron a convivir con otros hombres de procedencias muy distintas, y que a menudo tenían perspectivas bastante diferentes. Por ejemplo, un millón de discusiones de cantina y trinchera entre estadounidenses norteños y sureños incluía la frase: «¿Quieres que un negro se case con tu hermana?». De alguna forma, la mayoría de los hombres aprendieron mucho acerca de puntos de vista distintos a los suyos y sobre la tolerancia mutua.

Las reflexiones que un soldado británico escribió en su diario sobre su experiencia como recluta tienen una validez casi universal:

> *Los hombres viven siempre conscientes de que sus corazones, sus raíces y sus orígenes están en otra parte, en otra vida… Comparan las dificultades, las privaciones y la fatiga con el recuerdo de un pasado que esperan poder continuar en el futuro… Como sus corazones están en otro lugar, se enfrentan al presente protegiéndose tras una coraza.*

El autor quería decir que muchos combatientes intentan conservar la cordura escondiendo algún rincón de sí mismos tras un escudo que les separe de la realidad inmediata, tan a menudo desagradable. Algunos oficiales de la Marina de los Estados Unidos se quejaban de la actitud, indigna de un buen marino, de los criptoanalistas que trabajaban en el magnífico centro de desciframiento de la flota del Pacífico en Honolulu, conocido con el nombre en clave de «Mágico», que desempeñó un papel crucial en la victoria de los Aliados. Su comandante desestimó sus protestas: «Tranquilos. Siempre hemos ganado las guerras con un puñado de civiles de uniforme ansiosos por volver a sus propios asuntos y ganaremos esta de la misma forma».

Winston Churchill expresó a menudo su convicción de que la conducta apropiada durante la guerra exigía «hacer que el enemigo sangre y sufra todos los días». Las campañas del Pacífico y de Birmania, por el contrario, se caracterizaron por periodos de intensa lucha mezclados con largos intervalos de inactividad y preparación. Mientras que en el frente ruso las fuerzas contrarias estaban en contacto permanente, y lo mismo sucedió en el noroeste de Europa a partir de junio de 1944, en Oriente, las tropas japonesas y aliadas a menudo estaban separadas por cientos, incluso miles de kilómetros de mar o de selva. Muy pocos de los occidentales que sirvieron en la guerra contra Japón disfrutaron la experiencia. Los veteranos estaban de acuerdo en que el desierto norteafricano era el teatro más agradable o, mejor dicho, el menos terrible. Partiendo de ahí y ascendiendo en la escala del dolor estaban el noroeste de Europa, Italia y, en último lugar, el Extremo Oriente. Pocos soldados, marinos o aviadores se sintieron plenamente a gusto durante su servicio en Asia o el Pacífico. El calor sofocante bajo la cubierta de un navío de guerra hacía que la rutina diaria resultara agotadora, incluso antes de que el enemigo apareciera. Las únicas interrupciones después de meses en el mar eran las breves temporadas en campos de descanso abarrotados en algún monótono atolón. Para los que luchaban en las campañas de tierra, la enfermedad y la privación eran constantes y rivalizaban, como amenazas letales, con un enemigo de ingenio e inclemencia infinitos. «Todos los oficiales que están en casa quieren ir a otros teatros porque allí hay más publicidad», según afirmó el teniente general Robert Eichelberger, uno de los comandantes del cuerpo de MacArthur, en una lúgubre carta a su esposa.

Eichelberger era un soldado profesional, uno de aquellos a los que la guerra les proporcionaba una grandísima oportunidad de realización y ascenso. Los civiles de uniforme, sin embargo, eran vulnerables al sufrimiento descrito por el novelista británico Anthony Powell como: «ese abatimiento terrible y recurrente del ejército, esa sensación de que a nadie le importa lo más mínimo si vives o mueres». Programas como «Hola, mamones» y «La rosa de Tokio», en Radio Japón, se burlaban de millones de soldados aliados: «Yo lo pasé muy bien anoche;

probablemente, vuestras esposas y novias también. ¿Qué tal lo habéis pasado vosotros?». El cabo Haskel Ray, del ejército estadounidense, escribió desde el sur del Pacífico a una joven actriz de Hollywood llamada Myrtle Ristenhart, cuya foto había visto en la revista *Life*. Rodgers y Hammerstein habrían comprendido sus sentimientos:

*Mi querida Myrtle: supongo que te preguntarás quién es este extraño que te escribe. Estamos aquí en el Pacífico, nos sentimos solos y se nos ocurrió escribirte unas líneas… Aquí no hay chicas, solamente algunas nativas y enfermeras a las que no podemos ni acercarnos… Por favor, cuando tengas tiempo, responde a esta carta y si tienes una foto pequeña te lo agradeceríamos mucho.*

*Atentamente, RAY.*

*P. D.: Soy indio, de pura sangre y muy guapo.*

«Aquí tenemos una luna de Birmania sin una sola chica a la vista y con unos cuantos *japos* muertos que nos contagian su hedor», escribía abatido el sargento Harry Hunt, de la 14.ª división del ejército británico, a un familiar en Inglaterra. Y continuaba:

*Tiene que ser maravilloso volver a casa, solo por huir de este calor y este sudor, de estos nativos, por estar con hombres blancos… Ahí está, otra vez, la lluvia. Lluvia, lluvia, eso es todo lo que hay aquí, y después la humedad, que te va comiendo los huesos lentamente, te despiertas sintiéndote muy extraño, siempre tienes sueño. No sé si voy o vengo, mejor dejarlo ahora antes de empezar a maldecir. Recuerdos a papá, mamá y los demás.*

Uno de los oficiales de alto rango de Hunt, el general de división Douglas Gracey, contemplaba esta triste estampa desde una perspectiva más elevada:

*Casi todos los japos luchan hasta el final o huyen para luchar otro día. Mientras la moral aguante, debemos aceptar que la toma de una posición japonesa no termina hasta que no hayamos matado hasta el último japo (que, por lo general, está varios metros bajo tierra). Incluso en las circunstancias más desesperadas, el 99 por 100 de los japoneses prefiere la muerte o el suicidio a ser apresado. La lucha es más total que en Europa. El japo puede compararse al nazi más fanático y como tal debe tratársele.*

El teniente Richard Kennard, desde una de las batallas de las islas del Pacífico, en las que estaba sirviendo como observador avanzado de la 1.ª división de infantería de Marina de los Estados Unidos, escribía:

*Queridos mamá y papá:*

*La guerra es terrible, es verdaderamente espantosa. No tenéis idea de lo que duele ver a los chicos de nuestro país acribillados a balazos, heridos, sufriendo el dolor y el agotamiento, y los que caen para no volver a moverse nunca. Cuando termine esta guerra voy a valorar y respetar más que ninguna otra cosa la dulzura, la ternura y la delicadeza. Los líderes de nuestra sección y los comandantes de nuestra compañía tienen más miedo de lo que pueden pensar sus hombres de ellos, si no se enfrentan al fuego del enemigo y se adentran con ellos en el peligro, que de ser alcanzados por los disparos de los japoneses.*

*Cuando estoy en la línea de frente mantengo los dedos cruzados en todo momento, y todas las noches rezo para que las balas no me alcancen.*

Con sus, como mínimo, quince millones de muertos, el pueblo de China pagó un precio mucho más terrible que cualquier otra nación beligerante por participar en la lucha contra los japoneses. El país había estado en guerra desde 1937. Pocos chinos se atrevían a anticipar el final de sus miserias y, mucho menos, una victoria. Según el capitán Luo Dingwen, del ejército nacionalista de Chiang Kai Shek: «en 1944, no parecía haber ni la más mínima razón para suponer que la guerra podría terminar en 1945. No teníamos ni idea de cuánto tiempo más tendríamos que seguir luchando». Uno de los camaradas de Luo, el capitán Ying Yungping, describió una batalla característica de 1944 en la que, al cabo de dos horas, la contienda dio un giro radical para ponerse en contra de los chinos:

*Nos dieron orden de retirarnos. Un maremágnum de hombres, caballos y carros retrocedía cambiando el curso de la corriente. Era un caos. De repente vi como Huang Qixiang, nuestro general, huía y nos adelantaba a lomos de un caballo, en pijama y con una sola bota. Me pareció absolutamente chocante e indecoroso. Si los generales huían, ¿por qué tendrían los soldados rasos que quedarse a luchar? Los japoneses estaban enviando tanques y, aunque nosotros no teníamos nada con que enfrentarnos a los tanques, yo sentía que no podía dejar que los japoneses nos pisotearan sin más. Llamé a mi 8.ª sección, cuyo comandante era el hombre más valiente del regimiento, y le dije que tomara una posición de bloqueo. Resistieron durante horas; los japoneses estaban completamente desconcertados ante esta resistencia justo cuando todo estaba yendo a su favor. Perdimos la batalla, pero fue importante ganar aunque solo fuese una pequeña parte de ella. Poco después encontré al general y le dije que no corría peligro si quería regresar para coger su uniforme.*

Un gran número de civiles chinos desempeñó únicamente el papel de víctimas. Chen Jinyu era una campesina de dieciséis años que plantaba arroz para los ocupantes japoneses de Jiamao, su pueblo. Un día, los japoneses la informaron de que iban a trasladarla a un «grupo de servicio en el frente». En sus palabras: «Como era joven, no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero pensé que cualquier tarea sería menos dura que trabajar en el campo». Una semana más tarde, descubrió la naturaleza de su nuevo cometido al ser violada por un grupo de soldados japoneses. Se escapó y volvió a casa, pero un intérprete fue a decirles que su familia sufriría muchísimo si no regresaba a cumplir sus funciones. Chen Jinyu permaneció en el fuerte local japonés como «mujer de solaz» hasta junio de 1945 cuando, cansada de las palizas, huyó a la montañas y se quedó allí escondida hasta que oyó que la guerra había terminado.

Tan Yadong, una china de diecinueve años que sirvió a los japoneses de la misma manera, fue acusada por un oficial japonés de ser «persona desobediente». Después de dos periodos de cinco días recluida en soledad, «me convertí en una persona obediente». A Tan Yadong le recordaron con crudeza cuáles eran las consecuencias de contrariar a los japoneses cuando una de sus compañeras no tomó la medicina anticonceptiva y se quedó embarazada. «No querían bebés, así, que colgaron a la

pobre chica de un árbol. La mataron abriéndola en canal con un cuchillo delante de toda la gente del pueblo. Yo estaba muy cerca, a solo seis o siete metros; pude ver cómo el bebé se movía».

Al menos un millón de vietnamitas murieron a causa de la gran hambruna que padeció su país en 1944-1945, debida a la insistencia, por parte de los japoneses, de convertir los arrozales en cultivos de fibra para el uso de los ocupantes. Gran parte del grano se envió a Japón y el arroz se requisó para elaborar alcohol combustible. Los pueblos de Filipinas y las Indias Holandesas también sufrieron terriblemente. En total, unos cinco millones de habitantes del sudeste de Asia murieron a causa de la invasión y ocupación japonesa, incluidos setenta y cinco mil esclavos que trabajaban en el ferrocarril de Birmania. Si bien los británicos no podían sentirse muy orgullosos de su administración del subcontinente indio, donde los invitados blancos de los clubes de Calcuta podían comer huevos y panceta sin límite mientras los bengalíes se morían de hambre en las calles, nunca llegaron a igualar la barbarie sistemática de la hegemonía japonesa.

Las fuerzas estadounidenses se abrieron paso a través del Pacífico con el apoyo de un impresionante despliegue de recursos y tecnología. Los observadores estadounidenses que se encontraban en el Asia continental estaban horrorizados por el contraste de todo ello con la miseria que ellos percibían en todas partes, así como impresionados por la agitación de las fuerzas políticas. «Miles de millones de personas están cansadas de cómo funciona este mundo; viven literalmente en tal sometimiento que no tienen nada que perder excepto sus cadenas», escribieron Theodore White y Annalee Jacoby en 1944. Hablaban de la esperanza de vida de la India —la joya de la corona británica—, que era de tan solo veintisiete años; de una China en la que la mitad de la población moría antes de cumplir los treinta. Describían los cuerpos sin vida de los niños explotados que se recogían cada mañana a las puertas de las fábricas de Shanghai; hablaban de las palizas, los latigazos, las torturas, la enfermedad y el hambre que eran moneda común en todo el continente.

Durante las hambrunas de China, muy empeoradas por la guerra con Japón, la gente cazaba hormigas, devoraba las raíces de los árboles, se comía el barro. *North China Herald* deploraba la preponderancia del secuestro y la extorsión: «en algunos distritos, se ha convertido en una costumbre asar a las víctimas en grandes ollas, sin agua, hasta que la carne se desprende del hueso». White y Jacoby escribieron: «En toda Asia, la vida está imbuida de unas pocas certezas: el hambre, la humillación y la violencia». Este es el mundo que los estadounidenses pensaban que tenían que salvar, no solo de los japoneses, sino también de los imperialistas de cualquier tendencia, incluidos sus aliados más cercanos, los británicos. Churchill albergó la infundada creencia de que la victoria sobre Japón permitiría a Gran Bretaña mantener su dominio sobre la India y reafirmar su control de Birmania y la península malaya. Los

Estados Unidos acariciaban una fantasía paralela, igual de grande y errónea, sobre lo que podrían hacer con China. *Why We Fight* (¿Por qué luchamos?), la obra de Frank Capra sobre China, incluida en la famosa serie de documentales del departamento de Guerra de los Estados Unidos, retrataba el país como una sociedad liberal y ni siquiera mencionaba a los comunistas.

Los japoneses, mientras tanto, albergaban sus propias ilusiones. Incluso en una fecha tan avanzada como la del verano de 1944, buena parte de su imperio todavía parecía asegurado, al menos a los ojos de sus dirigentes más humildes. Al cadete Toshiharu Konada le encantaba hacer «excursiones a la costa» de Java desde el crucero pesado *Ashigara*: «éramos jóvenes y todo nos resultaba muy exótico». Una vez, un coro de niños del lugar cantaron canciones japonesas durante una fiesta de despedida de la flota. Konada y un grupo de tripulantes de su barco cenaron en un restaurante italiano de la zona, sin quitarle los ojos de encima a la hija del propietario, una de las primeras chicas europeas que habían visto nunca. «Pensé que tenía ante mis ojos el prometedor futuro de Asia. Toda la zona parecía tan pacífica. En Singapur, muchos de los chinos eran agradables con nosotros».

Konada, de veinte años, era hijo de un oficial de Marina al mando de una base en el Pacífico. Él quería ser médico, pero renunció a esa vocación cuando fue llamado a filas en 1943. «Sabía que había que defender a Japón y yo quería aportar mi granito de arena». Al año siguiente, cuando al *Ashigara* y sus «barcos consorte» se les asignó un nuevo destino en el norte de Japón (para protegerlos de la amenaza estadounidense, procedente de las islas Aleutianas), «empezamos a sentir que el peligro iba en aumento». En la sala de armas «nunca se hablaba de lo que podría pasar después de la guerra, porque nos parecía muy remoto». Él no sabía nada del destino de su padre, porque no había correo desde las islas del Pacífico. Los jóvenes, sencillamente, se concentraban en sus tareas inmediatas: estudiar mucho para los exámenes de promoción y escribir diarios que los oficiales de su división examinaban rigurosamente.

Las distracciones eran pocas mientras la flota esperaba el momento de entrar en acción. Todas las noches, Konada o algún otro oficial subalterno tomaba el mando de un barco de guardia y patrullaban las aguas que rodeaban al *Ashigara*. Sus mayores diversiones consistían en divisar lo que en la oscuridad parecía un hombre-rana, pero resultaba ser una tortuga gigante, o detectar algún rastro de torpedos, que en realidad no era más que un banco de atunes. Los chicos reconocían el poder de las Armadas estadounidense y británica, pero cuando contemplaban los anclajes de las nutridas filas de navíos de guerra, cruceros y destructores que Japón aún poseía, no veían razón alguna para perder la esperanza. «Entendíamos que iba a ser una guerra larga y dura, pero nos parecía que merecía la pena librarla para conseguir paz y seguridad en Asia».

El capitán de corbeta Haruki Iki había participado en el combate aéreo desde 1938, cuando bombardeó a los chinos, ya en retirada, en la ribera del río Yangtsé. Iki, que en aquellos momentos tenía treinta y dos años, era un hombre famoso en la Marina japonesa, por ser el piloto que había hundido el *Repulse* en la península malaya. En el verano de 1944, estaba al mando de un escuadrón que llevaba a cabo labores de reconocimiento de larga distancia desde el archipiélago de Truk. El escuadrón fue bombardeado casi diariamente por los B-24 *Liberator* estadounidenses, desde gran altura y, aunque la mayoría de las bombas caían en el mar, los bombardeos obligaban a los aviadores japoneses a pasar muchas horas refugiados en cuevas. En el aire, los aviones que estaban bajo el mando de Iki sufrieron un desgaste implacable. El reemplazo de la tripulación llegaba con soldados de escasa formación, de manera que Iki acabó enseñando los procedimientos de envío y recepción de señales a operadores que conocían los principios del código morse, pero nunca habían tocado un transmisor. Con el verano avanzado, su fuerza aérea se había reducido de treinta y seis aviones a doce, por lo que se ordenó su retirada a Japón, donde asumiría el mando de una unidad de bombarderos Yokosuka *Ginga*.

Masashiko Ando, de veintitrés años, era hijo de un gobernador japonés en Corea. Ninguno de los hijos de este aristócrata quería escoger la carrera militar, pero todos se vieron obligados a hacerlo. El mayor murió luchando en Saipán y el segundo como médico militar, en Nueva Guinea. En julio de 1944, Masashiko era el único superviviente y acababa de graduarse en la escuela de vuelo de la Academia de la Marina. Había elegido servir en el mar porque un tío suyo, al que admiraba, era oficial de la Armada. Tuvo la suerte de formar parte de una de las últimas clases de cadetes que recibieron una formación sólida, antes de que los aviones y el combustible escasearan. Cuando se distribuyeron los destinos, él fue el único cadete que había solicitado pilotar un hidroavión. Al cabo de un mes, ya estaba realizando patrullas antisubmarinos en un bombardero Judy monomotor, de tres plazas.

Las misiones rutinarias de Masashiko y su tripulación duraban dos o tres horas y consistían en cubrir a convoyes que se dirigían lentamente hacia Japón desde la península malaya o las Indias Holandesas. Sus aviones eran primitivos, en comparación con los Aliados: carecían de radar, llevaban únicamente un dispositivo magnético de detección de barcos y tenían una única carga de profundidad de cincuenta y cinco kilos, por si se daba la improbable eventualidad de encontrar un submarino estadounidense. Llevar a cabo esas búsquedas dos veces al día, un mes tras otro, podría parecer una tarea pesada, pero a Ando, que le encantaba volar, no se lo parecía. Los aplicados miembros de su tripulación, Kato y Kikuchi —más jóvenes, pero con parecida experiencia naval— escudriñaban el mar con atención, en busca de la estela de un periscopio.

Al cabo de un rato, bebían termos de café y se tomaban sus raciones de comida,

que habían mejorado algo desde que un piloto se quejó con asco al oficial encargado: «¡Todos los días pueden ser el último de nuestras vidas! ¿Esta porquería es lo mejor que nos puedes preparar para nuestra última comida?». Si necesitaban orinar durante el vuelo, tenían que poner en marcha un procedimiento complejo. Cada uno llevaba una bolsa de papel aceitado doblada; una vez llena y cerrada mediante un nudo, el piloto la pasaba por encima del hombro al operario de búsqueda, que ocupaba el asiento trasero, quien a su vez lo tiraba por una ventana. Si no se hacía con cuidado la bolsa podía estallarles en la cara. Incluso durante el último año de la guerra, en las bases japonesas de Indochina y las Indias Holandesas había provisiones y combustible de sobra. Lo único que escaseaba eran los reemplazos de tripulación. Según dijo Ando: «Nos dimos cuenta de que Japón estaba pasando apuros, pero no de que corríamos peligro de perder la guerra. Los jóvenes pensábamos que, pasara lo que pasara, podríamos darle un giro a la situación».

Al oficial del Estado Mayor Shigeru Funaki casi le avergonzaba que su vida en el cuartel general del ejército chino, en Nanjing, fuera tan segura y confortable, con buena comida y sin bombardeos del enemigo:

> *En Japón, uno era muy consciente del desastre en el que estábamos metidos, pero en China, nuestras vidas parecían tan normales que nos confiamos y llegamos a pensar que nuestro país saldría bien parado. Yo siempre estaba orgulloso porque, pasara lo que pasara en otros teatros, en China seguíamos venciendo. Por esa razón me parecía un buen lugar en el que servir.*

Muchos jóvenes japoneses, no obstante, descubrieron por medio de la propia experiencia la creciente vulnerabilidad de su imperio. En octubre de 1944, el teniente Masaichi Kikuchi fue destinado a las islas Célebes, al sur de Filipinas. Después de haber despegado en Japón, él y su cupo de soldados se vieron obligados a aterrizar en Formosa, debido a un fallo del motor. Permanecieron aislados allí durante dos meses, entre varios cientos de hombres en parecida situación, soportando un chaparrón de bombas americanas. Cuando finalmente escaparon, no se dirigieron a las Célebes, tomadas por los estadounidenses, sino a Saigón. Un viaje por mar que normalmente duraba un día les llevó una semana, ya que su convoy de petroleros vacíos permanecía cerca de la costa durante el día y solo avanzaba hacia el sur mediante rápidos movimientos nocturnos. Se mantuvo a los pasajeros militares en alerta antisubmarina casi permanente y el convoy fue bombardeado cuatro veces.

Herido y agazapado en una cueva en una isla del Pacífico, el sargento Hiroshi Funasaka observaba un campamento estadounidense desde la altura:

> *Me imaginaba a los estadounidenses profundamente dormidos en sus tiendas. Bien habrían podido estar descansando o leyendo una novela. Por la mañana se levantarían tranquilamente, se afeitarían, se tomarían un buen desayuno y después vendrían a por nosotros, como de costumbre. El mar de luces eléctricas era un potente testigo mudo de su «ataque por abundancia»… Tuve una visión de la isla como el cielo y el infierno, separados tan solo por unos cientos de metros.*

Nadie anhelaba la victoria de los Aliados con más desesperación que los prisioneros de guerra en manos de los japoneses, muchos de los cuales ya habían muerto. Los que lograron sobrevivir estaban destrozados por la enfermedad, la desnutrición y los trabajos forzados. El soldado británico Fred Thomson escribió en Java:

> *Acabamos de empezar un nuevo turno de diez horas. Está por ver cuánto aguantarán los chicos. Todos hemos dejado de preguntarnos cuándo saldremos de esta. Nos hemos llevado tantas decepciones… Estamos todos llenos de piojos, pero bueno, es una distracción: caza mayor. Seguimos sonriendo.*

En el verano de 1944, solo algunos cientos de miles de los japoneses que lucharon contra los Aliados en Nueva Guinea, las islas del Pacífico o Birmania, por mar o por aire, habían visto anteriormente la aplastante potencia de fuego que se desplegaba ahora contra su país. Todos los japoneses eran conscientes de las privaciones impuestas por el bloqueo estadounidense, pero las islas principales solo habían sufrido bombardeos poco sistemáticos. La perspectiva de una derrota indigna, que los alemanes ya habían experimentado mucho antes del final de la guerra debido a los ataques aéreos y las bajas masivas en el frente oriental, era todavía algo remoto para Japón. Hacia finales de 1944, el pueblo de Hitler había sufrido ya más de la mitad de las pérdidas totales de la guerra: más de tres millones de muertos.

Por contra, un año antes de la capitulación, la nación de Hirohito había sufrido solo una pequeña fracción de lo que serían sus víctimas militares y civiles. Las catástrofes humanas de Japón se acumularon en los últimos meses de la guerra, durante su inútil pugna por impedir lo inevitable. Los mandos militares y líderes políticos japoneses sabían que su nación se encontraba en una situación desesperada, pero la mayoría de ellos no estaban en absoluto dispuestos a reconocer la lógica de todo ello. En la última fase, alrededor de dos millones de japoneses pagaron el preció de la ceguera de sus gobernantes, un sacrificio que no sirvió de nada a su país. Después de que los ejércitos de Japón pasaran años recorriendo Asia a su voluntad y llevando a cabo una matanza de enormes proporciones, se acercaba la hora de las represalias.

### 2. CUMBRE EN OAHU

El avance de Japón a través del Pacífico y el sudeste de Asia alcanzó su punto álgido en 1942, cuando Australia sufría la amenaza de ser invadida y el ejército británico se había visto forzado a retroceder a través de Birmania hasta la India. Fue necesario emprender prolongadas campañas terrestres para recuperar Guadalcanal, Papúa-Nueva Guinea y otras bases del Pacífico tomadas por los japoneses. Los intentos de los británicos de volver a Birmania fueron frustrados. Las tropas estadounidenses se iban concentrando lentamente, conforme al compromiso de Washington de dar

prioridad a la guerra en Occidente: «primero, Alemania». La flota estadounidense del Pacífico arrebató el dominio de los mares a los japoneses después de una larga serie de enfrentamientos, grandes y pequeños, que le costaron muchos barcos, muchos aviones y muchas vidas. La contraofensiva de los Aliados se vio además obstaculizada por la rivalidad entre el ejército de Tierra y la Armada estadounidense: ambos servicios trataron de conseguir el dominio mediante campañas separadas contra los japoneses, hecho que trataron de dignificar dándole el nombre de «la estrategia de la doble vía».

A pesar de todas estas dificultades, para el verano de 1944 la fuerza material de los Estados Unidos era abrumadora y el cometa japonés estaba cayendo vertiginosamente. Se había desvanecido el trauma sufrido por los estadounidenses y sus aliados a causa del ataque de Pearl Harbor y la pérdida de Hong Kong, la península malaya, Singapur, Birmania, las Indias Holandesas y un gran número de islas del Pacífico. El reto al que se enfrentaban los líderes de la «gran alianza» ya no era frustrar el avance de Japón, sino ocasionar su destrucción. Los aliados tenían ahora el privilegio de determinar la estrategia, lo que significaba, en el contexto de la guerra en Oriente, que los líderes políticos y militares de los Estados Unidos establecían el rumbo a seguir y después informaban de sus decisiones a los británicos.

El 26 de julio de 1944, a primera hora de la tarde, el crucero *Baltimore* dejó atrás el promontorio Diamond Head, en Hawái, y se adentró en Pearl Harbor. Los rumores habían reunido a una multitud de soldados y marinos en el astillero naval. A medida que el gran barco de guerra procedente del Fuerte Kamehaha perdía impulso, un remolcador empezaba a asomar lentamente. En él viajaba el almirante Chester Nimitz, comandante en jefe de la flota del Pacífico. El *Baltimore* amarró en el muelle 22B, de forma que más generales y altos oficiales de la Marina pudieran ascender la pasarela y formar filas para saludar al ilustre pasajero del crucero: el presidente de los Estados Unidos. Franklin Roosevelt, que se encontraba en los últimos nueve meses de su vida y en medio de su cuarta campaña electoral para la presidencia, miró a su alrededor en busca de Douglas MacArthur, con quien había venido a reunirse. Le habían informado de que el avión del general acababa de aterrizar. MacArthur estaba de camino desde el Fuerte Shafter y no tardaría en llegar. Como era de esperar, el soldado más famoso de Estados Unidos desde los tiempos de Ulysses S. Grant fue recibido con una calurosa bienvenida a Honolulu. El coche de MacArthur se acercó al muelle y el gran hombre apareció, vistiendo pantalones caqui y una chaqueta de cuero de las fuerzas aéreas, con la insignia y la gorra de capitán general del Ejército. Al sonido del silbato del contramaestre, MacArthur ascendió por la pasarela, saludó a los oficiales del barco y bajó a reunirse con Roosevelt.

MacArthur no solo no deseaba este encuentro, sino que incluso lo desdeñaba. George Marshall y Dwight Eisenhower, junto con el resto de comandantes

estadounidenses, británicos, soviéticos, alemanes y japoneses de la Segunda Guerra Mundial, reconocían su subordinación a sus respectivos líderes nacionales. MacArthur, sin embargo, parecía no querer rendir cuentas a ningún poder terrenal. Su título formal era «comandante supremo de los Aliados» en el sudoeste del Pacífico. Casi nunca llegó a estar al mando de más de diez divisiones dedicadas a operaciones de combate, tan solo una fracción de las fuerzas que dirigía Eisenhower en el noroeste de Europa. Es más, en 1944 sus fuerzas contaban con menos de la mitad de tropas terrestres que las desplegadas en Italia, que era de por sí un escenario secundario. Para él era un amargo disgusto el hecho de que se le negara la autoridad sobre todo el teatro y se viera obligado a reconocer al almirante Chester Nimitz, al mando de las fuerzas estadounidenses del área central del Pacífico, como su igual y su rival. MacArthur siempre se había opuesto a la «estrategia de la doble vía», por la que sus elementos se acercaban a Japón por el sudoeste, mientras que la Marina llevaba a cabo sus ofensivas más al norte. MacArthur creía que él era el único árbitro de la guerra estadounidense en Oriente y le enojaba el malgasto de recursos que suponía mantener dos campañas paralelas, si bien nunca se dignó a considerar la posibilidad de que la suya propia podría ser la superflua.

A MacArthur, que contaba 64 años en 1944, le rodeó la controversia a lo largo de todo el ejercicio de su cargo. Desde el mismo día en que se graduó como el primero de su clase en la academia militar de West Point, su capacidad intelectual y de liderazgo le fueron reconocidas. No obstante, como jefe de Estado Mayor del ejército adquirió notoriedad por su implacable supresión de la «marcha del subsidio» que en 1932 protagonizaron los veteranos de la primera guerra mundial en Washington. Su política reflejaba unas convicciones políticas extremadamente derechistas. Tras su retiro en 1935, volvió a Filipinas, la dependencia estadounidense en la que había servido durante su juventud, aceptando su nombramiento como consejero militar del gobierno y comandante de las Fuerzas Armadas. Cuando, en julio de 1941, la amenaza de Japón creció, Roosevelt nombró a MacArthur comandante en jefe de la guarnición estadounidense y de las tropas filipinas de la isla. En esta función de general dirigió la defensa de las islas frente a la invasión japonesa desde diciembre de 1941 hasta marzo de 1942. Entonces la Casa Blanca le ordenó escapar en una lancha torpedera antes de que se rindieran sus famélicos soldados, atrapados en la península de Bataan.

Dentro del ejército se consideraba a MacArthur como el responsable último de la debacle de Filipinas, tanto por las cosas que hizo como por las que dejó de hacer. Esto era injusto, en cierto sentido. Aunque no fue un gran general, ningún otro comandante podría haber detenido el ataque japonés con las pocas fuerzas de las que disponía. Sin embargo, no pocos oficiales de alto rango estadounidenses se habrían alegrado de que este viejo autócrata no hubiera desempeñado ningún otro papel en la

guerra. Eisenhower, que había servido a las órdenes de MacArthur, expresó en su diario, durante el sitio de Bataan, su convicción de que sería un error evacuarlo: «Si se llegara a conocer, la opinión pública le forzaría a una posición que podría ser su ruina, dada su afición por estar en el candelero». MacArthur exhibió un gusto por la fantasía bastante inapropiado para un comandante de campaña, una ambición que rozaba la megalomanía y muy poco juicio a la hora de elegir a sus subordinados. Afortunadamente para su imagen pública, solo Roosevelt y unos cuantos más estaban al corriente de que el general había aceptado, en 1942, 500 000 dólares del Tesoro Público de Filipinas, como regalo personal del presidente Manuel Quezón, una transacción extraordinariamente indecorosa por parte tanto del beneficiado como del donante.

Los británicos siempre reconocieron que sus propias fuerzas y altos mandos lo habían hecho muy mal en las campañas de 1941-1942 en Birmania y la península malaya. Las operaciones en Filipinas tampoco habían sido muy bien dirigidas, pero en aquellos tiempos oscuros los Estados Unidos ansiaban tener héroes. El presidente y el pueblo actuaron en connivencia para hacer de MacArthur un héroe con el fin de forjar un mito alrededor de la defensa de Bataan. A los estadounidenses les parecía impensable que el ejército de los Estados Unidos, que se había congregado lentamente en Australia a lo largo de 1942 y 1943, entrara en combate dirigido por otra persona que el general MacArthur.

MacArthur fue responsable de campañas para recuperar el dominio de Nueva Guinea y las islas del sudoeste del Pacífico que resultaron amargas y prolongadas y que, al principio, no le aportaron mucha gloria. Pero el general contaba con una máquina publicitaria tan formidable y una personalidad tan imponente, que mantuvo su puesto hasta que empezaron a llegar las victorias. La derecha política de los Estados Unidos pidió que se convirtiera a MacArthur en comandante supremo de la nación a nivel mundial o que se aceptara su candidatura a presidente de la nación, y el general no parecía impaciente por desestimar ninguna de las dos ideas. Era uno de los mayores defensores de la concepción histórica del «hombre predestinado» y estaba empeñado en convertirse en la única estrella estadounidense de la guerra del Pacífico. Todo lo que hacía estaba supeditado a ese propósito. Cada uno de sus movimientos estaba acompañado de un exceso de publicidad personal y, además, contaba con el apoyo de los magnates del periodismo estadounidense —Hearst, McCormick y Patterson—, que amaban al general. Durante el transcurso de la guerra se publicaron doce biografías suyas, de cuya esencia podemos hacernos una idea tomando como ejemplo el título de una de ellas, *MacArthur el magnífico*. Huelga decir que esto no contribuyó a poner freno a la egolatría del general.

El comandante de alto rango de los Aliados que mejor habló de MacArthur fue el general sir Alan Brooke, un adusto norirlandés que fue el principal jefe de Estado

Mayor británico durante la guerra. Brooke valoraba al general con efusividad: «A juzgar por lo que yo vi de él, fue el general más grande de la última guerra. Desde luego, demostró tener muchos más conocimientos estratégicos que Marshall». Un testimonio así no debería pasarse por alto, pero Brooke no sabía mucho ni de MacArthur ni de la guerra en Japón. Los estadounidenses más destacados que tuvieron que trabajar con «el héroe de Bataan» tenían una visión mucho más escéptica. Muchos oficiales cuestionaron si MacArthur era un hombre adecuado para ocupar un alto mando, entre ellos el jefe de operaciones navales, el almirante Ernest King, otro autócrata de Olimpia. La hija de King describió a su padre como un hombre de ánimo extremadamente constante: «siempre estaba enfadado». Tal era el odio personal que el almirante profesaba hacia MacArthur que, durante una reunión del Estado Mayor Conjunto, Marshall —que no era ningún admirador de MacArthur— se sintió obligado a pegar un puñetazo en la mesa para silenciar una diatriba de King en contra del general, diciendo: «No toleraré este odio en ninguna reunión».

Los detractores de MacArthur pensaban que un avance a través del sudoeste del Pacífico era irrelevante para las necesidades estratégicas de Estados Unidos y creían que tal avance se había promovido únicamente por la ambición del general de liberar Filipinas. MacArthur manipuló descaradamente comunicados sobre los logros de sus fuerzas, seleccionó personalmente fotos suyas para las notas de prensa, no reconoció el mérito de sus subordinados por sus éxitos y eludió la responsabilidad por sus propios errores. Era un hombre de fuertes pasiones, a quien «el júbilo o la pena podían… hacerle subir a las alturas o caer en picado», en las palabras de un subordinado. «A riesgo de ser ingenuo o sencillamente bobo», escribía el general de división St. Clair Streett, más tarde comandante de la 13.ª división de las fuerzas aéreas, valorando el mando del Pacífico en 1942, «el mayor obstáculo para conseguir una solución sensata al problema [es] el general MacArthur… incluso el mismo presidente podría encontrarse de manos atadas al negociar con el general». Streett pensaba que cuanto antes saliera MacArthur del Pacífico, antes sería posible establecer una estructura de mando racional para el teatro.

Un experimentado aviador británico, no ajeno a los problemas existentes entre los altos mandos de su propia nación, estaba asombrado por las tensiones que existían entre las distintas ramas armadas estadounidenses: «La violencia de la rivalidad entre fuerzas… en esos días era algo que había que ver para creer y constituyó una importante desventaja para su esfuerzo bélico». Incluso cuando existe rivalidad institucional entre las distintas fuerzas armadas se puede lograr una cooperación eficaz si los mandos individuales forjan unas buenas relaciones de trabajo. A MacArthur, sin embargo, solo le interesaba mantener la armonía en lo que concernía a sus propios objetivos. El almirante King, de la misma manera, daba mucha más prioridad a los intereses a largo plazo de la Marina estadounidense que a los aspectos

tácticos relacionados con el enfrentamiento con los japoneses. Nunca se designó a un comandante supremo de toda el área del Pacífico porque ni Tierra ni la Marina podían tolerar el triunfo explícito del otro servicio. Pero los recursos de los Estados Unidos eran tan ingentes que la nación se sentía capaz de consentir esta división de la autoridad, incluso aunque dificultara la derrota de Japón.

MacArthur nunca se puso enfermo. Cuando no tenía algún lugar más distante al que dirigirse, paseaba por su despacho para apaciguar su impaciencia crónica. Nunca bromeaba ni charlaba sobre temas triviales, aunque en ocasiones hablaba de béisbol a los soldados rasos en un intento de parecer humano. Marshall observó que MacArthur no tenía subalternos, sino una corte en toda regla. Los íntimos de la «cuadrilla de Bataan», un puñado de oficiales a los que MacArthur permitió viajar junto a su propia familia en las lanchas torpederas que escaparon de Filipinas, fueron testigos privilegiados del fin de la guerra. El teniente general Richard Sutherland, jefe de Estado Mayor del sudoeste del Pacífico, llegó a nombrar oficial a su amante australiana en el cuerpo de mujeres del ejército estadounidense, y a embarcarla con su séquito hasta que se descubrió el escándalo.

La convicción de MacArthur de que sus detractores no solo estaban equivocados, sino que eran malvados, rozaba la demencia. Llegó a declarar que percibía una veta de deshonestidad en Marshall y Eisenhower, dos de los hombres más honorables del servicio público estadounidense, y puso reparos a que se adaptara la legendaria frase que el general pronunció al retirarse de Filipinas: «Volveré», que la Oficina de Información de Guerra quería sustituir por «Volveremos» para dirigirse al público nacional. A principios de 1944, el general escribió a Stimson:

> *Estos ataques frontales de la Marina… son masacres trágicas e innecesarias de vidas estadounidenses… La Marina no comprende la estrategia… Dame la dirección central de la guerra del Pacífico y estaré en Filipinas en diez meses… No dejes que el orgullo y la ignorancia de la Marina sigan adelante con esta gran tragedia para nuestro país.*

El comportamiento personal de MacArthur no era peor que el de Patton y Montgomery, pero él ejercía su mando con muchas menos limitaciones que ellos.

Tal vez la acción de peor gusto que el general llevó a cabo durante la guerra fue su coqueteo con las elecciones presidenciales de 1944, donde pensaba competir con Roosevelt. El liberalismo de este constituía una afrenta para alguien con convicciones tan extremadamente conservadoras como MacArthur. Sus subordinados mantuvieron correspondencia con posibles patrocinadores de la campaña en Estados Unidos, cosa que no habrían podido hacer sin su conocimiento. El teniente general Robert Eichelberger manifestó: «si no fuera por su odio, o más bien por el gran desprecio que siente por FDR, no querría [la presidencia]». El influyente columnista del *New York Times*, Arthur Krock, escribió en abril de 1944: «Se piensa… que el general

MacArthur no está satisfecho con la estrategia militar aprobada por el presidente y el primer ministro Churchill». Y, en efecto, así era. Hasta que no resultó evidente que MacArthur no podría derrotar a Thomas Dewey para asegurarse la nominación a la presidencia por el partido republicano, el general no retiró su candidatura.

No obstante, MacArthur también tenía virtudes. El general del Ejército del Aire George Kenney, observó astutamente que «como comercial no le supera nadie, y pocos le igualan». Las fuerzas aéreas de los Estados Unidos respondieron al entusiasmo del general MacArthur por el ejército del Aire apoyando todas sus causas con pasión. Aunque la hostilidad de MacArthur hacia Gran Bretaña era bien conocida, el brigadier británico Jack Profumo, adscrito a su personal, alabó su cortesía y afecto en sus relaciones personales. El oficial de enlace británico del comandante supremo le describió ante Churchill como «implacable, vanidoso, afectado y sin escrúpulos… pero… un hombre de verdadero calibre con una imaginación viva, capaz de aprender rápidamente del pasado, un verdadero líder… [con] un considerable conocimiento de personalidades y evolución política». La serenidad, la confianza en sí mismo, su autoridad natural y su carisma justifican en parte sus afirmaciones sobre su rango. Si no fue uno de los altos mandos más sobresalientes de la historia, representó el papel con una convicción inquebrantable.

Al final del verano de 1944, se tenía a MacArthur en la más alta consideración como estratega. En dos meses había dirigido un avance espectacular al adentrarse casi 2000 km en Papúa-Nueva Guinea. En lugar de entretenerse para destruir los fuertes japoneses, los sortearon, protagonizando una serie de ataques anfibios por sorpresa. El más reciente y también el de mayor éxito tuvo lugar en Hollandia, adonde se estaba trasladando su cuartel general. Sin embargo, aunque estos logros llenaron titulares, no hicieron desaparecer las dudas fundamentales sobre la utilidad de las operaciones del ejército de Tierra en el sudoeste del Pacífico, ahora que ya no existía una amenaza sobre Australia. La Marina de los Estados Unidos se había convertido en la fuerza principal durante la guerra de Japón, por imperativos geográficos, y Tierra estaba obligada a condescender. Los soldados no podían entablar combate con los japoneses si no se les transportaba en barco hasta sus objetivos y si la flota no les prestaba su apoyo durante la acción. MacArthur podía dirigir la estrategia y mantener su propio estatus como el estadounidense más famoso de los que participaron en la lucha, pero, por más que lo intentase, no pudo arreglárselas para conseguir un dominio personal absoluto.

Este era, por tanto, el panorama general cuando el comandante supremo del sudoeste del Pacífico llegó a Oahu, en Hawái, en julio de 1944, para reunirse con Roosevelt y Nimitz. El retraso de MacArthur reflejaba su desdén hacia este encuentro. Si ya le irritaba tener que comunicarse con el Estado Mayor Conjunto en Washington, le parecía intolerable verse obligado a viajar varios miles de kilómetros

para hablar con un político civil, por mucho que se tratara del más importante de la nación. MacArthur pensaba que Roosevelt había convocado la reunión de Hawái por razones políticas, para promover su campaña de reelección luciéndose ante el pueblo estadounidense como su comandante en jefe. Durante el vuelo de veintiséis horas desde Australia, el general exclamó enojado: «¡Qué humillación, obligarme a dejar mi puesto de mando por un viajecito para hacerse una foto en Honolulu!». Por una vez, es probable que su paranoia estuviera justificada. El almirante King compartía su escepticismo acerca de la reunión de Hawái. Roosevelt siempre tomaba parte en las grandes decisiones y, en algunas ocasiones, las imponía. Un ejemplo de ello es su insistencia en que se realizaran los desembarcos en el norte de África en noviembre de 1942, a pesar de que sus jefes de Estado Mayor se mostraran muy reticentes a ello. No obstante, la estrategia estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial la marcaron los compromisos entre los mandos de fuerzas rivales. Esto explica la mueca de desprecio de King y MacArthur cuando, en julio de 1944, Roosevelt trató de representar el papel de caudillo supremo a la vez que se presentaba ante el pueblo estadounidense como candidato a la presidencia para una cuarta legislatura, hecho que no tenía precedentes.

La lucha con Japón se había desplazado varios miles de kilómetros desde que las islas hawaianas fueran víctimas del ataque aéreo del 7 de diciembre de 1941, pero estas seguían siendo la principal base de retaguardia y área de estacionamiento de la campaña estadounidense en el Pacífico. «En la base de Pearl abundaba la pasta y las prostitutas», según las lacónicas palabras del *marine* Eugene Hardy. Los oficiales de combate que visitaban los complejos de los cuarteles generales de las islas se sentían indignados por las comodidades de las que se disfrutaba allí. Todos los sábados se celebraban bailes en los barracones de Schofield. «Había fiestas de todo tipo: cenas, cócteles, fiestas en la playa», escribió un general de la Marina, O. P. Smith. «En algunas de las fiestas las mujeres llevaban trajes de noche. Daba la sensación de que estabas medio fuera, medio dentro de la guerra». El personal estadounidense local argumentaba que imponerles una falsa austeridad a ellos no sería de ninguna ayuda para los soldados en la línea de frente. Aun así, después de las protestas de los visitantes de la zona de combate, los clubes de los oficiales abandonaron la costumbre de servir bistec dos veces al día.

Las reuniones más importantes que mantuvo Roosevelt en Hawái tuvieron lugar en la mansión de la avenida Kalaukau, propiedad de Chris Holmes, un ciudadano destacado de Waikiki. Algunos pilotos de la Marina se habían alojado allí durante un tiempo y, una semana antes de la llegada de los grandes personajes, algunos grupos de trabajo de la base submarina tuvieron que hacer horas extra para reparar los estragos causados por los aviadores. Ahora la casa iba a servir como escenario para acoger las representaciones de dos grandes de la interpretación: el presidente y el

general del ejército de Tierra, acompañados de otro profesional supremo, el comandante en jefe de la flota del Pacífico. A MacArthur únicamente le interesaba determinar la ruta para el avance estadounidense contra Japón. Mientras Roosevelt, Nimitz y MacArthur negociaban, la Marina de los Estados Unidos completaba la conquista del archipiélago de las islas Marianas. El 19 y 20 de junio de 1944, durante la batalla del mar de las Marianas, los portaaviones de la 5.ª flota del almirante Raymond Spruance habían infligido una derrota devastadora a la fuerza naval japonesa, a la que prácticamente habían aniquilado. Se destruyeron alrededor de 475 aviones enemigos, en comparación con los 60 aparatos de la Luftwaffe que la fuerza aérea británica había abatido el 15 de septiembre de 1940, el día más importante de la batalla de Inglaterra. La cadena de islas, a solo 2300 km al sudeste de Japón, representaba un vínculo de vital importancia para el avance estadounidense. Su conquista hizo posible que se construyeran bases aéreas desde las que los B-29 pudieron alcanzar Tokio. Su pérdida fue sin lugar a dudas la más importante derrota de los japoneses en 1944, así como un momento decisivo de la guerra.

Puesto que no se levantaron actas de las reuniones de Roosevelt con sus altos mandos, no puede saberse con exactitud qué se dijo. La narrativa histórica se basa en las versiones fragmentarias y muy parciales de los participantes. Al parecer, Roosevelt preguntó: «Douglas, ¿cuál es el siguiente paso?». Esta manera de dirigirse a él debió de irritar a MacArthur, que firmaba con su apellido incluso las cartas que le escribía a su esposa Jean. «Señor presidente, primero a Leyte y después a Luzón», respondió MacArthur, nombrando dos de las islas más importantes de las Filipinas. Sin embargo, es inverosímil que MacArthur pronunciara estas palabras exactamente, ya que en esa fase los planes de los Estados Unidos exigían un desembarco inicial más al sur, en la isla de Mindanao. No obstante, no se pone en duda la idea central del argumento de MacArthur. Como ya había hecho en 1942, el general se reafirmó en su idea de que una estrategia sabia y honorable para la nación exigía la liberación del pueblo filipino, cuyo territorio se convertiría de esa forma en el primer peldaño hacia la invasión de Japón.

En octubre de 1943, los jefes del Estado Mayor conjunto habían adjudicado a la Marina estadounidense su propia ruta a través del Pacífico. La ruta pasaba por las islas Marshall, Carolinas y Marianas, que debían asaltar principalmente las divisiones de *marines*. Por otro lado, los soldados de MacArthur avanzarían por las islas Salomón, el archipiélago Bismarck y las colinas y selvas de Papúa-Nueva Guinea. Todos estos objetivos se habían conseguido para entonces. Los nombres de estas difíciles conquistas se habían escrito con sangre en la historia de los Estados Unidos: Guadalcanal, Kwajalein, Tarawa, Saipán y Guam. Cada una de ellas había sido escenario de una batalla por unos cuantos kilómetros cuadrados de roca o de coral donde poder construir pistas de aterrizaje y fondeaderos para brindar apoyo a las

mayores flotas que el mundo había visto jamás. La guerra del Pacífico se desarrolló casi exclusivamente a muy poca distancia del mar. Entre las vastas extensiones del océano más grande de la Tierra, los hombres se lanzaban a los afloramientos de tierra, de un verde vivo por la vegetación, con una pasión que resultaba ridícula al lado de esa cruda belleza. Durante los primeros dieciocho meses de la contienda, aunque Japón debía atender una líneas de abastecimiento que amenazaban con agotar sus recursos, sus fuerzas armadas entablaron combate con los estadounidenses en una situación que no podía considerarse de desigualdad. A modo de ejemplo, hasta finales de 1943 la flota estadounidense del Pacífico no llegó a poseer más de cuatro portaaviones. No obstante, a partir de ese momento, Estados Unidos comenzó a ganar fuerza mientras Japón la perdía.

Una gran cantidad de barcos, aviones, hombres y armas llegaron desde los Estados Unidos a inundar los campos de batalla. En el pico de la producción, en 1944, cada 295 segundos salía un avión de una fábrica estadounidense. Hacia el final de ese mismo año, casi cien portaaviones estadounidenses se encontraban en el mar. Sus aviones y submarinos bloqueaban las rutas de abastecimiento japonesas y ya no era necesario destruir sistemáticamente sus bases aéreas en el Pacífico, puesto que el enemigo apenas contaba con aviones. Entre el 26 de diciembre de 1943 y el 24 de octubre de 1944, la aviación japonesa no consiguió hundir ni un solo barco estadounidense de alguna relevancia. De la misma manera, las guarniciones japonesas que aún resistían no suponían ninguna amenaza porque Tokio ya no contaba con medios para moverlas ni recursos que suministrarles. Sin embargo, incluso cuando la situación estratégica de Japón era desesperada, cuando la resistencia era ya inútil —al menos a los ojos de Occidente— los soldados japoneses lucharon hasta el final. Estas temerarias batallas reflejaban en cierto modo las ideas del *bushido*, código ético del guerrero. Pero detrás de esto también se escondía una estrategia racional de Tokio. La superioridad de los recursos estadounidenses era manifiesta. Si Japón continuaba la guerra dentro de los límites del comportamiento militar convencional, su derrota sería inevitable. El camino elegido por sus líderes fue el de imponer un precio sangriento tan horrendo por cada logro estadounidense, que la «nación de comerciantes» prefiriera negociar antes que aceptar el coste humano de invadir las islas principales de Japón. Si bien dicha estrategia era frágil y fue subestimada por los Estados Unidos, determinó la conducta de los japoneses por tierra, mar y aire hasta agosto de 1945.

«Empiece como empiece una guerra, siempre se acaba en el fango», escribió el general Stilwell. «Hay que salir de ella a golpes: no hay fórmulas mágicas ni soluciones rápidas». No cabe duda de que esto era cierto, y lo sigue siendo, con relación a Alemania; pero no está tan claro que lo fuera en el caso de Japón. El enemigo era un archipiélago. Si la Marina de los Estados Unidos lograba asegurarse

suficientes puntos de apoyo para proporcionar bases aéreas y navales de camino hacia Japón, ¿porqué iba a ser necesario llevar a cabo una gran campaña terrestre? La intención histórica de Estados Unidos había sido que la guerra contra Japón se hubiera desarrollado por aire y por mar, más que por medio de contiendas terrestres. Sean cuales fueren los logros de las fuerzas terrestres estadounidenses desde Pearl Harbor, las victorias decisivas habían sido obra de la Marina, artífice de la victoria en Midway y del desgaste progresivo de las fuerza aéreas y navales japonesas. Aunque la estrategia estadounidense presuponía que harían falta desembarcos anfibios posteriores en las principales islas japonesas, la mayoría de los comandantes deseaban fervientemente que el bloqueo y los bombardeos aéreos hicieran esos desembarcos innecesarios.

La idea de realizar una gran campaña terrestre tenía un único defensor mesiánico: MacArthur. Si bien otros cambiaron de parecer a la vista de las circunstancias, el general nunca lo hizo. Es posible que más allá de su ego le remordiera el gusanillo de la culpa por su conducta entre 1941 y 1942. Aunque cumpliendo las órdenes del presidente, había dejado su puesto de mando en Filipinas, abandonándolo al brutal cautiverio mientras escapaba a Australia con su equipo personal, su familia, su niñera y su fortuna, sospechosamente adquirida. Ahora que los ojos del resto de altos mandos se posaban alternativamente en varios objetivos del oeste del Pacífico, el general no vacilaba ni un instante. King, un oficial tan imperioso como MacArthur, estaba a favor de rodear Filipinas y acercarse a Japón a través de las islas del litoral, Formosa y Okinawa. Formosa era un objetivo mucho más pequeño que la masa de las islas Filipinas, y además tenía el atractivo añadido de que abría una puerta de entrada a la China continental.

El departamento de Guerra de los Estados Unidos había llegado a la conclusión, ya en 1923, de que si se perdían las bases de Filipinas en las primeras fases del conflicto, «recuperarlas sería una larga y costosa tarea». King se quejaba de que el sentimiento era lo único que arrastraba a MacArthur a las islas. Por su parte, Marshall advirtió al general en junio de 1944: «Debemos tener cuidado de no permitir que nuestros sentimientos personales y consideraciones políticas acerca de Filipinas nos hagan olvidarnos de nuestro gran objetivo, que no es otro que concluir pronto la guerra con Japón… rodear [no es] sinónimo de abandonar».

En Hawái, cuando Roosevelt expresó su preocupación por el coste humano que supondría reconquistar Filipinas, MacArthur replicó:

> *Señor presidente, mis pérdidas no serían cuantiosas; al menos no mayores de lo que han sido en ocasiones pasadas. Los días de los ataques frontales se han terminado. Las armas de infantería son demasiado mortales y el ataque directo ya no es factible. Solo los mandos mediocres siguen empleándolo. Sus buenos comandantes no le acarrean grandes pérdidas.*

Esto era una bravata interesada, característica de MacArthur, que reflejaba el

desprecio que sentía por la dirección de la ofensiva de la Marina en el Pacífico central, además de pasar por alto el hecho de que las fuerzas de Nimitz se habían encontrado con defensas japonesas mucho más fuertes que las que sus soldados se habían visto obligados a confrontar. No obstante, fue suficiente para satisfacer a Roosevelt y el comandante en jefe prefirió no discutir.

No se expresó ninguna opinión significativa contraria a las ambiciones de MacArthur en Filipinas. MacArthur y Roosevelt dominaron las seis horas que duró la reunión. Nimitz no hizo más que esbozar planes para un ataque anfibio con el fin de establecer bases en Peleliu, al este de Filipinas, y describir el proceso de las operaciones que llevaría a cabo la flota. El plato principal en la comida formal que interrumpió el debate fue el famoso pescado hawaiano *mahimahi*, una vez examinado y considerado apto para el consumo por parte del presidente, tarea que llevó a cabo el almirante Ross McIntire, médico personal de Roosevelt. MacArthur dijo de sus relaciones con el comandante en jefe de la Marina: «Estamos absolutamente de acuerdo en todo, señor presidente. Nos entendemos perfectamente».

Robert Sherrod escribió que Nimitz, uno de los más grandes oficiales de la Marina norteamericana, «concebía la guerra como una misión que hay que realizar con eficacia y con el menor número posible de complicaciones; sin demasiada fanfarria». El almirante general no tenía el menor interés por adquirir notoriedad personal y su cuartel general en Hawái se caracterizaba por la presencia de una autoridad serena y discreta. Cuando el general de la Marina O. P. Smith llegó con información para Nimitz le encontró en su lugar favorito para relajarse: el campo de tiro. Uno de sus asesores «me advirtió que lo mejor sería mantenerme fuera de la vista del almirante hasta que terminara ya que, de no hacerlo así, Nimitz podría retarme a competir con él, y era tan buen tirador que los resultados podían ponerme en una situación vergonzosa».

Nimitz nació en Texas en 1885, en el seno de una familia de hoteleros de éxito de origen alemán. Tenía intención de comenzar una carrera en el ejército de Tierra hasta que le ofrecieron un puesto como cadete en la Academia Naval de Annapolis, en Maryland. Había sido submarinista, uno de los pioneros en repostar en el mar. Ahora era muy conocido porque gestionaba los comités con mucha habilidad y también por sus hábitos personales, pues era un hombre muy meticuloso: le irritaba la impuntualidad de los políticos. El almirante general siempre viajaba acompañado de su schnauzer, *Mak*, un perrillo gruñón. Su equipo, como la mayoría del personal en tiempos de guerra, trabajaba siete días a la semana, pero el almirante les alentaba a descansar jugando un partido de tenis cada tarde. Todos habitaban un mundo severamente masculino, ya que Nimitz insistía en que no hubiera mujeres en el equipo. Solo había una intrusa femenina: una oficial de inteligencia especialista en minas, la teniente Harriet Borland quien, por cuestiones administrativas, no se

consideraba un miembro del cuartel general de Nimitz. El almirante y su esposa Catherine recibían generosamente en su casa de Pearl, y a menudo servían exquisitas frutas traídas de las islas del Pacífico.

Nimitz, que era un hombre diplomático por naturaleza, sobrio y comedido, se esforzó por limar asperezas con MacArthur, incluso cuando el general se negaba en redondo a abandonar el control de las embarcaciones que la Marina ponía temporalmente bajo su mando, como sucedió algunas veces. En marzo de 1944 ambos hombres y sus oficiales de mayor rango se reunieron en Brisbane para lo que prometía ser un encuentro tempestuoso. Nimitz abrió la conferencia contando un chiste sobre dos hombres que recoman con desesperación el pasillo de un hotel. Uno de ellos acabó preguntándole al otro qué era lo que le preocupaba. «Soy médico y tengo un paciente en mi habitación con una pierna de madera. Le he separado la pierna y ahora no consigo volver a colocarla en su sitio». El otro hombre exclamó: «¡Ojalá fuera esa toda mi preocupación! Yo tengo a una chica guapa abierta de piernas en mi habitación y no consigo recordar el número». Hasta MacArthur se rio, a pesar de que él mismo jamás se habría rebajado a contar un chiste tan vulgar. El almirante de portaaviones «Jocko» Clark afirmaba con veneración que Nimitz era «el único gran líder en el Pacífico sin una sola mancha sobre su escudo o grieta en su armadura». Al parecer, no exageraba demasiado.

¿Por qué no expresó Nimitz en Hawái las reservas que tenía la Marina acerca del plan de invadir Filipinas? En primer lugar, se encontraba en una posición diplomática débil. Aunque MacArthur despreciara personalmente a Roosevelt, en su reunión el general desplegó toda la fuerza de su personalidad para ganarse al presidente, a quien conocía desde que sirvió como jefe de Estado Mayor del ejército. Nimitz, un hombre poco efusivo, se vio obligado a representar un pequeño papel junto a estos dos grandes actores. Para colmo, los comandantes de la Marina no se ponían de acuerdo sobre la estrategia que debían seguir. El almirante Raymond Spruance, al mando de la 5.ª flota, estaba a favor de que se llevara a cabo un avance en Okinawa por Iwo Jima, en lugar de tomar Formosa. A pesar de que King dio órdenes de planear la toma de Formosa, Spruance ordenó a su personal que no perdieran tiempo con ello.

Mientras, el propio Nimitz se mostraba más favorable al plan de Filipinas que King, su superior. Seis meses antes, el comandante en jefe del Pacífico había sido duramente reprendido por el jefe de operaciones de la Marina por defender un desembarco en Mindanao en lugar de en las islas Marianas. Aunque la Marina pensaba que las operaciones prolongadas para recuperar todo el archipiélago no servirían de nada, Nimitz y su equipo las consideraban útiles, es más, probablemente indispensables, para asegurarse bases terrestres y aéreas en Filipinas antes de acercarse más a Japón. Debido a cuestiones de logística se pudo realizar el desembarco en Mindanao y Leyte antes del fin de 1944, pero el ataque a Formosa no

fue viable hasta la primavera de 1945. Además, las conquistas japonesas de bases estadounidenses en China y el desencanto general con la nación de Chiang Kai Shek como aliada hizo que Formosa tuviera mucho menos valor como puerta de entrada a China del que había tenido unos meses antes. Casi con toda seguridad, Nimitz consideró la reunión de Hawái un encuentro simbólico y político, más que decisivo. Los jefes del Estado Mayor Conjunto se encargarían de arbitrar. No tenía sentido intentar convertir una ocasión de lucimiento político en un debate estratégico real.

Sin embargo, MacArthur, el hombre que creía en el destino, sintió que había aprovechado muy bien la ocasión para causar una buena impresión. Cuando volvió a su avión para regresar a Australia, apenas veinticuatro horas después de su llegada a Hawái, declaró triunfal: «¡Se lo hemos vendido!». Tal expresión está justificada en la medida en que Roosevelt regresó a casa el 29 de julio, después de haber pasado dos días más visitando bases y hospitales, con la convicción de que Estados Unidos debía retomar el control de las Filipinas. Sin duda alguna, la aprobación de los deseos de MacArthur por parte del presidente se debía en parte a consideraciones electoralistas. Roosevelt sabía que los amigos políticos del general serían capaces de movilizar a los votantes estadounidenses si pudieran alegar que millones de personas en Filipinas —que ellos consideraban una colonia o territorio dependiente de los Estados Unidos— eran abandonados sin ningún miramiento a la opresión continuada de Japón.

Incluso después del encuentro en Hawái, la junta de jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos seguía dándole vueltas a la cuestión. Marshall había descrito el plan de MacArthur de recuperar Filipinas como «la alternativa lenta… Tendríamos que abrirnos paso allí luchando, y nos llevaría mucho más tiempo que si lo sorteáramos». En el noroeste de Europa, Eisenhower resistía estoicamente las peticiones de que se liberase al pueblo holandés en el invierno de 1944, argumentando —seguramente con razón— que la mejor manera de procurar el bienestar de los pueblos ocupados de Europa era concentrar todos los esfuerzos en la derrota de la Alemania nazi. Pero el prestigio de MacArthur era tan grande y su cruzada emocional por la liberación de Filipinas fue tan efectiva, que habría hecho falta una comandancia suprema en Washington muy diferente a la existente para refutar sus argumentos.

Desde el verano de 1944 en adelante, las dificultades de los Estados Unidos en el Pacífico tuvieron que ver sobre todo con el desafío logístico que suponía dar apoyo a una gran fuerza de combate que se encontraba en el otro extremo de una cadena de suministro oceánica. Además, a principios de otoño, tras los éxitos fáciles de MacArthur en Papúa-Nueva Guinea, nadie podía anticipar la intensidad de la resistencia japonesa en Leyte y Luzón. Las fuerzas aéreas y navales estadounidenses habían arrollado al enemigo en todos los lugares donde lucharon. El coraje desesperado de los japoneses y su mayor destreza en el campo de batalla les permitieron causar daños a las fuerzas estadounidenses, pero no les sirvieron para

alterar los resultados. Por ejemplo, una ofensiva tardía en Aitape, Nueva Guinea, en julio de 1944, costó a la 18.ª división del ejército japonés 10 000 muertos, a cambio de matar a unos 440 estadounidenses. Las fuerzas estadounidenses pagaron la toma de las Marianas y Peleliu con las vidas de 7000 hombres, pero los japoneses llegaron a los 46 000 muertos. Esta drástica ventaja a favor de los Estados Unidos no suponía un gran consuelo para un *marine* atrincherado en un hoyo para protegerse del fuego de morteros y ametralladoras, y rodeado de camaradas heridos; pero representaba una realidad que fomentaba el optimismo entre los mandos estadounidenses en el otoño de 1944.

Casi con toda seguridad, se había tomado la decisión correcta cuando se decidió acometer operaciones limitadas para rodear Filipinas por mar y aire, tomando bases, destruyendo la aviación japonesa e inhabilitando las rutas marítimas del enemigo. Los planes de MacArthur, no obstante, eran mucho más ambiciosos. Se había propuesto llevar a cabo una campaña de liberación gradual que contribuyera a acelerar el avance estadounidense a través de las islas centrales de Japón. Su primer desembarco tendría lugar en Mindanao. Desde ahí, las fuerzas estadounidenses avanzarían progresivamente vía Leyte para acometer la conquista de la isla más grande, Luzón, que según MacArthur aseguró a los jefes de Estado Mayor, los Estados Unidos podrían tomar en el plazo de un mes. Nimitz, mientras tanto, se prepararía para tomar la isla de Iwo Jima, en el Pacífico central, y después asaltar Okinawa.

En Europa, Eisenhower obligó a sus ejércitos a llevar a cabo un avance frontal uniforme, en lugar de favorecer a una de las operaciones de sus mandos subordinados por encima de las demás. De la misma manera, en la guerra contra Japón los Estados Unidos siguieron la «estrategia gemela», manteniendo tanto la invasión de Filipinas a cargo de MacArthur como el avance de la Marina por el Pacífico central. Esto representaba un despliegue de recursos que solo podía permitirse una nación tan rica como los Estados Unidos, pero fue el compromiso que adoptaron los jefes de Estado Mayor, con el consentimiento tardío del almirante King. Los mandos estadounidenses estaban tan seguros de la victoria venidera que les costaba considerar la invasión de Filipinas como una cuestión de importancia decisiva; y, ciertamente, no lo era. A nadie le interesaba jugárselo todo contra MacArthur discutiendo rutas encontradas para llegar a un resultado final que nadie ponía en duda. A finales del verano de 1944, el general comenzó a reunir fuerzas terrestres, navales y aéreas para acometer, en noviembre, el ataque sobre su «segunda patria».

# 2

# Japón: desafío a la gravedad

### 1. EL ESPÍRITU DEL «YAMATO»

Los japoneses comprendieron que la caída de las islas Marianas en el verano de 1944 representaba un paso decisivo hacia la ruina de su país: significaba que las islas centrales se exponían ahora a bombardeos mucho más temibles. Los submarinos estadounidenses ya estaban bloqueando sus líneas de abastecimiento y las fuerzas terrestres pronto atacarían el perímetro interior de Japón. Pero los japoneses llevaban siete años en guerra, desde que invadieron China. La vida cotidiana ya era dura para ellos mucho antes de Pearl Harbor. Para la mayoría, una derrota inmediata era algo impensable. El joven de veintiún años Masaichi Kikuchi, que se graduó en una escuela militar el verano de 1944, regresó a su casa, en un pueblecito al norte de Tokio, luciendo su nuevo uniforme henchido de orgullo. En una población en la que todos vivían en casas con tejados de paja compartiendo espacio con el arado, caballos, pollos y gusanos de seda, él era el único de cinco hermanos —en realidad, de todo el pueblo— que había conseguido el grado de oficial.

> *Crecimos en un mundo en el que todo el que no fuera japonés se consideraba un enemigo: los chinos, los británicos, los estadounidenses. Se nos educaba para considerarlos seres malvados, demoníacos, como bestias. Los conflictos eran algo corriente para nuestra generación, desde Manchuria en adelante. Todo el mundo lo daba por sentado. Incluso en 1944, cuando sabíamos que las cosas no iban bien, que habíamos perdido Guadalcanal, Guam y otros lugares, nunca se nos ocurrió pensar que podríamos perder la guerra.*

En contraste con lo que sucedía en las islas, en la masa continental del imperio japonés, desde Manchuria hasta Siam, la situación privilegiada de millones de ocupantes y caciques no parecía estar en peligro y su rutina era engañosamente tranquila. A Kikuchi lo destinaron a una unidad de defensa aérea en la península malaya, donde la vida le parecía extraordinariamente placentera. Ahí estaba él, hijo de un campesino, ocupando una gran casa colonial británica en Catón Road, en Singapur, atendido por dos sirvientes y con una playa a pocos metros donde, según él mismo, «en las noches claras pude contemplar la luna más bella que jamás haya visto». En el club de los oficiales, aunque ya no podían ver películas y estaba prohibido jugar al *mahjong*, había un billar, cerveza y *sake* en abundancia, comida y cigarrillos baratos de Malaca.

*Incluso en esa fase de la guerra, la vida de un oficial del ejército japonés en un lugar como aquel era increíblemente privilegiada. Debo confesar que, cuando nos enteramos de que muchos otros estaban luchando y perdiendo la vida en Birmania y el Pacífico, a menudo me sentí culpable por mis propias circunstancias.*

Por el contrario, el suboficial de la Marina Hachiro Miyashita ya había vivido mucha acción con la flota como para sentirse culpable por su nueva situación. Su unidad se dedicaba a enseñar a los pilotos en formación a realizar aterrizajes sobre cubierta en los portaaviones en el campo de aviación de Tenga, en la península malaya, dado que no había combustible disponible para tal propósito en ningún lugar más cercano. Miyashita se deleitaba en la gran bañera con agua caliente de que disponía en su alojamiento, el viejo cuartel general británico, donde también había un campo de golf (aunque ninguno de ellos sabía jugar) y la actividad del enemigo era inexistente: «Me parecía estar en el cielo». Miyashita tenía veintiséis años y era hijo del dueño de una frutería de Tokio, cerrada para entonces porque no había más fruta que vender. Había ingresado voluntario en la Marina en 1941 y vivió en primera persona sus días de gloria. Él y el resto de la tripulación se encontraban en la cubierta del *Shokaku* despidiendo a su avión cuando despegó hacia Pearl Harbor, y también en el caluroso recibimiento que ofrecieron a sus compañeros a la vuelta. «¡Qué día de pasiones encendidas!», recuerda. No obstante, a lo largo de los años siguientes vivieron de forma mucho más moderada. Después de la batalla del mar del Coral en 1942, en la que su barco fue alcanzado tres veces y murieron 107 hombres, los tripulantes colocaron cada cuerpo en un ataúd que amarraron a un obús para evitar que flotara. Pero los ataúdes acabaron abriéndose, y la estela del barco terminó bordada de cadáveres flotantes, lo que supuso un espectáculo terrible para la tripulación. A partir de entonces, tiraban a los muertos por la borda con un obús cuidadosamente amarrado a las piernas de cada uno de ellos.

Miyashita sobrevivió a un ataque frenético de varias horas en el que las bombas estadounidenses destrozaron la cubierta de vuelo del portaaviones, y también soportó la experiencia desgarradora de recoger a los heridos y los restos de cuerpos. Nunca logró deshacerse del recuerdo de una bota en la que se leía «Ohara» con un pie aún dentro. En la batalla de las Marianas, en junio de 1944, estando a bordo del *Zuikaku*, contempló cómo una columna de humo que se elevaba desde el mar marcaba el final de su viejo barco, el *Shokaku*, y de la mayoría de los compañeros que tan bien conocía. Pensó en sus amigos más cercanos del comedor de suboficiales, como Ino y Miyajima, ahora rodeados de peces, y murmuró para sí: «Ahora me toca a mí». El *Zuikaku* perdió casi todos sus aviones. «Mientras luchábamos, no teníamos tiempo de pensar, pero después, de camino a casa, viendo los hangares casi vacíos y separando los enseres de los compañeros que ya no estaban, el sentimiento era horrible. Mis recuerdos de esa etapa de la guerra son todos trágicos». Hasta ese momento, Miyashita se enorgullecía de su firmeza en el combate, pero después de tres años de

lucha en el Pacífico, declaraba: «me di cuenta de que me sobresaltaba al oír cerrarse una escotilla. Tenía los nervios muy mal».

Igual de mal los tenían algunas personas más exaltadas que el suboficial Miyashita, lo que les hizo comportarse de forma extraña. Miles de civiles japoneses en Saipán prefirieron suicidarse, la mayoría tirándose por acantilados, antes que someterse a la conquista estadounidense. El almirante Matome Ugaki, que más tarde sería comandante de las unidades kamikaze de la Marina, escribió en su diario:

> *Que mueran soldados es lo que cabe esperar, pero que tantísimas mujeres, niños y ancianos en una isla solitaria prefieran suicidarse a caer prisioneros… ¡Qué tragedia! Solo la nación del Yamato podría hacer algo así… Si los cien millones de japoneses mostraran la misma resolución… no sería difícil encontrar una manera de ganar la guerra.*

Este es un vivo ejemplo del espíritu que prevalecía entre los líderes japoneses en 1944-1945. Muchos compartían la idea errónea de que el sacrificio humano, el histórico «espíritu Yamato» de la nación, podía compensar su enorme falta de capacidad militar. Empleando la jerga moderna podemos decir que entablaron una guerra asimétrica. Pero eso no era suficiente en una lucha a muerte entre naciones. En diciembre de 1941, Japón había decidido entrar en una guerra contra enemigos muy superiores a él en cuanto a recursos y potencial. Sus líderes se la jugaron asumiendo dos cosas: primero, que los Estados Unidos no estarían dispuestos a mantener un enfrentamiento prolongado; segundo: que Alemania triunfaría en Europa. Y en ambos casos se equivocaron. De hecho, la adhesión de Japón no solo no fortaleció al Eje, sino que contribuyó a asegurar el final de Hitler al convertir a los Estados Unidos en su enemigo. Los aliados occidentales estaban tan abatidos en 1941-1942 que interpretaron estas manifestaciones como muestras de la proeza de sus conquistadores. Estaban en lo cierto, en la medida en que los japoneses mostraban una energía y una eficacia de las que entonces carecían los británicos y los estadounidenses. Sin embargo, los primeros triunfos de Japón eran más un reflejo de la debilidad local de los vencidos que del poderío real de los vencedores.

En 1941, el pueblo japonés entró en la guerra con mucho más entusiasmo que los alemanes en 1939. El propósito de expandirse territorialmente en Asia y de desafiar a toda nación que pusiera algún obstáculo a su misión gozaba de apoyo popular desde comienzos de siglo. Después de la intervención de su país en la Indochina francesa en 1941, los japoneses se sintieron desconcertados y llenos de rencor por el embargo comercial impuesto por los Estados Unidos. Estos se habían tragado la colonización japonesa de Formosa, Corea, Manchuria y China oriental. Por mucho que le desagradaran, Washington consentía los vastos imperios asiáticos de Gran Bretaña, Francia y Holanda. ¿Por qué habría de ser el imperialismo japonés menos aceptable para la sensibilidad estadounidense? Aunque la experiencia de la guerra de Japón en China fue dolorosa, también parecía haber tenido éxito. Pocos japoneses eran

conscientes de que las victorias militares en el continente no habían estado acompañadas de ganancias económicas de la magnitud necesaria. Tampoco tenían en la memoria la matanza en las trincheras de la primera guerra mundial, que los alemanes sí tenían presente, y que podría haber moderado el regocijo de los japoneses en Pearl Harbor.

El desprecio por la cultura occidental era generalizado. En un documento de propaganda del ejército japonés se decía:

> *Hacer dinero es el único objetivo en la vida [de los estadounidenses].*
>
> *Los hombres ganan dinero para vivir lujosamente y sobreeducar a sus mujeres y sus hijas, a quienes se permite hablar demasiado. Su falta de cultura real se pone de manifiesto por su amor por el jazz… Los americanos siguen tan agrestes como en los días de los pioneros. Son comunes los atracos, los asesinatos, los secuestros, las bandas criminales, los sobornos, la corrupción y se sigue practicando el linchamiento de negros. En la política, el comercio, el trabajo y los deportes los chanchullos son galopantes. Las relaciones entre los sexos se han deteriorado con el desarrollo de los vehículos de motor; los divorcios se multiplican… América tiene sus puntos fuertes, como la ciencia, la invención y otras actividades creativas… [Pero mientras] por fuera parece una nación civilizada, por dentro es corrupta y decadente.*

Si bien la propaganda de los Aliados sobre Japón no era muy distinta de este tipo de descripción caricaturesca del enemigo, esta visión no fue de ninguna ayuda para los mandos de Tokio a la hora de valorar a su enemigo de una forma realista.

Teniendo en cuenta que Japón decidió entrar en guerra de forma deliberada, la nación fracasó estrepitosamente en la tarea de equiparse para la lucha. Sus líderes permitieron que un éxito económico relativo los engañara deplorablemente acerca de su capacidad para sostener un conflicto con los Estados Unidos. Antes de la guerra, Japón era el cuarto exportador y su flota mercante era la tercera a nivel mundial. Mientras el resto del mundo se esforzaba por escapar de la Gran Depresión, la producción industrial de Japón aumentó fuertemente durante los años treinta hasta doblar la de todo el resto de Asia, exceptuando a la Unión Soviética. El índice de consumo de Japón en 1937 era el 264 por 100 respecto al de 1930. Seguía siendo un país eminentemente rural —el 40 por 100 de la población trabajaba en el campo— pero la mano de obra industrial había ascendido de 5,8 millones en 1930 hasta los 9,5 millones en 1944. Gran parte de esta subida se debió a una tímida movilización de las mujeres y a la explotación de millones de coreanos importados.

Entre 1937 y 1944, Japón consiguió incrementar sus manufacturas en un 24 por

100 y la producción de acero en un 46 por 100. Pero estos logros, sustanciales si se miran a través de un prisma nacional, resultaban insignificantes comparados con los de los Estados Unidos. Entre 1942 y 1945, los Estados Unidos produjeron 2154 millones de toneladas métricas de carbón, mientras que Japón produjo 189,8; los Estados Unidos produjeron 6661 millones de barriles de petróleo, Japón, 29,6; los Estados Unidos produjeron 257 390 piezas de artillería, Japón, 7000; los Estados Unidos produjeron 279 813 aviones, Japón, 64 800. La capacidad industrial total de Japón era alrededor del 10 por 100 de la de los Estados Unidos. Japón, a pesar de poseer toda la parafernalia y alardear de algunos de los logros característicos de una sociedad moderna e industrializada, no lo era en absoluto en lo que respecta a su mentalidad y sus circunstancias. Parecía poderosa en un contexto asiático, pero desde una perspectiva mundial, aún era una nación relativamente primitiva: el ejército japonés tuvo ocasión de comprobarlo cuando fue vencido por los rusos durante el conflicto fronterizo de Mongolia en Nomonhan, en agosto de 1939.

Japón era una dictadura militar, en la medida en que el ejército dominaba la toma de decisiones. El desacuerdo popular fue suprimido a medida que el país entró en su «valle oscuro» (*kurai tanima*), a partir de 1931, cuando el poder del Gobierno, supuestamente civil y elegido democráticamente, fue eclipsado progresivamente por el brazo militar. El ministro de Guerra, un soldado siempre en activo, era el miembro más influyente del gabinete. Pero la dirección de la guerra de Japón se caracterizó por su debilidad, falta de disciplina e ineptitud. Podría decirse que la rivalidad entre Tierra y la Marina, «la estrella y el ancla», no fue menos amarga que la existente entre las fuerzas armadas estadounidenses. Pero a diferencia de Japón, los Estados Unidos eran lo suficientemente ricos como para poder permitírselo. Además, el presidente estadounidense y el primer ministro británico arbitraban las decisiones de extrema importancia estratégica, imponiendo doctrinas como la de «Primero, Alemania». En Japón, por el contrario, la realidad es que nadie podía dar órdenes ni a la Marina ni a la Tierra. Los dos servicios, cada uno con su propia fuerza aérea, seguían políticas de guerra independientes, aunque los segundos ejercían una influencia mucho mayor. El rasgo principal del personal general del ejército de Tierra, especialmente de su departamento de operaciones o «primer buró», era la absoluta indiferencia hacia las consecuencias económicas o diplomáticas de cualquier acción militar.

Mamoru Shigemitsu, el sucesivo ministro de Asuntos Exteriores durante la guerra y embajador de China, menospreciaba la fe que el Ejército tenía en la victoria alemana y en la capacidad de Japón de inducir a Rusia a permanecer neutral. La industria nunca estuvo sujeta a un control eficaz, como aquel que prevalecía en Gran Bretaña o la Unión Soviética. En su análisis de las actitudes de los japoneses y los occidentales durante la guerra, John Dower observó: «Mientras que el racismo en

Occidente se caracteriza notablemente por la denigración de los otros, los japoneses se preocuparon mucho más por exaltarse a sí mismos». En las primeras fases de la guerra en Oriente, muchos asiáticos se sintieron atraídos por los japoneses, que declaraban que estaban liberando a los pueblos sometidos por el dominio imperial blanco. No obstante, pronto se hizo evidente que el propósito de Japón no era hermanar a los pueblos asiáticos; sencillamente, los japoneses concebían un nuevo mundo en el que la hegemonía de Occidente fuera sustituida por la de otro pueblo superior: el suyo. Japón tenía planes ambiciosos de colonizar sus territorios recién conquistados y sus futuras posesiones. En 1950, según el pronóstico del Ministerio de Salud y Bienestar de Tokio, el 14 por 100 de la población de Japón estaría poblando los lugares colonizados: 2,7 millones en Corea, 400 000 en Formosa, 3,1 millones en Manchuria, 1,5 millones en China, 2,38 millones en otros satélites asiáticos, y dos millones en Australia y Nueva Zelanda.

A ninguno de estos inmigrantes se les permitía casarse con los lugareños, para evitar que la raza superior *Yamato* se disolviera. Los británicos, franceses y holandeses tenían mucho de lo que avergonzarse en cuanto a su comportamiento con los pueblos que habían colonizado en Asia. Sin embargo, nada de lo que habían hecho igualaba remotamente los extremos y la crueldad asesina de los imperialistas japoneses. Se mantenía una segregación rígida respecto a toda la población local, excepto las «mujeres de solaz». El capitán Renichi Sugano, ingeniero del ejército estacionado en el gran puerto de Haiphong, en Indochina, declaraba: «No sentía que estaba en un país extranjero, porque vivía íntegramente rodeado de japoneses. Incluso cuando salíamos del puerto para adentrarnos en la ciudad, comíamos en restaurantes y cafés japoneses, o en los clubes de oficiales». Los líderes de la nación urgían a los japoneses a pensar que ellos eran «*minzoku*»: «el pueblo más avanzado del mundo». En 1940, el profesor Chikao Fukisawa, de la Universidad de Kioto, escribió un panfleto en el que afirmaba que el emperador era la encarnación de una energía vital cósmica y que Japón era la verdadera cuna de la civilización. El gobierno mandó traducir y distribuir esta tesis para ilustrar a los hablantes de inglés.

Esta es una imagen especular, no menos horrible, de la visión de Hitler del imperio nazi. La peor repercusión de todo ello para los japoneses fue que les habían enseñado a creer que su propia superioridad inherente les aseguraría la victoria y, por lo tanto, no valoraron objetivamente los factores económicos. Se dejaron engañar, al igual que los Aliados al principio, por la importancia de sus victorias de 1941-1942. La existencia de Japón dependía de materias primas y combustible importados, la mayoría de los cuales tenían que ser transportados por mar, recorriendo miles de kilómetros desde el sudeste de Asia. El país necesitaba al menos seis millones de toneladas de petróleo al año, y en sus islas producía únicamente 250 000. El resto venía desde Borneo, Birmania y las Indias Holandesas. La Marina, no obstante, no se

molestó en construir barcos escolta ni en dominar las técnicas antisubmarinas, ambas indispensables para frustrar el bloqueo estadounidense.

El sistema de convoyes se introdujo a finales de 1943 y su empleo no se hizo universal hasta marzo de 1944. La falta de barcos antisubmarinos era tal que, en una ocasión, treinta y dos barcos tuvieron que esperar noventa y cinco días en el puerto de Palau porque no tenían ni un solo barco escolta, situación que, por otro lado, no era excepcional. Los oficiales de alto rango de la Marina japonesa estaban obsesionados con enfrentarse a la flota de superficie estadounidense. Winston Churchill comprendió que la batalla del Atlántico y el mantenimiento de las líneas de abastecimiento británicas eran de vital importancia para evitar la derrota, incluso aunque no pudieran por sí solas asegurar la victoria. Los mandos navales japoneses, por el contrario, no consideraron que el mantenimiento de las rutas comerciales de su país merecieran la atención de los samuráis hasta que no fue demasiado tarde, y ninguna autoridad más alta se lo discutió. La formación de pilotos y personal de tierra y el desarrollo de nuevos aviones de combate se descuidó desastrosamente. Tampoco se hizo ningún esfuerzo por organizar un servicio de rescate aeronaval eficaz para salvar a los aviadores que se quedaban aislados. Los almirantes japoneses menospreciaban las consideraciones humanitarias, pero tendrían que haber valorado a estos hombres al menos por su preparación. En lugar de ello, cientos de ellos murieron abandonados en el Pacífico.

Los centros de poder rivales de Japón —Tierra, la Marina y los grandes grupos industriales *zaibatsu*— dirigieron guerras separadas cada uno a su manera, ocultándose unos a otros hasta la información más básica con el mismo celo que la ocultaban del enemigo. «Lamentablemente para nosotros, se hizo evidente que nuestro Gobierno militar y civil no había comprendido de verdad lo que significaba una guerra total», escribía Masatake Okumiya, uno de los aviadores japoneses más destacados. El reparto de los recursos era torpe y arbitrario. Los científicos e ingenieros que estaban llevando a cabo proyectos relacionados con la defensa vital se veían obligados a rapiñar materias primas allá donde podían, ante una burocracia engorrosa e indiferente. El equipo que trabajaba en el programa nuclear primitivo de Japón, necesitado de medios para llevar a cabo un experimento, pidió a su Gobierno una ración extra de azúcar para un experimento de calor, pero su petición no resultó convincente. Cuando los científicos consiguieron por fin que les concedieran un poco de azúcar, la mercancía se veía constantemente diezmada por los dedos pegajosos de quienes pasaban por allí. El esfuerzo bélico de Japón se vio muy perjudicado por la falta de profesionalidad y por la ineficacia de su dirección científica e industrial.

Hideki Tojo, que había sido primer ministro hasta julio de 1944, identificó la causa principal de su derrota cuando se encontraba prisionero durante la posguerra. Según él: «Básicamente, fue por culpa de la falta de coordinación. Cuando el primer

ministro, que es la persona a quien se ha confiado el destino de su país, carece de la autoridad para participar en las decisiones supremas, es poco probable que el país pueda ganar una guerra». Por supuesto, esto no es más que una media verdad interesada. Pero sin duda hubo de ser difícil para el líder controlar el destino de su nación cuando no se le informó de la derrota de la Marina en Midway, en 1942, hasta varias semanas después del suceso. Tojo, hijo de un famoso general de tiempos del emperador Meiji, era un hombre bajito, incluso para ser japonés, y tenía 60 años en 1944. Su aspecto desaliñado contrastaba con su meticulosa reputación como administrador, que le valió el apodo de «cuchilla». Se ganó tal reputación cuando estuvo al mando de la policía militar en Manchuria, y después fue comandante en las fuerzas motorizadas japonesas en China. Sirvió como viceministro de Guerra en el gabinete del príncipe Konoe, en 1938, y a partir de entonces, como jefe de las fuerzas aéreas. Tojo, de personalidad psicopática, había supuesto que una demostración militar de fuerza bastaría para conseguir que Chiang Kai Shek consintiera las ambiciones de Japón.

En octubre de 1941, Tojo formó el Gobierno que llevó a Japón a la guerra contra Occidente. Más adelante pudo comprobar personalmente hasta qué punto era defectuosa la maquinaria de Gobierno de su país. Como primer ministro, identificó acertadamente muchas de las necesidades más cruciales de Japón, más fracasó en la tarea de inducir a sus colegas a actuar con eficacia para cubrir tales necesidades. Tojo, un supuesto dictador, tenía mucha menos autoridad en un país militarista que Churchill en la democrática Gran Bretaña. Cuando trató de concentrar más poder en sus propias manos, sus colegas protestaron alegando que las dificultades de Alemania se debían a la incesante intromisión de Hitler en los detalles militares. A lo que Tojo replicó: «El *führer* era un recluta. Yo soy un general». No obstante, su mayor rango no fue suficiente para cambiar el rumbo de la guerra. La pérdida de Saipán, en julio de 1944, aceleró su salida del cargo, que se llevó a cabo sin que causara mucha agitación en su país. Le sucedió el teniente general Kuniaki Koiso, que había sido gobernador de Corea y comandante en jefe del Ejército *Kwantung* en Manchuria. Koiso no era tan buen administrador como Tojo, y era conocido porque se negaba a enfrentarse a las realidades que le resultaban difíciles de aceptar. Su única política era perseverar, alimentando la fantasía de que conseguiría negociar condiciones para Japón a través de un acuerdo bilateral con China.

Si los sucesivos primeros ministros no eran capaces de ejercer la autoridad, ¿quién iba a hacerlo? Los líderes de la Alemania nazi vivían como gángsteres, pero la mayoría de los gobernantes de Japón, por el contrario, eran personas de alta cuna con una educación privilegiada. Esto hizo que la conducta de estos cargos durante la guerra resultara aún más deplorable, tanto en términos prácticos como en términos morales. En la cúspide solitaria estaba el emperador, de cuarenta y tres años. Su

posición le negaba el consuelo de las relaciones íntimas, y él mismo se negaba cualquier tipo de complacencia. Hirohito tenía el sueño ligero; se levantaba cada mañana a las siete en el palacio imperial, desayunaba pan negro y avena y trabajaba hasta la hora de comer. Entonces tomaba sopa y verduras. No bebía ni fumaba. El papel de Hirohito en el origen y el curso de la guerra de Japón sigue estando rodeado de polémica, ya que su poder en el sistema constitucional japonés dejó perplejos a sus propios súbditos durante su reino. Los historiadores lamentan el hecho de que en 1945 MacArthur no intentara aprovechar las circunstancias para hacer que interrogaran al emperador. El predecesor de Tojo como primer ministro, Konoe, se quejó a uno de sus asesores después de haber perdido el poder:

> *Cuando le dije al emperador que sería un error ir a la guerra, estuvo de acuerdo conmigo, pero también escuchó a otros y después me dijo que no debería preocuparme tanto. Estaba ligeramente a favor de la guerra, y su inclinación aumentó con el tiempo… Como primer ministro, yo no tenía autoridad sobre el Ejército y [solo] podía recurrir al emperador. Pero el emperador estaba tan influenciado por el poder militar que no pude hacer nada al respecto.*

Durante varias décadas después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo por parte de los japoneses, se promovió diligentemente la leyenda de que Hirohito era en realidad un pacifista. No obstante, esta opinión está ya desacreditada. El emperador compartía muchas de las ambiciones del Ejército para su país, a pesar de su cautela instintiva, que le hacía estar temeroso por los grandes riesgos a que se enfrentaron sus generales. Nunca antes de agosto de 1945 mencionó una palabra o actuó con convicción contra los excesos de «su» ejército. Hirohito consintió espasmos de activismo al vetar nombramientos e iniciativas. Pero la mayor parte del tiempo permaneció mudo mientras sucesivos gobiernos se regían por políticas que no solo llevaron a su nación al desastre, sino que les hicieron ganarse una reputación de bárbaros que no concuerda con la propia personalidad templada del emperador.

En un siglo de revoluciones y monarquías derrocadas, el emperador era muy consciente de la vulnerabilidad de su trono. Durante los años de entreguerras, el palacio tembló frecuentemente debido a los intentos de golpe de Estado, el asesinato de ministros y el fomento de un nacionalismo todavía más estridente por parte de los fanáticos militares. El Ejército de Tierra y la Marina estaban supuestamente subordinados al emperador. No obstante, si Hirohito hubiera intentado desafiar a los militares de línea dura durante los años anteriores y posteriores a Pearl Harbor, es probable que el palacio hubiera sido atacado, como de hecho sucedió en 1945. El mismo Hirohito podría haber sido derrocado. Como la mayoría de los monarcas que habían sobrevivido hasta ese momento, Hirohito sentía que su deber más importante era preservar la institución imperial. El emperador creía que su situación era precaria, sobre todo teniendo en cuenta que se encontraba en una sociedad dominada por implacables samuráis, y ello quizá podría explicar en gran medida su pasividad.

Si bien esto nos ayuda hoy a comprender un poco mejor al emperador, de ningún modo puede inspirar admiración por su figura. A pesar de que deseaba profundamente ser un monarca firme, Hirohito resultó ser muy débil, y no se le puede absolver por los crímenes que se cometieron en su nombre. Permitió que otros ostentaran el poder ejecutivo y lo emplearan para causar una muerte y un sufrimiento inenarrables, aún cuando él no podía haber ignorado los excesos sangrientos que llevaba a cabo la milicia. Sin ir más lejos, dos de sus hermanos asistieron a la proyección de películas del ejército que mostraban los experimentos con armamento biológico que se realizaban con seres humanos en la unidad 731 de Manchuria. Para el verano de 1944, el emperador anhelaba encontrar la manera de salir de la guerra, aunque solo fuera porque se dio cuenta de que su país estaba perdiendo. Sin embargo, no hizo nada eficaz para conseguirlo. Hasta junio de 1945 seguía pensando que había que posponer las negociaciones con los Aliados hasta que Japón se hubiera visto fortalecido por sus éxitos en el campo de batalla.

La mayoría de los japoneses son reacios a articular los pensamientos desagradables. El general Renya Mutaguchi describió la dificultad que sufrió cuando discutía con su comandante en jefe la insostenible situación de los soldados en Birmania: «Tenía en mi cabeza la frase, “ha llegado el momento de abandonar la operación lo antes posible”, pero no era capaz de pronunciarla. Quería que el comandante me comprendiera por la expresión de mi rostro». Los japoneses, cuando se enfrentan a una situación vergonzosa, a menudo recurren al silencio o *mokusatsu*. Tales hábitos culturales y convencionales representaban una barrera a la hora de tomar decisiones eficazmente, barrera que se hacía más difícil de traspasar a medida que la situación de la guerra se deterioraba. El poder estaba disuelto entre el cuerpo de oficiales japoneses de tal forma que era muy difícil llevar a cabo acciones eficazmente, a menos que se tratara de acciones de naturaleza agresiva. La valoración local de la difícil situación en que se encontraba la nación exigía que se firmara la paz sin importar las condiciones, pero tal cosa era inaceptable para el ejército japonés, de modo que la nación continuó su marcha hacia la catástrofe.

No obstante, se puede argumentar que ese tipo de política frente a la adversidad no fue exclusiva del pueblo de Hirohito. Las opciones de Japón a finales de 1944, podría decir un japonés, no eran muy distintas de las que tenía Gran Bretaña en 1940. El empeño de Churchill por resistir frente a la Alemania nazi después de la caída de Francia no era ni más ni menos racional que el de Japón tras perder las Marianas. Sin los Aliados, Gran Bretaña no tenía más posibilidades de derrotar a los nazis que las que tenía Japón de vencer a los Estados Unidos. La salvación de Gran Bretaña fue en realidad fruto de las acciones de sus enemigos —que provocaron la entrada en la guerra de la Unión Soviética y los Estados Unidos— y no de ningún logro militar propio, a no ser su actitud desafiante a pesar de sus mínimas probabilidades.

El primer ministro británico no ofreció mucha más información a su nación tras la caída de Francia que la que habían dado los líderes japoneses a su pueblo en su difícil tesitura de 1944. De hecho, Churchill tenía algo de samurái: creía que la voluntad por sí sola podía lograr grandes cosas. En abril de 1940, el primer ministro intentó insistir en que las unidades británicas que fueron detenidas por los alemanes en Noruega lucharan hasta la muerte o huyeran a las montañas para crear guerrillas, antes de retirarse o rendirse. «Los mandos y los oficiales deben morir con sus tropas», exclamó con pasión en febrero de 1942, cuando Singapur estaba a punto de venirse abajo. «El honor del imperio británico y su ejército está en juego». Al contrario que otros destacados conservadores, cuando Gran Bretaña se quedó sola Churchill consideró que aceptar su probable derrota era preferible a pactar con Hitler. Los líderes de Japón creían, de la misma manera, que la rendición incondicional aceleraría la pérdida de todo lo que ellos estimaban. Si bien la causa del militarismo japonés nos resulta hoy inmensamente menos admirable que la de la democracia británica, lo cierto es que británicos y japoneses las defendieron con la misma devoción.

Los líderes de Japón, al igual que Churchill en 1940, se daban cuenta de que seguían empecinados en luchar pasara lo que pasara, pero su pueblo parecía dispuesto a aceptar los requisitos de tal política. Los japoneses capturados en el Pacífico en septiembre de 1944 aseguraron, al ser interrogados por los estadounidenses, que la moral de su nación estaba alta y que los civiles estaban «apretándose el cinturón, preparándose para una guerra de cien años». Dos oficiales prisioneros afirmaban que los pronunciamientos públicos de los estadounidenses hicieron creer al pueblo japonés que su sociedad estaba condenada a extinguirse si eran derrotados. Solo unos cuantos prisioneros de más edad admitieron haber puesto en duda la voluntad civil de seguir luchando.

En el último año de la guerra, algunos de los oficiales de alto rango japoneses más serios y mejor informados reconocieron que su país no podía seguir defendiéndose del bloqueo económico. Por ejemplo, en mayo de 1944, el contralmirante Sokichi Tagaki del personal general de la Marina informaba:

> *El análisis de las pérdidas de aviones, naves y transporte de mercancías, junto con la imposibilidad de importar materias primas esenciales para la producción industrial y el pronóstico de un ataque aéreo sobre las islas ponen de manifiesto que Japón no puede conseguir la victoria y debería tratar de llegar a un acuerdo de paz.*

En 1944, Japón consumió 19,4 millones de barriles de petróleo y solo consiguió importar cinco millones. Este déficit empeoraría en 1945. La Junta de Planificación japonesa calculó que hacían falta cinco millones de toneladas de embarcaciones para los movimientos básicos de provisiones, pero la flota mercante había quedado reducida a 2,1 millones, y únicamente la mitad de este tonelaje estaba en condiciones

de poder ser usado. Se había reducido especialmente el número de buques cisterna. En junio de 1944, la sección de gestión de guerra del personal general del ejército informó de que «ya no cabe la esperanza de que Japón dé la vuelta a esta situación desfavorable… Es hora de terminar la guerra».

Sin embargo, la frase «terminar la guerra» estaba cargada de ambigüedad. En las mentes de casi todos los oficiales de alto rango japoneses, terminar la guerra significaba intentar conseguir unas condiciones aceptables. Como mínimo, debía permitírsele a Japón mantener la hegemonía sobre Manchuria, Corea y Formosa. Que los Aliados ocuparan las islas centrales de Japón y que se sometiera a juicio a los líderes japoneses por sus crímenes de guerra era algo inaceptable para ellos, como también lo era la intromisión de los Aliados en el sistema de Gobierno japonés. Durante el verano y otoño de 1944, muchos japoneses discutían la posibilidad de acabar con las hostilidades, pero prácticamente ninguno de ellos contempló la posibilidad de que los Aliados pidieran una rendición incondicional. El proceso de toma de decisiones estaba tan deteriorado que no se hizo nada para actuar de acuerdo con el conocimiento de la situación que tenían los líderes de la nación.

No cabe duda de que la muerte de Hitler, de haberse producido antes de abril de 1945, habría precipitado la caída de las fuerzas armadas alemanas. Por el contrario, cuesta creer que la ausencia de cualquier japonés destacado, incluido Hirohito y sus sucesivos primeros ministros, habría acelerado la rendición de su país. Los japoneses seguían luchando, porque no se podía conseguir un consenso para hacer otra cosa. Una iniciativa política encaminada hacia la rendición habría fracasado casi con toda seguridad, aunque la hubiera apoyado el mismísimo emperador. La estrategia japonesa en las últimas fases de la guerra no se basaba en intentar conseguir la victoria, sino en hacer que cada avance de los Aliados fuera tan costoso que el pueblo estadounidense y sus líderes prefirieran ofrecer unas condiciones razonables a Japón a soportar una lucha sangrienta por las islas principales. Sin duda se trataba de una valoración descabellada que no había tenido en cuenta la posibilidad de que Estados Unidos empleara un arma capaz de sobrepasar todos los cálculos militares, pero al menos ofrecía un germen de esperanza a los hombres dentro de su desesperación.

A finales de 1944, muchos civiles japoneses estaban desesperados por ver el fin de la guerra que estaba arruinando sus vidas y amenazaba con destruir su sociedad. Incluso antes de Pearl Harbor, Japón estaba dividido por la pobreza imperante y las tensiones entre el campo y las ciudades, los campesinos y los patrones, los soldados y los civiles. A pesar de todas las campañas de propaganda nacionalista del Gobierno, el conflicto había acentuado la división interna en lugar de atenuarla. Había resentimiento porque los ricos y las fuerzas armadas eran ya los únicos que comían bien. El Ministerio del Interior japonés estaba consternado por lo que en Occidente llamaríamos derrotismo: «comunicados, cartas y pintadas que son irrespetuosos,

antibélicos, antimilitares o de otro modo incendiarios». Según informes, había personas que se referían al emperador con desprecio llamándole *baka, bakayaro o bocchan*: «tonto», «estúpido» o «niño malcriado».

El comunismo recibía un apoyo sustancial que se reflejaba en las pintadas y en lo que se hablaba en la calle. Algunos informes policiales citan casos de presunto sabotaje industrial o trabajadores borrachos gritando «¡Stalin, *banzai*!». Las disputas y los paros industriales eran muy poco frecuentes, pero los líderes japoneses estaban siempre temerosos ante una posible revolución, a medida que las privaciones aumentaban. Una historia que circuló ampliamente entre los militares de Tokio y en los círculos políticos decía que un agregado militar soviético declaraba alegremente que cuando su país entrara en la guerra oriental e invadiera Japón, el Ejército Rojo tendría que poner en marcha una importante campaña de propaganda anticomunista. Japón, sin embargo, nunca tuvo la necesidad de encarcelar a disidentes en un número tan elevado como sucedía en Alemania y en la Unión Soviética. El número de detenidos por «violaciones de la ley de preservación de la paz» —la mayoría acusados de izquierdistas, además de un puñado de fanáticos religiosos— alcanzó su cifra máxima (14 822) en 1933, disminuyó a 1212 en 1941; después a 698 en 1942; y finalmente llegó a ser de solo 159 en 1943, de los cuales únicamente 52 fueron procesados. Aunque muchos japoneses se sentían infelices por el destino que les había tocado, no sabían qué hacer para cambiarlo, salvo mantener su lucha personal por la supervivencia.

Durante años, la austeridad había sido una compañera frecuente. Conducir por placer quedó prohibido dieciocho meses antes de Pearl Harbor. Se hizo acopio de aceite y de mineral de hierro: llegaron a retirarse los apliques metálicos de los hogares. La producción de zapatos *tabi*, de suela de goma, se interrumpió para ahorrar materias primas. No había café. Se apagaron los neones del distrito Ginza de Tokio y se implantó un día de ayuno al mes en las familias. Ya no se permitía refinar el arroz, que desde 1940 se racionaba junto con el azúcar, la sal, las cerillas y otras cosas por el estilo, para que el Gobierno pudiera almacenar reservas en previsión de que la ciudad sería sitiada. Se prohibió a las mujeres ir a la peluquería y llevar ropa elegante. La comida era una preocupación en las ciudades japonesas, y pronto se convirtió en una obsesión. En agosto de 1944, una fábrica informó de que el 30 por 100 de las mujeres y los niños que trabajaban en ella sufrían *beriberi*, una enfermedad provocada por la malnutrición. «Al observar una rodaja de un pequeño pescado y dos hojas de verdura, lo que constituía una ración», escribía el almirante Ugaki, «pensaba en las penurias de aquellos que preparaban el menú diario, en vez de en las quejas de los que se lo comían». El absentismo aumentó, ya que los trabajadores de las fábricas pasaban cada vez más tiempo buscando comida para sus familias. La cantidad de calorías que ingerían los japoneses, solo 2000 antes de Pearl

Harbor, cayó a 1900 en 1944, y descendió aún más, hasta 1680, en 1945. La ingesta de calorías de los británicos nunca bajó de las 2800, ni siquiera en los oscuros años de 1940-1941. Un soldado estadounidense en el Pacífico ingería 4758 calorías.

Yoshiko Hashimoto tenía veintitrés años y era la hija mayor de un empresario que vivía en el distrito de Sumida, en la zona este de Tokio. Su padre tenía una pequeña empresa textil con quince empleados y se esforzaba por sobrevivir; había perdido el acceso a las materias primas que importaba y ahora dependía de los sintéticos. El señor Hashimoto no tenía hijos varones, de manera que Yoshiko sería la heredera de su negocio. Para asegurarse que habría algún hombre al mando, su padre organizó la boda de Yoshiko con Bunsaku Yazawa, de treinta y un años, cuya familia tenía una tienda enfrente de su casa. «Sería bonito decir que nos casamos por amor, pero no fue así. Lo eligió mi padre», decía Yoshiko. Yazawa había pasado gran parte de los últimos diez años como recluta en Manchuria, en contra de su voluntad. Tres meses después de casarse con Yoshiko, lo volvieron a embarcar. En 1944, a causa de una desmovilización del ejército, lo destinaron a hacer labores antiaéreas en Tokio, en una base que había sido un colegio, no muy lejos de la casa de Hashimoto, donde su pelotón se encargaba de demoler casas para hacer cortafuegos. Su esposa decía secamente: «Él odiaba la guerra».

Además de Yoshiko, en la casa vivían tres hijas más: Chieko, de diecinueve años, Hisae, de catorce, y Etsuko, de diecisiete. En 1944, Yoshiko dio a luz a un niño, Hiroshi, que a partir de ese momento se convirtió en su gran ilusión y también en la de su abuelo, el padre de Yoshiko. Eran tiempos duros para criar a un bebé. La comida era tan escasa que Yoshiko, a causa de la desnutrición, no tenía leche materna que dar a su hijo. Para conseguir una ración de leche enlatada era necesario hacerse con un certificado firmado no solo por un médico, sino también por el comité del barrio. «Todo eran cupones y cupones, colas y más colas. Los que podían permitirse comprar algo más de comida la conseguían en el mercado negro. Todo dependía de quién conocía a quién». Como sucedió en Alemania, la relación entre los habitantes de las ciudades y los de las zonas rurales se llenó de resentimiento. Los ciudadanos se dirigían a las zonas rurales para persuadir a los campesinos de que les dieran alimentos a cambio de artículos para las casas, lo cual era ilegal. La madre de Yoshiko se vio obligada a renunciar a su kimono más preciado para cambiarlo por un poco de arroz. Además, antes de poder realizar estos trueques era necesario pelearse por conseguir una plaza en un tren con destino a un distrito rural.

Los jóvenes tenían mucho miedo de recibir una carta del Gobierno, pero pocos se libraban. Si el documento era rojo, los hombres sabían que debían unirse a las fuerzas armadas, mientras que un documento blanco obligaba a los chicos y a la mayoría de las chicas mayores de diecisiete años a trabajar en la industria. A pesar de todo, Chieko Hashimoto se consideraba afortunada por tener un empleo en una fábrica de

armamento, porque esto le daba derecho a una ración de fideos que de otra manera jamás habría obtenido. Según su hermana Yoshiko: «En esas fechas la preocupación principal era sobrevivir, cómo conseguir comida. Los bebés no podían más que llorar de hambre, pero las madres como yo teníamos que intentar hacer algo. Es muy, muy duro oír llorar a tu hijo y no tener nada que darle». En el hogar de los Hashimoto, como en la mayoría de las familias japonesas, solo fumaban los hombres. Sin embargo, las mujeres decían que ellas también fumaban para poder reclamar su ración. Cuando se les terminaba el tabaco, recurrían a secar hojas de *itadori* y liarlas con hojas de diccionarios. El suministro de gas y electricidad solo funcionaba unas horas al día. El jabón y la ropa eran bienes muy escasos, y una consecuencia desagradable de ello eran los piojos, que se convirtieron en algo endémico. El cine que había cerca de la casa de los Hashimoto seguía abierto, pero desde 1941 sus clientes ya no podían disfrutar de sus actrices favoritas de Hollywood, como Shirley Temple. También quedaban algunos teatros abiertos, en los que actuaban cómicos locales. Los jóvenes atesoraban sus insustituibles discos de jazz y tango. Los que querían pasar una velada divertida tenían que conformarse con cantar canciones en familia.

«En casa nunca hablábamos de la guerra y sabíamos muy poco de lo que estaba sucediendo —declaraba Yoshiko Hashimoto—. Incluso en 1944, en los periódicos y en la radio todavía decían que estábamos ganando». Se hicieron algunos tímidos esfuerzos por evacuar a las mujeres y a los niños de las ciudades, pero en su mayoría estos intentos fracasaron, por las mismas razones que en Gran Bretaña. Los niños de la ciudad y los del campo, a los que las circunstancias habían juntado, no se gustaban. Yoshiko pasó varios meses con su bebé en la casa de un tío campesino, en el distrito rural de Chiba, fuera de Tokio; pero odiaba la falta de intimidad que suponía vivir entre personas que eran casi unos extraños, en una casa de paredes de papel, y acabó regresando a Tokio.

Ryoichi Sekine, de dieciséis años, vivía en el distrito de Edogawa del este de Tokio junto a su padre y una prima del pueblo, Takako Ohki, que les echaba una mano con las tareas de la casa. La madre de Ryoichi y una de sus hermanas habían muerto tiempo atrás. A otra de sus hermanas más jóvenes la enviaron a vivir con unos parientes en el campo. Ryoichi, solo un adolescente, no encontró nada positivo en la guerra. En primer lugar, sus ambiciones de hacerse ingeniero se desvanecieron, puesto que las escuelas cada vez se dedicaban menos a la enseñanza y más a la formación militar. A finales de 1944, él y sus compañeros de clase pasaban la mayoría de los días trabajando en una línea de producción de armamento antiaéreo en una fábrica de Seiko. Estaba prohibido estudiar inglés, excepto los términos técnicos. El joven Ryoichi, como tantos otros de su generación, sentía que «había perdido la oportunidad de divertirme un poco, que es lo que quieren todos los adolescentes». Su

padre era un ingeniero óptico que trabajaba para Minolta y Fujifilm. Al verse relacionado con la tecnología militar, el señor Sekine estaba bien informado sobre el curso de la guerra y era muy pesimista acerca de la situación de su país. La escasez de comida obligaba a la familia a salir de la ciudad para regatear con campesinos irascibles durante horas con el fin de conseguir unas pocas judías y boniatos. Como no tenían jabón, lavaban los platos con ceniza. Un día cayó un objeto grande y negro de un avión estadounidense. Se asustaron mucho pensando que sería una bomba, pero resultó ser un depósito. Ryoichi se acercó despacio para examinarlo y acabó oliendo la mercancía como si fuera perfume, ya que el petróleo era un bien escaso y muy valioso.

La guerra penetró progresivamente hasta llegar a impregnar todos los aspectos de la vida, incluso la de los niños. En las escuelas se subrayaba que el destino de los jóvenes era convertirse en guerreros. Yoichi, hijo de un pequeño empresario de Tokio, tenía diez años y tendencia a marearse cuando subía muy alto en los columpios. Eso le valió la expresión de desprecio de un profesor: «¡Así nunca vas a llegar a ser un buen piloto!». Se les enseñaba a los alumnos caricaturas de sus enemigos británicos y estadounidenses caracterizados como hombres altos, feos y ruidosos. Hasta los artículos más elementales escaseaban: ya no había forro de plástico para los libros, la pelotas no eran de goma sino de harina horneada y se deshacían con la lluvia… Todo el metal era requisado por las fábricas de armamento, hasta tal punto que las peonzas se hacían de cerámica. En las clases de dibujo se dibujaban aviones de guerra, en las clases de música se tocaba música militar —en el caso de Yoichi, con el acordeón—, y las excursiones se terminaron.

Todas las comunidades en Japón se organizaban agrupando a las personas por barrios, y cada grupo congregaba a unas quince familias. El padre de Yoichi Watanuki siempre había apoyado la guerra. Sin embargo, el padre de su amigo Osamu Sato, un antiguo oficial de la Marina que formaba parte del mismo grupo de vecinos, fue lo suficientemente valiente como para declarar desde el principio: «Japón no debería haber tomado parte en esta guerra, porque la va a perder». Ahora Yoichi oía a su padre declarar muy serio: «Sato tenía razón. Todo está saliendo exactamente como él predecía».

En el verano de 1944, al advertirse la amenaza de los bombardeos estadounidenses, se volvieron a organizar evacuaciones de niños fuera de la ciudad. En una asamblea del colegio de Yoichi, el director pidió que levantaran la mano los niños que no tuvieran parientes en el campo con los que refugiarse. Eran más de la mitad de la clase. Se les informó de que su educación a partir de ese momento tendría lugar en una nueva escuela en la prefectura de Shizuoka, al sur del monte Fuji. Unos días después, una multitud de niños nerviosos, la mayoría llorando, se reunía en la estación mientras sus padres les decían adiós desde el andén, también entre lágrimas.

Se agitaron las banderas, sonó el silbato, y la madres comenzaron a gritar «*banzai, banzai*», en circunstancias completamente diferentes de aquellas en las que los soldados aliados estaban acostumbrados a oír esas palabras. Los niños partían hacia una nueva vida.

La nueva vida de estos niños no fue una vida feliz. Se les alojó en un templo en las montañas, rodeadas de bosques muy poblados. Había que acarrear el agua desde un río cercano, y los niños tenían que bañarse y lavar sus ropas en la corriente helada. Los piojos abundaban. Sus profesores, todos mujeres o ancianos, eran tan infelices como los pequeños que tenían a su cargo. Un día, Yoichi y sus compañeros descubrieron que un envío de bizcochos —que ya se habían convertido en un artículo de lujo— había llegado al colegio de alguna manera. Desafortunadamente para los niños, los profesores se los comieron todos. Ellos estaban siempre hambrientos y tenían que recurrir a robar maíz o boniatos de los campos. Si se aventuraban a dirigirse al pueblo cercano, los hijos de los campesinos les rompían las bolsas del colegio y se burlaban de ellos gritándoles «¡*Sokai, sokai*!» («¡Evacuados, evacuados!»). Cuando Yoichi comenzó a ayudar en la cosecha de arroz, se sentía avergonzado por su torpeza en el manejo de la hoz al ver cómo se quedaba atrás y su hilera de plantas sin cortar era siempre mucho más larga que la de sus compañeros rurales.

Su padre le visitaba ocasionalmente y a veces le traía comida. Cuando la madre de Yoichi dio a luz a otro bebé, el señor Watanuki compró una casita cerca del templo donde vivía su hijo mayor, pensando que ahí la familia estaría más a salvo. Pronto quedó demostrado que había tomado una decisión muy sensata, ya que poco después su casa de Tokio ardió a causa de un ataque aéreo y toda la familia pasó a adoptar un estilo de vida rural. Estaban seguros en las montañas, a pesar de que la comida y el combustible escaseaban cada vez más. En el pueblo de Japón, los más sabios sentían inquietud, lo peor —mucho peor— aún estaba por llegar.

## 2. GUERREROS

Los soldados profesionales de Japón manifestaban asombro ante la falta de profesionalidad de otras armadas y marinas, pero ellos mismos mostraban una indiferencia imprudente hacia el desarrollo de la tecnología de guerra. El ejército japonés estaba compuesto fundamentalmente por tropas de infantería, que contaban con el escaso apoyo de una flota de vehículos y un cuerpo de artillería. Japón construía únicamente tanques ligeros y los soldados llevaban un modelo de rifle de 1905. En 1941-1942 la Marina y las fuerzas aéreas japonesas estaban bien equipadas, pero a partir de entonces las armas de los Aliados superaban rotundamente a las suyas. A finales de 1944, por ejemplo, el legendario caza japonés Zero estaba a

merced del Hellcat estadounidense. Haruki Iki, un estudiante del Instituto Técnico de la Marina antes de la guerra, tuvo ocasión de comprobar personalmente la resistencia de su nación a la innovación. Los oficiales de alto rango mostraban su desprecio por el programa de desarrollo del radar, diciendo: «¿Para qué lo necesitamos? Los ojos de los hombres ven perfectamente bien». Como consecuencia, el radar japonés se quedó mucho más atrasado que el de los Aliados.

El profesor Akira Nakamura, historiador japonés, observa:

> *Antes de la Segunda Guerra Mundial, Japón había adquirido su experiencia de guerra solamente luchando contra China, un país que apenas poseía artillería o armas pesadas. Japón no había participado en una campaña de tierra durante la primera guerra mundial. El ejército japonés inició su participación en la Segunda Guerra Mundial bastante mal equipado para enfrentarse a un enemigo moderno. Desde 1941 en adelante, los soldados de primera línea del frente insistían en la importancia de desarrollar armas más avanzadas pero, desafortunadamente, sus mandos hicieron oídos sordos a sus peticiones.*

En la misma línea, el mayor Shigeru Funaki opina: «Nuestra experiencia en China ejercía demasiada influencia sobre nosotros. Allí no había necesidad de emplear tácticas y equipamiento modernos. Nos volvimos demasiado confiados porque siempre vencíamos a los chinos».

En la Segunda Guerra Mundial, las sociedades gobernadas por civiles demostraron ser mucho más eficaces a la hora de organizarse para luchar que aquellas que estaban dominadas por militares, de las cuales Japón era el ejemplo más notable. Difícilmente estaríamos exagerando al afirmar que muchos de los logros británicos y estadounidenses durante la guerra se debieron al talento de civiles de uniforme, personas que llevaron a cabo prácticamente todas las funciones de responsabilidad exceptuando las de mando. Los servicios de inteligencia, por ejemplo, estaban dominados por académicos, muchos de ellos realmente brillantes. El jefe del servicio de inteligencia de Montgomery, en el noroeste de Europa, era un profesor de Oxford bajo un uniforme de brigadier. En Japón, por el contrario, la autoridad y la influencia permanecieron casi exclusivamente en manos de oficiales profesionales, que se resistían a que el personal externo asumiera funciones que ellos consideraban suyas, incluso en el campo de la investigación científica. El Ejército y la Marina japonesa nunca movilizaron a los civiles inteligentes, como hicieron los Aliados occidentales. Los servicios de inteligencia japoneses no eran buenos porque la investigación apasionada, el análisis realista y la expresión chocaban con la mentalidad de la nación. Shigeru Funaki decía:

> *[En 1944], la gente comprendió que no estábamos ni bien preparados ni bien equipados para una guerra larga. Me di cuenta de lo importante que iba a ser el combustible para nosotros. Yo siempre había visto películas estadounidenses y sabía lo avanzada que era la sociedad americana. Aun así, nos decíamos que los estadounidenses eran demasiado democráticos para saber organizarse para una guerra. Muchos militares suponían que podían ganar la guerra solo con su espíritu guerrero. Nuestro servicio de inteligencia nunca fue bueno, porque pocos oficiales valoraban su importancia. Los mandos entendían la*

*necesidad de obtener información en el campo de batalla, pero no que hacía falta una inteligencia estratégica para tener una visión general de lo que estaba sucediendo.*

El comandante Shoji Takahashi era un oficial del departamento de inteligencia del cuartel general del ejército en el sur de Asia. Estas son sus palabras:

*Hasta 1944 la situación de la guerra no empezó a alarmarnos. El ejército japonés no se tomaba la inteligencia tan en serio como se merecía, ni mucho menos. En el cuartel general del ejército en el sur de Asia no teníamos un sistema adecuado, ni sección de análisis, ni recursos. Así de mal estábamos. Tal vez nuestra actitud reflejaba el aislamiento histórico de Japón respecto al resto del mundo. Nosotros no teníamos tradición de interesarnos por otras sociedades y lo que estas estaban haciendo. Para nosotros fue una conmoción darnos cuenta del poder que estaban adquiriendo los Aliados y de cuánto sabían acerca de nuestras acciones y nuestras intenciones.*

Según el historiador Kazutoshi Hando:

*El departamento de inteligencia acabó siendo el lugar donde iban a parar los oficiales a quienes se consideraba incapaces de asumir puestos de mayor responsabilidad …Tomar decisiones estratégicas correspondía a un grupo de unas veinte personas del ejército y de la Marina. Incluso aunque nuestros servicios de inteligencia hubieran tenido acceso a información importante, no se habría aprovechado si se hubiera puesto en tela de juicio las convicciones de los que tomaban las decisiones: no se habrían dado por enterados.*

A MacArthur se le acusaba a menudo de mostrar desprecio por las estrategias de engaño, maniobras que eran muy habituales por parte de los Aliados en Europa y que a veces tenían mucho éxito. Pero los japoneses eran tan reticentes a tener en cuenta las pruebas que contradecían sus propias convicciones que hasta los bocados más suculentos de información falsa habrían sido inútiles con ellos. Los británicos trataron de engañar a sus enemigos mediante planes muy sutiles, como por ejemplo dejando planos falsos al alcance de los japoneses, pero estos parecieron ni siquiera darse cuenta.

Para el capitán Kouichi Ito, la mayor debilidad del *bushido* radicaba en que «a nadie le estaba permitido decir lo que realmente pensaba, de manera que no podíamos examinar mejores formas de hacer las cosas». Las ventajas de los Aliados occidentales no eran solo de dirección y de recursos, sino que también estaban relacionadas con el lenguaje. El inglés, usado correctamente, es un medio de expresión claro y eficaz. El japonés, por el contrario, está lleno de ambigüedad. Las fuerzas de Tokio sufrían dificultades de comunicación constantemente porque era muy fácil malinterpretar los mensajes.

Los hombres que lucharon por Japón hacían gala de un coraje y una capacidad de sufrimiento que dejaban perplejos a sus oponentes, y a veces los aterrorizaban. El general británico sir William Slim dijo que los soldados japoneses eran «el insecto guerrero más formidable del mundo», frase característica del humor de la época. Un

oficial británico, que tenía en mejor consideración a los soldados rasos que a sus mandos, dijo que los soldados japoneses eran «soldados de primera en un ejército de tercera», lo cual parece justo. Las virtudes de estos hombres se debían en parte a su cultura nacional, y en mayor medida a la actitud que se promovía implacablemente desde arriba. Al igual que las Waffen-SS, muchos oficiales del ejército japonés provenían de clases sociales medias-bajas. Al vestirse de uniforme, estos hombres conseguían un estatus social que se les negaba como civiles y en muchas ocasiones alardeaban de ello de forma parecida.

Desde el día en que un hombre entraba a formar parte del Ejército o la Marina japoneses, se le sometía a un condicionamiento más brutal incluso que el de los rusos. El castigo físico era fundamental. El día que Souhei Nakamura emprendió el viaje hacia el cuartel en Manchuria donde tenía que presentarse para prestar servicio, llevaba una petaca de *sake* que su novia le había entregado como regalo de despedida. En el tren, que estaba abarrotado de chinos, entabló conversación con dos soldados japoneses. Cuando les contó que llevaba *sake*, estos le advirtieron: «más vale que no aparezcas en el cuartel con eso, te daría muchos problemas». De manera que entre los tres se bebieron todo el *sake*. Los soldados se quedaron felizmente dormidos y el chico llegó dando tumbos hasta la ventana para que le diera el aire. Al regresar descubrió que otros pasajeros chinos le habían robado el equipaje. Cuando se presentó en los barracones, fue tan ingenuo de relatar lo que le había sucedido en el tren a un suboficial, que le propinó una paliza al instante. Desde ese mismo día, Nakamura odió la vida militar. Su opinión es útil para contrarrestar la idea de que todos los reclutas japoneses estaban ansiosos por dar la vida por su país: «pensaba que enrolarse en el ejército era sencillamente conseguir un billete de ida al Santuario Yasukuni», declaraba lacónicamente. Yasukuni está dedicado a aquellos que cayeron sirviendo al emperador.

El primer año de servicio militar era notoriamente espantoso. Como relata Masaichi Kikuchi:

> *La personalidad dejaba de existir, solo existía el rango. Pasabas a ser lo más bajo y despreciable, te veías condenado a cocinar, limpiar, entrenar y correr, día y noche. Podías recibir una paliza por cualquier cosa: por ser demasiado bajo o demasiado alto, incluso porque a alguien no le gustaba cómo bebías el café. El propósito de esto era hacer que las órdenes se obedecieran al instante, y el método daba resultado. Si quieres que los soldados trabajen duro, tienen que entrenar duro. Este era el sistema que hacía que el ejército japonés fuera tan formidable: cada hombre era adiestrado para aceptar ciegamente las órdenes del líder de su grupo, y después, a su vez, pasaba a adoptar él mismo ese papel de líder arrogante y dar órdenes a los nuevos reemplazos de reclutas. ¿Acaso no es así en todos los ejércitos?*

El teniente Hayashi Inoue declaraba:

*El primer año como recluta era terrible para todos. Era algo por lo que había que pasar, había que aceptarlo. La mayoría de nuestros hombres eran muy simples,*

*inocentes; se trataba de pescadores y campesinos que habían tenido una educación muy escasa, y personas por el estilo. Había que enseñarles el significado de la palabra* disciplina.

El soldado Shintaro Hiratsuka, que prestaba servicio en la zona fronteriza de Manchuria, fue castigado con una paliza por perder el abrigo. El incidente le llevó a perder la estima por el ejército y comenzar a realizar pequeños hurtos. Cuando lo descubrieron y volvieron a azotarle, el soldado desertó y acabó siendo arrestado y ejecutado.

El suboficial al mando del destacamento de Iwao Ajiro se cansó de hacerse daño en las manos por pegar a los infractores él mismo, de manera que les ordenaba pegarse unos a otros. Al principio lo hacían sin entusiasmo, hasta que el sargento gritaba enfurecido: «¡sois soldados del imperio japonés!, ¡cuándo pegáis a un hombre, tenéis que hacerlo con ganas!». En una ocasión, Ajiro perdió un turno de comida porque se encontraba corriendo alrededor de la plaza de armas como castigo por algún delito que había cometido. Cuando terminó se arrastró hasta la cocina y metió la mano en la olla para llevarse a la boca unos puñados de arroz. Su suboficial le descubrió y rugió: «¡eres un cerdo!, ¡ponte a cuatro patas y compórtate como ellos!». Ajiro fue obligado a gatear por el suelo del comedor gruñendo y resoplando como un cerdo. En otra ocasión, Ajiro perdió una bala cuando limpiaba su rifle en la oscuridad, un día de invierno en un lugar desértico de Manchuria. Cuando informó a la guardia, su sargento gritó: «¡Has perdido una importante propiedad del ejército y te quedarás ahí fuera hasta que encuentres esa bala!». Si bien este tipo de comportamiento refleja la mentalidad de la mayoría de los ejércitos, lo cierto es que los japoneses la llevaban a extremos desconocidos en otros lugares.

Durante la guerra de Japón en China, se institucionalizaron las prácticas de realizar el entrenamiento de bayoneta con prisioneros vivos y decapitaciones. El objetivo de tales experiencias era endurecer el alma de los hombres, y ciertamente lograban su propósito. Un prisionero sudafricano en Java escribió:

> *Allí presencié innumerables maneras de matar a un hombre, pero, de forma muy significativa, nunca lo hacían de un solo tiro. Digo que es significativo porque para mí esta era la prueba más demoledora de que las fuerzas que invadían el espíritu de los japoneses eran remotas y arcaicas, y bloqueaban completamente la luz del día del siglo XX.*

La disciplina naval era algo menos brutal. En el portaaviones *Akitsushima*, Kisao Ebisawa era el encargado de administrar los castigos en la reunión disciplinaria que se celebraba cada semana. Su tarea consistía en golpear a los hombres en los costados con un pesado travesaño que durante todo el servicio se empleó para este propósito, «para que espabilaran». Lo normal eran cinco golpes. Ebisawa comenta compungido: «Después de encargarme de una veintena o dos de hombres, me dolía bastante la

muñeca». Cuando el bote de un destructor se dedicaba a rescatar a los supervivientes de un acorazado, era corriente que un grupo de hombres desesperados intentaran trepar a bordo, poniendo en peligro el bote. En estos casos, los soldados que se encontraban dentro se limitaban a sacar las espadas y cortarles las manos a los intrusos, a pesar de ser japoneses como ellos.

El teniente Kunio Iwashita, de veintitrés años, era natural de las montañas del área de Nagano, donde su padre, aunque resulte inverosímil, regentaba un restaurante francés. Para convertirse en oficiales de la Marina, él y su hermano tuvieron que enfrentarse a las dudas oficiales sobre si los hijos del dueño de un restaurante francés podían ser aceptados. Los Iwashita vencieron a los prejuicios al graduarse los primeros de su curso, incluso en la escuela de vuelo. El adorado hermano de Kunio murió en 1942 en la batalla de las islas de Santa Cruz, al ser disparado después de atacar el portaaviones estadounidense *Hornet*. La entrada en combate del propio Kunio se vio retrasada debido a que pasó un largo periodo como instructor, lo que probablemente contribuyó en gran medida a su supervivencia. Iwashita había realizado cuatrocientas horas de vuelo antes de que lo destinaran a Iwo Jima, donde se enfrentó a un comienzo despiadado. Los nueve primeros Zero de su unidad, el escuadrón 301, recorrieron los 1200 km desde su base continental a principios de 1944. Para cuando llegó Iwashita, al día siguiente, tres pilotos ya habían sido abatidos, incluido el comandante del escuadrón.

Al día siguiente, a pesar de que sufría un fuerte dolor de estómago —más adelante le diagnosticarían apendicitis—, Iwashita y su escuadrón recibieron la orden de despegue para enfrentarse a un nuevo ataque de los aviadores estadounidenses, que ya estaban lanzando bombas en cascada sobre la pista de aterrizaje. Una vez en el aire, Iwashita se encontró detrás de un vuelo de cuatro Hellcats y abrió fuego contra el último de ellos. Consiguió alcanzarlo y al caza estadounidense se le desprendió un ala. El japonés pudo ver al piloto americano, que llevaba una bufanda blanca, y cruzaron sus miradas durante un instante antes de que el caza cayera en picado para estrellarse contra el monte Suribachi. El resto de soldados americanos se lanzaron a la persecución del Zero. El avión de Iwashita fue alcanzado pero logró escapar. Tras haber matado al primer enemigo, reaccionó como todos los soldados principiantes de cualquier nacionalidad: se encontró a sí mismo pensando en la novia del aviador estadounidense, en su madre, en cuáles habrían sido sus últimos pensamientos.

Del mismo modo que en el ejército de Tierra había muchos soldados reacios a la lucha, las fuerzas aéreas también tenían su proporción de pilotos que se estremecían ante la idea de participar en misiones de combate. Iwashita reconocía que en todos los escuadrones había algún hombre cuyo avión tenía problemas técnicos crónicos, o que siempre encontraba alguna razón para regresar antes de completar la misión. En Iwo Jima, uno de esos pilotos fue trasladado sumariamente a una batería antiaérea donde

lo mataron los bombardeos norteamericanos. Los japoneses en seguida empezaron a ser conscientes de la inferioridad de sus armas y de su tecnología. Iwashita narraba:

*Cuando me hice piloto, pensaba que no podía haber un avión mejor que el Zero. Estaba seguro de que pilotaba el mejor caza del mundo. Sin embargo, en combate comprendí que no era tan simple. Los pilotos estadounidenses eran muy buenos y tenían un equipo más completo que nosotros, por ejemplo con intercomunicación por radio.*

En una misión de combate sobre Iwo Jima, despegaron treinta y dos Zero y solo regresaron diecisiete. En cuatro de esas batallas el número de pilotos del escuadrón de Iwashita pasó de treinta y ocho a diez. Poco después, cuando ya no les quedaba ningún avión de combate, los supervivientes fueron llevados a Japón en un avión de transporte.

La vida de un soldado japonés ya era bastante desgraciada antes de que entrara en combate. Muchos oficiales tenían la desvergüenza de quedarse con la comida de sus subordinados aunque estos se estuvieran muriendo de hambre. Un historiador británico ha observado que el hecho de que los soldados del Ejército Imperial recurrieran tan frecuentemente a la violación reflejaba el hecho de que el estatus de las mujeres japonesas era muy bajo, mientras que el de las mujeres de los pueblos a los que sometían era directamente inexistente:

*Lo correcto era lo que se nos ordenaba hacer. Desobedecer estaba mal. No había ninguna moral absoluta con que contrastar eso… Para un soldado ordinario, la violación era uno de los pocos placeres que podía permitirse en una vida incómoda y llena de penurias en la que podía aspirar a cosechar muy pocas ganancias de la guerra.*

El mejor amigo de Hayashi Inoue era un compañero de la misma compañía, comandante del 55.° regimiento, llamado Kazue Nakamura. Cuando mataron a Nakamura en Birmania, su número dos se retiró sin recuperar el cuerpo, lo que constituía una grave ofensa contra el código militar. No obstante, en lugar de obligar al infractor a enfrentarse a un consejo de guerra, se le asignaron constantemente misiones en las que se esperaba que muriera. Inoue se reía después, al recordarlo: «Pasaron siglos hasta que mataron a ese hombre. Una y otra vez lo enviaban en una misión, y siempre volvía. Aunque al final le llegó la hora». Inoue, hijo de un administrador de la colonia, fue llamado a filas en 1938 y nombrado oficial en 1941. Él aceptaba la obligación de obedecer las órdenes sin cuestionarlas:

*Si se nos ordenaba defender tal o cual posición, lo hacíamos. Replegarse sin que lo ordenaran era un delito. Tan sencillo como eso. Nos habían formado para luchar hasta el final, y nadie se planteaba hacer otra cosa. Más tarde, mirando atrás, pudimos comprender que el código militar no era razonable. Pero, en ese momento, considerábamos que era nuestro deber morir por nuestra nación. Si a los hombres se les hubiera permitido rendirse con honor, todo el mundo lo habría hecho.*

Si bien la obediencia era fundamental para el espíritu samurái, la conducta de los

altos mandos japoneses se complicaba debido a la influencia que sobre ellos ejercían algunos jóvenes oficiales de agresivo entusiasmo dotados de poder por sus vínculos políticos con la alta jerarquía militar. Estos jóvenes promovían la doctrina del «*gekokujo*» o «iniciativa desde abajo». El ejemplo más notable fue el coronel Masanobu Tsuji, un fanático que fue muchas veces herido en combate y otras tantas trasladado por sus generales, hartos de su subordinación. Una vez, Tsuji quemó la casa de una geisha para demostrar su desprecio por la fragilidad moral de los oficiales que había dentro. Sus excesos fueron la causa de algunos de los peores errores de los japoneses en Guadalcanal. Cometió brutalidades con prisioneros y civiles en todos los lugares del imperio en los que sirvió. En el norte de Birmania, se comió el hígado de un piloto aliado y castigó a los soldados que se negaron a hacerlo, mientras les llamaba cobardes: «cuanto más comamos, más intenso será el fuego de nuestro odio por el enemigo».

El general Sosaku Suzuki, al mando de la defensa de Leyte, escribió amargamente: «Ha sido la camarilla de Ishiwara y Tsuji —la personificación del *gekokujo*— lo que ha llevado al ejército japonés a esta deplorable situación… Estoy seguro de que mientras sigan ejerciendo su influencia… solo pueden llevarnos a la ruina». Paradójicamente, en una cultura dominada por la obediencia, algunos subalternos del ejército ejercían una influencia política desproporcionada sobre las tropas. Era inaceptable que los subordinados mostraran escepticismo, sin embargo, los excesos violentos eran constantemente consentidos.

Por cada cuatro toneladas de material que los Estados Unidos enviaban a sus fuerzas en el Pacífico, los japoneses solo recibían un kilo. Un soldado de infantería japonés cargaba con la mitad de peso que su homólogo estadounidense, porque carecía de los instrumentos más básicos. Es extraordinario contemplar lo que consiguieron las tropas japonesas con tan poco. Luchar en un estado de semiinanición se convirtió en algo normal para ellos. Sus heridos eran muy vulnerables a la gangrena porque no tenían medicamentos antitétanos. El equipo de señales nunca era el adecuado y la comunicación entre unidades era difícil. Mientras que los ejércitos británico y estadounidense se organizaban en formaciones equilibradas compuestas de soldados especializados —infantería, artilleros, ingenieros, etcétera— en 1944-1945 muchas de las posiciones japonesas las defendían batallones improvisados formados por tantos hombres como era posible reunir siempre que pudieran darles un rifle o una granada. Unidades de servicio, cocineros, oficinistas… todos eran empujados a la línea del frente. En esas circunstancias, no se les exigía una gran preparación táctica; lo único que se esperaba de ellos es que dispararan sus armas y murieran allí mismo. Los logros de estas fuerzas japonesas tan heterodoxas igualaron o incluso superaron los de los batallones alemanes en Europa.

Entre los soldados aliados y los hombres de Hirohito también había semejanzas

que no deberíamos olvidar. Un soldado japonés herido y desesperado podía llorar llamando a su madre de la misma forma que lo hacían los soldados y *marines* estadounidenses. Los japoneses, al comenzar un asalto, solían decirse unos a otros «nos vemos en el santuario Yasukuni». Aunque esto refleja un verdadero fatalismo, la mayoría de ellos no estaban más entusiasmados con la idea de morir que los soldados aliados. Simplemente habían sido condicionados para cumplir con unas expectativas diferentes en lo que respecta al sacrificio. La diferencia más abismal entre los soldados de ambos bandos estaba en su actitud hacia el hecho de ser capturados. Los soldados británicos y estadounidenses pertenecían a una cultura en la que rendirse se consideraba natural y apropiado cuando llegaba un momento en que la resistencia armada ya no era sostenible. Por el contrario, tanto los soldados como los civiles japoneses tenían metido en la cabeza que la muerte siempre era preferible a la rendición. Las instrucciones para los soldados del general Hideki Tojo proclamaban: «Para evitar ser una vergüenza, un hombre tiene que ser fuerte. Siempre debe tener presente el honor de su familia y de su comunidad, y luchar para justificar la fe que estos tienen en él. No debe sobrevivir en la vergüenza, sino morir para no dejar un rastro de ignominia tras de sí».

Para el pueblo de Tojo, rendirse era el acto más vergonzoso que un hombre podía cometer, aunque uno se encontrara luchando por no ahogarse en el mar después de que hubieran hundido su barco. El mayor Shigeru Funaki, oficial del Estado Mayor, argüía que esta cultura tenía sus raíces en la experiencia de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

Muchos de los hombres que participaron en ese conflicto se rindieron cuando creyeron que sus posiciones ya no tenían salida. El ejército tomó la determinación de que una cosa así no podía volver a suceder. Si se reconocía que era honorable acabar como prisionero, muchos de los hombres lo escogerían.

He aquí lo que dijo Shiniki Saiki, un prisionero de guerra japonés a sus captores estadounidenses en septiembre de 1944, antes de que la palabra kamikaze se oyera por primera vez: «Todas las unidades se consideran ahora unidades suicidas».

Cuando los soldados británicos y estadounidenses comprobaron que los japoneses preferían autoinmolarse antes que rendirse —y además muchas veces llevándose por delante a varios soldados aliados con ellos— comenzaron a resistirse a correr el riesgo de tomar prisioneros. «Nuestras tropas son reacias a confiar en ningún japonés, lo que es comprensible pero sin duda contribuye a la dificultad de inducir al enemigo a rendirse», escribió un oficial australiano en Nueva Guinea. A veces se ha alegado que la barbarie occidental igualaba la de sus enemigos. Sin embargo, es difícil comprender por qué iba un soldado aliado a arriesgarse a morir a causa de la explosión de una granada de un soldado japonés que, aunque por sus gestos pareciera rendirse, rechazaba el código occidental que implicaba que se daría un trato humano

a los prisioneros a cambio de que estos renunciaran a intentar seguir matando. Después de algunos episodios en los que los japoneses prisioneros en submarinos americanos intentaron sabotear el vehículo tan vulnerable de sus captores, se dejaron de realizar rescates: era lo prudente.

Hasta que los japoneses no empezaron a rendirse en gran número en el verano de 1945, solo las unidades que necesitaban prisioneros con el fin obtener información de ellos aceptaban su rendición. Aunque los que llegaban a los campos de prisioneros no eran muy representativos, ya que habían elegido sobrevivir, eran la mejor fuente de información de que disponían los Aliados para conocer el ambiente que se respiraba en las tropas enemigas. «Nosotros, pobres soldados, teníamos que luchar con rifles tipo 38 contra *Boeings*, bombarderos Consolidated B-24 [cazas] North American [Mustang] y [Lokhead] P-38 "Lightning"», es el relato amargo de un soldado que se rindió a los estadounidenses. Cuando se sentía seguro, en un campo de prisioneros de guerra en Australia, se describió a sí mismo como un cristiano comunista y se ofreció a ayudar a sus captores escribiendo «un examen formal de mí mismo como japonés… Quiero dar la voz de alarma para despertar al pueblo japonés». El soldado Sanemori Saito, apresado en Bougainville, afirmaba que su comandante se había vuelto loco, que forzaba a los enfermos a prestar servicio y que a veces llamaba a formar en mitad de la noche. Un oficial de una unidad de construcción que cuando fue apresado padecía fiebre y delirios dijo cuando le interrogaron que «los japoneses tienen una fe ciega en sus líderes. Los militares empezaron la guerra, pero el pueblo está detrás completamente entregado… P. W. pensaba que cuanto más se acercaran las hostilidades a Japón, más dura sería la lucha».

Un extraño personaje que los estadounidenses sacaron del mar fue un soldado mestizo, japonés solo en cuarta parte, a quien sus padres llamaron Andrew Robb pero el ejército al que tenía que servir le dio el nombre de Shigeru Sakai. Robb era natural de Kobe, donde había sido educado en la escuela de la misión inglesa. Cuando fue capturado, estaba de camino a Filipinas donde serviría como intérprete de un sargento. Aseguró que había sido discriminado durante su entrenamiento como recluta por ser un «japonés impuro», y que se sentía muy agradecido porque le habían destinado fuera de Japón.

Su propia reacción ante las posibilidades de Japón había cambiado. Al principio no creyó que la nación fuera capaz de vencer el poder industrial de Gran Bretaña y Estados Unidos combinados, pero los primeros éxitos de Japón le llevaron a pensar que los Aliados tal vez estarían demasiado implicados en Europa como para poder manejar la situación en el Pacífico.

Robb quería informar a su madre de que había sobrevivido, pero tenía miedo de la «opinión pública adversa» que generaría la noticia de que se había rendido.

Este sentimiento era muy frecuente entre los prisioneros de guerra japoneses. Uno

de ellos sugirió a sus captores que la mejor manera de propiciar la deserción sería, primero, evitar que en la propaganda de los Aliados apareciera la espantosa palabra «rendición», y segundo, ofrecer a los desertores la posibilidad de reasentarse en Australia o Brasil después de la guerra. Un teniente el Aire, que fue capturado durante una incursión en Nueva Guinea en julio de 1944 se encontró siendo el único prisionero con el rango de oficial entre quinientos hombres. Cuando estaba a bordo del barco que les llevaba a un campo de prisioneros en Australia dijo, al ser interrogado, que algunos de sus compañeros de cautiverio proclamaron que su deber era suicidarse. El teniente, que no estaba de acuerdo, respondió con desprecio que quien quisiera era libre de saltar por la borda, que él les prometía despedirse de sus familias de su parte. Ninguno saltó. Pero todos los japoneses que sucumbían temían el estigma del prisionero, incluso mucho tiempo después de haber regresado a su país tras la guerra. De no haber existido la terrible sanción de vergüenza y deshonra del *bushido*, en 1944-1945, un buen número de japoneses se habría rendido en lugar de perecer por prolongar una resistencia inútil. Negarse a reconocer la lógica de la rendición fue quizá el arma más poderosa con que contaron la fuerzas japonesas.

Los comandantes japoneses eran tan distintos entre sí en carácter y competencia como los mandos aliados. El general Tokutaro Sakurai, por ejemplo, concordaba perfectamente con las caricaturas que los Aliados tenían en su imaginación. Era un veterano de China famoso por su brutalidad y crueldad. Para complementar su uniforme, le gustaba ponerse un collar de perlas. Cuando no estaba de servicio, su número habitual en las fiestas consistía en hacer un baile chino desnudo y con dos cigarros encendidos metidos en los agujeros de la nariz. Otros oficiales, no obstante, eran razonables y humanos. Masaki Honda, que estuvo al mando del 3.° regimiento del ejército enfrentado a Stilwell en Birmania, era un apasionado de la pesca que a menudo se llevaba la caña al campo. Era un hombre con más aplicación que talento, uno de los pocos en mostrar interés por el bienestar de sus hombres. Le encantaba contar chistes verdes a los soldados: «A ver si os sabéis este», decía riéndose ya. Se resistió a que lo enviaran a Birmania alegando que allí las reservas de su adorado *sake* serían escasas.

A veces los Aliados suponían que los japoneses aceptaban de buen grado la guerra de la jungla. Lo cierto es que la mayoría la odiaban, y ninguno más que Honda. Como muchos de los generales de Tokio, era un hombre valiente y competente en cuestiones tácticas, pero no mostraba una gran imaginación. Una vez desconcertó a chinos y estadounidenses al dirigir un mensaje personal a Chiang Kai Shek, lamentando que sus países estuvieran en guerra y expresando conmiseración por las víctimas de China: «Durante seis meses he sido testigo, con admiración, de la conducta de sus valientes soldados en el norte de Birmania, y me congratula sentir que ellos, como nosotros, son orientales. Quisiera felicitarle por la lealtad y

compromiso de sus hombres».

El general Kiyotake Kawaguchi había estado a cargo de un campo de prisioneros alemanes en la primera guerra mundial y se enorgullecía del trato civilizado que allí se les dio. En mayo de 1942 protestó formalmente por las ejecuciones de oficiales filipinos de alto rango. Una vez en Guadalcanal, donde sus fuerzas estaban pasando hambre, tuvo que enviar a un hombre en una misión de reconocimiento peligrosa. Kawaguchi apretó la mano del soldado haciéndole llegar el único triste consuelo que podía ofrecerle: una lata de sardinas que él mismo había traído de Japón. Más adelante sería relevado del mando por denunciar la inutilidad de sacrificar vidas humanas en operaciones imposibles.

La destitución era el destino más corriente de los oficiales de alto rango que, o bien se habían opuesto a entrar en guerra contra los Aliados, o se mostraban escépticos sobre la utilidad de prolongarla. Muchos soldados se oponían a la larga campaña en China que tanto les estaba debilitando. «Sentíamos que el mero hecho de estar ahí era un error, que la estrategia japonesa no se había meditado lo suficiente, —decía el comandante Kouichi Ito—, pero las opiniones de los oficiales en este sentido no se admitían». El comandante general Masafumi Yamauchi estaba al mando de la 15.ª división en Birmania, y no escondía su predilección por el estilo de vida occidental, al que se había acostumbrado cuando fue destinado a Washington. Yamauchi era un hombre delicado y amable. Sufría tuberculosis y subsistió con una dieta a base de leche, avena y pan recién hecho hasta que fue destituido, poco antes de morir. Las últimas palabras que pronunció, refiriéndose a la guerra, de las que se tiene noticia fueron: «Es todo tan estúpido…».

Masaharu Homma, hijo de un rico terrateniente, era un soldado brillante, pero notable por sus excentricidades. Como hombre romántico, impulsivo y apasionado, dedicaba su tiempo libre a componer canciones y poemas militares y solía acudir a las fiestas más elegantes de Tokio. Cuando era todavía un joven oficial, se casó con Toshiko, la hija de una geisha, con quien tuvo dos hijos, aunque su matrimonio tuvo un final desastroso. En 1919, cuando se encontraba adscrito temporalmente en Inglaterra, recibió un telegrama de su madre que le anunciaba que su esposa era ahora una cortesana profesional. Consumido por la tristeza, Homma invitó a un camarada, Hitoshi Imamura, para comentar su situación en el restaurante Sunrise, más allá del West End de Londres. Inspirado por las grandes dosis de whisky que había tomado, Homma dijo de repente: «No quiero seguir viviendo», y trató de arrojarse por una ventana. Imamura le contuvo. La historia de los dos futuros comandantes japoneses peleándose en un restaurante de Londres pasó a ser leyenda. Imamura le dijo a Homma que tenía que divorciarse, pero en lugar de eso, el general escribió a Toshiko suplicando la reconciliación. Un oficial de alto rango escribió al abatido joven en un tono feroz: «¡Menudo espectáculo estás dando! ¿Realmente eres un oficial japonés?

Si tomas a tu mujer de nuevo, todos se reirán de ti». Homma le respondió apenado: «No me importa que se rían de mí. Solo quiero que vuelva conmigo».

Ante la insistencia de Toshiko, la pareja se separó. Más adelante, el general se casó con una mujer mucho más joven que él, Fujiko, a la que también llegó a adorar.

Homma lideró el ataque de 1942 sobre Filipinas. A pesar de la victoria de Japón, se dijo que él había echado a perder la campaña y, lo que es más significativo —y dice mucho de la debilidad crónica del ejército japonés—, fue severamente criticado por desobedecer las órdenes que él consideraba poco realistas. En consecuencia, nunca se le volvió a otorgar el mando en campaña, de manera que en 1944-1945, su país no se benefició de sus considerables habilidades. El conquistador de la península malaya en 1942,Tomoyuki Yamashita, también languideció en Manchuria hasta octubre de 1944 porque su pensamiento libre no gustó a ninguno de los gobiernos siguientes. Los puestos más importantes los ocupaban hombres mucho menos capacitados, pero dispuestos a obedecer sin cuestionar incluso las órdenes más absurdas. La cualificación indispensable para un alto mando era estar dispuesto a luchar sin importar en qué circunstancias y declarar una fe absoluta por la victoria. El resultado fue que, para el verano de 1944, muchos de los que tenían la misión de salvar a Japón mediante sus esfuerzos militares tenían el corazón de un león, pero el cerebro de una oveja.

# 3

# Los británicos en Birmania

### 1. IMPHAL Y KOHIMA

Los británicos y los japoneses se enfrentaron en Birmania durante cuarenta y seis meses en lo que fue la campaña más prolongada de la Segunda Guerra Mundial. En 1942, solo 2000 japoneses tuvieron que morir para que su nación se hiciera con esta posesión británica, pero 104 000 más perdieron la vida para poder mantenerla hasta 1945. Birmania era el país más grande de la parte continental del sur de Asia y era rico en petróleo, madera de teca y goma. El país había sido dirigido por un gobernador británico, con instituciones únicamente simbólicas. Su población, de dieciocho millones de habitantes, incluía a algunos indios que desempeñaban un papel destacado en el comercio y en la administración. Durante la retirada británica de 1942, un grupo de fugitivos indios murieron en circunstancias espantosas. Los birmanos siempre habían sido hostiles al dominio colonial. Por esa razón, muchos cedieron a la ocupación por parte de sus vecinos asiáticos hasta que descubrieron que sus nuevos amos eran mucho más brutales que los anteriores; para 1944 los japoneses ya se habían ganado su odio. Los birmanos anhelaban la independencia y, paradójicamente, esperaban conseguirla ahora gracias a los británicos.

El Gobierno de Winston Churchill y sus siervos asiáticos, sin embargo, no tenían claros sus propósitos políticos ni los medios militares que iban a emplear. Los poemas de Kipling, el glorioso Raj indio, la riqueza y el prestigio que las posesiones en Oriente habían otorgado a Gran Bretaña, habían imbuido de un sentimiento apasionado a los viejos imperialistas, entre los cuales se encontraba el primer ministro. Estos anhelaban recuperar el antiguo régimen, aunque *algunos hombres más jóvenes* comprendieron que los cambios sufridos a raíz de la guerra, especialmente de los triunfos japoneses de 1941-1942, eran irreversibles. No obstante, los que veían la situación con más claridad no estaban al mando.

La situación se complicó todavía más con la entrada de los Estados Unidos. La guerra con Japón puso de relieve las diferencias entre Londres y Washington, que eran más profundas que las discrepancias políticas europeas acerca de la guerra. Entre los estadounidenses —desde el presidente hasta los soldados y *marines* que sirvieron en los teatros de China, la India y Birmania— reinaba una antipatía casi universal hacia el imperio británico, y no les agradaba en absoluto dedicar los recursos de su país a resucitarlo. Aunque los británicos consideraban a Siam un enemigo aliado de

los japoneses, a partir de 1942 los Estados Unidos decidieron considerarlo únicamente un pueblo víctima de la ocupación. En parte, esto se debía a que Washington estaba convencido —y lo estuvo hasta 1945— de que los británicos tenían planes imperialistas en Siam. Británicos y estadounidenses compartían el deseo de reparar la agresión japonesa, pero Estados Unidos habría preferido que las potencias europeas no hubieran recuperado las posesiones perdidas. Este sentimiento era tan fuerte que la mayoría de los estadounidenses, incluidos los líderes de la nación, habrían renunciado de buen grado al apoyo británico para derrotar a Japón si eso les hubiera permitido distanciarse de la causa del imperialismo. Solo los imperativos políticos de mayor peso a nivel mundial lograron persuadir a los Estados Unidos de que colaboraran con los británicos en la guerra de Japón. Difícilmente podemos exagerar el clima de sospecha mutua y el antagonismo que prevalecía entre los Aliados occidentales en Asia en 1944-1945.

«He advertido que entre las secciones británica y americana hay una lamentable falta de camaradería, de sinceridad y de confianza», escribía un diplomático estadounidense en la India. Por su parte, un diplomático británico declaraba:

> *La mayoría de los oficiales estadounidenses en este teatro… no creen que vaya a producirse una cooperación real entre los Aliados, recelan de las intenciones de los británicos, sienten resentimiento por muchos agravios, reales o imaginarios, y están convencidos de que la administración india alberga en realidad malas intenciones y es completamente ineficaz.*

Si bien al Gobierno británico no le preocupaba demasiado la muerte de tres millones de indios a causa de la hambruna de Bengala de 1943, precipitada por la pérdida del arroz de Birmania, los americanos que sabían lo que había ocurrido estaban horrorizados. Gran Bretaña ocultaba a los Aliados una proporción cada vez mayor de información sobre las cuestiones relacionadas con Asia.

«Los estadounidenses [en la India]… se han comportado casi como un ejército de ocupación —escribía un oficial de alto rango británico en 1943—, o si eso suena demasiado fuerte, más o menos como nosotros nos comportamos en Egipto de cara al gobierno y el ejército de ese país». Un joven oficial del ejército británico de la India escribió lo siguiente acerca de la aversión que sus hombres sentían por el pueblo de Roosevelt:

> *Nuestro antiamericanismo probablemente nació de su reticencia a entrar en la guerra contra Alemania hasta 1941; de su actitud de menosprecio hacia los esfuerzos del resto de los Aliados; y también de su capacidad de crear una cantidad de recursos enorme y un apoyo aéreo masivo para su guerra en el Pacífico mientras a nosotros nos brindaban su ayuda a regañadientes. Las historias de hombres que perdían a sus novias y esposas a manos de las fuerzas estadounidenses en Gran Bretaña y las películas que mostraban a grupos de soldados y aviadores americanos mascando chicle y bailando, sin duda nos hacían llegar un mensaje equivocado… Deberíamos haber comprendido mejor estas cosas, pero éramos jóvenes y a menudo intolerantes.*

El sentimiento era recíproco. Todo un fajo de informes de la Oficina de Guerra recogía quejas debidas a la reticencia del personal británico y estadounidense de saludarse entre sí. En Estados Unidos se realizó una encuesta que formulaba la siguiente pregunta: «Los ingleses han sido tildados a menudo de opresores porque, según la opinión de algunas personas, se han aprovechado injustamente de sus posesiones coloniales. ¿Cree usted que hay algo de cierto en esta acusación?». El 56 por 100 de los encuestados respondió que sí. La Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), que era la organización estadounidense encargada de las operaciones secretas y tenía misiones en la India y el sudeste de Asia, era rabiosamente anticolonialista. Los oficiales de la OSS informaron a Washington —y no se equivocaban— de que muchos indios tenían a Subhas Chandra Bose en muy buena consideración. El líder nacionalista estaba ayudando a los japoneses a crear un «ejército nacional indio», formado por prisioneros de guerra, para luchar contra los británicos. Incluso el gobernador de Bengala, Richard Casey, escribió en 1944 que no percibía ningún entusiasmo por la guerra entre sus gentes: «habría que tener valor para decir que la mayoría de los indios quiere seguir formando parte de la Commonwealth británica».

Unos 23 000 nacionalistas chinos fueron transportados por aire hasta la India, al otro lado del Himalaya, para ser entrenados por los estadounidenses. Ellos también estaban consternados por sus encuentros con el imperialismo. Wen Shan, por ejemplo, entró en un bar de Calcuta con un grupo de camaradas para tomar algo. Los soldados británicos gritaron «¡fuera, fuera!». Wen recordaba el incidente más adelante: «Intentamos decirles que éramos soldados como ellos, pero no quisieron escucharnos. Una vez vi a un soldado británico dar una paliza a un indio en un puente, en Hooghly. Era la misma forma en que yo había visto tratar al pueblo chino por parte de los soldados japoneses».

Wu Guo Qing, un intérprete de veintiún años de Chongqing, se puso contentísimo al descubrir que en la India, al contrario que en China, no le faltaba qué comer. Lo que es más, el chico pasó de la noche al día de ser un estudiante pobre a convertirse en una persona privilegiada, rodeada de «porteadores» indios que le limpiaban los zapatos y le hacían la cama, como al resto de estadounidenses en el teatro. A pesar de ello, a Wu le afligía la pobreza que veía a su alrededor, que le parecía todavía más extrema que la de China, y el comportamiento de los británicos hacia los indios: «Algunos británicos llegaban a pegarles —decía sorprendido—. Les trataban como a animales». John Leyin, del «*East End*» de Londres y tripulante de un tanque británico, se sintió asqueado ante el espectáculo de dos soldados británicos agitando lonchas de panceta ahumada desde la ventana de un tren, burlándose de los transeúntes indios. Si bien tal comportamiento no representa toda la realidad del Raj, sí que refleja la impresión que se llevaron muchas personas de fuera, especialmente los estadounidenses y los chinos, que entonces veían la India por primera vez.

Después de la expulsión de las fuerzas británicas de Birmania en mayo de 1942, las tropas simplemente se desplegaron durante meses en el nordeste de la India para plantar cara a la amenaza de la invasión japonesa. Pero cuando este peligro pasó, apareció la indecisión acerca de la estrategia que debía seguirse en el futuro. Winston Churchill admitió ante su gabinete en abril de 1943: «No podría decirse que la [re] conquista de Birmania [sea] un paso esencial para derrotar a Japón». Pero si lo reconocían, ¿cuál sería entonces la misión de las fuerzas británicas e indias durante el resto de la guerra? Después de las humillaciones sufridas en 1941-1942, el Gobierno de Londres había tomado la determinación de restablecer por la fuerza de las armas el prestigio del hombre blanco en general, y el de los británicos en particular. Pero si el imperio británico en Asia no iba a recuperar su gloria anterior, ¿por qué tendrían los soldados británicos que sacrificar sus vidas para reconquistarlo? He aquí las incertidumbres que dificultaron la estrategia durante la segunda mitad de la guerra, una vez que empezó a remitir el ataque japonés. ¿Cuál era el propósito de la campaña británica en Extremo Oriente? ¿Qué pasaría después de la victoria? Las respuestas que los británicos dieron a estas preguntas no fueron más convincentes que las dadas por Francia y Holanda, que eran las otras dos grandes potencias presentes en Asia aunque no contribuyeran significativamente al esfuerzo bélico.

Durante la última parte de 1942 y a lo largo de 1943, las operaciones británicas contra los japoneses fueron poco sistemáticas, cuando no pésimas. Las tropas, lideradas por mandos débiles y con escaso apoyo del Gobierno de su país, se enfrentaban a un enemigo incansable. Por estas razones fracasaron en su ofensiva costera en la región birmana de Arakan, y se vieron obligadas a permanecer en el norte de la India. Para su vergüenza, en el invierno de 1943, una sola formación japonesa frustró las operaciones de seis divisiones británicas e indias. Los estadounidenses como el teniente general Joseph Stilwell, un oficial de alto rango en China, acabaron convencidos de que los británicos no tenían más voluntad de lidiar con los japoneses que los ejércitos de Chiang Kai Shek.

El único éxito marginal ese año se debió más a la propaganda que a la propia relevancia del hecho. Las columnas de guerrilleros chindits, formadas por Orde Wingate para operar tras las líneas japonesas y abastecidas desde el aire, captaron la atención del público británico, especialmente del primer ministro, aunque fuese a costa de perder un tercio de sus integrantes. En un arrebato, Churchill consideró nombrar a Wingate, personaje mesiánico y desequilibrado, comandante en jefe de todo el ejército británico en Asia. Al final acabaron haciéndole abandonar la idea y en lugar de ello ascendió al líder de los chindits a general de división y autorizó que se le otorgaran recursos para realizar operaciones a gran escala tras las líneas japonesas en Birmania.

Wingate murió en un accidente de aviación durante una operación de despliegue

en marzo de 1944. Las siguientes operaciones de los chindits, como las de tantas otras fuerzas especiales durante la Segunda Guerra Mundial, costaron mucha sangre y dieron lugar a notables hazañas heroicas, pero no supusieron grandes logros. La muerte de Wingate fue un alivio para muchos oficiales de alto rango, entre ellos Slim, comandante del 14.° ejército, que consideraba a los Chindits una distracción. Lo cierto es que, mientras duraba ese espectáculo, habían pasado dos años desde la expulsión de los británicos de Birmania en 1942 y su regreso cruzando el río Chindwin. El menosprecio de Stilwell por la actitud pusilánime de los británicos estaba justificado, en la medida en que Churchill se opuso a una campaña por tierra para reconquistar Birmania. Pero el primer ministro había visto a los soldados derrotados en la jungla en 1942, y temía que sus hombres tuvieran que enzarzarse en otra ardua batalla llena de dificultades sobre un terreno que no parecía favorable a los ejércitos de Occidente.

En contra de la implacable oposición de sus jefes de Estado Mayor, que estaban dispuestos a dimitir por esta cuestión, Churchill presionó para que se llevara a cabo un ataque anfibio sobre la gran isla holandesa de Sumatra. De manera poco propicia, el primer ministro comparó esta iniciativa con la desastrosa campaña de 1915 en Dardanelos, que consideraba similar «porque prometía tener consecuencias decisivas». En una fecha tan tardía como 1944, Churchill reavivó el plan de Sumatra, lo que provocó que el jefe del Estado Mayor del Imperio, Alan Brooke, escribiera: «Empecé a preguntarme si no estaba en *Alicia en el país de las maravillas*». Si no era factible una operación como la de Sumatra, el primer ministro instaba a que se realizara un desembarco de tropas desde el mar, más al sur de Rangún.

La presión de Churchill a favor de una aventura anfibia de gran escala en el sudeste de Asia era inútil, porque las embarcaciones necesarias para ello eran propiedad de los Estados Unidos. Estos solo ponían sus activos a disposición de los objetivos que se favorecían desde Washington, que bajo ningún concepto incluían Sumatra o Rangún. El 5 de mayo de 1944, Churchill estaba furioso: «Debemos… protestar enérgicamente ante el método estadounidense de intentar forzar unas políticas en particular, de negarnos o no ciertas armas, como portaaviones y buques de desembarco de tanques, en los teatros donde el mando nos pertenece a nosotros porque las cifras son aplastantes y nos dan derecho». En esta fase de la guerra, no obstante, el control por parte de Washington de la estrategia de los Aliados occidentales era casi absoluto. «La pura verdad es que estamos a merced de los americanos —escribió un oficial de alto rango británico—. No podemos tomar ninguna iniciativa en este teatro, ni anfibia ni de ninguna otra clase, sin su ayuda material… Así que si ellos no la aprueban, no nos proporcionan los recursos».

Washington desestimó una petición de los británicos, que querían que dos divisiones del ejército estadounidense se unieran a sus operaciones en Birmania. De

la misma manera, el Gobierno de Canberra rechazó la propuesta británica de trasladar al sudeste asiático dos divisiones australianas que operaban en Nueva Guinea. Si los británicos querían recuperar Birmania, tendrían que hacerlo por sus propios medios. El ministro Oliver Lyttelton advirtió a los jefes de Estado Mayor británicos: «Sería un fracaso para nosotros que nuestras operaciones fueran simplemente una parte del gran avance estadounidense. Es esencial que seamos capaces de decir a nuestras posesiones en Extremo Oriente que las hemos liberado nosotros, con nuestro propio esfuerzo».

Así, aunque el Gobierno británico sabía que recuperar Birmania sería difícil y no contribuiría en absoluto a la derrota de Japón, tenían que morir soldados británicos e indios para que el pueblo de Churchill se ganara su parte de la victoria en Extremo Oriente. Birmania sería atacada por tierra desde el norte, puesto que el norte era lo único que interesaba a Washington. A través de selvas y montañas se abría paso un tenue hilo, la «carretera de Birmania», que era la única ruta terrestre que permitía a los estadounidenses abastecer a los soldados chinos desde la India. Las tropas japonesas ocupaban una parte de esta ruta de vital importancia para los Estados Unidos, y si estos lograban echarlas conseguirían liberar el norte de Birmania. Solo así podrían los Estados Unidos poner en marcha sus ambiciosos planes: proporcionar a los ejércitos de Chiang Kai Shek los medios para que pudieran participar de lleno en la guerra. Por lo tanto, en una costosa campaña que los británicos veían con escepticismo, 17 000 ingenieros estadounidenses se pusieron en marcha para recorrer los 1200 km que unían el norte de la India y el sur de China, liderados por el brillante general de división Lewis Pike.

Los británicos, empezando por Churchill, no creían que la participación de China en la guerra pudiera llegar a ser tan importante como para justificar la generosa cantidad de recursos que los Estados Unidos estaban suministrando a la nación. Roosevelt alegó que sería un error ignorar a un país de 425 millones de habitantes, a lo que el primer ministro replicó con desdén: «¡cuatrocientos veinticinco millones de ridículas coletas!». Slim, el general al mando del 14.° ejército británico en el norte de la India, tenía algún respeto por Stilwell, pero nunca compartió su opinión de que un ejército chino podía influir decisivamente sobre la guerra contra Japón. Tiempo después el general escribiría:

> *Había dos puntos en los que no estaba de acuerdo con él: dudaba de que esa carretera tuviera un valor tan importante para ganar la guerra y… creía que una estrategia anfibia en el Pacífico… daría resultados mucho antes que un avance terrestre a través de Asia con un ejército chino que estaba aún por formar.*

A pesar de todo, Gran Bretaña podía tal vez negarle el respeto a China, pero nunca a los Estados Unidos. En el norte de la India y el sur de China, 240 000 miembros del personal de apoyo de las fuerzas aéreas trabajaban, junto a otros 12 000

hombres de las tropas de combate, en la construcción y mantenimiento de las conexiones aéreas y terrestres que tanto importaban al Gobierno de los Estados Unidos. Por su parte, Washington consentía la misión británica de reconquista de Birmania solo porque favorecía sus propias ambiciones en China. Un millón de hombres, la mayoría de ellos trabajadores indios, fueron desplegados en el nordeste de la India para construir carreteras, aeródromos e instalaciones ferroviarias que sirvieran de apoyo a una ofensiva a gran escala. Churchill todavía clamaba contra ello porque lo consideraba un auténtico derroche de recursos. No comprendía que la India, que contaba con más de dos millones de soldados, hubiera desplegado tan solo diez divisiones contra las nueve japonesas en la frontera de Birmania. «Es una verdadera vergüenza que un ejército tan débil sea lo máximo que pueden aportar teniendo en cuenta los enormes gastos que conlleva la campaña». Churchill quería que el ejército británico en Oriente se empleara provechosamente, pero deploraba el hecho de que «estamos a punto de zambullirnos en las selvas de Birmania para entablar batalla con los japoneses en unas condiciones… todavía desfavorables para nosotros, con el objetivo de construir un conducto para aumentar el suministro al otro lado de "la joroba" [la cordillera de Himalaya, que las separaba de China]».

En teoría, las operaciones de los Aliados en el sudeste de Asia estaban subordinadas a las órdenes del comandante supremo del sudeste asiático, el almirante lord Louis Mountbatten. «Los intereses de este teatro son abrumadoramente británicos», bramó Churchill dirigiéndose a los jefes de Estado Mayor al imponer el nombramiento de su protegido en septiembre de 1943. El ascenso de Mountbatten fue meteórico: pasó de comandante de una flotilla de destructores en 1941 a jefe de las operaciones combinadas británicas, y acabó siendo nombrado comandante en jefe de los Aliados en el sudeste asiático a la edad de cuarenta y dos años. Esto reflejaba el entusiasmo del primer ministro por los oficiales que tenían madera de héroes. El general Henry Pownall, jefe del Estado Mayor de Mountbatten, dijo de él:

> *Un carácter complejo y excepcional. Lleno de paradojas… sus exquisitos modales… son una de sus grandes dotes; muchas son las ocasiones en que me disponía a soportar un fuerte enfrentamiento con él… y él se disculpaba, prometía enmendarse… ¡y poco después volvía a hacer lo mismo! Es un hombre dinámico y con iniciativa… aún así, tiende a actuar con precipitación… sus reuniones se alargan más de la cuenta porque le gusta hablar… y le encanta hacerlo frente a un buen público que escuche lo que tiene que decir.*

Los muchos detractores de Mountbatten, entre los que se encontraban los jefes del servicio británico, consideraban que todo en él era pose y que en realidad era un hombre bastante vulgar. Pensaban que su ascenso no se debía a su propio talento sino a que sabía desenvolverse, tenía aspecto de estrella de Hollywood y estaba emparentado con la familia real británica: Mountbatten era primo del rey Jorge VI y no dejaba de recordarlo para que todos lo tuvieran presente. Se trataba de un hombre

susceptible excepto cuando estaba en juego su propio interés, de ambición desmedida e intelecto limitado. Su título de comandante supremo significaba poco en realidad, puesto que se le negó la dirección ejecutiva del ejército y las flotas. La desmesurada plantilla de su cuartel general, situado en el sublime entorno del jardín botánico de Kandy (Ceilán), era motivo de escarnio.

Mountbatten era propenso a la insensatez, como se desprende de este episodio ocurrido en Quebec en 1943. El comandante disparó un revólver durante una de las reuniones de los jefes de Estado Mayor para demostrar la resistencia del «*pycrete*», una combinación de hielo y serrín, como material para construir portaaviones (una especie de *icebergs* artificiales). La bala rebotó y estuvo a punto de dar a los gerifaltes de la gran alianza. Cuando Mountbatten pidió a todos los comandantes presentes un botón de la guerrera como recuerdo, Brooke se puso furioso: «Menciono esto solo como un ejemplo del tipo de trivialidades… que solían ocupar los pensamientos de Dicky en unos momentos en que debería haber estado inmerso en los problemas a que se enfrentaba». No obstante, Mountbatten soportó un sinfín de decepciones y cambios de estrategia sin desalentarse. En una ocasión uno de los planes que él apoyaba fue rápidamente aprobado, aunque para sus jefes de Estado Mayor era evidente que nunca sería ejecutado. Pownall escribió al respecto: «el pobre está en el séptimo cielo. Qué ingenuo es».

«Dicky» no era un gran hombre pero, al igual que muchos de los principales actores que tomaron parte en los dramas de la Segunda Guerra Mundial, se esforzó con valentía por interpretar su papel en los grandes acontecimientos. Tenía dos virtudes que podrían justificar hasta cierto punto su nombramiento. En primer lugar, era un buen diplomático. Le gustaban los estadounidenses, al contrario de lo que sucedía con tantos oficiales británicos. En segundo lugar, el glamour de su presencia, en un teatro donde tantos soldados se sentían abandonados por su propio país, ayudó increíblemente a subir la moral de las tropas. Prácticamente todos los hombres que vieron a Mountbatten descender de un avión con motivo de una visita, deslumbrante con su uniforme blanco de la Marina o verde militar, se sintieron animados por la visión.

Como comandante supremo, a Mountbatten no se le daba muy bien ejercer su autoridad, sin embargo se distinguía como embajador y figura simbólica. Tanto él como su esposa Edwina tenían un don para la informalidad regia. Peter D’Cunha, de la Marina Real de la India, se encontraba un día en su puesto, en la oficina de radiotelegrafía de una patrullera. La lancha estaba anclada en un arroyo que bajaba de la cordillera Arakan y el soldado estaba totalmente inmerso en la música que escuchaba a través de Radio Ceilán. De repente, un par de manos le quitaron los auriculares. Se volvió boquiabierto y descubrió que se trataba de Mountbatten, que se acercó los auriculares a los oídos un momento. Entonces preguntó al operador cómo

se llamaba y le dijo: «Parece que te gusta mucho la música inglesa». El comandante volvió a poner los auriculares a D'Cunha y se marchó, diciendo: «Disfruta, pero mantente un poco alerta. Nunca se sabe quién puede venir…». Al joven, por supuesto, le encantó.

Pero el poder de mando de Mountbatten dependía absolutamente de la visión estadounidense y él no podía hacer nada para cambiarlo. Pownall escribió estas amargas letras en su diario, en febrero de 1944: «Para tenernos relegados a perder el tiempo aquí en Birmania, bien podrían poner fin a la desafortunada comandancia del sudeste asiático; si hace falta, se pueden dejar unas cuantas figuras, algo de personal falso y muchos periodistas para que redacten a sus anchas». Si recordamos la postura escéptica de Slim respecto a las esperanzas que Stilwell tenía puestas en los chinos —el general británico declaró abiertamente que en su opinión el avance estadounidense a través del Pacífico sería suficiente para derrotar a Japón, sin necesidad de iniciar una campaña terrestre— parece que estas críticas se aplicaban con la misma fuerza a todos los propósitos del ejército británico en el sudeste de Asia. El comandante británico entendió tan bien como su primer ministro que los motivos detrás de la nueva campaña en Birmania eran tratar de restablecer el prestigio del imperio británico y consentir las fantasías estadounidenses acerca de la creación de un ejército chino, pero no el convencimiento de que la participación británica pudiera contribuir de forma sustancial a la victoria sobre Japón.

Sin embargo, antes de que los británicos pudieran lanzar su gran ofensiva en 1944, los japoneses dieron aún un paso más. Con una audacia extraordinaria, los mandos de Tokio se embarcaron en una operación para conquistar las posiciones de Imphal y Kohima, en el nordeste de la India. Ni siquiera los japoneses más optimistas supusieron en esta coyuntura que podían conquistar el país: lo que pretendían en realidad era frustrar el avance británico en Birmania. Además —aunque era algo todavía más descabellado—, también albergaban la esperanza de provocar una revuelta popular contra el Raj exhibiendo durante su avance unidades del supuesto ejército nacional indio, formado por prisioneros de guerra.

El enfoque que dieron los altos mandos japoneses al asalto de Imphal fue negligente y temerario. El general Mutaguchi del 15.° ejército, artífice de la idea, despidió a su comandante en jefe por sugerir que la operación era imposible a causa de las dificultades de movimiento que tendrían los soldados en Assam, el lugar más húmedo de la Tierra, donde la tasa de lluvia anual alcanzaba los doscientos metros cúbicos. Mutaguchi, de cincuenta y seis años, era descendiente de una antigua familia del sur algo venida a menos. Como muchos generales japoneses, era afectadamente viril y no se cansaba nunca de proclamar su entusiasmo por las mujeres y el combate. Era un soldado político ambicioso, uno de los más destacados de entre los que habían precipitado la guerra en China. Su agresividad y sus contactos le ganaron el ascenso a

los puestos de mando del ejército.

Mutaguchi se encontró con que apenas contaba con otra cosa que bueyes para transportar las municiones y los pertrechos por uno de los terrenos más difíciles del mundo. La experiencia demostró que los animales, cargados, solo podían recorrer aproximadamente 13 km al día y, además, la línea de abastecimiento japonesa hacia Assam era extremadamente frágil. Un coronel fue enviado a Tokio para conseguir que el primer ministro aprobara la operación. Una absurda discusión tuvo lugar mientras Tojo tomaba un baño. «Imphal… sí», dijo el primer ministro, que nunca había mostrado mucho interés en el frente de Mutaguchi. Los generales japoneses solían bromear diciendo: «he ofendido a Tojo, seguro que me envía a Birmania», y llamaban a ese lugar «*jigoku*» (infierno). Ahora, el primer ministro preguntaba: «Y las comunicaciones, ¿están planeadas como debe ser? Nosotros no podemos ayudarle mucho. ¿Se da cuenta de eso? ¿Está seguro de que servirá para mejorar las cosas y no para empeorarlas? ¿Qué pasará si los Aliados desembarcan en la costa de Arakan? ¿Alguien ha pensado en eso, eh?». El coronel enviado por Mutaguchi esbozaba el plan con Tojo desnudo ante él. Al fin, el primer ministro dijo: «Dígale a Kawabe» —comandante del área de Birmania y superior de Mutaguchi— «que no sea demasiado ambicioso», y firmó la orden de llevar a cabo la operación en Imphal.

La batalla que siguió acabó siendo uno de los mayores éxitos de los ejércitos británico e indio, recordado en adelante con orgullo, y marcó el destino de los brazos armados japoneses en el sudeste de Asia. Slim esperaba un ataque, pero la rapidez y la energía de sus enemigos le cogieron por sorpresa. Las fuerzas japonesas atacaron primero en el cinturón costero de Arakan, en febrero de 1944, y de ahí, durante el mes siguiente, pasaron a Imphal y Kohima. Durante las primeras semanas, la lucha no fue intensa. «Todo el tiempo que estuve en el teatro —afirmaba cínico un oficial británico—, la campaña se desarrolló de forma bastante lenta por ambas partes. La única vez que [vi] apresurarse a alguno de los protagonistas [fue] cuando los *japos* se dirigían a Imphal». Mutaguchi arriesgó todo para mover a sus hombres a través de un terreno muy difícil para poder atacar por sorpresa, y casi logró detener a una división india. Los japoneses consiguieron truncar las conexiones terrestres de las posiciones británicas.

Las tropas japonesas atacaron por todos los flancos, pero lo cierto es que los sitiadores estaban en unas condiciones mucho más precarias que los sitiados. Durante los meses de dura contienda que siguieron, los hombres de Slim tenían la sartén por el mango. Eran muy superiores en número —si bien no concretamente en Kohima— y su despliegue de tanques y artillería era mucho mayor del que podrían haber empleado los japoneses. Tenían el control del aire y contaban con suficientes aviones de transporte como para conseguir una hazaña impensable al comienzo de la campaña: abastecer las tropas desplegadas en Imphal y Kohima por vía aérea. Los

soldados indios y británicos estaban además mucho mejor entrenados y equipados para la lucha en la selva que antes. Su derrota de los japoneses en Arakan fue tan rápida que Slim, con ayuda de un avión estadounidense obtenido gracias a la intercesión de Mountbatten, pudo enviar dos de aquellas divisiones a reforzar la defensa de Imphal y Kohima.

Finalmente, los británicos fueron liderados por el mejor comandante de campaña de la guerra. Bill Slim —nadie le llamaba William— nació en Bristol en 1888 y era el hijo menor de un mayorista de ferretería cuyo negocio fue a pique. El chico se crió en circunstancias difíciles. Siempre quiso ser soldado, pero antes de la primera guerra mundial pasó unos años trabajando como profesor y más tarde como oficinista en una empresa siderometalúrgica. Se las arregló para entrar en el cuerpo de formación de oficiales de la Universidad de Birmingham y fue nombrado oficial en 1914. Sobrevivió a la sangrienta campaña de Gallípoli, donde más de la mitad de los hombres de su batallón resultaron muertos o heridos. Fue trasladado a los gurjas y mientras servía con ellos recibió un disparo en el pulmón. En Mesopotamia de nuevo resultó herido, esta vez de metralla, y ganó una cruz militar. Cuando terminó la primera guerra mundial ocupaba un puesto de mando en el ejército británico-indio.

Bill era un hombre fornido, de anchas espaldas, mandíbula fuerte y un gran sentido común. Entre las dos guerras ascendió regularmente en el escalafón, aliviando su bochornosa situación financiera de una forma un tanto singular: escribiendo relatos en revistas bajo el seudónimo de Anthony Mills. Desafortunadamente para él, se encontraba al mando de los Burcorps, las fuerzas británicas en Birmania, durante la desastrosa retirada de 1942. Era algo reconocido que esa derrota no fue responsabilidad personal del comandante, pero a él mismo le gustaba contar una anécdota de su posterior regreso a Birmania. Contaba que una noche entró en la sala de operaciones inadvertido y vio dos oficiales de pie frente al mapa. Uno de ellos apuntaba a un lugar y proclamaba con seguridad: «El tío Bill ordenará una batalla "*ahí*"». Cuando el otro le preguntó por qué, respondió: «¡Porque siempre va a atacar a los sitios dónde le han dado para el pelo!». Al contrario de lo que sucedía con el resto de los comandantes más destacados de la guerra, Slim era un hombre completamente normal, que se conocía bien a sí mismo, poco pretencioso y completamente dedicado a su esposa Aileen, a su familia y al ejército. Su estilo de mando calmado y firme, así como su preocupación por los intereses de sus hombres, le granjearon la admiración de todos los que sirvieron bajo su mando. «Slim es un buen hombre para el que trabajar. Tiene todo lo que caracteriza a un gran comandante», declaraba con entusiasmo el jefe de su Estado Mayor, el general de brigada John Lethbridge, en una carta que dirigió a su esposa en 1944. Así fue descrito por un soldado:

*Su apariencia era bastante sencilla: era grande, robusto, con una expresión severa y esa barbilla de*

*bulldog. Tenía un aspecto curioso con el sombrero de gurja, la carabina en bandolera y los bajos de los pantalones sucios. Podría haber sido un capataz de almacén al que ascienden a director, o un granjero próspero que había sido boxeador en su juventud.*

Un oficial de artillería indio cuenta una típica anécdota del «tío Bill». El oficial recibió repentinamente instrucciones de dar la orden de disparar a todo el regimiento, de manera que se dirigió raudo y veloz a su puesto de mando, apartando de un golpe a un extraño que le cortaba el paso. Poco después, el artillero reconoció al comandante y comenzó a disculparse balbuceando por haberle tratado con tanta brusquedad. Slim le respondió de buen humor: «¡No te preocupes por eso, chico! ¡Si todos trabajaran como tú llegaríamos mucho antes a Rangún!». Las únicas personas que parecían dudar de los méritos de Slim eran sus superiores. A Churchill nunca le entusiasmó este oficial sencillo y campechano que además servía en una campaña que no era del agrado del primer ministro. Durante toda la carrera de Slim como comandante del 14.° ejército se produjeron varios intentos de retirarle del puesto, incluso en los gloriosos días finales. Su personalidad directa y franca, su falta de grandilocuencia y su reticencia a la actitud servil no le fueron favorables en las esferas del poder. Sus soldados fueron los únicos que no perdieron nunca su devoción por él.

En una conferencia ante los oficiales de la 10.ª división india, que había liderado anteriormente durante la guerra, Slim expresó algunas de sus opiniones sobre el mando militar:

*Elaboramos los planes lo mejor que podemos, caballeros, y entrenamos la voluntad para aferramos tenazmente a ellos frente a la adversidad, aún siendo lo suficientemente flexibles para cambiarlos cuando los acontecimientos demuestran que no son sólidos, o para aprovechar una oportunidad que surge durante el curso de la contienda misma. Pero al final, todas las batallas importantes alcanzan un punto en el que no hay control real por parte de los altos mandos. Cada soldado siente que está solo… El sentimiento predominante en el campo de batalla es la soledad, caballeros.*

Así fue durante la sangrienta primavera y principios del verano de 1944. En la meseta de Imphal y en las altas colinas de Naga, donde se alzaba Kohima, las tropas británicas, indias y japonesas luchaban por el dominio. Uno de los soldados que defendía el puesto escribía:

*El entorno era soberbio. Era como las tierras altas de Escocia pero sin el brezo, como los páramos de Yorkshire pero sin sus pueblos de piedra, todo a una escala colosal que hacía que nuestros camiones parecieran insignificantes… En un paisaje de tal inmensidad, tenía la sensación de estar defendiendo los Alpes con solo una escuadra de hombres.*

El consumo de munición era enorme. El 3.er batallón del 10.° regimiento gurja empleó 3700 granadas en los enfrentamientos de un solo día. Los japoneses, a falta de apoyo de artillería, también lanzaban aluviones de granadas para cubrir sus ataques. Tres brigadieres británicos murieron en Kohima. La pista de tenis del

bungalow del anterior oficial del distrito pasó a ser el escenario de una de las batallas más cruentas de la guerra. A un ritmo lento pero constante, quedó claro qué potencia de fuego era superior. Los aviones de los Aliados bombardearon las líneas de abastecimiento japonesas y, además de perder posiciones, los soldados de Mutaguchi comenzaron a pasar hambre.

El 19 de junio, ante la ira del general japonés, el comandante de división Kotuku Sato abandonó la ofensiva después de 85 días de lucha y comenzó a replegar sus tropas. El monzón, que golpeaba con una fuerza excepcional, convirtió los caminos que había tras el frente japonés en barrizales. Iwaichi Fujiwara, un coronel de inteligencia, relataba:

> *Reinaba la desesperación. No teníamos comida. Oficiales y soldados estaban prácticamente exhaustos después de una contienda dura y continua, luchando durante semanas bajo la lluvia y mal alimentados… La carretera acabó siendo un cenagal, los ríos se desbordaron; era difícil desplazarse a pie, y no digamos en un vehículo… Casi todos los hombres padecían malaria y también eran frecuentes los casos de amebiasis y beriberi.*

Aún así, el comandante japonés no abandonó Imphal. Cuando Sato, de vuelta de Kohima, se presentó en el cuartel general de Mutaguchi el 12 de julio, un comandante en jefe le ofreció fríamente una daga cubierta por un paño blanco. Pero Sato se sentía más dispuesto a matar a su superior que a suicidarse, y declaró con desprecio: «Los oficiales del 15.° ejército poseen menos conocimientos tácticos que los cadetes». Él comprendió, cosa que no hizo Mutaguchi, que las fuerzas japonesas debían haber reconocido su error y haberse replegado antes de que rompiera el monzón. Los japoneses, que a menudo habían menospreciado el aparato logístico de los británicos por considerarlo demasiado grande y engorroso, descubrieron ahora el precio que había que pagar por no tener aparato logístico en absoluto.

Los desventurados soldados de Mutaguchi lucharon en Imphal, viéndose obligados a retroceder metro a metro con pérdidas catastróficas. El comportamiento de su comandante era cada vez más excéntrico. Después de haber ordenado hacer un claro en la selva, cerca de su cuartel general, Mutaguchi implantó allí bambúes decorados en los cuatro puntos cardinales y cada mañana se acercaba a ellos e invocaba a los ochocientos dioses del panteón japonés, implorándoles ayuda. No obstante, sus súplicas fueron en vano. El 18 de julio, el general se plegó a lo inevitable y ordenó a sus tropas que se retiraran. Su diezmado ejército comenzó a replegarse hacia el río Chindwin, en el interior de Birmania. Los hombres de las líneas avanzadas empujaban a los de la retaguardia. «Todas las batallas son más o menos iguales para los que luchan en ellas», observó el capitán Raymond Cooper del regimiento fronterizo, que fue herido en Imphal. Desde luego, estaba en lo cierto, pero la victoria en Imphal y Kohima superó con mucho todos los logros británicos que se habían producido en Extremo Oriente desde diciembre de 1941.

La campaña fue un desastre para los japoneses. De 85 000 soldados que participaron en la lucha, las bajas ascendieron a 53 000; se destruyeron cinco divisiones y otras dos fueron gravemente afectadas. Murieron al menos 30 000 hombres y 17 000 animales entre mulas, bueyes y ponis, bestias de carga indispensables para ambos bandos. El ejército nacional indio, que a los ojos de los británicos había traicionado al Raj, se derrumbó en cuanto tomó parte en la acción, y sus soldados se rendían siempre que lo consentían los hombres de Slim. Por su parte, el 14.° ejército había sufrido 17 000 bajas, pero su ánimo mejoraba. «Sabíamos que habíamos logrado una gran victoria —declaró Derek Horsford, de veintisiete años, que estaba al mando de un batallón gurja—. Perseguimos a los japoneses rastreando esas colinas de trescientos metros y nos encontrábamos por todas partes sus muertos y sus armas abandonadas». Este es el testimonio de un testigo presencial del avance del 14.° ejército en la estela del enemigo:

*El aire apestaba por el olor de sus muertos. Cientos de enfermos y heridos habían sido abandonados… Nos encontramos japoneses muertos a lo largo de toda la carretera, algunos de ellos solo con calcetines y, donde las montañas eran más altas y más agotadoras, se amontonaban en grupos. No llevaban más que una taza, un casco de acero y un rifle. Algunos parecían dormidos pero otros estaban mutilados y retorcidos por el aluvión de bombas que habíamos lanzado sobre ellos. Quinientos cadáveres yacían en las ruinas de Tamu. La pagoda estaba atestada de heridos y moribundos que se habían arrastrado hasta allí para morir frente a las cuatro altas imágenes doradas. Había granadas desparramadas por el altar. En el centro del templo había una tarima que tenía un relieve perfectamente simétrico de los pies de Buda, que también estaba cubierta de vendas ensangrentadas y tarjetas de campaña japonesas.*

*Esta guerra no ha podido dejar hombres en condiciones más terribles que aquellas. Vi cómo reanimaban con té a dos prisioneros, unos hombres diminutos con el pelo enmarañado que parecían muñecos de trapo. Uno de ellos se echó a llorar como un niño, con la cabeza entre las manos: seguir vivo era una vergüenza para él. [Algunos japoneses] se suicidaron allí mismo, con sus propias granadas… llenos de piojos, medio locos a causa del hambre y las explosiones y abandonados por sus oficiales. Esta es la estampa de un ejército hecho añicos… Esos hombrecillos de corazón fiero y manos capaces de pintar exquisitas acuarelas en sus diarios, cuyas páginas yacían ahora en el fango rojo.*

Lethbridge, el comandante en jefe de Slim, escribió a su familia:

*La retirada de los japoneses ha sido peor que la retirada de Napoleón de Moscú. Toda la selva huele a podrido. He contado veinticinco muertos al lado de la carretera en solo una milla, y cientos más han debido de arrastrarse hacia la jungla y morir allí. En algunos lugares hay camiones japoneses con un esqueleto en el asiento del conductor y vehículos de personal con cuatro esqueletos dentro. Todos estos japoneses han muerto sencillamente de hambre, enfermedad y agotamiento. Nunca he visto soldados tan animados como los nuestros… Me alegra mucho que el ejército británico por fin haya vuelto a ser lo que era y demuestre al mundo que sabemos librar una guerra. Sinceramente, no creo que el viejo huno*[5] *pueda durar mucho más. Cuando acabemos con él, vamos a despellejar a estos cerdos amarillos.*

En la línea de retirada japonesa, el corresponsal Masanori Ito se acercó a Renya Mutaguchi, artífice del desastre de su ejército. «Parecía cansado», escribió Ito, que también advirtió que el general tomaba con todo descaro y tranquilidad un puré de

arroz, aun cuando los supervivientes de su ejército pasaban frente a él dando traspiés. «¿Quieres que haga declaraciones? —bramó Mutaguchi—. He matado a miles de mis hombres. No debería cruzar el Chindwin con vida». Sin embargo, Mutaguchi no se suicidó y unos meses más tarde fue expulsado. De todos los mandos del ejército imperial, se había convertido en el más detestado y aborrecido por sus propios oficiales y soldados.

*A veces es imposible cumplir las órdenes muy difíciles, pero aunque los mandos se den cuenta de ello, no admitirán que se han equivocado hasta que todos sus hombres hayan muerto intentando cumplirlas —confesaba un soldado japonés capturado por los británicos—. La obediencia ciega de los hombres que cumplen órdenes estúpidas es un espectáculo lamentable. A mí a menudo me resultaba imposible dar las verdaderas órdenes. A veces solo transmitía la mitad de ellas. Todos pensábamos que era injusto que nosotros, los que luchábamos, no recibiéramos comida, pero nadie se atrevía a decirlo.*

En el otoño de 1944, el 14.° ejército avanzaba hacia el río Chindwin y Birmania. Al principio, los japoneses no pudieron desplegar más que cuatro divisiones muy débiles que sumaban 20 000 soldados. Los británicos contaban con las seis divisiones bajo el mando de Slim y dos brigadas independientes: en total, 260 000 hombres. En el norte, las divisiones chinas bajo el mando de Stilwell progresaban lentamente en su tarea de despejar la carretera de Birmania que unía la India y China. El único logro significativo de la segunda expedición de chindits fue contribuir a la conquista de Myitkyina, una conexión vital en la ruta, que cayó finalmente el 3 de agosto. Hicieron falta tres divisiones chinas, ayudadas por los merodeadores de Merrill estadounidenses, junto con varios miles de chindits, para conseguir este éxito contra la 18.ª división japonesa, débil y mal equipada. Pero ahora se vislumbraba la posibilidad de abrir el pasaje a China.

Los hombres de Slim estaban respaldados por cuarenta y ocho escuadrones de cazas y bombarderos y un total de 4600 aeronaves en el teatro, muchas de ellas aviones de transporte estadounidenses. Los japoneses solo tenían sesenta y seis aviones en total. Aunque habían podido reforzar sus fuerzas de tierra antes de la primavera, todo estaba preparado para que el 14.° ejército comenzara su reconquista de Birmania. El general Henry Pownall, jefe del Estado Mayor de Mountbatten, sentía que era una tarea urgente. No era el único británico que en ese momento veía a su nación metida en una carrera entre la reconquista de sus colonias asiáticas y la victoria estadounidense en el Pacífico. Si los británicos perdían, si no conseguían asegurarse las posesiones antes de que cayera la bandera japonesa, corrían el riesgo de que la bandera británica no volviera a ondear sobre esa gran región:

*No tenemos mucho tiempo que perder. Los «yanquis» habrán vencido a Japón en la Navidad de 1945. Tenemos muchas cosas que arreglar hasta entonces. Los «yanquis» no van a esperarnos (no tienen ninguna razón para hacerlo) pero a nosotros no nos conviene recuperar nuestro imperio en Extremo Oriente… de manos de la victoria única de los Estados Unidos. Así que nuestro objetivo es toda Birmania para el verano y la península malaya no demasiado después.*

Las batallas de Imphal y Kohima habían sido esenciales para frenar el avance de los japoneses hacia el Oeste. Los británicos habían vencido a las fuerzas del enemigo en el frente de Birmania, y Japón ya no poseía recursos para frustrar ningún propósito significativo de los Aliados allí. Los enemigos de Slim eran ahora el terreno, las enfermedades, las condiciones atmosféricas y la logística. Mountbatten apoyó una decisión importante: seguir luchando durante el monzón, a pesar de que anteriormente todas las operaciones se suspendían. A partir de entonces, se solicitó la intervención de Slim para mover un ejército moderno a través de cientos de kilómetros por el terreno más inhóspito del mundo, desprovisto de comunicaciones por carretera, con el fin de redimir las humillaciones que Gran Bretaña había sufrido en 1941-1942 y para mantener vivo el sueño de un imperio que los más prudentes pensaban que estaba condenado al fracaso. Churchill deseaba recuperar Birmania y la península malaya, pero estaba convencido, como dijo a los jefes de Estado Mayor en septiembre de 1944, de que «hay que emplear el mínimo esfuerzo en este país plagado de enfermedades». El panorama era patético, trágico y absurdo, según su punto de vista. Sin embargo, como pasa tan a menudo en las guerras, los soldados tuvieron que hacer cosas muy duras en nombre de una ilusión nacional.

### 2. EL EJÉRCITO OLVIDADO

Un oficial británico que acababa de pasar unos días de permiso en casa declaraba pesimista: «En el Reino Unido… me encontré con que en todas partes había una terrible ignorancia sobre el 14.° ejército y en general sobre Birmania». Pero los hombres de Slim habían aprendido a sentirse orgullosos de su estatus de «ejército olvidado». En el otoño de 1944 avanzaron con el ánimo mucho más alto gracias la victoria de Imphal y Kohima. Algunos de los hombres que empezaban ahora a abrirse camino hacia el río Chindwin, sudando colinas arriba y arrastrándose por los empinados valles hacia la ribera, llevaban luchando por esa zona desde 1942. Un joven encargado de señales británico que se unió a la 2.ª división quedó asombrado por los veteranos de los que se vio rodeado: «Yo estaba completamente pálido, pero ellos estaban tan morenos como el lomo de una mula, lo no sabía nada; ellos lo sabían todo pero no podían decir nada». El mismo soldado, Brian Aldiss, escribió a casa al comienzo del avance hacia el Chindwin: «El gran escenario que nos rodea produce una enorme calma, parece reducir la guerra a la estúpida riña que en realidad es». Estaba tan conmovido como muchos otros participantes por el espectáculo del avance del 14.° ejército por las colinas de Assam:

> *Cuando nuestro camión se esforzaba por alcanzar una cima, tras de nosotros podíamos ver un hilo de vehículos que se perdía por debajo de las nubes; y al contrario, cuando estábamos en un valle, podíamos mirar a través de las nubes y ver ese hilo que continuaba mucho más arriba, trepando por la siguiente serie de picos… Formar parte de esta estampa de guerra era más estremecedor cuando había anochecido.*

*La luz de los débiles faros apenas atravesaba el polvo que nosotros mismos levantábamos. Apenas distinguíamos las luces traseras del vehículo que teníamos delante. La velocidad era prácticamente la misma que si hubiéramos recorrido el camino a pie. En esos momentos nos daba la impresión de que éramos un animal empeñado en atravesar un extraño planeta. A cada lado, desconocida, estremecedora, aterradora, estaba la jungla, pálida como una jungla fantasma bajo una capa de polvo.*

La batalla de 1944-1945 por Birmania fue la última gran aventura del ejército imperial británico. Bajo el mando de Slim se habían reunido soldados británicos y gurjas, africanos del Este y del Oeste, y sobre todo, indios de diferentes tribus: sijs y beluchistones, madrasíes, dogras y rajputs, el orgullo del Raj. Solo dos de las divisiones que lucharon por la causa de los Aliados en Birmania, y uno de cada trece soldados de todas las tropas terrestres de Mountbatten en el sudeste asiático, eran británicos.

Las tropas indias del ejército británico estaban formadas por voluntarios, muchos de ellos del norte, donde servir como soldado era una carrera tradicional. La espectacular expansión del ejército británico indio entre 1939 y 1945 —de 189 000 a 2,5 millones de hombres— supuso una pérdida de la calidad y especialmente una falta de líderes adecuados, lo que afectó significativamente a su rendimiento. Aun así, las exóticas tradiciones, la idea romántica del valor del soldado y los grandes regimientos, seguían emocionando a los oficiales británicos, normalmente doce por batallón, que se sentían privilegiados por servir con los soldados indios. Según Derek Horsford, que realizó su carrera militar con los soldados nepaleses: «Los gurjas eran unos tipos estupendos. Tenían mucho sentido del humor. Tenías que demostrarles tu valía primero, pero una vez que llegaban a apreciarte, hacían cualquier cosa por ti». Los artilleros gurjas comían cabra y arroz; sus oficiales británicos, sardinas y carne de ternera en conserva. A Slim le gustaba contar una anécdota sobre un encuentro que tuvo con el comandante de la 17.ª división india, Pete Rees. El aguerrido y alegre oficial actuaba como director de coro de un grupo de soldados de Assam que cantaban un himno misionero galés. «El hecho de que él cantara en galés y los soldados en khasi no restaba ninguna armonía al conjunto».

Los oficiales británicos se conmovían a menudo por la lealtad y el coraje de unos soldados que eran, por decirlo sin rodeos, mercenarios. Un hombre del l.er batallón del 3.er regimiento gurja dijo a su comandante una mañana: «Hoy voy a ganar la Cruz de la victoria o morir». Ese nepalés murió sin duda, pero su espíritu debió de quedar contento con la condecoración india de la orden del Mérito. La rivalidad entre dos oficiales indios de la batería de John Cameron-Hayes era tan grande que ambos declinaban ponerse a cubierto en el campo de batalla a la vista del otro. El honor personal era muy importante. El capitán John Randle se emocionó cuando su capitán, Moghal Baz, le dijo de repente mientras cenaban: «Quiero que sepa, *sahib*, que ha sido un gran honor servir con usted». Todos los hombres del ejército de Slim escucharon alguna historia de este estilo: un teniente de los dogras resultó herido de

gravedad y lo llevaron a un puesto de emergencias. Por tres veces, el soldado insistió en arrastrarse a su puesto de combate y seguir luchando. Cuando ya estaba en el lecho de muerte, repetía una y otra vez el grito de guerra «¡*mai kaliji Jai*!». Su capitán británico se arrastró hasta donde estaba, pero el teniente le dijo: «Vuelva al mando de la compañía, *sahib*. No se preocupe por mí».

El comandante en jefe de la unidad de Slim escribió a su mujer: «Uno no puede evitar sentirse muy humilde al tratar con hombres así. Este ejército es realmente invencible si se le da una oportunidad». De las veinte cruces de la victoria que se ganaron en Birmania, catorce fueron otorgadas a hombres del ejército británico-indio, tres de ellas a la misma unidad: el 2.° batallón del 5.° regimiento de los gurjas. Cuando un oficial británico conoció a un coronel sij a cuyo batallón venía a relevar, le llamó la atención su inmaculado turbante y la barba brillante bajo la lluvia del monzón: «Vi algo en él que era nuevo para mí: gusto por la guerra. Los sijs daban la impresión de disfrutar con lo que hacían».

Al Gobierno británico no se le ocurrió consultar a los líderes políticos de la India sobre cómo dirigir la guerra, como tampoco pidieron opinión a los exiliados birmanos. Los informes sobre la disensión entre los Aliados acerca de la política en Asia, aireados libremente en los medios de comunicación estadounidenses y británicos, eran vergonzosamente censurados en la prensa india. El subcontinente se trataba meramente como un enorme depósito de recursos humanos. El informe de un psiquiatra del ejército sobre las tropas indias aseguraba que, en el campo de batalla, la mayoría se mostraban «equilibrados», siempre que pudieran servir junto a hombres de su mismo grupo racial. El informe, con un tono imperialista y condescendiente, observaba: «El *sepoy* acepta el ejército, su disciplina, sus costumbres y sus líderes sin cuestionarlos. No tiene un gran interés en las ideologías de la guerra porque tiene un trabajo que le permite vivir mejor que antes, percibe una preocupación por su bienestar y se le conceden días libres regularmente. No pide mucho más que eso».

Pocos de los jóvenes oficiales británicos que sirvieron con los regimientos indios se daban cuenta de que los días del Raj estaban contados. El capitán Ronnie McAllister, del l.er batallón del 3.er regimiento de los gurjas, cuyo padre adoptivo era un oficial de la policía india, declaraba:

> *Dábamos por hecho que Birmania y la península malaya seguirían formando parte del imperio británico. Nunca pensamos que podríamos perder la India. Recuerdo las cenas en casa de mi padre adoptivo, a las que asistían policías, miembros del servicio civil de la India, indios. Nunca nadie llegó a mencionar siquiera esa posibilidad. Eramos ajenos a la realidad, ¿sabe?, porque el ejército británico-indio era tan fuerte y leal.*

Las complejidades culturales del ejército despertaban cierto desconcierto entre los recién llegados. Los patanes de la unidad de artilleros de John Cameron-Hayes a

menudo aprovechaban sus días libres para llevar a cabo venganzas tribales antes de volver a la guerra británica. John Randle, un comandante de compañía de beluchistones, de treinta y dos años, fue informado por su coronel de dos tabúes esenciales para mantener el respeto por los *sahibs*: un oficial nunca debía dejar que sus hombres lo vieran desnudo, y debía asegurarse de defecar en privado, en lo que llamaban una «caja de truenos», incluso durante la acción. El soldado encargado de barrer el comedor de oficiales, un hombrecillo llamado Kantu de sonrisa perenne, se encontró por tanto excusando la ausencia temporal del coronel durante una batalla diciendo al saludar: «El comandante *sahibypotpar hai*» (el comandante está en la caja). Randle estaba tan impresionado por el espectáculo de Kantu arrastrándose bajo los disparos para depositar los sagrados contenidos de la «caja de truenos» en una letrina que consiguió que el barrendero recibiera una mención de honor. Menos afortunadamente, Randle fue informado de que un oficial británico homosexual se había insinuado a algunos soldados indios. Sus hombres, la mayoría patanes, planeaban matarle. Randle le salvó la vida al formarle consejo de guerra.

Una vez, una sección adjunta de tropas británicas llegó triunfante a las líneas beluchistonas con un cerdo salvaje muerto que habían atrapado. El comandante de Randle dijo firmemente: «Señor, esa cosa no va a entrar en nuestro puesto para mancillarnos». El sargento británico replicó: «Señor, usted sabe cómo son las raciones. Todos estamos hambrientos y hartos de comer carne en conserva y galletas». Randle ordenó al sargento llevarse el cerdo, desmembrarlo y volver con la carne camuflada discretamente en sus mochilas, para trasladarla a sus propias cocinas. El comandante accedió. De la misma manera, los paquetes de carne de ovino que llegaban al 4.° batallón del 1.er regimiento gurja llevaban una etiqueta en la que aparecía una oveja hembra y, por esa razón, los hombres se negaban a comerla. El comandante del batallón ordenó al intendente que se hiciera con un lápiz y dibujara testículos en las etiquetas. De esta manera, los hombres sí aceptaban la carne.

Sin embargo, entre las unidades británicas e indias también existía rivalidad y menosprecio por parte de ambas. Derek Horsford, de los gurjas, declaró: «No le dábamos ninguna importancia al ejército británico. Nos parecían terriblemente ineficaces». La guerra en Birmania produjo incongruencias enormes, como por ejemplo el espectáculo de los artilleros del 119.° regimiento de campaña cantando «Sussex by the sea» en honor a su condado natal, mientras transportaban veinticinco cañones a mano a través de un claro en la jungla. La cultura y el lenguaje del Raj se acabó filtrando en las venas de todos los hombres que sirvieron bajo el mando de Slim. Tanto si eras de los Borderers como si eras de los Dragoons, el té se llamaba *char*, el lavandera era el *dhobi-wallah*, una taza era una *piyala*, la comida, *khana*, etcétera, etcétera. Fumaban cigarrillos indios Victory V, empaquetados con papel marrón para los europeos y verde para los indios y africanos. Los soldados

encontraban ambos «absolutamente asquerosos».

La más importante realidad táctica para los británicos y estadounidenses era que cuando los soldados enemigos se movían, eran muy vulnerables a su potencia de fuego, pero mientras permanecían en sus búnkeres, muy bien escondidos y meticulosamente protegidos, los japoneses eran muy difíciles de ver y más aún de matar. Uno de los documentos más ridículos producidos durante la guerra por el ejército británico, marcado como «máximo secreto», fue un informe de los servicios de investigación táctica, de agosto de 1944, acerca de unas pruebas de bombardeo que se llevaron a cabo sobre simulacros de búnkeres japoneses con armas de infantería. Los investigadores guarnecieron una posición con dos gallos, dos cabras y dos conejos blancos, «uno de ellos algo atontado y sarnoso». Después de una descarga de un mortero de dos pulgadas, informa el estudio, los animales acabaron cubiertos de polvo pero poco afectados en otros aspectos. «Parecieron levemente sorprendidos pero en otros respectos, aparentemente normales. La cabra tosía ligeramente». Los lanzacohetes antitanque PIAT provocaron que a la cabra le bajara el pulso y la presión sanguínea. En el campo de batalla, sin duda con escasa ayuda del estudio mencionado, se encontró que eran más eficaces las cargas con proyectiles *beehive* («colmena»), el armamento antitanque o simplemente un soldado de infantería lanzando una granada con una mano mientras con la otra disparaba una metralleta a través de la ranura del búnker.

Pero primero era necesario encontrar al enemigo. Un oficial británico comentaba que cuando sus soldados cavaban un hoyo, se formaba un montón de tierra alrededor; sin embargo, «con los japoneses, no se notaba que habían tocado el suelo». Un Borderer de la compañía de Raymond Cooper se quedó pasmado al oír el traqueteo de un «pájaro carpintero» —una metralleta ligera japonesa de disparo lento— bajo sus pies. Sin darse cuenta, había pisado un búnker del enemigo. Para la sección de Cecil Daniels, que avanzaba pesadamente a través de la jungla, el primer indicio de la presencia del enemigo fue:

> *Cuando escuchamos un repentino «bang» y el sargento, que caminaba a mi lado un poco por delante, cayó redondo al suelo. De repente parecía que el fuego venía de todas partes. Alguien gritó «¡un camillero!», pero yo respondí que no hacía falta, porque podía ver que el sargento ya estaba muerto, retorciéndose en la agonía de los espasmos involuntarios. Ya no respiraba.*

El mensajero de la compañía, Adams «Deuce», gritó: «¡Mirad, ahí hay un maldito *japo*!». Alguien exclamó: «¡Cogedle prisionero!». Un tercero gritó: «¡Gilipolleces!». Adams descargó una metralleta aparentemente sobre la tierra, a quemarropa. Los otros hombres no pudieron ver nada. Cuando se acercaron a Adams, lo encontraron asomándose a un hoyo en el que había un soldado japonés muerto. «Olía fuertemente, tenía ese olor empalagoso e intenso que todos los *japos* parecían tener». Estos

encuentros repentinos tan salvajes causaron una tremenda impresión a todos los hombres que los experimentaron, especialmente cuando tenían lugar de noche. Los integrantes de la 25.ª Unidad de los Dragoons, una unidad blindada, nunca olvidaron la noche sin luna en Arakan en la que los japoneses irrumpieron en su puesto de emergencias: «Los gritos de los pacientes, los doctores y el personal médico al ser alcanzados por los disparos y atacados con las bayonetas, los alaridos espeluznantes de los japoneses en la noche, fue para todos nosotros una experiencia de pesadilla… esa brutalidad y ese comportamiento inhumano… nos afectó profundamente». Algunos comandantes británicos procuraban atacar durante el día siempre que fuera posible, porque reconocían la superioridad de los japoneses en la oscuridad. Los hombres del regimiento de los Berkshire, capitaneados por John Hill, sintieron repugnancia al encontrar restos humanos en las mochilas de los soldados enemigos muertos. Ellos no sabían nada de la importancia que tenía para los japoneses devolver alguna porción de los camaradas muertos a su país. «La guerra en Birmania fue más atroz que la del desierto Occidental, Italia o el Norte de Europa», escribía John Randle, de los beluchistones. «No recuerdo ni una sola vez que enterráramos a un muerto japonés. Si había zapadores, los empujaban a una zanja con el *bulldozer*. Si no, los tirábamos por los barrancos para que los chacales y los buitres se encargaran de ellos».

Para el otoño de 1944, el coraje, la crueldad y la habilidad en el campo de batalla eran las principales bazas que les quedaban a las fuerzas niponas. Los aliados eran abrumadoramente superiores en cualquier otro aspecto. Aun así, un informe de la Oficina de Guerra basado en interrogatorios a los prisioneros decía que «los japoneses todavía se consideran mejores soldados que los del bando británico… porque nosotros evitamos el combate cercano, nunca atacamos de noche y tenemos miedo a morir». El autor de este documento anotó con cierta consternación que los japoneses tenían en menor consideración a los soldados británicos que a los indios y a los gurjas, y consideraban que el 14.° ejército era lento y pesado. De los británicos, respetaban los tanques, la artillería y el apoyo aéreo, pero criticaban el mal camuflaje, la falta de habilidad en el campo de batalla y que eran muy ruidosos.

No obstante, desde 1941, los ejércitos británicos e indios habían aprendido mucho sobre la guerra en la jungla. En primer lugar, la densa cobertura y las vistas siempre limitadas hacían que las tácticas europeas resultasen redundantes. Frank Messervy, comandante de la 7.ª división india, escribía:

> *Todas las experiencias… han demostrado que los ataques formales de infantería respaldados por concentraciones y descargas de artillería son completamente inútiles contra las posiciones organizadas de los japoneses en la jungla. Las bazas más importantes con que podemos contar son buenos líderes entre los subalternos y buenos soldados de infantería. Lo correcto… es infiltrarse y cercar al enemigo.*

En encuentros anteriores con los japoneses, los británicos habían permitido una y

otra vez que los japoneses les flanquearan y normalmente daban por perdida una batalla cuando el enemigo llegaba a la retaguardia. En 1944, los hombres habían comprendido que en la guerra en la jungla no existían lugares tan seguros como «la retaguardia», ni personas tan privilegiadas como los no combatientes.

Todos los hombres de las fuerzas de apoyo tenían que ser formados para luchar, y la defensa era esencial: las unidades tenían que cercarse. Por la noche, si estaban dentro de la distancia de tiro de la artillería o los morteros del enemigo, cada hombre cavaba una zanja en la que poder protegerse de cualquier cosa excepto un ataque directo. Los británicos tenían un sano respeto por las habilidades del enemigo:

> *Los japoneses eligen las líneas de aproximación menos probables… independientemente de lo empinado o difícil que sea el terreno —comentaba el general Gracey dando instrucciones tácticas a su división—. Esperan invadir el extremo delantero de las posiciones por sorpresa. Para ello, se arrastran hacia arriba muy silenciosa y pacientemente, hasta llegar a nuestra alambrada. Su habilidad en el campo de batalla es excelente.*

La visión limitada y los escasos mapas dificultaban el movimiento de los soldados. El paisaje era repetitivo. Algunas patrullas se perdían durante horas, o incluso días. El capitán Joe Jack, del 3.er batallón del l.er regimiento de los gurjas, después de deambular más de veinte kilómetros por delante de su compañía, acabó en el punto de partida. En la espesa jungla, avanzar a un kilómetro y medio por hora era un buen ritmo. A veces los pelotones se quedaban completamente inmóviles hasta averiguar el significado de un pequeño ruido. Cuando avanzaban en fila, el primer hombre estaba entrenado para mirar hacia delante, el segundo hacia la derecha, el tercero hacia la izquierda y el cuarto hacia atrás. Descansar era un lujo. Lo normal era dormir unas cinco horas al día. Los adjetivos que más usaban los soldados británicos eran «genial» y «aburrido», este último aplicado a menudo a sus raciones: salchichas de soja, judías, carne de ternera y cerdo en conserva, galletas mixtas, mermelada, té y gachas de avena, que calentaban con pastillas de alcohol. Aunque los hombres no sufrían de inanición, la comida siempre era escasa. A veces les llegaba una ración de ron por paracaídas, pero en ese clima habrían preferido sin duda la cerveza. Las botas fabricadas en Sudáfrica y los calcetines australianos resultaron ser los mejores para caminar en las condiciones de la jungla.

La artillería ligera, a menudo el único apoyo de fuego de que disponía la infantería de Slim, era útil para mantener las cabezas del enemigo agachadas, pero no era la mejor arma para matarlos. Las armas de corto alcance como las metralletas y las granadas eran las más valoradas. En Europa la artillería y las armas de fuego automáticas dominaban el campo de batalla, pero en Birmania la puntería era importante. Una bala disparada sin apuntar no dañaba más que a la vegetación. La comunicación era problemática porque los equipos de radio portátiles casi nunca funcionaban. Costaba distinguir las señas que hacían los oficiales y suboficiales. Era

esencial que los soldados entrenaran exhaustivamente para responder por instinto en las emergencias.

«Parecía una manera muy anticuada de luchar en la guerra —escribía uno de los soldados de Slim—. Mucho más cercana a la campaña en la que luchó mi tío abuelo cuando fue con Roberts a Kandahar que a lo que estaba sucediendo en Europa». Douglas Gracey, comandante de la 20.ª división india, resumió las diferencias entre las operaciones en Birmania y en Europa: falta de buenas comunicaciones ferroviarias o por carretera, agua infinita, junglas y ciénagas que limitaban el movimiento, «pero no hasta el punto que imaginan los comandantes y tropas sin experiencia». La visibilidad era extremadamente reducida y los vehículos se estropeaban muy rápido. «Había que reducir a todos los japoneses en posiciones de defensa: luchaban hasta la muerte incluso aunque estuvieran gravemente heridos». Gracey concluyó, no obstante, con una feroz homilía para evitar que estas consideraciones indujeran al derrotismo: «¡Haced volar por los aires al terror japonés y al terror de la jungla! ¡Nosotros somos mejores que los japoneses en todos los aspectos!». Para el invierno de 1944, esto era cierto, sobre todo porque los hombres de Slim disponían de muchos más recursos.

Pero aunque el 14.° ejército ganaba las batallas, nunca consiguió vencer del todo a su otro gran enemigo: las enfermedades. A muchos soldados no les gustaban las pastillas de mepacrina del tamaño de una canica que tenían que tomar cada día para prevenir la malaria a costa de que su piel se volviera amarilla. En 1942-1943, los soldados las rechazaban con frecuencia, sobre todo los que preferían la malaria al combate y también unos pocos que se creían la propaganda japonesa de que producían impotencia. En 1944, la mayoría de las unidades organizaban filas para asegurarse de que los soldados ingerían la mepacrina que se repartía. También se les ordenaba no exponer demasiadas partes del cuerpo por la noche. A pesar de todo, en las condiciones tan desfavorables para la salud de la jungla de Birmania, las enfermedades causaban más bajas que el combate. Un informe de las pérdidas de la 20.ª división india durante un periodo de seis meses registraba 2345 bajas en combate y 5605 hospitalizados por causas ajenas a la contienda. Este último grupo incluía 100 hospitalizados por accidentes, 321 por lesiones menores, 210 por enfermedades de la piel, 205 por enfermedades venéreas, 170 por problemas psiquiátricos, 1118 por malaria y tifus, y 197 por disentería.

La maldición de los insectos caía sobre los hombres y las mulas. En los campamentos, siempre que no fuera peligroso, se encendían fuegos para mantener a los mosquitos a raya. Un cirujano británico describía así lo difícil que era tratar a los pacientes: «un camillero se dedicaba exclusivamente a matar las moscas que se posaban en los instrumentos, en las vendas esterilizadas, en las mantas impregnadas de sangre, en las ropas y en la camilla del paciente, incluso en la misma herida y

también en el cirujano, que estaba medio desnudo y no podía defenderse». Las infecciones crónicas de la piel y de los pies, la hepatitis, el agua que sabía mal por las pastillas purificadoras, la ropa siempre sucia y mojada… ningún soldado de infantería se libraba de todo ello. Y los hombres que tripulaban los tanques tampoco estaban mucho más cómodos: metidos en esa caja de acero, el sudor les bajaba por el cuerpo hasta la cinturilla de los pantalones cortos, que siempre tenían empapada. A menudo era imposible subir al casco sin utilizar trapos para proteger la piel del metal caliente, especialmente las rodillas. Los soldados trabajaban cubiertos de polvo y respiraban a través de pañuelos que se ataban a la boca y a la nariz. Cuando se disparaba el arma principal del tanque, el mal olor de la cordita permanecía en la torreta. Además, el ruido era perpetuo. La tripulación de John Leyin cantaba «Suenan las campanas por mí y por mi chica», cuando su tanque *Lee* arrancaba pesadamente, sabiendo que ni amigos ni enemigos podían oír el coro por encima del rugido del motor.

Otro tripulante de tanque, Tom Grounds, describe lo que sucedió después de una batalla:

> *Una vez a salvo nos enfrentamos a la deprimente tarea de sacar a los hombres que habían muerto… nunca olvidaré la cabeza medio aplastada, quemada y arrugada del soldado encargado de cargar la munición. Conmocionados y en absoluto silencio, pasamos a los hombres a través de la escotilla lateral y los dejamos en el suelo. Cavamos dos tumbas cerca de la falda de la colina… El padre Wallace Cox llevó a cabo un pequeño funeral y colocamos dos toscas cruces de madera. Pero sabíamos que en poco tiempo las hormigas blancas se habrían comido las cruces y las tumbas habrían quedado ocultas de nuevo bajo la vegetación.*

Como en cualquier otro campo de batalla, en la campaña de Birmania tuvieron que tomarse decisiones de vida o muerte. Un día, el coronel Derek Horsford del 4.° batallón del 1.er regimiento gurja, encontró a su oficial médico inclinado sobre un herido con la mitad de los intestinos fuera del abdomen. El hombre, en su agonía, se ponía puñados de barro en la herida. «¿Hay alguna posibilidad de que sobreviva?», preguntó Horsford. El médico negó con la cabeza. «Entonces dale una sobredosis de morfina». Un año después, el soldado dejó a todos boquiabiertos al escribir desde Nepal para informarles de que había sobrevivido y dar las gracias a los oficiales por salvarle. Durante los ataques, los suboficiales aprendieron a ser implacables y dejar a los heridos donde estaban, esperando a los camilleros designados. Si no lo hacían así, salían demasiados voluntarios ansiosos por escapar de la carnicería transportando a los heridos a la retaguardia.

La disciplina se imponía de forma sumaria. Un talabartero que trabajaba para una unidad de artillería de montaña del ejército británico indio pidió varias granadas para protegerse en caso de que se produjera un ataque japonés durante la noche. En lugar de usarlas para eso, depositó una en la litera de un sargento mayor, a quien mató, y lanzó la segunda, que hirió a un oficial británico. Más tarde salió a relucir que el hombre estaba resentido por una cuestión relacionada con el pago de su trabajo.

Después de un juicio rápido, el talabartero fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento. En otra ocasión, unos japoneses se acercaron de forma alarmante a la compañía de los Berkshires de John Hill sin que nadie les saliera al paso: después se supo que dos centinelas se habían quedado dormidos y, al despertar y ver a los japoneses, abandonaron su puesto y huyeron. Hill formó consejo de guerra a uno de los hombres, que fue sentenciado a dos años de arresto, porque consideraba esencial que a los soldados les quedara bien claro que esos descuidos costaban vidas.

En Birmania no había mansiones ni champán para los oficiales de alto rango. El comandante en jefe de la unidad de Slim, John Lethbridge, contaba a su mujer cómo las ratas se comían el jabón que tenía en su tienda y corrían por su litera por las noches; le hablaba de lo solo que se sentía en un lugar tan remoto, y de la dolorosa incertidumbre acerca de cuánto duraría la campaña. También le pedía noticias de su jardín en el Oeste de Inglaterra. «Este sitio es terrible en octubre. El sol hace que el suelo despida un hedor inmundo y uno no hace más que sudar. Tengo diez oficiales de servicios generales de primer grado bajo mi mando y cinco están en el hospital con malaria o disentería, ¡algunos con las dos!». Slim, durante una visita nocturna a la sala de mapas del cuartel general, estuvo a punto de pisar una serpiente venenosa mortal. A partir de entonces, en ese país lleno de serpientes, no daba un paso sin llevar consigo una antorcha.

Si las cosas eran así para los oficiales de insignia roja, las condiciones eran infinitamente más duras para los hombres que vivían a distancia de tiro del enemigo. Raymond Cooper escribió:

> *Quizá la reputación que los viejos soldados se han ganado de que exageran sus historias se debe a que no son capaces de recrear para los que no las conocen «las vocecillas inmateriales de la oscuridad», ni pueden explicar el cambio que se produce en los valores esenciales relacionados con las cosas ordinarias de la vida. El contraste es demasiado grande.*

La victoria en Imphal y Kohima había hecho mucho por la moral del ejército de Slim, pero el hecho de estar en un lugar tan remoto era una fuerza corrosiva. El soldado Cecil Daniels, que trabajaba en una tienda de Kent y tenía veintitrés años, comenzó su servicio militar como camarero del comedor de oficiales en 1939 en Aldershot, pasó después a ser ordenanza de un oficial y también sirvió en el desierto Occidental y en Persia. En invierno de 1944 era un soldado de infantería de la 2.ª Unidad de los Buffs en Birmania. Como tantos otros, este joven sencillo se sentía perplejo por las experiencias extraordinarias que vivió tan lejos de su hogar. Una noche se encontraba en su zanja cerca de una pagoda, mirando la luna. «Se me pasó por la cabeza que esa misma luna había brillado sobre el hogar de mi familia pocas horas antes, y me preguntaba qué estaban haciendo ellos en ese preciso momento, y qué pensamientos tendrían sobre mí».

Aunque la moral en el ejército estaba alta, un informe de la Oficina de Guerra con

fecha del 31 de junio de 1944 decía que la infidelidad de las esposas de los soldados todavía era un gran problema. Un comandante de la 9.ª Unidad de los Borderers describió un encuentro que tuvo lugar minutos antes de un ataque:

> *Esperando en la oscuridad a que me comunicaran que todos estaban preparados, se me acercó un hombre y me espetó en un susurro que en el correo de la mañana había llegado una carta de su esposa pidiéndole el divorcio. Le dije: «Hablaremos de ello mañana por la mañana», una torpe respuesta que dar a un hombre en un momento como ese, máxime teniendo en cuenta que entre él y la salida del sol había 500 japoneses.*

El informe de 1944 sobre la moral de las fuerzas británicas en el exterior, recopilado en la Oficina de Guerra por el brigadier John Sparrow, decía:

> *La ansiedad por los asuntos domésticos es muy habitual entre las tropas, en particular entre los hombres que llevan mucho tiempo sirviendo. En nueve de cada diez casos, esta ansiedad se debe a alguna mujer egoísta. Pocos oficiales y soldados se sienten a salvo. En una misma unidad el comandante y el sargento mayor del regimiento me han pedido consejo en privado sobre sus problemas matrimoniales.*

Mountbatten comunicó al Comité de Moral del Ejército que al soldado británico medio «no le gusta la India ni Birmania, y nunca le gustarán. El país, el clima y la gente le resultan igual de repugnantes». El informe de Sparrow mencionaba que entre los comandantes británicos en el exterior existía una preocupación perpetua sobre las deserciones «deliberadas» de algunos de sus hombres, en contraposición a los retrasos tras los días de *permiso* debidos al consumo de alcohol y casos por el estilo. «Todos parecían estar de acuerdo —escribía Sparrow al ayudante del general— en que reintroducir la pena de muerte sería la única medida disuasoria eficaz… No obstante, en general los soldados y los oficiales se daban cuenta de que no era una política práctica». Después de algunos meses en Birmania, John Hill, de los Berkshires, concluyó que el 25 por 100 de sus hombres eran potencialmente valientes, que el 5 por 100 eran cobardes en potencia, y que el resto no era ni una cosa ni la otra. Esta valoración de la mayoría de las unidades aliadas en la Segunda Guerra Mundial parece justa; incluso generosa.

Los elementos más extraños del ejército de Slim —al menos a los ojos de la posteridad, si no a los de aquellos que se criaron entre la exótica panoplia del imperio— eran dos divisiones reclutadas de las colonias africanas de Gran Bretaña. A la Oficina de Guerra, siempre falta de personal, le invadió la creencia de que los africanos serían buenos soldados en la guerra de la jungla, a pesar de que la mayoría no habían visto un terreno parecido en su vida. Uno se pregunta qué pensarían aquellos hombres, algunos procedentes de tierras de arbustos muy lejanas, cuando se encontraron viajando a través del mundo —si bien es cierto que como voluntarios— para servir en una guerra de blancos por menos de la mitad de lo que recibían los blancos, contra un enemigo con el que un habitante de Nigeria, Kenia o Tanganica no

podía tener nada en contra. Los no cristianos juraban su lealtad sobre el frío acero, normalmente de una bayoneta, en lugar de hacerlo sobre la Biblia.

El comandante de la división de África occidental, Hugh Stockwell, puso en circulación un memorándum cuando se enteró de que algunos oficiales blancos habían hablado con desprecio de los hombres bajo su mando.

> *Me han comunicado que ciertos oficiales y otros rangos… en conversaciones ociosas, han sido considerablemente indiscretos en sus comentarios sobre la capacidad de los soldados africanos en el campo de batalla… Los que hablan de esa manera sencillamente están arrojando piedras sobre su propio tejado. Personalmente, considero que hace falta un gran coraje moral para dar a los africanos el ejemplo que merecen o ejercer un buen liderazgo sobre ellos, lo que es muy necesario. Espero que tengan las agallas que como británicos deberían tener para sobreponerse a las dificultades.*

Stockwell advirtió que formaría consejo de guerra a todos los oficiales que considerara culpables de «derrotismo». No obstante, en la correspondencia con sus superiores, admitió que algunas de sus unidades no habían rendido muy bien, especialmente durante los ataques nocturnos de los japoneses. Los africanos, escribía, «no tienen una historia de guerras y por lo general entablar batalla no es lo natural para ellos». Decía que algunos hombres demostraron ser muy buenos soldados, pero añadía:

> *Otros son muy, muy poco profesionales… [Los africanos] son capaces de moverse rápidamente y en silencio cuando patrullan, pero no reaccionan rápidamente ante una emergencia, de nuevo debido a su rechazo inherente a lo desconocido y a su falta de inteligencia, que les impide pensar rápidamente. Tienen una devoción perruna por sus líderes, a quienes respetan y tienen confianza, y son respetados por ellos… Todo el potencial de lucha de la división está en manos de los oficiales y suboficiales europeos.*

Stockwell deploraba la mala calidad de muchos de estos. Algunas unidades tenían como oficiales a exiliados polacos, a los que Churchill había animado a emigrar al África occidental. Muchos de ellos hablaban un inglés rudimentario, al igual que sus hombres. El 4 de agosto de 1944, Stockwell se vio obligado a informar al 11.° Grupo del ejército de que «un pequeño brote de deserciones y absentismo entre las tropas del África occidental se debía a… la creencia… de que si llegaban a Calcuta podrían unirse a las fuerzas aéreas de los Estados Unidos como trabajadores o sirvientes. Se están tomando medidas para refutar esta idea».

El coronel Derek Horsford observó también que aunque sus gurjas no tenían una muy buena opinión de los desventurados africanos como soldados —decían que «solo salían a patrullar si les cogías de la mano»— les habían impresionado por otros atributos.

> *Durante el avance por el valle de Kabaw, encontré a algunos soldados agachados detrás de los arbustos, observando a un grupo de soldados africanos que se estaban bañando. Los gurjas miraban fascinados, entre exclamaciones de asombro e incredulidad, las partes íntimas de sus camaradas negros, que les parecían de dimensiones extravagantes.*

A muchos les decepcionó que Slim no mencionara a los africanos cuando expresó su gratitud hacia sus soldados tras la guerra. Algunos oficiales británicos manifestaban una profunda admiración por ellos. Citaban como ejemplo el caso del soldado Kewku Pong, del regimiento Gold Coast, que fue abandonado a su suerte después de resultar herido en un ataque japonés a su unidad. Pong encontró una metralleta ligera abandonada y siguió disparando hasta que perdió el conocimiento debido a la pérdida de sangre. Los británicos lo descubrieron al día siguiente, aún vivo y agarrando la culata del arma. Le otorgaron una medalla militar. Un cronista británico dijo de Pong:

> *Solo, en la oscuridad de la noche, gravemente herido, con… los japoneses arrasando tras él. Sin ningún británico cerca para decirle qué hacer, ni ningún suboficial africano, ni ningún otro africano; debió de haberse sentido desesperado e indefenso, y probablemente nadie le habría reprochado que se hubiera echado al suelo hasta que todo terminara… ¿Oyó Slim hablar alguna vez de Kewku Pong?*

En noviembre de 1944, las tropas de Sierra Leona tuvieron que cargar con quince hombres en camilla para llegar al otro lado de la sierra de Pidaung. Un oficial británico lo describió así:

> *Se construyeron escaleras de bambú para subir las camillas por la pared de roca… Nada… puede compararse con ese peligroso descenso de 700 metros por una zona tan escarpada… los suboficiales europeos y africanos guiaban a la columna con antorchas de bambú… a la luz de las llamas, los hombres se iban pasando las camillas unos a otros por la pared del acantilado, y algunos africanos se colocaban a cuatro patas para formar puentes humanos en las zonas más difíciles. La última camilla llegó sana y salva al puesto de emergencia avanzado a las nueve y media de esa misma noche, después de quince horas de marcha.*

Radio Tokio decía de las divisiones africanas que eran «caníbales liderados por fanáticos europeos». Pero tal vez el testimonio más convincente y apasionado de su participación en la guerra sea el de uno de sus oficiales, el mayor Denis Cookson:

> *Sin murmurar ni una sola queja, defendieron a un país a cuyos habitantes despreciaban, en una lucha cuyas implicaciones no comprendían. Se habían prestado voluntarios para luchar por los británicos, y si los británicos les llevaban a la jungla, tanto daba: era razón suficiente para luchar. En cuclillas en sus trincheras, pulían los amuletos de cuero que llevaban siempre cerca de la piel, rezaban a Alá para que les protegiera y desempeñaban su trabajo con buen talante.*

Estos hombres sin duda merecían una mayor gratitud de la que recibieron por parte de los amos del imperio.

Tras la infantería de ambos bandos avanzaba trabajosamente el mayor número de animales de carga jamás reunido por un ejército moderno. Solo los animales podían recorrer el terreno montañoso, especialmente durante y después del monzón. Los bueyes blancos se teñían de verde para que fueran más difíciles de identificar por el enemigo. Los soldados británicos se encontraron aprendiendo a adiestrar y cuidar a las mulas, y muchos de ellos se encariñaron con los animales. Se enseñaba a los

soldados de todos los rangos cómo colocar los arreos y las cargas sobre los animales, para evitar provocarles heridas en el lomo u otros problemas peores por sobrecargarlos. Las mulas designadas para el cuartel de una compañía de infantería de rifles, por ejemplo, podían cargar hasta 70 kg cada una. La típica carga estipulada en las normas constaba de una pistola de señales, dos morteros de dos pulgadas y dieciocho bombas, 500 unidades de munición del calibre 303 y mil unidades de munición para subfusil *Sten* de 9 mm. Las armas ligeras de las baterías de montaña del ejército británico indio se desmontaban para poder ser transportadas con las mulas. Los oficiales británicos también contaban con un caballo, pero en lugar de montarlo la mayoría lo empleaban para llevar sus objetos personales, como la manta, la mosquitera o el rifle. Cuando se abastecían las tropas desde el aire, siempre llegaban enormes cantidades de grano para los animales.

Además de mulas, tanto los japoneses como los británicos se sirvieron de los elefantes. Estos animales y sus cuidadores —*oozies* de la región— se habían empleado antes de la guerra en los bosques de teca de Birmania. El «gran jefe de los colmillos» de la unidad de Slim era el teniente coronel Bill Williams, un veterano de un cuerpo de camellos que había trabajado como cuidador de elefantes para la corporación comercial Birmania-Bombay desde 1920. Bill adoraba a sus elefantes y trabajaba con devoción no solo para que sirvieran a la causa británica, sino también para proteger los intereses de los animales. En el invierno de 1944 lideró una fuerza de 147 elefantes a través del río Chindwin, reforzando además su manada, a medida que el ejército avanzaba, con algunos más que habían sido abandonados por los japoneses. Aunque, sorprendentemente, los elefantes no pueden cargar mucho más peso que las mulas, su habilidad para construir puentes era muy demandada. Era una visión increíble contemplar cómo un elefante levantaba con su trompa un tronco de más de doscientos kilos. Los grandes animales construyeron 270 pontones para el 14.° ejército. Los hombres a veces llegaron a ver, por ejemplo, cómo un elefante remolcaba un vehículo anfibio DUKW. Los hombres de la unidad de John Randle se admiraban de que los elefantes pudieran cargar con sus pesados morteros pero, desafortunadamente, también se comían el follaje que empleaban para camuflarse.

Los mejores cuidadores eran los que Williams denominaba «los birmanos de verdad, los irlandeses de Oriente», jugadores empedernidos que querían a sus animales tanto como él. No obstante, algunos se descuidaban y les causaban mucho dolor al permitir que el ácido de las municiones goteara sobre el lomo de los animales. Williams estableció un hospital veterinario de campaña para cuidar a los animales heridos, pero no pudieron hacer nada cuando una de sus bestias favoritas, *Okethapyah*, pisó una mina de tierra. «Le di a Alex una buena copa de ron y le dije que no podía amputarle las piernas a un elefante, que lo único que podíamos hacer era en adelante intentar evitar los accidentes de este tipo».

Williams registraba las zonas donde caían los paracaidistas en busca de bolsas de sal rotas para sus animales y luchaba constantemente contra la crueldad ocasional de los soldados hacia los elefantes. En una ocasión, un conductor indio del cuerpo de servicio del ejército, enfurecido porque un elefante le cortaba el paso, le disparó en una pata. En octubre de 1944, el elefante favorito de Williams, *Bandoola*, un ejemplar de cuarenta y ocho años, se adentró en una plantación de piña y contrajo un cólico agudo después de comerse novecientas frutas. *Bandoola* se recuperó de esta experiencia pero murió unos meses después: lo encontraron sin un colmillo y con una herida infligida por una bala británica. A pesar de la idea romántica de los elefantes, lo cierto es que los animales sufrieron mucho debido al papel que les tocó desempeñar en una lucha de la que nada sabían. Muchos de los animales que usaron los japoneses acabaron heridos o muertos a causa de los bombardeos aéreos de los Aliados. Algunos volvieron a capturarse, pero a la mayoría les habían serrado los colmillos por el marfil. Se calcula que unos 4000 elefantes murieron en Birmania entre 1942 y 1945.

Era un mundo extraño el del 14.° ejército, absolutamente distinto a todo lo que los soldados habían vivido antes de la guerra. Brian Aldiss escribía:

> *Habíamos entrado en una zona encantada, un lugar bajo un embrujo malvado, por decirlo así. A ese lugar no se podía llegar comprando un billete… no se permitían mujeres, ni peluqueros, ni ninguna otra profesión de fuera del ejército. Abogados, animadores, políticos… todos tenían prohibido ir allí… para asistir a ese espectáculo tenías que ser joven y pertenecer al ejército británico.*

En Birmania no había ningún tipo de botín que obtener después de rastrear el campo de batalla, como era el caso en Europa. Los soldados no podían encontrar más que las espadas y estandartes del enemigo, aunque Aldiss recuerda haber visto a un soldado que marchaba con una antigua máquina de escribir japonesa atada a su mochila de casi treinta kilos.

No había muchas falsas ilusiones sobre de qué lado estaban los birmanos, en cuyo país estaba teniendo lugar esta amarga lucha. Un informe de la 20.ª división decía que el 10 por 100 de los lugareños —muchos de ellos miembros de tribus minoritarias perseguidos por la mayoría— eran pro británicos, el 10 por 100 eran acérrimos antibritánicos, y el 80 por 100 «no mostraba demasiado interés en el conflicto y ayudaba sencillamente a quienes les forzaban o les persuadían con su superioridad». En una ocasión, John Randle encontró a la entrada de un pueblo un japonés gravemente herido, obviamente a punto de morir, «con la pierna izquierda destrozada, hinchada y gangrenada». Un grupo de birmanos le rodeaba, y uno de ellos le estaba introduciendo un palo por el ano. Randle mató de un disparo al japonés y al torturador birmano.

Los hombres aprendieron a temer la niebla en las colinas, que ocultaba los movimientos del enemigo y por lo general no se despejaba hasta la media mañana. Los morteros de 90 mm japoneses les infundían respeto. Por la noche, dos bengalas verdes disparadas desde las líneas enemigas precedían normalmente a un ataque. Los oficiales pensaron que sería prudente vestirse como sus hombres para evitar atraer la atención de los francotiradores. El primer soldado del 114.° regimiento de campaña que murió en combate fue John Robbins, un oficial de observación avanzada recién llegado que se dirigió al campo de batalla junto con la infantería con sus insignias de rango, unos prismáticos y la funda de un mapa colgando del cuello, todo ello perfectamente a la vista del enemigo. Los japoneses lo eliminaron a golpe de metralleta.

Algunos de los oficiales británicos de las unidades africanas e indias se dejaban barba para que su piel blanca no llamara tanto la atención. Cuando el capitán Ronnie McAllister se unió al l.er batallón del 3.er regimiento de los gurjas a comienzos de 1945, se le advirtió de que no se expusiera innecesariamente. Un coronel gurja era conocido por hacer que sus oficiales blancos se colocaran en la primera línea de frente, de manera que en unos meses murieron alrededor de veinte. Hubo también un legendario incidente, cuando un comandante empezó a disparar a un japonés con una metralleta ligera. El comandante le reprendió severamente diciéndole: «Eso no debe volver a suceder. Nuestro trabajo es luchar, *sahib*, y el suyo es estar al mando». McAllister declara: «Los que sobrevivieron a 1944 no se hacían ilusiones. Nos decían que no corriéramos mucho de allá para acá si queríamos seguir vivos».

Algunos de los que entraron en Birmania durante el invierno de 1944, incluido McAllister, habían estado esperando años para ver algo de acción. El comandante John Hill había sido soldado antes de la guerra y ahora estaba al mando de la 2.ª Unidad de los Berkshires, con los que había pasado meses en la India llevando a cabo labores en el fuerte. Los Berkshires se conmocionaron al toparse con los primeros indicios de la batalla:

> *La guerra tardó mucho en alcanzarnos a nosotros. Unos Jeeps que hacían de ambulancia pasaron lentamente a nuestro lado y pudimos ver a tres hombres cubiertos de vendajes ensangrentados y gimiendo por el dolor. Recuerdo que me dije a mí mismo: «Así que era esto…», y seguro que muchos pensaron lo mismo. Parecía raro que, después de cinco años de guerra, esta fuera la primera vez que veíamos a algún herido… Para muchos de nosotros, los meses siguientes fueron largos como años. Unos pocos lo disfrutarían. Para la mayoría, era el momento de ponerse manos a la obra. Para otros, con toda seguridad, fue un purgatorio.*

Para algunos hombres, el tiempo de servicio en el campo de batalla se veía brutalmente abreviado. Charles Besly, de los Berkshires, era un licenciado en ciencias de veintiséis años que antes de la guerra había trabajado en un circo y como ayudante del director de escena en una compañía de teatro. Cuando estalló la guerra se

encontraba en Dinamarca y volvió a casa haciendo autostop para entrar en el Ejército. En enero de 1945 había servido durante un año con su batallón, como comandante de sección, sin ver nada de acción. Tan solo unos días después de su primer contacto con el enemigo ganó una cruz militar por su actuación en un conflicto con los japoneses. No obstante, fue herido de gravedad y casi perdió una pierna. Besly desapareció del regimiento para no volver a luchar nunca.

Miles de soldados seguían a la infantería de Slim desempeñando las innumerables funciones de apoyo que necesita un ejército. Algunos vivían en una burbuja británica apenas rozada por la guerra y la experiencia de vivir en un país extranjero. Joe Welsh, hijo de un carpintero del sur de Londres, trabajaba en una central eléctrica antes de unirse al ejército en 1939 como técnico en una compañía de señales. Él y un pequeño grupo de compañeros sirvieron en Iraq, Grecia, Libia, la India y Birmania sucesivamente sin que ninguna de estas campañas llegara a hacer mella en sus vidas. La India les impresionó por su tamaño, pero Birmania, para ellos, era sencillamente «un montón de árboles… Una vez vi a un elefante… Había un montón de monos y arañas que acudían cuando estábamos comiendo. Nunca llegué a ver un birmano». La campaña, para el alegre Joe Welsh, se reducía a lo siguiente: «lluvia, lluvia, lluvia y carne en conserva». Él y sus compañeros —Joy, también de Londres, Garner, de Manchester y Vince, de Sheffield— llevaban consigo su propio mundo británico mientras cruzaban el río Chindwin tan tranquilamente como lo habían hecho en Grecia y en el desierto Occidental, al volante de su camión Chevrolet con carrocería de madera fabricada en la India. Su misión era instalar líneas telefónicas para comunicar las divisiones, los cuerpos y los ejércitos desplegados en las colinas de Assam, y también a lo largo del camino hacia Irrawaddy. ¿Qué significó la guerra para Joe Welsh? «No me preocupaba por eso. Era solo una de esas cosas, ¿no?».

Esa fue la experiencia para millones de hombres de uniforme entre 1939 y 1945, que desde luego no eran poetas, pero sí una especie de guerreros.

Todos los soldados, cualquiera que fuese su rango o su especialización, tenían que echar una mano con cualquier tarea. A finales de noviembre de 1944, los Berkshires se dedicaban a construir carreteras junto a la frontera de Birmania. «Hasta los que eran mineros lo encontraban duro —escribió el mayor John Hill que, al igual que sus hombres, tuvo que usar el pico—, era parte de la filosofía del 14.° ejército ayudarse y arreglarse entre todos… volábamos árboles, raíces de bambú, rocas y cavábamos sin parar hasta desear que llegaran las cuatro, la hora de salir». Durante el avance desde Imphal hasta el río Chindwin, los hombres de Slim se encontraron con una resistencia japonesa esporádica, ya que el enemigo no estaba en condiciones de entablar una batalla seria. En consecuencia, aparte de las dificultades corrientes de la marcha, en muchas unidades había un ambiente casi vacacional. Las largas filas de hombres marchaban durante ocho o nueve horas cada noche; cada uno seguía la luz que

despedía una madera cubierta de fósforo atada a la mochila del hombre que caminaba delante de él. Cuando llegaba la mañana, acampaban. La historia del 1.° de los gurjas registra:

> *Muy pronto las compañías se instalarían en las áreas que les habían asignado en los perímetros. Se construyeron cocinas y letrinas. Los hombres, después de consumir té dulce, construían toldos para ellos y los* sahibs *, y todos se acomodaban para pasar un día agradable, que cada uno podía ocupar haciendo prácticamente lo que quisiera*.

Cuando llegaron al río Chindwin, el oficial John Murray estuvo horas intentando pescar con caña y sedal. Desilusionado, oyó una explosión y después vio aparecer un grupo de sus hombres agarrando un gran pez que habían pescado con el acertado uso de una granada. Los gurjas disfrutaban del espectáculo de los soldados africanos cazando monos con sus rifles, hasta que las balas perdidas empezaron a pasar por encima de sus cabezas.

Pero incluso aunque la resistencia japonesa organizada fuera escasa, en la guerra de Birmania cada minuto podía deparar una sorpresa indeseada. Una noche, John Cameron-Hayes se despertó al notar un peso sobre su mosquitera. El peso resultó ser una cobra. En otra ocasión, uno de sus hombres disparó a una boa constrictor, pero el cadáver de la serpiente le golpeó y le hizo caer a un arroyo. Durante las horas de oscuridad, ambos bandos utilizaban patrullas cuya función era interrumpir el reposo de sus oponentes. A parte de esto, se daban muchos otros encuentros inesperados. Una noche, un suboficial de los gurjas se despertó y vio siete figuras a su lado en la carretera, agachadas en torno a un mapa. Se levantó, y al abordarlos oyó los gruñidos de sobresalto de los japoneses. Golpeó a uno de ellos con una pala y los otros se dispersaron y huyeron. Un oficial británico que se despertó a causa del barullo distinguió en la oscuridad a dos figuras luchando cuerpo a cuerpo delante de él. Se unió a la refriega y tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba peleando con un oficial británico. Se oyeron unos disparos y se hizo el silencio. La calma volvió al campamento, pero una vez más fue perturbada, en esta ocasión por una explosión atronadora: un oficial japonés se había suicidado con una mina antitanque. Los gurjas volvieron a dormir. Al amanecer, si no fuera por los cuatro japoneses muertos en sus posiciones, los soldados habrían estado tentados de pensar que los incidentes de la noche pasada habían sido meras fantasías.

Además de las bajas que causaba el enemigo, había un goteo incesante de accidentes, inseparables de las operaciones militares. El abastecimiento por aire se convirtió en algo muy frecuente a lo largo del avance del 14.° ejército, y a veces morían hombres y animales aplastados por una carga que caía del cielo. Las

columnas subían por senderos de montaña muy escarpados, y de vez en cuando una mula resbalaba y se precipitaba hacia el valle. Un informe mencionaba que los animales perdidos siempre llevaban un equipo de radio que era de vital importancia. Por lo tanto, era esencial asegurarse de que algunos de los equipos de radio eran transportados por los hombres. Un soldado de los Buffs protagonizó una pequeña hazaña: el solo, con su metralleta ligera bren, destruyó un puesto de japoneses armados con ametralladoras. Desafortunadamente, el soldado resbaló cuando echó a correr y, al caer al suelo, la pala que llevaba en su mochila le rompió el cuello. Poco después, un sargento de los Buffs pidió a su artillero, Cecil Daniels, una bolsa de granadas. El suboficial se enfureció cuando Daniels le dijo que no estaban cebadas. «No voy a llevar una mochila llena de granadas cebadas encima», contestó Daniels con firmeza. Había aprendido a ser cauteloso después de ver a muchos camaradas sufrir accidentes con la munición.

Winston Churchill se quejaba amargamente en octubre de 1944, cuando describía el progreso del 14.° ejército: «Parecemos condenados a revolcarnos lentamente por esas junglas». Pero para los que estaban allí, cada metro que avanzaban estaba lleno de dolor y dificultad. De acuerdo con las técnicas de campaña convencionales, los hombres debían evitar los pocos senderos que había, ya que estos probablemente estarían cubiertos por el enemigo. Pero moverse de esa manera era tan lento y desesperante que solo los senderos y los *chaungs* (los lechos de los ríos) ofrecían alguna posibilidad de avanzar a una velocidad tolerable. Las distancias, tal como aparecían en los mapas, no tenían ningún sentido: lo que importaba era durante cuánto tiempo tenían que marchar los soldados. Aprendieron que no debían fumar ni hablar por la noche cuando se encontraban cerca del enemigo porque el olor del tabaco y el murmullo de sus voces llegaban lejos. Maldecían la incesante humedad que, además de empañar los cristales de los prismáticos y las miras de las armas, hacía que se oxidaran de la noche al día. Los reemplazos recién llegados se doblaban a menudo bajo el peso de sus cargas. No habían sido entrenados para cargar con tanto peso como era necesario en un país en el que la mulas y los vehículos eran escasos y muy valiosos. Además, los soldados tenían que transportar ellos mismos la artillería que lanzaban desde el aire hasta las posiciones de tiro.

Los más afortunados disfrutaban de un breve permiso en la India cada varios meses. Los soldados que llegaban de luchar en Birmania tenían derecho a raciones más grandes, «de convaleciente». Un avión de transporte les llevaba a la base de retaguardia, y los soldados indios tenían que viajar durante algunos días más hasta llegar a sus casas. Los trenes que operaban en el subcontinente durante la guerra eran muy lentos y siempre estaban abarrotados de gente. En la víspera de Navidad de 1943, una retransmisión de propaganda de Tokio aseguraba que las fuerzas japonesas llegarían a Delhi en diez días; varios soldados del Punjab que estaban escuchando

exclamaron a coro: «¡si vienen en tren, imposible!». Pero muchos de los soldados de Slim no tenían casa en la India. Durante las temporadas de permiso trataban de pasarlo lo mejor posible. El sargento Kofi Genfi, del regimiento Gold Coast, describió una experiencia que le conmovió:

> *Oh, los indios fueron muy amables conmigo. En Madrás, un día fui a bailar (soy campeón de bailes de salón). Me senté allí, pero no encontré ninguna pareja de baile. Era tímido y no sabía cómo dirigirme a las damas. Un hombre se me acercó y me dijo «¿Quieres bailar? Ven, ven», y me ofreció a su esposa… Empezamos a bailar y todos pararon y me observaron como si estuviera haciendo una exhibición. Al final aplaudieron. ¡Y después todas las damas querían bailar conmigo!*

Para los soldados del 14.° ejército, tanto blancos como negros, existía un contraste vergonzoso entre los lujos que se ofrecían a los oficiales durante sus permisos en clubes y comedores, y los penosos placeres al alcance de los soldados de rango inferior. Estos últimos se podían resumir en sórdidos bares y burdeles. Cuando John Keyin, artillero de un tanque, se enteró de que iba a ser repatriado a Inglaterra, su alegría se diluyó en la tristeza al descubrir que se había quedado impotente debido a los tratamientos contra las enfermedades venéreas. El sistema de clases británico afectó mucho las vidas de los soldados de la nación en el extranjero, y en mayor medida en Asia que en Europa. Brian Aldiss, escribió con cinismo: «La mayoría de los soldados rasos esperaban poco de la vida, se les había educado para que esperasen poco. Y recibieron poco». Los hombres casi nunca regresaban contentos de sus días de permiso, pero la experiencia significaba al menos un breve aplazamiento del trabajo sin descanso, el sudor y el miedo.

A lo largo de la campaña de Birmania, los cazas, bombarderos y aviones de transporte estadounidenses proporcionaron un apoyo vital a las operaciones de Slim. Chuck Linamen, de veinte años, hijo de un obrero siderúrgico de Ohio, participó en cincuenta y dos misiones a bordo de un bombardero B-24 *Liberator*, volando desde la India hasta sus objetivos en Birmania y Siam. Las primeras noticias que tuvieron Linamen y su tripulación acerca de su destino en Extremo Oriente las recibieron al abrir órdenes secretas cuando sobrevolaban el Atlántico en ruta hacia las Azores en agosto de 1944. «Ni siquiera era capaz de pronunciar los nombres de los lugares a los que íbamos». Sin embargo, desde el momento en que se unió al 436.° escuadrón en Magadan, unos 200 km al nordeste de Calcuta, Linamen se dio cuenta de que era uno de los relativamente pocos hombres que disfrutaban de la tarea que la guerra les había impuesto: «Disfruté hasta el último minuto». Le encantaba su tripulación, una típica mezcla de norteamericanos de diferentes estados: Ray Hanson, «el mejor navegante del mundo», de Minneapolis; Will Henderson, el copiloto, de Montana; un bombardero, de Texas; un operador de radio, de Kentucky; y varios artilleros de Nueva York, Misisipi, Pensilvania y Ohio. Linamen y su tripulación minaron el

puerto de Bangkok, lanzaron bombas sobre ferrocarriles, puentes y posiciones japonesas. Según los estándares europeos, sus misiones se considerarían de larga distancia; volaban a una velocidad de crucero de 165 nudos durante un mínimo de diez horas y un máximo de dieciocho. Para compensar, encontraron muy poca oposición por fuego antiaéreo o cazabombarderos. En algunas misiones en vuelo rasante, los soldados bombardeaban las posiciones japonesas a menos de cien metros de distancia, excitados como chiquillos. A algunos artilleros se les atascaban las torretas y gritaban por el interfolio: «¡dame un proyectil, dame un proyectil!».

Esto no significaba que su tarea estuviera exenta de peligro; además de los riesgos de fallos mecánicos, siempre cabía la posibilidad de que los japoneses les dieran alguna sorpresa desagradable. Cuando sobrevolaban Bangkok, los aviones de los Aliados esquivaban los globos cautivos volando en zigzag. El 3 de abril de 1945, en pleno vuelo a 1800 metros por encima de Karneburi, el *Liberator* de Linamen fue alcanzado por el fuego antiaéreo del enemigo, que produjo serios daños en los sistemas, cortó un cable de un alerón e hizo que se desprendiera el extremo de un ala. Cayeron 1200 metros hasta que el piloto consiguió recuperar el control del aparato, y entonces tuvo que deshacer el camino pilotando el avión durante siete horas y media con el máximo cuidado, hasta llegar a la pista de aterrizaje de emergencia de las fuerzas aéreas británicas en el distrito de Cox’s Bazar. Cuando sobrevolaban la base, el piloto invitó a la tripulación a saltar. Un artillero preguntó: «¿Qué estás haciendo, Curly?», a lo que el piloto respondió: «Voy a aterrizar». El artillero dijo: «¿a qué esperamos entonces?», y los otros nueve tripulantes asumieron sus posiciones de emergencia. El piloto, incapaz de reducir la velocidad sin perder el control, se decidió por realizar un derrapaje a alta velocidad sobre la playa, tomando tierra a 240 km/h y apagando rápidamente el motor, el combustible y los sistemas, hasta que el aparato se detuvo abruptamente. Los tripulantes salieron corriendo del avión, aterrorizados por la posibilidad de que se produjera un incendio. Uno de los hombres acabó tirado en la playa, a unos centímetros de una hélice que aún estaba en movimiento y que podía haberle cortado la cabeza. «Uno se ríe de estas cosas después, pero podía habernos costado la vida».

Otro día, sobrevolando un objetivo, el copiloto lanzó un gritó de repente. Linamen se volvió inquieto para ver qué había pasado. Una bala de cañón de 20 mm le había arrancado parte de la pierna, aunque afortunadamente no dañó los sistemas del avión. Se apresuraron a volver para llevar al herido a los médicos. No a todos los soldados les gustaba volar tanto como a Linamen: «Muchísimos hombres estaban abatidos. No les gustaba la India, no les gustaba el trabajo». Un día, «el coronel que lideraba la misión la cagó. La unidad veía el objetivo entre la niebla, pero perdieron el tiempo esperando a que mejorara la visibilidad y mataron a algunos hombres». Entre los pilotos que murieron se encontraba un californiano llamado J. C. Osborne,

uno de los mejores amigos de Linamen.

Durante el monzón, cuando el tiempo no permitía los bombardeos, los *Liberator* fueron destinados a realizar labores de transporte de combustible al otro lado de «la joroba» del Himalaya, a China. Una noche, cuando se encontraban en tierra, en una pista de aterrizaje china, les sorprendió un ataque aéreo japonés. Los aviadores se apiñaron en el tejado de una barricada antiexplosivos para ver caer las bombas. Algunas cayeron a solo unos metros de ellos y entonces corrieron a ponerse a cubierto. Linamen exclamó: «Mi padre siempre me ha dicho que es mejor dar que recibir, ¡y ya lo creo que tenía razón!». Sin embargo, el piloto no sentía un gran odio hacia los japoneses: «Estaban ahí, eran el enemigo. Me había ofrecido voluntario para volar y estaba haciendo mi trabajo». Linamen llegó a adquirir cierta fama porque fue uno de los hombres que atacaron el puente sobre el río Kwai, construido por prisioneros en el horrendo ferrocarril Birmania-Siam. Sin embargo, no les emocionó mucho esta misión. Sabían que había soldados aliados prisioneros en el terreno, pero no habían oído nada de sus indecibles sufrimientos. Para ellos, el bombardeo del puente fue solo una misión más.

El apoyo táctico aéreo fue de vital importancia para el avance británico, en especial porque los cazas japoneses casi habían desaparecido del cielo. Día tras día, los informes de situación del 14.° ejército decían: «actividad aérea del enemigo: cero». Los Hurribomber —bombarderos Hurricane adaptados para ataques a tierra— realizaban hasta 150 misiones de combate cada día, respaldados por los Thunderbolts estadounidenses. Los bombardeos siempre eran peligrosos. Aunque la resistencia del enemigo era escasa, los peligros de la selva y el riesgo de que se produjeran fallos mecánicos seguían presentes. Un cazabombardero Beaufighter del Escuadrón 211 se averió cuando sobrevolaba la base de la cordillera Arakan, y la tripulación decidió saltar en lugar de arriesgarse a hacer un aterrizaje de emergencia. Por desgracia, los paracaidistas fueron a parar a una selva tropical de árboles de más de cuarenta y cinco metros. A pesar de estar a menos de dos kilómetros de su aeródromo, no se volvió a saber de ellos.

Los Beaufighter eran cazabombarderos biplaza grandes y resistentes, con dos motores, y pesaban diez toneladas. Se utilizaron en misiones de hasta siete horas, normalmente en ataques por la retaguardia, que trataban de realizarse al amanecer y al anochecer. Los aviones pasaban a entre quince o treinta metros del suelo, moviéndose en zigzag para confundir a los artilleros de tierra. Llevaban un armamento formidable. Se apuntaba por medio de un reflector situado en la cubierta de la cabina: un anillo rojo servía para dirigir los cohetes y un punto marcaba los cañones. Todo el avión se sacudía violentamente cuando se disparaba el cañón de 20 mm del morro. Las balas levantaban una nube de polvo alrededor del objetivo, o a veces desencadenaban efectos aún más dramáticos cuando caían sobre sampanes

cargados de combustible. Anthony Montague Brown, soldado de veintiún años del Escuadrón 211 describió líricamente uno de esos momentos: «Por un instante, la lluvia de proyectiles brilló a la luz del sol como un enjambre de abejas plateadas». Los aviones de su unidad atacaban normalmente en grupos de tres o cuatro, y preferían hacerlo sin el comandante del escuadrón, un católico muy devoto que siempre se santiguaba antes de lanzarse en picado. Algunos pilotos le pedían que no lo hiciera, porque esta práctica les desconcertaba y les parecía fatídica. En una ocasión, sobre el Irrawaddy, Montague Brown vio una comitiva de barcos en los que viajaba un grupo de personas ataviadas con ropas de colores vivos: celebraban una boda. Los infelices invitados se lanzaron al agua en cuanto vislumbraron al Beaufighter.

En tierra, en el campo de aviación, no había grandes diversiones ni comodidades. La comida era escasa y los mayores consuelos eran la ración mensual de bebidas alcohólicas, que consistía en una botella de whisky y cuatro latas de cerveza australiana. Cuando los pilotos —una mezcla de británicos, australianos, canadienses y neozelandeses, típica de la RAF— acababan con las existencias de estas bebidas, recurrían al *arak*, aguardiente de palma típico de la región. En los intervalos entre operaciones, cada dos o tres días, jugaban mucho al póquer. Un comandante de escuadrón que, aunque resulte increíble, había sido instructor de ballet, intentaba elevar el nivel cultural poniendo «*Les sylphides*» en el gramófono del comedor antes de despegar. Más allá de la pista de aterrizaje no había ni siquiera dónde pasear, todo eran ciénagas y jungla. Los aviadores no tenían contacto con los habitantes del lugar, excepto una vez a raíz del robo de combustible. Los británicos recorrieron la zona en *Jeeps* y suplicaron a los campesinos que cultivaban arroz que no lo pusieran en las lámparas como sustituto de la parafina. Los birmanos hicieron oídos sordos a la petición y, como consecuencia, «esa noche el cielo estaba rojo por las llamas de las cabañas, y se formaron pequeñas colas de personas que acudieron a las unidades médicas para que les curáramos», según escribió Montague Brown.

Esa zona era muy conocida por sus condiciones meteorológicas extremas. Una vez un tornado derribó todas sus cabañas. El granizo podía arrancar la pintura de camuflaje de las alas de los aviones y dejar el aluminio brillante como la plata. Cuando una tripulación perdía el rumbo, el escuadrón por lo general no tenía idea de cuál podía ser su destino. Una vez se perdió un avión. Era una existencia sin glamour, desligada del resto de la humanidad y de la guerra, aunque por algún capricho del destino recibían por correo aéreo ejemplares del *London Times* tan solo cinco días después de su publicación. Montague Brown, que acabaría siendo el secretario personal de Winston Churchill una década más tarde, se preguntaba cuándo acabaría la campaña:

*Nuestro avance hacia la liberación de Birmania fue extraordinariamente lento y pesado. Todas*

*nuestras fuerzas eran superiores, y después de avanzar con muchísimo trabajo al principio en Imphal… el terreno fue mejorando progresivamente para el transporte y la flota de vehículos… ¿Por qué fue una campaña tan dilatoria?… Con toda seguridad, podríamos habernos movido más rápido. Después me intrigó el hecho de que Churchill compartiera este punto de vista.*

Hall Romney, un prisionero de guerra británico en el tristemente famoso ferrocarril de Birmania, escribió en su diario el 19 de noviembre de 1944: «Cuando uno considera lo que han hecho los estadounidenses en el Pacífico, no puede más que pensar que los hombres se han movido muy lentamente en Asia occidental».

Esta opinión era compartida por muchos, incluso por personas que no tenían tantas razones como Romney para anhelar que los soldados aceleraran la campaña. El ejército japonés en Birmania estaba ya muy debilitado incluso antes de que el ejército de Slim saliera de Assam. Desde ese momento en adelante, los invasores británicos eran abrumadoramente superiores a sus enemigos. De hecho, habría sido bochornoso que las fuerzas de Slim hubieran sido incapaces de aplastar a un ejército que no tenía tanques ni un buen armamento antitanque; que poseía un apoyo aéreo insignificante y muy poca artillería; que sufría la escasez de recursos y munición; y al que, además, superaban en número. La logística, el clima y el terreno, mucho más que los japoneses, determinaron la lentitud de la campaña de Birmania hasta las últimas semanas. El ejército de Slim no disponía apenas de la tecnología avanzada que emplearon los Aliados en Europa para desplazarse y construir puentes. Su difícil campaña no gustaba a Churchill, era apenas tolerada por los Estados Unidos y, tristemente, tampoco gozaba de un gran reconocimiento en Gran Bretaña.

«Este ejército es como Cenicienta —escribió el comandante en jefe de Slim, “Tubby” Lethbridge—. Hasta que no termine la guerra contra Alemania, no podemos hacer más que esperar pacientemente todas las cosas que queremos. Es terriblemente frustrante que rechacen todas nuestras peticiones, ya sea de equipos o de personal». El 14.° ejército merecía un mayor reconocimiento por su avance en Birmania que el que los escépticos como el oficial Montague Brown se sentían inclinados a ofrecer. En los primeros meses de 1945, a los hombres de Slim les esperaban hechos señalados y éxitos espectaculares. Lo que merece la pena destacar, no obstante, no es que los británicos acabaran imponiéndose, sino que sus enemigos japoneses sostuvieran la resistencia durante tanto tiempo. La victoria en Birmania se retrasó larga y dolorosamente.

# 4

# Titanes en el mar

### 1. BARCOS Y HOMBRES

Slim siempre supo que su campaña era secundaria, a pesar de que involucró a más hombres que la de MacArthur. Las operaciones cruciales para la derrota de Japón estaban teniendo lugar más al Este, en condiciones muy distintas a las reinantes durante las aproximaciones de su ejército por el valle de Kabaw y el río Chindwin. La mayoría de los estadounidenses que sirvieron en el teatro del Pacífico se acostumbraron a considerar el agua salada su elemento natural. Con toda seguridad, el océano estaba lleno de pequeños puntos de roca y coral adornados con rica vegetación que apenas eran visibles en un mapa hemisférico. El valor de estas diminutas islas como plataformas de despegue y aterrizaje imposibles de hundir desencadenó luchas muy feroces por poseerlas. No obstante, hasta los últimos meses de la guerra, las fuerzas terrestres fueron relativamente minoritarias: las marinas predominaban. Desde 1942 a 1945, cientos de miles de marineros se acostumbraron a observar cada mañana un horizonte de mar y cielo interrumpido únicamente por siluetas de buques y aeronaves. Las flotas más grandes de la historia se perdían en la inmensidad del Pacífico. Cuando el crucero estadounidense *Indianapolis* se hundió, pasaron cuatro días antes de que alguien se percatara de su desaparición y muchos más hasta que localizaron a los supervivientes. Muchos marinos estadounidenses, japoneses, australianos y —en la última fase— británicos, vivieron años en el mar. El portaaviones estadounidense *Essex* navegó en una ocasión durante setenta y nueve días consecutivos. Durante este tiempo, 6460 aviones despegaron de su cubierta de vuelo, y lanzaron 1041 toneladas de bombas, dispararon un millón de proyectiles del calibre 5 para metralleta y consumieron unos cuatro millones de litros de gasolina de aviación.

La expansión de la Marina de los Estados Unidos durante la guerra fue extraordinaria y no debe pasarse por alto. Entre 1941 y 1945, su tonelaje aumentó de tres millones a casi treinta. Más de un tercio del presupuesto total del servicio de la Marina —cien mil millones de dólares— se dedicó a la construcción de embarcaciones. Antes de Pearl Harbor, la Marina contaba con 8000 oficiales. Durante la guerra, cada año se nombraron 95 000 oficiales de reserva, a quienes se envidiaba y admiraba a un tiempo. El rápido declive de la calidad de la Armada Imperial Británica contrastaba fuertemente con la pericia adquirida por el personal de la

Marina de los Estados Unidos. Los japoneses, por su parte, iban perdiendo soldados y marinos a lo largo de la guerra y sus reemplazos eran cada vez menos competentes. Los pilotos suicidas podrían ser valientes, pero en las batallas de 1944-1945, muchos de los aviadores y capitanes de Tokio mostraron una falta de seguridad en sí mismos apabullante. Mientras tanto, la Marina de los Estados Unidos seguía mejorando cada vez más en todos los aspectos: el arte de la navegación, la artillería, el reabastecimiento, la guerra submarina y el manejo de los aviones. Estos grandes logros fueron, en su mayoría, obra de hombres para los que, antes de la guerra, el mar no era más que un lugar donde ir a bañarse. El personal de dirección del portaaviones *Langley*, por ejemplo, estaba formado por un ejecutivo de publicidad, un abogado, un profesor de universidad y un arquitecto de Atlanta especializado en iglesias metodistas, entre otros.

El programa de construcción de embarcaciones de los Estados Unidos resulta casi increíble. El presidente Roosevelt siempre había creído que era importante tener una gran flota y tras 1940, con la ley de los Dos Océanos-Ley de la Marina, el Congreso entregó a la Marina el cheque abierto más generoso de la historia. Al mando de la Marina se encontraba el almirante general Ernest King, irreverente, mujeriego y desmedido. King aprovechó la oportunidad al máximo y se dispuso a crear una armada más a la medida de su grandiosa visión que de acuerdo con una valoración racional de los recursos necesarios para vencer a Japón. A finales de 1943, los Estados Unidos estaban construyendo siete acorazados, veintiocho portaaviones, setenta y dos portaaviones de escolta, setenta y tres cruceros, 251 destructores, 541 destructores-escolta y 257 submarinos. Estas nuevas naves se unirían a las 713 embarcaciones que ya estaban en servicio. Un historiador estadounidense escribió: «la conclusión ineludible… es que los objetivos de expansión de la Marina no tenían ya mucho que ver con el planteamiento estratégico, sino que estaban más influenciados por las posibilidades políticas que por cualquier valoración rigurosa de las necesidades a largo plazo de la flota».

El programa de King desencadenó un impresionante crecimiento de la industria naval estadounidense. El astillero naval de la isla de Mare pasó de tener 6000 empleados en 1939 a 40 000 en 1944, y el de Boston, que tenía 8700 en junio de 1940, llegó a los 50 000 tan solo tres años más tarde. Una sola empresa privada de Nueva Jersey recibió el encargo de construir cuarenta y dos cruceros. Para 1944, más de un millón de personas trabajaban en la construcción o reparación de navíos —el 55 por 100 de ellos en la costa atlántica y el 27 por 100 en la costa del Pacífico— mientras que dos millones más lo hacían en industrias relacionadas. La mayoría trabajaban cuarenta y ocho horas a la semana en turnos múltiples. Para maximizar la producción se hizo gala de un ingenio extraordinario. Muchas embarcaciones pequeñas, submarinos y escoltas, se construían por partes en plantas del interior, por

ejemplo en Denver, y después se transportaban a la costa, donde eran ensambladas. En los Grandes Lagos se construyeron miles de lanchas de desembarco que después se conducían al mar. En una ocasión, un buque de desembarco de tanques llegó a estar a unos cien metros de las cataratas del Niágara antes de que pudieran hacerlo encallar. La productividad aumentó de forma espectacular: el número de horas-hombre necesarias para construir un destructor se redujo a 677 262, la mitad que antes de la guerra, y en el caso de los cruceros ligeros pasó de 7,7 a 5,5 millones. A consecuencia de esta inmensa actividad, hacia finales de 1944 la flota estadounidense del Pacífico era cuatro veces mayor que la de los japoneses, y sobrepasaba en proporciones todavía más apabullantes la potencia de combate de los asiáticos. La Marina de los Estados Unidos era más grande que el resto de armadas del mundo juntas.

La Marina no hizo ningún esfuerzo por consultar con el Ejército las necesidades de los respectivos servicios. King se limitó a declarar autoritariamente que, puesto que la guerra costaba a la nación 200 millones de dólares al día, construir buques era una manera de ahorrar porque aceleraba la victoria. El almirante general elaboró el siguiente pronóstico de las pérdidas —y, por tanto, de los repuestos necesarios— para el periodo del 1 de mayo de 1944 al 30 de septiembre de 1945 (los hundimientos reales se dan entre paréntesis): cuatro acorazados (0), nueve portaaviones (uno), doce portaaviones de escolta (cinco), catorce cruceros (uno), cuarenta y tres destructores (veintisiete), noventa y siete destructores-escolta (once) y veintinueve submarinos (veintidós). A finales de 1944 la Marina tenía capacidad para albergar 3000 aeronaves. Los buques de guerra salían de las fábricas más rápido que los hombres que había que reunir y formar para tripularlos. La Marina nunca valoró sus necesidades de personal y simplemente alistaba a todos los marineros que podía. En 1944, 8000 nuevos aviadores comenzaron su formación. El dos de julio de ese mismo año, King solicitó a los jefes de Estado Mayor más personal para aumentar la fuerza naval hasta llegar a los 3,4 millones de hombres en junio de 1945. Pero para tripular todas las naves que King había mandado construir, habrían hecho falta 4,1 millones de marinos.

Todo esto reflejaba que, ante el deseo de vengar la derrota en Pearl Harbor, no había voluntad política alguna de cuestionar las ambiciones de la Marina de los Estados Unidos. Los estadounidenses siempre habían mostrado un escepticismo visceral respecto a los grandes ejércitos de tierra, pero no así respecto a la potencia naval, al menos desde el siglo XIX. King prestó un buen servicio a su país al crear la mayor flota que jamás vería el mundo, tripulada por hombres que demostraron saber estar a su altura. Pero solo una nación tan absurdamente rica podría haber construido doscientos acorazados, portaaviones y cruceros, además de miles de otras embarcaciones menores, durante los años que duró la guerra. Se podría argumentar

que la megalomanía de King no era más grande que la de Arnold y sus fuerzas aéreas, que también exigieron un número desproporcionado de personal. Lo cierto es que el ejército de Tierra, siempre el pariente pobre, fue quien sufrió las consecuencias, con su escasez crónica de soldados de infantería. Hasta bien avanzada la guerra, los líderes estadounidenses no se dieron cuenta de que la cantidad de barcos y aviones que estaban generando gracias a su espectacular movilización industrial superaba el número de reclutas preparados para tripularlos.

En el otoño de 1944, las principales fuerzas navales en el Pacífico estaban compuestas por las siguientes unidades: varias flotillas de submarinos que operaban desde Pearl Harbor y Brisbane; la 7.ª Flota, liderada por el almirante Thomas Kinkaid —un grupo heterogéneo de cruceros, portaaviones de escolta y viejos acorazados que operaron bajo el mando de MacArthur como apoyo a sus operaciones de tierra—; y las unidades pesadas de Nimitz, entre las que predominaban los acorazados y portaaviones rápidos. Estas fuerzas navales fueron comandadas alternativamente por William Halsey (apodado «Toro»), cuya beligerancia llegó a ser legendaria, y Raymond Spruance, el héroe de Midway, un hombre más calmado e inteligente. La razón de que ambos compartieran la comandancia de la Marina en el Pacífico no era otra que la dificultad que suponía preparar las operaciones en el espacio limitado de las naves. Al compartir el mando, uno de los almirantes trabajaba en tierra (en la base de Pearl) mientras el otro dirigía los grupos de tarea en el mar. Para aumentar la confusión —también entre los japoneses— el conjunto de las fuerzas navales se denominaba de forma diferente según qué almirante estuviera al mando: cuando era el turno de Halsey, se llamaba la 3.ª Flota, pero cuando Spruance lo sustituía pasaba a llamarse la 5.ª Flota. No obstante, bajo cualquiera de estas denominaciones, se trataba de la mayor potencia naval de la historia.

Para los soldados que sirvieron en el mar, los momentos de acción intensa no hacían más que poner de relieve la monotonía de su vida. «Las diversiones eran breves y escasas», escribía un miembro de la tripulación del portaaviones *Belleau Wood*. Así describía cómo era la vida para él y todos sus compañeros, exceptuando a los tripulantes de vuelo:

> *Un día sí y otro también la vida en el mar era pura monotonía… las calderas, los motores, los mamparos, las cubiertas, los comedores, las oficinas y las tiendas tenían siempre el mismo aspecto, pasara lo que pasara fuera. Cada día era un duplicado del anterior y un modelo para el siguiente: toque de diana, cuando aún era de noche, para ocupar los puestos de batalla durante una hora hasta que saliera el sol; despegaba un avión para una patrulla rutinaria, que en el 90 por 100 de los casos no veía más que aire, nubes y agua; aterrizaba un avión; despegaba un avión; aterrizaba un avión; tres comidas al día; limpiar los mamparos; fregar las cubiertas; poner en marcha las calderas y los motores; ocupar las posiciones de batalla una vez más durante otra hora después de ponerse el sol. «Releven la guardia en la sección 3 de cubierta. Releven al timonel y los vigías». Releven la guardia, releven la guardia, un día tras otro, una semana tras otra. El mar y el cielo se extendían infinitos entre los periodos que pasábamos en puerto; los ojos se nos «inundaban» de ver tanta agua.*

A muchos hombres les impacientaba el no saber cuál era el propósito de las actividades de su barco, aparte de las operaciones obvias de bombardeo y defensa contra los ataques aéreos. «De una isla a otra, nunca sabes adonde vas», decía el artillero Louis Irwin, del crucero *Indianapolis*. Y el teniente Ben Bradlee, oficial de un destructor, decía: «Mi eterno pesar era no saber qué demonios estaba pasando, cuál era nuestro papel en la guerra en general». Eugene Hardy sirvió a bordo del crucero *Astoria* en Midway, pero no supo que había tomado parte en una gran batalla hasta que no se lo dijeron después. Un chico de veintiún años escribió a su familia: «Queridos papá y mamá. Me apetece mucho escribir una carta larga porque tengo tiempo, pero no hay mucho que contar».

Si bien la rutina podía llegar a ser opresiva, la vida de un marinero era preferible en muchos sentidos a la de un soldado de infantería. La muerte en el mar era horrible, pero probablemente menos que la muerte en tierra, y la existencia diaria se hacía más llevadera gracias a ciertas comodidades de las que la mayoría de las tropas terrestres no gozaban. Aun así, en el Pacífico todos los marineros eran presa del implacable calor. Las temperaturas registradas bajo las cubiertas a menudo superaban los 38°C. Los sistemas de ventilación eran relativamente rudimentarios y siempre insuficientes. Los marineros de mayor rango competían por las preciadas literas que estaban cerca de una salida de aire. Cuando había tormenta, las condiciones eran aún peores, porque los calefactores no funcionaban. Casi nadie se libraba de los sarpullidos causados por el calor.

Muchos hombres dormían en las cubiertas, de forma que por la noche podían verse formas dormidas sobre los puestos de artillería, bajo los botes y en hamacas improvisadas en los rincones de la superestructura de los buques. También se formaban grupos bajo las alas de los aviones en la cubierta de vuelo de los portaaviones. Los hombres utilizaban los chalecos salvavidas como almohadas. Atrapados en la inalterable rutina de trabajo (cuatro horas sí, ocho horas no), y cansados de las llamadas a «zafarrancho de combate» al anochecer y al amanecer, los hombres aprendieron a dormir incluso en las circunstancias menos prometedoras. James Fahey, de Nueva Inglaterra, casi nunca utilizaba su litera a bordo del crucero *Montpellier*. Dormía en la cubierta de acero usando los zapatos como almohada. Si llovía, «buscabas refugio y esperabas que no durara mucho», decía. Algunos hombres buscaban espacio lo más lejos posible de los explosivos y el combustible, pero lo cierto es que a bordo de un buque de guerra, casi cualquier refugio es ilusorio.

Las fuerzas navales a menudo mantenían la misma posición en una determinada zona durante días, dando vueltas en lugar de soltar anclas. La maquinaria nunca dejaba sonar, nunca dejaba de funcionar. Siempre había alguna guardia que hacer o alguna tarea que desempeñar; el eco de un comunicado, unos pies apresurados subiendo una escalera, los ojos y oídos atentos a los indicadores, las pantallas, los

auriculares. Todo el mundo estaba cansado casi todo el tiempo, pero esta Marina había llegado a ser tan eficaz que «no había muchos capullos que lo fastidiaran», en las palabras de un joven reservista. «Era una vida agotadora que no daba lugar a la reflexión, a la introspección ni a nada más intelectual que la lectura». Un oficial de un destructor observó tristemente que dos de sus camaradas, ambos alféreces de fragata, eran ancianos de veintisiete años, «demasiado viejos para las tareas que tenían que desempeñar… eran demasiadas horas y las exigencias físicas eran demasiado grandes. Fue entonces cuando me di cuenta de que la guerra es para los chavales». Louis Irwin, hijo de un representante de cervezas de Tennessee, se había enrolado en la Marina en 1942, con diecisiete años, «porque no tenía nada mejor que hacer. Elegí la Marina porque prefería dormir en una litera que en un hoyo en la tierra». Los momentos en que Irwin sentía más aprensión no tenían lugar durante el combate, sino cuando tenía que participar en las tareas de recarga de combustible y enfrentarse al peligro de caer por la borda.

Durante las misiones de bombardeo en las batallas por las islas, las grandes naves disparaban a todas horas, día tras día, mientras tuvieran munición y los observadores avanzados siguieran señalando objetivos. Un marinero novato del acorazado *Pensilvania* se durmió en una de las torretas de tiro y no se dio cuenta de que llamaron a zafarrancho de combate, ni despertó tampoco cuando el silbato avisó de que iban a disparar las baterías principales. La sacudida estuvo a punto de matarle. Un camarada de a bordo declaró: «Después de eso, todos respetamos aún más los cañones de 14 pulgadas». Las 45 000 toneladas que pesa un acorazado se sacudían cuando disparaban el armamento principal. El retroceso hacía que el barco se propulsara hacia un lado. Más abajo, donde estaban los motores, «te sentías como si estuvieras en la sala de calderas del infierno. Los soportes de los motores saltaban y las líneas de vapor se movían». Las consecuencias eran más dramáticas incluso cuando se trataba de embarcaciones más pequeñas. Debido a las reiteradas sacudidas provocadas por los cañones de cinco pulgadas del destructor *Howorth*, los urinarios se desprendieron de los mamparos.

En las horas libres, cuando todo estaba tranquilo, podía tal vez proyectarse alguna película; pero la mayoría del tiempo no había nada que hacer excepto dormir y jugar a las cartas. Emory Jernigan, ayudante de maquinista, llegó a ver 20 000 dólares encima de la mesa durante una partida de póquer. Los hombres se jugaban mucho dinero, ya que no tenían ninguna otra cosa en que gastarlo. Jernigan calculaba que el 20 por 100 de los jugadores acabó con el 80 por 100 del dinero. Un superior de Ben Bradlee se enteró de que el oficial de torpedos del destructor le debía 4000 dólares por el póquer. El capitán ordenó a Bradlee que jugara contra su deudor a doble o nada hasta que perdiera.

En tierra, la vida de un oficial de campaña no era mucho mejor que la de un soldado raso, pero en alta mar los oficiales eran unos privilegiados. Muy pocos marineros disfrutaron el servicio durante la guerra, pero sí algunos oficiales como Bradlee, especialmente si tenían la suerte de servir a bordo de embarcaciones pequeñas, donde tenían ocasión de emplear su inteligencia y la insolencia de los «mandamases» era menos habitual que en los acorazados o portaaviones. Bradlee escribió más tarde: «Yo me lo pasé de maravilla en la guerra. Sencillamente, me encantaba. Me encantaba la excitación, me gustaba incluso pasar un poco de miedo. Me encantaba la sensación de haber logrado algo, incluso aunque solo fuera ir del punto A al punto B, me encantaba la camaradería… Me di cuenta de que me gusta tomar decisiones».

Por el contrario, Emory Jernigan, que no gozaba de los privilegios del rango, escribía: «el tiempo, la distancia y la soledad hacían una sopa insípida, difícil de digerir durante largos periodos de tiempo, y nosotros teníamos mucho, mucho tiempo por delante». James Fahey escribió en su diario: «Lo único que quieres es ser libre otra vez y hacer lo que quieras, e ir donde quieras, sin tener siempre a alguien dando órdenes detrás de ti». El número desproporcionado de medallas que recibían los oficiales en comparación con el resto de la tripulación era un tema delicado en la Marina: eran solo el 10 por 100 del personal pero recibían casi dos tercios de las condecoraciones. Los oficiales saltaban al primer plano cuando se consideraba que un barco había hecho algo bien, mientras que sus hombres no eran más que «actores de reparto». En el destructor *Schroeder*, por ejemplo, Robert Schwartz se lanzó al mar encrespado para salvar a un camarada que había caído por la borda, sin recibir por ello ningún reconocimiento. Emory Jernigan odiaba ver cómo les llevaban huevos frescos fritos a los oficiales, cuando él y sus camaradas tenían que conformarse con los huevos deshidratados, siempre aguados, y limonada elaborada también a base de polvos: «era un recordatorio constante de que éramos ciudadanos de primera atrapados en una situación de tercera». Uno de los camareros negros del comedor de oficiales se vengaba de un capitán que solía intimidarle orinando o escupiendo en el café antes de servirlo.

No obstante, para algunos hombres la experiencia en la Marina valió la pena. Carlos Oliveira era un inmigrante hijo de portugueses. Nunca había ido a la escuela y no hablaba nada de inglés. En 1941 la Marina le rechazó como voluntario, pero en medio del pánico que siguió al ataque de Pearl Harbor, le alistaron directamente para servir en la sala de fuego del acorazado *Wisconsin*, donde pasó tres años antes de ser enviado a un campamento de entrenamiento de reclutas de la Marina. Allí, un joven oficial sureño llamado Betts pronunció una frase que le impresionó: «Carlos, la falta de educación formal no es un impedimento si sabes leer y te lo propones. Los libros te pueden llevar donde quieras». Oliveira declaró más tarde que la guerra convirtió a

personas como él en verdaderos estadounidenses.

Emory Jernigan, de veintiún años y proveniente de una familia de granjeros muy pobre de Florida, decía que lo que más echaba de menos eran los paseos por el bosque. Como marinero comía mejor que cuando era pequeño, aunque echaba de menos el puré de sémola de maíz. Cuando ocupaban las posiciones de combate en la sala de máquinas de proa, Jernigan y sus compañeros sentían las sacudidas de la batalla por encima de ellos. Tenían siempre muy presente que si los conductos de vapor se rompían, ellos se cocerían en cuestión de segundos. Cuando las hélices giraban a toda velocidad, los ejes chirriaban, «era un sonido retorcido, como si las hélices quisieran salirse de sus soportes. Los timones de dirección y las líneas hidráulicas gemían durante su labor, y las explosiones bajo el agua golpeaban el casco justo por donde nos encontrábamos». Después de meses de combate, la crispación nerviosa llegaba al límite: «cada vez que se caía una llave Stillson sobre una rejilla, me daba un susto de muerte». Después de haber pasado horas en semejante trance, los marineros subían a cubierta malolientes y empapados en sudor. Uno de los camaradas de Jernigan, tras experimentar lo que era la acción en una sala de municiones, no paró de suplicar hasta que consiguió que le pasaran a un puesto en cubierta.

Para algunos marineros, la incomodidad de la vida en las embarcaciones pequeñas era intolerable. Por eso trataban de conseguir traslados, especialmente después de vivir las experiencias de los tifones: se perdieron muchas vidas cuando tres destructores estadounidenses se fueron a pique a causa del gran vendaval que azotó el Pacífico en diciembre de 1944. Sin embargo, lo positivo era que en los barcos escolta y en los submarinos los soldados vivían en un ambiente más íntimo, algo imposible en un gran buque tripulado por 3000 hombres, donde ninguno llegaba a ver todos los compartimentos de la nave. «Todos los barcos, ya sean grandes o pequeños, son como una ciudad —escribía Emory Jernigan—. Hasta un remolcador es como un pequeño pueblo». Los hombres se veían obligados a convivir durante meses y las relaciones personales fluctuaban enormemente: «Un día estabas jugando al ajedrez con un amigo, y al día siguiente no le aguantabas».

La calidad y la cantidad de las raciones en la Marina eran absolutamente envidiables para el personal del ejército de Tierra. El libro oficial de cocina de la Marina de la época contenía joyas como estas: «Los siguientes términos… se definen para el conocimiento de aquellos que no estén familiarizados con el vocabulario empleado en cocina. CANAPÉ: rebanada de pan frita en mantequilla sobre la que se sirven anchoas o champiñones. CAVIAR: huevas de esturión u otro pescado grande, usado como guarnición». En las cocinas de los grandes buques, todo era de un tamaño inmenso. La receta del pastel de bacalao comenzaba: «Tomar 20 kg de patatas y 7 kg de bacalao…». Y la del *chop suey* de ternera: «15 kg de ternera, 15 kg

de col, 0,5 litros de salsa Worcestershire…».

He aquí un menú de ejemplo extraído del libro de la Marina de los Estados Unidos en 1945:

> *Desayuno: zumo de pomelo, cereales, salchichas a la plancha, torrijas, sirope de arce, mantequilla, leche, café. Comida: crema de verduras, rosbif, salsa de carne, patatas con mantequilla, remolacha en vinagre, ensalada de zanahoria y apio, helado, panecillos, mantequilla, café. Cena: fricasé de cordero, puré de patatas, ensalada verde, vinagreta de mostaza, donuts con gelatina de coco, pan, mantequilla, té.*

Los soldados que tripulaban los destructores no se alimentaban de esta manera, sino de raciones enlatadas, pero los grandes navíos ofrecían unos menús impresionantes excepto cuando el combate, el mal tiempo o las operaciones retrasaban las citas con los buques frigoríficos. En esos momentos la comida se reducía a judías y carne de ternera en conserva.

Casi todos los recursos necesarios para la tripulación y la maquinaria de las naves llegaban por el océano, recorriendo miles de kilómetros. El sudoeste del Pacífico se conocía como «el circuito de la cabra y la col», porque desde Australia llegaban grandes cantidades de esos poco gratos alimentos. Las operaciones de logística eran de una magnitud pasmosa. Por ejemplo, en los cinco meses siguientes al 1 de septiembre de 1944, los buques cisterna de la flota suministraron, solamente a la fuerza de portaaviones rápidos, 8,25 millones de bidones de fuel oíl y más de 45 millones de litros de gasolina de aviación. Además, también se transportaban miles de bidones de lubricante de catorce grados distintos, gases comprimidos, oxígeno, depósitos desprendibles de repuesto, correo, personal y comida. También hacía falta agua dulce constantemente. El calor hacía que los depósitos se contaminaran de bacterias, lo que exigía que se vaciaran para limpiarlos. Los marineros estaban tan desesperados por tomar un buen trago que construían alambiques o extraían alcohol de los sistemas de propulsión de torpedos. Es posible que esta última práctica subiera la moral de la tripulación, pero también acortaba muchísimo el alcance de los proyectiles.

El ambiente era distinto en cada barco y dependía mucho de la personalidad del capitán. Algunos eran admirados, incluso se preocupaban por el bienestar de sus hombres, pero otros no. El capitán del *Franklin* berreó a sus camareros por medio del sistema de megafonía: «¡los negros sois la peor panda de chapuceros que he visto nunca!». Un miembro de la tripulación indignado decía: «Sonaba como un paleto de Georgia, ¡enfrente de 3000 hombres! No estaba bien». Al capitán de otro portaaviones lo describieron como: «uno de los oficiales más irascibles e inestables que jamás se haya ganado el cuarto galón, pero era un cerebro para el cálculo». De otro capitán más, sus oficiales decían que «tenía muy mal genio, era emocionalmente inestable… bebía más de la cuenta demasiadas veces; tenía tendencia al comportamiento insultante, especialmente si estaba bebido». Un oficial de un

destructor registró en su diario el abatimiento que le producía su patrón: «el viejo está cada vez más insoportable. Tiene algún problema mental. El pobre diablo nos dijo anoche que no valíamos ninguno para nada y que profesionalmente somos bazofia». Los procedimientos doctrinales que se habían implantado en toda la flota sirvieron de algo, pero no eran suficientes para aliviar la infelicidad que creaban los malos capitanes. Los grandes buques siempre estaban comandados por oficiales corrientes, pero para estar al mando de un crucero o un portaaviones era esencial tener una experiencia mínima de navegación de seis años. Muchas embarcaciones más pequeñas, no obstante, estaban en manos de reservistas.

Ben Bradlee sugiere que algunos oficiales de reserva, civiles vestidos de uniforme, desempeñaron su tarea mejor que los oficiales profesionales: «No habíamos pasado años aprendiéndolo todo sobre cómo funcionaban las cosas, pero sabíamos usarlas». Uno de los capitanes de Bradlee, un *marine* profesional, era conocido por su ineptitud a la hora de amarrar un barco ya que a menudo se le rompían las líneas de amarre. Un día, harto de intentarlo sin éxito, se volvió hacia un teniente reservista que estaba en el puente y le dijo: «Maldita sea, no puedo parar a este hijo de puta. Hazlo tú». Como los marineros no profesionales sabían tan poco, los manuales de la Marina detallaban minuciosamente hasta el más mínimo aspecto de las tareas que tenían que realizar los hombres. Por ejemplo, el documento sobre la organización y reglamento de la flota estadounidense del Pacífico decretaba: «Los camareros deben mantener siempre una higiene meticulosa… los cocineros, panaderos y carniceros de servicio deben llevar el “gorro de chef”. No se permite estar desnudo en la cocina o en los comedores… el uso de lenguaje blasfemo y obsceno está prohibido».

La moral se veía muy afectada por las cartas que recibían los hombres desde sus hogares. Cuando el silbato anunciaba la llegada del correo, los silbidos y las exclamaciones de entusiasmo recorrían todo el buque. Emory Jernigan se sintió avergonzado cuando su capitán le reprendió por no haber escrito a su madre, que se había quejado. Los rumores eran constantes: que los japoneses iban a rendirse; que el barco se dirigía a un astillero para ser reparado; que el próximo objetivo era Okinawa, o Leyte, o Peleliu. Los buenos comandantes informaban frecuentemente a su tripulación, comunicándoles todo lo que sabían sobre lo que la flota y el buque estaban haciendo. Esto era especialmente importante durante el combate, cuando cientos de hombres permanecían aprisionados en compartimentos de acero por debajo de la cubierta. Por su propia cordura, necesitaban saber lo que significaba una detonación gigantesca que no podían ver; si su equipo iba ganando; a veces, si los daños a su propio barco eran tan graves como parecía por las sacudidas, los gritos y el humo que entraba por los ventiladores.

A finales de 1944, hasta los buques más grandes estaban abarrotados. Había

todavía más artilleros, que se apretujaban en la cubierta superior, para operar las baterías y armas antiaéreas adicionales; había un 10 por 100 de exceso de personal para compensar a los que habitualmente «perdían el barco» cuando navegaban a la zona de combate; y también más oficiales. Los expertos en una u otra cosa —fuego antiaéreo, torpedos humanos, armamento antiminas— se aglomeraban en los comedores de cubierta para la desilusión de aquellos que tenían que ceder el espacio. El comodoro Arleigh Burke observó con ironía que los visitantes salían del portaaviones con la impresión de que «la batalla más importante era la que se libraba allí por la comida y el espacio vital». Pero la falta de espacio no solo afectaba a los hombres. En esos momentos se disponía de más recursos tecnológicos de los que los barcos podían albergar. El exceso de peso en las superestructuras ponía en peligro la estabilidad de los buques. Un oficial lamentaba: «cada vez que traemos algo nuevo, ellos [los capitanes de los barcos] no quieren renunciar a lo que ya tienen a bordo, pero quieren también el artículo nuevo. Hemos llegado a un punto de saturación, ya no podemos meter nada más».

Los hombres anhelaban tener una oportunidad de estirar las piernas en tierra, pero esto en la práctica se reducía a entrever una franja de coral y palmeras poco estimulante. Por ejemplo, el jovial comodoro «Scrappy» Kessing, un oficial de avanzada edad que se había escapado del hospital para tomar parte en la guerra, proporcionó a los hombres unas instalaciones para descansar y recrearse en el atolón de Mongong —«la isla Mog Mog», como la llamaban los marineros—. En un solo día pasaron por allí 20 000 hombres. En marzo de 1945, antes de Okinawa, 617 barcos echaron el ancla allí. James Hutchinson, del acorazado *Colorado*, se apuntó al grupo de boxeo de su barco como excusa para desembarcar en Ulithi para entrenar. La base de reparaciones de Ulithi era un milagro de la logística, pero no contaba con muchas diversiones que ofrecer a los marineros cansados. Los marineros hacían cola durante horas para conseguir una plaza en un bote que les llevara a la orilla, donde se les podía repartir tal vez cuatro latas de cerveza por cabeza. Los oficiales se abrían paso para entrar al club de oficiales más masificado del oeste del Pacífico para pasar un rato bebiendo en ese lugar ruidoso antes de volver a sus barcos.

Las instalaciones de la isla de Manus se consideraban mucho mejores, pero solo se visitaban cuando los barcos necesitaban reabastecerse de bombas y munición. Incluso esta necesidad se satisfacía a menudo en el mar. Después de la guerra se rindieron falsos homenajes al compañerismo entre los barcos de guerra y los buques de abastecimiento, tripulados por civiles. Lo cierto, sin embargo, es que estos últimos eran en muchos casos perezosos e indisciplinados, y alardeaban frente a los *marines* de que cobraban más que ellos. Un capitán de crucero, al salir de Leyte, oyó los ofensivos comentarios de un tripulante de un buque de abastecimiento, que gritaba a los hombres desde el muelle: «¡Imbéciles!, ¡imbéciles! A mí me pagan veinte pavos

al día, ¿cuánto os dan a vosotros?».

A bordo de un portaaviones, las operaciones de vuelo y el mantenimiento de los aparatos exigían una actividad casi incesante. En otros barcos, sin embargo, podían pasar semanas o meses de monotonía que se interrumpían solo ocasionalmente. Del enemigo apenas llegaban a ver nada más que los proyectiles que lanzaba. El teniente Ben Bradlee vio a dos japoneses en toda la guerra. En una ocasión divisó a un piloto cuyos rasgos helados pudo distinguir antes de caer al mar a unos metros de la proa del barco. La segunda vez, cuando su destructor salía de Corregidor, Bradlee avistó una figura en el mar, nadando con lo que parecía un camisón rasgado. Le enviaron en un bote a recogerle mientras un estridente coro de marineros gritaba desde la barandilla: «¡Vuélvelo a tirar!».

La guerra naval implicaba pasar abruptamente de la rutina al terror y de nuevo a la rutina, lo que contrasta con el desconcierto y el miedo constante que era el pan de cada día de los soldados de infantería en tierra. A bordo de un barco, a cualquier hora del día o de la noche un aviso podía electrificar a los hombres. «El anuncio que realmente hacía cundir el pánico era: “Zafarrancho de combate… zafarrancho de combate… todos los hombres a sus posiciones de combate” —escribía un oficial—. Aunque lo hayas escuchado cincuenta veces antes, siempre se reacciona como la primera vez». Un oficial de un portaaviones, el alférez Dick Saunders, decía: «Cuando llega la acción, todo sucede tan deprisa que nunca se está lo suficientemente preparado. En cuestión de segundos ha pasado todo y entonces toca esperar y esperar hasta la próxima».

## 2. PILOTOS

A pesar de la majestuosidad de los grandes buques y del espectáculo apasionante de los destructores y los torpederos surcando los mares a toda velocidad, para 1944 ya todos los marineros del Pacífico sabían que lo que realmente contaba era la potencia aérea: los bombarderos Avenger, los bombarderos en picada Helldiver, los cazas como el Hellcat y el Corsair. La flota operaba dividida en grupos de tarea formados por cuatro portaaviones acompañados de sus escoltas correspondientes. Concentrar los portaaviones permitía reducir el número de patrullas permanentes de cazas necesarios para cubrirlos de los ataques aéreos japoneses. Los grandes barcos preferían operar en mar abierto para tener el máximo margen de maniobra y estar menos expuestos a las sorpresas. Además, eran vigilados por sistemas de radar instalados en destructores que se situaban a muchos kilómetros a la redonda para poder avisar a tiempo. Unos años antes, el apoyo aéreo prestado desde portaaviones no se consideraba un buen sustituto del que se prestaba desde bases terrestres. En 1945, los bombarderos pesados seguían sin poder operar desde las cubiertas de vuelo,

pero la flota aérea de la Marina de los Estados Unidos era tan vasta que tenía capacidad de golpear de forma devastadora cualquier objetivo, tanto en el mar como en tierra. Cada uno de los portaaviones de la flota llevaba alrededor de cincuenta cazas, treinta bombarderos en picada y doce aviones torpederos. Las principales limitaciones a las que se enfrentaban las flotas de Nimitz a la hora de apoyar las operaciones en tierra era la situación meteorológica y el anhelo de los almirantes generales por cumplir sus propios objetivos estratégicos eludiendo su engorrosa responsabilidad hacia los soldados y *marines*.

Los miembros de los grupos aéreos llevaban uniformes que les identificaban como integrantes de la Marina, pero los pilotos de la «Marina de zapatos marrones» se consideraban una casta aparte. Sus vidas estaban casi completamente desvinculadas de las de los tripulantes de sus buques nodriza. Hasta la última fase de la guerra, se calculaba que aproximadamente un tercio de la tripulación de los portaaviones moriría, ya fuera en combate o en accidentes, inevitables en las operaciones de vuelo a alta presión. Un fallo en la catapulta, un aterrizaje descuidado, el fuego antiaéreo que ocasionaba daños en el sistema hidráulico o el tren de aterrizaje… Todas estas cosas podían matar a un hombre, y de hecho lo hacían; la mayoría de los días morían uno o dos miembros de la tripulación, y en la planificación mensual de las operaciones de los portaaviones se contaba con que se perdería el 10 por 100 de los aparatos.

Los pilotos se levantaban de sus literas dos horas antes del despegue para vestirse y comer. Normalmente se les daban instrucciones para la misión de combate la noche anterior. A la orden de «¡Pilotos, a sus aviones!», se apresuraban a salir por las escotillas y acudir a la cubierta de vuelo por las pasarelas. Los capitanes les esperaban junto a las alas, preparados para abrocharles las correas de seguridad del asiento. Si era de noche o estaba oscuro, la tripulación de cubierta señalaba el camino hacia la plataforma de despegue con indicadores luminosos. Antes de despegar, a los torpederos más pesados se les colocaban los aparejos de la catapulta mientras los pilotos repasaban las instrucciones de la misión. Los cazas normalmente despegaban sin ayuda. Entonces, a intervalos de varios segundos, se indicaba a cada avión que podía poner en marcha los motores y se les impulsaba con la catapulta. Al despegar, los tripulantes dejaban atrás una situación de relativa calma y comodidad para adentrarse en el calor del combate y experimentar sensaciones y miedos que pocos marineros conocían. Después volvían a aterrizar bruscamente sobre la cubierta ondeante del portaaviones, donde eran detenidos violentamente enganchándolos a los ganchos de frenado. Una vez detenidos, salían de la cabina con el cuerpo entumecido después de haber pasado hasta siete horas sentados en un incómodo asiento eyectable: era el momento de dar parte de su misión y probablemente tomarse un chupito de Bourbon. Para los oficiales de la Marina, los aviadores eran desesperantes.

A la mayoría no les importaba nada el honor ni la tradición del servicio ni la disciplina del buque: pensaban que mientras salieran a combatir con sus aviones, lo demás no era asunto suyo.

El resto de soldados de la Marina de los Estados Unidos tal vez no bebiera en absoluto, pero en los escuadrones aéreos casi todos lo hacían. Por ejemplo, el comandante Herbert Riley, antiguo asesor de Franklin Roosevelt y uno de los dos únicos militares de carrera a bordo del portaaviones *Makassar Strait*, escribió: «En todos los portaaviones había licor medicinal, que solo podía usarse bajo la supervisión de los cirujanos de vuelo. Se empleaba generosamente… El licor tenía sus usos, créame». Después de una de las primeras misiones de su escuadrón, descubrió a los cirujanos de vuelo «dispensando licor en vasos de agua… los pilotos estaban borrachos como cubas».

A partir de entonces, Riley introdujo una serie de normas. Ordenó transformar un camarote desocupado en un club donde los aviadores pudieran tomar un trago —que decoraron con fotos de chicas guapas de la revista *Esquive*—. Dentro del club cada aviador tenía derecho a dos consumiciones cada noche, siempre que no tuviera que volar al día siguiente. El comandante Bill Widhelm, un oficial de operaciones de la fuerza operativa 58, se quejaba amargamente de la discriminación que sufrían los soldados ordinarios respecto a los oficiales en lo referente al reparto del alcohol: «Hay hombres ahí, en esos barcos, que no han puesto un pie en tierra firme desde hace un año. No veo por qué no podemos hacer como los británicos, dar a esos soldados un trago. Los pilotos han bebido lo suyo, yo también. Pero a los reclutas nunca se les permite». El comandante Jim Hancock solicitó permiso para multar a los aviadores por sus faltas, ya que los castigos tradicionales de la Marina no significaban nada para ellos:

> *Estos jóvenes pilotos… no son oficiales de la Marina a la antigua usanza. Simplemente vuelan porque es su trabajo… La disciplina… no significa nada para ellos. Si dices: «vamos a prohibir volar a este piloto», bueno… de todas formas ellos no quieren hacer misiones de combate, así que no les importa quedarse en tierra… se pasan todo el día en la litera leyendo… Pero si les quitas algo de dinero, eso sí lo notan.*

El comandante Jim Mini, del *Essex*, tenía una opinión similar:

> *Los chicos que conforman un escuadrón hoy en día no consideran que su servicio en la Marina sea su carrera. Hay un problema de liderazgo; tienes que conseguir caerles bien. No puedes confiar en ser un comandante y decirles, «haz esto, haz lo otro». Tienes que presentárselo de manera que les resulte atractivo… Puedo decir con seguridad que si [el periodo de servicio] hubiera durado mucho más, habríamos tenido problemas, y los chicos habrían sido aún más difíciles de controlar.*

Una gran proporción de los aviadores causaban problemas disciplinarios, según declaraba un informe de la Marina: «La misma naturaleza exigente de la aviación se

combina con la juventud y, con frecuencia, también con la irresponsabilidad de los oficiales de vuelo y así se crean dificultades. Se ha creado una junta especial para controlar estos problemas». Las cartas que los aviadores enviaban a casa mostraban su despreocupación por la seguridad; los chicos rompían las reglas al escribir diarios; y «la bebida es un problema frecuente».

Las misiones de combate desde portaaviones se encontraban entre las más emocionantes de la guerra, pero también entre las más estresantes. Ted Winters comentaba lo siguiente acerca de una de sus misiones más largas: «No es cuestión de cuánta gasolina llevas, es cuestión de cuánto tiempo puedes soportar con el culo pegado a ese asiento». Operar un avión desde una plataforma sobre el océano, atestada y en perpetuo movimiento, es de por sí una actividad peligrosa, incluso antes de que entre en juego el enemigo. Un piloto escribía:

> *Nos acostumbramos a escuchar, siempre atentos a cualquier cambio en el sonido del motor que pudiera revelar la pérdida de potencia. Siempre nos alegrábamos si el viento soplaba moderadamente, porque incrementaba la corriente de aire por la cubierta de vuelo. Cinco o diez nudos podían marcar la diferencia entre un despegue cómodo y otro que nos hacía sudar.*

Además de las bajas en combate, la bitácora de un escuadrón de Corsair del portaaviones *Essex* registraba que, durante un periodo típico de quince días, cada dos días un avión rozaba el agua durante el despegue; el segundo día, un avión se estrelló al aterrizar. Tres días más tarde, un Corsair se perdió en el mar. Después de esa fecha, tres aviones iban a parar al mar cada dos días. Los aterrizajes problemáticos sobre cubierta dañaban el armazón de las aeronaves. Sherwin Goodman, un artillero de un Avenger, sufrió un típico percance una mañana cuando la catapulta hidráulica de la cubierta de vuelo falló a mitad de un lanzamiento. Su avión cayó en picado al mar. Segundos más tarde, el enorme buque pasó tan cerca de él que lo golpeó de refilón. Un destructor recuperó a la tripulación intacta y recogió la recompensa habitual por devolver los hombres al portaaviones listos para seguir con las operaciones: veinticinco litros de helado.

«*Oh I'd rather be a bellhop than aflyer on aflat-top* —cantaban los soldados— *with my hand around a bottle not around the goddamn bottle*[6]». El mal tiempo imprevisto causaba tantos problemas de navegación que podía reducir a chatarra escuadrones enteros. Un error podía suponer caer en picado al agua cuando la gasolina se terminaba. Al igual que los pilotos con base en tierra, todos los hombres querían pilotar un caza y enfrentarse al enemigo a bordo del mejor avión de combate de la guerra, el modelo Hellcat de la casa Grumman. Es excitante entrar en combate sabiendo que el propio bando posee pilotos mucho mejor entrenados, y por lo tanto más expertos, que el enemigo. A finales de 1944, el piloto medio japonés tenía solo una experiencia de cuarenta horas de vuelo antes de entrar en combate, mientras que los pilotos estadounidenses contaban con una experiencia de al menos 525 horas de

vuelo; y eso se notaba. En la última fase de la guerra, los cazas a bordo de los portaaviones estadounidenses estaban infligiendo unas pérdidas completamente desproporcionadas a su enemigo. El comandante Winters relata: «La mayoría de nuestros ataques eran desde atrás. [Los japoneses] se morían de miedo por los Grummans. Solo se quedaban cerca cuando eran muchísimos más que nosotros. Hacían pasadas, pero se mantenían lejos y se largaban cuando te volvías a por ellos». Ese comportamiento tan cauto del enemigo parece muy alejado del espíritu kamikaze, del que tanto se hablaría en 1945.

Las misiones eran más peligrosas cuando se trataba de bombardear sobre tierra o atacar a embarcaciones. La misiones a bajo vuelo de los bombarderos en picada y los torpederos eran agotadoras hasta el final. A Lamade, a bordo del *Hancock*, le sorprendió la intensidad del fuego japonés cuando él y sus hombres bombardearon en picado sus objetivos alrededor de Hong Kong. Con una sofisticación fuera de lo común, los aviones con artillería antiaérea del enemigo siguieron a las aeronaves norteamericanas casi hasta llegar a ras de suelo, descendiendo desde los 4500 metros de altura a los 2500 y finalmente a menos de 1000. Al dar parte de su misión, Lamade dijo: «Durante la retirada he visto que cinco aviones de mi grupo caían en llamas. Vamos a tener que inventar alguna forma de combatir su fuego antiaéreo». Y añade: «Después de ese ataque, el almirante general McCain dijo que sentía mucho que hubiéramos perdido tantos pilotos. Yo le dije que… no podíamos seguir luchando con los japoneses continuamente sin sufrir algunas pérdidas».

Para escapar del fuego antiaéreo, los pilotos aprendieron a bajar en picado mucho más vertiginosamente que en los entrenamientos. El cristal de la cabina se empañaba con el drástico cambio de atmósfera que se producía al descender para lanzar las bombas y subir de nuevo a toda velocidad. Para sobrevivir a este tipo de combate era especialmente importante ser decidido pero prudente. Fred Bakutis, a bordo del *Enterprise*, daba parte de su misión a sus superiores: «Teníamos cuatro o cinco pilotos demasiado ansiosos. Eran chicos excelentes, pero muy llenos de energía y difíciles de sosegar. Este tipo de soldados normalmente son los que no vuelven, porque están tan ansiosos por dañar a los japoneses que se arriesgan más de lo razonable». Pero también había pilotos cautelosos que se contentaban con soltar sus bombas y volver rápidamente a cubierto con una despreocupación que exasperaba a sus comandantes. Y como se trataba de chicos muy jóvenes, y a veces también irresponsables, en ocasiones usaban sus armas letales de forma insensata. A los oficiales de alto rango les irritaba la frecuencia con que algunos aviones estadounidenses, confundidos con japoneses, eran derribados por el «fuego amigo» de las patrullas de combate aéreas. Una pareja de pilotos jóvenes aburridos, incapaces de identificar un objetivo enemigo, podían acabar pagando su frustración con un barco de pesca o un carro filipino que pasaba cerca de la orilla.

La tarea que a nadie agradaba eran las operaciones nocturnas. Los despegues y aterrizajes en la oscuridad eran más peligrosos y la monotonía de las patrullas normalmente no se veía interrumpida por la acción. Durante el día, si un piloto no iba bien encaminado a la cubierta de aterrizaje, se le hacían señales para que lo volviera a intentar. Pero en la oscuridad tenía que aterrizar y cargar con las consecuencias, para no poner en peligro el buque al obligarle a encender otra vez las luces de aterrizaje. Turner Caldwell, comandante de un escuadrón nocturno del *Independence*, declaraba:

> *Lo que quieren los chicos es formar parte de un escuadrón diurno de cazas o de aviones torpederos, llegar a ser héroes y hundir a los portaaviones japoneses, y ese tipo de cosas. Así, que tenemos que darles alicientes de distintas clases porque son chavales y no entienden lo suficiente de la vida militar como para saber que este tipo de cosas hay que hacerlas. Lo único que saben es que ellos no las quieren hacer.*

Mientras los tripulantes de un portaaviones podían pasarse años enteros en el mar, los hombres de los grupos de vuelo sabían que no eran más que visitantes pasajeros. Los que no morían o resultaban heridos rotaban y volvían a tierra después de seis meses de servicio. Según un informe de la Marina, después de dos periodos de combate, los pilotos «perdían la audacia… sentían que ya habían desempeñado su papel y que otros pilotos que no habían combatido debían tomar el relevo». En Guam se mantenía un reemplazo de pilotos. Otros esperaban en los buques de abastecimiento de la flota, condenados a aburrirse a muerte durante semanas hasta que una mañana se les informaba súbitamente de que les tocaba el turno. Entonces se les transportaba en un bote de salvamento para unirse a un grupo de vuelo. Algunos reemplazos permanecían ociosos en el mar durante meses antes de llegar a un portaaviones. Un comandante de escuadrón se quejaba: «Cuando llegaron no servían prácticamente para nada porque ya habían olvidado todo lo que se les había enseñado». Era duro para un hombre verse obligado a convivir con extraños, junto a quienes tendría que volar y tal vez morir en tan solo unas horas. Jim Lamade, del *Hancock*, decía: «De repente, se supone que tienen que lanzarse con un escuadrón de combate y dar justo en el blanco… esos chicos se desaniman, y es comprensible». Uno de esos jóvenes comunicó que estaba enfermo. Los cirujanos de vuelo tenían que ser duros. Según Lamade: «La fatiga de combate es un término que usamos continuamente y nadie sabe lo que significa. Cubre una multitud de pecados. Creo que tendríamos que eliminarla de nuestro idioma».

Los comandantes de escuadrón se encontraban con que el esfuerzo de liderar a sus hombres durante el combate no les dejaba mucha paciencia y energía con que desempeñar sus tareas rutinarias una vez de vuelta en el buque. Se quejaban de la burocracia y el papeleo. Un comandante se exasperó al descubrir que después de que sus hombres bombardearan por equivocación el aeródromo de Macao, que era una colonia portuguesa y por tanto neutral, se puso en marcha un tribunal de investigación. Los aviones, por el contrario, eran material fungible. La sal corroía la

pintura, pero el remedio siempre era escaso porque nadie se preocupaba por almacenar grandes cantidades de pintura altamente inflamable. Cuando el armazón de un avión se dañaba seriamente o una aeronave cumplía ocho meses de servicio, la mayoría de las veces simplemente se tiraba por la borda. Con las fábricas en Estados Unidos produciendo aeronaves nuevas por millares, un avión deteriorado no tenía mucho valor para ellos.

Siempre había accidentes. Los errores eran inevitables cuando tanto los jóvenes cansados como sus equipos llegaban al límite de sus capacidades. A veces se disparaban las armas de las aeronaves aparcadas en las cubiertas de vuelo, dañando a otros aviones o hiriendo a algún miembro de la tripulación. Los aviones que resultaban muy deteriorados a causa del combate no aterrizaban en los portaaviones para evitar obstaculizar las cubiertas de vuelo. Los aterrizajes de emergencia en el mar eran riesgos del oficio casi rutinarios. Los destructores seguían muy de cerca a los portaaviones durante las operaciones de vuelo para rescatar a los soldados empapados. Si los pilotos tenían suerte y se aseguraban de que la cubierta de la cabina estaba bloqueada para evitar que se cerrara, podían salir del aparato y sobrevivir a un aterrizaje en el océano. Noventa y nueve de los hombres del grupo de Lamade pasaron por esa experiencia, la mayoría con una despreocupación que solo puede concebirse en ese lugar y en ese momento.

Fred Bakutis, del *Enterprise*, pasó una semana en una balsa en el mar de Sulu después de caer en el estrecho de Surigao. Sus camaradas le lanzaron una balsa salvavidas de dos plazas. «Eso, más mi propia balsa individual hizo que mi misión de siete días ahí fuera resultase bastante placentera», decía afectando despreocupación al dar parte de lo ocurrido. «El tiempo fue bastante bueno excepto una noche en que llovió con bastante fuerza. Tenía un montón de agua porque usé mi balsa como depósito. Me alimenté de pequeños peces, algas y raciones de caramelo. El mayor problema era la incomodidad. Me hice mucho daño en las manos, y también en el trasero». Durante la séptima noche que Bakutis pasó a la deriva, el sonido de unos motores le despertó de su ligero sueño. Por unos instantes el corazón se le paró temiendo que se tratara de una embarcación japonesa pero, para su infinito alivio, un submarino estadounidense emergió de la oscuridad.

Los submarinos del servicio de rescate, que a menudo operaban muy cerca de la orilla entre traicioneros bancos de peces o bajo el fuego japonés, recibieron la gratitud de todos los aviadores estadounidenses. Junto con los hidroaviones anfibios «Dumbo» y las patrullas de destructores, los submarinos obraron milagros al salvar a cientos de aviadores del mar, los tiburones y el enemigo. El comandante Ernie Showden del grupo de vuelo 16 con base en el portaaviones *Lexington*, rindió un caluroso homenaje a los tripulantes de los submarinos: «Si tuvieran ruedas creo que llegarían hasta la playa para rescatarnos. No tenemos más que elogios para ellos». Por

ejemplo, el 10 de octubre de 1944, durante el ataque a las islas Ryukyu, fueron derribadas veintiuna aeronaves estadounidenses. Solo se perdieron once aviadores: el resto fueron rescatados cerca de Okinawa, seis de ellos por un solo submarino, el *Sterlet*. Cuando el teniente Robert Nelson se estrelló en la bahía de Kagoshima, en la isla de Kyushu, el mar comenzó a arrastrar su bote hacia la orilla. Un pequeño hidroavión Kingfisher con base en un crucero aterrizó a su lado para que Nelson pudiera agarrarse a su plataforma flotante. Así fue transportado durante varios kilómetros hasta que el vehículo se reunió con un submarino. Por el camino, el hidroavión aumentó su carga al recoger además al tripulante de un avión torpedero.

Durante un combate aéreo cerca de Iwo Jima, el piloto japonés Kunio Iwashita, que pilotaba un Zero, se quedó asombrado cuando vio cómo una forma negra y alargada desgarraba la superficie del mar: un submarino estadounidense salía a la superficie para rescatar a un piloto. Un hidroavión de canoa, aparentemente con la misma misión, fue derribado por los cazas japoneses. Iwashita decía: «Estábamos muy sorprendidos al ver que los estadounidenses se tomaban tantas molestias para salvar a sus hombres. Nosotros no teníamos ese tipo de servicio». Un ejemplo extremo de la «protección de las fuerzas» tuvo lugar el 16 de septiembre de 1944, cuando el alférez Harold Thomson cayó a menos de 300 metros de Waisile, mientras bombardeaba las barcazas japonesas desde un Hellcat. Un hidroavión Catalina lanzó a Thomson una balsa salvavidas, pero el marinero se encontró arrastrado irremediablemente hacia un muelle. Dos Hellcats más fueron derribados cuando trataban de protegerlo bombardeando la orilla; uno de los pilotos murió y el otro fue rescatado por un «dumbo». Thompson amarró su balsa a una cadena de barcazas japonesas y dos lanchas torpederas estadounidenses se dirigieron a toda velocidad a rescatarle. El primer intento resultó frustrado por el fuego proveniente de la costa, pero después de que los Avengers lanzaran boyas fumígenas para enmascarar su aproximación, un bote agarró rápidamente a Thomson justo cuando los japoneses se cernían sobre él. Más de cincuenta aeronaves tomaron parte en el rescate, «que sin duda fue un espectáculo digno de ser presenciado», según declaraba el propio Thomson una vez a salvo a bordo del portaaviones *Santee*.

Era tradicional que los destructores extrajeran su propia «recompensa» de los pilotos que rescataban. Un oficial escribía:

> *Los pilotos rescatados eran posesiones muy valoradas. Antes de mandarlos de vuelta a sus bases, les quitábamos las mejores ropas, la bufanda de seda, los mapas, los equipos de supervivencia que incluían unas navajas estupendas, las brújulas y lupas, y la pistola. Después pedíamos al portaaviones que nos mandara todo el helado que tuvieran más un mínimo de dos películas que nuestra tripulación no hubiera visto.*

Para el otoño de 1944, el poderío de la Marina de los Estados Unidos en el

Pacífico era insuperable. Ningún adversario racional habría provocado un enfrentamiento directo con unas fuerzas como las que Nimitz había desplegado. Los conflictos que habían tenido lugar durante el verano, en la batalla de las Marianas, habían reducido enormemente la potencia aérea japonesa. Solo la Armada japonesa, con el fatalismo y desesperación que aquejaba a sus altos mandos, podría haber buscado un «encuentro decisivo» con tan pocas probabilidades de ganar. La lucha por las Filipinas sería el escenario no solo de la mayor campaña terrestre estadounidense durante la guerra del Pacífico, sino también de la mayor batalla naval que el mundo llegaría a presenciar.

# 5

# El regreso de los Estados Unidos a Filipinas

### 1. PELELIU

MacArthur se marchó de Hawái el 27 de julio de 1944 convencido de que había conseguido la aprobación de su propósito de retomar Filipinas. Sin embargo, cuando los jefes de Estado Mayor británicos y estadounidenses se reunieron en Quebec el 11 de septiembre para inaugurar la conferencia estratégica «*Octagon*», los planes estaban aún encima de la mesa, no solo los de los desembarcos de noviembre en Mindanao y seguidamente en Leyte y Luzón, sino también las alternativas de tomar Formosa y el puerto de Amoy, en la China continental. No obstante, en los días siguientes, los líderes estadounidenses que se habían reunido —no se consultó a los británicos acerca de esta cuestión exclusivamente americana— se encontraron con que las circunstancias habían cambiado. Durante la planificación de las operaciones de otoño de la 3.ª Flota, Halsey y el personal a su cargo habían acordado que, en el futuro, en lugar de limitarse a perseguir los objetivos establecidos de antemano, también buscarían otras oportunidades. De acuerdo con esta política, los portaaviones rápidos recorrían ahora el oeste del Pacífico, lanzando ataques masivos sobre las fuerzas aéreas japonesas que habían logrado sobrevivir. El 12 de septiembre partieron de Filipinas 2400 misiones de combate estadounidenses que dieron cuenta de unos doscientos aviones japoneses en tierra y aire.

El día trece a las doce del mediodía, el almirante telegrafió a Nimitz un informe que decía que la resistencia japonesa era débil, y este lo reenvió con toda prontitud a Quebec. Halsey, que no estaba al tanto de que el enemigo estaba dosificando los recursos deliberadamente, reservándolos para una «batalla decisiva» en Filipinas, instó a que el programa estratégico se adelantara. Propuso cancelar todos los desembarcos preliminares en las islas y perpetrar un ataque rápido en Leyte. Esta fue la más influyente de las intervenciones de Halsey en la guerra. Un cambio de planes así era algo complejo, pero perfectamente factible: la nación poseía ahora el dominio marítimo y aéreo del teatro, lo que le permitía redirigir a cualquier otra playa todos los soldados y toneladas de recursos destinados a un objetivo.

MacArthur se encontraba en alta mar, donde no disponía de comunicación por radiotelegrafía, pero su personal aceptó la propuesta de Halsey al considerarla una

manera de zanjar el debate de Formosa y Filipinas. El general, una vez hubo recuperado las comunicaciones, se apresuró a dar su aprobación. No dijo nada de las opiniones bien justificadas de su personal de inteligencia, que pensaban que los defensores japoneses de Leyte eran más fuertes de lo que Halsey reconocía. Y lo que es más grave, tampoco mencionó que sus ingenieros consideraban que sería difícil construir buenos aeródromos en la isla, y casi imposible durante los meses del inminente monzón. Durante los treinta meses transcurridos desde que él mismo escapó de Bataan, los interrogatorios personales de MacArthur a todos los estadounidenses que habían huido de Filipinas «revelaban la preocupación de un hombre cuyo anhelo por recuperar su amada “segunda patria” se había convertido prácticamente en una obsesión», en las palabras de un biógrafo. El general no tenía ninguna intención de hacer públicos los obstáculos para la realización de ese anhelo.

En Quebec, después de una consulta apresurada con los jefes de Estado Mayor estadounidenses, se programó el desembarco de Leyte para el 20 de octubre. El almirante general King se mostró insistentemente en contra de que a este desembarco le siguiera otro en Luzón, la isla principal de Filipinas, pero sus argumentos fueron rechazados. La Marina retiró su apoyo al ataque de Formosa cuando resultó evidente que, por razones de logística, sería imposible realizar un desembarco allí antes de marzo de 1945, y además requeriría unas fuerzas mucho mayores de las que disponían ahora. Filipinas, por el contrario, era accesible de inmediato. La planificación del ataque a Leyte comenzó en el cuartel general de MacArthur junto a la ribera del lago Sentani, en las montañas Cíclope al norte de Hollandia, Nueva Guinea. Una vez que se tomó la decisión de recuperar Filipinas, no quedaban razones ni tampoco recursos para atacar Formosa en seguida. Dado que la toma de Formosa era esencial para realizar desembarcos en la costa de China, estos últimos también se descartaron. Tal como escribió el gran historiador de la Marina estadounidense, Samuel Eliot Morison, «las dos carreteras rivales… convergían ahora en Leyte». Se cancelaron todas las operaciones intermedias menos dos. Primero, el 15 de septiembre, cerca de 20 000 hombres desembarcaron en la isla de Morotai, al sudeste de Filipinas, y tomaron su base aérea tras enfrentarse a una oposición insignificante. Como consecuencia, a finales de octubre Morotai estaba abarrotada de aeronaves estadounidenses esperando para trasladarse a la base de Leyte. Segundo, Nimitz y MacArthur estaban convencidos de que era importante tomar las minúsculas islas Palau —de las cuales Peleliu era la más importante— y apoderarse de sus bases aéreas antes de atacar Leyte.

Los convoyes para la invasión de Palau ya llevaban varios días en el mar. A bordo de uno de los barcos se encontraba William Rupertus, general de la 1.ª división de la Marina, que recorrería en total cerca de 3500 km para llegar allí desde Guadalcanal. Los pesados buques de desembarco avanzaban a una velocidad de tan solo 7,7 nudos,

incluso más despacio que los buques transporte, que llegaban a los 12,1 nudos. El general de brigada O. P. Smith, comandante adjunto de la división, ocupó el tiempo durante el viaje leyendo un par de novelas de la biblioteca del barco: *Yankee from Olympus* de C. D. Bowen y *El difunto George Apley* de J. P. Marquand. La tranquilidad a bordo se interrumpía por las insistentes órdenes y amonestaciones que el patrón de la embarcación dispensaba desde el puente, a través del megáfono. Smith no consiguió trabar amistad con el perro del buque, «un cocker spaniel distante que no hacía caso a nadie más que al capitán». Al aproximarse a las islas Palau, incluso los que ya eran veteranos en desembarcos en el Pacífico quedaron impresionados por la magnitud de las fuerzas navales allí reunidas: había unas 868 embarcaciones, 129 solo en el elemento de asalto. Los submarinos perseguidores guiaban la flota, los destructores la protegían y los buques de rastreo de minas despejaban el camino. Detrás de estos avanzaba una comitiva formada por buques de comando, de reconocimiento y de reparaciones; buques hospitales, buques con sistemas de redes antisubmarinos, buques cisterna, botes salvavidas, remolcadores, diques secos flotantes, dragadores, lanchas torpederas, una grúa flotante, buques de desembarco de tanques, vehículos anfibios DUKW, buques diques de desembarco y buques transporte, además de 770 pequeñas lanchas de desembarco para la 1.ª división de la Marina, y otras tantas para la 81.ª división del ejército, que se uniría a los *marines* desde Pearl Harbor.

La mañana del 15 de septiembre, en medio de un mar sereno, un resplandeciente grupo de gerifaltes observaba desde el buque de comando *Mount McKinley* cómo una flota de lanchas de desembarco se dirigía hacia la orilla. Peleliu había sufrido tres días de fuego intenso desde cinco acorazados, cinco cruceros pesados y diecisiete navíos más, que solo cesaron el fuego periódicamente para dar paso a los ataques aéreos. El almirante Jesse Oldendorf, responsable del bombardeo, declaró: «Nos hemos quedado sin objetivos». Los hombres a bordo del buque transporte del coronel Puller «Chesty» empezaron a bajar a las lanchas de desembarco cuando se encontraban a unos quince kilómetros de la orilla. Entonces, el patrón de la embarcación preguntó con chulería si Puller regresaría a tiempo para cenar. El coronel respondió irritado que esperaba que la lucha les llevara varios días. «No lo creo —dijo el marinero—. Los bombardeos de la Marina permitirán que el regimiento alcance su objetivo sin ser molestado». Puller replicó que, si eso resultaba cierto, invitaba al capitán a bajar a tierra esa tarde para cenar con los *marines* y llevarse algún souvenir. Rupertus, el comandante de operaciones, no sabía lo que era encontrarse con una gran oposición durante un desembarco, y se sentía alegremente confiado. Él pensaba que cuatro días serían suficientes para despejar la isla. Cuando los estadounidenses se aproximaban a Peleliu, el humo de los bombardeos envolvía las tierras más altas del interior. Los buques lanzamisiles disparaban una lluvia de

proyectiles antes de que la infantería subiera a sus lanchas de desembarco, y después se echaban a un lado para despejar el paso a las olas de asalto. La artillería antiaérea de las naves lanzaba proyectiles que explosionaban en el aire a las rocas que había tras los lugares donde se producían desembarcos. Puller dijo a sus hombres con su característica teatralidad: «No tomaréis ningún prisionero: mataréis a todos esos hijos de puta amarillos y punto».

Los *marines* llegaron a la playa a las 08.32. No había japoneses en las cercanías. Sin embargo, en cuestión de minutos se encontraron bajo un fuerte bombardeo que destrozó docenas de vehículos anfibios e hizo que los hombres se resistieran a exponerse y avanzar más allá de la playa. La unidad de Bill Jenkins, miembro del cuerpo médico, sufrió su primera baja solo unos segundos después de desembarcar. Se trataba de «Pop» Lujack, el hombre de edad más avanzada en toda la compañía, «un tipo de quien tenía muy buena opinión, me dolió mucho ver que le habían dado. No sabía qué hacer, pero le habían dado en la cabeza y prácticamente toda la parte posterior de la cabeza se le había desprendido, y yo estaba allí, intentando arreglar algo. Uno de los hombres se me acercó y rae dijo: “Doc, sal de ahí; está muerto”».

Más de 10 000 japoneses defendían la isla. En lugar de intentar salvaguardar la costa bajo el bombardeo estadounidense, el coronel Kunio Nakagawa había desplegado a sus hombres en el interior, en una serie de arrecifes de coral que ofrecían muy buenas vistas de la orilla. La playa de Peleliu, sacudida por el fuego enemigo, pasó a ser uno de los recuerdos más terribles de la guerra del Pacífico y costó doscientos muertos a los estadounidenses en el primer día. Aunque se habían llevado a cabo tareas de reconocimiento en la playa, Rupertus y su personal no sabían nada del terreno del interior, que era ideal para la defensa. Peleliu había sido un yacimiento minero. Cada arrecife era un laberinto de túneles, en los que los japoneses habían instalado electricidad y que habían convertido en espacios habitables, inmunes a los bombardeos. Las comunicaciones de la Marina resultaron ser tan deficientes que los comandantes se quedaron atrás intentando averiguar dónde estaban sus hombres y por lo tanto no se atrevían a solicitar un apoyo de artillería próximo. De los dieciocho tanques que desembarcaron con la 1.ª división de *marines*, tres fueron derribados antes de llegar a la playa, y solo uno se libró de ser alcanzado por los proyectiles. En medio del caos, un oficial de alto rango desembarcó para investigar por qué había tantos vehículos en llamas en la playa, pero pudo descubrir poco. La mayoría de los cuarteles generales de la 1.ª división de *marines* habían desaparecido y los de la 5.ª estaban también muy diezmados. Una explosión conmocionó de tal manera a un oficial nacido en Louisiana que empezó a murmurar en francés, lengua de su infancia.

Los japoneses contraatacaron por la tarde, apoyados por tanques ligeros; pero los estadounidenses repelieron el ataque con facilidad, haciendo pedazos al enemigo. Cuando las pequeñas tanquetas japonesas rodeaban los tanques medianos, estos

llegaban a destruir once seguidas, «como si fueran indios alrededor de una caravana de carros», en las palabras de O. P. Smith. He aquí una pauta que se repetiría en todas las batallas del Pacífico: cuando los japoneses se movían, eran masacrados; sin embargo, cuando mantenían sus posiciones era muy difícil acabar con ellos. Smith estaba sentado en su puesto de mando avanzado cuando una bomba de mortero fue a caer a muy poca distancia de la loma que le protegía. Un *marine* cayó sobre el general; un fragmento de la bomba se había alojado en la parte posterior de su cabeza. El ayudante de Smith le vendó: «La herida no era grave y el chico estaba muy hablador. Estaba casado y llevaba dos años fuera de los Estados Unidos. Para él, esa herida era un billete de vuelta a casa». La artillería estadounidense desembarcaba con lentitud en la orilla porque se habían destruido muchos vehículos anfibios. Los francotiradores represaliaban con descargas de fusilería, tan peligrosas para los norteamericanos como para los japoneses. Cuando Smith quiso dirigirse a los puestos de mando del regimiento solo consiguió encontrarlos siguiendo las líneas telefónicas.

La llegada de la noche no supuso ningún respiro. En la orilla se encontraban 12 000 estadounidenses, apiñados en una cabeza de playa en la que cada hombre apenas disponía de unos centímetros cuadrados de coral, arena e insectos. Los *marines* no ocupaban un perímetro claramente definido, sino solamente pedazos de tierra y agujeros entre cuatrocientos y setecientos metros hacia el interior, junto con más de un kilómetro y medio de costa. La mayoría de los hombres estaban absolutamente desconcertados, y solo eran conscientes del fuego enemigo. Algunos soldados japoneses treparon hasta infiltrarse en las posiciones avanzadas para lanzar granadas y poner a prueba los nervios de los estadounidenses. Uno de los hombres se encontró bajo fuego amigo incluso después de gritar la contraseña, por lo que recurrió a cantar el himno del cuerpo de la infantería de Marina. Algunos *marines* de la 7.ª división desembarcaron en medio del caos y no fueron capaces de localizar sus objetivos. Después de ir de un lado a otro, hostilizados por el enemigo y sin conexión por radio con los altos mandos, sus vehículos anfibios regresaron al *Leedstown*, su buque de asalto, bajo un intenso bombardeo de mortero. A su lado en la oscuridad, el navío se negó a dejar que los hombres subieran a bordo al suponer que habían huido. Solo a su coronel le fue permitido con reticencia que trepara por un costado hasta el cuartel general para recibir nuevas órdenes por radio. Al final, sus hombres fueron autorizados de mala gana a reembarcar, pero muchos de los ocupantes de los botes pasaron toda la noche perdidos en el mar.

A la 1.ª división le costó una semana y 3946 bajas asegurarse los emplazamientos para construir aeródromos, lo cual puso en ridículo la previsión de Rupertus, que calculó que les llevaría cuatro días despejar la isla. Incluso entonces, los japoneses tenían una posición, en el arrecife de Umurbrogol, desde la que podían observar perfectamente al enemigo y mantener el fuego. Después de que los japoneses mataran

a algunos médicos que cuidaban de los heridos, se levantaron cortinas de humo con morteros pesados para proteger a los camilleros. Toda la isla ocupaba apenas 12 km2. En las palabras de O. P. Smith, «durante los primeros días, el terreno estaba muy cotizado». La zona de la playa estaba abarrotada de campamentos improvisados. No había mucho espacio para flanquear los puntos fuertes del enemigo. Solo se podían asaltar de frente, y cada metro de avance costaba verter sangre. Un *marine* veterano escribía:

> *Los miles de proyectiles de artillería, las descargas de mortero, los bombardeos con napalm y las bombas que se lanzaron… sin duda mataron a muchos japoneses en posiciones desprotegidas, pero los que estaban en cuevas permanecieron a salvo, y siempre había relevos de francotiradores para sustituir a los que caían de los puntos más altos… La furia concentrada de la lucha solo fue superada en Tarawa e Iwo Jima.*

Los muros de hormigón reforzado protegían la entrada de los túneles. Cuando los estadounidenses consiguieron por fin tomar el laberinto de cuevas más grande el 27 de septiembre, descubrieron que había albergado a mil defensores.

No había ningún lugar seguro en la isla. Bill Atkinson vio a un artillero ocupar un puesto detrás de un tanque Sherman y empezar a disparar su rifle automático Browning. Para el horror de Atkinson, el tanque dio marcha atrás e hizo papilla al soldado. El *marine* Virgle Nelson, de la 5.ª división, después de recibir unos disparos en el trasero, exclamó lleno de júbilo: «¡Dios mío, supongo que ahora tendré que regresar!». Bill Jenkins, un miembro del cuerpo médico natural de Cantón, Misuri, se sobrecogió al ver cómo un soldado, después de ser herido cuatro veces, se negó en redondo a ser evacuado. Jenkins pidió a su compañero Jack Henry que buscara una litera. En cuanto este se movió, recibió tiros de ametralladora en los brazos y volvió corriendo a la trampa antitanques donde estaban.

> *Había perdido el 99,9 por 100 de un brazo y el otro estaba casi igual de mal. Podría haber cogido unas tijeras, cortárselos y enterrarlos. No me habían entrenado para intentar curar brazos rotos… lo único que hice fue juntarlos como pude, ambos, y envolverlos lo mejor posible con camisetas y torniquetes usados. Le puse los brazos por encima de la cabeza para evitar que se desangrara.*

Aunque parezca increíble, Henry sobrevivió. Otro hombre rogó a Jenkins que le diera brandy medicinal. El médico dijo avergonzado: «Vaya… tenía un poco, pero me entró tanto miedo que me lo bebí». Tom Evans, de diecisiete años, desembarcó como fusilero de reemplazo pero le designaron camillero inmediatamente. «Estaba transportando a un tipo en la camilla; hacía tal vez un día y medio que estaba muerto, pero su cuerpo ya estaba como aceitoso y cubierto de moscas y gusanos. Tropecé y me caí al bajar una colina, naturalmente el tipo cayó y quedó a horcajadas sobre mi cuello y empecé a notar los gusanos sobre mi piel». Los *marines* se acostumbraron a lidiar con las nubes de moscardas cuando se disponían a comer, deslizando la mano

rápidamente sobre las latas en cuanto las abrían. Les salían ampollas en los labios y en las orejas por el sol. Los comandantes enviaban pan fresco desde los buques —«una manera estupenda de subir la moral de los soldados»— y en ocasiones helado en latas de leche. Puller preguntó a sus hombres si querían que les trajera algo. Como era de esperar, pidieron cualquier bebida más fuerte que el agua. Puller les trajo alcohol medicinal mezclado con limonada a base de polvos. Otros encontraron un alijo de *sake* y cerveza, y se les oyó cantar brevemente.

Un informe de los mandos reprendía así a los hombres que flaqueaban: «Nuestras tropas deben entender que los japoneses no son más capaces de aguantar sin comer que nosotros, su resistencia no es mayor; los japoneses también se mojan cuando llueve y sufren igual o más que nosotros por las enfermedades tropicales». Sin embargo, los estadounidenses en Peleliu lo encontraban difícil de creer. A Frank Corry, de diecisiete años y miembro del cuerpo médico, le mataron tres comandantes de sección. El último de ellos fue alcanzado por un disparo cuando asomó la cabeza rápidamente para ver una posición japonesa. Corry contempló boquiabierto cómo el sargento de la sección, Bob Canfield, un tipo grande y duro, abrazó al soldado muerto acunando la cabeza entre sus brazos y rompió a llorar diciendo: «¿Por qué has hecho eso?».

Los francotiradores situados detrás de las líneas causaban un nerviosismo crónico entre los soldados, intensificado además porque algunos hombres en la retaguardia disparaban sus armas por diversión. O. P. Smith investigó uno de esos episodios de pánico y descubrió que todo se había desencadenado porque unos estibadores negros dispararon a un vehículo abandonado en la orilla: «Alegaron que nadie les había dicho que no podían disparar sus rifles, lo cual probablemente era cierto». Pero no todos los episodios de pánico eran injustificados. En una ocasión, el comandante del cuartel general de la división cogió su escopeta dispuesto a poner fin a unos disparos aparentemente innecesarios y se encontró con dos *marines* muertos junto a los cadáveres de tres japoneses, que les habían matado. Hasta que podían excavar un pozo, los soldados estadounidenses necesitaban agua desesperadamente. El abastecimiento de emergencia llegaba en bidones de combustible, lo cual repugnaba a los que lo probaban. Las temperaturas a veces alcanzaban los 46°C. Decenas de hombres sucumbían, exhaustos por el calor. Las pastillas de sal resultaron ser un buen profiláctico para ello. El coral, áspero e irregular, hacía que las botas se desgastaran en cuestión de días. Mil nuevos pares y 5000 pares de calcetines se enviaron por vía aérea desde Guam.

La 81.ª división del ejército desembarcó en la vecina Angaur el 17 de septiembre. Después de un desembarco fácil, al avanzar hacia el interior los invasores se encontraron con una selva tropical espesa y enmarañada, poco menos que impenetrable. Los soldados, aún poco acostumbrados al combate, fueron presa del

pánico cuando se produjeron los primeros encuentros con los japoneses, incluso aunque los superaran en número. Angaur solo tenía 3 km de longitud y para el 20 de septiembre ya estaba tomada, pero los conquistadores no disfrutaron la experiencia. No obstante, les gustó menos aún que los devolvieran a las naves y les enviaran a Peleliu. Los *marines* y los soldados raramente se sentían cómodos luchando juntos. O. P. escribió con escepticismo: «Es difícil explicarlo, pero es muy diferente el ambiente en un puesto de mando del ejército que en una unidad de la Marina. Las órdenes se dan como hay que darlas, pero a uno le da la impresión de que no se cumplen». Rupertus era reacio a tomar ayuda del ejército de Tierra, pero después de una semana de lucha y un número alarmante de bajas, no le quedó otra elección.

Los lanzallamas de largo alcance resultaron ser las armas más eficaces para atacar la entrada de las cuevas en Peleliu, pero los ataques era muy lentos y costosos. En octubre, los vendavales y la lluvia torrencial se sumaron a los demás sufrimientos de los invasores. Los cazas Corsair de la Marina comenzaron por fin a utilizar la pista de aterrizaje el 21 de octubre, pero la resistencia organizada aguantó varias semanas más. El teniente Scatena, del 2.° batallón del 5.° regimiento de la Marina, tenía una lista de los hombres que componían la sección. De cuarenta y dos que desembarcaron, catorce habían muerto y otros catorce estaban heridos. En total, la toma de la isla costó 1950 vidas a los estadounidenses y les dio una de las sorpresas más desagradables de toda la guerra del Pacífico: casi todos los defensores eligieron morir antes que rendirse. Un mes después de que el coronel Kunio Nakagawa, comandante de Peleliu, cometiera suicidio el 24 de noviembre, los supervivientes de su unidad mataron a unos soldados estadounidenses que buscaban souvenirs. Los últimos japoneses de que se tenía noticia se rindieron el 1 de febrero de 1945. Más tarde, los estadísticos calcularon que habían hecho falta 1500 municiones de artillería para matar a cada uno de los miembros del fuerte. Para tomar este minúsculo puesto, la Marina y la infantería usaron también 13,32 millones de unidades de munición del calibre 30, 1,52 millones del calibre 45, 693 657 del calibre 50, más de 150 000 bombas de mortero y 118 262 granadas.

Como era habitual en el Pacífico, un objetivo menor acababa infligiendo unas pérdidas mayores. Todo el mundo parece estar de acuerdo —y así era en el invierno de 1944— en que la decisión de ocupar las islas Palau fue una de las más equivocadas de todas las que tomó Nimitz durante la guerra. Los japoneses no tenían medios para explotar los aeródromos que tenían en la remota isla, de manera que los soldados que defendían Peleliu no habrían podido interferir en Leyte, ni en ningún otro lugar. El fortín de Peleliu podría perfectamente haber sido abandonado a su suerte. Las aeronaves estadounidenses podían usar las pistas de aterrizaje de Morotai con la misma facilidad, o incluso más, que las de Palau. Una vez que se había puesto en marcha la operación sobre un terreno tan implacablemente hostil, no había

fórmulas mágicas para que la potencia de fuego y la tecnología vencieran la resistencia. Aunque los *marines* habían participado en batallas terribles en las islas del Pacífico, en Tarawa y Saipán atacaron antes de que los puestos de defensa estuvieran construidos. Ahora, sin embargo, a medida que el perímetro de Japón se estrechaba, el enemigo sabía dónde esperar los ataques estadounidenses y había tenido mucho tiempo para prepararse a recibirlos.

En el Pacífico no hubo grandes batallas como la de Normandía o la Campaña de las Ardenas, ni se cruzaron ríos como el Vístula y el Oder, haciendo uso de masas de soldados y grandes estratagemas. En lugar de eso, hubo una serie de ataques en miniatura, de intensa violencia, cuyo recuerdo permanece más vivido en las mentes de los participantes precisamente por haber estado concentrados en tan pequeño espacio. En luchas como la de Peleliu, la victoria se decidía por el empeño de soldados a pie y armas de apoyo directo, en especial los tanques. Así eran las batallas a la manera de los japoneses. Al igual que otras que siguieron en los meses venideros, se ajustaban a su temperamento, a sus habilidades y a sus escasos recursos. Los hombres que defendieron Peleliu no disponían de medios para retirarse, aunque hubieran querido hacerlo. Por lo tanto, para acabar con ellos hizo falta emprender una lucha cuerpo a cuerpo y sacrificar un número significativo de vidas estadounidenses. Los Estados Unidos, cuya potencia de guerra parecía tan apabullante vista desde una perspectiva mundial, se encontraron con que no eran capaces de emplear con eficacia ese poderío en las batallas de proporciones diminutas, como fue la de Peleliu.

### 2. LEYTE: EL DESEMBARCO

La lucha por recuperar Filipinas fue sin lugar a dudas la mayor empresa que acometieron los Estados Unidos en la guerra de Asia. La prolongada campaña de MacArthur en Nueva Guinea jamás estimuló la imaginación del público estadounidense como lo hicieron las batallas de los *marines* por los atolones del Pacífico. No obstante, la grandeza del general era más imponente que sus fuerzas: hasta finales de 1944, apenas controló más de cuatro divisiones en el campo de batalla, lo que en Europa no era más que la comandancia de un cuerpo. Aun así, su próxima campaña llegaría a ser el acontecimiento principal del conflicto entre Japón y los Estados Unidos. Más de 400 000 japoneses aguardaban a los invasores. Filipinas constituía un enlace crucial en la ruta marítima entre el sudeste del imperio asiático de Hirohito y las islas principales. Tokio creía que una confrontación allí sería su mejor oportunidad de herir a los estadounidenses, si no de arrojarlos de vuelta al mar, antes de la «batalla decisiva» —estribillo repetido en todos los planes de guerra japoneses— por Kyushu y Honshu. La dificultad para los japoneses estribaba en que sus dispersas fuerzas carecían de movilidad ante la superioridad

aérea y naval de los Estados Unidos. MacArthur podía elegir dónde desembarcar, pero para los defensores sería difícil responder movilizando grandes tropas con rapidez.

En un mapa, las islas Filipinas recuerdan a un montón de piezas de rompecabezas desordenadas. Su extensión total es casi tan grande como la de Japón, el territorio es rico en vegetación exuberante y los ciclos climáticos son insólitos. Después de la guerra hispano-estadounidense, que acabó con la hegemonía europea, el senador estadounidense Albert Beveridge habló por muchos de sus compatriotas cuando Washington se negó a conceder la independencia a los filipinos. Citó «la ley divina de la sociedad humana que nos convierte en guardianes de nuestros hermanos. Dios ha estado preparando a los pueblos anglófonos y teutónicos para imponer orden en medio del caos… Nos ha hecho expertos en el gobierno para que podamos gobernar a los pueblos salvajes y seniles».

Los filipinos se resistieron al dominio estadounidense, al principio por medio de la violencia y la sublevación, y nunca dejaron de desear la independencia. Las islas eran dominadas por una clase de terratenientes ricos, mientras que la masa de campesinos permanecía en la pobreza, amargamente alienados de la «plantocracia». Dos tercios de los filipinos de entre veinte y treinta y nueve años no habían recibido educación alguna. A pesar de ello, los estadounidenses conservaban una convicción un tanto romántica de que la moralidad de sus intenciones hacía que su dominio de Filipinas fuera más honorable que el de, por ejemplo, los británicos en la India. Los soldados estadounidenses que sirvieron en las islas antes de 1942 las consideraban un centro de ocio que ofrecía comodidades baratas, sirvientes y una clase de amenidades desconocidas en su país, en medio de una indolente cultura hispana. En 1944, la *Guía del Pacífico* de las fuerzas armadas de los Estados Unidos decía: «Para Izaac Waltons [autor de *El pescador de caña completo* (1653)]: las Filipinas son un paraíso para los pescadores… para la pesca con caña se recomienda usar una caña de bambú, un carrete que pueda contener 400 m de sedal de doce hilos y un buen arpón».

Los treinta meses de ocupación japonesa habían afectado a los filipinos de manera desigual: la ocupación fue opresiva y brutal en algunos lugares —los de mayor importancia estratégica, incluida naturalmente la capital, Manila— mientras que en otras áreas remotas apenas se llegó a sentir. En 1943 los japoneses otorgaron a Filipinas, al igual que a la mayoría de sus territorios ocupados, un teórico autogobierno bajo un régimen títere local. Pero la crueldad ciega de los soldados de Tokio era tal que este gesto inspiró poca gratitud entre los filipinos. El cuartel general del imperio informó en marzo de 1944: «Incluso después de la independencia, en todas las clases sigue presente un trasfondo de pro americanismo… Las actividades de la guerrilla están incrementando gradualmente». Los japoneses solo tenían el control total de doce de las dieciocho provincias. En otros lugares, las partidas de

guerrilleros deambulaban a sus anchas, dotadas de armamento estadounidense y en ocasiones lideradas también por ellos. Varios oficiales estadounidenses, como el legendario coronel Rusell Volckmann, habían sobrevivido en las colinas de Luzón desde la primavera de 1942 y ahora dirigían fuerzas formadas por miles de hombres. Las guerrillas más idealistas infligieron cuatrocientas bajas en las fuerzas de ocupación japonesas en 1944, un logro nada desdeñable. Otros se limitaron a vivir como bandidos.

El ejército japonés en el sur de Asia trasladó su cuartel general a Manila en abril, cuando en Tokio persistía la incertidumbre sobre si los estadounidenses desembarcarían o no en Filipinas. Su comandante, el mariscal de campo y conde Hisaichi Terauchi, no compartía esas dudas. «Si yo fuera MacArthur, vendría aquí —bramó en una conferencia ante el personal militar en 1944—. Debe de saber cuán débiles son nuestras defensas». Terauchi, que fue candidato a sustituir a Tojo como primer ministro, no era muy estimado por los estadounidenses ni tampoco por la mayoría de los suyos. Su personal, sin embargo, respetaba el hecho de que el mariscal no se daba muchos caprichos personales, a pesar de ser un hombre rico. Un oficial de alto rango decía con admiración: «Podría haber llenado su cuartel general de geishas si hubiera querido, pero nunca lo hizo. Era un soldado decente y sin vicios». No obstante, a Terauchi le exasperaba la necesidad de informar a Tokio de todos los detalles de su despliegue. El Estado Mayor no aprobó su plan defensivo para Leyte hasta dos días antes de que los estadounidenses desembarcaran allí.

Hasta el otoño de 1944, el principal subordinado de Terauchi era el comandante de la ocupación de Filipinas, el teniente general Shigenori Kuroda, un hombrecillo afable devoto de las mujeres y el golf. Kuroda dijo alegremente: «¿Por qué molestarse por los planes de defensa? Es evidente que Filipinas es indefendible». Tales comentarios llevaron a Tokio a concluir que tal vez no era el hombre más indicado para resistir un ataque anfibio estadounidense. Dos semanas antes de la invasión, Kuroda fue sustituido por el general Tomoyuki Yamashita, que asumió el mando del 14.° ejército a las órdenes de Terauchi. El recién llegado convocó a su personal y se dirigió a ellos en su cuartel general en Manila:

> *La batalla que vamos a librar será decisiva para el destino de Japón. Cada uno de nosotros tiene una gran responsabilidad por su participación en ella. No podremos ganar esta guerra a menos que trabajemos juntos y en armonía. Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos, dejando a un lado las inútiles recriminaciones sobre el pasado. Yo tengo la intención de entablar una batalla en tierra, independientemente de lo que haga la Marina y las fuerzas aéreas. Debo pedirles absoluta lealtad, pues solo así podemos alcanzar la victoria.*

Lo cierto es que en Filipinas no hubo más oportunidades de que los servicios rivales trabajaran juntos y en armonía que en cualquier otro lugar del imperio japonés. En septiembre, un oficial de la Marina japonesa se convenció de que había

visto barcos estadounidenses desembarcando tropas en Mindanao. Una orden permanente del ejército japonés decretaba que ante un asunto de tal gravedad, todas las indicaciones debían darse conjuntamente por los oficiales responsables de las fuerzas navales y de Tierra. Haciendo caso omiso de esa orden, la Marina envió un mensaje repentino a Tokio anunciando una invasión estadounidense. Se alertó a todas las formaciones japonesas en tierra y mar, lo que desencadenó horas de alarma y confusión. Los soldados de Manila no se lo creían y su escepticismo, sin duda, estaba justificado. El ejército consideró la falsa alarma una prueba más de la tendencia de la Marina a fantasear, tendencia que ponía de manifiesto a diario asegurando que habían destruido un número terriblemente exagerado de aviones y buques estadounidenses.

El propio Yamashita, que en 1944 tenía cincuenta y nueve años, se había ganado fama de tres cosas: de ser un comandante excepcional, un soldado político profundamente nacionalista, y de dar los ronquidos más fuertes de todo el ejército imperial, vicio que hacía que su personal fuera reacio a dormir cerca de él. Después de que desempeñara un papel ambiguo en un intento de golpe de Estado contra el Gobierno de Tokio, el general fue retirado del alto mando en 1936, pero sus capacidades y su popularidad entre los oficiales hicieron que volvieran a llamarlo en 1941. Su mayor triunfo lo obtuvo como comandante del 25.° ejército en la península malaya, al conseguir la rendición de una fuerza británica superior en Singapur. Pero el Gobierno, nervioso por el nuevo estatus de Yamashita, que se había convertido en un héroe, volvió a retirarle. El mejor comandante de Japón se encontraba sirviendo en Manchuria cuando llegó su llamamiento para Filipinas. Entonces dijo al comandante en jefe de su unidad: «Así que ya ha llegado, ¿verdad? Bueno, que yo vaya o no, no va a cambiar nada. Me ha llegado el turno de morir, ¿no?». Cuando su mujer sugirió que ella debería quedarse en Manchuria, el general dijo: «Más vale que te vayas a casa a morir junto a tus padres». Pu Yi, el emperador títere de Manchuria, aseguró que Yamashita se cubrió el rostro con las manos y lloró en su despedida oficial antes de embarcarse hacia Filipinas. «Esta es nuestra última despedida —dijo el japonés—. No volveré nunca más».

En ruta hacia Manila, en una serie de reuniones con los líderes de la nación que tuvieron lugar en Tokio, Yamashita se esforzó en vano por hacerles compartir su propia valoración, brutalmente realista, de la situación estratégica de Japón. El general era un hombre inteligente que había viajado mucho por Europa y sabía que la guerra estaba perdida. El almirante Mitsumasa Yonai, ministro de la Marina, que ya se había comprometido en privado a negociar la salida de Japón de la guerra, sacudió la cabeza afligido al escuchar las rotundas palabras del general y le dijo: «Haz lo que puedas, Hobun, haz lo que puedas». Yamashita asistió a una ceremonia de despedida con Hirohito, donde pareció disfrutar mucho. Al salir del palacio imperial le dijo a un ayudante que se sentía más feliz que nunca. Después de saludar al emperador, se

sentía preparado para morir.

Ya en Manila, al general no le causó buena impresión el personal que había heredado, y quedó todavía más consternado después de inspeccionar la calidad de los soldados que formaban sus tropas, que se habían vuelto perezosos después de tan larga ocupación. Sus subordinados compartían el recelo del general. El teniente Suteo Inoue del 77.° regimiento de infantería, por ejemplo, escribió en su diario de Filipinas:

> *Los soldados carecen de espíritu de camaradería. Nunca he visto una unidad tan indisciplinada como esta. Para que las unidades sean fuertes se necesita un sentido de identidad común. Este regimiento es el peor del ejército japonés… Cien hombres tardaron casi siete horas en cruzar un río de 150 metros de ancho… por la falta de barcazas. Supongo que esto refleja la falta de recursos general de Japón. Hemos subestimado la importancia de la fuerza material y ahora estamos sufriendo las consecuencias. Si las cosas continúan así durante un año, Japón se verá en apuros, y nuestra retirada de Asia Oriental será inevitable.*

Yamashita ordenó a un oficial de abastecimiento que trasladara sus soldados de servicio a realizar labores de combate y reclutara trabajadores filipinos para encargarse del abastecimiento en su lugar. Para disgusto del general, le dijeron que no podía confiarse esa tarea a los lugareños. El comandante del 14.° ejército tenía que prepararse para la llegada de los estadounidenses en cuestión de días, pero sabía que ni siquiera meses habrían sido suficientes.

Luzón, en el norte de Filipinas, es la principal masa continental del país, seguida por Mindanao, en el sur. Entre ellas yace un revoltijo de islas menores, de las cuales Leyte es una de las que se encuentran más al este. En octubre de 1944, esta fue la que eligió MacArthur como primer alojamiento. La isla tiene unos 185 km de largo y 45 km en su punto más ancho, y tenía entonces una población de 915 000 habitantes, de los diecisiete millones que poblaban las Filipinas, que habitaban modestos pueblos de estuco descolorido por el sol y cabañas con tejados de paja. El golfo de Leyte se abre al océano y, por lo tanto, también a la flota invasora. El objetivo inmediato de los estadounidenses después de conseguir las playas era la zona donde se cultivaba el arroz y el maíz, en el valle de Leyte. MacArthur planeaba construir bases aéreas allí para acabar con la dependencia del apoyo aéreo prestado desde portaaviones. Luego tenía intención de despojar a los japoneses de las regiones montañosas más allá ele la meseta. Cuando hubieran tomado la isla, se dirigiría a Luzón, y después liberaría el resto del archipiélago.

Una vez que las fuerzas estadounidenses habían establecido una base firme en Filipinas y conseguido el dominio del mar y del aire, se hizo evidente que las operaciones poco sistemáticas en tierra no contribuirían a la derrota de Japón. Pero las islas habían sido un hogar para el general, y este veía a sus habitantes con un

afecto paternalista tan grande como el que cualquier *sahib* sentía hacia los indios. Liberar a los filipinos del dominio japonés era el objetivo más importante en la guerra de MacArthur. Para alcanzarlo, alrededor de un cuarto de millón de personas, entre filipinos, japoneses y estadounidenses, tuvieron que pagar con sus vidas.

En las semanas precedentes al desembarco en Leyte, las aeronaves estadounidenses con base en portaaviones atacaron una y otra vez las bases aéreas y embarcaciones japonesas. El 10 de octubre se lanzaron 1396 misiones de combate en las islas Ryukyu, al sur de Japón, que destruyeron una cantidad considerable de barcos y cien aeronaves del enemigo, perdiéndose veintiún aviones estadounidenses. Dos días después, desde los portaaviones de Halsey despegaron 1378 aviones en misiones de combate hacia Formosa. El almirante Shigeru Fukudome, al mando de la 6.ª Base de las fuerzas aéreas, describió más tarde cómo presenció el combate aéreo, aplaudiendo cuando caían aviones, hasta que se dio cuenta de que la mayoría eran japoneses. La batalla no fue del todo desigual: el día doce cayeron cuarenta y ocho aviones estadounidenses. Pero al día siguiente, los japoneses perdieron cuarenta y uno en un ataque inútil a la 3.ª Flota. Entre los días doce y catorce, se destruyeron más de quinientas aeronaves japonesas, un desgaste de tal intensidad que, a su lado, la batalla de Gran Bretaña de 1940 parecía insignificante, y no solo aquella sino también todas las batallas aéreas del teatro europeo. Incluso los aviadores japoneses que estaban entrenándose para las operaciones desde portaaviones fueron obligados a participar en las batallas contra los escuadrones de Halsey. La mayoría murieron, y con ellos Japón perdió la última oportunidad que le quedaba de mantener la capacidad aérea de su Marina.

El 14 de octubre, el almirante general Soemu Toyoda, informó a Fukudome de que la 3.ª Flota estadounidense había sido derrotada y se retiraba. Un comunicado japonés del 16 de octubre anunciaba que los estadounidenses habían perdido once portaaviones, dos acorazados, tres cruceros y un destructor, y que se habían dañado ocho portaaviones, dos acorazados y cuatro cruceros. Se instó a la nación a celebrar «la gloriosa victoria de Taiwan». Lo cierto es, por supuesto, que Halsey había tenido un éxito abrumador y se marchó para hacer estragos en otro lugar. Los japoneses, a pesar de todos sus esfuerzos, solo consiguieron infligir daños graves a dos cruceros estadounidenses. Los portaaviones americanos habían demostrado que podían surcar el mar a su voluntad, ocasionando unos daños abrumadoramente desproporcionados sobre cualquier fuerza japonesa con que se topaban tanto en el mar como en el aire.

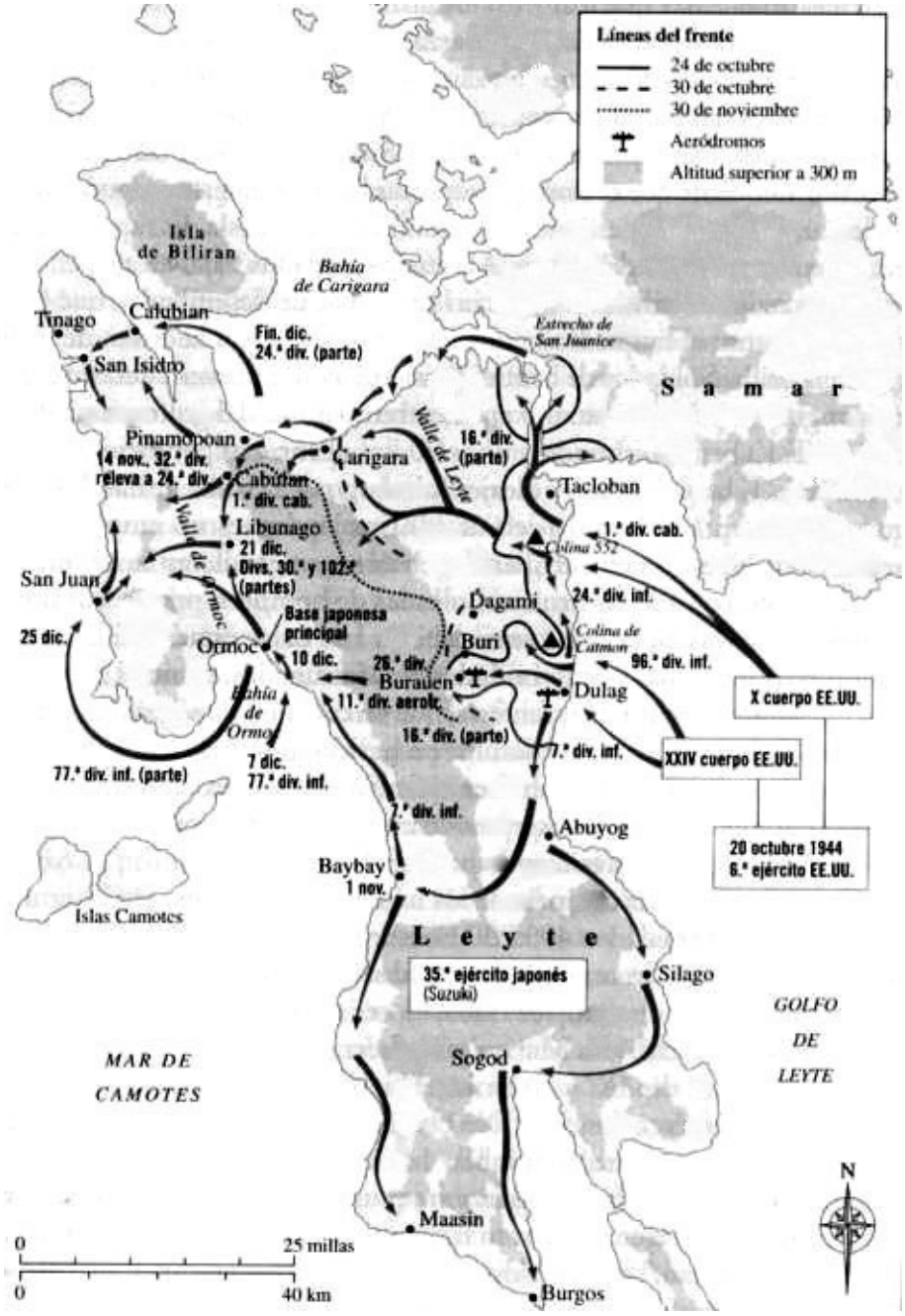
El primer indicio que recibió Yamashita de la presencia de la armada de MacArthur en Filipinas fue una necia comunicación de su comandante de división en Leyte: «Se aproxima una flota enemiga; no estoy seguro de si están buscando refugio a causa del mal tiempo o huyendo de la batalla de Formosa». El 20 de octubre, al amanecer, los setecientos barcos de la fuerza de ataque principal de MacArthur en

Filipinas comenzaron a desembarcar a unos 12 km de la orilla en el golfo de Leyte. En los buques transporte se congregaban casi 200 000 hombres del 6.° ejército, comandados por el teniente general Walter Krueger. Krueger nació en Prusia en 1881. Su madre emigró a los Estados Unidos en 1889, cuando falleció su padre. Él comenzó su carrera militar diez años después, como soldado de infantería voluntario en Cuba. Ascendió hasta el rango de sargento y a continuación decidió graduarse como oficial y convertirse en soldado profesional. En el Pacífico, ante la perplejidad de los oficiales que le consideraban un tipo aburrido, cauteloso y poco despierto, Krueger se convirtió en el comandante de campaña favorecido por MacArthur, quien recompensó su primacía otorgándole un papel crucial en Leyte.

Se había advertido a la población local que se trasladara hacia el interior para protegerse del bombardeo. A las guerrillas filipinas se les alertó por radio el día antes del desembarco. En el cuartel general del área del sudeste del Pacífico la opinión general era que sería una campaña fácil. Pero los cálculos del personal de inteligencia de MacArthur subestimaban gravemente las fuerzas japonesas, incluso aunque el fortín de Leyte no se hubiera reforzado. El general George Kenney, al mando de la aviación, predijo el 24 de septiembre: «El objetivo está relativamente poco defendido. Los japoneses no opondrán gran resistencia». Del mismo modo, escribió: «Tengo el presentimiento de que… los *japos* están a punto de caer». Kenney era un buen comandante del Aire pero su juicio se veía enturbiado por sus deseos, como sucedía con todos los que trabajaban junto a MacArthur.

Los estadounidenses habían practicado tanto el arte de las operaciones anfibias que desde 1942 el tiempo que tardaba la flota desde que llegaba a la orilla hasta que realizaba los primeros desembarcos se había reducido de cuatro horas a dos. La fuerza de bombarderos de Leyte llevaba metales más pesados que la que sirvió de apoyo el 6 de junio —el «día D»— en el desembarco de Normandía. Para los soldados a bordo de los buques transporte, casi cualquier peligro valía la pena con tal de librarse del calor sofocante que tenían que soportar bajo la cubierta. Algunas unidades, anteriormente destinadas a desembarcar en la isla de Yap, llevaban en el mar desde el 27 de agosto. Ahora, los soldados bajaban torpemente por las redes de salvamento hacia las lanchas de desembarco, que permanecían junto al buque hasta que las banderas daban la orden de dirigirse a la orilla. Soldados de cuatro divisiones comenzaron a desembarcar en dos grupos principales: uno en el extremo norte del golfo, cerca de la capital, Tacloban; el segundo a unos 20 km al sur. Las condiciones eran perfectas. No había minas ni oleaje. A lo largo de la orilla ardían los fuegos causados por el bombardeo naval. Los japoneses no empezaron a acosar a los invasores con artillería, morteros y metralletas hasta que no habían desembarcado las primeras oleadas de hombres, porque sus posiciones defensivas en la costa eran débiles. Las bajas estadounidenses se concentraron en unas pocas unidades

desafortunadas, como el 3.er batallón del 3.er regimiento de infantería, que en cuestión de segundos perdió a ocho hombres y diecinueve resultaron heridos por fuego de metralleta. Varios tanques estadounidenses fueron derribados por un cañón de 70 mm cercano. A media tarde, los tanques de infantería demolieron el punto de resistencia y siguieron avanzando hacia el Este.




*Campaña estadounidense en Leyte, octubre a diciembre de 1944.*

Sin embargo, en la mayoría de los lugares la resistencia era insignificante. Solo 20 000 de los 400 000 hombres de Yamashita estaban desplegados en Leyte. Se consideraban soldados de baja calidad, la mayoría de ellos reclutados de entre los trabajadores comerciales de Osaka y Tokio. Terauchi decretó: «La Marina y las fuerzas aéreas intentarán aniquilar al enemigo el día “X”… Al mismo tiempo, el

ejército del área aniquilará al enemigo en Leyte». No obstante, a pesar de estas grandiosas frases, Yamashita planeaba entablar la batalla principal en Luzón. En Leyte, la intención de los japoneses era causar dolor y ganar tiempo, más que derrotar al 6.° ejército. Por lo tanto, mientras las lanchas de desembarco iban y venían, las cuatro divisiones de Krueger no tuvieron dificultad en mantener vigiladas las posiciones en el interior. Varios cientos de metros detrás de la playa, en el pueblo desierto de San José, los hombres del 7.° de caballería encontraron varios coches japoneses y cajas de cerveza embotellada en Manila. El soldado Bill McLaughlin escribió:

> *Leyte, como la mayoría de las otras islas en las que hemos desembarcado durante los últimos tres años, parecía mejor vista de lejos. Tumbado en la orilla el perfume de la isla era exótico pero, al inspeccionarla de cerca, lo único que veías era barro y vegetación podrida. Sus únicos habitantes vivían en miserables cabañas de hierba y paja, y parecían pasar mucha hambre.*

El primer filipino con que se encontraron los estadounidenses conducía una bicicleta entre las altas palmeras, agitando frenéticamente su sombrero de ala ancha. «Cuando se acercó, su cara parecía estar compuesta únicamente por una gran sonrisa —escribió Robert Shaplen—. Era imposible entender lo que estaba diciendo, pero era fácil ver que le invadía una felicidad casi histérica. Se acercó a todos los soldados que pudo para estrecharles la mano, entusiasmado». Este «primer filipino liberado», como lo apodaron los soldados, resultó ser Isaios Budlong, un antiguo operador de telégrafos de Tacloban. Pronto cientos de lugareños, que irradiaban una exuberancia vacacional, se arremolinaron alrededor de los estadounidenses. Un hombre entregó una caja de galletas japonesas al coronel del 7.° de caballería. Un anciano de la localidad no hacía más que tocar a los soldados «como una mujer acariciaría un retal de seda».

El coronel al mando del 2.° regimiento 34.° de infantería ordenó dirigir el cañón de un tanque hacia un conjunto de chozas de campesinos porque temía que podía haber japoneses escondidos. El capitán Paul Austin, de Texas, lo describió así:

> *El edificio más pequeño ardió en llamas inmediatamente: la zona se llenó de maderas, plumas, pollos y escombros. Caminamos con el barro hasta la cintura y pasamos por delante de la granja. Un hombre y una mujer filipinos habían aparecido y estaban de pie cerca de la parte de atrás de su casa. Sonrieron y se inclinaron cuando pasamos. Parecían tan contentos de vernos que no les importaba que acabáramos de hacer trizas su corral.*

Desde el crucero *Nashville*, MacArthur observó durante toda la mañana cómo sus hombres se desplazaban hasta la orilla. A continuación, después de un almuerzo temprano, el gran hombre se dispuso a unirse a ellos. Esta era su primera visita a Leyte en más de cuarenta años, desde que era un joven ingeniero del ejército, y se dedicó con gran atención a organizar el escenario. Poco antes de desembarcar,

MacArthur había telegrafiado al numeroso personal encargado de sus relaciones públicas diciendo: «Consideren la organización de la publicidad excelente. Deseo emitir desde la playa tan pronto como pueda estar listo el equipo. Cuando haya terminado pueden usar las grabaciones para emitirlas en Estados Unidos y en Filipinas cuando y como estimen más oportuno». Ahora bajaba por la rampa de una lancha de desembarco a unos metros de la playa y caminaba serenamente con el agua hasta las rodillas, rodeado de un grupo de fotógrafos que inmortalizaron este gran momento simbólico de la guerra del Pacífico. Dirigiéndose a Richard Sutherland, su jefe de Estado Mayor, MacArthur dijo: «Bueno, lo creas o no, estamos aquí».

Una vez sobre la arena de Filipinas, el general ignoró los disparos distantes de armas de bajo calibre y saludó a varios soldados. Entonces, en pie junto al nuevo presidente de las islas, Sergio Osmena —quien apenas disimulaba que habría preferido quedarse en Estados Unidos hasta que la batalla por su país estuviera ganada—, MacArthur proclamó rotundamente: «¡Pueblo de Filipinas, he vuelto! Por la gracia de Dios todopoderoso, nuestras fuerzas están de nuevo sobre suelo filipino». Sus palabras no sonaron bien a los oídos de algunos soldados y *marines* estadounidenses, cuando las escucharon más tarde. No eran pocos los soldados a quienes desagradaba el modo en que MacArthur trataba este enorme compromiso de los Estados Unidos, que ponía en peligro vidas norteamericanas, como si fuera una cuestión personal. Pero ¿qué podía esperarse de un gran actor, si no teatro? Cuando Yamashita se enteró de que «Maggada» —como pronunciaban los japoneses el nombre del general— se había hecho fotos en la playa, dio por sentado que eran falsas. En efecto, las fotos eran producto de la dirección escénica de MacArthur, pero no eran más teatrales que todos los demás aspectos del general.

El primer día, los Estados Unidos perdieron solo cincuenta y cinco hombres entre muertos y desaparecidos, aunque se produjeron también 192 heridos. La mayor parte de las dificultades de los invasores no tenían que ver con el enemigo sino con la naturaleza. Era difícil avanzar incluso solo unos cientos de metros a lo largo del frente del desembarco para adentrarse en la isla, de espesa vegetación y llena de pantanos en los que los soldados llegaban a meterse hasta el cuello. El desembarco de pertrechos fue una pesadilla. Muchos de los buques no habían sido cargados como era debido, de manera que aparecían primero mercancías que no deberían descargarse hasta más tarde. Se habían asignado muy pocas partidas de hombres para manipular las mercancías. El terreno dificultaba el traslado de raciones, munición y material médico a las unidades de combate. Estaba programado el desembarque de aproximadamente 1,5 millones de toneladas de equipamiento, 235 000 toneladas de vehículos de combate, 200 000 toneladas de munición y otras tantas de material médico durante los primeros días, y cada mes se añadían 332 000 toneladas más. En cuestión de horas, las playas se inundaron de pertrechos, armas, bidones de

combustible, escombros, vehículos… todo apilado en cualquier lugar mientras los soldados iban y venían apresuradamente. La logística, en una isla casi desprovista de carreteras de grava, se convertiría en uno de los principales problemas de la campaña.

Durante los diez días siguientes a los desembarcos, la mayoría de los invasores se encontraron con una resistencia limitada a medida que avanzaban a través de las llanuras pantanosas. En la distancia se alzaban altas montañas, cubiertas por densa vegetación, a las que los hombres miraban con aprensión. Un soldado que luchó contra los japoneses escribió: «La pura verdad sobre la guerra es que, cuando estás en las fuerzas de ataque, no puedes hacer nada de nada hasta que no encuentras al enemigo, y la única forma de hacerlo es avanzar, a la velocidad que parezca más prudente, hasta que le veas o le oigas, o hasta que descubras su presencia en el momento en que arremete contra ti». El segundo día, «bastante antes del mediodía, la velocidad del avance del regimiento se medía por la habilidad de la infantería para dominar el terreno», escribía un historiador del 32.° de infantería. A la tarde siguiente, ocho kilómetros más al interior, algunos hombres sucumbían al agotamiento que les producía el calor, todos empapados de sudor: «El cogón [un tipo de gramínea] era tan alto que los hombres se asfixiaban. Todo estaba lleno de pantanos y arrozales que había que cruzar». A veces los japoneses eran tan imprudentes como para lanzar un ataque, que los estadounidenses repelían masacrándoles. Uno de esos ataques suicidas contra una compañía del 2.° regimiento costó a los japoneses setenta y cinco vidas por herir a un solo estadounidense.

No obstante, era mucho más frecuente que el enemigo explotara las condiciones locales y sorprendiera a los invasores cuando luchaban por avanzar a través de la densa vegetación. Una sección de infantería de los Estados Unidos emergía de una plantación de plátanos cuando una sola ráfaga de metralleta hirió a once hombres. Los soldados japoneses se lanzaron a matar a los heridos con sus bayonetas hasta que los invasores les hicieron retroceder disparando sus fusiles automáticos. Incluso en las zonas supuestamente seguras, los pequeños grupos de japoneses que se infiltraban, ayudados por la espesa vegetación, seguían siendo un peligro: un soldado japonés trepó hasta una pieza de artillería estadounidense y emprendió una carga concentrada contra la recámara hasta que lo mataron con una granada. La infantería que avanzaba tenía a veces que esperar largo tiempo, en ocasiones bajo el fuego de cañones o artillería, mientras los ingenieros reparaban los puentes para los tanques y comprobaban que no había minas. Nunca había suficientes ingenieros.

El soldado Jack Norman tenía veintiún años y era de Chester, Nebraska. Había dejado la universidad para trabajar como botones en un hotel, donde «ganaba bastante dinero pero no era del todo legal», según observaba con ironía. Fue llamado a filas a los diecinueve años y a partir de ahí comenzó una odisea habitual por el sistema

militar estadounidense. Sirvió en doce campos de entrenamiento en Estados Unidos, al principio formándose exclusivamente como artillero, después como ingeniero y finalmente, en contra de sus deseos, acabó como soldado de infantería en la 96.ª división. El y sus camaradas desembarcaron en Leyte completamente desorientados acerca de lo que estaba sucediendo, que comprendieron lentamente a lo largo de los días que siguieron: «Estabas húmedo todo el tiempo… Había arañas así de grandes». Norman contaba con avidez los japoneses que mataba con su rifle automático Browning, y llegó a veinticinco. En una ocasión encontró un emplazamiento de artillería vacío, se acercó lentamente hasta allí y de repente vio a dos soldados japoneses al otro lado. Estos, antes de echar a correr, lanzaron una granada y algunos fragmentos de ella se alojaron en la pierna de Norman. Lo retiraron de la línea unos días, hasta que se los extrajeron. Al soldado Norman no le gustaba Leyte.

Los japoneses tampoco estaban disfrutando su experiencia. En cuanto llegaron noticias del desembarco a Manila, el mayor Shoji Takahashi, del personal de inteligencia del ejército del sur de Asia, decidió ir a ver por sí mismo lo que estaba pasando, a pesar de que se le ordenó explícitamente que permaneciera en el cuartel general. Takahashi, soldado profesional de treinta y un años, hijo de un granjero, consiguió no sin dificultad que accedieran a llevarle en un avión que se dirigía a Leyte, y una vez allí hizo autoestop hasta llegar al área avanzada, bajo el fuego constante de la artillería estadounidense. La primera noche no le resultó muy incómoda, ya que la pasó en la casa de un civil acompañado por otros dos oficiales. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando salieron se encontraron en medio de un ataque aéreo estadounidense. Una bomba enterró a Takahashi bajo un metro de tierra, mató a uno de sus compañeros e hirió de gravedad al otro. Cuando consiguió salir de bajo la tierra, recorrió el perímetro bajo una tormenta de bombas y artillería estadounidense. Después de reflexionar llegó a la triste conclusión de que si moría mientras actuaba a despecho de las órdenes de sus superiores, a su alma se le negaría un lugar en el santuario Yasukuni, de manera que ofreció sus servicios al comandante del regimiento local. El coronel contestó: «Olvidalo. Serás mucho más útil si regresas a Manila y les cuentas lo duras que están aquí las cosas». Takahashi escapó en un dragaminas hacia el cuartel general del ejército del área.

El 23 de octubre, en una pequeña ceremonia en Tacloban, MacArthur y Osmena celebraron la restauración del Gobierno civil de Filipinas. El 6.° ejército se esforzó por luchar con los problemas administrativos que se presentaban al tratar de cubrir las necesidades de la población local, ya que muchos filipinos esperaban que les proporcionaran alimentos. Bandas indisciplinadas de guerrilleros y bandidos —era imposible distinguirlos— se arremolinaban alrededor de las columnas estadounidenses ofreciendo una ayuda que solo era útil a veces. La mayoría de la población local vestía harapos, y los estadounidenses aprendieron a desconfiar de los

que tenían un aspecto más presentable. Un personaje con aires de grandeza que vestía pantalones lavanda, camisa amarilla y sombrero se presentó a los liberadores como Bernardo Torres, antiguo gobernador de la provincia de Leyte. Dijo que odiaba a los japoneses, pero resultó que había servido con ellos como director de producción de alimentos. En una reunión que tuvo lugar en Tacloban, una multitud gritó: «¡Larga vida a los americanos, nuestros queridos americanos!». La ayuda de los filipinos para cargar con materiales y heridos pronto fue indispensable para las unidades de MacArthur. A los oficiales de alto rango les exasperaba la generosidad de los soldados que daban raciones a la población local, porque de esa manera era más difícil inducirlos a arriesgar su vida como porteadores en el campo de batalla a cambio de recibir comida. «La mano de obra filipina… desempeñaba su trabajo con lasitud», observó un historiador y oficial estadounidense agriamente.

Cada día, los invasores mataban a un número sustancial de enemigos y ganaban terreno. Aun así, los estadounidenses se sintieron consternados al descubrir que, en las costas del norte y el oeste, más allá de las montañas, las tropas japonesas se estaban reforzando mucho. Las unidades de Luzón se transportaban en ferry a Ormoc y otros puertos menores. Muy pocas aeronaves estadounidenses con base en tierra podían operar desde Leyte, y pasaron semanas hasta que los aviones transportados en portaaviones pudieron destruir las líneas de abastecimiento. Mientras tanto, miles de soldados enemigos avanzaban. En las mesetas, la infantería estadounidense era bombardeada por aeronaves japonesas, experiencia que llegó a resultar tristemente familiar. «Los casquillos tintineaban como cascabeles al caer sobre nosotros», según la extravagante descripción de un soldado. Aunque los escuadrones japoneses que volaban hacia Leyte desde Luzón estaban muy dañados por los cazas estadounidenses, sus ataques sobre los aeródromos americanos dificultaban gravemente el despliegue del apoyo aéreo que necesitaba MacArthur. Para su disgusto, el general se vio obligado a solicitar cobertura permanente desde el portaaviones de la 3.ª Flota de Halsey.

Los desplazamientos eran dificultosos en Leyte. Un informe del ejército observaba con acidez: «Es estúpido desembarcar muchos vehículos aquí si no hay ingenieros suficientes para mantener las carreteras». Los tanques y los camiones acababan reduciendo las carreteras a lodazales. La falta de entusiasmo de las tropas por desplegarse cerca del frente o desempeñar sus tareas cuando se oían disparos era preocupante:

> *Es esencial que todas las unidades… se mentalicen de que cuando sea necesario tendrán que correr los mismos riesgos que la infantería. La artillería podría tener que desplazarse hasta muy cerca de la línea de frente, o proporcionar defensa local por la noche; los ingenieros tendrán que construir puentes bajo fuego enemigo con frecuencia; la policía militar, especialmente en la fase inicial, tendrá que dirigir el tráfico bajo los disparos. Las unidades de servicio… deben ocupar sus lugares en las posiciones defensivas cuando las tropas sean limitadas.*

El 24 de octubre, un comandante de regimiento japonés, el teniente coronel Takayoshi Sumitani, hizo llegar una orden desafiante, escrita a mano, a los hombres del 24.° de infantería:

> *El destino del imperio depende de esta decisiva batalla en Filipinas. Esta fuerza librará esta decisiva batalla alrededor de Tacloban y aplastará al bárbaro enemigo. No hay mayor gloria y honor que esto… Ahora, el riguroso entrenamiento que habéis recibido se pondrá a prueba… Cada oficial y cada hombre se unirá para luchar con coraje y espíritu de sacrificio. Aniquilad al enemigo como su majestad el emperador espera y mostrad respeto por la benevolencia imperial.*

Pero esta grandilocuencia era inútil. Los estadounidenses estaban ya muy sólidamente establecidos en Leyte como para ser desalojados. Lo que sí podían hacer Sumitani y los suyos, y de hecho lo lograron, fue entablar una lucha con el 6.° ejército mucho más dura de lo que anticipaban MacArthur y su personal. Mientras los invasores avanzaban a través de la isla, a cierta distancia de la orilla se desencadenaba uno de los dramas más espectaculares de la campaña de Filipinas, e incluso de la Segunda Guerra Mundial.

# 6

# «Las flores de la muerte»: el golfo de Leyte

### 1. SHOGO

El mayor conflicto naval de la historia tuvo lugar en un momento en el que su resultado ya solo podía ejercer una influencia muy secundaria en el desmoronamiento de Japón. Fueron los almirantes generales de Japón quienes inspiraron una iniciativa con la que darían rienda suelta a sus frustraciones, en un gesto de increíble inutilidad. En octubre de 1944, tras quedarse sin cobertura área, se enfrentaban a unas fuerzas estadounidenses abrumadoramente superiores en número. Quisieron concentrar su flota en las islas patrias; sin embargo, los buques de mayor tonelaje se vieron obligados a operar desde fondeaderos en los que disponían de combustible, en aguas de Borneo y Malasia. La Armada Imperial japonesa aún contaba con una fuerza que, pocos años antes, había sobrecogido al mundo. De los diez acorazados dispuestos para el servicio activo al comienzo de la guerra, todavía conservaba nueve. A los almirantes generales les pareció intolerable —o peor aún, deshonroso— que las unidades principales se columpiasen ociosas en sus amarraderos al tiempo que, en la costa, el ejército libraba batallas desesperadas. Por tanto, la marina buscó precipitar un combate, aun cuando todos los pronósticos auguraban su derrota.

Los estadounidenses no estaban preparados para aquel tipo de iniciativa. Como tantas veces ocurriera en el noroeste de Europa, atribuyeron a sus enemigos demasiada racionalidad. El cuartel general de MacArthur consideró improbable que los japoneses se aproximaran al golfo de Leyte por los estrechos de San Bernardino o Surigao. Los barcos enemigos no dispondrían de espacio para maniobrar y se enfrentarían a la 3.ª Flota, de Halsey, y a la 7.ª, de Kinkaid. No obstante, ya desde el verano, los comandantes japoneses habían decidido asignar la mayoría de las unidades de superficie que aún conservaban al proyecto que dieron en llamar Shogo: «Operación victoria». Cuando se mostró un borrador al almirante Ugaki, de la escuadra de acorazados, este escribió: «No hace falta seguir considerando si el plan es adecuado o no, sino que, llegados a la situación tan extrema en la que nos hallamos, ya no tenemos más elección… Es fundamental mantener la esperanza de victoria… y esforzarse por alcanzarla». Dicho de otro modo, era preferible hacer algo a quedarse quieto. Shogo podría compararse, por su grado de desesperación, con la

ofensiva de Hitler en las Ardenas, tres meses más tarde.

Incluso mientras los comandantes japoneses y los miembros del Estado Mayor estuvieron enfrascados en el estudio de las cartas de navegación, durante los meses de septiembre y principios de octubre, sus escuadrones aéreos, de vital importancia, desaparecían en el océano. Día tras día, los aviones de Halsey provocaban pérdidas devastadoras en aguas de Formosa. «Nuestros cazas eran como un montón de huevos estrellados contra el muro de las invencibles formaciones enemigas», escribió el almirante Fukudome, desconsolado. Los destructores de los Estados Unidos, equipados con un radar de largo alcance, permitían a los norteamericanos concentrar los aviones en un espacio aéreo determinado, a un radio de cien millas de distancia de la posición de la 3.ª Flota, en caso de amenaza de ataque japonés. Dirigir a los cazas se había convertido en un arte extraordinariamente complejo. Igual que los ataques en gran escala contra las bases de los aviones de combate y los emplazamientos flotantes japoneses. El 10 de octubre, 1396 salidas estadounidenses contra Okinawa y las islas Ryukyu acabaron con varios barcos y destruyeron un centenar de cazas enemigos, frente a solo veintiuno propios. Entre el 12 y el 14, los japoneses perdieron más de quinientos aviones de combate. Sus bajas de guerra se vieron acompañadas por un notorio descenso de la disponibilidad de vuelo, que bajó al 50 por 100, e incluso al 20 por 100, comparada con el 80 por 100 de los estadounidenses. Buena parte del personal de tierra japonés se había perdido en las batallas de los atolones del Pacífico y no se disponía de sustitutos con el suficiente nivel de formación.

Aquellos reveses se equiparaban con la extraordinaria capacidad de los japoneses para engañarse a sí mismos con respecto a los acontecimientos. El almirante Ugaki se alegró mucho por la «tremenda hazaña» de una escuadra de destructores que había hundido tres portaaviones, un crucero y cuatro destructores. En realidad, en aquella acción, los estadounidenses solo habían perdido un destructor; lo que sucedió fue más bien que el alto mando renunció a la práctica, tan indispensable, del análisis honrado. Al preparar el plan Shogo, los comandantes japoneses se entregaron a un conjunto de ilusiones. De los 116 aviones que les quedaban el 17 de octubre, la mayoría se hallaba en las bases de Kyushu, incapacitada para volar desde los portaaviones, porque los pilotos eran demasiado inexpertos para aterrizar en cubierta. Así pues, la flota dependía de la cobertura aérea que pudieran ofrecerle desde tierra. Los cuarenta cazas japoneses que sobrevivieron en las Filipinas se multiplicaron por diez el 23 de octubre, con la llegada de refuerzos, pero seguían sometidos a un desgaste implacable, tanto en tierra como en el aire. En el mar, los japoneses reunieron las fuerzas de nueve acorazados, cuatro portaaviones, quince cruceros pesados y ligeros y veintinueve destructores. No dejaban de ser imponentes, hasta que se las comparaba con las fuerzas de la Marina de los Estados Unidos: diecinueve grupos de combate, situados alrededor de las Filipinas, compuestos por nueve portaaviones mayores,

ocho ligeros y veintinueve de escolta; doce acorazados, doce cruceros pesados y dieciséis ligeros; 178 destructores, cuarenta destructores escolta y diez fragatas. Los Estados Unidos desplegaban a la sazón más destructores que portaaviones poseía la Armada japonesa. Los doscientos barcos de la 3.ª Flota ocupaban un área oceánica de nueve por cuarenta millas náuticas.

El objetivo de Shogo —complejo, como la mayoría de planes operativos japoneses— era habilitar tres escuadras; dos zarparían de Borneo y una de Kyushu, para encontrarse en el golfo de Leyte, donde la Flota Conjunta caería sobre la armada anfibia de MacArthur y su fuerza naval de cobertura, la 7.ª Flota. Aunque los japoneses creían que sus ataques aéreos habían dejado tocada a la 3.ª Flota de Halsey, que operaba al nordeste de Filipinas, intentaron atraer a sus portaaviones y acorazados con un señuelo, para alejarlos de Leyte. Para conseguirlo, los cuatro portaaviones que aún conservaban los japoneses, junto con un escueto complemento de aviación, iban a realizar un amago por el sur, llevando a cabo una exhibición que no pasaría desapercibida a los estadounidenses. Se consideró que la inevitable pérdida de los portaaviones merecía la pena, si se apartaba a Halsey del camino de la principal fuerza de ataque. Shogo estaba programado para la fecha más temprana posible, tras el supuesto desembarco estadounidense.

La mayoría de oficiales de alto rango y miembros del Estado Mayor se opusieron al plan. Se daban cuenta de las escasas posibilidades de éxito y de que las pérdidas, probablemente, serían desastrosas. Vieron que, si esperaban hasta que los estadounidenses llegaran a la costa, habrían perdido el momento decisivo en las Filipinas. Shogo fue el reflejo del punto débil que, de manera crónica, afectaba a las fuerzas japonesas: la división. Incluso el belicoso Ugaki escribió, el 21 de septiembre, que le parecía precipitado «atraer a todo el poderío del enemigo con nuestras fuerzas inferiores… comprometiéndonos a una batalla decisiva… Había pocas oportunidades de conseguir la victoria. Al observar a un luchador de sumo que se enfrenta a cinco hombres uno detrás de otro, está claro que no podrá imponerse, si gasta demasiado esfuerzo luchando con cada uno de los contrincantes». Algunos oficiales dijeron: «No nos importa morir, pero si el esfuerzo último de nuestra gran Armada es realizar un ataque contra un grupo de buques vacíos, no cabe duda de que los almirantes generales Togo y Yamamoto llorarán en sus tumbas». Los más críticos pusieron en tela de juicio un plan que exigía luchar de día. Solamente la oscuridad, creían ellos, les podría ofrecer alguna posibilidad de éxito, al explotar la legendaria habilidad en la lucha nocturna de la Marina Imperial. Incluso el ejército de Tierra, que tantas veces se había mostrado imprudente, consideraba que Shogo era una temeridad.

El almirante general Takeo Kurita, designado comandante de operaciones, defendió con sus mejores argumentos la conveniencia de la operación. «¿Acaso no sería vergonzoso —preguntó en la última sesión a sus capitanes de navío— que la

flota permaneciera intacta mientras nuestra nación perece? ¡Los milagros existen!». Pero el propio Kurita, aun a pesar de ser un capitán de destructores y cruceros veterano, al que se había visto en muchos combates, se mostraba ostensiblemente cauto. Había adquirido la graduación por antigüedad, no por sus actuaciones. Iba a ejecutar un plan concebido por completo desde el cuartel general de la Flota Conjunta, para el que hacía falta una sangre fría extraordinaria. La víspera antes de zarpar, solo la retórica de Kurita estuvo a la altura de las exigencias de su misión. La flota —dijo a sus oficiales— estaba recibiendo «la oportunidad de florecer como auténticas flores de la muerte». Su público respondió como pedía la tradición, chocando los talones para gritar «¡Banzai!», pero sus corazones no albergaban ninguna ansiedad. Kurita y sus capitanes se embarcaron entonces en una de las misiones más imprudentes y peor dirigidas de la historia naval.

La que se conoce como «batalla del golfo de Leyte» se libró en un área del tamaño de Gran Bretaña o del estado de Nevada. Tras un cambio en el código naval japonés, los servicios de inteligencia estadounidenses no dispusieron de ninguna pista sobre el plan del enemigo, pero las dos escuadras meridionales de Kurita frieron detectadas mucho antes de llegar a Leyte. Antes de que amaneciera el 23 de octubre, Halsey recibió uno de los informes de avistamiento más trascendentales de la guerra; se enviaba desde el submarino *Darter*, que patrullaba por el paso de Palawan junto con su buque hermano, el *Dace*: «Varios navíos, probablemente 3 acor., 08-28 N 116-30 E, rumbo 040 velocidad 18 x, persecución». Se trataba de la 1.ª Fuerza de Asalto de Kurita, que procedía de la bahía de Brunei. Tuvo que ser un verdadero espectáculo. Nadie ha superado las imágenes con las que Winston Churchill describió a los acorazados del siglo XX: «gigantescos castillos de acero» en el mar, proas que se hunden a medida que avanzan en una majestuosa procesión, «como gigantes agachados que reflexionaran con inquietud».

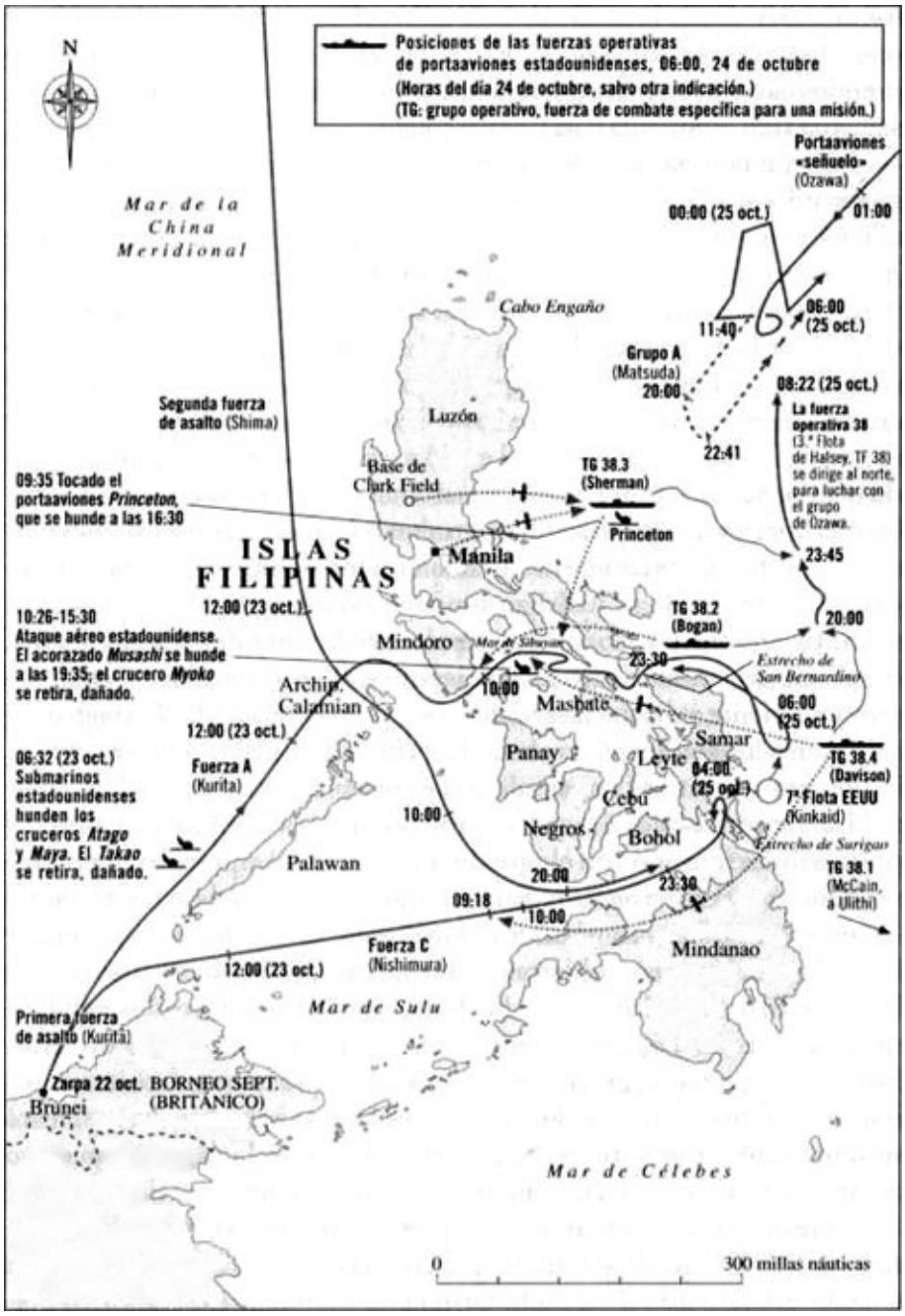
Cinco acorazados y diez cruceros pesados avanzaban en tres columnas, a dieciséis nudos, sin protección antisubmarinos. Aquello resultaba especialmente extraordinario, porque los japoneses habían interceptado una transmisión de radio estadounidense y eran conscientes de que los submarinos estaban a tiro de piedra. A las 06:32, el *Darter* lanzó seis torpedos contra el crucero *Atago*, el buque insignia de Kurita, a bocajarro —unos 900 metros—, y luego disparó sus tubos de codaste contra el crucero *Takao* desde unos 1420 metros. El *Atago* recibió cuatro impactos y el *Takao* dos. El capitán del *Dace*, Bladen Claggett, levantó el periscopio para contemplar «la visión de mi vida»: el *Atago* envuelto en una negra humareda entreverada de llamas anaranjadas, hundiéndose rápidamente por la proa. El *Takao*, aunque había sufrido un golpe fuerte en la popa, permanecía a flote. Claggett oyó dos grandes explosiones. «Jamás había oído nada semejante —escribió el capitán del submarino—. Los técnicos de sonido informaron de que había retumbado como si

estuviera estallando el fondo mismo del océano… Se oyeron unos ruidos de desintegración tremendos. Aquel fue el sonido más horripilante que jamás he oído». El oficial de inmersión dijo: «Vale más que nos larguemos de aquí».

El almirante Kurita y su Estado Mayor se desplazaron desde el siniestrado *Atago* hasta el destructor *Kishinami* y de ahí pasaron al gran acorazado *Yamato*. Una parte de los 360 miembros de la tripulación del *Atago* pereció ahogada; entre ellos se encontraba casi todo el equipo de comunicaciones del almirante. Si en adelante el proceder de Kurita fue torpe, a nadie con cincuenta y cinco años le podría haber resultado sencillo ejercer el mando tras semejante trauma personal. El buque hermano del *Darter*, el *Dace*, lanzó cuatro torpedos contra el crucero *Maya* y oyó las fuertes detonaciones que indicaban su fin. Los ataques de los destructores japoneses, aunque tardíos, evitaron que los submarinos volvieran a disparar. Los barcos de Kurita aumentaron la velocidad hasta los veinticuatro nudos, para huir de aquel campo de la muerte. La primera acción del golfo de Leyte había infligido daños importantes a los japoneses, antes incluso de que ellos lanzaran su primer disparo. Algunos oficiales de la «Fuerza Central», tal como se denominó a la escuadra de Kurita, manifestaron una compungida admiración ante el logro de los submarinos estadounidenses: «¿Por qué nuestra gente no puede conseguir una proeza como esta?». ¿Por qué no, de hecho? Aquella primera victoria estadounidense fue posible gracias a una falta de atención táctica que rozaba la imprudencia, lo que caracterizaría casi todas las acciones japonesas de aquella época. Por más pesimistas que fueran Kurita y sus oficiales con respecto a la operación que habían llevado a cabo, resultó extraordinario que hubiesen pasado por alto las precauciones más elementales. El comportamiento japonés hacía pensar en una actitud resignada a la muerte, muy por encima de la voluntad de combatir. En aquel enfrentamiento titánico, la que una vez fuera una gran Armada se iba a comportar de un modo que habría invitado a la burla, de no haber estado en juego cuestiones trascendentales y tantísimas vidas humanas.

Para entonces, los estadounidenses tenían claro que los buques de Kurita se dirigían al estrecho de San Bernardino, en el extremo norte de la isla de Samar. Al llegar al extremo oriental, pensaban virar hacia el sur para emprender una travesía de siete horas hasta el golfo de Leyte y el fondeadero de la invasión de MacArthur. La segunda escuadra japonesa, a las órdenes del almirante general Shoji Nishimura, también había sido descubierta: avanzaba a toda máquina hacia el mismo objetivo, pero desde el sur, pasado Mindanao. Halsey no se atrevió a meter sus acorazados en San Bernardino, minado por los japoneses; dispuso que tres grupos de portaaviones rápidos cerraran el campo y lanzaran ataques aéreos. Los japoneses, sin embargo, fueron los primeros en mover ficha. Tres grupos de cincuenta aviones cada uno, que volaban desde Luzón, atacaron a los portaaviones del grupo 3 (TG3), de Sherman. La batalla consiguiente fue prolongada y dura. Un piloto de Hellcat, el famoso

comandante David McCampbell, derribó nueve aviones japoneses; su piloto de flanco, seis; otros cinco pilotos afirmaron haber hecho lo propio con dos más cada uno. En un principio, en 1933, McCampbell había sido rechazado por los instructores de vuelo, debido a sus deficiencias visuales. Pero la agresividad, indispensable en los pilotos de cazas, lo convirtió en uno de los más exitosos de la guerra de la Marina. «Es una competición constante», dijo, con humor irónico. El 24 de octubre de 1944, casi todos los premios cayeron en manos estadounidenses. La fuerza de ataque japonesa había sido eliminada casi por completo.




*Batalla del golfo de Leyte, 23-25 de octubre de 1944.*

Solo un bombardero de picado Judy atravesó la cortina defensiva estadounidense y dejó caer una bomba de 550 libras (250 kg) sobre el portaaviones ligero *Princeton*,

lleno de aviones preparados para el despegue. El combustible ardió, los torpedos explotaron, centenares de hombres desesperados abarrotaron la cubierta de vuelo. A las 10:10, media hora después de la primera explosión, toda la tripulación abandonó la embarcación, salvo el personal encargado de aliviar los efectos del desastre. El crucero *Birmingham* navegó a escasa distancia para ayudar a combatir los fuegos del *Princeton*, para lo cual envió a treinta y ocho voluntarios a bordo del portaaviones siniestrado. Pasaron un *Jeep* y una oruga desde la cubierta superior del *Princeton* al destructor *Morrison*, que estaba rescatando a los hombres mientras usaba ametralladoras para apartar los tiburones de donde se hallaban los supervivientes que habían caído al agua. La agonía del *Princeton* se prolongó durante dos horas y media, hasta que avisaron de otro ataque japonés. El *Birmingham* se mantuvo temporalmente a distancia. Después de que los Hellcat del *Lexington* disolvieran a los atacantes, no obstante, el heroico crucero volvió a acercarse una vez más y trató de remolcar al *Princeton*.

La enorme explosión que se produjo en la bodega de torpedos del portaaviones terminó con el intento de salvamento y provocó importantes daños en el *Birmingham*. En el diario de guerra del buque se anotó: «Muertos, moribundos y heridos, muchos de ellos de forma sangrienta y horrible, llenaban las cubiertas… La sangre corría libremente por las bordas». El casco del *Princeton* fue hundido mediante torpedos estadounidenses. El *Birmingham* se retiró de la flota, como «carne de astillero». Sorprendentemente, gracias al coraje y la pericia que se demostraron a bordo de todos los navíos, solo perecieron ciento ocho hombres y ciento noventa resultaron heridos. Si para el grupo 3 de Halsey fue un trago amargo, también representó un momento de orgullo.

El primer ataque aéreo de la 3.ª Flota cayó sobre los barcos de Kurita a las 10:26, seguido por una segunda oleada a las 12:45 y una tercera a las 15:50. A bordo de un submarino estadounidense cercano, los marinos escuchaban a escondidas la comunicación por radio de los aviadores. Un piloto interrumpió, con impaciencia, las instrucciones de su controlador: «¡Vamos a quitarnos esto de encima!». A continuación se produjo un estallido de gritos: «¡Fantástico! ¡Tengo un acorazado!». Seguido de: «Vale, deja el acorazado. Ponte con el crucero». Para entonces, Kurita estaba izando su bandera en el *Yamato*, en una difícil competencia con Ugaki, que dirigía la unidad acorazada desde aquel mismo barco y despreciaba a su superior. El almirante general suplicó, en vano, la ayuda aérea del mando de la costa. Le fue negada con la absurda excusa de que los aviones de combate eran más provechosos si se implicaban en los ataques contra los portaaviones estadounidenses. Allí, una vez más, apareció la obsesión japonesa por la virtud inherente a la acción ofensiva, igualada por la falta de paciencia en lo relativo a los requerimientos defensivos rutinarios. Kurita tuvo que contemplar, desde una posición de impotencia práctica,

cómo la aviación de los Estados Unidos caía sobre sus buques una y otra vez.

Sherwin Goodman, artillero de un *Avenger*, estaba contemplando tranquilamente el cielo en medio de una enorme formación de aviones estadounidenses cuando sus pensamientos se vieron interrumpidos: «Era un día precioso… ¿Dios mío, qué tenemos aquí?». Era el grupo del *Yamato*, bastante por debajo de ellos. Los portadores de torpedos dejaron caer la carga y volaron en círculos para ocupar las posiciones de ataque. Goodman dio la vuelta a su torreta, orientándola hacia delante, y solamente alcanzó a ver los destellos de disparos de los buques enemigos: «Parecía un túnel de fuego». A unos mil metros de distancia, dejó caer su torpedo, el avión se elevó y Goodman gritó a su piloto: «¡Gira a la izquierda! ¡A la izquierda!». Mirando hacia abajo a medida que se alejaban, exclamó triunfante: «¡Le hemos dado!». Su víctima fue el crucero ligero *Noshiro*, que se hundió casi de inmediato. Dos bombas estadounidenses provocaron leves daños al *Yamato*, lo que supuso otro susto terrible para Kurita. Su jefe del Estado Mayor quedó herido a consecuencia de la metralla.

Los cañones de la flota japonesa, todos ellos, dispararon contra los estadounidenses que se aproximaban, pero sin apenas éxito. Desde 1942, los buques norteamericanos habían avanzado muchísimo en la defensa aérea, gracias a la dirección de los cazas por radio, una artillería controlada por radares y detonadores de proximidad radiocontrolados. Los japoneses habían quedado muy atrás; sus defensas antiaéreas eran lamentablemente inadecuadas. «Nuestro capitán era un gran entusiasta de la artillería —dijo el suboficial de marina Kisao Ebisawa, que sirvió en un barco mientras se sucedían los numerosos ataques aéreos estadounidenses—. Siempre nos decía que podríamos barrer a los estadounidenses del cielo. Tras innumerables ataques en los que nuestros cañones ni siquiera les arañaron las alas, acabó pareciéndome bastante tonto. Cuando llegaban los ataques aéreos, no podíamos hacer mucho más que rezar».

El 24 de octubre, el uso de enormes proyectiles «colmena[7]» en el armamento principal de los acorazados nipones infligió más daño a sus propios cañones que a los aviones estadounidenses; pero aun así, los pilotos norteamericanos se vieron afectados por el espectáculo. «Te destroza los nervios —decía uno de ellos— ver cómo estallan los cañones en los barcos. Y entonces te preguntas qué demonios vas a hacer en los próximos diez o quince segundos, mientras la bomba llega hasta allí». En medio de las nubes negras, la aviación estadounidense, cargada con torpedos y bombas, pasó ilesa una y otra vez.

El capitán de corbeta Haruki Iki, de la Marina japonesa, estaba al mando de una escuadra de bombarderos y torpederos Jill, con base en el aeródromo de Clark Field, en Luzón. El día 24, sin tener constancia alguna del asunto Shogo, recibieron órdenes de poner en marcha una misión «lo más esforzada posible» contra los cruceros estadounidenses. Solo podían llevar combustible suficiente para alcanzar a la 3.ª

Flota. A primera hora de la tarde, vieron a Iki a la cabeza de su formación, con dieciocho cazas, dirigiéndose al nordeste por el mar. Recibieron el primer indicio del desesperado drama de la Flota Conjunta cuando avistaron, bastante más allá, al acorazado *Musashi*, bajo ataque estadounidense. Apenas habían tenido tiempo de asimilar lo que estaba sucediendo cuando los Hellcat les cayeron encima. Lo que se produjo a continuación fue una masacre. Mientras los inexpertos pilotos luchaban por escapar de la vista de los estadounidenses, en cuestión de minutos habían sido derribados quince aviones japoneses. Dos cazas escaparon de vuelta a Clark. El propio Iki encontró refugio entre las nubes.

Cuando volvió a salir, el cielo y el mar estaban desiertos y se le había terminado el combustible. Puso rumbo sudeste y amerizó en aguas poco profundas, a pocos centenares de metros de la costa norte de la isla de Leyte. Él y su artillero se pusieron de pie sobre un ala, haciendo señas a unas figuras de la playa, que a todas luces eran japoneses. Iki disparó bengalas para llamar su atención. Al final, un pequeño bote se aproximó a cierta distancia: «¡Somos de la Marina!», gritó Iki. «Nosotros de Tierra», le respondieron los ocupantes del bote, con sequedad. Se impuso la animosidad acostumbrada entre los dos servicios. Los soldados estaban preocupados al ver que el torpedo del avión se había desprendido del fuselaje, y amenazaba en el fondo, a solo unos pocos metros de profundidad. «¿Es que no se puede hacer nada con eso?», preguntaron, a lo que Iki respondió enfadado: «¿*Nada* como qué?». Por fin, los soldados se aproximaron a rescatar a los aviadores. Una vez en tierra, Iki pidió al comandante local que comunicara con su base y le suministrara un medio de transporte para regresar. No se envió ningún mensaje, sin embargo, y pasó una semana antes de que pudiera volver a Clark. Cuando al fin alcanzó su base, descubrió que se había realizado un desfile en su memoria y la del resto de su unidad. Su comandante lo abrazó, regresado del país de los muertos. «De algún modo, sabía que no iba a ser el final», le dijo el oficial, emocionado. Sin aviones ni tripulación, no les quedaba nada que hacer en Luzón. Iki fue evacuado a Kyushu para organizar una nueva escuadra.

El piloto japonés no fue el único aviador que terminó «en el agua» aquel día. Estuvo también, por ejemplo, Joseph Tropp (de Cheltenham, Pensilvania), de veintidós años, artillero de un Helldiver acosado por el fuego antiaéreo. Cuando su escuadrilla desapareció por el este, después de atacar los barcos de Kurita, Tropp se rezagó y quedó balanceándose en un bote, en solitario, puesto que su piloto había recibido heridas fatales en el amerizaje. Se vio en medio del paso de toda la flota japonesa. Los acorazados no se dignaron mirarlo, pero cuando un destructor le pasó a cincuenta pies, «un marino *japo* gritó y pude ver que otros asomaban por sus escotillas hablando y gesticulando. Se alinearon en la baranda, blandiendo los puños, gritando y riendo. Uno de ellos desapareció y volvió con un rifle, y yo estaba seguro

de que pretendía hacerme pedazos, pero los vi y oí cómo gritaban sobre otra cosa que les distrajo la atención». Se acercaban más aviones estadounidenses y abandonaron a Tropp a su propia suerte. Tras dos días en el bote, desembarcó en Samar, se encontró con guerrilleros que lo devolvieron a los estadounidenses y al final regresó a su portaaviones.

Mucho más graves fueron las desgracias que aguardaban a Kurita. El comandante james McCauley, que estaba al mando de los bombarderos-torpederos de la 3.ª Flota, repartió sus aviones entre los tres navíos japoneses más grandes. El *Musashi* fue alcanzado diecinueve veces por los torpedos y diecisiete por las bombas. Aquel ataque, según el piloto David Smith, fue:

> *Absolutamente maravilloso. Jamás había visto nada parecido… no falló ni una bomba. Los torpederos iniciaron un ataque en formación de «pez martillo», cuatro sobre cada proa, y se podían ver las estelas, directas a las proas. Todos [los torpedos] avanzaban derechos, sin fallos, y todos explotaron. Bueno, el barco se detuvo y ardió como el infierno y, cuando lo dejé, después de media hora, la proa se había hundido ya hasta el nivel del agua.*

El *Yamato* y el *Nagato* también recibieron daños, aunque más ligeros. El crucero pesado *Myoko* se vio obligado a poner rumbo a casa, por los destrozos sufridos en el eje. A las 19:30, el monstruo de 67 123 toneladas, el *Musashi*, cuyas torretas pesaban —cada una de ellas— más que todo un destructor, con el gran crisantemo dorado imperial que aún adornaba su proa, zozobró definitivamente y se hundió. 984 de los 2287 miembros de la tripulación murieron; faltaban cuatro horas para que los escoltas japoneses pudieran lanzarse a la búsqueda de supervivientes. Ugaki compuso un haiku sobre la muerte del capitán del *Musashi*, el vicealmirante Toshihira Inoguchi. Terminaba de un modo encantador: «¿Quién puede leer el corazón de un almirante pensativo?». Las condiciones climatológicas —«Buenas»— fueron el único aspecto del 24 de octubre sobre el que Ugaki pudo anotar algún comentario positivo en su diario. Allí leemos cómo, «el primer día de la batalla decisiva», se lamentaba por los pocos aviones estadounidenses que habían sido derribados. El fuego antiaéreo de los barcos de Kurita había acabado solo con dieciocho atacantes. La última voluntad de Inoguchi, garabateada mientras su barco se iba a pique, hacía constar su arrepentimiento y el de sus camaradas por haber depositado una fe excesiva en los grandes barcos y en los grandes cañones.

Aun cuando la aviación de Halsey había podido atacar durante todo el día sin las interferencias de los cazas japoneses, los resultados fueron mucho menos exhaustivos tanto de lo que los estadounidenses esperaban como de lo que afirmaron sus pilotos. Halsey escribió después de la guerra: «La lección más evidente que hemos aprendido de esta acción es la dificultad práctica de inutilizar mediante ataques aéreos un destacamento de barcos pesados en el mar, cuando tienen libertad para maniobrar». No resulta nada convincente, sin embargo. Mucho más importante fue el hecho de

que los aviadores estadounidenses empezaron la batalla cansados, cansadísimos, tras varios días de acción intensivos. El portaaviones *Bunker Hill* ya había sido enviado a Ulithi por el agotamiento de su grupo de aviadores y otros pilotos de barco estaban poco mejor. La fatiga menguaba la precisión. Un comandante de Hellcat, Lamade, del *Hancock*, se mostró especialmente crítico con la actuación de los Helldiver durante aquella temporada: «Los bombarderos de picado no están acertando donde apuntan; me parece, en realidad, que ni siquiera apuntan a ningún sitio». Un análisis de un grupo aéreo concluía, el 24 de octubre: «se atacaron demasiados objetivos provocando daños leves a muchos barcos… la disciplina de radio debe mejorarse». Aquel día, solo unos cuarenta y cinco de los 259 cazas estadounidenses consiguieron dar en el blanco. Aquello quedaba muy por debajo de las grandes actuaciones de los pilotos de portaaviones en el otoño de 1944. A pesar de haber hundido el *Musashi*, las salidas estadounidenses del 24 de octubre fueron relativamente infructuosas.

Pero bastaron para afectar a Kurita. A las 14:00 de aquella tarde, la fuerza japonesa invirtió el rumbo para alejarse del estrecho de San Bernardino. El almirante indicó al cuartel general de Marina: «Se… considera conveniente retirarse de forma temporal más allá del radio de alcance de los ataques aéreos estadounidenses y retomar nuestra operación cuando las acciones de [otras] unidades amigas lo permitan». Pero fuera lo que fuese lo que Kurita hizo en adelante, su fuerza ya no pudo llegar a su cita, prevista para el amanecer, en las aguas del golfo de Leyte, donde debía reunirse con la escuadra japonesa del sur. En tierra, el humor de los japoneses era terrible. Uno de los hombres más afortunados aquel día fue el comandante Shoji Takahashi, en Manila. Cuando zarparon las escuadras de Shogo, la Marina solicitó la presencia de un oficial de enlace del ejército de Tierra, para que fuera a bordo del *Musashi*. Takahashi se ofreció voluntario. Creyó que el viaje podría ser divertido. Aquella noche, cuando el ejército de la Zona del Sur de Asia tuvo noticia de que el gran acorazado y buena parte de su tripulación yacían en el fondo del mar, el coronel del oficial de inteligencia le hizo un gesto ominoso con el dedo: «Suerte que no le dejé ir, ¿no le parece?». El almirante general Halsey, al oír los informes de sus pilotos, quedó convencido de que la 3.ª Flota había conseguido una victoria decisiva: que la fuerza de Kurita se había roto y se había batido en retirada.

La Fuerza «C» de Nishimura, que estaba compuesta por dos acorazados viejos, un crucero pesado y cuatro destructores, era de una debilidad ridícula como para emprender una acción por su cuenta. Otro elemento más de la Flota Conjunta, la pequeña escuadra de Shima, iba siguiendo la misma ruta que Nishimura, pero unas cuantas horas por detrás. Era como si el alto mando japonés estuviera ofreciendo a sus enemigos un banquete en platos sucesivos, escogidos para satisfacer los apetitos estadounidenses, con las pausas convenientes para descanso del paladar. Cuando la Fuerza «C» inició su prolongado acercamiento al golfo de Leyte desde el sur, en la

mañana del 24, sufrió un ataque aéreo estadounidense, que resultó ineficaz, antes de que los portaaviones de Halsey se trasladaran al norte rumbo a Kurita. En adelante, el almirante general Thomas Kinkaid, que estaba al mando de la 7.ª Flota, encargada de proteger la cabeza de puente de Leyte, tuvo claro que sería cosa de sus barcos terminar con Nishimura; y que los japoneses pensaban cruzar el estrecho de Surigao mientras estuviera oscuro.

Kinkaid contaba cincuenta y seis años. Procedía de New Hampshire y había pasado buena parte de sus primeras épocas de servicio en acorazados. Abrigaba cierto resentimiento porque Halsey lo hubiera sacado de un grupo de mando de portaaviones, en los comienzos de la guerra, pero en general se lo consideraba un oficial frío y eficiente. A las 12:15, ordenó que todos los barcos se preparasen para un combate nocturno, con este comentario:

> *Situación general: parece que la aviación enemiga y las fuerzas navales se están reuniendo… para un golpe ofensivo en la zona de Leyte… esta noche puede tener lugar un ataque por parte de grupos de asalto enemigos, después de las 19:00. Plan general: esta fuerza destruirá [mediante] cañoneo de alcance moderado y torpedos a cuantas fuerzas de ataque de superficie del enemigo traten de entrar en el golfo de Leyte pasando por… el estrecho de Surigao.*

MacArthur solicitó que le permitieran quedarse a bordo del crucero *Nashville* para la batalla y solo bajo protesta trasladó su cuartel general a tierra firme. Los veintiocho barcos de suministro y de mando que había en la bahía de San Pedro permanecieron allí para que los destructores les hicieran de pantalla de protección. El almirante general Jesse Oldendorf, al mando de la fuerza de viejos acorazados y cruceros que prestaban servicio de bombardeo de apoyo en Leyte, desplegó sus líneas a lo largo de la boca del estrecho, a la espera del enemigo. Los cinco destructores de la Escuadra 54 del capitán de navío Jesse Coward adoptaron una posición más adelantada, como fuerza que libraría las primeras escaramuzas y recibiría el apoyo de otros seis destructores de la escuadra n.° 24 (Desron 24) y nueve de la n.° 56 (Desron 56), dispuestos para lanzar sucesivos ataques con torpedo. Un enjambre de pequeñas lanchas torpederas patrullaban aún más adelante, moviéndose con gran facilidad sobre las cristalinas aguas del mar. El primer disparo, muy desafortunado, de las lanchas torpederas afectó a un avión estadounidense: derribaron un Black Cat Catalina de vuelo nocturno, que estaba buscando a Nishimura.

La noche estaba plagada de temores. Kinkaid, en su buque de mando *Wasatch*, en el fondeadero de San Pedro, se sintió consternado cuando le informaron del bombardeo japonés sobre Tacloban, que hizo estallar un depósito de combustible. Los acorazados estadounidenses apostados en la entrada de Surigao derrotaron con dificultades a la escuadra de Nishimura. Pese a las circunstancias, como no esperaban participar en un combate con barcos de guerra enemigos, llevaban poca munición perforante. Una acción nocturna siempre era arriesgada, sobre todo contra los

japoneses. Era muy poco probable que la débil fuerza de Nishimura pudiera pasar a través de la 7.ª Flota, pero unos pocos proyectiles japoneses, de haber tenido suerte, podrían haber sembrado el caos.

La batalla comenzó a las 22:36, cuando las pequeñas lanchas torpederas de madera, pintadas de verde jungla, avanzaban a una velocidad de veinticuatro nudos para lanzar los primeros ataques. Una tras otra, en medio de las espumosas estelas y los parpadeantes reflectores japoneses, se esforzaron por cerrar las columnas de los barcos en avance. El armamento secundario de Nishimura disparó varias salvas contra las frágiles embarcaciones. En el transcurso de las escaramuzas, que se prolongaron al menos cuatro horas, treinta lanchas dispararon torpedos, ninguno de los cuales alcanzó el objetivo. Las lanchas torpederas eran una fuerza especial de la Marina, que se usaba principalmente para labores de reconocimiento y de rescate. Su formación como torpederas había sido desatendida. Se perdió una embarcación y murieron tres hombres. La escuadra de Nishimura siguió hacia el norte.

Los destructores estadounidenses salieron mejor parados. Casi todos eran barcos nuevos de la clase Fletcher, que desplazaban dos mil toneladas cada uno. Sus cañones, de cinco pulgadas, no tenían nada que hacer en una lucha con barcos grandes. Coward ordenó a la tripulación de sus torretas que hiciera un alto el fuego, porque las luces de las ráfagas facilitarían su localización a los japoneses. Los verdaderamente importantes fueron los torpedos de los destructores, lanzados desde unas plataformas mucho más estables que las que manejaban las lanchas torpederas, con la consiguiente mejora de la puntería, y que eran capaces de hundirlo casi todo. Incluso en la oscuridad, después de que se pusiera la luna justo pasada la medianoche, la visibilidad superaba las dos millas náuticas. La temperatura en cubierta era de 26°C, aproximadamente, con lo que el calor no llegaba a ser sofocante. En los centros de información de combate, los sonares antisubmarinos vociferaban de un modo exasperante. Cinco o seis hombres salieron al bochornoso y oscuro espacio que había detrás o debajo de cada puente del barco, dominado por un cuadro iluminado, revestido de cristal, en el que un puntito de luz mostraba la posición del barco. En las pantallas de los radares estadounidenses, las fichas que representaban los barcos de Nishimura se acercaban rápidamente.

Cuando los que tenían visibilidad contemplaron las acciones de las lanchas torpederas, el capitán de uno de los destructores, el *Monssen*, emitió el siguiente mensaje a su compañía de barcos en el cuartel general: «A toda la tripulación. Les habla el capitán. Vamos a entrar en combate. Estoy seguro de que todos y cada uno de ustedes cumplirá con su deber. Les prometo que yo cumpliré con el mío ante ustedes y ante mi país. Les deseo buena suerte y que Dios nos acompañe». La situación más apurada, en aquel momento, no era la de aquellos que se encargaban de las cubiertas superiores, sino la de los otros centenares que sudaban dentro de sus ropas especiales

en las centralitas y las grúas de munición, los consoladores de maquinaria y las salas de heridos de las cubiertas inferiores, desde donde no se veía nada de lo que sucedía en el exterior, hasta aquel momento horrible en el que los explosivos resquebrajaban la fina chapa y la sangre y el agua se mezclaban con el acero retorcido. Aquellas imágenes estaban vivas en la mente de casi todos los marinos, mientras bebían café y comían bocadillos en la interminable espera previa al combate.

La columna de Nishimura llevaba cuatro destructores en cabeza. Su propio buque insignia, el viejo acorazado *Yamashiro*, iba detrás, con el *Fuso* y el *Mogami* a intervalos de unos mil metros entre ellos. A las 02:40 el *McGowan* informó: «Nave sin identificar, a 184 grados, quince millas de distancia». Quince minutos más tarde, los puestos de observación japoneses avistaron al enemigo en la lejanía, pero sus reflectores, aunque potentes, no consiguieron iluminar los barcos de Coward. Los destructores estadounidenses empezaron a aproximarse, recorriendo el estrecho de doce millas de ancho a una velocidad de treinta nudos. Incluso con la ralentización de los barcos japoneses, frenados por la corriente contraria, los buques de Nishimura y los estadounidenses se iban acercando a más de cincuenta millas por hora. A las 02:58, con los japoneses a la vista, la escuadra de Coward lanzó una cortina de humo protector. Ordenó a los tres barcos de su división: «Disparen cuando estén listos». Unos segundos después de las 03:00, los estadounidenses empezaron a lanzar torpedos desde un radio de poco más de ocho mil metros. De haber estado más cerca, según pensaba el líder de los destructores, se habrían arriesgado a quedar devastados por el fuego de los cañones de Nishimura. Un reflector japonés enfocó de repente al *Remey* con su luz deslumbrante e hizo que sus tripulantes se sintieran «como animales enjaulados». Los acorazados empezaron a iluminar el cielo con el estallido de los cohetes, mientras luchaban en vano por alcanzar a los destructores estadounidenses, a una velocidad terrestre de casi 65 km por hora. En setenta y cinco segundos, veintisiete torpedos abandonaron sus cámaras. Coward viró fuerte a babor y estuvo zigzagueando durante los ocho minutos de trayecto. A las 03:08, oyeron una explosión aislada a bordo de un barco japonés, que probablemente era el *Yamashiro*.

Los dos barcos del grupo occidental de Coward tuvieron mucha más fortuna. Abrieron fuego a las 03:11, en el mismo momento en que Nishimura ordenó a sus barcos iniciar una acción evasiva, lo que los puso directamente en el camino de los torpedos que se aproximaban. El *McDermut* consiguió una hazaña notable, puesto que alcanzó a tres destructores japoneses de un solo disparo. Uno estalló al momento, el segundo empezó a hundirse y el tercero se retiró con daños en la proa. El teniente de navío Tokichi Ishii, oficial ingeniero de cuarenta y cuatro años, destinado en el *Asugumo*, descubrió de repente que la pintura de la chapa del techo de su sala se estaba desconchando, por efecto de los incendios. Una serie de explosiones sacudió el buque mientras la artillería estadounidense hacía estallar sus torpedos. Ishii vio cómo

explotaban los indicadores de presión y ardían las líneas telefónicas. El humo entró en la sala de máquinas. Mientras los hombres tosían y se asfixiaban, luchaban en vano por cerrar las escotillas y taponar los ventiladores. Al final, cuando las condiciones llegaron a un punto insostenible, Ishii mandó a sus hombres a la cubierta de superficie. Allí trabajaron a ritmo frenético para sofocar los fuegos hasta que al fin lo consiguieron. De vuelta a la sala de máquinas, a las 03:45, el oficial informó al puente de que el barco había recuperado su capacidad motriz. Estaba bajando las escaleras para volver a su puesto cuando otro torpedo estadounidense alcanzó el buque. La explosión catapultó a Ishii al mar. Se agarró a una tabla y vio hundirse su barco por la popa, bajo el fuego constante de los proyectiles estadounidenses. Ishii nadó hasta una balsa, no sin dificultad, porque había sufrido profundos cortes en las piernas con la explosión del torpedo. Unas horas más tarde se arrastraba a tierra firme, en Leyte; fue capturado por las guerrillas que, para su vergüenza, lo enviaron a una lancha torpedera estadounidense, con vida.

Un torpedo del *Monssen* alcanzó al *Yamashiro* paralizándolo. El siguiente ataque de un destructor estadounidense, realizado por la Escuadra 24 probablemente logró un par de golpes. Se discute todavía si los disparos de un acorazado a torpedos fueron los responsables, pero lo que sí es cierto es que el acorazado *Fuso*, que se empezó a construir en 1912, ardió en llamas y se partió en dos después de una gran explosión. Aún resulta un misterio cómo pudo sucumbir ese enorme buque tan fácilmente, aunque, sin duda, los años lo habían hecho más vulnerable. A las 03:35, la última escuadra de destructores estadounidenses de la zona urgió a «¡Ir a por los grandes!», de los que solo quedaban dos y uno de ellos, dañado. Pero el momento de «las latas» ya había pasado. Todos los torpedos de la escuadra de destructores n.° 56 fallaron. Los proyectiles lanzados desde los acorazados y los cruceros estadounidenses empezaron a marrar los blancos. Uno de los torpedos de la escuadra n.° 24 podría haber alcanzado al *Yamashiro*, que ya estaba sufriendo el fuego de la artillería estadounidense de catorce y dieciséis pulgadas. Más adelante, algunos oficiales navales criticaron la actuación de los destructores en el estrecho de Suriago, pues afirmaban que habían errado el tiro y lanzado los torpedos a casi tres mil metros más allá del alcance óptimo. Desde el punto de vista técnico, aquellas críticas son legítimas. La tecnología de orientación de los torpedos era relativamente simple. Hacía falta una suerte extraordinaria y gran habilidad para acertar el blanco a distancias de cuatro o cinco millas, teniendo en cuenta las fuertes corrientes del estrecho. Pero no se trataba de una situación en la que hiciera falta un coraje suicida. Antes al contrario, actuar desde más cerca habría comportado, casi seguro, pérdidas innecesarias en los destructores estadounidenses, cuando la escuadra de Nishimura estaba condenada de todos modos.

Los grandes buques estadounidenses solo dieron la orden de regresar a la base a

las 02:30, poco antes de que pudieran verse los destellos de las explosiones causadas por los destructores. Un pequeño encargado del comedor, de raza negra, que servía bajo las cubiertas en el suministro de municiones del *Maryland*, suplicó con gran emoción que le concedieran un puesto desde el cual pudiera realizar algunos disparos: «Quiero estar en los cañones; sé que puedo darles de lleno. *Sé que puedo hacerlo*». En un hermoso gesto de comprensión, lo colocaron ante un cañón de 20 mm. En las cubiertas de proyectiles, bajo las torretas, los hombres cambiaban las cargas por los escasos proyectiles de munición perforante: los acorazados solían llevar proyectiles de gran capacidad explosiva, más adecuados para bombardear posiciones de la costa. Los artilleros responsables de la seguridad controlaban las temperaturas: la precisión era indispensable para un disparo lo más exacto posible, «Nosotros no sabíamos demasiado, pero, como todos los marinos, podíamos hacer nuestras conjeturas», según dijo el teniente de navío Howard Sauer, que estaba en el *Maryland*, en el trinquete.

Los estadounidenses llevaban todas las de ganar, pero, según comentó Sauer, «nos acordábamos del *Hook*»: un crucero de combate británico, de 42 000 toneladas, que voló por los aires después de recibir un único impacto del alemán *Bismarck* en mayo de 1941. Vieron una trazadora roja que convergía en la línea del horizonte, luego oyeron la orden de viraje para los acorazados de Oldendorf. Con una marcha sostenida de apenas cinco nudos, ofrecían sus flancos y todo el costado al enemigo. Cuando los barcos de Nishimura se pusieron a tiro, las enormes torretas se pusieron de través. Los artilleros suplicaban que se les diera orden de abrir fuego: «Disparen, disparen, disparen». Una por una, las baterías principales informaban de que estaban preparadas: «Torreta de artillería derecha n.° 2, cargada y dispuesta», y así una tras otra. A la voz de «¡Abran fuego!», el jefe de controladores de fuego de cada torreta tocaba su gatillo izquierdo para hacer saltar una alarma de aviso, tras lo cual la tripulación de las cubiertas superiores cerraba los ojos y se tapaba los oídos. Luego la presión del dedo derecho provocaba destellos brillantes y estruendosas detonaciones: «¡En marcha!». En medio de las sacudidas, según recordaba Howard Sauer, «subíamos al mástil, que se movía adelante y atrás igual que un árbol se balancea con un fuerte vendaval».

El buque insignia de Jesse Oldendorf, el *Louisville*, estaba tan impaciente por abrir fuego que los artilleros se olvidaron de apretar la alarma, lo que provocó que el almirante quedara temporalmente cegado por los destellos de las ráfagas. Se metió en la cabina del crucero y miró las señales luminosas de la pantalla que indicaban la posición de los barcos de Nishimura. Muy pronto, sin embargo, lo distrajeron las incesantes voces que se oían por megafonía y regresó a la cubierta de señales. Los acorazados lanzaron sus primeras andanadas a 23 800 metros y los cruceros, a 14 300. Por una casualidad tremenda, cinco de los seis grandes barcos al mando de

Oldendorf habían sido rescatados del fondo de Pearl Harbor en los años siguientes al «día de la infamia». Para entonces, ya se los consideraba demasiado viejos y lentos para navegar con Halsey, pero tres de ellos —el *Tennessee*, el *California* y el *West Virginia*— estaban equipados con el radar de control de fuego más moderno, infinitamente superior a cualquier mecanismo del que dispusieran los japoneses.

Aquellos monstruos, en el último saludo de combate de su anticuada clase de barcos, dispararon sesenta y nueve, sesenta y tres y noventa y tres rondas de su armamento principal, respectivamente. El almirante japonés Ugaki preguntó una vez con acritud por qué, si los acorazados se habían convertido en elementos superfluos, como afirmaban algunos, los estadounidenses los usaban con profusión. Aquella noche sembraron el caos. El *Yamashiro*, en el que ondeaba la bandera de Nishimura, pronto ardía entre brillantes fuegos. El crucero pesado *Mogami* salió huyendo. A las 04:02, un impacto sobre el puente mató a todos los altos oficiales. Continuó avanzando, en llamas. Siete minutos después, el *Yamashiro* escoró y se fue a pique; con él se perdieron tanto el almirante como casi todo el resto de la tripulación. Un crucero y un destructor, tocados los dos, fueron los únicos supervivientes que pudieron escapar. En el otro bando, tres cruceros estadounidenses recibieron el fuego japonés, pero no así ninguna unidad pesada. A las 04:05, transcurridos tan solo catorce minutos, Oldendorf ordenó a sus acorazados el alto al fuego. Sabía que la escuadra japonesa estaba destrozada y había informes que hablaban de la presencia de destructores estadounidenses en la misma zona del objetivo.

Sin embargo, las acciones nocturnas todavía no habían concluido. Veinte millas por detrás de la fuerza japonesa principal, el almirante Kiyohide Shima dirigía otra escuadra de tres cruceros pesados y varios escoltas. Su primera baja fue el crucero ligero *Akubuma*, alcanzado por el torpedo de una lancha que apuntaba contra un destructor. A las 04:20, el radar japonés detectó la presencia de barcos enemigos y Shima ordenó a sus capitanes que iniciaran el lanzamiento de torpedos. Pero los dispararon contra las islas Hibuson, muy próximas, que sobrevivieron sin daños; este sinsentido recalca las tristes limitaciones del radar japonés. Shima se aproximó luego al *Fuso*, quebrado en dos partes incendiadas, y creyó que se trataba de dos barcos diferentes. No le cabía ninguna duda, sin embargo, de que Nishimura había fracasado por completo. Poniendo rumbo al sur una vez más, transmitió al cuartel general naval este mensaje: «Esta fuerza ha terminado su ataque y se retira de la zona de batalla para planear la siguiente acción». La retirada fue un mero presagio de las humillaciones que estaban por venir. El crucero *Nachi* colisionó contra un fugitivo de la escuadra de Nishimura, el *Mogami*, que estaba siendo devorado por las llamas. Como buenamente pudieron, los dos fueron distanciándose en dirección sur. Más tarde, el *Mogami* sufrió un ataque aéreo estadounidense y fue rematado por un torpedo japonés. Otro destructor japonés fue hundido por la aviación de tierra de los

Estados Unidos.

Mientras la fuerza de Oldendorf descendía lentamente por el estrecho de Surigao, los estadounidenses vieron solo dos barcos japoneses en llamas, junto con los supervivientes caídos al agua, de los cuales la mayoría rehusó el rescate. Al amanecer, la proa del *Fuso* era la única reliquia visible de la escuadra de Nishimura. El *Louisville* catapultó un hidroavión que informó de que no se registraban señales de actividad enemiga. Había sido una matanza despiadada, pero ello no resultó un motivo de preocupación para Oldendorf. «Si son burros, es su problema», afirmó lacónicamente. Hiroshi Tanaka, un desaliñado mecánico del *Yamashiro* —que cayó en manos estadounidenses— observó con amargura que Nishimura había manejado a su escuadra «más como un suboficial que como un almirante general». Es difícil no estar de acuerdo con estas palabras; más difícil aún resulta imaginar que un encuentro tan incompatible pudiera haber concluido de otro modo. Oldendorf no intentó perseguir a los japoneses supervivientes y apremió a Kinkaid para que encargara de ello a los aviones de base naval. Él ya había cumplido con su papel de verdugo. Solo un crucero pesado japonés acompañado de cinco destructores, regresó a su puerto de origen. El fondeadero de Leyte parecía hallarse a salvo. Las bajas estadounidenses en la acción del estrecho de Surigao ascendían a treinta y nueve muertos y ciento catorce heridos, la mayoría como consecuencia del «fuego amigo» que afectó al destructor *Grant*, después de que este desobedeciera las órdenes de pegarse a la orilla cuando los cañones pesados estadounidenses abrieran fuego.

¿Qué otra cosa podrían haber esperado, razonablemente, los japoneses? El resultado de la acción no fue sino reflejo de su propensión al capricho estratégico, su inferioridad tecnológica y su incompetencia táctica. Los estadounidenses desplegaron un fuego muy superior y en unas condiciones casi ideales. Fueron capaces de desplegar sus grandes barcos de costado, de forma que sacaron partido de todos y cada uno de los cañones. El enemigo, amablemente, solo podía usar sus torretas delanteras y se metió de cabeza en la cruz de la «T» que dispuso Oldendorf. Cuando llegaron las primeras luces del 25 de octubre, aquellos veteranos acorazados de los Estados Unidos pudieron dar por terminada su historia en la flota de guerra, tras escribir una última página digna del recuerdo. Pero la acción más extraña del golfo de Leyte estaba aún por llegar.

### 2. LA DURA PRUEBA DEL TAFFY N.° 3

En la víspera del día 24, la flota del almirante general Kurita se encaminaba otra vez hacia el estrecho de San Bernardino, aguijoneada por un mensaje del comandante en jefe, el almirante general Soemu Toyoda: «Todas las fuerzas deben retomar el ataque, con fe en la divina providencia». Un equipo de oficiales murmuró con cinismo:

«Todas las fuerzas deben retomar el ataque, con fe en la aniquilación». En la oscuridad, los japoneses siguieron adelante en dirección este, esperando encontrarse, de un momento a otro, con los submarinos estadounidenses. Con las primeras luces, cuando cruzaron a mar abierto al este de las Filipinas, aguardaban con pesimismo la hora de ver los aviones o los barcos de la 3.ª Flota de Halsey, signo de su condena. Tras interceptar una comunicación de un destructor superviviente, supieron que la escuadra de Nishimura había sido destruida: «Todos los barcos excepto el *Shigure* han sido destruidos por la artillería y los torpedos». Pero pasaban los minutos y el horizonte que se alzaba ante Kurita permanecía desierto. Los barcos de Halsey, la mayor concentración de poderío naval del mundo, no estaban allí. El almirante general de los Estados Unidos había cometido uno de los errores más asombrosos de la guerra en el mar.

Kurita recibió tantas críticas por su comportamiento en aquella tarde del 24 de octubre, tildado de pusilánime, que a veces se olvida la cuestión más obvia: si el almirante general japonés hubiera seguido adentrándose en el estrecho de San Bernardino, la aviación de Halsey hubiese reiniciado sus asaltos al amanecer. Los acorazados estadounidenses lo habrían esperado mientras él se acercaba al extremo occidental. La destrucción de su flota habría sido inevitable. Tal como sucedió la historia en realidad, la suerte y la precipitación de los estadounidenses le ofrecieron a Kurita un oportunidad extraordinaria.

William Halsey, apodado «Bull» («el Toro»), de sesenta y un años, era el hijo de un oficial de Marina, un hombre de fuertes pasiones a quien varios factores —la propaganda bélica, un talento especial para la grandilocuencia (que se prestaba a ser repetida) y un entusiasmo a toda prueba a la hora de combatir al enemigo— alzaron a la posición de héroe nacional. Sus compañeros de clase en la academia de Annapolis solían decir que parecía un mascarón de proa con forma de Neptuno, con su enorme cabeza, prominente mandíbula y ceño habitual. Unido por decisión y por vocación al mar, no se le conocían aficiones ni aparentaba interesarle ningún tema personal. Aunque iba siempre extraordinariamente cuidado y su vestimenta a bordo era inmaculada en todo momento, en tierra, su esposa lo encontraba desgalichado: «Si un hombre tuviera una esposa nerviosa y quisiera deshacerse de ella, todo lo que tendría que hacer es mandártela. A los cinco minutos de haber entrado tú, tropezándote con el sofá y atropellando las sillas, se habrá muerto de un ataque al corazón». Su vida privada fue particularmente desastrosa. Como MacArthur, aunque en una forma muy distinta y más grosera, Halsey interpretaba siempre el papel del guerrero: «¡Jamás he confiado en un soldado que no beba o no fume!». Conservaba en su camarote una magnífica silla de montar, del oeste, que le había regalado un admirador para ayudarlo a cumplir la promesa según la cual un día cabalgaría sobre el blanco corcel de Hirohito por la ciudad de Tokio. Nimitz señaló que cuando enviaba a Spruance

con la flota, «siempre tuvo la seguridad de que la traería de vuelta a casa; [pero] cuando mandaba a Halsey, nunca sabía exactamente qué iba a suceder». La audacia de Halsey pocas veces se puso en duda; no cabe afirmar lo mismo de su inteligencia ni su buen juicio.

Durante cuatro días, el almirante Jizaburo Ozawa había estado alardeando de su presencia a más de doscientas millas al norte de la 3.ª Flota de los Estados Unidos. Sus portaaviones solamente disponían de 116 aeronaves, la mitad de su sección. En la mañana del día 24, lanzó setenta y seis en un ataque notablemente infructuoso contra los barcos de Halsey. Los aviones que sobrevivieron aterrizaron en Luzón, habiendo alcanzado su único objetivo realmente serio: captar la atención de los estadounidenses. A última hora de la tarde, un avión de reconocimiento de los Estados Unidos avistó por fin la escuadra de Ozawa. La reacción de Halsey cumplió a la perfección con las esperanzas de los japoneses. Puso rumbo al norte, para combatir a los portaaviones con todas las unidades de las que disponía. «Me pareció infantil quedarme a defender el estrecho de San Bernardino —les dijo a Nimitz y MacArthur después, en un intento de justificar su decisión— y por eso concentré al grupo 38 durante la noche y puse rumbo al norte, para atacar la Fuerza Norte al amanecer. Creía que la Fuerza Central [de Kurita] había sufrido tantos daños en el mar de Sibuyan que no podría seguir considerándose una amenaza seria para la 7.ª Flota».

Halsey jamás reconoció que lo habían engañado. En el mapa de la batalla del golfo de Leyte, tal cual se reproduce en sus memorias de posguerra, los portaaviones de Ozawa están identificados sin lugar a dudas como «la principal fuerza japonesa». Halsey entendía que la escuadra de Kurita había quedado inutilizada y que su aviación la había rechazado el día 24. Los informes de los pilotos estadounidenses indicaban que, junto con los portaaviones de Ozawa, navegaban cuatro acorazados. Halsey escogió, deliberadamente, hacer caso omiso de los informes nocturnos según los cuales Kurita entraba de nuevo en San Bernardino. Más tarde escribió, a modo de exculpación: «Mi trabajo no consistía en proteger a la 7.ª Flota. Mi trabajo era ofensivo y justo entonces trabajábamos para interceptar a una fuerza que amenazaba gravemente no solo a Kinkaid y a mí mismo, sino que ponía en peligro toda la estrategia del Pacífico». El vicealmirante Robert Carney, jefe del Estado Mayor de Halsey, afirmó: «Convencidos de que la Fuerza Central había sufrido daños tan graves que, aun pudiendo navegar y mantenerse a flote, no podrían luchar con intensidad, se decidió prestar toda la atención a la fuerza de cruceros que se dirigía al norte, ilesa todavía y muy peligrosa».

Halsey pudo alegar que algunas valoraciones de los servicios de inteligencia aún reconocían a la fuerza de portaaviones japonesa una capacidad aérea mucho más imponente de la que poseía en realidad. Pero con esto no se explica su error más censurable de todos: no se aseguró de que Kinkaid y Nimitz supieran que él se

alejaba de Leyte con todos los efectivos y, de esta forma, dejaba el campo de batalla de las Filipinas fuera del alcance de los cañones de sus acorazados y su aviación. Se ha afirmado que él creía que se había enviado una señal a San Pedro y Pearl, y que la culpa de que no se hubiera realizado tal transmisión recaía en los miembros de su equipo. Pero no es un argumento convincente. Es mucho más fácil creer que Halsey actuó, sencillamente, de modo temerario, persiguiendo la gloria y una victoria decisiva. Durante los casi tres años de conflicto bélico, los dos bandos llegaron a obsesionarse con la importancia de los portaaviones, unidades decisivas en el combate del Pacífico. Perspicaces analistas del servicio de inteligencia de Pearl habían defendido que, prácticamente desprovistos de aviación y de pilotos cualificados para el aterrizaje en cubierta, los barcos de Ozawa eran poco más que cascos desnudos. Llegaron a sugerir incluso que los japoneses podrían usarlos como señuelo.

Halsey rechazó aquellas valoraciones. Mostró un orgullo desmedido que tampoco es de extrañar, tal vez, en una Marina que en aquel momento dominaba el escenario del Pacífico. Pasó por alto el hecho de que los barcos de Kurita, estuvieran donde estuviesen, representaban la fuerza naval más formidable que le quedaba al enemigo. La victoria de Midway, en 1942, se había alcanzado con Halsey enfermo; fue Spruance, mucho más moderado, quien estuvo al mando de la flota estadounidense. Pero a la sazón, Spruance estaba en tierra y Halsey dispuso de todas las oportunidades del mundo para meter la pata. La 7.ª Flota de Kinkaid —fundamentalmente, una fuerza de apoyo anfibia— quedó desprotegida y olvidada en el camino de Kurita. E incluso aunque los viejos acorazados de Oldendorf hubieran estado a la vista, al este de Leyte, más que en el estrecho de Surigao, la 7.ª Flota se habría visto peligrosamente superada por los japoneses, en cuanto atañía a la capacidad artillera total.

En la mañana del 25 de octubre, los dieciséis portaaviones de escolta del vicealmirante Thomas Sprague —formados en tres grupos de combate o fuerzas operativas apodadas «Taffy» 1, 2 y 3— patrullaban por sus zonas de operación habituales, a unas cuarenta millas de distancia y más o menos a la misma distancia de Leyte, por el este. Para la tripulación de aquellos barcos, prestar servicio en la 7.ª Flota no ofrecía el atractivo de la acción ofensiva a las órdenes de Halsey o Spruance. Cuando uno de los destructores que escoltaba a los portaaviones, el *Johnston*, entró en servicio doce meses antes, solamente siete de sus 331 oficiales y hombres contaban con experiencia previa en el mar. Desde aquel momento, la tripulación había aprendido mucho sobre el manejo de su barco, pero disfrutaba de muy poca gloria militar. «Bueno, Hagen —suspiró Ernest Evans, el capitán del *Johnston*, dirigiéndose a su oficial de artillería— ha sido un año sin incidentes». Estaba tremendamente decepcionado por haberse perdido la acción del estrecho de Surigao,

que sus operadores de radio habían escuchado de escondidas, con gran nerviosismo.

Los portaaviones escolta —una suerte de «burros de carga» en la guerra del mar— eran como rudimentarias pistas de aterrizaje flotantes; en su mayoría, convertidas a partir de buques cisternas y barcos mercantes. Los más cínicos sostenían que el acrónimo con el que se designaba a la clase de buques, CVE, no significaba sino «Combustible, Vulnerable, Expendable». (Inflamable, vulnerable, prescindible). Carecían del armamento defensivo, la capacidad aérea y la velocidad de los portaaviones de flota construidos para este propósito específico y dotados de cuatro veces su tonelaje. De ellos solo se pretendía obtener apoyo aéreo local; en aquella ocasión, para la Marina anfibia del golfo de Leyte y los soldados de tierra de MacArthur. Cada uno llevaba entre doce y dieciocho cazas Wildcat, ya obsoletos, y entre once y doce torpederos y bombarderos Avenger. El día anterior, los cazas habían abatido unos veinticuatro aparatos japoneses sobre el espacio aéreo de Leyte.

Aquella mañana, los cinco portaaviones, tres destructores y cuatro destructores escolta del Taffy n.° 3 acababan de realizar el rutinario aviso de alerta de combate, previo a todos los amaneceres. Estaban en medio de la guardia más impopular del día, la que se iniciaba a las 4 de la madrugada y concluía a las 8, cuando, en palabras de un marinero del Pacífico algo cínico, «el sol de la mañana parecería una burbuja sangrienta en un orinal». Buena parte de la tripulación había ido a desayunar mientras los barcos encaraban el viento nordeste y se preparaban para el despegue de las primeras salidas del día. Los vigías informaron de repente de fuego antiaéreo al noroeste y las salas de radio transmitían un barullo de voces en japonés, que llenaron el aire. A las 06:47, en lo que el capitán llamó «una emisión más bien desesperada», un piloto de la patrulla antisubmarina anunció que cuatro acorazados japoneses, ocho cruceros y los destructores que los acompañaban estaban a tan solo veinte millas del Taffy 3. Por un momento, su comandante, el vicealmirante Clifton «Ziggy» Sprague —pues, para mayor confusión, aquel día había en las aguas de Leyte dos oficiales llamados Sprague, que sin embargo no guardaban ninguna relación entre ellos— creyó que debía de tratarse de los barcos de Halsey. Hasta que los estadounidenses vieron las pagodas del mástil y, a las 06:58, los japoneses abrieron fuego.

Fue uno de los mayores ataques sorpresa de la guerra. Pese a todo el poderío tecnológico de la Marina de los Estados Unidos, los barcos de Kurita habían sido capaces de navegar casi ciento cincuenta millas en siete horas, sin que los estadounidenses se dieran cuenta. Los ojos de los hombres los detectaron antes que los radares. El almirante King, en Washington, culpó a Kinkaid por no haber visto los movimientos de Kurita. Desde luego, el almirante podría haber prescindido de unos pocos aviones de reconocimiento, para así controlar los movimientos de Kurita junto con la aviación de Halsey. Richard Frank ha defendido persuasivamente que, puesto que sabía que los japoneses estaban en el mar, Kinkaid también debería haber alejado

sus grupos de trabajo de San Bernardino.

Pero ello no puede oscurecer la cuestión fundamental: lidiar con Kurita era responsabilidad de Halsey. La 7.ª Flota era conocida con el mote, algo burlón, de «la Marina personal de MacArthur». La misión de Kinkaid era ofrecer apoyo al VI Ejército. «La misión de Halsey —dijo Kinkaid más adelante— era quitarnos de encima a la flota japonesa mientras nosotros cumplíamos esa labor». Halsey ya había combatido con Kurita y disponía de una capacidad de fuego muy superior para aquel propósito. Kinkaid sabía que Halsey había partido en persecución de Ozawa, pero jamás se le ocurrió que se hubiera llevado a toda su fuerza con él. Dados los efectivos de la 3.ª Flota, había unidades pesadas más que suficientes como para que algunas hubieran prestado protección contra la escuadra de batalla de los japoneses; pero lo cierto es que no habían dejado a nadie atrás. Y ello ocurrió así aun a pesar de que, en la noche del 24, Halsey recibió la noticia de que Kurita había regresado hacia San Bernardino. Aquellas eran las dolorosas consecuencias de contar con un mando dividido. Halsey tenía que responder ante Nimitz; Kinkaid, ante MacArthur. En el golfo de Leyte, el hecho de no haber nombrado a un comandante supremo y único para todo el escenario del Pacífico estuvo a punto de provocar un desastre en las líneas estadounidenses.

Sprague y sus oficiales, enfrentados a un despliegue de barcos enemigos increíblemente poderoso, cuya velocidad prácticamente doblaba la de sus propios portaaviones, creyeron estar abocados a una masacre con la misma seguridad que los pasajeros de aquellos trenes a los que asaltaban los sioux: «¡Ese hijo de puta de Halsey nos ha dejado con él culo al aire!», exclamó el almirante. «Nuestro capitán de navío anunció por megafonía que toda la flota japonesa estaba atacando al Taffy n.° 3 —según escribió Walter Burwell, un oficial médico a bordo del *Suwanee*, integrado en el Taffy 1—. Eché un vistazo desde el castillo de proa y en efecto parecía que hubiera un centenar de barcos en el horizonte». Las unidades pesadas estadounidenses más próximas eran las de Jesse Oldendorf, a sesenta y cinco millas al sur. Aquello representaba casi tres horas de navegación; en semejantes circunstancias, una eternidad. Empezaba a verse bastante claro que el destino del grupo n.° 3 se decidiría mucho antes de que los grandes buques pudieran llegar al lugar de la escena.

Pero Kurita, a su vez, estaba asustado; y extremadamente equivocado. Había supuesto que entre él y el golfo de Leyte no habría ninguna fuerza naval estadounidense de importancia y, por tanto, tendría vía libre para arrasar la fuerza naval anfibia de Kinkaid. Una primera ojeada a los buques de Sprague lo convenció de que se enfrentaba a la 3.ª Flota de Halsey y todos sus portaaviones. Más que organizar un movimiento concertado, guiado por sus destructores, ordenó un ataque general en el que cada nave japonesa actuaba por su cuenta. En cuatro columnas, la

escuadra de Kurita empezó a aproximarse al grupo de Sprague, disparando a medida que llegaban. Un grupo de aviadores que se hallaba en la sala de pilotos de un portaaviones fue interrumpido por la entrada de un oficial, que habló así: «La flota japonesa viene a por nosotros». Aquella noticia se recibió con incredulidad. «Todo el mundo estaba riéndose y haciendo bromas, no se lo podían creer —comentó un aviador cuyo aparato estaba inservible—. Subimos a la cubierta de vuelo y, pasada media hora aproximadamente, empezamos a oír unas cosas que silbaban y nos caían encima por la popa, que resultaron ser proyectiles de dieciséis pulgadas. Era una sensación más bien rara, encontrarse en la cubierta cuando te están atacando desde arriba y no tienes nada para volar».

Los barcos de Sprague se esforzaron por aumentar la velocidad hasta diecisiete nudos y medio y ampliar el radio de acción, echando humo mientras sostenían la marcha rumbo este, para que la aviación pudiera despegar. El vicealmirante Félix Stump, de la fuerza operativa n.° 2, intentó tranquilizar a Sprague con un mensaje de radio: «No te alarmes, Ziggy; acuérdate de que estamos detrás tuyo; no te pongas nervioso; no hagas nada precipitado». Pero el tono de Stump transmitía su propia consternación y sus palabras no sonaban nada convincentes. El grupo n.° 2 no disponía de más potencia de fuego que el n.° 3. Los seis portaaviones de Sprague estaban desplegados más o menos en círculo, con los destructores algo más lejos. En los cuatro primeros minutos de acción, el *White Plains* fue acosado hasta en cuatro ocasiones por el fuego de cañones de quince pulgadas. Su tripulación estaba fascinada por las columnas de agua teñida de distintos colores, previstas para que los artilleros japoneses distinguieran las salvas de cada uno de los buques: «¡Nos están disparando en Technicolor!». Por un cambio de la fortuna, cayó de pronto un tremendo aguacero que barrió el mar. Durante quince minutos decisivos, aquella lluvia ocultó los barcos estadounidenses a la vista de los japoneses, que se vieron obligados a recurrir al fuego dirigido por radar. Kurita comunicó a su base, con triunfalismo, que la escuadra había hundido un crucero pesado. Pero el control de fuego japonés era tan limitado que en aquel escenario sus cañones no habían tocado absolutamente nada.

Allí se produjo uno de los melodramas más extraños de la Segunda Guerra Mundial. Después de más de dos años de combate en el Pacífico, dominados por las batallas entre buques y aeronaves cuyas flotas madre se hallaban con frecuencia a centenares de millas de distancia, los marinos estadounidenses vieron con sus propios ojos cómo algunos de los barcos de mayor envergadura del mundo les disparaban casi a quemarropa, como no se veía desde los tiempos de Nelson y Decatur. Una actividad febril a bordo de los portaaviones fue lanzando al aire, uno por uno, todos los aviones que podían volar, cargados con cualquier artillería que pudiera servir para cumplir una misión de lo más sencillo: golpear a los japoneses. En el *Gambier Bay*, el capitán

William Vieweg ordenó a la tripulación salir del avión cuando ya estaban en la catapulta y luego disparó deliberadamente al mar, porque su barco estaba generando una velocidad insuficiente para el lanzamiento. Cargados con solo unos pocos torpedos y bombas, muchos de los aviones que despegaron debieron conformarse con bombardear las cubiertas de los japoneses con fuego de ametralladoras.

Racionalmente, aquello era tan útil como fustigar con un bastón a un caballero protegido por una armadura. Pero, en toda la batalla de Leyte, desde el principio hasta el final, estuvieron en juego perversas fuerzas psicológicas. Los japoneses se habían embarcado en la operación Shogo con unas expectativas de lo más funestas. Dieron todos los pasos con el fatalismo de los condenados, convencidos de su propia inferioridad ante el enemigo. Kurita y sus capitanes esperaban que los atacase y los hundiese un portaaviones, y allí estaba: un portaaviones de verdad. Pronosticaron un encuentro desastroso con la 3.ª Flota; allí parecía estar. Una fuerza estadounidense lamentablemente débil y vulnerable, la n.° 3, estaba siendo atacada por una de las escuadras de combate más poderosas del mundo. Pero Kurita y sus capitanes dieron por cierto que se enfrentaban a la derrota. Todavía es un misterio cómo fue posible que en octubre de 1944, los marinos de combate de la Marina japonesa se vieran reducidos a un grado de carestía tan enorme en sus ideas, su voluntad y su acción. Era la misma fuerza que había planeado y ejecutado el ataque sobre Pearl Harbor, la que destruyó los grandes barcos británicos *Prince of Wales* y *Repulse*, la que demostró un valor y una habilidad milagrosos a principios del conflicto. Pero en aquel momento, los comandantes de los mayores buques de guerra japoneses manifestaron una ineptitud asombrosa. El 25 de octubre, su reconocimiento de los barcos enemigos fue torpe; sus tácticas, primitivas; su artillería, deplorable y su espíritu, débil. Nada de todo aquello quita valor a los logros estadounidenses de aquel día, pero suscita el desconcierto de los historiadores.

Junto a los pilotos de portaaviones que se lanzaron contra los barcos de Kurita, los héroes de la mañana fueron las tripulaciones de los destructores estadounidenses. Con una agresividad inquebrantable, que más adelante causaría alarma entre los japoneses, se lanzaron contra la línea de batalla del enemigo. «¡Prepárense para atacar a una gran parte de la flota japonesa!», dijo Ernest Evans, del *Johnston*, a su tripulación, en un momento de una exageración perdonable. Evans, un estadounidense bajito, fornido, medio cherokee de origen, entró en acción disparando todos sus cañones de cinco pulgadas. En aquel gesto cabía imaginar un enanito que intentara apalizar a un gigante. Pero cuando arrojó los torpedos, uno de ellos alcanzó al crucero pesado *Kumano*, que quedó fuera de combate.

Un oficial de un crucero estadounidense describió la experiencia de sufrir el impacto de un torpedo como «algo parecido a conducir un coche a gran velocidad, cuando de repente te chocas con un montón de troncos. Saltarías por los aires,

probablemente de un lado a otro, y caerías sobre el asfalto al otro lado con todas las ruedas deshinchadas».

A las 07:30, tres proyectiles de catorce pulgadas impactaron en el *Johnston*, en lo que a uno de sus oficiales le pareció «un camión que atropellara a un cachorro». El radar del barco cayó destrozado sobre el puente y mató a tres oficiales. Evans perdió su camisa y tres dedos de una mano; decenas de hombres situados por debajo murieron o resultaron heridos. La velocidad del *Johnston* disminuyó hasta diecisiete nudos. El capitán de fragata León Kintenburger, del *Hoel*, solamente pudo capitanear su nave durante quince días. Sus cañones dispararon diez andanadas a los japoneses antes de que los proyectiles nipones dejaran a sus directores de tiro fuera de combate. El barco recibió más de cuarenta impactos de gran calibre y solo se mantuvo a flote todo aquel tiempo porque muchos de los proyectiles perforantes atravesaron el casco sin llegar a explotar. El capitán de fragata Amos Hathaway, del *Heermann*, no podía ver al principio a los japoneses ni a simple vista ni con el radar y se limitaba a obedecer sin más las órdenes de Sprague con respecto a la dirección de su buque. Confundido acerca de lo que estaba sucediendo, «le dije a la tripulación que aquello o bien sería lo peor y lo más sangriento que habíamos visto jamás, o no sería nada de nada. Siempre es una predicción fácil y acertada…».

Cuando los chorros de agua empezaron a levantarse en el mar a su alrededor, Hathaway comenzó por escrutar el cielo, buscando los bombarderos, antes de darse cuenta de que los estaban torpedeando. Su barco corría entre los portaaviones escolta, que huían apresurados; la tripulación del puente apenas veía nada, cuando les cayó encima el aguacero. Entonces, el cielo se despejó y los barcos japoneses se alzaron colosales ante ellos. Hathaway se dio cuenta, no sin retraso, de que tenía que hacer lo impensable: lanzar un ataque de torpedos a la luz del día contra las unidades pesadas del enemigo. Se volvió hacia su oficial de derrota, el teniente Newcome: «“Buck, necesitamos un corneta que toque a la carga”. Me miró como si me hubiera vuelto medio loco y me preguntó: “¿Qué quiere decir, capitán?”. Le expliqué que íbamos a atacar con los torpedos. Buck tragó saliva». Una verdad innegable y destacada de la guerra es que los soldados de tierra y los pilotos casi siempre pueden escoger, en cierta medida, si demuestran su valor. Por el contrario, los marinos que tripulan un buque de guerra son prisioneros de la única voluntad del capitán. Por lo que respecta al día 25 de octubre de 1944, no sería difamar a la tripulación de los escoltas del grupo n.° 3 aseverar que algunos de ellos tuvieron que pasar mucho miedo. Los habían reclutado como héroes y los lanzaban a gran velocidad contra un enemigo cuya fuerza los superaba de un modo abrumador.

En medio del humo y los inestables aguaceros, Hathaway no sabía con demasiada certeza lo que estaba sucediendo en realidad, ni sabía tampoco que los buques hermanos del *Heermann*, el *Hoel* y el *Johnston*, habían sufrido daños. Se limitó a

disparar siete torpedos al crucero pesado *Chikuma* desde una distancia de poco más de ocho mil metros cuando los proyectiles japoneses empezaron a acosar al *Heermann*: «Podías oír el rugido de los catorce pulgadas que se echaban encima de nosotros, como un tren expreso». En el puente explotó un proyectil de ocho pulgadas y sembró un caos de antenas caídas, aceros retorcidos y hombres sangrando. El timonel, junto con un aviador rescatado la noche anterior y otros tres hombres más, cayeron muertos. Hathaway sobrevivió solo porque había subido a la posición más elevada del control de fuego para conseguir mejores vistas de la batalla. El intendente Jack Woolworth quedó malherido en las nalgas, pero no dijo nada y mantuvo su posición. El *Heermann* sufrió impactos de ocho pulgadas en los tubos de ventilación, el domo del sonar y la quilla; pero sobrevivió. Salpicaduras rojas, amarillas y verdes continuaban cayendo alrededor de la nave y Hathaway se maravillaba de que pudieran fallar tanto: «No puedo entender por qué no acertaron más veces». Los estadounidenses también estaban desconcertados ante el hecho de que los barcos japoneses parecían avanzar muy despacio; algunos no pasaban siquiera de los diez nudos.

Los cañones de cinco pulgadas del *Heermann* dispararon contra la torre de control de artillería del acorazado *Kongo*, pero en cuanto hubieron lanzado los tres últimos torpedos, Hathaway se metió en la cabina de pilotos y mandó un mensaje de radio a Sprague, sin codificar: «El ejercicio ha terminado». Más tarde dijo: «No sé por qué utilicé esas palabras. Pensaba que quizá los japoneses estuvieran escuchando el circuito y no quería que supieran que ya no me quedaban torpedos». El *Heermann* se retiró con tanta prisa que Hathaway tuvo que ordenar una maniobra de emergencia para no chocar contra el portaaviones *Fanshaw Bay*. El destructor esquivó, igualmente por centímetros, al siniestrado *Johnston*. «Al separarnos, un grito espontáneo de alegría estalló en los dos barcos». Cuando el capitán Evans se dio cuenta de que el *Hoel* estaba tocado, aunque su propio navío había recibido daños, había hombres lanzando elementos de la nave por la borda y solo le quedaban dos cañones operativos, metió de nuevo al *Johnston* en la batalla. El destructor solo podía alcanzar los quince nudos: «Íbamos de aquí para allá —dijo el oficial de artillería Robert Hagen— enfrentándonos a cualquier barco que pareciera acercarse a los portaaviones lo más rápido posible, y aún seguimos aguantando a los cruceros y destructores japoneses, mientras sus acorazados nos adelantaban… El capitán combatió en aquel barco como jamás otro hombre haya dirigido una nave».

Los ataques de los destructores estadounidenses no estaban coordinados; eran más bien un caos. Casi todos sus torpedos fueron lanzados desde posiciones demasiado alejadas como para surtir efecto. Pero el *Yamato* optó por dar la vuelta de repente para esquivarlos y el radio de giro de aquel barco era tan descomunal que se quedó bastante atrás con respecto a los demás buques de las filas de Kurita. Los

japoneses contemplaban con alarma la agresividad de los estadounidenses, por más que sus barcos de guerra les estuvieran causando pocos daños. El *Hoel*, alcanzado en repetidas ocasiones justo antes de las 08:00, se mantuvo a flote una hora más, hasta que lo hundieron los acorazados japoneses tras pasar muy cerca de su casco. El escolta *Samuel B. Roberts* perdió a tres oficiales y ochenta y seis hombres, de una tripulación inicial de 178 marinos. Cuando se metieron en la batalla, el capitán advirtió a sus hombres que el navío no contaba con posibilidades de sobrevivir; y tuvo razón. A las 08:20 los estadounidenses habían lanzado todos sus torpedos y los supervivientes se retiraron hacia los portaaviones de Sprague. Salvo uno: el *Johnston* siguió disparando contra el enemigo a bocajarro, hasta que, a las 09:45, su tripulación abandonó el barco bajo una lluvia de proyectiles japoneses. De los 327 hombres, solo se salvaron 141; entre ellos no estaba Evans, su gran capitán.

Kurita mandó a cuatro cruceros pesados que rodearan rápidamente a los estadounidenses y les cerraran el paso. Sprague, al darse cuenta, ordenó que todas las aeronaves se concentraran en contrarrestar la jugada. Fue un día de palabras y bromas que pasaron a formar parte de la leyenda, como el grito que el jefe lanzó desde su batería cuádruple, a bordo del *White Plains*: «¡Aguantad un poco más, muchachos! ¡Los estamos poniendo al alcance de los 40 mm!». El *White Plains* consiguió impactar en el crucero *Chokai* con su cañón de cinco pulgadas. Tras ser víctima de los ataques de los bombarderos en picado estadounidenses, el *Chokai* estalló en pedazos a las 09:30. El portaaviones *Kallin Bay* consiguió hacer impacto en la torreta de otro crucero, justo antes de ser alcanzado él mismo a las 07:50, después de haber lanzado a su aviación. El frágil navío sobrevivió a trece impactos de proyectiles de ocho pulgadas; el *Fanshaw Bay*, a cuatro más, en parte porque la munición perforante de los japoneses no estalló al chocar contra las cubiertas finas. Más abajo, los hombres trabajaban en medio de las llamas y de tuberías de vapor incendiadas, tapando los agujeros para impedir que entrara agua de mar y sellando las conducciones rotas.

Entre tanto, la aviación había alcanzado y demorado otro barco japonés: el crucero pesado *Suzuya*. Las bombas y los torpedos aéreos hundieron el crucero *Chikuma*. Un piloto de la fuerza operativa n.° 3, Ed Huxtable, siguió pasando una y otra vez sobre los acorazados japoneses aun dos horas después de haber agotado su munición. «Exige mucho coraje seguir allí sin llevar nada», según dijo un camarada que le profesaba una gran admiración. Algunos aviadores gastaron su munición, se rearmaron en tierra, en Tacloban, y volvieron a la carga. El capitán John Whitney, del *Kitgun Bay*, sentía pena por la tripulación responsable de los 20 y 40 mm, a los que no les aguardaba nada más que contemplar, impotentes, mientras el único cañón activo del barco, de solo 5 pulgadas, lanzaba proyectiles al enemigo y, por suerte para ellos, los proyectiles japoneses erraban el blanco del portaaviones. El capitán William

Vieweg, del *Gambier Bay*, estaba desconcertado ante la acción de una nave japonesa que lanzaba sus salvas alternando las torretas delanteras y traseras, en lugar de disparar al unísono. Desplazaba su portaaviones a medida que avistaba las tandas de resplandores de proyectil y luego contemplaba cómo caían los proyectiles donde habría estado el *Gambier Bay*, de no haberlo movido: «Aquel proceso se alargó, lo crea o no, media hora, durante la cual el enemigo se acercaba constantemente». El primer impacto que consiguió asestar el enemigo en el portaaviones, a las 08:25, hizo que perdiera velocidad: de 19,5 nudos a 11. Posteriormente, el *Gambier Bay* fue bombardeado sin tregua durante una hora, hasta quedar inutilizado. Cuando un crucero japonés pasó a su lado y disparó contra el casco, desde menos de dos mil metros, los proyectiles fallaron el tiro, para mayor asombro de los estadounidenses. Sin embargo, el portaaviones estaba sentenciado. Después de que el buque escorara irremediablemente y se hundiera a las 09:07, Vieweg y los compañeros que lograron sobrevivir pasaron dos días en el agua.

Los destructores de Kurita torpedearon desde demasiada distancia como para ser efectivos, pero uno de sus comandantes afirmó alegremente que «tres portaaviones enemigos y un crucero estaban envueltos en humo negro y se los veía hundirse uno tras otro». Fantasías de aquel calibre eran típicas entre la aviación más joven de ambos bandos, pero costaban de explicar en oficiales de alta graduación. A las 09:25, aquel extraordinario encuentro se había prolongado 143 minutos. La aviación estadounidense todavía disparaba a los japoneses con cualquier cosa que tuvieran a mano. Los aviones del grupo de combate n.° 2 lanzaron cuarenta y nueve torpedos y se anotaron varios impactos en acorazados y cruceros pesados, a cambio de perder veintitrés Wildcat y Avenger, apenas unos pocos más que las bajas sufridas entre la aviación del grupo n.° 3. Cuando se les agotó el combustible, la mayoría de pilotos estadounidenses aterrizaron en Leyte. Halsey, que al final reconoció —aunque a regañadientes— la difícil situación de los barcos de Kinkaid, había enviado acorazados y un grupo de portaaviones hacia el sur, pero pasarían bastantes horas antes de que aparecieran por la zona. Como muestra del caos que reinaba en el alto mando estadounidense, señalaremos que hasta las 09:53 Jesse Oldendorf no recibió la orden de dirigirse al norte con sus acorazados, con una terrible escasez de munición. Aún parecía que nada pudiera frenar la destrucción que los barcos japoneses estaban sembrando entre el Taffy 3 y, posiblemente, también en los otros grupos de portaaviones escolta.

Pero de repente, Sprague y su aturdida tripulación vieron que los japoneses hacían lo inimaginable. Interrumpieron el fuego, viraron 180 grados y abandonaron el combate. «¡La leche, muchachos! ¡Qué se largan!», gritó el responsable de señales, con una incredulidad de lo más cómica. «Al cabo de dos horas y veintitrés minutos de fuego ininterrumpido, para mi gran asombro y el de todos los que estábamos a bordo,

la flota japonesa dio la vuelta —dijo Whitney, del *Kitgun Bay*—. Estuvimos a tiro de sus cañones durante otro cuarto de hora, pero no nos dispararon ni una sola vez más». Kurita afirmó que había decidido que los portaaviones estadounidenses eran demasiado rápidos para su grupo. Dos hidroplanos, catapultados desde los barcos japoneses para reconocer el golfo de Leyte, no habían logrado regresar. No se sabía una palabra de Ozawa. Se tenía noticia de que la escuadra de Nishimura estaba perdida. Los operadores de radio de Kurita habían oído a Kinkaid pedir, en lenguaje corriente, acorazados rápidos. «En aquel momento Japón no solo estaba dando señales de cansancio, sino también de desintegración, y en ninguna parte se apreciaba más que en los campos de las comunicaciones y los servicios de inteligencia», ha afirmado un historiador japonés. El 25 de octubre de 1944, aquella «desintegración» estaba empezando a evidenciarse de un modo asombroso en la cubierta de señales del *Yamato*.

Más tarde, Kurita presentó un abanico de excusas para justificar su decisión de abandonar la lucha: después de tres días con sus tres noches sin dormir, «mi mente estaba fatigada en extremo. Probablemente cabría referirse a “una decisión por agotamiento”». Mencionó, sin convencer demasiado, cierta comunicación de la que jamás se ha encontrado registro alguno, que habría informado de que los barcos estadounidenses se dirigían al norte, por detrás suyo. Afirmó que había decidido reagruparse y retomar la misión original: el asalto contra las embarcaciones anfibias en el golfo de Leyte. En realidad, pasó más de tres horas dando vueltas y luego tomó un rumbo de retirada por el estrecho de San Bernardino. Sprague observó cómo las inmensas embarcaciones japonesas se desvanecían en el horizonte. «Aquello no me cabía en la cabeza, mi cerebro estaba entumecido por la batalla —escribió, al cabo de un tiempo—. Como mucho, a aquellas alturas esperaba estar nadando». Su reducido grupo de seis portaaviones de escolta, tres destructores y cuatro escoltas, apoyado por el trabajo de un equipo de aviadores, había logrado destrozar y ahuyentar a la mayoría de cuantos buques de guerra japoneses habían sobrevivido.

El posterior informe de Sprague a Nimitz aseveraba que, salvo por la «decisión de abandonar la acción, realmente lamentable… el cuerpo principal de los japoneses podría y debería haber emprendido y completado la destrucción de esta unidad y habría podido continuar hacia el sur, donde se habría encontrado con una oposición naval bastante menguada por nuestra parte». Sprague encontró «inexplicable» las deficiencias de la artillería enemiga y atribuyó la supervivencia de su grupo a la «definitiva parcialidad de Dios Todopoderoso». Kinkaid le dijo a MacArthur, en tierra: «Nuestra situación, que antes era negra, negra, negra, ha tomado un cariz más halagüeño».

La acción naval que se desarrolló alrededor de las Filipinas el 25 de octubre no se limitó a los ataques de la flota de combate de Kurita. Mientras recuperaba sus propios

aviones, la fuerza operativa n.° 1 se vio sorprendida por seis aeronaves y un submarino japoneses, que provocaron daños en los portaaviones *Santee* y *Suwanee*. A las 10:50, mientras la fuerza n.° 3 aún se estaba recuperando del drama de primera hora de la mañana, un Zero se estrelló contra la cubierta de vuelo del *St Louis*, lo cual provocó una serie de explosiones de las bombas, a raíz de las cuales el buque estalló en pedazos a las 11:25. Al final fueron rescatados 754 supervivientes. Poco después del mediodía del día siguiente, otro avión alcanzó al *Suwanee*, provocó 245 bajas y causó daños terribles. «La segunda explosión… afectó a los mamparos y rompió las tuberías de agua… así que empezamos a inundarnos», escribió el oficial médico Walter Burrell:

> *Cuando el agua llegaba a la rodilla dentro de nuestro compartimento, el barco estaba escorando de una forma muy incómoda y yacía en el agua sin dirección, porque el puente y la timonera habían sido destruidos. Aislado del resto de los barcos, con solo el reflejo de los incendios del combustible por encima y unas pocas luces de emergencia titilantes a modo de iluminación, vi a mis heridos parcialmente cubiertos de elementos caídos y destrozados, casi llevados por el agua… con mis auxiliares médicos y los camilleros, pudimos trasladar a los heridos por las escotillas, de un compartimento a otro… Un marinero, según parece, con un ataque de pánico, entró corriendo por el pasillo gritando: «¡Todo el mundo está saltando por la borda! ¡Ha muerto el capitán! ¡Todos los del puente han muerto! Todos están abandonando el barco». Entonces, ¡todo fue pánico y prisas alocadas! Los heridos… empezaron a darse empujones para salir, entre gritos histéricos, «¿Dónde está mi chaleco salvavidas? ¿Quién me ha quitado el chaleco? ¡Deja eso! ¡Dámelo! ¡No, es mío!». Algunos se agolpaban en la entrada, peleándose y abriéndose paso unos por encima de otros.*

Para controlar el pánico, Burrell se quitó ostensiblemente su propio chaleco salvavidas y lo colgó en una percha. La munición de las armas de bajo calibre empezó a explotar, incendiada por las llamas del combustible y con ello los hombres, asustados, saltaron por la borda; un suceso frecuente cuando los portaaviones eran alcanzados por algún impacto, además de causa de muchas muertes innecesarias. El oficial médico luchó para ayudar a los heridos que estaban caídos en el castillo de proa, la mayoría «con quemaduras tan graves, que los habían dejado irreconocibles y sin esperanzas. Todo lo que se podía hacer por alguien que estaba muriéndose sin remedio posible era ofrecerle los primeros auxilios más rudimentarios, que consistían en morfina, unos traguitos de agua y algunas palabras de camaradería». Gracias a un control de los daños brillante y muy enérgico, al cabo de una hora los fuegos del *Suwanee* se habían apagado, se había recuperado la potencia y la dirección y las tuberías rotas estaban aisladas. El buque sobrevivió y pudo regresar a los astilleros, aunque renqueante. Pero un submarino y un puñado de pilotos suicidas habían infligido a los estadounidenses más daños que toda la flota de Kurita. Fue un augurio pésimo.

El crucero *Suzuya*, que había salido muy mal parado de los bombardeos, se hundió a las 13:22 del día 25. Más o menos a la misma hora, a una distancia extrema, de 335 millas, uno de los grupos de portaaviones de Halsey alcanzó por fin a los

barcos de Kurita. De los 147 aviones que atacaron en aquella ocasión, se perdieron catorce. Ni aquella misión ni otro ataque de la fuerza operativa n.° 2 causó daños importantes. A primera hora de la mañana del día 26, otras tres salidas de aeronaves estadounidenses hundieron un crucero ligero, el *Noshiro*, y causaron daños al crucero pesado *Kumano*, que logró arrastrarse hasta Manila. Las tripulaciones de cuarenta y siete *Liberator* de las USAAF, que atacaron las unidades de Kurita, afirmaron haber tenido mucho éxito, pero en realidad no consiguieron nada. La flota japonesa, maltrecha, desesperada y humillada llegó a la bahía de Brunei a las 21:30 del 28 de octubre; casi todos sus barcos perdían combustible y tenían vías de agua, por culpa de los proyectiles que, sin llegar a impactar en ellos, les habían causado daños. Haber sobrevivido era su único logro digno de mención.

Halsey empezó su carrera hacia el norte, intentando avistar a los portaaviones de Ozawa, a las 20:22 del 24 de octubre. El capitán de fragata Dahl, segundo comandante del portaaviones *Belleau Wood* y personaje muy popular a bordo, transmitió a su tripulación: «Atención a toda la tripulación. Nos dirigimos hacia el norte para interceptar a la flota de los *japos*, que se dispone para el combate. Cuando suene el gong, muévanse deprisa. Estén preparados para cualquier cosa. Eso es todo». Pero hacía veintidós minutos, Ozawa había virado hacia el norte, al enterarse de que Kurita se había retirado de sus posiciones en el estrecho de San Bernardino. Dio por sentado que la operación Shogo había quedado abortada. Solamente cuando el alto mando naval le insistió en que retomara la operación, Ozawa volvió a fijar el rumbo en dirección a los estadounidenses, que tantas ganas tenían de que los encontrara.

La mayoría de los subordinados de Halsey estaban sorprendidos ante su decisión de mandar al norte a todos los elementos de la 3.ª Flota, sin dejar ni un solo destructor que vigilase el estrecho de San Bernardino. El almirante general «Ching» Lee, a bordo del acorazado *Washington*, indicó a Halsey que, a su entender, las fuerzas de Ozawa no eran más que un señuelo. En respuesta, recibió un escueto «Comprendido» del buque insignia. Más tarde, Lee mandó otro mensaje a Halsey, reafirmando su convencimiento de que Kurita pensaba reaparecer. No hubo respuesta.

Pero lo que resultó aún más extraordinario fue que, en el transcurso de la noche, Halsey ignoró un nuevo informe de avistamiento, según el cual los barcos de Kurita se encaminaban al este otra vez. El comandante de portaaviones de la 3.ª Flota, Marc Mitscher, bien conocido por su carácter taciturno, fue despertado por varios oficiales del Estado Mayor, que lo apremiaban para que, ante tales noticias, se pusiese en contacto con el comandante de la flota. Mitscher preguntó, con pocas palabras:

*—¿El almirante Halsey dispone del informe?*
*—Sí.*
*—Pues si quiere mi consejo, ya me lo pedirá.*

Mitscher volvió a la cama y, así, sesenta y cinco buques estadounidenses continuaron navegando rumbo norte a dieciséis nudos, para enfrentarse a tan solo diecisiete naves japonesas, el grupo al mando de Ozawa. Las fuerzas operativas de Halsey se encontraron justo antes de la medianoche: cuatro portaaviones de la clase Essex y el viejo *Enterprise*, cinco portaaviones ligeros, seis acorazados, dos cruceros pesados, seis cruceros ligeros y cuarenta y un destructores. Halsey llamó incluso a la aviación que había estado siguiendo de cerca a las fuerzas de Kurita. Como era de esperar, dada la excentricidad japonesa, la 3.ª Flota perdió la pista de Ozawa durante unas horas, aquella noche, y no volvió a localizar sus buques hasta las 07:10 del día 25, cuando los portaaviones escolta de Sprague huían ya de Kurita, a cientos de millas más al sur.

Hacia las 08:00, los Avenger estadounidenses que orbitaban en una posición sostenida a unas setenta millas de Ozawa fueron dirigidos, por medio del radar, al que sería su primer ataque del día. Con unas interferencias despreciables, que provenían de los cazas japoneses, lanzaron los torpedos a quemarropa. El *Chitose* fue alcanzado por una sucesión de bombas, tres de las cuales causaron daños por debajo de la línea de flotación; se hundió a las 09:37. El *Zuikaku* fue alcanzado por un torpedo; se hundió un destructor y se derribó a nueve aviones japoneses. La siguiente oleada de ataques estadounidenses llegó a las 09:45 y pudo contemplar «un paisaje de confusión incontenida» en el mar, donde los barcos japoneses maniobraban desesperadamente. El *Chiyoda* fue alcanzado pronto, se incendió y fue abandonado. Una tercera oleada, en la que participaba casi toda la tripulación de vuelo en su segunda misión de aquel día, cayó sobre los japoneses a las 13:10. El *Zuikaku* y el *Zuiho* sufrieron varios impactos y ardieron.

El capitán de fragata Ted Winters, oficial al mando del Grupo Aéreo n.° 19, del *Lexington*, actuó como espectador aerotransportado al que embargaba la fascinación:

> *Cuando salía, pensaba encontrarme con que los portaaviones estallarían dinamitados en pedazos. Pero no hubo nada de eso. Los primeros [impactos] los recibieron como una bala en el estómago y en seguida ardieron las llamas… cuando un «pescado de lata» impacta en uno de estos barcos no se parece a un gran explosión, como una bomba; es más bien como alguien que tropezara con una boca de incendios, un chorro que se levanta recto hacia el aire. Sin embargo, los incendios no consumieron todo el barco. Al final, después de tres horas, los portaaviones se bamboleaban con suavidad, hasta que al fin zozobraron del todo y se fueron a pique.*

La cuarta y la quinta oleada de aviones estadounidenses no consiguieron hundir más. Un sexto ataque, a las 18:10, protagonizado por unos aviadores ya cansados, apenas se apuntó tantos. Cuatro portaaviones y un destructor habían sido aniquilados con el uso de 527 bombas y torpedos, apoyados por 201 cazas. Misanori Ito escribió con justicia que la «misión [de Ozawa] era ser derrotado y, al ser vencido, cumplió con ella».

Halsey había ordenado, a regañadientes, que sus barcos se encaminaran hacia el

sur a las 11:15, para apoyar a la 7.ª Flota. Él habría preferido conservar la escuadra de Lee para terminar con los japoneses tocados. El capitán Lewis Dow, oficial de comunicaciones de Halsey, adoptó más adelante un tono despectivo con respecto a las peticiones de ayuda de Sprague: «Recibimos gritos desesperados de la 7.ª Flota, conforme estaban siendo aniquilados…». Solo después, aquella tarde, los submarinos estadounidenses recibieron la alerta y la orden de centrarse en las fuerzas de Ozawa. Su única presa fue el crucero ligero *Tama*.

Ted Winters volaba de vuelta al *Lexington* cuando vio «por debajo de su aparato los portaaviones japoneses dañados, que aún humeaban un poco. Al pasar otra vez por encima de aquel otro portaaviones *japo* a la deriva, descubrí un montón de cruceros nuestros, que avanzaban en dirección noroeste. Al principio pensé que eran *japos* por lo cerca que estaban. Así que llamé por la VHF: "Si cambian el rumbo cuarenta y cinco grados a la derecha, encontrarán un portaaviones de los *japos* a la deriva, sin destructores ni acorazados en los alrededores"».

Los cruceros pidieron a Winters que rastreara en dirección norte y controlara que ninguna unidad pesada de los japoneses estuviera a tiro. Tras informar de que el mar estaba claro, descubrió que desde el crucero le caía una lluvia de disparos y contempló los resplandores, ahora verdes, ahora amarillos o rojos. Con un coraje del todo vano, unos pocos artilleros japoneses aún estaban disparando desde el casco. «No habían pasado cinco minutos desde que empezaran a disparar, cuando ya parecía que había zozobrado y se había ido a pique en medio de una nube de humo, con la quilla levantada al aire… El trabajo de coordinador tiene muchas cosas divertidas».

Halsey describió con unos términos muy característicos de su forma de ser el momento en que su flota invadió la escena de los hundimientos japoneses: «No encontramos *japos* en los barcos, pero los *japos* náufragos eran gordos como cucarachas. Yo estaba desayunando cuando Bill Kitchell entró de repente y gritó: "¡Por Dios Nuestro Señor, almirante, estos cerdos enanos están por todas partes! ¿Paramos para recogerlos?"». A lo que Halsey contestó: «Hasta que no hayamos recogido a todos nuestros muchachos, no», en referencia a los pilotos estadounidenses derribados. Indicó a sus destructores que no se excedieran en el celo en las labores de rescate: «Traed a los restos flotantes que cooperen, como muestra, para los de inteligencia. Pero los que no cooperen es probable que deseen reunirse con sus antepasados… y vamos a complacerlos».

Once de los diecisiete barcos con los que había partido Ozawa estuvieron en condiciones de volver a casa. Después, Halsey quiso otorgar mucha importancia a aquella acción en aguas del cabo Engaño, al causar la pérdida del último de los portaaviones japoneses. Pero fueron los japoneses, y no los estadounidenses, los que prepararon el guión de la batalla de Halsey; él se ajustó a sus designios con una exactitud vergonzosa. El enemigo había aceptado que sus portaaviones ya no

seguirían siendo útiles como plataformas para la aviación, pero les podían prestar un último servicio: atraer a la 3.ª Flota, desviándola así del camino de Kurita. Halsey mordió el anzuelo. Solo la debilidad de Kurita impidió que la Flota Conjunta provocara graves daños a los estadounidenses que se encontraban en las inmediaciones del golfo de Leyte. Si se hubiera entretenido lo suficiente, es casi seguro que sus barcos se habrían ido al fondo, porque Halsey y Oldendorf hubieran tenido tiempo para interceptar su huida.

Pero los japoneses podrían haber humillado a la Armada de los Estados Unidos antes de encontrarse con su hado.

La victoria de los estadounidenses en las batallas del golfo de Leyte fue aplastante. Los japoneses perdieron 285 000 toneladas de barcos de guerra, mientras que sus contrincantes solamente perdieron 29 000. Las bajas entre los estadounidenses ascendieron a solo 2803 hombres: lo que el Ejército Rojo perdía cada cuatro horas de combate. Las pérdidas japonesas fueron bastante superiores a las de Midway, en 1942. Pero aquel encuentro fue, por supuesto, mucho menos crítico. Midway cambió el rumbo de la guerra, al detener el avance japonés en el Pacífico. Ocurriera lo que ocurriese en el golfo de Leyte, en cambio, el destino de Japón estaba escrito. Incluso si Kurita hubiera penetrado en el fondeadero de MacArthur, había suficientes suministros y municiones en tierra como para asegurar que la pérdida de los barcos no tenía que amenazar al VI Ejército. Por más que los japoneses hubieran destruido a la fuerza operativa n.° 3 —o, supongamos, a los tres grupos de combate —, los estadounidenses habrían sentido vergüenza por ello, pero no habrían sufrido ningún desastre, puesto que tenían casi a un centenar de portaaviones en servicio. En resumen: ninguna de las medidas que Kurita hubiese podido tomar habría alterado el equilibrio estratégico en torno de las Filipinas.

La batalla del golfo de Leyte, no obstante, ha sobrecogido a la posteridad. En Jutlandia, en 1916, 99 barcos alemanes se enfrentaron contra 151 británicos; en Leyte, 216 buques estadounidenses y dos australianos se encontraron con sesenta y cuatro japoneses. Un total de 143 668 marinos y pilotos estadounidenses —más que las fuerzas conjuntas de la Marina y los cuerpos de infantería de marina con los que contaban los Estados Unidos en 1938— se enfrentó a 42 800 japoneses. Aquel fue el último gran combate entre flotas de superficie rivales. Las dificultades de los estadounidenses fueron un claro reflejo de los asombrosos fallos cometidos tanto en el mando como en el control. Varios mensajes críticos entre la 3.ª y la 7.ª Flota y Pearl tardaron dos horas en transmitirse, por mediación del repetidor de la isla de Manus. Nimitz, un gran comandante, tuvo que repartirse las culpas con el almirante King por el error de sistema que permitió a Halsey abandonar el estrecho de San Bernardino y embarcarse en una aventura que comportaba riesgos de tamaña magnitud.

Halsey se equivocó seriamente al mandar a todo un grupo de portaaviones, que suponía el 40 por 100 de todo su potencial aéreo, para que descansara y se rearmara en Ulithi; pues lo hizo incluso después de saber que los japoneses estaban en el mar. Richard Frank sugiere que si hubiera dejado a sus acorazados para cubrir la salida del estrecho de San Bernardino cuando se marchó a perseguir a Ozawa, la prudencia habría exigido dejar asimismo a algunos portaaviones, que les suministraran un poco de cobertura aérea. El componente aéreo de la 3.ª Flota se habría visto muy reducido, cuando lo que buscaba era los portaaviones japoneses. Se trata de una cuestión de suma importancia. Pero lo fundamental sigue siendo el hecho de que Halsey juzgó mal, y de forma grave, las amenazas relativas que encarnaban Kurita y Ozawa.

El comportamiento impulsivo del almirante reflejaba el humor de una Marina que había crecido acostumbrada a contar con una superioridad abrumadora. Sus defensores insisten en el hecho de que, en el golfo de Leyte, Halsey estaba ansioso por asegurarse de que no se enfrentaría a la misma acusación de precaución excesiva que se había lanzado contra Spruance cuatro meses atrás, al concluir la batalla del mar de las Filipinas. Al comandante de la 5.ª Flota se le dijo entonces que había permitido escapar de la destrucción a los portaaviones japoneses, al no haberlos perseguido. La rivalidad con Spruance ejerció una indudable influencia en las decisiones que Halsey tomara en la noche del 24 al 25 de octubre, pero sin duda reflejaba el temperamento del oficial, además de una despreocupación habitual en cuanto a la planificación y el trabajo en equipo. De no haber contado el comandante de la 3.ª Flota con aquella fama, podría haber sido relevado del cargo, por errar con los cálculos de Leyte. No obstante, la guerra estaba ya en la última fase. La Marina japonesa estaba derrotada. Aunque MacArthur, en privado, creía que Halsey debía ser expulsado, los oficiales superiores de la Marina de los Estados Unidos no tuvieron ganas de humillar a un almirante tan celebrado.

Entre los marineros, Halsey fue objeto de críticas mucho más duras como consecuencia de otra metedura de pata, dos meses más tarde, cuando mantuvo a la flota en el mar después de que se pronosticara un tifón. Cuando este llegó, hundió tres destructores, dejó dañados a otros muchos barcos y ahogó a casi ochocientos hombres. Por el contrario, el error de Halsey en el golfo de Leyte quedó redimido por las locuras de Kurita. La acción nocturna de los barcos de guerra de Oldendorf, los cruceros, los destructores y las lanchas torpederas en el estrecho de Surigao fue una jugada preparada a la usanza de la Armada estadounidense. Menos espectacular, pero igual de importante, si no más, fue el éxito de los equipos de control de daños de los estadounidenses. «Lleven a cabo el control de daños con la mayor diligencia y tenacidad. ¡No abandonen nunca el barco!», según decretaba el manual de *Doctrina y órdenes tácticas* de la Armada, en su edición de 1944. Los hombres de la Marina de los Estados Unidos cumplieron aquel mandamiento con una devoción y un sacrificio

extraordinarios. En Leyte, un barco tras otro fue consiguiendo milagros incluso con el combustible en llamas y entre restos retorcidos, hombres moribundos y un humo asfixiante. El control de daños era un aspecto fundamental de la actuación naval de los Estados Unidos, que permitía a las naves salvarse de la destrucción a la cual, en otras naves y en fases previas de la guerra, habrían estado condenadas.

Para los japoneses, las acciones del golfo de Leyte no se vieron atenuadas ni por un poco de gloria. A sus comandantes les habían ordenado que buscasen «las flores de la muerte». Pero los oficiales de la Flota Conjunta demostraron estoicismo y pasividad, más que el brío y la determinación que las órdenes les exigían. Incluso en la más sencilla de las maniobras de guerra, una vez tras otra, en los días 24 y 25 de octubre, los capitanes japoneses actuaron de un modo deficiente. Comparemos el desarrollo de las armadas estadounidense y japonesa en el transcurso del conflicto del Pacífico: la Marina de los Estados Unidos multiplicó por diez sus fuerzas, de modo que la tripulaban y dirigían, en una medida abrumadora, oficiales y marineros faltos de profesionalidad. Pero aun así, la actuación de aquellos hombres resultó muy notable. La Marina japonesa, que al principio de la guerra hacía gala de una considerable superioridad en el arte de la navegación y la artillería, además de en el campo de la tecnología, se quedó atrás, sin posibilidades de remontar la inferioridad. Los oficiales y otros hombres japoneses que perecían en combate fueron sustituidos por recién llegados de una pericia cada vez menor. Entre el 23 y el 26 de octubre, los japoneses perdieron cuatro portaaviones, tres acorazados, diez cruceros y nueve destructores. Los estadounidenses, en cambio, perdieron tres cruceros ligeros, dos destructores y un escolta. Murieron unos 13 000 marineros; la mayoría, japoneses.

Probablemente, se habrían producido menos fatalidades entre los estadounidenses de no haber sido por un extraordinario fallo, un error por omisión del cual cabe culpar a Kinkaid. Sorprende saber que una nación que dedicó más recursos que cualquier otro país combatiente a las labores de rescate, en la confusión posterior al golfo de Leyte, dejó que centenares de marinos estadounidenses —en particular, los supervivientes de los barcos perdidos de la fuerza operativa n.° 3— se quedaran en el agua hasta dos días con sus dos noches, antes de localizar a los que quedaban. Habían sufrido terriblemente, sobre todo por los tiburones. «Cincuenta horas en el mar —se admiraba, incrédulo, uno de los supervivientes del destructor *Johnston*, el teniente de navío Robert Hagen—. ¡Eso es demasiado tiempo esperando a que te recojan!». Fue un lamentable colofón para la batalla. Aquellos hombres merecían un trato mejor de parte de los comandantes a los que tan bien habían servido.

El almirante general James Clark regresó de un breve permiso después de la batalla del golfo de Leyte y se presentó ante Nimitz, en Hawái. «Creo que me he perdido la mejor batalla de la guerra», dijo Clark, con cierto disgusto. «¡Ah, no! —le contestó Nimitz sonriendo con tranquilidad—. La mejor será la última».

Con la ironía que es propia de la guerra, la victoria estadounidense en el golfo de Leyte ejerció bastante menos influencia en la última fase del conflicto que otra serie de acontecimientos que, al menos en un principio, parecían marginales. El 15 de octubre de 1944, cinco días antes de que MacArthur desembarcara en Leyte, el vicealmirante Masafumi Arima se quitó sus galones y trepó a la cabina de mando de un avión en la base aérea de Clark Field, en Luzón. Luego despegó, a la cabeza de sus aviadores, para atacar a la flota de Halsey en aguas de Formosa. El comandante de la 26.ª Flotilla Aeronaval, Arima, era una figura de una categoría impecable, que desafió al bochornoso calor de las Filipinas llevando el uniforme completo en todo momento. Guerrero esbelto, gentil y de voz suave, provenía de una familia de estudiosos de la obra de Confucio. Conservaba un libro de tácticas escrito por su propio abuelo, que se había convertido en un pequeño clásico militar. Aquella mañana del día quince pretendía realizar una contribución personal al arte de la guerra estrellando su avión contra un portaaviones estadounidense. Partió de Clark sin la preocupación que provocaba el temor, común a la mayoría de pilotos, de que tal vez no regresaría jamás. Él no tenía intención de volver.

El melodramático gesto de Arima terminó en agua de borrajas. Entró en el agua justo al lado de un portaaviones, sin causarle ningún daño. Pero él era uno más entre los muchos hombres desesperados que, en aquellos días, habían llegado a la conclusión de que hacían falta nuevos métodos que ofrecieran a los japoneses alguna posibilidad de superar el abrumador poderío de sus enemigos. Dos aviadores del ejército, destacados en la base de la isla de Negros, ya habían realizado un ataque suicida el 13 de septiembre; corrieron la misma suerte que Arima, antes de alcanzar su objetivo. Varios cazas japoneses chocaron deliberadamente contra los bombarderos estadounidenses en lo que se conocieron como ataques *tai-atari* («choques con el cuerpo»). Después del desastre de las Marianas, muchos oficiales japoneses —entre ellos, el asesor naval del emperador— hablaron de la posibilidad de lanzar una campaña sistemática de ataques suicidas. El capitán Renya Inoguchi, oficial superior del Estado Mayor del Aire de la 1.ª Flota Aérea en las Filipinas, escribió con tristeza en su diario: «Nada destruye más la moral que creer en la superioridad del enemigo».

Las fuerzas aéreas convencionales de Japón estaban siendo devastadas por los estadounidenses. Haruki Iki y su escuadra desembarcaron en Clark el 14 de octubre y descubrieron que una unidad hermana, que estaba allí desde hacía tan solo un día, ya había perdido al oficial al mando y la mayoría de sus aparatos. «En las Filipinas, todos los días eran terribles —se sinceró Iki—. Por la noche, el trabajo del personal de tierra que preparaba los aparatos para los ataques del día siguiente se veía

interrumpido constantemente por los bombardeos estadounidenses. Incluso cuando salíamos del follón y nos dirigíamos a la pista de aterrizaje en la oscuridad, si encendíamos las luces era probable que nos disparasen los cazas nocturnos, lo cual no era nada divertido». Cada vez que Iki salía a volar, escribía una carta de despedida para su esposa Yoshiko, que vivía con sus dos hijos en casa de los padres, en la isla de Kyushu. «Si no le dejara una carta, quizá nunca llegaría a saber dónde morí, porque nadie se lo diría», reveló el piloto. Cuando se tomó la decisión de lanzar misiones suicidas, Iki lo agradeció: «En aquel momento, parecía no haber otra salida».

Un instructor japonés escribió lo siguiente sobre sus esfuerzos por entrenar a los pilotos:

> *Todo era urgente. Se nos decía que sacáramos hombres sin parar. Abandonamos los refinamientos, nos conformábamos con enseñarles a volar y a disparar. Uno detrás de otro, de manera individual, en grupos de dos o de tres, los aviones de instrucción se hacían pedazos contra el suelo, giraban como locos por el aire. Durante unos meses largos y tediosos, intenté formar pilotos de cazas. Era un trabajo desesperanzados Nuestros recursos eran demasiado exiguos y la exigencia, demasiado grande.*

Antes de entrar en combate, los pilotos estadounidenses habían recibido dos años de instrucción y habían volado al menos trescientas horas; a menudo, más todavía. En 1944, las cien horas de experiencia previa de los aviadores japoneses, antes de entrar en combate, se recortaron hasta solo cuarenta. El entrenamiento en navegación fue abolido. A los pilotos se les decía, sencillamente, que siguieran a sus líderes. Un informe japonés posterior a un combate, que detallaba la pobre actuación de sus aviadores en las Marianas, rezaba así: «El capítulo 49 del *Manual de combate* afirma: “Las tácticas son como sandalias. Las tienen que llevar los que son fuertes”… [La consecuencia de la falta de instrucción en los pilotos, sin embargo, es que] parece… que estuviéramos poniendo unas sandalias excelentes en los pies de los tullidos».

Los ataques suicidas ofrecían la perspectiva de compensar el desequilibrio entre fuerzas, salvando el hecho de que los pilotos japoneses ya no eran capaces de competir con sus equivalentes de los Estados Unidos en términos convencionales. En su lugar, se podía explotar su asombrosa buena voluntad para sacrificarse. Fue un concepto que encajó perfectamente con la psique japonesa y captó el estado de ánimo de la Armada Imperial en aquel momento. Los oficiales respetaban un dicho: «Cuando un comandante no se decide entre fijar el rumbo a babor o a estribor, debe escoger el rumbo hacia la muerte». Un aforismo alternativo sostenía: «Debemos vigilar que nuestra muerte adquiera el mayor sentido posible». La idea del suicidio parecía satisfacer ambas exigencias. A los cuatro días de haber muerto Arima, el almirante Takijiro Onishi, nuevo comandante de la 5.ª Base Aérea en las Filipinas, celebró una reunión con el capitán Inoguchi, su Estado Mayor y algunos aviadores. Estuvieron de acuerdo en que los Zero equipados con bombas de quinientas libras y

estrellados de cabeza contra los objetivos lograrían una precisión muy superior a la del bombardeo convencional. Un viaje sin retorno, además, doblaría el alcance del aparato. Inoguchi propuso llamar al movimiento *shimpu* («viento divino»). Sin embargo fue otra palabra, prácticamente con el mismo significado, la que pasó a formar parte en seguida del vocabulario de la Segunda Guerra Mundial: *kamikaze*.

El 20 de octubre, Onishi se dirigió a los hombres de la primera unidad designada para el «ataque especial», con estas palabras: «Japón corre un gran peligro. La salvación de nuestro país se escapa ahora del poder de los ministros del Estado, del Estado Mayor militar y de humildes comandantes como yo mismo. Solo puede llegar de la mano de hombres enérgicos como vosotros. Así pues, en nombre de vuestros cien millones de compatriotas, os pido vuestro sacrificio y ruego por vuestro éxito». Unos meses después y tras varios centenares de ataques suicidas, se haría bastante difícil encontrar kamikazes voluntarios. Pero en aquellas primeras semanas, un número bastante nutrido de aviadores japoneses acogieron ansiosos la idea y se ofrecieron para una «muerte útil». Cuando un oficial voló a la base de Cebú, en las Filipinas, e invitó a los aspirantes a formar parte de misiones suicidas, toda la unidad dio un paso al frente, salvo dos pilotos que se hallaban en la zona de hospital. Cierto aviador, llamado Uemura, acababa de provocar el siniestro total de un valiosísimo avión en un accidente. Reconoció con abatimiento ser el peor piloto de la escuadra. Su comandante lo tranquilizó: «No se preocupe, Uemura, le encontraré su oportunidad. Deje de agobiarse y váyase a la cama». El piloto realizó una profunda reverencia y añadió: «Gracias, señor. Estaré a la espera».

Cuando el capitán de fragata Tamai, del 201.er Grupo del Aire, expuso su idea a sus veintitrés pilotos, todos manifestaron su entusiasmo. El teniente de navío Yukio Seki dijo: «Tiene usted que permitirme hacerlo, de todas todas». Seki no llevaba más de tres meses casado, tras un noviazgo por correspondencia. Había recibido un paquete al azar de una chica, uno de los muchos que los civiles mandaban con sus mejores deseos a los soldados japoneses, los marineros y los aviadores. En aquel, cosa rara, aparecía el nombre y la dirección del remitente. El oficial empezó a cartearse con aquella chica. Se conocieron mientras él estaba de permiso, se enamoraron y se casaron. Antes de que Seki partiera en su última misión, en lugar de afirmar que se sacrificaba por su amado país, les dijo a los corresponsales de guerra: «Lo hago por mi amada esposa». Para una mentalidad occidental, inmolarse en aquellas circunstancias resulta incomprensible. No obstante, para algunos japoneses de aquella época resultaban romántico en extremo.

El 21 de octubre de 1944, cuando la primera sección de suicidas despegó de Luzón, sus camaradas se mantuvieron en pie junto a la pista de despegue, cantando: «Si el deber me llama a la montaña, una verde pradera será mi paño mortuorio». La misión acabó siendo un fiasco, porque los aparatos regresaron sin haber encontrado el

objetivo. Pero aquel día, un avión japonés de otra base se estrelló contra el crucero australiano *Australia*, en aguas de Leyte, y mató a treinta hombres, además de provocar graves daños. El 25 de octubre, después de la batalla naval del golfo de Leyte, kamikazes capitaneados por Seki lograron su primer éxito importante, al hundir al *St Louis* y causar daños al *Santee* y al *Suwanee*. El portaaviones *Intrepid* fue alcanzado en aguas de Luzón, cuatro días más tarde. Onishi obtuvo entonces el consentimiento de su superior, el almirante Fukudome, para reclutar voluntarios kamikazes en gran número. Al principio, Fukudome se había resistido, alegando que las misiones suicidas no tendrían éxito entre la aviación. La mayoría de los ataques de la 2.ª Flota Aérea contra la flota estadounidense, en los días 24 y 25 de octubre, usaron tácticas convencionales. Solo después de que aquello ocasionara pérdidas aún más desastrosas se institucionalizaron los asaltos suicidas.

El capitán Inoguchi voló a Manila el 26 de octubre, para consultar con Onishi en lo relativo a ampliar las escuadras «de ataques especiales». Los oficiales estaban consternados ante la miseria de la capital de las Filipinas: «La gente de la calle parecía angustiada y nerviosa; muchos iban abandonando la ciudad y cargaban grandes fardos a la espalda. Un humo espeso… salía del puerto. En las posiciones antiaéreas de la orilla, los soldados estaban ocupados eliminando los escombros y las carcasas de proyectil del último ataque… Me impresionó mucho ver tantos navíos hundidos, de los que solamente afloraba la punta del mástil». Los dos oficiales japoneses se tuvieron que reunir en un refugio antiaéreo. Con un comedimiento deprimente, Onishi observó: «Sin duda se trata de una orden poco ortodoxa». Un joven voluntario suicida se dirigió a los cuarteles generales del aire para despedirse y saludó al almirante con estas palabras: «¡Hola, tío!». En realidad, no existía entre ellos ningún parentesco, pero Onishi era el mejor amigo de su padre. En aquel mundo extraño, e incluso horriblemente pequeño, la muerte estaba por todas partes. El hermano de Inoguchi había caído hacía dos días, mientras estaba al mando del acorazado *Musashi*. Su sobrino murió una semana después, como kamikaze.

La idea que Onishi se había hecho de salvar Japón por medio del «viento divino» pronto alcanzó unas proporciones demenciales: «Si estamos preparados para sacrificar las vidas de veinte millones de japoneses en los “ataques especiales”, la victoria será nuestra», les dijo. Pero no todos los oficiales compartían su entusiasmo. El capitán de corbeta Tadashi Minobe, que estuvo a la cabeza de un grupo de cazas nocturnos en las Filipinas, fue transferido de nuevo a Japón tras denunciar abiertamente la concepción del ataque kamikaze. A pesar de todo, la propaganda enalteció de inmediato aquel nuevo ideal. Las últimas cartas de los pilotos suicidas pasaban a formar parte de la leyenda nacional japonesa. El suboficial de marina Isao Matsuo escribió el 28 de octubre: «Queridos padres, por favor felicitadme. He recibido una espléndida oportunidad de morir. Hoy es mi último día».

A lo largo de las próximas semanas, mientras Onishi e Inoguchi reunían más voluntarios, los ataques suicidas y las bajas estadounidenses en los mares que rodeaban las Filipinas aumentaban de forma dramática. El 30 de octubre, un impacto en el portaaviones *Franklin* mató a cincuenta y seis hombres. Vernon Black, que manejaba una ametralladora del calibre 0,50 en el *Belleau Wood*, vio a un atacante japonés con el morro verde, que bajaba en picado contra su barco: «Tenía el motor en llamas, luego algo me golpeó. La gasolina, ardiendo, se esparció por todas partes. La temperatura era terriblemente alta… mis ropas empezaron a arder». Black, como tantos otros, se lanzó al mar para escapar de las llamas: «El agua estaba llena de gritos y silbidos». Su chaleco salvavidas se reventó de inmediato, quemado. Subió como pudo a una balsa con otra docena de hombres y, a los cuarenta minutos, los recogió una «lata bendita» (un destructor). En la sala de máquinas del *Belleau Wood*, ante las primeras noticias del ataque, «nadie se puso especialmente nervioso, puesto que los incendios en la cubierta de vuelo no suponían ninguna novedad y nadie había oído antes la palabra “kamikaze”», según reveló el alférez de fragata Bob Reich. Pero los daños fueron graves: el portaaviones había perdido doce aparatos, noventa y dos miembros de la tripulación habían muerto y cincuenta y cuatro estaban heridos de gravedad. Como el *Intrepid*, el *Belleau Wood* se vio obligado a retirarse a Ulithi para realizar las reparaciones necesarias.

Muchos atacantes japoneses fueron derribados, pero un número alarmante conseguía llegar hasta la flota. La balanza de la batalla aérea parecía decantarse en favor del enemigo. Algunos portaaviones de los Estados Unidos tuvieron que abandonar sus puestos para descansar y reabastecerse. Seguían llegando más aviones japoneses de Formosa y Kyushu. La pista de despegue de Tacloban solo seguía operativa a medias para los cazas de los Estados Unidos. Los escoltas empezaron a llevarse castigos tremendos. Cuando el impacto de un kamikaze dio en el casco de un destructor, un marinero de Brooklyn dijo sorprendido, con su peculiar acento: «¡Si cabría un camionarro por ese boquete!». «Este tipo de ataques son muy distintos de los que hemos estado encontrando hasta ahora —reconoció el capitán de fragata Arthur Purdy, del destructor *Abner Read*, perdido en el golfo de Leyte el 1 de noviembre—. Este japonés no tiene más que levantarse e iniciar su caída en picado, con los mandos fijos, para solventar un problema muy simple, porque la capacidad de un barco para eludir una aproximación de treinta o cuarenta segundos es muy limitada». Purdy alegó que solo con proyectiles de por lo menos cinco pulgadas podría detener a aquellos aviones. Habló con insistencia sobre la necesidad de aumentar la protección antiincendios en las cubiertas superiores. El combustible en llamas, más que la explosión inicial, fue lo que condenó su barco. Otros tres destructores recibieron daños en la misma serie de ataques.

Los estadounidenses se dieron cuenta en seguida de que aquellos ataques

respondían a una campaña sistemática, y no tanto al capricho de pilotos individuales. El enemigo también estaba preparando ataques convencionales de torpedos, bombarderos y cazas contra las tropas, las pistas de despegue y los barcos, día y noche. Se lanzaba una cortina de humo por todo el fondeadero de San Pedro cada vez que se identificaba una amenaza aérea; en 1945, aquella técnica se convirtió en un SOP (Procedimiento Operativo Habitual, en sus siglas inglesas) de la Marina. El crucero ligero *Honolulu* sobrevivió al impacto de un torpedo que mató a sesenta hombres, y lo hizo como consecuencia de los heroicos esfuerzos de su tripulación; pero el mecánico León Garsian se vio atrapado, él solo, bastante por debajo de las cubiertas superiores, en un compartimento de radio. Las puertas estancas protegían su posición, pero la zona de encima estaba toda inundada. Garsian usó relleno de colchón para controlar el agua que se colaba en su compartimento y al final consiguió llamar la atención gritando por un conducto de ventilación. El equipo de rescate tuvo que cortar un blindaje de cuatro pulgadas de grosor (unos cien mm) con sopletes oxiacetilénicos antes de conseguir salvarlo definitivamente, tras pasar dieciséis horas en lo que temió que acabaría siendo su tumba. Se aproximaron más atacantes japoneses mientras la tripulación trabajaba para salvar el *Honolulu*. El imprudente fuego antiaéreo de los barcos vecinos mató a otros seis hombres del crucero y dejó heridos a once más. En aguas de Leyte, los disparos indiscriminados se convirtieron en un peligro tan alarmante casi como el de los japoneses, al haber miles de artilleros nerviosísimos obligados a combatir contra atacantes que volaban a baja altura.

El almirante Kinkaid comunicó con Nimitz, pidiéndole con urgencia que los portaaviones atacasen las bases de los kamikazes: «La situación aérea actual ha llegado a un punto crítico». Presionó también a Kenney, con un raudal de mensajes: «Si los cazas no mantienen una cobertura adecuada sobre los barcos combatientes, su destrucción es inevitable. ¿Puede suministrarnos la protección necesaria?». Lamentablemente, Kenney no podía satisfacer sus deseos. La falta de terrenos útiles en Leyte, unida a las constantes pérdidas por culpa de los bombardeos japoneses, dejó a los aviadores del ejército de los Estados Unidos en una situación de incapacidad para desplegar fuerzas suficientes con las que evitar los ataques al mismo tiempo que apoyaban a las fuerzas de tierra de Krueger. Antes de empezar las operaciones en las Filipinas, MacArthur aseguró a los jefes del Estado Mayor que las escuadras de Kenney, junto con la aviación de la 7.ª Flota que él mismo comandaba, no hallaría grandes dificultades para manejar la situación una vez transcurridos los primeros días tras el desembarco. Pero muy al contrario, a principios de noviembre el general se vio obligado a pedir que regresaran los portaaviones de Halsey. La aviación de la 3.ª Flota volvió a unirse a la batalla y provocó un nivel de desgaste insostenible para los japoneses. Pero durante las primeras semanas de la campaña de Leyte, los estadounidenses sufrieron daños a causa de la potencia aérea del enemigo mucho

peores que cualquier otro visto con posterioridad a 1942.

El 27 de noviembre, los kamikazes atacaron los cruceros ligeros *St Louis* y *Montpellier* y el acorazado *Colorado*. Por algún insólito motivo, mientras un avión japonés se precipitaba camino de su muerte entre el primer mástil y la chimenea delantera del Colorado, la sangre de su piloto, herido, cayó encima de los marineros que manejaban los cañones de 20 mm. «Yo estaba de pie a cielo abierto y me asusté tanto que me quedé paralizado —escribió James Hutchinson—. No pude recuperarme lo suficiente como para moverme hasta que ya había terminado todo». Dos días después, los kamikazes la emprendieron con el acorazado *Maryland* y el destructor *Aulick*, provocando grandes daños y gran número de bajas, además de alcanzar a otro destructor. La fuerza de portaaviones rápidos de la 3.ª Flota fue atacada el 25 de noviembre. Dos aviones suicidas causaron fuertes daños en el *Intrepid*, otro impactó en el *Cabot* y un tercero contra el *Essex*. Los japoneses se escabulleron en medio de una nube de aeronaves estadounidenses que regresaban de vuelta de una misión, de forma que resultaban prácticamente imposibles de distinguir en la pantalla de unos radares saturados en extremo.

Aun cuando se identificaba como tales a los aviones enemigos, los pilotos habían recibido órdenes de virar constantemente, de modo que los artilleros estadounidenses no pudieran adivinar qué buque constituía su blanco. «¡Es que no sabes cuál se te viene encima!», se exclamaba Louis Erwin, del crucero *Indianapolis*, un artillero de torreta. Un destructor de la escuadra n.° 53 chocó contra un buque hermano mientras realizaba una maniobra evasiva a la desesperada; fue otro más de tantos incidentes. La tripulación aprendió a maldecir las nubes bajas, que actuaban como escudos de los atacantes suicidas ante las patrullas de combate aéreo. «Lo primero que vi aquel día fue un avión con “albóndigas” en las alas[8], que se lanzaba en picado», escribió un miembro de la tripulación de un destructor el 29 de noviembre. Para un número demasiado grande de estadounidenses que servían en las naves de Leyte, aquella visión fue la última.

El fuego, los temidos incendios, eran el principal horror que desataba el ataque de un kamikaze sobre un portaaviones, cargado con hasta 750 000 litros de gasolina de aviación. Según un aviador del *Essex*, «salí corriendo para ayudar a un hombre a escapar de un soporte de cañón de 20 mm. Intenté tirar de él para sacarlo del fuego, pero se le cayó un trozo de brazo… Vomité». Otro se lanzó contra la cubierta de vuelo: «Vi a todos esos compañeros en manga de camisa y la carne les colgaba. Agarré un tubo enorme de [crema] Ungüentine e intenté frotárselo a un muchacho en los brazos. Me quedé con su piel en las manos». En acción, los hombres aprendieron a asegurarse de que cada centímetro de su piel estaba cubierto con capuchas ignífugas, con manga larga y pantalones tejanos. Pero aún así se quemaban. «Enterramos a cincuenta y cuatro personas, la mayoría oficiales, en un mismo día, y a

varios más cada día durante casi una semana; todos habían muerto a causa de las heridas», escribió el capitán de fragata Ted Winters, del *Lexington*, navío que fue alcanzado el 5 de noviembre. «Siete de nuestros pilotos de bombarderos estaban allí [en la isla del puente] viéndolos venir y cinco saltaron despedidos del barco, hechos pedazos. Un trozo del cuerpo del piloto *japo* colgaba del radar… deformado».

A cambio de noventa aeronaves, los japoneses habían dejado tres portaaviones fuera de combate. Durante las primeras semanas, las misiones suicidas causaron muchos más daños en la Marina de los Estados Unidos que las que habían logrado con la operación Shogo de la Flota Conjunta. El emperador Hirohito recibió noticias de los logros «de las fuerzas de ataque especiales» y dijo, impresionado: «Sin duda han realizado un trabajo excelente. Pero ¿de verdad hacía falta llegar a estos extremos?». Cuando Onishi supo del comentario del emperador, se sintió alicaído. Él mismo estaba convencido de que, debido a la apremiante carestía de aviones, solamente las tácticas suicidas podían causar un efecto notorio en los estadounidenses; y sin lugar a dudas, estaba en lo cierto.

Las escuadras de kamikazes perfeccionaron sus procedimientos de trabajo a medida que los completaban, o mejor dicho, que morían. Al principio, los comandantes mandaban a los atacantes en grupos de tres, en los que cada avión iba escoltado por dos cazas, que debían regresar para informar de los resultados. Luego, en los casos en los que disponían de aparatos suficientes, adoptaron tácticas de pelotón, para abrumar a las defensas. Insistían a los aviadores en que se tomaran su tiempo y se aseguraran de caer sobre una nave adecuada: «Un piloto impaciente puede estrellarse contra un objetivo de poco valor». El ascensor delantero de un portaaviones estaba definido como el objetivo ideal. Para los aspirantes a piloto, era demasiado peligroso realizar una caída en picado sobre sus objetivos. Solamente se los invitaba a llevar a cabo aquella maniobra una vez, en sus últimos segundos de vida.

Un oficial de escuadra decía: «En cada sesión de reparto de instrucciones había caras nuevas y otras que faltaban… El instructor y la misión seguían siendo los mismos, pero el público cambiaba constantemente… No había gestos teatrales ni histéricos: todo era una cuestión de deber». El personal de tierra sacaba brillo a las aeronaves de un modo obsesivo. «[La teoría de uno de los técnicos] era que la cabina de mando representaba el ataúd del piloto y, como tal, debía estar impecable», dijo el oficial. Una cuestión de honor entre la tripulación suicida era que ellos mismos debían despegar con una sonrisa en la boca. Las lágrimas se consideraban apropiadas para los espectadores que contemplaban el despegue y los pilotos condenados parecían mostrarse de acuerdo. Un kamikaze escribió enojado, en su diario, lo irritado que se sintió junto con sus compañeros, al ver a varios oficiales del Estado Mayor gastando bromas mientras despegaban los aviones.

En los últimos meses de 1944, el problema más difícil de resolver, para los japoneses, no fue tanto el de encontrar voluntarios para las misiones suicidas, como el de trasladarlos sanos y salvos a las Filipinas, debido a la vigilancia de los cazas estadounidenses y a la deficiente pericia en la navegación aérea. De los primeros 150 aviadores y asistentes que se trasladaron de Japón a las islas, solamente llegó la mitad. De un grupo de quince, solo tres alcanzaron el campo de batalla. Los aparatos, además, seguían escaseando de forma terrible. Hacia mediados de diciembre, la unidad de Inoguchi contaba con veintiocho pilotos, pero con solo trece aviones Zero capaces de volar. La tripulación trabajaba día y noche para aumentar las posibilidades de vuelo.

Durante el resto de la guerra, los ataques kamikazes representaron con mucho la amenaza más grave a la que se enfrentaron las fuerzas estadounidenses del Pacífico. Según palabras de Samuel Eliot Morison, «los japoneses habían perfeccionado un tipo de guerra aérea nuevo y efectivo, que costaba mucho de entender para una mentalidad occidental y al que era difícil contraatacar». Un estudio de la Marina Real británica, redactado en 1945, observaba: «Como es lógico, los ataques suicidas —en cualquiera de sus formas, ya sea por aire o por mar— que practican los japoneses difieren solo en el estilo de las defensas desesperadas de la última trinchera, a las que se enfrentaron los británicos después de Dunquerque; y solamente en su intensidad difieren de misiones tales como el ataque aéreo [de la RAF en 1943] contra el Moehne Dam[9]». Pero los estadounidenses estaban desconcertados, sentían auténtica repugnancia ante la psicología de un enemigo capaz de institucionalizar semejantes tácticas. «Puedo imaginarme que yo mismo, en el meollo de la batalla, en un momento muy concreto, tal vez lleve a cabo de repente, por instinto, una acción que casi seguro comportará mi muerte —escribió un oficial de un destructor, Ben Bradlee —. Lo que soy incapaz de imaginarme es que me levanto una mañana a las cinco de la madrugada y me voy a rezar a alguna iglesia, todo eso sabiendo que, dentro de unas horas, estrellaré mi avión contra un barco a propósito».

Jamás fue plausible que los ataques suicidas pudieran alterar el resultado de la guerra, pero las bajas estadounidenses aumentaron a medida que las tácticas se perfeccionaban. Los japoneses advirtieron que sus propias bajas no eran mayores que las sufridas durante los bombardeos convencionales o las misiones torpederas. Entre octubre de 1944 y agosto de 1945, se tiene constancia de que murieron 3913 pilotos kamikazes, la mayoría pilotos de la Marina, en una campaña que alcanzó su momento más intenso en abril, con 1162 ataques. Aproximadamente uno de cada siete suicidas se estrellaban contra un barco, y la mayoría provocaba grandes daños.

Algunos japoneses se sentían muy consternados por la ética kamikaze. Las cartas y los diarios de algunos pilotos revelan su propia renuencia. Pero los jóvenes que estaban de acuerdo en sacrificarse se convertían en famosos héroes nacionales. Un

día, la esposa de un juez del Tribunal Supremo, cuyo hijo —piloto— había caído enfermo y murió durante la instrucción, se presentó en la base de Kijin. Traía con ella un mechón del pelo de su hijo y una bufanda y preguntó si algún kamikaze podría llevarlos como recuerdos en su misión; había bordado estas palabras: «Ruego que [consiga usted] un impacto directo». Un líder de grupo llevó, como se había solicitado, estas reliquias el día de su propia muerte. Mamoru Shigemitsu, una de las personas más sensatas de entre todos los líderes políticos de Japón, escribió con una admiración que persistió incluso después de la guerra: «Que ningún hombre desprecie a estas unidades suicidas y diga que son brutales».

La repugnancia cultural que los kamikazes despertaban en los estadounidenses se intensificaba por el resentimiento de los marineros que se veían expuestos a peligros aún mayores, de sufrir mutilaciones o de morir incluso, en un momento en que la guerra estaba casi ganada. Según escribió Emory Jernigan:

> *Si estabas en las cubiertas inferiores, podías adivinar cuándo se iniciaba el combate por el tipo de disparos. Primero eran los de cinco pulgadas, luego los de 40 mm y después se descargaban los de 20 mm. Cuando los de 20 mm disparaban los sesenta disparos completos y se paraban un segundo para recargar, ya se podía decir que el combate estaba cerca y cada vez se aproximaba más. Entonces no había nada que hacer, salvo respirar hondo y, en mi caso, repetir mi lema de la niñez: «No me importa morir, no me importa; es solo algo que se va, se va».*

Se puede decir, en la estela del estudio de la *Royal Navy*, que solo una línea muy fina separaba las hazañas de los pilotos suicidas japoneses y el tipo de acciones por las que los Aliados concedían las recompensas póstumas de la Medalla al Honor y la Cruz de la Victoria. Bastantes aviadores y soldados británicos y estadounidenses fueron condecorados tras su muerte por haberse lanzado sobre el enemigo en una manera imposible de distinguir de la de los kamikazes. Pero las sociedades occidentales seguían diferenciando entre encaminar la acción de forma individual y espontánea hacia una dirección que probablemente acabase con la muerte segura e institucionalizar una táctica que hace esa muerte inevitable. Así, los Aliados observaban a los kamikazes con auténtica repugnancia, además de con miedo. En los últimos meses de la contienda, aquel nuevo terror dio lugar asimismo a que los estadounidenses sintieran más odio y menos clemencia.

El vicealmirante Robert Carney, jefe del Estado Mayor de la 3.ª Flota, compartía con Halsey el desdén hacia los gestos de humanidad practicados para con el enemigo:

> *Chocamos con buques hospital japoneses, algunos los hundimos, a otros no se los pudo identificar, algunos estaban demasiado próximos a objetivos militares imprescindibles y sufrieron las consecuencias… Parecería una delicadeza innecesaria preocuparse demasiado por aquellos incidentes. Los buques hospital de los japoneses, sin duda alguna, se han usado para fines ilegales y están atendiendo a nipos que no hemos podido matar al primer intento. Todo aquel que sea restituido en el servicio nos cuesta, potencialmente, la vida de muchos de los nuestros.*

El capitán de navío Tom Inglis, del crucero Birmingham, alcanzó a ver marineros enemigos en las aguas de Mindanao:

> *Sentía cierto desconcierto con respecto al tratamiento adecuado que debía dispensar a aquellos japoneses. Propuse que tendríamos que tomar a unos cuantos como prisioneros. El almirante me dijo que lo haríamos después de asegurarnos de que los barcos se habían hundido y comprendí que un destructor recogería como mínimo a dos de aquellos marineros japoneses, como muestra de todos los demás. Creo que formulé una pregunta bastante embarazosa en mi informe sobre aquella acción, pues observé que sería de ayuda que enunciasen una política definida relativa a los marinos mercantes japoneses, en la que se estableciera si había que dejarlos nadando en el agua o si había que tomarlos como prisioneros o matarlos. No recibí ninguna respuesta a aquella pregunta.*

Un marino dejó constancia de su propia actitud ante el enemigo: «Al final sentíamos que [el enemigo] era como una babosa… que no era digno de vivir; ver a los japoneses muertos en el agua era como hacerle el amor a una chica guapa». Cuando la ofensiva de los kamikazes se intensificó, la idea de ofrecer cuartel a un enemigo que libraba la guerra de aquella manera, a ojos de los Aliados, pareció no ya inadecuada, sino directamente superflua.

# 7

# En tierra: la batalla por las montañas

El general Tomoyuki Yamashita había pretendido librar la batalla principal en defensa de las Filipinas en Luzón. Pero sus superiores rechazaron de modo sumario sus cálculos. El mariscal de campo Terauchi se dejó engañar por la Marina, que afirmó —con una irresponsabilidad desvergonzada— que las batallas del golfo de Leyte habían concluido victoriosas. Los aviadores japoneses, asimismo, informaron de que estaban infligiendo un desgaste de terribles consecuencias a las fuerzas aéreas de los Estados Unidos. Fortalecido con aquellas ilusiones, Terauchi y su Estado Mayor quedaron convencidos de que tenían al alcance de la mano una victoria muy importante, solo con que los soldados japoneses igualasen con sus éxitos los de sus marinos y sus aviadores. A entender del ejército, en Asia del Sur, «la Marina había terminado con éxito las operaciones, hundiendo a la mayoría de los portaaviones enemigos (nueve de doce), varios acorazados, etc., en el mar de Formosa… [También se] creía que las batallas de mar y aire de los días 24 y 25 acabaron con un porcentaje de victoria del 70 por 100 a favor nuestro. Toda la información que se recibía en la zona del cuartel general del ejército era favorable». La imprudencia de la Marina, al lanzar a la Flota Conjunta contra el golfo de Leyte, iba a verse igualada, por tanto, por la del ejército de Tierra, en el nombre del honor, pero al servicio de la insensatez.

A principios de noviembre, el teniente general Akira Muto llegó a Manila para asumir el cargo de jefe del Estado Mayor del 14.° ejército. «Encantado de verle —dijo Yamashita—. Llevo esperándole mucho tiempo». Muto le respondió: «¿Cuál es el plan?», a lo que el general replicó: «No tengo ni idea de lo que haremos. Mejor que se dé un baño y después hablamos». Muto advirtió, un poco compungido, que hasta el trocito de ropa más pequeño que poseía, hasta su ropa interior, se había quemado en un ataque aéreo de los estadounidenses. «Coja la mía», le dijo su comandante, con generosidad. Pero ni recién vestido, la sensación de Muto mejoró ante la insistencia del mariscal de campo Terauchi en luchar hasta el final por Leyte. A medida que Yamashita hablaba, Muto se iba dando cuenta de que el general estaba terriblemente encolerizado. Transferir las unidades a Leyte por mar significaba que muchas serían destruidas durante el traslado, mientras que las otras que lograran pasar no contarían ni con suministros ni con los apoyos adecuados. Ningún refuerzo en Leyte podía alterar un resultado que, a aquellas alturas, era ya inevitable. Pero no había nada que hacer. Terauchi estaba al mando. Las órdenes de Yamashita al general Sosaku Suzuki,

su comandante subordinado en Leyte, continuaron prestando servicio de boquilla a aquella consabida declaración de intenciones japonesa, de «aniquilar» al enemigo. No obstante, Yamashita era perfectamente consciente de que las únicas fuerzas destinadas a la aniquilación eran las suyas.

Entre tanto, sus órdenes eran mandar a todos los hombres que pudiera a Leyte y él hizo todo cuanto estuvo en sus manos para cumplirlas. Entre el 20 de octubre y el 11 de diciembre, aunque hubo numerosas bajas mortales y otros muchos hombres perdieron sus equipos, unos cuarenta y cinco mil soldados japoneses desembarcaron al oeste y al norte de la isla. El soldado raso Eichi Ogita, del 362.° batallón independiente, sufrió el tipo de travesía de pesadilla que tan familiar resultaba para muchos soldados japoneses. Lo mandaron desde Luzón con su unidad, en una pequeña goleta de madera, pero el 25 de octubre el navío fue hundido por un submarino estadounidense. Ogita y otros supervivientes consiguieron, de alguna forma, alcanzar el litoral en la costa noroeste de Leyte. Cuando se hizo de día, descubrieron que su comandante de batallón había muerto, mientras que el auxiliar, el comandante de la compañía y el propio Ogita se encontraban entre los heridos. Habían salvado unas pocas armas, pero nada de comida. Durante un rato estuvieron agachados en una cima próxima, pero pronto se dieron cuenta de que era esencial empezar a moverse. Un teniente de navío, junto con diez hombres, fue a buscar a las fuerzas japonesas. Después de que no regresaran, al día siguiente, los que quedaban de la partida emprendieron la marcha rumbo a su destino original, el puerto de Ormoc.

Resultó un viaje horrible. Vagaron dando tumbos de un lugar a otro, sin mapas ni brújulas. La mayoría de los heridos murió. Cuando, por fin, los supervivientes llegaron a la ciudad, descubrieron que estaba siendo atacada desde el aire. «Aparecieron aviones enemigos, pero ninguno de los nuestros —escribió Ogita con pesimismo en su diario—. Me pregunto por qué». El 13 de noviembre aún no habían disparado el primer tiro. «No habíamos recibido órdenes de empezar el ataque porque buena parte de nuestros soldados aún no habían desembarcado». Él silbaba para mantener el ánimo: «Solo hay treinta y cuatro hombres en nuestra compañía, pero tenemos la confianza suficiente como para enfrentarnos a un batallón enemigo».

Aquella era la forma típica en que llegaron muchos refuerzos japoneses al campo de batalla de Leyte: habiendo perdido a buena parte de los hombres y de los pertrechos antes incluso de vérselas con los soldados estadounidenses. Es realmente asombroso que, en semejantes circunstancias, rindieran como rindieron. El 6.° ejército de MacArthur se encontró con una resistencia tan intensa, que superaba con mucho las previsiones realizadas por el comandante supremo de la Zona Sudoeste del Pacífico (ZSOP). El 7 de noviembre, la 16.ª división japonesa, la originalmente acuartelada en Leyte, había perdido todos sus oficiales de ingeniería y de batallón,

junto con la mayoría de sus comandantes de compañía y la mitad de los artilleros. Pero desde Luzón había llegado buena parte de la 1.ª división y venían más soldados de camino. Suzuki tenía la esperanza de hacer que los estadounidenses se retirasen por la llanura central.

Una vez tras otra, las unidades de Krueger fueron pilladas por sorpresa por los japoneses atrincherados en tierras más altas. El l.er batallón del 382.° regimiento de infantería estaba en medio de un arrozal cuando se les vino encima una intensa lluvia de fuego que mató o dejó heridos a todos los oficiales de dos compañías: «Los hombres se quitaban de encima las mochilas, las ametralladoras, las radios e incluso los rifles. Su único objetivo era salir de aquella mierda de suelo y llegar otra vez a terreno firme. Algunos de los heridos abandonaron la lucha y se ahogaron en los pantanos, que los engullían». El capitán George Morrissey, médico del l.er batallón del 34.° regimiento de infantería, escribió:

> *Acabábamos de empezar a cavar cuando un proyectil de artillería nos dio en la parte delantera del perímetro. Me levanté corriendo y encontré a tres muertos y a ocho heridos de gravedad. Justo entonces, la lluvia empezó a caer con furia y se hizo oscuro. El primer hombre que vi estaba sangrando por un agujero abierto en el cuello. Aquello era una barbaridad descomunal, allí, debajo de la lluvia, sin poder hacer nada, pero teniendo que intentarlo de todos modos. Aquel hombre murió de camino y otro perdió la vida al día siguiente. Sin cena. El hoyo de la trinchera, lleno de agua. Nuestra artillería ruge y restalla toda la noche… Jamás había estado tan asquerosamente sucio como ahora.*

La campaña produjo su cuota de héroes. Suele pasar que en la batalla se distingue una clase de hombres que en cualquier otro sitio produce vergüenza. Antes del desembarco de Leyte, los infantes que estaban confinados en la prisión militar en cumplimiento de castigos habían sido restituidos a sus unidades. El comandante de la compañía G, 2.° batallón del 34.° regimiento de infantería, se opuso con fuerza a readmitir al soldado Harold Moon, por ser una constante fuente de problemas. Pero a la postre, tuvo que aceptarlo. La noche del 21 de octubre, el regimiento se enfrentó a una serie de ataques violentos, casi aplastantes. Al amanecer, vieron que las trincheras estaban rodeadas de cadáveres de enemigos. Unos cuantos yacían junto al cuerpo del soldado Moon, muerto tras combatir hasta el final con el rifle y las granadas. Recibió una Medalla al Honor, póstuma, que despertó al tiempo la admiración y la perplejidad entre sus camaradas. «Yo solo lo conocía como un follonero de la compañía G», escribió el soldado Eric Diller, sorprendido.

El propio Diller constituía un objeto de estudio interesante: hijo de inmigrantes alemanes católicos, que huyeron a los Estados Unidos en 1936, debido a la sangre judía de su madre. En un batallón de ametralladoras de Leyte, el soldado, de veinte años, llevaba aún papeles que lo clasificaban como extranjero; de hecho, teóricamente, como enemigo. Diller se mostró aprensivo respecto de diversas manifestaciones de la guerra en el Pacífico. Cuando sus camaradas se dispusieron a

arrancarle los dientes de oro a un japonés muerto, él no quiso recibir la parte que le correspondía. Se sentía descontento con el trato dispensado a los pocos enemigos que se convertían en presos vivos: «Vi que traían a uno desnutrido, con aspecto de enfermo, un espécimen digno de lástima. Un tipo recién llegado a la sección empezó a dar puñetazos en la cara del prisionero indefenso. Nadie dijo nada, pero la mayoría tuvimos la sensación, como me pasó a mí, de que aquel comportamiento no era para estar orgullosos».

Más allá del dolor que provocaba el enemigo, estaba el que generaban las condiciones climáticas. A los pocos días del desembarco, empezaron las lluvias. Diluvios de una intensidad tropical persistieron durante las próximas semanas. Los hombres se acostumbraron a marchar, a luchar, a comer y a dormir empapados hasta los huesos. Los caminos y las pistas acababan inutilizados por el paso de los vehículos pesados. Las líneas telefónicas se fundieron. Los tanques y los camiones se quedaban empantanados o se averiaban. Los arroyos crecían y se desbordaban. La fasciola hepática convirtió los baños en el río en algo peligroso. Las baterías se deterioraban con rapidez. Los artilleros tenían serías dificultades para mantener la cordita seca. Cada día había que limpiar tres veces los obuses. Las mantas se llenaban de moho. Las lonas dobladas se pudrían. Los tornillos de los vehículos y la maquinaría se oxidaban irremediablemente en su sitio. Crecían hongos en las mirillas de las armas. El fósforo blanco del interior de los proyectiles se fundía con el calor, que también hacía saltar los discos de seguridad de los blindados lanzallamas. Se hizo necesario mantener llenos los tanques de combustible de los vehículos, para que no se filtrara en ellos la humedad.

La construcción de una pista de despegue se convirtió en una tarea imposible. El 29 de octubre, un pequeño tifón se llevó por delante todas las tiendas y sembró el caos en la intendencia. Muchos hombres vieron que les faltaban víveres, porque el sistema logístico, explotado ya en exceso, estaba obligado a dar prioridad a la munición. «Las labores de suministro y evacuación de heridos asumieron pronto unas proporciones asombrosas», reconoció más tarde el historiador oficial de los estadounidenses. Richard Krebs, de la 24.ª división, describió el vendaval que asoló la isla el 8 de noviembre: «Caían torrentes de agua, en capas casi horizontales. Las palmeras se doblaban bajo la tormenta, con las hojas aplanadas como cintas de seda mojada. Los árboles se quebraban… El viento huracanado era como un lamento, multiplicado por mil, de los muertos sin sepultura».

Aunque al final las bajas estadounidenses no fueron demasiadas, algunas unidades sufrieron daños graves en acciones locales. Por ejemplo, durante tres días, a finales de octubre, el 2.° batallón del 382.° regimiento de infantería perdió a treinta y cuatro hombres y otros ochenta resultaron heridos, en un combate por la ciudad de Tabontabon. El 5 de noviembre, Morrissey escribió: «Vi el lecho del río en el que se

había producido la batalla el día anterior y sacamos los cuerpos. Gracias a Dios que no soy fusilero. Cerca de la escena había dos tristes montones de humanidad. En el primero estaban los hombres filipinos, atados y muertos a bayonetazos. En el segundo, había tres mujeres y tres niños, atados, abayonetados y parcialmente quemados».

El valle de Leyte fue tomado el 2 de noviembre. Tras diez días en tierra, el cuartel general de la Zona Sudoeste del Pacífico anunció que los japoneses habían sufrido 24 000 bajas, frente a las 3221 de los estadounidenses, incluidos los 976 muertos y heridos. El Estado Mayor de MacArthur se equivocó al juzgar extraordinariamente mal, y de forma persistente, la evolución de la campaña. Ya el 3 de noviembre, los informes de la ZSOP se referían, en repetidas ocasiones, a los «restos» del enemigo o a los «últimos restos» en plena retirada. «Ya se avista el final de la campaña de Leyte-Samar», afirmaba un comunicado de prensa. Pero cinco días más tarde, otro informe reconocía de mala gana «una intensa lucha… El enemigo ha recibido refuerzos urgentes dentro de este sector». Dos días más tarde, la ZSOP anunció que el 6.° ejército había destruido todo el acuartelamiento original de Leyte; pero añadió sin mucha convicción que se lo había sustituido con refuerzos procedentes de Luzón. Los servicios de inteligencia estadounidenses fueron pobres durante toda la batalla, en parte porque los japoneses casi nunca dirigieron las operaciones locales por radio, en parte porque MacArthur y sus subordinados no estaban dispuestos a prestar atención a lo que iban oyendo. «Los Ultra —afirmó el auxiliar del Estado Mayor Clyde Eddleman, del 6.° ejército— eran de poco valor directo para el 6.° ejército. Nos daban cierta idea del estado de la moral japonesa, pero poco más». Las desventajas de luchar contra un enemigo que carecía de sistemas de comunicación sofisticados eran bastante considerables.

El 6.° ejército inició entonces la segunda fase de la batalla de Leyte: la denodada lucha por limpiar las montañas que dominaban las zonas norte y oeste de la isla. El 8 de noviembre, los estadounidenses tenían ciento veinte mil hombres en tierra, disputándose la posesión de la isla con, tal vez, unos cuarenta mil japoneses. En las colinas, cubiertas con una densa vegetación, el enemigo podía explotar hasta la saciedad su pertinacia, sus artimañas de campo y las habilidades tácticas de las unidades menores. Las operaciones de Krueger estuvieron plagadas de problemas porque él desconocía el terreno, que apenas aparecía descrito en los mapas. Los estadounidenses tuvieron que aguantar dos meses de sufrimientos y frustraciones, lo cual impuso un serio retraso al plan de desembarco previsto por MacArthur en Luzón. Nombres como Montaña Sangrienta o Montaña Suicida quedaron grabados en la mente de miles de sus soldados, que si luchaban por desplazar a los japoneses de sus posiciones, luego debían esforzarse por mantenerlas frente a los contraataques. El soldado raso Luther Kinsey, del 382.° de infantería, expresó una perplejidad habitual

entre los hombres de Krueger: «Me sorprendió que no fuéramos más rápido. Yo sabía que estaban camuflados y atrincherados, pero lo que no esperaba es que siendo ellos tan pocos, nos pudieran entorpecer tanto».

La designación más frecuente de la experiencia de los comandantes de los Estados Unidos pasó a ser «inmovilizado». «El primer batallón realiza progresos menores», decía un informe típico, que describía el ataque del 128.° de infantería en una posición llamada Cerro del Sacacorchos. «La compañía A quedó inmovilizada de inmediato por el fuego de ametralladoras, mortero y rifles». Una unidad podía declararse en aquella situación, de manera legítima, si sufría bajas importantes y corría el riesgo de aumentarlas si intentaba moverse. Pero en demasiadas ocasiones, lo que significaba era que una fuerza había caído bajo fuego enemigo, se había puesto a cubierto y prefería permanecer allí antes que sufrir pérdidas importantes. Los soldados de a pie tenían la esperanza de que las armas de apoyo —la artillería, la aviación o los tanques— acabarían descubriendo un medio de acallar la resistencia sin necesidad de que los «inmovilizados» debieran exponerse a seguir avanzando bajo el fuego.

Un comandante de batallón en las Filipinas describió la típica charla de combate con un alférez recién llegado:

> *El nuevo envió un mensaje de radio al batallón para pedir refuerzos: estaba inmovilizado. Cogí el micro de la radio… y le pregunté si le habían dado a alguien. Me contestó que no y yo le pregunté: «¿Y entonces por qué afirma que está inmovilizado?». Él me replicó que les estaban disparando y que no se podían mover. Le dije que no me convencía y que tendría que apañárselas solo. Cuando regresó la patrulla, sin una sola baja, lo vi cambiado, más infeliz, resentido. Le advertí que tenía que enfrentarse a los hechos en la vida, porque el combate era una cuestión muy seria. Tenía que cumplir con su trabajo, lo que significaba que no podía pedir ayuda a menos que la necesitase de verdad.*

Buena parte de la historia de la campaña de Leyte —y en realidad, de la acción de la infantería en la Segunda Guerra Mundial— es la de unos comandantes que luchaban por hacer avanzar a los hombres, mientras los que se hallaban en el frente temían que obedecer resultaría fatal para su propio bienestar.

El oficial al mando del 307.° de infantería mandó la siguiente circular brusca y no muy correcta, gramaticalmente hablando, a su regimiento: «No quiero ese rollo de cuando alguien dice: “¡Camilleros!”, porque todo el mundo deja de luchar. No deben atacar sin sus bayonetas preparadas. Los Corsair no nos darán apoyo, salvo que dejemos de dispararles… Hasta la fecha no hemos sido suficientemente agresivos, aunque estamos cogiendo mucha experiencia». Todo dependía de lo que pudieran hacer unos pocos hombres audaces. El 15 de diciembre de 1944, el sargento Leroy Johnson, del 2.° batallón del 126.° regimiento de infantería, dirigía una patrulla de nueve hombres para el reconocimiento de una montaña, cerca de Limón. Al descubrir una ametralladora de los enemigos, Johnson se arrastró hasta encontrarse a seis metros y regresó para informar de su hallazgo. Le dijeron que destruyera el arma y

avanzó junto a otros tres hombres. Se vieron inmersos en una lucha de granadas con los japoneses, que continuó hasta que Johnson vio que dos granadas caían muy cerca de sus compañeros y se arrojó sobre ellas antes de que explotaran. Johnson fue galardonado póstumamente con la Medalla al Honor, por su sacrificio, pero hubiera sido muy poco realista confiar en que muchos hombres del 6.° ejército copiaran su ejemplo. Una dirección agresiva y joven es lo que hace que avancen las cosas en los campos de batalla, pero jamás hubo suficientes sargentos Johnson.

Una de las acciones épicas de la campaña fue protagonizada por el 1.er batallón del 34.° regimiento de infantería, a las órdenes del teniente coronel Tom Clifford. A primera hora de la mañana del 10 de noviembre, su batallón fue enviado en lanchas de desembarco, a siete millas de distancia, a lo largo de la costa norte, hasta una playa situada en medio de la bahía de Carigara. Allí bajaron a tierra sin encontrar oposición e iniciaron la marcha hacia las colinas. A los tres días ocuparon sus puestos en la montaña de Kilay, una elevación de casi 300 metros, que dominaba una buena parte de los terrenos circundantes y suponía un apoyo vital para las operaciones estadounidenses de flanqueo de la Montaña Suicida. El batallón permaneció en Kilay hasta el 4 de diciembre, con enfrentamientos casi diarios con los japoneses. Los hombres de Clifford estaban aislados; sus suministros dependían de porteadores filipinos y de lanzamientos desde paracaídas, de frecuencia irregular. Sufrieron mucho, pero mantuvieron sus posiciones. Durante un tiroteo, el propio Clifford estaba visitando el cuartel general de una compañía en la que encontró a un hombre herido en el muslo, incapaz de caminar. El coronel cargó con el herido a la espalda durante casi dos kilómetros, por un sendero de montaña, hasta su puesto de mando. Durante un permiso que había disfrutado unos días atrás en los Estados Unidos, Clifford fue detenido por la policía militar porque no llevaba encima sus placas de identificación y lo acusaron de hacerse pasar por un oficial. Luego le concedieron la Cruz de Servicios Distinguidos, por ejercer el mando de forma excepcional.

Las condiciones en la montaña de Kilay no dejaron de ser espantosas ni por un momento. «Llovió toda la noche y aún seguía lloviendo con fuerza —escribió el oficial médico George Morrissey, el 20 de noviembre—. La tierra es una profunda mezcla pegajosa y revuelta de barro, orina, materias fecales y basuras. En el suelo de nuestro puesto de socorro hay casi diez centímetros de barro endurecido». Describía el terror de sus pacientes indefensos cuando se acercaba el tiroteo. Se hacía especialmente difícil tratar a los hombres cuando en las heridas se les habían metido fragmentos de ropa manchados de barro. Las comunicaciones del batallón eran tan endebles que costaba tres días trasladar a cada herido a unas instalaciones de primeros auxilios. Algunos no lo consiguieron, pese a la dedicación de sus porteadores filipinos. Morrissey señaló con cierta melancolía que las ansias por volver a casa, comunes a todos los hombres que participaron en el escenario del

Pacífico, se vieron sustituidas en aquellos días por otra ambición mucho más modesta: salir de Kilay. El 26 de noviembre, anotó: «En estos días, por aquí no se ha oído hablar en voz alta ni se han escuchado risas. La gente habla bajito, como al lado de enfermos… Las secciones cuentan con entre doce y quince hombres como máximo… Han muerto muchos de nuestros excelentes suboficiales… Son días de mucha tensión».

Bebían aguas turbias de las cuevas y, en la profunda oscuridad de las noches, maldecían a los murciélagos que volaban por millares alrededor de sus cabezas. No había correo y, en muchas ocasiones, se sentían abandonados por su formación superior. Clifford explicó por radio sus dificultades con los hombres enfermos y hambrientos, mientras los japoneses los hostigaban. El cuartel general del cuerpo se encogió de hombros: «Está usted en un aprieto». Al final, el coronel acabó recurriendo a la amenaza: «O nos da artillería o sacaré a mis hombres de la montaña y dejaré que los japoneses puedan apuntarle al cuello». El batallón consiguió los refuerzos de los cañones. Cada mañana, Morrissey contemplaba con disgusto el montón de ropas empapadas, desgarradas y apestosas, y los sucios vendajes que aguardaban fuera del puesto de socorro para ser quemados. Cuando se convocó a los enfermos se formó una cola de cien hombres, en su mayoría, aquejados de fiebres o de pies inflamados. El doctor, exhausto, se fue acostumbrando cada vez más al grito de: «¿Me mirará los pies? ¿Me mirará los pies?». El l.er batallón del 34.° fue relevado el 4 de diciembre y realizó el camino de vuelta hasta la costa agotado. Clifford había perdido a veintiocho hombres y ciento uno resultaron heridos, pero aun así, su batallón podía presumir de una de las actuaciones más impresionantes de la campaña.

Hubo otras unidades que sufrieron casi tanto como ellos en las acciones de noviembre. «Aquellos soldados barbudos, cubiertos de barro seco, salieron de las montañas exhaustos y hambrientos —según afirmaba un informe de la 24.ª división, a propósito de la experiencia del 2° batallón del 19.° de infantería—. Les pesaban los pies, tenían las mejillas hundidas, los cuerpos, escuálidos y los ojos, vidriosos». Cuando abandonaron la línea, 241 hombres, entre oficiales y soldados —una tercera parte del batallón, aproximadamente—, fueron ingresados de inmediato con afecciones en la piel, llagas en los pies, fatiga de combate y agotamiento. «Los hombres aparentaban diez o quince años más de los que tenían —escribió el capitán Philip Hostetter, de Kansas, oficial médico del 1.er batallón del 19.° de infantería—. Hablaban poco y se movían despacio. No se gastaban bromas ni jugaban, pero eran atentos los unos con los otros». Hostetter envió al hospital, exhaustos, a tres comandantes de compañía.

En algunas ocasiones, tanto los comandantes como los soldados de a pie tenían la sensación de que la campaña de Leyte se estaba llevando a cámara lenta. «La política de la infantería era evitar la batalla a menos que pudieran contar con grandes fuerzas

que mantuvieran la posición en un lugar concreto, y jamás sustituir con el coraje de los hombres la falta de potencia de fuego —escribió Philip Hostetter—. Eso significaba una guerra larga, con muchas maniobras». A la postre, se convirtió en objeto de amargo debate la polémica sobre si la culpa de la lentitud estadounidense se debía a Walter Krueger, del 6.° ejército, o a los que estaban bajo su mando. El general puso en circulación un informe muy crítico, en el que detallaba los errores percibidos en sus unidades: escasez de líderes jóvenes; instinto de buscar cobertura incluso ante una resistencia modesta y exigencia de fuego de artillería para eliminarla. «¿Cuántas bajas de oficiales?», preguntó Krueger, en cierta ocasión, tras culminar una operación en Nueva Guinea. «Excelente», respondió, cuando le informaron de que habían sido bastantes. Él consideraba que unas pérdidas notables eran indicadoras de que los líderes jóvenes habían estado cumpliendo bien con su trabajo.

En Leyte, el general afirmó que las unidades daban demasiados rodeos y se concentró en los ataques frontales, más que en intentar movimientos envolventes. Las patrullas se retiraban en cuanto avistaban a los japoneses, en lugar de quedarse a evaluar las fuerzas enemigas y señalar con exactitud las posiciones defensivas. Algunos oficiales de los Estados Unidos, a juicio de Krueger, eran increíblemente desatentos con el bienestar de sus soldados y no se aseguraban bien de que recibieran comida caliente con regularidad y permitían que durmieran en las trincheras empapadas incluso cuando no estaban al alcance de ningún enemigo. Bajo su punto de vista, «a muchos comandantes les resultaban indiferentes aquellas cuestiones»; la crítica es muy dura. «Si se encontraban con una resistencia un poco mayor, las tropas se replegaban con mucha frecuencia y pedían que dispararan las armas de apoyo —según afirmó el 6.° ejército—. En cierta ocasión, una compañía solicitó fuego de artillería sobre un control y entonces se retiraron a 350 metros de distancia, mientras se disparaba». Cuando la infantería pudo reanudar su marcha, los japoneses habían retomado sus posiciones iniciales: «Era necesario dominar la reticencia natural de la infantería de los Estados Unidos a enfrentarse al enemigo a corta distancia. Hubo varios ejemplos en los que las fuerzas de ataque estadounidenses tanteaban las posiciones japonesas, sin más, y luego se sentaban a esperar que salieran. Hubo una zona en la que no se realizaron progresos durante cuatro días». Varios comandantes de unidad, entre ellos el oficial al mando del 21.° regimiento de infantería, fueron destituidos por «agresividad insuficiente».

La edición de 1944 que del *Manual sobre las fuerzas militares japonesas* editó el departamento de Guerra de los Estados Unidos describía al enemigo con palabras poco menos que desdeñosas:

> *Para el oficial japonés, son factores de gran importancia la «apariencia» y la «dureza» y, por lo tanto, es propenso a permitirse el «heroísmo de papel». Pese a las oportunidades que se les han presentado durante seis años de combate activo, los japoneses han seguido violando ciertos principios fundamentales de tácticas y técnicas aceptadas… tales violaciones se basan… en su incapacidad de formarse una buena*

*opinión del juicio del enemigo y reconocer en él una eficacia militar equivalente. Está por ver si han aprovechado las experiencias más recientes… La forma defensiva de combatir, en general, no es del agrado de los japoneses, y se han mostrado muy reticentes a admitir que la Marina Imperial puede haberse visto forzada, en alguna ocasión, a establecer ese tipo de lucha.*

En Leyte, todos los estadounidenses, de Krueger para abajo, reconocían que aquellas afirmaciones eran un absurdo. El 6.° ejército informó con estas palabras, al respecto de las habilidades tácticas del enemigo: «Los japoneses… muestran una maestría muy superior, y mejor disposición para meterse en los pantanos y permanecer allí hasta que se los arranca de raíz… Las características más notables exhibidas fueron la excelente disciplina de fuego y el control efectivo de todas las armas. Sin excepción, cada soldado retiene el disparo hasta que puede causar el mayor impacto posible». Es interesante contrastar la forma en que los dos bandos usaban las armas. Un análisis de las bajas mortales del 519.° del 6.° ejército demostró que un hombre había muerto por heridas de bayoneta, dos por explosiones, 107 por fragmentos de mortero o artillería. Otros 97 fueron considerados inclasificables; el resto fueron 249 víctimas de armas de fuego de bajo calibre. Dicho de otro modo, en comparación con lo habitual en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial, en Leyte los japoneses confiaron sobre todo en los rifles, las ametralladoras y los morteros. Al disponer de poca artillería y carecer de tanques, no les quedaba otra elección. Entre tanto, se calcula que los estadounidenses provocaron el 60 por 100 de las bajas de tierra mediante la artillería, otro 25 por 100 se debió al mortero y solamente el 14 por 100 se produjo a causa de las armas de infantería, además del 1 por 100 de la aviación. A partir del análisis de las misiones militares, se calculó que nueve rifles equivalían a una ametralladora y un mortero de tamaño medio igualaba la capacidad destructiva de tres ametralladoras. En Leyte, el ejército de los Estados Unidos pretendió, como de costumbre, explotar su aplastante potencia de fuego, en condiciones de lo más desfavorables. Los japoneses se vieron obligados a sacar el máximo partido al humilde rifle; y sin duda, lo consiguieron.

Las frustraciones del 6.° ejército se mantuvieron durante todo el mes de noviembre. Las divisiones de Krueger iban ganando terreno y matando a muchos japoneses. Pero todo sucedía a un ritmo penosamente lento. Hodge, que estaba al mando del XXIV Cuerpo, escribió: «Las dificultades del terreno y del clima eran por lo menos tan duras, si no más, que el enemigo… Los problemas de aprovisionamiento estuvieron a punto de bloquearnos por completo». Un número alarmante de soldados del 6.° ejército sucumbió a la fatiga de combate y las enfermedades. El 21.° de infantería, por ejemplo, notificó 630 bajas de combate y 135 pérdidas por «otras causas». Los reemplazos no podían sostener aquella sangría, ni en cantidad ni en calidad. El 12 de noviembre, al 6.° ejército le faltaban un millar de oficiales y doce mil hombres: el equivalente, casi, de toda una división de combate. Aquellas deficiencias eran, como siempre, aún más graves en las compañías

de fusileros de infantería. Algunas secciones se vieron reducidas, de los cuarenta hombres iniciales, a doce o quince.

La montaña del Cordón de Zapato, situada varios kilómetros tierra adentro al sur de la bahía de Ormoc, recibió aquel nombre entre los estadounidenses porque fue la escena de una acción defensiva desesperada, librada con escasos recursos contra seis batallones atacantes. Para apoyar a los seis mil estadounidenses que se encontraban en la línea de batalla, el 32.° de infantería solo pudo reunir doce camiones y cinco vehículos anfibios, con el acceso limitado a un solo camino de montaña, bastante estrecho. Cada viaje requería que los vehículos cruzaran catorce puentes en estado precario y vadearan cincuenta y un arroyos. Para mantener a un solo regimiento de infantería se necesitaban treinta y cuatro toneladas de suministros diarios. Tardaron tres días y medio, por ejemplo, en llevar las reservas enviadas desde las playas y alcanzar las unidades de vanguardia del 12.° de caballería. Los temporales de lluvia impedían lanzar los suministros desde el aire. De algún modo, los combatientes no cejaron en el empeño y mantuvieron las posiciones; pero en el Cordón de Zapato, el 6.° ejército jamás pudo sacar partido de toda su potencia de fuego, porque carecía de la suficiente munición.

Las pautas de actividad estadounidenses eran tristemente monótonas. Cada madrugada, salía una unidad que avanzaba por alguna escarpada colina hasta dar con el enemigo. Las compañías se turnaban el dudoso privilegio de ocupar los puestos de avanzada. El capitán Paul Austin, que estaba a la cabeza de la compañía F del 2.° batallón del 34.° regimiento de infantería, aprendió a temer la frase del oficial al mando: «Os toca por la mañana». El primer indicio del encuentro con los japoneses era una ráfaga de fuego, a menudo fatal para los estadounidenses que marchaban por delante. El resto se arrojaba al suelo hasta que se mandaba llamar a los camilleros, acudía la artillería y se organizaba un ataque preparado con las fuerzas conjuntas de una compañía o un batallón. Aquello requería horas, incluso días. Cuando los estadounidenses se hallaban ya muy próximos, los supervivientes japoneses se retiraban, para plantarse de nuevo y repetir la estrategia unos centenares de metros más allá.

Con frecuencia, antes de que los estadounidenses consolidaran sus posiciones, los japoneses lanzaban un contraataque. Cuando un terreno importante quedaba desatendido, era tomado rápidamente por el enemigo. A principios de diciembre se produjo un momento de humor negro en la colina del Cordón de Zapato, cuando un mensajero ordenó a gritos la retirada de un piquete de tres hombres del 2.° batallón del 32.° de infantería. De manera intencionada o no, toda la compañía G siguió el ejemplo: salieron de sus trincheras e iniciaron la marcha colina abajo.

Para cuando detuvieron el movimiento, los japoneses ya habían ocupado las posiciones estadounidenses. Al día siguiente tuvieron que realizar un esfuerzo

descomunal para recuperarlas.

El terreno era más escarpado y abrupto de lo que cabe imaginar. El 6 de diciembre, una compañía del 1.er batallón del 184.° de infantería avanzaba por un sendero de la cima del acantilado. Las ametralladoras japonesas abrieron fuego y alcanzaron a veinte hombres, de los que todos menos dos cayeron por el precipicio. Ocho de los supervivientes heridos se arrastraron hasta el puesto de socorro del batallón aquella noche, pero los demás murieron. Una noche, a principios de noviembre y a la luz de la luna, el sargento Marvin Raabe, de la 7.ª división, dirigió a treinta hombres en tres cargas sucesivas de bayonetas, para quitar a los japoneses un terreno vital, una hazaña por la que fue ascendido de rango. Atrincherados de nuevo, algunos hombres se exasperaban por el ruido que armaban los japoneses heridos frente a sus posiciones. Según escribió un soldado de infantería:

> *Un soldado enemigo, a unos treinta y cinco metros por delante de la posición de la sección… había practicado un pequeño ritual muy común. Primero gemía y lloraba durante unos minutos, luego cantaba en japonés y después recitaba una larga serie de epítetos —nada halagadores, sin duda— contra los defensores. Un suboficial, George Parked, aguantó el tinglado todo lo que pudo, pero al final salió de la trinchera, se fue por la ladera y pegó tres tiros. «Ponte a cantar ahora, desgraciado», dijo antes de regresar a su puesto.*

Por la noche, en la costa, los enjambres de luciérnagas se agolpaban alrededor de las palmeras de cocos «y parecían árboles de Navidad», según contaba un oficial de la Marina. En las colinas, los japoneses mantenían una intensa actividad a lo largo de las horas de oscuridad, rastreando y atacando las posiciones del 6.° ejército. Causaron pocos daños, pero aquellas «partidas de nervios» impedían que los hombres, cansados, pudieran dormir, además de provocar descargas de bengalas luminosas y, a veces, algunos disparos descuidados de los estadounidenses. Se produjeron muchas bajas por «fuego amigo» en Leyte, pero no se contabilizaron. Se creía que resultaba preferible, en lo que respectaba a las familias, referirse a todas las víctimas mortales como «muertos en combate», sencillamente; y es probable que así fuera. La artillería de Krueger sostuvo un fuego de acoso y lanzaba, a ciegas, ráfagas esporádicas contra aquellas zonas en las que sospechaban podían haber japoneses. El enemigo respondió acercándose cada vez más a las líneas enemigas, llegando a situarse, en algunos momentos, a tan solo veinticinco metros, para ponerse más a resguardo de los bombardeos. El soldado raso Jack Norman llegó a tal extremo de agotamiento, que se quedó dormido durante una descarga. Por la mañana, sus compañeros de trinchera comentaron que, durante un momento en el que se había despertado, declaró muy enfadado: «Como no paren de disparar, me levanto y me largo a mi casa», y luego se marchó rápidamente, para dormir otra vez. Él no recordaba nada de todo aquello.

Norman consiguió el billete de vuelta poco después, una mañana en la que

estaban avanzando para limpiar de japoneses un cañón. Se movían con sumo cuidado, disparando a cada abertura de las rocas, para arrojar a continuación el fuego de los lanzallamas y las granadas. «Creíamos que habíamos limpiado todas aquellas cuevas; pero no». De repente, empezaron a resonar disparos por todo el cañón y uno de ellos le dio a Norman en el hombro, le atravesó la clavícula y le perforó el pulmón. Mantuvo la conciencia el tiempo suficiente para señalar a sus compañeros de dónde había venido el fuego y para ver cómo un equipo de lanzallamas se dirigía a la entrada de la cueva; también pudo oír los gritos que siguieron. Entonces, un samaritano anónimo lo llevó por un puente de troncos, cruzando un arroyo y lo metió en el *Jeep* que hacía las veces de ambulancia. Después de aquello, solo recordaba una serie de mesas de operaciones hasta que pudo ver el puente de Golden Gate.

Los aviadores destinados en la base de Leyte encontraron compensaciones que quedaban a años luz de la experiencia de los soldados combatientes: «Era muy agradable tener sirvientes en los cuarteles y en las lavanderías, aun cuando las nativas pegaban unos golpes tremendos a la ropa, sobre las rocas de un arroyo lodoso, para "limpiarla" —según cuenta uno de los historiadores de las fuerzas aéreas—. Los trueques con los nativos proporcionaban sandalias de madera, esterillas, cuchillos y otras chucherías a modo de recuerdos, mientras que las peleas de gallos —toda una institución nacional en las Filipinas— fueron una moda que prendió muy fuerte». Cuando Eric Diller fue destinado de una compañía de fusileros en Leyte a un parque de vehículos:

> *Por primera vez en mi carrera militar, disfruté de todos los momentos… Nadie me disparaba. Me daban de comer caliente tres veces al día, y en un comedor. Vivíamos en tiendas con suelos de madera. Disponíamos de duchas. Se pasaban películas de forma regular. Los horarios de trabajo eran razonables y quedaba suficiente tiempo para jugar a voleibol cada día… Esto confirma del todo mi opinión de que la infantería no recibe ni con mucho el reconocimiento adecuado.*

Entre los fusileros de MacArthur, cundía el engaño de que ellos eran las principales víctimas de la experiencia de Leyte. Pero para los japoneses, las cosas fueron infinitamente peor. El 26 de noviembre, un comandante de batallón del 77.° regimiento de infantería transmitió este comunicado funesto a sus oficiales: «Las tácticas que hemos estado empleando contra un enemigo provisto de una potencia de fuego superior solamente han aumentado nuestras bajas. Nuestros apreciados ataques nocturnos pierden su eficacia cuando el enemigo puede iluminar el campo de batalla. Los métodos tácticos más efectivos pasan por organizar ataques en grupos pequeños». El teniente Suteo Inoue, del mismo regimiento, escribió en su diario el día 3 de diciembre: «Los soldados se han quedado muy débiles y solo la mitad de la sección está en buenas condiciones físicas… la mayoría sufre de fiebres».

Bill McLaughlin, de la patrulla de reconocimiento, estaba explorando el frente de su unidad con otro hombre cuando, con horror, descubrieron que se habían

equivocado y estaban dentro del territorio controlado por los japoneses.

> *Nos agachamos allí, sin atrevernos apenas a respirar, escuchando su parloteo, y de repente se nos ocurrió, a los dos a la vez, que estábamos oyendo a unos cuantos muchachos japoneses, no menos asustados, que intentaban calmarse ante la idea de que no estaban solos. Era tan absurdo, un par de yanquis muertos de miedo jugando a los indios y arrastrándose a un lado de la cortina de hierba, mientras un puñado de japos, también muertos de miedo, se agachaban al otro lado.*

Los estadounidenses se fueron alejando a rastras, con mucho cuidado. Los soldados de los Estados Unidos no hicieron muchos prisioneros en Leyte: 389 antes del día de Navidad y otros 439 después. Si aquello respondía en parte al hecho de que no había muchos japoneses dispuestos a rendirse, es igualmente cierto que había pocos estadounidenses dispuestos a hospedarlos. A un comandante de división de los Estados Unidos —el general William Arnold, de la división «Americal»— le preguntaron después de la guerra si él fomentaba las rendiciones. Su respuesta fue despiadadamente pragmática: «No… por la sencilla razón de que un prisionero japonés normal no sabe ni una palabra de nada… y dudo que incluso un oficial supiera nada». Arnold rechazó «la emotiva palabrería de los crímenes de guerra», que cometieron tanto los japoneses como los estadounidenses: «Tienes soldados absolutamente descerebrados, algunos, y te matan en cuanto te ven. Los tienes por todas partes. Los estadounidenses son tan malos como cualquier otro, en lo que a esto concierne. En el calor de los combates, disparas a gente que probablemente se habría rendido».

Uno de los pocos japoneses que sobrevivieron en manos estadounidenses fue el soldado de veintidós años Sumito Ideguchi, que consiguió desertar de su unidad. Había sido conductor de camiones y había aguantado toda una serie de desgracias familiares. Hundieron su transporte de camino a Leyte. Unos dragaminas lo rescataron y al final lo mandaron a la línea de batalla. Ideguchi se encontró sirviendo al lado de extraños que venían de regiones del Japón poco conocidas para él, con quienes no podía relacionarse. Al verse exiliado de su casa, dijo a sus captores que le gustaría establecerse en los Estados Unidos.

A partir de las cartas que los soldados mandaban a casa y los censores militares de los Estados Unidos interceptaban —cartas que siguen aún en los viejos archivos—, podemos conocer una perspectiva poco usual de la experiencia de un soldado estadounidense. Todas las referencias a las atrocidades, los saqueos u otras formas de comportamiento poco solidario se consideraron inadecuadas e hicieron que las cartas de los muchachos fueran confiscadas. Por ejemplo, el soldado raso George Hendrikson, del 21.° de infantería, envió estas palabras a su esposa en Dallas, Oregon: «Uno de mis amigos y yo salimos a pillar recuerdos un día y cogimos a un *japo* y dos filipinos que ayudaban a los *japos*. Yo me quedé con una buena pluma

estilográfica de esa gente y mi colega agarró un buen encendedor que vendió por 20 dólares y también cogió un reloj así es que nos fue de periya [sic]».

El sargento G. Gionnarli, del 34.° de infantería, describió una intentona de rendición entre los nipones: «Salió uno con los brazos en alto. Uno de mis hombres le disparó en el brazo». El teniente William Spradlin escribió: «Si un [prisionero japonés] llega a nuestra retaguardia vivo es solo porque nosotros… no hemos conseguido acertarle». La carta del soldado Rex Marsh, en la que daba cuenta de cómo le cortó la cabeza a un muerto japonés con un machete no llegó a su destino, igual que la de otro soldado que detalló el desprecio que le merecían los filipinos. El sargento Leonard Joe Davis, del 34.° de infantería, fue lo suficientemente imprudente como para confiar sus miserias por escrito a un antiguo camarada que para entonces vivía en Waterloo, Nueva York:

> *Estos japos nos las están haciendo pasar canutas, Monty, peor que ningún otro. Estoy de verdad muy contento de dejar la lucha un tiempo, hemos tenido dos reemplazos desde que te fuiste y ahora ¿sabes cuántos somos en la compañía? Cincuenta. Me habría pegado un tiro yo mismo en el pie si hubiese tenido que quedarme más tiempo. Lo llevo preparando desde hace ya mucho, ya sabes cómo te sientes. Hay muchos muchachos que lo han hecho.*

En las Filipinas, las masas de tierra en disputa eran mucho más extensas que las islas o los atolones en los que los estadounidenses llevaban tanto tiempo luchando, dejando a un lado solo Papúa y Nueva Guinea. Como los japoneses no disponían, ni de lejos, de los hombres necesarios para defenderlo todo, Krueger dispuso de un radio de maniobra muy superior al de los atacantes estadounidenses en Saipán o Peleliu. Pero, igual que el comandante del 6.° ejército criticó a sus subordinados por haber dejado escapar oportunidades de rodear las posiciones fuertes de los japoneses, del mismo modo los críticos de Krueger se quejaron de la falta de dinamismo e imaginación del general. En concreto, lo acusaron de no haber echado un ojo al terreno: falló en la identificación de los rasgos clave y en asegurar su control antes que los japoneses. La realidad, probablemente, se situaba en un lugar intermedio entre las dos afirmaciones: al alto mando le faltaba olfato y muchas unidades de infantería eran lentas. Fueran cuales fuesen las causas, el alargamiento de la campaña suscitó bastantes recriminaciones.

Lo más serio de todo, para MacArthur, fue que su justificación fundamental para la toma de Leyte quedó completamente frustrada: sacar provecho de ella como base aérea y logística. Las llanuras anegadas resultaban absolutamente inadecuadas para un uso intensivo de la aviación, e incluso como depósitos de reservas. La 5.ª fuerza aérea de Kenney, encargada de apoyar y proteger al 6.° ejército, disponía de dos mil quinientas aeronaves, pero dos meses después de la invasión apenas alguna podía operar desde las zonas de aterrizaje.

La acusación de que MacArthur y su Estado Mayor decidieron ignorar las

previsiones de estas dificultades —comunicadas mucho antes de los desembarcos— resulta escandalosa. El 10 de agosto de 1944, el coronel William J. Ely, segundo comandante de los ingenieros del 6.° ejército, envió un informe en el que hacía hincapié en la «inestabilidad del terreno» del valle de Leyte y la imposibilidad de llevar a cabo trabajos de ingeniería vitales —sobre todo, la construcción de las pistas de aterrizaje— con las tropas de que disponían y en la peor fase de la estación de las lluvias. «Quizá podamos embrollarnos una vez más con un cordón de zapato —escribió el coronel con pesimismo—, pero el cordón está deshilachado y si se rompiera podríamos perder la camisa, además del zapato». El oficial al mando de Ely coincidió plenamente con este informe, que luego fue enviado al cuartel general de la ZSOP; pero allí lo descartaron. Este rechazo de un consejo profesional y prudente, con respecto a las deficiencias de Leyte como futura base aérea, fue reflejo de una irresponsabilidad absolutamente temeraria por parte del comandante supremo y de su Estado Mayor.

El 21 de noviembre, el atroz clima de la zona se coló incluso en los comunicados de MacArthur, famosos por su grandilocuencia, y a la sazón melancólicos. «Otro tifón tropical con lluvias constantes sigue azotando Leyte —declaraba uno de los boletines—. Los puentes están casi todos inservibles, los arroyos son torrentes y los caminos se han convertido en canales. Todo el tráfico aéreo, terrestre y marítimo está plagado de dificultades y de riesgos y las condiciones de combate se están haciendo estáticas». Unos sesenta centímetros de lluvia se midieron en Leyte en noviembre, el doble de lo acostumbrado en el monzón. Pocos hombres de los que se hallaban en las montañas, ya fueran estadounidenses o japoneses, dispusieron de un refugio efectivo. Aquel invierno de 1944, la providencia no fue generosa con los ejércitos aliados ni en Europa ni en Asia, sometiendo a las fuerzas de Eisenhower y de MacArthur por igual a un clima que paralizó sus operaciones. En condiciones adversas, resulta bastante más fácil mantener las posiciones a la defensiva que lograr avances mediante el ataque.

Los ingenieros pusieron en práctica una inventiva heroica para superar el problema del aeródromo. Los japoneses jamás habían utilizado superficies duras en sus pistas de aterrizaje. Los estadounidenses registraron la isla buscando materiales adecuados. En Tacloban, descubrieron que una draga, con la potencia de unas bombas de 2800 caballos, podía mover sustancias sólidas un kilómetro y medio, con la ayuda de mangueras. Extraían coral directamente del fondo del mar y lo trasladaban hasta el aeródromo. Aun así, crear unas pistas de aterrizaje resistentes resultó ser un trabajo titánico: «Un batallón [de ingenieros] no podía conseguir, durante todo un mes, más de lo que habría logrado una mera sección en condiciones climáticas favorables». Tuvieron que abandonar dos aeródromos y el tercero no estuvo operativo hasta el 16 de diciembre.

Los japoneses ignoraban que la aviación de Kenney apenas podía volar fuera de Leyte. Irónicamente, por tanto, el 27 de noviembre y el 6 de diciembre destinaron gran parte de sus escasos recursos a lanzar paracaidistas y asaltos de comando contra las pistas estadounidenses. Aquellos ataques provocaron el pánico en las zonas de retaguardia de Krueger: el personal de servicio de los cuerpos aéreos huyó de una de sus posiciones y dejó abandonadas todas sus armas, que los japoneses volvieron rápidamente en contra de los norteamericanos. Pronto mataron a todos los intrusos, o los dispersaron, restaurando así el orden, pero Leyte jamás se convirtió en una base importante de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos. Las dificultades de almacenar y trasladar las reservas fueron en aumento, en lugar de disminuir. MacArthur había permitido que la situación geográfica de la isla, muy conveniente, no le dejara ver lo inapropiada que era para todos los objetivos estratégicos importantes.

Un desembarco anfibio al sur de Ormoc, el 7 de diciembre, hizo posible que, tres días después, los estadounidenses tomaran el puerto e impidieran a los japoneses recibir más reabastecimientos y refuerzos. Las tropas que entraron en la ciudad, que se hallaba en ruinas, descubrieron «un abrasador infierno de proyectiles de fósforo blanco, casas en llamas y depósitos de munición de armas que hacían explosión; sobre todo esto colgaba una densa cortina de humo procedente de los depósitos incendiados, que se mezclaba con el polvo gris de los edificios de cemento destruidos, dinamitados por… el fuego de artillería, los morteros y los cohetes». En la semana del 15 al 21 de diciembre, el valle de Ormoc, al oeste de Leyte, quedó asegurado. MacArthur anunció la conclusión formal de las operaciones en toda la isla el día de Navidad de 1944: «La campaña de Leyte-Samar puede contemplarse ya como algo cerrado, salvo por alguna limpieza menor —rezaba un comunicado de la ZSOP—. El general Yamashita ha sufrido tal vez la derrota más severa de los anales militares del ejército japonés».

En Manila, el alto mando japonés intentó mantener las formalidades, una tarea un tanto difícil, sin embargo, frente a los ataques aéreos de los estadounidenses. El 23 de diciembre, Yamashita celebró una suntuosa cena con uniforme de gala, en honor del comandante naval de la zona, el almirante Mikawa. La electricidad falló en mitad del banquete, sumergiendo a un reluciente despliegue de oficiales en la oscuridad hasta que un joven oficial del grupo fue de un lado a otro, repartiendo velas. Dos días después, Mikawa devolvió el cumplido en un barco anclado en el puerto de Manila. Yamashita subió a bordo cojeando, pues había sido alcanzado por esquirlas metálicas durante la exhibición del funcionamiento de un arma nueva. Su jefe del Estado Mayor le murmuró a Mikawa que tal vez no sería muy sensato darle al inválido demasiado vino. «¡No diga idioteces, imbécil! —explotó Yamashita, que lo había oído—. Beberé cuanto se me antoje». El general tenía mucho que olvidar y lo hizo con profusión. Aquel mismo día, el 25 de diciembre, había indicado al general Suzuki

que, de allí en adelante, las tropas japonesas de Leyte tendrían que arreglárselas por sí solas. Ya no habría más refuerzos ni más abastecimiento. La batalla por la isla estaba perdida. Los últimos elementos de Suzuki se dispersaron por las montañas.

Pero se trataba de hasta veinte mil japoneses. Aunque para entonces habían adoptado técnicas de guerrilla, más que el sistema de lucha propio de un regimiento con armas de apoyo, mantuvieron el combate activo durante cuatro meses más. Un comunicado de MacArthur afirmaba que habían matado en Leyte a 117 997 soldados enemigos, cifra que, como mínimo, doblaba el total auténtico. Los soldados de MacArthur estaban enfurecidos por aquel anuncio público de una victoria que aún no estaba tan clara. Aunque el 6.° ejército de Krueger se había retirado del combate para prepararse para el desembarco de Luzón, el 8.° ejército de Eichelberger tuvo que sostener duros combates para cumplir con aquella «limpieza» de la que su comandante supremo había hablado con tan poco cuidado. «Los comunicados de MacArthur son imprecisos hasta un extremo vergonzoso —escribió el teniente Gage Rodman, del 17.° de infantería—. Nosotros, los que estábamos en el sitio, sabíamos que aquello no era más que el principio de la lucha, cuando él pronunció su ridículo anuncio de que el objetivo estaba asegurado».

La toma de Leyte causó unas quince mil quinientas bajas entre los estadounidenses, incluidos los tres mil quinientos muertos; de estos últimos, casi setecientos —el equivalente a un batallón— perdieron la vida después de que MacArthur proclamara la «victoria». Las pérdidas japonesas son confusas, por la incertidumbre sobre cuántos soldados se ahogaron en el traslado a la isla, cuando los buques de transporte fueron hundidos por la aviación de los Estados Unidos o por los submarinos; pero el total se acerca a los cincuenta mil hombres. El 8.° ejército anunció un «recuento de cuerpos» de 24 294 japoneses, solo para el periodo comprendido entre la Navidad de 1944 y mayo de 1945. Por más que se trate de una cifra hinchada, sigue siendo un claro reflejo de la intensidad de las operaciones todavía en marcha. Desde el mes de enero, los supervivientes japoneses de Leyte dependían de la comida local, que tomaban de los civiles, e incluso del crecimiento de sus propias cosechas. Carecían de sal, pilas de radio, munición. Muchos de los rezagados ya habían tenido bastante. Sin embargo, que fueran lo suficientemente afortunados como para poder rendirse dependía de si lograban escapar a las miradas de sus propios superiores; y luego, del azar de encontrar a estadounidenses que no los mataran de inmediato. Un soldado que corrió aquel destino fue cierto Saito, que se mantuvo oculto durante varias semanas después de que lo hirieran, y llevó un diario. «Mañana hará un año que me reclutaron», escribió:

> *Fue un día triste, porque dejé atrás todo lo que valía la pena. Hoy me he encontrado con la primera etapa de una nueva vida. He oído voces y pasos de soldados estadounidenses y me saltaba el corazón. En lugar de miedo, he descubierto que siento cierto cariño por ellos. No puedo dejar de pensar que esas voces han venido a salvarme. Aunque quise salir a su encuentro, mi herida del pie me lo ha impedido.*

*Desde hace cuarenta y tres días, doy gracias por esta cabaña debido a mi gangrena. Siento un profundo agradecimiento hacia mi amigo Nakata, porque sin él me habría muerto el 7 de diciembre, bajo aquel terrorífico bombardeo naval. Él me salvó aun arriesgando su propia vida. Perder la vida en una guerra de esta clase es muy lamentable. No le he podido enseñar que el conflicto afloró por la codicia de la camarilla militar y capitalista. Mi odio hacia la jerarquía militar es más fuerte de lo que puedo expresar. Tengo que sobrevivir y contar esta historia al pueblo [japonés], o mi alma no descansará jamás. Lo que nosotros hicimos en la China, ahora nos lo hacen a nosotros. Muy pronto Japón será vencido. De esta guerra hemos aprendido cuán inferiores son nuestra ciencia y nuestra industria frente a las del enemigo. Desde el comienzo, jamás pensé que pudiéramos ganar.*

El soldado Saito tuvo suficiente suerte como para que lo recogiera el 13 de enero, vivo, un grupo de hombres del 17.° de infantería. No se sabe si sobrevivió para regresar a Japón.

En el aeropuerto Clark de Luzón, el piloto de cazas de Marina Kunio Iwashita y sus camaradas sabían que la guerra iba realmente mal.

*Cuanto más lucha uno, más reflexiona sobre la realidad de tantos amigos muertos. Una mañana de noviembre de 1944, cuando estábamos escoltando a doce bombarderos en una misión de ataque contra los transportes estadounidenses en San Pedro, vi abajo en el mar todo el despliegue de sus portaaviones, sus acorazados, sus buques de transporte y sus cruceros. Me di cuenta del terrible problema en el que se veía Japón y pensé que había llegado el día de mi propia muerte.*

Iwashita sobrevivió, pero cerca del 70 por 100 de sus compañeros de Clark se perdieron en los combates de las Filipinas. Solamente cuatro, de los treinta y cinco pilotos de cazas que se graduaron en su curso de instrucción de vuelo, sobrevivieron a la guerra.

Algunos de los oficiales destacados de Leyte huyeron a otras islas en varias series de escapadas nocturnas y pasaban el día escondidos en la jungla, por detrás de playas desiertas, de un modo extraordinariamente parecido al que experimentaron los Aliados fugitivos durante la gran ofensiva japonesa de 1942. El general Suzuki, comandante de Leyte, murió en abril, cuando la lancha en la que pretendía escapar fue bombardeada por la aviación estadounidense. Algunos de sus hombres sobrevivieron y se incorporaron a otros acuartelamientos de las islas. Yamashita emitió órdenes no poco descabelladas para los supervivientes que llegaron a Mindanao y Cebú: «El ejército intentará hacer retroceder el avance de los enemigos… reducir [su] capacidad de combate… y mantener el área como punto de apoyo para futuras contraofensivas de las fuerzas japonesas».

Aunque los estadounidenses se habían impuesto en la mayor campaña terrestre del conflicto oriental librada hasta entonces, fueron pocos los combatientes que saborearon aquella experiencia. «Tal vez la mejor forma de describir la vida en la guerra del Pacífico sería decir que resistimos al calor, a los insectos, las enfermedades, el combate y el tedio de los periodos de pausa… —escribió el soldado Bill McLaughlin, uno de los miembros de la patrulla de reconocimiento de la división Americal—. Acabamos por esperar poco y quedarnos contentos con pocas

comodidades: un par de velas, unas cuantas cartas para jugar, una barrita de caramelo». Los soldados estadounidenses tenían la sensación de haber sufrido mucho, para acabar consiguiendo unos pocos kilómetros cuadrados de pantanos y montañas, cabañas de campesinos y ciudades en ruinas. «Aquel escenario fue víctima de un optimismo exagerado, casi equiparable al del teatro europeo», escribió el teniente general Robert Eichelberger, del 8.° ejército, el 8 de enero, poco después de aceptar la responsabilidad de «limpiar» Leyte.

Solo los oficiales de la mayor graduación, enterados del fiasco de los aeródromos, comprendieron que MacArthur había desembarcado al 6.° ejército en la isla equivocada. Tuvo suerte de que aquel error estratégico de los Estados Unidos se vio compensado, en parte, por otro error grave de los japoneses. La locura de Terauchi, al imponer a Yamashita que reforzara el fracaso, permitió que las formaciones de Krueger causaran serias pérdidas al bando nipón y destruyeran unidades que, de otro modo, habrían aguardado a los estadounidenses en Luzón. En Japón, la caída de Leyte precipitó la dimisión del primer ministro del Gobierno, el teniente general Kuniaki Koiso. Koiso había anunciado que aquella sería «la batalla decisiva», con una frase que resultó fatídica para su país en varias ocasiones. Esa batalla se había perdido. Koiso pagó el precio y no fue llorado por su pueblo. Fue sustituido, con mucha reticencia, por el almirante general Kantaro Suzuki, de setenta y siete años, sordo y enfermo, carente de una visión global de sus objetivos en el poder, salvo el de presidir el gabinete.

Si las bajas de los Estados Unidos en la primera campaña de las Filipinas parecieron terribles, la realidad dice que fueron comedidas, en comparación tanto con las japonesas como con las de la guerra en Europa. Era imposible vencer a un enemigo tan formidable sin sufrir algún desgaste serio. Leyte resultó ser una derrota más grave de lo que los japoneses se podían permitir y una victoria más importante de lo que MacArthur se merecía.

# 8

# China: el dragón por la cola

### 1. EL GENERALÍSIMO

En las Filipinas, Yamashita reconoció que su lucha contra los ejércitos de MacArthur solo podía tener un final. Aunque los estadounidenses encontraron que la campaña era dura, aun así, avanzaban sin tregua. Sin embargo, incluso durante esta última etapa de la Segunda Guerra Mundial, había un escenario en el que los ejércitos japoneses no dejaban de ganar terreno y cosechar victorias. En China, un millón de soldados japoneses sostenía —e incluso aumentaba— su vasto e inútil imperio. Ni los comunistas de Mao Zedong, en el norte, ni los nacionalistas de Chiang Kai Shek, en el oeste y el sur, fueron capaces de frustrar el progreso japonés. Los asesinatos y las muertes, las violaciones y la destrucción que los ejércitos de Hirohito habían desatado en Manchuria en 1931 persistían e incluso se habían intensificado en el continente asiático durante los últimos meses de la guerra.

John Paton Davies, funcionario del Servicio Diplomático de los Estados Unidos, de treinta y seis años y nacido en China como hijo de misioneros, conocía la vastedad de aquel país con tanta profundidad como el que más. Fue testigo de la toma de Manchuria por parte de los japoneses. Durante buena parte de la guerra, sirvió como consejero político del teniente general Joseph Stilwell, quien hasta octubre de 1944 fue jefe del Estado Mayor de los Aliados ante Chiang Kai Shek. Más adelante, con la amargura propia de un hombre cuya carrera diplomática destruyó el senador Joseph McCarthy por su supuesta participación en la «pérdida» estadounidense de China, Davies describió el país «como una broma descomunal y seductora, que derrotó a los occidentales que intentaron modernizarla; a los japoneses, que intentaron conquistarla; a los estadounidenses, que intentaron democratizarla y unificarla; y a Chiang y Mao». Comparaba las condiciones de China en la década de 1940 con las de la Europa del siglo XIV. Fue un profundo observador del intento de los Estados Unidos en el siglo XX —tentativa colosal y absolutamente infructuosa— por imponer su voluntad sobre una sociedad que le resultaba remota, tanto por sus condiciones como por su situación geográfica.

Los padecimientos de China en época de guerra, que siguen siendo desconocidos para la mayoría de occidentales, solo se vieron superados por los de la Unión Soviética. No se sabe cuántos chinos murieron en los años que duró el conflicto con

Japón. Tradicionalmente, se ha aceptado la cifra de quince millones, de los cuales un tercio eran soldados. Los historiadores chinos modernos afirman, según otros cálculos, que llegaron a ser veinticinco millones, e incluso hay quien sostiene que cincuenta. Noventa y cinco millones de personas se convirtieron en refugiados sin hogar. Todos estos cálculos no son ni demostrables ni indemostrables. Más que fundamentarse en análisis estadísticos convincentes, lo que hacen es reflejar la intensidad de las emociones chinas con respecto a lo que los japoneses hicieron en su país. Pero lo que es indiscutible, desde todo punto de vista, es que murieron grandes cantidades de seres humanos y los supervivientes sufrieron horrores que casi escapan a nuestra imaginación. La masacre, la destrucción, las violaciones y el hambre fueron el pan de cada día para el pueblo chino durante todos y cada uno de los años que duró el violento enfrentamiento con los japoneses en su país.

Algunos historiadores de Asia afirman que la Segunda Guerra Mundial empezó en realidad en China, antes que en Polonia. En 1931, los japoneses tomaron Manchuria casi sin derramamiento de sangre —las provincias chinas del nordeste, una zona que ocupa el doble de territorio que Gran Bretaña, con una población de treinta y cinco millones de personas, a la sazón gobernada por un viejo caudillo— para asegurarse el carbón, las materias primas, las industrias y las conexiones ferroviarias estratégicas. El gobierno nacionalista, con sede en Nanjing, fue demasiado débil para ofrecer resistencia. Al año siguiente, Tokio anunció que Manchuria se transformaba en el Estado marioneta de Manchukuo, gobernado, nominalmente, por el emperador Pu Yi; en la práctica, por un primer ministro controlado por los japoneses. Allí estuvo acuartelado el ejército japonés «de Kwantung» (o «de Guandong»). Los japoneses se veían a sí mismos como meros continuadores de una tradición establecida durante siglos por las potencias occidentales en Asia: la de explotar una fuerza superior para ampliar su industria nacional y sus bases comerciales.

Cuando Souhei Nakamura, un muchacho que contaba dieciséis años en 1941, fue enviado por su familia de Japón a trabajar en el taller de reparación de motocicletas de su tío, en Manchuria, se inició en los placeres del dominio colonial. «Aquello era fantástico; una vida fácil con un montón de comida buena, mucho mejor que estar en el colegio. Todo lo que tenía que hacer era vigilar que los chinos hicieran el verdadero trabajo». Llevaba dinero en el bolsillo y lo usaba para fines placenteros. Después de que lo rechazaran en el primer burdel local que visitó: —«¡Eres demasiado joven!»— le presentaron a una geisha de veinticuatro años, que actuó como mujer de solaz del joven durante los cuatro años siguientes. «En aquella época, en Manchuria, todos los japoneses eran gente privilegiada. Te diré cómo de privilegiados: un día, en la ciudad, vi a un policía chino que multaba a una japonesa por cruzar la calle en rojo. Un soldado japonés lo vio y le dijo al chino que dejase a la

mujer y le pidiera perdón. Cuando el policía se negó, el soldado lo mató de un tiro». En Manchuria se respiraba un ambiente fronterizo, que se desbordó con la llegada de campesinos inmigrantes japoneses que, en teoría, estaban obligados a comprar tierras a los chinos del lugar, pero que, en la práctica, embargaban lo que querían sin pagarlo.

La anexión japonesa de Manchuria, y su progresivo avance hacia China a partir de entonces, implicó comportamientos rapaces y brutales a una escala que horrorizó al mundo e infligió una inefable miseria sobre todos aquellos que se hallaban en su camino. «Para mí, la guerra empezó el 18 de septiembre de 1931, cuando los japoneses tomaron mi ciudad natal —contaba Wen Shan, el hijo de un abogado manchú que huyó al sur, a Yunnan, para escapar de la ocupación—. Fuimos víctimas de aquellos gángsteres durante los siguientes catorce años». Wen Shan se crió con la propaganda nacionalista que hablaba de las atrocidades cometidas por los japoneses, en su mayoría, auténticas. En 1937, Japón extendió su imperio en el continente y ocupó buena parte de la zona costera de China con sus puertos y sus ciudades industriales, fuentes principales de riqueza en una tierra de hambre crónica. «Los japoneses obligaron a mi padre a convertirse en un traidor, haciendo que se uniera a una de sus organizaciones de comercio y que trabajara para ellos —explicaba Jiang Zhen, el hijo de un terrateniente de Shanghai—. Cuando se negó a hacerlo por más tiempo, lo convirtieron en un trabajador esclavo; y cuando se puso demasiado enfermo para seguir trabajando, lo mandaron a casa, a que se muriera».

Cuando los ejércitos japoneses se trasladaron tierra adentro, millones de chinos huyeron al oeste, incluido el gobierno nacionalista de Chiang Kai Shek. Él abandonó su capital, Nanjing, en favor de Chongqing. La resistencia del ejército nacionalista ante los invasores costó mucha sangre y consiguió pocas victorias. Xu Yongqiang, el hijo de un ingeniero que vivía en la concesión británica de Tianjin, al sudeste de Pekín, una precaria isla segura en medio de la corriente japonesa, dijo: «Cada mañana veíamos cadáveres a la deriva, río abajo, camino del mar. Fuera, en el campo, los japoneses estaban usando a los campesinos para que fortificaran sus posiciones. Cuando los fortines estaban terminados, entonces liquidaban a los campesinos».

China ocupa una superficie más extensa que la de los Estados Unidos de América y se caracteriza por aglutinar unas variaciones extremas de clima y topografía. En 1944 tan solo alrededor del 12 por 100 de su superficie estaba cultivada, porque el resto quedaba demasiado alto, era muy seco o demasiado escarpado; casi la mitad del país se levanta a más de una milla (1609 metros) por encima del nivel del mar. Centenares de millones de chinos se ganaban la vida —una vida muy rudimentaria— en condiciones de miseria crónica. Zhu De, por ejemplo, comandante de los ejércitos comunistas de Mao Zedong, nació como el cuarto de trece hermanos. Él fue el único que sobrevivió, porque el resto de sus hermanos fueron ahogados al nacer, ante la

falta de medios para alimentarlos. Aunque eran frecuentes las epidemias —algunas de ellas, propagadas deliberadamente por los japoneses, mediante su Unidad 731, especializada en guerra biológica—, no disponían de medicinas. Se convirtió en un profiláctico de uso común contra las infecciones atar un gallo vivo al pecho de los cadáveres precisos, para protegerse de los espíritus. La mayoría de la población vivía en barracones levantados con barro y escombros. El tamaño medio de una granja era de menos de cuatro acres (1,6 hectáreas). Los extranjeros que visitaban China quedaban encantados con lugares de una belleza extraordinaria, «con la laca y la porcelana, la seda bordada y los puentes sobre tranquilas charcas, los patios con las ventanas redondas en las paredes». No obstante, las imágenes predominantes eran las de la tragedia y la indigencia.

*Ocupación japonesa de China, 1937-1945.*

La política japonesa en China estuvo determinada de forma abrumadora por el ejército, frecuentemente en contra de la voluntad de los políticos civiles con sede en Tokio, que no deseaban tal cosa. En 1941, con un coste que equivalía al 40 por 100 del presupuesto nacional japonés para todo el año, los invasores se habían hecho con casi todo el territorio que querían. Para los chinos, las miserias de una ocupación tan brutal se sumaron a las inundaciones, las hambrunas, las plagas de langosta y otros desastres naturales que empeoraron sus vidas cotidianas ya suficientemente desdichadas. «Si la puerta de la ciudad se quema —según advierte un proverbio chino —, los peces de las charcas se chamuscarán». Yang Jinghua, un historiador chino contemporáneo, nacido en Manchuria durante la guerra, fue educado por su padre para que conservase el recuerdo de nueve familiares directos —dos hermanas, dos tías, tres tíos y dos primos— muertos durante una visita de los japoneses a su pueblo, próximo a la frontera con Corea, en 1944.

Wu Yinyan, de veintidós años, hija de un oficial de un pueblo cercano a Tianjin, tuvo más suerte. Su familia —los padres, la abuela, el tío, dos hermanos y tres hermanas— dispusieron del dinero suficiente para huir a medida que los japoneses iban aproximándose. En algunas ocasiones caminaban y en otras, pagaban por viajar en carreta. Los vecinos que se quedaron atrás sufrieron el destino habitual para los de su clase: «Violaban a las mujeres, quemaban las casas», narraba Wu lacónicamente. La familia fue a pasar un tiempo con una tía de Pekín y allí Wu pudo asistir a la escuela y, más adelante, a la universidad. Pero cuando los japoneses ocuparon la ciudad, cayó sobre ellos un manto de terror. «Jamás salía sola, sin amigos, porque un japonés podía hacerle lo que quisiera a cualquiera. Siempre iba con miedo». Todos los chinos tenían la obligación de hacer una reverencia ante todos los japoneses, lo cual supuso una fuente de amargo resentimiento. La familia de Wu sobrevivió fundamentalmente a base de maíz, porque no había carne y los vegetales escaseaban. Como casi todas las mujeres chinas, ella vivió en condiciones estrictas de segregación sexual. Solo en las zonas comunistas, la guerra llevó a China algunas de las nuevas libertades y oportunidades que se conferían a las mujeres en tantas otras partes del mundo. La familia no contaba con ninguna radio y, hasta agosto de 1945, casi no supo nada de lo que sucedía en el mundo exterior. Como la mayoría de los chinos, se centraron en sobrevivir hasta el día de mañana, y al día siguiente, hasta el otro, alimentando un odio henchido de desánimo hacia sus ocupantes.

Los japoneses tomaban cuanto querían. Lin Yajin tenía diecinueve años y estaba recogiendo arroz en los campos de al lado de su pueblo, en Hainan, con otras tres chicas, un día de octubre de 1943, cuando todas ellas fueron apresadas por las tropas japonesas. Al principio solo les preguntaron por las actividades de la guerrilla local y luego les hicieron pasar la noche en una cabaña. La tarde siguiente, en edificios separados, las jóvenes fueron violadas, mientras proferían terribles gritos, por una

sucesión de soldados japoneses. En adelante, aquello se convirtió en una rutina nocturna. A menudo, un soldado observaba mientras otro forzaba a la muchacha. Cuando la unidad se trasladó a otro pueblo, arrastraron a las chicas detrás, en manada. En verano de 1944, Lin se puso enferma de gravedad y por lo tanto perdió interés para los soldados. La dejaron volver a casa. Había contraído una enfermedad venérea, pero no disponían de medicinas para tratarla. Ella y su hermana, que había corrido la misma desgracia, tuvieron que soportar las burlas de sus vecinos, y se convirtieron casi en marginadas durante los años posteriores. Ella jamás se casó ni tuvo hijos. En 1946 se enteró de que las otras tres chicas que los japoneses raptaron junto con ella tres años antes habían muerto por enfermedad en manos de los japoneses.

Chen Jinyu solo tenía dieciséis años cuando el ejército japonés se la llevó para convertirla en su «mujer de solaz», junto con todas las demás chicas disponibles en su pueblo del distrito de Baoting.

> *Como yo era guapa me usaban más que a las otras. Después de un mes, ya no lo pude resistir más. Un día, yo estaba con otras chicas bañándome en el río. Me fui deslizando hasta la orilla más alejada y empecé a correr cuando de repente me vio un guardia japonés. Hizo sonar su silbato. Los soldados me pillaron, me apalizaron de una forma horrible y luego me encerraron con llave. A la mañana siguiente, con una lluvia tremenda, me obligaron a arrastrarme por el suelo delante de todo el mundo, luego me volvieron a pegar hasta que no era más que un amasijo de heridas y magulladuras. Al final ya no me podía mover, y me quedé allí quieta, tirada en el barro y el agua. Las otras chicas suplicaron a los oficiales japoneses que me perdonaran. Sí ellas no hubieran intervenido, dudo que hubiera podido sobrevivir.*

Siguió como mujer de solaz hasta junio de 1945, cuando huyó a la desesperada hacia las montañas, donde permaneció hasta que terminó la guerra. Jiang Fushun, de trece años en 1944, era uno de los ocho hijos de un campesino que trabajaba como aguador para los japoneses en Hutou, Manchuria. Ellos no sabían nada del mundo exterior: «Sabíamos que había una guerra; ya está. Sabíamos que los japoneses pensaban luchar, porque estaban construyendo todas aquellas fortalezas». Jamás vieron a los desafortunados trabajadores esclavizados que soportaban grandes penalidades encerrados durante meses bajo tierra, al otro lado del perímetro de la alambrada japonesa, a los que luego mataban por miles para asegurarse de que los secretos de las defensas de Hutou seguirían bien guardados. Los campos que había detrás de la ciudad pasaron a ser propiedad de los cerca de trescientos mil inmigrantes japoneses establecidos en Manchuria. Sin embargo, las incursiones de los nuevos terratenientes en la agricultura cosecharon pocos éxitos. Para cosechar el arroz, muchos se veían obligados a contratar a los desposeídos del lugar. El contacto social entre ocupantes y ocupados era inexistente.

Un día, los japoneses anunciaron que el campamento estaba llevando a cabo un ejercicio. Todos los chinos tenían que quedarse en casa con las ventanas cerradas. Era

una tarde muy calurosa. El tío de Zhou Baozhu abrió la ventana. La policía japonesa lo apalizó hasta dejarlo medio muerto. Otros infractores fueron destrozados con barras de hierro o los echaron a recipientes llenos de agua hirviendo. Para los niños de la zona, no existían los juegos ni las diversiones con los amigos, ni había colegio, porque cualquier asociación estaba prohibida. Al volver de trabajar todo el día junto con su padre, llevando agua a hombros desde el río hasta las cabañas del campamento, la familia de Jiang recibía una ración mensual de aceite para cocinar y diez kilogramos de grano, que de algún modo los mantuvo con vida, complementados con unos cuantos vegetales salvajes de los bosques cercanos.

Liu Yunxiu, de veintidós años, hija de unos maestros de Changchun, Manchuria, se vio obligada a aprender japonés en el colegio y a asistir a clases auspiciadas por los japoneses en las artes del ama de casa, limpiar, cocinar, coser: «Aquel tipo de cosas no eran para nada el estilo chino». Liu hubiera querido estudiar Medicina, pero aquellas opciones estaban cerradas para una mujer. Igual que Wu Yinyan, no sabía nada de la guerra, excepto por el «ruido de fondo». Por ejemplo, el hermano de una amiga huyó para unirse a las guerrillas comunistas. Su familia supo mucho más tarde que lo habían matado. Otra compañera de clase dejó la escuela para casarse, en un matrimonio concertado, con el emperador títere Pu Yi. Liu recordaba a los padres de la chica llorando el día de su partida, porque en adelante se les prohibiría verla.

La principal consciencia que Liu tenía de la guerra provenía de las carestías crónicas, sobre todo de alimentos. Ella y su familia, en ocasiones, se veían limitados a comer una verdura amarga llamada *xiang shan*. Una mañana, su abuela abrió la puerta de su casa y vio la calle llena de cadáveres tendidos en el suelo. Un brote de tifus había azotado la ciudad y su cuñada contrajo la enfermedad. A falta de medicinas, reaparecieron los remedios tradicionales. Bañaron a la chica con una mezcla de clara de huevo y vino de arroz. Sobrevivió. Los padres de Liu, como los de Wu Yinyan, fueron muy estrictos, «feudales, en realidad». Le prohibieron salir de casa sola o tener cualquier contacto con chicos. En lo relativo a los japoneses: «Mis padres tenían la sensación de que la única elección posible era obedecer. Me dijeron que no me uniera ni tomara parte en nada. Jamás se hablaba de política en nuestra casa. Así eran las cosas».

Y de aquel modo sobrevivieron muchos chinos a la ocupación japonesa… y al siglo XX. La colaboración con el Gobierno títere impuesto desde Tokio en Nanjing cada vez estaba más generalizada. «Los japoneses hacían que todo el mundo espiase a su vecino —afirma el historiador Yang Jinghua—. Con que una familia causara una ofensa al régimen, había diez que recibían castigos». Muchas de las historias de resistencia a los japoneses acabaron sin final feliz. Xu Guiming nació en una familia de campesinos de la provincia de Zilian, en Manchuria, en 1918. En su primera infancia tuvieron algo de dinero y él asistió a un colegio confucionista. Pero de la

situación de fortuna, la familia pasó a una de indigencia. A los trece años, el chico se unió al grupo de la guerrilla local conocido como Unión de la Guardia Roja, con cinco mil efectivos, que actuaban en los alrededores del río Song Hua. Compartió con ellos las batallas durante los dos años siguientes, hasta que lo hirieron de bala en el estómago en un combate con una unidad de manchukuos financiada por los japoneses. Durante tres meses, su padre lo atendió en el campamento de la guerrilla y luego lo dejó al cuidado de unos monjes budistas locales. Poco después de recuperarse, los guerrilleros quedaron bloqueados en una serie de enfrentamientos con los colaboradores locales y las fuerzas de apoyo, decididas a convertir la zona en un sitio seguro para plantar opio. Tras unas semanas de escaramuzas y retiradas precipitadas, solamente quedaron doscientos guerrilleros, rodeados por soldados manchukuos y puestos de policía. Una noche, mientras dormía en un templo local, el monje superior apartó a un lado a Xu: «Eres demasiado joven para participar en algo tan sangriento —le dijo—. Vete a casa».

De vuelta en su pueblo, sin embargo, Xu no encontró ningún amparo. Los colaboradores locales lo visitaron. Le dijeron a su familia que tenía que escoger. Todo el mundo sabía que su hijo había estado en la guerrilla. Tenían que pagar una «extorsión» o, si no, los japoneses recompensarían con generosidad sus informaciones. El único miembro de la familia que tenía dinero era el cuñado de Xu. Reunió 120 yuanes de plata para pagar a los chantajistas, pero sabían bien que aquel no sería el final del problema. Xu tenía que desaparecer. Partió hacia la ciudad de Jilin. Allí, durante los años siguientes de ocupación y de persistentes privaciones, luchó por conseguir una formación o, por lo menos, alguna educación. Fue aprendiz durante un tiempo con un fabricante de calcetines y luego en un taller de reparación de bicicletas. Pasó seis años trabajando en una fábrica de arroz y después se convirtió en gerente de la tienda de ultramarinos de un coreano. A los veintiún años se había casado con una mujer que dejaba mucho que desear, con un gusto muy caro por el mahjong y otro bastante molesto por los cotilleos.

Pero, como comentaba Xu con cierta ironía, llegó a alcanzar una especie de éxito. Se convirtió en un burgués que sabía escribir, contar y hablar un poco de japonés. Por mucho que odiase a los ocupantes, representaban la mejor fuente de empleo, si no la única. En 1944 consiguió trabajo como empleado en la oficina de propaganda japonesa de Aihun, al lado de la frontera rusa en el río Amur. Trabajó allí hasta el mes de agosto de 1945. Por definición, se había convertido en un colaborador. Pero ¿de qué otro modo iban a mantenerse vivos tantos y tantos chinos? «Incluso cuando era evidente que los japoneses llevaban las de perder, seguían comportándose con tanta arrogancia como siempre —explicó Xu—. En aquel trabajo, por lo menos estaba a salvo del ejército y de la policía. Nuestro negocio era el de la supervivencia. Yo necesitaba el dinero».

Li Fenggui, nacido en una zona rural cercana a Shanghai, en 1921, creció en una familia de campesinos extremadamente pobre y su infancia estuvo marcada por los desastres naturales, incluso antes de que los japoneses entraran en escena. Pasaron dos años en los que el río Yangtsé se desbordó y todo lo que la familia poseía quedó sumergido bajo las aguas y arruinado. En uno de los años, su terrateniente, «un hombre muy cruel», solo les permitió quedarse con poco más de setenta kilogramos de grano de la cosecha, para alimentar a una familia de catorce miembros. Li recordaba que, en una ocasión, toda la familia se fue con su padre a una ciudad vecina, a mendigar por las calles. En marzo de 1940, los japoneses los invadieron. Unas 140 personas fueron expulsadas de sus aldeas y vecindarios para convertirse en trabajadores esclavizados. En el pueblo vecino al suyo, a tan solo tres kilómetros de distancia, incendiaron veinticuatro casas, tres personas resultaron muertas, violaron a varias mujeres y se llevaron todo el grano y el arroz. Una de las personas que murió fue una mujer de cincuenta y ocho años a la que embistieron a bayonetazos hasta que pereció, después de haberla violado. Experiencias como aquella, multiplicadas por un millón, son las que explican la cólera que el pueblo chino sentía hacia los invasores japoneses. «En 1942 —decía Li, a la sazón un guerrillero comunista—, cuando los estadounidenses habían entrado en la guerra, ¡estuvimos contentísimos de tener aliados! Sentimos una oleada de esperanza y creímos que Japón sería vencido muy pronto. Pero en seguida desapareció y nos volvimos más realistas. Sabíamos que en algún momento teníamos que ganar. Pero no teníamos ni idea de cuándo».

El principal gobernante de China, el Generalísimo Chiang Kai Shek, nació en 1887, hijo de un comerciante de éxito moderado, que residía cerca de Ningbo, en la zona oriental de China. Él recibió buena parte de su educación militar en Japón y adquirió importancia como protegido del Dr. Sun Yatsen, quien estuvo al frente de la revolución de 1911, que derrocó al Gobierno imperial. Para cuando Sun murió, en 1925, Chiang era el jefe de su Estado Mayor y gozaba del apoyo de algunas de las sociedades secretas más poderosas de toda China, de buena parte del ejército y —lo que era mucho más sorprendente— de los soviéticos, que lo identificaban como un hombre prometedor. Chiang compartía con Mao Zedong una falta de piedad absoluta, que se demostró claramente con la destrucción de los diques del río Amarillo a medida que los japoneses avanzaban, lo cual expuso a seis millones de personas a las inundaciones y las hambrunas. Las bajas de sus propios ejércitos le resultaban indiferentes, salvo en las ocasiones en que amenazaban su zona de influencias. Se hizo con el control de China para su movimiento del Kuomintang (KMT) por medio de una serie progresiva de avances hacia el norte desde Cantón, entre 1925 y 1931, dejando en la cuneta a los aspirantes menores como Zhang Zongchang, el «general comida de perro» de Shandong, de quien se decía que tenía «el físico de un elefante, el cerebro de un cerdo y el temperamento de un tigre».

En China, el poder político solo se podía alcanzar con el respaldo de las bayonetas. Chiang explotó sus habilidades como organizador militar para convertirse en el más poderoso de todos los caudillos, con pretensiones, además, de ideólogo revolucionario. «El fascismo es un estimulante para una sociedad en decadencia», declaró en un discurso a sus «camisas azules» en 1935. «¿El fascismo puede salvar a China? Nosotros respondemos: “Sí”». Describía la democracia liberal como «un veneno que hay que expulsar del cuerpo político». Pero su cristianismo declarado y su entusiasmo por Occidente provocó que muchos estadounidenses disculparan aquel absolutismo, aquella brutalidad y aquella corrupción en su régimen. Así pues, por ejemplo, el congresista Walter Judd, antiguo misionero médico en China, comparaba en 1944 a los estadounidenses y a los chinos: «Estos dos pueblos están muy próximos; nosotros estamos más cerca de los chinos en nuestras creencias básicas, en la importancia básica que concedemos a los derechos del individuo y en nuestros hábitos básicos de la democracia, que la mayoría de países de Europa».

Los líderes políticos indios admiraban a Chiang, en su calidad de nacionalista, y aplaudían su oposición directa al colonialismo. Nehru y el Partido del Congreso lo describieron como «el gran líder». Muchos estudiosos chinos actuales le prestan mucha más atención a Chiang de lo que cabría esperar. Yang Jinghua, un historiador de Manchuria —que había sido miembro del partido comunista durante más de treinta años— hoy contempla al Generalísimo como un gran hombre: «De Mao decíamos que se equivocaba en el 30 por 100 de las ocasiones y que en el otro 70, acertaba. Aun a pesar de que Chiang fue un dictador totalmente corrupto, yo diría lo mismo de él». Este tipo de afirmaciones no implican que Chiang Kai Shek fuera un líder de éxito o admirable; sencillamente sucede que una parte del pueblo conserva el respeto por sus aspiraciones de modernizar y unificar China.

Muchos políticos y soldados japoneses aprendieron a lamentar haberse enredado en China cuando lucharon por frenar la corriente estadounidense en el Pacífico. La ocupación no aportó los beneficios económicos que esperaban los invasores. En el caso de que las nutridas tropas japonesas destinadas en China —que sumaban el 45 por 100 del ejército, incluso en 1945— hubieran estado disponibles para prestar servicio en cualquier otro lugar, tal vez habrían realizado una contribución notoria. Aquel año, Hirohito y el jefe del Estado Mayor del ejército, el mariscal de campo Hajime Sugiyama, sostuvieron una conversación que pasó a la leyenda. El emperador preguntó por qué la guerra de China estaba tardando tanto en terminar. «China es más grande de lo que creíamos», le respondió Sugiyama. Hirohito replicó: «El Pacífico también es muy grande». En 1943 o 1944, Tokio se habría retirado con gusto de la mayor parte de China si los nacionalistas hubieran querido abandonar las hostilidades y concederles la hegemonía japonesa sobre Manchuria. Sin embargo, Chiang jamás aceptaría aquello. Y cuanto más aumentaba la implicación estadounidense en China,

menos podían permitir los japoneses que las fuerzas de los Estados Unidos o sus clientes nacionalistas se hicieran con el control de la línea de la costa. Entendieron que no les quedaba más remedio que usar a un millón de soldados para mantener su territorio.

La ocupación de Manchuria y de China oriental se llevó a cabo sin ninguna piedad. La Unidad 731, la célula de guerra biológica destacada cerca de Harbin, fue su manifestación más extrema. Además de los centenares de prisioneros chinos que fueron sometidos a experimentos que, invariablemente, terminaban con sus vidas —a menudo por vivisección— la unidad difundió el tifus, el carbunco y otras plagas de forma indiscriminada entre la población china; algunas veces, al dejar caer desde el aire cultivos de gérmenes. Las declaraciones realizadas por los japoneses en la posguerra, según las cuales las informaciones sobre las atrocidades eran exageradas y, por otro lado, las fechorías cometidas por los soldados se habían perpetrado sin autorización, quedan malogradas sin remedio por la mera existencia de la Unidad 731. Sus actividades se equiparan a los horrores de algunos campos de concentración nazis. La evisceración quirúrgica de cientos de chinos vivos y sin anestesiar, bajo los auspicios oficiales del ejército japonés, representaron la degradación máxima de su conducta en época de guerra.

Para un soldado japonés corriente, China era un destino terriblemente incómodo, además de peligroso. «Tus padres tienen otros cuatro hijos, así que no deberían echarte mucho en falta», le dijo cruelmente un suboficial al soldado Iwao Ajiro, cuando lo reclutó para que prestara servicio en una base aérea situada a una hora de Pekín. Ajiro odiaba todo lo relacionado con China y aquel aeropuerto. No había más instalaciones que un burdel en el que trabajaban mujeres de solaz chinas y coreanas, de las que nadie se preocupaba demasiado. Sus compañeras japonesas recibían el nombre eufemístico de «enfermeras» o, en términos más modernos, expertas en «primeros auxilios». «La paga de un hombre era de solo siete yenes al mes —se quejaba Ajiro— y una de aquellas mujeres costaba un yen». El soldado, ya canoso en 2005, contaba:

*Actualmente, los medios de comunicación no paran de hablar, una y otra vez, de las cosas terribles que se supone Japón hizo en China. ¡Es una tomadura de pelo! Solo cuentan una cara de la moneda. ¿Qué pasa con todos los japoneses que murieron allí? ¿Qué le parece que suponía, para nosotros, estar en una sección de comunicaciones, que salía a patrullar en grupos de cuatro o cinco, a la búsqueda de brechas en las líneas? Si descubrías que faltaba un montón de cable e ibas a buscarlo en el pueblo de al lado, allí habría cien personas que podrían matarte —y a veces lo hacían— como los presionaras demasiado. Robaban el cable no para «darle su merecido» a Japón, sino porque eran tan asquerosamente pobres que necesitaban el material.*

*Nosotros, los japoneses, nos bañábamos a diario. Esos «chankoro» —despectivo para «chinos»— estaban tan mal que solo se bañaban dos veces al año, una para Año Nuevo y la otra para su cumpleaños. No disponían de agua corriente, solo pozos. Las casas estaban hechas de barro que se deshacía con las lluvias. En la guerra, algunas veces Íbamos cortos de papel de váter, pero ellos nunca usaban nada más que hojas de plantas; ¡hojas, por el amor de Dios! Fuera de la gran puerta oriental de Pekín, podías ver*

*cerdos gruñendo por allí. Solíamos charlar sobre por qué debían de ser tan pobres. Al final decidimos que, simplemente, eran unos vagos. Aquellos chinos nunca movían un dedo más de lo que estaban obligados a mover. Los encargados de limpiar nuestros barracones se sentaban y se fumaban un «piti» en cuanto terminaban lo que les habían ordenado. Los japoneses, bueno, somos diferentes; hacemos las cosas sin que tengan que decírnoslo. El agua de los chinos siempre estaba mugrienta, pero ellos tenían tanta costumbre que no se ponían enfermos. La nuestra tenían que filtrarla, antes de que un soldado japonés se la pudiera beber. Intentamos enseñarles cómo hacer las cosas bien. Pero ellos se limitaban a sacudir la cabeza y decían: «Nosotros lo hacemos a nuestra manera». Nunca aprendían, nunca aprendían.*

El testimonio de Ajiro representa una vivida manifestación del desprecio cultural que dominaba en el ejército de ocupación en China. Un historiador japonés contemporáneo ha observado lacónicamente: «Más de un millón de soldados japoneses sirvió en China y ni uno solo se molestó en aprender la lengua».

Pero los estadounidenses destinados en el país sufrieron sus propias frustraciones e ilusiones, fatales, basadas en una visión romántica que llevaba gestándose un siglo entero. «Si la forma de vida estadounidense ha de imponerse en el mundo —bramaba un destacado miembro del “lobby chino”, la novelista Pearl S. Buck, en 1942—, tiene que imponerse en China». Los Estados Unidos querían convertir la nación de Chiang en una gran fuerza dentro de la Gran Alianza, un objetivo que resultó quedar completamente por encima de las posibilidades de ambos, tanto del padrino como del protegido. Churchill se exasperaba con lo que él percibía como la obsesión estadounidense con China —«una farsa absoluta»— que pareció llegar incluso al punto de querer garantizar a Chiang una voz en la distribución del territorio europeo después de la guerra. El primer ministro escribió a su responsable de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, en agosto de 1944: «Le he dicho al presidente que seré razonablemente educado con esta obsesión estadounidense. Pero no puedo estar de acuerdo en que tengamos que adoptar una actitud positiva…».

Las campañas bélicas, tanto de los Aliados como de los japoneses, acabaron consumidas por sus respectivas obligaciones con China, aunque los Estados Unidos eran mucho más capaces de cumplir con su parte. China estaba demasiado traumatizada por sus propias cargas y disensiones como para librar una guerra realmente efectiva contra cualquier potencia extranjera. El ejército nacionalista, en algunas ocasiones, luchó con bravura durante los primeros años posteriores a la invasión: causó la muerte de 185 000 japoneses entre 1937 y 1941, a cambio de perder a bastantes más hombres de sus propias filas. Cuando las potencias extranjeras entraron en el conflicto, no obstante, los mejores soldados de Chiang estaban muertos y los supervivientes habían quedado agotados. El odio hacia los japoneses hizo más para unir al pueblo chino que cualquier otra fuerza en toda su historia. Pero sus débiles esfuerzos por resistir al invasor acarrearon a los chinos una muerte y una destrucción absolutamente desproporcionadas con respecto a cualquier logro militar.

Chongqing, la capital de Chiang Kai Shek en época de guerra, representaba un lugar detestable para casi todos los que se vieron obligados a servir y vivir en ella: los

servidores del régimen, las misiones extranjeras que prácticamente estaban sometidas a las estadounidenses, los refugiados de toda China, los políticos oportunistas, los espías japoneses, los estraperlistas, los estafadores, los mercaderes, los que practicaban el tráfico de influencias, los mendigos: los restos de todo un continente. Chongqing, antigua ciudad imperial que se alzaba sobre unos acantilados en la confluencia de los ríos Yangtsé y Jialing, se halla en el sudeste de Sichuan, la mayor provincia de China. No podía disimular su miseria. Las aguas residuales se descargaban en acequias abiertas, incluso en las avenidas cuyo nombre se cambió por otro que cumpliera las pretensiones de grandeza del Kuomintang como calle de la República Nacional o del Sustento del Pueblo. Muchas universidades y numerosos fabricantes de armamento, como refugiados huidos de la costa, se habían establecido en las afueras de la ciudad. Había seis cines para atender las demandas culturales de los exiliados de toda China, que hincharon las cifras de población local desde los trescientos mil hasta el millón de habitantes. Los restaurantes aprendieron a preparar huevos con jamón para los estadounidenses. Los productores de películas de Hankow sacaban filmes propagandísticos para la Corporación Cinematográfica China. El periódico *Hankow Herald*, que en aquellos años se publicaba en Chongqing, ofrecía noticias en inglés, mientras que los oyentes extranjeros de *La Voz de China* escuchaban los boletines leídos en inglés por Ma Binhe, un chino de más de 1,80 m de altura, con gorra, que en otro tiempo había sido un dublinés llamado John McCausland.

Los *rickshaws* y las sillas de manos recorrían las calles, pero tenían poco de romántico. Era un lugar frío y húmedo, acosado por las nieblas y los bombardeos japoneses. Dos linternas de papel rojas, enormes, colgadas en los postes de las cimas vecinas, advertían de un ataque inminente; para indicar que el peligro había pasado se colgaba una cinta verde. «Las calles estaban llenas de cerdos gritones, bebés que berreaban, hombres que gritaban y el sonsonete de los culis que arrastraban sus cargas desde el río», según el testimonio del corresponsal estadounidense Theodore White. John King Fairbank, otro visitante de los Estados Unidos, afirmó que la ciudad parecía «un enorme basurero de cajas viejas apiladas una encima de otra… No hay color. No crece nada de la roca, las piedras son todas grises y con un poco de musgo; la gente, las casas, los caminos se funde todo con el color gris, con el río gris que transcurre por en medio». Como en todas las ciudades chinas, las calles de Chongqing estaban muy pobladas de mendigos; en ocasiones, incluso de familias enteras. Los mendigos más educados guardaban las apariencias mandando cartas en las que pedían dinero, en lugar de hacerlo en persona.

Chiang ejercía el poder de forma alternativa desde los cuarteles generales (situados en una casa de campo) y desde otra residencia, situados cada uno en una orilla del río. En ocasiones, él y su sorprendente esposa se cantaban serenatas al

cruzar el Yangtsé en lancha. Meiling, que contaba cuarenta y siete años en 1944, descendía de una poderosa familia de comerciantes y la educaron en el Wellesley College de Massachusetts. Se decía que hablaba mejor el inglés que el chino. Tras convertirse en la tercera esposa del Generalísimo en 1927, hubo quien la describió como la mujer más poderosa del mundo. Durante años sirvió como ayudante de su esposo, mecenas de una constelación de organizaciones, comandante honorario del grupo de voluntarios estadounidenses del general Claire Chennault —los «Tigres Voladores»— y propagandista enormemente activa del Kuomintang en los Estados Unidos. Según comentó el escritor británico Christopher Isherwood con admiración:

> *Ella puede convertirse a voluntad en una mujer culta, occidentalizada, versada en arte y literatura; en una experta en técnica, que analizaba tanto motores de aviones como ametralladoras; en inspectora de hospitales; en la presidenta de una asociación de madres; o en la sencilla esposa china. Puede ser terrible, puede ser graciosa, seria o despiadada; se dice que en ocasiones firma las sentencias de muerte de su puño y letra.*

Cuando Gardner Cowles, editor de la revista *Look*, impidió que la señora Chiang volara a los Estados Unidos con el candidato presidencial republicano, Wendell Wilkie, tras el periplo de este en 1942 por China, ella le clavó las uñas en las mejillas. En su apoteósico avance por los Estados Unidos, su asombrosa belleza encandiló a los reporteros y pronunció discursos ante las dos cámaras del Congreso, pero su batir de palmas para llamar a los empleados de la Casa Blanca provocó ciertas incomodidades. Stafford Cripps, político británico del partido laborista, que conoció a los Chiang en 1940, se mostró muy entusiasmado —con su insensatez característica — al ver en ellos a «personas indudablemente adorables, amables, sencillas y naturales». Aquello se debió, quizá, a que Cripps jamás se tropezó con la policía secreta del Kuomintang, famosa por su brutalidad, o tal vez a que el Generalísimo le ofreció trabajo. La estrecha alianza de la señora Chiang con el general Claire Chennault, cuyas hazañas de vuelo pirata lo habían convertido en un héroe nacional en los Estados Unidos, sirvió al régimen hasta por lo menos 1944, cuando la estrella de Chennault perdió brillo en Washington, en el momento en que los líderes estadounidenses entendieron que estaban ante un aventurero que había ascendido a una posición demasiado elevada.

### 2. SOLDADOS DESCALZOS

Después de Pearl Harbor, los ejércitos de Chiang empezaron a recibir gran apoyo de los Estados Unidos, en especie y en metálico, buena parte de lo cual fue a parar a los bolsillos del Generalísimo y sus partidarios. Puesto que entre 1942 y principios de 1945 no existía ninguna conexión terrestre entre la India, gobernada por los británicos, y los territorios de Chiang, todos los suministros tenían que ser

transportados por encima del Himalaya, a más de 4500 metros de altura, en un vuelo de ochocientos kilómetros hasta Kunming, la zona de aterrizaje accesible más cercana en China; ello representaba un coste asombroso, tanto en combustible como en aviones y en vidas de pilotos estadounidenses. En diciembre de 1942, este puente aéreo (conocido como «del Hump») transportaba tan solo mil toneladas mensuales. En julio de 1944, sin embargo, estaba llevando 18 975 toneladas. Se trató de un éxito logístico extraordinario, pero que aportó una contribución insignificante para la campaña de China; sobre todo porque la mayoría de estos aprovisionamientos eran robados y luego se revendían antes de que llegaran a los soldados de Chiang. Buena parte del material conservado lo consumían las necesidades de las fuerzas aéreas estadounidenses en China. Simplemente, no era viable transportar por aire armas y municiones en la escala necesaria para pertrechar al ejército chino. Del principio al fin, las formaciones de Chiang carecieron del armamento pesado indispensable para igualar al de los japoneses. Pese a todos los esfuerzos de los generales, los diplomáticos y los consejeros militares estadounidenses, casi la totalidad de los catorce millones de hombres reclutados en el ejército nacionalista entre 1937 y 1945 sirvieron como víctimas desafortunadas, más que como eficaces combatientes.

Xu Yongqiang, que en 1944 actuaba como intérprete en el bando de los nacionalistas, contempló las nuevas entradas de hombres que acudían en grupos desde las provincias:

> *Muchos reclutas llegaban sencillamente como prisioneros, atados y a golpe de bayoneta. Habían recibido tan poca instrucción que era evidente por qué no igualaban a los japoneses, que llevaban años siendo educados para matar. ¡Era inhumano, inhumano! No existía nada parecido a los derechos civiles, allí, en China. Durante ocho años, fueron campesinos quienes tuvieron que combatir a los japoneses, tanto con los comunistas como con el Kuomintang. La clase media se quedaba en casa, haciendo dinero. Las grandes familias no hicieron nada de nada.*

Chiang Kai Shek se encontró una vez con una columna de reclutas atados. Golpeó con su propio bastón al oficial responsable y luego mandó llamar al general responsable del reclutamiento, para pegarle a él también. El episodio puso de manifiesto una de las muchas debilidades de Chiang: identificaba los problemas, pero fallaba en el momento de resolverlos. La corrupción en los procesos de reclutamiento siguió siendo un problema crónico. Los ricos siempre se escapaban. Los destacamentos de enganche abordaban a los trotamundos. El oficial de artillería Ying Yungping dijo con amargura: «¡Solo con que hubiera más gente que quisiera luchar! Estaban todos aquellos intelectuales, que hablaban eternamente sobre lo mucho que amaban a su país, pero que no movían ni un dedo para defenderlo. Todo lo que hacían era hablar».

La guerra de China desconcertaba a los observadores extranjeros, porque guardaba muy pocas semejanzas con las operaciones militares convencionales. Había

grandes cuerpos de soldados que iban creciendo desordenadamente, moviéndose de acá para allá, atravesando grandes extensiones de terreno. En algunas ocasiones disparaban los cañones. Las ciudades y los pueblos fueron ocupados o abandonados. Los movimientos chinos, sin embargo, no parecían guardar relación coherente con la actuación del enemigo. Los oficiales trataban a sus hombres como bestias de carga o como animales a los que podían sacrificar. El general Dai Li, conocido entre los occidentales como «el Himmler de Chiang», estaba a la cabeza de la amplia y eficiente red de inteligencia de los nacionalistas. Dai detestaba a los extranjeros sin distinción y empleó sus energías contra los enemigos nacionales de Chiang Kai Shek, en lugar de dirigirlos contra los japoneses. Cada vez fue resultando más palmario, a ojos de los representantes de los Aliados occidentales en China, que estaban siendo testigos de un espectáculo militar grotesco y no tanto de una campaña capaz de causar daños de gravedad a los japoneses.

Un informe de enero de 1945, bastante característico, enviado a Londres por el agregado militar británico en Chongqing, rezaba así: «Es difícil ofrecerles a ustedes resúmenes detallados de las operaciones japonesas… puesto que carecemos de la información necesaria… los informes… chinos… suelen ser vagos y poco convincentes… No debe sorprendernos, puesto que los chinos acostumbran a retirarse muchas veces y con frecuencia, como ahora, no establecen contacto real con el enemigo… Son proclives a las exageraciones para tapar sus propios reveses». Rhodes Farmer, un testigo australiano, señaló que muchas «ofensivas» japonesas eran desatendidas por los occidentales en cuanto operaciones «cuenco de arroz». Farmer afirmó: «las campañas que los japoneses libraron entre 1938 y 1944 eran expediciones de saqueo, más que batallas. No contaban con más objetivo estratégico que el de mantener aterrorizadas las zonas rurales, saquear los campos y las ciudades, impedir que las tropas chinas del frente se hallaran en situación de equilibrio y entrenar a sus propios reclutas, a los más verdes, bajo el fuego». Cuando los comunicados de Chiang Kai Shek afirmaban que sus ejércitos estaban «luchando con fuerza» para defender una posición, habitualmente la realidad era otra: que los japoneses habían escogido no tomarla.

El comandante Shigeru Funaki, de treinta años, era el menor de los cinco hijos de un oficial del ejército japonés, retirado. Su padre le dejó claro que, habiendo declinado sus hermanos mayores la tarea de continuar con la herencia militar de la familia, era su deber asumirla. Shigeru fue destinado a la Guardia Imperial en 1935 y desde entonces se convirtió en un elemento pasado de moda dentro del ejército japonés: un especialista en blindados y adepto al gurú británico de la estrategia, Basil Liddell Hart. Funaki pasó dos de los años de guerra en China al mando de una unidad de tanques: «Como los chinos no disponían de armas capaces de detener a los carros blindados, nos era muy útil tenerlo». El ejército nacionalista le causaba tanta

impresión como a cualquier otro soldado japonés: «Una división japonesa equivale a cuatro o cinco de las suyas. No contaban con artillería pesada, ni con unidades blindadas, y estaban bastante mal organizados. Cada vez que presionabas un poco al ejército chino, reculaban sin más. Nunca les suponía un problema ceder terreno, porque tenían tantísimo… No hacían más que retirarse y retirarse». El teniente Hayashi Inoue, que había servido en aquel escenario durante dieciocho meses, afirmó:

> *Los chinos eran unos soldados muy pobres. Sus armas y sus equipos no servían para mucho y prácticamente carecían de formación. Siempre estábamos anotándonos victorias. Allí donde fuéramos, ganábamos. Lo malo era que, por mucho que derrotaras a los chinos en un sitio, seguían quedando más en cualquier otra parte. Y todas las noches, era probable que las guerrillas nos acosasen.*

Buena parte de los daños causados por las operaciones de ambos bandos recaían sobre la población civil. Cuando se acercaban soldados, ya fueran japoneses o nacionalistas, los campesinos y las gentes de la ciudad enterraban sus ropas y sus objetos de valor y huían a las montañas, llevándose consigo los cerdos y el ganado y cogiendo las simientes de grano e incluso algunos muebles. Rhodes Farmer refirió una conversación con los habitantes de un pueblo sometido a pillaje: «Un hombre puso delicadamente cuatro dedos en la mesa y luego giró la mano. Comprendí que aquello significaba que… el 44.° ejército [chino] había saqueado su ciudad por completo. Me dijo en voz baja que el ejército violó, desvalijó, incendió y asesinó… Todos ellos [la gente del pueblo] decían que el enemigo era mejor que las tropas chinas… [Pero] en su retirada, el enemigo [también] quemó y mató en gran escala». Aunque Farmer fue un propagandista entusiasta del comunismo, aquella historia era, sin duda, creíble.

Yan Qizhi, hijo de unos granjeros humildes de Hebei, se convirtió en soldado de la infantería nacionalista a los dieciséis años y, en su primera acción, combatió con un rifle Wuhan de fabricación local, que siempre se encasquillaba a los cuatro disparos. Su ambición era armarse con una metralleta. En una de las primeras batallas de su regimiento como parte del 29.° ejército de Chiang, la formación perdió casi a la mitad de sus seiscientos hombres. Solo disponían de trapos para vendarse las heridas. «Los japoneses tenían muchísimos más medios —decía Yan— y, sobre todo, aviación. En 1944, la vida era bastante desgraciada. Teníamos lo justo para comer y encima era una comida tristísima. Pasamos todo el invierno con los uniformes de verano. Casi todos nosotros, igual que me ocurría a mí, no teníamos ni la más remota idea de lo que les había podido suceder a nuestras familias». Su única compensación destacable por servir en el 29.° ejército, según contaba Yan, era que recibía su paga. En muchas de las formaciones de Chiang, los oficiales de alta graduación robaban el dinero. «Odiaba la guerra: tantas batallas, tantos amigos muertos y lisiados. Cuando cierro los ojos, aún los veo ahora. Un ejército no se limita a las armas y los pertrechos, es su

espíritu. El ejército del Kuomintang perdió su espíritu».

Las vidas de los soldados nacionalistas —en teoría, cerca de dos millones en 1944, organizados en centenares de divisiones— eran despiadadamente duras. Las cornetas los llamaban al avance, a la retirada y a la muerte. Sus armas constituían una miscelánea de lo más irregular: viejas pistolas o rifles alemanes, o de fabricación local; un par de ametralladoras, piezas de artillería y morteros siempre cortos de una munición que, a menudo, estaba oxidada. No disponían de tanques y contaban con pocos vehículos. Los comandantes tal vez iban a caballo, pero sus hombres avanzaban a pie. Solo los oficiales llevaban botas o zapatos de piel. Los soldados más afortunados gozaban de sandalias de algodón o de paja, pero casi siempre iban con los pies desnudos bajo unas largas polainas de algodón que les cubrían las piernas. Si disponían de un poco de queroseno, lo usaban para lavarse las ampollas, que se habían hecho crónicas.

El capitán de artillería Ying Yungping se encontró recorriendo más de trescientos kilómetros durante una retirada épica hacia Mianyang. Una noche, acompañado solo por su ordenanza, entró tambaleándose en un pueblo y mendigó refugio y comida. Le dieron de mala gana unas pocas verduras en salazón. Sin embargo, no empezó a sospechar hasta que se percató de que todos cuantos le rodeaban iban con pistolas encima. Al final su ordenanza le susurró: «Son bandidos. Quieren su metralleta. Dicen que odian al Kuomintang y que le van a matar». Al final, la elocuencia del ordenanza le salvó el pellejo a Ying; aquel hombre estuvo parlamentando con los bandidos para salvar la vida del oficial, diciéndoles: «Él no es de uno de esos corruptos asquerosos. No es un mal tipo». Al final, uno del pueblo se acercó a Ying y le rogó: «Perdónenos». El capitán se encogió de hombros: «No hay nada que perdonar. Ustedes me han devuelto la vida». Al día siguiente, él y su ordenanza siguieron adelante, caminando como pudieron para alejarse de los japoneses, hacia Mianyang. Cuando volvieron a encontrarse con el ejército, el oficial y el soldado fueron separados. «En época de guerra, era muy difícil mantener el contacto. Jamás lo volví a ver. Pero en mis pensamientos, durante el resto de mi vida ha sido “mi hermano de Mianyang”».

Cuando estaban fuera de servicio, los oficiales bebían un licor fortísimo conocido como *maotai*, jugaban al mahjong, visitaban los burdeles o, en ocasiones, acudían a un espectáculo que representaba un «grupo de entretenimiento» de actores y cantantes. Eran pocos los soldados que disfrutaban de aquellos placeres. Fumaban los cigarrillos Espadita Azul cuando tenían la gran suerte de conseguirlos. John Paton Davies describía los lastimosos placeres de los que dependían los hombres de Chiang para aliviar lo que, de otro modo, sería una vida de privaciones y opresión ininterrumpidas: «jugar al criquet en un armazón minúsculo, hecho de paja; una representación de sombras, que llevaba un titiritero ambulante; jugarse una miseria en

los juegos de azar o escuchar los tonos aflautados de los vuelos de las palomas, a las que ataban un silbato en cada pata; cualquiera de esos recursos les valía para pasar una tarde sin guardia».

Entre los soldados nacionalistas no se conocían los permisos y la deserción resultaba endémica. Ochocientos reclutas abandonaron Kansu a la misma vez, para unirse al programa de instrucción del ejército de los Estados Unidos en Yunnan. Doscientos murieron en el camino y otros trescientos desertaron. La tuberculosis era el pan de cada día. Los hombres heridos, en muchas ocasiones, tenían que pagar a sus camaradas para que les llevasen las camillas o, de otro modo, los habrían abandonado a su suerte. Con batalla o sin ella, las comunicaciones, el correo, las noticias del mundo exterior casi no existían. Ying Yungping, un joven de treinta años nacido en Manchuria, hijo de un comerciante de sal, estaba casado y tenía una hija, que era aún un bebé. Durante las primeras batallas por Nanjing, su esposa se marchó y regresó con su familia. Ying jamás volvió a verla ni tuvo más noticias de ella ni de su hija.

Cuando los hombres recibían sus raciones de comida, consistían en tortitas fritas, encurtidos y sopa. Los más afortunados llevaban una bolsa de arroz frito desecado. En una ciudad, en el improbable supuesto de que un hombre tuviera dinero, podía comprar a un vendedor ambulante un cuenco del «congreso de las ocho joyas», el *yutiao*: bastones de pasta rebozada y frita. Con bastante más frecuencia, se enviaba a los soldados desesperados a pillar cuanto pudieran arrancarles a los desventurados campesinos o gentes de la ciudad. La ración que se asignaba oficialmente, de setecientos cincuenta gramos de arroz y verduras por día, pocas veces se distribuía. Los soldados estadounidenses se reían al ver a soldados chinos que se dirigían, con perros muertos colgados de un palo, hacia sus puestos de cocina. Pero ¿y qué otra cosa tenían para comer? «Ni siquiera los oficiales subalternos conseguían sobrevivir o alimentar a sus familias sin corrupción», decía Xu Yongqiang, que sirvió en Birmania. Luo Dingwen, comandante de una sección de infantería que iba con el 29.° ejército, vio a campesinos tirados en la carretera cuando el regimiento pasaba por allí: estaban muñéndose de hambre, si no habían perecido ya. «Solíamos depender de la comida que pudiésemos encontrar en los pueblos que había en nuestro camino», contaba. Los asesores militares estadounidenses, desconsolados, informaban de que muchos soldados chinos estaban demasiado débiles para llevar siquiera las armas y el equipamiento. La mayoría sufrían una desnutrición clínica. Ni los Estados Unidos podían alimentar a dos millones de hombres por aire sobrevolando el Himalaya.

Un eminente soldado estadounidense, destacado en China, escribió sobre sus homólogos nacionalistas: «Los oficiales superiores sospechaban de todos los oficiales extranjeros, eran completamente insensibles a sus subordinados y nunca prestaban ayuda voluntaria a otras unidades chinas en apuros». El general Sun, en el norte de Birmania, se negó a dejarles muías para que llevasen comida y fármacos a otra

formación, por más que sabía que aquellos hombres se estaban muriendo de hambre. Un oficial chino, encargado de las finanzas de una división, preguntó en un tono informal a un estadounidense: «¿Cómo lo hacéis con los vuestros?». Sentía curiosidad por saber cómo «se embolsaban el dinero» sus colegas de los Estados Unidos.

No hay discusión —fuera del Japón moderno, por lo menos— acerca de las atrocidades cometidas por los japoneses en China, sino solo acerca de la escala: por ejemplo, los historiadores japoneses exponen argumentos plausibles según los cuales «solo» murieron 50 000 chinos en la masacre de 1937 en Nanjing, en lugar de los 300 000 de los que han hablado escritores como Iris Chang. Pero el balance global de la matanza fue atroz. En 1941 los japoneses lanzaron su famosa ofensiva de «Los Tres Todos», así denominada por el objetivo expreso de «matarlos a todos, quemarlo todo, destruirlo todo». Murieron varios millones de chinos. Los supervivientes fueron hacinados en «áreas protegidas» en las que se los empleaba como trabajadores esclavos para construir fuertes y fortines.

Constituye un reflejo bastante extraordinario del culto samurái (*bushido*) el hecho de que muchos soldados japoneses se sintieran orgullosos de mandar a casa, para sus familiares, fotografías de muertos a bayonetazos o decapitados y escribieran cartas y diarios en los que describían hazañas espantosas. Según informaba a Washington un oficial del servicio de Exteriores estadounidense:

> *Para un soldado japonés la resistencia por parte de los campesinos armados… y el inequívoco rencor o temor de aquellos a quienes no ha conseguido «liberar» son un tremendo rechazo de su idealismo… El soldado japonés normal… da rienda suelta al conflicto sin reflexionar, en una acción vengativa contra el pueblo que, a su entender, ha negado su caballerosidad.*

Los japoneses sostienen que los chinos fueron igual de despiadados con el enemigo; es cierto que los nacionalistas disparaban con frecuencia a sus prisioneros. Los comunistas, en aquella época de la guerra, trataban de perdonar la vida a los campesinos y habitualmente reclutaban a prisioneros del KMT para que ingresasen en sus propias filas, aunque era improbable que los oficiales consiguiesen sobrevivir. Pero las decapitaciones de enemigos políticos eran un espectáculo público muy familiar en China. La mayoría de los soldados japoneses no quería aceptar el cautiverio en manos chinas, no más de lo que lo asumían en manos de los Aliados occidentales. Según ha narrado el guerrillero comunista Li Fenggui, del Ejército de la Octava Ruta:

> *En una ocasión, en 1944, habíamos rodeado un puesto japonés. Los defensores lucharon hasta que se les terminó la munición. Incluso entonces, un hombre salió corriendo hacia nosotros, blandiendo su rifle. Aquel japonés y uno de los nuestros se lanzaron el uno contra el otro con sus bayonetas. Se dieron estocadas y se eludieron hasta que conseguí ponerme detrás del japonés y asestarle un golpe que le quitó el arma. Se cayó al suelo lo suficientemente rápido, pero tuvimos que seguir pegándole una y otra vez hasta que se quedó tirado y se murió. ¡Aquello era un valiente!*

Un soldado nacionalista se encontró con que su unidad fue tiroteada de improviso mientras escoltaban a seis prisioneros de guerra japoneses. «En un momento como aquel, [nuestro comandante] no estaba en situación de considerar las órdenes de ofrecer buen trato a los prisioneros. Tuvo que actuar con decisión. A su orden, nuestras ametralladoras abrieron fuego y nos quitamos de encima todos los estorbos». Las zonas rurales no temían menos los expolios del ejército nacionalista que los de los japoneses. Los campesinos manejaban un dicho: «Los bandidos vienen y se van. Los soldados vienen y se quedan». Los historiadores de la China moderna alegan, sin embargo, que el hecho de que gentes de su propio pueblo se hicieran daño los unos a los otros fue, y sigue siendo, una cuestión sobre la que los extranjeros no tienen derecho alguno; consideran que nada de lo que hicieran Chiang o Mao mitiga el crimen cometido por los japoneses.

Al precio de desplegar a un millón de hombres, los ocupantes mantuvieron casi sin esfuerzo el dominio militar sobre las fuerzas de Chiang y jamás intentaron desafiar el control comunista de la provincia de Yan'an. En la conferencia de El Cairo de noviembre de 1943, el presidente Roosevelt insistió en nombrar a China como una de las cuatro grandes potencias aliadas, con la aquiescencia de Stalin y a la vista del claro desprecio de Churchill. Pero la cruzada de Roosevelt para hacer de China una potencia moderna languideció ante su espectáculo de pobreza, corrupción, crueldad, incompetencia e ignorancia, que se producía en una escala que ni siquiera el poder y la capacidad económica de los Estados Unidos bastaban para remediar. Cabe considerar como elemento característico del desprecio cultural con el que China contemplaba a todas las demás sociedades el hecho de que, aun en los momentos más oscuros de la guerra con Japón, casi todos los chinos conservaban un profundo desdén hacia los estadounidenses y los británicos. Por añadidura, tal como sostuvo Christopher Thorne, los Estados Unidos jamás determinaron cuál era su objetivo de forma satisfactoria. ¿Pretendían ayudar a China a ganar su combate contra los japoneses? ¿Querían crear una China más fuerte? ¿O buscaban apoyar al régimen de Chiang Kai Shek? Probablemente, aquellos objetivos fueran inalcanzables y, desde luego, eran irreconciliables. Thorne omite una cuarta posibilidad, que tuvo bastante más peso entre los jefes del Estado Mayor de los Estados Unidos que cualquier deseo altruista de socorrer al pueblo chino. Igual que en Europa los soldados soviéticos estaban aportando casi todas las muertes necesarias para destruir el nazismo, Washington tuvo la esperanza de que en Asia el gasto de vidas chinas pudiera ahorrar el de las estadounidenses.

Todas aquellas aspiraciones se hundieron en medio del caos y la miseria de China y de la incapacidad de Chiang Kai Shek para representar bien el papel que Washington le había asignado. En 1944, la imprudencia económica de Chiang y la iniciativa japonesa de inundar el sur de China con cien mil millones de dólares

estadounidenses en moneda falsa generó una inflación catastrófica que arruinó a la clase media. En las zonas nacionalistas, una cuarta parte de la población estaba formada por refugiados, víctimas de las migraciones forzosas y en masa que caracterizaron el periodo bélico. Se cree que una sequía en la zona sur provocó la muerte de un millón de seres humanos. Algunos miembros del personal estadounidense hicieron fortuna poniendo en marcha un mercado negro de combustible y aprovisionamientos. Incluso en los momentos en los que el pueblo chino se estaba muriendo de hambre, algunos oficiales del ejército nacionalista vendían comida a los japoneses.

Un oficial del servicio de inteligencia estadounidense, que se hallaba de visita en la zona, envió un informe devastador al departamento de Guerra en mayo de 1944:

> *Las tropas chinas están desnutridas, vestidas de forma inadecuada, con un equipamiento muy pobre y muy mal entrenadas, carentes de liderazgo… Debido a las «extorsiones», tienen suerte aquellos que consiguen unos 450 g de sus 650 g de ración diaria. Casi todos son analfabetos. Los mantenimientos de los motores son un problema, porque conducen un vehículo hasta que se para, sin llevar a cabo ninguna revisión previa. Los camiones suelen llevar una sobrecarga del 200 por 100. La mayoría de los conductores se mueve con unas velocidades excesivas en todo momento. Me dijeron que, en la línea del río Salween, no se había disparado un solo tiro desde finales de noviembre… que no más de dos mil japoneses contuvieron a quince divisiones chinas. Parece que el grueso de las tropas haraganea. Un ejército chino subsiste a nivel local y vive a costa del campo. Durante la primera semana de febrero de 1944, el teniente Budd, oficial de la cabeza de la línea ferroviaria en Kunming, envió 250 camiones a Kweiyang. De todos ellos, 192 no se presentaron en su destino; o bien los habían secuestrado o bien los robaron directamente los conductores chinos.*

En el primer trimestre de 1944, 278 camiones estadounidenses desaparecieron, sin más, en el sur de China. El informe sostenía que una sección que evaluaba el rendimiento de los comandantes chinos fue refrendada por oficiales estadounidenses con mucho tiempo de servicio en China, pero las páginas más relevantes de la copia del Archivo Nacional estadounidense están desaparecidas, con una nota que dice: «Eliminadas por orden del departamento de Guerra». Parece razonable preguntarse si aquella supresión se llevó a cabo en 1944, porque el veredicto del informe era demasiado condenatorio.

En la primavera de 1944, cuando en todas partes de Asia y del Pacífico los japoneses iban de capa caída, por asombroso que resulte, los nipones encontraron la voluntad y los medios para poner en marcha el «Ichigo», una operación muy ambiciosa que barrería China central y del sur, con lo cual Japón aumentaría en mucho su zona de ocupación. Ichigo lo provocaron los estadounidenses, por la amenaza aérea que representaban. Los bombarderos B-29 habían empezado a actuar desde algunas bases de China. Los japoneses iniciaron el Ichigo para privar a los estadounidenses de aquellas bases. Medio millón de hombres, cien mil caballos, ochocientos tanques y quince mil vehículos atravesaron el río Amarillo y entraron en la provincia de Henan, con un frente de 190 kilómetros de extensión. Unas treinta y

cuatro divisiones nacionalistas se esfumaron por el camino, sin dejar huella. Los japoneses mataron a cuarenta chinos por cada uno de los suyos que caía. La resistencia nacionalista fue extraordinariamente inútil. Chiang Kai Shek exageraba siempre sus propias dificultades para sacarles una ayuda extra a los Aliados. Pero el director del servicio de inteligencia británico en la India informó el 17 de mayo de 1944:

> *En la evaluación de las perspectivas que aguardan a China, el mínimo común denominador indicaba que, por más terribles que sean las condiciones, China no capitularía… Sin embargo, ahora existe una posibilidad nueva de que China se venga abajo… Se dice que las condiciones en el territorio ocupado podrían compararse favorablemente con las de las zonas del KMT… [Su] derrumbamiento convertiría la campaña de Birmania en un esfuerzo fútil… Las penalidades del pueblo llano son graves… podrían quedarse apáticos y no hacer nada… No habría lamento por los Aliados, puesto que el sentimiento en contra de los extranjeros siempre está a punto de aflorar. La desafección de las provincias es tal que sus dirigentes podrían asumir una concepción puramente oportunista. El Generalísimo se enfrenta a una estructura que se desmorona y carece de la maquinaria precisa para salvarla.*

Los japoneses siguieron adentrándose en la provincia de Hunan, atravesando el río Miluo y matando con toda tranquilidad conforme iban avanzando. Hunan ya había sufrido hambrunas durante dos años. En aquel momento, las cosas se pusieron muchísimo peor. Para el pueblo chino de las regiones productoras de arroz situadas entre Hunan y Guandong, en las provincias de Guangxi y Guizhou, el Ichigo significó miles —o tal vez millones— de nuevas muertes por hambre y enfermedades. Se contó que los campesinos se habían sublevado, que desarmaron hasta a cincuenta mil soldados nacionalistas que deseaban abandonar la guerra. Los equipos de la Oficina de Servicios Estratégicos estadounidense (OSS) se esforzaron para que los japoneses no alcanzaran los grandes depósitos de suministros y las instalaciones aéreas situadas con tanto coste. Cerca de cincuenta mil toneladas de material bélico fueron destruidas en una base, la de Tusham, por el comandante Frank Gleason y quince estadounidenses, junto con su cocinero chino (una especie de mascota huérfana). La retirada nacionalista estuvo salpicada de resistencias ocasionales, sobre todo en Hengyang, en junio y julio. El corresponsal estadounidense Theodore White se unió al 62.° ejército, que estaba intentando desplazar a los japoneses de las colinas situadas al sur de la ciudad:

> *Era de madrugada cuando topamos con la columna de los soldados, pero el cielo, completamente despejado, ya quemaba. Hasta donde nos alcanzaba la vista, en las colinas y más allá, había hombres que marchaban. Avanzaban muy despacio, a pie, por todos los caminos que cruzaban los campos de arroz; se escurrían por cualquier zanja y puente roto como riadas paralelas de sudorosa humanidad. Solo uno de cada tres hombres disponía de un rifle; el resto llevaban los víveres, la línea telefónica, los sacos de arroz, partes de ametralladoras. Entre los adustos soldados avanzaban pesadamente los culis vestidos de azul, a los que convencieron para cumplir con las tareas de transporte. No existía un solo motor, ni un camión… ni tampoco una pieza de artillería… Los hombres marchaban silenciosamente, con la curiosa amargura de los soldados chinos que no esperaban otra cosa que el desastre.*

White contempló con lástima cómo aquellas filas de hombres vestidos con uniformes marrones y amarillos, que caminaban rotos y sin aliento —con las cabezas cubiertas no por cascos, sino por hojas trenzadas, para protegerse del sol— intentaban arrastrarse colina arriba, en dirección a las posiciones japonesas. Durante tres días estuvo esperando la tan pregonada contraofensiva nacionalista. Al final lo entendió: ya había visto todo lo que había que ver. El 8 de agosto, cayó Hengyang. A finales de aquel mes, cuando los japoneses hubieron reorganizado sus líneas de abastecimiento, reemprendieron el avance. El 62.° ejército de Chiang Kai Shek se desintegró a su paso. La logística, no la resistencia, fue el problema principal que determinó el ritmo del enemigo. «Incluso a finales de 1944 —ha escrito uno de los biógrafos de Chiang — el ejército japonés podía seguir avanzando por donde más le placiera y llevarse lo que más le apeteciese». Los funcionarios del servicio de inteligencia aliado manifestaron su sorpresa porque los japoneses solo avanzaban unos sesenta y cinco kilómetros por semana, «pese a enfrentarse a una oposición nula».

Chiang ordenó disparar a los comandantes que se retirasen, pero aquella medida no mejoró ostensiblemente la actuación de sus ejércitos. A las miserias de la guerra se sumaron accidentes horribles como el de Guilin, donde una locomotora se estrelló contra una multitud de refugiados que permanecía de pie en las vías del tren y mató a varios centenares de personas. Chiang y Meiling escogieron aquel momento para celebrar una conferencia de prensa en la que negaron que su matrimonio estuviera pasando por dificultades. La señora Chiang y su hermana se marcharon luego a Brasil, a explorar posibles refugios para la fortuna familiar, si las cosas seguían tan torcidas en China. Aun los estadounidenses más comprometidos se hallaban al borde de la desesperación. China parecía un gran animal herido, que sangrara por mil sitios, postrado en el polvo, temblando y atacando en su agonía, pero infligiéndose más daño a sí misma que a los enemigos.

Las únicas divisiones chinas que demostraron cierta competencia fueron un total de cinco —equivalentes, en número y fuerza, a dos divisiones estadounidenses—, que sirvieron al norte de Birmania. Fueron creaciones del general de los Estados Unidos Joe Stilwell (apodado «Vinagre»). Hizo volar a decenas de miles de hombres para entrenarlos en la India, donde se mantuvieron apartados de la corrupción y la incompetencia nacionalistas, y luego los desplegó para llevar a cabo una ofensiva con la que pretendía reabrir la ruta terrestre a China. Equipados, alimentados y pagados por los estadounidenses, y a menudo apoyados por las fuerzas aéreas de los Estados Unidos, aquellas unidades resultaron ser muchísimo más eficientes que sus hermanas de China.

«Los soldados chinos demostraron de qué eran capaces si se los instruía adecuadamente y se les daba equipamiento estadounidense —afirmó orgulloso Wen Shan, hijo de un abogado, que sirvió en Birmania como conductor de camiones—.

Tenemos oficiales que no les roban la comida a los hombres, como hacen en China». Wen, como muchos jóvenes chinos que sirvieron con los estadounidenses, se sintió profundamente impresionando por su riqueza y su generosidad, aunque se escandalizó al ver el modo en el que los soldados de los Estados Unidos trataban a sus iguales negros. Jiang Zhen, de veintitrés años, hijo de un terrateniente de Shanghai, conducía camiones en la carretera de Ledo y comentó sobre su estancia en la zona: «Fui muy afortunado. Tuve una gran oportunidad y representó una experiencia crucial en mi vida».

Wu Guo Qing, intérprete en los cuarteles generales de la 14.ª división en Birmania, disfrutó de toda su experiencia con el ejército. En la India y en el campo de batalla se maravillaba ante la transparencia de los estadounidenses con quienes servía: «Dicen lo que quieren. Critican a su gobierno. Esto ellos lo llaman democracia. En China no somos así, no estamos abiertos de la misma forma». Pero sería un error idealizar tanto las relaciones entre chinos y estadounidenses en Birmania como la actuación de las divisiones nacionalistas en aquella zona. Wu fue testigo de una enconada discusión entre un joven asesor militar de los Estados Unidos y un coronel chino. El oficial estadounidense presionaba a los nacionalistas para que se mostraran más agresivos, sobre todo en lo relativo a las patrullas. El oficial del Kuomintang rechazó de plano la exigencia. Asimismo, cuando las tropas británicas de Birmania empezaron a actuar junto con las fuerzas de Stilwell, no se llevaron muy buena impresión de la pasividad china. El historiador oficial británico escribió con desdén: «Se podría decir que jamás un ejército semejante ha permanecido tan inactivo ante una fuerza enemiga tan pequeña durante tanto tiempo». Los modestos progresos de las divisiones de Stilwell al norte de Birmania sirvieron de poco al lado de la parálisis estratégica que prevalecía en el país de Chiang.

### 3. LA CAÍDA DE STILWELL

A finales del verano de 1944, la ofensiva japonesa Ichigo desencadenó una crisis en las relaciones entre Chiang Kai Shek y el gobierno de los Estados Unidos. Cuando los ejércitos nacionalistas se retiraron, cediendo con ello grandes extensiones de territorio, las figuras más señeras de los Estados Unidos comprendieron por fin que China era incapaz de cumplir las ambiciones de Washington. No se podría convertir en una fuerza decisiva en la batalla con Japón. Stilwell indicó a Marshall, presidente del Estado Mayor conjunto: «Ahora estoy convencido de que [Chiang] ve la catástrofe del sur de China como algo de menor importancia, pues cree que los *japos* ya no le molestarán más en aquella zona y se imagina que puede colocarse detrás del [río] Salween y esperar allí, con seguridad, a que los Estados Unidos terminen con la guerra». Se trataba de una percepción completamente certera, pero prestó un flaco

favor a las relaciones entre el dirigente chino y el alto representante militar estadounidense en su país.

El antagonismo personal entre Stilwell y Chiang, enconado durante muchos meses, llegó al clímax último. Pocos estadounidenses sabían más de China que Joe «Vinagre». Tras haber servido en Francia en 1918, lo que le valió ser ascendido al rango de coronel, pasó casi todos los años de entreguerras en Oriente, donde aprendió chino. Protegido de Marshall, que admiraba su inteligencia y su energía, Stilwell fue nombrado en febrero de 1942 director de la misión militar de los Estados Unidos ante Chiang y responsable de los acuerdos de préstamo y arriendo. También aceptó el papel de jefe del Estado Mayor ante el Generalísimo. Desde el principio, pareció extraño nombrar para un puesto que requería una gran sensibilidad diplomática a un oficial famoso por su vehemencia, pasión, intolerancia, desconfianza y reserva. Stilwell elogiaba a los subordinados llamándolos «grandes insoportables» y apreciaba igual a sus enemigos que a sus amigos. Durante la retirada de Birmania, en 1942, él asumió personalmente el mando de dos divisiones chinas, compartiendo con ellas una agotadora marcha de 225 kilómetros, hasta llegar a un lugar seguro en la India. Los escépticos dijeron que aquellas aventuras demostraban la incapacidad de Stilwell para ocupar puestos del alto mando: no le correspondía satisfacer su predilección por ir a la cabeza desde el frente, poniéndose al lado de los soldados, sino que su verdadero sitio estaba al lado del Generalísimo, impulsando los esfuerzos bélicos de China.

Roosevelt pronunció varios discursos sobre la importancia de tratar a Chiang con respeto, y le escribió a Marshall:

> *Todos nosotros debemos recordar que el Generalísimo ha ascendido a su posición por un arduo camino, hasta convertirse en el líder indiscutible de cuatrocientos millones de personas…, y que ha creado en muy poco tiempo, por toda China, lo que a nosotros nos ha llevado un par de siglos conseguir… Él es el jefe ejecutivo, además del comandante en jefe, y uno no puede hablarle con severidad a un hombre como él ni exigirle compromisos del mismo modo que lo hacemos con el sultán de Marruecos.*

Aquello, por supuesto, carecía de sentido. Las observaciones de Roosevelt reflejaban una gran ingenuidad con respecto al mandato de Chiang y al carácter de Stilwell. El general era incapaz de mostrar la clase de discreción que el presidente le urgía. Famoso por su franqueza, hacía gala de su desdén hacia la incompetencia de Chiang —«el cacahuete»— y hacia los británicos, cuyas actuaciones militares le causaron tan mala impresión como su Gobierno sobre la India. Roosevelt pidió con insistencia a los comandantes de los Estados Unidos que mostraran un gran respeto por el soberano de China, pero la política estadounidense dejaba traslucir una visión colonialista. Era absurdo suponer que un general norteamericano podría imponer a los ejércitos chinos unos principios que no podían mantener ni los propios oficiales chinos; que unos pocos miles de estadounidenses podrían incitar a los soldados

nacionalistas a alcanzar objetivos que Chiang y sus seguidores se negaban a defender. El comandante E. J. Wilkie, asesor de los estadounidenses, se quejaba de que incluso las tropas entrenadas por Stilwell se caracterizaban por una informalidad desesperante en el uso de las armas: «Vi cómo un artillero disparaba su ametralladora con una mano mientras comía con la otra».

El logro militar más destacable de Stilwell fue dirigir el avance de las tropas chinas hasta Myitkyina, ciudad septentrional de Birmania cuya liberación representó un punto crucial para abrir la carretera a este país. Con la ayuda de una reducida fuerza de estadounidenses —los legendarios Merodeadores de Merrill, que soportaron penurias comparables a las de los chindits de Wingate— las fuerzas de Stilwell triunfaron en Myitkyina en agosto de 1944. Pero los británicos, cuyas fuerzas contribuyeron significativamente en la operación, se mantuvieron muy escépticos con respecto a la actuación china y a las afirmaciones de Stilwell al respecto. El éxito de Myitkyina se debió, sobre todo, a la debilidad de los japoneses, más que al genio aliado. Bill Slim, británico que simpatizaba con el bando estadounidense, pronunció un juicio muy perspicaz sobre Stilwell, al considerar que la publicación de sus diarios de posguerra no le hacían justicia:

> *Era mucho más que el viejo peleón, malhumorado, lleno de prejuicios y a menudo mal informado que ellos pretendieron hacer que pareciera. Era todo eso, pero además fue un líder de combate de primera clase hasta, diría yo, el nivel de un cuerpo, y un estratega magnífico, aunque un mal administrador. En niveles superiores ni tenía el temperamento ni poseía la formación estratégica o el juicio para ser eficiente.*

Stilwell y Chiang se enfrentaron en una cuestión irreconciliable. El estadounidense de gafas pretendía llevar a cabo una campaña para derrotar a los japoneses. El altanero e implacable caudillo chino, por el contrario, respondía a las exigencias de la política de su propia nación. Tenía que mantener el apoyo de sus generales, frustrar el ascenso de los comunistas, administrar sus fuerzas militares para el momento en que los ejércitos nacionalistas tuvieran que reocupar una China gobernada por japoneses y aplastar a Mao Zedong. En el otoño de 1944, la paciencia de Stilwell con la apatía militar de Chiang se agotó. La furia del Generalísimo ante lo que consideró una osadía de Stilwell no pudo contenerse por más tiempo. Chiang rechazó de plano la solicitud de Roosevelt para que Stilwell se hiciera con el mando directo de los ejércitos nacionalistas. Aquello fue realmente absurdo. Los estadounidenses eran terriblemente críticos con el comportamiento de los británicos en la India. Pero en China, de Stilwell para abajo, se movían con una insensibilidad comparable, además de igualarlos en condescendencia. Los soldados estadounidenses se referían a los chinos como «los desaliñados» y a Chiang, como «Jack el oportunista». En Kunming, extremo septentrional del puente aéreo del Himalaya, los criados chinos eran objeto de tales abusos que fue necesario colgar avisos como: «El

personal de los Estados Unidos no pegará ni pateará o maltratará al personal chino». Wen Shan, un transportista de avituallamientos que trabajaba en la carretera de Ledo, dijo compungido: «Los estadounidenses creían que las vidas chinas valían muchísimo menos que las estadounidenses». El capitán de los Estados Unidos Medill Sarkisian, en la misma zona, envió una protesta formal cuando le dijeron que sus tropas chinas no podrían comer junto con las estadounidenses: «Desde cualquier punto de vista, creo que el trato inferior [dispensado] a los soldados chinos es perjudicial para nuestros intereses… tratarlos, en su propio país, de un modo tan indignamente como el de impedirles comer con nuestros hombres».

El sargento Wade Kent fue uno de los varios miles de ingenieros estadounidenses que colaboraron para terminar la carretera y el conducto de combustible de Ledo hasta China, que pasaba por la zona norte de Birmania. Hijo de un contable de Richmond (Virginia), Kent quedó horrorizado en la India: «el peor lugar que haya visto jamás. Yo no nací en la abundancia, pero contemplar a seres humanos en aquellas condiciones era terrible». En Birmania, al primer hombre que perdió su unidad lo abandonaron en un río de fuertes corrientes. Trabajaban en la jungla, «acalorados, desanimados, húmedos… [con] aquellas malditas sanguijuelas: uno se quitaba las botas y se veía lleno de sangre», en equipos de tres soldados estadounidenses por cada contingente de birmanos. Uno de los camaradas de Kent murió cuando su *bulldozer* pasó sobre una vieja mina japonesa, pero, por lo general, trabajaban en un gran silencio que solo quedaba roto por los ruidos de la jungla. Cuando al final abrieron el camino a China, recibieron con agrado el frío de tas montañas, pero se encontraron con nuevos peligros. Los habitantes de los pueblos chinos les perforaban el conducto de combustible y luego intentaban usar en sus lámparas el gas que robaban. «Había veces que prendían fuego a pueblos enteros y luego, les echaban la culpa a los estadounidenses». El combustible se filtraba en los campos de arroz y echaba a perder el preciado cereal. Los camiones se caían por los barrancos. Durante casi dos años, no hubo ni descanso ni las queridas noticias del mundo exterior: «Fue una misión rara».

Kent y sus camaradas alcanzaron un triunfo técnico que acabó convertido en un callejón sin salida estratégico. Una especie de locura se había apoderado del esfuerzo bélico de los estadounidenses en China, al que sucumbieron muchos de los hombres destinados a aquel escenario, en aquel mundo extranjero, oriental, en el que se sabía que los leopardos y los tigres mataban a los soldados estadounidenses y, a su vez, ellos los cazaban con carabinas. En los cuarteles generales de vanguardia del puente aéreo del «Hump», en Kweilin, «la ciudad más adorable y más abandonada de Oriente», se habían establecido algunas de las prostitutas más expertas de Asia, que habían huido de Hong Kong. Allí, «chicas vestidas de seda con cuerpos de marfil y una entrega absoluta a sus artes», trabajaban para gran satisfacción de los

estadounidenses que las visitaban, aunque aquello suponía una dudosa ventaja para el empeño bélico. Edgar Snow, que no era amigo ni de los nacionalistas ni de los estadounidenses, estuvo sin embargo muy acertado al sugerir que «la única sensación perdurable que compartían casi todos los estadounidenses del personal alistado era de desprecio y disgusto por China». Se percibía una ironía muy fuerte tanto en política nacional como en el comportamiento individual por el hecho de que los estadounidenses tuvieran una imagen tan anticolonialista de sí mismos a la vez que, en la época de la guerra china, se comportaron por lo menos tan autocráticamente como los británicos en el sudeste asiático.

En octubre de 1944, Stilwell se convirtió en la baja más destacada de la frustración y el fracaso de los Estados Unidos. Emily Hahn describe al general como «incapaz —¿hasta un extremo de subnormalidad?— de darse cuenta de que existían más puntos de vista que el suyo y de que el mundo era considerablemente mayor que los Estados Unidos». Stilwell se negó a reconocer que, fueran cuales fuesen las limitaciones del régimen de Chiang Kai Shek, tenía que pasar por él para poder trabajar. Desde una perspectiva racional, por supuesto, su forma de verlo era correcta. Si el ejército nacionalista tenía que desempeñar un cometido útil en el conflicto, debía purgarse y reformarse, como se había hecho con las divisiones chinas trasladadas por avión a la India, lejos del opresivo control de Chiang, De haber reformado el Generalísimo las tropas tal como Stilwell insistía en hacer, el destino del régimen nacional habría sido otro. No obstante, imaginar que Chiang Kai Shek pudiera renunciar al absolutismo y la corrupción era como invitar a Stalin a gobernar sin terror o a Hitler, sin perseguir a los judíos. Las peticiones de Stilwell representaban una agresión a la naturaleza misma del régimen de Chongqing. Era inútil soñar con que la China nacionalista pudiera ser lo que no era y suponer que los estadounidenses podrían anular a los dirigentes chinos, por necios que estos fuesen.

En el otoño de 1944, Roosevelt realizó uno de sus nombramientos más extraños; más grotescos, de hecho. Envió como emisario personal a China a un tal Patrick Hurley, antiguo vaquero de Oklahoma que alcanzó la fortuna partiendo de la nada y adquirió importancia política como secretario de Guerra del presidente Hoover. Hurley era un gritón bufonesco que rayaba en la senilidad. Era un republicano convencido, además de un personaje destacado en el «lobby chino», aunque sus conocimientos sobre aquel país fueran bien escasos. Llegó, vio y… se dirigió a Chiang como «Mr. Shek». Al final, envió a Roosevelt este informe: «Ahora debe escoger usted entre Chiang Kai Shek y Stilwell. No hay ningún otro problema entre usted y Chiang Kai Shek. Chiang Kai Shek ha estado de acuerdo con todas las solicitudes, con todas las sugerencias que usted ha realizado, salvo con el nombramiento de Stilwell [en calidad de comandante de las fuerzas armadas de China]».

El 13 de octubre, Hurley recomendó el despido de Stilwell. Roosevelt, que antes había sido partidario de sustituir al general como director de los acuerdos de préstamo y arriendo y jefe del Estado Mayor, pero de retenerlo en el mando del campo de batalla en Birmania, accedió. Stilwell escribió a su esposa y le comunicó su alegría por «colgar la pala y despedirse de una panda de gángsteres tan jocosa como puedas encontrar en un día de marcha». Según dijo a John Paton Davies: «¡Qué demonios! Solo se vive una vez, así que hay que vivir como uno cree». Se marchó inmediatamente, sin esperar siquiera para informar al que nombraron como sucesor, el teniente general Albert Wedemeyer, que había servido como segundo comandante del Estado Mayor para el jefe supremo del Mando del Asia Sudoriental (SEAC), lord Louis Mountbatten. Wedemeyer llegó a Chongqing el 31 de octubre, con un mandato mucho más restringido que su predecesor. Tenía que controlar las operaciones aéreas estadounidenses fuera de China, «asesorar y colaborar con el Generalísimo», pero mantenerse a distancia de la política.

Chiang se alegró mucho. El despido de Stilwell le sentó como un triunfo de su autoridad. Pero a los diez días, Wedemeyer indicó a Marshall en Washington: «La desorganización y la caótica planificación de los chinos escapa a cualquier entendimiento». Tras un mes en su nuevo puesto, el general de los Estados Unidos informó sobre las condiciones de Chiang y sus ejércitos usando unos términos que igualaban o superaban los histriónicos despachos de Stilwell:

> *El Generalísimo prometió luchar duro para mantener la zona [de Guilin-Liuzhou] durante al menos dos meses, pero la verdad es que cayó sin un solo combate. Los soldados que desaparecieron tan pronto… para lo habitual en China, estaban bien equipados y alimentados… Ahora he llegado a la conclusión de que [el] «G» y sus partidarios se dan perfecta cuenta de la gravedad de la situación, pero se ven impotentes y confundidos. Les falta organización, entrenamiento y pertrechos para una guerra moderna. Psicológicamente, no están preparados para sobrellevar la situación, debido a las intrigas políticas, un orgullo falso y la falta de confianza en la honradez y los motivos de sus líderes… Francamente, estoy seguro de que los oficiales chinos que rodean al «G» temen describir con exactitud las condiciones reales… se revelaría su estupidez y su ineficiencia y luego el «G» les podría ordenar que tomaran medidas activas y son incompetentes para emitir directrices y hacer planes, y tampoco consiguen nunca que los comandantes de campo las ejecuten… la eficiencia de las unidades de combate chinas… es muy escasa.*

Wedemeyer temía que los japoneses estuvieran planeando tomar Kunming, el final del puente aéreo del Himalaya, y se esforzó por concentrar las fuerzas chinas allí, para su defensa. Para desgracia de Mountbatten y Slim, Wedemeyer retiró de Birmania a las divisiones chinas instruidas por los estadounidenses —las mejores tropas del orden de batalla de los nacionalistas— y las transportó por aire al frente de Yunnan. Pero cuando llegaron, la crisis había pasado ya. Los japoneses se detuvieron, porque habían alcanzado su objetivo: abrir una conexión con las fuerzas que tenían en Indochina, en un momento en que el paso marítimo se estaba viendo amenazado por el bloqueo estadounidense. En el campamento de los Aliados, se reconoció que el abandono de la operación Ichigo fue consecuencia de una decisión política tomada

desde Tokio, que no debía nada a la capacidad de resistencia del ejército nacionalista chino. Después de casi tres años de esfuerzos titánicos por parte de los Estados Unidos, y tras haber desplegado a doscientos cincuenta mil soldados estadounidenses en el continente asiático, Washington no tuvo más remedio que afrontar los hechos: que los japoneses podían hacer cuanto quisieran en China; y que el país estaba tan desquiciado como en 1942, excepto por el hecho de que, gracias a la generosidad estadounidense, el líder del régimen y sus acólitos principales, junto con unos pocos oficiales estadounidenses, eran incomparablemente más ricos. Nada de todo aquello abogaba por mantener a Stilwell en su antiguo puesto. Hurley tenía mucha razón en ese aspecto: era absurdo que el soldado estadounidense de mayor rango en China permaneciera completamente aislado del hombre que los Estados Unidos habían aprobado como líder nacional chino. Washington se dio cuenta —tarde— de lo que Chiang Kai Shek siempre había tenido muy claro: que tenía a los Estados Unidos atrapados; ninguna amenaza de exigirle cumplir determinadas condiciones para no retirarle el apoyo tendría fundamento, porque Washington no tenía más cartas chinas en la mesa.

Durante el resto de la guerra, Al Wedemeyer sufrió las habituales frustraciones relativas a las deficiencias del gran e incorregible aliado de los Estados Unidos. Si bien el sucesor de Stilwell logró esquivar el enfrentamiento con Chiang, tampoco vio nada que menguara su desprecio por los asiáticos. Stilwell dejó constancia de una conversación que sostuvo con Wedemeyer, en la que decía: «Al afirmaba creer que los británicos y nosotros deberíamos permitir que alemanes y rusos se hicieran papilla los unos a los otros… que los británicos y los estadounidenses eran los guardianes y los legatarios de la única civilización digna de conservarse». Durante el invierno de 1944, los diplomáticos y soldados aliados conjeturaron abiertamente sobre la posibilidad de que el régimen de Chiang se viniera abajo y que, con su ausencia, Tokio podría encontrarse con que China estaba enteramente a su merced. «En cerca de seis meses los japoneses había avanzado… aproximadamente ochocientos kilómetros sobre unas líneas de comunicaciones comparativamente escasas frente a una concentración considerable de tropas chinas, apoyadas por las fuerzas aéreas chino-estadounidenses que operaban desde las bases avanzadas, bien preparadas», según informó el jefe del servicio de inteligencia de Mountbatten, en una crítica algo pesimista, el 2 de diciembre de 1944:

> *Desde el punto de vista económico, habían asegurado suficiente arroz para mantener a sus fuerzas pero, lo que era más grave, les habían negado a los chinos los recursos de aquellas zonas… Parecía probable que uno de los principales objetivos de la estrategia militar de Japón fuera prolongar la guerra con la esperanza de que la fatiga de combate, ayudada quizá por los desacuerdos entre los Aliados tras la derrota de Alemania, pudiera dejarlos en situación de asegurarse una paz negociada.*

Wedemeyer insistió, con planes muy ambiciosos, en la reconstrucción de los

ejércitos nacionalistas. Tenía el suficiente tacto y discreción como para no romper la relación con Chiang, a costa de discrepar tremendamente con los británicos. A medida que empeoraron las dificultades que sufrían los chinos, la acritud se intensificó también entre los oficiales de los Estados Unidos comprometidos con Chiang y la gente de Mountbatten, hartos hasta la saciedad ante lo que, a sus ojos, constituía una gran inutilidad de las acciones norteamericanas. Los estadounidenses creían que la estrategia británica se movía principalmente, si no de forma exclusiva, por la voluntad de resucitar su propio imperio. El 9 de diciembre de 1944, el principal asesor político de Mountbatten, Esler Dening, informó al Ministerio de Asuntos Exteriores de Londres:

> *El general Wedemeyer afirma, muy convencido, que no habrá imperio británico tras la guerra… Actualmente la cuestión es la de si debemos apuntalar una China tambaleante con soportes que quizá no aguanten, o bien asestar un duro golpe a los japoneses allí donde tenemos fuerzas para hacerlo. [Esta cuestión] parece que ya se ha resuelto en favor de la primera opción. Si los puntales aguantan, los Estados Unidos se llevarán la fama y si no, nosotros compartiremos la culpa.*

El único hombre feliz entre todo esto era el Generalísimo. Se engañó a sí mismo creyendo que había conseguido todos sus objetivos. Los suministros circulaban por la carretera de Birmania cada vez en mayores cantidades. Pero Chiang pagaría un elevado precio político por sus fracasos militares. Los Estados Unidos ya no se engañarían más con respecto a una posible derrota japonesa a manos de los chinos: era imposible. Washington, por lo tanto, se dirigió a la otra única potencia capaz de hacerlo: la Unión Soviética. En el invierno de 1944-1945, cada vez con más insistencia, Washington pidió la participación rusa en la guerra contra Japón. Chiang creyó que había sido brillante al jugar sus cartas, evitando que el apoyo estadounidense prestado a su régimen rebasara sus propias condiciones y sin concederles ni la más mínima reforma a nivel nacional. Pero las consecuencias de ello serían que un gran ejército ruso bajaría por Manchuria, con el consentimiento de los Estados Unidos.

«1944 fue el año en el que la política de Chiang Kai Shek se arruinó por completo, junto con su defensa de China», afirma un historiador chino contemporáneo, el profesor Niu Jun, de la Universidad de Pekín. En un momento en el que los ejércitos aliados iban en claro ascenso en el resto del mundo, solo en China los japoneses seguían con la victoria en sus manos. Sería un error despreciar al Generalísimo como un personaje absurdo. Conocía su propio país mejor que los estadounidenses. Él sabía bien que ningún ejército chino podría derrotar a los japoneses. Aquella disposición tan proclive a entregar territorios, tan abundantes en China, en lugar de enfrentarse a un enemigo en las condiciones que más convenían a Tokio, era de hecho más realista que las fatuas visiones de Stilwell, Wedemeyer o Roosevelt. «Chiang hizo grandes cosas para China», afirma un historiador de

Manchuria, Wang Hongbin:

> *Terminó con la dominación de los caudillos y combatió a los japoneses. Lo criticaron porque no consiguió enfrentarse a la toma de Manchuria por parte japonesa, pero ¿y qué otra cosa podía hacer, siendo realistas? Carecía de los medios militares para resistir. Su estrategia consistía simplemente en aguardar hasta que llegara la oportunidad de encararse al enemigo en condiciones más favorables. ¿Acaso no era lo mismo que lo que hicieron británicos y estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial? Los estadounidenses no comprendían a China. Pretendían que aquel país hiciera mucho más de lo que era capaz.*

Al final, el régimen de Chiang se condenó a sí mismo por la corrupción y porque su Generalísimo fue incapaz de dar viso de realidad a unas cuantas ideas acertadas. Le gustaba declarar con grandilocuencia: «Yo soy el Estado». Sin embargo, al rodearse de ladrones y aduladores, negó a su Gobierno los servicios de otros subordinados que tal vez lo hubieran hecho sostenible. Al final de todo, el Generalísimo descubrió que al obligar a los Estados Unidos a consentir que su régimen se mantuviera con sus condiciones no había hecho más que asegurarse la propia ruina. John Paton Davies escribió: «El gran error de Stilwell, que algunas veces también cometí yo, fue el de pensar que podía llegar a un acuerdo con el Generalísimo… Si Chiang hubiera sido capaz y hubiera querido poner en práctica lo que Stilwell le pedía, China podría haber salido de la guerra siendo una gran potencia… En la medida en que Chiang no pudo ni reformar las bases de su influencia ni superar su idiosincrasia, el trato estaba condenado; pero también el propio Chiang». El embajador de los Estados Unidos, Clarence Gauss, que fue sustituido por Hurley poco después del despido de Stilwell, escribió con perspicacia en el otoño de 1944:

> *El tiempo está del lado de los chinos comunistas… conforme va pasando el tiempo, la influencia del Kuomintang y el control en la China libre se va deteriorando, si no se ha desintegrado ya; y… si la Unión Soviética ha de venir para luchar contra los japoneses… la derrota de los ejércitos continentales de Japón probablemente deje a las fuerzas comunistas y su régimen en una posición muy fuerte, tanto política como militar.*

Desde el invierno de 1944 en adelante, el esfuerzo bélico de China —que jamás se había sincronizado con los acontecimientos desarrollados en ninguna otra parte— se desarrolló conforme a un modelo que no concordaba en absoluto con los demás. Mientras que en Europa y el Pacífico la marcha de los Aliados hacia la victoria iba cobrando un impulso cada vez más fuerte, en las tierras de Chiang Kai Shek el enemigo conservaba el suficiente poder como para avanzar a voluntad. La ocupación de grandes espacios de territorio no sirvió para mitigar la desesperación de los japoneses ante sus circunstancias generales, incluidas las de los otros teatros de guerra. «Ichigo fue un éxito en sentido estricto —afirmó un oficial del Estado Mayor japonés, el comandante Shigeru Funaki—, pero no ayudó a mejorar nuestra posición

estratégica global. Seguíamos teniendo a un millón de hombres en China que faltaban en la campaña del Pacífico. Nuestros éxitos, al invadir las bases aéreas de los B-29 en China, implicaron simplemente que los estadounidenses trasladaran sus bases a las Marianas».

Sin embargo, el avance japonés hizo burla de las afirmaciones de Washington, según las cuales China representaba un serio compañero en la Gran Alianza. El país era como una especie de viuda castigada por los años y aquejada de reumatismo, a la que alguien obliga contra su voluntad a participar en el baile. El esfuerzo causó mucho daño y los logros fueron lamentables. Los japoneses no tenían ningún interés en expandir su perímetro asiático hasta que la confianza que los estadounidenses demostraban tener en sí mismos los obligó a hacerlo. La principal consecuencia de toda la participación aliada fue que se intensificó la miseria del pueblo chino. Li Fenggui, un guerrillero comunista de una familia de campesinos originaria de la provincia de Shandong, fue uno de los ochenta y nueve jóvenes que abandonaron su pueblo para combatir. De todos ellos, solo regresaron cuatro. La experiencia de esta comunidad halló paralelos en toda China. El pueblo chino pagó un precio terrible por participar en la Segunda Guerra Mundial y, sin embargo, casi no aportó nada positivo a la victoria de los Aliados.

# 9

# MacArthur en Luzón

### 1. «ESTÁ LOCO, ¡SALIR CON ESTO!»

La mayor campaña de la guerra del Pacífico, la segunda fase de la ofensiva de MacArthur para retomar las Filipinas, empezó el 15 de diciembre de 1944. Varios elementos del 6.° ejército desembarcaron en Mindoro, justo al sur de Luzón. La isla era de un tamaño parecido al de Leyte, pero los japoneses no habían preparado grandes defensas terrestres. La operación se convirtió, según palabras de un ingeniero estadounidense, «en una simple maniobra para unidades de costa». A los quince días, los equipos encargados de construir un aeródromo cumplieron en Mindoro lo que había resultado tan difícil en Leyte: la creación de pistas desde las que pudieran despegar gran cantidad de aviones.

Los japoneses sabían que el desembarco en Luzón ya no podía demorarse mucho más. El 2 de enero de 1945, Yamashita trasladó sus cuarteles generales al complejo veraniego, cubierto de pinos, de Baguio, a unos 2250 metros de altura, en las montañas septentrionales. Desde allí planeó personalmente cómo dirigir el grupo «Shobu», de 152 000 hombres, el mayor de los tres mandos similares en los que había dividido su ejército. La segunda fuerza, «Kembu», en Bataan y alrededor de la base de Clark Field, tenía 30 000 hombres; el tercer grupo, «Shimbu» contaba con otros 80 000 al sur de Manila. En aquellos días, los oficiales describieron a Yamashita como poseído por una calma sosegada, fatalista. Se pasaba horas leyendo los ensayos de un sacerdote budista. Por las tardes, a última hora, solía deambular hasta los comedores de los oficiales y charlaba con quienquiera que tuviese a mano. Él no se consideraba por encima de sus soldados, en el sentido de negarse a conversar con ellos. Parecía tener la cabeza centrada en el pasado. Manifestó su preocupación por el bienestar de los prisioneros aliados en Luzón y le comunicó a su superior, el mariscal de campo Terauchi, que pretendía cederlos a los estadounidenses en cuanto desembarcaran. Terauchi disintió profundamente, pero Yamashita ordenó al oficial responsable que entregase a los prisioneros de guerra de todas maneras.

En el cuartel general de MacArthur en Tacloban, el general y su Estado Mayor abrigaban la falsa ilusión de que el ejército japonés de las Filipinas había sido destruido en su gran mayoría ya en Leyte. Durante una reunión que tuvo lugar antes de la operación de Luzón, los servicios de inteligencia del 6.° ejército advirtieron que aún quedaba un gran número de fuerzas japonesas en las Filipinas. MacArthur,

chupando su pipa de mazorca, lo interrumpió: «Tonterías, tonterías». El general de brigada Clyde Eddleman, jefe auxiliar del Estado Mayor de Krueger, se rio y dijo:

—General, al parecer no le gustan nuestros informes de inteligencia.

—No —le respondió MacArthur—. Son demasiados hombres. No hay tantos japoneses ahí.

Eddleman le contestó:

—Casi toda esta información proviene de sus cuarteles generales.

El general de división, «sir Charles» Willoughby, jefe de la inteligencia de MacArthur, y uno de los «cortesanos» menos admirados por los de fuera, saltó iracundo de su silla.

—¡No provienen de mí! ¡No provienen de mí!

Eddleman suspiró:

—General, ¿puedo saltarme la parte de la inteligencia y seguir adelante con el plan básico?

—Será lo mejor, gracias —respondió MacArthur.

Después, MacArthur pidió a Eddleman que lo siguiera a su dormitorio, en su cuartel general, sito en la vieja Casa Palmer, una de las poquísimas casas de Tacloban que habían pertenecido a los dueños de una plantación de cocos y aún se mantenían en pie. «Siéntese —dijo el general—. Quiero contarle mis ideas con respecto a los oficiales del servicio de inteligencia. Solamente hay tres grandes en la historia… y el mío no es uno de ellos». El 6.° ejército afirmaba que había 234 000 soldados japoneses en Luzón. MacArthur prefería su estimación personal: 152 000. Los oficiales de Krueger estuvieron mucho más cerca de la verdad. Pero nada, ni siquiera la importante información descodificada por el programa *Ultra* del servicio de inteligencia, podría convencer al comandante en jefe de que sus fuerzas se enfrentarían a una resistencia considerable. Justamente aquí estaba el origen de las grandes dificultades que se avecinaban.

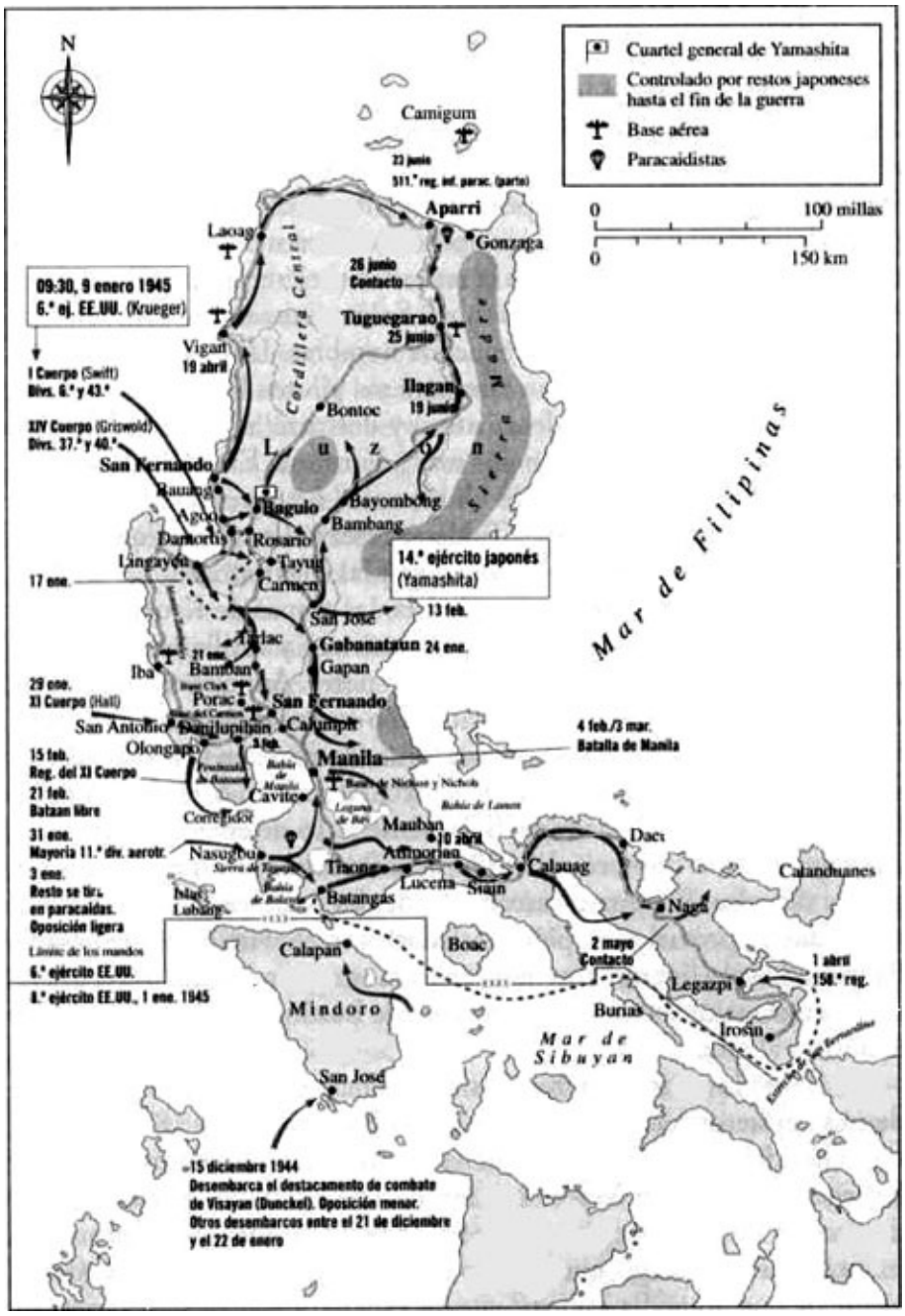
MacArthur pasaba horas en Tacloban, paseando por la galería solo o en compañía de algún visitante. «Aprendimos a saber de qué humor estaba por la forma de andar o de fumar —escribió uno de los miembros de su equipo—. Había veces en que se lo veía ir rápidamente de un lado para el otro, con el asesor al lado, hablando muy rápido, gesticulando con asentimientos rápidos, chupando su pipa con largas y profunda bocanadas». A quienes en alguna ocasión pusieron en duda el coraje del general —con el juego de palabras habitual de «dugout Doug» («Doug[las], el del refugio antiaéreo»)— los confundió la calma con la que soportaba los frecuentes bombardeos de los japoneses incluso en los momentos en los que casi se producía el impacto. Sin embargo, su paranoia empeoró. Atribuía la falta de apoyo a sus operaciones por parte de Washington a la «traición y el sabotaje». Fue un crítico infatigable de la campaña de Eisenhower en Europa y, en realidad, de todo cuanto

hiciera el comandante supremo que una vez sirvió bajo sus órdenes como coronel. Cuando el departamento del Tesoro de los Estados Unidos envió el borrador de una propuesta de anuncio para promocionar las ventas de Bonos de Guerra, en la que aparecía su nombre detrás del de Ike, escribió enfurecido y dijo que a menos que lo pusieran en la lista antes que a su antiguo subordinado, se negaría en redondo a figurar. Luego, en julio de 1945, se encolerizó de nuevo al descubrir que Eisenhower había recibido un informe sobre la bomba atómica antes que él. En un terreno más serio, casi perdió la confianza de su jefe del Estado Mayor por culpa del escándalo que provocó la presencia de la amante australiana de Sutherland en Tacloban. Sutherland conservó el rango, pero, en la campaña de Luzón, MacArthur fue confiando cada vez más en el consejo del general de brigada Courtney Whitney, un oficial ambicioso muy dado a la ampulosidad y que no despertaba ni simpatías ni respeto a nadie más.

El 9 de enero de 1945, el 6.° ejército de MacArthur desembarcó en el golfo de Lingayen, a medio remontar la costa oeste de Luzón. Los kamikazes presentaron una fiera oposición. MacArthur había reprochado a Kinkaid su miedo, supuestamente exagerado, a los aviones suicidas, pero en aquel momento el temor del almirante quedó justificado. Una vez tras otra, durante los días previos al asalto, los pilotos suicidas atacaban a la Marina invasora. Por fortuna para los estadounidenses, los japoneses, como era habitual, centraron sus ataques en los barcos de guerra, en lugar de escoger como objetivo los transportes atestados de tropas. Hundieron un portaaviones de escolta y un destructor de escolta y otros veintitrés barcos resultaron dañados, muchos de gravedad. Los pilotos del enemigo parecían más hábiles que en las ocasiones anteriores, con unas tácticas más complejas. Se aproximaban al nivel de la cubierta, con frecuencia despistando al radar estadounidense, y provocaban una tormenta de imprudente fuego antiaéreo que mataba a los hombres de los barcos vecinos: el acorazado *Colorado* sufrió un número importante de bajas por esta causa. El almirante británico sir Bruce Fraser, nombrado comandante en jefe de la embrionaria Flota del Pacífico de la Marina Real, era el invitado de Jesse Oldendorf a bordo del *New México* cuando un kamikaze se estrelló en la superestructura de la nave. El teniente general Herbert Lumsden, representante personal de Churchill en el equipo de MacArthur, murió aquel día, junto con el capitán del barco y otros oficiales. Fraser escapó tan solo porque Oldendorf le había hecho señas de que se acercase desde el otro lado del puente, unos segundos antes: «Esta cosa ha caído justo donde estábamos nosotros».

Durante la aproximación naval a Luzón, perdieron la vida 170 estadounidenses y australianos y quinientos hombres resultaron heridos como consecuencia de los ataques kamikazes. Los hombres soportaron un estado de tensión muy agudo. Mientras era de día, se vieron obligados a permanecer alerta en cada momento, por la

bomba teledirigida que podía lanzarse por encima de la cubierta principal del barco, creando un amasijo de hierros y carne. A bordo del crucero pesado *Australia*, Pierre Austin fue uno de los muchos marineros que se sentía apesadumbrado por la locura del enemigo: «A estas alturas, después de todo lo que ha pasado uno, la sensación era: “¡Ahora no, por favor, ahora no!”. Sabíamos que aquella guerra era nuestra, que íbamos a ganarla». El 8 de enero, un bombardero en picado de la clase Aichi «Val» se estrelló contra el *Australia*, mató a treinta hombres y dejó heridos a sesenta y cuatro; entre ellos, Pierre Austin. Su guerra se terminó en un hospital.




*Invasión estadounidense de Luzón, enero a junio de 1945.*

Oldendorf, que estaba al mando de la fuerza naval, advirtió a MacArthur de que carecía de la cobertura aérea suficiente como para mantener apartados a los

kamikazes a menos que las aeronaves de los portaaviones de la 3.ª Flota pudieran cambiar de objetivo: dejar de atacar Japón para ofrecerles más apoyo, cosa que por supuesto hicieron. Durante un mes, a partir del 13 de diciembre de 1944, el peaje acumulado por los asaltos aéreos japoneses llegó a ser alarmante: veinticuatro barcos hundidos, sesenta y siete dañados. No obstante, para mayor asombro de los estadounidenses, cuando las tropas de MacArthur se dirigieron tierra adentro desde Lingayen, la ofensiva kamikaze cesó. Los japoneses habían perdido seiscientos aparatos en un mes; en Luzón solo les quedaban cincuenta. El piloto de cazas japonés Kunio Iwashita estaba en la base aérea de Clark, en Manila, el 9 de enero, cuando le ordenaron que condujera a los tres aviadores supervivientes de su escuadrón a una nueva pista. Unos quinientos miembros del personal, en su mayoría personal de tierra, se quedaron para unirse a la retirada del ejército japonés y enfrentarse a meses de penurias y hambrunas. Solamente se tiene constancia de la supervivencia de cuatro de aquellos hombres. Unos pocos minutos después de que Iwashita y sus compañeros pilotos llegaran a su nueva base, la aviación estadounidense atacó y destrozó a los tres cazas. Los aviadores japoneses escaparon por mar a Formosa. En adelante, en Luzón, ni la Marina de los Estados Unidos ni el 6.° ejército se enfrentaron a ofensivas aéreas importantes. Tokio se reservó los aviones que le quedaban para defender Formosa, Okinawa y las islas patrias.

A medida que avanzaban por la isla, las tropas de Krueger solo se encontraron con fuego esporádico de mortero y artillería, por lo que pronto hubo 175 000 estadounidenses en tierra. Aunque en casi todo el combate de Leyte habían participado solo cuatro divisiones, al final en Luzón fueron diez las que acabarían tomando parte en la lucha, además de una gran cantidad de tropas de apoyo. Al principio, el clima retrasó la marcha más que el enemigo. Solamente el 16 de enero, por ejemplo, cuarenta y nueve hombres del 158.° de infantería fueron evacuados por golpes de calor. El agua escaseaba. Cada día se descargaban cinco mil toneladas de provisiones, pero trasladarlas se convirtió en una pesadilla, paliada solo ligeramente por los tramos reparados de forma provisional en el maltrecho sistema ferroviario de Luzón. El I Cuerpo se dirigió al norte y al este.

Durante los primeros tres días de estancia en tierra, los estadounidenses perdieron a cincuenta y cinco hombres, más otros 185 que resultaron heridos, mientras afirmaban haber matado a quinientos enemigos. Krueger y su Estado Mayor quedaron desconcertados por el carácter desganado de la resistencia. Cuando los estadounidenses llegaron a las montañas, sin embargo, quedó claro cuál era el plan de Yamashita. Consciente de que no podía impedir que los estadounidenses alcanzaran una buena posición, prefirió concentrar el grueso de sus fuerzas en las zonas montañosas de la isla. La experiencia de Leyte había demostrado lo bien que se pueden defender las tierras altas y escarpadas. El comandante del 14.° ejército creyó

que podría infligir daños y retrasar a MacArthur sacando partido del terreno de Luzón, muy agreste. No pensaba en la victoria. «Lo que se espera de nosotros —explicó a sus oficiales— es que les asestemos un buen tanto a los estadounidenses, para reforzar la mano del Gobierno durante los tratos que se realicen en la mesa de negociaciones».

Los japoneses mantuvieron las posiciones con su pericia habitual y en seguida empezaron a matar a estadounidenses. «En este país, el combate es horrible, la jungla es más espesa que en Biak, el calor te tumba… Hay una histeria tremenda entre los nuevos reclutas y todo el personal está agotado por el calor», escribió el capitán Paul Austin, del 34.° de infantería. A bordo mismo de los transportes que los llevaban a Luzón, su regimiento había recibido de repente un refuerzo de ochocientos reemplazos: «No tuvieron ninguna oportunidad de aprender cuáles eran sus deberes ni de saber quiénes eran los suboficiales. Predominaba la histeria y provocaron la muerte de muchos de los muchachos veteranos al quedarse paralizados bajo el fuego».

En el sur, sin embargo, la resistencia fue menor en un principio. El XIV Cuerpo avanzó hacia Manila aguijoneado sin descanso por el comandante del escenario bélico. «El general MacArthur ha visitado el puesto de mando del Cuerpo —según escribió el 14 de enero en su diario el general Oscar Griswold, del citado XIV Cuerpo—. Dijo que esperaba poca oposición, que la batalla de las Filipinas ya se había ganado en Leyte. Yo no comparto su optimismo». Hasta el 23 de enero, MacArthur estuvo protestando con furia contra «sir Charles» Willoughby porque, supuestamente, había sobreestimado las fuerzas japonesas. El general aseveró, con cierto aire de petulancia: «No sé cómo he llegado hasta donde he llegado con el equipo que me rodea». Eichelberger, del 8.° ejército, se lo contó a su esposa y se complació en añadir: «Ya lo ves: no hay nadie que no tenga problemas».

Los hombres de Griswold alcanzaron las defensas avanzadas del aeródromo de Clark una semana después. Alrededor de su base aérea, libraron una lenta serie de combates para asegurar el control de los montes más elevados. Aquello suscitó recriminaciones malhumoradas entre los integrantes del 6.° ejército. El 129.° de infantería, por ejemplo, protestó cuando volaron su tanque de apoyo, que se negó a regresar a las líneas aun cuando el regimiento se encontró frente a frente con un ataque blindado de los japoneses, en Tacondo. MacArthur acusó a la 37.ª división de «una notable falta de dinamismo y de iniciativa agresiva». En un arranque de furia, Krueger le escribió a Kenney, el jefe del Aire: «Tengo que insistir en que tome medidas efectivas para detener los bombardeos de nuestras fuerzas de tierra *por parte de los aviones amigos*».

El XI Cuerpo realizó un nuevo desembarco en la playa de San Antonio, al

noroeste de Manila, el 29 de enero, y el 31 de ese mismo mes dos regimientos de la 11.ª división aerotransportada tomaron tierra en Nasugbu, a poco más de setenta kilómetros al sudoeste de la capital, e iniciaron su avance hacia la ciudad; a ellos se unió pronto un tercer regimiento de paracaidistas, que se lanzó allí. El 4 de febrero, las primeras unidades aerotransportadas estaban en las afueras de Manila, enfrentándose a la principal línea defensiva del sur. El comandante de una compañía de planeadores de infantería emitió por radio un mensaje a su batallón que se ha hecho famoso: «Comuniquen al almirante Halsey que deje de buscar a la flota de *japos*. Están enterrados aquí, en la base de Nichols».

Mientras tanto, en el norte, las divisiones de caballería 37.ª y 1.ª competían entre ellas por llegar a Manila, ralentizadas por las dificultades del terreno y por una resistencia cada vez más persistente. Al retirarse, los japoneses prendieron la mecha de unas cargas de demolición en el único puente que cruzaba el río Tulihan. La apagó el aguerrido teniente James Sutton, adscrito a la 1.ª división de caballería, que se lanzó adelante en solitario y arrojó al agua un puñado de minas por encima del parapeto. MacArthur había identificado el campamento de prisioneros de la Universidad de Santo Tomás como el objetivo clave. En la tarde del 3 de febrero, pasó un P-38 volando muy bajo y lanzó un mensaje a sus 3400 internos, casi todos civiles estadounidenses: «Sacad el barril: ¡Esta noche hay fiesta en la ciudad vieja!». Una columna de socorro avanzaba hacia el campamento y se encontró con dos oficiales de la guerrilla filipina que se ofrecieron para mostrarles el camino. Tras superar la cautela inicial de los estadounidenses, los guerrilleros se encaramaron al tanque que encabezaba la marcha. Se encontraron con unos pocos japoneses hasta que se produjo una escaramuza poco intensa fuera del centro de internamiento, en la que murió uno de los filipinos.

A las 21:00, «Batdirí Basic», un carro de combate Sherman de la 1.ª división de caballería, derribó la puerta del campamento con los reflectores encendidos. Un soldado de la división entró a toda prisa en el edificio principal, preguntando: «¿Hay aquí algún maldito *japo*?». Una anciana estadounidense lo quiso tocar: «¿Soldado, es usted real?». Los prisioneros estallaron en gritos histéricos y aclamaciones, se oyeron pasajes del «Dios bendiga a América» y «Barras y estrellas». Un oficial japonés —uno de los más odiados del campamento— salió de repente, corriendo por delante del tanque, armado con una espada y una pistola. Le pegaron un tiro en el estómago. «Mientras gemía y se retorcía en el suelo, lo cogieron por las piernas y los brazos y lo llevaron a rastras hasta el edificio principal de hospitalización, mientras los internos lo pateaban y le escupían, e incluso uno o dos hombres lo atravesaron con cuchillos y otras mujeres lo quemaban con sus cigarrillos a medida que pasaba por delante suyo». El herido, al final, recibió asistencia médica de los estadounidenses, pero murió a las pocas horas.

La mayoría del personal japonés se atrincheró detrás de unas barricadas en el edificio docente, con 275 rehenes estadounidenses. Tras las negociaciones, a cambio de la libertad de los prisioneros, dejaron marchar a los guardias. Santo Tomás estaba en manos estadounidenses, pero el complejo fue acosado en seguida por el fuego enemigo, que mató a varios internos que habían logrado sobrevivir a tres años de hambre, enfermedades y confinamiento. Una mujer, la señora Foley, perdió todo un brazo cuando un proyectil explotó en su habitación. La llevaron al hospital de urgencias con su hija de quince años, Mary Francés. «La señora Foley no paraba de preguntar por su marido y Mary Francés le dijo que estaba bien», explicó la enfermera estadounidense Denny Williams. «Ella sabía que había muerto, pero no quería decírselo a su madre justo cuando estaba a punto de enfrentarse a una operación quirúrgica para que le amputasen el brazo. Los niños crecían muy pronto en Santo Tomás».

Luego, inevitablemente, llegó MacArthur a recoger los aplausos, en medio de una muchedumbre enloquecida de compatriotas. «Parecía que usaban sus últimas fuerzas para conseguir acercárseme lo suficiente y rozarme la mano —escribió en un tono algo empalagoso—. Lloraban y reían histéricos e intentaban darme las gracias todos a la vez. Me cogían de la chaqueta. Me besaron. Me abrazaron. Fue un momento estupendo que jamás olvidaré: sentirse como alguien que da la vida, no que la quita». Al día siguiente, el 4 de febrero, MacArthur quiso entrar en Manila. Griswold, del XIV Cuerpo, escribió con acritud: «Está loco, ¡salir con esto! Con la sola compañía de un puñado de exploradores, pasamos por una carretera en la que íbamos viendo sin parar a nuestros muertos y a los del enemigo… Al final la acción del enemigo nos impidió entrar. ¿Por qué no nos mataron? ¡Ni la menor idea! En mi opinión, aquello fue lo más imprudente que podía intentar un comandante en jefe». Al sur de Manila, Eichelberger, del 8.° ejército, escribió con recelo: «En los alrededores de la base aérea de Nichols nos encontramos con una resistencia mayor a la esperada. Teníamos la esperanza de poder entrar sin obstáculos y yo no recuerdo ningún informe de inteligencia en el que se previera que los japoneses intentarían mantener la plaza». Los cuarteles generales de MacArthur anunciaron la caída inminente de la capital. Pero el enemigo no estuvo de acuerdo.

Sin embargo, los informes del servicio de inteligencia de los Estados Unidos acertaron al suponer que Yamashita no querría defender Manila. Él sabía que sus fuerzas ni podían mantener un perímetro amplio alrededor de la ciudad, ni tampoco serían capaces de alimentar a 800 000 personas. En consecuencia, había ordenado al comandante local, el general Shizuo Yokoyama, que destruyera las instalaciones del puerto y los puentes sobre el río Pasig y luego se retirase. Parece que el sentimiento humanitario hacia la población de Manila también tuvo su parte en el pensamiento de

Yamashita. Pero el vicealmirante Sanji Iwabuchi no compartió aquellos escrúpulos; él estaba al mando de 16 000 miembros del personal naval en la ciudad. El ejército de Tierra no tenía autoridad sobre Iwabuchi y este había decidido presentar batalla. A pesar de que sus marinos carecían de formación como artilleros —en realidad, en su mayoría, eran supervivientes de naves perdidas, entre las que se encontraba el acorazado *Musashi*—, se les suministraron armas automáticas en abundancia y municiones que habían rescatado de buques y aviones.

En las semanas previas a la llegada del 6.° ejército, fortificaron las zonas clave de Manila con una efectividad formidable. El general Yokoyama se convenció de que, desde el momento en que la Armada pretendía luchar, el honor obligaba a que los tres batallones del ejército que permanecían en la ciudad hicieran lo mismo. A medida que las tropas de MacArthur se acercaban, los japoneses se fueron retirando al otro lado del río Pasig, dinamitando los puentes y provocando demoliciones que iniciaron grandes fuegos en zonas residenciales.

Durante siglos, los visitantes se habían sentido inspirados por Manila, desde la vieja ciudad española de Intramuros, con sus callecitas estrechas y adoquinadas, las iglesias y un fuerte construido al lado de un viejo recinto musulmán, hasta las amplias carreteras y avenidas y hasta Luneta, una extensa pradera en la que se celebraban numerosas fiestas. Sin embargo, en 1945, a los manileños les quedaban pocas probabilidades de celebrar fiestas. El precio del arroz había subido mucho. Casi todo el mundo pasaba hambre, incluidos los japoneses, algunos de los cuales tuvieron que completar su alimentación con hierbas del campo. Cundían el tifus y la disentería. El alcalde de la ciudad, Guinto, insistió a los más famélicos que abandonaran la ciudad y algunos lo hicieron así. La represión se intensificó: se produjeron redadas para apresar a los sospechosos de ser agentes estadounidenses, ruedas de identificación ante «ojos secretos» —informantes encapuchados del *makapili*, la milicia colaboracionista que contaba con cinco mil hombres— que denunciaban a pobres gentes desafortunadas a las que trasladaban a los viejos calabozos del antiguo fuerte español de Santiago.

Los europeos de Manila eran los primeros sospechosos. El 28 de diciembre de 1944, los hombres del *Kempeitai* (servicio secreto japonés) cayeron sobre la iglesia de Malate, arrestaron a los padres Kelly, Henaghan y Monaghan y se los llevaron. Al final devolvieron lo que había quedado de los sacerdotes, después de las torturas sufridas. El pueblo de Manila estaba advertido de cuáles eran las intenciones de los ocupantes respecto de convertir la ciudad en un campo de batalla, lo cual hace que sea aún más curioso el hecho de que MacArthur no recibiera ningún informe al respecto del servicio secreto. Los marineros trabajaron en la construcción de barricadas y fortines, talando palmeras del bulevar Dewey, de modo que la aviación pudiera aterrizar en la zona. Subieron la artillería a pulso hasta las plantas superiores

de los edificios de oficinas. Las minas que habían improvisado a partir de proyectiles y bombas fueron colocadas en los cruces de carretera, con ametralladoras situadas expresamente para ofrecerles cobertura.

El avance estadounidense se vio detenido en varias ocasiones por las multitudes de lugareños que pretendían animarlos. Las tropas que entraron por el norte de Manila fueron recibidas con flores, frutas y cerveza. Algunos filipinos se quitaban los sombreros y se inclinaban. La marcha se vio retrasada cuando las tropas descubrieron que la fábrica de cerveza de Balintawak no había sufrido daños. Durante varias horas, los soldados estadounidenses llenaron y vaciaron los cascos una vez tras otra, hasta que los tanques de cerveza se secaron. «Había multitudes de filipinos que llenaban las calles como si estuvieran celebrando un aniversario —escribió el capitán Bob Brown, del 5.° de infantería—. En algunos sitios había tanta gente que no podía distinguir a mis hombres. Cuando nos caían proyectiles de mortero japoneses, ellos desaparecían como la niebla en medio de un sol radiante, pero en cuanto se terminaba el fuego volvían igual de deprisa para reanudar la celebración».

«El combate se convirtió en un tiroteo, al estilo del lejano oeste —contaba el capitán Labin Knipp—. Los *japos* saltaban de todos los caminos y edificios intentando escapar del fuego. Nosotros estábamos preparados y disparábamos primero». Hubo encuentros un tanto extraños. El comandante Chuck Henne del 3.er batallón del 148.° regimiento de infantería, se encontró con que una china vestida de un modo impecable lo invitaba a su casa, donde le ofreció un tentempié en perfecto inglés, mientras llamaba a sus sirvientes dando palmas a pesar de los incendios y las detonaciones que se estaban produciendo unas calles más abajo. «No todos los hombres tuvieron el privilegio de sentarse en una terraza con una mujer hermosa, compartiendo un té con pastas y contemplando la ciudad en llamas», se maravillaba Henne.

En aquel momento, el escenario se preparaba para la batalla más espantosa de todas las de la guerra del Pacífico, la única en la que las fuerzas estadounidenses se vieron peleando por el control de una población. Durante el mes siguiente, el 6.° ejército se vio inmerso en una serie de luchas callejeras, casi puerta por puerta, repeliendo ataques suicidas de la resistencia japonesa. El cerco estadounidense negó al general Yokoyama la posibilidad de retirarse, aunque a la postre hubiera sido capaz de convencer a sus homólogos navales para que accedieran a la maniobra. Los japoneses sabían que estaban atrapados y lucharon de acuerdo con las condiciones. Las principales víctimas de la batalla no fueron los combatientes, sino la población civil, que sufrió de un modo horrible. MacArthur, en lugar de celebrar el desfile triunfal por las calles, que tantos preparativos le había costado, se vio de pronto como presidente del martirio de Manila.

Como tantas veces en sus campañas, el general tardó demasiado en darse cuenta

de la gravedad de los combates. «Nuestras fuerzas están eliminando rápidamente al enemigo de Manila», anunciaba un boletín de sus cuarteles generales del 6 de febrero, al que siguió otro al día siguiente que rezaba: «La 37.ª división de infantería y la 1.ª de caballería continúan con las operaciones de limpieza al norte de Manila, mientras que la 11.ª de aerotransportados hace lo mismo en el sur de Manila». El propio MacArthur declaró el 6 de febrero que habían asegurado el control de la capital a las 6:30 de aquella mañana. La revista *Time*, que se tragó la afirmación del capitán y la sazonó con cuatro tópicos, publicó que la ciudad había caído «como una ciruela madura». En realidad, las penalidades acababan de comenzar.

«MacArthur sueña que salva intacta esta hermosa ciudad», escribió Griswold, del XIV Cuerpo, el 7 de febrero. «No se da cuenta, como yo, de que el cielo arde cada noche cuando [los japoneses] saquean sistemáticamente la ciudad. Ni tampoco sabe que el fuego de los rifles enemigos, las ametralladoras, el mortero y la artillería es cada día más intenso. Según mi opinión personal, los *japos* aguantarán la parte de Manila situada al sur del río Pasig hasta que se mueran». Griswold añadió, dos días más tarde: «El comandante del Ejército [Krueger] esta muy descontento con el progreso, *para variar*. ¡Nunca he visto a nadie más horrible con quien servir!». Los informes del servicio de inteligencia de los Estados Unidos, con respecto al despliegue enemigo, eran casi inexistentes. Unos mil quinientos japoneses murieron en las luchas que se libraron al norte del Pasig, pero aquello solo era el principio. En cuanto los hombres de Krueger empezaron a forzar los pasos del río el 7 de febrero, descubrieron lo duro que estaba dispuesto a luchar el enemigo.

El 3.er batallón del 148.° regimiento de infantería cruzó el río con vehículos anfibios y lanchas de asalto. Según escribió un oficial:

> *Al dejar la orilla más próxima, la 1.ª compañía de lanchas avanzaba bien, en un movimiento de media luna irregular, cuando el fuego japonés les cayó encima: ametralladoras y cañones. Aquel fuego, que venía del oeste, atravesó las lanchas dispersas de la formación y convirtió la maniobra en una precipitada huida a lo loco en busca de cobijo en la orilla contraria. Era fascinante ver cómo las piezas de palas y los trozos astillados del contrachapado de la lancha saltaban por los aires mientras los hombres bogaban con remos rotos o con rifles. En cuanto llegaron a la otra costa, los hombres saltaron de sus botes y empezaron a trepar por la orilla con sus camaradas muertos o heridos a cuestas. Lo que pareció haber durado horas se había terminado en diez minutos.*

En palabras ahora de un alto oficial de la 37.ª división, formación surgida de la Guardia Nacional de Ohio:

> *El cielo era una cúpula de gruesas nubes de cobre bruñido. Tal era el resplandor de la ciudad agonizante, que las calles, incluso donde estábamos nosotros, se veían encendidas por el reflejo de una luna rojiza. Enormes lenguas de fuego arrasaban los tejados y a veces abarcaban varias manzanas en su vuelo devastador… Contemplamos la espantosa pirotecnia de destrucción, que se expandía cada vez más rápido, para abrazar y destruir la ciudad más hermosa del Extremo Oriente.*

El ejército de los Estados Unidos en las Filipinas no poseía ni mucho menos la amplia experiencia en luchas callejeras que adquirieron las fuerzas de Eisenhower en Europa. En Manila recibieron lecciones muy difíciles. Los principales edificios de la ciudad fueron diseñados a prueba de terremotos. La estación de policía de Paco, por ejemplo, desafió repetidos asaltos de la infantería, apoyados por la artillería y los morteros pesados. Dos tanques se perdieron por efecto de las minas, antes de que las unidades blindadas eliminaran el fuego japonés en un grado suficiente como para permitir el asalto final: «Pero ni entonces —declaraba un informe del 6.° ejército— se retiraron los japoneses. Los últimos fueron destruidos en ubicaciones protegidas con sacos de arena y excavadas a bastante profundidad en el sótano». Contra los grandes edificios públicos, se demostró necesario usar obuses de 155 mm lanzados a quemarropa (esto es: seiscientos metros). En el asalto al Edificio de Finanzas, los 155 y los tanques solo bombardearon las plantas inferiores, no fuera que los proyectiles con una trayectoria más elevada explotasen en zonas civiles de los alrededores. La artillería demolió la estructura de forma sistemática, hasta que los defensores se retiraron a su sótano. Los estadounidenses, abriéndose paso a la fuerza escaleras arriba del Hotel Manila, descubrieron que el enemigo iba reocupando los pisos bajos que dejaban tras ellos. Unos doscientos japoneses acabaron metiéndose en su refugio antiaéreo del sótano, que al final terminó siendo su tumba sellada.

Los guardias huyeron de la prisión de Bibilid, dejando atrás a los prisioneros: 447 civiles y 828 militares, la mayoría estadounidenses. Algunos eran hombres a los que MacArthur había dejado en Corregidor en 1942. Bendita sorpresa fue descubrir que aún estaban vivos, pero además de su extrema delgadez, todos los prisioneros liberados en las Filipinas estaban traumatizados. El mundo había cambiado muchísimo durante su periodo de aislamiento. El coronel Bruce Palmer describió la liberación de los prisioneros de guerra en Cabanatuan: «Jamás olvidaré el desconcierto que había en la mirada de aquellos hombres. Sencillamente, no podían creer que los hubiera liberado. Nuestro equipo —todo lo que teníamos—, los cascos y todo lo demás, todo les resultaba extrañísimo. Se creían que éramos marcianos». El jefe del Estado Mayor de Krueger, Clyde Eddleman, visitó a los prisioneros de guerra liberados en las tiendas del hospital de campaña. Había un sargento «sentado en un catre, como aturdido, y me miró y me dijo: “¿Usted no estaba al mando de la Compañía del Cuartel General del 19.° de infantería, en 1938?”. Le respondí que sí. “Bueno, pues yo era el cabo Greenwood que luchó en la clase de los ligeros”». En aquel momento, oficial y suboficial se encontraron como si fueran hombres venidos de dos universos distintos.

Piedra a piedra, ruina a ruina, trozo a trozo los estadounidenses fueron avanzando por toda Manila, por las calles barridas por el fuego enemigo. Transcurridos los primeros días, los comandantes superiores japoneses ya solo pudieron ejercer un

control mínimo. Sus grupos de batalla, improvisados, se limitaban a luchar hasta la muerte allí donde estuvieran. Defendieron el estadio de béisbol con uñas y dientes; los marinos japoneses llegaron a cavar en el campo mismo. Aguantaron en la oficina de correos hasta que quedó reducida a escombros. En la isla del Provisor, en el río Pasig, los soldados estadounidenses jugaron a un escondite mortal entre la maquinaria de una central eléctrica. El comandante Chuck Henne reflexionaba así:

> *Existen momentos individuales, solitarios, durante los cuales la presencia de otros soldados sirve de poco. Es imposible relajarse, porque los músculos se tensan de forma incontrolable y los dientes se quedan apretados. La explosión de un proyectil pesado es inolvidable, igual que la bomba que no estalla y rebota cayendo en una calle adoquinada. Las más cercanas dejan un regusto terroso en la boca. Al saltar por los aires y quedar herido a causa de los escombros, un soldado cuenta los brazos y las piernas palpando si hay sangre.*

Los estadounidenses se quedaron sorprendidos por la forma en la que los civiles deambulaban por el campo de batalla, en apariencia, totalmente ajenos a la carnicería. El comandante de una compañía que inspeccionaba las trincheras se quedó desconcertado al descubrir a algunos de sus hombres abrazados con mujeres filipinas. Suspiró: «Espero que no tengan enfermedades venéreas». Las calles estaban atestadas de niños indigentes. Un muchacho llamado Lee se unió al 3.er batallón del 148.° regimiento de infantería y luego, al cabo de unos días, confesó entre lágrimas que era una niña y se llamaba Lisa. La mandaron a un orfelinato católico.

Una y otra vez, a medida que las tropas avanzaban, iban encontrándose con desagradables sorpresas. Cuando un *Jeep* chocó contra una mina enterrada en la calle, no se recuperaron siquiera fragmentos de los cuerpos de sus ocupantes; solo encontraron el chasis del vehículo, que descansaba en la base del cráter. Mientras un grupo de hombres recibía instrucciones para retirarse a una zona de descanso, uno de ellos, que permanecía de pie en un montículo, se desplomó de repente en el suelo, muerto en el acto. Una bala perdida, disparada probablemente a más de un kilómetro de distancia, lo había alcanzado sin previo aviso. Un coronel de un batallón de reserva visitó un puesto de mando de la vanguardia. Al subirse a una ventana, cayó muerto, herido por una bala japonesa. «Era… tan habitual en el combate —dijo un testigo presencial—. Un error y estás muerto». Aunque se hablaba mucho de los francotiradores, en realidad había pocos tiradores en el contingente de marinos japoneses. Confiaban de una forma exagerada en las ametralladoras, para las que disponían de cantidades casi ilimitadas de munición.

El soldado Dahlum, del 3.er batallón del 148.° regimiento, era el explorador de avanzada de una patrulla que bajaba por un callejón cuando un oficial japonés y seis hombres les saltaron encima. Antes de que ningún estadounidense pudiera reaccionar, el oficial blandió su espada y asestó un aterrador y mortal golpe en la cabeza de Dahlum. Acto seguido, la patrulla abatió a todos los japoneses, sin sufrir más bajas.

El incidente se había terminado en unos segundos y los supervivientes se quedaron sin poder dar crédito a lo que acababan de vivir. Según escribió un oficial estadounidense:

*La sospecha de que cada puerta cerrada y cada ventana oscura ocultaba a un japonés acechante dejaba los nervios destrozados y, con demasiada frecuencia, el japo estaba allí de verdad. Una vez cruzada la calle y dentro del edificio, el trabajo parecía menos arriesgado, ya que los hombres se lanzaban sobre el emplazamiento elegido abriendo brecha en las vallas y los muros para crear «puertas». El movimiento final consistía en disparar rápido para cubrir al equipo de demolición que cerraría y volaría la posición usando granadas u otros explosivos.*

El aspecto más repugnante de la defensa japonesa de Manila fue la matanza sistemática de los civiles de la ciudad. Los japoneses justificaron aquella política afirmando que cualquiera que se hallara en el campo de batalla era un guerrillero. Más de cien hombres, mujeres y niños fueron apiñados en el almacén de maderas de Paco, en Moñones y la avenida Juan Luna, donde fueron atados, los cosieron a bayonetazos y les dispararon. Algunos cuerpos fueron quemados y otros se quedaron al sol, pudriéndose. Pelotones de japoneses irrumpían en edificios llenos de refugiados, disparando y acuchillando. Se produjeron masacres en las escuelas, los hospitales y conventos, incluido el hospital de San Juan de Dios, el colegio de Santa Rosa, la catedral de Manila, la iglesia de Paco y el convento de San Pablo.

Algunos civiles vieron cómo los japoneses los sacaban de sus casas y los apelotonaban, diciéndoles que estaban en peligro por el fuego de la artillería. Se los llevaron a una zona de reunión en la plaza Ferguson, donde pronto tuvieron custodiados a unos dos mil. Allí separaban a las jovencitas y las llevaban primero al café Coffee Pot y luego al hotel Bay View, en el que habían dispuesto los burdeles. Los japoneses querían ofrecer a sus hombres, que iban a morir pronto, una última experiencia sexual exaltante. Una chica de veinticuatro años, llamada Esther García, contó luego parte de las vivencias que sufrieron sus hermanas de catorce y quince años, Priscilla y Evangeline:

*Cogieron a mis dos hermanas. Las metieron detrás de mí. Y no sabíamos qué iban a hacer. Así que mis dos hermanas empezaron a luchar con ellos, pero no consiguieron nada. Pues las cogieron del brazo y las sacaron de la habitación. Y nosotros esperamos, y esperamos, y esperamos hasta que al final entró mi hermana menor y estaba llorando. Y yo le pregunté:*

*—¿Dónde está Pris? ¿Dónde está Pris?*

*A lo que ella me contestó:*

*—¡Oh! ¡Le están haciendo algo, Esther! —Así, todas las de la habitación supimos lo que nos iba a pasar. Cuando volvió Priscilla, me dijo:*

*—Esther, me han hecho algo. ¡Me quiero morir! ¡Me quiero morir!*

Un soldado japonés le había abierto la vagina con un cuchillo. Por la noche, los estadounidenses en la línea de combate quedaban desconcertados al oír ruidos de gritos y cánticos, voces y risas, mientras los japoneses celebraban las últimas juergas.

En ocasiones, luego llegaban las explosiones de granadas, cuando los soldados se suicidaban o mataban a los desventurados filipinos. Algunas de las peores atrocidades cometidas por los japoneses tuvieron lugar —no deja de ser irónico— en el Club Alemán de la ciudad, en el que murieron quinientas personas, de las que cinco eran alemanes. Doce miembros de una familia, los Rocha Beech, sufrieron agresiones con bayoneta y luego los quemaron vivos, junto con la niñera. Una chica de quince años fue violada en plena calle, en medio del fuego de la artillería y los gritos de la gente. Después, el japonés responsable de aquello cogió su bayoneta y la usó para abrirle el cuerpo desde la ingle hasta el pecho. Doce hermanos cristianos, alemanes, murieron en la iglesia del colegio de La Salle. Médicos, enfermeras y pacientes del centro de la Cruz Roja fueron masacrados el 9 de febrero. Los padres irlandeses de la iglesia Malate, que habían sido torturados a primeros de mes, volvieron a sufrir un arresto y jamás se los volvió a ver.

Una mujer embarazada, Carmen Guerrero, caminaba hacia las líneas estadounidenses con un niño en brazos, al que apretaba con fuerza. Había visto cómo torturaban a su marido ante ella y luego se lo llevaban para pegarle un tiro. Llevaba una semana sin comer y sin dormir. Más tarde escribió:

> *Había visto la cabeza de una tía mía, que me enseñó a leer y escribir, rodar por debajo del horno de la cocina; y la cabeza de un amigo que se había arrastrado a mi lado por el suelo, cuando intentábamos llegar al refugio bajo de Ermita, la vi completamente destrozada por una bala; y una prima sin piernas, arrastrándose sola para salir de una trinchera bajita en el cementerio; y una madre joven que llevaba un bebé y tiraba de la manga de mi padre: —Doctor, ¿puede ayudarme? Me parece que estoy herida— decía, y al darse la vuelta se le podían ver trozos de costilla y de pulmón.*

La gran casa del doctor Rafael Moreta en la calle de Isaac Peral se había convertido en un refugio que albergaba a sesenta personas. El mediodía del 7 de febrero, veinte marinos japoneses irrumpieron allí con las bayonetas caladas, conducidos por un oficial bajito y fornido, con un gran bigote. Separaron a los hombres y a las mujeres, hicieron un registro en busca de armas y les quitaron lo que tuvieran de valor. Luego, metieron a los hombres a la fuerza dentro de un cuarto de baño y lanzaron unas granadas al interior. Los que quedaron con vida, oyeron los gritos de las mujeres, los llantos de los niños. Cuando se hizo el silencio y se vio que los japoneses se habían marchado, los supervivientes salieron tambaleándose y se vieron ante treinta mujeres muertas o moribundas, todas violadas, junto con sus niños en condiciones similares.

Muy pronto se puso de manifiesto que los asesinatos en aquella escala no respondían a un acto espontáneo cometido por los japoneses a nivel individual, sino que obedecían a una política dictada por los comandantes locales. Si sus hombres iban a morir, había que negar a los vencedores todo motivo de alegría. La orden que se requisó a un batallón de japoneses capturados rezaba así: «Cuando haya que matar

filipinos se los debe reunir en un solo lugar y han de disponerse de modo que no se haga necesario el uso excesivo de munición o recursos humanos. Dadas las dificultades para deshacerse de los cuerpos, deberán acumularse en casas previstas para ser incendiadas o demolidas, o lanzarlos al río». Oscar Griswold, del XIV Cuerpo, quedó perplejo al leer una traducción de un diario que halló en el cadáver de un japonés, donde el soldado había escrito sobre su amor hacia su familia, había ensalzado la belleza de una puesta de sol, y en cambio luego describía cómo participó en una masacre de filipinos en la que golpeó a un bebé contra un árbol.

Parece gratuito seguir detallando la carnicería, que se prolongó hasta principios de marzo. Los incidentes descritos más arriba son representativos de la suerte que corrieron decenas de miles de gentes desafortunadas. Un niño que salía de un hospital vio el cadáver de un japonés y escupió sobre él. Su padre le dijo con cuidado: «No hagas eso. Era un ser humano». Pero para entonces, quedaban pocos manileños que pudieran mantener aquellos sentimientos. Teniendo en cuenta el posterior bombardeo de los Estados Unidos sobre Japón y la decisión de bombardear Hiroshima, es conveniente recordar que, en la primavera de 1945, la nación estadounidense sabía lo que los japoneses habían hecho en Manila. La matanza de inocentes dejó muy claro que no se trataba de un riesgo de la guerra ni de acciones llevadas a cabo sin autorización por soldados enemigos disipados, sino que constituyó una «ética de la masacre», paralela a los sucesos acontecidos en Nanjing en 1937 y a «hazañas» similares perpetradas en toda Asia. A la vista de pruebas obtenidas en momentos, lugares y circunstancias tan diversos, a los dirigentes japoneses se les hizo imposible negar una crueldad sistemática tan flagrante como la de los nazis.

Pero el ejército de los Estados Unidos pudo enorgullecerse de poco en lo relativo a su actuación en la zona. Para vencer las defensas japonesas, se hizo necesario bombardear extensas zonas de la ciudad hasta dejarlas hechas cenizas. Antes de los desembarcos en las Filipinas, MacArthur envió un mensaje a todas las fuerzas estadounidenses, haciendo hincapié en la importancia de limitar el uso de la potencia de fuego. Los filipinos, escribió, «no podrán entender una liberación que vaya acompañada de una destrucción indiscriminada de sus casas, sus posesiones, su civilización y sus vidas… esta política viene dictada por la humanidad y por nuestros principios morales a lo largo y ancho del Lejano Oriente». En consecuencia —y para la mayor consternación de sus subordinados—, MacArthur no quiso permitir que se desplegaran las fuerzas aéreas sobre Manila. Solo después de que la 37.ª división sufriera 235 bajas en un solo día, el 9 de febrero, el comandante de operaciones en el escenario levantó a su pesar las restricciones para el uso de la artillería. «Desde entonces en adelante, hablando en plata, tiramos la casa por la ventana», dijo el comandante de la 37.ª división. Cien cañones y cuarenta y ocho morteros pesados estadounidenses lanzaron 42 153 proyectiles y bombas. El historiador oficial de los

Estados Unidos se encogía de hombros: «Las vidas estadounidenses eran, sin duda, mucho más valiosas que los monumentos históricos».

Un cálculo de posguerra sugiere que por cada seis manileños asesinados por los defensores japoneses, otros cuatro morían bajo el fuego de sus libertadores estadounidenses. Algunos historiadores llegan incluso a dar la vuelta a estas cifras. «Los que sobrevivieron al odio japonés no sobrevivieron al amor estadounidense —escribió Carmen Guerrero—. Ambos eran letales por igual, aunque el primero más, porque lo pretendía y lo ansiaba». La artillería mató a cuatrocientos civiles en los alrededores del Hospital de los Remedios. Un hombre de la localidad, Antonio Rocha, se acercó a una línea de morteros de los Estados Unidos y le dijo al oficial que sus bombas estaban cayendo sobre los civiles, no sobre los japoneses. El estadounidense le hizo un gesto para que se apartara con impaciencia. Las columnas neoclásicas del edificio de la Asamblea Legislativa se derrumbaron y se convirtieron en un montón de escombros. El 14 de febrero, el cuartel general de MacArthur anunció: «El fin del acuartelamiento del enemigo, ya cercado, está próximo». Pero la destrucción y la muerte siguieron campando con toda su fuerza mientras los hombres de Krueger se aproximaban al último de los bastiones japoneses, la antigua ciudad española.

Oscar Griswold, del XIV Cuerpo, escribió el 28 de febrero:

> *El comandante en jefe ha rechazado mi solicitud para usar los aviones en Intramuros. Me resultó odioso pedírselo, porque ya sabía que causaría la muerte de civiles que los japoneses conservaban como rehenes. Sabíamos, además, que los japos están quemando a muchos hasta matarlos, les pegan tiros y los cosen a bayonetazos. Con lo horrible que parece, es probable que morir en un bombardeo sea más misericordioso… Me temo que la negativa del comandante en jefe a permitirme el bombardeo provoque más muertes entre mis hombres… Comprendo cómo le sienta bombardear al pueblo, pero se ha estado haciendo por todo el mundo: Polonia, China, Inglaterra, Alemania, Italia; entonces, ¿¡por qué aquí no!? La guerra nunca es bonita. Soy sincero al decir que yo sacrificaría las vidas de los filipinos, en circunstancias como estas, para salvar las de mis hombres. Esto me ha amargado bastante esta noche.*

En los últimos días de febrero, los estadounidenses iniciaron la fase final y más cruda de la lucha destinada a vencer a los defensores de la vieja ciudad. Griswold escribió: «El asalto de Intramuros fue único en una guerra moderna, por el hecho de que toda la zona era de estructura medieval y sus defensas combinaban las fortalezas de la Edad Media con la potencia de fuego de las armas modernas». Se abrieron brechas en los muros de granito, de seis metros de espesor, con la artillería pesada. El 145.° regimiento de infantería atacó entonces, apoyado por una compañía de tanques medianos, una compañía de destructores anticarros, una sección de cañones de asalto, dos tanques lanzallamas y artillería autopropulsada. Una vez dentro del Fuerte Santiago, los equipos de demolición estadounidenses sellaron entradas profundas, calabozos y túneles, tras lanzar en ellos granadas de fósforo blanco o rociarlos con

gasolina y prenderle fuego. Hasta el final, la batalla fue dispersa, confusa y despiadada.

Hasta el 3 de marzo no se pudo considerar que Manila fuera un lugar seguro para las tropas estadounidenses. Unos 3500 japoneses se escaparon cruzando el río Marikina. Cansado y desesperado, Oscar Griswold escribió: «El general MacArthur ha anunciado la toma [de Manila] varios días antes del verdadero suceso. El tipo es un *loco de la publicidad*. Cuando los soldados se están muriendo y caen heridos, no les sienta nada bien saber que lo que ellos están llevando a cabo se ha anunciado oficialmente como una cuestión que terminó hace ya unos cuantos días». MacArthur se abrió paso entre los escombros de su viejo cuartel general, en el ático del Hotel Manila, y allí descubrió que su biblioteca había quedado destrozada y había un coronel japonés muerto en la alfombra: «No fue un momento nada agradable… Me hallé saboreando el poso ácido que deja la amargura de un hogar amado y devastado», escribió más adelante. Parece extraño que hiciera ostentación de sus pérdidas, que no eran más que objetos, en medio de una devastadora catástrofe humana. Escribió a su esposa Jean para comunicarle la buena noticia de que había recuperado toda la plata de la familia. Cogió una mansión, Casa Blanca, en el elegante barrio de Santa Mesa, fijó allí su residencia y no hizo ningún caso de las críticas generalizadas al hecho de pedirle ajean que se reuniese allí con él.

Los soldados estadounidenses no solo estaban exhaustos, sino que además sufrían una profunda depresión por lo que habían visto, lo que habían hecho y lo que habían sufrido en Manila. El 3.er batallón del 148.° regimiento de infantería, por ejemplo, había perdido al 58 por 100 de sus efectivos. Muchas de las bajas eran veteranos de las campañas de Bougainville y Nueva Georgia. Entre los nuevos reemplazos hubo un aluvión de heridos que se habían infligido a sí mismos las lesiones, lo que les acarreó un consejo de guerra. Con la intención de aliviar la melancolía entre sus hombres, el coronel del batallón realizar ordenó una «borrachera organizada». Llevaron dos camiones de whisky Suntory y repartieron tres botellas por cabeza. Un día lo dedicaron a beber y el segundo, a «curarse». Tal vez aquella no fuera una buena respuesta a los problemas morales del batallón, pero los oficiales fueron incapaces de pensar en alternativas mejores.

Los vencedores contabilizaron un millar de bajas estadounidenses, junto con las 16 665 japonesas y las cien mil de manileños. En aquellos días, otras ciudades de la isla de Luzón también sufrieron masacres a manos de sus ocupantes: 984 civiles murieron en Cuenca el 19 de febrero; quinientos en Buangy Batangas el 28 de febrero; siete mil civiles perdieron la vida en Calamba, Laguna. En total, se cree que un millón de filipinos murieron por causas violentas durante la Segunda Guerra Mundial, la mayoría en los últimos meses. Se produjo una intensa discusión acerca de si MacArthur debería haber dado un rodeo en Manila, en lugar de tomarla por asalto.

Lo que es seguro es que se equivocó al creer que podría servir a los intereses del pueblo filipino comprometiendo a un ejército en su liberación. Todo cuanto hubieran sufrido los filipinos a manos japonesas, de haberse contentado los estadounidenses con tomar las bases aéreas para el ataque contra Tokio y haberse contenido —esto es, haber renunciado a reocupar todo el archipiélago de las Filipinas— habría sido menos grave que la catástrofe experimentada cuando MacArthur convirtió su país en un campo de batalla. Y en marzo de 1945, la lucha por las islas estaba muy lejos de haber tocado su fin.

### 2. EL DESAFÍO DE YAMASHITA

Aunque aún se estaba librando la batalla de Manila, los oficiales superiores de los Estados Unidos veían la proximidad del final de la guerra en Europa y conjeturaban sobre las implicaciones que ello tendría para la derrota de Japón. El teniente general Robert Eichelberger, del 8.° ejército, escribió el 16 de febrero:

> *Creo que el GJ [Gran Jefe] se opondría a cualquier intento de traer a la multitud europea hasta aquí, aunque quisieran hacerlo. Yo, personalmente, espero que los japoneses abandonarán cuando Stalin empiece a presionar en la línea del ferrocarril de Manchuria (si es que lo hace). Se darán cuenta de que no pueden confiar en resistir esta presión… Si llegamos a tener a Rusia de nuestro lado aquí, los japoneses se encontrarán en una posición horrible y en adelante creo que se irán antes de que les bombardeen sus ciudades.*

Eichelberger añadió el 5 de marzo: «No espero que el GJ cambie jamás. Nunca querrá a nadie que no sea él mismo sobre el escenario».

Mientras tres divisiones estadounidenses luchaban por Manila en febrero, otras retomaban lugares con nombres cargados de simbolismo como Bataan y Corregidor. El desfiladero de Zig-Zag, en las proximidades de la península de Bataan, se convirtió en el escenario de la más dolorosa de las batallas de la campaña. Antes de asegurar la zona, varios oficiales superiores, incluido un comandante de división, fueron despedidos por presunta incompetencia. Un asalto con paracaídas sobre la isla fortaleza de Corregidor sorprendió a los defensores japoneses antes de un desembarco anfibio, pero costó muchas bajas entre los saltadores y días de sangrientas limpiezas. Un tanque disparó contra el túnel de Malinta y alcanzó un depósito de municiones, que, al explotar, hizo saltar por los aires al carro blindado, pese a que se encontraba a cincuenta metros de distancia. En la isla de Corregidor y en la cercana isla de Caballo, los estadounidenses liquidaron a la mayoría de los defensores subterráneos, muy pertinaces, al bombear aceite en sus búnkeres e incendiarlos después. «Los resultados —en palabras del informe de la división— fueron de lo más gratificante». Algunos japoneses escogieron poner fin a sus penalidades haciendo estallar almacenes de munición situados bajo tierra, de modo que mataban a los

estadounidenses que tenían la mala fortuna de encontrarse encima. Fue una cuestión horrible, amarga. Incluso el propio MacArthur se sintió incapaz de manifestar un gran triunfalismo con respecto a la reconquista de estos famosos símbolos, a pesar de que dirigió una flotilla de lanchas torpederas en una ceremonia celebrada en Corregidor.

Mientras tanto, el avance del 6.° ejército continuaba hacia el norte y el este, en medio de una resistencia tenaz. Durante los meses siguientes, Yamashita dirigió una defensa muy eficiente de las zonas montañosas en las que se había fortificado. Las unidades japonesas luchaban; provocaban bajas entre los estadounidenses; causaban días de retrasos, miedo y dolor; y luego se retiraban a la siguiente línea de combate. Los ingenieros de Krueger trabajaron sin descanso bajo el fuego enemigo para mejorar los escarpados senderos por los que se movían los tanques y los vehículos. Las enfermedades se cobraron su precio entre los atacantes y los defensores por igual. Los soldados japoneses, que pasaron hambre en todo momento, acabaron famélicos. «De los cuarenta y nueve hombres que quedan, solo diecisiete son aptos para el servicio», escribió el teniente Inoue Suteo, del 77° de la infantería japonesa, el 19 de marzo.

> *Los otros dos tercios están enfermos. De los catorce hombres de la sección de lanzamiento de granadas, solo tres están bien… A la Fuerza 43.ª [a la que pertenece esta unidad] se la conoce ya como «la unidad de la malaria»… La calidad de los soldados japoneses ha decaído de forma estrepitosa. Dudo que puedan aguantar la batalla. Pocas unidades en el ejército japonés carecen, tanto como esta, de la necesaria disciplina militar.*

El soldado Shigeki Hara, de la 19.ª unidad especial de ametralladoras, describió el sufrimiento vivido durante la retirada de una columna de hombres enfermos. Abandonaron todas sus posesiones personales, aunque Hara quiso mantener la costumbre de llevarse a Japón una parte de cada compañero soldado muerto: «Después del amanecer, quité el brazo del cuerpo muerto de un camarada y seguí al grupo principal… [que] fue atacado por una compañía de guerrilleros; sufrimos una baja. Maté a un enemigo con la espada». Además de las dolencias propias de una zona tropical, los hombres descubrieron que un pequeño ácaro rojo de la zona era portador del tifus de los matorrales. Los síntomas consistían en fiebres altas, que causaban daños en el corazón de los que algunas víctimas jamás se recuperaban. «Casi cada día caían dos o tres hombres, que al instante recibían un disparo de los oficiales», decía el soldado de primera Bunsan Okamoto, en tiempos de paz vendedor aprendiz, que servía con el 30.° regimiento de exploradores. Él tuvo bastante suerte y lo capturaron los estadounidenses, que lo mantuvieron con vida por razones de espionaje. Un oficial de los Estados Unidos conoció a una atractiva joven filipina que dijo haber estado huyendo durante semanas con tres soldados japoneses. «Los últimos días —contó— se pasaban la mayor parte del tiempo llorando». Los

estadounidenses descubrieron una nota escrita con lápiz entre las provisiones abandonadas por el enemigo, firmada por un japonés desconsolado: «Al valiente soldado estadounidense que encuentre esto: dígale a mi madre que morí con valor».

Por todo el archipiélago de las Filipinas, a principios de la primavera de 1945, los acuartelamientos japoneses aguardaban, con mayor o menor entusiasmo, la llegada de los estadounidenses. En Lubang, por ejemplo —una isla de unos veintinueve kilómetros por casi diez, visible desde Luzón— ciento cincuenta hombres de Yamashita trasladaban víveres a las montañas, preparándose para aguantar en una campaña de guerrillas. «Todos se llenaban la boca hablando de suicidarse y de dar sus vidas por el emperador —afirmó su comandante, el teniente Hiro Onoda—. Pero para sus adentros, todos esperaban y rogaban que Lubang no fuera atacada». El 28 de febrero desembarcó una fuerza estadounidense reducida que causó una herida leve en la mano de Onoda, mientras él y sus hombres se retiraban. En adelante, el hambre y la enfermedad fueron empeorando progresivamente las condiciones. Un día, en la zona alta de las montañas, un joven soldado con aspecto pálido se acercó a Onoda desde la tienda de los enfermos, para pedirle explosivos. Le dijo: «No nos podemos mover. Por favor, deje que nos matemos». Onoda lo pensó un momento, y luego accedió: «Está bien, yo lo haré. Pondré una mecha a las cargas». Observó los veintidós rostros, «todos resignados a morir», y cumplió con su trabajo. Cuando regresó después de la explosión, solo quedaba un enorme cráter allí donde había estado la tienda.

Durante aquellos meses, murieron más japoneses en las Filipinas a causa del hambre y la enfermedad de los que mató el ejército de los Estados Unidos. En cierta medida, aquello podría atribuirse a un hundimiento psicológico, añadido a la debilidad física. Onoda, cuya vida en Lubang se asemejaba a la de un animal acosado, merodeaba por las montañas luchando por sobrevivir, más que llevando a cabo intentos reales de dañar a su enemigo. Un día vio unos envoltorios de chicle estadounidense, en el margen de un camino, e incluso descubrió la goma pegada en los hierbajos. Sintió una oleada de amargura y frustración: «Aquí estábamos nosotros, agarrándonos a nuestra preciada vida, y estos personajes ¡estaban mascando chicle mientras luchaban! Sentí más tristeza que cólera. El papelito del chicle me dejó claro que nos habían vencido de un modo absolutamente miserable».

Un cirujano militar destinado a las Filipinas, Tadashi Moriya, comió murciélagos:

*Les arrancábamos las alas, los asábamos hasta que se doraban, los despellejábamos y masticábamos la cabezas, aguantándolos por las patas. Los sesos estaban deliciosos. Los ojitos, diminutos, crujían ligeramente en la boca. Los dientes eran pequeños, pero afilados, así que los masticábamos y nos los tragábamos. Nos lo comíamos todo, incluyendo los huesos y los intestinos, dejando solo las patas. El abdomen era un poco áspero en la lengua, porque parece que comían pequeños insectos, como mosquitos… El hambre es, de verdad, la mejor de las salsas, porque me comía quince murciélagos al día.*

*Un oficial informó de haber visto a un grupo de soldados cocinando carne. Al acercarse, trataron de esconder el contenido del plato de campaña, pero ya le había echado un vistazo. Una buena cantidad de*

*grasa nadaba en la superficie del estofado que estaban guisando y en seguida vio que no se podía tratar de carne de carabao. Luego me enteré de que un oficial de otra unidad había sido devorado por el asistente, siguiendo sus propias órdenes, en cuanto exhaló el último suspiro. Creo que el oficial estaba tan entregado a su ordenanza que le dejó su cuerpo. Su leal sirviente cumplió la última voluntad de su amo y señor enterrándolo en su barriga, en lugar de bajo tierra.*

El coronel Russell Volckmann, un oficial estadounidense que había estado dirigiendo a los guerrilleros antijaponeses de Luzón desde 1942, presentó un informe al 6.° ejército en el que advertía de las debilidades y los puntos fuertes tácticos del enemigo. Admiraba la «capacidad de los japoneses para resistir, así como la pericia con la que movían a los hombres y el equipamiento por terrenos difíciles». Tenía buena opinión de sus oficiales jóvenes y los suboficiales. Los comandantes superiores, sin embargo, no le causaban tan buena impresión con sus órdenes absurdas, las asignaciones de misiones imposibles —atendiendo a las fuerzas reales de la unidad—, el absoluto desprecio por las vidas de sus subordinados, la negativa a admitir las derrotas o a enfrentarse al hecho de que las circunstancias estaban en su contra y la incapacidad para ajustarse a una situación cambiante; la tendencia a exagerar las victorias y a minimizar el fracaso, todo ello hacía que las altas esferas tuvieran una imagen falsa de la realidad. «Las pequeñas unidades tácticas de los *japos* son de primera, pero raras veces están coordinadas entre ellas. En suma: por lo general, el oficial *japo* desconoce por completo los métodos modernos de la lucha en gran escala».

Se me antoja un retrato justo. Los japoneses se mostraban como soldados soberbios en la defensa, pero a menudo fallaban en el ataque porque fiaban al espíritu humano la compensación de la falta de efectivos, de potencia de fuego, de movilidad e imaginación. Cuando los japoneses contraatacaban, casi siempre eran rechazados y sufrían pérdidas importantes. Sin embargo, cuando simplemente mantenían las posiciones —como hicieron los hombres de Yamashita en casi toda la campaña de Luzón—, llevaban a cabo una actuación extraordinaria.

Para desgracia del 6.° ejército de Krueger, tras la caída de Manila, MacArthur mandó a las cinco divisiones del 8.° ejército de Eichelberger con la misión de ir reconquistando las islas menores de las Filipinas. Desde el punto de vista estratégico, no había nada que recomendara tomar aquella decisión. Las fuerzas estadounidenses que luchaban para derrotar a Yamashita en Luzón se habían quedado sin hombres suficientes. Las formaciones de Eichelberger, que habían desplegado catorce desembarcos anfibios mayores y veinticuatro menores en cuarenta y cuatro días por todo el archipiélago de las Filipinas, pasaron las semanas posteriores persiguiendo a pequeñas fuerzas japonesas que pegaban un golpe y salían corriendo, provocaban bajas y luego se retiraban, y así día tras día y mes tras mes, con un clima cada vez más duro y la moral de los estadounidenses cada vez más minada. Samuel Eliot Morison señala que los jefes del Estado Mayor Conjunto, en Washington, se

cuestionaron seriamente la necesidad de ampliar aún más el terreno de operaciones en las Filipinas. «Sigue siendo una especie de misterio —comenta el gran historiador naval con cierta mordacidad— cómo y de dónde, a la vista de los deseos del Estado Mayor Conjunto, le vino a MacArthur la autoridad para liberar una tras otra todas las islas filipinas». La explicación más sencilla es que la voluntad obsesiva de MacArthur —empeñado en cumplir la que consideraba su misión personal— fue más poderosa que la de los jefes, que no le obligaron a detenerse.

En esta segunda fase de la campaña de Luzón, el comportamiento del general se volvió algo extraño. Durante el avance hacia Manila asumió en persona el mando de las fuerzas estadounidenses y arriesgó su vida en repetidas ocasiones en zonas de vanguardia, apremiando a sus generales. Cuando cayó la capital, sin embargo, pareció haber perdido todo el interés en las operaciones siguientes y solo visitó al 6.° ejército en el frente en una sola ocasión, antes del fin de la guerra. Criticó de forma incesante a Krueger, reprochándole su lentitud, pero recomendó satisfactoriamente a su subordinado en Washington, para un ascenso a las cuatro estrellas. La mayoría de los oficiales superiores de Luzón consideraba que habría sido más adecuado despedir a Krueger. Era una historia consabida. MacArthur era leal a su propia gente, lo hiciera bien o mal, fuera competente o no. Ascender a Krueger representaba aprobar su propia actuación.

Robert Sherwood, de la Oficina de Información de Guerra, visitó a MacArthur el 10 de marzo e informó a Roosevelt con cierta preocupación: «Hay pruebas inequívocas de una aguda manía persecutoria en el trabajo. Al oír hablar a alguno de los oficiales del Estado Mayor, uno pensaría que el departamento de Guerra, el departamento de Estado, el Estado Mayor Conjunto, y posiblemente, incluso la Casa Blanca misma, se hallan bajo la dominación de los “comunistas y los imperialistas británicos”». Sherwood consideró que el ambiente en el cuartel de la Zona Sudoeste del Pacífico (ZSOP) era profundamente malsano. Aunque el comportamiento de MacArthur fue adoptando una naturaleza cada vez más autocrática, su interés por las operaciones militares de las Filipinas disminuyó. Luzón se despejó en desorden, porque tanto él como Krueger demostraron ser unos comandantes mucho menos competentes de lo que fue Yamashita.

«Fue una operación larga, lenta y costosa —dijo el general de división William Gilí, al mando de la 32.ª división—. La moral estaba baja, porque los hombres estaban cansados; llevaban meses combatiendo allí… Matamos a un montón [de japoneses], claro, matamos a muchos más de los que perdimos, pero aun así, perdimos a tantísimos… Nuestros ingenieros, que construían las carreteras, caían muchas veces bajo el fuego de las ametralladoras». En las escarpadas montañas de la zona, el menor avance costaba mucho trabajo y mucho dolor. Gilí contempló con admiración, un día, cómo un soldado conducía un *bulldozer* y trabajaba bajo el fuego

enemigo y junto a un precipicio vertical, maniobrando con su pala para desviar las balas que rebotaban en el acero. Los frutos de todos aquellos trabajos tendían a ser dudosos. «A veces informábamos de bajas enemigas diez veces superiores a las nuestras, aun cuando no sabíamos el número con seguridad», admitió un oficial estadounidense.

En abril, algunos regimientos de infantería quedaron reducidos a la mitad de sus fuerzas. Salvatore Lamagna regresó tarde de su estancia de permiso en Thompsonville (Connecticut), una ofensa por la que fue degradado de sargento a soldado raso. Cuando llegó a su antigua unidad, buscó a sus camaradas de la campaña de Nueva Guinea:

> *Miré por allí a ver si podía dar con alguien al que conociera. La mayoría de los chicos me resultaban nuevos.*
>
> *—¿Dónde está Tietjen?*
>
> *—Lo mató un proyectil de la artillería japonesa —me dijo Farmer. Me sentí mal. Le pregunté si quedaba alguno de los chicos que componía la sección 4.ª que había salido de Hartford (Connecticut).*
>
> *—Solo tú y yo —fue su respuesta.*

La disciplina se había relajado mucho en algunas unidades. El comandante Chuck Henne estaba caminando un día al lado de un tren, en abril, cuando oyó disparar desde los vagones. Los soldados estaban tirando a un búfalo que había en el campo. Se identificó como segundo comandante de batallón: «Se rieron y continuaron disparando… Entonces les grité y les dije que volvieran a poner el culo en el vagón o los echaría del techo… Bajaron del techo cogiendo los rifles por la culata… Pregunté al teniente si era capaz de controlar a sus hombres… Se enfurruñó y prometió que podía manejar a sus tropas. Si hubiera sido [subordinado] mío, lo habría relevado en el acto».

La lucha por cortar y mantener la ruta principal de abastecimiento de Yamashita, la senda de Villa Verde, se convirtió en una de las más penosas de la campaña. «El precio que… costó la Senda, en bajas de combate, fue demasiado elevado para lo que nos aportaba», dijo Gilí, de la 32.ª división. Hubo actos de heroísmo. El teniente Van Pelt intentó avanzar con una sección del 3.er batallón del 148.° regimiento de infantería, para ocuparse de un cañón japonés de 150 mm. Pelt cayó herido de muerte por el fuego de las ametralladoras, que además alcanzaron a otros hombres, dos detrás suyo. Uno de ellos, el soldado Fred Ogrodkick, se arrastró a una cueva y luego se dio cuenta de que su amigo todavía estaba en la entrada. Volvió a salir como pudo, hizo frente al fuego para tirar de su amigo y meterlo en el refugio y luego se sentó e intentó vendar las heridas de ambos. El soldado Melvin Kidd, un conductor de camiones de la Compañía K del 2.° batallón del 27.° regimiento de infantería, vio lo sucedido. Subió a la plataforma del motor de un tanque M-4, se metió bajo el fuego,

saltó y empezó a cuidar de los heridos en la cueva. Un proyectil japonés estalló en la entrada y los tres quedaron atrapados en el interior. Un escuadrón de infantería estadounidense siguió adelante con los tanques y abrió la boca de la cueva a golpe de bayoneta y de las herramientas de atrincheramiento. Los demás corrieron hacia las posiciones japonesas. Un oficial preguntó después a Kidd por qué se había metido en una lucha que no era suya. Él se encogió de hombros: «Me pareció que era lo correcto».

Los comandantes superiores tenían sus propias preocupaciones. El coronel Bruce Palmer, jefe del Estado Mayor de la 6.ª división, estaba consternado por la conducta de su general, Edwin Patrick, que actuaba de un modo temerario cuando estaba sobrio y aún peor cuando estaba bebido, lo cual sucedía con una frecuencia alarmante. Un artillero japonés le resolvió el problema matando a Patrick cuando él mismo se expuso en una visita a un batallón de operaciones especiales. Los soldados se asustaban al descubrir el frío que podía llegar a hacer de noche, cuando el sol se escondía tras las montañas. Había mañanas en las que encontraban los cubos de agua con una capa de hielo; y noches en las que se abría el cielo: «Cuando los torrentes de agua se precipitaban al suelo solo había unos pocos capaces de conciliar el sueño», escribió Chuck Henne.

> *Los cascos solo llegaban a quitarnos la lluvia de los ojos. El poncho que nos repartían nos protegía del diluvio durante un rato y luego se empapaba casi tanto la parte de dentro como la de fuera. Lo peor de todo era que, a medida que continuaba el torrente, los hoyos de las trincheras y las hendiduras empezaban a llenarse, y cuando el achicamiento ya no aguantaba… un hombre podía escoger entre sentarse en un agujero lleno de agua o salir para sentarse en el barro. Fue una noche muy mala en la que, desde luego, los japoneses fueron tan desgraciados como nosotros.*

Yamashita aguantó hasta el final de la guerra en los refugios montañosos de Luzón, a pesar de que los estadounidenses habían destruido la mayoría de sus fuerzas. En agosto de 1945 su grupo Shobu había tenido que retroceder hasta un reducto de solo ciento diez kilómetros cuadrados, cercano a Bontoc, y casi se les habían agotado los suministros. En las seis últimas semanas de guerra, aquellos vestigios mataron a 440 soldados estadounidenses y guerrilleros filipinos; pero ellos se anotaron 13 000 muertos. El general concedió una entrevista en su cuartel general a la agencia de noticias *Domei*, en la que afirmó, sorprendiendo a todos aquellos que daban por supuesto que todos los comandantes japoneses tenían que ser unos bestias:

> *Creo que Japón ha cometido un grave error, por la forma en que ha llevado las ocupaciones en el extranjero. Carecemos de experiencia en este terreno, y este es uno de nuestros puntos flacos. Simplemente, no hemos intentado comprender a las otras sociedades. Hablando el términos relativos, Japón es pobre. No podemos competir científicamente con Occidente. Y tampoco usamos las aptitudes de nuestras mujeres como podríamos. Han de recibir educación, si bien de forma distinta a los hombres.*

Para Yamashita y sus camaradas, no obstante, aquellas revelaciones de

sensibilidad llegaron demasiado tarde. Llevaba sobre sus espaldas la carga de los vergonzosos crímenes cometidos por los ocupantes japoneses en las Filipinas y pronto se le pedirían cuentas.

Resulta un rasgo sorprendente de la Segunda Guerra Mundial el hecho de que, en las democracias, los medios de comunicación populistas convirtieran en estrellas a unos comandantes que no lo merecían y a quienes luego costaría mucho expulsar. La campaña de MacArthur en las Filipinas ayudó a acelerar la rendición de Japón poco más que la campaña de Slim en Birmania y, además, la dirigió demostrando una competencia muy inferior. Sus víctimas principales fueron los civiles filipinos y la reputación militar del propio MacArthur. Antes del desembarco en Leyte, era muy elevada; probablemente más de lo que merecía, después de la conquista de Papúa-Nueva Guinea. Se olvidaron las primeras meteduras de pata de la operación y el general se llevó los laureles por las osadas series de ataques anfibios con los que alcanzó la victoria. En las Filipinas, no obstante, en lugar de conseguir los éxitos fáciles y rápidos que había prometido, sus fuerzas se vieron envueltas en una lucha prolongada, en condiciones favorables a los japoneses. El desprecio que MacArthur manifestaba hacia los servicios de inteligencia supuso una deficiencia repetida, de consecuencias catastróficas. En Luzón, donde quiso ejercer el mando personalmente, en el campo, su contrincante Yamashita mostró gran destreza en el ataque, en comparación con el torpe avance del 6.° ejército. Stanley Falk ha escrito sobre MacArthur: «En las ocasiones en que los japoneses se enfrentaron a él con iguales fuerzas, o superiores, [MacArthur] fue incapaz de derrotarlos o de reaccionar con prontitud o de forma adecuada a sus iniciativas… la guerra en el sudeste del Pacífico fue un derroche innecesario y un despilfarro de recursos, que implicó además la innecesaria pérdida de miles de vidas, y no afectó de ningún modo significativo al resultado de la guerra».

La barbarie japonesa convirtió la batalla de Manila en una catástrofe humana, pero la obsesión de MacArthur por tomar la ciudad creó las circunstancias adecuadas para ello. Los Estados Unidos perdieron a 8140 hombres en Luzón; allí murieron cerca de doscientos mil japoneses, muchos por efecto de las enfermedades. Si en este intercambio los Estados Unidos salieron claramente favorecidos, aquellas mismas fuerzas enemigas no podrían haber ido a ninguna parte ni haber hecho nada, en el caso de que los estadounidenses se hubieran conformado con contenerlas. El comandante supremo de la Zona Sudoeste del Pacífico exacerbó sus errores embarcándose en una reconquista de todo el archipiélago de las Filipinas, antes incluso de la caída de Luzón. MacArthur presidió una de las mayores campañas de la guerra que los Estados Unidos libraron en el Pacífico, de un modo que satisfizo sus propias ambiciones, más que los objetivos nacionales de su país.

# 10

# Una miniatura sangrienta: Iwo Jima

Hay nombres de lugares que han pasado a la historia aun a pesar de que identifican sitios tan ingratos que, con frecuencia, solo la guerra puede haber hecho de ellos un espacio memorable: Dunquerque y El Alamein, Corregidor e Imphal, Anzio y Bastogne. Pero incluso con semejante compañía, Iwo Jima fue un extremo en la desdicha. La minúscula isla yace a casi cinco mil kilómetros de Pearl Harbor, por el oeste, y a menos de 1200 kilómetros del sur de Japón. Tenía una longitud de ocho kilómetros y una anchura de cuatro. En el extremo sur se alzaba el volcán extinto del monte Suribachi, de unos 150 metros de altura, y al norte de extendía una meseta de jungla muy espesa. El señorío de Iwo había sido reclamado por los japoneses en 1861; la usaban de forma intermitente para cultivar caña de azúcar. El oficial de un acuartelamiento japonés la describió agriamente como «una isla sin agua, con fuentes de sulfuro, en la que no vuelan ni golondrinas ni gorriones».

La importancia que se le daba a aquel trozo de granito procedía, como de costumbre, de los aeródromos. Durante los últimos meses de 1944 y las primeras semanas de 1945, la aviación estadounidense machacó Iwo Jima durante setenta y dos días. En cuanto las escuadras japonesas alcanzaron las islas, sus aviones fueron destruidos tanto en el aire como en tierra. Así, la base acabó perdiendo toda utilidad para Tokio. Pero, en el océano infinito, la Marina de los Estados Unidos codiciaba uno de los escasos puntos de apoyo situados en el eje central del acercamiento a Japón. En el otoño de 1944, el Estado Mayor Conjunto ordenó la toma de la isla. Tras varias vacilaciones y demoras por parte de los estadounidenses, que sirvieron a los intereses de los defensores mucho más que a los de los invasores, se concentró una flota. Al mismo tiempo que los soldados de MacArthur avanzaban a golpes por las Filipinas, se embarcó a tres divisiones de infantes de Marina.

Desde una guarnición de la isla, el teniente coronel Kaneji Nakane escribió a su esposa, unas semanas antes del desembarco de los Estados Unidos, una carta llena de las trivialidades tan comunes en las cartas de muchos guerreros:

> *Ahora tenemos ataques aéreos enemigos por lo menos diez veces al día y los destacamentos enemigos han alcanzado la isla en dos ocasiones. No hemos sufrido ningún daño. Todo el mundo está bastante bien, así que no tienes que preocuparte por mí. Plantamos las alubias que trajimos de casa y están floreciendo. Se acerca la época de la cosecha, las calabazas y las berenjenas tienen muy buen aspecto. Ayer nos dimos un baño y todo el mundo estaba de bastante buen humor. Cogimos unos cuantos peces, porque cada vez*

*que el enemigo nos bombardea se mueren un montón de peces y llegan hasta la orilla… Nuestras posiciones son fuertes y Dios está del lado de nuestros soldados: esperamos al enemigo llenos de coraje.*

Otro japonés de Iwo Jima era un adolescente llamado Harunori Okhosi. Era el hijo menor de una familia de cinco muchachos, cuyo padre construía tejados de Tokio. Okhosi había acariciado la ilusión de la gloria militar. En 1942, a los catorce años, solicitó el ingreso en la Marina, falsificando una carta de consentimiento paterno, para lo cual cogió de escondidas el sello de la familia. Cuando se descubrió todo, su madre quedó consternada, pero su padre lo apoyó. Antes de que hubieran pasado dos años, a los dieciséis, estaba sirviendo como ingeniero de vuelo en un avión de transporte de la Armada, llevando piezas de motores desde Kyushu a Saipán, cuando los Hellcat los alcanzaron. Presa fácil, el transporte se vio obligado a amerizar. Murieron cuatro hombres, pero a Okhosi y a otros dos los salvó un barco pesquero que pasaba por allí y acabó dejándolos en Iwo Jima. Cuando el mando local descubrió que el superviviente era un ingeniero cualificado, lo destinó a una unidad de mantenimiento.

Okhosi y sus camaradas se acostumbraron a ser bombardeados por los P-38 estadounidenses, que se acercaban demasiado a gran rapidez y baja altura, lo que hacía imposible advertir su llegada. También los bombardeaban desde mayor altitud los B-24 y los torpedeaban los barcos de guerra. Los compañeros enseñaron al adolescente la mejor manera de situarse para reducir el tamaño del blanco y evitar así, en lo posible, el fuego de los cazas. En febrero de 1945, a los diecisiete años, como el tiempo de servicio contaba más que la edad, fue ascendido a sargento técnico; y ya no volvió a ser un mecánico de la aviación. Todos los hombres de Iwo Jima fueron presionados para que combatieran con la infantería. Okhosi recibió el mando de un grupo de catorce hombres. Les proporcionaron cascos y pertrechos, junto con un surtido casero de armas, que iban desde las ametralladoras a los rifles de caza y las pistolas. Junto con otros 7500 miembros del personal naval, aquel joven recibió entrenamiento para enfrentarse a los carros blindados introduciendo cargas en sus orugas. El grupo de Okhosi cavó unos búnkeres muy hondos, en las colinas y las rocas del monte Tanana, en el centro de la isla. Él tapó su agujero con el ala de un Zero destrozado, recubriéndolo con maderas y camuflaje. El 16 de febrero de 1945, cuando empezó el bombardeo final de los estadounidenses, Okhosi fue enviado con una patrulla a vigilar la costa. Volvió sobrecogido, diciendo: «Casi no se puede ver el mar, de tantos barcos que hay». Entonces él y su pelotón ocuparon las posiciones que apenas abandonarían durante los próximos diecisiete días.

Mientras contemplaba desde mar adentro los estragos causados por el bombardeo, el teniente de los *marines* Patrick Caruso sintió una punzada de lástima por los defensores como Okhosi: «Pensé en el sentimiento de impotencia que debían experimentar aquellos pobres japoneses en aquella isla». Otro teniente le apostó a

Caruso, cuya unidad estaba en la reserva, una botella de coñac a que no necesitarían desembarcar. William Alien, del 23.° de infantería de marina, «no podía entender por qué necesitábamos tres divisiones para tomar esta isla miserable». El soldado de primera clase Arthur Rodríguez, que manejaba una Browning automática, lo expresó con una metáfora algo retorcida: «La primera impresión que tuve de Iwo Jima fue la de que se parecía a un hormiguero de termitas en forma de muslo de pavo y Suribachi era la rótula». Lo que se desató a continuación fue la más famosa, o más notoria, batalla de la guerra del Pacífico.

Algunos de los hombres que empezaron a desembarcar en la costa sudeste en la mañana del 19 de febrero llevaban seis semanas en el mar, de camino hacia un objetivo que inicialmente se les identificó solo como la «isla X». Otros habían embarcado en Saipán unos días después. Cuando llegó la orden de «montar», los *marines* de las divisiones 4.ª y 5.ª encontraron muy difícil subir por las escaleras del barco, lastrados como iban todos con, por lo menos, veintidós kilos (a veces, hasta cuarenta y cinco) de armas, equipo y munición. Pasar por las inestables redes que colgaban del costado de los buques, para descender a lanchas de asalto que se bamboleaban sobre el oleaje, representó una experiencia alarmante incluso para los veteranos. Un hombre detalló cómo fue su desembarco: la ropa y el casco, la mochila y las herramientas para cavar trincheras, el poncho, tres raciones grandes y tres pequeñas, dos paquetes de cigarrillos en una bolsa de papel encerado, un estuche de piel con el equipo para limpiar las armas, los calcetines de repuesto, la máscara antigás, el cinturón de cartuchos, la pistola y dos cargadores, vendas estériles enlatadas, dos cantimploras de agua, el cuchillo del ejército, dos granadas de fragmentación, los prismáticos y una Browning automática que pesaba dieciséis kilos. Los hombres se doblaban con el peso de aquellas cargas que tanto dificultaban desembarcar en los botes. James Shriver se aplastó los dedos en una escotilla y, mientras intentaba aliviar el dolor, miró el Suribachi y pensó, con abatimiento: «¡Y esperan que suba esa maldita montaña!». Shriver, originario de Escondido, en California, contaba diecinueve años y ocupaba un puesto de asistente en el manejo de una Browning automática. Su artillero original había sido retirado por la policía militar justo antes de embarcar, al haberse descubierto que no tenía más que catorce años. En aquel momento, en compañía del sustituto, Shriver se preparaba para desembarcar con el 28.° de infantería de marina.

Mientras los vehículos anfibios amerizaban desde los cascos de su buque de transporte, el corresponsal John Marquand comparó el espectáculo con la imagen de «todos los gatos del mundo engendrando garitos». La primera oleada, de sesenta y nueve unidades, alcanzó la playa a las 09:02. Desde su embarcación, James Vedder avistó aeronaves destrozadas en la pista de aterrizaje, construida tierra adentro, y más al sur la escarpada montaña rocosa de Suribachi. Bajo el estruendo de los

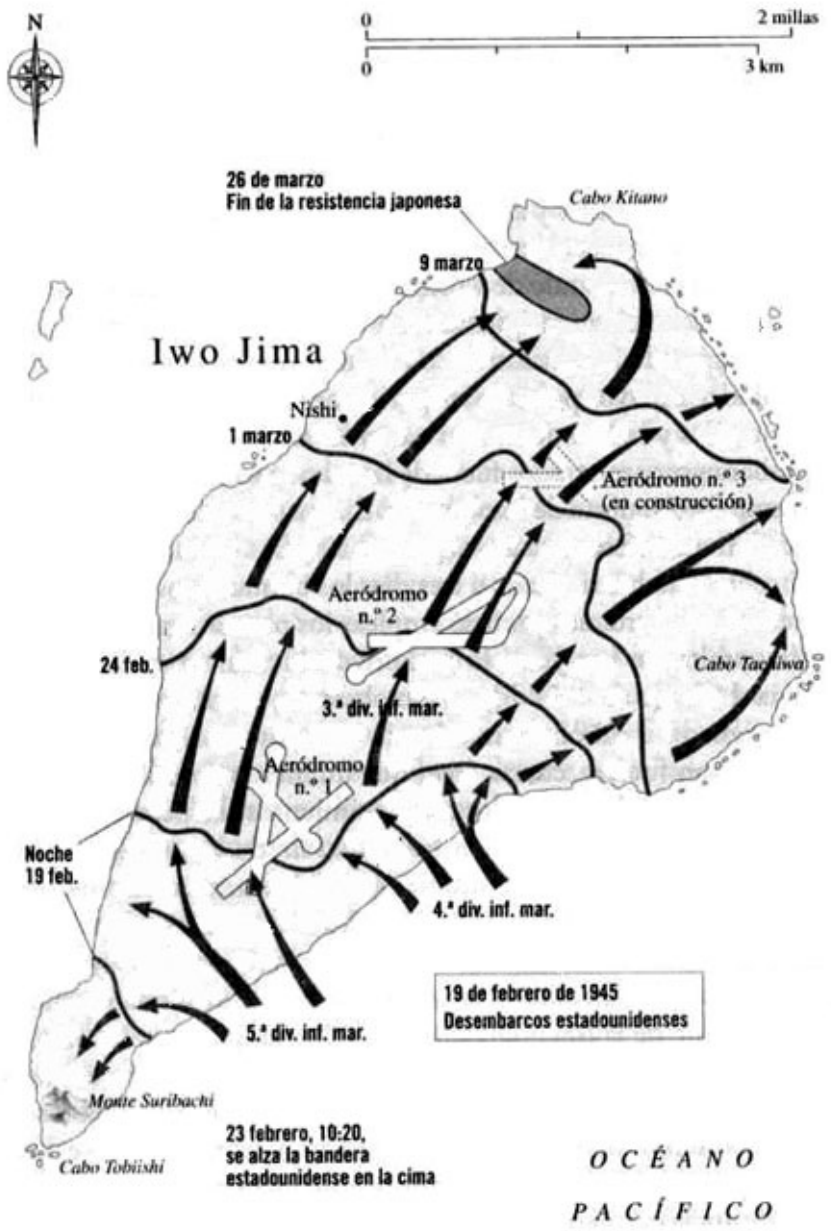
bombardeos, volaban escombros por los aires y grandes nubes de humo se dirigían hacia la orilla. Vedder, un cirujano que iba con el 3.er batallón del 27.° regimiento de *marines*, contempló cómo dos Zero despegaban con grandes dificultades, y al final acabaron chocando y se precipitaron al mar. Cuando llegó a la costa y salió a trompicones por entre las negras cenizas que obstaculizaban su paso, el primer ser humano que vio fue un japonés muerto, obviamente abrasado por un lanzallamas. El doctor notó con curiosidad que solo había ardido la mitad del bigote del cadáver.

En cuanto los invasores empezaron a pelear por la escarpada terraza que se alzaba por detrás de la playa, cayeron proyectiles y bombas de mortero en una sucesión muy seguida; casi todas las andanadas causaron mutilaciones y muertes entre la multitud de *marines*, terriblemente cargados. Columnas de cenizas se levantaban en el aire. Los vehículos incendiados, los hombres muertos y lisiados, los que no estaban heridos pero sí pegados al suelo… todo ello creaba un caos de circulación. Algunos, de espíritu más arrojado, avanzaron tierra adentro, pero cuando fueron aniquilados se tambaleó el ímpetu del asalto. Uno de los miembros del cuerpo de Vedder había recibido el encargo de llevar sus instrumentos a tierra. En un momento de pánico, corrió tierra adentro y dejó la bolsa del cirujano en el bote. Vedder encontró fragmentos de acero caliente que ardían en sus ropas y se quitó una astilla que se le estaba clavando en el trasero. A los pocos segundos de desembarcar ya estaba trabajando: tuvo que eliminar un gran fragmento de mandíbula que se había hundido hacia atrás, clavándose en el cuello de un *marine*, para que de esa forma pudiera respirar con libertad. No pudo hacer nada, sin embargo, por mejorar aquella cara, que había quedado en un estado desastroso: «Me preguntaba si algún día, nuestros cirujanos plásticos podrían llegar a recuperar la identidad de aquel hombre».

El bombardeo había destruido las defensas japonesas próximas a la playa. Los *marines* pudieron controlar pronto posiciones situadas hasta trescientos metros tierra adentro. Pero todo el perímetro seguía siendo fácilmente alcanzable por la artillería enemiga. Cuando la flota empezó a desembarcar y los camiones se retorcían buscando un agarre sobre las cenizas, la mayoría fue barrida en seguida por los cañones antitanque. Unas 361 piezas de artillería japonesas, junto con numerosos morteros pesados y ametralladoras, estaban enterradas en las defensas de Iwo Jima. Se inició una prueba durísima que se prolongaría todavía varios días con sus noches. El fuego de los proyectiles, del mortero y de las armas de pequeño calibre provocó gran número de bajas y un sufrimiento incesante en todas las unidades estadounidenses, desde la línea de la costa hasta las posiciones más avanzadas.

El teniente general Tadamichi Kuribayashi, el esbelto y elegante comandante de Iwo Jima, con sus cincuenta y tres años, no se había hecho ilusiones con respecto al resultado de la batalla en la que participaba. Él había servido en Canadá y en los Estados Unidos en la década de 1930 y era conocedor de la relativa debilidad de su

propio país. «Esta guerra la decidirá el poderío industrial, ¿no le parece?», le había comentado a un oficial del Estado Mayor. Kuribayashi había estado en contra de aquel conflicto, porque no creía que lo pudieran ganar. Pero el fatalismo no hizo merma en los meticulosos preparativos que dispuso para la defensa de Iwo Jima. No tenía ninguna fe en la capacidad de supervivencia de las posiciones en las playas y en los campos de aterrizaje, pero le resultaba imposible impedir que el contingente naval, que escapaba a su autoridad, se dedicara a la pesada labor de preparar aquellas trincheras. Él se concentró en las defensas del interior, aprovechando las cumbres rocosas. En los meses previos al desembarco estadounidense, unas mil quinientas cuevas naturales fueron excavadas y agrandadas hasta hacer de ellas un intrincado sistema conectado por veinticinco kilómetros de túneles, con la sede central en el búnker de mando de Kuribayashi, a veintidós metros bajo tierra.



Aunque aquellas madrigueras eran una respuesta primitiva al poderío tecnológico de los invasores, lo cierto es que fueron de una eficacia formidable. La mayor parte de las posiciones japonesas quedó a salvo de los proyectiles y las bombas. Los cañones estaban colocados de forma que pudieran ser arrastrados fuera de las cuevas para disparar y luego retirarse ante la respuesta de los *marines*. Buena parte de la angustia histórica que han manifestado *a posteriori* los Estados Unidos se ha centrado en el hecho de haber limitado a tres días los bombardeos navales previos al desembarco. Spruance prefirió emplear los portaaviones contra Japón mientras asaltaban Iwo Jima, lo cual privó a los asaltantes de la isla de la potencia de fuego de la 5.ª Flota. No obstante, dada la poca efectividad que consiguen los cañoneos navales de baja trayectoria contra unas defensas fijas tan fuertes, cuesta creer que un incremento de los bombardeos hubiese podido alterar los acontecimientos. El peor error que los Estados Unidos cometieron con Iwo Jima, sin duda, no fue otro que el de retrasar el asalto durante tanto tiempo. Si la infantería de marina hubiera desembarcado a finales de 1944, se habría encontrado con unas defensas mucho menos imponentes que las erigidas por Kuribayashi.

Tal como se desarrollaron las cosas, incluso la artillería japonesa situada en medio de la isla podía disparar sobre las playas, a la vez que los soldados estaban demasiado bien camuflados y protegidos como para que los eliminaran con facilidad. Al caer la noche del 19 de febrero, había treinta mil hombres en tierra; pero 566 ya habían muerto o estaban a punto de perecer. Los invasores mantuvieron un perímetro de cuatro mil metros de ancho y mil de profundidad máxima, dentro del cual todos los hombres se esforzaban por abrir un agujero, aunque no fuera muy hondo, cuando no se limitaban a alimentar su miedo. El bombardeo japonés no les daba un respiro.

En el cráter que había dejado un proyectil, un auxiliar médico le pidió al soldado Arthur Rodríguez que aguantara los intestinos que se le salían a un hombre mientras le aplicaba polvo de sulfuro, para luego volver a metérselos en el abdomen. Una explosión muy cercana provocó que les cayera encima una lluvia de fragmentos humanos. El joven operador de la Browning intentó concentrarse en su novia Sally y las imágenes de su hogar, más que en el espantoso espectáculo que tenía ante él. Al poco «vi al jefe de mi grupo, Privett, sentado con el brazo izquierdo colgado solamente por la piel. Se lo cogió con la mano derecha, tiró de él y lo lanzó lejos». Rodríguez y su pelotón disparaban sin tregua a las rocas y los pequeños arbustos hasta que alguien preguntó desconcertado: «¿A qué le estamos disparando?». Como tantos otros hombres en apuros, gastaban muchas balas para dar salida a su frustración, simplemente, para convencerse a sí mismos de que eran más que dianas del enemigo. El cabo Jerry Copeland pasó su primera noche en tierra compartiendo un agujero con seis cadáveres, dos estadounidenses y cuatro japoneses, y rogando sin

parar: «“Dios, si me salvas la vida iré a la iglesia todos los domingos de mi vida; no faltaré jamás”… Aquel fue mi primer encuentro con Dios».

En los días siguientes, los *marines* no tuvieron más alternativa táctica que la del ataque frontal. Se vieron obligados a avanzar cruzando Iwo Jima metro a metro, búnker a búnker, cadáver a cadáver. Aquello fue todo lo que hicieron, a costa de mucha sangre y mucho dolor, durante las cinco semanas siguientes de febrero y marzo de 1945. Casi todo el terreno que atravesaban los invasores estaba al alcance de los japoneses. Batallón tras batallón, los *marines* lanzaron asaltos en orden abierto. La mayoría se fueron agotando después de tan solo cien o doscientos metros, porque caían demasiados participantes. A decir verdad, el uso de la tecnología sirvió de ayuda. *Bulldozers* blindados abrieron ruta para los tanques, colina arriba. Los lanzallamas resultaron de un valor inestimable, pues abrían las bocas de las cuevas para hacer sitio a las cargas explosivas. El fuego de los barcos de guerra y de la artillería contribuyó en algo a reducir el fuego japonés. Sin embargo, para ocupar Iwo Jima, para detener las bombas de mortero y los proyectiles que batían todas las posiciones de los estadounidenses y los forzaban a retirarse a las playas, los norteamericanos no descubrieron ningún medio más efectivo que el de mandar hombres hacia delante, una vez tras otra, para arrancar todas y cada una de las rocas de la isla a los defensores, increíblemente obstinados.

Las posiciones japonesas más desprotegidas y situadas en los alrededores de las pistas de aterrizaje fueron invadidas en los primeros días, tal como Kuribayashi había anticipado, pero los defensores de la Armada japonesa dieron cuenta de un buen número de estadounidenses antes de perecer. El monte Suribachi cayó al quinto día, el 23 de febrero, tras una lucha salvaje contra sus mil quinientos defensores. El teniente Harold Schrier condujo a cuarenta hombres de la 5.ª división hasta la cumbre. Cuando la tripulación de los barcos contempló desde alta mar cómo se izaba la bandera nacional estadounidense en la cima del volcán, muchos lanzaron un grito de alegría espontáneo, al igual que hizo el pueblo estadounidense al ver la legendaria fotografía de la segunda izada de bandera; pero el triunfo de los Estados Unidos en la zona sur dejó a la mayoría de los 22 000 soldados japoneses acuartelados aún en las trincheras del norte, con una ventaja de zona aplastante. Puesto que ni podían salir de Iwo Jima con vida ni lo deseaban, su inmovilidad les concedió asimismo una invisibilidad inestimable. Se dijo a los defensores: «Todos y cada uno de vosotros tenéis que pensar en vuestra trinchera como si fuera vuestra propia tumba, debéis luchar hasta el final para causar el mayor daño posible al enemigo». Los japoneses aguantaron una zona pequeña en la que incluso los búnkeres de infantería eran impermeables a cuanto no fuera un impacto directo; no había posibilidades de maniobrar por los flancos. La responsabilidad de mover pieza, por otro lado, descansaba por completo en el bando norteamericano; y con ella, la de exponerse.

«Nuestra idea del enemigo estaba muy equivocada, hasta que nos encontramos con ellos —escribió Patrick Caruso—. No eran idiotas; no eran ineptos. Los odiábamos lo suficiente como para matarlos, pero respetábamos su talento. Muchas veces pensé que si teníamos que volver a ir a la guerra, los querría en nuestro bando». Los *marines* se quedaron sorprendidos de encontrar tantos cadáveres de japoneses de constitución grande, porque siempre habían pensado en los enemigos como pigmeos. Quedaron desconcertados al verlos salir con barbas negras y espesas, como jamás habían contemplado en las imágenes propagandísticas de los Estados Unidos.

Tras varios días de combate, según escribió Arthur Rodríguez, «no habíamos visto ningún enemigo al que disparar. Eso nos hacía sentir frustración y cólera, porque no teníamos casi nada que enseñar a cambio de todas nuestras bajas». El cuerpo de *marines* de los Estados Unidos era una fuerza de combate fenomenal, pero en Iwo Jima, la visión de tantos hombres muertos en cuanto intentaban moverse generó una tendencia popular a preferir los avances a cubierto. Se trataba de algo natural, pero desastroso desde el punto de vista militar. «El terreno favorecía más a las defensas… La asombrosa precisión de los rifles enemigos provocó muchas bajas», escribió el teniente coronel Joseph Sayers. Consideraba que la artillería japonesa no contaba con una buena dirección, pero señaló que los defensores no despilfarraban hombres en cargas inútiles, como habían hecho en las anteriores batallas del Pacífico. «El enemigo ha mejorado mucho en su capacidad de combate». Tras haber combatido en un día normal, Sayers evaluó con pesimismo el resultado obtenido por el 1.er batallón del 26.° regimiento de infantería de marina: «La moral, baja; fatiga; una media de solo setenta hombres por compañía», y la tarde siguiente: «La moral estaba muy baja y es manifiesta la tensión acumulada después de tantos días en el frente. Se ha notado que los hombres se van volviendo más descuidados y se exponen más al fuego cuando están cansados». Insistió en detener la práctica de enviar reemplazos para que se incorporasen a las unidades en combate, porque aquello no les concedía ninguna oportunidad de instruirlos ni tan siquiera en las artes básicas de la supervivencia. Diez de los diecisiete reemplazos de auxiliares médicos que enviaron a su batallón murieron o resultaron heridos a los pocos días, y ello sencillamente porque, a juicio de su comandante, desconocían las artimañas del combate.

Como oficial de operaciones del 24.° regimiento de *marines*, el comandante Albert Arsenault era responsable de realizar un informe de situación nocturna, que tendía a sonar como este: «Avance de cien metros; bajas, treinta y siete. Reunidos para pasar la noche». El cuartel general del regimiento preguntó:

*—¿A cuántos japoneses han matado?*

*—Ninguno, que podamos afirmar con seguridad.*
*—¡Ninguno! ¡Treinta y siete bajas y no han matado a ningún japonés! Tendrán que hacerlo mejor.*

En adelante, Arsenault calculó un número de bajas japonesas que doblaba el de las sufridas por su unidad: «Los días se parecían mucho unos a otros: pocos avances, muchas bajas».

El suboficial George Green, un oficial de artillería, integrado en el 1.er batallón del 21.° regimiento de *marines* en el Aeródromo n.° 2, veía sin parar a un japonés de gafas, que asomaba la cabeza una y otra vez. Cuando pidió a un fusilero que había a su lado que le disparase, el tipo le contestó enfadado: «Está en la zona de la I Compañía; deje que lo cojan ellos». Un capitán llamó a Green por radio porque quería saber por qué no estaba disparando. El oficial respondió que no podía ver a ningún objetivo. «Escoja un punto de referencia que destaque y dispare de todas formas», contestó el capitán. De repente, dos granadas pasaron trazando un arco en el aire y cayeron en una zona muy próxima. Green gritó a un artillero de Browning, que estaba a su lado, quien se dirigió a toda prisa hacia los arbustos de donde parecía que habían salido las bombas. Pero allí cayó, muerto. Un equipo acabó silenciando a los japoneses con granadas. En medio del nerviosismo endémico en el perímetro, un «código-navajo[10]» estadounidense que hablaba poco inglés fue confundido con un japonés, erróneamente, por un grupo de *marines*. El hombre se quedó paralizado, presa del terror —no sin razón— hasta que otro navajo lo identificó como compañero.

Los *marines* del 3.er batallón del 9.° regimiento desembarcaron el 23 de febrero con gran entusiasmo, ansiosos por entrar en combate. Después de permanecer anclados en los barcos de reserva durante los primeros días, ellos y el resto de la 3.ª división temían perderse la acción. El sistema de megafonía, cuyo sonido metálico resonaba por todas partes, los informó de que la 4.ª y la 5.ª divisiones solo habían encontrado una «ligera resistencia». A los pocos minutos de llegar al Aeródromo n.° 1, no obstante, se encontraron bajo el fuego de la artillería enemigo. El teniente Clyde McGinnis, de Oklahoma, que con sus treinta años era el hombre de mayor edad en la Compañía K, apremió a los compañeros que tenía más cerca para que lo siguieran hasta un cráter, en el que encontraron a un *marine* recién decapitado, que aún sostenía un cigarrillo encendido en la mano. McGinnis dijo: «Joder, esto es peligroso», y empezó a cantar «Take me Back to Tulsa» («Llévame de vuelta a Tulsa»). Llamó a los hombres que había por detrás: «Estaré bien aquí, pero me da que estos tipos me quieren matar».

La potencia de fuego por sí sola era incapaz de destruir las posiciones japonesas. «Lo más desalentador era, justo en medio de aquella tremenda descarga, oír al condenado enemigo abrir fuego de artillería», escribió el teniente coronel Robert

Cushman, de veintinueve años y comandante del 2.° batallón del 9.° regimiento de infantería de marina. «No había forma, con aquellos búnkeres. Era una cuestión desagradable, lenta, que necesitaba tanques, explosivos de gran fuerza y lanzallamas. Y luego la infantería con sus lanzallamas y las granadas y las cargas de demolición, para sacarlos de allí». El batallón de Cushman pasó por dos cambios enteros de líderes de la sección. En una ocasión, cuando su batallón se vio reducido a doscientos hombres y ordenó una carga, «nadie salió de su agujero. Así que cogí un rifle y una bayoneta y fui pasando y sacándolos por las malas y, al final, empezaron a movilizarse con los tanques».

«A veces, parecía que la única manera de salir de Iwo Jima con vida era herido», dijo Patrick Caruso. Para casi todos los hombres que resultaban alcanzados, los camaradas tenían una palabra de consuelo. El cabo Robert Graf, sin embargo, se dio cuenta de que cuando su sección se encontró con un oficial muy impopular postrado en una litera, pasó toda una fila de hombres sin decirle una palabra. A Graf le tocó el turno unos días después. Un fragmento de obús le dio en las nalgas: la «herida del millón de dólares». Mientras lo llevaban de vuelta a la playa para evacuarlo, «no solo con vida, sino que además abandonaba aquella isla dejada de la mano de Dios…, acudieron a mis labios infinitas oraciones de alegría y felicidad».

Con frecuencia era difícil valorar con precisión la gravedad de una herida. El teniente John Cudworth del 9.° regimiento de los *marines* vio a su buen amigo Bill Zimmer, antaño jugador de béisbol y de fútbol en la universidad de Marquette, pasar por delante de él, montado en lo alto de un tanque y fumándose un pitillo. Zimmer le contó: «Me han dado en las pelotas, pero lo llevo bien. ¿Puedes darme un par de cigarros más?». Cudworth le dio medio paquete y se despidió. «Hasta la vista». A la mañana siguiente, el doctor le confesó: «Zim no lo ha conseguido». Los hombres temían sobre todo las horas de oscuridad, porque sabían que si les daban, era bastante improbable que nadie los pudiera ayudar antes del amanecer. Algunos sufrían crisis nerviosas. Los casos de fatiga de combate aumentaban de un modo alarmante. «Antes de subir a bordo de un barco en Guam, así como en el viaje hasta Iwo, el pequeño “Oiky” Erlavec estaba muy nervioso, [pensando en que] le dejarían matar a unos cuantos japoneses —escribió John Cudworth—. Pero tras ver a los *marines* muertos en la isla y encontrarse junto a una zona de artillería de tierra, se colocó de alcohol hasta las cejas y tuvimos que enviarlo de vuelta a casa. Una lástima, en un tipo tan joven».

En el caso de los defensores, sin duda, cada día de batalla suponía unas penalidades horribles, tanto como para los estadounidenses, sino peor incluso, porque disponían de un aprovisionamiento de agua, comida y recursos médicos muy inferior, así como de unas casi nulas esperanzas de victoria. La unidad naval de Harunori Okhosi se libró de las primeras atenciones de los invasores, pero el calor en sus

búnkeres era casi insoportable: «Si ponías la mano descubierta en aquella roca volcánica, te ardía». Durante los primeros diez días, los cocineros y los aguadores recorrían un circuito por las posiciones antes del amanecer y al anochecer, pero la sed seguía siendo un problema crónico. Durante todo el tiempo de espera, tenso y prolongado, con el retumbar de la batalla a unos pocos cientos de metros de distancia, hablaban sin entusiasmo, casi siempre sobre su lugar de origen.

Okhosi compartía su trinchera con otros tres hombres. Se sentía más próximo a su ordenanza, Hajime Tanaka, un tipo de Tokio como él, metido en una unidad de granjeros: «Él era un poquito mayor que yo, quizá tendría veinticinco años, un auténtico hombre de familia, y maravillosamente firme, pasara lo que pasase». A intervalos, los mandaban en grupos poco numerosos para labores de reconocimiento o para combatir a las patrullas. Eran trabajos que desquiciaban los nervios. Sobre el terreno, las rocas y la vegetación limitaban la visibilidad a unos pocos metros y, a medida que se arrastraban más allá, sabían que sus vidas dependían de si encontraban ellos primero a los estadounidenses. Solo una vez se chocaron de frente, con un pequeño grupo de *marines* a los que sorprendieron y eliminaron con granadas y bayonetas. Un estadounidense se acercó lo suficiente para golpear a Okhosi con el cañón de su pistola antes de que el japonés lo matara.

Cada día, los batallones estadounidenses arremetían un poco más y, en ocasiones, ganaban unos pocos metros; pero lo más habitual era que se declarasen inmovilizados tras sufrir un buen número de bajas. El cupo habitual de *marines* valientes y sacrificados pagaba con sus vidas cada día por mostrarse dispuestos a avanzar solo un pasito más allá, animando a los otros a que les siguieran los pasos. La combinación de sed, lluvia, mugre, comida fría y miedo corroía incluso el alma de los mejores. El teniente Ken Thomson, antiguo sargento al que nombraron oficial tras realizar actuaciones heroicas en Guam y Bougainville, dijo: «En cuanto vuelva a mi casa en Minnesota y me case con mi chica, no volveré a salir jamás». Lo mataron unos días más tarde. En algunos casos, cuando los japoneses notaban que sus posiciones eran desesperadas o, simplemente, crecía demasiado el cansancio ante los bombardeos, un puñado de figuras chillonas se lanzaba sobre los estadounidenses, dispuestos a matar. Pero la mayoría de los hombres de Kuribayashi obedecían las órdenes de mantenerse en sus posiciones y morir donde estuvieran. Todas las batallas se descomponen en un gran número de contextos menores, muy personales, pero la de Iwo Jima se llevó la palma. Cada hombre conocía solo los pocos metros cuadrados de roca, vegetación y apestoso manantial de sulfuro en los que se refugiaba, por los que reptaba, se arrastraba y luchaba con un puñado de compañeros cada vez más reducido.

Para los hombres que estaban a bordo de los buques, fue una experiencia angustiosa ver que estaban tan cerca pero a la vez tan lejos de los horrores que soportaban sus compatriotas estadounidenses. Aunque unos cuantos kamikazes

estrellaron sus aviones contra las cubiertas, hundiendo el portaaviones escolta *Bismarck Sea* y causando daños en el *Saratoga*, la mayoría de los marinos sentía vergüenza por la comodidad y la seguridad desde las que contemplaban la batalla. El teniente de la guardia costera Paul George, un muchacho de veintidós años de Vinings, en Georgia, jamás pasó miedo en su buque de transporte de blindados, porque no había más motivos «que el de sentir lástima por los muchachos de Tierra». Fue bastante surrealista que, desde unos pocos centenares de metros, «solo pudiéramos contemplar cómo se desarrollaba la guerra. Con los prismáticos podía ver los tanques que intentaban pasar por la arena y no tenían mucha fortuna, o a los *marines* tirándose a los agujeros».

El doctor Robert Watkins operaba a bordo:

> *Algunas veces estábamos tan cerca de la orilla que podíamos ver a la infantería y los tanques luchando como si estuvieran en nuestro patio trasero. Había días muy claros y estupendos; otros, nos azotaba un viento frío y la niebla se extendía sobre el mar encrespado, en el que se levantaba un oleaje que casi destrozaba nuestros botes de desembarco. Pero algunos días, brillaba el sol y yo no me enteraba. Y algunas noches la luna brillaba, pero no para mí. Vi amaneceres por los ojos de buey mientras me lavaba las manos y las ropas de la sangre que me había dejado mi trabajo nocturno.*

Watkins odiaba operar a los hombres con heridas en el estómago, porque cada uno requería por lo menos cuatro horas de esfuerzo, además de muchas más horas de cuidados postoperatorios y, aun así, la mitad se morían de todos modos: «En el tiempo en que se opera a un herido en el vientre, puedo salvar una docena de vidas o de miembros que hayan sufrido otra clase de heridas. Y además, soy un pésimo cirujano de estómago». Un hombre al que estaban preparando para la mesa de operaciones protestó cuando el capellán le quitó el reloj. «Usted no necesita mi reloj… Ya tiene uno», se quejaba, con voz muy débil. El cabo Red Doran, un fusilero de Browning del 3.er batallón del 9.° regimiento de los *marines*, originario de Iowa, perdió la vista por una explosión. Cuando lo evacuaron, sus compañeros tuvieron que soportar la espantosa experiencia de oír cómo Doran se unía a otros dos jóvenes en una situación igual de difícil, entonando los tres juntos «Three Blind Mice[11]». El capitán de un transporte de ataque se llamaba Anderson. Un día, su propio hijo, *marine*, fue trasladado al barco, herido sin remedio. El muchacho le dijo: «Papá, ojalá tengas buenos médicos a bordo». No fueron lo suficientemente buenos, porque el joven Anderson murió. Su padre le dio sepultura en el cementerio estadounidense de la isla.

Los rostros de los observadores de avanzada, que dirigían los cañones navales junto con los de la infantería, eran desconocidos para la tripulación de los barcos, pero sus voces se fueron haciendo cada vez más familiares en la radio. La voz de uno de estos oficiales de observación gritaba «¡Fuego!». En el barco se producían unas sacudidas ensordecedoras, una pausa, y luego, la misma voz: «¡Cojonudo!», o quizá

«¡Bingo!», o algunas veces «Habéis quedado muy cerca, amigos. Un pelo más atrás». Cuando por fin, un explorador visitó el destructor para el que trabajaba, la tripulación lo vitoreó. Ben Bradlee, el oficial de artillería, escribió sobre el *marine*: «Resultó ser de mi edad, incluso parecía más joven, con gestos muy entrecortados y unos ojos de susto… No sabía cómo decirle a un hombre que lo amaba en aquellos días, pero desde luego que lo quería». El visitante comió tanto helado que acabó por vomitar.

La concentración de decenas de miles de hombres luchando en unos pocos kilómetros cuadrados de rocas agrestes y vegetación ennegrecida generó toda clase de problemas inoportunos. Las redes radiofónicas se liaron. Cuando se cortaba el cable de una línea telefónica, solía ser demasiado peligroso pedirle al encargado de mantenimiento que buscase la rotura. «Los oficiales tenían que exponerse constantemente para preservar el control», escribió el teniente coronel Joseph Sayers. A los pocos días, los excrementos, los equipos abandonados y los escombros se esparcían por todas partes. Hubo pocos hombres que necesitaran cavarse un hoyo o una trinchera, debido a la gran cantidad de cráteres y agujeros que salpicaban el campo de batalla, como una cara marcada por la viruela. Las unidades blindadas eran vitales en los movimientos hacia delante, pero peligrosas para los infantes más cercanos. Aquellos monstruos, que avanzaban pesadamente, aplastaban los hoyos y provocaban el fuego japonés. Cuando el cirujano James Vedder encontró tanques detenidos ante su puesto de socorro, les dijo que se fueran, iracundo.

John Lane, el hijo de un joyero de Nueva York, se incorporó al 2.° batallón del 25° regimiento de infantería de marina en medio de la batalla. «Nosotros, los reemplazos, recibíamos el desprecio y tal vez el odio de los supervivientes de la compañía —escribió— porque estábamos muy verdes, íbamos sin entrenamiento, inocentes; nos odiaban porque si estábamos allí era porque sus colegas habían caído o estaban heridos… Todos iban con una barba tan descuidada, tan sucios y tan polvorientos, y estaban tan exhaustos, que al principio no podía distinguirlos». Lane, un asistente de la compañía, fue famoso por gozar de una suerte fenomenal. Jamás vio a un japonés vivo, ni disparó su rifle, ni lo alcanzaron, aunque a veces le pareció que alcanzaban a todos los demás.

> *Pasabas por montones de marines muertos, que esperaban a que los recogieran. Seis o siete muchachos apilados, volviéndose de un gris verdoso y luego color negro. Japoneses muertos, algunos tocados por los lanzallamas, con los ojos salidos, los labios quemados, la sonrisa de unos dientes blancos, los uniformes chamuscados y, algunas veces, también la primera capa de piel, de modo que veías los músculos como en un boceto anatómico. El pene levantado, como una vela negra. El napalm hacía heñir la sangre y provocaba la erección, decían algunos.*

Patrick Caruso se encontró con que tendía a sucumbir a ensueños silenciosos en las horas de vigilancia nocturna:

> *Mi mente fue cruzando por todo el espectro de mi pasado: la escuela y el colegio mayor, lo*

*importantes que eran los exámenes finales, todo, hasta Iwo; por qué era tan importante estar en el equipo de fútbol, hasta Iwo; lo importante que era causar una buena impresión en un momento determinado, hasta Iwo; el valor que tenía encontrar un trabajo para las vacaciones de verano… hasta Iwo. ¿Qué me espera en el futuro? ¿Mi futuro? Iwo es mi* presente y mi *futuro.*

El *marine* Jack Colegrove había escrito a casa el 26 de febrero:

*Querida mamá:*

*Al final he encontrado tiempo para sentarme y escribirte unas pocas líneas. Sé que tienes que estar bastante preocupada por mí, ahora; seguro que has oído que estoy en Iwo Jima. Hasta ahora he pasado por la batalla sin un rasguño, igual que mi amigo Pentecost. No puedo escribirle a todo el mundo, así que les dices a mis amigos que estoy bien. Con todo mi amor.*

*Jack*

Sin embargo, tres semanas después Colegrove tuvo que escribir:

*Caramba, amor mío, me sabe muy mal no haberte escrito durante tanto tiempo. Pero tengo una buena excusa: me han herido y todo ese follón. Dos días antes de que me tocara a mí, le dieron a Pentecost en el estómago, aunque los compañeros decían que no estaba demasiado mal. Ahora estoy en un hospital en las Marianas y no te puedo decir cuánto tiempo me quedaré, quizá sea un tiempo. ¿Por ahí, se ha hecho muy famosa nuestra islita? Vaya tela, aquel sitio era durísimo de verdad, y ni siquiera por las noches mejoraba. Desde luego, se pierden un montón de colegas fenomenales… Me parece que tendré que ir pronto a casa; para siempre. Supongo que me licenciarán del cuerpo… Hoy pensaba que está bien eso de que ni tú ni yo tengamos que pagar la cuenta del hospital. Porque ha de ser un buen pico. Vamos a ver: 150 inyecciones de penicilina, cientos de píldoras de sulfa[midas], plasma sanguíneo y sangre entera, las ropas, la manduca, etc. Hoy he conseguido subirme a una silla de ruedas…*

Con toda la delicadeza de que fue capaz, Colegrove buscó la manera de comunicar las terribles noticias a su madre. Le mandó otra carta a un amigo de Detroit, que se llamaba Torbet:

*Quiero pedirte un favor. Verás, es que he perdido la pierna izquierda en Iwo Jima. No sé si tendría que decírselo a mi madre ahora, o si esperar hasta que me den una ortopédica y empiece a caminar otra vez. Si te parece que es mejor decírselo, me gustaría que lo hicieras tú. Yo no sé qué me pasa, pero me parece que no soy capaz de decírselo a mamá yo solo. Te aseguro que estoy empezando a cansarme de rondar por estos condenados hospitales.*

Al día siguiente, Colegrove hizo el esfuerzo de escribir a su madre él mismo:

*Querías saber la gravedad de mi herida, bueno, pues ahí va. ¡Agárrate! Una pieza de metralla en el codo izquierdo, otra en la pierna derecha y, por último pero no menos importante: sin pierna izquierda. Mejor que no pienses en casarme por un tiempo. No sufras, porque me las apaño de maravilla. Hace poco he ido corriendo arriba y abajo por la sala en una silla de ruedas. ¡Fiiuuuu! Me despido por ahora: tómatelo con calma.*

*Besos y cariño,*

*Jack*

Casi todos los hombres de Iwo Jima sintieron un odio sordo, enrabietado, hacia el enemigo que les había causado aquellos horrores. El teniente Robert Schless

manifestó unas emociones de una sensibilidad fuera de lo común cuando le escribió a su esposa Shirley:

> *Nunca estuve realmente picado con los* japos. *Cuanto más los conocía, más podía entender sus motivos. Eran escrupulosamente limpios, aun a pesar de vivir bajo tierra. Llevaban consigo fotos de sus familias y aquellas familias tenían una nobleza difícil de igualar. Muchos de sus objetos personales —los abanicos y las espadas y otras cosas— son bellísimos. Aunque Japón esté atravesando un periodo de mal gusto Victoriano, sin embargo, es gente con gusto. Creo que el símbolo del sol naciente representa para ellos una belleza magna, la de una naturaleza prístina, virginal.*

Más habitual era la actitud de un grupo de *marines* cuyo cabo de dieciocho años, Jerry Copeland, fue hallado agazapado encima de un bidón de aceite en el que estaban hirviendo cráneos japoneses, que vendían por 125 dólares la pieza. Copeland, que se describía a sí mismo como un delincuente juvenil de San Francisco hasta que se unió a la infantería de marina, había disfrutado en los entrenamientos de la isla de Parris, en Carolina del Sur, y estaba entre los pocos que, por entonces, encontraban gratificante la experiencia en el combate: «El primer tipo al que maté me dio tanta alegría, me sentí tan satisfecho… El lanzallamas es genial para sacar a la gente de la cueva, pero tío, el que se tiene que acercar a la cueva tiene un problema. No te mueves muy bien con un lanzallamas».

En los primeros días de marzo, justo cuando los hombres de MacArthur estaban acabando de conquistar Manila, los *marines* de Iwo Jima iniciaron los ataques directos contra las posiciones del grupo de marinos de Harunori Okhosi. La lluvia de fuego era devastadora. A la luz del día, Okhosi y sus compañeros no se atrevían siquiera a mirar por las rendijas de disparo de sus búnkeres. Estaban obligados a disparar sus ametralladoras pesadas a ciegas, tirando de un cordón, desde abajo. Tras dos días de asaltos estadounidenses, los marinos japoneses recibieron la orden de retirarse a la intrincada red de túneles y búnkeres construidos en la cima de la posición. El 8 de marzo, se les comunicó que iban a realizar una salida de ataque nocturno en masa, para recuperar la cumbre perdida del monte Suribachi.

Desde el principio estuvo claro que aquello era un suicidio. Fue un gesto de desobediencia de unos cuantos oficiales que se negaban a acatar las órdenes del general Kuribayashi. Su objetivo se encontraba a más de tres kilómetros de distancia. Cualquier movimiento de los nipones advertiría a los estadounidenses y les brindaría la ocasión idónea para desencadenar una masacre. Pero algunos oficiales de la Marina, sabedores de que se enfrentarían por fuerza a una muerte segura, decidieron hacerlo a su manera. Saltaron de las entradas de los túneles a la cabeza de sus hombres, cayendo en la trayectoria de un fuego insoportable. La oscuridad no servía a los japoneses de protección, puesto que las llamas y los reflectores de los estadounidenses alumbraban el campo de batalla. Para cuando Okhosi apareció con su grupo, el suelo estaba cubierto de montones de cuerpos. «El ataque fue un caos —

contó un joven marino—. Nunca tuvimos ninguna oportunidad real». No todos los japoneses estaban ansiosos por encontrar el martirio: «Tuvimos que sacar a muchos hombres a empujones del interior de los túneles, porque sabían lo que les esperaba ahí fuera». Perecieron alrededor de ochocientos miembros de la Armada japonesa, a cambio de una suma de bajas estadounidenses relativamente insignificante.

Un veterano del ejército, el barón y teniente coronel Takeichi Nishi, trató en vano de disuadir a los oficiales de la Marina. Nishi era una figura legendaria que había ganado la medalla de oro de hípica en los Juegos Olímpicos de 1932, celebrados en Los Ángeles. Okhosi lo pudo ver en un par de ocasiones antes de la batalla, montado sobre su caballo mientras él y sus compañeros cavaban las trincheras. Ahora, Nishi comentaba con desdén la fútil acción de los hombres de la Marina: «Cualquiera que desee morir puede hacerlo fácilmente, en todo momento. No hay más que cincuenta metros hasta las posiciones estadounidenses». La incertidumbre envolvió el final de Nishi. Algunos dijeron que se había suicidado, otros que su ordenanza lo condujo hasta la lucha, después de haber quedado ciego por una explosión. Dejó atrás una estupenda colección de fotografías en las que aparecía él mismo en sus días de galán olímpico, junto a estrellas de Hollywood como Douglas Fairbanks, Mary Pickford y Spencer Tracy.

Aunque casi todos los marinos murieron en la carrera hacia las posiciones estadounidenses, unos pocos supervivientes permanecieron al descubierto. Harunori Okhosi y su grupo se arrastraron unos trescientos metros, centímetro a centímetro, tratando de alcanzar otra vez los túneles, bajo la lluvia de fuego enemigo. Cada cierto tiempo, el muchacho de diecisiete años llamaba en un susurro a los que llevaba detrás, controlando quiénes habían caído. Cada vez respondían menos voces, a medida que las ametralladoras las iban silenciando. La madrugada encontró a Okhosi inmovilizado con otros tres compañeros, en medio de un enredo de cuerpos japoneses. Tomaron medidas desesperadas: se embadurnaron con restos humanos para parecer cadáveres convincentes. «La sangre y los intestinos de los muertos nos mantuvieron con vida», dijo Okhosi. Estuvieron al aire libre cuarenta y ocho horas, a la vista de los estadounidenses. Cuando se les terminó el agua, sorbieron sangre. Los días y las noches estaban salpicados por igual por los gritos de japoneses moribundos, por sus gritos de «¡Mamá, mamá!» o los nombres de sus amadas. El ruido de los disparos era ensordecedor, apenas se calmaba. Al final, la actividad estadounidense a su alrededor pareció disminuir. La batalla se había trasladado de lugar. Los cuatro japoneses reptaron de nuevo hasta la red de túneles.

Bajo tierra, encontraron a unos pocos médicos y otros supervivientes como ellos, quizá cincuenta hombres en total. Un día tras otro, yacieron bajo un calor sofocante y, por la noche, avanzaban a gatas para buscar en el campo de batalla circundante botellas de agua o comida. Los hombres que no conseguían volver de aquellas

misiones de exploración fueron un goteo constante; caían por los disparos de enemigo o por efecto de las bombas trampa, que detonaban al tocar los cables sin darse cuenta. Un grupo de supervivientes como Okhosi resistieron, sin embargo, hasta mucho después de que los estadounidenses hubieran declarado la victoria y de que la mayoría hubiera abandonado la isla.

Cuando la Compañía K del 3.er batallón del 9.° regimiento de infantería de marina llegó a la playa norte de Iwo Jima, quedaban solo unos cincuenta hombres de los doscientos treinta que habían desembarcado hacía menos de tres semanas. En la tarde del 10 de marzo, cuando algunos ya creían que la batalla había concluido, recibieron órdenes de completar una misión de reconocimiento en la zona. El sargento Gordon Schisley le dijo a Patrick Caruso: «Sabe, teniente, los hombres que están ahora aquí han hecho todo el camino. ¿No sería un infierno si alguno saliera herido de una patrullita menor como esta?». Caruso asintió. Sus dos secciones avanzaron quizá un centenar de metros, cautelosas, sin avistar al enemigo. Todas las bocas de las cuevas por las que pasaban recibieron el beso del lanzallamas. El cielo brillaba con fuerza y corría una agradable brisa oceánica. De repente, estalló el fuego. Los hombres de Caruso buscaron refugio desesperadamente. El comandante del batallón llamó por radio: «King 2, retire a los hombres». Pero Caruso no podía retirarse hasta haber avisado a sus *marines*, dispersos por la zona. El sargento Schisley cayó, alcanzado en el cuello. El sargento Henry, un hombre de Nebraska que había ahorrado cada céntimo de su paga para hacer mejoras en su granja, también se vino abajo. Caruso quedó impresionado por la angustia que expresaba la mirada de Henry mientras moría. Por todas partes los hombres recibían impactos; no tardó en caer también el propio teniente, con una bala en la pierna. Se arrastró hasta colocarse tras una roca y al final lo evacuaron con los demás supervivientes. Su carrera en combate había durado doce días. El 3.er batallón del 9.° regimiento de los *marines* perdió a todos los oficiales de las veintidós compañías que habían desembarcaron en los primeros días de Iwo Jima. Diez murieron, el resto quedaron heridos.

El 14 de marzo, el cuartel general de los Estados Unidos declaró concluida la resistencia organizada en Iwo Jima. La mayoría de los supervivientes japoneses fueron, en adelante, fugitivos como Harunori Okhosi, más que combatientes, aunque siguieron hostigando las operaciones de limpieza estadounidenses con armas de calibre pequeño y cargas ocasionales, salvajes y desesperadas. En su cuartel general subterráneo, el general Kuribayashi encontró tiempo para mandar un mensaje al Estado Mayor general en Tokio, advirtiéndole de la experiencia de Iwo Jima:

> *Por más fuertes que construyan las defensas en la playa, los bombardeos desde los acorazados las destruirán. Es mejor preparar defensas simuladas en la línea de la costa. Es esencial mantener las escuchas, puesto que el enemigo se comunica en lenguaje corriente. La violencia del fuego hostil es indescriptible. Un joven oficial puede tardar más de diez horas para avanzar un solo kilómetro para pasar la información. Donde se usen contactos telefónicos, hay que enterrar los cables. Las radios hay que*

*colocarlas a cierta distancia del cuartel general, con vistas a protegerlo de los bombardeos que vendrán después de que el enemigo localice la situación de la radio. El cuartel general del enemigo suele ser ruidoso y, en ocasiones, usan luces nocturnas. La defensa contra los blindados es de una importancia crucial: hay que cavar zanjas antitanque. Son esenciales las reservas de munición, granadas y bombas de mortero en islas aisladas que habrá que defender. El enemigo controla muy bien a los aviones desde tierra. Los francotiradores deberían contemplar a los soldados armados de lanzallamas como objetivos primordiales.*

Ni entonces ni más adelante, los estadounidenses consideraron útil saber mucho de Iwo Jima y sus famosos campos de la muerte —la Loma del Pavo, el Anfiteatro, la colina de Charlie-Dog, la Picadora de Carne—, salvo en lo respectivo a la capacidad de los hombres para provocar y resistir el sufrimiento. La experiencia renovó la crítica, habitualmente feroz de por sí, del ejército de Tierra con respecto a las supuestas tácticas de sacrificio de la infantería de marina. El general de división Joseph Swing, de la 11.ª división de aerotransportados, por ejemplo, escribió una carta furiosa el 8 de marzo, en respuesta a los rumores de que Nimitz, antes que MacArthur, iba a estar al mando de la invasión de Japón. Swing contemplaba al almirante como un abanderado de los métodos de los *marines*, que él tenía en tan baja estima: «Me pongo enfermo cuando leo [los informes] sobre las bajas de Iwo Jima. Se podría hacer de un modo más científico. Nos reíamos del método japonés de los ataques *banzai*, que considerábamos infructuosos, y aun así permitimos que aquel fanático —en referencia al teniente general Holland Smith, de los *marines*— se abra paso consumiendo hombres como si los regalaran en el mercado».

Hubo quienes, como el propio Holland Smith, se convencieron de que un bombardeo previo más prolongado sobre Iwo Jima habría logrado que los primeros días, sobre todo, hubiesen salido menos caros. Se acordó que hacía falta más artillería pesada, en concreto los obuses de ocho pulgadas. Pero no hay razones para suponer que ningún método táctico alternativo hubiera supuesto cambio alguno, en una zona tan densa y fortificada. Muchos *marines* sostuvieron que el único medio efectivo de acortar la batalla habría sido lanzar gas venenoso en los complejos subterráneos de los japoneses. Despreciaban a la cúpula militar de Washington por sus escrúpulos ante aquellos métodos. Incluso Nimitz se lamentó después de no haber usado el gas.

Aunque en muchas ocasiones los estadounidenses tenían la sensación de que la batalla no terminaría jamás, al final se impusieron y ocuparon toda la infortunada isla. Había caído un *marine* por cada japonés, con un balance de pérdidas muy poco habitual en las batallas del Pacífico. El 26 de marzo, unos 350 japoneses organizaron una última carga *banzai* en el noroeste. Los estadounidenses, asustados, se vieron enfrentados en una lucha cuerpo a cuerpo con hombres armados con espadas. El asalto se desintegró y los japoneses murieron. El general Kuribayashi emergió del cuartel general de su búnker, una noche, admirándose de que los árboles y el follaje que un día cubrieron la ladera hubieran desaparecido por completo y solo quedase

una roca ennegrecida con tocones chamuscados. Mandó una última señal a Horie, su oficial del Estado Mayor en la vecina Chichi Jima: «Llevamos cinco días sin comer ni beber, pero nuestros ánimos aún están altos y lucharemos hasta el final». El 27 de marzo, él y su Estado Mayor se suicidaron. El oficial naval de mayor rango, el almirante Toshinosuke Ichimaru, caminó al frente de sesenta hombres poniéndose a tiro de las ametralladoras estadounidenses en el exterior de su cueva; pero aun así sobrevivió, probablemente a su pesar. Habiendo fracasado en su intento por dejar que el enemigo le diera muerte, se disparó a sí mismo poco después de la muerte de Kuribayashi.

6821 infantes de marina y 363 *marines* de los Estados Unidos perecieron en la lucha por Iwo Jima. Otros 17 372 fueron heridos. Un número tan elevado podría haberle parecido insignificante al Ejército Rojo, que combatía contra los alemanes en Europa, pero representó una intensidad de pérdidas extraordinaria para una batalla que se había desarrollado sobre un área que ocupaba solo un tercio del tamaño de la isla de Manhattan. Más de uno de cada tres de los *marines* implicados en el combate pasó a engrosar la lista de bajas, incluidos diecinueve de los 24 comandantes de batallón originarios. En el batallón del comandante Albert Arsenault, murieron o fueron heridos 760 hombres. La 5.ª división había pedido veintidós transportes para llevar a sus hombres a la isla, pero los trasladaron de vuelta con solo ocho. Salvo unos pocos centenares, perecieron asimismo los 21 000 defensores.

Pasaron seis semanas hasta que los soldados estadounidenses se abocaron de forma sistemática a la limpieza de las cuevas en las que estaban metidos supervivientes como Harunori Okhosi. Al principio lo intentaron con gas lacrimógeno. Luego mandaban a japoneses a los que habían apresado, para que emitieran por los altavoces; en ocasiones, estos llamaban a los hombres por su nombre para hacerlos salir. Un prisionero de guerra se acercó a la entrada del túnel de Okhosi, con agua y chocolate en la mano, y sus ocupantes le dispararon. «Le estábamos haciendo un favor —afirmó Okhosi, lacónicamente—. Había perdido el honor». El 7 de mayo, a pleno sol, hombres del 147.° regimiento de infantería del ejército lanzaron un cóctel espantoso. Echaron 2650 litros de agua salada en una de las mayores entradas del complejo de túneles, luego añadieron 420 litros de gasolina y 210 de aceite. El mortífero fluido, inflamado por el lanzallamas, prendió a gran velocidad por los pasajes subterráneos, iniciando una sucesión de estallidos de la munición, incinerando a muchos japoneses y provocando que otros hallaran la muerte en medio del humo, asfixiante y cegador. Había hombres que se abrazaban a otros y luego tiraban de la anilla de las granadas que sostenían entre sus cuerpos. Okhosi acabó con varios moribundos, disparándoles con su pistola. Pero tras haber pasado tres meses de existencia animal y subterránea, decidió que él prefería morir a la luz del sol. Los estadounidenses habían sellado las entradas de los túneles, pero, con un

trabajo frenético, algunos japoneses abrieron de nuevo unos pocos pasadizos hasta llegar a la superficie. Okhosi fue el primero en salir, como un topo harapiento y ennegrecido. Al punto lo vio un estadounidenses y le disparó, y cayó retorciéndose con dos balas en la pierna. Sus compañeros de supervivencia fueron más afortunados —o no, según fuera el caso— y los apresaron ilesos. Entre sentimientos de vergüenza y agotamiento, los llevaron al cautiverio. Cuando Okhosi se vio en un espejo, en Guam, no reconoció la esquelética ruina de ser humano que representaba. El informe de un oficial de los Estados Unidos acerca del episodio concluye secamente: «Cincuenta y cuatro fueron apresados al final con ciertas dificultades. Dos de ellos se suicidaron a continuación».

El capitán Kouichi Ito, un oficial del ejército que luego dedicó su vida a estudiar las campañas bélicas japonesas, creía que Iwo Jima fue la operación defensiva mejor dirigida de la guerra de Japón, mucho más impresionante, desde el punto de vista militar, que la defensa de Guadalcanal o la siguiente acción en la que él tomó parte, la de Okinawa. Pero cometeríamos un error si supusiéramos que la mayoría de los defensores japoneses de la isla consideraron su experiencia, o su sacrificio, como algo aceptable. Un superviviente del 26° regimiento de tanques, el teniente Yamasaki, escribió después a la viuda de su oficial al mando, en una carta que dejaba ver la sensación de inutilidad ante lo que habían soportado él y sus compañeros:

> *En la antigüedad, nuestros antepasados dijeron: «Bushido, el camino del guerrero es morir». Aquello tal vez sonaba maravilloso a los caballeros de antaño, pero representa un camino demasiado simple. Tanto para los vivos como para los muertos, Iwo Jima fue, creo yo, el peor de los campos de batalla. No se le pueden aplicar palabras despreocupadas sobre el «bushido», porque la guerra moderna no hace las cosas tan sencillas. El insensible metal es más poderoso que la carne del guerrero. Dónde, cuándo, cómo, quién murió… nadie lo sabe. Tan solo se quedaron a medio camino.*

Cuando los *marines* veteranos volvieron a Hawái, un grupo desfiló triunfante por la calle, blandiendo un cráneo japonés y provocando a los japoneses afincados en los Estados Unidos: «¡Mira a tu tío ensartado en el palo!». La experiencia de Iwo Jima había vaciado a unos cuantos supervivientes de toda sensibilidad humana. ¿Valía más la isla que el sangriento sacrificio estadounidense? Algunos historiadores se contentan con poner de relieve una estadística sencilla: en la conquista de la isla murieron menos *marines*, en total, que el personal aéreo estadounidense que pudo ponerse a salvo en sus pistas de aterrizaje al llegar con sus B-29 tocados o sin combustible. No obstante, este cálculo de pérdidas y beneficios, que se ofreció por primera vez después de la batalla para calmar la cólera del público ante el coste de la toma de Iwo Jima, pasa por alto una cuestión obvia: si las pistas no hubieran estado allí, los márgenes de combustible se hubieran ampliado, algunos aviadores hubieran alcanzado las Marianas, algunos tripulantes hubieran sido rescatados del mar… Aunque Iwo Jima hubiese permanecido en manos japonesas, no habría prestado

ningún servicio de relieve a la defensa de las islas principales de Japón. Los estadounidenses tampoco dieron un uso importante a aquellas bases, en lo que respecta a las operaciones ofensivas.

Pero a su vez, esta afirmación implica pasar por alto el hecho de que en todas las campañas de todas las guerras se practican sacrificios de forma rutinaria, que son absolutamente desproporcionados con respecto a la importancia de sus objetivos. A menos que Nimitz hubiera tomado una decisión inverosímil —la de renunciar al combate terrestre mientras el ejército luchaba por las Filipinas, la de esperar al derrumbamiento del enemigo por medio de los bombardeos, los bloqueos, la carestía industrial y las hambrunas— el asalto a Iwo Jima era casi inevitable. Acertada o desacertadamente, el enemigo valoraba la isla y también asumió grandes penalidades para defenderla. Habría hecho falta un juicio estratégico dotado de una moderación extraordinaria para resistirse al impulso de destruir el acuartelamiento de la roca, un raro punto de apoyo sólido en medio del océano. Aunque algunos historiadores estadounidenses consideran que los señores de la guerra estadounidenses erraron al tomar Iwo Jima, el compromiso me parece natural en el contexto del gran plan de asalto con el que los Estados Unidos pensaban conquistar la tierra patria japonesa.

# 11

# El bloqueo: la guerra submarina

A principios de 1945, la capacidad de Japón para suministrar materias primas a sus industrias, e incluso para alimentarse, estaba fatalmente inutilizada. La nación solo podía importar, por vía marítima, una pequeña fracción de sus necesidades. Alrededor de las aguas de sus islas patrias se extendía un anillo invisible de acero, creado por los submarinos de la Marina de los Estados Unidos. En el transcurso de 1944, una gran parte de los barcos mercantes de Japón y, especialmente, de su flota de petroleros, fue enviada al fondo del mar por una fuerza a la que se dio menos importancia en su momento —y a la que se ha prestado menos atención histórica después— que los *marines* de Iwo Jima o los grupos de portaaviones de Nimitz. Pero aquellos submarinos impusieron a Japón el estrangulamiento económico que los *U-boot* alemanes no fueron capaces de aplicar a Gran Bretaña. Un informe de abril, presentado por el Estado Mayor de MacArthur, concluía así:

> *El asunto de las necesidades de los buques mercantes japoneses pronto carecerá de interés, si las pérdidas continúan a un ritmo semejante al actual. El hecho de que esta posibilidad ya se les ha ocurrido a los japoneses lo demuestra una emisión radiada desde Tokio el 17 de febrero, en la que se advertía a las fuerzas japonesas de China y otros acuartelamientos de ultramar de que quizá tendrían que actuar sin ayuda de la tierra patria.*

Tan solo el 1,6 por 100 de los efectivos de la Marina de los Estados Unidos en época de guerra —16 000 hombres— sirvieron en los submarinos. Pero se apuntaron el 55 por 100 del total de barcos que Japón perdió en la guerra: 1300 navíos, entre los que se incluyen un acorazado, ocho portaaviones y once cruceros, un total de 6,1 millones de toneladas. El éxito de los submarinos estadounidenses llegó a su apogeo en octubre de 1944, cuando hundieron 322 265 toneladas de naves enemigas.

Para los que se encargaban de las plataformas de torpedos de la Marina, submarinas, abarrotadas y apestosas, la euforia de cazar a la presa se veía igualada por los terrores experimentados cuando pasaban de persecutor a perseguido. La experiencia del capitán de fragata Richard O'Kane, que en octubre de 1944 pasó cuarenta y ocho horas terribles en aguas filipinas, no era atípica. Su submarino *Tang*, en su quinta patrulla de guerra, actuaba en solitario en el canal de Formosa. En aguas de la isla de Turnabout, durante las primeras horas del día 24 —el primer día de la batalla del golfo de Leyte y el cuarto después del desembarco de MacArthur— encontró un convoy de refuerzo japonés: cuatro cargueros con aviones en cubierta, un

transporte, un destructor y algunos escoltas menores. En unos pocos minutos, devastadores, O'Kane lanzó torpedos que hundieron tres cargueros. El que sobrevivió y el destructor se acercaron al submarino, que había emergido, en un intento por estrellarse contra él. Pero el *Tang* se escabulló con acierto entre ambos y los dos barcos japoneses colisionaron entre sí. O'Kane disparó cuatro torpedos más desde sus tubos de codaste, que fallaron, y entonces despejó la zona a toda máquina.

La noche siguiente, en el mismo terreno de caza, encontró el convoy más largo que jamás hubiera visto: «una línea continua de puntos atravesando la pantalla». Sin pararse a reflexionar, un escolta encendió sus reflectores e iluminó un transporte. O'Kane lo hundió, junto con un carguero que salió volando y dejó a los navíos supervivientes dando vueltas en medio del caos. Dos horas después de la medianoche, sin embargo, la suerte del *Tang* cambió por completo. Uno de los torpedos que había disparado a un transporte fue haciendo estragos, dio la vuelta y, con una mala suerte tremenda, impactó en el submarino (que había emergido) junto a la sala de torpedos de popa. Después de la explosión, O'Kane y dos marineros que estaban con él en la torre de mando fueron lanzados al agua y fueron rescatados convida por los japoneses. El *Tang*, mortalmente afectado, se sumergió casi cincuenta y cinco metros, hasta el fondo del mar. Los hombres que se encontraban en el casco, de algún modo, consiguieron cerrar la escotilla de la torre de mando. Unos treinta supervivientes, entre oficiales y marineros, alcanzaron un lugar temporalmente seguro en la siguiente sala de torpedos, donde el asfixiante humo de los documentos que ardían pronto dejó inconsciente a la mitad de los hombres.

En las cuatro horas siguientes, los escoltas japoneses lanzaron cargas de profundidad sin ningún éxito. A las 06:00, algunos hombres empezaron a escapar usando los equipos de respiración Momsen Lung; ocho consiguieron salir a la superficie. Cinco de ellos aún estaban aferrados a una boya cuando los recogió, cuatro horas después, un barco japonés. Los supervivientes fueron atados y tirados en la cubierta, luego recibieron patadas y golpes de marineros enemigos, que habían sufrido quemaduras y heridas graves por culpa de sus torpedos. Tal vez las estadísticas puedan ayudar a explicar aquel comportamiento: en el transcurso de la guerra, 116 000 de los 122 000 marineros que servían en la flota mercante japonesa de preguerras murieron o resultaron heridos; en la mayoría de los casos, por submarinos de los Estados Unidos. Yoshio Otsu, superviviente de un barco mercante damnificado, se encolerizó al hallarse bajo el fuego de los aviones estadounidenses: «Al no ver a nadie a bordo, bombardearon a los del agua. ¡Los muy cerdos! No satisfechos con haber hundido el barco, ¡tenían que matar a los que nadaban en el mar! ¿Aquello lo estaban haciendo seres humanos? Estábamos completamente indefensos». Siete oficiales y setenta y un hombres se perdieron con el *Tang*, responsable de haber enviado a pique 22 000 toneladas de barcos japoneses.

Todos los soldados de una nación, por instinto, creen que las guerras se ganan combatiendo contra los ejércitos enemigos y ganando terreno. Pero la contribución de mayor importancia a la derrota de Japón por parte de los estadounidenses se llevó a cabo lejos de la vista de todos los generales, e incluso de los almirantes. El imperio japonés solo era vulnerable al bloqueo. Su economía dependía del combustible y las materias primas que embarcaban desde la China, Malasia, Birmania y las Indias Orientales Holandesas. Pero, a diferencia de lo que hicieron los británicos cuando se enfrentaron a una amenaza semejante en su conflicto atlántico, los japoneses no se equiparon con una verdadera fuerza antisubmarina para defender su comercio. He ahí una de las causas principales de la caída de Japón. Los almirantes de la Marina Imperial se centraron casi de forma exclusiva en la proyección de su poder por medio de fuerzas tanto aéreas como de superficie. El almirante Inoue Shigeyoshi fue uno de los pocos oficiales navales japoneses que antes de la guerra insistió en dejar a un lado el concepto de «batalla decisiva» entre buques de superficie. En su lugar, propuso planear una guerra submarina contra el comercio, junto con una larga campaña anfibia y aérea en la zona central del Pacífico. Hicieron caso omiso de sus puntos de vista. Con una miopía extraordinaria, los japoneses no consiguieron hacer frente a la posibilidad, obvia, de que sus enemigos pudieran proyectar también su potencia naval por medio de una ofensiva submarina. Japón solo poseía una fuerza minúscula de escoltas antisubmarinos, con una tecnología y unas tácticas primitivas.

Cuando estalló la guerra, los Estados Unidos disponían de los mejores submarinos del mundo: el de la clase Tambor, de 1500 toneladas, que luego se perfeccionó para dar origen a las clases Gato y Balao. Estaban equipados con aire acondicionado —una virtud muy apreciada en los trópicos— y desarrollaban una velocidad punta que alcanzaba los casi veintiún nudos, con un radio de alcance de 10 000 millas náuticas y la capacidad de hacer una inmersión de emergencia en treinta y cinco segundos. Pero durante casi dos años repletos de dificultades, su eficiencia estuvo en entredicho: primero, por fallos técnicos en los torpedos, de carácter crónico; segundo, por comandantes demasiado cautos —el 30 por 100 habían sido despedidos a finales de 1942—; y tercero, por una obsesión teórica con el hundimiento de los barcos enemigos que casi igualaba a la de los japoneses. Ronald Spector ha señalado lo irónico de una situación en la que los Estados Unidos —que entraron en la primera guerra mundial, en gran medida, por la repugnancia que les despertaba política alemana de la guerra submarina sin restricciones— se entregaron a campañas de este estilo en la Segunda Guerra Mundial. Pero mientras la Marina de los Estados Unidos no tenía ningún escrúpulo moral a la hora de hundir barcos mercantes desarmados, hasta una fecha relativamente tardía en la guerra, los contemplaba como objetivos menos prioritarios que la flota japonesa.

En febrero de 1944, el manual de operaciones submarinas de la Marina de los Estados Unidos (la *Current Doctrine*) fue ampliamente revisado y corregido. El nuevo manual dedicaba mucha más atención que las ediciones previas al bloqueo comercial. Pero un buen número de páginas se ocupaban todavía de los procedimientos para que los submarinos realizasen labores de apoyo de los buques de superficie, en las acciones de flota. El culto a la «batalla decisiva» ejercía una influencia febril sobre la imaginación naval estadounidense, tanto como sobre la japonesa. «Según opina la mayoría de los oficiales de submarino, cualquier barco de buen combate vale toda una serie de lanzamientos de torpedo», se leía en la página 51 de la *Doctrine* de 1944; ahí quedaba implícito que un barco mercante podría no valer lo mismo. Al final de la guerra, en las versiones que los capitanes de submarino daban de sus éxitos, se enorgullecían sobre todo de haber hundido barcos de guerra, más que cargueros. Solo en 1944, después de más de dos años de participación estadounidense en la guerra, los capitanes de submarino fijaron entre sus objetivos de forma explícita a los petroleros enemigos.

Incluso en este estadio relativamente tardío, la *Doctrine* incluía pasajes extrañamente anacrónicos: «En la batalla, los submarinos servirán, sea mediante amenaza o ataque, como yunque contra el cual la propia línea de combate podrá atacar la línea de combate del enemigo». Aquella orden sonaba más adecuada para la Marina de Nelson que para la de Nimitz. El prólogo de la *Doctrine* afirmaba con pocas ganas: «Durante los prolongados periodos que probablemente se produzcan antes de que la flota entre en acción, los submarinos podrán aprovecharse para las siguientes tareas: (a) Patrullar (incluida la destrucción del comercio), (b) Explorar, (c) Controlar», etc. Pero aunque las fuerzas de superficie encabezadas por los portaaviones de los Estados Unidos cambiaron la marea de la guerra del Pacífico en Midway y el mar de Coral y luego fueron destruyendo de forma progresiva la flota japonesa, no fueron sino las flotillas submarinas las que asestaron el golpe de gracia a la capacidad bélica japonesa. Si la Armada de los Estados Unidos se hubiera dedicado en una etapa anterior de la guerra al bloqueo sistemático, el derrumbe de Japón podría haberse acelerado muchísimo. De todos modos, no fue hasta 1944 cuando la campaña comercial de los Estados Unidos empezó en serio, después de que por fin las deficiencias de los torpedos se resolvieron y los despliegues fueron mejor dirigidos.

Aquel fue el año triunfal del submarino. En 520 patrullas de guerra, se dispararon 6092 torpedos. La flota mercante japonesa perdió 212 907 toneladas de barcos en julio; 245 348 en agosto; 181 363 en septiembre. Los hundimientos bajaron a las 103 836 toneladas en diciembre, pero solo porque el enemigo empezó a quedarse sin barcos que atacar. En todo 1944, los submarinos estadounidenses acabaron con seiscientas naves japonesas, en total 2,7 millones de toneladas; más que la suma de

los totales de 1942 y 1943. El grueso de las importaciones japonesas cayó en un 40 por 100. Un centenar de submarinos estadounidenses operaban en aguas de Pearl Harbor y las bases avanzadas de Eniwetok, Majuro y Guam; otros cuarenta lo hacían desde Australia. Los buques de Pearl patrullaban zonas de los alrededores de Japón y las Filipinas, con motes como «Hit Parade», «La morgue de *Marus*» y «Colegio Mayor de Convoy». Los buques submarinos con base en Fremantle y Brisbane actuaban en el mar del sur de China y en aguas de las Indias Orientales Holandesas.

La tripulación de los submarinos se quejaba de que la biblioteca de la Marina en Pearl jamás prestaba sus mejores películas a sus buques, porque o bien las retenían durante los sesenta días que duraba una patrulla, o no se devolvían nunca más. En el transcurso de la guerra, Alemania perdió 781 *U-boot* y Japón, 128. Por otro lado, la Armada japonesa hundió solo cuarenta y un submarinos estadounidenses, el 18 por 100 de los que prestaron servicio en combate. Otros seis se perdieron accidentalmente en patrullas del Pacífico. Aquel número de bajas, relativamente modesto, significó la muerte del 22 por 100 del total de los marinos estadounidenses implicados en operaciones submarinas —375 oficiales y 3131 hombres enrolados—, siendo aquella la mayor cifra de pérdidas de cualquiera de las ramas de las fuerzas armadas estadounidenses en época de guerra. Pero jamás faltaron voluntarios para servir en los submarinos, con su orgullo y su espíritu pirata tan extraordinarios. Lo que hacía que llegaran en multitud no era solo el dinero extra: un aumento del 50 por 100 sobre la paga base, que los igualaba con el elevado sueldo de los aviadores. Se trataba además de que estaban convencidos, con razón, de constituir una élite. Supuso un homenaje a la calidad general del personal el hecho de que, en agosto de 1945, casi la mitad de los supervivientes que se alistaron desde diciembre de 1941 para el servicio en un submarino estadounidense hubieran sido ascendidos a oficiales.

La prolongada travesía entre las bases de origen y la zona de patrulla, navegando por la superficie a quince nudos, raras veces entrañaba riesgos y concedía a la tripulación la oportunidad de ir acostumbrándose. Una cuarta parte de los ochenta y pico marinos que iban embarcados en cada misión eran recién llegados, que reemplazaban a tripulantes expertos que ora estaban de permiso, ora habían sido traspasados a labores de instrucción o asignados a nuevos destinos. Los novatos tenían que aprender el delicado arte de usar los cuartos de baño de un submarino dentro de un casco presurizado: «Costaba mucho tirar de la cadena a diez metros de profundidad y no ensuciarse la cara», escribió uno de ellos. Los submarinistas llegaban incluso a marearse en ciertas ocasiones, como los aviadores a los que rescataban. El abarrotamiento era lo peor en los primeros días de patrulla, porque cada centímetro cuadrado de espacio, incluidas las zonas de descanso y los compartimentos de duchas, estaban atestados de avituallamientos. La comida de los submarinos era famosa por ser la mejor de la Marina; algunas embarcaciones

llevaban a un panadero y un cocinero entre el personal. Los tripulantes necesitaban todos los caprichos que pudieran permitirse, para compensar las incomodidades de dos meses de estancia a bordo de un cigarro gigante, sellado, relleno de maquinaria, combustible y explosivos, dominado por el hedor de las «Tres pes»: Pies, pedos y posaderas. «En esencia, éramos una burbuja de acero, con un solo agujerito para los dedos del mar, de frenética curiosidad: la escotilla de la torre de mando», según afirmaba el oficial de un submarino.

Una vez alcanzaban las zonas de operación asignadas, los buques aguardaban o bien a los informes de radio del servicio de inteligencia, que detallara movimientos de un barco enemigo, o a la casualidad de establecer contacto visual. Los submarinos estadounidenses del Pacífico no solo se pasaban casi toda la noche en la superficie, sino que además corrían riesgos a plena luz del día. Los japoneses jamás igualaron el formidable equipamiento de radar de las fuerzas aéreas antisubmarinas de los Aliados. «Casi sentíamos desdén hacia la amenaza [casi nula] que la aviación japonesa suponía para nuestros submarinos —escribió un capitán estadounidense—. Sin embargo, se trataba más de una señal de la inferioridad japonesa en la guerra antisubmarina, del pobre sistema electrónico de sus aparatos, que de un tributo a nuestra audacia».

El piloto japonés Masashiko Ando se mostró de acuerdo con este juicio. Realizó patrullas antisubmarinas desde la base aérea de la bahía de Camranh, en Indochina. Pero solo una vez, en todos sus años de patrullero, avistó su tripulación a un submarino estadounidense. Volando a unos 1800 metros de altitud sobre las aguas de la costa de Indonesia, un día de mayo de 1945, atisbaron una estela en las aguas. Cuando descendieron, sintieron la emoción de identificar a un submarino que estaba emergiendo sin más prudencia. Cayeron vertiginosamente desde el cielo, por detrás, acercándose rápidamente antes de que los vigías de la torre de control pudieran verlos, saltar por las escotillas e iniciar una inmersión de emergencia. A 180 metros, Ando se deshizo de su carga de profundidad. Triunfantes, él y su tripulación contemplaron el gran chorro de agua que ascendía desde el lugar de la explosión, al lado de donde había desaparecido el submarino. Volaron a casa para informar de que habían logrado hundir a uno. Solo después de la guerra se enteraron de que el navío estadounidense no había sufrido más que daños superficiales. Se trataba de una experiencia habitual entre los patrulleros antisubmarinos japoneses.

En los submarinos, hora tras hora, con frecuencia día tras día, los vigías examinaban los horizontes vacíos, mientras en el casco la tripulación seguía con sus rutinas domésticas. Los observadores de los hidroplanos preservaban la compensación, los técnicos llevaban a cabo otras labores de mantenimiento, los hombres que estaban fuera de servicio jugaban al ajedrez o a los naipes o, más a menudo, dormían. Aun cuando no había ningún enemigo a la vista, manejar la

dirección de un submarino constituía una actividad exigente en extremo, sobre todo en aguas poco profundas. Los oficiales de inmersión y los responsables de los hidroplanos acababan las guardias agotados por la tensión de mantener el delicado equilibrio de la nave en el oleaje o las corrientes más duras. En los compartimentos de máquinas y baterías, los electricistas e ingenieros llevaban a cabo proezas de sorprendente improvisación. Cuando el *Pampanito* estuvo a punto de hacer aguas en su depósito de compensación de cola, dos hombres se introdujeron en el tanque, asumiendo un gran riesgo. Un tercero, submarinista aficionado, acabó reparando la fuga bajo el agua, con ayuda de una máscara. Sin aquel ingenio, a lo largo de una patrulla de sesenta días los problemas técnicos y las averías eran capaces de dejar a una embarcación inutilizada para el combate, o incluso condenarla.

La informalidad era la norma en todo, salvo en las disciplinas operativas. Los hombres gobernaban sus puestos en pantalones cortos, con barba si querían. Comían cuando podían o cuando les apetecía: los submarinos llevaban a cabo una política de «nevera abierta». Se les autorizaba a consumir un poco de alcohol. A cada embarcación se le repartían seis botellas de alcohol medicinal, que un capitán bastante impopular se reservó para él solo. Algunos tripulantes subían licor a escondidas o se lo fabricaban. El *Pampanito* sufrió un incendio en la sala de máquinas cuando volcó la destilería casera. Muchos operadores de radio escuchaban las noticias diarias transmitidas en morse por la RCA (Radio Corporation of América) y compilaban un periódico de la nave. Algunos capitanes impusieron sus propias normas caprichosas: por ejemplo, Sam Dealey, del *Harder*, prohibió las fotos de chicas atractivas y no permitía que se dijeran «guarradas» entre los miembros de su tripulación.

Tras horas o días de monotonía e incomodidad, la rutina se podía interrumpir de repente por el gemido de infarto de la sirena: «*Aa-uu-gah, aa-uu-gah*» y la orden: «¡Despejen el puente! ¡Inmersión! ¡Inmersión!». La guerra está llena de signos de admiración, pero los tripulantes de un submarino vivían muchos más que la mayoría. Un descenso repentino podía haberlo provocado el avistamiento de un avión enemigo o la detección del humo de una chimenea. Puesto que el submarino se podía mover con más rapidez que la mayoría de convoyes, el procedimiento habitual era seguir de cerca a los barcos mercantes enemigos hasta poder atacarlos en la oscuridad. Una vez caía la noche, en numerosas ocasiones tenían la posibilidad de atacar desde la superficie, lo que representaba la opción predilecta. El submarino maniobraba para colocarse en una posición un poco adelantada con respecto al objetivo, al que se rastreaba desde el TDC (Ordenador de Datos del Torpedo), uno de los primeros ordenadores analógicos que se parecía a un máquina de *flipper* puesta en pie.

En un ataque sumergido, el capitán dirigía las lentes del periscopio bajo la torre, mientras grupos de personajes bañados en sudor observaban sus cuadrantes en la sala

de control, cantando los detalles del blanco y las órdenes para la maniobra de aproximación: «Ángulo en proa, treinta y cinco a estribor. ¡Marque el campo de tiro! ¡Abajo el periscopio! ¡Todo avante dos tercios! ¡Timón dos seis cinco!». A los capitanes de los submarinos se les enseñaba que la sorpresa era un valor fundamental. El periscopio había que usarlo el mínimo posible y había que recordar que, cuanto más rápida fuera la velocidad submarina, más llamativa era la estela del periscopio. Se escogía siempre un barco en concreto, más que «disparar a bulto» contra toda una formación o un convoy. Se preparaba una salva de torpedos que abarcara un radio como para cubrir el 80 por 100 de la longitud del navío. Cuanto más directo fuese el ángulo de disparo, más posibilidades había de conseguir un impacto. La pesadilla de los atacantes era la de que se produjera una alteración súbita del rumbo, motivo por el cual las embarcaciones de superficie más prudentes se movían en zigzag. Sin embargo, los sonares y radares japoneses eran tan pobres que era muy raro que un escolta interrumpiera un ataque antes del lanzamiento.

Un elemento curioso y característico de la guerra en el mar fue el comportamiento de los japoneses, quienes en ocasiones se mostraron desmesuradamente atrevidos y, sin embargo, en sus propios submarinos actuaban con mucha menos agresividad que los estadounidenses. Muchas embarcaciones japonesas eludieron atacar barcos de los Estados Unidos que transportasen víveres a los acuartelamientos sitiados del Pacífico. La Marina Imperial contaba con torpedos mucho mejores que los estadounidenses, pero sus operaciones contra la Armada de los Estados Unidos raras veces fueron algo más que desganadas. Por el contrario, muchos de los capitanes de Nimitz eran auténticos tigres. Los almirantes de los submarinos estadounidenses no mostraron paciencia alguna con la timidez. Expulsaban a todos los capitanes a los que parecía faltarles agresividad, es decir, los que habían regresado a casa sin ningún hundimiento. En 1943, veinticinco de los 178 patrones fueron destituidos por haber cometido el pecado capital de la «improductividad». Incluso en 1944, treinta y cinco de los 250 capitanes fueron transferidos a otro destino.

La tripulación demostraba un profundo respeto ante los buenos comandantes. El operador de radio Artie Akers, del *Angelfish*, escribió: «No creo que ningún oficial de las fuerzas armadas tenga una misión más difícil que un buen comandante de submarino». Pocos capitanes dormían más de dos horas seguidas en las zonas de operaciones. Un capitán de patrulla tenía una responsabilidad absoluta de las decisiones clave del cuándo, dónde y cómo atacar. Los dos primeros oficiales superiores de Akers, graduados antes de la guerra en Annapolis, solo sobrevivieron a una patrulla por cabeza antes de ser relevados. Del segundo escribió: «Aquel hombre parecía saber cómo atacar. No tenía aspecto de estar asustado. Simplemente, no quiso hacerlo». Dejó su submarino sumergido y pasivo, incluso cuando el sonar indicaba que arriba había un petrolero o un carguero; de modo que lo mandaron de regreso a

Pearl. El exceso de imaginación se consideraba una desventaja para los buenos comandantes de submarino, como de hecho sucede con todos los guerreros victoriosos.

En 1944, muchos de los ataques estadounidenses fueron desarrollados en grupo, a la manera de los lobos; en ellos, un mínimo de tres embarcaciones trabajaban en equipo. La primera vez que se introdujo esta técnica, fueron pocos los capitanes a los que entusiasmó el sacrificio de independencia que conllevaba. Pero después de que los japoneses abandonaran la navegación en solitario y mandasen a casi todos sus barcos agrupados en caravanas marítimas, los submarinos reconocieron que las tácticas de grupo, que con tanta pericia habían explotado los alemanes desde 1942, eran la respuesta lógica. En el Pacífico, el grupo del capitán de fragata George Donaho destruyó 64 456 toneladas de barcos enemigos durante una sola patrulla, en otoño de 1944. De aquel total, el *Spadefish* se anotó 26 812 toneladas por sí solo, al hundir tres o cuatro buques mercantes de un convoy.

Un factor clave en las operaciones submarinas, igual que en tantas otras, era el flujo de información reunida por los servicios de inteligencia, a través de comunicaciones del enemigo descifradas en el magnífico Centro Naval de Inteligencia Conjunta en Hawái: «las Minas de Sal» o «el Zoo», según lo conocían sus 1800 empleados. En 1944, trabajando siete días a la semana en tres turnos, el JICPOA (Centro de Inteligencia Conjunta del Área del Océano Pacífico) captaba y traducía una elevada proporción de mensajes militares y navales de los japoneses, de una importancia crucial. Fueron muchos los movimientos de barcos de guerra y mercantes del enemigo que se conocieron en Pearl con horas de anticipación, desde donde pasaban a los submarinos estadounidenses que estuvieran dentro del campo de tiro. El submarino japonés 1-29 supuso un ejemplo espectacular de rastreo del objetivo. En julio de 1944, el servicio de inteligencia de los Estados Unidos localizó al 1-29 en la última etapa de una larga travesía desde Alemania, de donde traía instrumental científico; en esa última etapa venía de Singapur por el mar de China del sur. Tres submarinos estadounidenses ocuparon posiciones emboscadas y el 1-29 fue eliminado por el *Sawfish*. «Era una guerra impersonal», escribió Pete Galantin, capitán del *Halibut*.

> *La guerra naval había evolucionado hasta el punto en que los marinos ya no veían a su enemigo como a personas; solo veían los vehículos de acero o de aluminio en los que navegaba o volaba el contrincante, intentando imponer sus propias armas… En la guerra marítima, solo en raras ocasiones se veían restos humanos que flotaran señalando el escenario de la batalla: un superviviente, empapado de petróleo; un marino quemado; el encargado de la caldera, escaldado; el soldado ahogado.*

Tras la oleada que se producía después de que una andanada de torpedos saliera de los tubos, se desarrollaba una espera agónica, en la que el oficial vigilaba el cronómetro, hasta que la tripulación oía o bien el ruido sordo de las distantes

explosiones —el terrible sonido de un barco rompiéndose bajo las aguas— o el silencio que indicaba el fracaso. En 1944, los submarinos estadounidenses hundían un barco por cada diez torpedos que disparaban. Los tipos antiguos, de aire comprimido, viajaban a una velocidad de cuarenta y cinco nudos. Sus sucesores, los Mark 18, eléctricos, eran más lentos pero no soltaban corrientes de burbujas que revelaran su posición. En unas pocas ocasiones, el submarino que disparaba sufría la pesadilla del «*hot run*» un torpedo activo encallado en el tubo; se requería una inmensa delicadeza a la hora de descargarlo.

Cuando el ataque transcurría de forma correcta, era extraordinario el caos que podía llegar a sembrar una sola embarcación submarina. Por ejemplo, el 8 de enero de 1945, el capitán Eugene Fluckey (apodado «el Afortunado»), del *Barb*, rastreó un gran convoy durante cinco horas en el estrecho norte de Formosa. Tras destruir varios cargueros en el primer ataque, se apresuró a prepararse para el segundo: «Puedo sentir cómo la agresividad me sube por las venas, porque los escoltas están más asustados que nosotros», escribió Fluckey; algo más adelante, relata: «¡El destructor, de repente, se volvió hacia nosotros!… La agresividad se evaporó. Tuvimos que hacer una inmersión profunda, a 140 pies (13 metros)».

Al final, el *Barb* emergió de nuevo para soltar una segunda andanada, con Fluckey en el puente: «Se observaron tres impactos, seguidos por una erupción estupenda que causó conmoción. Aquello superaba a Hollywood, de largo, y fue una de las mayores explosiones de la guerra. La rarefacción que vino después de la primera oleada de presión fue imponente. Se hizo un gran vacío en el buque. El personal de la sala de control dijo que había sentido como si los estuvieran sorbiendo por la escotilla». Un grupito de hombres contempló desde el puente la carnicería que habían sembrado entre los japoneses: «Ahora mirábamos boquiabiertos y al momento nos agachábamos».

Después de un ataque, los submarinos huían a toda máquina o, si corrían el peligro de que los escoltas los localizasen, se sumergían. Un destructor se podía mover a un mínimo de quince nudos más que un submarino, si este usaba sus motores diésel en la superficie, o aún más rápido, si el navío estaba sumergido y dependía de los motores eléctricos. A los capitanes de submarino se les decía: jamás intenten luchar en la superficie. Un solo cañón de cubierta, accionado por demás manualmente, era tremendamente inadecuado contra cualquier barco de guerra japonés. El menor daño en el casco podría imposibilitar la inmersión. En septiembre de 1944, el *Growler* lanzó desde la superficie varios torpedos, cara a cara, contra un destructor japonés que atacaba a toda máquina: el disparo más arriesgado de todos, porque los ángulos eran muy cortos. Milagrosamente, el submarino se anotó un tanto y el barco de guerra japonés se hundió a escasos doscientos metros del navío estadounidense. La Marina opinó que el capitán del *Growler* había asumido un riesgo

suicida. Si el «pez» hubiera fallado, podrían haber embestido su embarcación al cabo de unos pocos segundos.

Recibir cargas de profundidad era una experiencia terrible para todos los que la pasaban; oír las detonaciones desencadenadas por los barcos de guerra, que podían alargarse horas y horas, buscando a tientas al enemigo invisible. Los japoneses, sin embargo, jamás resolvieron la cuestión principal: el lanzamiento de cargas atendiendo a pautas de concepción geométrica. Un buque estadounidense podía buscar refugio a gran profundidad y, de ser posible, en una zona térmica tal que desviase las señales del sonar, tras apagar todo el equipamiento que no fuera esencial, para intentar que el ruido del submarino pasase desapercibido. Pero sin los aires acondicionados, la atmósfera en el casco se iba viciando sin remedio. Los hombres sudaban a mares. Durante un ataque, lo que más anhelaba Pete Galantin era una ducha fría.

Los bombardeos de cargas emitían un ruido sordo que resonaba por toda la embarcación: *brr-uump, brr-uump, brr-uump*. El operador de radio del *Angelfish*, Artie Akers, dejó testimonio de que, en un total de diez patrullas de guerra, le lanzaron cargas de profundidad cuarenta veces, si bien en ocasiones fueron ataques muy breves. Cuando se veían obligados a permanecer en las profundidades periodos más prolongados, la tripulación esparcía polvos purificadores del aire en las literas; una panacea no muy convincente contra el hedor. El almirante Charles Lockwood, comandante de un submarino en Pearl, se encolerizó por la indiscreción de un funcionario del Gobierno ante la prensa, en 1943, cuando este afirmó que las embarcaciones estadounidenses no se preocupaban en absoluto por las cargas de profundidad japonesas, dado que el enemigo siempre usaba artefactos de poco alcance, que explotaban antes de alcanzar su presa. A partir de aquel momento, según afirmó Lockwood, los japoneses empezaron a detonar cargas de mayor profundidad y con ello hundieron más submarinos.

Mientras estaban bajo el martilleo de las cargas de profundidad, que a menudo duraban horas, los tripulantes del submarino se imaginaban con una claridad espantosa la implosión de su frágil casco: el aplastamiento de la delgada capa de acero que los mantenía aislados del océano exterior. El padre de un oficial recién incorporado al *Halibut* visitó la nave en cierta ocasión, en San Francisco, y comentó con bastante acierto que, a su entender, «servir en un submarino tenía que ser una buena experiencia para un hombre joven». Unas semanas más tarde, cuando el cloro gaseoso se filtró por el barco durante un ataque con cargas de profundidad, el joven repitió irónicamente las palabras de su padre a la sala de control. Pete Galantin escribió: «Dolor de cabeza, los pulmones ardían y escocían los ojos por las horas que pasamos encerrados en un aire viciado, estancado». Los hombres vigilaban que la cabina de control eléctrico no emitiera olor a quemado, pues era un mecanismo de

una importancia fundamental; e intentaban prevenir las fugas de aceite o aire del casco, lo cual podía constituir una pista para el enemigo, letal para el submarino. Cuando una carga de profundidad explotaba en las inmediaciones, el impacto convertía el interior del barco en un caos de corchos caídos, bártulos sueltos, tubos que se salían, además del agua o el aceite que salían a chorros hasta que se lograba contener las fugas.

Si una carga se acercaba más que eso, se producía un estrépito devastador cuando el casco reventaba; el mar entraba y la tripulación experimentaba unos pocos segundos de horror antes de que la inconsciencia se apoderara de ellos. A las tripulaciones de submarinos alcanzados por las cargas raras veces se les concedía una oportunidad de escapar. E incluso cuando esa oportunidad existió, algunos prefirieron no tomarla. En un episodio legendario de 1943, el comandante John Cromwell se negó a abandonar su nave *Sculpin*, que había caído fatalmente dañada en la superficie. Un segundo oficial, el alférez Fiedler, se sentó en la mesa de la sala de oficiales y empezó a repartir una mano de solitario. De un modo que sin duda habría merecido el respeto de los japoneses, Cromwell comunicó a sus camaradas de a bordo: «No puedo ir con ustedes. Sé demasiado». Cuando el barco se fue a pique, los otros cuarenta y dos marinos del *Sculpin* fueron recogidos por un destructor enemigo. La mayoría de aquellos hombres sobrevivieron a la guerra como prisioneros, pero otros fueron menos afortunados. Cuatro tripulantes de un submarino hundido que nadaban para llegar a la costa en Robaloto, en las Filipinas, fueron sometidos a ejecución sumaria por sus captores japoneses.

Como ocurre siempre en la guerra, la suerte era un factor decisivo en la supervivencia de las tripulaciones de submarino. William Soczek sirvió en nueve patrullas del Pacífico, en el *Growler*, primero como controlador de fuego y luego como jefe del buque. Al poco de que lo trasladaran a tierra, el *Growler* se perdió. A un marinero del *Trout* le correspondía un permiso en los Estados Unidos. Sin embargo, cuando recibió una carta de su esposa, en la que esta le pedía el divorcio, prefirió quedarse en el barco, que fue hundido durante la patrulla siguiente. El *Seawolf*, uno de los submarinos de los Estados Unidos más famoso y más victorioso, se perdió junto con toda su tripulación el 3 de octubre de 1944, tras ser atacado, tristemente, por un destructor estadounidense.

La mayoría abrumadora de los submarinos hundidos encontraron ese destino al oeste de las Filipinas o en los alrededores de Japón, en las rutas de navegación en las que combatían a los barcos. El castigo de los escoltas enemigos no era el único peligro al que se arriesgaba la tripulación. El 31 de octubre de 1944, en aguas situadas al oeste de Luzón, el *Guitarro* torpedeó un barco de municiones «que debió de volar por los aires hasta Manila, por lo menos». Al hallarse a 1750 metros de distancia, el submarino fue arrojado a un lado por la onda expansiva y cayó a cuatro

metros y medio de profundidad, sus canales de ventilación empezaron a hacer aguas y el combustible se esparció por todos los lugares de trabajo del barco. Varias embarcaciones se hundieron del mismo modo que el *Seawolf*, por el «fuego amigo» de naves o aeronaves de los Estados Unidos. Algunos encallaban en aguas poco profundas, como le sucedió al *Darter*, que perseguía derrotar a la flota de Kurita tras la batalla del golfo de Leyte. La embarcación fue hundida después de que el *Dace* rescatara a su tripulación. Otros pasaron por la horrible experiencia de los campos de minas. Manuel Méndez, del *Pampanito*, dijo: «Muchos le dirán que las cargas de profundidad son la experiencia más aterradora, pero a menos que se haya encontrado sumergido en un campo de minas y haya oído los cables chirriar a lo largo del casco, no ha vivido lo suficiente». El *Harder*, comandando por el legendario Sam Dealey, de Texas, fue hundido por un patrullero japonés el 24 de agosto de 1944, tras hundir a dieciséis barcos japoneses que desplazaban un total de 54 000 toneladas. El destino de algunos buques perdidos nadie lo ha sabido jamás.

El *Salmón* desafió todas las probabilidades en contra en la noche del 30 de octubre de 1944, en aguas de Kyushu, y sobrevivió de milagro. Tras torpedear un petrolero, el submarino fue alcanzado por las cargas de profundidad y descendió cuarenta y seis metros antes de poder controlar la inmersión. El capitán decidió darle una oportunidad a la nave en la superficie. Al principio encontraron la zona circundante vacía; el barco enemigo más cercano se hallaba a seis mil metros de distancia. La tripulación del submarino trabajó denodadamente en la oscuridad para tapar los agujeros y accionar las bombas de achique. Después de casi cuatro horas, una fragata enemiga se aproximó. El *Salmón* barrió al japonés con su artillería de cubierta, antes de huir aprovechando un aguacero. Tras haber solicitado ayuda por radio y recibir el apoyo de otros submarinos próximos y de la cobertura aérea, a la postre el submarino llegó a Saipán.

Un trágico efecto secundario de la guerra submarina fue la pérdida de cerca de diez mil vidas de prisioneros aliados, lo que tal vez supusiera un tercio de todos los que perecieron en cautividad. Los capitanes de Nimitz no tenían medio alguno para identificar los transportes que llevaban prisioneros de guerra, en ruta hacia un destino que los convertiría en trabajadores esclavos en las islas de Japón; solo en la última etapa de la guerra, las descodificaciones del sistema Magic acertaron a indicar que determinados convoyes trasladaban prisioneros. La Marina de los Estados Unidos asumió un punto de vista inflexible: la destrucción del enemigo debía ser prioritaria a cualquier otro intento de salvaguardar las vidas de los prisioneros de guerra. Cuesta pensar cómo lo podrían haber hecho los comandantes de otro modo: si los japoneses se hubieran dado cuenta de que perdonaban a los barcos prisión, no cabe duda de que habrían empezado a llevar miembros del personal aliado en calidad de rehenes. La mayoría de las desventuradas víctimas desapareció sin que sus atacantes conocieran

su suerte. En unos pocos casos, sin embargo, hubo supervivientes que relataron historias terribles. El comandante japonés que estaba de guardia en el viejo vapor *Shinyo Maru* comunicó a los prisioneros que trasladaban desde Mindanao que si el barco sufría un ataque, él los mataría a todos. El 7 de septiembre de 1944, el *Shinyo Maru* fue hundido por el submarino *Paddle*. En cumplimiento de su promesa, los guardias aniquilaron a todos los que intentaron escapar del naufragio. Unos veinte prisioneros de guerra fueron rescatados por error por una embarcación japonesa que recogía a su propia gente, pero cuando los prisioneros fueron subidos a otro navío, los fueron matando uno detrás de otro. Un hombre saltó al agua y llegó a la costa de Mindanao, igual que otro puñado de hombres que escaparon al hundimiento, de quienes se ocuparon algunas gentes de la zona hasta que fue a recogerlos el *Narwhal*.

Dos cargueros de 10 000 toneladas transportaban a 1800 prisioneros de guerra británicos y otros 718 australianos en un convoy desde Singapur, cuando uno de los dos barcos fue hundido por el submarino *Sealion* el 12 de septiembre de 1944. Mientras el navío se iba a pique y luego, en el agua, algunos prisioneros tuvieron la oportunidad de matar a muchos japoneses. Aquel comportamiento resultó profético cuando los escoltas japoneses regresaron para recoger a sus supervivientes y abandonaron a los prisioneros para que se ahogasen. «Caballeros, lo siento mucho —dijo un oficial japonés a sus desesperados compañeros de naufragio, antes de permitir que lo rescatasen—. Así es como lo hace mi gente. Les deseo que salven la vida». La noche siguiente, el *Pampanito* hundió un petrolero y a otro buque de carga. Otros seiscientos prisioneros fueron abandonados en el mar, muriendo por docenas cada hora. Un australiano se sintió profundamente conmovido al oír a un grupo de soldados británicos que cantaban débilmente «Rule, Britannia, Britannia rules the waves[12]!» mientras aguardaban que les llegara su turno en el acceso al más allá.

Tres noches más tarde, el *Pampanito* volvió a la zona y avistó a un grupo de hombres subidos a una plataforma. Dando por supuesto que se trataba de japoneses, la embarcación se acercó para recoger a un único prisionero y entregárselo al servicio de inteligencia. Cuando, por el contrario, se vieron ante prisioneros aliados en condiciones lamentables, los estadounidenses recogieron a setenta y tres, llamaron por radio al *Sealion* para que se uniera al rescate y pusieron rumbo a Saipán: «Era descorazonador dejar a tantos hombres moribundos atrás», dijo el capitán. Otros treinta y dos prisioneros de guerra fueron recuperados por el segundo submarino, de los que siete murieron de camino a Saipán. Lo más extraño de aquellas operaciones de rescate fue que los submarinos de los Estados Unidos no intentaron llevar agua o comida a los hombres a los que tuvieron que dejar en el mar. Tal vez consideraron que una muerte rápida sería más compasiva. De los 1318 prisioneros que habían salido de Singapur, solo sobrevivieron 159. Cuesta contemplar el destino de los prisioneros de guerra si no es como una tragedia bélica, agravada por la

acostumbrada crueldad de los japoneses.

De vuelta a casa al terminar una patrulla, la mayoría de capitanes de submarino permitían a su tripulación, cansada y pálida, que tomara el sol en cubierta. En Pearl, el almirante Lockwood —el «príncipe Charley», una persona muy querida— recibía personalmente a todas las embarcaciones de su responsabilidad cuando regresaban de patrullar, mientras una banda situada en un lado del muelle tocaba «Happy Days are Here Again» («Han vuelto los días felices»). La tripulación bajaba a tierra con paso un poco vacilante. Después de realizar entre cinco y diez patrullas de guerra en el Pacífico, casi todos los supervivientes recibían un destino menos exigente en el Atlántico, o bien se les asignaban labores en tierra. Los que desembarcaban en Pearl y tenían que volver a zarpar se retiraban al hotel Royal Hawaiian, en la playa de Waikiki, para descansar y divertirse. Tras pasar una semana o dos en tierra y reabastecer y reparar en lo preciso el submarino, todo volvía a empezar de nuevo.

«En el otoño de 1944 —escribió el comandante Pete Galantin— reinaba en el cuartel general de Pearl un ambiente casi de euforia». En noviembre, los barcos de reconocimiento descubrieron que los transportes navales japoneses se habían reducido, pero los submarinos continuaron sembrando la destrucción en cuantos navíos se cruzaban en su camino. El día 6 de noviembre, cuatro embarcaciones atacaron en formación lobuna al crucero *Kumano*, que escoltaba un convoy japonés. El *Guitarro* lanzó nueve torpedos, de los que tres fueron aciertos. Otros dos torpedos del *Bream* explotaron contra el casco del crucero, lo mismo que tres más, lanzados por otros submarinos. El enorme barco consiguió embarrancar en Luzón, donde terminó con él un portaaviones, tres semanas después. El 15 de noviembre, otra maniobra lobuna dirigida por el comandante Charles Loughlin, del *Queenfish*, atacó a un convoy que transportaba a la 23.ª división japonesa desde Manchuria a Luzón. Uno de los barcos, que llevaba a dos batallones y la artillería de la división, fue hundido de inmediato. A los dos días, el grupo de Loughlin volvió a encontrar al mismo convoy en el mar Amarillo, mandó a pique a un segundo transporte y causó daños en un petrolero. Poco después, el *Spadefish* alcanzó a un portaaviones escolta, el *Jinyo*, de 21 000 toneladas, y vio cómo sus aviones se deslizaban al mar mientras la embarcación escoraba y se precipitaba al fondo del océano.

El 21 de noviembre, el *Sealion* hundió al acorazado *Kongo* con un solo impacto de torpedo. El *Archerfish* estaba encargado de las labores de socorro, a unas cien millas al sur de la bahía de Tokio, cuando se lo liberó para operaciones de ataque porque no había previstas salidas de las fuerzas aéreas. El submarino avistó de inmediato al portaaviones *Shinano* y lo hundió, un barco de 59 000 toneladas convertido en acorazado —de la misma clase que el *Yamato* y el *Musashi*— que había sido puesto en circulación hacía tan solo diez días. El más exitoso de todos los submarinos del Pacífico fue el *Flasher*, que consiguió veintiún hundimientos,

anotándose un total de más de cien mil toneladas. En su quinta patrulla de guerra, en diciembre de 1944, destruyó cuatro petroleros y dos destructores entre las Filipinas e Indochina. Cada uno llevaba cien mil barriles de petróleo. Puesto que en aquel mes Japón solo había adquirido en el exterior trescientos mil barriles, aquella acción del *Flasher* redujo por sí sola las importaciones petroleras de diciembre en dos tercios. En aquella misma patrulla, en aguas de Indochina, la noche del 22 de diciembre, el submarino despachó tres petroleros más. Tal fue el impacto del bloqueo: sin duda, extraordinario.

Pero para entonces la campaña iba decayendo. No era consecuencia de un descenso en la intensidad del esfuerzo de los submarinos, sino que respondía a la espectacular disminución de la flota mercante japonesa. Los comandantes de Japón no deseaban exponer el tonelaje que aún conservaban en travesías suicidas por las aguas profundas. «Se había convertido en la guerra de los aviadores, no en la de los submarinos», afirmó el comandante Pete Galantin. Los submarinos casi habían concluido el aislamiento de las islas patrias japonesas con respecto a su ya mermado imperio. Pero no podían operar en las aguas poco profundas del Mar Amarillo y el mar de Japón. Los *Liberator* de largo alcance y las aeronaves de los portaaviones asumieron la tarea de atacar a los buques japoneses que escapaban del alcance de los submarinos. Las fuerzas aéreas de los Estados Unidos dedicaron tan solo unas pocas salidas de B-29 a minar las aguas costeras japonesas, pero consiguieron un impacto extraordinario. Enero de 1945 se convirtió en el primer mes, después de más de dos años, en el que los aviones estadounidenses hundieron más barcos japoneses que los submarinos.

Los oficiales de los submarinos sostuvieron con gran convicción que, en los últimos meses de la guerra, la flota de portaaviones prestó demasiada atención a los barcos de guerra japoneses, impotentes o inmovilizados, cuando habrían resultado más útiles si hubieran acabado de destruir la flota mercante del enemigo. Allí estaba el viejo problema de la Marina de los Estados Unidos: una concepción instintiva de la flota de combate como el objetivo primordial para cualquier gallardo comandante, en lugar de los viejos barcos de cabotaje de la costa o los vapores, que recorrían atemorizados las costas de Japón.

La Marina Imperial carecía por entonces de la capacidad necesaria para influir en el curso de la guerra. La duración de la resistencia japonesa se habría visto muy seriamente afectada por la falta de combustible, comida y materias primas. Solo el 4 por 100 de las salidas aéreas navales de los Estados Unidos se dirigieron contra barcos mercantes, pero destruyeron el 16 por 100 del tonelaje mercantil japonés: un promedio de nueve salidas y cuatro toneladas de bombas por cada mil toneladas hundidas. Si los portaaviones estadounidenses hubiesen navegado por las aguas del sur de Java y Sumatra, habrían alcanzado unos resultados extraordinarios. El hecho

de que no lo hicieran es indicio de la preferencia de los comandantes de Nimitz por enfrentarse a barcos de guerra enemigos y —en los últimos meses de guerra— por atacar las islas patrias de los japoneses. No va en menoscabo de los extraordinarios logros que en época de guerra consiguió la Marina de los Estados Unidos afirmar que algunos de sus almirantes debieran haber realizado estudios de Economía, además de los tácticos.

Jamás hubo más de cincuenta submarinos activos en aguas del Pacífico al mismo tiempo y, además, veintidós de ellos iban siempre de camino hacia sus zonas de patrulla o regresaban de ellas. Por comparación, la Marina alemana desplegó, en su mejor momento, más de un centenar de *U-boot*, y consiguió su pico de hundimientos en noviembre de 1942, con 636 907 toneladas de buques aliados: 106 naves. Aquello estaba muy por encima incluso de las mejores actuaciones estadounidenses contra Japón, pero los Aliados eran mucho más capaces de aguantar las pérdidas. Cuando se terminó la guerra, las ciudades en ruinas de Japón constituyeron un testimonio más evidente del poder de destrucción aliado que todos sus buques, invisibles en el suelo del océano. Pero en realidad, las pérdidas marítimas llevaron a la economía japonesa al borde del colapso antes incluso de que las flotas de bombarderos de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos empezaran a trabajar en serio. El *US Strategic Bombing Survey*, un informe estadounidense sobre el bombardeo estratégico que no era probable que llegara a conclusiones tendenciosas a favor de la Marina, declaró en su informe de 1946: «La guerra contra los transportes fue el factor independiente más decisivo en la ruina de la economía japonesa y el hundimiento del apoyo logístico que precisaba el potencial militar y naval de los japoneses. Los submarinos fueron responsables del hundimiento de la mayoría de los navíos». Ninguna otra fuerza tan pequeña como la flotilla de submarinos de la Marina de los Estados Unidos, con sus meros 16 000 hombres, ha conseguido un impacto comparable al suyo en ninguna otra guerra de ningún lugar del mundo.

# 12

# Quemar una nación: LeMay

### 1. SUPERFORTALEZAS

La percepción popular de la Segunda Guerra Mundial identifica los ataques con bomba atómica de agosto de 1945, contra Japón, como un horror sin parangón. Sin embargo, el destino de Hiroshima y Nagasaki solo se puede comprender adecuadamente sobre el fondo de la campaña aérea que precedió a las explosiones nucleares y que causó la muerte de un número mucho más elevado de personas, antes de que los grotescos motes de «Little Boy» («Niñito») y «Fat Man» («Hombre gordo») hicieran mella en la consciencia del mundo. En los primeros años de la guerra del Pacífico —salvo en el gesto dramático y único de la incursión de Doolittle en abril de 1942, lanzada desde portaaviones—, Japón no resultó bombardeado, porque no se lo pudo alcanzar. Entre tanto, en 1942 y 1943, la fuerza aérea estadounidense se dedicó, en Europa, a realizar ataques de precisión contra las instalaciones industriales y militares. Ello se debió, en parte, a que se las consideraba los objetivos más útiles; pero en parte, porque el liderazgo político y militar de los Estados Unidos proclamaba objeciones morales fundamentales contra el bombardeo de zona, tal como lo practicaban los británicos.

A medida que avanzaba la guerra, sin embargo, los escrúpulos fueron desapareciendo. El almirante Leahy —jefe del Estado Mayor de personal con Roosevelt y, más adelante, con Truman— despreció las «operaciones de “guerra psi”» contra los japoneses y afirmó: «La mejor guerra psicológica que podemos emplear contra estos bárbaros [son] las bombas». Al igual que un colaborador de la revista británica *Spectator*, que escribía en septiembre de 1944: «No es probable que ningún arzobispo salga a gritar contra el bombardeo de Japón, cuando se produzca, porque será difícil pedir clemencia para un enemigo que dispara contra los aviadores que tienen la mala fortuna de tirarse en paracaídas sobre su tierra sagrada y que ha perpetrado en China atrocidades de una perversidad vomitiva». El pueblo japonés tuvo la mala suerte de que resultó factible bombardearlo justo cuando los reparos estadounidenses en contra de la matanza de civiles estaban siendo eclipsados por dictámenes cruelmente pragmáticos sobre cómo aprovechar mejor la tecnología disponible para causar daño al enemigo y aumentar la credibilidad del potencial aéreo estratégico.

Críticos como John Dower han dado a entender que el odio racial hacia el pueblo

japonés provocó que estos sufrieran un trato más severo que los alemanes a manos de los Aliados, sobre todo en lo relativo a los bombardeos aéreos. Pero entiendo que esta perspectiva no refleja bien los hechos ocurridos en Europa entre 1944 y 1945. Buena parte de los civiles alemanes que murieron por efecto de las bombas aliadas fallecieron en los últimos meses de la guerra, cuando unas fuerzas aéreas de gran capacidad actuaban contra unas defensas claramente insuficientes y gozaban del apoyo de una tecnología muy avanzada. Los aviadores estadounidenses eran conscientes de que los efectos del bombardeo guiado por radar de las USAAF, contra objetivos de precisión de las áreas urbanas, no discriminaban mejor que los ataques zonales de los británicos. La destrucción de Dresde se ha considerado un ejemplo de «espanto» sin parangón. De hecho, como es natural, las fuerzas aéreas aliadas intentaban infligir daños de ese calibre un día tras otro, por mucho que los estadounidenses se ocultaran bajo una capa de lamentos públicos con respecto a las bajas civiles. Gran Bretaña dedicó casi una tercera parte de todo su esfuerzo bélico a la campaña aérea estratégica, mientras que las fuerzas de bombardeo de las USAAF dedicaron solo un diez por cien del empeño nacional. En mayor o menor medida, la guerra siempre embota las sensibilidades de los combatientes. Sin duda, así ocurrió con los que redactaron las directrices de los bombardeos aliados.

Se ha sugerido antes que son pocos los beligerantes que, en un conflicto dado, poseen la elevación de miras necesaria para ofrecer a sus enemigos un trato mejor del que reciben a manos de estos. En la última fase de la Segunda Guerra Mundial, la impaciencia se apoderó de los Aliados, a todos los niveles. Desde los presidentes y primeros ministros hasta los soldados de las trincheras, se percibía el anhelo de «terminar con el asunto». El resultado no arrojaba dudas: el Eje ya no conservaba ninguna posibilidad de evitar la derrota. Por ello mismo, parecía aún más incomprensible que se obligara a los hombres a continuar muriendo solo porque el enemigo se negaba a aceptar la lógica de una situación insostenible. Así, se consideraron aceptables todos los medios imaginables de acelerar el final. En Europa, aun a pesar de los recelos de algunos oficiales de primer orden, las USAAF participaron en operaciones aéreas contra civiles, de carácter expresamente terrorista, como por ejemplo la operación Clarion (Toque de Rebato), de febrero de 1945, con la que se pretendía convencer al pueblo alemán de que era absolutamente vulnerable. Para ello, se atacaron comunidades pequeñas y el tráfico de carretera, sin distinguir entre civiles y militares, causando la muerte de muchos miles de personas.

El pueblo japonés quedó al alcance de los bombarderos estadounidenses en un momento en el que la sensibilidad moral de los Aliados estaba anestesiada por los ataques kamikazes y las revelaciones del salvajismo con el que los nipones habían tratado a los prisioneros de guerra y los pueblos sometidos; también influía el cansancio general de la guerra. A estas consideraciones se unía la resolución

mesiánica de varios destacados aviadores estadounidenses, decididos a aportar una contribución decisiva para la victoria —y sobre todo, a que se reconociera así—, para asegurar su futura independencia del ejército de tierra. Los Estados Unidos disponían de los medios necesarios para infligir daños horripilantes muchos meses antes de que «Little Boy» llegara a la isla de Tinian.

Claire Chennault, antiguo líder autónomo de los «Tigres Voladores», convertido en general de los Estados Unidos al mando de la 14.ª Fuerza Aérea en China, estuvo entre los primeros defensores del bombardeo intensivo de Japón. Este gran charlatán proclamó que, con quinientos aviones, podía «asolar el corazón industrial del Imperio, con ataques de bombas incendiarias sobre los enormes hormigueros de bambú de Honshu y Kyushu». El general del aire «Hap» Arnold respondió con severidad que «el uso de incendiarias contra las ciudades era contrario a nuestra política nacional, orientada a atacar objetivos militares». En 1943, sin embargo, los visitantes del campo de pruebas de Dugway, en Utah, vieron un panorama incongruente: una pequeña aldea japonesa, fielmente reproducida en madera, con dos docenas de casas en las que no faltaba ni el *tatami* de paja ni los muebles. Esta comunidad fantasma fue destruida por bombarderos, para demostrar con qué facilidad podía emularse y multiplicarse la hazaña en las ciudades de Japón, cuyos alojamientos eran de construcción muy débil.

Hacia la misma época, el personal de aire identificó como prioritarios ocho sistemas de objetivos industriales, en Japón, Manchuria y Corea. Un estudio de octubre de 1943 puso de relieve que en solo veinte ciudades japonesas se concentraba el 22 por 100 de la población del país. En junio de 1944, el Comité Incendiario Conjunto —de nombre funesto— evaluó seis áreas urbanas de la gran isla de Honshu. Informó de que si se arrasaba el 70 por 100 de esas seis zonas, se perdería el 20 por 100 de la producción japonesa total y se causarían quinientas sesenta mil bajas. A Arnold se le indicó que no costaría «casi nada» poner a prueba la idea. Las cuestiones humanitarias del asunto, dijeron los investigadores, encogiéndose de hombros, debían responderlas los responsables gubernamentales.

Siempre se había dado por sentado que la nación enemiga que había atacado Pearl Harbor debería sufrir un bombardeo; lo que no estaba tan claro eran los medios que se emplearían. En septiembre de 1942 realizó su vuelo inaugural el B-29 *Superfortress* («Superfortaleza»), el bombardero más grande de la historia. Era el avión diseñado para sembrar el caos en Japón. Sus dimensiones y su complejidad —de hecho, la insolencia misma de su creación— representaron monumentos a la riqueza y la ingenuidad de los Estados Unidos. Cada aparato costaba más de medio millón de dólares, es decir, cinco veces el precio de un RAF Lancaster. La construcción de un B-29 necesitaba veintisiete mil libras de aluminio, más de mil libras de cobre[13], seiscientos mil remaches, más de quince km de cables y más de

tres km de tuberías. Fue el primer bombardero presurizado del mundo, con un radio de operaciones de casi dos mil seiscientos km, una tripulación de doce personas y una batería de armamento defensivo.

El centésimo B-29 fue proporcionado por los fabricantes en enero de 1944; en noviembre de ese mismo año se había construido un millar. Sin embargo, Tokio estaba a unos 6300 km de Hawái. Hasta que los Estados Unidos poseyeran bases en el Pacífico occidental, las únicas plataformas desde las cuales podían actuar los B-29 contra el territorio controlado por los japoneses debían erigirse en India y China. La primera escuadrilla llegó a India a principios del verano de 1944 y se encontró con una situación de gran miseria. Según uno de los tripulantes: «En cuanto bajamos del aparato, ansiosos por ver la nueva base, el corazón se me cayó a los pies. Esta no era la guerra civilizada que confiábamos lidiar: no había barracas, ni calles pavimentadas; no había más que insectos, calor y porquería». La primera incursión, el 5 de junio, contra los talleres del ferrocarril japonés en Bangkok, fue ridícula. De los 122 aviones, diez eran inservibles, catorce no lograron despegar, dos se estrellaron de inmediato y trece regresaron antes de hora. El resto se enfrentó a las malas condiciones meteorológicas; setenta y siete atacaron el objetivo principal desde alturas situadas entre los diecisiete mil y los veintisiete mil pies. Solo cuatro toneladas de bombas se aproximaron al blanco. Un B-29 fue alcanzado por las defensas enemigas; otro se estrelló al aterrizar. Durante los meses siguientes, con un gran esfuerzo y una precisión lamentable, se lanzaron contra los japoneses otras cargas menores de bombas y de minas, que apenas causaron impacto.

Entre tanto, en China se estaban produciendo hechos extraordinarios. Medio millón de trabajadores creaban pistas de aterrizaje para los B-29, con rocas machacadas y transportadas por la fuerza del sudor, que luego se nivelaban con rodillos gigantes, arrastrados cada uno de ellos por quinientas personas, entre hombres y mujeres. Los culis murieron por miles, en toda una serie de accidentes. Las pistas nunca se adecuaron a las necesidades reales de los bombarderos. Sin embargo, en abril de 1944 aterrizó un primer B-29 en China. En agosto, estaban atacando Japón en grupos reducidos, desde las nuevas bases. La logística era complicada y penosa. Cada salida de un B-29 precisaba de veinte toneladas de combustible, municiones y provisiones, que eran trasladados a las bases chinas por aviones de transporte B-29, cada uno de los cuales quemaba veintiocho toneladas de combustible para mover 4,5 toneladas de carga. Pronto fueron reemplazados por aviones C-109, para no desgastar los bombarderos. El puente aéreo del norte de la India hasta Kunming, que pasaba por encima del Himalaya, era una de las misiones menos populares y más peligrosas de la guerra: comportó la pérdida, en total, de cuatrocientos cincuenta aparatos. La eficacia y la moral de las tripulaciones eran notoriamente escasas. Los aviadores que se veían obligados a lanzarse en paracaídas

caían en algunos de los paisajes más salvajes del mundo, habitados por tribus que, en ocasiones, les perdonaban la vida, pero no sin antes privarlos, siempre, de todas sus posesiones. Cierta tripulación tuvo que recorrer cuatrocientos kilómetros, en veintinueve días, hasta alcanzar territorio amigo.

Este esfuerzo hercúleo permitió que los B-29 asaltaran Japón desde China, pero con un riesgo mortal y resultados apenas apreciables. En aquel momento, la amenaza principal para la supervivencia de las tripulaciones no eran los cazas enemigos ni las baterías antiaéreas, sino sus propios aviones. En palabras del más conocido de sus comandantes, el diseño del B-29 «tenía más agujeros que los termiteros del [Museo] Smithsoniano[14]». Los componentes hidráulicos y eléctricos, las torretas de artillería y, sobre todo, la unidad central de suministro de energía demostraron poseer deficiencias gravísimas. Los cuatro motores Curtis Wright R-3350 era «una pesadilla mecánica», que tendía a incendiarse durante los vuelos. Las partes de magnesio solían quemarse y fundirse; las aleaciones fallaban. «Cuando estabas a más de veinticinco mil pies, siempre parecía que, para sostenerse ahí arriba, el avión estaba estirando al límite hasta la última tuerca», según recordaba el aviador Jack Caldwell. A ello se añadían la inexperiencia y otros defectos de la tripulación. Las USAAF reconocieron que se enfrentaban a un problema «monumental» a la hora de entrenar a los pilotos para aquella «batalla de los cielos». En una incursión típica, el 19 de agosto de 1944, setenta y un aparatos despegaron con rumbo a las acerías Yawata; sesenta y uno de día y otros diez, de noche. Cinco fueron destruidos por la acción enemiga; dos se estrellaron durante el despegue, quizá incluso antes; otros ocho se perdieron por problemas técnicos. A cambio de perder material por valor de 7,5 millones de dólares y tripulaciones muy valiosas, solo se logró arrojar 112 toneladas de bombas.

El comandante Richard McGlinn y su tripulación del 40.° Grupo de Bombarderos se convirtieron en protagonistas involuntarios de una aventura extraordinaria. Los antiaéreos dañaron un motor justo antes de que el avión lanzara sus bombas; el ingeniero de vuelo informó de que no había esperanza de regresar a la base. Así, echaron todo el lastre que pudieron y se dirigieron a Rusia, a la sazón aliada en la guerra de los Estados Unidos contra Alemania, pero que permanecía neutral en el conflicto con Japón. El aparato de McGlinn, con fallos en el funcionamiento de los equipos de navegación y radar, se perdió entre la oscuridad y las nubes. Atisbaron entonces una ciudad que no pudieron identificar, mantuvieron vuelo hacia el norte durante cuarenta minutos más y entonces se lanzaron en paracaídas. Comenzaron una marcha hacia el norte, en tres grupos; cada hombre portaba un arma en el costado, un manual de supervivencia y varios pertrechos. Los mosquitos los atormentaron en los pantanos y no tardaron en acabarse las raciones de emergencia. Recurrieron a alimentarse con lo que hallaban: hongos, ranas, urogallos, caracoles, ratones, bayas,

hojas y musgo.

Un grupo llegó a un río y construyó una balsita. Los tres soldados más fuertes bajaron la corriente en busca de ayuda, enfrentándose a las aguas rápidas y los troncos flotantes. El 10 de septiembre encontraron a un niño que los acompañó a su aldea. Los habitantes eran rusos, sin duda. Mediante signos, los estadounidenses, exhaustos, comunicaron sus dificultades. A lo largo de los días siguientes, aviones soviéticos fueron localizando a los otros aviadores y les arrojaron notas de bienvenida: «Que tengáis un buen día, camaradas: estáis en la Unión Soviética», junto con víveres e instrucciones. Cuando, por fin, fueron a rescatarlos con botes, uno de los salvadores los describió como «consumidos, con barbas largas, trajes andrajosos que apenas les cubrían las rodillas. Uno llevaba solo una chaqueta de cuero y unos zapatos astrosos; otro tenía un pie envuelto en jirones y en el otro, se había atado una funda de pistola. Las caras y los cuerpos estaban tan lacerados por los mosquitos, que se les habían formado pústulas y llagas». Los rusos internaron a McGlinn y sus hombres, además de las tripulaciones de otros treinta y seis aparatos estadounidenses que aterrizaron en Siberia. Ningún aviador regresó a casa hasta enero de 1945 y los soviéticos retuvieron todos los aeroplanos que cayeron en sus manos.

Las USAAF quedaron apabulladas por la avalancha de publicidad estatal que se lanzó sobre los nuevos bombarderos gigantes, tal que atrapó la imaginación pública. Los comandantes estaban al tanto de que, en realidad, los planes estaban logrando un efecto ciertamente secundario. Lo mismo cabe afirmar de sus aliados británicos. En agosto, el general Henry Pownall, jefe del Estado Mayor de Mountbatten, instó a que se retiraran de China los grupos de B-29. Alegó que se podían enviar a los nacionalistas chinos dos toneladas y media de provisiones por cada tonelada que se entregaba en apoyo de las USAAF, «pero continúan con esas operaciones fútiles, en una escala de ataques que no podrá alterar ni en un ápice el curso de la guerra». El bombardeo de radar sobre Japón, un país cuyas condiciones meteorológicas eran por lo general difíciles, tenía una precisión de tan solo tres kilómetros. Las acciones enemigas causaron solo un tercio de las pérdidas de B-29; el resto de las bajas se debían a motivos técnicos o fueron provocadas por los propios estadounidenses. El 14 de diciembre, antes de lanzar una misión contra un puente de Bangkok, los pilotos expresaron sus dudas sobre la conveniencia de arrojar cargas mixtas de bombas de quinientas y mil libras, pues parecía probable que se adelantaran unas a otras y chocaran en el aire. Se invalidó su propuesta y se los amenazó con un consejo de guerra si no levantaban el vuelo. Pero sobre el objetivo, como se había anticipado, varias bombas explotaron en medio de las formaciones estadounidenses y se perdieron cuatro aparatos. En otras ocasiones, estallaban las cúpulas de las torretas de ametralladora o persistían los fallos de motor. La moral de las tripulaciones descendió

hasta profundidades inéditas.

Era evidente que la situación no podía seguir por aquel camino y, efectivamente, se le buscó remedio. El 29 de agosto de 1944, Curtis LeMay, el general de división más joven del servicio, voló a India para hacerse cargo de la dirección del XX Comando de Bombardeo. El 8 de septiembre acompañó, como observador, una misión de B-29. Procedía de Europa, donde se había granjeado una reputación sólida, pero su optimismo quedó muy afectado por lo que vio. No se demoró en informar a Washington respecto del XX. Según le escribió al jefe del Estado Mayor de Arnold, el 12 de septiembre: «Como equipo de combate, son extraordinariamente malos… Carecen de experiencia de combate. Todos se empeñan como locos, pero en objetivos equivocados. En otras palabras: están averiguando cómo deben luchar igual que hicieron nuestros primeros equipos al principio de la guerra, esto es, por el método de prueba y error. No creo que podamos permitirnos manejar los B-29 de esa manera». En otra carta, escrita una semana más tarde, se lamentaba de la escasa calidad tanto de la tripulación como de los oficiales del aire y solicitaba que le enviaran personal con experiencia de combate: «Los equipos de los B-29 están llenos de gente que han pasado la guerra en los Estados Unidos, detrás de una mesa». LeMay dejó constancia de que la tripulación tenía más miedo a despegar con sobrecarga en aquellas pistas mal acondicionadas que a enfrentarse con el enemigo. Cuando la ofensiva terrestre japonesa Ichigo conquistó varios aeródromos esenciales en territorio chino, LeMay concluyó: «Las operaciones de este Comando, bajo las condiciones que se dan en este escenario bélico, son, sencillamente, de locos».

En un principio, los superiores eran reticentes a aceptar el golpe que debía suponer, para el prestigio estadounidense, abandonar las misiones de los B-29 en bases chinas. El general Albert Wedemeyer no se resignó a lo inevitable hasta finales de diciembre. En marzo de 1945 —no antes—, el XX Comando de Bombardeo comenzó a preparar el traslado desde las bases indias, con sus aviones y un cargamento que incluía monos domesticados y un osezno de oso negro. Debían incorporarse a otras unidades de la 20.ª Fuerza Aérea, que hacía un tiempo que operaban ya desde las islas Marianas. Los Estados Unidos disponían por fin de bases aéreas desde las cuales era factible atacar Japón.

LeMay se les había adelantado. El 9 de diciembre, Arnold le escribió: «El proyecto B-29 es importante para mí, porque estoy convencido de que es de vital importancia para el futuro de las fuerzas aéreas». En enero de 1945, el joven general fue transferido del XX al XXI Comando de Bombardeo y asumió el control de los cuarteles de Guam. Fue desde esta posición desde donde lanzó la ofensiva contra Japón que, más adelante, quedaría indisociablemente ligada con su nombre.

Curtis Emerson LeMay había nacido en el seno de una familia sencilla, en Columbus (Ohio), donde tuvo que trabajar para abrirse paso en los estudios

universitarios. Con una notable precocidad, demostró poseer una gran pericia técnica, que no perdió a lo largo de su carrera militar (mientras era jefe del Estado Mayor de la fuerza aérea construyó un televisor a color con sus propias manos). Obtuvo la condición de cadete como piloto del ejército en 1928 y fue reconocido a lo largo de la década siguiente, pues dominaba las técnicas de pilotaje, ingeniería y navegación, en la instrucción se esforzaba con denuedo y era muy estricto con su propia disciplina. La llegada de la guerra facilitó su ascenso: era un hombre eficaz, valiente, impulsivo, innovador en las materias tácticas. En Europa labró su reputación como uno de los oficiales más brillantes de la 8.ª Fuerza Aérea, que dirigió desde el frente. Despertaba más respeto que aprecio: era de maneras distantes, de expresión precisa y categórica y frío en el trato. Algunos pilotos atemorizados lo bautizaron como «Culodehierro». Los hombres de LeMay se complacían en recordar una leyenda: el general habría detenido su *Jeep* junto a un avión, mientras este repostaba, y un sargento se aventuró a reprocharle que llevara su pipa característica: «Señor, podría prenderse un fuego», a lo que LeMay habría respondido: «No se atreverá, hijo». Sus maneras glaciales no se vieron alteradas por la parálisis de un costado de su rostro, producto de un virus. En India había evaluado sin ambages el rendimiento del XX Comando de Bombardeo y había corrido a introducir nuevos programas de instrucción y nuevos métodos tácticos; ello convenció a Arnold de que LeMay era su hombre, la figura idónea para afrontar el reto de desarrollar la campaña de las USAAF desde las islas Marianas.

Porque este también había languidecido. A medida que la infantería de marina iban conquistando, una tras otra, las islas del grupo, en el verano de 1944, les seguían, casi de inmediato, los grupos de excavadoras y niveladoras, para crear pistas de aterrizaje y puestos de estacionamiento a partir de la roca y el coral. La primera ala de ciento ochenta B-29, junto con la plantilla de doce mil empleados de tierra y aire, necesaria para su funcionamiento, llegó a Saipán cuando aún abundaban los japoneses rezagados. En el día de su primera misión se mató a tres japoneses que intentaban infiltrarse en una cola de abastecimiento de comida. Tras la conmoción de ver a un soldado enemigo disparar contra un centinela, un aviador fue enviado a casa con «fatiga de combate». En enero de 1945, se hizo prisioneros a cuarenta y cinco japoneses a tan solo mil metros de los cuarteles generales del XXI Comando de Bombardeo. Las condiciones de vida de los pilotos eran primitivas. Tras llegar a Tinian uno escribió, desanimado: «Confiaba encontrar nativas de piel morena, faldas huía, cocoteros y la cálida brisa del mar… En su lugar, encontré a los soldados quemados por el sol sobre rocas de coral desérticas. No estaba en una isla paradisíaca: aquella isla era una prisión».

El teniente Philip True comenzó con mal pie su periplo como navegante del 9.° Grupo de Bombarderos, cuando el piloto detuvo el avión en los puestos de estacionamiento de Tinian. «¿Dónde está el whisky?», quiso saber un técnico de

tierra, semidesnudo. «¿¡Whisky!?», exclamaron los aviadores, atónitos. Allí no había whisky: su comandante, Dayton Countryman, era un hombre de Iowa duro y correcto, que había prohibido cualquier tráfico ilícito de licores desde California. Sin embargo, pronto descubrieron que en Tinian casi todo lo bueno se adquiría con cajas de whisky —la marca preferida era el Black Death («Muerte negra»), de Schenley— embarcadas en los compartimentos de las bombas de los aviones que iban llegando.

La humedad en la que vivían era aplastante. «El cuero comenzó a enmohecerse a los pocos días y casi todo adquiría un fuerte olor a humedad», según escribió un piloto. Los hombres dormían en casetas prefabricadas de tipo Quonset, en grupos de diez o veinte. Los oficiales se vieron obligados a cavar letrinas de campo. El personal de tierra no podía trabajar en los aviones con pantalones cortos, porque el metal les quemaba la piel. Como en el resto del Pacífico, había resentimiento contra la Marina, por la mayor calidad de su comida y sus cuarteles e instalaciones. Los japoneses organizaron incursiones nocturnas, de hostigamiento, que causaban un pesar generalizado —y un total de 245 bajas—, destruyeron once aviones y dañaron otros cuarenta y nueve. Un aparato japonés se estrelló contra un refugio, hiriendo a cuarenta hombres. «Todos estuvimos en tensión no solo durante el resto del día, sino durante muchos de los días siguientes», escribió el capitán Stanley Samuelson, Al terminar los asaltos, se contaban por docenas los estadounidenses que debían recibir curas de cortes y heridas, pues habían corrido a refugiarse en la oscuridad, por lo general desnudos, sobre el coral cortante. No era fácil para las tripulaciones enfrentarse a la inquietud de las operaciones de vuelo cuando en tierra recibían tan poco respiro.

El primer aeroplano estadounidense que sobrevoló Tokio desde la incursión de Doolittle realizó una misión de reconocimiento fotográfico, el 1 de noviembre de 1944. Le siguieron, el 24 del mismo mes, ciento once bombarderos. Volaron a dos mil pies de altura, hasta hallarse a unos cuatrocientos kilómetros de Japón, y entonces se elevaron a veintisiete mil pies, para el bombardeo. Tanto la navegación como la puntería fueron deficientes. A lo largo del invierno de 1944, solo el 2 por 100 de los aviones atacantes soltó su carga en un radio de menos de trescientos metros de los objetivos. Las tripulaciones se enfrentaban a cuatro peligros: la inexperiencia y la instrucción inadecuada; los continuos fallos mecánicos de los aviones; la tensión del despegue, en el que se superaba el máximo de peso bruto recomendado por el fabricante, que era de sesenta mil kilogramos; y, lo que era aún más importante, al volar a gran altura sobre Japón se topaban con vientos contrarios de una potencia desconocida: un «chorro de aire» de más de cien nudos, que hacía estragos en todos los cálculos de planificación y de necesidades de combustible.

Los blancos seleccionados en Japón como objetivo del XXI Comando de Bombardeo eran la industria aeronáutica, la bélica en general y los transportes. Pero

en enero de 1945, los B-29 no habían provocado más que impactos despreciables en todos ellos. La moral se hundió. Uno de los pilotos, el teniente Robert Copeland, del 500.° Grupo de Bombarderos, anotó en su diario valoraciones deprimentes de las misiones lanzadas desde Saipán.

> *3 de diciembre. Los chicos empiezan a saltar. El capitán Field se fue directo al precipicio, la noche pasada, pero pudieron detenerlo y llevarlo al hospital… Es probable que lo envíen de vuelta a casa.*
>
> *22 de diciembre. Bombardeamos a treinta y dos mil pies, según el radar, y tengo mis dudas sobre los resultados. Lo menos que puedo decir es que tuve miedo.*
>
> *28 de diciembre. La incursión de ayer fue una mierda. Fallaron el blanco principal e intentaron girar 180° para atacar de nuevo, pero no lo consiguieron, así que arrojaron las bombas sobre Tokio, no sé con qué resultado.*
>
> *14 de enero. La misión de ayer, a Nagoya, parece haber sido un fiasco… La nave de Hiat sufrió perturbaciones aerodinámicas sobre Tokio, viró sobre sí mismo hasta quedar cabeza abajo y cayó de los treinta y dos a los veinticinco mil pies, a una velocidad relativa de 380 mph [330 nudos].*

Otro oficial, Stanley Samuelson, había asistido a una escuela de Arte en su estado natal, antes de enrolarse con posterioridad a Pearl Harbor. Dirigió cincuenta misiones con B-17 en el escenario del Mediterráneo; regresó a casa en 1943 y se casó, y luego se presentó voluntario para los B-29. ¿Por qué se habría presentado voluntario por segunda vez, para un nuevo sacrificio, cuando ya había «aportado su granito de arena»? Es imposible saberlo, pero es sorprendente lo elevado que es el número de pilotos que disfrutaban tanto del vuelo —incluso en combate— que eran reticentes a abandonarlo. Samuelson, a la sazón de veinticuatro años, aprovechó su pericia artística para desarrollar actividades adicionales de utilidad en Saipán: pintó caricaturas «nose art» en algunos de los B-29 de su ala, a cincuenta dólares la pieza.

Voló en su primera misión de Superfortalezas en octubre de 1944. En los primeros días de estancia, había vivido algunos momentos de euforia, como este, en el que se acercaba a Japón en un día tan importante en su país como el de Acción de Gracias. «Cuando salimos de las nubes, se veía alzarse en el horizonte el monte Fujiyama, como una pintura de gran belleza, obra de un maestro. Era una vista hermosa, de la que muy poca gente podrá disfrutar durante esta guerra. Era difícil de creer que tuviéramos por debajo uno de los países más repugnantes que jamás hayan existido». Este breve idilio terminó de forma abrupta, sin embargo, a los pocos minutos, cuando un motor falló. Cuando se pudo volver a conectar, el avión de Samuelson, el *Snafufortress* (Fortaleza escoñada), había quedado atrasado con respecto a la formación. Intentó deshacerse de las bombas, pero se habían congelado en los compartimentos; por otro lado, no hubo modo de cerrar las portezuelas de las bombas, lo que aumentó la resistencia y, por ende, redujo aún más la velocidad. El intercomunicador comenzó a transmitir alertas de los artilleros, que habían detectado la presencia de aviones enemigo: «Nos persiguen tres, cinco en punto, bajo. Nos persiguen cuatro, dos en punto, alto. Nos persiguen dos, doce en punto, a nivel».

Samuelson escribió: «Aquello pintaba más negro que el infierno y las metralletas comenzaron a disparar hacia todas partes». Los cazas enemigos persistieron en su acoso durante treinta minutos, hasta el extremo de que la tripulación se preguntaba cómo podía ser que aún estuvieran con vida. Hicieron falta siete horas de soledad y tensión incesante para devolver el avión a la base, 2250 kilómetros sobre el Pacífico. El oficial bombardero se arrastró por el fuselaje hasta el compartimento de las bombas, para deshacerse de los proyectiles a mano. Tras el aterrizaje, Samuelson durmió sin interrupciones durante doce horas.

Este piloto de combate, experimentado, quedó consternado —como la mayoría de sus camaradas— ante la experiencia de dirigir los B-29. Según escribió en diciembre:

> *No hay otra forma de decirlo: tenemos pánico, auténtico pánico. Estamos perdiendo tripulaciones en cada misión; no es nada fácil de tragar. No sería tan terrible si las bajas se debieran al enemigo, pero resulta que los aviones se caen en medio del Pacífico por culpa de fallos del motor u otros problemas mecánicos. ¿Amerizar? Solo la idea de amerizar un avión de seiscientos mil dólares y doce hombres sobre el océano agitado, de noche y a mil seiscientos kilómetros de casa, convierte de pronto en adultos a los niños y hace salir canas a los hombres jóvenes… Aquí todos los días son iguales… No tenemos calendarios y nadie los quiere. Vivimos al día, de misión en misión. Algunos estaban hablando de que solo faltaban dos días para Navidad, pero lo cierto es que nadie parecía entusiasmado.*

En el diario de un artillero se escribió, en enero de 1945: «Damos pena como soldados… ni siquiera aguantamos el hecho de seguir con vida, preferiríamos mil veces estar trabajando en una fábrica de defensa».

En algunos teatros bélicos, se trataba con mimo a las tripulaciones. Pero en las Marianas, no había comodidades. Joseph Majeski, un artillero de diecinueve años, empleado en el 6.° Grupo de Bombarderos de Tinian, se encontró alojado en una pequeña tienda de campaña. Para la ducha debía hacer cola con cien hombres desnudos y siempre estaba hambriento. Convenció a su padre de que le enviara, por correo, tarros de alimentos para niños de la marca Gerber —compota de manzana, peras y melocotones— porque eran nutritivos y portátiles. Majeski se las arregló para visitar, ilícitamente, a un tío suyo, a bordo de un barco anclado a cierta distancia de la costa. «Fue la primera vez en muchos meses que me pude duchar con agua caliente. Y la comida del barco era genial. Comparada con la basura que estábamos comiendo en Tinian, lo cierto es que lamenté no haberme enrolado en la Marina». En la costa, los hombres lavaban sus propias ropas con gasolina (de aviación) o dedicaban las horas muertas a construir lavadoras primitivas, con hélices de molino instaladas en barriles. Surgieron jardines entre las casetas y las cabañas. Para muchos aviadores, la inactividad era casi tan angustiante como el combate. Yacían bajo el sol abrasador, soñando con que todo se acabara. «Tuve una charla agradable con Wray y Cutter —escribió Stanley Samuelson el 4 de enero, recordando una conversación con dos miembros de su equipo—. Wray es un tipo inteligente y ambicioso. Quiere montarse un concesionario de [maquinaria] International Harvester en su ciudad y contar con

un negocio propio. Cutter solo piensa en salir del ejército y enviar al diablo a todo el mundo, si le da la gana».

En la caja abierta de los camiones que los transportaban hasta la zona de despegue no se hablaba apenas. Una furgoneta de la Cruz Roja pasaba por el grupo, repartiendo café y donuts mientras las tripulaciones aguardaban la orden de salida. Los pilotos charlaban con el jefe del personal de tierra, que casi siempre se había pasado toda la noche con sus hombres, preparando el aeroplano. Comprobaban los libros de mantenimiento 41B. Luego los aviadores ayudaban a los mecánicos a bajar las hélices, con dos hombres por hoja, para limpiar los cilindros inferiores del aceite acumulado. Se conectaban los generadores pequeños del avión, para proporcionar la energía eléctrica necesaria para la rotación de los motores. Uno a uno, en orden de 3, 4, 2 y 1, los Wright tosían, arrojaban humo y regularizaban el ritmo con un estruendo constante. La mayoría de los despegues se dirigían hacia el este, por los vientos predominantes en la zona. Para las tripulaciones, eran siempre momentos de temor, mientras los copilotos decían en voz alta la velocidad creciente: 70-80-90-110-135… Aquellos monstruos, cuando iban cargados, necesitaban cincuenta segundos para alzar el vuelo, desde el momento en que un piloto, situado en medio de la pista, encendía la luz verde como indicador de que la vía estaba libre para el siguiente aparato. Según Fred Arner: «Parecía que el despegue iba a durar horas y el calor de los motores era casi insoportable».

No había momentos de reposo hasta la primera reducción de motores, a los dos minutos, aproximadamente, de haber levantado el vuelo. La presión de la cabina se regulaba a ocho mil pies. Los oficiales bombarderos trepaban a popa, para armar y disponer las bombas incendiarias en sus compartimentos. Muchas tripulaciones conectaban la radio de las fuerzas armadas, para aliviar el aburrimiento del viaje hasta Japón, de siete horas. Los artilleros de popa, en particular, tenían el puesto más solitario de todos. La mayoría dejaban esas posiciones para buscar la compañía de los que estaban apiñados en la cabina de mando, aunque el ruido de los motores era tan elevado que solo se podía conversar mediante el intercomunicador. La meteorología del Pacífico, con frecuencia extrema, creaba tanto momentos de terror como algunos efectos visuales extraordinarios, Uno de los pilotos escribió: «Tomé consciencia del cielo que se alzaba por encima de mí. Justo entonces se estaba empezando a iluminar: las estrellas, ya muy pálidas, desaparecían al rayar del alba, cuando el amanecer apenas alcanzaba aún para iluminar la cima de las inmensas formaciones de cúmulos, que descollaban por encima de nosotros, a treinta o cuarenta mil pies de altura».

*Por debajo de nosotros, el mar estaba negro y la zona inferior de las nubes era de un gris oscuro y sombrío. Entonces, casi como respuesta a un redoble de tambores, hubo una explosión de color: rayos de rojo y naranja comenzaron a salir disparados hacia lo alto, a la azur y pálida bóveda celeste. La intensidad fue* in crescendo; *una cacofonía de colores, silenciosa, hasta que todo el cielo oriental estaba ardiendo, iluminando los cúmulos y la zona de atrás. Toqué el botón del intercomunicador para advertir a*

*la tripulación y, a los pocos momentos, les dije, con voz calmada: «Todos… mirad hacia la izquierda del avión». Hubo una respuesta general apagada y una o dos exclamaciones: «¡Jesús!» o «¡Dios mío!».*

Durante el vuelo, el navegante trabajaba más duro que cualquier otro miembro de la tripulación. Todos los aviones contaban con un papel en el que se indicaban rumbos predeterminados, puntos de posición y una previsión de sincronizaciones. Para cumplir con todo ello en la oscuridad había que fijar posiciones celestes, comprobar la deriva y consultar la pantalla del radar APQ13; de día, el sol recibía los «disparos» de un sextante del astródomo[15] de plexiglás. Se necesitaban dieciséis minutos para saber dónde acababa de estar el avión y los buenos navegantes nunca aflojaban el ritmo. En tierra, Iwo Jima señalaba que se había recorrido la mitad del camino. A una hora del objetivo, todos los hombres se reincorporaban a sus puestos, vistiendo las chaquetas antiaéreas, pesadas y grandes. Se situaban en el punto acordado de reunión, hasta que habían acudido todos; para simplificar la tarea, en la cola de los aviones se habían pintado símbolos identificativos de gran tamaño (cuadrados, círculos, triángulos). Ahí comenzaba la carrera hacia el país enemigo. Robert Copeland escribió a su casa estas palabras:

*Mi querida mamá:*

*Lo que más me empieza a impresionar de los combates es que ahora sé apreciar mejor todo lo hermoso de la vida. El amor que uno siente por los amigos, el amor y la necesidad de una mujer, las cosas que uno desea hacer con la chica de sus sueños cuando todo esto termine. Creo que, de una forma u otra, la fuerza que impulsa a todos los soldados en el combate es una mujer. A 650 km/h el pánico es tan poderoso, que una hora no parece tiempo suficiente. El bombardeo solo dura cuatro o cinco minutos, pero se antoja que son horas. Las puertas del compartimento de las bombas solo se abren uno o dos minutos, pero ese tiempo parece una eternidad. A lo que más se parece es a una pesadilla horrible, de la que sea imposible despertar, pero aun así, lo estamos haciendo, día tras día.*

Las canciones que escribieron los aviadores de las Superfortalezas reflejan la melancolía que aquejaba a la mayoría de ellos:

*Cuando oigo gemir los motores, ¡qué sensación de soledad! Los B-29 desintegran la que solía ser mi panda: allí va Jack, allá va Bill, en vuelo directo hacia Tokio. Pero ansiamos volar a casa, en cuanto pueda ser, quién sabe…*

Durante el bombardeo, era frecuente que los aviones sufrieran el zarandeo de las explosiones de antiaéreos. La peor de las misiones en las que voló el artillero Fred Arner fue la novena de su tripulación. Quedaron retrasados en la pista, por un problema mecánico, y se aproximaron al blanco veinte minutos después de la fuerza principal. A unos ochenta kilómetros de Tokio se encontraron con un grupo de B-29 que volaba a toda prisa en dirección contraria, «como si circularan por el carril contrario en la autopista». En el morro iba un bombardero «invitado», que emprendía la última de sus misiones en la zona y gritaba aterrorizado cada vez que se acercaba

un avión. Pero no era el único peligro. Al menos uno de los B-29 se derribó a sí mismo por un exceso de emoción de los artilleros, que destrozaron sus propios motores. Cierto día en que atacaban Osaka, cubierta por la niebla, la tripulación de Arner solo encontró otro avión con el que entrar en formación. «Al mediodía estábamos sobre el objetivo, pero en lo que a mí respecta, veía tan poco que podríamos haber estado igualmente en Pittsburgh. Tuvimos que bombardear según el radar y utilizando el castillo de Osaka como punto de referencia». A veces entraban en corrientes de aire caliente que hacían tambalearse con violencia a los aparatos, lanzando por doquier todos los objetos del fuselaje. En el grupo de Arner, el responsable de la supervisión del radar pasó a ser conocido como «Orinal» Smith, después de que una corriente de aire caliente le echara por encima los contenidos de su bacinilla.

Tras arrojar la carga, el morro se levantaba y el avión salía disparado hacia delante, con el peso aligerado en al menos tres toneladas. Sin embargo, en la primera misión del navegante Philip True, justo después de bombardear «me sorprendió y aterró un ruido fenomenal, un estruendo y un traqueteo». Justo detrás de su asiento, la torreta superior, de cuatro cañones, comenzó a disparar. True alcanzó a ver a varios cazas japoneses, que atacaron sin descanso durante diez minutos. Luego, las ametralladoras se callaron y la tripulación se calmó. Por debajo, veían de nuevo el Pacífico, y se dispusieron a realizar el trayecto de vuelta. Pero el alivio fue prematuro: cuando True miró el altímetro, vio que habían descendido a doce mil pies y seguían bajando. Al mirar hacia el ala de estribor, vio dos motores tocados; un tanque de combustible, agujereado por los disparos, perdía su contenido. Los motores de babor sufrían una presión tan fuerte, que no podían evitar perder cien pies por minuto. El piloto anunció que, si el carburante no llegaba hasta Iwo Jima, tendrían que saltar en paracaídas. True estaba aterrado: «El Pacífico tenía un aspecto funesto, grisáceo y feo, con remolinos constantes y señales de espuma aquí y allá».

Sin embargo, una hora más tarde seguían todavía a cuatro mil pies. Al cabo de poco se hallaron cerca de Iwo Jima, entre todo un grupo de otros aviones con problemas. «Rodeamos el monte Suribachi con el ala de estribor apuntando hacia abajo, con los dos motores muertos; la vista me daba la impresión de estar tambaleándonos en el borde de un precipicio». Tras bajar el tren de aterrizaje, se encontraron, con horror, con que otro B-29 cortó su aproximación final, sin exhibir escrúpulo alguno. Levantaron el vuelo como pudieron y repitieron los círculos. El piloto les advirtió: «Si esta vez tampoco lo conseguimos, tendré que subir otra vez y arrojaros al océano, chicos. Estad preparados». Entre nubes densas y una lluvia torrencial, se abalanzaron de nuevo sobre la pista y oyeron, al fin, el compasivo golpe del tren contra el suelo. Se detuvieron cuando ya solo les quedaban unos pocos metros de pista, saltaron del aparato y examinaron el boquete del ala: eran sus últimos

diez minutos de combustible. Un camión los transportó, bajo el diluvio, hasta una zona de refugio.

True, al igual que otros centenares de aviadores que sintieron que le debían la vida a la base de Iwo, opinaban al respecto de los infantes de Marina «que se habían arrastrado, abriéndose paso, sobre aquel trozo erosionado de detritos volcánicos… para que pudiéramos tomar tierra y seguir con vida». Regresaron a Tinian aquella misma noche, a hora tardía, agotados. En sus once misiones posteriores no les ocurrió nada especialmente grave.

Los que llegaron hasta las Marianas, tras otras siete horas de vuelo sobre el océano hostil y, en ocasiones, estirando al máximo un aparato dañado, golpearon con fuerza contra la pista, se dejaron rodar y apagaron motores. Alguno corrió a coger el váter portátil para vomitar. Las tripulaciones estiraban los miembros agarrotados y bajaban como podían del fuselaje. Pero aun entonces, no siempre había terminado todo. Un ingeniero de tierra, Bob Mann, vio aterrizar a un avión que no se había deshecho de toda su carga de bombas. Los artificieros se negaron a tocar el cargamento letal, afirmando que su trabajo era proveer de armas a los aviones, no desarmarlos. Con infinito cuidado, el bombardero del avión, con ayuda de otro miembro de su tripulación, fueron desenroscando las espoletas.

Antes de que rindieran cuentas de la misión, se daba a las tripulaciones un trago de whisky. Los artilleros apenas participaban en el proceso de dar parte, porque sabían muy poco. La mayoría de los hombres era consciente de que solo habían conseguido un aplazamiento breve. Stanley Samuelson escribió en enero estas palabras de tinte pesimista: «Ahora mismo, nadie sabe cuántas misiones tenemos que llevar a cabo. Hay quien se acabará rompiendo; me temo que casi todos». Había un goteo constante de hombres que decidían que se les estaba exigiendo en demasía. Según Joseph Majeski: «Al cabo de unas diez misiones, nuestro artillero derecho se plantó ante el coronel y le dijo: “Me da igual si me ordena fusilar, pero le aseguro que no pienso volver a pisar ese avión, en la vida”». Se le quitaron los galones y se le dio un empleo en tierra. Aun así, la mayoría de los aviadores persistían en su puesto, porque reconocían que el servicio militar en el Aire era menos horripilante que como soldado de infantería. «En tierra era mucho más duro, lo sabíamos», afirmó Philip True. Ben Robertson, que comenzó una gira en Guam en el mes de febrero, estuvo charlando con varios marinos sobre su experiencia en Iwo Jima y, a la postre, concluyó que su situación personal era mejor que la de aquellos: «En nuestro caso, solo se trataba de si volverías de la misión o no; por lo general, no había alternativas intermedias». La pérdida de bombarderos seguía siendo constante. El B-29 de Stanley Samuelson fue derribado en Japón, el 19 de febrero. Una semana antes de morir había escrito: «Cada día estoy más harto de esta puta guerra». Robert Copeland murió cuando su aparato se estrelló cerca de Kobe, en una misión del 19 de marzo. Solo dos

miembros de su tripulación sobrevivieron como prisioneros de guerra.

Esta, por tanto, era la fuerza que heredó Curtis LeMay en enero de 1945, del general de división Haywood Hansell, que había dirigido el XXI Comando de Bombardeo durante cinco meses. Hansell rechazó la oferta de permanecer en Guam, como segundo de LeMay. Lo habían tratado mal, porque su empeño había comenzado por intentar mejorar el rendimiento del mando. Pero cuando un oficial no tenía éxito, se lo reemplazaba sin miramientos; era un rasgo característico de la política de guerra estadounidense, y no puede decirse, sin duda, que fuera equivocado.

El veredicto inicial de LeMay sobre su nuevo puesto fue aún menos indulgente que el que había expresado con respecto al XX Comando de Bombardeo, de India. Escribió a Washington: «Quizá los caminos que nos esperan por delante siempre tienen peor aspecto que los que hemos dejado atrás, pero tras pasar diez días en el puesto, la tarea se antoja mucho más dura que la que acabo de dejar… El personal de aquí es prácticamente inservible». Adjuntó una lista extensa en la que solicitaba, con nombre y apellidos, toda una serie de oficiales para su cuartel. Se lamentaba de que algunos comandantes de unidad podían ser aviadores competentes, pero carecían de virtudes de liderazgo. Robert Ramer, que llegó a las Marianas en enero, con una tripulación de reemplazo para el 497.° Grupo de Bombarderos, anotó: «La moral estaba por los suelos… No había nada que funcionara bien». LeMay introdujo un programa de instrucción muy estricto y se esforzó por desarrollar nuevos métodos tácticos, centrándose, ante todo, en el uso de bombas incendiarias. En sus primeras semanas, el XX Comando de Bombardeo realizó ocho misiones contra Japón, incluyendo dos ataques incendiarios de carácter experimental. En tres de los vuelos, ni una sola bomba acertó en el blanco primario, aun cuando LeMay había incrementado la carga de proyectiles hasta las tres toneladas, descartando equipos y otras armas. Para LeMay —aunque no para sus hombres, al principio— era evidente que las defensas japonesas eran tan débiles, que no representaban sino el menor de los problemas de sus tropas; y que el tonelaje de las bombas portadas por las Superfortalezas era casi superfluo. La cuestión era otra. Un aviador escribió, con terrible laconismo: «El general LeMay dirige ahora el Comando de Bombardeo y conseguirá que nos maten a todos». El 3 de marzo, el nuevo comandante escribió al jefe del Estado Mayor de Arnold: «Estoy preparando varios métodos muy radicales para utilizar de otras maneras a esta fuerza. En cuanto haya puesto en práctica unas pocas pruebas, le enviaré esos planes, para que los examine».

### 2. LOS INCENDIARIOS

Mucho antes de Pearl Harbor, el mayor estratega de Japón, el almirante Isoroku

Yamamato, predijo que cuando estallara la guerra, «es probable que Japón quede reducida a cenizas». En efecto, aunque LeMay aprovechó el potencial de emplear las bombas incendiarias para asolar completamente las ciudades japonesas, no fue él quien inventó el concepto. Antes aún de que asumiera el puesto de las Marianas, un informe de las USAAF declaraba: «las ciudades japonesas son muy vulnerables al fuego y no hay que descartar este aspecto… El hecho de que las ciudades son un objetivo militar importante es indudable… por la gran dispersión de la industria… dentro de las zonas urbanas más congestionadas». Ya en septiembre de 1944, en un encuentro del Comité de Analistas de Operaciones, en Washington, el comandante William McGovern, de la OSS, hizo hincapié en la conveniencia de sacar partido de los ataques incendiarios: «El pánico es una característica sorprendente de los japoneses… [y el fuego] es uno de sus temores principales, ya desde la infancia». McGovern, como la mayoría de sus colegas, estaba «plenamente a favor de bombardear áreas enteras de Japón».

Los incendiarios lograron lo que pretendían. La bomba incendiaria M-69, de seis libras de peso [2,7 kg], se arrojaba en grupos instalados dentro de un mismo cilindro y estaba programada para explotar a una altura predeterminada. Contenía napalm de combustión lenta, que se expandiría tras el impacto, y se convirtió en una de las armas más letales de la Segunda Guerra Mundial. El general Lauris Norstad, jefe del Estado Mayor de Arnold, escribió a LeMay:

> *Ahora es necesario realizar una prueba de misión incendiaria, con miras a determinar la capacidad de nuestras armas y de nuestras tácticas, contra las áreas industriales y urbanas de Japón… Este ataque no supone apartarse de nuestro objetivo primario, que es el de destruir la potencia aérea japonesa… es, sencillamente, un preparativo necesario para el futuro.*

En marzo de 1945, los altos mandos de las USAAF estaban obsesionados con la idea de que era urgente que los vieran asestar un golpe decisivo con los B-29. «Debemos pensar en la fuerza aérea que tendrá este país *después de la guerra*, tanto como en la que tenemos ahora», escribió un destacado oficial de la fuerza aérea a George Kenney, jefe de la sección aérea de MacArthur. La gente de la fuerza aérea quería justificar los onerosos presupuestos destinados al programa de los B-29, para demostrar el poder de una fuerza aérea estratégica independiente, antes de que la Marina y Tierra completaran la derrota de Japón. La dirección de las USAAF estaba casi tan traumatizada con los fracasos de los seis primeros meses del operativo B-29, como la RAF en 1941, por la ineficacia de sus bombardeos de precisión contra Alemania. La respuesta de los estadounidenses fue la misma que habían dado los británicos. Un informe de las USAAF de 6 de diciembre de 1944 —anterior en varios meses a las primeras misiones incendiarias de LeMay— afirmaba, con relativo distanciamiento emocional:

*Hasta el momento, la 20.ª Fuerza Aérea no ha sido capaz de bombardear con eficacia objetivos reducidos y precisos, con la ayuda de los radares. La predicción meteorológica de largo plazo nos indica que, hasta mediado el verano, el tiempo será cada vez peor sobre las islas japonesas… Con los resultados actuales del radar, y para obtener un uso máximo de las fuerzas disponibles, quizá resulte necesario aceptar el bombardeo de zona, para aumentar la eficacia de nuestro empeño.*

Si atacar las ciudades era la mejor manera de causar destrozos en la base industrial del enemigo, dada la tecnología de navegación y puntería disponible en aquel momento, eso era justamente lo que pensaba hacer el XX Comando de Bombardeo; y era también lo que los estadounidenses habían estado practicando en Europa desde hacía varios meses, aun a pesar de que, en teoría, mantenían el compromiso de asolar únicamente objetivos industriales específicos. Al igual que ocurrió cuando el Comando de Bombardeo británico introdujo el bombardeo de zona contra Alemania en 1942, las nuevas directrices de las USAAF, en la primavera de 1945, obedecían tanto a lo que se creía era necesario —desde un punto operativo— como deseable —desde el punto de vista estratégico—. La transformación de la ofensiva de bombardeo en el Pacífico fue obra de LeMay, sin duda, pero no encontró oposición en los jefes de la fuerza aérea, en Washington. Estos querían resultados, simplemente, y no estaban dispuestos a hacer ascos por la forma en la que se consiguieran. Según ha escrito Conrad Crane: «Mientras que la adopción de las técnicas de bombardeo no visual significó, en Europa, que la cuestión de las bajas civiles había comenzado a perder importancia, cuando se aplicaron esos mismos métodos contra Japón, las bajas civiles ya no importaban lo más mínimo».

LeMay lo describió en pocas palabras: «Bombardéalos y quémalos hasta que abandonen». Su golpe más famoso —o el más notorio, aunque infame, a ojos de sus críticos— fue la primera incursión incendiaria contra Tokio, la operación Meetinghouse («Templo de los cuáqueros»), que se lanzó en la noche del 9 de marzo de 1945. Por primera vez, LeMay dio instrucciones a los pilotos de atacar a baja altura: eso facilitaba mucho la precisión en la puntería y, por otro lado, evitaba las fuertes corrientes de aire cálido. Cuatro B-29 fueron designados como «aviones buscadores» —lo que la RAF denominaba «bombarderos maestro»— que orbitaban alrededor de la ciudad para dirigir a la fuerza principal, compuesta por 325 aparatos. Las tripulaciones cargaron entre cuatro mil quinientos y seis mil cuatrocientos kilogramos, según su experiencia. LeMay había llegado a la conclusión de que los cazas japoneses eran tan ineficaces, que podía prescindirse de una tonelada de armamento defensivo en todos los aviones. Los hombres que recibieron aquellas instrucciones quedaron horrorizados: «Las tripulaciones sintieron pánico y una suerte de helor… La mayoría, sinceramente, no confiaba en regresar de una incursión sobre aquella ciudad a una altura de menos de diez mil pies». LeMay fue blanco de la cólera de muchos. Según escribió el piloto Robert Ramer: «Cuando anunciaron que

atacaríamos Tokio de noche, de forma individual y a una altura de entre seis y nueve mil pies, buena parte del campamento se sintió desolada. Nos parecía que se habían vuelto locos». Con posterioridad, LeMay afirmó que había previsto la posibilidad de que el experimento tuviera un resultado desastroso: «Podíamos perder más de trescientos aparatos y unos tres mil soldados ya veteranos. Podía pasar a la historia como la Ultima Ocurrencia de LeMay».

Los despegues se escalonaron entre las 17:36 y las 19:30. Por ello, las tripulaciones que llegaban más tarde vieron las llamas de Tokio mucho antes de alcanzar la ciudad. George Beck, artillero de un B-29, escribió en su diario que eran «nubes de humo negro y apestoso, de hasta veinte mil pies de altura». Se estaban cumpliendo los sueños de su comandante. En palabras de Robert Ramer:

> *De pronto, a cierta distancia y hacia las dos, vi un brillo en el horizonte, como si se levantara el sol o, tal vez, la luna. Por debajo de nosotros estaba toda la ciudad de Tokio, extendida por toda nuestra envergadura e incendiada en una única hoguera descomunal, a la que alimentaban, además, las llamas que iban arrojando los B-29. El humo negro se alzaba muchos miles de pies, causando corrientes de aire caliente muy poderosas, que hacían tambalearse fuertemente nuestros aviones y traían consigo el horrible olor de la carne que se quema.*

Aunque los japoneses afirmaron que habían despegado 312 cazas monomotor y 105 bimotores, solo cuarenta tripulaciones estadounidenses dieron cuenta de haber atisbado siquiera la presencia de los aviones enemigos. Comenzaron a bombardear a la una de la madrugada y el ataque se prolongó durante tres horas, plazo en el cual se arrojaron 496 000 bombas incendiarias sobre la capital japonesa. Cuando los bombarderos aterrizaron de nuevo en las Marianas, habían estado en el aire quince horas, esto es, el doble de lo que solía ser habitual en las incursiones de Europa. Los vientres de muchos aparatos estaban cubiertos de tizne, por los fuegos de Tokio. Solo se perdieron doce bombarderos, en su mayoría, destruidos por alguna de las corrientes que ascendían de la ciudad en llamas. Cuarenta y dos fueron dañados por los antiaéreos y dos se estrellaron al aterrizar. Como era de prever, las tripulaciones menos experimentadas sufrieron la gran mayoría de las bajas, con una relación desproporcionada.

El general Arnold escribió a LeMay: «Quiero que usted y su gente se den cuenta, en toda su extensión, de la admiración que ha despertado en mí su excelente labor… Las recientes misiones incendiarias han sido planeadas y ejecutadas de un modo brillante… Si se dan unas condiciones razonablemente favorables, creo que… usted logrará asolar ciudades industriales enteras». Quizá el aspecto más sorprendente de las nuevas directrices fue que se implantaron sin hacer referencia a la dirección política de los Estados Unidos. Cuando el secretario de Guerra Henry Stimson expresó su pesar, tardío, ante los informes periodísticos sobre el bombardeo indiscriminado de las ciudades japonesas, Arnold le aseguró —sin veracidad— que

habían tenido que incorporar las zonas urbanas a los objetivos porque la industria japonesa se hallaba dispersa de un modo indistinguible entre la población civil; «porque ellos intentaban reducirlas [las bajas civiles] al máximo».

Stimson declaró sentirse satisfecho; solo advirtió que no debían realizarse ataques contra la ciudad antigua de Kioto. La subsiguiente destrucción de Japón y la matanza masiva de su pueblo se dejó, por completo, a la discreción de la rama del Aire. No hay documentación que indique que se consultó alguna vez a Roosevelt o a Traman con respecto a la campaña de LeMay. Es un ejemplo extremo de cómo la dirección suprema de la guerra, por parte de los Estados Unidos, quedó muy mayoritariamente en manos de los jefes del Estado Mayor de cada rama. Es asimismo un precedente que establece el contexto en el cual se explica el lanzamiento posterior de las bombas atómicas, que se produjo con la aquiescencia del Gobierno estadounidense, pero no como fruto de su iniciativa formal.

La prensa de los Estados Unidos recibió con comentarios muy favorables la incursión de Tokio, con muy pocas salvedades. El *Christian Century* —de nombre poco sincero— sugirió que el ataque había «abierto grandes brechas en el mito según el cual un hombre pequeñajo, débil e inofensivo se había convertido en un dios conquistador». Raymond Moley expresó su esperanza, en las páginas de *Newsweek*, de que «mediante un bombardeo intensificado, se logre disparar la veta del pánico en la mente de los japoneses». No se dieron a la luz reparos morales, aunque muchos de los comentaristas reconocieron que la destrucción deliberada de una ciudad suponía un paso adelante de las USAAF. La 20.ª Fuerza Aérea se limitó a cubrirse las vergüenzas y advirtió a todos sus oficiales destacados: «Impidan que nadie afirme que esto es bombardeo de zona». Un informe del XXI Comando de Bombardeo intentó clarificar la naturaleza de lo que se había realizado en Tokio: «El objeto de estos ataques *no era* bombardear indiscriminadamente a la población civil. *Por el contrario,* el objetivo era destruir los *blancos industriales y estratégicos* concentrados en las áreas urbanas». En el sentido más literal y absurdo, esta aseveración era cierta. Pero el matiz carecía de sentido para todos los que se hallaban en el camino de la tormenta.

Las incursiones aéreas que, de forma esporádica, precedieron a la del 9 de marzo, habían movido a las autoridades municipales de Tokio a evacuar a cerca de 1,7 millones de personas de la ciudad al campo; casi todas ellas, niños y mujeres. En aquella noche, había aún seis millones de personas en la ciudad. Una de ellas era Haruyo Wada, de nueve años, hija de un comerciante de especias al por mayor, que vivía en Jotoku (barrio industrial y residencial muy poblado, recorrido por una red de canales, en las inmediaciones del río Arawaka). Además de Haruyo y de sus padres, vivían en su hogar —una casa pequeña, de dos plantas, construida de madera— un hermano, Soichiro, de dieciséis años, y una hermana, Mitsuko, de cinco. En la

primavera de 1945 habían acabado siendo muy conscientes del riesgo de ser bombardeados, situación que vivían con mucho nerviosismo. Los japoneses sabían que sus casas ardían fácilmente. En la escuela, se diría que los niños pasaban más tiempo practicando la instrucción para casos de defensa aérea que con el estudio como tal. Soichiro Wada pasaba la mayoría de las tardes realizando tareas de vigilancia del aire y los incendios.

Pese a hallarse en una época en la que en Tokio se pasaba bastante hambre, por entonces la guerra tratado con relativa amabilidad a los Wada. El negocio familiar de las especias les había granjeado contactos suficientes para conseguirles alimentos. Sin embargo, en la casa se dormía mal, con inquietud, con toda la familia reunida en la sala de la planta baja, preparada para salir huyendo. El padre de Haruyo era un hombre benévolo, que la hacía sentir segura; se había tomado muy en serio el peligro de los bombardeos. Cierto día, al regresar a casa, regaló a todos los miembros de la familia unos zapatos de cuero (a la sazón, objetos de lujo). Debían usarlos en lugar de los zuecos de madera, de uso general. «Con esto, es más difícil que se os prenda fuego en los pies», les dijo, con gravedad.

En la tarde del 9 de marzo, Haruyo estaba jugando en la calle, como de costumbre, con sus amiguitos: los hijos de la familia Futami, Yukio y Yoko, cuyo padre fabricaba botellas de *sake*; Hisayo Furuhashi, hijo de un decorador; y Yuji Imaizumi, cuya familia se dedicaba a la industria del papel. La llamaron a cenar. Más tarde, también como de costumbre, los Wada se reunieron en torno de la radio, para escuchar un programa de canciones infantiles. Cuando sonó la alarma aérea, ya estaban todos en la cama. El padre salió a la calle, investigó un poco y volvió para tranquilizarlos: todo parecía estar en calma. Se durmieron de nuevo, durante un tiempo, hasta que fueron despertados de nuevo por un estruendo cada vez más intenso. El padre salió otra vez a la calle y regresó con aspecto de preocupación: «Está pasando algo raro. Será mejor que os vistáis todos», les pidió. Haruyo se sentó «como una muñeca mecánica». Salieron a la calle, ya vestidos, y se unieron a un numeroso grupo de personas que contemplaba el cielo con inquietud. Los reflectores exploraban y parpadeaban con incertidumbre. Se oía el zumbido de los motores y, de pronto, el horizonte se iluminó por el sur. Por desgracia para la suerte de Tokio, el viento soplaba hacia el noroeste. Nadie dijo casi nada, pero el señor Wada empujó a su mujer y sus hijas hacia el estrecho refugio que compartían con la familia Furuhashi. El chico, Soichiro, se marchó para incorporarse a su puesto en la vigilancia antiincendios.

Mientras la familia estaba en su agujero, sentada con estrecheces junto con los Furuhashi, el calor y el ruido eran cada vez más intensos. Aparte del tronar de las sacudidas, más cerca, se oían sobre todo chillidos de los niños y un golpeteo de pies despavoridos. Haruyo se hundió los dedos en los oídos, con la esperanza de

amortiguar, en lo posible, el horripilante sonido de las explosiones. Se sentía enferma. Pero entonces entró su padre y les dijo: «Salid aquí afuera; si os quedáis ahí, os vais a asar». Su madre y su hermana se apresuraron a obedecer, pero la señora Furuhashi agarró el abrigo de Haruyo e intentó retenerla, gritando, presa de la histeria: «¡Quédate aquí! ¡Quédate! ¡Allá afuera te vas a morir!». La muchacha logró soltarse y se arrastró hasta la calle.

En aquel momento, todo el horizonte estaba de un profundo color rojo. El viento parecía haber arreciado hasta adquirir casi la fuerza de un tifón. Había brasas ardientes que volaban por los aires, saltando como balones de fuego por encima de los techos y las personas. Las tejas de cerámica pasaban por su lado reluciendo con ferocidad. La gente corría, corría, corría, hasta que estallaba en llamas, alcanzada por algún proyectil. Atónita, Haruyo tuvo que ver a madres que huían desesperadas, olvidando, al parecer, que portaban a bebés a la espalda: en algún caso, los niños cuyas manos agarraban estaban siendo devorados por el fuego. Era una huida colectiva, descomunal, que parecía impulsada más por la tormenta que por las piernas de nadie. Los Wada sostuvieron a sus hijas con firmeza y las condujeron unos pocos metros más allá, hacia un terraplén próximo, junto a la vía del ferrocarril. Subieron a las vías y se hallaron entre varios miles de tokiotas, en una situación de seguridad temporal. Casi todos estaban demasiado impresionados para hablar, mientras veían como el fuego barría las casas cercanas, incluidas las propias.

En la familia de Yoshiko Hashimoto, habían tenido poca consciencia de los bombardeos, hasta aquella noche. Apenas sentían miedo ante las incursiones irregulares de números reducidos de aviones, que describían con humor como «nuestros clientes». La madre, de veinticuatro años, dijo: «Hasta la incursión de marzo, teníamos una extraña sensación de distanciamiento. Incluso si resultaba herido alguien cercano, tendíamos a pensar que a nosotros jamás nos pasaría». Tenían la casa en el barrio oriental de Sumida; y la concesión principal de la familia a las precauciones frente a los ataques aéreos era el hecho de que siempre dormían con la ropa puesta y guardaban junto a la cama un *furoshiki* —un paño de ropa, para hacer un hato— con unos pocos objetos necesarios para los padres y los hijos, junto con unas cestas que contenían algo de ropa y una selección de alimentos.

Cuando las bombas comenzaron a caer el 9 de marzo, primero fueron solo Yoshiko, la madre de esta y el bebé quienes se dirigieron al refugio. Con rapidez, entre el estruendo y el tumulto de las explosiones, comprendieron que lo que estaba ocurriendo se desarrollaba en una escala muy superior a su experiencia o su imaginación. Su padre se acercó al refugio para pedir a las mujeres que salieran: se daba cuenta de que un agujero situado apenas un metro por debajo del suelo no ofrecía una protección suficiente. Salieron a un mar de llamas. Yoshiko, que agarraba con firmeza a su bebé, se puso a correr junto con su hermana Chieko hacia el tanque

de agua situado unos pocos metros por detrás de la casa. A su alrededor caía una lluvia de material incendiario; el cielo de la ciudad estaba de un color cruel y hondamente rojo. En un carrito reunieron sus propiedades más preciadas; sobre todo, la ropa de cama. El padre de las muchachas gritó que debían huir por delante de las llamas, que se aproximaban con demasiado peligro.

Por las calles deambulaban miles de personas «casi enloquecidas por el terror». Los Hashimoto no habían caminado mucho cuando descubrieron que Chieko, que impulsaba su carro, se estaba quedando atrás. La familia vio que estaban cerca de una vía férrea, y el padre los animó a continuar: «Tenemos que seguir hacia delante; la vía del tren será un objetivo seguro de los aviones». Él y su esposa le dieron la mano a Etsuko. Yoshiko, con el bebé en la espalda, intentaba mantener cogida a su hermana Hisae, de catorce años; pero la niña iba cargada con una olla repleta de arroz, muy valioso, en aquellas circunstancias. La muchedumbre, que se agolpaba y arremolinaba con desesperación, separó de pronto alas dos muchachas. «¡Espera!, ¡espérame!», gritaba, angustiada, Hisae, con un lamento que sonaba cada vez más débil. Cuando la multitud se dirigió hacia el puerto de Sanno, sobre el río Tate, Yoshiko perdió a su hermana.

En la orilla, la familia Hashimoto se detuvo, angustiada ante la idea de haber perdido a las dos hijas. Pero ahora el fuego estaba encima de ellos. Una llamarada de calor insoportable se echó sobre los fugitivos: las llamas prendieron en las maletas, los almacenes próximos y, también, en las cabezas de los tokiotas aterrorizados. Yoshiko vio a muchas personas carbonizadas «como hojas secas», y a otras que daban la mano a cuerpos en llamas. En la espalda de Yoshiko, el bebé, Hiroshi, lloraba sin consuelo. En su boca caían pedazos ardientes, y la abuela gritó: «¡Quítatelo de la espalda, bájalo!». La muchacha tomó al niño en brazos, extrajo un ascua de sus labios e intentó protegerlo de las llamas y del terrorífico muro de calor. Su madre se quitó la capucha con la que se cubría la cabeza y la puso sobre la de la hija, algunos de cuyos pelos ya estaban quemados. En el puente, la multitud, presa del pánico, quiso huir hacia Fukagawa, en la orilla meridional, pero se topó de frente con otra multitud que buscaba igualmente huir de los incendios de su propia ribera. Los dos grupos chocaron y estallaron nuevas escenas de horror. «Vi a la gente morir ante mis propios ojos; los vi arder».

«¡Saltad al río! —gritó entonces el padre de Yoshiko, agitando los hombros de su hija—. ¡Es la única oportunidad!». Ella vaciló, pues temía la respuesta de su bebé a las gélidas aguas del río en invierno. «¡Hazlo! —le insistió su madre—, ¡salta ya!». Los padres y su hermana Etsuko se quedaron en la orilla, porque la madre no sabía nadar; Yoshiko, en cambio, saltó.

En el barrio de Edogawa, Ryoichi Sekine, de dieciséis años, estaba contemplando con su padre y su primo cómo el cielo se enrojecía por el oeste; también oían el

trueno de la explosión de las bombas, la munición antiaérea y el viento cada vez más desatado. Ryoichi buscó refugio cuando empezaron a caer fragmentos de metralla por su zona; en seguida comenzaron a caer también bolas de fuego, ascuas y fragmentos encendidos, que prendieron fuego rápidamente a las casas de madera. El calor era cada vez más fuerte. Por instinto, se echaron al suelo cuando un B-29 sobrevoló su área, a tan poca altura, que podían ver el reflejo de las llamas en su vientre plateado. Empezó a soplar una tormenta tan poderosa, que arrastraba la grava y dificultaba sobremanera el avance de quienes intentaban caminar en contra de ella. Los incendios ganaban terreno con rapidez y pronto quedó claro que los Sekine tendrían que unirse a la muchedumbre, cada vez más numerosa, de los fugitivos. En el peor de los casos, eran ancianos o madres con niños. El padre de Ryoichi, con una tranquilidad sorprendente, tuvo la acertada idea de entregar a su joven sobrina Takako Ohki una bandera improvisada, indicándole que la utilizara para guiar a un lugar seguro a todas las madres y los ancianos que pudiera encontrar. La muchacha se puso en marcha con la enseña en alto, seguida por una columna de fugitivos.

El señor Sekine, su hijo y un vecino emprendieron una vuelta apresurada por todas las casas de la vecindad, para asegurarse de que no quedaba nadie. Pero cuando terminaron la comprobación, encontraron no solo que el camino seguido por las madres y los ancianos estaba bloqueado por las llamas, sino que resultaba imposible mantenerse en pie entre el viento y las nubes de humo. Entre ahogos y jadeos, los tres hombres se arrastraron hacia el oeste, hasta que llegaron a un espacio abierto. Tenían quemaduras por todas partes y el panorama no era nada esperanzador: una dispersión de cadáveres y vivos que intentaban apagar, enloquecidos, las llamas de sus propios cuerpos. En el río Naka, los cadáveres flotaban formando grupos densos; algunos habían muerto, a todas luces, por los escombros llameantes. Los dos Sekine intentaron abrirse paso hacia un grupo de árboles que reconocieron como el camino del santuario de Suwa. Cientos de personas, muertas y vivas, estaban en el lago anejo, una masa de agua de escasa profundidad. Ni siquiera la presencia de los cadáveres impedía que los vivos, angustiados hasta el extremo, bebieran aquel agua o se la arrojaran por encima, para calmar las heridas.

Hasta que se decidió a saltar al río, Yoshiko Hashimoto había permanecido casi en coma, por efecto del terror y el dolor derivados del espantoso incendio. El agua la reanimó. Entonces vio un amasijo de maderas, parcialmente incendiado, que flotaba por su lado. Lo atrapó con una mano y, con la otra, logró instalar al bebé en aquella endeble balsa; el niño se quedó en silencio, traumatizado, mientras se dejaban llevar por la corriente. El calor era apabullante incluso dentro del río. Yoshiko sumergía la cabeza cada poco tiempo, para refrescar la piel, e iba mojando al bebé. Había más personas en el agua, luchando, como ella. De pronto, Yoshiko tuvo que afrontar otra amenaza: aquellos hombres y mujeres, en su desesperación, se agarraban a la madera

y la hacían girar y tambalearse peligrosamente. Yoshiko estuvo a la deriva cerca de media hora, hasta que vio algo que parecía milagroso, en aquellas circunstancias: un bote en el que remaban dos hombres. Les rogó con intensidad que acogieran al bebé y, sin apenas fuerzas, empujó a Hiroshi en brazos de los hombres. Los remeros se apiadaron también de la madre y la arrastraron a bordo. Río abajo, el camino estaba cortado casi por completo, por culpa de los restos en llamas. En la costa no se veía más que un gran círculo de fuego. Cuando hizo su aparición la primera luz del alba, los barqueros se apoyaron en sus remos y contemplaron la ciudad asolada. Pero la conmoción era tan poderosa que les secaba las palabras en la garganta. Se limitaron a contemplar la vista de un sol que se parecía más a una luna: un disco de color amarillo enfermizo, oculto por columnas de humo que se alzaban sobre el paisaje.

Muy lentamente, el calor comenzó a disminuir. En torno de Haruyo Wada, todo lo que podía sucumbir a las llamas había sucumbido, en efecto, a ellas. Con las primeras luces del día, Haruyo se arrastró hacia el exterior de la masa humana que le había servido de protección, pero, por desgracia, vio que todo eran cadáveres ennegrecidos, salvo uno, que le daba la mano. Por obra de la providencia, era su padre. Había dejado a la madre y la hija en la estación de tren y había regresado a buscar a Haruyo. Pero antes de que esta tuviera tiempo siquiera de murmurar: «Papá…», él le dijo, con tono de urgencia: «¡No te muevas de aquí!» y desapareció de nuevo por la vía. Al cabo de unos minutos, volvió acompañado de la madre y la hermana. Se hallaban en una escena de desolación total, con volutas de humo blanco revoloteando sobre las cenizas. De vez en cuando, surgía una llamarada azul, cuando las ascuas encontraban algún vestigio de material sin quemar.

Haruyo era incapaz de comprender lo que había ocurrido y se quedó como atascada, murmurando para sí misma: «¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?». La familia comenzó a buscar al hermano. Los padres habían sufrido quemaduras terribles, que casi los obligaban a cerrar los ojos, por culpa de las ampollas; los jóvenes debían guiarlos, seleccionando o abriendo camino entre los cadáveres ennegrecidos. Haruyo sentía una extraña fascinación ante el elevado número de madres y niños muertos; o por el hecho de ver a una muchacha cuya parte superior del cuerpo estaba negra y reseca, mientras que, por alguna razón incomprensible, los miembros inferiores estaban intactos. Mitsuko, de tan solo cinco años, gemía en voz baja y no paraba de repetir: «Me duele la pierna». Era imposible reconocer dónde estaban: solo comprendieron que estaban en el antiguo emplazamiento de su casa cuando Haruyo descubrió un fragmento de una porcelana especial, muy querida por la familia. La casa estaba arrasada: solo sobresalía del suelo una cañería de hierro. Les sorprendió comprobar, sin embargo, que el grifo todavía entregaba un débil hilillo de agua, que aprovecharon para limpiarse un poco el tizne aceitoso que cubría por entero sus rostros y sus cuerpos.

Entonces se produjo otro milagro: por delante de ellos emergió una figura andrajosa y solitaria, que no era otra que la del chico, Soichiro. Estaba indemne. Había encontrado amparo dentro de una cañería de desagüe, donde pasó todas las horas de la destrucción; el cuerpo se le había empapado de humedad y suciedad. El señor Wada suspiró, con emoción apasionada: «¡Estamos todos juntos, otra vez!». En el refugio donde, unas pocas horas antes, la señora Furuhashi había intentado impedir la huida de Haruyo, solo encontraron los cuerpos de su familia vecina, amontonados y calcinados. Todos los compañeros de juego de la calle de Haruyo habían muerto por el bombardeo. De los Futami, una familia de nueve miembros, solo habían sobrevivido dos.

Transcurrido un tiempo, cuando las llamas se apagaron, Yoshiko Hashimoto y los dos barqueros que habían salvado su vida dirigieron el bote hacia la orilla y se aventuraron a caminar por tierra firme. Apenas daban crédito al enorme vacío en el que se había convertido el antaño gran paisaje urbano; solo se alzaban aún unos pocos edificios aislados, de estructuras de hormigón. Entre las cenizas de las casas y oficinas, solo se habían salvado de las llamas las cajas fuertes, de hierro. Todo el panorama era monocolor, de un marrón apagado, muerto. Las líneas de teléfono y electricidad, cortadas, colgaban como telas de araña por encima de los escombros. Yoshiko se sentía mareada ante el hecho de no percibir apenas indicios de vida humana. Las muchedumbres que habían llenado las calles durante la noche se habían desvanecido. Solo unas pocas figuras aisladas caminaban, con esfuerzo, por la desolación. Los rescatadores de Yoshiko decidieron llevar a la muchacha y su hijo —exhaustos y con muchas quemaduras— a un hospital. Encontraron un carro; de hecho, solo la estructura y las ruedas, de hierro, puesto que toda la madera había ardido. Instalaron arriba a la mujer y al niño y, de algún modo, lograron arrastrarlo a través de las ruinas; en varias ocasiones, Yoshiko caía al suelo, cuando no conseguía mantenerse agarrada al desnudo esqueleto de hierro. Más tarde, cuando recobró la consciencia de la situación, ya en el hospital, vio que sus salvadores habían desaparecido. «Salvaron nuestras vidas —afirmó, maravillada—, pero ni siquiera llegué a saber sus nombres. Todo lo que pude averiguar, por su charla, es que uno era cartero y el otro, vendedor de arroz».

Ryoichi Sekine, en el santuario de Suwa, apenas era consciente de que el ruido general del vuelo de los aviones estaba disminuyendo. El estruendo de las casas en ruinas se mantenía, pero los gritos eran infrecuentes, quizá por lo necesario que resultaba el aire entre todo aquel humo. Los heridos se quejaban, en ocasiones, eso era todo. Los Sekine se demoraron unas dos o tres horas, antes de ponerse en marcha. Cuando se atrevieron a levantarse, se apercibieron de que la mayoría de las personas que los rodeaban habían fallecido. Con perpleja curiosidad, Ryoichi observó el fenómeno de las llamas oscilantes que se elevaban de los difuntos, alimentadas por

los aceites corporales. Mientras todavía era oscuro, los Sekine intentaron caminar de vuelta hacia su hogar, pero encontraron que el calor del suelo era aún insoportable. Aguardaron un tiempo más y emprendieron la marcha. Llegaron al emplazamiento de su casa hacia el amanecer: estaba derruida. Por primera vez, el humo se aclaró lo suficiente para revelar un pedacito de cielo azul; eran, aproximadamente, las siete de la mañana. Tenían los ojos hinchados e inyectados de sangre. Descubrieron unos sorbos de agua, con los que calmar su dolorosa sed, y algo de arroz en su refugio abandonado, que compartieron con unos vecinos muy agradecidos por su generosidad.

Con cierta malicia absurda e irónica, padre e hijo se dijeron el uno al otro: «Bueno, al menos ya no tenemos que preocuparnos más por si algún día se nos quema la casa…». Entonces apareció la prima de Ryoichi, Takako, quien les contó que la enseña que había portado para dirigir a los ancianos había resultado muy útil, además, para apagar las llamas de sus cuerpos. Con la clase de azares que son constantes en todas las grandes tragedias, descubrieron con alivio que habían sobrevivido casi todos sus vecinos directos, a diferencia, por ejemplo, de los residentes de la calle principal, a unos pocos metros de distancia, que habían perecido. Los Sekine fueron a vivir a un templo cuyo sacerdote principal había sido compañero de escuela de Ryoichi, hasta que este lugar también resultó carbonizado en la gran incursión de mayo de 1945. La familia no tuvo demasiada suerte en su elección de los destinos: tras abandonar las ruinas de Tokio, con la esperanza de hallar amparo en Osaka, tuvieron que bajarse del tren en el camino, tras ser este bombardeado y destruido por cazas estadounidenses. El señor Sekine comentó: «Tendríamos que haber puesto fin a esta guerra hace mucho, mucho tiempo».

Dos días más tarde, Yoshiko Hashimoto y el pequeño Hiroshi se abrieron paso hasta la escuela primaria en la que había estado el puesto de vigilancia aérea del esposo, al que hallaron con vida, junto con la hermana de Yoshiko, Chieko. También acudió Etsuko. Esta había sufrido unas quemaduras horribles, pero había sobrevivido tras saltar al río. En cambio, nunca se volvió a ver ni a Hisae ni a sus padres. Yoshiko cavilaba, muchos años más adelante: «¿A quién podía culpar de todo aquello? ¿A los estadounidenses? Los japoneses habían hecho lo mismo contra otra gente. Era la guerra. La mía es la generación que permitió la guerra: no hicimos nada para detenerla».

La familia Wada huyó de los escasos vestigios de su antigua vida y se refugió en las montañas de la prefectura de Nagano, con unos amigos que dirigían una fabrica de armamento. Los refugiados, traumatizados por la experiencia, se alojaron en un dormitorio de los obreros. El antiguo especiero trabajó en una línea de producción hasta el final de la contienda, mientras que su mujer quedó empleada en la cantina de la factoría. El ministro de Asuntos Exteriores de Japón, Mamoru Shigemitsu, que se

había opuesto durante mucho tiempo a los militaristas de su país, describió unos años más tarde la profunda amargura pública generada por ataques como el del 9 de marzo: «La mayoría de las cartas que recibía preguntaban si los prisioneros enemigos, culpables de conducta inhumana, debían recibir un trato de favor cuando habían hecho arder al pueblo hasta la muerte, destruyendo sus casas y causando que los refugiados no tuvieran lugar donde vivir ni comida con la que alimentarse». Shigemitsu calificó aquellos ataques aéreos como «la experiencia más pavorosa que haya sufrido jamás el pueblo japonés». Ni siquiera el ejército japonés se hizo ilusiones al respecto del impacto que había tenido el bombardeo de Tokio en la moral civil. El 15 de marzo, una circular enviada a los generales japoneses advertía de que «ciertos elementos de la población han cedido a un espíritu de inquietud. Por toda nuestra patria hay elementos a los que deberemos vigilar con la máxima atención, para que no pongan en peligro la continuación de la guerra». Un piloto de la Marina, Masahiko Ando, afirmó: «Una vez acabada la guerra, a veces, la gente me decía: “Tiene que haber sido muy duro, ahí en el aire, con las misiones de combate”. Pero cuando vi el bombardeo de las ciudades de Japón, yo pensaba: “En Tokio habrá sido más duro que en ningún otro sitio”».

George Beck, artillero de un B-29, escribió en su diario, tras aterrizar de nuevo en las Marianas el 10 de marzo: «Una misión inolvidable… el oficial al mando de la escuadrilla afirmó que habíamos puesto en marcha una nueva fase de la guerra, en la que reduciríamos a cenizas todas las ciudades principales de Japón. Yo me lo había tomado con un grano de sal, pero… tenía toda la razón».

El ataque de los bombarderos estadounidenses contra Tokio, aquel 9 de marzo de 1945, mató a cerca de cien mil personas y destruyó los hogares de otro millón de tokiotas. Se asolaron más de cuatro mil hectáreas de edificios: más de cuarenta kilómetros cuadrados de una ciudad de ciento sesenta, aproximadamente. Quedaron borrados del mapa un centenar de los parques de bomberos de la ciudad (de un total de 287) y otro centenar de instalaciones médicas (de 250). En las semanas posteriores, el XX Comando de Bombardeo lanzó una sucesión de incursiones adicionales, concebidas para lograr este mismo resultado en otras zonas. El 11 de marzo, los B-29 asaltaron Nagoya, la tercera ciudad de Japón. Aquí, los daños fueron mucho menores, pues no sopló el viento que había dado alas a los incendios de la capital: solo ardieron unos cinco kilómetros cuadrados. El 13 de marzo, la víctima fue Osaka, que sufrió mucho más que Nagoya. Tres mil personas perdieron la vida; se destruyeron veinte kilómetros cuadrados de edificios; medio millón de habitantes quedaron sin hogar; y todo ello, con la pérdida de tan solo dos aviones estadounidenses y daños en otros trece aparatos. El 16 de marzo fue el turno de Kobe, con una población de un millón de personas. El bombardeo asoló casi ocho kilómetros cuadrados, mató a ocho mil personas y arrasó los hogares de dos terceras

partes de los kobenses. En el bando estadounidense, hubo que lamentar la pérdida de tres aviones y daños en otros once, todo ello como resultado de problemas operativos, no de la acción enemiga.

Tras realizar cinco misiones como aquellas en una quincena, fue necesario realizar una parada temporal en aquellos «trabajos de quema». El personal, de tierra y de aire, estaba exhausto; empezaban a agotarse las existencias de bombas incendiarias. Ahora bien, la moral del mando de LeMay se había elevado sobremanera. En solo cinco operaciones, habían causado en Japón ocho veces los daños causados por el famoso terremoto de San Francisco, de 1906. Las ciudades del enemigo habían padecido, en solo unos pocos días, una escala de destrucción que, en Alemania, había requerido muchos años, porque los edificios japoneses ardían con mucha más facilidad. Gracias a los informes enviados por el personal de Tokio, la inteligencia naval soviética pudo llegar a esta valoración: «El bombardeo frecuente y, particularmente, los ataques nocturnos, han causado un impacto muy poderoso en la moral de los civiles japoneses. El agotamiento, la falta de sueño y la tensión generalizada han derivado en un absentismo en gran escala, que ya afecta a la producción bélica y está sembrando la inquietud en los círculos del Gobierno japonés».

También había quedado manifiesta la vulnerabilidad de la defensa aérea nipona. Carecían de buenos cañones antiaéreos: el 9 de marzo, solo derribaron tres aparatos. Los equipos de radar se basaban en una tecnología ya antigua, capturada a británicos y estadounidenses en 1941, y era fácil interferir en sus señales. Los pilotos de caza recibían una instrucción deficiente e iban mal pertrechados, tanto para localizar a los bombarderos como para derribarlos. Así, perseguir a los B-29 resultaba una pesadilla para los aviadores japoneses. Incluso aquellos que conocían mejor su profesión hallaban que el enfrentamiento a gran altura con aquellos aparatos inmensos era una vivencia extenuante. A los diez minutos de haber despegado de Kyushu, en el calor estival, Kunio Iwashita percibió que se estaba formando hielo alrededor de su máscara de oxígeno. Las ametralladoras de los Zero eran casi inútiles contra las Superfortalezas. El propio Iwashita no consiguió más que un derribo, el 29 de abril (una fecha que recordaría siempre, porque era su aniversario de boda). Tras haber intentado en vano causar mella en el aparato estadounidense con sus ametralladoras, tomó posición por detrás y justo por encima, a unos trescientos metros de distancia, y lanzó una bomba guiada que explotó junto al ala de los americanos. El piloto japonés siguió al avión derribado hasta que este, entre remolinos, chocó contra el mar.

Una y otra vez, en el transcurso de la campaña de las Superfortalezas, las tripulaciones estadounidenses expresaron su extrañeza ante el nulo rendimiento de los aviadores japoneses, que no cuadraba apenas con el comportamiento general del enemigo en los últimos meses de la guerra. Según escribió un aviador estadounidense

ya en enero de 1945: «Era fácil darse cuenta de que los pilotos *nipos* estaban asustadísimos solo con vernos, porque de los cuarenta cazas que vi, solo nos atacaron diez». Las condiciones meteorológicas causaban muchos más perjuicios a los B-29 que ninguna intervención enemiga. Las defensas japonesas no derribaron, de promedio, más que dos aviones estadounidenses por bombardeo. Cuando Mel Rosen, prisionero de guerra de origen estadounidense, vio los primeros B-29 sobre su campamento, pensó que «parecía que estuvieran de excursión dominical». Los guardias japoneses, con una mezcla de cólera, pavor y confusión, gritaban: «B-nijuuku! B-nijuuku!»[16].

Los problemas técnicos de los B-29 se fueron resolviendo progresivamente, hecho al que contribuyó la fuerte disminución de la tensión de los motores, por trabajar a alturas mucho más bajas, como había ordenado LeMay. Las hélices tenían más eficacia en un aire más denso, lo que permitía doblar la carga de bombas. Se hicieron esfuerzos notabilísimos, además, para mejorar el rescate aeronaval. Por normal general, se desplegaron entre Iwo Jima y Japón hasta catorce submarinos «de salvamento». Hacia finales del verano, trabajaban en el rescate aeronaval dos mil cuatrocientos estadounidenses, que conseguían resultados magníficos. Si un B-29 conseguía amerizar con éxito, podía flotar entre diez y quince minutos. De las tripulaciones rescatadas, el 45 por 100 pasaba menos de cinco horas en el mar, el 36 por 100, entre cinco y veinticuatro horas; el 13 por 100, entre uno y tres días; y el 6 por 100 restante, entre tres y siete días.

Si los aviadores derribados, en lugar de quedarse a la deriva en el mar, se encontraban en una de las islas deshabitadas del Pacífico, podían recurrir a la *Guía del náufrago (Castaways Baedeker)*, de nombre un punto irónico, que figuraba en sus equipos de supervivencia; en el libro se describía cómo obtener el máximo provecho de las circunstancias menos prometedoras. De cuantos intentaron amerizar, casi la mitad logró regresar a casa, más pronto o más tarde. Los grupos de salvamento aeronaval exhibieron un arrojo, una tenacidad y una determinación extraordinarios. Las pocas tripulaciones de B-29 a las que se negó toda simpatía fueran las pocas que escogieron posarse en el agua —cuesta de creer— porque entendían que esa aventura era menos terrorífica que la de completar una misión.

Bombardear Japón no fue nunca un cometido rutinario. Por ejemplo, en la noche del 4 de junio de 1945, cuando se comunicó a las tripulaciones del 9.° Grupo de Bombarderos que tenían instrucciones de atacar Kobe a la mañana siguiente, a catorce mil pies de altura, estalló toda una tormenta de protestas furiosas. «Los platos y cubiertos resonaban contra los bancos de madera y, a mi alrededor, todo el personal chillaba, abucheaba y negaba con la cabeza», según dejó escrito un navegante. El coronel Henry Huglin —comandante del grupo, de veintinueve años— calmó el alboroto al explicar que la altura del ataque venía dictaminada por la predicción

meteorológica, que hablaba de nubes demasiado densas a dieciséis mil pies, pero que podrían elevarse más si el cielo se aclaraba sobre Japón. Sin embargo, al regresar a los alojamientos, algunos veteranos seguían prediciendo, con pesimismo: «Allí estarán, agitando sus banderas y chillando ¡*Banzai*!». A la postre, la misión se desarrolló sin apenas incidentes, pero la aprensión no era infundada. Aquel mismo mes, LeMay solicitó realizar un esfuerzo especial, para controlar el número de tripulaciones que se negaban a volar. Hasta el 1 de junio, dieciocho hombres del XX Comando de Bombardeo y otros sesenta y nueve del XXI habían sido relevados de su puesto de operaciones debido a «reacciones de ansiedad»; se consideraba que eran cifras demasiado elevadas.

Las instalaciones de las Marianas fueron mejorando lentamente y cada vez resultaban menos incómodas para los cien mil soldados de las USAAF. Cada mes llegaban de las fábricas un centenar de B-29; la 20.ª Fuerza Aérea había resuelto imponer un ritmo constante en el dolor y la destrucción sembrados en Japón. También mejoró la precisión, de un modo muy notorio. Entre enero y junio de 1945, el número de bombas que caían a menos de trescientos metros de sus blancos se incrementó del 12 por 100 al 40 por 100. LeMay afirmó: «Lo único que pueden esperar los *japos* es la destrucción total de sus industrias». Arnold le escribió el 21 de marzo un mensaje en el que elogiaba el bombardeo de Tokio, como se ha citado más arriba: «Las recientes misiones incendiarias han sido planeadas y ejecutadas de un modo brillante». El clima de euforia era tan embriagador —en el seno de la fuerza aérea, pero también en el exterior— y la publicidad que se hizo en los Estados Unidos fue tan extrema, que LeMay se sintió obligado a calmar aquella locura, indicando a sus corresponsales: «Es imposible destruir la industria japonesa con medios exclusivamente aéreos». Eso provocó una reprimenda de Lauris Norstad, jefe del Estado Mayor de Arnold: «Personalmente, no tengo problema con esa tesis… Pero está la política del departamento de Guerra, que nace de la orgía de predicciones del año pasado, según la cual la guerra terminaría antes de Navidad, y que prohíbe otras predicciones o conjeturas, de cualquier clase, por parte de los generales». Se advertía a LeMay que, en el futuro, debía abstenerse de realizar cualquier clase de previsión pública, ya fuera negativa o positiva.

Sin embargo, el general había logrado una ascendencia que mantuvo durante el resto de la guerra. Había un entusiasmo ilimitado por lo que, bajo su dirección, se había iniciado en Japón, así como por el brillo que se consideraba sus hazañas aportaban a la fuerza aérea. «La misión número cuarenta, el ataque incendiario contra Tokio… en la noche del 9 al 10 de marzo es, probablemente, una de las operaciones más importantes jamás ejecutadas por las fuerzas aéreas del ejército —según rezaba un informe de las USAAF, con posterioridad a la contienda—. Nunca antes, ni desde entonces, se ha generado tanta destrucción con una única misión de bombardeo…

Abría el camino a tácticas revolucionariamente novedosas». Los jefes de la fuerza aérea se apresuraron a respaldar los bombardeos de LeMay. «Más que nunca, estoy convencido de la significación de las bombas arrojadas sobre Japón entre la fecha de hoy y, digamos, tres meses después de la caída de Alemania», le escribió Norstad desde la oficina de Arnold, el 3 de abril, tras haberse emitido una nueva lista de objetivos urbanos:

> *Este periodo será, sin duda, decisivo en la historia de Japón… Los resultados de los ataques incendiarios han sido tremendos. Las primeras áreas asignadas se seleccionaron según una combinación de factores: la importancia industrial y la vulnerabilidad al fuego. Con el nuevo respeto con el que contemplamos ahora nuestra capacidad incendiaria y el hecho de que somos capaces de desembarazarnos de un peso mayor, estas nuevas áreas que se le envían representan, de un modo más directo, las zonas industriales de mayor relevancia. También parecen ser extraordinariamente vulnerables a un ataque incendiario… Si tenemos éxito y logramos destruir estas áreas en un periodo de tiempo razonable, me cuesta imaginar cuál será el efecto conjunto sobre los japoneses. Sin duda, su capacidad bélica se verá seriamente disminuida; es posible que pierdan incluso el gusto por seguir con la guerra. Estoy convencido de que el XXI Comando de Bombardeo, más que cualquier otra arma o cualquier otro servicio, se halla en una posición que le permite asestar un golpe decisivo… Usted y su mando gozan del respeto, la admiración y la confianza ilimitada de estos cuarteles generales. Continúen con su buen trabajo.*

Hoy, cuando son muchos, tanto en Occidente como en Japón, los que retroceden ante los horrores infligidos por la ofensiva de bombardeo de 1945, las palabras de Norstad despiertan un escalofrío que se intensifica cuando pensamos en la manera en la cual LeMay justificó, acabada la guerra, la intervención de su comando:

> *Perseguíamos objetivos militares. No había razón para masacrar a los civiles por la mera causa de una masacre… Bastaba con visitar uno de los objetivos después de asarlo y se veían las ruinas de una multitud de casitas minúsculas, pero, entre la destrucción, siempre sobresalían taladradoras de sobremesa… [porque] toda la población [japonesa] participó en el proyecto y trabajó para fabricar esos aviones o las municiones de la guerra…, hombres, mujeres y niños. Sabíamos que íbamos a matar a un montón de mujeres y niños cuando incendiáramos la ciudad. [Pero] había que hacerlo.*

En cuanto a las tripulaciones aéreas, pocos se inquietaron por la matanza que habían provocado en Japón. Según el teniente Philip True:

> *No creo que pensáramos demasiado en todo eso. Cuando recibíamos las instrucciones, se nos decía que íbamos a bombardear áreas industriales y que habían muchas instalaciones de montaje ubicadas en las áreas residenciales de los alrededores. Yo creo que nadie lo disfrutaba. Era un trabajo y había que hacerlo, eso es todo. Cuando todo se acabó, yo estaba listo para regresar a la escuela.*

True, en efecto, era casi un adolescente, como casi todos. Con posterioridad a la guerra, algunos críticos han adoptado un punto de vista absurdamente irreal, cuando defienden que los aviadores deberían haberse negado a participar en los bombardeos incendiarios. De hecho, si la destrucción masiva de las ciudades japonesas y la masacre de los civiles se consideran objetivos inadecuados de las directrices de las USAAF, la responsabilidad debe recaer por entero en los medios de comunicación y

en la dirección política de los Estados Unidos, que podrían haber exigido un cambio. Pero no lo hicieron, nunca.

Después de 1945, ni LeMay, como persona, ni la fuerza aérea, como institución, quisieron reconocer las pruebas apabullantes de que la industria japonesa ya estaba siendo estrangulada sin remedio por el bloqueo naval estadounidense, cuando las bombas de los B-29 comenzaron a caer sobre ella; o de que el bombardeo aéreo, en los cinco últimos meses de la guerra, contribuyó en poco a la destrucción del poderío bélico de Japón y, por el contrario, en mucho a castigar al pueblo japonés por la agresión perpetrada por su país, aunque esta fuera una ocupación poco adecuada para las USAAF. Como en tantos otros casos de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en Asia, la campaña se desarrolló por sincronización con el ritmo de los acontecimientos de otros lugares, pero carecía de un lugar decisivo en el contexto de la contienda. Si los bombarderos estadounidenses hubieran sido capaces de asestar un golpe duro contra Japón en 1942 o 1943, o incluso en 1944, podrían haber causado un impacto fortísimo en la capacidad industrial japonesa. Pero tal como se desarrollaron las cosas, cuando la 20.ª Fuerza Aérea alcanzó la fortaleza y la competencia precisas para infligir daños de consideración en las ciudades industriales del enemigo, el poder bélico de Japón se hallaba en una situación de declive terminal, por efecto del bloqueo.

La inteligencia fue una de las debilidades principales de la campaña de los B-29. Apenas se sabía nada sobre la economía y la industria japonesas, sus debilidades y sus puntos de ahogo. Albert Speer, ministro de Armamento del Gobierno nazi, que fue hecho prisionero en mayo de 1945, demostró estar muy ansioso por complacer a sus captores y reveló a los interrogadores estadounidenses cómo podían bombardear Japón con más eficacia de la que habían logrado en Alemania. Hizo hincapié en la importancia de atacar la red de transportes, junto con industrias básicas tales como las químicas o del acero: «Es mucho más fácil contener a un río cerca de sus fuentes que en las inmediaciones de un delta». Cuando terminó la guerra, de hecho, LeMay estaba preparando un gran ataque contra las redes de transporte japonesas, aunque nada indica que tomara la idea de Speer.

La Marina de los Estados Unidos solicitó, con insistencia, que la fuerza aérea contribuyera a reforzar el bloqueo y pidió, más en concreto, que los B-29 dejaran de atacar ciudades para dedicarse a colocar minas en las aguas jurisdiccionales de Japón. Como en Europa, los aviadores se negaban a «apartarse» de su misión estratégica independiente. Con cierto rencor, algunos de los aviones de LeMay pasaron a minar las aguas japonesas a finales de marzo, movidos por el miedo de que, de no hacerlo así, la Marina exigiría contar con una fuerza aérea propia de largo alcance. En la operación Inanición se colocaron cerca de novecientas minas.

El efecto fue terrible: entre sus muchas carencias, los nipones tampoco disponían

de barcos dragaminas. Por ello, el canal de Shimonoseki fue cerrado al tránsito durante una quincena, lo que provocó un descenso del 50 por 100 en las importaciones. A la postre, esta crisis obligó al mando naval japonés a ordenar que los barcos de abastecimiento se arriesgaran a recorrer el canal, lo que produjo una avalancha de hundimientos. En total, los B-29 arrojaron doce mil minas marinas, que causaron el 63 por 100 de las pérdidas totales de buques japoneses (con respecto al periodo de intervención de los bombarderos). Si la fuerza de LeMay hubiera recibido instrucciones de pasar el resto de la guerra reforzando el bloqueo, habría aportado una contribución mucho más útil, sin duda, que la continuada incineración de las ciudades.

Pero no se hizo así. En abril, los hombres de LeMay realizaron algunas incursiones diurnas contra las fábricas aeronáuticas, que dieron lugar a batallas aéreas muy duras. Una de las formaciones tuvo que luchar contra 233 cazas japoneses. Sin embargo, las bajas estadounidenses, sumadas todas las causas, seguían estando entre el 1,3 y el 1,6 por 100: una cifra reducida, en comparación con las habituales en Europa. Los B-29 volvieron al bombardeo incendiario. El 13 de abril, 352 aviones atacaron el «área del arsenal de Tokio», por citar la denominación de la capital en los informes. Una semana más tarde, los bombarderos atacaron los aeródromos de Kyushu, para contribuir a la campaña de Okinawa. Las tripulaciones no acogieron con gusto el desviarse de su auténtica «tarea». El bombardeo no era lo suficientemente preciso para infligir daños graves en las carreteras. En todo el mes de abril, los aviones de LeMay dedicaron el 31 por 100 de sus salidas a las ciudades, el 25 por 100 a las plantas aeronáuticas y el 37 por 100 a los aeropuertos.

Tras la captura de Iwo Jima, cazas Mustang P-51, con tanques desprendibles, comenzaron a volar como escolta de las misiones de bombardeo. Sus comandantes esperaban desgastar a los cazas enemigos en los enfrentamientos aéreos, como habían hecho con éxito contra la Luftwaffe en Europa. Sin embargo, los cazas estadounidenses tuvieron un éxito mucho menor en Japón; en parte, porque se toparon con muy pocos aparatos enemigos. Solo les quedó la alternativa de bombardear «objetivos oportunos», lo cual, no obstante, era relativamente costoso. Los aviones monoplaza también demostraron ser vulnerables al mal tiempo, hasta un extremo alarmante, con la consiguiente navegación ciega. El 1 de junio, una formación se topó con una tormenta eléctrica con turbulencias violentas, que causó muchas más bajas de las que lograron nunca las defensas japonesas: un B-29 intentó dar la vuelta con su séquito de cazas y se encontró de cabeza con la formación siguiente. Se perdieron ni más ni menos que veintisiete aviones y veinticuatro pilotos.

Los Mustang sufrieron muchas desgracias. El polvo y el fango que hallaban en Iwo Jima creó problemas técnicos. Hubo fallos increíbles en los paracaídas: quince de los setenta y cinco pilotos que intentaron saltar sufrieron deficiencias letales. Aunque

los cazas poseían un alcance y un depósito suficientes para llegar a Japón, muchos de los pilotos encontraban que el trayecto desde Iwo era extraordinariamente agotador. El VII Comando de Cazas comenzó a instaurar rotaciones por las cuales los aviadores dejaban de combatir tras realizar tan solo catorce o quince misiones. De hecho, pocos pilotos llegaban a tanto. En mayo, cerca de doscientos cuarenta Mustang realizaban operaciones de apoyo a los bombarderos. Las escuadrillas afirmaron haber derribado a un total de doscientos veintiún aviones japoneses, pero los estadounidenses perdieron ciento catorce Mustang en combate y otros cuarenta y tres por deficiencias de funcionamiento, junto con ciento siete pilotos. Se trataba de una tasa mucho menos favorable que la que había prevalecido en el teatro europeo. Como los B-29 habían demostrado poseer una resistencia extrema a las defensas japonesas y la fuerza aérea del enemigo era ya muy reducida, el despliegue de los cazas debe calificarse, sin duda, como un error.

El 25 de mayo, cuatrocientos sesenta y cuatro B-29 regresaron a Tokio, para destruir otros cincuenta kilómetros cuadrados de áreas urbanas, con 3258 toneladas de bombas incendiarias. Se perdieron veintiséis aparatos, pero solo cuatro o cinco fueron derribados por la acción del enemigo. Otros ciento diez aviones regresaron con daños: ochenta y nueve, causados por los antiaéreos; diez, por los cazas; y los once restantes, por unos y otros. Durante el mes de mayo, los aviones de LeMay arrojaron quince mil quinientas toneladas de bombas contra tres ciudades. El 1 de junio, 458 B-29 atacaron Osaka desde gran altura. Cayeron diez aparatos; la mitad, por las defensas japonesas. Una incursión contra Kobe, cuatro días más tarde, fue la última ocasión en la cual los bombarderos vieron números destacados de cazas enemigos. En la noche del 15 de junio, otra incursión contra Osaka mató a una gran cantidad de personas y destruyó trescientas mil casas. Por aquel entonces, la 20.ª Fuerza Aérea se estaba quedando sin objetivos. Los bombardeos comenzaron a apuntar contra ciudades menores y algunas refinerías, lo que suponía un ejercicio poco provechoso, si tenemos en cuenta que los japoneses contaban con muy poco petróleo sin procesar. En julio, durante nueve noches de operaciones, bombardearon treinta y cinco áreas urbanas que, en su mayoría, ardieron a satisfacción del mando estadounidense.

Para los pilotos de los cazas japoneses, combatir contra los B-29 fue una experiencia deprimente, porque apenas lograron victorias. No bastaba con interceptarlos; para los Zero, con carencias de artillería, era casi imposible derribar a aquellos monstruos acorazados. «Intentábamos situarnos por encima de ellos, dos o tres mil pies más arriba, para luego arrojarnos en picado y, en algunas ocasiones, aparecer por debajo de su vientre», según relataba el teniente Toshio Hijikata, que dirigía un vuelo cuyo único logro colectivo fue el derribo de un B-29 que volaba como avión de cierre de una formación de ataque y cayó al mar al sur de Kyushu.

«Los acertábamos una y otra vez con nuestras ametralladoras, pero no parecía que surtiera ningún efecto».

Las vidas de los pilotos de los cazas japoneses se parecían mucho a las de los pilotos de la RAF en la Batalla de Inglaterra, cinco años antes. Cada día, aparecían en la hierba, junto a sus aviones, vestidos con el traje y provistos del paracaídas, listos para la electrizante orden de despegar, cuando el radar había identificado la presencia de aviones estadounidenses. Entonces todo eran prisas por recorrer la pista y empezar el penoso camino hacia las grandes alturas, las únicas que ofrecían una oportunidad de enfrentarse a los bombarderos. Solo había combustible para las misiones operativas; los pilotos de reemplazo no podían completar su instrucción. Los jóvenes eran cada vez más conscientes de la futilidad de su empeño: la derrota se les antojaba ya inevitable. Y si no morían en la contienda, la mayoría compartían la impresión de Toshio Hijikata, de que pasarían «la vida como esclavos de los estadounidenses».

Al igual que muchos japoneses, Hijikata culpaba de todo al ejército: «Tendríamos que haber puesto fin a la guerra mucho antes. Una vez hubimos perdido las Marianas, seguir en la lucha no podía aportarnos nada». Sin embargo, como casi toda la generación de jóvenes de su país, continuó cumpliendo con su papel, porque pensaba —sin vacilar ni por un momento— que ese era su deber. Muchos pilotos concebían su esfuerzo con un aura romántica. Uno de los compañeros a los que más admiraba Hijikata, Tetsuzo Iwamoto, era conocido con el mote de «Koketsu», nombre de la espada de un guerrero samurái a la cual la literatura japonesa atribuía poderes equiparables a la Excalibur de la mitología occidental.

En tierra, Hijikata compartía alojamiento con otros cinco pilotos, a pocos kilómetros de las pistas. La mayoría de noches, jugaba con los compañeros a bridge, «con apuestas muy altas, porque no teníamos ningún otro sitio en el que gastar el dinero». El gramófono radiaba música que, en ocasiones, podía ser la tradicional japonesa, pero en no menos ocasiones, era de Mozart o Beethoven. Su gusto musical, al igual que la pasión por el bridge, era reflejo del orgullo que sentía la Marina japonesa por sus vínculos con Europa. Mientras que el resto de Japón pasaba mucha carestía, los pilotos continuaban recibiendo raciones adecuadas, porque los comandantes eran conscientes de que era imposible combatir con hambre. Por otro lado, la comida tenía que ser la idónea para las circunstancias. Si los pilotos recibían boniatos en lugar de arroz, como pasó con tantos civiles en aquel verano, podían sufrir retortijones a quince mil pies de altura.

Una vez por semana, tal vez, y sobre todo después de alguna batalla dura, los pilotos se montaban en un camión que los llevaba al restaurante Ryotei, en la calle mayor de Kagoshima, para comer y beber en compañía de geishas. Los pilotos de caza japoneses, como los de cualquier otra nacionalidad, nunca hallaban demasiados problemas para encontrar chicas. Hijikata todavía recordaba con placer la típica

aventura breve de tiempo de guerra, con una divorciada de Wonsan, cuya casa visitó para agradecerle que hubiera ofrecido alojamiento para algunos de los jóvenes cadetes. Al cabo de poco estaban escuchando Chaikovski y no tardaron en ir a la cama.

En la misma Kagoshima se produjo un pequeño y extraño drama aquel verano, cuando un piloto de Hellcat se vio obligado a saltar en paracaídas sobre la pista de aterrizaje, con el avión en llamas. Llegó a tierra con quemaduras graves en la cara y las manos y fue conducido al centro médico de las instalaciones militares. Estuvo en cama dos días, antes de ser trasladado a un campamento de prisioneros de guerra. Cuando los pilotos japoneses se enteraron, no pudieron resistir la tentación de ver la cara de un enemigo tan odiado. Cuatro jóvenes nipones entraron en la habitación del estadounidense y se pusieron junto a su cama, charlando con él todo lo que posibilitaban sus rudimentos de inglés. Se llamaba Murdoch. Era graduado universitario, les dijo, que había asistido a las clases antes de incorporarse a la Marina. «Como yo —dijo Hijikata, con alegría—, yo estaba estudiando Magisterio».

Entonces se produjo un hecho que causó mucho embarazo a los japoneses. Con gran dificultad, por culpa de las vendas, Murdoch dio un tirón en uno de sus dedos y se quitó y les entregó un anillo. ¿Los japoneses harían el favor de enviárselo a su esposa? Se sintieron incapaces de aceptar, porque sabían que jamás los autorizarían a cumplir esa petición. Más adelante, se preguntaban por qué había realizado aquel gesto tan definitivo. ¿Esperaba morir? ¿Quizá morir fusilado? Probablemente. Nunca supieron cuál había sido su destino, porque al día siguiente fue trasladado. Pero cuando los aviadores japoneses se marcharon, imperaba en ellos un sentimiento de fraternidad con el adversario, una vez que lo habían visto cara a cara, y no a velocidades de colisión.

Ahora la fuerza de LeMay comenzaba a jugar con el enemigo. Los B-29 lanzaron hojas volantes con una lista de once ciudades japonesas y esta nota urgente: «Lean esto con atención, porque puede salvar sus vidas o las vidas de sus parientes y amigos. En los días inmediatos, cuatro (o más) de las ciudades enumeradas en el reverso de esta hoja serán destruidas por las bombas estadounidenses». Los proyectiles se dirigirían contra las instalaciones militares, pero, «por desgracia, las bombas no tienen ojos… Pueden restaurar la paz si exigen líderes nuevos, válidos, que pongan fin a la guerra». Según ha escrito un historiador estadounidense, «esta utilización de la guerra psicológica convirtió a la generación del terror, en realidad, en objetivo formal de los ataques aéreos».

Cierto día, mientras caminaba en solitario por el bosque del distrito rural de Honshu, al cual había sido evacuado, Yoichi Watanuki, de diez años de edad, oyó un choque estruendoso entre los árboles. Tras investigar por los alrededores, halló un contenedor reventado en el suelo. Contenía un cúmulo de hojas propagandísticas de

los estadounidenses, que no se había logrado distribuir acorde con lo esperado. El chaval contemplaba con curiosidad los dibujos de Roosevelt y Churchill en un *rickshaw*, la típica calesa oriental arrastrada por tiro humano, en este caso por un desventurado emperador japonés, por encima de un lema muy simple: «acabad la guerra». Yoichi quedó impresionado por la calidad del papel, mejor que cualquiera que hubiese visto en muchos años. Cogió todos los folletos que puedo y se los llevó a casa, triunfante, donde los utilizó como combustible para un delicioso baño caliente.

En aquellos meses, el resultado de la guerra era evidente para la mayoría de los japoneses, aunque los más intransigentes se aferraban a la esperanza. Entre estos figuraba uno de los maestros de Yoichi. A principios de 1945, cuando un tripulante de B-29 se arrojó en paracaídas en su barrio, el hombre fue conducido por las calles a medio vestir (desconocemos la razón). El maestro aprovechó para anunciar, con triunfalismo: «¿Lo ven? ¡Esto demuestra que en los Estados Unidos no les queda ni siquiera para ropa!». Pero Yoichi y un grupete de amigos quedó mucho más impresionado cuando un caza estadounidense voló a tan baja altura, en cierta ocasión, que las alas casi tocaban las copas de los árboles. Pudieron ver la sonrisa del piloto en la cabina abierta, mientra saludaba tranquilamente a los chavales, y quedaron horrorizados por aquella despreocupada exhibición de poder.

Las bajas entre los bombarderos estadounidenses cayeron hasta un porcentaje del 0,3 por misión. LeMay fue recompensado por sus logros mediante un ascenso así como condecoraciones. Cuando el general Cari Spaatz, anciano y enfermo, fue nombrado jefe supremo conjunto de las fuerzas de bombardeo estratégico del Pacífico, en julio, LeMay retuvo el control ejecutivo, en calidad de jefe del Estado Mayor. Para agosto de 1945, las Superfortalezas habían atacado sesenta y seis ciudades japonesas. El bombardeo incendiario había dejado sin hogar a una cuarta parte de la población urbana del país y había causado la muerte de, al menos, trescientas mil personas (aunque todas las estadísticas son poco fiables). La 20.ª Fuerza Aérea había perdido 414 aviones en operaciones de combate: 148, por acción del enemigo; 151, por «causas operativas»; los 115 restantes, por causas «desconocidas». Otros ochenta y siete cayeron por accidentes ocurridos durante la instrucción. Murieron o se perdió la pista de 2822 aviadores, de los cuales 363 lograron regresar, al cabo del tiempo, de los campamentos japoneses. El coste global fue de cuatro mil millones de dólares, el doble de lo que costó el Proyecto Manhattan, que desarrolló la bomba atómica, pero una insignificancia, en comparación con los treinta mil millones invertidos por los Estados Unidos en el bombardeo de Europa o los trescientos treinta mil millones de coste total de la guerra para esta nación norteamericana.

La historia de la campaña de la 20.ª Fuerza Aérea refleja algunas verdades críticas

sobre los conflictos modernos en general y sobre la Segunda Guerra Mundial en particular. En primer lugar, en 1945, los Estados Unidos eran prisioneros de las grandes decisiones industriales adoptadas en los años precedentes, esto es, en circunstancias estratégicas muy distintas. En 1942, el compromiso de construir los bombarderos B-29, de largo alcance, era perfectamente racional. Pero el programa alcanzó la madurez tecnológica y la fase de producción a gran escala demasiado tarde, de modo que tuvo un impacto decisivo en la guerra. Sin embargo, era demasiado pedir que los Estados Unidos —por no hablar del alto mando del Aire— renunciaran a utilizar aquellos aviones en una fase de la contienda en la que el enemigo seguía resistiendo con ferocidad y matando a muchos estadounidenses. *En las circunstancias imperantes a la sazón* —el historiador no debe dejar nunca de hacer hincapié en esta salvedad—, era impensable que no se desplegaran los B-29. Cuando falló el bombardeo de precisión, como ocurría incluso bajo la dirección de LeMay, en la primavera de 1945, las ciudades de Japón quedaron condenadas a sufrir el mismo destino que las de Alemania. Más que la voluntad de los comandantes, fue la existencia de un sistema de armamento específico —el B-29 *Superfortress*— la que impulsó la incineración de varios cientos de miles de japoneses.

Volvamos a la figura de LeMay. Su nombre ha quedado asociado para siempre con el bombardeo incendiario de Japón, igual que, por ejemplo, el general del aire de la RAF, sir Arthur Harris, está vinculado de forma indeleble con el bombardeo de zona practicado sobre Alemania. Entiendo que es un error individualizar a estos oficiales como autores de todos los pecados en lo que respecta a la masacre generalizada de civiles, puesto que la responsabilidad de esa práctica pertenece, en justa razón, a sus superiores. LeMay fue un comandante mucho más innovador, con una técnica más dinámica que Harris; en buena medida, porque los estadounidenses adquirieron en Europa una experiencia descomunal, a la hora de dirigir a una fuerza de bombarderos en el aire. Sin embargo, en cuanto a su carácter, tenían mucho en común, incluida la notoria capacidad de liderazgo y resolución tenaz, casi obsesiva. Ninguno de ellos fue un hombre culto. Eligieron las palabras con brutalidad y desprecio hacia el sufrimiento humano, tanto en la guerra como con posterioridad, a la hora de justificar las acciones de sus equipos; y ello deja un sabor de boca malo, o incluso pésimo, en las generaciones posteriores.

Pero buena parte de las críticas que han recaído sobre LeMay y Harris hacen caso omiso de las cualidades indispensables en aquellos que combaten en nombre de una nación, ya sea esta una democracia o una tiranía. En una de las cartas enviadas a su casa desde el Pacífico, el teniente general Robert Eichelberger advertía a su mujer que no hablara pestes de los comandantes, solo porque no le parecieran buena gente: «Supongo que si hoy alguien conociese a Napoleón o Julio César, o a cualquier otro de los grandes líderes de la historia, vería muchas características personales que no le

gustarían». Son relativamente pocos los grandes guerreros que se han destacado por su sensibilidad o la capacidad de congeniar amablemente con los compañeros. La mayoría parten de un compromiso elemental de una intensidad que, por fortuna, resulta infrecuente en las sociedades civilizadas. Cada día deben impartir órdenes que acarrean la muerte a los propios soldados y al enemigo. Es comprensible que aquellas generaciones educadas en la paz, en las circunstancias privilegiadas de nuestras vidas del siglo XXI, sientan repulsión hacia las personalidades de Harris o LeMay. Pero estos hombres son útiles —en realidad, indispensables— en una guerra de supervivencia nacional. No es que un combatiente exitoso deba ser Atila, pero es muy improbable que se asemeje al «caballero perfecto y gentil» del prólogo de Chaucer.

La cuestión clave en torno a las funciones de Harris y LeMay es que se trataba de oficiales subordinados, no de comandantes supremos. Eran servidores de una democracia y de su no poco compleja jerarquía política y militar. El Gobierno de Washington estaba al cabo de lo que los bombarderos estadounidenses estaban perpetrando en Japón. En una conferencia de prensa del 30 de mayo, LeMay calculó que, en los ataques incendiarios, habían fallecido ya un millón de japoneses. El secretario de Guerra de los Estados Unidos, Stimson, estaba horrorizado y afirmó, virulentamente, que «no quería que los Estados Unidos adquirieran la reputación de superar las atrocidades de Hitler». Pero, en la práctica, lo único que ocurrió es que LeMay tuvo que frenar su lengua, no sus planes. Nadie sugirió que alterara sus directrices. Si Churchill, Roosevelt o Traman, junto con sus respectivos jefes del Estado Mayor, hubieran considerado que era moralmente incorrecto masacrar a la población civil de Alemania y Japón, su función consistía en decretar otras órdenes y, llegado el caso, sustituir a los comandantes responsables. Pero eligieron no hacerlo. Quizá no sentían entusiasmo, pero dieron su aprobación a lo que se estaba haciendo al enemigo en el nombre de sus naciones. Es a ellos, antes que a LeMay o Harris, a quienes debemos atribuir la responsabilidad histórica.

Uno de los aspectos más notables de la campaña de la 20.ª Fuerza Aérea en 1945 fue el extremo hasta el cual se permitió a LeMay, un simple general de división de treinta y ocho años, desarrollar su ofensiva desde las Marianas sin apenas intervención de las autoridades superiores. En ocasiones, Washington aportaba consejos o instrucciones tácticas —por ejemplo, respecto de la importancia de reservar algunos aviones para el minado de las aguas interiores de Japón, no para el bombardeo de las ciudades—, pero nunca sobre la dirección estratégica general.

Después de que sufriera su cuarto infarto de gravedad durante la guerra, en enero de 1945, el general Arnold era un hombre enfermo. Las USAAF tenían miedo de que se pudiera entregar a Nimitz el control de sus operaciones en las Marianas. En palabras de los historiadores oficiales de la fuerza aérea, «existía un temor extraordinario a perder el control de los B-29 en beneficio de la Marina». Conrad

Crane, entre otros, ha conjeturado sobre las posibles consecuencias de que se hubiera concedido a Nimitz o MacArthur autoridad sobre LeMay. Nimitz habría insistido en dedicar un esfuerzo mucho mayor al apoyo de las operaciones navales y terrestres. MacArthur, que se concebía a sí mismo como soldado y caballero, sentía una hostilidad implacable contra el bombardeo de la población civil. En una nota del Estado Mayor, de junio de 1945, uno de los asistentes más próximos a MacArthur, el general de brigada Bonner Fellers, describió los ataques aéreos estadounidenses contra Japón como «una de las masacres de no combatientes más crueles y bárbaras de toda la historia». Sea lo que fuere lo que el general pudiera haber ordenado a LeMay, sin duda no le habría permitido arrasar por sistema las ciudades enemigas.

De hecho, sin embargo, la 20.ª Fuerza Aérea completó su campaña incendiaria hasta el ultimísimo día de la guerra, con un promedio general de pérdidas, en todo el periodo, de tan solo el 1,38 por 100. El doctor Crane ha escrito: «El transcurso y la dirección de la campaña aérea contra Japón fueron, ante todo, el fruto de un comandante del Aire innovador, que se aprovechó de la dirección equívoca y el carácter inconexo de la cadena de mando para aplicar sus propias soluciones… Incluso en la actualidad, no está claro qué alternativas viables podían haberse ofrecido a los ataques incendiarios». Todo indica que Arnold estaba completamente satisfecho del modo en que su joven estrella dirigía lo que había permitido que se convirtiera en la fuerza aérea privada de LeMay.

En la conferencia de Potsdam, en julio de 1945, Stalin propuso celebrar la siguiente reunión en Tokio. Arnold respondió con un comentario jocoso: «Si los B-29 mantienen el ritmo actual, no queda[rá] en Tokio un solo lugar en el que organizar una reunión». En aquellos mismos días, Arnold se jactaba: «La guerra con Japón se ha terminado, en lo que atañe al trabajo creativo. La suerte está echada». El 15 de agosto de 1945 envió un teletipo a LeMay, en el que lo felicitaba por su contribución personal a la victoria de los Aliados con «uno de los logros personales más señeros de esta guerra. Usted y los hombres que dirige han demostrado al mundo, sin duda, cuál es el sentido pleno del bombardeo estratégico. Su imaginación, sus recursos y su iniciativa han aportado crédito al conjunto de las fuerzas aéreas del ejército. Estamos extraordinariamente orgullosos de lo que usted ha logrado».

La historia oficial de las USAAF, con posterioridad a la guerra, era de un triunfalismo ilimitado, en lo que respecta a LeMay:

> *Lo más destacado del* blitz *de la 20.ª [Fuerza Aérea] contra Japón fueron los últimos cinco meses de operaciones dinámicas. Cuando alcanzó aquella feroz perfección —que expulsó a Japón en llamas de la guerra, literalmente—, la 20.ª había recorrido un camino muy largo desde el ataque de prueba contra Bangkok, de tan solo setenta y siete aviones y 368 toneladas…, el 5 de junio de 1944… En los cinco meses culminantes de ataques con fuego gelatinoso, la 20.ª, de prestigio extraordinario, causó la muerte inmediata de trescientos diez mil japoneses, hirió a otros cuatrocientos doce mil y dejó sin hogar a 9,2 millones… Nunca jamás, en la historia de la guerra, se había causado una destrucción tan colosal a un enemigo con un coste tan ligero para el conquistador… La aplicación del «poder aéreo estadounidense»,*

*en 1945, tan destructiva y concentrada que incineró sesenta y cinco ciudades japonesas en cinco meses, forzó la rendición del enemigo sin que hubiera invasión terrestre, por vez primera en toda la historia militar. Gracias a la actuación de la 20.ª Fuerza Aérea, que rompió con todos los precedentes, ni un solo soldado ni marino ni* marine *de los Estados Unidos tuvo que desembarcar en una sangrienta cabeza de playa ni abrirse paso entre unas defensas terrestres bien organizadas para garantizar la victoria en las islas nacionales japonesas… La victoria, decisiva y completa, se debió a la utilización de una fuerza aérea de muy largo alcance.*

Parece adecuado citar por extenso este pasaje, porque pone de relieve la extravagancia de los hombres del Aire, que se atribuyeron una contribución decisiva en la victoria sin la más mínima presencia de reparos morales. El *US Strategic Bombing Survey* calculó que la suma de los ataques aéreos, de todas las clases, había destruido el 36,8 por 100 de los coches de Japón, el 34,2 por 100 de las herramientas mecánicas, el 20,6 por 100 de los muebles y bienes domésticos. Habían quedado sin hogar cerca de quince millones de personas (una sexta parte de la población); 13,2 millones carecían de empleo, en su mayoría porque sus puestos de trabajo habían dejado de funcionar. Las bombas habían asolado 2,51 millones de casas; los propios japoneses habían destruido otras seiscientas mil, para crear cortafuegos.

En 1941, el brillante científico y funcionario sir Henry Tizard había puesto en duda la probabilidad de que, incluso con una fuerza descomunal de bombarderos, la RAF pudiera infligir daños en la industria alemana equivalentes a las magnitudes de vidas y recursos dedicados a la empresa: en última instancia, casi un tercio del esfuerzo bélico conjunto de los británicos. Tizard no negaba, según sus propias palabras, que el bombardeo pudiera provocar daños *catastróficos* en Alemania; lo que se preguntaba, sencillamente, era si se trataría de daños *decisivos*, un factor que, sin duda, es el criterio esencial para dar validez a una ofensiva de bombardeo a gran escala. Se impuso la perspectiva de la RAF, pero las pruebas históricas nos demuestran que su escepticismo era clarividente.

El daño material causado en la industria japonesa por la ofensiva de LeMay resultó ser casi irrelevante, porque el bloqueo y la carestía de materias primas ya había situado la economía en el borde del colapso. Muchas incursiones destruyeron fábricas cuya producción ya era cada vez menor o se había detenido por completo. Sin embargo, ninguna nación podía haber contemplado con indiferencia la destrucción de buena parte de sus zonas residenciales urbanas, por mucho que los militares japoneses afirmaran lo contrario. Para reconocer el impacto psicológico de la campaña de los B-29, este es un hecho crucial: ningún ser humano, de ninguna cultura, podría evitar sentirse impresionado —de hecho, horrorizado— por aquella exhibición de fortaleza del enemigo y de impotencia de la propia nación. Parece imposible dudar de que, cuando a la postre se produjo la rendición japonesa, estuvo influida hasta cierto punto por la ofensiva de los bombarderos estadounidenses, que precedió a Hiroshima y, en realidad, se mantuvo aun después. Sigue siendo

improbable que la contribución de la 20.ª Fuerza Aérea justificara el extraordinario coste moral y material que supuso para los Estados Unidos. Ahora bien, no es menos absurdo negar por completo su contribución al hundimiento de la voluntad de resistencia de los japoneses.

Para los historiadores, quizá sea más importante comprender la campaña de LeMay como la que preparó el escenario y creó el clima moral y estratégico necesarios para Hiroshima y Nagasaki. En un estudio reciente se ha escrito: «Ninguna de las personas implicadas en la decisión de las bombas atómicas podría haberse visto a sí mismo como precedente innovador de la destrucción en gran escala; solo mejoraban su eficiencia». Al igual que sir Arthur Harris, Curtis LeMay no se arrepintió jamás de sus decisiones. Una vez acabada la guerra, se encogía de hombros: «Nada nuevo sobre la muerte, nada nuevo sobre las muertes de causa militar. Quemamos y hervimos y carbonizamos hasta la muerte a más gente en Tokio, en aquella noche del 9 al 10 de marzo, que la que se vaporizó en Hiroshima y Nagasaki juntas». Se congratulaba de no sentir el más mínimo pesar.

# 13

# Más allá de Mandalay

Los desastres de Japón en 1944, en Assarn y Birmania, causaron que se despidiera a los generales y se les buscara sustitutos. El nuevo comandante en jefe, el general Hoyotaro Kimura, emprendió el penoso camino de reconstruir sus fuerzas para enfrentarse al 14.° ejército británico, que avanzaba hacia el sudeste. No opuso resistencia a Slim, que cruzó el río Chindwin en noviembre y diciembre. A medida que los británicos ganaban terreno, encontraban reliquias lastimeras de su derrota de 1942: una columna de treinta y ocho tanques Stuart, dinamitada, porque no se la pudo evacuar, junto con gran cantidad de vehículos civiles ya oxidados, algunos de ellos ocupados aún por los esqueletos de los fallecidos. Slim reprendió a un hombre que decoraba su *Jeep* con un cráneo y le pidió que se abstuviera de hacerlo: «¡Podría ser uno de los nuestros, que hubiera muerto en la retirada!». En la Birmania septentrional, poco antes de Navidad, algunos hombres de la 19.ª división india establecieron contacto con elementos adelantados de las divisiones chinas de Stilwell, en Banmaux. A finales de enero, la «carretera de Birmania» a China estaba abierta, por fin, en todo el trayecto hasta Kunming, por lo que las primeras caravanas de camiones de abastecimiento empezaron a desplazarse hacia el norte. Aunque para desolación de los británicos, Chiang Kai Shek, tras obtener cuanto deseaba de la campaña, ordenó a sus divisiones nacionalistas que regresaran a su patria, dejando que las fuerzas de Slim prosiguieran sin ayuda en el camino a Rangún.

Para los japoneses, se antojaba inevitable que los invasores continuaran hacia el sur, hacia Masahiko Ando, la ciudad de los templos, situada junto al río Irrawaddy, lugar de encuentro lírico en el folclore imperial británico. El plan de Kimura era permitir que los británicos se adentraran en Birmania, para que las líneas de comunicación de estos se vieran forzadas, mientras que las propias seguirían siendo manejables. Entendía que, en tal caso, las diez divisiones de sus ejércitos 15.° y 33.° machacarían a las tropas de Slim mientras intentaban cruzar el Irrawaddy al norte de Mandalay.

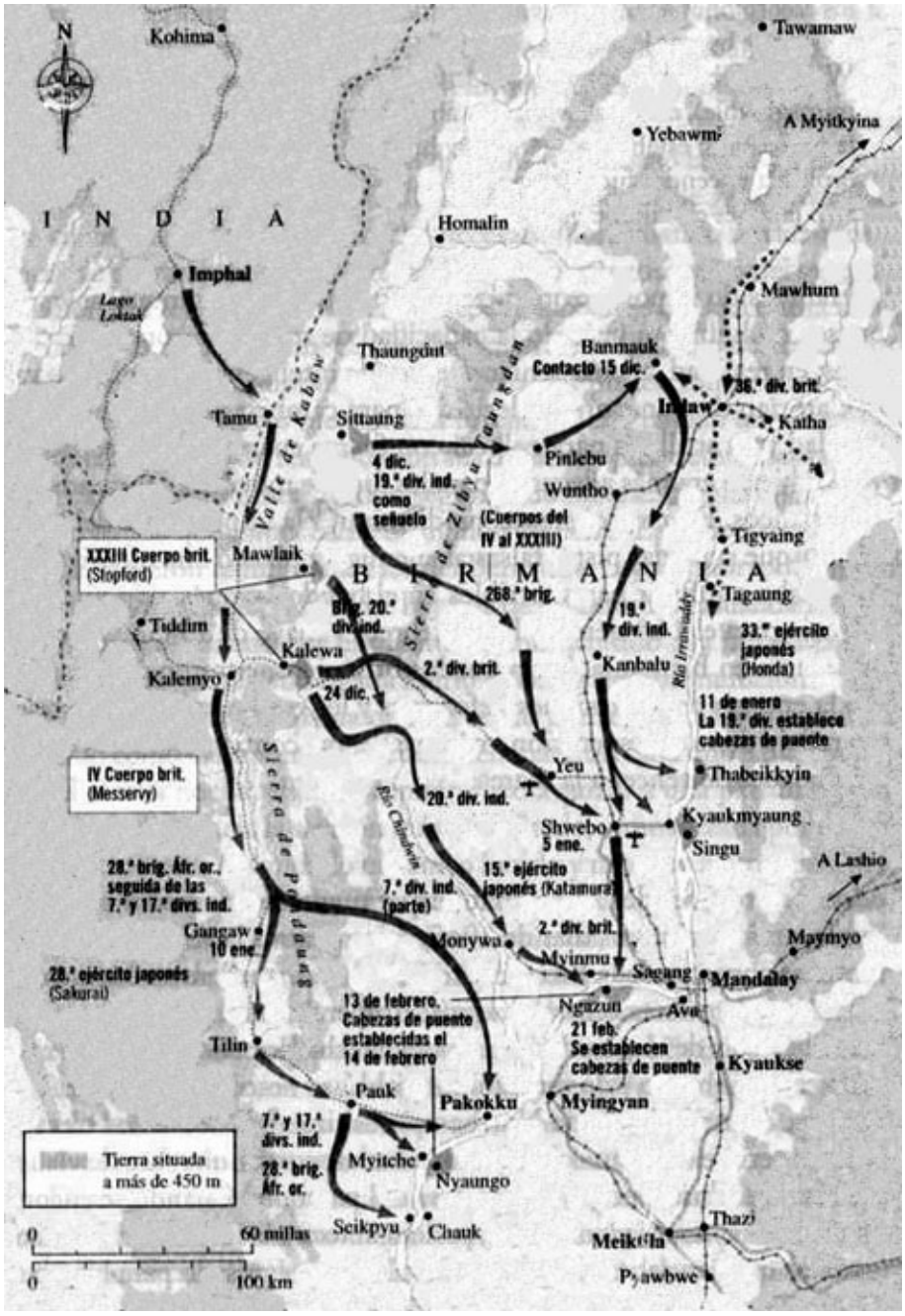
Por desgracia para Kimura, sin embargo, Slim se anticipó a las intenciones de su enemigo. Además de su notable capacidad de liderazgo como general, el comandante británico también poseía el lujo de la fuerza, no solo en lo que atañía al número de infantes, sino también por la tremenda superioridad aérea, artillera y blindada. Podía apoyar su avance en suministros enviados por vía aérea, en una escala desconocida

hasta entonces, hecho que contribuía sobremanera a contrarrestar las dificultades del terreno. La mayoría de las formaciones japonesas, por el contrario, se hallaban sin la mitad de sus hombres y sufrían una grave carestía de armas. Slim envió a un cuerpo británico a realizar una ruidosa maniobra de despiste por el norte: la 19.ª división cruzó el Irrawaddy por Thaneikkyin, el 11 de enero de 1945. Aquí es donde Kimura esperaba se produjera el asalto y los japoneses respondieron justo con la clase de contraataque a gran escala que Slim deseaba provocar. A continuación, el XXXIII Cuerpo británico realizó otra exhibición al noroeste de Mandalay, antes de comenzar a cruzar el río en Ngazun, el 12 de febrero. Esto hizo que Kimura dedicara a esa zona el grueso de sus fuerzas. No obstante, toda la actividad del norte enmascaraba el auténtico propósito de Slim: permitir el paso de otro cuerpo por el Irrawaddy, ochenta millas al sudoeste, en Pakokku, para luego dirigirse hacia el este, hacia el cruce de carreteras de Meiktila, de importancia crucial, situado muy por detrás del frente de Kimura, con lo que cortaba las líneas de suministro para la mayoría de las formaciones japonesas de Birmania. El día de San Valentín de 1945, la fuerza británica meridional, el IV Cuerpo, había asegurado una cabeza de puente frente a una oposición desdeñable y se aprestaba a lanzar el golpe decisivo de la campaña: la conquista de Meiktila.

Un soldado de la 17.ª división escribió estas palabras irónicas con respecto a la operación Cloak (Capa), el engaño organizado por Slim para confundir a los japoneses. También confundió a la sección 9:

> *Estuvimos cavando en no menos de tres posiciones distintas durante tantas horas, que Grandarse perdió la dentadura postiza superior en un banco de arena y el pequeño Nixon molestó a los escorpiones de un nido, en la oscuridad… el sentimiento general era que debíamos buscar las culpas de aquella operación, primero, en la puerta de Winston Churchill; segundo, en la familia real; y tercero (por alguna razón inimaginable), en Vera Lynn. No sabíamos que «Capa» había funcionado a la perfección; estábamos llagados y hambrientos, siempre firmes, y se nos prohibía encender fuego; aunque, como señaló Grandarse…, no había un solo japonés en kilómetros.*

Habría sido imposible organizar un engaño tan descomunal si los japoneses no hubieran perdido la capacidad de realizar reconocimientos aéreos; en realidad, apenas tenían fuentes de inteligencia de mínimo valor. Carecían de transportes adecuados para cambiar un despliegue con celeridad y de artillería para golpear con fuerza cuando fuera preciso. El campo abierto era más adecuado para las fuerzas móviles y acorazadas de los británicos. Ello, no obstante, no disminuye la importancia del logro de Slim, que supo dar pistas falsas al enemigo y planeó una ofensiva que comenzaba a infligir bajas terribles en el bando japonés, con un coste muy bajo para el 14.° ejército. Entre febrero y mayo de 1945 hubo combates duros en Birmania, hasta que los británicos entraron en Rangún. Pero la energía de las acciones defensivas y los contraataques japoneses eran reflejo de su desesperación, más que de una confianza realista en sus posibilidades de vencer a la marea.




*Avance del 14.° ejército hacia Mandalay, noviembre de 1944 a febrero de 1945.*

Todos los hombres del 14.° ejército experimentaron un poderoso alivio cuando, en los primeros días de 1945, dejaron atrás la selva espesa y las montañas abruptas de la Birmania septentrional, y salieron a los arrozales llanos de la meseta central del país. «Imperaba un espíritu maravilloso, de libertad y de alegría desatada, por el hecho de poder movernos otra vez en campo abierto y de ver caminos y aldeas —escribió el coronel Ted Taunton, del regimiento de Northamptonshire—. Durante las tres semanas anteriores habíamos tenido que luchar contra una fase de claustrofobia, muy dura, pero al fin era cosa del pasado». Cuando se encontraban con birmanos, no obstante, podían detectar la incertidumbre. Los lugareños querían saber si los británicos habían regresado para bien o si se limitaban a continuar con las operaciones de guerrilla al estilo de los *chindits* y pensaban retirarse otra vez a la

India, dejando que los habitantes que ahora les sonreían se enfrentaran en solitario a la venganza de los japoneses. Desde el cuartel general de una división se escribió, al respecto de los birmanos: «Un birmano no es favorable a los japoneses ni a los británicos, irá con quien gane. Cuando los británicos abandonaron su país, saquearon sus pertenencias y, si los japoneses huyen, saquearán sus pertenencias exactamente igual».

Los hombres de Slim tuvieron que afrontar no solo la resistencia sostenida de los japoneses, sino también batallas locales de gran ferocidad, ora cuando el enemigo las juzgaba necesarias, ora cuando se veían incapaces de retirarse. El capitán John Hill dirigía una compañía del segundo batallón del regimiento de Berkshire, cuando su grupo atacó una aldea abandonada, llamada Kin-U. No disponían de artillería, pero trescientas bombas de mortero cubrieron la zona para dar protección a su asalto, en un frente de doscientos metros. Los británicos casi habían terminado de cruzar la aldea cuando respondieron sus ochenta y pico defensores japoneses. Eran hombres desesperados; según pudo saberse, gracias a un diario, habían tenido que comer carne de mono y de perro. Lanzaron todo el fuego que pudieron reunir contra los del Berkshire, cuyo explorador de artillería había resultado malherido. Por una de las extrañas casualidades de la guerra, Hill descubrió que el sustituto había acudido a la misma escuela de secundaria que él. Un brigada murió mientras llevaba munición al frente. El cuartel de la compañía de Hill se vio tan amenazado, que tanto el segundo como el responsable de almacén mataron cada uno a un japonés.

Al caer la noche, el joven capitán hizo avanzar a una patrulla de camilleros indios hacia la sección más adelantada, inmovilizada por el enemigo. Hallaron a un soldado británico herido y muertos a otros dos, pero no pudieron encontrar a los demás. A la mañana siguiente, no obstante, descubrieron que el enemigo se había marchado, tras causar la muerte de seis miembros de la compañía de Hill y heridas a otros siete. Era una acción menor típica, de las que iban erosionando sin cesar la fuerza de Slim. La carencia de personal era tan grave en el ejército británico, en todo el mundo y, sobre todo, en lo que atañía a los jefes jóvenes, que era casi imposible hallar reemplazos para los números del 14.° ejército, que eran cada vez más reducidos, con cada paso que daban hacia el sur.

Desde una fase temprana, sin embargo, aunque los invasores se toparon a veces con resistencias numantinas, también hallaron pruebas de que los japoneses carecían de la pericia y la determinación de otros años. Patrullaban a medio gas, se habría dicho, y en ocasiones exponían sin cuidado sus propias vidas. Lo que no se redujo fue el salvajismo en el trato a los prisioneros, característico de los japoneses. Tras una batalla librada el 21 de enero, el batallón de Berkshire halló muertos a soldados británicos que habían sido apalizados, descalzados y colgados cabeza abajo de los árboles con cable eléctrico. El encuentro agudizó la hostilidad del batallón hacia su

enemigo. «Muy pocos de nosotros, tanto soldados profesionales como reclutas o voluntarios, sentíamos remordimiento alguno al ver a un japonés muerto o al matarlos —según escribió John Hill—. A fin de cuentas, llevábamos toda una guerra aprendiendo a matar al enemigo, y él, a nosotros. Nadie esperaba ninguna compasión». En Kabwet, en el Irrawaddy, al norte de Mandalay, el batallón de Hill perdió a nueve oficiales y noventa soldados de otros rangos (veinticinco de la propia compañía) durante una misión destinada a destruir una cabeza de puente japonesa. Tras contemplar a los japoneses muertos, uno de sus hombres le dijo, guiñando el ojo: «Así que nadie se rindió, ¿verdad, señor?».

El amago de Slim en el norte de Birmania ha sido ensalzado por la posteridad como un golpe brillante, pero a quienes lo ejecutaron les costó lágrimas y miedo. El 1 de febrero, cuando el segundo batallón de los Buffs (Kent oriental) comenzó a cruzar el río Shweli, cerca de Myitson, junto con la 36.ª división, sufrieron un castigo cruel. El soldado Cecil Daniels alcanzó la orilla japonesa ileso y estuvo aguardando entre los árboles con otros hombres, mientras contemplaba las penalidades de los que resultaron alcanzados por el fuego a mitad de la corriente.

> *Uno de los compañeros chillaba: «¡Ayudadme, por favor!… ¡Me han dado en el estómago!». Me sentía tan mal por él… Estaba allí, solo, muriéndose en un banco de arena, a miles de kilómetros de su hogar. Estuve a punto de salir a socorrerlo, pero el sentido común me dijo que era inútil y pensé en mis padres, en casa, que ya habían perdido a un hijo. Seguía vacilando sobre si arriesgar la vida en el intento cuando sus gritos empezaron a sonar cada vez más apagados, fue perdiendo fuelle hasta caer al agua y se lo llevó la corriente.*

Aquella misma noche, en la precaria cabeza de puente británica, Daniels estaba tomando su ración de cena en un hoyo cuando la oscuridad fue rasgada por el fuego y los gritos del sargento de su sección: «¡Han abierto una brecha, salid todos, sálvese quien pueda!». El soldado escribió: «Resonaban las botas y veía siluetas de hombres en fuga, que pasaban corriendo junto a mí, pateando arena y suciedad en mi cara mientras se precipitaban a la orilla y se tiraban al agua, que bajaba agitada. Yo seguía en mi hoyo, confundido por la celeridad de los hechos, tomándome aún mi ración de combate». Daniels era reticente a salir del refugio hacia el río, pero en aquel caos, no vio más opción que la de abandonar casco y pertrechos y unirse a la avalancha que, presa del pánico, se esforzaba por regresar a la orilla británica del Shweli. Al amanecer, «vimos una escena de absoluta desolación. Los restos de la compañía —lo que de ella quedaba— estaban sentados o paseando despacio, aturdidos, desmoralizados. Todos parecían estar preguntando a los demás: “¿Has visto a Zutano?”». A continuación se distribuyó una ración generosa de ron.

La mayoría de los hombres habían perdido su reloj. Daniels se lo había dado a un compañero, para que lo arreglara; pero ese otro soldado había fallecido. Mirando sombríamente las aguas marronosas del río, vio flotar el cuerpo del brigada de otra

compañía, ensangrentado: «Aunque no era una persona muy querida, daba pena verlo en aquella condición». El comandante de la compañía de Daniels recibió una Cruz Militar por la acción, pero los Buff habían sufrido ciento catorce bajas, entre muertos y heridos. Durante la quincena siguiente, se pudo cruzar el río con éxito en otros puntos. Por suerte para el ánimo de Daniels y sus camaradas, no supieron hasta más tarde que todo lo que habían padecido se debía a un mero amago.

El río Shweli era un obstáculo modesto, en comparación con el Irrawaddy. Slim logró que el 14.° ejército pasara uno de los ríos más poderosos de Asia con una «armada» maltrecha de botes de asalto, pontones y balsas que, en Europa, los ejércitos de Eisenhower habrían mirado con desprecio. Aquí no había *amphtracs*, vehículos blindados de asalto. Slim sentía en el corazón aquellas penalidades: «No creo que ningún ejército moderno haya intentado cruzar un río como este contra el enemigo y con tan pocos medios». Visto en general, el paso del Irrawaddy fue un éxito apabullante de los británicos. Pero algunas unidades sufrieron lo indecible. Los de Northamptonshire, que cruzaron por Kyigon, junto con la 20.ª división, el 13 de febrero, hallaron que algunos de sus botes se habían ido a pique y otros iban a la deriva, lejos de sus objetivos. En aguas bravas y agitadas, las barcas se volcaban y precipitaban a los infantes, sobrecargados, en la corriente. Muchos se arrastraron por las aguas para evitar el fuego enemigo, pero el bombardero Lees, del 114.° regimiento de campo, recorrió quinientos metros erguido, braceando, a plena vista del enemigo. Llevaba el equipo de radio de los exploradores y se negó a que se mojara.

Cincuenta kilómetros más al sur, en Myitche, donde la 7.ª división india cruzó el río Irrawaddy de camino a Meiktila, los hombres de Slim contaron con la ayuda de otro amago, que alejó a la formación japonesa local más eficaz, al dirigirse esta a responder a una amenaza de una brigada de África oriental, en Seikpyu. La maniobra tuvo tanto éxito —según afirmaba el insulso historiador y oficial británico— «que sufrió un contraataque que la hizo retroceder a Letse, con lo que alejó del campo de batalla principal a la única fuerza de combate formidable de la que los japoneses disponían en la zona». Se trata de una versión ligeramente falseada. En honor a la verdad, el 14.° ejército recibió con desmayo la huida precipitada de los africanos orientales. Su comandante ofreció disculpas y buscó consuelo en el hecho de que una unidad había conservado la cohesión, mientras todas las demás huían: «A pesar del mal comportamiento del grueso de la 28.ª brigada Á[frica] 0[riental], el 46.° [batallón] de KAR [Rifles africanos del rey] (Nyasaland) no se vio afectado… y resistió con firmeza. Lo considero un resultado excelente, sobre todo a la vista del comportamiento del resto de la brigada». Y aunque es cierto que una unidad destacada de los japoneses marchó en persecución de los africanos orientales, quedaron suficientes soldados enemigos en el lugar de vadeo de la 7.ª división, cuatro millas más arriba de Nyaungu, lo que causó mucho sufrimiento al regimiento de

Lancaster del Sur.

Estos hombres emprendieron el vadeo con oposición más extenso de toda la Segunda Guerra Mundial. El Irrawaddy, en este punto, tenía una anchura de más de dos mil metros, por lo que —aun a pesar de la debilidad del enemigo— se alzaba como un obstáculo temible para unos infantes sobrecargados y montados en botes frágiles. Los primeros lancasterianos lograron cruzar a remo, en silencio y en la oscuridad, durante la madrugada del 14 de febrero, y establecieron una cabeza de puente en la orilla opuesta, sin alarmar al enemigo. Entonces vieron a dos japoneses nadando; en apariencia, por simple placer. Los soldados nipones fueron abatidos a tiros y ello desató un tiroteo. El resto de los lancasterianos llegó tarde a la orilla y comenzaron a cruzar ya con luz diurna. Muchos de los motores fuera borda, de crónica inestabilidad, se pararon en medio de la corriente. Las ametralladoras japonesas comenzaron a barrer la zona; mataron a dos comandantes de compañía y rompieron las radios. El barco del oficial al mando fue hundido; él y sus compañeros nadaron, no sin dificultades, de regreso a la margen británica.

La corriente comenzó a arrastrar los botes, que realizaban, sin remedio, un desfile letal ante las ametralladoras japonesas. Un batallón de punjabíes, que seguía a los lancasterianos, pasó por la misma experiencia terrible. El coronel Derek Horsford y sus *gurjas* contemplaban el drama con un horror creciente: «Tambaleante y en cueros, el oficial al mando de los de Lancaster del Sur se presentó a la postre ante el comandante de la brigada y cayó al suelo, ante sus mismos ojos, irremediablemente exhausto por la terrible experiencia». Sin embargo, la aventura no pintaba tan mal como pareció en aquellas horas, los botes cruzaron el río sin apenas incidentes.

«Con una lentitud exasperante, los botes completaron el trayecto a la otra orilla», según escribió un testigo:

> *Dos botes encallaron contra un banco de arena traicionero, apenas visible, pero los hombres, sin arredrarse, caminaron por la rápida corriente, con el agua hasta los hombros, hasta alcanzar las playas del otro lado. Por fin, todos los botes tomaron tierra y los hombres treparon a los cerros y pasaron cauces secos hasta alcanzar sus objetivos en terreno elevado. Era incesante el trasiego de botes, cargados hasta los topes de soldados; había barcas recorriendo el río en los dos sentidos, formando una corriente casi continua, mientras la cortina de fuego del aire y la artillería se fue desplazando progresivamente río abajo, para regresar a continuación por detrás de los cerros y las playas.*

Una vez que las vanguardias británica e india tomaron tierra, hallaron solo una resistencia leve. Algunos japoneses se refugiaron en túneles que se convirtieron en tumbas cuando los hombres de Slim los hundieron con cargas explosivas. En un punto, ciertos soldados británicos, atónitos, vieron que un grupo de supervivientes japoneses, con todos sus pertrechos, formaba en línea y luego se dirigía al río, donde se ahogaron voluntariamente. Otros defensores eran miembros desganados del Ejército Nacional Indio, formado por renegados, y o bien se rindieron, o se dispersaron discretamente por la zona. Al cabo de unos pocos días, la fuerza de

ataque británica estaba concentrada en la orilla oriental de Irrawaddy. Ningún japonés era capaz de frenar el ímpetu con el que embarcaban ahora, a unos cien kilómetros al este de Meiktila.

Pronto, los japoneses se vieron forzados a retirarse del río en todos los puntos por los que cruzaban las fuerzas de Slim. El 8 de marzo, al norte de Mandalay, la 19.ª división india informaba de que «la oposición que encontramos parece muy desorganizada». Su jefe del Estado Mayor, el coronel John Masters, escribía exultante:

> *Pasábamos por los caminos del ganado, con gran estruendo y mucho polvo, dejando atrás zonas de jungla donde el traqueteo de las armas menores demostraba que habíamos atrapado a algunos japoneses. La oruga de los tanques sonaba por aldeas que ardían con llamas de color amarillo y escarlata; las palmeras y el bambú estallaban, como proyectiles de artillería; los tanques verde-grisáceos ocupaban los arrozales por toda la retaguardia, dispuestos a ametrallar a todos los japoneses que intentaran escapar del avance de nuestra infantería… Avanzaban con dificultad por los laterales de los caminos, cubiertos de polvo y de sudor… Por todas partes, la luz era triste y débil; se alzaban gigantescas columnas de humo retorcido de una docena de aldeas en llamas, columnas que se ensanchaban y unían en el cielo, para formar un techado lúgubre. En todas las aldeas había japoneses y todos los japoneses luchaban hasta morir, pero eran cada vez menos organizados.*

Incluso en esta fase tardía, los comandantes japoneses se negaban a considerar el avance de los británicos hacia Meiktila como algo más que un amago. Así, cuando la 17.ª división india alcanzó la ciudad, su vanguardia se topó únicamente con una defensa variopinta y desordenada, que fue barrida en los primeros días de marzo. Los ejércitos japoneses 15.° y 33.°, más al norte, habían quedado aislados. Al final, Kimura comprendió que habían sido más ingeniosos que él, y ello con efectos desastrosos; no vio más alternativa que la de apostarlo todo en el intento de reconquistar Meiktila. Mientras los británicos aportaban gran número de refuerzos a la ciudad, por vía aérea y terrestre, comenzó una de las batallas más terribles de la campaña birmana; al mismo tiempo, las fuerzas de Slim, más al norte, se aproximaban a Mandalay. Los dos bandos desplegaron unas seis divisiones. Los japoneses, sin embargo, estaban obligados a tomar la iniciativa y, a cada paso, se exponían a la aviación y la artillería británicas. Por otro lado, mientras las unidades del 14.° ejército estaban bien alimentadas y disponían de armas y pertrechos excelentes, la condición de los oponentes era lamentable. En la propia Meiktila había cerca de tres mil doscientos japoneses, pero en su mayoría se trataba de tropas de servicio. Los tanques aliados se movían con mucha libertad, porque los japoneses apenas disponían de minas ni de armamento anticarro. De hecho, dada la condición de sus formaciones, es sorprendente que los soldados de Kimura lucharan con la eficacia relativa con la que supieron combatir.

El primer batallón del tercer regimiento *gurja*, a los que se aerotransportó a Meiktila, lucharon en primer lugar para defender el aeródromo. La batalla resultó ser

«notoriamente traumática», según escribió su oficial asistente, el capitán Ronnie McAllister. «Los tanques se llevaron una paliza porque avanzábamos a campo abierto y sin reconocimiento previo. Fue un caos general. Los japoneses no abrieron fuego hasta que nuestros compañeros estaban a veinticinco metros». En los años anteriores, que había pasado en India, McAllister estaba inquieto por la idea de que no lo incorporarían a la guerra. En aquellos momentos, sin embargo, la situación era horrible, de pesadilla. En combate les dirigía un oficial «rescatado» del retiro, el coronel «Tejón» Spaight, de la Frontera del Noroeste[17], a quien la experiencia confundió por completo. Para alivio de sus hombres, Spaight fue relevado a los pocos días por su segundo, Robert O'Lone, «quien, tras pasar tres años en el puesto, sabía perfectamente lo que hacía». En adelante, las cosas fueron mucho mejor, aunque en Birmania el batallón sufrió un total de cuatrocientas bajas, casi la mitad de su fuerza. «Aunque los japoneses gozaban aún de la reputación de 1944 y sentíamos pánico ante la posibilidad de caer en sus manos, en aquel momento nosotros disponíamos de muchos más medios que ellos. Era evidente que estábamos ganando».

El 16 de marzo, la 17.ª división transmitía al 14.° ejército, sin inquietud, estas palabras: «Escuadras *japos* suicidas se estrellan en aeródromo Meiktila, retrasando temporalmente llegada de hoy… limpiamos extremo norte aeródromo situación alegre pronto convierte matanza». Para los japoneses, la batalla fue una experiencia espantosa. El general Masaki Honda, de quien se conocía la pasión por la pesca y a quien se había encomendado recuperar Meiktila, se quejaba con amargura ante su comandante en jefe: «Solo disponemos de veinte ametralladoras útiles para las dos divisiones. Es absurdo continuar». Cuando se le ordenó que conservara la posición para permitir la huida de los restos del 33.er ejército, Honda pidió que se le diera la orden por escrito, al tiempo que afirmaba: «Mi ejército continuará luchando hasta el último hombre». Y en efecto, así lo hicieron. Como dijo el teniente Hayashi Inoue: «En Meiktila murieron casi todos. No podíamos hacer nada: los británicos eran muchísimo más fuertes. Nuestro armamento anticarro rebotaba contra sus blindados. Solo podíamos cavar trincheras por detrás de los terraplenes de los arrozales. No hicimos más que aguantar».

Ronnie McAllister, como todos los oficiales británicos al mando de *gurjas*, admiraba con sinceridad el arrojo de los pequeños soldados nepaleses, sobre todo cuando actuaban como exploradores de artillería, con frecuencia, trescientos o cuatrocientos metros por delante de las posiciones de infantería. Naik Dhanbahadur Limbu, del tercer batallón del décimo regimiento *gurja*, estaba vigilando en un puesto de observación, en solitario, subido a un árbol por delante de la posición de su batallón, cuando vio fogonazos de armas japonesas. Por teléfono, informó de que se estaba preparando un ataque enemigo en gran escala. Recibió instrucciones de abandonar el puesto: al cabo de cinco minutos, caería sobre el lugar una descarga de

artillería cerrada. Pero escogió quedarse. Cuando un oficial japonés se reunió con varios hombres justo debajo de su árbol, Limbu arrojó un manojo de granadas que mató a tres soldados e hirió al oficial. Los japoneses nunca comprendieron qué había ocurrido. Durante toda la noche, Limbu informó con tranquilidad de los movimientos del enemigo, mientras los británicos lo vitoreaban.

Más al norte, los soldados británicos e indios que bajaban desde el Irrawaddy quedaron impresionados al contemplar por primera vez el monte de Mandalay, coronado por los templos que lanzaban brillos dorados en la neblina polvorienta. Según escribió John Hill: «teníamos ante nosotros nuestro primer objetivo auténtico: un lugar reconocible en los mapas del mundo, no solo una aldea desconocida o una maraña de la jungla». El 11 de marzo, el parte diario del 14.° ejército mencionaba «combates casa por casa y pagoda por pagoda» en la propia ciudad de Mandalay. El 20 de marzo, la ciudad estaba casi conquistada. El general de división «Punch» Cowan, comandante de la 17.ª división india, se enteró de que entre los británicos muertos en las calles de la ciudad se hallaba su propio hijo.

Por todas partes, los japoneses se derrumbaban. «Era muy simple: pasábamos por encima de ellos y a matar y matar», según lo describió, sin demasiado sentimiento, el teniente coronel Derek Horsford. El 8 de abril, John Randle dirigió su compañía de beluchistanos con la intención de capturar un objetivo designado como Punto 900, al este de Pyawbwe. Mientras entraban los beluchistanos, dispararon contra un cipayo. Cuando los defensores se vinieron abajo, Randle gritó que hicieran prisioneros; pero el *subadar*[18] le respondió: «¡Es inútil, *sahib*. No quieren atender!». Randle escribió entonces:

> *Tenían sed de sangre; aullaban con gritos muy agudos, con los labios alzados sobre los dientes, lo que daba a su sonrisa un aspecto lobuno, demente. Para mí, aquel ansia animal de matar supuso, a un tiempo, un estímulo y un motivo de horror. En unos diez minutos de lanzamiento de granadas, fuego de metralletas y ametralladoras bren y utilización de las bayonetas, liquidaron por completo a la compañía japo, sin prisioneros. Ofrecieron poca resistencia; solo murió uno de mis hombres.*

Este fue el único momento de la guerra en el que Randle vio a un oficial japonés que rehuía el combate y salía corriendo «aunque murió igualmente por nuestro fuego». Los cuerpos de los nipones, 124 en total, fueron arrojados a una zanja conveniente. El teniente de artillería John Cameron-Hayes afirmó: «Teníamos la impresión de que la historia se iba a acabar muy pronto. Los japoneses huían. Había cadáveres suyos por todas partes. Eran mucho menos agresivos que en el pasado».

Para los hombres del ejército de Slim, ganar terreno y vencer en los combates era una experiencia increíblemente positiva, después de los años pasados entre derrotas y penalidades. Según dijo el capitán Ronnie McAllister un tiempo más tarde: «Me temo que yo disfruté de la campaña. Fue muy divertida. Nunca habíamos pensado que Birmania fuera secundaria, sino un teatro excelente. Estábamos extraordinariamente

orgullosos del regimiento y la división». Durante aquellas últimas semanas, los comandantes británicos hallaron otra dificultad: faltaba policía militar para dirigir el tráfico, puesto que los tanques y las caravanas de camiones atestaban las pocas carreteras del país. Hubo que desviar unidades enteras de artillería para realizar aquella labor de rutina.

Sin embargo, los frutos visibles de la campaña de Birmania parecían lamentablemente escasos. Slim escribió:

> *Siempre suponía una decepción… entrar en una ciudad que había sido un nombre en el mapa y uno de los objetivos por los cuales mis hombres luchaban y morían. Porque los vencedores no conocieron el estremecimiento de marchar a través de calles que, aunque castigadas por la guerra, pertenecieran a una ciudad magnífica e histórica, como, digamos, una París o una Roma. No había muchedumbres liberadas que vitorearan a las tropas. En lugar de eso, mis soldados caminaban con cautela, atentos a las bombas trampa y los francotiradores, a través de un amasijo de vigas quemadas, chapas de hierro retorcidas y, dispersas aquí y allá, alzándose entre las ruinas miserables, las enormes pagodas desconchadas y sucias de un templo budista. Unos pocos birmanos asustados y andrajosos los miraban en ocasiones e incluso saludaban con timidez; pero ni en el mejor de los casos era una bienvenida que levantara el ánimo y más de un conquistador, al observar el premio a varias semanas de esfuerzo, escupía con desprecio.*

Aunque los hombres del 14.° ejército creían haber logrado una gran victoria, entre los estadounidenses se miraba con escepticismo casi todo lo conseguido por los británicos. Un grupo de observadores del ejército de los Estados Unidos (USMOG) informó, al respecto de una acción del 23 de abril de 1945: «Como es típico, volvió a ocurrir que el enemigo tomaba la iniciativa… La 19.ª división no solía saber dónde estaba el enemigo… una vez más, el enemigo fue capaz de ocultar sus movimientos y lograr que los británicos no superaran nada sobre sus fuerzas». Similarmente, otro informe del USMOG decía, sobre el asalto de Meiktila:

> *Mucho se ha escrito en fechas recientes sobre el deterioro de la moral de los soldados japoneses en Birmania. Aunque de ello no cabe duda, no está tan claro que ello haya reducido su eficacia en combate… Las tropas de la L[ínea] de C[omunicaciones], pese a carecer tanto de armas adecuadas como de advertencia previa, se defendieron con tenacidad. No faltaban equipos de suicidas y los francotiradores se movían con arrojo. Era evidente que improvisaban al máximo. En la mayoría de casos, su infantería resistió y no cejó en la lucha, contra toda esperanza.*

Hacia finales de marzo, Slim había obtenido el control de la red de carreteras y ferrocarril de Birmania. Las órdenes que iban recibiendo las unidades japonesas eran cada vez más irrealizables, pues exigían la ocupación de posiciones perdidas sin remedio. Cierto día de abril, los cuarteles del ejército de Honda, situados en un garaje a las afueras de Pyawbwe, se incendiaron. El fuego destruyó todos los camiones, los coches y las radios. El general se dispuso a redactar su testamento mientras defendían el lugar trescientos hombres, una tercera parte de los cuales eran médicos u otra clase de no combatientes. Los japoneses se salvaron de forma inesperada, cuando los tanques británicos viraron hacia al norte, desconocedores del premio que tenían a

mano. Con la caída de la noche, portando solo un bastón y un puñado de posesiones en un hato, Honda condujo a los supervivientes a pie hacia Yamethin. El general lució su mejor imagen en los días posteriores, días de huida en los que seguía regalando a sus hombres, agotados, las bromas de burdel por las que era conocido. Unas pocas de sus unidades tenían aún la suerte de contar con transportes. El comandante Mitsuo Abe describió así la retirada de la 53.ª división japonesa:

> *Entre la corriente de vehículos, se mezclaban hombres de todas las unidades imaginables; algunos de ellos, heridos. Algunos portaban las armas en cabestrillos improvisados… otros estaban vendados con toallas o tiras de camisa. Unos habían perdido un ojo, otros gritaban rogando que les cortaran los miembros destrozados, otros deliraban por la fiebre de la malaria. Había quien rogaba a los amigos que tomaran nota de su testamento y los soldados más jóvenes gemían llamando a sus madres. Otros, que caminaban apoyados en dos compañeros, pedían la ayuda de sus comandantes. Era el infierno en la tierra.*

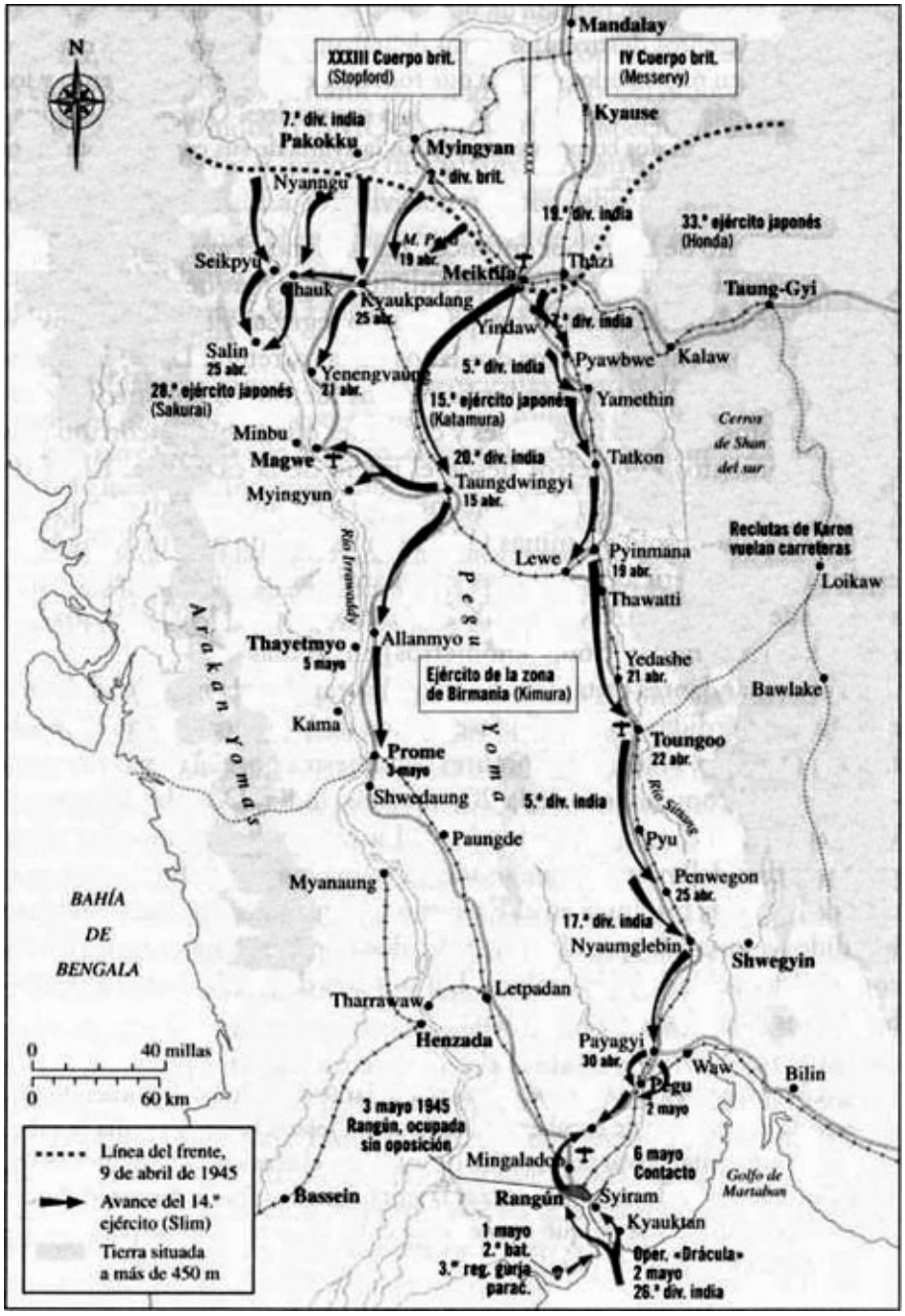
El propósito de Slim, por entonces, era acelerar el avance hacia Rangún, la primera ciudad de Birmania, situada a algo más de quinientos kilómetros de Meiktila, hacia el sur, para luego regresar y barrer a todos los restos de tropas enemigas a los dos lados de la carretera. Los principales obstáculos con que se toparon los británicos fueron los logísticos: hombres exhaustos, tanques inservibles y camiones que habían recorrido más de mil quinientos kilómetros desde el inicio de la campaña. El 27 de abril, el 14.° ejército transmitió este mensaje a Mountbatten: «Tropas de vanguardia ahora solo 72 millas [116 kilómetros] de puerto Rangún… espíritu de competición en tropas vanguardia ahora intenso en carrera sur. Desde captura MANDALAY 20 marzo, tropas [14.°] ejército han adelantado 352 millas [566,5 kilómetros] en 38 días».

Los comandantes británicos hicieron hincapié en la necesidad de minimizar las pérdidas en aquella fase última de la campaña, con el resultado ya decidido. «Nuestros hombres son nuestra posesión más preciada —advertía el comandante de la 20.ª división india, Douglas Gracey—. Utilícenlos con el máximo cuidado». La carrera hacia Rangún en los primeros días del monzón, que se adelantó una quincena, fue la culminación de la guerra británica en el Extremo Oriente. Los japoneses estaban hundidos a pesar de que algunos soldados conservaban su terrorífica y conocida tenacidad en el combate. Un soldado de la 17.ª división describió esta escena, al sur de Meiktila:

> *Me giré y vi a un japo que corría por delante del búnker, blandiendo una espada por encima de la cabeza. Corría como Jesse Owens y perdía la cabeza de puro gritar, justo por delante de mí. Tuve el sentido común justo para, en una fracción de segundo, cruzar la mira con él antes de disparar; dio un salto convulsivo y sentí que me recorría el típico escalofrío de placer: ¡Había acertado al hijo de puta!*

Un soldado de Cumbria decía: «Si tú fueras un *japo* y te vieras venir a toda esta banda: que si los *gurjas*, los sijs, los patanes y esas malditas bestias negras de la

división africana oriental, los putos zulús, o lo que sea —bueno, y nosotros, joder—, ¿tú no te largarías a todo correr?». Por última vez en su brillante historia, el ejército indio de Gran Bretaña entró a la carga, vencedor, tras más de tres años de fracasos y decepciones. El propio Slim estuvo a punto de encontrar la muerte mientras sobrevolaba Rangún. Los japoneses dispararon contra el avión e hirieron a un oficial de enlace estadounidense. El 1 de mayo, la 25.ª división india realizó un desembarco anfibio al sur de la capital. Dos días más tarde, tras matar a cuatrocientos de sus hombres, por estar heridos y no poderse mover, los japoneses abandonaron Rangún y se retiraron hacia el este. Los presos de la cárcel de la ciudad pintaron en grandes letras sobre la azotea, para que lo viera la RAF: «*JAPOS* LARGAOS. ¡MOVED EL CULO!». Los británicos hicieron su entrada.




*Avance de Slim hasta Rangún, abril a mayo de 1945.*

La retirada japonesa de Birmania estuvo marcada por atrocidades sistemáticas contra los civiles indios y birmanos, que fueron torturados y, en ocasiones, asesinados hasta el último día. Los vencidos desahogaron su amargura con todas las víctimas que hallaron a mano. Durante los meses siguientes, el 14.° ejército siguió combatiendo contra unidades japonesas disminuidas, que se esforzaban por huir hacia el este, a Siam. En total, había aún más de sesenta mil enemigos, pero las fuerzas de Slim dominaban el campo de batalla. La campaña principal había concluido. La bandera del Reino Unido ondeaba una vez más en Birmania. La escala de bajas, en uno y otro bando, pone de manifiesto que las batallas decisivas se libraron en 1944. En Imphal y Kohima, los japoneses sufrieron más de sesenta mil bajas; los ejércitos británico e indio, 17 587. Por el contrario, en la campaña del Irrawaddy, de Mandalay y Meiktila, las pérdidas japonesas fueron de unos trece mil hombres, mientras que las británicas e indias ascendieron a 18 195 (de las cuales solo 2307 fueron fatales). En la fase final, la de «limpieza», los japoneses perdieron quizá unos veintiocho mil hombres, mientras murieron 435 hombres del 14.° ejército. Como en todas las campañas del Extremo Oriente, las cifras de bajas generales enmascaran una desproporción muy elevada en el número de muertos: por cada fallecido británico e indio, murieron trece japoneses. En los combates de la reconquista de Birmania murieron muchos más soldados chinos que británicos. Los voluntarios indios del Raj fueron los que pagaron el precio humano más elevado. Los japoneses perdieron unos dos tercios de todas las fuerzas desplegadas; el resto logró escapar y cruzar por tierra la frontera de Siam. Ahora bien, era casi imposible escapar de las islas del Pacífico. Las cifras británicas, muy bajas, enmascaran a su vez las tremendas pérdidas sufridas por algunas compañías de fusileros. De los 196 hombres que, en noviembre de 1944, habían entrado en Birmania con la compañía B del 2.° regimiento de Berkshire, en junio de 1945 solo quedaban doce. Cinco oficiales y ciento siete hombres cayeron muertos o heridos, mientras que la unidad perdió, en total, veinticuatro oficiales y 374 hombres. Según escribió el comandante John Hill: «Comencé a darme cuenta de cuánto había cambiado el batallón. Eran tantos los que nos habían dejado y tantos los nuevos… Apenas quedaba nadie que viviera en Berkshire».

El 9 de mayo, en la misma hora de su triunfo, el 14.° ejército fue alcanzado por un rayo: el héroe de la campaña, el comandante, fue relevado sumariamente de su puesto. En efecto, el dirigente supremo de las operaciones de Birmania, el general Oliver Leese, antiguo protegido de Montgomery en el norte de África e Italia, nunca había tenido a Slim en mucha consideración. Leese escogió ese momento para anunciar el relevo. El jefe del Estado Mayor de Slim, el general de brigada «Tubby» Lethbridge, escribió una carta a su mujer en la que exhibe su sorpresa:

*Ha ocurrido algo increíble: ¡han echado a Bill! Justo cuando estaba culminando esta obra maestra,*

*que se debe a él… Ha habido, supongo, un choque de personalidades. Bill es, a mi juicio, el hombre más excelente que haya conocido nunca y todos daríamos la vida por él, literalmente te lo digo; es esa clase de tipo. El asunto me pone enfermo y ha afectado a mi confianza en los demás. Él se lo ha tomado muy bien, porque es todo un caballero, de verdad. Pero yo no sé qué hacer; creo que me retiraré. Es que no tiene ningún sentido… Por mi parte, eso significa que a mí también me despiden, como jefe de su Estado Mayor. Esa es la costumbre del servicio, de modo que, cariño, me temo que nunca llegaré a tener aquella división.*

Fue un episodio extraordinario, que tuvo serias repercusiones en los ejércitos británico e indio y arruinó para siempre la reputación de Leese. Como afirmó el capitán Ronnie McAllister, del tercer batallón del primer regimiento de *gurjas*: «Estábamos furiosos. El despido de Slim nos afectaba a todos». A los pocos días, tanto Brooke en Londres como Mountbatten en Kandy comprendieron que se trataba de un error garrafal. Se revocó la decisión de Leese; Slim permaneció en su puesto y fue el propio Leese el que cambió de destino al poco tiempo. Sin embargo, el comandante del 14.° ejército no recibió nunca los laureles que habría merecido por la victoria de Birmania, de manos ni de Brooke ni de Winston Churchill. Como indicio de cuáles eran las prioridades británicas, llama la atención el hecho de que en los voluminosos diarios de guerra de Brooke, solo hay cincuenta y cuatro referencias a Japón, mientras que las menciones de Alemania son incontables. El nombre de Montgomery aparece en 175 ocasiones; el de Slim, en solo cinco. El 6 de abril de 1945, Churchill escribió a su esposa, desde Yalta: «Dicky [Mountbatten], con la ayuda del general Oliver Leese, ha obrado maravillas en Birmania». Se diría que es como si el mérito de las victorias de un equipo de fútbol se atribuyera a los dueños del club, más que al entrenador. En las memorias de guerra de Churchill, Slim solo cuenta con tres menciones, respetuosas, pero superficiales. Su nombre pasa inadvertido en los varios volúmenes de la biografía que Martin Gilbert dedicó al primer ministro. Tanto si el 14.° ejército fue «olvidado» o no, de lo que no cabe duda es de que los líderes británicos parecían satisfechos con el olvido de su comandante. Es improbable que tanto Churchill como Brooke albergaran animosidad personal contra Slim. Lo más plausible es que su actitud fuera reflejo, sencillamente, de su desprecio general hacia toda la cuestión de Birmania.

Durante los primeros días del verano de 1945, los restos de los ejércitos japoneses, muy maltrechos, fueron huyendo a Siam, hacia el sudeste, cruzando los ríos Sittang y Salween. El coronel John Masters, del alto mando de la 19.ª división india, describió el modo en el que él y su comandante desplegaron las tropas a lo largo del Sittang, en posiciones de bloqueo, para recibir a las castigadas fuerzas de Kimura:

*Pete y yo recorríamos [la línea] arriba y abajo, dando órdenes como si fuéramos a cazar conejos. Estábamos dispuestos a ser misericordiosos, pero no por compasión, pues nadie la sentía. Aquella era la liquidación de tres años de amarguras… Había ametralladoras cubriendo todos los caminos, con infantes*

*y alambradas para protegerlas. Detrás, había cañones preparados para organizar un diluvio de proyectiles explosivos contra quien se acercara… Había tanques en los cruces de caminos y, en los pocos aeródromos aptos para todas las condiciones meteorológicas, cazas y bombarderos… Los japoneses vinieron… Y cayeron sobre ellos las ametralladoras, las Bren, los rifles, los tanques, los cañones. Se ahogaron por centenares, en el Sittang, y sus cuerpos flotaban en los campos y entre los juncos.*

El teniente Hayashi Inoue, de la 18.ª división, dirigió a diez hombres y dos carros de bueyes en una marcha épica desde Meiktila hasta el mar. Alcanzaron el puente de Sittang —camino de la salvación— tras un periplo de dos meses y tras haber perdido a dos hombres en enfrentamientos con las guerrillas del Ejército Nacional Birmano. «Los birmanos eran nuestros amigos cuando éramos nosotros los vencedores —decía Inoue, con acritud—, pero cuando comenzamos a sufrir derrotas, se volvieron en contra de nosotros». En las últimas semanas de la campaña, el que se denominaba Ejército Nacional Birmano cambió de bando y cayó sobre sus antiguos patronos. El capitán Renichi Sugano administraba un almacén de suministros ferroviarios en Moulmein, sin más problemas que un bombardeo británico, que causó la muerte de diez de sus hombres, hasta que en junio de 1945 comenzaron a aparecer por la zona soldados dispersos de las fuerzas japonesas derrotadas. «Parecían mendigos», exclamó, atónito. Quedó aún más sorprendido cuando llegaron a Moulmein refugiados de Rangún, que no eran otros que los comandantes, de uniforme inmaculado, y los oficiales del Estado Mayor de los cuarteles generales. «Cuando aquella gente comenzó a llegar, me di cuenta con claridad, por primera vez, de que nuestro ejército estaba en un problema serio —decía Sugano—. Fue una conmoción terrible. Todos nos preguntábamos: “Y ahora, ¿qué nos pasa?”». En el seno del ejército japonés se recibió con disgusto que, mientras que los comandantes de las islas del Pacífico habían escogido morir junto con sus hombres, en cambio, durante la retirada de Birmania, muchos oficiales de primer nivel se escabulleron a lugar seguro, ignominiosamente.

Los soldados japoneses estaban tan enfadados como los occidentales por la comodidad con la que vivían los mandos. En un hospital de Bangkok, Hayashi Inoue solicitó permiso para utilizar un vehículo para pasear a seis heridos; se le denegó. «Aquí el petróleo es tan precioso como la sangre», le contestó un oficial de transportes, encogiéndose de hombros. Pero aquella misma noche, Inoue vio a un coche del alto mando, que dejaba a un grupo de oficiales jóvenes y risueños en un restaurante local. Según Inoue, «me ponía enfermo ver a nuestra gente en lugares como Singapur y Saigón, que salían con las chicas y disfrutaban de la vida, mientras en Birmania, nuestros soldados se morían de hambre, cuando no en los combates».

Nadie ponía en duda que los japoneses habían sufrido una derrota sin paliativos. Sin embargo, ¿podía afirmarse que los británicos habían vencido? Aunque algunas

unidades indias lucharon con distinción en Iraq e Italia, así como con el 14.° ejército, parece que Churchill tenía razón al considerar que la reconquista de Birmania era un premio mezquino a cambio de haber movilizado a un ejército indio de dos millones y medio de hombres. Un antiguo oficial de distrito británico, que regresó al país en 1945, escribió: «La confianza de antes, ilimitada, ha desaparecido en los dos bandos. Nos han expulsado de Birmania y los birmanos lo han visto. Como se suele decir, ya nada volvería a ser como antes».

Aunque los renegados del Ejército Nacional Indio habían combatido con un rendimiento escaso ante los británicos, en cautividad, los interrogadores se desesperaban por la tenacidad de algunos de sus miembros. Un informe al Ministerio de Guerra sobre cinco mil hombres del ENI capturados en Rangún advertía de que si esos hombres regresaban a sus antiguos regimientos, serían obedientes de puertas afuera, pero:

> *En su tiempo libre hablarán entre ellos y a sus camaradas sobre Netaji Subash Chandra Bose, el Sueño de la Independencia, las penalidades que sufrieron para hacer realidad ese sueño y la gloria de un ejército indio cuyos oficiales fueran exclusivamente indios… La fuente considera que ninguna rehabilitación de los hombres del ENI puede ser exitosa, salvo la que se basara en el fomento de un espíritu nacional, antes que religioso o provincial.*

Aunque el número de renegados fue muy inferior al de quienes permanecieron fieles al lado de los británicos, el espíritu de los renegados es reflejo del hecho de que el tiempo del Raj se estaba acabando aceleradamente.

Un soldado británico, Brian Aldiss, escribió, una vez hubo concluido la campaña de Birmania: «Es difícil saber para qué ha servido, como no sea para cumplir el objetivo político de convencer a los estadounidenses de que sus enemigos eran nuestros enemigos». Él mismo, un operador de radio que solo había visto cadáveres, pero no había visto morir a nadie, terminó la campaña con un lamento extraño: «Me di cuenta de que había soñado con matar a un japonés, a uno solo: llenarlo de balas y verlo caer». Pocos de los que sí se encargaron de matar habrían dicho que se trataba de una experiencia reconfortante. Sin grandes entusiasmos, las fuerzas británicas de Birmania e India se preparaban para su próxima misión: un desembarco anfibio a gran escala, destinado a recuperar Malasia y, con ella, la gloria del gobierno imperial, a la sazón manchada.

# 14

# Australianos: «parásitos» y «liquidadores»

Cierto día de enero de 1945, un comandante de compañía australiano, de la isla de Bougainville, donde su batallón había sido relevado por una unidad estadounidense dos meses antes, llamó por teléfono a su coronel. Los hombres, según dijo, estaban «demasiado cansados» para llevar a cabo un ataque según lo ordenado. El coronel, llamado Matthews, insistió en la necesidad de llevarlo a término. Media hora más tarde, el comandante de la compañía llamó de nuevo y contó que sus hombres se habían negado a abandonar sus posiciones. «Han explicado que están demasiado cansados; que están aislados del mundo, que no les restituyen las bajas y que no están preparados para perder a nadie más». Matthews indicó al oficial que debía conseguir que sus hombres obedecieran sus órdenes. «Respondió que sabía que era inútil, pero que lo probaría». Al poco tiempo, llamó el segundo de la compañía para informar de que el comandante había roto a llorar. Fue relevado y enviado a la retaguardia. Al día siguiente, otra de las compañías de Matthews rompió contacto con el enemigo, deliberadamente. Según informó el comandante de la sección, los hombres estaban «asustados». Un tercer comandante de compañía desveló a Matthews que sus hombres no tenían confianza en él, como oficial al mando, y que el sentimiento era mutuo. Un mes más tarde, Matthews describió con desprecio experiencias similares de otro batallón, no sin observar, lacónicamente, que «no deben ser mejores que algunas de mis compañías».

Aunque estos episodios parecen increíbles, lo cierto es que no fueron nada infrecuentes durante las graves penalidades que sufrieron las fuerzas australianas en el Pacífico sudoccidental, durante la última fase de la guerra. Entre octubre de 1944 y julio de 1945, los soldados australianos participaron en una serie de campañas en las islas. Eran obviamente inútiles, lo que enfadó a muchos hombres y llevó a algunos hasta el límite del amotinamiento, cuando no más allá. El último año de la guerra fue el más infame de la historia de Australia en cuanto nación de combate. En el Mediterráneo, durante los años de 1941 y 1942, las tropas australianas se forjaron una reputación como la de los mejores. En 1943, muchos de aquellos mismos soldados lucharon en la dura y vital campaña de Nueva Guinea, mientras los estadounidenses reunían sus fuerzas en el Pacífico sudoccidental. Los soldados australianos tuvieron un rendimiento espléndido en la bahía de Milne y la ruta de Kokoda, no inferior al conseguido en Tobruk. En adelante, no obstante, el ejército australiano pareció

desaparecer del conflicto. La nación se hundió en un trauma que dividió a sus gentes, desmoralizó a sus fuerzas militares y arrojó una sombra negativa y perdurable sobre la memoria de la Segunda Guerra Mundial.

El país había padecido mucho durante la depresión de los años treinta y, en 1939, recibió el estallido de las hostilidades sin entusiasmo. Se introdujo el servicio militar obligatorio, pero solo para el territorio nacional. Se enviaron dos divisiones de voluntarios al Oriente Próximo y una tercera se perdió en Singapur en 1942; las tripulaciones australianas prestaron servicio con distinción en todos los teatros bélicos y la Marina realizó una contribución valiosa. Pero la mayoría de los soldados australianos decidió permanecer en casa y se consumía, con pereza, en las filas del ejército. El país estaba sacudido por conflictos laborales, fomentados, en la mayoría de casos, por los sindicatos, de ideología predominantemente comunista. El Partido Comunista estuvo prohibido en Australia hasta que Rusia entró en la guerra. Los líderes de sus veinte mil afiliados se sintieron legitimados una vez más y manifestaron su apoyo al empeño bélico. Pero las huelgas continuaron, sobre todo entre los trabajadores portuarios.

La lejanía había convertido a Australia en una sociedad estrecha de miras, pero esto no basta para explicar adecuadamente el comportamiento de algunos de sus miembros. La negativa a participar en una guerra de supervivencia nacional, cuando Japón aspiraba a convertirles en súbditos de su imperio, fue extraordinaria. La alarma pública sobre la defensa nacional movió al gobierno australiano en 1942 a solicitar con insistencia el regreso de todos los soldados desplegados en Oriente Próximo. No sin dificultades, Churchill logró retener hasta El Alamein, en noviembre, a la famosa 9.ª división australiana, incorporada en el 8.° ejército (Montgomery), pero eso provocó la cólera de Canberra. Cuando las formaciones de Oriente Próximo volvieron a casa, fueron desplegadas, sin apenas descanso, en Papúa-Nueva Guinea. Allí, desde finales de 1942 y en 1943, las tropas australianas, bajo el mando de MacArthur, lidiaron en algunas de las acciones más feroces de la guerra contra los japoneses.

Con cada mes de la campaña, crecía el resentimiento entre los voluntarios del servicio de ultramar, contra la masa de conciudadanos que se negaban a abandonar el país. Su propio país, según dijeron, se había convertido en «paraíso de los *bludgers*». La voz *bludger* (habitualmente, proxeneta) se popularizó en tiempos de guerra en Australia y Nueva Zelanda para denotar a los parásitos, holgazanes o aprovechados. El país parecía estar cargado con una cantidad deprimente de estos tres casos; y muchos de ellos, vestidos de uniforme. El gobierno respondió a la impopularidad del servicio militar reduciendo las dimensiones del ejército en un veintidós por 100, durante los dos últimos años de la guerra, pero el cuerpo de oficiales, ya abotargado, creció en la misma época un catorce por 100. El ministro de la Guerra F. W. Forde

informó al primer ministro, John Curtin, sobre el «deterioro de la moral que, evidentemente, se ha producido entre las fuerzas de combate australianas… Se diría que ello se debe, en gran medida, a su estancia continuada en el continente australiano, sin indicaciones claras ni precisas de cuándo y dónde se les puede pedir que se incorporen a las operaciones activas».

Los oficiales estadounidenses y británicos destinados a servir en Australia se quedaban atónitos ante la anarquía industrial predominante y la dificultad que comportaba descargar o reparar los buques. «Muchos… trabajadores se negaban a trabajar con lluvia o a tratar comida refrigerada y otras muchas clases de cargas —según recogió, consternado, un historiador oficial estadounidense—. Y también ponían reparos, con cierto grado de éxito, a la utilización de equipos mecánicos». Las cuadrillas de la intendencia del ejército de los Estados Unidos, por ejemplo, debían mantenerse en alerta en las inmediaciones del puerto, por si la lluvia detenía, de pronto, el trabajo de los civiles. Entre los trabajadores de Townsville, por ejemplo, en la costa norte de Queensland, el absentismo ascendía, de promedio, al dieciocho por 100. Algunos estibadores solo se presentaban los fines de semana, porque entonces había paga doble o triple, hasta que el ejército estadounidense decidió interrumpir el abastecimiento en sábado o domingo. Un cargador profesional australiano manejaba solo una cuarta parte del promedio diario que obtuvieron los soldados estadounidenses en la misma tarea.

En septiembre de 1943, tras una sucesión de escandalosos incidentes en el puerto, MacArthur escribió a Curtin, el primer ministro laborista, para quejarse de que el sindicato de la Unión de Marinos «estaba obstruyendo directamente el esfuerzo bélico… Detrás de esos actos podría haber actividades de quinta columna». Tras producirse un motín a bordo de un carguero estadounidense, el sindicato demostró su solidaridad por la vía de negarse a que ninguna otra tripulación subiera al barco hasta que se hubiera liberado a los insurrectos de su reclusión. Un grupo de manipuladores de carne regateó descaradamente respecto de los jornales que se debían pagar para la producción de raciones destinadas al ejército de los Estados Unidos y rechazó ajustar su labor a las prácticas de mayor racionalidad y eficiencia que estos les proponían. El absentismo industrial era reflejo de lo que una empresa de sondeos de opinión describió al gobierno como «apatía, en muchos sectores de la sociedad, hacia las necesidades de la guerra». El mercado negro, pese a ser un rasgo propio de todas las sociedades en estado de guerra, se desarrolló con especial vigor en Australia. Se vendían botellas de whisky vacías, a cinco chelines la pieza, con las etiquetas y los sellos intactos, para rellenarlas con alcohol adulterado. Comprar víveres «en negro» se convirtió en una forma de vida.

Las huelgas de 1942 y los primeros seis meses de 1943 comportaron la pérdida de casi un millón de días de producción; en su mayoría, en los puertos y las minas. La

producción de carbón cayó de manera sustancial. En noviembre de 1943, hacía cinco meses que los submarinos nipones no atacaban en aguas australianas; sin embargo, las tripulaciones locales se negaban a embarcarse sin la presencia de escolta naval y, como medida de fuerza, dejaron de trabajar. En el bando estadounidense había una sensación de disgusto creciente ante lo que se consideraba actitud pusilánime de los australianos. MacArthur dijo: «Te lo aseguro, estos australianos no piensan luchar». El diplomático Nelson Johnson, ministro de los Estados Unidos en Canberra, escribió al departamento de Estado en junio de 1944: «El Departamento quizá se sorprenda al saber que en esta legación no se ha registrado ni una sola llamada de felicitación, de carácter oficial ni privado, por parte de ningún australiano, que se congratulara de una victoria estadounidense». En septiembre de 1944, el *Sydney Morning Herald* publicó una nota de la India en la que afirmaba que los militares británicos y estadounidenses preguntaban si Australia se estaba «retirando de la guerra». Esta información dio origen a una pregunta en el Senado de Canberra, el 13 de septiembre, por la que se pedía saber «si el ejército australiano seguiría participando en la contienda». En octubre de 1994, el *Daily Telegraph* de Sydney sugirió que los conflictos industriales del país habían llegado al nivel de «una guerra civil, o casi».

En cierta medida, el comportamiento de los australianos reflejaba una crisis de identidad y propósito nacional. Aparte de ello, existía frustración ante el hecho de que, aunque se esperaba que participaran en las batallas, los líderes no contaban con voz ni voto significativos en la toma de decisiones de los Aliados. «El gobierno australiano intentó forzar su acceso a los consejos más elevados de la guerra, pero logró un éxito limitado», según ha afirmado, restándole gravedad a la cuestión, un historiador australiano. La debacle de los británicos en 1941-1942 en Malasia y Birmania favoreció un cambio muy notable, político y cultural, en las filiaciones de Australia. El 27 de diciembre de 1941, el primer ministro Curtin declaró: «Lo diré sin ambages: Australia mira hacia los Estados Unidos, libre de cualquier remordimiento al respecto de nuestros vínculos o nuestra relación tradicional con el Reino Unido». El teatro bélico de los australianos estuvo dominado de manera clarísima por los Estados Unidos, de quienes a su vez dependía. El mentor y protector histórico, el Reino Unido, había fallado a la hora de la verdad; de modo que Australia se lanzó en brazos de los Estados Unidos, de un modo notoriamente abrupto. En el caso de las mujeres, no hay que interpretarlo como una mera frase hecha: los militares estadounidenses —de los cuales hubo destacados en Australia cerca de un millón— acogieron con placer la calidez de la bienvenida de las australianas, a quienes la guerra había permitido acceder a una nueva libertad sexual. Las tripulaciones de la Marina estadounidense se quedaban atónitas al ver muchedumbres de adolescentes —*pogey baits*, esto es, «caramelos»— que les saludaban con arrebato mientras los buques se aproximaban a la bahía de Sydney.

Sin embargo, a medida que avanzaba la guerra, aunque los Aliados estaban agradecidos por la descomunal contribución de Australia a la alimentación de sus soldados, también sentían acritud ante la casi nula aportación que realizó en combate un país de siete millones de personas. En enero de 1943, Curtin logró —no sin dificultades— que el parlamento aprobara una Ley del Ejército que convertía a todas las tropas en aptas para el servicio de ultramar, aunque con ciertas restricciones: solo en el Pacífico sudoccidental, el escenario que amenazaba directamente los intereses nacionales. Era lo máximo a lo que podía aspirar un gobierno débil, frente a tensiones políticas y sociales que sacudían al conjunto de la nación. Según escribió un historiador oficial australiano: «El móvil principal del liderazgo de Curtin… fue una concepción del bienestar del pueblo australiano como algo limitado a la vida nacional».

En el transcurso de toda la guerra, fueron reclutados para el ejército australiano cerca de 691 400 hombres. En 1944, no obstante, casi todos languidecían en las barracas de la propia Australia: aburridos, irascibles, en una condición de indisciplina casi intratable. Es difícil exagerar el contraste entre el rendimiento magnífico de la 9.ª división australiana en el desierto occidental de África, en 1941-1942, y el vergonzoso estado al que se había reducido el ejército nacional dos años más tarde, ausente de todos los campos de batalla relevantes. La pregunta de dónde podrían desplegarse las tropas australianas se respondió mal. MacArthur, que se había convertido en héroe nacional en 1942, no mostró nunca reciprocidad a la calidez australiana. Había fuerzas australianas bajo su mando, pero había perdido la confianza en ellas. No deseaba realizar el gran ataque contra las Filipinas más que con soldados estadounidenses. Las unidades del ejército australiano —los *chockos* o «soldados de chocolate», según se los conocía— no eran de fiar, sin duda. La solución de MacArthur pasó por emplear tropas australianas para relevar a las unidades estadounidenses encargadas de «liquidar» a las guarniciones japonesas que aún resistían, como en Bougainville, Nueva Bretaña y algunas zonas de Papúa-Nueva Guinea.

La de «liquidar» se identificó de inmediato con una tarea desagradecida, similar a la que Eisenhower delegó en las unidades francesas libres en 1944-1945, que tuvieron que sitiar a los destacamentos alemanes aislados en los puertos franceses. El 18 de octubre, el general Vernon Sturdee, al mando del ejército australiano en Nueva Guinea, escribió a su comandante en jefe: «Los destacamentos *japos* están ahora, prácticamente, en un campamento de prisioneros, solo que se alimentan ellos mismos; en este estado de cosas, ¿por qué provocar un número elevado de bajas australianas en el proceso de aniquilarlos?». Ciertamente, es una buena pregunta: ¿por qué? Ya en agosto de 1944, MacArthur había declarado: «Las tropas enemigas que hemos dejado atrás en las Salomón y Nueva Guinea no representan amenaza

alguna… La hora definitiva de su destrucción carece de importancia, prácticamente, y en la actualidad apenas pueden influir como factor de contribución a la guerra». De ser así, si se consideraba innecesario que los soldados estadounidenses se enfrentaran a estos vestigios impotentes, pero salvajes, ¿por qué no podían desear lo mismo los australianos, ahora que el enemigo estaba seis meses más hambriento y más desesperado?

El *Melbourne Herald* escribió, en enero de 1945: «La opinión pública estadounidense, que tiende a subestimar a Australia como fuerza de combate en la guerra del Pacífico, ahora otorga a los *digger* [soldados australianos y neozelandeses] el más humilde de los roles secundarios: el de ir liquidando a los enemigos por detrás de los auténticos y esforzados combatientes yanquis». En Australia se recibió con ira, y no solo con incomprensión, el hecho de que MacArthur insistiera en desplegar más tropas de «liquidadores» australianos de lo que su propio comandante en jefe, Thomas Blamey, consideraba preciso. Se conjeturaba que los estadounidenses sentían vergüenza ante la propuesta de que las tareas que habían ocupado antes a seis divisiones norteamericanas fueran realizadas ahora por el mismo número de brigadas australianas.

Las tropas japonesas que permanecían en las islas en disputa ascendían todavía a varias decenas de miles de soldados, pero carecían de poder para infligir daño a la causa aliada. Estaban aisladas de la patria, disminuidas por un número de bajas horrible y acosadas por el hambre y las enfermedades. Cualquier evaluación estratégica racional las habría dejado a su suerte, cercadas por un grupo simbólico de fuerzas aliadas, hasta que la derrota de su nación las hubiera obligado a rendirse. La noción de que los soldados australianos debían arriesgar sus vidas por el mero objetivo de alcanzar cierto número de cadáveres japoneses —de soldados impotentes, pero peligrosos— disgustaba mucho a sus comandantes y pronto causó también la irritación de los soldados.

Después de muchas discusiones, sin embargo, en octubre de 1944 tres divisiones australianas fueron destinadas a Bougainville (en las Salomón), Nueva Bretaña y Nueva Guinea. Allí pasaron los ocho últimos meses de la contienda, en un clima de frustración, incomodidad y, en ocasiones, sufrimiento y miedo. Se acogió con especial consternación el hecho de que, mientras los estadounidenses habían adoptado una estrategia pasiva con respecto a los japoneses supervivientes en aquellas zonas, Blamey decidió que los australianos, por el contrario, debían perseguir de forma activa al enemigo; lo hizo así porque creía que eso reforzaría la moral. También el gobierno australiano deseaba que se viera a sus tropas como liberadoras de territorios adscritos a la supervisión colonial de Australia. Era una política que lograría algunos titulares, sin duda, pero también costaría vidas.

En calidad de comandante en jefe del ejército australiano, el general Thomas

Blamey inspiraba poca confianza dentro de su propia sociedad y menos aún en el exterior. En Australia aún no se había apagado la polémica al respecto de si Blamey fue responsable de algunos de los percances bélicos más graves del ejército o de si se hallaba en una situación extraordinariamente complicada, reflejo del cisma que dividía a la nación. Era un autócrata presuntuoso y artero, de escasa estatura y constitución corpulenta, que contaba sesenta años en 1944. Al igual que la mayoría de cuantos prestaron servicio a sus órdenes, era un soldado surgido de la sociedad civil. En su caso, había comenzado su carrera como maestro y predicador laico; fue cadete y soldado durante la primera guerra mundial. Como entonces se produjo una expansión desproporcionada del ejército australiano, en 1918 era general de brigada y jefe del Estado Mayor de un comando de cuerpo, pese a sus veinticuatro años. Entre guerras fue inspector de la policía de Victoria, durante once años. En ese puesto adquirió una reputación poco limpia de corrupto e intrigante, por la cual fue despedido en 1935. En un mundo pequeño, sin embargo, este hombre pequeño logró ser nombrado comandante en jefe del Ejército en 1939 y conservó la posición hasta el final. El legendario corresponsal de guerra australiano Chester Wilmot dedicó estas palabras a la actitud de las tropas: «Como sabían que Blamey tenía fama de sinvergüenza, nunca sirvieron confiadas a sus órdenes».

La reputación de Blamey empeoró aún más como segundo de Wavel durante la debacle de 1941 en Grecia. No solo se le acusó, personalmente, de cobardía —entre otros, se lo reprochó el jefe de su propio Estado Mayor—, sino que se granjeó una fuerte enemistad general al favorecer a su hijo, un oficial del Estado Mayor que fue trasladado a Egipto desde el campo de batalla, mientras otros muchos hombres eran abandonados a su suerte o, mejor dicho, a los alemanes. Sir Arthur Tedder, a la sazón comandante del Aire de los británicos en aquel escenario bélico, describió a Blamey como «un soldado político muy desagradable… un hombre pequeño y gordinflón, de nariz respingona y complexión gruesa, alta presión sanguínea y un bigotito blanco y ralo. Tiene cierto grado de sentido y común y hace veinte años quizá habría resultado muy útil, ¡pero ahora…!». Algo similar afirmaba Auchinleck desde el desierto: «No era el general a quien yo habría elegido para dirigir una misión». Sin embargo, Blamey conservó el puesto, regresó a Australia como comandante en jefe y supo navegar con acierto sobre el olaje de la controversia con respecto al despliegue del ejército australiano. Su entusiasmo notorio por las mujeres y el alcohol, incluso en las zonas de combate, disgustaba a muchos oficiales.

La persona de Blamey llegó a tal extremo de impopularidad, que sus críticos organizaron una manifestación por las calles de Sydney. El hecho de que estuviera dispuesto a dedicar fuerzas a operaciones fútiles, que costaron cientos de vidas, le hizo merecedor de la animosidad perdurable de muchos australianos. Según escribió más adelante el historiador oficial australiano: «Sobre su cabeza descendió el que,

quizá, fue el vituperio más intenso que un jefe militar haya recibido de su propio pueblo». Lo mejor que cabe afirmar en favor de Blamey es que lo justo es que la responsabilidad recaiga sobre el gobierno que toleró su debilidad, su incompetencia y sus caprichos, puesto que le había proporcionado toda una retahíla de razones para justificar su despido.

Las operaciones del ejército australiano en el Pacífico sudoccidental representaron una experiencia lastimosa para los que, no sin reticencia, se vieron obligados a participar en ellas. Un soldado llamado J. H. Ewen escribió, desde su isla del Pacífico: «Estamos al límite. Vivir en este estado de nervios, entre el fango y la lluvia, durmiendo en agujeros en el suelo… eso agota a cualquiera. He visto cómo las caras de los chavales se vuelven demacradas y ojerosas; ahora solo se mueven con lentitud, desanimados». Las patrullas eran largas y muy tensas; la monotonía y las incomodidades se añadían al miedo a caer en una emboscada o una bomba trampa. Aunque los japoneses carecían de fuerza estratégica, los supervivientes, hasta el último día, demostraron ser capaces de ir causando bajas en el enemigo. El soldado A. Wallin anotó en su diario, con laconismo: «Entro en la selva, la luz es escasa, las hojas gotean y chapoteo por el barro y el agua… Muchas veces me siento como deprimido y ahogado. Quizá el recuerdo de otros días de patrulla por caminos similares, esperando la emboscada que te ha de caer encima. Sabes que, en cualquier momento, te puede tragar el fango del camino y te pudrirás igual que todos esos enemigos que vemos muertos por los caminos, en las mismas circunstancias». El paracaidista Bill Love, sastre de profesión, de treinta y tres años y originario de Nueva Gales del Sur, hallaba casi insoportable tener que controlar una zona concreta en la oscuridad: «Hacer la “guardia” de la noche te pone de los nervios… cada vez que se mueve una rama, que cae una hoja, todos nos ponemos tensos, agarramos con fuerza los rifles y las [metralletas] Owen y nos acurrucamos en los agujeros —porque no se ve nada, solo contamos con lo que oímos— y a esperar». Peter Medcalf describió así a un hombre que se vino abajo antes de realizar una patrulla en Bougainville:

> *Se apoderó de todos nosotros un sentimiento terrible de tristeza y compasión. Lo ayudamos a levantarse, con cuidado, y lo llevamos al jefe Perce, cogiéndolo de las manos y guiándolo como si fuese un niño pequeño y desvalido. En nuestro grupo había gente de todos los orígenes, gentes encallecidas, que habían visto lo peor en sus compañeros; pero allí nos afectaba a todos el mismo sentimiento: allá vamos todos, si no es por la gracia de Dios o la providencia… aunque lo dudo.*

«Los elementos políticos y de gran estrategia de las campañas de 1945… despertaron la cólera de los participantes australianos, que no tardaron en apercibirse de que el valor de aquellas misiones era dudoso y las vidas perdidas eran un simple desperdicio —según la valoración de un historiador australiano—. En consecuencia, trataron de minimizar los riegos. La mayoría de los comandantes les animaban a

hacerlo así». Persistía una división insalvable entre las unidades del antiguo cuerpo expedicionario australiano y las del ejército nacional, tan despreciado. Un soldado escribió a casa describiendo cómo se había acusado de robos a gran escala a hombres de ese ejército, de los que afirmaba: «son capaces de cualquier cosa, salvo de luchar contra el enemigo». Para las unidades pequeñas, el destino de la jungla era horriblemente solitario. A. H. Robertson, comandante de sección en Nueva Guinea, de treinta y cinco años y maestro de escuela en Victoria, le contaba a su esposa: «Cuando entras en acción, apenas ves más tropas que las de tu propia compañía y son muy pocas las que no pertenecen a tu propia sección». Sufrían carestías crónicas en el abastecimiento; ni siquiera las botas aguantaban: «A la que cruces dos ríos, ¡olvídate de las suelas!», según se lamentaba un capellán australiano.

El 21 de marzo de 1945, el coronel G. R. Matthews anotó esta queja de un oficial destacado en relación con el comportamiento, en acción, de algunas unidades de la milicia: «Las tropas, cuando se les dispara, huyen desordenadamente y abandonan a sus oficiales. Tienen miedo de salir del perímetro asignado. Las patrullas salen, pero no completan su cometido; se sientan en la selva, esperan a que se agote el tiempo esperado y regresan». Aquel mes de abril, según relata el soldado Ewen, hubo un motín en el 61.° batallón: «Hoy nueve de la co[mpañía] D y tres de la B se han negado a patrullar… Si nos vuelven a enviar, las co[mpañías] se negarán otra vez. Está todo muy mal. Ya han retirado a dos oficiales por defender a los hombres. Aquí casi todos los chicos tienen aspecto confuso y la mirada como perdida». Tras regresar de la guerra, Ewen tuvo que cumplir tres meses de castigo marcial por negarse a obedecer una orden: «setenta y cinco de nosotros nos negamos a entrar en acción hasta que se nos diera permiso de nuevo». El soldado se mantuvo firme, pues pensaba que valía la pena arriesgarse al consejo de guerra, para huir del combate.

En Australia, la crítica a las operaciones militares que se ordenó realizar a las tropas nacionales persistió hasta el final de la guerra: de hecho, se alimentó del testimonio de los que habían servido en el campo de batalla e intensificó el rencor. El 26 de abril de 1945, según dijo el líder de la oposición, Robert Menzies, en la Cámara de los Representantes de Canberra: «Ocurre que estoy convencido de que es erróneo emplear a las fuerzas australianas… en misiones… que, a mi juicio, no guardan ninguna relación directa con objetivos estratégicos de primera categoría en esta guerra». Más de mil australianos murieron en Nueva Guinea durante el último año de la guerra, más otros 516 en Bougainville. Todas las pérdidas contribuyeron al enfado general. Es cierto que las fuerzas australianas mataron a varios miles de japoneses, pero ¿con qué fin? «Tanto en la historia de Japón como en la de Australia, las ofensivas de 1945 [en Nueva Guinea] quedarán como ejemplos magníficos de fortaleza, pero es probable que no se apague nunca la polémica al respecto de si eran necesarias», según opinaba, mucho tiempo después, el historiador oficial australiano.

En los meses finales, dos divisiones australianas realizaron un desembarco anfibio para asaltar Borneo. Aquí también la discusión se centró en si esta misión, ordenada por MacArthur, servía para alguna finalidad útil. Oficialmente, el objetivo era recuperar el control de las Indias Orientales Holandesas, de abundantes yacimientos petrolíferos. Pero no se consideró nunca plausible que se confiara en poder utilizarlos a tiempo de contribuir al esfuerzo bélico de los Aliados. Además, el bloqueo estadounidense garantizaba ya que el petróleo de Borneo no resultara de utilidad para los japoneses. En general, se tendió a pensar que el único propósito de la misión era mantener a otras fuerzas aliadas fuera del terreno estadounidense, antes de la última ronda de la guerra del Pacífico.

El 1 de mayo, un grupo de brigadas australianas desembarcaron en la isla de Tarakan, frente a la costa de Borneo. Contaba con un destacamento de mil ochocientos japoneses y un aeródromo que se pensó podría resultar útil para las operaciones aliadas en la isla mayor. Los combates fueron muy duros. Hacia finales de junio, quedaba en Tarakan un máximo de trescientos japoneses, pero los australianos habían sufrido 894 bajas. El aeropuerto del que tanto se hablaba, por otro lado, no se pudo reparar. La 9.ª división australiana tomó tierra en la bahía de Brunei el 1 de junio y, al terminar el mes, controlaba el área costera inmediata, pero con una cifra de 114 fallecidos. El 1 de julio la 7.ª división australiana realizó el último desembarco anfibio relevante de la guerra, en el puerto petrolero holandés de Balikpapan, en el sudeste de la Borneo holandesa. Durante la semana siguiente, los australianos se hicieron con el control de algo más de treinta kilómetros de territorio costero y encomendaron a guerrillas y fuerzas especiales la caza de los japoneses en la espesa jungla del interior. Cayeron muertos unos 229 australianos; heridos, 634. Una vez más, era imposible creer que se había logrado nada merecedor de aquel esfuerzo; y todos los hombres de Tarakan y Balikpapan eran conscientes de ello.

En el ejército australiano, durante la Segunda Guerra Mundial, murieron 7384 soldados en combates contra los japoneses. Eran menos que los combatientes que fallecieron como prisioneros tras ser capturados en Malasia y Singapur en 1942; y un número ligeramente superior a las bajas sufridas por los *marines* estadounidenses en Iwo Jima. Para un pueblo cuyos soldados, marinos y aviadores habían conquistado la admiración general en otros escenarios, fue una tragedia que, en los combates realizados en su propio hemisferio, la experiencia bélica resultara envenenada por las disensiones internas y la frustración en el campo de batalla. Se antojaba casi perverso que, mientras que en el remoto Mediterráneo habían adquirido tanto honor, la participación de Australia en la guerra del Pacífico terminara en un clima de rencor y depresión.

# 15

# Cautiverio y esclavitud

### 1. RITOS INHUMANOS

Cuando los prisioneros británicos liberados de los campamentos japoneses empezaron a regresar a Inglaterra, a finales del verano de 1945, recibieron una carta impresa y firmada por un ministro del gobierno. «Bienvenido a casa —comienza la misiva—. Ha sufrido usted una prueba muy dura, amarga y prolongada a manos de un enemigo bárbaro». Mucho se ha escrito, en años recientes, sobre el clima de odio racial que distinguió el trato que los Aliados occidentales dispensaron a Japón con respecto al dado a Alemania. Pero no fue hasta el final cuando comenzaron a llegar la mayoría de las revelaciones que desde entonces han envenenado las relaciones de Japón con Gran Bretaña y, en mucha menor medida, con los Estados Unidos. Se refieren, claro está, al trato recibido por los prisioneros de guerra aliados que cayeron en manos del ejército imperial Japonés entre 1941 y 1945.

A lo largo de toda la guerra, solo un goteo de ex prisioneros regresó a Gran Bretaña y los Estados Unidos. La mayoría o bien huía de las Filipinas, o eran supervivientes, recogidos por los submarinos, de barcos japoneses hundidos mientras transportaban prisioneros de guerra. Narraron sus historias, que eran ciertamente horribles. El gobierno de los Estados Unidos censuró durante varios meses los primeros relatos presenciales de la «marcha de la muerte» de Bataan y las noticias de la decapitación de las tripulaciones capturadas tras la incursión aérea de Doolittle. El ministro de Exteriores británico, Anthony Eden, expuso una versión expresiva de algunas experiencias de prisioneros de guerra, en enero de 1944, en la Cámara de los Comunes; el público quedó horrorizado por sus palabras. Sin embargo, en lo que fue una inversión curiosa de la propaganda bélica habitual, que tiende a inflar las bestialidades del enemigo, en los círculos oficiales persistió cierta reticencia a dar crédito a lo peor.

Los pocos japoneses capturados en Birmania o el Pacífico que habían estado en contacto con prisioneros de guerra aliados fueron interrogados sobre el grado de bienestar de estos, lo que favoreció la clase de respuestas que dio, por ejemplo, un técnico naval de veinticinco años, el 19 de septiembre de 1944: «Los prisioneros de guerra estadounidenses parecían estar en buena salud. Cerca de sesenta prisioneros británicos, alojados en la misma zona… parecían llevar una vida cómoda: se levantaban a las ocho de la mañana, hacían algo de ejercicio y luego trabajaban en los

jardines hasta las once. Después de comer, retomaban la jardinería hasta las cinco, cuando se les daba la cena y jugaban a algo o se iban a pescar». Incluso en fecha tan tardía como enero de 1945, el Comité de guerra política para Japón, del Ministerio de Exteriores británico, llegó a conclusiones bastante optimistas sobre el trato dispensado a los cautivos aliados:

> *Hay pruebas de que los prisioneros de guerra, tanto en el propio Japón como en las áreas más accesibles, reciben un trato razonablemente correcto (para lo normal en Japón) y de que los informes de malos tratos graves proceden de áreas remotas en las que el gobierno japonés puede ejercer poco control sobre los oficiales de la milicia local, responsables de los campamentos. Los japoneses, mientras vencían en todos los conflictos, quizá podían creer que podrían hacer caso omiso de la opinión del resto del mundo, pero ahora… deben darse cuenta de que… su futuro dependerá, en gran medida, de sus relaciones externas con otras grandes potencias. Por motivos de interés propio, por tanto, es cada vez más probable que se den cuenta de que les conviene tratar bien a los prisioneros de guerra.*

En la primavera de 1945, las ilusiones se desmontaron. Las victorias del ejército de Slim en Birmania y de los estadounidenses de MacArthur en Filipinas liberaron a un número cuantioso de prisioneros de guerra británicos y australianos. Los libertadores quedaron atónitos ante las historias que oían: inanición, epidemias, miles de hombres obligados a trabajar hasta la muerte, torturados o decapitados por infracciones menores de la disciplina. En una transmisión urgente, los cuarteles generales de Mountbatten solicitaban al Foreign Office (el ministerio de Exteriores británico) instrucciones respecto de cómo manejar aquellos relatos atroces. En respuesta, el Comando del Sudeste Asiático (SEAC) recibió la orden de censurarlos. Si la opinión pública británica se enteraba, antes del fin de las hostilidades, de lo que se había hecho a sus soldados, marinos y aviadores, el escándalo sería inevitable. Los japoneses, en su estado de desesperación, serían capaces de infligir sufrimientos todavía más terribles a las decenas de miles de prisioneros que aún tenía en sus manos. Los propios prisioneros tenían miedo de que los japoneses decidieran masacrarlos, encolerizados por la derrota.

Al terminar la guerra, resultó posible comparar los destinos de los militares aliados presos de los nazis y los japoneses. En los campamentos alemanes murió solo el cuatro por 100 de los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses. En cambio, en el cautiverio japonés murió el veintisiete por 100 de los prisioneros aliados de origen occidental: 35 756 de un total de 132 134. Los chinos padecieron una suerte similar: de los 41 862 chinos enviados como mano de obra esclava a Japón, 2872 murieron en la propia China, seiscientos en los barcos, doscientos en el viaje por tierra y 6872 en los puestos de trabajo nipones. En estas cifras no se cuenta la gran cantidad de prisioneros que no sobrevivió a su captura en el campo de batalla (algunos, porque fueron fusilados) y, por tanto, no pasó a engrosar las estadísticas.

De los ciento treinta mil europeos presos en las Indias Orientales Holandesas, casi todos civiles, murieron treinta mil, incluidas cuatro mil quinientas mujeres y dos mil

trescientos niños. De los trescientos mil javaneses, tamiles, birmanos y chinos enviados a trabajar en la vía férrea de Birmania a Siam fallecieron sesenta mil, junto con una cuarta parte de los sesenta mil prisioneros aliados occidentales. La inhumanidad de los japoneses parecía no tener límites. Cuando se desató una epidemia de cólera entre los trabajadores tamiles del ferrocarril en Nieke, en junio de 1943, la solución fue prender fuego a una barraca en la que se alojaban doscientos cincuenta afectados (hombres, mujeres y niños). Uno de los japoneses que participó en el incendio escribió más tarde, sobre las víctimas: «No me atrevía a mirarles a los ojos. Solo oí que alguien susurraba: "¡Tolong, tolong!" ("¡Socorro, socorro!"). Era un espectáculo desolador, que Dios me perdone. No me sentí en absoluto feliz al ver cómo se quemaban vivos».

Pongamos un ejemplo británico: cuando el destructor británico *Encounter* se fue a pique en 1942, en el marco de la batalla del mar de Java, 123 marinos cayeron prisioneros. Cuarenta y uno fallecieron cuando el barco que los trasladaba a Japón fue hundido por un submarino estadounidense y treinta murieron en campamentos; solo cincuenta y dos regresaron a Inglaterra en 1945. Era una historia dramática de privaciones y brutalidad sistemáticas, aumentada por los peligros de toda guerra, y semejante a la que sufrieron los prisioneros rusos y judíos de los nazis; pero que conmocionó a las opiniones públicas de los Estados Unidos, el Reino Unido y Australia. Parecía incomprensible que una nación con pretensiones de civilizada hubiera desafiado todos los principios de humanidad y las supuestas convenciones de la guerra. Desde entonces, la historia de los cautivos de Japón ha ejercido una fascinación irresistible sobre los occidentales.

La inmensa mayoría de los civiles y el personal militar aliado capturado por los japoneses lo fueron durante los primeros meses de la guerra del Extremo Oriente: estadounidenses en las Filipinas; holandeses en sus colonias de las Indias Orientales; británicos, australianos e indios en Hong Kong, Malasia y Birmania. Más adelante solo se les añadieron unos pocos: unos cuantos soldados de los campos de batalla y supervivientes de barcos hundidos o de aviones derribados sobre territorio japonés. Aunque no se sabían los detalles, todos los miembros de las fuerzas aliadas eran conscientes de que valía la pena evitar, por todos los medios, caer prisionero de los japoneses. Pero, además, británicos y estadounidenses ya no se estaban retirando, sino que o conservaban las posiciones o, lo que era más frecuente aún, avanzaban.

Resulta difícil sobrestimar el trauma sufrido por los más de cien mil militares indios, australianos, británicos y estadounidenses que cayeron prisioneros durante las primeras derrotas de los Aliados. Su cultura les había instruido en la idea de que la rendición era un acontecimiento de mala fortuna, que podía ocurrir a todos los combatientes (pero especialmente, a los que contaban con una dirección pésima, como los Aliados en las primeras campañas del Extremo Oriente, y escaso apoyo de

sus gobiernos). Mientras auténticas muchedumbres de personal desarmado aguardaban su destino en Manila o Singapur, Hong Kong o Rangún, se entristecían ante la perspectiva de una vida cercada por alambradas, pero no sentían el terror que en realidad les aguardaba. Según Doug Idlett, un joven de veintidós años, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos (USAAF), alistado en Oklahoma y capturado en las Filipinas: «En un principio, pensábamos: “Un par de meses, hasta que vuelva nuestro ejército”». En las semanas posteriores, no obstante, mientras se reducían las raciones, desaparecían las medicinas y se iba poniendo de manifiesto la intención de los japoneses, cambiaron de idea. Tanto los soldados como los oficiales, enviados a trabajar en junglas sofocantes, llanuras tórridas y minas y canteras, no tardaron en comprender que, a ojos de sus captores, se habían transformado en esclavos.

«El ferrocarril de Birmania era una obra de ingeniería extraordinariamente compleja —afirmaba el capitán Renichi Sugano, quien dirigía una sección de la Compañía de Ferrocarriles n.° 9, responsable de supervisar las obras de construcción de este proyecto, el más terrible de cuantos conocieron la participación forzosa de los prisioneros aliados—. En un principio, mientras hacíamos la prospección, trabajábamos en una selva virgen, en la que ni siquiera se veía a través de los árboles ni se podían tomar los datos con los teodolitos». Casi todo el personal de la vía férrea japonesa padeció malaria y fiebres. En los dos meses que transcurren entre las estaciones húmeda y cálida era imposible utilizar el transporte terrestre (por el fango) y los barcos (por el descenso del nivel de los ríos). La comida era escasísima, incluso para los hombres de Sugano: «Cuanto más nos alejábamos de la cabeza de línea, peor. Fueron tiempos muy duros».

Sugano y sus compañeros preferían, con mucho, el trabajo de los prisioneros de guerra aliados que el de los obreros reclutados localmente. «Desde nuestro punto de vista —decía—, los prisioneros eran buenos trabajadores. Al haber sido soldados, estaban acostumbrados a obedecer órdenes. La gente del lugar, en cambio, no entendía la disciplina. Incluso cuando les decías que hirvieran el agua antes de bebería, para no contraer el cólera, se la bebían del río y enfermaban. Esa gente daba muchos problemas». Cuando se le preguntó qué pensaba sobre el gran número de muertes entre los trabajadores de la vía férrea, el capitán Sugano respondía con cautela: «Era otra unidad la responsable del cuidado y la custodia de los prisioneros de guerra. Nosotros nos limitábamos a utilizarlos para el trabajo y cada noche los devolvíamos al campamento». Y así era. Según la concepción japonesa, los prisioneros carecían de derechos y no estaban protegidos por ninguna ley. No solo habían perdido su honor de acuerdo con el código guerrero del *bushido*, sino también el derecho a ser tratados con respeto, como seres humanos. Un corresponsal de guerra japonés, Ashishei Hino, comentaba sin entusiasmo respecto de los prisioneros estadounidenses de Bataan:

*Hombres de la nación arrogante, que pretendían tratar a nuestra madre patria con un desprecio injustificable… Mientras contemplo esas masas de soldadesca entregada, tengo la impresión de estar viendo correr el agua sucia de las alcantarillas de una nación cuyos orígenes fueron mestizos, que ha perdido el orgullo. Los soldados japoneses, por el contrario, tienen una apariencia extraordinariamente hermosa y yo me siento muy orgulloso de pertenecer a su raza.*

A medida que los prisioneros veían evaporarse su buen estado de salud, en ocasiones perdían la esperanza: se resignaban a un destino que no tardaba en arrastrarles. «No hay duda de que muchos hombres "tiraron la toalla" y se dejaron morir —escribió Hall Romney, antiguo periodista, de cuarenta y un años, capturado mientras servía como brigada en el cuerpo de los Voluntarios de Singapur—, mientras que, en circunstancias similares, aquellos hombres que conservaron la voluntad de vivir, sobrevivieron… El sentimiento de soledad ha contribuido mucho al fallecimiento de muchos hombres, sobre todo de los más jóvenes». Stephen Abbott, oficial subalterno del 2.° regimiento de Surrey Oriental (los «East Surreys») fue capturado en Malasia. Describió su primera época de reclusión como un tiempo de ensimismamiento casi completo, hundido por un complejo de inferioridad hacia quienes lo habían derrotado:

*Los soldados más jóvenes sentían mucho el peso de la responsabilidad personal. Por mucho que culpáramos a nuestros jefes, éramos… miembros de un equipo que había defraudado a Gran Bretaña… Este sentimiento de fracaso parecía extenderse por todo el campamento de Changi. La mayoría de las conversaciones parecían centrarse en torno de agravios, culpas e intentos de justificación personal.*

Entre las consecuencias más corrosivas del confinamiento estaba el hundimiento de la lealtad y el sentido de obligación hacia los oficiales y los iguales. «La disciplina se fue por el váter bien pronto», en la expresiva frase del capitán estadounidense Mel Rosen, capturado en Bataan. Por detrás de la alambrada, solo una minoría de oficiales, como el general de brigada australiano Arthur Varley, conservaron el respeto de sus hombres. Ya no dependía de la posición de nadie en la jerarquía militar, sino del comportamiento de cada uno de los líderes. El artillero de anticarros Alex Young, originario del condado de Argyll (Escocia), describió con desprecio al superior de su campamento de Batavia (Yakarta): «El comandante Dew era tan útil como un bicho muerto… Solo se movía por intereses y razones egoístas. Habría jurado que los muertos le parecían un estorbo; prefería que se murieran y quitaran del paso. Desde que le vi bajar del tren, nunca levantó ni un dedo para ayudar a los… que estaban demasiado enfermos para moverse». El australiano Don Moore recordaba a un oficial conocido como «el *japo* blanco», que dirigía una cantina en beneficio propio en el campamento que dirigía. En el campamento de Aomi, en Japón —en el que, en sus primeros meses de reclusión, hallaron la muerte cincuenta y tres hombres del total de trescientos—, Stephen Abbott estaba recuperándose de un brote de malaria y disentería cuando un sargento inglés se le acercó y le dijo: «Ya sé que ha

estado usted terriblemente enfermo, señor, pero son muchos los hombres que están muriendo. Usted es el oficial al mando y creo que es hora de que se olvide de sí mismo y prosiga con su trabajo».

Hall Romney y sus compañeros del ferrocarril de Siam despreciaban a su oficial superior, el coronel Knights, lo que se acentuó especialmente cuando un general japonés, de visita en la zona, preguntó si los prisioneros estaban satisfechos con sus condiciones y Knights contestó: «Muy satisfechos, señor». El coronel, según le reprochaba Romney, «parece aceptar todo lo que los *japos* le proponen, sin atreverse a protestar o a proponer ningún cambio». El oficial de vuelo Erroll Shearn, administrativo de la RAF, de cuarenta y nueve años, se sintió muy molesto cuando el capellán de su campamento javanés, no fumador, negociaba con los hombres desesperados el trueque del pan de estos por su ración de cigarrillos. Muchos oficiales británicos firmaron los documentos que les mostraban los japoneses, en los que se comprometían a no escapar. «¡En esa firma os dejáis el honor, caballeros!», se burlaba un soldado británico, al ver que la mayoría de sus ex comandantes garabateaban sus nombres en la cárcel de Rangún. Uno de los cautivos británicos de mayor rango, el general de división Christopher Maltby, reconoció luego que sentía vergüenza porque no solo había realizado esa promesa, sino que incluso había animado a los subordinados a prometer lo mismo: «Durante los primeros meses, varios grupos y varias personas aisladas lograron escapar. Viendo lo que ocurrió después, solo puedo lamentar, con un pesar muy hondo, que no me atreví a promover la huida de grupos más numerosos».

En muy pocos campos se conservó la solidaridad entre los Aliados. Cuando, de pronto, llegó un centenar de estadounidenses al campamento en el cual Stephen Abbott ocupaba la posición más alta de los oficiales británicos, surgieron tensiones de inmediato. Uno de los estadounidenses dijo: «Entérate bien, *limey*[19]. Tendremos cuidado con los *japos*, pero no pensamos obedecer órdenes de ningún perro británico». Abbott dejó escrito que, a su modo de ver, aquel grupo de soldados estadounidenses fue el más espantoso de todos los que conoció, incluidos los japoneses. En casi todos los campamento hubo asimismo fricciones entre los prisioneros holandeses, a quienes se acusaba de egoísmo y partidismo, y los prisioneros de guerra de otros orígenes. Erroll Shearn odiaba a los holandeses de su campamento javanés y, un tiempo más tarde, desdeñaba los libros que redactara sobre la experiencia común el sudafricano Laurens van der Post: «Describe un espectáculo grandioso que, si acaso, existirá solo en su imaginación, fértil en extremo». La doctora Marjorie Lyon, interna en Sumatra, se sintió conmocionada por el hecho de que los holandeses se negaban a admitir en su hospital las bajas británicas: «Todos los médicos holandés que encontré eran tercos e ignorantes… trataron a nuestros hombres de un modo vergonzoso». El estadounidense Doug Idlett, que trabajaba en

Yoshioka, campamento donde convivían personas de varias nacionalidades, dijo: «Según qué nacionalidades no se podían ver; especialmente, nosotros y los holandeses. Los holandeses y los javaneses habían llegado primero y tenían todos los trabajos aceptables, en las cocinas y así».

La mayoría de los hombres coincidían en que la clave de la supervivencia era la capacidad de adaptación. Era esencial reconocer que aquella nueva vida, por nefanda que fuera, suponía una realidad que se debía aceptar como tal. Los que suspiraban por el hogar y se deshacían en lágrimas contemplando las fotos de la gente querida estaban condenados. Según el cabo Paul Reuter, de las USAAF, «era como un descarte o una selección. Los que más lloraban se morían los primeros». Andrew Cunningham, un ex contable originario de Hastings, capturado junto con una unidad de rescate aeronaval en Singapur, a los veinticuatro años, pasó casi dos años empleado en la construcción de un aeródromo en Surabaya. Más tarde afirmó:

> *Mi vida era la nada, el vacío. Era un error ir mirando fotografías. Te volvías melancólico. Yo tomé la decisión, a conciencia, de que era una nueva vida y tenía que acostumbrarme. Di carpetazo a la antigua, como si no existiera. Lo trágico es que hubo muchísima gente que no se supo adaptar. Y si algo me sentaba como si me clavaran un puñal, era eso: ver que la gente abandonaba. Vi a algunos tipos realmente sensacionales que se desintegraron, sin más, y se arrojaron a los pozos, literalmente. Nunca imaginé que alguien se podía hundir tanto. ¡Vaya forma de suicidarse! ¡Arrojarse a un pozo lleno de aguas fecales!*

Doug Idlett, de las USAAF, estaba desconcertado por la forma en la que había gente que se resignaba a morir, o incluso se entregaba a la muerte. Idlett, por el contrario, «quería sobrevivir, tenía la intención de sobrevivir. Sentía que era algo que dependía de mí».

Algunos hombres no lograron obligarse a engullir alimentos desconocidos y, de hecho, repulsivos. Según Idlett:

> *Preferían morirse antes que comerse lo que les daban. Conocí a algunos que se negaban a comer arroz. La mayoría morían de inanición; habían perdido la voluntad de vivir. Durante cierta época, en las Filipinas, enterrábamos entre cincuenta y sesenta cada día. Yo me ofrecí voluntario para las tareas de enterrador, porque al menos me libraba de trabajar en una granja bajo aquel sol de las Filipinas; además, me daban una rodaja extra de pan. Y no me gusta el arroz; pero me lo comía.*

Los prisioneros estadounidenses de las Filipinas padecían adicionalmente, porque, tras haber sufrido el asedio de Bataan, la mayoría estaban medio muertos de hambre cuando ingresaron en el cautiverio. «Los que se negaban a comer murieron muy pronto. Enterré a gente que tenía mucho mejor aspecto que yo —decía Paul Reuter, de las USAAF, de veinticuatro años, hijo de un minero de Shamokin, Pensilvania—. A mí ni se me pasó por la cabeza quitarme la vida. Había un grupo que habíamos pasado la Gran Depresión [de 1929]. Yo nunca rechacé nada que

resultara comestible y supongo que tenía los genes necesarios, eso es todo».

En el campamento de Reuter, lo que «resultaba comestible» podía significar grasa de ballena o harina de soja y, en ocasiones, pescado seco, «que nos comíamos con espinas y todo». El australiano Snow Peat vio un gusano de tres centímetros de largo y exclamó: «¡Carne! ¡Ven aquí, bonita!». Lo contaba así: «Un tipo que había sentado junto a mí me dijo: “Por Dios, ¡yo no puedo comerme eso!”. Yo le respondí: “Pues échamela aquí dentro, chaval, esa carne será mi billete a casa. Tienes que comértela, tienes que probar. Imagínate que son las pasas de un pastel de Navidad. Imagínate lo que te dé la gana”». Vic Ashwell, capturado en el río Sittang de Birmania, cuando contaba veintidós años y era teniente del 3.er regimiento *gurja*, estaba de acuerdo con Peat: «Estaba dispuesto a comerme cualquier cosa. Y me ofrecía voluntario para cualquier tarea con tal de mantener en funcionamiento el cuerpo y la cabeza. Cuando veía a oficiales jóvenes que se quedaban ahí tirados, les decía siempre: “¡Vamos, arriba, levantaos!”». Ashwell observó que los primeros en morir fueron los soldados rasos de orígenes humildes, que habían tenido una alimentación deficiente durante su infancia, en la Depresión de Gran Bretaña y, por la malnutrición, poseían menos reservas.

David Grant, jefe de una escuadrilla confinado en Mitsushima, en Japón, se lamentaba de que pasaba «doce horas trabajando como un culi por tres copas de cebada y arroz con cascabillo». Una carencia crónica que causó muchas muertes fue la de verdura fresca. En la cárcel de Rangún, los presos podían tener jardines, que abonaban con excrementos humanos, y en las que se cultivaban espinacas, pepinos, berenjenas, boniatos y zanahorias. Se les prohibía cultivar maíz, porque, se decía, les ocultaría a los guardias. En las minas de carbón de Fukuoka, en cambio, Don Lewis y sus compañeros recibían solo doscientos gramos de arroz tres veces al día, más un bol de sopa, dos veces por día. En la isla japonesa de Shikoku, el aviador británico Louis Morris se obsesionó con la comida y pasó una cantidad innumerable de horas anotando, en letra minúscula, recetas inglesas, estadounidenses y asiáticas, que planteaba utilizar para iniciar un servicio de restauración al terminar la guerra. Al igual que no pocos cautivos, escribía versos dolorosamente sentimentales:

*Añoro el sol que sucede a la lluvia, los jardines ingleses desde el tren.*
*El amable contacto de la gente no imaginé que supusiera tanto.*
*Añoro las colinas con sus cuestas, las orillas de algas y guijarros.*

En los astilleros de las inmediaciones de Osaka, donde trabajaba el estadounidense Milton Young, dos prisioneros británicos, famélicos, se comieron la manteca de un tubo enorme utilizado para engrasar la grada de acceso al mar. Pero había sido tratada con arsénico, para repeler a los insectos, y murieron.

Todos los prisioneros de guerra aliados tenían derecho a recibir paquetes de

comida de la Cruz Roja Internacional, que se entregaban en grandes cantidades, pero eran retenidos y pasados a los prisioneros de acuerdo con el capricho de los japoneses del lugar; aunque la mayoría eran saqueados sistemáticamente por el personal de la prisión. Solo tras la rendición de Japón, en 1945, se entregaron a los reclusos cientos de toneladas de suministros de Cruz Roja. Mientras duró la guerra, en cambio, presos como Paul Reuter recibieron solo tres paquetes y medio en un total de cuarenta meses. En cierta ocasión, Milton Young ofreció cambiar su ración de té por la de café del lote de un prisionero británico. «No he probado nunca el café», dijo el inglés. Young le preparó un poco. Tras probarlo, el otro no quiso saber nada del cambio.

También se recibieron decenas de miles de paquetes enviados por las familias, pero, por lo general, los japoneses no se molestaron en repartirlos. Paul Reuter recogió en 1945 un envío despachado por su familia tres años antes, con galletas y un chocolate que se había vuelto blanco con el tiempo. El capitán de artillería estadounidense Mel Rosen recibió en Luzón, en 1944, un paquete admirablemente bien pensado por parte de su familia: un cartón de cigarrillos, un jersey, un tarro de caramelos y algunas pastillas de vitaminas; se quedó admirado. Otros sintieron enfado o ira por la insensibilidad y la estupidez —en realidad, la trágica ignorancia— de unos seres queridos que solo les remitían bagatelas. Según contaba Rosen, admirado: «Hubo quien juró que se divorciaría de su esposa al regresar por enviarles aquellas estupideces. Y es que una le envió un balón de fútbol. Su marido muriéndose de hambre ¡y ella le manda un balón!». Cuando a la teniente Eunice Young —una enfermera del ejército estadounidense retenida entre más de tres mil internos (en su mayoría civiles) en Santo Tomás, Manila— le llegó a las manos un envío de casa, contenía ni más ni menos que un bañador: «¡Mi madre se debe pensar que estoy de vacaciones!».

Unos dos tercios de los prisioneros de Santo Tomás eran estadounidenses; una cuarta parte, británicos. En los primeros años de la guerra, sus circunstancias fueron de relativo privilegio. Pero cuando empezaron a escasear la comida y el dinero en metálico, en 1944, su condición pasó a ser lamentable y la muerte circulaba como moneda común. Durante la batalla de Bataan, se dio órdenes a las enfermeras de que destruyeran el dinero antes de rendirse. Pero a las pocas semanas, se arrepintieron completamente. Tras los muros de Santo Tomás solo se podía sobrevivir firmando pagarés a representantes locales de grandes compañías estadounidenses como General Electric, cuyo crédito se consideraba válido. Tras su liberación, se exigió el pago a la teniente Rita Palmer, entre otras, de cifras de mil dólares por persona, si no más. Según contó Hattie Brantley: «Teníamos tanta hambre que, si nos comíamos un plátanos, no dejábamos ni la piel. Cualquier cosa, lo que fuera, para llenar el estómago vacío».

La mayoría de los prisioneros de Santo Tomás se negaban a comer el *dilis* salado

y seco, en las primeras ocasiones en que se les ofrecía este pescado, en parte por su tremendo hedor. Pero ya en los últimos meses, la mayoría lo recibían con agradecimiento. El robo de comida entre los prisioneros fue un problema cada vez más grave; aparte, las mujeres que lavaban verdura se llevaban las pieles y los hombres registraban en los montones de basura. «Cada vez estaba más claro que la honestidad, la decencia, el amor propio, el sentimiento de comunidad y todos los otros valores elevados dependen de que se preserve el estrecho margen que separa el tener bastante comida o no tenerla». En diciembre de 1944 morían en Santo Tomás, por efecto de la malnutrición, seis o siete reclusos al día. Con la excentricidad característica de la dirección japonesa, dos meses antes de la liberación del campamento se obligó a todos los presos a practicar reverencias al unísono ante los captores, «para mostrar respeto» cuando se pasaba revista.

En su mayoría, las familias de Gran Bretaña no estaban mejor informadas que las estadounidenses sobre las odiosas circunstancias de la reclusión de sus parientes. Es de suponer que el aviador Phil Sparrow (de la RAF, a la sazón con treinta y tres años) no recibió mucho consuelo al abrir esta carta en el campamento de Batavia (Yakarta):

> *Querido Philip:*
>
> *Espero que recibas estas pocas líneas y me puedas contar que estás bien. Aquí todos estamos bien; envíanos una postal cuando puedas. Dinos qué es lo que más necesitas e intentaremos mandártelo por la Cruz Roja Internacional. Como Victor lleva la distribución de tomates en esta zona, puede arreglarlo con los contables. Mamá y la tía estuvieron aquí el domingo, a tomar el té. Están bien las dos. Ivor y Esmee pasaron aquí una semana, las dos están bien. Pronto vendrán la prima Edie y la nuera. También su hijo está en Malasia, ¡cómo tú! Sé fuerte y que Dios te bendiga y te devuelva a casa sano y salvo. Ernest y yo te enviamos nuestro amor y te deseamos mucha salud.*
>
> *Besos, tu tía Ada.*

Los prisioneros quedaban desposeídos de todas sus propiedades. Mel Rosen no tenía más que un paño taparrabos, una botella y un tarrito de pimienta, pero muchos prisioneros de guerra solo disponían del trapo. Incluso cuando había navajas, casi nadie se afeitaba: lo normal eran las barbas enmarañadas. Pocos utilizaban lo que, irónicamente, cabía denominar «horas de ocio». Paul Reuter afirmaba que nunca hacía casi nada, pero tampoco recordaba haberse aburrido «porque, cuando tienes hambre, la mente no suele generar muchas ideas. Son años perdidos, que solo me traen enfado». En Aomi (Japón), los prisioneros se turnaban para hacer conferencias o charlas sobre temas como «Cartas», «Mi perro *Rufus*», «El gobierno del mundo», «La virtud de la modestia» o «La guerra de la Independencia de los Estados Unidos». En algunos campamentos prosperaron los cursos educativos. Andrew Cunningham aprovechó que un compañero le diera clases de la carrera que había escogido: Contabilidad. En la prisión de Rangún, los prisioneros británicos contaban con algunos libros. Cierto oficial, llamado Bruce Tothill, anotó en una lista los que iba

leyendo. Entre ellos figuraban *As We Were*, de E. F. Benson; *Frenchman's Creek*, de Daphne du Maurier[20], *Crimen y castigo, Robinson Crusoe, Mansfield Park, Victorianos eminentes, Mil cosas hermosas seleccionadas por Arthur Mee* o *La hermosa joven de Perth*, de Walter Scott. Entre los libros más valiosos destacaban las ediciones de bolsillo de Dickens, porque su papel de biblia las hacía ideales para liar cigarrillos.

En el campamento de Milton Young, cuando los prisioneros hicieron un mazo de cartas, los japoneses las destruyeron por «atrevimiento», pero en la mayoría de lugares se toleraban el bridge y el ajedrez. En Rangún, en 1944, el comandante Nigel Loring acababa de declarar un seis de picas cuando las bombas aliadas comenzaron a caer en torno de la prisión. Entre explosiones ensordecedoras, que mataron e hirieron a varios prisioneros, la cartas se desperdigaron por todas partes. Pero al restaurarse la paz, Loring exclamó, con sentimiento: «¡Maldita sea. Era la mejor mano de bridge que haya tenido nunca!».

En casi todos los campos de concentración, apenas había —si los había— medicamentos. Unido a una alimentación seriamente inadecuada, las enfermedades se llevaron por delante a muchos hombres. En Birmania y Malasia, el beriberi era el agente más letal, resultado de un estado carencial de vitamina B. Los síntomas empezaban con una diarrea crónica; luego el cuerpo de la víctima o se hinchaba, o se reducía a poco más que el esqueleto. En la cárcel de Rangún, los médicos tenían un termómetro y un estetoscopio con el que diagnosticar la condición de los pacientes, pero no disponían de medicamentos. Se sobornaba a los guardias para que trajeran amapolas con las que fabricar opiáceos. Las partidas de trabajadores recogían «piedras azules» (de sulfato de cobre) que podían machacarse para, removidas en el agua, crear un antídoto contra las úlceras tropicales o «de la jungla». Las navajas de afeitar viejas se robaban con fines quirúrgicos. Las moscas, omnipresentes, provocaron un estallido de cólera que, tras matar a diez prisioneros, se pudo contener mediante un habilidoso aislamiento de los pacientes. Si en las heces aparecían sangre y mucosidades, eran indicio de disentería, otra dolencia implacable. También la ictericia, el dengue y, naturalmente, la malaria, causaban estragos. Alf Evans, mecánico de radiotransmisiones del RAOC, observó de modo lacónico que su campamento de Malasia «no se parecía en nada a los de Butlin. Teníamos úlceras, furúnculos, ladillas, malaria, "fiebre del agua negra", dengue, beriberi, ronchas y ampollas, "pies de Changi[21]" y depresión». En el campamento de Sapper Edward Whincup, para los obreros de la vía férrea, las heridas abiertas se trataban rascando el pus con una cucharilla y rociando el área infectada con una solución de permanganato de potasio, con ayuda de una bomba de mano. Cuando se incorporaron los trabajadores tamiles, que no tenían los mismos hábitos de higiene, hubo un brote de cólera.

La tripulación estadounidense de un *Liberator* ingresó en la cárcel de Rangún en 1944, con graves quemaduras en todos los hombres. No obstante, como, por definición, los japoneses les consideraban «criminales de guerra», no se les ofreció ningún tratamiento médico. Cuando, ya muy tarde, se permitió que les visitaran doctores británicos, las heridas de aquellos hombres estaban repletas de gusanos. «Con una única excepción —escribió un oficial británico—, murieron gritando, como habían pasado chillando toda su agonía, desde el mismo día en que llegaron». Algunos doctores descubrieron que sentían una oscura fascinación por la gran variedad de enfermedades y dolencias que les tocó atender. Por ejemplo, los presos que eran mano de obra de la construcción de un aeródromo en Java desarrollaron «ceguera coral». Era frecuente que, con el déficit alimentario, se produjeran casos de deterioro de la visión. Otro caso habitual era el del «ardor de pies», de nombre claro y expresivo. Por la noche, la situación de los enfermos empeoraba, de modo que los moribundos las pasaban «canutas» en las horas de oscuridad. Uno de los numerosos informes médicos que se realizaron con posterioridad a la guerra describía el caso del soldado Barton, del 2.° batallón de los «Leales» (North Lancashire), condenado a cinco años de reclusión en solitario por haber intentado escapar de Changi en julio de 1942. Barton cumplió tres años, durante los cuales recibió cada día:

> *Media pinta de papilla de arroz, para el desayuno; media pinta de arroz seco y media pinta de caldo de verduras para el mediodía y la cena.*

Desarrolló dermatitis en el escroto, ardor de pies, glositis, debilidad de piernas, sordera y neuropatía retrobulbar. Examinado en octubre 1945, Barton presentaba sordera nerviosa bilateral, degeneración de la columna posterior y graves deficiencias de memoria.

Entre todo esto, a veces se permitía a los prisioneros que enviaran cartas a los parientes, pero con expresiones en las que se burlaban de su condición y pasajes dictados, generalmente, por sus carteros. «Querida mamá y todos los demás —escribió Fred Thompson, desde Java, a su familia en el condado británico de Essex—: Estoy muy bien; espero que vosotros también. Los japoneses nos tratan bien, así que nos preocupéis ni sufráis por mí. Mi trabajo diario es sencillo y me pagan bien. La comida es abundante, como las diversiones. Adiós y que Dios os bendiga. Tengo ganas de veros, os quiero». Pero en realidad, lo que Thompson estaba escribiendo en su diario era de este calibre: «Tiramos adelante, como sea. Somos todos esqueletos que pasamos de un día al siguiente… Esta vida te enseña a no tener esperanzas ni sueños. No puedo explicar mis emociones porque, sencillamente, no existen».

Frente a la barbarie institucionalizada, algunos prisioneros exhibieron generosidad y nobleza. En la cárcel de Rangún, un *subadargurja*, invitado por los

japoneses a escribir un ensayo sobre los británicos, se limitó a escribir en letras mayúsculas: «los británicos han sido siempre, y siempre lo serán, la raza más excelente del mundo». Se le dejó un tiempo incomunicado. El cirujano australiano Edward «Weary» Dunlop, que trabajó en un campo de concentración, se convirtió en una leyenda en su país. Otros se lucieron menos. El cabo Paul Reuter, de las USAAF, dormía en la cama superior de una litera triple, en el campamento de Hirahato, en Japón. Cuando la enfermedad y las carencias vitamínicas le causaron una ceguera de tres semanas, nadie aceptó cambiarle la cama alta por una de las literas inferiores. Además, según Reuter: «Había quien robaba, por mucho que lo castigaran. También había muchos trueques y cambalaches, y enfados por la gente que no respetaba los tratos. Solo hubo unas pocas peleas, pero las discusiones eran constantes: sobre el puesto en una cola, sobre quién había tenido una cucharada de más…».

Sapper Edward Whincup, en un campamento de la vía férrea de Birmania, quedó impresionado por la gran cantidad de hurtos cometidos por sus compañeros; sobre todo, de las mantas, sus posesiones más preciadas, que se vendían a los tailandeses a cambio de comida. Dos australianos fueron pillados mientras robaban medicamentos en el campamento de Hall Romney y se les obligó a desfilar frente al cuarto de guardia, durante treinta y seis horas de sol implacable y frío nocturno. Pero, tal como dejó escrito Romney: «Nadie les mira con simpatía: se merecen el castigo más severo». Los australianos fueron quizá lo mejor y lo peor de los prisioneros de guerra. Los mejores se caracterizaban por un coraje extraordinario, gran resistencia y lealtad al grupo. Los peores, en cambio, eran ladrones incorregibles y bravucones brutales. En aquel mundo, la amabilidad no era una virtud que atrajera la estimación ni una cualidad que favoreciese la supervivencia. Philip Stibbe, antiguo oficial de los *chindits* en la cárcel de Rangún, escribió: «Nos endurecíamos, nos volvíamos casi insensibles. A veces hacíamos apuestas sobre quién sería el próximo en morir. Se hacía todo lo posible por salvar las vidas de los enfermos, pero era inútil, o peor aún, lamentarse por lo inevitable».

El amor propio y la dignidad personal se perdían pronto. Cada día, de múltiples maneras, los presos quedaban expuestos a su propia impotencia. En la «marcha de la muerte» de Bataan, el capitán Mel Rosen veía cómo los soldados pateaban a los estadounidenses enfermos para arrojarles a pozos de letrina: «Nadie sabe el significado auténtico de la frustración hasta que se ve obligado a contemplar eso de brazos cruzados», reflexionaba Rosen. Algunos oficiales británicos de la prisión de Rangún exigían, de un modo enfermizo, que se atendiera a su condición de representantes de la potencia que afirmaba poseer la hegemonía sobre los birmanos. Así pues, se sentían avergonzados de verse arrastrando carros de estiércol por las calles de la ciudad, vestidos con taparrabos y contemplados sin simpatía por los lugareños. «¿Qué pensarían de esto en el Poona Club[22]?», pensaba un oficial

británico, con pesimismo.

Algunos se esforzaban por preservar, en lo posible, vestigios de «presencia» y disciplina. Por ejemplo, cuando, en el transcurso de una incursión aérea aliada, un equipo de trabajo quedó atrapado en las calles, el oficial al mando los hizo marchar en formación. Se consideraba esencial «que los japoneses, que ya nos desprecian por el hecho de ser prisioneros, no tengan más razones para despreciarnos aún más», según escribió el teniente Charles Coubrough. A juicio de este, fue «uno de los pocos ejemplos de liderazgo firme que encontré durante mi cautiverio; y lo acogí con alegría». Acabada la guerra, casi todos los prisioneros sintieron vergüenza por el hecho de haber contemplado con pasividad cómo los japoneses apalizaban o incluso mataban a los compañeros. Desde un punto de vista lógico, ¿qué podían haber hecho, como meros espectadores? Sin embargo, para los supervivientes la lógica era un consuelo insuficiente.

Cada hombre escogía cómo comportarse en relación con los japoneses. Para Coubrough, era vital no mostrar miedo ni dar la impresión de que se condescendía. Intentó mostrarse alegre y amistoso, porque «era inútil mantener una actitud de desafío durante años». Los prisioneros odiaban la necesidad de inclinarse ante todos los japoneses, independientemente del rango de unos y otros. En cualquier caso, la deferencia tampoco les protegía frente a los erráticos caprichos de sus señores. La conducta de los japoneses vacilaba entre el sadismo y lo grotesco. En el campamento de Ted Whincup, en el ferrocarril de Birmania, el comandante Cheetah insistía en que la banda de música de los reclusos, de cuatro miembros, se reuniera ante la sala de guardia y tocara cada mañana el «Aibó, aibó, al campo a trabajar»; la sintonía de *Blancanieves* acompañaba, por tanto, a aquellos esqueléticos condenados a trabajos forzosos. Pero, como decía Whincup con tristeza: «Ni teníamos el aspecto ni nos sentíamos como los siete enanitos». Si los guardias del campamento tomaban antipatía a algún recluso, lo mataban de un empujón por un barranco, como quien no quiere la cosa. Los japoneses parecían tener prejuicios especiales en contra de los más altos, a quienes obligaban a inclinarse para recibir los castigos, administrados, por lo general, con una palmeta o un bastón. El aviador Fred Jackson, que trabajaba en un aeródromo en la isla de coral de Ambón, tuvo que dejar la obra para construir una pista de tenis para el comandante, supervisada por un árbitro que antes de la guerra había formado parte de la plantilla de Wimbledon. Cuando los prisioneros comenzaron a morir, el comandante japonés atendía a sus entierros. Pero el ritmo de los fallecimientos era tan elevado, que pronto abandonó la costumbre.

Cierto día, sin razón aparente, se hizo formar en fila a seis oficiales británicos a los que, uno por uno, derribó al suelo a puñetazos un suboficial japonés. Un soldado del 3.° regimiento de caballería de los húsares, que estaba siendo apalizado junto al cubo de preparación del té por un guardia armado de un rifle, levantó el brazo para

desviar los golpes y fue acusado de golpear al japonés: fue apaleado durante varios días, lo arrastraron fuera del campamento, lo ataron a un árbol y lo cosieron a bayonetazos. El comandante dictaminó que la ejecución había sido «un acto de disciplina necesario». No se había fusilado al prisionero, según dijo, para que el sonido de los rifles no inquietara a los nativos.

En el campamento de Hall Romney y la vía férrea, un soldado que pegó a un japonés fue obligado a colocarse firme al sol, frente al calabozo. Cada vez que se movía, le pateaban el estómago, hasta que sus gritos se oían en los barracones. Luego lo llevaron a rastras a un camión que conducía un equipo de guardias provistos de rifles y palas. Al día siguiente, se eliminó su carnet identificativo de los archivos de la oficina del campamento. Asimismo, un oficial de los *highlander* de Gordon, que protestó contra el trabajo forzoso de los enfermos, fue atado a un árbol en plena jungla. Los guardias encendieron una hoguera tras él y lo quemaron como una especie de mártir cristiano. En un campamento de Japón, unos días antes del fin de la guerra, cinco oficiales británicos fueron fusilados cuando se encontró en sus barracas un aparato de radio.

Philip Stibbe describió a los japoneses con estas palabras de desprecio:

> *El japonés corriente tiene mentalidad de adolescente. Su crueldad con los animales, su actitud con respecto al sexo, la facilidad con que se traga la propaganda más cruda, la irritabilidad infantil y la mezquindad con la que vive son indicios claros de ello… [Para los prisioneros], la ignorancia de una norma, o el hecho de no haber comprendido una orden —aunque se diera en japonés—, no se consideró nunca una excusa válida. Si estaban de bien humor, te abofeteaban; si andaban quisquillosos, ya tocaban puñetazos; y en los días malos, te cascaban con la culata del rifle en las espinillas. Pero hicieran lo que te hicieran, además la víctima tenía que mantenerse en una perfecta posición de firmes.*

Los civiles occidentales que caían en manos de los japoneses en China, las Filipinas y el Asia sudoriental eran considerados «internos», técnicamente, antes que «reclusos», y se apelotonaban en grupos de antiguas casas coloniales. En unos pocos lugares (y especialmente, en Shanghai), esas comunidades superaron la guerra agotadas y maltrechas, pero con un elevadísimo porcentaje de supervivientes. En el campamento Chapei de Shanghai, los japoneses no tocaron a las familias. Los internos se quejaban de su encierro y la falta de privacidad, pero ninguno se murió de hambre. También se observó —atribuladamente— que la carencia de alcohol había mejorado el estado de forma de algunos adultos. También disfrutaban del dudoso beneficio de dos pianos, y los niños en edad escolar pasaban exámenes. Los japoneses no solían interferir en la monótona vida de estos complejos. Un «Comité judicial» británico imponía sus propias reglas y sanciones. Un alumno contemplaba con curiosidad cómo cierto «señor M.» segaba la hierba como pena por un robo, mientras que el «señor R.» pasó dos semanas de encierro en una sala minúscula, bajo una escalera, por haber «pasado información a los japoneses».

Estos sistemas moderados eran, no obstante, excepcionales. En casi todo el

imperio japonés, los internos sufrieron un trato tan odioso como el de los prisioneros de guerra militares. La escasez de comida y medicamentos causó la muerte de muchas personas, sobre todo en la Indias Orientales Holandesas. Nini Rambonnet era hija de un oficial colonial holandés, nacido en Batavia (Yakarta) en 1920 y criado en un ambiente de comodidad y desahogo. A los trece años disponía de una doncella personal y, en su juventud, vivió el ajetreo social de los campos de golf y poco trabajo. A finales de 1943, sin embargo, los palos de golf habían sido vendidos a oficiales de la Marina japonesa para comprar comida; su madre había sido torturada, como supuesta espía británica; su hermano, de veintidós años, era esclavo en las minas de carbón del propio Japón; y su padre había muerto de hambre y disentería. Nini fue confinada con otras 1200 personas (mujeres y niños) en el campamento de Tijdeng, donde se vio forzada a realizar tareas domésticas rudimentarias, pero que no dominaba en absoluto: lavar y planchar ropa, tirar de un carro de la basura (en lugar de un caballo) y compartir el aseo con treinta internas. Las órdenes de la revista se imprimieron en su cerebro de modo indeleble: *Kiotsuke*! («¡Firmes!»), *Kere*! («¡Inclínense!»), *Naore*! («¡Descansen!»).

Vivían a base de arroz, despojos y verduras. Una noche, una zorra dejó caer un pollo medio devorado detrás de su caseta. Según contó Nini: «Lo cociné despacito y el olor era divino. Por la mañana, lo llevé a los alojamientos de las enfermeras y nos lo repartimos. Los pacientes se quejaban de que solo lo podían oler, pero les dijimos que no tenían permiso para tomar nada, por culpa de la disentería». Al igual que los prisioneros de guerra, los internos podían ser víctimas de los caprichos repentinos de los japoneses. En cierta ocasión, se dio la orden, en el campamento de Tijdeng, de reunir y matar a todos los perros. A falta de otros medios, los niños tuvieron que apalear a sus mascotas hasta matarlas.

Una infracción de disciplina se castigaba con varias horas de arrodillarse a pleno sol: «El asfalto ardía y causaba un dolor increíble». Cuando el comandante pidió voluntarias para hacer las tareas de su casa, la primera remesa fue rechazada por entender que las mujeres no eran lo suficientemente hermosas.

Durante el asalto original de los japoneses, en 1942, hubo muchos casos de violación, sobre todo entre las enfermeras aliadas, y muchísimas asiáticas sufrieron agresiones sexuales por parte de los ocupantes. En los campamentos, pocas occidentales sufrieron esa agresión. Pero ante el hambre que las acosaba, una minoría considerable —calculada en un diez por 100, ajuicio de una enfermera australiana de Sumatra— aceptó trocar sexo por alimentos. La doctora Marjorie Lyon describió la lucha feroz que se desató en su campamento de Sumatra cuando un millar de mujeres se resistieron por la fuerza, en 1942, a que los japoneses se llevaran a algunas chicas «para que trabajen por Japón»; las mujeres salieron triunfadoras del enfrentamiento. En su campamento posterior, en Banginang, «no hubo violaciones y nadie fue a

“trabajar por Japón” en contra de su voluntad… fueron bastantes las mujeres y muchachas que marcharon a vivir con japoneses en sus “casas de bienestar”. Pero ardían en ganas de hacerlo para mejorar sus condiciones, y no se lo podíamos impedir. Aunque no fue el caso de ninguna de las británicas».

La violencia física era habitual. «Yo tenía fama de saber tratar a los japoneses, pero a veces no funcionaba y me tocaba recibir, aunque nunca me llegaron a apalizar de verdad. Solo una de las chicas… recibió una auténtica paliza a lo Gestapo, porque la acusaban de haber ido afirmando que los japoneses eran tan idiotas que corrían cortinas negras en caso de incursión aérea, pero no apagaban las luces de las calles». En el grupo de Marjorie Lyon, formado por ciento catorce internos, fallecieron quince hombres y cuatro mujeres (estas, de edades comprendidas entre los cincuenta y los setenta y dos años). Una de las mujeres británicas que murió en un campamento (sito en una plantación de caucho abandonada, en Loebeck Linggan) fue una fugitiva de la conquista de Singapur en 1942, llamada Margaret Dryburgh. La señorita Dryburgh era cristiana devota y se complacía en entonar el «Himno de los cautivos»:

*Danos paciencia y presencia de ánimo,*
*Tu pureza y quietud, serenidad;*
*danos fuerza en la fe, danos arrojo,*
*danos Tu caridad y Tu humildad;*
*y ya seamos libres o aún cautivos,*
*prontitud a cumplir Tu voluntad*[23].

El 21 de abril de 1945, cuando faltaban menos de cuatro meses para el final de la guerra, Margaret Dryburgh yacía en el lecho de muerte, intentando pronunciar su salmo favorito, el 23.°. Un amigo comprendió sus deseos y leyó las palabras, entre lágrimas, para ella. Al terminar, se hizo el silencio; la anciana sonrió, dijo solamente: «Es lo que ansiaba» y falleció. En aquella misma época, en el hospital donde trabajaba Nini Rambonnet, los pacientes morían por efecto de la malnutrición a un promedio de diez al día. Los cuerpos se colocaban en ataúdes improvisados con hojas de cocotero, sobre las cuales los japoneses colocaban un racimo de bananas. Los vivos intentaban calmar el hambre por todos los medios posibles. Nini probó a comer unos hongos que le sentaron fatal. Una de las muchachas, presa de la desesperación, quiso preguntar a un guardia que hablaba malayo cuándo las liberarían. Este contestó: «No antes de que vuestro pelo sea blanco y se os hayan caído los dientes».

### 2. LOS BUQUES DEL INFIERNO

Aunque el peor destino que podía corresponder a un prisionero de guerra aliado era el de trabajar en la construcción del ferrocarril de Birmania, ser enviado a Japón como trabajador-esclavo era una prueba casi tan dura, que causó la muerte de muchísimos

prisioneros. El 17 de junio de 1944, en el campamento de Hall Romney, se hizo formar a los reclusos. El comandante anunció que les trasladaban a Japón. Según dijo el oficial, con tono bondadoso:

> *Si echamos la vista atrás a los últimos veintidós meses, desde el momento en que se fundaron los primeros campamentos de Siam, debo decir que han trabajado ustedes con rigor y con diligencia y han conseguido grandes logros en la construcción del ferrocarril de Siam-Birmania. Por ello, queremos expresarles nuestro agradecimiento sincero. Su labor en Siam ha terminado; se les traslada al País del Sol Naciente, un conjunto de islas gozosamente situado en un escenario hermoso y rico. Desde tiempos inmemoriales, la Nipón imperial ha tenido el honor de respetar la justicia y la moralidad… Son hombres y mujeres resueltos, de naturaleza generosa, que desdeñan la injusticia, de acuerdo con el viejo proverbio japonés: «El cazador no dispara al oso herido». En primavera, los campos de cerezos florecen en todo su esplendor. En verano, frescas brisas susurran a la sombra de los frutales. En otoño, la luna gloriosa despide su luz extasiadora sobre el mar y los ríos…*

Tras muchos minutos más de discurso poderosamente lírico ante un público de hombres medio muertos, el comandante japonés concluyó: «Les deseo *bon voyage*». Había comenzado el viaje.

Las condiciones en las bodegas eran siempre horribles y, en ocasiones, fatales. Además del hambre y la sed, existía la amenaza de los submarinos estadounidenses. Los japoneses se negaron a identificar los buques de transporte de prisioneros de guerra, de los cuales murieron al menos diez mil de resultas de los ataques aliados. El mecánico del RAOC Alf Evans era uno de los mil quinientos hombres que viajaban en la bodega del *Kachidoki Maru* en la noche del 11 de septiembre de 1944, cuando el barco fue alcanzado por cuatro torpedos. Evans tuvo suerte. Como padecía malaria, estaba durmiendo junto con otros enfermos sobre una tapa, en la cubierta de proa, en lugar de hallarse bajo las escotillas. Cuando el barco comenzó a irse a pique, Evans le preguntó a un oficial de artillería: «¿Qué puedo hacer? No sé nadar», a lo que este respondió: «Pues entonces, ¡es hora de aprender!». El mecánico saltó y nadó agitándose como un perrillo hasta alcanzar una pequeña balsa a la cual ya se agarraban otros tres hombres: uno tenía las dos piernas rotas, el otro, la cadera dislocada. Todos estaban desnudos y bañados de aceite. Un soldado japonés aguantó por un tiempo, sin dejar de repetir, en inglés macarrónico: «Mucho enfermo estoy, mucho enfermo estoy». El agua estaba terriblemente fría; Evans vio flotar una guerrera japonesa y se la vistió. A bordo del buque, que ya se hundía, los japoneses habían estado disparando a sus heridos y empujando a las mujeres a los botes. Un prisionero de guerra británico, Ralph Clifton, salvó a un bebé del mar, actitud que un oficial japonés recompensó más tarde con diez cigarrillos.

Llegó un destructor japonés, que comenzó a recoger supervivientes, pero solo a los de su nacionalidad: los prisioneros quedaron abandonados en el mar. Alf Evans se desplazó como pudo hasta un bote salvavidas, que flotaba vacío porque sus ocupantes habían sido rescatados, y trepó a bordo, uniéndose a dos *highlanders* de Gordon. Más

adelante fueron subiendo a otros hombres, hasta completar un total de treinta. Tras pasar tres días y tres noches a la deriva, fueron avistados por un cazasubmarinos nipón. El capitán pasó revista a aquellas figuras empapadas y miserables, alineadas sobre su cubierta, y ordenó que les arrojaran al mar. Los prisioneros se sorprendieron al comprobar que su propio guardián, cierto Tanaka, de carácter notoriamente brutal, le convencía de lo contrario. El capitán del submarino calmó la sed, entonces, apalizando con salvajismo a los náufragos. A la postre, los prisioneros fueron trasladados a las bodegas de un ballenero industrial, a bordo del cual completaron el viaje a Japón. Casi desnudos y cubiertos de suciedad, se les desembarcó junto al puerto de Moji, ciudad que tuvieron que recorrer a pie, entre hileras de japonesas que los contemplaban, hasta unos barracones de caballería. Allí se los vistió con ropas de arpillera y se los envió a trabajar, en turnos de doce horas, a los hornos de una factoría química de Omuta, donde «la vida se reducía a comer y dormir». De los mil quinientos hombres que habían embarcado con Alf Evans, solo seiscientos sobrevivieron para convertirse en mano de obra esclava.

El 13 de diciembre de 1944, el capitán Mel Rosen estaba entre un destacamento de 1619 prisioneros de guerra estadounidenses, que marchó a través de las calles de Manila hacia el puerto. En años anteriores, algunos filipinos dirigían a los presos el signo de la victoria, o los niños les gritaban: «¡Estamos contigo, Joe!»; pero en el último invierno de la guerra, la gente del lugar ya había aprendido cuál era el precio de tales gestos, y la mayoría guardaban silencio y no mostraban compasión. Al día siguiente, los estadounidenses partieron hacia Japón a bordo del carguero *Oryoku Maru*, en un viaje que devino uno de los más famosos de la guerra. Se bajaban barriles de agua y té para los prisioneros, que solo alcanzaban para los que se hallaban más próximos a las escaleras. Si algunos se alegraron de haber podido cazar unos pocos sorbos de algas hervidas, pronto se arrepintieron, por los dolores de estómago. El barco fue bombardeado en varias ocasiones por los pilotos de portaaviones estadounidenses; los ataques no terminaron hasta el anochecer. Los prisioneros tenían una sed tan horrible, que algunos, en contra de los consejos de los médicos, resolvieron beberse su propia orina. Según la descripción de Rosen: «La noche fue terrible, lo peor que me puedo imaginar. La disciplina se fue al diablo, sobre todo entre los recién llegados. Yo no vi que nadie se arrojara a la garganta de otros para morderles y beber su sangre, pero sí he oído a muchos que lo contaban». En la carrera desesperada por el agua y la comida, algunos prisioneros mataron a compañeros, premeditadamente. Al día siguiente, los ataques aéreos, renovados, alcanzaron de lleno el barco.

La tripulación y la policía japonesa abandonaron el buque. Los prisioneros se abrieron paso a cubierta, pero la estructura superficial estaba en llamas. Se echaron al mar y, por unos minutos, se deleitaron con la cálida humedad: «Fue una sensación

maravillosa, la de saltar del carguero al agua». Los que no sabían nadar arrojaban elementos flotantes a los que agarrarse. Se hallaban a poca distancia de Luzón y no había destinos alternativos, pero en la playa les recibió un grupo de japoneses armados. A medida que los supervivientes se arrastraban a tierra, eran apelotonados en una pista de tenis de la antigua base naval estadounidense. De los 1619 hombres que habían subido a bordo del *Oryoku Maru*, habían sobrevivido unos mil trescientos. El sol era implacable; durante varios días no se les dio comida, solo un poco de agua. En los días cuarto y quinto, todos los hombres recibieron una cucharada y media de arroz crudo. Cuando se pidió ayuda para los enfermos y heridos, llegó un camión que les recogió. Como nadie volvió a verles, se supuso que habían muerto fusilados.

En Nochebuena, los supervivientes subieron a bordo de otro carguero, el *Enoura Maru*, con rumbo a Formosa. El invierno era gélido y los estadounidenses no disponían más que de bermudas o taparrabos. «Hacía un frío mortal, literalmente», apuntaba Rosen. Pero aun así, la falta de agua seguía siendo brutal. «A cambio de un vaso de agua, cualquiera te habría firmado un pagaré; y habría satisfecho la deuda al terminar la guerra». Cuando los *Helldiver* estadounidenses atacaron de nuevo, Rosen sufrió heridas por esquirlas de acero, en el muslo y el tobillo. «Había muertos y moribundos por todas partes. Se hundieron varios soportes de acero de la cubierta, que mataron a todos los que se habían refugiado allí. A los pocos días, los japoneses bajaron redes a las bodegas, para llevarse a los muertos. Luego sacaron a los supervivientes y nos pasaron a otro buque, el *Brazil Maru*. Enterrábamos a docenas de hombres cada día». El 29 de enero de 1945, llegaron a Moji, en la isla de Kyushu. Si habían partido mil quinientos de las Filipinas, solo desembarcaron 193. Rosen pesaba cuarenta kilos. Los supervivientes se vistieron con un montón de viejos uniformes británicos. Un médico estadounidense pudo extraer metralla de las bombas de la axila de Rosen, con ayuda de un cortaplumas, antes de que les llevaran a trabajar a Fukuoka.

Las condiciones de trabajo en Japón no eran preferibles, de ningún modo, a las que se daban en el Asia sudoriental. Los pies de muchos prisioneros estaban tan hinchados por el beriberi que no podían llevar zapatos, ni siquiera en lo más gélido del invierno. Disponían de mantas que no impedían que temblaran toda la noche, porque en las barracas no había ninguna calefacción. En el campamento de Aomi, donde estaba Stephen Abbott, cuando los prisioneros rogaban por algo que los aliviara, el comandante solía decir, con desdén: «Si desean vivir, deben acostumbrarse al frío, como los japoneses. Deben enseñar a sus hombres a tener más fuerza de voluntad, como los japoneses». Abbot respondió con amargura: «¿Hombres torturados por el hambre, la enfermedad, el frío extremo y el temor cotidiano a la muerte?». Sin embargo, en 1944 la tasa de mortalidad era muy inferior, en la mayoría de los campos japoneses, a las de 1942 y 1943, porque los más vulnerables ya habían

fallecido. Los que habían sobrevivido eran frágiles y, con frecuencia, rayaban en la locura, pero poseían una capacidad de resistencia bruta que mantuvo a muchos con vida hasta el final. En el campamento de Hall Romney, solo murieron seis hombres en julio de 1944, comparados con los 482 que fallecieron en el mismo mes de 1943.

El abismo cultural que separaba a los prisioneros de sus carceleros parecía, con frecuencia, insalvable. Stephen Abbott dio cuenta de una conversación con cierto «soldado Ito», a bordo de un buque que los trasladaba a Japón. Ito se había mostrado brutal durante todo el viaje. Los prisioneros de guerra no tenían ni idea de que hablaba inglés, hasta que, de pronto, dirigió una lacónica pregunta a Abbott: «¿Te añoras?». El inglés se encogió de hombros. Ito añadió: «Yo llevo añorándome seis años: primero en China, luego en las Filipinas y Timor, últimamente en Singapur. Ahora veré por fin a mi familia y me siento feliz». Abbott replicó con frialdad: «Tanto mejor para ti». Ito desveló que era licenciado en Economía por la universidad de Tokio. Sentía curiosidad por lo que Abbott pensaba de los japoneses, pero este respondió sin perder de vista la cautela: «No los conozco muy bien, de modo que no puedo contestar». Pero el soldado insistió: «¿Qué piensa de lo que conoce? ¿Qué piensa de mí?». Abbott fue un poco más franco: «En nuestras fuerzas armadas, nunca golpeamos ni apalizamos a la gente como castigo. Ito lo hace sin parar y eso nubla mis ideas sobre Ito». Los ojos del pequeño japonés se abrieron como platos por efecto de la sorpresa. Preguntó cómo castigaba el ejército británico a los penados. Abbott explicó que no se conocía el castigo corporal, e Ito no volvió a golpear a ningún otro prisionero.

Se ha escrito muchísimo con respecto a la crueldad con la que los japoneses trataban a los prisioneros. Debe tomarse en cuenta, no obstante, que las condiciones variaban sobremanera de un campamento a otro. Por ejemplo, los dos mil prisioneros de guerra británicos de Saigón vivieron en condiciones no del todo intolerables hasta finales de 1944; a veces incluso se les permitió deslizarse bajo la alambrada para visitar tiendas o burdeles locales. Es importante dar fe, asimismo, de los ejemplos en los que los prisioneros de guerra fueron tratados con amabilidad o incluso lograron sobrevivir gracias a la compasión de japoneses. Un corneta británico, el cabo Leader, se encontraba en un hospital de Singapur en 1942. En Norfolk, su condado de origen, había sido miembro de la banda de música del Ejército de Salvación. Fue visitado por un japonés que afirmaba haber sido igualmente miembro del *Sally Army*, en Tokio, y quería ayudar a Leader. El japonés estableció contacto con un miembro de la red malaya del Ejército de Salvación, que envió al británico enfermo cartas, huevos y galletas. Por su parte, la doctora Marjorie Lyon, interna en Sumatra, pudo mantener con vida a muchos de sus compañeros enfermos gracias a cierto oficial llamado Mizusawa, que le entregaba medicamentos del hospital militar de Padang y, en ocasiones, la dejaba a solas en el dispensario, para permitirle que robara más. «Era un

japonés con un gran corazón, de verdad», ha escrito Lyon.

Mientras Erroll Shearn excavaba refugios antiaéreos en el exterior de los cuarteles de la Kempeitai en Batavia (Yakarta), aparecieron dos jóvenes oficiales japoneses. Se expresaban en malayo y elogiaron la tarea del equipo de obreros. Shearn les preguntó, con precaución: «¿Cómo les sienta ir ganando la guerra?». A lo que le respondieron: «No nos gusta la guerra. Somos ingenieros, no soldados, y preferiríamos, con mucho, estar de vuelta en la universidad de Tokio». Shearn siguió el hilo: «A mí tampoco me gusta la guerra. Soy abogado, no soldado». Uno de los japoneses sacó una cigarrera, dijo: «Tú y yo somos amigos. Ten, un cigarrillo» y dejó todo el paquete en manos de Shearn. A la hora de comer, regresó el benefactor y preguntó si los prisioneros habían comido bastante. Como respondieron que no, les trajo té y más comida.

El señor Yogi, un intérprete civil, bajito y anciano, del campamento de Aomi, donde estaba recluido Stephen Abbott, había aprendido su inglés mediocre en su antigua carrera como sobrecargo naval. «¿Está contento, Abbott?», quiso saber un día. El oficial británico se encogió de hombros, mostrando indiferencia. Yogi tenía siempre una apariencia lamentable. Entonces pasó a explicarse:

> *Hay alguna de mi gente que no sienten inquietud por problemas. Son gente joven, están acostumbrados a que los superiores los acosen. A mí me hace infeliz, quizá porque soy muy orgulloso. Pero ya soy viejo y he visto cosas distintas en Japón. ¿Me entiende? Me siento orgulloso de ser japonés, pero también sé algunas cosas de cómo viven los pueblos de Occidente. No siento vergüenza por las costumbres auténticas de Japón, pero la guerra ha transformado al Japón auténtico. Antes de la guerra, cuando el ejército no controlaba las cosas, éramos muy parecidos a ustedes. No debe pensar que somos de verdad como está viendo ahora.*

Abbott escribió: «Me di cuenta de que Yogi ansiaba la paz, tanto como cualquiera de nosotros. Al ser civil, los soldados lo trataban con desdén… Por encima de todo, quería recobrar el amor propio». Yogi desveló al inglés que su esposa sufría beriberi y necesitaba carne: «He tomado la determinación de matar a nuestro gato, para que mi mujer tenga carne». Pero aquel samurái involuntario no se atrevía a matarlo con sus propias manos: «Por favor, ¿le pedirá a su sargento de cocina que lo haga y prepare un guisado? Traeré al gato por la noche. Por favor, no se lo cuente a los otros japoneses. Se reirían de mí».

El terror del campamento de Aomi era su comandante, el capitán Yoshimura. Todos los prisioneros vivían con miedo de que la guardia los convocara: «Número uno, a la oficina, ¡rápido! ¡Yoshimura-San espera!». Era un oficial bajo y robusto, afeminado, de veintiséis años de edad. Caminaba con aires de Napoleón y miraba, parpadeando con sus ojos crueles y vengativos, a través de unas gafas gruesas. Su voz era muy aguda y, cuando se encolerizaba, gritaba de un modo que, en cualquier otra circunstancia, podría haber resultado divertido. Tenía un poder enorme, que se extendía mucho más allá de nuestro campo de concentración. En la ciudad de Aomi,

todos, desde el alcalde hasta el campesino más humilde, obedecían sus órdenes. Era el único oficial del ejército en varios kilómetros a la redonda y, como tal, ostentaba el mando sobre todos los civiles.

Yoshimura gustaba de blandir la espada sobre las cabezas de los prisioneros y gritarles, con desprecio: «¿Qué son las vidas de un centenar de prisioneros, cuando miles de japoneses valientes mueren cada día por el emperador?».

Llegó un día en el que se produjo un accidente en la cantera donde se trabajaban los prisioneros, cantera que había sido testigo ya de la muerte de cuarenta obreros. En esta ocasión, por un feliz capricho del destino, fue la hora de Yoshimura. El suboficial del campamento, el sargento Sumiki, preguntó a Stephen Abbott cómo le había sentado la noticia. Abbott murmuró algo al respecto de «una terrible tragedia». El sargento Sumiki rompió a reír, dio al inglés un golpetazo en el hombro y se puso a gritar: «¡Miente! Usted muy contento. ¡Yo también, muy contento!». Los guardias japoneses odiaban al tirano tanto como los prisioneros británicos.

En otra ocasión, en el campamento de Doug Idlett en las Filipinas, se pidió la presencia de voluntarios para trabajar en los cuarteles japoneses durante un mes:

> *Tenía beriberi. Estaba sentado, aguantando el pie con una mano y tecleando con la otra. Un intérprete japonés, llamado Sekiyawa, me preguntó qué me pasaba y se lo conté. Al día siguiente me trajo una botella de vitamina B. No volví a verlo nunca, pero tuve la impresión de que me había ayudado a seguir con vida. Más adelante, en las minas de carbón de Japón, donde trabajábamos, había un conductor de locomotora de maniobras, cierto Yoshioka. Un día estaba descansado cuando vimos un daikon, un rábano de Japón, grande, que flotaba en el agua, junto a las vías. Nos inclinamos y yo lo recogí y me lo metí en los pantalones. Yoshioka preguntó: «¿Qué vas a hacer con eso?». «Me lo comeré», le expliqué, a lo que él me contestó: «Así no puedes, está sucio. Dame». Al cabo de un rato, nos lo devolvió limpio, cortado y cocinado. Desde aquel día, siempre nos traía en sus ropas cereales o cualquier otra cosa de comer.*

El teniente Masaichi Kikuchi, comandante de una unidad de defensa del aeropuerto de Singapur, a principios de 1945, fue puesto al mando de una fuerza de trabajo de trescientos prisioneros de guerra indios, del complejo de Changi. El oficial que se los entregó, le dijo, sin aparente inquietud: «Cuando acabes, haz lo que quieras con ellos. Si yo fuera tú, los metía en un túnel con unas cuantas cargas de demolición». Se recordó a Kikuchi que seguía en vigor la orden según la cual todos los prisioneros que desobedecieran las órdenes o intentaran escapar debían ser ejecutados de inmediato, «y yo era consciente de que así es cómo se estaba haciendo». Sin embargo, cuando dos de los indios huyeron y regresaron tras haber sido denunciados por un grupo de chinos del lugar, entre quienes habían intentado refugiarse, Kikuchi los entregó a su propio oficial, capitán del ejército indio, para que los castigara a su leal entender. El capitán le preguntó en varias ocasiones por qué no los había matado, como se había hecho con tantos otros. Un cínico habría respondido que era porque la derrota de Japón era ya tan inminente como evidente. Pero Kikuchi

replicó, sencillamente, que ejecutar a alguien en tales circunstancias le parecía injustificado. «Al terminar la guerra, me dije a mí mismo que la única razón por la que se me había permitido sobrevivir fue la de que no había causado daño a nadie». Algo similar ocurrió en 1945 cuando los médicos estadounidenses y holandeses del hospital de prisioneros de guerra de Kobe firmaron una declaración conjunta sobre el supervisor médico japonés, el doctor Hiyajiro Ohashi, ensalzando el extraordinario esfuerzo desempeñado por este y su equipo para ayudar a los reclusos aliados.

El objetivo de todas estas historias no es contradecir una concepción generalizada de los japoneses como guardianes crueles y, con frecuencia, sádicos deliberados, en lo que respecta al trato otorgado a los prisioneros que tanto solían desdeñar. Se trata de que, como siempre en los asuntos humanos, la cuestión requiere de matices. Todos los japoneses mencionados arriba exhibieron perlas de coraje al desafiar un modo de comportamiento hacia los prisioneros que su cultura no solo favorecía, sino que incluso exigía. Y hay otro tema que no debemos olvidar. Como los Aliados ganaron la guerra, se ha oído mucho al respecto del maltrato de los reclusos de alemanes y *japos*, pero no sabemos casi nada de la otra cara de la moneda. Y, en cambio, contamos con numerosas pruebas que indican que cierto número de guardias estadounidenses, británicos y australianos fueron inhumanos con los internos de sus respectivos campamentos.

Algunos prisioneros aliados —decenas de miles, según los sensacionalistas— murieron a manos de los Aliados en la Europa occidental en el verano de 1945, principalmente porque la maquinaria administrativa quedó superada por lo numerosos que eran. Lo mismo se adujo para justificar algunos fallecimientos de prisioneros de guerra en manos japonesas en 1942. En Londres o Washington, no obstante, nadie se molestó en investigar los casos de abusos contra prisioneros alemanes y japoneses y, menos aún, en acusar a personal aliado. Según es naturaleza de los asuntos militares, los seleccionados para vigilar a los prisioneros de guerra figuran entre los personajes menos impresionantes del conjunto de las fuerzas armadas. Con ello no pretendo sugerir que exista una equivalencia moral entre el trato concedido por los japoneses a los presos aliados y a la inversa; pero sí deseo recordar que son pocos los beligerantes de una guerra que pueden jactarse de un historial impoluto en la cuestión de los prisioneros de guerra. Los recientes hechos de Iraq no han hecho sino recordárnoslo.

¿Qué permitió a algunos hombres sobrevivir a la experiencia de un cautiverio inenarrable, mientras que otros perecieron en la prueba? Mel Rosen atribuía un cinco por 100 a la disciplina personal, otro cinco por 100 al optimismo —porque «si no pensabas que lo ibas a lograr, no lo conseguías»— y el noventa por 100 restante a la «pura suerte». Milton Young, hijo de un carpintero de Rhode Island, que pasó su infancia como huérfano trabajando en una granja de pollos, creía que el hecho de haber crecido en un ambiente inusualmente duro lo ayudó a superar la cautividad

entre los japoneses. En realidad, a su juicio, podía dar gracias de no tener un hogar en el que pensar: «No es que tuviera mucha familia, la verdad, y eso me fue bien».

Al terminar la guerra, el soldado británico Don Lewis, del l.er batallón del 5.° regimiento de los guardas forestales de Sherwood (Sherwood Foresters), hizo historia del destino de su batallón, próximo al millar de hombres cuando entró en acción en Malasia a finales de 1941. Treinta y cinco hombres murieron en combate y otros once, de resultas de la heridas. Entre los prisioneros, cincuenta fallecieron por «problemas desconocidos»; uno, enfermo de difteria; diecisiete, de malaria; nueve, de beriberi; once, de fallos cardíacos; treinta y nueve, de disentería; veintiuno, por malnutrición; a uno lo mató un árbol derribado, a otro una bomba aliada; cuarenta y cinco perecieron en los transportes japoneses; a veinticuatro, simplemente, se les perdió la pista. Regresaron a Gran Bretaña 287 hombres, Lewis entre ellos.

Desde 1945, se han aportado algunos matices para aligerar la carga de cuanto hicieron los japoneses a sus prisioneros en la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, como se ha indicado arriba, en 1942 hubo serias dificultades para manejar a cantidades inesperadamente elevadas de prisioneros, para quienes no se había previsto ningún sistema de atención ni abastecimiento. La idea tiene cierta validez. Son muchos los ejércitos que, en la historia moderna, se han encontrado con tales problemas en el caos de la victoria, y sus prisioneros han sufrido en consecuencia. Además, había una carestía grave de alimentos y medicamentos en muchas regiones del imperio japonés. Los prisioneros japoneses, según este hilo argumental, no hicieron sino compartir las privaciones que ya padecían los civiles lugareños y los soldados japoneses. La plausibilidad de la idea queda menoscabada por el hecho de que hubo prisioneros desatendidos y muertos de hambre incluso donde había medios para aliviar su condición. Y al contrario, no se conocen pruebas de que los prisioneros de guerra recibieran una alimentación adecuada en ninguna fecha ni en ningún lugar.

Por todo ello, es difícil poner en tela de juicio que los japoneses maltrataron a sus presos de una forma deliberada, movidos por una determinación, no por la necesidad. Hacían gala del desprecio cultural con el que los soldados aprendían a contemplar a los inferiores de su propia sociedad; más aún, a los enemigos que preferían el cautiverio a la muerte. Todas las sociedades que adoptan un código por el que se rechaza el concepto de misericordia para con el afligido o el débil parecen situarse a sí mismas fuera del palio de la civilización. El sadismo ocasional de los japoneses hacia sus prisioneros estaba tan extendido —era, de hecho, casi universal—, que solo cabe considerarlo como institucionalizado. Hubo tantos casos arbitrarios de palizas, muertes a bayonetazos y decapitaciones, y en tantas regiones del imperio, que es imposible hacer caso omiso de ellos, como si fueran iniciativas de hombres u oficiales concretos, sin autorización para ello. La indiferencia que la Marina japonesa exhibió hacia los prisioneros a su cargo —a los que abandonaba en el mar si se

hundía uno de sus barcos— es claramente vergonzosa, se mire por donde se mire.

En ocasiones, los japoneses han justificado esa inhumanidad cuando sugieren que el bombardeo aliado de los civiles no era menos cruel. Y en efecto, la indignación moral despertada por los bombardeos hizo que muchas de las tripulaciones estadounidenses capturadas en 1944 y 1945 fueran tratadas como «criminales de guerra». Así, por ejemplo, ocho aviadores de un B-29 del 29.° Grupo de Bombarderos murieron en 1945 al sufrir una vivisección sin anestesia frente a un grupo de estudiantes de Medicina, en un hospital de Fukuoka (isla de Kyushu). En la operación se les extrajo el estómago, el corazón, los pulmones y segmentos del cerebro. Medio siglo más tarde, uno de los licenciados a la sazón presente, el doctor Toshio Tono, afirmó: «No hubo polémica entre los médicos sobre la conveniencia de aquellas operaciones; eso es lo que lo hacía especialmente extraño». Muchos prisioneros estadounidenses murieron decapitados, y no solo en los últimos días de la guerra, sino incluso en el periodo inmediatamente posterior a la rendición japonesa.

Una sociedad que se complace con esas acciones, sean o no descritas como actos de justa venganza, ha perdido el norte moral. En buena medida, el comportamiento japonés era reflejo de la amargura de los antiguos vencedores, que veían eclipsarse su fortuna militar y eran los bombardeados, no los artilleros. Transcurridos más de sesenta años desde entonces, entiendo que sigue sin haber ninguna excusa aceptable. Los japoneses iniciaron la guerra y la desarrollaron con un grado de salvajismo hacia los inocentes y los impotentes, que hace fácil comprender la rabia que se apoderó del corazón de los Aliados en 1945, cuando se reveló todo. La ambivalencia con la que el Japón de la posguerra afrontó el maltrato de los prisioneros se ilustra a la perfección con las memorias de guerra publicadas en 1952 por el ministro de Exteriores Mamoru Shigemitsu, uno de los líderes más racionales del país. Shigemitsu escribió estas palabras: «Al terminar la guerra, se conocieron muchos ejemplos del trato bondadoso que dieron los japoneses en casos concretos y se han recibido varias cartas de agradecimiento, de antiguos prisioneros de guerra y personas que habían estado en campos de concentración». Shigemitsu manchó su propia reputación al escribir pasajes tan lamentables. La guerra es inherente al ser humano, pero los japoneses practicaron con refinamiento extremo la inhumanidad en su modo de tratar a aquellos que habían quedado a su merced.

# 16

# Okinawa

### 1. EL DÍA DEL AMOR

La *Guía del Pacífico* de las fuerzas armadas de los Estados Unidos informaba a los visitantes del archipiélago de Ryukyu, cuya isla principal es la de Okinawa, con un comentario gracioso: «Los que deseen un buen recuerdo de su estancia en Nansei Shoto[24] deberían conseguir una pieza de cerámica lacada, de las que dan fama a la isla». En la primavera de 1945, cerca de doce mil estadounidenses y hasta ciento cincuenta mil japoneses hallaron la muerte, y no porcelanas, entre los cerca de cien kilómetros de campos y montañas de Okinawa o en sus aguas costeras. La isla era residencia de unas cuatrocientas cincuenta mil personas, que, aunque poseían la nacionalidad japonesa, preservaban una identidad cultural distinta. Antes de intentar una invasión de las islas principales de Japón, los dos bandos tenían clara la probabilidad de que se disputara primero el control de aquel puesto de avanzada meridional. Era interesante privar a los nipones del control de sus aeródromos, situados a algo menos de la mitad de distancia entre Luzón y Kyushu. El momento en que se inició la operación Iceberg, en la primavera de 1945, fue considerado en Washington como un mero preliminar de la batalla decisiva que se libraría a continuación por las islas principales de Japón. También en Tokio se consideraba que la defensa de Okinawa era crucial para la estrategia de alcanzar una paz negociada. Si los Estados Unidos se veían forzados a pagar muy cara la conquista de una simple isla costera —pensaban los jefes de la nación y su propio emperador—, Washington concluiría que el precio de invadir Kyushu y Honshu era demasiado elevado. El análisis era correcto, pero se engañaron en las conclusiones.

El capitán Kouichi Ito, de veinticinco años, era hijo de un oficial de la Marina y había crecido en la gran base naval de Yokosuka. Ito quería combatir, apasionadamente, pero sufrió el desengaño de verse rechazado como piloto y como marino, dado que tenía tendencia a marearse. En su lugar, devino soldado y se graduó entre la élite de su academia militar, en 1940. Pero a ello le siguió todo un desengaño. Durante casi cuatro años, aquel joven de ambición desatada tuvo que realizar tareas de vigilancia en un destacamento de Manchuria. Mientras las legiones de Japón asaltaban con éxito zonas enteras de Asia y se enfrentaban con los ejércitos estadounidense y británico, Ito se quedaba en su cuartel, leyendo libros interminables sobre la historia militar (en especial, sobre la primera guerra mundial). Su unidad, el

32.° regimiento de infantería, no partió hacia un destino secreto hasta el mes de agosto de 1944. A su llegada, y no antes, él y sus compañeros descubrieron que se habían incorporado a la defensa de Okinawa.

El regimiento, compuesto mayoritariamente por hombres de Hokkaido, halló que la isla le resultaba extraña y, en cierta medida, exótica, con sus campos de caña de azúcar —desconocidos en Hokkaido— y un dialecto nuevo. Okinawa es célebre por un potente guisado de arroz y el *awamori*; licor hecho con la destilación del arroz; que no sentó nada mal a las decenas de miles de soldados que habían comenzado a fortificarse allí. Otra ventaja, cuando las raciones de cigarrillos comenzaron a escasear, fue que los agricultores de Okinawa cultivaran tabaco ilegalmente. Mes a mes, el destacamento se afanó por ampliar y aprovechar una gran red de cuevas naturales, ampliadas mediante trincheras y búnkeres. La obra se hacía sin más útiles que las propias manos; según afirmó Kouichi Ito con laconismo: «No había máquinas». Por su parte, tras haber recorrido la costa en toda su extensión, estaba seguro de que los invasores no desembarcarían nunca en el sector rocoso del sudoeste, donde estaba trabajando su regimiento; y que atrincherarse allí era desperdiciar recursos de gran valor. Pero las órdenes eran las órdenes.

En la primavera de 1945, Ito había ascendido a comandante de batallón. Su unidad estaba mejor pertrechada que la mayoría de las desplegadas en Okinawa, porque traían todo un *stock* de armas de Manchuria. En las comidas de los mandos todavía existía cierta polémica al respecto de si los estadounidenses asaltarían su isla o quizá Formosa, más al sur; pero los setenta y siete mil defensores tenían clara la probabilidad de que tuvieran que luchar en una gran batalla. El joven Ito se daba cuenta de que la guerra estaba yendo mal: «Tras la caída de Saipán, me di cuenta de que podíamos perder». Su regimiento había dejado en Manchuria a un tercio de su complemento de hokkaidenses. Al igual que otras unidades, había completado sus fuerzas con gentes reclutadas en la misma Okinawa, que inspiraban una confianza escasa pero añadían veinte mil reclutas —aunque involuntarios— a la potencia japonesa. Ito se consolaba pensando en algunas opiniones de su padre, un viejo marino que había tratado con algunos estadounidenses durante servicios de escolta en la primera guerra mundial y consideraba, con desdén, que «carecen de todo concepto de disciplina». Su hijo escribió: «Sabía que los Estados Unidos poseían unos recursos industriales extraordinarios, pero no pensaba que, en combate, sus soldados pudieran igualar la determinación de nuestros hombres». Tras haber pasado cinco años como mero espectador de la contienda, el ambicioso oficial estaba ansioso por combatir: «Me parecía estupendo tener una oportunidad de participar en un enfrentamiento real con el enemigo».

Al final, llegó una mañana de marzo en la que, al despertarse, vieron ante ellos, en el mar una escuadra de acorazados estadounidenses, que pronto comenzaron a

bombardear sus posiciones. «Ahora ya lo sabemos —se dijeron los unos a los otros —, empiezan por nosotros». En las horas y los días siguientes estuvieron sentados en sus cuevas, sin actuar, mientras la tierra resonaba sin descanso. Los estadounidenses estaban bombardeando indiscriminadamente, para mantener la incertidumbre sobre su lugar de desembarco. Mientras los japoneses se iban acostumbrando a las descargas, Ito salía periódicamente de su cuartel fortificado a la luz de un día cubierto de polvo. Como no había conocido el fuego, el joven quería ponerse a prueba, de modo que, cuando su unidad se incorporara a los combates, nadie le viera vacilar. Estaba satisfecho de su propia resolución y aguardaba confiado a que los estadounidenses se aventuraran a la costa.

Tras el desembarco de Normandía, el de los estadounidenses en Okinawa fue la mayor operación anfibia de la guerra. Más de mil doscientos navíos transportaron a ciento setenta mil soldados estadounidenses y marinos del 10.° ejército del general Simón Bolívar Buckner, aparte de los ciento veinte mil hombres adicionales que prestaron apoyo logístico y técnico. La conquista de la isla debía ser dirigida por la Marina, bajo los auspicios de Nimitz, aunque los soldados de tierra desempeñarían una función esencial. Cuatro divisiones realizarían el asalto inicial, con otras tres en la reserva. La 5.ª fuerza anfibia del almirante Richmond Kelly Turner contaba con el apoyo de la 5.ª flota del almirante general Raymond Spruance, con más de cuarenta portaaviones, dieciocho acorazados y casi doscientos destructores. «Estuvimos bombardeando todo el día —escribió James Hutchinson respecto del acorazado *Colorado*, el 31 de marzo—. Disparamos sin parar la batería principal, de dieciséis pulgadas, cada tres o cuatro minutos. Es algo que te pone realmente nervioso, con el rato». Entre tanto, varias unidades estadounidenses se dispusieron a capturar diversas islas costeras, como preliminares del asalto principal.

En una de estas, en Tokashiki, esperaba el teniente Yoshihiro Minamoto, de veintidós años, con su unidad de lanchas suicidas o *shinyo*. Minamoto era uno de los dos mil doscientos cadetes que se habían graduado en la Academia militar de Zama en julio de 1944. En cuanto ingeniero, había completado tres años de instrucción, es decir, mucho más que lo que realizaban los oficiales estadounidenses y británicos de la época. Sin embargo, el aspecto más curioso de su desfile y ceremonia de graduación fue la distribución de tareas. Muchos de los tenientes recién nombrados obtuvieron billete para una muerte segura, no para la muerte incierta característica del ejército: cerca de cuatrocientos cincuenta fueron enviados a formarse como pilotos kamikaze. Minamoto estuvo entre otro grupo de ochenta, enviados a una unidad de operaciones navales especiales, cuya misión era asimismo explícitamente suicida. Debían tripular pequeñas lanchas cargadas de explosivos, con las que frenar los desembarcos anfibios estadounidenses. Minamoto, como sus compañeros, afirmaba sentirse bien: «En aquel momento, no había elección». El suicidio era, por entonces,

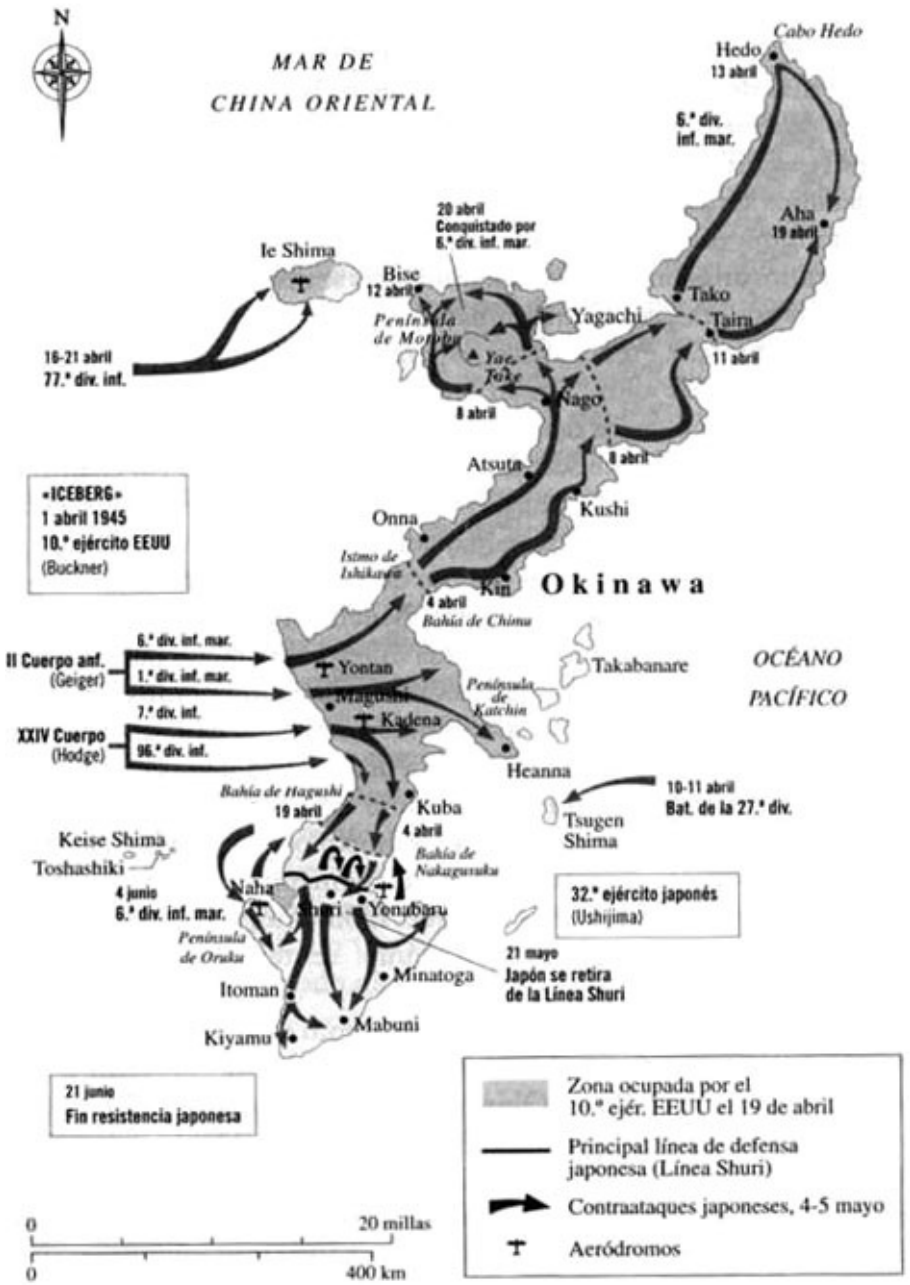
el tema omnipresente en las conversaciones de las fuerzas armadas japonesas.

Sin haberse manchado de sangre, Minamoto estaba imbuido por una condescendencia instintiva hacia su enemigo, que no pervivió apenas más allá de su experiencia en Okinawa: «El bombardeo de la Marina fue terrorífico, parecía que iba a durar para siempre. El sonido del vuelo de los proyectiles me asustaba muchísimo». Sin embargo, la demostración de poder aéreo y naval de los invasores hizo poca mella en el refugio material de los defensores, situado bajo tierra. Minamoto salió de su cueva el 25 de marzo y pudo ver una escena desoladora: «árboles desgajados, el suelo negro, todos los cuarteles arrasados, junto con las casas de los civiles». No obstante, las lanchas suicidas que dirigía se hallaban a salvo, en búnkeres laboriosamente excavados a lo largo de la línea costera. La gloria y la muerte parecían estar al alcance de los dos oficiales y treinta suboficiales de su compañía, concebida para dirigir sus embarcaciones cargadas de explosivos contra los buques y barcos estadounidenses.

Pero las tripulaciones de Tokashiki y las islas vecinas no llegaron a atacar jamás. Se hallaban a unos veinticinco kilómetros de la costa y la escolta naval estadounidense protegía todas las rutas de la Armada invasora. Los japoneses habían esperado que los estadounidenses echarían el ancla más al sur, lo que permitiría a los suicidas atacar desde el costado de mar, desde atrás. En aquel momento, el joven oficial, confuso, pidió instrucciones al cuartel general del palacio de Shuri, en la propia Okinawa. Estas llegaron pronto: «Hundid las lanchas». La orden provocó un momento de histeria entre los japoneses; muchos rompieron a llorar y lamentaron la decisión de los comandantes: «¡No hemos pasado por todo esto para abandonar ahora!». Pero, aunque las instrucciones eran desconcertantes, obedecieron. Minamoto preservó dos lanchas, por si surgía la oportunidad de utilizarlas. El resto —casi un centenar, diseminadas en tres islas— se hundieron en aguas poco profundas. Solo llegaron a utilizarse algunas de la isla de Okinawa, sin apenas consecuencias.

En la mañana del 27 de marzo, las tropas estadounidenses desembarcaron en Tokashiki. Ahora las tripulaciones suicidas carecían de medios para defenderse, más allá de espadas, pistolas y unas pocas granadas. Minamoto ordenó a los timoneles que se retiraran sin demora al extremo septentrional de la isla, para preservarlos para futuras misiones. Él dirigió a todo el personal de mantenimiento —un centenar de hombres— en una acción defensiva breve. En efecto, los norteamericanos tuvieron poco trabajo. Tras perder a nueve hombres en la primera media hora, Minamoto ordenó a los supervivientes que se retiraran hacia el norte. Era contrario a la idea de inmolarse: «Sentí que deseaba luchar hasta la muerte con el enemigo, en lugar de limitarme a causar mi propia muerte». A la postre, no logró ninguna de las dos cosas. Minamoto se convirtió en espectador pasivo de la primera de las espantosas tragedias humanas que desfiguraron la campaña de Okinawa.

Cerca de novecientos campesinos vivían en Tokashiki como familias civiles. Cuando Minamoto y sus hombres marcharon hacia el norte, hacia una confusión de rocas y cuevas, los aldeanos comenzaron a matarse con granadas. En la actualidad, un movimiento revisionista entre los historiadores y nacionalistas japoneses pretende considerar que estos suicidios civiles fueron actos espontáneos, no ordenados ni aprobados por los militares. Pero no es una tesis verosímil, sin lugar a dudas. Se habían suministrado municiones a muchos habitantes, aunque no está claro con qué órdenes. El 28 de marzo de 1945, y en los días siguientes, se inmolaron en Tokashiki 394 personas, entre hombres, mujeres y niños. Según Minamoto: «Sus acciones eran reflejo del ánimo de la época. Eran la consecuencia de todas las informaciones sobre el destino de los civiles japoneses de Saipán. Sin embargo, los isleños no deberían haberse tratado con tanta dureza; los invasores no eran ni chinos ni rusos». Pero cabe afirmar que este sentimiento es más propio de 2005 que de 1945. Por una ironía terrible, Minamoto y sus compañeros de las tripulaciones suicidas sobrevivieron escondidos, mientras fallecía más de una tercera parte de los civiles de Tokashiki. Para los estadounidenses, esta acción menor fue solo una escaramuza, un objetivo menor conquistado por un coste despreciable. En cambio, para los japoneses, fue un anticipo de lo que vendría a continuación, mucho peor.




*Okinawa, abril a mayo de 1945.*

En el amanecer del 1 de abril, un Domingo de Resurrección señalado con el nombre en clave de «Día del amor», miles de hombres de las dos divisiones de Marina y las dos de Tierra que debían dirigir el asalto de Okinawa se apelotonaban en las cubiertas de los barcos, escuchando el sonido distante del fuego de las automáticas. La información sobre las playas del desembarco se había obtenido de un conquiliólogo de ochenta y ocho años, llamado Ditlev D. Thaanum, coleccionista de conchas en la zona, antes de la guerra, que poseía asimismo una colección de fotografías. Un colega de Thaanum, no menos anciano, Daniel Boone Langford, fue trasladado en avión a la zona para compartir su conocimiento con la 5.ª fuerza anfibia de Turner. Langford mencionó, entre otros factores, la presencia de las letales serpientes *habu* en la isla. Todos los soldados y marinos recibieron instrucciones al

respecto, aunque no se tienen noticias de que vieran ninguna. Cuando la armada estadounidense comenzó a bombardear Okinawa, en los días inmediatamente previos al desembarco, los hombres-rana limpiaron de obstáculos y desechos las playas, bajo los mismos ojos de los vigilantes japoneses, quienes no mostraron intención de actuar.

Los invasores tenían que desembarcar en un frente de unos diez kilómetros de longitud, en la costa sudoccidental. Sobrevolaban la zona aviones de observación que dirigían los cañones de Marina. Era imprescindible que los pilotos fueran prudentes, puesto que podían ser alcanzados por determinados proyectiles; sobre todo, el armamento de cinco pulgadas y trayectoria elevada, propio de los destructores. En los barcos, un grupo muy numeroso de espectadores —y futuros actores— vio un repentino estallido de luz y un avión cayó al mar, derribado y envuelto en llamas. Según un cabo del 5.° regimiento de infantería de marina, James Johnston, «todos nos temíamos que la compañía E quedaría literalmente destruida». A las 5:30 h, los conductores de la unidad del teniente Chris Donner bajaron para calentar los motores de sus *amphtracs*, los blindados anfibios. Este joven observador de artillería del l.er regimiento de infantería de marina oyó una voz solitaria e irónica que entonaba el «Oh, What a Beautiful Morning» («Oh, qué mañana más hermosa») de Rodgers y Hammerstein. Donner bajó a la cubierta de tanques del LST (buque de desembarco de tanques) y subió a bordo de su vehículo, entre varios cientos. Salieron a las 6:30 h; en comparación con la oscuridad de la bodega, el brillo del sol les cegaba; el estrépito de los aviones y los cañones de Marina era ensordecedor. Los tanques trazaban círculos frente a la costa, con las olas rompiendo sobre ellos y los hombres sentados sobre las embarcaciones, saludando a los vecinos con una alegría estudiada, mientras aguardaban la orden de desembarcar. Los marinos que miraban desde lo alto de los acorazados les animaron con un grito de guerra: «¡Enviad a esos hijos de puta al infierno, *marines*! ¡Buena suerte!». Las embarcaciones y los tanques se dirigieron entonces a la costa, en filas cerradas. Vistos desde el aire, la estela blanquecina daba la impresión de que una horda de pepinos de mar se estuviera aproximando a Okinawa.

«Ya no había cháchara —escribió Donner—. Todos tenían la cara tensa y los dientes apretados. Por encima incluso del estruendo del motor de los anfibios, comenzamos a oír el tableteo de las armas… Dimos una sacudida que nos arrojó, amontonados, contra una barrera de coral, luego a la arena… Yo encabecé la salida». No hubo disparos en el área inmediata, pero un pelotón oyó voces en una cueva y el intérprete tradujo las órdenes de salir y rendirse. Como no hubo respuesta, barrieron la entrada de la caverna con las Browning automáticas. En el interior, los *marines* encontraron a varios civiles en posición de postrado: dos hombres, una mujer y un niño de tres años, de los cuales solo sobrevivía el pequeño, cubierto por la sangre de

su madre. Según escribió Chris Donner: «Nos lo trajeron de vuelta y Monahan limpió la sangre del niño, que había dejado de llorar. Mi equipo lo llevó a hombros el resto de la tarde… Esta fue la guerra del Domingo de Resurrección. Me puso malo».

El cabo James Johnston subió corriendo por la playa, sin apenas esperanzas al respecto de su propio futuro: «Solo confiaba en alcanzar un puesto de seguridad y arrojarles algunas granadas antes de que me dieran». Los invasores no daban crédito a su supervivencia. Solo encontraron una costa destrozada por los proyectiles y un puñado de campesinos aturdidos, cuando no, muertos; en suma, una resistencia insignificante. «No reconocía nada de lo que veía —contó el teniente Marius Bressoud, del 3.er batallón del 7.° regimiento de infantería de marina—. No había tropas cercadas o inmovilizadas, no había cuerpos». Los estadounidenses se dispersaron por el norte y el sur, conquistaron dos aeródromos, recorrieron en unas pocas horas kilómetros de un terreno que esperaban que les costaría varios días de combates. El almirante general Richmond Turner, al mando de la fuerza anfibia, transmitió a Nimitz: «Quizá esté loco, pero diría que los japoneses han abandonado la guerra, al menos en este sector». Nimitz respondió con un bufido: «Borre todo lo escrito detrás de “loco”».

Sin embargo, lo cierto es que, durante la primera semana de estancia en la costa de los invasores, Okinawa pareció una isla engañosamente inocente, un destino turístico de admirable belleza. Para los estadounidenses, con la sola excepción de los que habían combatido en Saipán, era el primer atisbo de la tierra enemiga y sus gentes, disímiles a los otros campos de batalla que habían conocido: no había jungla, solo vegetación subtropical. El árbol más común era el pino; Nimitz pidió que se transportaran ejemplares jóvenes a Guam. Había frambuesas silvestres, grandes, brillantes, casi insípidas. No se desaprovechaba ni un centímetro de suelo cultivable, con los cerros laboriosamente abancalados. Los oficiales del Estado Mayor se divertían disparando a las palomas. Las unidades avanzaban con un estado de ánimo casi carnavalesco; algunos hombres iban en bicicletas tomadas a los lugareños. Una compañía se hizo con dos caballos; un *marine* se rompió un tobillo al caerse de uno de ellos, lo que, a la vista de los posteriores acontecimientos, quizá le salvó la vida. Los soldados hacían banderas japonesas con tela de paracaídas y luego les disparaban, creando recuerdos que luego vendían a los marinos por cincuenta dólares la pieza.

De las cabañas de los campesinos salieron niños pequeños que pedían cerillas, imitando la acción de encenderlas. El general de infantería de marina O. P. Smith quedó impresionado por la vista de una anciana de Okinawa que rasgaba un papel en pedazos que luego arrojaba al agua, para que se los llevara la corriente. Se trataba de una superstición local: el papel representaba una oración cuyo poder, se suponía, se doblaba cada vez que un fragmento giraba en el aire antes de su inmersión. El

corresponsal del *New Yorker* John Lardner, por su parte, se sintió fascinado por las tumbas que tachonaban todas las colinas, con una tranquilidad relativa, rota solo por enfrentamientos con un enemigo apenas visible:

> *Los caminos eran estrechos y polvorientos, las aldeas eran míseras y sucias, pero aquella isla verde era digna de contemplar. En algunas colinas, los bancales estaban tan apretados, que se asemejaban a un damero de arrozales y verdes campos de caña de azúcar. Había patatas, alubias, ajos, cebollas, rábanos que crecían por todas partes. Los civiles, que ya se sentían menos inquietos, andaban junto a los caminos y nos saludaban.*

Lardner encontró un camión en el que cinco estadounidenses se sentaban junto a un joven civil de Okinawa, herido aquella mañana. Un infante de marina puso un cigarrillo entre los labios del adolescente, intentando animarlo. Tras una calada, el japonés se estremeció y se echó atrás. Según refiere Lardner:

> *Otro hombre dijo:*
> *—¿Para qué tratas así de bien a un japo?*
> *—¿Y por qué no? —preguntó el que había pasado el cigarrillo.*
> *—Bueno, ¿acaso ellos los mandan de vuelta, para que les cuenten a los demás japos lo bien que los tratamos? Porque si lo hicieran, quizá nos tratarían mejor a nosotros…*

El comandante del 10.° ejército compartía la sorpresa del almirante Turner ante la ausencia inicial de resistencia por parte de los japoneses. Los infantes de marina que se desplazaban hacia el norte superaron una oposición esporádica y sin demasiadas dificultades. El general Buckner temía que aquel bajón lo privara de la batalla que ansiaba combatir. Había estado en Kisha, en las islas Aleutianas, y «cuando las tropas del ejército desembarcaron, hallaron que, para su vergüenza, no había japoneses», según escribió O. P. Smith con tono burlón. «No deseaba encontrarse con otro Kisha». Spruance y Turner habían propuesto que Holland Smith, de los *marines*, dirigiera el asalto de Okinawa. Pero Nimitz descartó la idea, porque Smith era tremendamente impopular entre los soldados, después de haber despedido a un comandante de división en Saipán.

El que fue elegido en su lugar, sin embargo, tampoco inspiraba confianza entre todos. Simón Bolívar Buckner, a la sazón de cincuenta y ocho años, era hijo de un sudista de la guerra civil estadounidense, un hombre «rubicundo, más bien grueso, pero de paso notoriamente ágil, de pelo blanco y ojos azules y penetrantes. Su manía personal era la buena forma física». Durante los preparativos de Okinawa, el entusiasmo del general por la instrucción física había causado entre su personal esguinces de tobillo y algún brazo o alguna clavícula rotos. Había pasado la primera guerra mundial entrenando aviadores y, desde entonces, había cumplido en posiciones de Estado Mayor, antes que de combate. Smith escribió: «Buckner había prestado muy poco servicio con la tropa, era sorprendente. Sus métodos y sus valoraciones resultaban bastante inflexibles». Esta concepción reticente era

compartida por otros oficiales de Okinawa, cuyo escepticismo no hizo sino incrementarse en los meses siguientes.

Nimitz tenía razón, claro está, al no hacer caso de la burbuja de euforia inicial de los comandantes locales. Tras una semana de avance prudente, las unidades del ejército situadas en la zona sur de la isla fueron detenidas en seco por fuego de artillería y metralletas. Habían alcanzado la primera de las líneas concéntricas, extraordinariamente poderosas, con las que los japoneses habían fortificado los diez kilómetros más meridionales de Okinawa. El general Mitsuru Ushijima, al mando del 32.° ejército, era el responsable de la defensa de la isla. Se había convencido de que no podía frenar a los estadounidenses en las playas. En su lugar, adoptó el plan diseñado por su oficial de operaciones, el coronel Hiromichi Yahara, partidario de la táctica que denominó «hacerse el dormido». Una fuerza se concentró en el norte de la península de Mobutu, donde ofreció una resistencia tenaz entre el 8 y el 20 de abril. Sin embargo, las posiciones japonesas principales se hallaban en el sur, cerca de la capital, Naha, donde los hombres de Ushijima habían creado una serie de fortificaciones conocida como «Línea Shuri». Contando a los soldados reclutados en Okinawa, se habían desplegado noventa y siete mil japoneses, aglomerados en uno de los perímetros más reducidos de la guerra.

Durante más de dos meses, los soldados y *marines* estadounidenses asaltaron los búnkeres y las trincheras de Ushijima, pagando con sangre cada metro conquistado. La batalla fue más intensa que cualquier otra de las experimentadas hasta el momento en el Pacífico por las fuerzas estadounidenses. Como de costumbre, los japoneses habían elegido bien sus posiciones. Dominaban atalayas en terreno elevado y contaban con cañones ocultos, minas y defensas casi infranqueables mediante un ataque frontal. Sobre todo, tenían armas y munición en abundancia. En Okinawa, el ejército japonés, que con frecuencia carecía del suficiente respaldo de la artillería, disponía de él a su gusto. Según el capitán de infantería de marina Levi Burcham: «La táctica del enemigo que más nos impresionó fue la intensidad y la eficacia de su artillería, junto con el hecho de que su fuego cubría no solo nuestra línea del frente, sino también —algo que resultaba nuevo para la mayoría— mucho más atrás, en las zonas de vanguardia, los almacenes de intendencia y similares».

El Cuerpo XXIV del ejército estadounidense recibió, en cierto periodo de tan solo veinticuatro horas, unos catorce mil proyectiles japoneses. Los invasores tenían ventaja numérica, pero apenas le sacaban partido, dado que el enemigo podía concentrar sus fuerzas para sostener un frente de tan solo cinco kilómetros de amplitud (la anchura de la isla). Buckner no vio más alternativa que la de lanzar ataques frontales sucesivos, que, no obstante, no obtuvieron más resultado que el de fracasos sangrientos y repetidos. Cuando comenzó a llover fuerte, fue una batalla de

decenas de miles por la posesión de unos pocos metros de fango. El fuego de artillería mezclaba miembros, detritos y excrementos para crear un compuesto repugnante cuyo hedor se extendía hasta la misma retaguardia. Eran escenas más familiares a los veteranos de la primera guerra mundial que a los de la segunda. Transcurridas las primeras semanas, las informaciones de prensa sobre los horrores de Okinawa despertaron cólera y críticas feroces en los Estados Unidos. Se antojaba incomprensible que, con el hundimiento de Alemania y el triunfo del poder estadounidense en casi todo el mundo, los jóvenes del país tuvieran que sufrir pruebas tan espantosas. ¿Cómo podía explicarse que la fuerza conjunta del ejército, la Marina y la fuerza aérea de los Estados Unidos naufragara de un modo tan estrepitoso?

Los padres de un hombre fallecido en la colina de Héctor escribieron una carta brutal, en la que tildaban a los oficiales de asesinos, por haber abandonado a su hijo. En su unidad se intentó averiguar quién podría haber escrito a casa con palabras tales que hicieran que la familia del difunto albergase aquella amargura. Otra carta, del padre de un herido, reprochaba al ejército que hubiera hecho combatir a su hijo sin la instrucción adecuada. El teniente Jeptha Carell, del 3.er batallón del 7.° regimiento de infantería de marina, llegó a creer que no se debía autorizar la presencia de hombres casados y con hijos en la línea del frente: «La pérdida de un padre no es solo un motivo de lamento para la familia, sino que además supone un desastre económico». Cuando un miembro de su sección murió a consecuencia de un cohete estadounidense que no llegó a su objetivo, Carell escribió a la viuda, que respondió con una carta triste y emotiva, en la que denunciaba que tenía cinco hijos a su cargo, y que concluía con estas palabras: «¡Confío en que estará satisfecho!». James Johnston escribió, con añoranza: «¡Ay! Ver de nuevo a la familia, la nieve, las luces de la ciudad, las muchachas, los viejos amigos y los nuevos, aquellos benditos cerros de casa. ¡Ay! Comerse de nuevo los platos fantásticos que cocinaba mamá y beberse aquel agua tan fresca… ¡y un vaso de leche!».

De camino a Okinawa, el teniente del ejército Don Siebert se encontró compartiendo un C-47 (el «Albatros») con un grupo de enfermeras. Las muchachas se burlaban de los reemplazos jóvenes sin apenas reparos, diciendo que pronto les volverían a ver en un vuelo de evacuación de las bajas. Según Siebert: «Desde luego, la idea era todo un consuelo, pero nosotros teníamos tantas ganas de combatir que no hicimos caso de la advertencia; solo les sacamos la promesa de que nos atenderían con especial cuidado». En cuanto al propio Siebert, se sentía inquieto, como muchos oficiales novatos, sobre si cumpliría bien con su función: «Me preguntaba: “¿Aceptarán mis hombres que sea su jefe? ¿Tendré problemas en mi relación con ellos?”». Había leído manuales de campo con asiduidad, durante todo el traslado hasta el frente, donde se unió al 382.° regimiento de infantería, desplegado frente al

palacio de Shuri. Para su decepción, se le nombró asistente del regimiento y responsable de combustible. Pero solicitó formar parte de un batallón del frente —para sorpresa general— y fue recompensado con una sección de la compañía Fox.

El recién llegado avanzó como pudo entre la fuerte lluvia para tomar el mando de su grupo, terriblemente reducido, de tan solo dieciséis hombres. «Eran caras extrañas; sucias, cansadas, demacradas, pero aun así, los hombres parecían tener mucha moral». Nada más entrar en combate vio desaparecer al sargento de la sección, tras ser herido por fragmentos de mortero. Cuando perdió a otro nombre, Siebert se sintió avergonzado: ni siquiera se había aprendido su nombre. Un joven teniente, Magrath, trepó a una roca para tener una vista general de su primer campo de batalla. «¡Baja de ahí, imbécil!», le gritó un sargento, pero era demasiado tarde: una bala le perforó la garganta. Mientras se lo llevaban, Magrath no hacía más que preguntar, con afán, si podría seguir tocando la trompeta en su banda de música de baile.

En su primer encuentro con los japoneses, Siebert se quedó atónito al ver que un soldado enemigo seguía corriendo hacia ellos incluso después de haber sido alcanzado por varias balas de carabina. Siebert dejó entonces la carabina y cogió un rifle M1. «Una de las flaquezas del ejército estadounidense, en lo que a los combates se refería, eran las misiones nocturnas. De noche casi no luchábamos, casi no nos movíamos, en realidad… Los *japos*, por el contrario, utilizaban la oscuridad. Sabían combatir, moverse y reabastecerse en la oscuridad». De noche, los soldados estadounidenses, refugiados bajo un poncho para ocultar el resplandor de los cigarrillos, eran muy conscientes del peligro de ser sorprendidos. En cierta ocasión, en las posiciones de la compañía de infantería a la que acompañaba el artillero Chris Donner, un hombre cayó presa del pánico al oír un ruido inesperado. Comenzó a disparar como un loco y mató a cinco infantes de su propia compañía antes de que alguien lo abatiera. El comandante, según escribió Donner, estaba «amargado por aquellas bajas absurdas. El equipo se movía con dificultades».

La alerta podía surgir también por el paso de civiles o de animales errantes. En cierta ocasión, se tomó por infiltrados a lo que en realidad eran cabras blancas. Una noche, los hombres de Don Siebert estaban en las trincheras, en el extremo de un campo extenso, cuando oyeron movimientos y susurros. Las bengalas no revelaron nada, pero no cabía duda de que había algo o alguien allá fuera. El teniente ordenó abrir fuego, a lo que siguieron los quejidos y chillidos de un niño. Siebert tenía miedo de que fuera una trampa, concebida por los japoneses para que los estadounidenses salieran de sus escondites. «Contra lo que me dictaba el instinto, ordené a la sección que abriera fuego otra vez; seguro que matamos al niño, porque ya no se oyeron más llantos. La situación me deprimió muchísimo. Y aun así, entendí que era necesario para proteger las vidas de mis hombres». Y quizá, en efecto, lo era. Citemos de nuevo a Chris Donner:

*Con la tarde, llegó la orden de avanzar. Una descarga breve de la artillería sobresaltó tanto al capitán Sweet que hubo que retirarlo… Cuando las unidades, ninguna superior a los veinticinco elementos, convergieron en la loma de enfrente, repleta de maleza, no hubo disparos de ninguna clase. Entonces, caminando erectos y a tan solo unos metros de los arbustos, les atacaron de pronto con una descarga deslumbrante de ametralladoras ligeras y una lluvia de morteros. No había dónde refugiarse. Cayeron, se retorcieron, les dieron otra vez. Solo un puñado logró regresar; entre ellos, un teniente que temblaba y se agitaba con un sollozo estremecedor, diciendo una y otra vez: «Ha sido horrible, por Dios, ha sido horrible. Han muerto todos». Yo también me sentí fatal.*

Los mosquitos de Okinawa eran más pequeños que los de otras islas del Pacífico, pero no menos agresivos, y para colmo de males los acompañaba una plaga de pulgas. Los insectos revoloteaban formando nubes sobre los cadáveres. No faltaba el agua; en realidad, sobraba, con la lluvia incesante. Las raciones se complementaban con verduras tomadas de los huertos de los campesinos locales. Muchos hombres descubrieron que la combinación de raciones enlatadas y estrés favorecía el estreñimiento, que intentaban aliviar con una lavativa casera, compuesta de chocolate (de la ración de campaña) y leche en polvo, calentadas con explosivo plástico C-2. Sin embargo, el factor principal de sus vidas y sus muertes era el desgaste causado día tras día por los francotiradores, las ametralladoras y la artillería. «Cuando la bala pegó en la cabeza de Gosman, sonó como si alguien hubiera golpeado un melón maduro con un bate de béisbol». Cada vez eran menos para sostener los penosos avances de cresta a cresta de los cerros. Corrían expresiones para denominar a los que habían sobrevivido físicamente, pero sin ánimo: «mirar a mil metros», «quedarse con la mirada fija en el mamparo», «quedarse asiático». En aquellas circunstancias, James Johnston se acordaba de «aquel viejo poemita»:

*Era un señor que se fue al mar y dejó tierra tras de sí.*
*Lo conocía: él era yo y ahora no sé dónde estará.*

Un reemplazo gallito y agresivo, llamado Anderson, comenzó su primer día desdeñando las advertencias de Johnston, conforme no entraran en las cuevas de la isla. El cabo le dijo, con aire de resignación: «Lo único que quiero es conservarte con vida». Tras probar brevemente cómo eran los combates en Okinawa, el jovencito peleón corrió a dar parte a la enfermería y no se le volvió a ver.

Johnston también tuvo que marcharse, tras ser alcanzado por fragmentos de mortero en el cerco de Awahaca. En el hospital de campo, una voz llamó, de pronto: «¿Hay alguien aquí de Nebraska?». Cuando el infante de marina alzó la mano, tuvo la sorprendente oportunidad de hablar con un chaval al que había conocido en casa, cierto Kenny Yant, ahora auxiliar médico. Yant sostuvo la mano de Johnston mientras el cirujano extraía la metralla de su cuerpo. Una enfermera bajita le decía: «No se apure, *marine*. El doctor casi lo tiene». Johnston tuvo esta clase de impresiones: «Tenía el tacto de un ángel. La sentía tan cerca, que incluso la podía oler. Despedía

olor a jabón Camay[25]». Tras recibir el alta, se le comunicó que tenía derecho a volver a casa, pero que su batallón agradecería que regresara con ellos. Johnston volvió a los Estados Unidos.

El teniente John Armiger se aventuró a exponerse en el cerro de Terra y, tras estudiar la situación con sus prismáticos, gritó que podía ver a un francotirador japonés, que apuntaba con la mira telescópica. Todos se echaron a tierra, salvo el propio Armiger, que se demoró ligeramente; al cabo de un segundo, recibió una herida letal en el abdomen. El 26 de abril, cayó una bomba de mortero junto al teniente Gage Rodman, comandante de compañía en el 17.° de infantería:

> *Sabía que me habían dado, pero solo veía sangre en la pierna. Hasta que vi lo que parecían ser varios metros de tubo rosado, frente a mis pantalones… Uno de los jefes asistentes de mi pelotón se acercó a donde yo estaba y, rompiendo su ropa de primeros auxilios, hizo una cobertura temporal para mis intestinos, que habían quedado al descubierto… En el Hospital Quirúrgico Portátil n.° 102, me operaron para extirpar la mayoría de fragmentos de metralla y para realizar una colostomía con la que sustituir mi función intestinal, que había quedado segada.*

Durante varios meses, no hubo esperanzas para la vida de Rodman, aunque él persistió en calmar la inquietud de sus padres: «Ya veis, ahora estoy completamente fuera de peligro. Estoy en un hospital de retaguardia. Además, os puedo anticipar que no participaré en ningún combate durante los meses próximos. No quisiera que os preocuparais; pensad que, de aquí en adelante, todo es solo convalecencia». El joven oficial no pudo ser evacuado hasta el 3 de julio. Tras llegar a los Estados Unidos, sufrió varios abscesos cerebrales que le dejaron semiparalizado.

Si los invasores estaban horrorizados por su situación, peor era, con mucho, la que sufrían los defensores. Morían diez veces más soldados japoneses que estadounidenses. El 27 de abril, el batallón del capitán Kouichi Ito, del 32.° regimiento, utilizó mil bombas de mortero en tan solo veinticuatro horas, al recibir los primeros ataques aliados. Habían pasado varios meses preparando posiciones de trinchera muy fortificadas, pero, en el momento decisivo, se hallaron desplegados en una zona en la que solo disponían de hoyos excavados a toda prisa. Les ofrecían una protección a todas luces insuficiente contra la artillería estadounidense, micho más pesada que la que pudiera manejar Ushijima. Entonces se enfrentaron a los primeros blindados. Como el resto del ejército japonés, el 52.° regimiento estaba horriblemente mal pertrechado para luchar contra los tanques: solo poseía dos cañones anticarro, que resultaron destruidos al cabo de unas pocas horas, por efecto de los proyectiles estadounidenses. En adelante, las compañías de Ito se vieron obligadas a improvisar, del único modo que se conocía en el ejército japonés: se daba a los hombres una mina o un obús para que lo hicieran detonar contra los tanques cuando estos se aproximaran. Ito intentó realizar despedidas personales, dando la mano con

solemnidad a cada uno de los soldados designados para la tarea. El sargento Kaoru Imai, un suboficial especialmente apreciado por el capitán, corrió detrás de un tanque estadounidense con una mina, pero sufrió la humillación de no poder alcanzarlo. La torreta lo vio, se giró y disparó, matando a Imai.

La intensidad del desgaste era descorazonadora. La mayoría de los hombres de Ito se conocían desde hacía varios años y ahora, se estaban muriendo como chinches cada hora. «En los dos primeros días sufrimos trescientas bajas», contaba Ito. El segundo del batallón, el teniente Kashiski, realizó el peligroso recorrido de su perímetro en la primera noche, animando a los hombres y ensalzando su actuación. Pero todos sabían que su situación era desesperada. Ito comenzó a pensar que su padre había subestimado al enemigo. Uno de los comandantes de su compañía se quejaba, enfadado, por la línea de teléfono que los unía al búnker de mando: «No se puede tratar a estos estadounidenses a la ligera».

Los invasores lograron éxitos notables cuando los defensores se precipitaban a abandonar sus posiciones para contraatacar. Una y otra vez, los intentos de los japoneses para recuperar terreno o sorprender al enemigo caían machacados por la artillería. Tras los primeros fracasos, con su elevado número de bajas, Ushijima se mostró menos dispuesto a arriesgar la vida de sus unidades. Prefería retenerlas en sus defensas, bien excavadas y defendidas, para que fueran los estadounidenses los que pagaran el precio del movimiento. Tanto la infantería de tierra como la de marina se encontraron atrapadas en una experiencia tan infernal como cualquier otra de las vividas en la guerra. Las noticias de la muerte de su presidente, Franklin D. Roosevelt, ocurrida el 12 de abril, parecían tan remotas como un mensaje venido de la Luna. Según escribió un oficial de infantería: «La noticia causó una conmoción. Pero mientras íbamos pasándola a los hombres, cada uno tenía sus propios problemas y, en aquel momento, el más importante, sin duda, era el de conservar el pellejo en una sola pieza». Solo importaba una zona, unos pocos metros cuadrados alrededor de la trinchera, los hombres de la trinchera siguiente. En el índice geográfico de los horrores del Pacífico entró toda una lista de nombres nuevos: la colina de Pan de Azúcar, el valle de Wana, el golfo de Awacha, el palacio de Shuri.

Cuando se ordenó al teniente de infantería de marina Marius Bressoud que realizara un nuevo asalto contra el cerro de Wana, sintió un arranque inmediato de melancolía, porque me di cuenta de que había llegado el día de mi muerte. Antes, me lavaba los dientes con entusiasmo, todas las mañanas. No teníamos pasta de dientes, claro está, pero yo ponía toda mi fe en el cepillo y lo usaba con agua, sin más. Llevado por la costumbre, aquella mañana también lo cogí, pero me dije: «¿A qué darme el trabajo? Por la noche estaré muerto». Pero entonces me lo pensé mejor: «¿Por qué no cepillarme los dientes? Tengo tiempo. Lo haré, por si acaso sobreviviera».

Bressoud sobrevivió, pero el ataque de su unidad fue un fracaso. «Era imposible atacar a las tropas japonesas atrincheradas y llevar cuidado. Lo que necesitábamos eran unos cuantos locos a quienes les diera igual vivir o morir, y el nivel de compromiso de la compañía I, aquel día, rayaba con la locura». Uno de los infantes de Bressoud, un joven, quedó herido en la colina y llamaba a gritos a su madre. El auxiliar médico de la sección lo contemplaba con frustración amarga. Bressoud le pidió que no se hiciera el héroe, porque no valía la pena tener a dos hombres muertos o heridos, en lugar de solo a uno. Sin embargo, al auxiliar se le hizo imposible resistir: «No lo puedo aguantar más. Voy a ayudarle». Se arrastró hacia delante y, como al herido, no le volvieron a ver jamás.

«A nivel de las unidades menores, el combate era una sucesión incesante de decisiones, que podían resultar agónicas y paralizadores», escribió el teniente Jeptha Carell, del 3.er batallón del 7.° regimiento de infantería de marina. La primera acción de combate de Carell se inició con un error. Al avanzar para lanzar un ataque, el sargento de su sección fue herido en el estómago, justo a su lado, y un auxiliar médico cayó muerto. Carell olvidó su responsabilidad de mando y se arrodilló para intentar salvar al suboficial:

> *Creo que nunca había reflexionado de forma consciente sobre la posibilidad de perderlo y, por tanto, no me había preparado adecuadamente para la situación. Lo examiné y atendí con desesperación… Pero fue un error dedicar tanto tiempo a Jones, en lugar de seguir avanzando con la sección. Eso redujo la velocidad y la fuerza de nuestro asalto a la colina e hizo que el ataque resultara más difícil para el resto de la compañía.*

A veces, un pequeño consuelo podía significar muchísimo para los hombres que vivían en circunstancias como las que experimentó el 10.° ejército en Okinawa. Joseph Kohn, artillero de veinte años, escribió estas palabras a su familia de Nueva Jersey, el 14 de mayo:

> *Querida mamá, querido papá:*
>
> *Cada cierto tiempo, uno se encuentra aquí con tipos majos de verdad. Hay un chaval en tanques con el que me puse a charlar y, antes de que me diera cuenta, ya me había invitado. No sé cómo las habría conseguido, pero tenía harina y levadura y antes de que te dieras cuenta estaba preparando tortitas para mí y todos los compañeros.*

La camaradería, la relación de amor entre los hombres, es la única fuerza que convierte en soportable tales circunstancias. El teniente de infantería de marina Richard Kennard escribió a sus padres, el 13 de mayo:

> *A medida que pasan las semanas, me siento cada vez más próximo de mi amigo el soldado Jack Adamson, que creció en una granja del norte de Wisconsin. Es un cristiano perfecto y, a mi modo de ver, el joven americano más ideal que yo haya conocido nunca. He vivido muy cerca de él y sé lo que digo. Jack es el hombre más limpio y meticuloso que haya visto nunca. Es perfectamente generoso y siempre piensa*

*primero en los colegas de la sección de artillería. No fuma, ni bebe ni maldice. Ya sabéis que un buen cristiano siempre tiene muchos amigos pero, en cambio, es muy poco apreciado, porque hoy casi nadie entiende lo que eso significa.*

Kennard tenía una novia en los Estados Unidos, cierta Marilyn, modelo de éxito. Sin embargo, en el caso de morir, Kennard rogaba a sus padres que le enviaran a Jack Adamson todo el dinero de que él pudiera disponer: «Marilyn no lo necesitará». Las necesidades de la amistad con un hombre con el cual compartía la proximidad del peligro de muerte parecían más acuciantes que las de una muchacha situada a medio mundo de distancia.

El asalto precipitado de Buckner contra la Línea Shuri reavivó los enfrentamientos habituales entre las distintas ramas de las fuerzas armadas Los *marines* solían pensar que los soldados de Tierra carecían de pericia, de dinamismo y de agallas. Según lo dejó escrito el auxiliar médico Bill Jenkins: «La infantería de marina y el ejército de Tierra se miran con disgusto… Pensábamos que eran una panda de miedicas». Los infantes de marina que relevaron a la 27.ª división del ejército de Tierra se reían de la profundidad de sus trincheras, a lo que un soldado les respondió: «No os reiréis tanto cuando os entren silbando los proyectiles». Y en efecto, al cabo de unas pocas horas, los *marines* estaban intentando dar más profundidad a los refugios. «Se nos permitía pensar, si no es que se nos animaba a hacerlo, que el avance del ejército era lento porque las tropas de Tierra no eran tan valientes y capaces ni estaban tan bien entrenadas como las nuestras —escribió el teniente de infantería de marina Marius Bressoud—. Solo cuando tuvimos que enfrentarnos con nuestras propias fuerzas con el bastión de Shuri empezamos a respetar como es debido a nuestros colegas de a pie».

Los oficiales más destacados de la infantería de marina, no obstante, continuaban pensando que la dirección del general Buckner carecía de imaginación, estaba condenada al fracaso casi con seguridad y, con total certeza, iba a costar muchísimas vidas. Defendían un nuevo desembarco anfibio por la retaguardia de los japoneses, para lo cual estaba disponible aún una división de reserva. El 18 de abril, O. P. Smith le dijo al almirante Turner que pensaba que Buckner era exageradamente optimista al respecto de la capacidad de la artillería para abrir una brecha relevante. El almirante estuvo de acuerdo, pero replicó que no se podía intervenir. «Que Dios le bendiga», le dijo Turner a Smith, con su despedida de costumbre. Pero durante las semanas siguientes, Dios no pareció bendecir al 10.° ejército ni a sus tácticas. Smith hizo constar su desdén por la falta de experiencia de combate de Buckner. El general, a su juicio, quitaba valor a la experiencia de infantería de marina, que prefería ajustar la distancia de disparo con pruebas de exceso y defecto, en lugar de realizar una lluvia constante sobre las posiciones enemigas. Smith criticaba a los de Tierra por defender posiciones situadas incluso a ochocientos metros de distancia de las tropas japonesas;

los *marines* consideraban más apropiada una distancia de cien o doscientos metros.

Smith describió una visita a la 27.ª división, realizada en compañía del comandante del 10.° ejército. Era una formación a la que nadie tenía en mucha estima: «La división estaba muy castigada y no sabía si quería continuar combatiendo o no… Cuando el general Buckner hizo una ronda y fue preguntando a diversas personas qué preferían, confiaba en obtener la respuesta de que preferían entrar en combate; pero no, tenían más interés en un permiso para volver a casa». Smith sentía disgusto ante el hecho de que la 27.ª división no había alcanzado a enterrar a sus propios muertos. Pero a la postre, la infantería de marina se vio obligada a conceder que tampoco sus formaciones lograban avances más rápidos o menos costosos Combatir entre civiles es siempre repugnante pero en Okinawa, la situación sobrepasó los límites. Según anotó Chris Donner en cierta ocasión: «En el suelo encontramos el cuerpo de una joven de Okinawa, una muchacha que tendría quince o dieciséis años y, probablemente, había sido muy hermosa. Estaba desnuda, tirada sobre la espalda, con los brazo abiertos y las rodillas subidas, pero separadas. A la pobre muchacha la habían matado de un tiro en el pecho izquierdo y era obvio que la habían violado a lo salvaje». Parecía improbable que fuera obra de soldados japoneses. No mucho después, varios hombres de la unidad de infantería a la que acompañaba Donner cayeron muertos por efecto del fuego de un grupo de enemigos invisibles, apostados en lo alto de una loma. De pronto, los estadounidenses vieron a una japonesa que abrazaba a un bebé, convencidos de que estaba espiando para los enemigos, algunos gritaron «¡Cargaos a esa zorra! ¡Cargaos a la japonesa!». Estalló una ráfaga; la mujer cayó al suelo, intentó ponerse de pie y se arrastró como pudo hacia el bebé. Tras otra serie de disparos, cayó de nuevo y se quedó inmóvil. Donner lo describió así:

> *Ninguno de los hombres se atrevió a reconocer que había disparado… aquel cerro era un caos apestoso, con latas a medio comer, japos muertos, heces humanas, todo cubierto de moscas enfebrecidas… Un cabo fue arrastrado fuera y se le hizo una transfusión. Había perdido el pie desde el tobillo. Cuando pudieron traer una camilla y llevárselo, comenzó a fumarse un cigarrillo que alguien le había dado. Entonces, con la cara encogida por el dolor, nos saludó y gritó: «Estoy listo, gente. Mi hora de la libertad. Buena suerte a todos».*

El *marine* Eugene Sledge quedó impresionado por la vista de un japonés que permanecía en su puesto, con las ametralladoras, pero le habían volado, literalmente, la tapa de los sesos. La lluvia de la noche se había acumulado en el cráneo abierto. Mientras la unidad se sentaba en los alrededores para aguardar al relevo, uno de los compañeros de Sledge se dedicó a ir arrojando fragmentos de coral en aquel extraño recipiente, que sonaba y salpicaba cada vez que hacía puntería en el blanco.

En un hospital de la retaguardia, O. P. Smith inspeccionó los casos de fatiga de combate, que en Okinawa se contaban por miles. Observó a un doctor que trataba a

un infante de marina en cuya trinchera había aterrizado una ronda de mortero. «Nadie habría podido representar el miedo mejor que aquel hombre. No hacía sino musitar: “Mortero, mortero, mortero”. El médico le preguntó qué pensaba hacer ahora y él respondió: “Cavar más hondo, cavar más hondo”. El doctor le indicó que lo hiciera y el hombre se puso de rodillas y comenzó a realizar movimientos de excavación en un rincón de la sala». Otro hombre, a quien se había recomendado condecorar con la Estrella de Plata, quedó superado por la culpa ante el hecho de haber matado a tantos japoneses. Había otros encamados, sin embargo, por los cuales el general de *marines* sentía mucha menos simpatía: «Me temo… que hay muchos casos de supuesta “fatiga de combate” en los que los hombres no deberían haber vuelto al hospital». ¿Qué le habría dicho Smith a un hombre como el médico Bill Jenkins, cuya sección pasó por el doble de sus fuerzas originales antes de que el hombre de la Marina se presentara ante su sargento, se quitara el cinto, entregara la pistola y dijera: «Puede meterse esta guerra por dónde le quepa, yo me largo»? El suboficial dio a Jenkins un tazón de café y, sin protestar, le incluyó en la lista de los que sufrían «estado de psiconeurosis con ansiedad». Fue evacuado a Saipán.

Tras sus dos primeros días en acción, el batallón del capitán japonés Kouichi Ito solo recibió raciones de pan como sustento. El 2 de mayo se les ordenó que participaran en una importante contraofensiva en dos lomas controladas por el XXIV Cuerpo estadounidense. Con un coste terrible y sin apenas apoyo de la artillería, ganaron un cerro y obligaron al frente de los norteamericanos a retirarse cerca de kilómetro y medio. «Habíamos cumplido con nuestra parte, pero nos preguntábamos si acaso podía decirse lo mismo de todos los demás», dijo Ito, haciéndose eco de los sentimientos de muchos soldados en muchas batallas. La unidad vecina no logró reconquistar la segunda loma. La consecuencia de ello fue que, en los días siguientes, el batallón de Ito sufrió pérdidas devastadoras, mientras intentaba defender una plataforma que sobresalía de las escarpaduras de Tanabaru, dominada, por tres lados, por los estadounidenses y sus concentraciones artilleras.

El 6 de mayo, con notable retraso, se ordenó a Ito que se retirara. Consoló a sus hombres con una cita pronunciada por el general cuando se hallaba en una situación desesperada, durante la primera guerra mundial: «No lo consideren como una retirada, sino como un avance en una dirección distinta». Carecían de medios para trasladar a treinta hombres muy malheridos. Ito se movió entre ellos y les repartió granadas que les permitirían llevarse consigo al otro mundo a algún que otro compañero estadounidense. Un hombre que conocía bien, el soldado de primera clase Kurokawa, le rogó una y otra vez: «Llévame contigo, llévame contigo, por favor, por favor…». Pero también Kurokawa se quedó allí, para enfrentarse a la muerte con su granada. En aquellas circunstancias habían muerto muchos camaradas muy próximos: Ohyama, Mori, Otaki, junto con otros muchos cuyos nombres olvidó Ito. Muchos

más fallecieron durante la sangrienta huida hacia una posición casi dos kilómetros más lejana.

Las ruinas de Naha, la capital de Okinawa, cayeron en manos de los estadounidenses el 27 de mayo. Ushijima se retiró a sus posiciones finales, más al sudoeste, en la península de Oruku. Aquí, Ito y sus hombres se reunieron con su comandante, junto con varios miles de defensores supervivientes. En los primeros días de junio, el capitán descubrió que contaba solo con 135 hombres, cuando su batallón había estado integrado por quinientos: «Estábamos exhaustos, moral y materialmente. Nos enfrentábamos al aprieto tradicional de los guerreros tradicionales de antaño, con la espalda contra la pared». Estaban orgullosos de las bajas que habían infligido a los estadounidenses, pero no se les escapaba que les habían quebrado al fin la defensa. Metro a metro, los soldados y *marines* de Buckner habían hecho trizas al 32.° ejército japonés. Ito y unos pocos compañeros estuvieron entre los varios cientos de hombres que se negaron tanto a rendirse como a suicidarse y optaron por refugiarse en las innumerables cuevas de Okinawa, saliendo por la noche para robar alimentos, con la ayuda de los civiles del lugar.

Los últimos días de la batalla resultaron especialmente horribles por la presencia de numerosos niños y mujeres entre los defensores japoneses; algunos, con voluntad de continuar con vida, otros, resueltos a morir. Cuando el teniente Marius Bressoud, de la infantería de marina, abrió con dinamita la boca de una cueva, emergió una multitud de civiles, que envió hacia la retaguardia. Quedaron tres, seriamente heridos: un niño, su madre y su abuela. El sargento de sección Joe Taylor dijo: «No podemos dejar a esta gente en estas condiciones, pero tampoco dedicarles una escolta específica». Bressoud sabía que el suboficial daba a entender que tendrían que acabar con las penalidades de aquellos okinawenses, como si se tratara de animales heridos. Preguntó si había algún voluntario para la tarea, y se hizo el silencio. «De acuerdo. Lo haré yo mismo, dije. Los tres yacían quietos, boca arriba. Algún miembro especialmente considerado de la sección había colocado paños blancos y limpios sobre sus rostros, para que no tuviera que mirarlos a la cara. Les disparé a todos en la cabeza». Pero la madre y la abuela seguían agitándose. Bressoud, católico devoto, volvió a disparar una y otra vez.

> *En aquel momento, los paños y las cabezas eran un panorama desolador. Desde luego, no había logrado una ejecución limpia, al estilo de una banda. Me sentía embargado por una emoción que soy incapaz de describir… completamente avergonzado, no por haberlos matado, sino por haberlo hecho de una manera tan emotiva y tan poco profesional.*

La resistencia se fue agotando durante las últimas semanas de junio. Pero si la campaña terrestre de Buckner había representado una experiencia espeluznante para los soldados de tierra y la infantería de marina de los Estados Unidos, esta quedó igualada —o quizá fue superada— por las batallas libradas en el mar. La batalla naval

de Okinawa costó más vidas que cualquier otra de las combatidas por la Marina de los Estados Unidos en la guerra del Pacífico.

#### 2. EN EL MAR

El 32.° ejército de Ushijima suponía la defensa estática de Okinawa. El núcleo de la estrategia japonesa, sin embargo, consistía en un ataque aéreo contra la flota invasora, en una escala desconocida hasta entonces en el escenario del Pacífico. Los estadounidenses dependían casi por completo de los portaaviones para dar protección a los cazas, porque los aeródromos capturados en tierra siguieron durante varias semanas dentro del alcance de la artillería japonesa y, además, podían dar servicio a pocos aviones. Los grupos de trabajo del almirante general Marc Mitscher eran capaces de mantener a escuadrillas de combate aéreo de no más de sesenta u ochenta cazas. Los japoneses lanzaron una sucesión de ataques en su contra, el primero de los cuales, el 6 de abril, constaba de setecientos aviones; 355 de ellos, kamikazes.

Desde el destructor *Howorth*, el suboficial James Orvill Raines estaba escribiendo una de las numerosas cartas apasionadas que envió a su esposa Ray Ellen, en la residencia familiar de Dallas: «Estamos de nuevo en Okinawa, hemos vuelto muy deprisa (aún no puedo desvelar por qué). En cualquier caso, aunque hace más frío que en la nevera de un esquimal, todo va bien. No hemos dormido la noche pasada, por los *bogies*[26] pero ahora todo marcha. Hasta luego, cariño. Más en cuanto pueda, *Poppie*».

Raines, de veintiséis años, había sido un hijo de la Depresión, más o menos desarraigado, que inició una carrera de periodismo justo antes de que estallara la guerra. El 6 de abril, un kamikaze se lanzó contra el punto de control de artillería del *Howorth*, causando la muerte de dieciséis hombres. Raines, con quemaduras graves, voló por la borda y murió en el mar, en brazos de otro marino. Según escribió el capitán del *Howorth* a Ray Ellen: «Su marido era muy popular entre los oficiales y soldados de a bordo. Sin duda, no había ningún *chaqueta azul* más admirable que él». Confiamos en que la señora de Raines no supiera nunca que eran las mismas frases que se dedicaron a todos y cada uno de los fallecidos del *Howorth*. Sin embargo, ¿acaso el capitán podía haber personalizado las misivas, cuando se veía obligado a enviarlas al por mayor?

Cerca de cuatrocientos aviones japoneses sobrepasaron a las patrullas de combate aéreo el 6 de abril. Hundieron seis barcos, incluidos dos destructores; otros dieciocho quedaron dañados, sobre todo por efecto de los kamikazes. Fue solo la primera ronda de una lucha que persistió durante toda la campaña terrestre de Okinawa e incluso más adelante. Las alertas de radio sobre los ataques inminentes anunciaban la presencia de lanchas no identificadas (*skunks*, literalmente, «mofetas») y aviones

(*bogies*). Por ejemplo, así: «Cuarta incursión aviones, calculados cincuenta, demora 185, distancia 30, rumbo 110, velocidad 300, altura estimada 1114, al parecer sobrevolando en círculos. Corto y fuera».

Las defensas estadounidenses provocaron una cantidad espeluznante de bajas. Había globos colgados en lo alto, sobre un bosque de cables, para impedir la aproximación del enemigo. Todos los ataques se recibían con una descarga de artillería. Las baterías de los barcos, de cinco pulgadas, disparaban proyectiles detonados por espoletas de proximidad dirigidas por radio, a las que se unía una lluvia de proyectiles de cuarenta milímetros y veinte milímetros, que llenaban el cielo de bolas de humo negro y cubrían las cubiertas con montones de casquillos. Con frecuencia, los artilleros disparaban a quemarropa. Los aviones japoneses caían por decenas al mar, pero siempre escapaban algunos que chocaban contra sus objetivos, causando efectos devastadores. La dirección de los cazas se había transformado en un arte tan complejo como imperfecto. El comandante Bill Widhelm, oficial de operaciones de un destacamento de portaaviones, describió cómo el radar detectaba un bombardero japonés a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia y veintidós mil pies de altura, y lo podía seguir durante sesenta y nueve kilómetros. Luego el avión desaparecía de todas las pantallas de la flota, reaparecía brevemente a unos veinticinco kilómetros y luego solo se lo detectaba cuando se hallaba «a unos cinco metros de la popa del barco».

Decenas de miles de marinos estadounidenses, locos por vivir, quedaron sin sentido por el golpe de cientos de pilotos japoneses, que parecían locos por morir. «No creo que pueda olvidar nunca el ruido que armaban los aviones cuando se aproximaban a nosotros —escribió un oficial del portaaviones *Bennington*—, algo como cuando un avión sobrevuela a baja altura y con gran velocidad un campo o una casa. Pero en lugar de irse alejando en la distancia, el fenómeno termina con un repentino y alarmante “¡Paf!”». Un oficial vio a un piloto japonés descender sin paracaídas. «Parecía flotar hacia abajo, con los brazos y las piernas extendidas como un acróbata del aire, con la chaqueta de vuelo inflada por las corrientes. Caía tan despacio, que nos preguntábamos si sería capaz de sobrevivir». El destructor *Luce* recogió como prisioneros a tres aviadores japoneses, uno de los cuales resultó ser un antiguo estudiante de Berkeley, que hablaba el inglés con fluidez. Un oficial le decía a un japonés que seguía ansioso por suicidarse: «La guerra se ha acabado para ti, piénsalo», pero el hombre parecía obsesionado con la pérdida del honor familiar. Otro prisionero era coreano; un recluta kamikaze sin deseo alguno de morir, que había logrado escapar con éxito a su destino. La tripulación del *Luce* recibió con ironía el hecho de encontrarse dando de comer a unos enemigos sobre los cuales habían vertido muchísimo odio verbal. En cualquier caso, cuando los prisioneros pasaron a manos de la infantería de marina, recibieron un trato mucho más duro.

Un marino contemplaba horrorizado un destructor gravemente dañado por los ataques aéreos:

*Habían caído sobre el barco bombas, proyectiles e incluso un avión suicida. Toda la estructura superior era un caos de acero derretido, salvo el puente y el puesto de radio. El buque lloraba y sangraba como un perro atacado por una manada de lobos. Necesitaba sangre… Sus hombres estaban quemados, heridos, atravesados, destrozados, conmocionados. Para mí, sentado allí fuera, lejos de todo, salvo de mi imaginación, era como si el barco fuera humano. Era una buena nave. Había quedado malherida; sentía vergüenza y, al mismo tiempo, orgullo, porque había logrado sobrevivir a aquella enorme paliza.*

Cuando los kamikazes cercaron el *Luce*, su tripulación vio acercarse a los temibles «vagones de carne», las embarcaciones de rescate, anticipo de lo peor. El cocinero Freeman Phillips se quedó helado en su posición, un cañón de veinte milímetros. Virgil Degner, colega de Phillips, sostenía reservas de munición y comenzó a decirle algo:

*Sus labios se movían… yo llevaba puestos los cascos y no entendía lo que me quería decir… Entonces llegó la explosión… Una pieza de metal salió volando y lo decapitó. Así, como lo cuento, su cabeza cayó a mis pies. Miré hacia abajo… y me pareció que su boca aún intentaba decirme algo. El cuerpo seguía erecto, sujetando el cargador durante lo que me pareció media hora, aunque sé que fueron solo unos pocos segundos. Luego el cuerpo comenzó a agitarse y cayó por la borda. El agua subió y se lo llevó flotando.*

Como en el aire había asimismo muchos cazas estadounidenses, era frecuente que los operadores del radar no supieran distinguir los aviones enemigos que se deslizaban hacia delante, hacia la flota, desde todos los puntos de la brújula. Según el piloto de cazas Ted Winters, del *Lexington*: «Corren y se cuelan como codornices, vienen de cualquier parte, de donde sea que estén por entre las nubes». La artillería antiaérea, sobre todo la de los buques de transporte, era tan poco disciplinada que causaba frecuentes accidentes de «fuego amigo». Cuando un avión impactaba contra un barco, la detonación solía acompañarse de un chorro de gasolina en llamas, que hacía explotar las municiones y masacraba a los marinos, que no disponían de más amparo que el brindado por cascos, gafas protectoras y pasamontañas contra los fogonazos. Los que trabajaban bajo cubierta sufrieron algunas de las experiencias más terribles. A los pocos minutos de una serie de explosiones demoledoras en cubierta, el 6 de abril, William Henwood oyó la campana de aviso de detención a bordo del dragaminas *Emmons*. «Alguien gritó por la escotilla y nos dijo que apagáramos y saliéramos a toda prisa. Apagamos las máquinas, paramos la bomba de combustible y nos fuimos. Al salir por la escotilla, sentí auténtico miedo. Veía a la gente nadando en el agua y pensé que nos íbamos a pique». El dragaminas había sido alcanzado por cinco kamikazes.

Un segundo ataque, el 12 de abril, a cargo de 185 aparatos enemigos, causó la destrucción de casi todos los aviones japoneses, a cambio del hundimiento de dos

barcos y daños en otros catorce (incluidos dos acorazados). Un grupo de kamikazes escogía una víctima y lanzaba un ataque coordinado como el que golpeó al destructor *Abele*. Su tripulación abatió a dos de los veinte atacantes, pero fue alcanzado por un ataque suicida y una bomba de propulsión a chorro, que partió la nave en dos y la envió a pique. Después de que alcanzaran igualmente al *Douglas H. Fox*, el comandante Ray Pitts escribió: «El primer instinto de un capitán de destructor que ha sido bombardeado es el de… sentir que algo va extraordinariamente mal en lo que ve. Contempla la chatarra ardiente que es ahora su nuevo buque, contempla a los muertos alineados en hileras mudas por los pasadizos y se pregunta si no le ha fallado al barco o a los muertos».

El 16 de abril, durante otro ataque masivo, el destructor *Laffey* fue señalado como blanco por treinta aviones enemigos. Cuatro kamikazes chocaron contra su casco y dos aparatos le arrojaron bombas. El buque no se hundió, pero la tripulación sufrió noventa y cuatro bajas. Más tarde, aquel mismo día, resultó tocado el *Intrepid*. Entre los ataques en gran escala se realizaban también asaltos menores, que costaron a los estadounidenses cantidades increíbles de munición y mantuvo a las tripulaciones, ya cansadas, hora tras hora en la cubierta de popa, añadiendo las quemaduras del sol a los problemas que ya se padecían en las cubiertas superiores. Sin comida caliente, mascaban caramelos, se curaban las ampollas —nadie podía abandonar el puesto— y rezaban porque aquel día fuera el turno de otro barco, no del propio. Como dijo James Phillips: «Estaba tan exhausto, que pensaba que la muerte sería un alivio, el fin de todo. Pensaba: “Mirad, me conformo con que no me disparéis más y, por mí, quedároslo todo”». Por la noche, los destructores se acostumbraron a pedir permiso para navegar a velocidad máxima a favor del viento, con todas las puertas y escotillas abiertas, durante unos minutos, para expulsar de los comedores a los insufribles enjambres de moscas.

Un asalto del 4 de mayo causó el hundimiento de cinco barcos y daños en once; en todos los casos, salvo en uno, por efecto de ataques suicidas. Entre el 11 y el 14 quedaron dañados tres buques insignia: los portaaviones *Bunker Hill* y *Enterprise* y el acorazado *New México*. Según escribió el comandante de un portaaviones estadounidense: «La batalla naval de Okinawa se convirtió en algo cotidiano, pero, probablemente, fue la cotidianidad más peligrosa de toda la historia de la Segunda Guerra Mundial». En ocasiones, el ayudante de campo de «Jocko» Clark eliminaba las malas noticias del informe de primera hora, que se transmitía en el mismo puente de mando, hasta que su almirante se había tomado el desayuno. El arrojo suicida no fue prerrogativa exclusiva de los japoneses. El 10 de mayo, dos Corsair interceptaron a un Nick enemigo[27], a treinta y cinco mil pies de altura. Uno de ellos no logró acercarse lo necesario para disparar, mientras que las ametralladoras del otro se congelaron. Pero antes de perder la presa, el piloto estadounidense se lanzó

deliberadamente contra el timón y el estabilizador del Nick, con lo cual lo derribó. El Corsair realizó un aterrizaje de emergencia sin hélice. El piloto sobrevivió y se le concedió una Cruz de la Marina de Guerra.

Cuando se inició la ofensiva kamikaze, en octubre de 1944, la mayoría de los pilotos japoneses eran experimentados y habían completado una buena instrucción. Pero seis meses más tarde, los comandantes de las «unidades de ataque especial» se dieron cuenta de que era una locura sacrificar justo a esos hombres. En esta época, casi todos los pilotos suicidas eran ya noveles, entrenados exclusivamente para volar en dirección a un objetivo. Los aviadores más expertos quedaban reservados ora para las misiones de bombardeo convencional, ora para proporcionar cobertura de cazas a los kamikazes. El teniente Toshio Hijikata, hijo mayor de un funcionario de Correos, se había incorporado a la Marina japonesa desde la universidad, como voluntario, en 1943. Los oficiales de élite y de carrera se burlaban de él, tildándolo de mercenario, a lo que él replicó con un desafío orgulloso: ¿quién era capaz de demostrar que volaba mejor que él? Gracias a una larga estancia como instructor en Corea, cuando Hijikata se unió a la escuadrilla 303 en Kyushu, en abril de 1945, contaba ya con unas cuatrocientas horas de vuelo a bordo de Zeros. Esta preparación —además de la buena suerte— contribuyó a mantenerlo con vida en los meses siguientes.

La tarea principal de esta unidad era proteger, desde gran altura, a los kamikazes de Okinawa. Despegaban de Kagoshima, se reunían con ellos los atacantes (desde Kanoya, una base cercana) y ahorraban todo el combustible que podían en el recorrido hacia el sur, de más de 550 kilómetros. En el mejor de los casos, disponían de diez minutos de movimiento sobre la zona de combate. Los que pilotaban sin atender al combustible se encontraban cayendo al mar en el camino de regreso. Hijikata se hacía pocas ilusiones respecto de su futuro: «Yo estaba seguro de que moriría. Sabía que estábamos perdiendo la guerra; todo el mundo lo sabía. Nadie lo decía en voz alta, pero todos lo pensaban». Adoraba volar en su Zero y le dolía la consciencia de que habían quedado muy superados por los Hellcat estadounidenses. Hijikata se atribuía el derribo de un caza enemigo, pero en la mayoría de las misiones, él y sus camaradas no podían confiar más que en ganar tiempo y espacio aéreo para que los kamikazes completaran su labor. Con frecuencia, los ojos se le llenaban de lágrimas cuando veía a aquellos hombres condenados volar por debajo de su aparato. En un número no desdeñable de casos, habían recibido la instrucción de vuelo del propio Hijikata.

En Kanoya, algunos kamikazes, mientras esperaban su turno, pasaban los últimos días en la tierra ayudando a los campesinos con la cosecha. En una ocasión, una muchacha y su madre llegaron de Tokio para visitar al prometido de la chica. Los oficiales de la base les mintieron, aseverando que el joven había sido asignado ya a una base aérea próxima a Okinawa. La muchacha tuvo que contentarse con tocar el

lecho de bambú en el que había dormido el joven piloto. Nadie le informó de que el aviador no regresaría de su primera y única misión. El sargento Hachiro Miyashita, especialista en mantenimiento de aviones, pasó la primavera y el verano de 1945 en la base del 601.° escuadrón aéreo de Marina, unidad kamikaze. Las instrucciones de partida de los pilotos explicaban, sin emoción: «Cuando salga de aquí, usted no regresará. Debe dejar todos sus efectos ordenados, de modo que no perjudique a nadie ni invite a la burla. Debe arreglar sus asuntos de tal modo que, tras su muerte, la gente diga: “Como era de esperar en un miembro de la fuerza suicida, lo dejó todo perfectamente arreglado”». Sin embargo, los aviones eran un bien tan precioso que los pilotos tenían orden de regresar a la base si no lograban identificar un objetivo válido. No fueron pocos los que regresaron a la base con problemas en el motor, reales o imaginarios. Aunque no cabía duda de que los aviadores iban a morir, algunos optaron por la suspensión temporal del partido.

Hachiro Miyashita y sus camaradas sentían siempre mucha emoción en el despegue de los kamikazes. El personal de tierra se alineaba junto a la pista de aterrizaba y saludaba con las gorras mientras los pilotos rodaban hacia delante con las cabinas abiertas; las bufandas blancas al vuelo, justo detrás, las manos estiradas, como despedida. Cuando el sonido de los motores se apagaba, los que permanecían en tierra se iban marchando con sensación de incomodidad. A veces charlaban lacónicamente sobre los aviadores, ya en tiempo pasado: «Era un buen tipo», «era un chaval tremendo…». Para el personal de tierra, resultaba difícil trabajar muy cerca de los pilotos durante las cortas semanas de instrucción y luego enviarlos a la muerte. En una instantánea tomada por el propio Miyashita, un joven aviador estaba sobre el ala de su avión, mientras el personal de servicio llenaba el aparato de combustible por última vez. El rostro del piloto está tenso y demacrado. Probablemente, la foto es un buen reflejo de la realidad.

«Todo aquello era muy emotivo», valoraba Miyashita. En cierta ocasión, justo cuando los pilotos se subían al avión para calentar motores, uno gritó, desesperado: «¡Mi reloj no funciona!». Para un aviador, el reloj es tan indispensable como la brújula. El hombre gritó hacia el grupo de personas reunidas para contemplar el despegue: «¿Quién me deja un reloj?». Hubo un momento de vacilación embarazosa. Los relojes eran un bien precioso y no habría modo de recuperar lo «prestado». El comandante de la base rompió la tensión ofreciendo el suyo en alta voz y corrió a entregar aquel sacrificio de despedida al joven de la cabina.

El almirante Ugaki, ahora al mando de todas las fuerzas de «ataque especial» de la Marina, pasó revista a una unidad kamikaze el 27 de febrero. Las notas de su diario resultan de una trivialidad grotesca: «Estaba sudando con el calor de primavera, mientras las currucas cantaban en los arbustos y las alondras gorjeaban. Pase lo que pase en la guerra, la naturaleza sigue su curso, como siempre». El almirante afirmaba

con frecuencia que los kamikazes le conmovían hasta hacerle llorar. Pero no dudaba en enviarles a la muerte, porque se había comprometido a seguir sus pasos en el momento adecuado. Las entradas de su diario alternan entre la fantasía estratégica y los detalles personales y rutinariamente cotidianos, de un modo que invita al desdén de la posteridad: «11 de abril… son tantas las noticias de choques contra portaaviones enemigos, que supongo que apenas les quedará alguno operativo e intacto». Ugaki pasaba horas cabalgando por el campo, en caballos tomados al ejército, o paseando con una escopeta, buscando caza. El 13 de abril se sintió tan molesto con su falta de puntería que escribió, enfadado: «Quizá ya es hora de abandonar la caza».

Ugaki, al igual que Onishi y otros responsables de los kamikazes, se había convencido a sí mismo de que aquella forma de combatir era un medio aceptable. Según el piloto de cazas Kunio Iwashita, que voló sobre Okinawa: «En la primavera de 1945, parecía no haber nada inusual en la idea de las misiones suicidas. Era una situación desesperada. Estábamos perdiendo la guerra y los pilotos morían en combate sin cesar. Creíamos que un hombre podía sacrificar su vida de forma intencionada, igual que se arriesgaba a perderla en una batalla aérea». Pero la concepción de Iwashita no era universal, ni mucho menos. Sería incorrecto suponer que todos los japoneses jóvenes ardían en deseos de recorrer ese camino o aplaudían a quienes lo emprendían. De hecho, la mayoría de los que realizaron misiones suicidas en Okinawa venían de la recluta y aceptaron su destino con diversos grados de entusiasmo.

Cierta noche, un joven piloto entró en el barracón del suboficial Iwao Ajiro, con el cual había compartido la instrucción militar básica, y le dijo, con pesimismo: «Tienes suerte con lo de trabajar en señales. A mí me toca volar mañana, en principio». Ajiro intentó consolarlo con un gesto de quitarle hierro al asunto y el lema habitual de los soldados japoneses: «Pronto nos veremos de nuevo en Yasukuni». A la postre, según escribió Ajiro más adelante: «El chico sobrevivió. Pero ni lo esperaba ni quería morir». Toshio Hijikata y su escuadrón tenían en mucho respeto a su comandante, Kigokama Okajima, en parte porque se había negado a seleccionar a sus propios aviadores para las labores kamikazes. «El trabajo de los pilotos de caza es luchar», solía decir, con enfado. Algunos oficiales destacados se dirigieron al comandante del escuadrón con palabras gruesas, acusándole de estar traicionando a la Marina y al país; pero pudo mantener sus ideas y los pilotos estaban agradecidos. Su labor no se libraba de una probabilidad de morir, pero sí evitaba la certeza.

La mayoría de las formaciones japonesas se aproximaban a Okinawa desde su mayor altura posible, por ejemplo unos veinte mil pies; pero las patrullas de combate aéreo de los estadounidenses siempre volaban por encima. Cuando el cielo se ennegrecía por el estallido de la lluvia de proyectiles antiaéreos de la flota, los pilotos suicidas se lanzaban en picado. En cierta ocasión, Hijikata detectó un combate aéreo

por debajo de su aparato y, mientras buscaba la oportunidad de incorporarse a él, se encontró con que, sin advertencia previa, las balas enemigas perforaron su ala. En un momento de pánico, lanzó el avión en picado y se arrojó hacia el mar con un Hellcat en la cola. Estaba casi a ras del agua cuando el estadounidense se alejó: Atsuo Nishikane y Hamashige Yamaguchi, dos de los mejores pilotos del escuadrón, le habían obligado a distanciarse. En palabras de Hijikata: «Allí en el aire, me salvaron el pellejo una y otra vez. Éramos compañeros y amigos de verdad. Al igual que muchos de los mejores aviadores, en tierra eran personas muy tranquilas, pero en el cielo eran fenomenales». Después de la aventura, con toda la atención, dirigió el avión dañado de regreso a Kyushu.

Entre el 6 de abril y el 22 de junio, los japoneses organizaron diez ataques suicidas de consideración, tanto de día como de noche, con un total de 1465 aviones, junto con los ataques aéreos convencionales de otros cuatro mil ochocientos aparatos. Cerca de cuatro quintas partes de ellos se elevaron desde Kyushu; la quinta parte restante, desde Formosa. George Kenney, el jefe del Aire de MacArthur, negó repetidamente la solicitud de Marina de renovar el asalto contra las bases de Formosa, porque los oficiales de inteligencia del SWPA (mando del área del Pacífico sudoccidental) rechazaron repetidamente la idea de que esas bases se estuvieran utilizando contra Okinawa. Los kamikazes enviaron a pique veintisiete buques y dañaron ciento sesenta y cuatro, mientras que los bombarderos hundieron otro y causaron destrozos en sesenta y tres. Se calcula que una quinta parte de los kamikazes acertó a impactar contra un barco; ello multiplicaba casi por diez la media de aciertos de los ataques convencionales. Si bien las misiones suicida eran reflejo del estado de desesperación de los japoneses, no puede afirmarse que carecieran de efecto. A cambio del sacrificio de unos pocos cientos de pilotos de instrucción muy escasa, se causó mucho más daño a la Marina estadounidense del que había logrado infligir la flota japonesa de superficie desde el día de Pearl Harbor. Solo la superioridad apabullante de las fuerzas de Spruance, unida a la pericia cada vez menor de los aviadores japoneses, permitió a los estadounidenses resistir las pérdidas en aquella escala tan notoria. Muchos de los que atacaban a la flota norteamericana eran pilotos apenas capaces de mantener los aviones en el aire hasta que encontraban el objetivo. De hecho, cuando los cazas estadounidenses interceptaban al enemigo, no era infrecuente que un solo Hellcat lograra derribar a cuatro, cinco o hasta seis aparatos japoneses. A ello se añadía el hecho de que muchos aviones kamikazes estaban dirigidos por hombres tensos y nerviosos, con el ánimo y la resolución visiblemente menguados. El análisis de la campaña por parte del Estado Mayor de la Marina británica afirmaba lo siguiente: «Lo que en las Filipinas había sido una cruzada, en Okinawa quedó desprovisto de toda humanidad y de toda virtud».

Los japoneses cometieron un error fundamental con la selección de blancos.

Aunque algunos kamikazes lograron éxitos notables —por ejemplo, hundir dos barcos cargados de municiones para las batallas terrestres—, muchos se contentaban con atacar los destructores que realizaban labores de radar en torno de la isla. Eran objetivos mucho más fáciles, porque el desarrollo de su función exigía una posición solitaria y alejada de los transportes y los equipos de mantenimiento de los portaaviones. Así, aunque el hundimiento de los destructores suponía un coste claro en las vidas de los marinos, los barcos podían renovarse casi hasta el infinito. Aun a pesar del trauma causado por aquellas semanas de alerta incesante y el infierno que se desataba en los barcos tocados, no pareció plausible, en ningún momento, que los kamikazes pudieran frenar el empecinado avance de los estadounidenses hacia la victoria.

En las inmediaciones de la costa, la Marina japonesa solo contribuyó a la campaña con el lanzamiento de decenas de lanchas suicidas, similares a la de Yoshihiro Minamoto, dirigidas contra los barcos estadounidenses anclados en la zona. Aunque un puñado de ellos causó daños, fueron irrelevantes, en comparación con el ataque aéreo. Solo una vez, en la primera semana de la campaña, intentaron participar en el combate las fuerzas de superficie de la Marina Imperial nipona. En la tarde del 6 de abril, frente a Kyushu, el submarino estadounidense *Threadfin* informó del avistamiento de dos buques de guerra grandes y ocho destructores, que, situados fuera del alcance de sus torpedos, se dirigían hacia el sur. En aquel estadio de la guerra, apenas se lograba interceptar mensajes japoneses y descifrarlos mediante el sistema «Magic». Al hallarse tan cerca de casa, los japoneses tendían a comunicarse por la línea telefónica, antes que por la radio. Sin embargo, no era difícil imaginar su destino. A las 8:15 horas del 7 de abril, un avión de reconocimiento del *Essex* divisó de nuevo a la escuadra japonesa, que se dirigía ahora al oeste, cruzando el mar de la China oriental. Estaba integrada por el gran acorazado *Yamato*, veterano (con mediocre rendimiento) de la batalla del golfo de Leyte y un crucero. Lo más probable, sin duda, era que el enemigo pretendiera virar hacia el sur para presentarse en Okinawa con las primeras luces del día siguiente. Durante las cuatro horas siguientes, se siguió la pista de esta fuerza. A las 10:17, como se esperaba, viró al sur. Como primera respuesta, Spruance propuso retener a los cazas de los portaaviones, para que mantuvieran la vigilancia de los kamikazes, y enviar acorazados estadounidenses contra el *Yamato*, se trata de una idea extraña, posiblemente romántica, que no se ha llegado a explicar. El comandante de portaaviones Marc Mitscher alegó con éxito, por el contrario, que era imprescindible enviar a los aviones de combate, incluso si ello debilitaba la patrulla de protección aérea de la flota. Poco después de las diez de la mañana, los primeros doscientos ochenta aviones despegaron de las cubiertas de vuelo del grupo 58 de Mitscher: los *San Jacinto, Bennington, Hornet, Belleau Wood, Essex, Bataan, Bunker Hill, Cabot y Hancock*.

Había ciento treinta y dos cazas, cincuenta bombarderos y noventa y ocho aviones portatorpedos, que salieron en oleadas sucesivas. Cincuenta y tres aparatos del *Hancock* perdieron el rumbo y no llegaron a atacar. Sin embargo, los estadounidenses enviaron más aviones contra el convoy del *Yamato* de los que los japoneses habían desplegado contra Pearl Harbor. «Parecíamos una gigantesca nube de mirlos, dispuestos a devorar el granero del Señor Ito», según la expresiva frase del teniente Thaddeus Coleman, del *Essex*. El cielo estaba muy nublado; las condiciones de vuelo eran tan deficientes que en Kyushu se habían cancelado las misiones kamikazes previstas para el día. A las 12:20, tras un trayecto dificultado por borrascas de lluvia, la flota aérea estadounidense encontró al grupo del *Yamato*. «*Sugar Baker Dos Charlie*[28] —según indicaba el comandante del escuadrón aéreo a los Helldiver del *Bennington*, mientras estudiaba las rutas de los buques, que entonces se movían con rapidez—, tú coge al gordo».

Por debajo estaba el buque de guerra más grande no ya de la Marina japonesa, sino de las de todo el mundo, hermano del *Musashi* que se hundiera el golfo de Leyte. El contraalmirante Arleigh Burke, jefe del Estado Mayor de Mitscher, escribió: «Nos arriesgamos a lanzarnos donde estaríamos si nosotros fuéramos el *Yamato*. Y el *Yamato* pensó lo mismo, porque allí estaba». El acorazado desplazaba setenta y dos mil toneladas y estaba protegido por un blindaje de hasta dos pies (sesenta centímetros) de grosor. La tripulación era de más de tres mil hombres y exhibía un armamento principal formado por nueve cañones de 18,1 pulgadas. En el año anterior de la Segunda Guerra Mundial, había adquirido tanta relevancia como el *Victory* de Nelson. Ahora enarbolaba la bandera del almirante Seeichi Ito, comandante de la segunda flota, de cincuenta y cuatro años, e iba acompañado por el crucero *Yahagi*. Había sido enviado a Okinawa con la misión kamikaze más ambiciosa de la historia. No estaba previsto que el buque regresara, era imposible aunque sobreviviera a los ataques del enemigo; tenía órdenes de causar el máximo daño posible a la flota estadounidense y embarrancar en las playas de Okinawa, para que los supervivientes se unieran a los defensores. Los marinos debían afilar las bayonetas, para su futura función de infantería. No tendrían protección aérea, se les dijo, porque todos los aviones debían respaldar las operaciones kamikazes.

Los hombres de a bordo del *Yamato* no compartían las fantasías de sus comandantes. Aunque Ito y sus oficiales más destacados aceptaban su destino con el ánimo de un samurái, en privado desdeñaban el desperdicio de barcos y vidas. Antes de que el barco zarpara, en un gesto de compasión inusual, cincuenta cadetes recién embarcados y llegados de la Academia Naval fueron enviados a tierra junto con los enfermos. Aunque los que abandonaban el *Yamato* se lamentaron formalmente del hecho, los camaradas no se engañaban. Percibían el sentimiento de alivio, como el de que ha recibido un indulto, de los que volvían al embarcadero. Algunos marinos,

sobre todo los mayores, enviaron sus posesiones a sus respectivos hogares. Casi todos escribieron cartas de despedida. En la sala de cañones del *Yamato*, alguien preguntó con ironía, cuando ya habían zarpado, en la noche del 6 de abril: «¿Qué país ha demostrado al mundo de qué son capaces los aviones con el hundimiento del *Prince of Wales*[29]?». Entre los oficiales del acorazado estaba de moda Tolstoi; el alférez Sakei Katono estaba leyendo *Guerra y paz*. Otro alférez, Mitsuru Yoshida, oficial auxiliar del radar, estaba enfrascado en la lectura de una biografía de Spinoza y se sentía aquejado por la idea de todos los libros que jamás llegaría a leer; había sido estudiante de Derecho en la universidad de Tokio. Yoshida, de veintidós años, contaba con un amigo a bordo, un intérprete que supervisaba las transmisiones de voz estadounidenses. Kunio Nakatani era un *nisei*[30] de la ciudad de Sacramento, a quien el estallido de la guerra cogió en una universidad japonesa. Dos de sus hermanos prestaban servicios con el ejército estadounidense en el escenario europeo, por lo cual Nakatani era objeto del intenso acoso de los compañeros. El joven mostró a Yoshida una carta de su madre, en los Estados Unidos, que le había llegado por la vía de Suiza. «¿Cómo estás? Nosotros estamos bien. Por favor, empéñate al máximo en tu labor y roguemos todos porque venga la paz». Nakatani se lamentaba ante la terrible ironía de hallarse a las puertas de una muerte que le causarían compatriotas estadounidenses.

En sus últimos días a flote, la tripulación continuó entrenándose con intensidad, sobre todo en el control de daños. En la noche del 6 de abril, hubo en todo el barco abundancia de alcohol y algunos bailes, como una última juerga de los condenados. En los varios comedores hubo cantos populares y se entonó con emoción el himno nacional, «Kimigayo». El capitán, el vicealmirante Kosaku Ariga, visitó la sala de artillería con una gran botella de sake para los jóvenes alféreces. Hubo coros rituales del grito de «¡Banzai!». Imperaba el fatalismo en el *Yamato*, más que el entusiasmo. Entre el crónico hedor a humanidad de los compartimentos cerrados, algunos hombres se preguntaban en voz alta: si en realidad se trata de un viaje tan noble, ¿por qué no ha venido con nosotros el almirante Toyoda, comandante de la Flota Conjunta? Algunas discusiones versaban sobre si serían los submarinos o bien los aviones estadounidenses los que les mandarían al fondo del mar. «Seremos tan vulnerables como un hombre que caminara solo por la noche, portando únicamente una linterna». En el desayuno del 7 de abril se sirvieron bolas de arroz, con la promesa de tomar sopa de alubias con pelotas, el plato favorito de la tripulación.

Veinte oficiales y marinos, agarrotados por la tensión, se concentraron en el puente. El almirante Ito se sentó en su silla elevada con los brazos cruzados, en una postura que mantuvo durante todas las horas posteriores. Cuando se supo que se había transmitido por radio un avistamiento de la escuadra —sin codificación, en simple inglés—, el grupito de mando se sintió irritado por la tranquilidad con la que

les trataba el enemigo. Al mediodía, los marinos comieron en sus puestos e Ito afirmó, con una sonrisa radiante: «Hemos pasado la mañana sin percances, ¿no?». Tres cuartos de hora más tarde, bajo una lluvia intermitente y con el cielo desnudo de aviones japoneses, atacó la vanguardia del escuadrón de Mitscher.

La primera bomba estadounidense destruyó el radar de inspección aérea del *Yamato*, con lo que los cañones del acorazado tuvieron que confiar en la vista de los artilleros. Como denunció con enfado el alférez Yoshida: «usar la trazadora para corregir el tiro es como intentar cazar mariposas con las manos». La artillería del *Yamato* nunca había sido impresionante; en el golfo de Leyte el barco no logró acertar ni una sola vez. Ahora, con todas las armas en acción, las sacudidas incesantes del armamento principal y el traqueteo de los antiaéreos ligeros no surtía apenas efecto. Una y otra vez, los bombarderos golpeaban el acorazado y sus escoltas mientras se dirigían al sur, al tiempo que los cazas castigaban las cubiertas superiores. La cortina del fuego japonés dejó marcas en muchos de los aparatos estadounidenses que la sobrevolaban, pero logró una cifra de derribos irrisoria. En el barco, por el contrario, la masacre era horripilante. Al ir a inspeccionar el compartimento del radar, tras producirse una explosión bajo el puente, Yoshida solo pudo encontrar ruinas irreconocibles del equipo y cuerpos hechos trizas.

Cuando los torpedos comenzaron a chocar contra el caso del *Yamato*, causaron daños gravísimos en la zona baja del barco. Muy pronto, una multitud comenzó a aparecer en la cubierta superior. Los que estaban arriba eran reticentes a cerrar las escotillas sobre el personal atrapado en la sala de máquinas, pero aun así, se dio la orden de inundar varios compartimentos. Cuando faltaba la energía, las torretas de artillería se hacían girar a mano. Los puestos de baterías antiaéreas más expuestos al fuego enemigo estaban repletos de muertos y heridos. Yoshida recordaba haber leído en un manual de formación que «un promedio de alcances bajo es fruto de los errores humanos y una instrucción deficiente». Un oficial había garabateado un comentario en el margen: «Esto es una bobada. Ten Usubuchi». Las cubiertas superiores estaban inundadas de agua, por efecto de las bombas caídas justo al lado del buque, pero también de sangre de los cuerpos destrozados. Había fallecido ya la mitad del personal del puente del *Yamato*. Yoshida halló que, en su mayoría, los supervivientes —algunos de ellos, con meras toallas como vendas— estaban tendidos boca abajo, temerosos por la tercera oleada de atacantes estadounidenses.

Bajo las cubiertas, la sala de oficiales —que estaba repleta de heridos— sufrió el impacto directo de un bomba que aniquiló a sus ocupantes. Las estructuras más elevadas quedaron reducidas a chatarra. Entre los restos de acero desfigurado, pasaban los hombres desconcertados, incapacitados incluso para ayudar a los lisiados o moribundos. Yoshida abofeteó a un marinero de diecisiete años, para interrumpir sus temblores convulsivos. En la santabárbara, los marinos vaciaban las reservas de

sake. ¿Qué más podían hacer? ¿Qué sentido tenía seguir conservando el licor? Ito, el almirante, permaneció en su posición elevada sobre el puente de mando incluso cuando una de las explosiones lo roció con una lluvia de cadáveres. El timón lo manejaba un timonel especialmente experimentado, el suboficial Koyama, todo un prodigio ya entrado en años. Koyama había sido marino en la gran victoria naval de Japón en Tsushima, contra los rusos, más de cuarenta años antes. Ahora, en los últimos minutos de su vida, era testigo de una derrota histórica de su nación. El jefe del Estado Mayor de Ito, el vicealmirante Nobi Morishita, un oficial célebre y brillante, además de experto jugador de póquer, valoró con ironía el ataque de los estadounidenses: «¿Un trabajo hermoso, no les parece?».

Los Avenger lanzatorpedos atacaban con arrojo. Aunque por lo general arrojaban sus bombas desde trescientos pies de altura, aquella tarde muchos aparatos volaron más bajo, enfrentándose a los antiaéreos del *Yamato* para liberar los torpedos a mucho menos de los mil quinientos metros habituales. Uno de los pilotos, el teniente John Davis, del *Bunker Hill*, afirmó un tiempo más tarde: «En las operaciones de aterrizaje, trabajaba para la Marina, y en las de despegue, para mí mismo y toda la tripulación». Las oleadas posteriores de atacantes estadounidenses contaron con una dirección y una coordinación deficientes, porque las comunicaciones por radio se vieron alteradas. Así, los pilotos optaron por escoger sus propios objetivos, mientras que los Avenger concentraban los torpedos en el mayor de los blancos. El *Yamato* bombeó miles de litros de agua al interior de una sentina, para corregir una escora peligrosa. El barco seguía avanzando y disparando las piezas principales de su artillería, pero a una velocidad extraordinariamente reducida. Cuatro destructores y el crucero *Yahagiya* se habían ido a pique o eran inservibles; los pilotos estadounidenses con reservas de combustible se dedicaban a ametrallar a los náufragos. A las 14:10, una bomba bloqueó el timón del *Yamato* e hizo fallar todos los motores. El descomunal buque quedó a la deriva, impotente, con una escora pronunciada y el costado de babor inundado.

Yoshida vio un amontonamiento de carne humana, del tamaño de una persona, colgado de un telémetro. Otra procesión de aviones estadounidenses se disponía a atacar. En el puente del *Yamato*, Ariga continuaba repitiendo con monotonía: «No os desaniméis, no os desaniméis». Ito, en cambio, interrumpió de un modo abrupto y gratuito: «Detengan la operación». Su jefe del Estado Mayor lo saludó militarmente; Ito devolvió el cumplido, estrechó la mano de varios oficiales y abandonó el puente en dirección a su camarote, de donde nunca regresó. Su auxiliar fue detrás, pero le retuvieron otros, que le dijeron: «No seas bobo, tú no tienes que ir». El capitán ordenó que todos subieran a la cubierta principal y se amarró a la mesa de los mapas, junto con dos oficiales de navegación. Los supervivientes del puente gritaron «¡Banzai!» por tres veces. Esa fue la última ocasión en la que Yoshida y varios otros

pisaron el puente: varios centenares de hombres comenzaron a huir de la ruina del gran buque, sometido aún a los bombardeos. Pero ningún barco de la Marina japonesa llevaba lanchas de salvamento u otra clase de salvavidas, pues ello habría dado a entender que se consideraba deseable sobrevivir a la derrota.

Conmocionados, aturdidos, ennegrecidos, los japoneses se apelotonaban en la cubierta del *Yamato*, donde un oficial semidesnudo contemplaba con la mirada fija a los estadounidenses de su tormento. Estaba histérico; blandía una espada y gritaba «¡Banzai!» sin cesar, como un demente. Otro oficial se sintió extrañado, al tiempo que irritado, al ver a varios marinos en la cubierta de proa, fumando o mascando galletas, aguardando con pasividad su futuro. El buque se escoró aún más, con lo que muchos hombres cayeron o saltaron al mar, al tiempo que las estructuras de artillería y fragmentos pesados de metales retorcidos se soltaban de sus soportes y caían asimismo por la borda. Yoshida escribió:

> *En aquel momento, el* Yamato *se vuelca, enseña el vientre al cielo y se sumerge bajo las olas; emite un único gran estallido de luz y arroja una gigantesca columna de llamas hacia lo alto del oscuro cielo… Fragmentos del blindaje, pertrechos, equipos, torretas, cañones: hay pedazos del barco que salen despedidos en todas direcciones. Muy pronto, un humo marrón y oscuro, que burbujea desde el fondo del océano, lo engulle todo.*

«La vista más hermosa que haya contemplado jamás —según el estadounidense Jack Sausa, artillero de un Avenger—. Una columna roja, de fuego, salió disparada a través de las nubes y, cuando se disipó, el *Yamato* era historia». Se cree que los incendios del barco provocaron una descomunal explosión de la santabárbara cuando el *Yamato* zozobró. La cortina de humo se podía distinguir desde Kyushu, a casi doscientos kilómetros de distancia. Eran las 14:23; no habían transcurrido aún dos horas desde que se iniciara el ataque estadounidense. Los japoneses gemían y se asfixiaban en la capa de aceite que cubría el mar, «como si estuvieran atrapados en un tarro de miel». Algunos utilizaron sus últimas fuerzas para ahogarse deliberadamente; unos pocos optaron por cantar. Cuando el humo se aclaró y el cielo comenzó a brillar de nuevo, un oficial gritó: «¡Fantástico! ¡Hemos llegado al fin al otro mundo!».

Los últimos atacantes estadounidense se marcharon a las 14:43, dejando tan solo dos hidroaviones Mariner de reconocimiento, que sobrevolaban la escena de la batalla. Uno de ellos desafió a los vestigios del convoy y amerizó para rescatar a un piloto derribado. Los destructores japoneses, por el contrario, procedieron con mucha más lentitud en el rescate de los compatriotas que aún luchaban en el agua. Esperaban órdenes formales de Japón para interrumpir la operación de Okinawa, que no se recibieron hasta las 17:50. Se pudo rescatar entonces a 269 hombres del *Yamato* (aunque la cifra es ligeramente imprecisa); murieron 3063 y otros 1187 de los buques de escolta.

Una vez concluida la guerra, Yoshida escribió a la madre de Nakatani, el amigo

*nisei* de Sacramento. Ella le respondió: «Me alegro sobremanera de saber que Kunio luchó hasta el final… y que murió de un modo del que, como japonés, no debe avergonzarse». Pero aunque las madres necesitaban creer en ideas similares para hacer soportable la pérdida de los hijos, cabe afirmar que la del *Yamato* fue la más fútil de todas las misiones kamikazes. Para los japoneses, el único consuelo fue que, durante la ausencia de los aviones estadounidenses, cuando su flota carecía de protección aérea, un aparato suicida se estrelló contra el portaaviones *Hancock*, le causó destrozos graves, mató a setenta y dos hombres e hirió a otros ochenta y dos. Sin embargo, cuando los aviones regresaron a las seis y media —los que se habían perdido la batalla por un error en la ruta— pudieron aterrizar en sus cubiertas, gracias a un eficaz control de los daños. La destrucción de la escuadra de Ito, situada aún a unos cuatrocientos kilómetros al noroeste de Okinawa, solo había costado al escuadrón de Mitscher la pérdida de diez aviones y doce hombres. Tras regresar al *Yorktown*, el grupo aéreo n.° 9 le cantaba al *Yamato*: «Porque era un barco estupendo, porque era un barco estupendo, porque era un barco estupendo y… ya no lo será más». Había sido una masacre sin apenas oposición. Mitscher llegó a molestarse por el hecho de que hubieran escapado cuatro destructores japoneses.

La destrucción del *Yamato* fue un espectáculo secundario en comparación con la batalla de desgaste continuo entre los kamikazes y los barcos estadounidenses.

El 27 de abril, un ataque importante, de 115 aviones, supuso una decepción para el bando japonés, puesto que solo causó daños en diez barcos. Los atacantes tuvieron más éxito en los días 3 y 4 de mayo, cuando enviaron a pique tres barcos y mataron a cuatrocientos cincuenta marinos. El 11 de mayo, a las 10:05, un primer caza Zero se estrelló contra la cubierta de vuelo del buque insignia de Mitscher, el *Bunker Hill*, dando origen a un incendio devastador, que se extendió con ferocidad por todo el barco. Había treinta aviones en cubierta, con casi cincuenta mil litros de combustible; todos ellos ardieron o explotaron. Con una serie de maniobras habilidosas, el capitán George Seitz logró salvar al *Bunker Hill* de la destrucción absoluta, al virar y colocarlo de costado al viento, de modo que el viento y las llamas no devoraran el casco. Una zozobra hizo que varias toneladas de combustible cayeran al mar, por fortuna para los estadounidenses, pero aun así hubo fuegos que ardieron durante horas y asfixiaron a decenas de hombres en las cubiertas inferiores, incluidos muchos artilleros. En las salas de máquinas y calderas, que por algún azar milagroso no habían resultado dañadas, el personal se esforzaba por mantener la energía con temperaturas de unos cincuenta y cinco grados centígrados. El ataque contra el *Bunker Hill* costó la vida de 396 hombres y causó heridas a otros 264. Uno de ellos podría haber sido Paul Newman, la conocida estrella cinematográfica de posguerra. Como parte de un grupo de reclutas de reemplazo, había recibido órdenes de incorporarse al barco como operador de radio y artillero, en un Avenger, poco antes

del asalto japonés; pero, por una casualidad de la guerra, quedó retenido por una infección de oído del piloto de su avión. Pero todos los demás miembros del destacamento murieron en aquel portaaviones. Al igual que ocurrió con el *Franklin*, alcanzado el 19 de marzo, con un coste de 798 vidas perdidas, el *Bunker Hill* pudo mantenerse a flote gracias a una brillante labor de control de los daños, pero supuso el fin de la carrera bélica de Mitscher. Tan solo tres días más tarde, cuando se presentó otra oleada de veintiséis kamikazes, diecinueve fueron derribados por los cazas y otros seis por los antiaéreos. Pero uno atravesó la muralla y explotó junto al ascensor de proa del nuevo buque insignia del almirante, el *Enterprise*, causándole tales daños que el buque se vio obligado a retirarse del escenario. Los estadounidenses tuvieron la suerte de que este fue el último barco perdido en la armada de Mitscher. El coste general de las operaciones kamikazes contra la flota estadounidense de las costas de Okinawa fue elevadísimo: ciento veinte barcos dañados, de los cuales veintinueve se hundieron.

Esta campaña fue la primera de la guerra del Pacífico en la que la Marina Real británica realizó una contribución, aunque modesta. Hasta aquel momento, la Flota Británica Oriental se había limitado a realizar misiones de ataque relámpago y retirada inmediata contra las instalaciones japonesas de las Indias Orientales Holandesas y de Malasia. Ahora, cuatro portaaviones británicos, junto con dos acorazados, cinco cruceros y varios barcos escolta comenzaron a actuar contra los aeródromos japoneses de Formosa, por lo que también se vieron acosados por los kamikazes. El «destacamento 57» o TF57, como se conocía a las fuerzas del almirante Bernard Rawling, representaba el intento de satisfacer un deseo apasionado de Winston Churchill: que Gran Bretaña aportara una contribución visible a la derrota de Japón. Su carrera empezó, no obstante de un modo adverso. El almirante general King era claramente hostil a cualquier presencia británica en el Pacífico, por razones a un tiempo logísticas y nacionalistas. Así, se hizo necesaria la intervención personal del presidente de los Estados Unidos para que la Marina de su país accediera a los deseos del primer ministro británico.

Desde entonces, en los primeros meses de 1945, los británicos sufrieron la vergüenza de hallarse con muchos problemas para reunir una flota apta para el servicio en el Pacífico. La Marina Real británica, como su nación materna, estaba cansada de la guerra y sometida a un esfuerzo excesivo. Los sindicatos de los puertos australianos, con su desfachatez, retrasaron aún más el despliegue tanto de los barcos de guerra como de los convoyes de respaldo. Cuando los barcos de Rawling se unieron por fin a Spruance, se hallaron obstaculizados por la falta de adecuación de su diseño a las condiciones tropicales, lo que endureció de manera crónica la vida de las tripulaciones. Los cazas británicos Seafire y Firefly[31] eran demasiado delicados para las tareas más pesadas y sus portaaviones tenían mucha menos capacidad que los

estadounidenses. Portaaviones como el *Illustrious* llevaban combatiendo desde 1939 y estaban aquejados por heridas antiguas; a mediados de abril, el barco tuvo que regresar a Gran Bretaña. La flota de Rawling se esforzó por mantenerse al nivel de sus aliados, inmensamente más poderosos. En una serie temprana de ataques aéreos, los británicos perdieron cuarenta y un aviones en un total de 378 salidas: un promedio de bajas que se habría considerado desastroso incluso en el Comando de Bombardeo. Sir Bruce Fraser escribió más adelante, en su parte: «No caben apenas dudas de que los estadounidenses son mucho más rápidos que nosotros a la hora de extraer lecciones útiles de la guerra y aplicarlas en sus barcos y sus tácticas… Como resultado, la flota británica no es casi nunca espectacular y nunca es verdaderamente moderna».

Un corresponsal de guerra británico, David Divine, se unió al acorazado *King George* tras haber pasado varias semanas a bordo del *Lexington*, que era capaz de abastecerse de víveres, pertrechos y combustible en el mar, con vientos de hasta fuerza 6; su virtud era reflejo de la extraordinaria profesionalidad que había alcanzado la Marina estadounidense en 1945. Pero ahora, Divine contemplaba con desazón cómo el *King George* maniobraba por detrás de un petrolero viejo y oxidado, que parecía tripulado por dos paletos y veinte chinos tísicos; «tardamos, creo, una hora y media en recoger un solo tubo de suministro, que iba escapándose por debajo de las proas». Los repostajes en el mar siguieron siendo motivo de vergüenza para los británicos. En aguas tranquilas, un portaaviones estadounidense repostaba en tan solo dos horas, tarea para la cual uno británico necesitaba todo el día. Los militares eran orgullosos, pero les costó un gran esfuerzo interpretar algún papel relevante en una obra apabullantemente estadounidense. El almirante Rawling describió más adelante la «admiración y… debo confesarlo… envidia» con la que siguió el hundimiento del *Yamato*. Los accidentes de vuelo también supusieron una fuente alarmante de desgaste; en los primeros doce días de ataque, diecinueve aviones británicos fueron derribados por los antiaéreos, frente a los veintiocho que cayeron por percances propios.

La Marina británica descubrió que su valor principal, en el combate del Pacífico, eran las cubiertas de vuelo acorazadas de sus portaaviones. En efecto, el peso adicional reducía su función de transporte, pero las hacía increíblemente resistentes a los kamikazes, en contraste con los barcos de guerra estadounidenses, de cubiertas de madera de abeto. Cuando un Zero se estrelló, en puro picado vertical, contra el *Indefatigable* el 1 de abril, los aviones solo tardaron una hora en poder posarse de nuevo. Igualmente, aunque el HMS *Formidable* sufrió destrozos y cincuenta bajas cuando fue alcanzado el 4 de mayo, no tardó en volver a ser operativo. El 9 de mayo, el *Victorious* recibió dos impactos y el *Formidable* fue alcanzado otra vez por kamikazes que lograron esquivar la patrulla de los cazas británicos. En este caso, la

inexperiencia de los europeos volvió a costarles muy cara. Los Seafire y Hellcat de Fraser derribaban sin cesar aparatos japoneses, que venían uno tras otro, pero los británicos contaban con menos aviones que los estadounidenses y carecían de su refinamiento en la dirección de los cazas. Otro agravamiento en las penalidades británicas se produjo cuando el gobierno de Canadá anunció que solo los ciudadanos que así lo eligieran continuarían en la guerra contra los japoneses, toda vez que se había concluido el enfrentamiento con Alemania. Aunque se les ofreció un aumento de la soldada, 605 marinos del crucero *Uganda*, de tripulación canadiense, insistieron en ejercer el derecho de regresar a casa. La flota de Rawling tuvo dificultades incluso para convencer al *Uganda* de que permaneciera en su puesto hasta la llegada de un relevo.

Las dificultades de la flota británica en el Pacífico crecían cada semana. La moral de la tripulación padecía las consecuencias del calor, las incomodidades y el exceso de pasaje: «Excepto para los que participaban en las operaciones de vuelo, estaba siendo una guerra anodina». A finales de abril, el almirante King intentó de nuevo expulsar a la Marina británica de las acciones contra Japón, al enviar a los buques de Fraser a dar apoyo a los desembarcos australianos en Borneo. Estas instrucciones solo se retiraron después de que hubiera llamamientos directos de los británicos a MacArthur y Kinkaid. Hacia finales de mayó, para mayor bochorno de Fraser y el gobierno británico, los destrozos en combate, el agotamiento de la tripulación y los fallos mecánicos obligaron a la armada de Rawling a retirarse a Sydney, para realizar reparaciones de gran calado. Cuando el destacamento 57 se retiró, solo había completado once días de ataques aéreos, arrojado 546 toneladas de bombas y disparado 632 cohetes. Afirmaba haber destruido cincuenta y siete aviones enemigos, pero había perdido doscientos tres: treinta y dos, por ataques suicidas; treinta, en el incendio de un hangar; treinta y tres, frente a cazas o antiaéreos enemigos; sesenta y uno, en accidentes de aterrizaje en las cubiertas; y cuarenta y siete, por «otras causas». Fue una historia lamentable: uno de los episodios más infaustos de toda la historia bélica de la Marina Real británica. Los infortunios de la flota fueron reflejo del hecho de que Gran Bretaña, tras casi seis años de guerra, era una nación demasiado pobre y demasiado agotada como para sostener una fuerza naval paralela a la estadounidense. Solo en los últimos días de julio regresó a las órdenes de Halsey una escuadra británica.

Okinawa fue declarada territorio tomado el 22 de junio, esto es, ochenta y dos días después del desembarco de la fuerza de asalto de Buckner. La Marina estadounidense había perdido, por defunción, a 4907 hombres; el ejército de Tierra, a 4675; y la infantería de marina, a 2928. Se contaban 36 613 heridos en tierra y más de ocho mil en mar, a los que hubo que sumar unas treinta y seis bajas de soldados y marines por razones diversas, principalmente, de fatiga de combate. Buckner no pudo

celebrar la victoria que tanto había anhelado. Un proyectil japonés le mató en los últimos días de batalla; no puede decirse que se le llorara mucho. El general Mitsuru Ushijima, por la parte japonesa, también murió: en compañía de su jefe del Estado Mayor cometió el suicidio ritual en la cueva que era cuartel general de sus tropas, el 22 de junio. Nueve de los oficiales de su Estado Mayor se suicidaron asimismo. Sigue habiendo polémica al respecto de cuántos civiles de Okinawa perecieron en la conquista de la isla, porque no se sabe con certeza cuántos fueron evacuados antes de que estallaran los combates. Los cálculos oscilan entre los treinta mil y los cien mil, junto con cerca de setenta mil defensores de la isla. En los ataques contra la flota estadounidense de las aguas costeras murieron unos mil novecientos japoneses. En total se rindieron 7401 japoneses; la mitad eran reclutas de la propia Okinawa.

Algunos oficiales japoneses, como por ejemplo Kouichi Ito, conservaron de por vida la convicción de que Ushijima había errado al permitir que los estadounidenses desembarcaran en Okinawa sin oposición. Sin embargo, dado el potencial arrollador de la fuerza anfibia, cuesta creer que un despliegue japonés hubiese logrado impedir que las unidades de asalto tomaran tierra y, de hecho, conquistaran la isla. Los defensores solo podían aspirar a conseguir lo que a la postre lograron: imponer un coste muy amargo a la victoria estadounidense. La única opción táctica que Buckner no llegó a explorar y que tal vez habría permitido a sus fuerzas triunfar con mayor celeridad fue la de lanzar ataques en la oscuridad. No obstante, existía la dificultad añadida de que las misiones nocturnas requieren una motivación especialmente intensa y una pericia táctica muy notable, para impedir que los asaltantes se alejen del teatro de operaciones y se escondan en lugar de apretar al enemigo. Parece legítimo poner en duda que el 10.° ejército poseyera esas cualidades.

En todos los niveles, desde el alto mando a los soldados, marinos e infantes de la línea de combate, los estadounidenses terminaron la batalla conmocionados por la ferocidad con la que los japoneses se habían resistido, resueltos a morir antes que a aceptar una derrota. «Aquí la gente destaca la importancia del método de ataque kamikaze, sobre todo, en cuanto ejemplo claro de la mentalidad japonesa, más que por su potencial destructivo», según escribió William L. Laurence, corresponsal del *New York Times* en el Pacífico. «Si lo analizamos con la necesaria atención, el hecho de que miles de hombres —miles, literalmente—, muchos de ellos jóvenes y en perfectas condiciones, realicen en solitario misiones destinadas a una muerte segura… no es algo que pueda sembrar el optimismo». Algunos historiadores, armados con el conocimiento de los posteriores acontecimientos, defienden que la conquista de Okinawa fue innecesaria. Es cierto que no permitió adelantar ni en un día la rendición de Japón. Pero para quienes dirigieron la operación en su momento, se concebía como un preliminar indispensable para la invasión de las islas patrias de los japoneses. Okinawa ejerció una influencia notoria en el desarrollo subsiguiente de

los hechos, por el impacto que causó en la dirección civil, militar y naval de los Estados Unidos. Si para capturar un lugar más bien remoto las fuerzas estadounidenses habían tenido que librar la campaña más cruel y exigente de la guerra del Pacífico, la perspectiva de invadir las islas mayores de Kyushu y Honshu —ante fuerzas japonesas mucho más numerosas que las de Okinawa y, era de suponer, imbuidas del mismo espíritu de resistencia a ultranza— no podía sino consternar a los responsables políticos y del ejército. A finales de junio de 1945, los planificadores bélicos daban por sentado que la operación Olímpico —la invasión de Kyushu— se iniciaría al cabo de cuatro meses. Pero para el Estado Mayor Conjunto, cualquier alternativa que evitara aquel paso sería recibida con los brazos abiertos.

En los últimos meses de la guerra, los hechos se sucedieron de un modo tan dramático que hoy cuesta comprender la idea de que, en junio, la utilización de las bombas atómicas no figuraba en el lugar prioritario de las consciencias de los miembros del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos. En aquella fase, la esperanza de conseguir la victoria sin el recurso a la Olímpico se apoyaba sobre todo en el bloqueo, el bombardeo aéreo incendiario y la entrada de Rusia en la guerra con Japón. Todo ello representaba una suma de realidades más inmediata y más sustancial que el eventual cumplimiento del Proyecto Manhattan. El desarrollo de la Segunda Guerra Mundial había sorprendido con tanta frecuencia a sus participantes que ninguna persona prudente —ni siquiera entre las situadas en la cumbre del poder aliado— podía tener la certeza de cómo acabaría interpretando sus últimos actos en la obra.

# 17

# La guerra de Mao

**1. YAN'AN**

Si los soldados y *marines* estadounidenses que se estaban jugando la vida en las islas Ryukyu y las Filipinas —tal como hacían los británicos comandados por Slim en Birmania y los australianos en el Pacífico Sudoeste— hubieran sabido a qué estuvieron dedicando sus esfuerzos durante la primavera de 1945 sus mayores aliados asiáticos, no habrían podido por menos de considerarlo grotesco. Efectivamente, las dos facciones que rivalizaban por el poder en China no se dedicaron aquellos meses a otra cosa que a celebrar sendos congresos nacionales: en Chongqing los nacionalistas y en Yan'an los comunistas, por mucho que unos y otros no dejaran ciertamente de combatir a los japoneses en ocasionales escaramuzas. Los estadounidenses se desesperaban ante el hecho de que las tropas niponas seguían extendiendo su zona de ocupación en China hacia el Sudoeste avanzando por la provincia de Yunan, controlada en principio por los nacionalistas, y contando únicamente con la firme oposición de las divisiones chinas adiestradas por Stilwell. El hecho es que ni Chiang ni Mao estaban ya interesados en contribuir a la derrota de Japón, una tarea de la que podían ocuparse los estadounidenses en el Pacífico, mientras ambos líderes, reuniendo sus respectivas fuerzas políticas y militares, se aprestaban a encarar la guerra civil que habría de seguir a la expulsión de China del ejército nipón. Por lo que se refiere al congreso de los comunistas, se prolongó durante cincuenta días, del 23 de abril al 11 de junio —coincidiendo así sus debates ideológicos con la agonía de Okinawa— y su resultado más notorio fue la confirmación como líder indiscutible de Mao Zedong, cuyos «pensamientos» resultarían, de allí en adelante, decisivos a la hora de moldear el pensamiento teórico del comunismo chino, así como su puesta en práctica.

Mao tenía prácticamente a un millón de hombres en armas o en lo que pasaba por tal entre unas fuerzas guerrilleras carentes de artillería, de apoyo aéreo y de armas pesadas. En consonancia, la cuestión de qué resistencia efectiva pudieron presentar tales fuerzas durante la ocupación japonesa no llegó nunca a estar clara para la mayoría de estadounidenses de la época y ha continuado siendo objeto de controversia desde entonces. Ello es así desde el momento en que, tras su victoria sobre los nacionalistas en 1949, los comunistas chinos proclamaron que sus hombres, sin disponer de apoyo alguno por parte de Estados Unidos, fueron los únicos en

guerrear de hecho contra las tropas niponas. En ese sentido, adalides occidentales de la causa comunista china, tales como Edgar Snow, el periodista estadounidense y ferviente admirador de Mao, no dejaron, extravagantemente, de hacer valer —con escaso fundamento— los pretendidos éxitos militares obtenidos por los comunistas frente a los ocupantes nipones, oponiendo además la energía y belicosidad mostradas por los hombres de Mao a la pasividad y desidia que caracterizaron a los nacionalistas. Ejemplo de tales manifestaciones es el exaltado panegírico de Snow que a continuación se cita:

> *Aunque sus enemigos no hicieron sino condenar las ideas de los comunistas y atribuirles todo tipo de vergonzosos excesos que imaginarse quepa, nadie podía negar que habían obrado un milagro en armas… Pocas veces en la historia de la guerra o la política moderna se ha dado una aventura política a la altura de esta en cuanto a imaginación y grandeza épica, gestada por hombres que trabajaron con la historia como si fuera una herramienta y que moldearon a campesinos como si de barro se tratara.*

Los oficiales que integraban la denominada *Dixie Mission*, grupo de observación del ejército estadounidense enviado en 1944 a Yan'an con el objetivo de establecer relaciones oficiales con la China comunista, fueron llevados en una ocasión a presenciar operaciones contra los japoneses destinadas de hecho a impresionarles positivamente y de las que aquellos darían parte a Chongqing en términos tan entusiastas como se esperaba que hicieran. La realidad, no obstante, es que la mayor parte de las fuerzas de Mao se pasó la guerra tratando de buscar alimentos con los que subsistir y guerreando así muy esporádicamente contra las tropas niponas.

En la actualidad, el mito en virtud del cual los comunistas chinos desempeñaron un papel preponderante en la lucha contra el invasor japonés carece de todo crédito incluso en la misma China. En efecto, si las tropas de Chiang Kai Shek resultaron escasamente efectivas en el campo de batalla, los guerrilleros de Mao Zedong no disponían ni de la voluntad ni de los medios de combate necesarios para hacer algo más que no fuera incomodar al ejército japonés. Así, en 1944 el setenta por 100 de las fuerzas niponas en China se empleaba contra los nacionalistas, pues tal como reconocería un oficial de Estado Mayor perteneciente al cuartel general del ejército japonés en Nanjing, el comandante Shigeru Funaki, «los comunistas operaban en regiones de escaso interés estratégico para nosotros. Sus tropas se mostraban más belicosas que las de los nacionalistas, pero nosotros solo tratábamos de contenerlas, ya que nuestra atención principal se centraba en luchar contra las fuerzas de Chiang, que se hallaban más al Sur».

«Los efectivos comunistas no tenían la suficiente entidad como para representar un reto de importancia para los ocupantes», tal como hace constar un historiador chino moderno, Yang Jinghua, quien no deja de pronunciarse al respecto en los siguientes términos: «En la guerra contra Japón, el Kuomintang llevó el peso principal de la contienda y causó un número mucho mayor de bajas al enemigo, lo

que afirmo después de treinta años de militancia como miembro del partido comunista chino. Las estadísticas resultan bien claras en ese sentido. Cerca de mil doscientos altos oficiales y generales del KMT cayeron combatiendo contra los japoneses frente a los diez de los comunistas». Zuo Yong, quien acabaría convirtiéndose en una figura destacada dentro del régimen de Mao, luchó encuadrado en las fuerzas del Cuarto Nuevo Ejército Comunista de 1941 a 1945, y sirvió posteriormente como jefe de Estado Mayor de una brigada. En la actualidad, dicho militar se manifiesta sobre aquellos tiempos con las siguientes palabras: «Teníamos que adaptar nuestra táctica y nuestra estrategia a nuestra debilidad, tal como Mao instaba a hacer en sus libros. Por eso, nos dedicábamos a lanzar golpes de mano, no ofensivas de envergadura. Éramos guerrilleros que a veces se pasaban meses sin entrar una sola vez en combate. El enemigo era demasiado poderoso como para que pudiéramos actuar de otro modo». Por otra parte, Zuo no vacila en mostrarse generoso respecto de los estadounidenses por el apoyo prestado, por mucho que estos rehusaran suministrar armas a los comunistas chinos: «Nos sentíamos muy agradecidos a los estadounidenses por toda su ayuda. Una vez uno de sus aviones aterrizó en nuestro territorio después de haber resultado tocado mientras bombardeaba Japón. Su piloto estaba herido y le ayudamos a regresar a sus propias líneas». Con relación a ello, otro historiador chino, Wang Hongbin, formula la siguiente opinión que no deja de resultar justa: «los guerrilleros no podían, por puro realismo, entrar en liza con grandes unidades del ejército nipón. De ah que el principal logro de las tropas de Mao consistiera en ganarse el apoyo de los campesinos y el respeto del pueblo chino».

A principios de 1945 los comunistas afirmaban contar con una fuer za conjunta de unos novecientos mil hombres —si se sumaban los efectivos del Ejército de la Octava Ruta en el Norte y del Nuevo Cuarto Ejército en la China central—, apoyados por otros dos millones de hombres miembros de la milicia local. Tal como sucedió en todas partes durante la Segunda Guerra Mundial, las guerrillas proliferaron fundamentalmente en zonas de poco valor estratégico para los ocupantes y, al igual que la mayoría de tropas no regulares, las de Mao estaban más preocupadas por hacer proselitismo y por subsistir en un entorno asolado por el hambre que por entrar en combate con el enemigo. Li Fenggui, por ejemplo, prestó servicio durante ocho meses en un regimiento del Ejército de la Octava Ruta en la provincia de Shandong antes de acceder a arma alguna, en tanto la mayoría de combatientes chinos entraba en acción pertrechado con un máximo de diez cartuchos. El propio batallón de Li poseía únicamente dos ametralladoras ligeras y dos pesadas, no llegó a contar con un mortero de sesenta mm hasta 1944 y nunca dispuse de piezas de artillería, mientras la gran parte de sus armas eran fusiles de fabricación casera de un único disparo. Para acabar de arreglarlo, pocos oficiales tenían reloj, lo que dificultaba

considerablemente la sincronización de las operaciones.

«Para nosotros», manifestaría Li, «1945 no resultó muy distinto a 1940. Todo el mundo pasaba mucha hambre y era muy pobre», por lo que los guerrilleros llevaban una existencia nómada caracterizada por la austeridad más estricta. De ese modo, un batallón de setecientos hombres que hubo de alojarse en una aldea durante varios días viviendo de lo que les proporcionaban los habitantes de esta, tuvo que proseguir su marcha cuando se acabaron las provisiones, dándose por afortunados aquellos soldados que consiguieron hacerse con raciones de arroz y pan para tres días. Así las cosas, en 1945 las circunstancias de los guerrilleros comunistas habían mejorado únicamente en dos aspectos: la mayoría de tropas japonesas se había desplazado al sur de Shandong para hacer frente al KMT y un número mucho menor de sus compatriotas se dedicaba a colaborar con el invasor. Efectivamente, el implacable pragmatismo chino proclamaba que sobrevivir pasaba por inclinarse en la dirección del viento y, a esas alturas, era evidente incluso para los campesinos que el viento imperante no soplaba ya desde Japón.

«Gran número de magníficas —e inteligentes— personas optaron por hacerse comunistas», aseguraría Xu Yongqiang, intérprete del ejército nacionalista chino en Birmania entre 1944 y 1945. «Se trataba de verdaderos comunistas, no de políticos egoístas». Con ello Xu se refería al hecho de que no pocos idealistas e intelectuales chinos acabaron, de forma natural, abrazando posiciones de izquierda en respuesta a la debacle moral que comportó el gobierno de los nacionalistas chinos, así como a la hiperinflación que de él se derivó y que llevó a la ruina a un sinnúmero de personas en aquellos años. «Las clases medias profesionales e intelectuales se encontraron de pronto en la pobreza. Así, de la noche a la mañana la esposa del rector de nuestra universidad tuvo que buscar trabajo como asistenta doméstica, mientras la gente se dedicaba a vender ropa para comprar comida. Fue la clase media la que pagó las consecuencias de la guerra». En esas circunstancias, muchos comunistas languidecían encarcelados en prisiones japonesas por toda China, si es que habían tenido la fortuna de no haber sido ejecutados de buen principio.

Liu Danhua era estudiante de literatura en la Universidad de Harbin, en Manchuria, cuando se produjo la invasión nipona y desde el principio no hubo aspecto en la conducta de los ocupantes ante el que no sintiera repugnancia, empezando por el hecho de que sus compañeros de estudio japoneses recibían una mejor alimentación: «Toda la carne y el pescado era para ellos. Allí donde fuéramos e hiciéramos lo que hiciésemos, todo estaba bajo control de los japoneses. La gente normal llevaba una vida miserable. Yo era joven y eso me enojaba. Tratamos de unirnos a los comunistas, pero pasó mucho tiempo hasta que pudimos encontrarlos, ya que se hallaban en la clandestinidad». En 1940, Liu organizó un movimiento estudiantil en la Universidad de Harbin, el denominado «Grupo Izquierdista de

Lectura», cuyas penosas acciones de protesta pasaban por leer libros prohibidos y por instar a los campesinos chinos a desafiar las órdenes de las autoridades niponas respecto a qué cultivos plantar, así como por denunciar a colaboracionistas. El propio Liu se encargó de enseñar canciones revolucionarias a los miembros de su grupo y, aunque no tenía sino vagas nociones de la ideología comunista, «podía ver la corrupción y la tiranía del Kuomintang y de los terratenientes. Por eso estaba seguro de que el socialismo debía ser el camino por el que avanzara China».

Puesto que resultaba peligroso reunirse en la propia universidad, Liu y su grupo lo hacían en la oficina local de Hacienda, donde incitaban a la desobediencia a los recaudadores de impuestos. En 1941 pudieron, por fin, establecer contacto con los comunistas, quienes comenzaron a utilizar a Liu como mensajero. Este, no obstante, fue bien pronto detenido e interrogado con arreglo a los métodos habituales empleados por los japoneses, quienes sometían a los detenidos a palizas, les torturaban con agua o les tenían colgando por los tobillos, sin contar con que, cuando se aburrían de tales sutilezas, acababan por hacer estar de pie directamente en la nieve a los detenidos. Después de un juicio, Liu fue condenado a quince años de reclusión, el primero de los cuales lo cumplió esposado.

No obstante, posteriormente sus circunstancias mejoraron, pues pasó a compartir celda con otros siete internos y a ser custodiado por vigilantes chinos a los que la suerte de los reclusos no les resultaba indiferente. Asimismo, se le concedió autorización para recibir una vez por mes la visita de su esposa, Yuan, quien le traía comida envuelta en papeles de diario, por los que su esposo llegaba a informarse —siquiera de forma fragmentaria— de lo que sucedía en el mundo exterior. Liu no dejó de prepararse y endurecerse entrenándose y duchándose con agua fría, determinado como estaba a mantenerse en forma por si volvía a recuperar la libertad. Algunos de sus compañeros de celda eran nacionalistas, «pero no había tensiones entre ellos y nosotros, los comunistas: todos estábamos en contra de los japoneses». Liu no tenía papel ni bolígrafo, pero compuso poemas de memoria, y sus únicas lecturas eran textos científicos y la Biblia. «La leía sencillamente para mantener mi mente ocupada. No puedo decir que me gustara, pues quienes mandan siempre han hecho un mal uso de ella al servicio de sus propios intereses, pero encontré en ella cosas buenas».

A partir de 1944 Liu y sus compañeros supieron que Japón estaba perdiendo la guerra, lo que llevó al primero —en lo que no dejaba de resultar una cruel ironía, dada la indiferencia mostrada por Stalin hacia los comunistas chinos— a sentir verdadero fervor por los soviéticos. «En aquel tiempo, pensaba que los rusos eran maravillosos y estaba seguro de que el imperialismo y el capitalismo estaban condenados a derrumbarse», de modo que, desde su celda, Liu sabía más sobre Stalin que sobre el propio Mao. Durante los últimos meses de la contienda, y al igual que

todo prisionero en manos niponas, Liu contaba con que sería ejecutado antes de que se produjese la liberación, por lo que la tensión provocada por el miedo y la esperanza contrapuestos llegaría a hacerse prácticamente insoportable.

La política bélica de Chiang y de Mao tenían únicamente un elemento en común, a saber, el deseo de fortalecer la base de su propio poder más que el de contribuir a la derrota nipona. En lo que constituía una notable ironía, Mao —pese a sus infructuosos esfuerzos por hacerse con el apoyo estadounidense— obtuvo muchos más réditos del conflicto que Chiang, quien, además de recibir miles de millones de dólares en ayuda militar, contaba con el decidido apoyo de la mayor potencia del planeta. En efecto, Mao aprovechó los años de la guerra para ganarse el favor popular entre el campesinado en una medida inimaginable para los nacionalistas, al tiempo que las fuerzas comunistas desarrollaban un espíritu de combate y de camaradería al servicio de un propósito compartido que resultaba completamente ajeno al ejército de Chiang Kai Shek.

En ese sentido, el caso de Li Fenggui, un capitán que contaba veinticuatro años en 1945, resultaba paradigmático. Criado en un pueblo de novecientas almas que estaba situado cerca de Shanghai y dominado por tres «ricos» terratenientes y unos pocos campesinos «ricos», Li intuía que el destino de todos los demás habitantes del pueblo, incluyendo a su propia familia, no era otro que la indigencia. En ese estado de cosas, y tras la sangrienta ocupación de la localidad por parte del ejército nipón en 1941, Li y unos cuantos más organizaron un pequeño grupo de resistencia, cuya primera acción resultó ser tan primitiva como implacable. Ocultos un día en un recodo del camino que atravesaba los campos de arroz al acecho de un bien conocido colaboracionista que pasaba por allí a diario en bicicleta, Li y los suyos se abalanzaron sobre él como una exhalación en cuanto le vieron, le bajaron a la fuerza de la bicicleta y, blandiendo machetes, le dejaron medio muerto, antes de llevarle a rastras a un arrozal próximo, donde, tras rematarle ocultaron su cuerpo sin vida. Al día siguiente, otro agente chino de los japoneses llegó al pueblo para inquirir a su máximo responsable sobre la desaparición de su colega, en lo que, pese a todo, no constituía sino un hecho ciertamente frecuente y del que, en este caso, las autoridades no volverían a tener noticia.

Sin embargo, los comunistas locales sí supieron de dicha acción, que mereció su aprobación y motivó que un día un extraño llegara al pueblo para hacer una propuesta a Li y a sus amigos: «Si queréis luchar de verdad contra los japoneses, tenéis que haceros comunistas». Li repuso: «Pero yo no sé lo que es un comunista», a lo que el extraño contestó: «Un comunista es un amigo de los pobres. Cuando China esté gobernada por los comunistas, no habrá más terratenientes, ni más hambrunas. Todo el mundo tendrá para comer, casas dignas donde vivir y electricidad».

Como Li recordaría más tarde: «Yo no tenía ni idea de lo que era la electricidad,

ya que nunca la había visto, pero pensé que debía de ser una buena cosa». El extraño ayudó a Li y a otros tres habitantes del pueblo a redactar una solicitud de alistamiento en el Ejército de la Octava Ruta, una de cuyas unidades se hallaba acampada a unos cuantos kilómetros. Los padres de Li aplaudieron su decisión: su madre le hizo un par de zapatos de tela y su padre, el más pobre entre los pobres, halló dinero para comprarle una pieza de lana con la que le cosió una manta. Equipado de esa guisa, Li partió un día de buena mañana junto con sus compañeros y acompañado durante el primer kilómetro y medio de lo que sería su camino de aventuras por una multitud de conciudadanos admirados ante quienes consideraban ya héroes locales.

Aunque los años que siguieron no resultaron menos duros, Li no dejaría de recordar aquellos tiempos con nostalgia: «La relación que teníamos en el batallón era extraordinaria, especialmente con nuestros mandos. Formábamos prácticamente una gran familia». Li disfrutaba con los recitales que el grupo de actividades recreativas de su división organizaba para todos los soldados y en los que cantaban juntos la famosa «canción guerrillera»: «Tiradores de primera todos somos: cuando disparamos nunca fallamos». En el verano de 1944, y coincidiendo con la operación Ichigo, la división de Li se vio atacada por fuerzas niponas abrumadoramente superiores en número que la obligaron a dispersarse y a emprender la huida:

> *Les dijimos a los campesinos locales que lo escondieran todo, que echaran veneno al agua de los pozos y que se vinieran con nosotros. Unos quinientos decidieron acompañarnos, aunque solo éramos 37 soldados y tres de ellos estaban heridos. Acabamos llegando al río Amarillo, que habíamos de atravesar para ponernos a salvo. Las mujeres se echaron los niños pequeños a hombros, mientras algunos campesinos nos ayudaban a transportar a los heridos. El río era profundo y algunas de esas mujeres no eran demasiado altas, por lo que las aguas acabaron cerrándose sobre ellas y ahogando así a sus pequeños, pues casi nadie sabía nadar. Cuando por fin llegamos a la otra orilla, no quedarían más de trescientas personas de las quinientas que habían empezado a cruzarlo con nosotros. En aquel momento todos nos pusimos a llorar y a abrazarnos unos a otros, campesinos y guerrilleros a la par. En principio, éramos soldados pero siempre nos sentimos también campesinos y parte de una misma familia.*

En una batalla posterior, Li resultó gravemente herido en el pecho y en la pierna, sin que su unidad pudiera ofrecerle otra atención médica que no fuera la de lavar sus heridas sanguinolentas con agua y sal. Cuando el resto del batallón hubo partido, él quedó a cargo de un campesino llamado Li Quirong, en cuya cabaña Li Fenggui pudo reposar tranquilo una semana. No obstante, una mañana un colaboracionista apareció por la puerta. «Parece que tienes visita», le dijo receloso a su propietario, mirando hacia adentro y viendo cómo el joven Li yacía en la cama. Tras ello añadió: «Tiene pinta de ser del Ejército de la Octava Ruta». Li Quirong le respondió agriamente: «Es mi propio hijo. Le hirieron la semana pasada tus “amigos” japoneses cuando se pusieron a disparar a un montón de gente». No satisfecho con esas palabras, el colaboracionista acudió a la máxima autoridad del pueblo, al que —no se sabe bien cómo— Li Quirong llegó a convencer para que refrendara su versión de los hechos.

Cuando el colaboracionista se hubo marchado, Li Fenggui rompió a llorar. «Mi madre fue la primera en darme la vida», referiría más tarde, «pero aquellas gentes me la dieron por segunda vez». Finalmente Li acabó recuperándose de sus heridas y estuvo en condiciones de reintegrarse a su unidad.

En 1945, Li y sus camaradas sabían de la ideología comunista poco más que tres años atrás, y su máxima preocupación era el seguir con vida. En cualquier caso, Li había hecho méritos como para ser considerado capitán, si bien dicho rango no le fue conferido formalmente porque no sabía leer. Las órdenes se daban de palabra, pues la mayoría de soldados eran iletrados. No obstante, en el caso de Li su analfabetismo comportaba problemas considerables a la hora de dar cuenta de las existencias de munición, de transmitir mensajes o de pasar lista. «Nuestro general era realmente el único hombre con cultura de toda la división», recordaría tiempo después.

Las disposiciones relativas al matrimonio dentro de las filas del ejército comunista resultaban restrictivamente puritanas. Así lo ilustra el caso de Zuo Yong, un joven de veintidós años —hijo de un rico campesino— que estudiaba en Shanghai en 1941 cuando su facultad quedó reducida a cenizas por obra de los japoneses. «Decidí que prefería luchar contra ellos antes que buscar otro centro donde estudiar». Zuo se unió a los comunistas no por razones ideológicas, sino porque se dio la casualidad de que fuerzas de estos le quedaban más cerca que las del KMT. Tras un breve periodo de instrucción en una «escuela militar antijaponesa» ubicada en Hainan, Zuo fue destinado al Nuevo Cuarto Ejército en calidad de teniente. Aproximadamente un año más tarde, el joven oficial hubo de alojarse en la casa de una familia en la que el padre se encontraba sirviendo en el frente como oficial del Kuomintang, mientras la madre —maestra de profesión— se hallaba al cuidado de dos hijas de dieciocho y diecinueve años, respectivamente, y de dos hijos más jóvenes. Zuo trató de convencer a la madre de que permitiera a sus hijas trabajar como enfermeras en un hospital comunista, puesto que ya no había posibilidad de que pudieran estudiar. Poco después, la maestra comunicó al joven teniente que quería hablar con su madre para tratar un asunto importante. «Me temo que eso resultará difícil», le respondió Zuo, «nuestro pueblo queda muy lejos de aquí», a lo que la madre de las jóvenes respondió: «Bien, en ese caso será mejor que hable directamente contigo. Verás, creo que serías un buen esposo para una de mis hijas». Zuo se vio incapaz de acceder a ello, por cuanto no cumplía ninguno de los tres requisitos que le habrían permitido contraer matrimonio al ser miembro del Ejército Rojo. En efecto, ni tenía más de 28 años, ni había completado diez años de servicio en el ejército, ni tenía rango de coronel que le permitiera estar al mando de un regimiento.

De otro lado, la clase de tropa tenía prohibido entrar en contacto con chicas, al

tiempo que incluso las pocas mujeres casadas que formaban parte del ejército carecían de permiso expreso para tocar siquiera a sus maridos en público, en tanto a los altos oficiales, por contra, se les organizaban matrimonios con jóvenes de dieciocho o diecinueve años. Zuo se pronunciaría después al respecto en los siguientes términos: «Recuerdo haber conocido a una joven a la que dijeron que se iba a casar con un coronel. Ella preguntó cómo era y le contestaron que valiente, trabajador y amable. Tras su primer encuentro con él, un camarada preguntó a la joven: "¿Te gusta?", a lo que ella repuso: "¿Cómo he de saberlo? Solo le he visto una vez"». El matrimonio se celebró de todos modos y, al cabo de cierto tiempo, la muchacha dejó a su flamante marido. Este, pese a todo, no se desanimó y consiguió convencerla para que volviera a su lado. «Un buen número de matrimonios organizados acabó funcionando bien», recordaría Zuo con posterioridad, «pero hubo también divorcios, porque algunos de nuestros hombres eran simples campesinos sin demasiado atractivo y que daban por hecho que podían dar una buena tunda a sus mujeres cuando así lo creyeran conveniente».

Durante la mayor parte de la contienda, los servicios de inteligencia aliados destacados en China no llegaron a disponer más que de escasísimas informaciones fiables sobre lo que ocurría en aquel país. Así, Stilwell y su sucesor, Wedemeyer, sabían bien poco sobre lo que las tropas nacionalistas hacían o dejaban de hacer en el campo de batalla en su lucha contra los japoneses, por no hablar de las comunistas. Con relación a estos, su cuartel general en Yan'an constituyó hasta bien entrado 1944 un especie de *terra incógnita* envuelta en un halo de misterio, aunque sí se sabía que Mao Zedong y sus partidarios controlaban un territorio de una extensión comparable a la de Francia, habitado por unos noventa millones de chinos y en el que habían impuesto un régimen radical en lo social y en lo económico. En ese sentido, aquellos occidentales que llegaban hasta Yan'an daban cuenta de que las condiciones de vida allí imperantes eran mejores que las de la China nacionalista, si bien la veracidad de tales juicios se veía comprometida por la proximidad ideológica de sus autores respecto de las posiciones del propio Mao. En esas circunstancias se imponía plantearse si quienes le secundaban eran auténticos comunistas o si su líder no era más que un mero adversario de Chiang en la lucha por el poder en China. Ello no dejaba de distorsionar la percepción que del sistema de Mao tenían los británicos y estadounidenses destacados en Chongqing, tal como ilustra el testimonio ofrecido por John Keswick, heredero de la casa comercial Jardine Matheson, radicada en Hong Kong, y asesor político del gobierno británico. En efecto, Keswick llegaría a decir despectivamente del régimen de Mao que «no era sino un gobierno provincial cuya política surgía de una revuelta campesina… No parece probable que se muestren dispuestos a interferir con la propiedad privada».

El teniente general Adrián Carlton de Wiart desempeñaba el cargo de enviado

personal de Churchill ante el general Chiang Kai Shek, un nombramiento que reflejaba la debilidad que sentía el primer ministro británico por héroes de guerra sin más méritos que los contraídos en combate. De Wiart era valiente hasta el absurdo y había participado en un sinnúmero de campañas, en el transcurso de las cuales había resultado herido hasta ocho veces. En su autobiografía no llegó a mencionar el hecho de que se le había concedido la Cruz de la Victoria por su valor trente al enemigo al considerar que un militar que se preciara debía estar por encima de esas nimiedades. Además, le faltaba un ojo, una mano —después de que esta hubiera resultado alcanzada por un proyectil en Francia en 1915 y de que el médico de campaña rehusara extirparle los dedos destrozados, él mismo se los arrancó a dentelladas— y todo atisbo de inteligencia. De Wiart despreciaba, por principio, a todos los comunistas, tildaba a Mao de «fanático», de quien afirmaba: «No puedo creer que vaya en serio», y dejó claro al gobierno británico que no existía alternativa viable a Chiang como máximo mandatario chino.

Un diplomático británico aportaba, no obstante, un juicio más agudo y ponderado al respecto: «Los comunistas no piensan en mayor medida que el Kuomintang que la “democracia” sea un sistema que ofrece una oportunidad a los partidos en la oposición. Lo que los comunistas entienden por “democracia” es que cuentan con el amplio apoyo del campesinado más pobre». Así las cosas, al descartar toda posibilidad de acuerdo entre Chiang y Mao, los funcionarios británicos se revelaron más perspicaces que algunos de sus homólogos estadounidenses, como Patrick Hurley, quien, nombrado embajador en octubre de 1944, porfió en vano durante meses por lograr un consenso entre ambos líderes chinos. Una vez hubo tomado posesión de su cargo en Chongqing, lo primero que hizo Hurley fue hacerse traer desde Estados Unidos un *Cadillac* acorde a su estatus y proceder a renovar la residencia del embajador. Tras ello se aprestó a acercar posiciones entre el Kuomintang y los comunistas, si bien al cabo de pocas semanas aquel insensato diplomático acabaría ya confiando a su propio personal que, puestos a escoger entre lo malo y lo peor, no sabría si quedarse con Mao o con Chiang.

Los nacionalistas —como no podía ser de otro modo— se manifestaban decididamente hostiles a todo tipo de trato con Mao por parte de británicos o estadounidenses, actitud en la que estos últimos consintieron hasta finales de 1944, cuando —coincidiendo con la cada vez mayor decepción estadounidense ante la cerrazón de Chiang— no dejaron de producirse algunos contactos. Así, John Service, un diplomático estadounidense que compartía con John Paton Davies un creciente respeto hacia el régimen de Yan’an, se reunió con los líderes comunistas en agosto. Tras años de lidiar con la fatuidad, la pomposidad y la doblez de Chiang, Service se sintió cautivado por el encanto, el humor y la aparente franqueza de los comunistas chinos en general y de Mao Zedong en particular. Este le confesó que había pensado

en prescindir del apelativo «comunista» para su partido, a fin de salir al paso de los temores expresados por los países capitalistas respecto a su auténtica naturaleza: «Si la gente nos conociera, dejaría de temernos». Mao afirmó que China necesitaría del apoyo económico de Estados Unidos tras la guerra: «Hemos de cooperar y hemos de contar con la ayuda estadounidense. Esa es la razón por la que resulta tan importante que los comunistas sepamos lo que tienen pensado y planeado ustedes los estadounidenses. No podemos arriesgarnos a estar a malas con ustedes: no podemos arriesgarnos a tener ningún conflicto con ustedes». Mao solicitó de Estados Unidos que procediera a realizar desembarcos anfibios en la costa del norte de China, a fin de establecer una ruta directa de abastecimientos a Yan'an. Hasta tal punto estaban los comunistas ansiosos por disponer de ayuda estadounidense que Zhou Enlai —quien habría de ser jefe del gobierno chino bajo la presidencia de Mao durante largos años— comunicó a Service su voluntad de colocar sus tropas bajo el mando de Estados Unidos siempre que este accediera a dotarlas de armas. Vivamente impresionado, por no decir subyugado, por sus interlocutores, Service recomendó formalmente a Stilwell que se enviaran armas a los comunistas, propuesta a la que este no se mostró refractario.

Esa propuesta, con todo, no iría a ninguna parte. Más de sesenta años después se hace fácil tildar de ingenuos a aquellos representantes del gobierno estadounidense —algunos en Chongqing, otros en Washington— que se encargaron de frustrar los progresos de los comunistas chinos persistiendo en apoyar a Chiang Kai Shek, pese a la evidencia de que el de este era un régimen corrupto hasta la médula. Sin embargo, también los adalides de Mao se revelaron poco perspicaces. De ese modo, quienes llegaban de Chongqing, con el recuerdo de la podredumbre nacionalista aún fresco en la memoria, sucumbían con absurda facilidad al seductor hechizo ejercido por los comunistas. Davies, por ejemplo, quien acudió a Yan'an en octubre de 1944, se mostró encantado ante el «modo directo y amigable» en el que Mao se dirigió con paso decidido al encuentro de cada uno de sus visitantes y les estrechó la mano uno a uno. Tampoco la presencia física del líder chino dejó de impresionarles: mentón fuerte, mandíbula prominente, amplios labios, espeso cabello negro. A Davies le impresionaron asimismo los pausados gestos de un Mao mayestático, bondadoso y corpulento, con una gran maestría en el arte de la argumentación dialéctica y con «una personalidad incandescente que, no haciéndose evidente al instante, resulta de fácil percepción. De él emanan una calma serena y una inmensa seguridad».

Posteriormente, Davies informaría a sus superiores de su encuentro en los siguientes términos: «Tengo la impresión de que estamos tratando con personas realistas —hombres que conocen sus limitaciones tan bien como sus puntos fuertes— y que tienen confianza en sí mismos y paciencia. Han esperado mucho para llegar donde están y parecen dispuestos a esperar aún más». La opinión mantenida tanto por

el diplomático experto en cuestiones chinas Raymond Ludden como por los cinco militares que —como integrantes de la Misión Dixie destinada a Yan'an— se adentraron en territorio chino ocupado por los japoneses, viajando a pie y a lomos de caballerías, para entrar en contacto con los guerrilleros comunistas chinos resulta coincidente con la ya señalada, tal como revelan las entusiastas palabras pronunciadas al respecto por Ludden en febrero de 1945: «El Ejército de la Octava Ruta tiene una fama legendaria en el norte de China como campeón de los humildes». Después de años sufriendo el frustrante cinismo practicado por los miembros de las filas nacionalistas, hombres como Service y Davies —artífices de la citada Misión Dixie— no podían sino contemplar a los comunistas con un intenso romanticismo. De ahí que, ante las bellas, aunque falaces palabras con que estos se presentaron a los emisarios estadounidenses, Service y Davies dieran por buenas la integridad y moderación que se atribuían al liderazgo de Mao, mientras observadores más perspicaces no dejaban de señalar que el líder comunista, al igual que Chiang, únicamente estaba empeñado en conseguir el poder a toda costa.

Los vicios personales de Mao se ven crudamente reflejados en una reciente biografía del líder chino, obra de la escritora china Jung Chang y de su esposo, el historiador británico John Halliday. Dicha biografía representa un retrato irremisiblemente negativo de ese personaje histórico, del que se destaca el maltrato al que sometió a la primera de sus dos esposas, así como a la cohorte de jóvenes a las que explotó sexualmente. Otros estudiosos, tanto occidentales como chinos, afirman, por el contrario, que —con independencia de aquello en lo que Mao acabó convirtiéndose una vez hubo logrado el poder— lo cierto es que durante la guerra sus excesos aún no habían empezado a manifestarse. En cualquier caso, lo que parece estar fuera de toda duda es que el líder chino no tenía interés alguno en un socialismo de corte liberal. En ese sentido, los enviados estadounidenses a Yan'an fueron lo bastante ilusos como para dejarse engañar por la cordialidad de sus anfitriones, viendo o creyendo ver en los comunistas chinos a un grupo de austeros patriotas comprometido con la lucha contra el invasor nipón y con la causa de ofrecer una vida mejor a los millones de compatriotas suyos que malvivían entre el hambre y la pobreza. Ello, sin embargo, no era en modo alguno cierto, como lo demuestra el hecho incuestionable de que el régimen de Mao, ya en sus inicios en Yan'an, traficara con opio a gran escala y —casi con toda certeza— llegara también a treguas tácticas con los japoneses. «Mao y los comunistas se dedicaron a vender opio», asevera Yang Jinghua, un historiador de Manchuria. «¿Cómo, si no, habría podido pagar a sus tropas? Ningún otro producto que se cultivara en Yan'an resultaba comercializable, así que, en una situación así, uno hace lo que le toca hacer».

Las pruebas que dan cuenta de negociaciones entre los comunistas y las fuerzas niponas no resultan más que circunstanciales, pero merecen considerarse plausibles,

en la medida en que el tráfico de opio convenía a ambas partes, al ser una destacada actividad económica para el régimen ocupante. La Oficina Japonesa para Asuntos Chinos establecida por el príncipe Konoe controlaba un comercio que suponía un volumen de unos trescientos millones de dólares anuales y que se vio deliberadamente revitalizado por el ejército nipón con la intención de debilitar a los chinos y de obtener recursos económicos. Dicha Oficina fue la institución del gobierno nipón responsable de negociar con los hombres de Mao la adquisición de opio, cuya distribución corrió a cargo de algunas de las mayores empresas japonesas del momento: Mitsubishi en Manchuria y Mitsui en el Sur. Aunque se daba una intensa rivalidad por el control de los mercados, chinos y japoneses trataron de conciliar sus intereses, de modo que entre 1944 y 1945 tanto los comunistas como los propios ocupantes nipones tenían un considerable interés en evitar una confrontación militar indiscriminada. Tal como afirma resignadamente el ya citado historiador Yang Jinghua: «China se hallaba por aquel entonces hasta tal punto fragmentada que resulta difícil asegurar qué sucedió o dejó de suceder realmente».

De lo que no cabe duda, sin embargo, es que Mao procedió a suprimir toda voz discordante. Así un joven intelectual llamado Wang Shiwei se consumió bajo arresto domiciliario a partir de 1942 por denunciar en un opúsculo la «cara oculta de Yan'an», las «tres clases de prendas de vestir y los cinco tipos de comidas» que allí servían y los mejores de los cuales iban a parar a los altos cuadros del partido, al tiempo que «los enfermos no pueden acceder ni a un cuenco de fideos y los jóvenes han de conformarse con dos cuencos de arroz al día». Por otra parte, mientras el resto del *politburó* tenía que desplazarse a pie a todas partes, Mao se movía en una furgoneta Chevrolet en la que figuraba ostentosamente el siguiente rótulo: «Ambulancia. Regalo de la Asociación de Lavanderas Chinos de Nueva York para la Salvación Nacional». Según Chang y Halliday, fueron muchas las jóvenes sometidas al permanente acoso sexual de los mandatarios del partido, quienes no dudaron en eliminar implacablemente toda disidencia —incluida, por ejemplo, la decapitación de Wang Shiwei—, así como en recurrir a la tortura y a las confesiones forzadas a fin de identificar a espías y contrarrevolucionarios, haciendo así que entre los intelectuales denunciados no resultasen infrecuentes los suicidios.

Los visitantes occidentales de Yan'an se mostraban subyugados por el ambiente campechano que allí parecía imperar, por el encanto y el don de lenguas de Zhou Enlai, por el modo informal en que Mao se dejaba caer por las casas de la gente para jugar a cartas o a chismorrear un rato o en que se ponía a bailar —desplegando toda su energía y a la vez una absoluta falta de ritmo— en las fiestas que se organizaban los sábados por la noche. Quienes venían de fuera se unían sin más a los cuadros del partido para beber *baicha*, una infusión de té blanco, asistiendo de ese modo a lo que no dejaba de constituir una pantomima magníficamente escenificada. Así pues, China

no se debatía entre una dictadura brutal, corrupta e incompetente, por una parte, y un socialismo libertario, por otra, sino entre dos regímenes autoritarios, de los cuales el comunista resultaba incomparablemente más sutil y efectivo, además de mucho más atractivo para el campesinado y los intelectuales.

Aquellos representantes del gobierno estadounidenses que desde Chongqing y Washington se opusieron a una alianza con el régimen de Yan'an adoptaron la decisión correcta pero basándose en motivos erróneos. Así, y a pesar de que su desdén hacia Mao se debía a su temor a socavar así la autoridad de Chiang Kai Shek, la verdadera razón por la que rechazaron prestar toda ayuda bélica a los comunistas chinos se basaba en el hecho de que estos no la habrían utilizado para contribuir a la derrota nipona. Esa opinión era compartida asimismo por los soviéticos, cuyos enviados a Yan'an informaron en los términos más desfavorables a Stalin sobre la disciplina, el comportamiento en el campo de batalla y los pretendidos éxitos militares de las tropas de Mao. En ese sentido, los comunistas habían construido ciertamente un notable edificio político, pero que, desde la perspectiva de los Aliados, tenía todo que ver con el futuro de China tras la guerra y casi nada con la derrota de Japón.

A pesar de ello, mientras duró la contienda, millones de campesinos chinos creyeron con fervor que Mao encarnaba la promesa de un futuro mejor, hasta el punto de que, incluso en la actualidad, muchos de quienes sirvieron en las filas de las guerrillas comunistas durante la Segunda Guerra Mundial recuerdan aquella experiencia con romántico entusiasmo. Pese a todas sus carencias, Mao no dejaba de representar un líder profundamente carismático, un hecho que aquellos de sus biógrafos modernos que atribuyen sus logros y su larga permanencia en el poder únicamente al empleo del terror parecen pasar por alto, cometiendo el error garrafal de subestimar la adhesión popular que el líder chino era capaz de suscitar. «Los comunistas estaban mucho mejor organizados que el KMT», manifestaría posteriormente Wei Daoran, vástago de un famoso general nacionalista, Wei Lihuang, a quien su hijo, aún adolescente, acompañó durante numerosas campañas bélicas. «Disponían de una infraestructura que se extendía por todas las zonas rurales de China. Cuando los comunistas pasaban por una región, la gente guardaba de ellos recuerdos mucho mejores que del KMT. Y es que ofrecían a los campesinos una mínima educación y, si uno tenía talento, le ayudaban a progresar, sin contar con que también trataban a las mujeres como iguales».

Con relación a ello, muchas mujeres hallaron en las ideas de Mao una realización que les habría estado vedada en la China anterior a la guerra. Así lo demuestra el ejemplo de Bai Jingfan, la hija de un próspero comerciante de aceite y grano originario de la provincia de Heilongjiang y cuya familia se vio obligada a abandonar

la localidad en que vivía cuando los japoneses irrumpieron en ella en 1934. Bai, quien a la sazón contaba apenas dieciséis años, se dirigió sola en búsqueda de los comunistas, a quienes estaba decidida a encontrar por considerar que eran los únicos que se oponían de hecho a la ocupación nipona. En un primer momento, Bai emprendió un viaje de ocho días en autobús hasta Sian, ciudad desde la que se dirigió hasta Yan'an, donde ingresaría en la Universidad de Mujeres del Partido. Una vez acabados sus estudios, se convirtió en oficial de propaganda, sin importarle las penalidades inherentes al tipo de vida en que se había embarcado, exultante como estaba por poder contribuir a la causa. Bai contrajo matrimonio con una pujante figura de la jerarquía militar comunista a quien siguió, pasando a tal fin a integrar las filas del regimiento guerrillero comandado por su marido y que había de partir en breve con destino a la provincia de Hebei.

En mayo de 1944, la joven ya se había acostumbrado a llevar una existencia completamente nómada jugando al gato y al ratón con las tropas japoneses. Una noche, mientras se hallaban acampados en una aldea, se vieron despertados a medianoche por un grupo de reconocimiento, que les alertó de la proximidad de una columna de tropas contraguerrilleras niponas. «La noche estaba oscura como la boca de un lobo y soplaba un auténtico vendaval. Entonces nuestro comandante nos dijo: "Hemos de salir de aquí… y deprisa"». Cogiendo a toda prisa sus armas y su equipo, se pusieron en marcha camino de otro pueblo, situado a unos quince kilómetros. No habrían andado más de uno y medio cuando la noche estalló en una erupción de disparos. Alguien dijo: «El pelotón de cabeza se ha topado con los japoneses», a lo que los camaradas de Bai repusieron: «Tendremos que salir de aquí por piernas». La joven, sin embargo, se veía impedida por una circunstancia particular: su avanzado estado de gestación. Después de recorrer como pudo unos tres kilómetros campo a través, Bai sintió que no podía dar un paso más y, en pleno campo, les dijo a sus compañeros: «Dejadme aquí: ya encontraré yo un sitio para ocultarme». Siguió una agria aunque breve discusión, tras la cual los camaradas de Bai se mostraron conformes con su plan y partieron. Después de pasar asustada una gélida noche en solitario, la joven se puso en marcha al romper el alba, decidida a llegar como fuera a la aldea que se había fijado como punto de encuentro y en la que había de reencontrarse con su compañía. Una vez allí, no obstante, y como quiera que los japoneses les pisaban los talones y no podían detenerse, los guerrilleros, tras intercambiar rápidamente unas palabras con los aldeanos, pudieron hallar refugio para Bai en la cabaña de una viuda que carecía de motivo alguno para tener en demasiada estima al enemigo, toda vez que los japoneses habían asesinado a su marido.

Durante dos semanas, la vida de la joven transcurrió en una paz razonable, hasta que una mañana un muchacho se presentó corriendo en la cabaña mientras gritaba:

«¡Qué vienen los japoneses! ¡Qué vienen los japoneses!». Aunque al principio no le creyeron, poco después vieron por sí mismas cómo se acercaban soldados enemigos, así que Bai no tuvo más remedio que salir huyendo entre trompicones «con el bombo a cuestas». Aguantó andando unos nueve kilómetros, hasta llegar a otro pueblo, en el que cayó derrengada, quedando a merced de la buena voluntad de sus habitantes, quienes la escondieron en un estrecho y profundo agujero. Sumida en un calor asfixiante y en una total oscuridad, la joven yacía oculta cuando la columna enemiga hizo acto de presencia. Los japoneses anunciaron que sabían que en el pueblo había gente del Ejército de la Octava Ruta y que estaban dispuestos a encontrarlos. Tras un registro general en el que anduvieron cerca del escondrijo de la joven sin llegar a descubrirlo, los soldados interrogaron a un niño de diez años y a un anciano, que negaron saber nada de los fugitivos. Como respuesta, y antes de proseguir su camino, los japoneses violaron a la sobrina del anciano en pleno centro del pueblo, un hecho que llevaría después a Bai a manifestarse como sigue: «Me sentía totalmente culpable e incapaz de hacer nada para evitar lo que hicieron los japoneses». En cualquier caso, la joven guerrillera estaba a salvo y pudo posteriormente reintegrarse a las filas de su regimiento, antes de dar a luz a un precioso niño, sin poder dejar de sentir una inmensa gratitud —común a todos los fugitivos— hacia unos desconocidos a quienes debía la vida y que, por ella, habían sufrido mucho y arriesgado aún más.

#### 2. CON LOS SOVIÉTICOS

Uno de los muchos errores cometidos por los observadores occidentales desplazados a China fue el de asumir que los comunistas de Moscú tenían que encontrarse en buenos términos con los de Yan’an y viceversa. Así, en el invierno de 1944, cuando las tropas nacionalistas habían emprendido la retirada en todos los frentes ante las fuerzas niponas, el Comité Conjunto de Inteligencia Británico especulaba sobre el futuro inmediato en los siguientes términos: «Si los chinos no están en condiciones de aparentar siquiera que pueden oponer una firme resistencia defendiendo ciudades tan importantes, su gobierno corre el peligro de sucumbir. Con la debacle del gobierno nacionalista chino y la dispersión de aquellas tropas chinas no entrenadas ni comandadas por los estadounidenses, la única oposición organizada a la invasión nipona vendría dada por los comunistas… quienes podrían obtener más apoyo que en el pasado de Rusia, la cual, a su vez, podría ver alguna ventaja en el hecho de mantener algún tipo de gobierno chino opuesto a los japoneses».

La realidad, no obstante, es que hacía ya tiempo que Stalin había llegado a sus propias conclusiones —descarnadamente pragmáticas— con respecto a China. A su juicio, Chiang se erigía como el único hombre capaz de gobernar el país; Mao era demasiado débil para desbancarle y, por tanto, los intereses soviéticos requerían una

relación constructiva con los nacionalistas. De ahí que estos, ya antes de la guerra, recibieran durante años dinero y ayuda militar de la URSS y que Mao y sus seguidores se hallaran mucho más aislados políticamente de lo que los enviados occidentales suponían. Así las cosas, aunque Stalin había prestado ayuda económica a Mao ya en los años veinte, no fue hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial cuando el líder soviético se decidió a mover un dedo a favor de la causa comunista en China. Recíprocamente, cuando en los difíciles años de 1941 y 1942 los emisarios de Stalin en Yan'an apremiaron a Mao para que ejerciera toda la presión militar posible sobre los japoneses, a fin de disminuir el riesgo de que estos se sumasen a la invasión alemana de la URSS, el líder chino hizo caso omiso de las peticiones soviéticas.

Con todo, los soviéticos necesitaban informaciones de China y, sobre todo, de Manchuria, donde rusos y japoneses se hallaban frente a frente a lo largo de toda la frontera que ambos países compartían y en la que habían llegado a librar una breve contienda en 1939. En ese sentido, y pese a su supuesta neutralidad hacia Japón, los soviéticos acogieron encantados en el extremo oriental de la URSS a varios miles de guerrilleros comunistas chinos que habían llegado hasta allí huyendo del hambre y del acoso de las tropas niponas. En las remotas zonas boscosas de aquellas latitudes, y auspiciados por el Grupo de Inteligencia Soviético del Lejano Oriente, se establecieron campos de entrenamiento y bases, desde las cuales los guerrilleros chinos fueron enviados de regreso a su propio país con la misión de espiar y hostigar al enemigo. Del mismo modo habían actuado anteriormente la estadounidense Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) y su homologa británica, la Dirección de Operaciones Especiales (SOE[32]) promoviendo la resistencia contra el enemigo en todas las partes del mundo donde había cabido hacerlo.

Las actividades desarrolladas por esos guerrilleros chinos conforman una historia digna de ser tenida en cuenta y, al mismo tiempo, prácticamente desconocida en Occidente. Esta se inició cuando —para oprobio de Chiang Kai Shek ante los manchúes— el líder nacionalista rehusó destinar tropas a aquella región para hacer frente a la ocupación nipona, lo que provocó la inmediata aparición de guerrillas locales que, aunque comunistas de nombre, apenas poseían ideología alguna. Los guerrilleros reclutados por los soviéticos solían ser víctimas de situaciones de inimaginable miseria, tal como sucedía con Li Dongguan, hijo de un campesino de la provincia de Heilongjiang que, habiendo nacido pobre, al crecer fue haciéndose, inexorablemente, cada vez más pobre. El muchacho se dedicaba a cuidar del ganado de un terrateniente local y no tardó en radicalizarse como consecuencia de la ocupación nipona, después de que un grupo de niños del pueblo que estaba un día pescando en el río se encontrara con dos soldados japoneses que llevaban consigo un perro. Uno de los chicos fue tan insensato como para tirarle una piedra a este último, tras lo cual los soldados echaron mano de sus fusiles y cosieron a tiros no solo a

quien había tirado la piedra, sino a otros tres niños que le acompañaban. «Aquello me dejó conmocionado y a partir de entonces solo pensé en luchar contra los japoneses».

No mucho más tarde, unos guerrilleros comunistas estuvieron unos cuantos días en el pueblo y Li se hizo amigo del corneta que iba con ellos, un muchacho de su misma edad. Jugaron juntos como hacen los chicos y Li —a quien su familia conocía por el cariñoso apodo de «Teizi»— se dedicó a ayudar a su amigo a cuidar de los caballos de los guerrilleros. Cuando se acercó la partida de estos, Li le dijo al corneta que quería unirse al grupo. «Tendrás que hablar con Liu, el comisario», le respondió su amigo. A Liu, sin embargo, no le agradó la idea: «Mírate, tienes trece años y la vida de un guerrillero no es un juego de niños: un día estás atravesando montañas cubiertas de nieve, al día siguiente no hay nada que comer. No lo aguantarías. Además, tu familia te necesitará en casa, ¿no?». «Mi madre está muerta y no tengo que pedirle permiso a nadie más», repuso el joven. El comisario se encogió de hombros y, pasándole la mano afectuosamente por la cabeza, le dijo: «Podemos volver a hablar dentro de un par de años».

No obstante, cuando los guerrilleros partieron al día siguiente, Li —que no había dicho nada a su familia y solo llevaba consigo un poco de arroz y unas cuantas cosas de poco valor metidos en un fardel— siguió avanzando penosamente por entre la nieve. Aquella noche, cuando la columna de guerrilleros acampó, Li se metió disimuladamente en el campamento y se echó a dormir junto a su amigo el corneta. No fue hasta pasados dos días cuando Liu, el comisario, advirtió su presencia, reprendiéndolo furiosamente: «¿Pero qué mierda estás haciendo aquí? Mañana vamos a entrar en combate. Mírate las manos: ya tienes sabañones. El frío acabará contigo en una semana. ¡Vete a tu casa y no vuelvas!». Li, sin embargo, no se marchó. Durante los días que siguieron se convirtió en la sombra de su amigo, ayudándole a realizar todas las tareas que había que hacer en el campamento: ir a buscar agua, pelar verduras, dar de comer a los caballos… Después de un mes así, Liu se resignó a aceptarlo diciéndole: «Está bien, te lo has ganado. Puedes quedarte con nosotros». Durante mucho tiempo la familia de Li le dio por muerto y no sería hasta quince años más tarde cuando sus pocos parientes vivos volverían a verle.

En el tiempo que siguió, y además de padecer las habituales privaciones propias de la vida de los guerrilleros, Li tomó parte en varias escaramuzas contra los ocupantes. En una de ellas, su grupo, después de haber visto pasar por la carretera dos vehículos japoneses e intuyendo que muy probablemente estos volverían por el mismo sitio, decidió tenderles una emboscada. Tal y como parecía seguro que ocurriría, aquella misma tarde los camiones del ejército nipón aparecieron de nuevo por la carretera, tras lo cual los guerrilleros abrieron fuego contra ellos, con el resultado de que veinte soldados cayeron bajo sus balas y solo uno logró escapar con vida. A ello se sumó una recompensa inesperada, pues uno de los camiones

transportaba la paga de una guarnición, con lo cual los guerrilleros se encontraron de pronto tanto con dinero como con las armas de los soldados a quienes habían dado muerte. Por aquella época se hacía difícil distinguir en China lo que eran meras acciones de pillaje contra el invasor de la resistencia debida a razones políticas, por lo que acciones como la recién descrita resultaban más bien inusuales. Sea como fuere, si algo caracterizaba la existencia de los guerrilleros eso era la monotonía, las privaciones y las largas marchas huyendo de las columnas de castigo niponas, tres factores cuya suma acabaría llevando al grupo de Li a cruzar la frontera norte y a internarse en territorio ruso.

En otro orden de cosas, la también guerrillera Li Min, cuyo padre era el jefe del grupo de resistencia contra los japoneses de su localidad, situada en la provincia de Heilongjiang, fue objeto durante su breve etapa escolar del proselitismo entusiasta de su profesor con relación a las virtudes de la Revolución de Octubre. Así, Li Min llegó incluso a aprender de este la denominada «Canción de Lenin»: «Cuando el gran Lenin nació, una estrella en el cielo apareció; amada por los trabajadores, temida por los explotadores». Esa etapa escolar tocó a su fin, junto con la vida de su aldea, tras una acción de castigo emprendida por tropas japonesas en 1936, cuando Min contaba apenas doce años. Tras ello, la muchacha pasó a llevar una existencia nómada en los bosques junto al grupo de guerrilleros al que se había unido, al tiempo que su padre y su hermano se sumaban a otros grupos con los que acabarían cayendo en combate antes de que ella pudiera volver a verles. Durante los primeros años de la ocupación nipona tales grupos pudieron mantenerse operativos sin demasiadas dificultades gracias al apoyo de campesinos que simpatizaban con su causa. De ahí que, en su momento de mayor apogeo, el grupo de Min llegara a estar integrado por hasta setecientas personas. No obstante, a medida que los japoneses empezaron a estrechar el círculo sobre tales grupos, las penalidades de estos no dejaron de aumentar. Al mismo tiempo, los campesinos fueron confinados en «aldeas protegidas» que solo podían abandonar exhibiendo un salvoconducto o deportados como trabajadores forzados, mientras un gran número de inmigrantes nipones arribaba a territorio chino para hacerse cargo de las tierras confiscadas. En esas circunstancias, las batidas a que las fuerzas japonesas sometían las zonas en que operaban las guerrillas se harían cada vez más contundentes e implacables.

Era una vida de una dureza inimaginable y que solo los más jóvenes y fuertes podían soportar. No es de extrañar, por tanto, que la mayoría de los integrantes del grupo de Min tuviera entre diecisiete y veinte años: «una persona de treinta años, como nuestro comandante, nos parecía increíblemente mayor». Los guerrilleros se dedicaban a plantar su propio arroz y maíz en pequeñas extensiones de tierra en plena espesura, así como a cazar ciervos, jabalíes y osos no solo para comer, sino también para tener pieles con que vestirse. Del mismo modo que habían hecho los maquis

franceses durante la mayor parte de la contienda, el principal objetivo de los guerrilleros chinos no consistía en guerrear contra el enemigo —una empresa para la que apenas poseían medios—, sino en sobrevivir. Por ello, tampoco dejaron, por ejemplo, de cazar conejos para alimentarse y para hacerse gorros y tabardos, viviendo en cabañas excavadas en tierra, de las que solo las techumbres asomaban por encima del nivel del suelo. Allí dentro los guerrilleros se apretujaban junto al fuego cuando arreciaba el frío en invierno, pero donde hay fuego hay humo y el humo no pasaba inadvertido a la aviación japonesa, que acabó con la vida de muchos de los miembros del grupo de Min. Buen número de los que sobrevivieron a esos ataques aéreos acabó, no obstante, muriendo de hambre, antes de que el grupo terminara por emprender una marcha de veinte días que les llevaría a cruzar la frontera con Rusia.

Jiang De creció con las guerrillas comunistas en Manchuria, después de que su tío —a quien Jiang admiraba profundamente— se les uniera un otoño cuando los guerrilleros, como solían, pasaron por la aldea de Jiang en busca de grano y de nuevos hombres. De ese modo, el muchacho se convirtió, por un breve periodo de tiempo, en espía de los guerrilleros, recabando información sobre los movimientos de los japoneses, gracias al hecho de que otro tío suyo trabajaba en la policía. «Nadie prestaba ninguna atención a lo que hacía por allí un crío como yo». Un día en julio de 1943, seis guerrilleros se encontraban en la casa de Jiang cuando dos policías japoneses aparecieron de improviso por la puerta. Los guerrilleros salieron de estampida por la parte trasera, tras lo cual se produjo un breve intercambio de disparos, como consecuencia del cual uno de los policías cayó muerto mientras el otro emprendía la huida. Unas pocas horas más tarde se presentaron allí tres camiones con soldados nipones y milicianos chinos que procedieron a desplegarse rápidamente rodeando la aldea. Los soldados detuvieron a los quince miembros de la familia de Jiang, quien fue el único que logró escapar camino de los campos, donde se unió a las guerrillas. Tras su detención, la familia de Jiang pagaría cara la imprudencia de no haber abandonado a toda prisa su casa tras la muerte del policía japonés. Todos sus miembros fueron torturados en mayor o menor grado, viéndose obligados a beber agua con pimiento picante o siendo objeto de palizas o descargas eléctricas que, en el caso del padre de Jiang, acabó costándole la vida.

Una vez los soldados japoneses hubieron abandonado la aldea llevándose consigo a la familia de Jiang, los guerrilleros, a los que ya se había sumado el muchacho, irrumpieron en la hacienda de un terrateniente local y se apoderaron de diez caballos y de todo el grano que estos podían acarrear, para partir después hacia los bosques. Tras llevar toda la noche de camino, al romper el alba se dieron cuenta de que los perseguían. Durante cuatro horas permanecieron ocultos con sus caballerías mientras oían a su alrededor las voces de los soldados nipones que les estaban buscando. En eso, uno de los caballos se puso a relinchar y no hubo más remedio que cortarle el

cuello. Finalmente, el peligro pasó y pudieron continuar su camino. A primera hora del día siguiente arribaron al campamento de la columna de setenta guerrilleros con los que, a partir de aquel momento —a punto de comenzar el invierno— Jiang compartiría su suerte. «Fueron tiempos muy duros», recordaría este más tarde, en los que el hambre pronto comenzó a acuciarlos, hasta el punto de que llegaron a comerse a algunos de los caballos, antes de que el resto acabara muriendo de hambre. Así las cosas, decidieron que un cierto número de guerrilleros permanecería oculto en los bosques hasta la primavera, mientras el resto se dirigía hacia la frontera rusa. Tras tres semanas de dura marcha, que incluyó el cruce de las aguas heladas del río Amur, llegaron hasta un puesto fronterizo soviético, donde Jiang hizo entrega al responsable de una carta que le había dado el jefe de los guerrilleros y en la que este solicitaba a los soviéticos que adiestraran al muchacho en las técnicas guerrilleras y le enviaran luego de regreso a China.

Zhou Shuling era una muchacha analfabeta que no contaba más de catorce años el día del año 1934 en que su pequeña aldea manchú recibió la visita de tropas niponas que acabaron con la vida de su abuelo haciéndole tragar pimientos picantes hasta morir atragantado, antes de que pasaran a matar —de forma menos sofisticada— a su hermano, a su tía y a sus dos tíos. La joven huyó para unirse a un grupo local de guerrilleros encuadrado en la denominada Unión Antijaponesa del Nordeste: «No quería convertirme en una esclava de los japoneses», manifestaría posteriormente Zhou. En aquel tiempo se movían por el norte de Manchuria hasta once grupos guerrilleros, algunos de los cuales no eran sino partidas de bandoleros, a diferencia de la citada Unión, en cuyo tercer regimiento sirvió Zhou llevando a cabo misiones de espionaje destinadas a dar cuenta de las posiciones niponas y a informar de dónde cabría robar armas o alimentos. En una de esas misiones, la joven se encontró con un destacamento de soldados nipones, uno de los cuales le abrió sin más la cara de un bayonetazo. Otro soldado, en cambio, atajó a su compañero diciéndole: «Déjale en paz, ¿no ves que es inofensiva?», antes de volverse y decirle a la propia Zhou: «Sal corriendo y escápate ahora que puedes». Después de ese incidente, y temerosa de ir al encuentro de su grupo sin disponer de papeles mientras los japoneses andaban merodeando por allí, la joven optó por refugiarse una semana en casa de una mujer con quien pudo quedarse tras ofrecerse a ayudarle a cuidar de sus cuatro hijos pequeños. Una vez transcurrido ese tiempo, Zhou quedó a merced de la buena voluntad de un grupo de religiosas, que la acogió durante una semana, tras la cual pudo por fin volver a reunirse con su grupo.

Era aquella una vida dura, sin dejar de moverse constantemente a fin de eludir las columnas volantes niponas, viviendo en los bosques y en cavernas y teniendo que pasar —en una ocasión hasta una semana entera— sin apenas comida. En 1938, cuando Zhou contaba dieciséis años, le dijeron que había de casarse con un jefe de

otro grupo guerrillero, un hombre de veintinueve años llamado Li Mingshu. «¿Qué me parecía él?», recordaría luego la joven no sin cierta resignación. «Poco importaba que me gustara o no. Así es como se hacían las cosas entonces». Durante varios meses vivió en la espesura del bosque junto con el 32° Batallón de Li, hasta que la presión de las tropas japonesas se hizo insostenible. Después de que los grupos de guerrilleros comunistas de su zona hubieran sufrido un severo castigo llegando a perder a cientos de hombres, el resto optó por cruzar la frontera y pasar a territorio soviético, donde la mayoría permanecería hasta 1945.

Los rusos trataron a sus «huéspedes» chinos todo lo bien que sus exiguos medios permitían: «Nos respetaban, porque luchábamos por lo mismo que ellos», manifestaría tiempo después Li Min. A los guerrilleros chinos se les suministraron uniformes y armas soviéticas, al tiempo que se les instruía en tareas de espionaje y guerra de guerrillas, además de lo cual Li fue adiestrado como operador de radio y paracaidista. Tener ropa que ponerse, un techo sobre sus cabezas y algo que llevarse a la boca podría parecer más bien poco, pero era mucho más de lo que los guerrilleros habían llegado a conocer en los bosques del nordeste de China. Li, por su parte, se encargó de llevar la pequeña biblioteca de los guerrilleros, ayudando a Chen Lei, el intelectual oficial del grupo, responsable de redactar informes y una serie de panfletos, así como de preparar sesiones informativas sobre el estado de la guerra a partir de informaciones obtenidas de la radio y de los escasos diarios a que tenían acceso. En 1943, Min se casó con Chen Lei: ella tenía dieciséis años; él, veinticinco. «No fue un matrimonio organizado, sencillamente nos queríamos. Había también otro allí que me buscaba, pero Lei era el único que a mí me gustaba».

En aquellas circunstancias la celebración matrimonial no dejaba de resultar un tanto chocante, reduciéndose a una sencillísima ceremonia ante los amigos, sin banquete alguno para festejarlo. Durante el invierno, los miembros de la pareja podían vivir juntos en una cabaña que habían encontrado en un campo militar soviético abandonado. En verano, sin embargo, las reglas del partido decretaban que hombres y mujeres tenían que dormir separados, estuvieran o no casados. Por otra parte, los guerrilleros chinos eran mantenidos en el más estricto aislamiento respecto de todo ciudadano soviético con excepción de sus propios instructores. Del mismo modo, tenían también prohibido ir hasta Yasta, la localidad más próxima al campamento de los guerrilleros, situada a unos sesenta kilómetros. Pese a todas las adversidades, la unión de Lei y Min, a diferencia de tantos matrimonios contraídos durante la guerra, se prolongaría durante los 63 años que siguieron. Como la propia Lei afirmaría: «Nunca me he arrepentido de la experiencia que viví en Rusia. Tuve mucha suerte y, en cierto sentido, fueron buenos tiempos».

Después de meses de adiestramiento Li Dongguan pasó a formar parte de uno de los grupos de reconocimiento que operaban en China desde bases emplazadas en la

URSS y durante los siguientes siete años realizó hasta un total de setenta misiones que le llevaron a cruzar la frontera entre ambos países. En el transcurso de las mismas, Li llegó a adentrarse a pie hasta cincuenta kilómetros en el territorio chino controlado por los japoneses, a fin de establecer contacto con las guerrillas locales y de dar cuenta de los movimientos de tropas niponas. En invierno, solían permanecer en los campos de guerrilleros soviéticos, puesto que, aunque se organizaban ocasionalmente patrullas de esquiadores, la nieve profunda no dejaba de hacer dificultoso todo movimiento. En verano, los guerrilleros se organizaban en equipos de cuatro hombres, siendo el compañero favorito de Li un joven coreano llamado Li Yunlong, «un campesino, como yo, que había llevado el mismo tipo de vida que yo». Un *Jeep* soviético les llevaba hasta el lado ruso de la frontera, desde donde emprendían incursiones en el territorio bajo control nipón que se prolongaban entre tres y cinco días, vistiendo ropas de campesinos e incluso uniforme japonés e informando por radio a la base del desarrollo de su misión. Acostumbraban a dormir en cabañas de campesinos que simpatizaban con la causa guerrillera y, a diferencia de la gran mayoría de soldados rusos, no portaban nunca raciones de vodka consigo: «La bebida la reservábamos para cuando volviéramos», recordaría Li. En una ocasión, fueron a toparse con una patrulla japonesa, lo que costó a Li una herida de bala en el hombro, si bien el hecho afortunado de que no hubieran hecho más que traspasar la línea fronteriza permitió que al cabo de pocas horas sus compañeros pudieran llevarle de regreso a su base en territorio ruso.

El joven guerrillero chino sentía simpatía por los soviéticos: «Todos éramos camaradas comunistas». Una vez Li hubo aprendido un poco de ruso, se hizo amigo de unos oficiales que solían decirle: «Te gusta esta tierra, así que ¿por qué no te haces ciudadano soviético y te casas con una rusa guapa?». Li se sintió ofendido y repuso: «Yo no soy ruso, soy chino». Ellos, por su parte, le picaron diciéndole: «No seas tan estrecho de mente y tan nacionalista». «Yo no soy nacionalista», replicó el joven con enojo, «sino internacionalista». «Venga, hombre», insistieron los rusos: «Aquí llevarías una vida mucho mejor que en China. Después de que hayamos acabado con los japoneses, tendréis una guerra civil». Li les cortó en seco. Poco después conocería a una joven médico comunista de su misma nacionalidad llamada Zhang Yujie con la que se casaría tres meses más tarde. Pese a todo, Li disfrutó del tiempo que pasó en los campos de guerrilleros soviéticos, cuyo aislamiento no suponía penalidad alguna para un campesino chino, quien además estaba encantado de poder cazar y pescar allí a sus anchas. «Había mucha caza en los bosques y vivíamos francamente bien». En 1945, y con veintiocho años, Li era uno de los miembros más experimentados de las guerrillas adiestradas por los soviéticos.

Jiang De formaba parte del grupo de treinta jóvenes guerrilleros —la mayoría menor de veinte años— a los que se decidió instruir sobre tácticas de reconocimiento

y manejo de teléfonos sin hilos, lo que en el caso de Jiang y algunos otros no dejó de incluir algunas nociones básicas de alfabetización. «Yo me lo pasé muy bien aprendiendo un montón de cosas que no sabía». Todos ellos sentían verdadero afecto por su «director» ruso y, en cuanto a sus necesidades materiales, corrían a cargo de ordenanzas y cocineros soviéticos, un privilegio del que el joven no había gozado nunca antes. Tal como Jiang recordaría posteriormente, «cambié mucho; para empezar, aprendí a leer y a escribir y me convertí en otra persona».

«Los rusos se portaron bien con nosotros», manifestaría más tarde Zhou Shuling. «Vi lo dura que era la vida en Rusia, peor que en China, pero ellos compartían con nosotros todo lo que tenían. Podría ser que a veces un ruso tuviera solo una patata para comer, pero incluso en ese caso la compartía». Zhou se hizo enfermera y durante aquellos años de exilio dio a luz a cuatro hijos entre las cuatro paredes de la diminuta habitación que ocupaban en un remoto y desolado lugar del nordeste soviético. La trayectoria de su marido resultó mucho más estrambótica, ya que, al haber sido adiestrado como paracaidista, llevó a cabo diferentes operaciones de espionaje en Manchuria, sin decirle nada a su esposa sobre sus intempestivas idas y venidas. Así, en una ocasión Zhou se quedó de piedra al ver cómo un soldado japonés se acercaba camino de casa, hasta que descubrió que quien vestía el odiado uniforme nipón no era otro que su propio esposo.

No fueron pocos los agentes chinos reenviados a territorio manchú por los soviéticos que fueron capturados por las tropas niponas, quienes se mostraron tan desconcertadas como los propios Aliados respecto a la maraña de lealtades comunistas existente entre Mao y Stalin. En diciembre de 1944 miembros del servicio japonés de inteligencia que actuaban en Manchuria informaron a las autoridades de Tokio de que habían capturado en Dairen a dos agentes comunistas chinos que habían estado en contacto con el cónsul soviético en dicha ciudad. Ambos agentes, tras ser sometidos a interrogatorio, confesaron formar parte de una red de espionaje desplegada en territorio manchú e integrada por treinta miembros. Tal como los prisioneros declararon, su grupo «permanecía inactivo en aquel momento la mayor parte del tiempo, a la espera de una revuelta en Manchuria o de una guerra entre soviéticos y nipones». A decir verdad, en la actualidad resulta imposible discernir si los agentes entonces capturados estaban en aquel momento al servicio de Yan’an o de los propios soviéticos.

Estos últimos organizaron a los refugiados dispuestos a convertirse en guerrilleros no solo en grupos de reconocimiento, sino también en una unidad del ejército regular, a saber, la 88.ª Brigada Independiente. Esta se hallaba compuesta por cuatro batallones chinos y un quinto batallón coreano, comandado por Kim Il Sung, quien posteriormente acabaría siendo máximo dirigente de Corea del Norte, y estaba además reforzada por oficiales soviéticos de origen igualmente chino y coreano. En la

cantina de la brigada, situada a unos sesenta kilómetros de Jabarovsk, los miembros de la misma celebraron la derrota alemana con los soviéticos, quienes propusieron brindis por la victoria y por Stalin. Los chinos, por su parte, propusieron inmediatamente otro brindis: por la victoria sobre Japón, al que los hombres del Ejército Rojo se sumaron con entusiasmo. A partir de aquella fecha, los guerrilleros chinos no hicieron sino esperar la entrada de la URSS en la guerra de Asia. Sin embargo, cuando esta se produjo, no pudieron por menos de sentirse amargamente decepcionados, toda vez que los soviéticos solo emplearon en combate a un puñado de guerrilleros, destinando al resto a tareas de seguridad interna dentro de los territorios ocupados por el Ejército Rojo en Manchuria y Corea. De ese modo, quedaba claro que Stalin asignaba a sus «clientes» un papel más político que militar.

John Paton Davies y los suyos siempre creerían después que, en el invierno de 1944, Estados Unidos perdió una oportunidad histórica de llegar a una entente con el futuro de China, encarnado por Mao, oportunidad perdida por el afán de aferrarse al pasado, encarnado por Chiang. Esa percepción, no obstante, resulta ilusoria, por cuanto no hay motivo para suponer que Mao habría hecho honor a las promesas realizadas a los «capitalistas» estadounidenses bajo la presión de la guerra en mayor medida de lo que lo hizo Chiang. En ese sentido, ambos líderes chinos no hicieron sino jugar con los estadounidenses: Chiang al lograr un éxito en apariencia mayor; Mao al desplegar un conocimiento más profundo de su propio pueblo. Edgar Snow, el periodista estadounidense que durante muchos años trató a Mao y llegó a convertirse en uno de sus más efectivos propagandistas occidentales, dejó escrito el siguiente testimonio referido a una conversación mantenida con el líder chino en los años treinta:

> *Ambos estábamos cada vez más convencidos de que, a largo plazo, la guerra civil entre nacionalistas y comunistas sería más importante que la guerra contra los japoneses… Mao acertadamente predijo el ataque nipón sobre las colonias occidentales en Asia, la participación soviética en una guerra generalizada destinada a derrotar a los nipones y el fin del colonialismo en Asia. Mao me dijo igualmente que cabía esperar una victoria japonesa en todas las grandes batallas en China, la captura por parte nipona de todas las ciudades y nudos de comunicación, así como la destrucción —en el transcurso de la contienda— de las mejores fuerzas del KMT… al final de una guerra que Mao consideraba que podría durar diez años, las «fuerzas de la revolución china»… emergerían como la potencia hegemónica del este de Asia.*

Ese testimonio parece no solo ilustrar plausiblemente la agudeza de Mao Zedong sino dar una idea convincente de cuáles eran sus propósitos de cara al futuro. Por lo pronto, en 1945 Estados Unidos permaneció inamovible en su negativa a enviar ayuda militar a Yan’an, una actitud que ha merecido abusivas críticas hacia Hurley y los suyos por parte de liberales e historiadores contemporáneos. Pese a todo, los estadounidenses no dejaban de estar en lo cierto, pues enviar armas a los comunistas

no habría contribuido en nada al esfuerzo bélico aliado, desde el momento en que dichas armas se habrían utilizado contra los japoneses solo en operaciones destinadas a impresionar a los observadores extranjeros. A aquellas alturas, tanto los máximos responsables de la política estadounidense como los principales líderes chinos tenían sus miras puestas más en la realidad que habría de sobrevenir tras la guerra que en el hecho de impulsar la derrota nipona en el continente asiático.

En enero de 1945, Wedemeyer presidió un encuentro con los británicos en el que no dejó de recalcar lo siguiente: «Bajo ninguna circunstancias se prestará ayuda material o se iniciará negociación alguna con cualesquiera autoridades regionales o líderes militares que no, insisto, no estén directamente controlados y deban obediencia a las autoridades nacionalistas». Uno de los británicos asistentes garabateó en la copia de esta nota destinada a la Oficina de Guerra de su país: «¿¿Yan'an??». Al punto, Wedemeyer instó a todos los presentes a «poner las cartas encima de la mesa» por lo que se refería a «operaciones no declaradas». Aun mostrándose de acuerdo en muy poco con sus colegas estadounidenses, los británicos destacados en Chongqing no dejaron, en cualquier caso, de dar su aprobación a la opinión expresada por Hurley y Wedemeyer de que carecía de sentido armar a los hombres de Mao. El agregado militar británico allí destinado dio cuenta de ello a su gobierno:

> *Viendo que los comunistas no han sido ni pertrechados con armas modernas, ni organizados y adiestrados para manejarlas, considero que constituirían una fuerza bélica de muy escaso valor al menos durante un año, incluso si se les dotara de todos los medios de que han venido disponiendo las tropas nacionalistas desde 1928. Los comunistas nunca han llevado a cabo operaciones regulares contra los japoneses, sino que se han limitado a ocupar territorios de los que se habían retirado las tropas nacionalistas.*

En marzo de 1945 Hurley abandonó su intento de crear una coalición entre Mao y Chiang, para mostrar a partir de entonces una hostilidad recalcitrante hacia el primero. De acuerdo con ello, el embajador estadounidense realizó una implacable purga contra aquellos a quienes atribuía simpatías por los comunistas chinos, incluyendo a Service y Ludden, convencido como estaba de que Estados Unidos debía apoyar a Chiang y a nadie más que a Chiang. Después de que Michael Linsday, el famoso orientalista británico que se había unido a las guerrillas comunistas tras la invasión de China por parte de los japoneses, hubiera mantenido un encuentro con Hurley en 1945, aquel aseguró que este «despreciaba a los chinos [y] me preguntó si no coincidía con él en que eran gente que no tenía remedio y que necesitaba un hombre fuerte que les pusiera en vereda». Como suele suceder tantas veces cuando otros vacilan, un hombre vehementemente resuelto a llevar a cabo lo que se propone —Hurley— acabó saliéndose con la suya y Estados Unidos retiró todo apoyo a Mao, cuyas guerrillas se mantuvieron en gran medida inactivas hasta agosto de 1945.

Por su parte, John Paton Davies admitiría más tarde haberse equivocado al pensar

que cabía hacer de Mao un demócrata, pese a lo cual este diplomático estadounidense no renegó nunca del juicio favorable que les había merecido, a él y a sus colegas, lo que habían visto y lo que les había agradado y admirado de la situación en el campamento de Mao durante su estancia en Yan'an entre 1944 y 1945: «Yan'an aportaba a la gran mayoría de la población, privada hasta entonces de toda esperanza, una salida —muy personal, sí, pero positiva— a la situación de desesperanza en que había vivido sumida hasta entonces. Aquella salida pasaba por un nacionalismo rústico, basado en una resistencia —organizada asimismo rústicamente— contra la invasión nipona y por el novedoso sentimiento de poder contar con opinión propia a la hora de configurar su propio destino como individuos».

En efecto, resultaba incuestionablemente cierto que los hombres de Mao estaban ganándose en Yan'an un apoyo popular —por muy errado que anduviera el pueblo chino respecto a la capacidad del líder comunista para mejorar sus vidas— del que el régimen de Chiang Kai Shek carecía por completo. Con relación a ello, el historiador Christopher Thorne se ha referido ya a la entusiasta tendencia de diferentes generaciones de máximos responsables en política exterior estadounidense a distinguir un «gran líder» dentro de un país y a mantenerlo a toda costa —llegando en ocasiones hasta la obsesión— como amigo o enemigo. En ese sentido, y de acuerdo asimismo con Thorne, los estadounidenses son mucho menos proclives a enjuiciar movimientos e ideologías que a categorizar individuos, tal como ilustraba claramente su política en China. De ahí que, una vez Chiang se hubo convertido en el «gran líder» escogido por los mandatarios de Estados Unidos, estos le mantuvieran en todo momento su apoyo, por muy decepcionados que llegaran a sentirse ante la falta de voluntad o a la capacidad de los nacionalistas a la hora de apoyar la causa de los Aliados en su lucha contra los japoneses y por mucho que no hubieran dejado de reconocer la corrupción e incompetencia endémicas que pesaban sobre el régimen de Chiang.

Incluso en el caso de que Estados Unidos hubiera decidido enviar ayuda militar a los comunistas en 1945, las dificultades logísticas imperantes eran de tal magnitud que los efectos de dicha ayuda sobre las fuerzas japonesas habrían resultado prácticamente imperceptibles, toda vez que los comunistas no estaban en mejores condiciones que los nacionalistas de infligir una derrota a las tropas niponas. El apoyo estadounidense podría, eso sí, haber contribuido a evitar la posterior guerra civil en China, precipitando la caída de Chiang, pues, en la China de 1945, solo los extranjeros más ciegos y ultramontanos podían dejar de ver que, a poco que el pueblo chino pudiera expresar su opinión política, la consecuencia inmediata sería el derrocamiento del líder nacionalista. Aun así, la ayuda a Mao no habría podido en modo alguno alterar el curso de la Segunda Guerra Mundial en Asia.

El hecho de darse cuenta de la vana ilusión de que podrían determinar el futuro de

China supuso para los estadounidenses un coste únicamente económico, pero los chinos hubieron de pagar por ello un alto tributo en vidas. Así, en la primavera de 1945, el general Wedemeyer procedía desde Chongqing a trazar a toda prisa planes para un posible desembarco de tropas estadounidenses en puertos chinos con el objetivo de impedir su captura por parte de los comunistas una vez hubieran cesado las hostilidades. Obrando de ese modo, Wedemeyer no hacía sino reconocer —mal que le pesara— en qué medida las fuerzas comunistas habían adquirido un volumen y una organización dignos de admiración. Al llegar el verano, los hombres de Mao hacían gala de una profunda satisfacción, toda vez que el hecho de haberse mantenido en liza —contra todo pronóstico— hasta el momento inmediatamente previo a la debacle nipona, no hacía sino situarles en condiciones de lanzarse al único combate que les importaba realmente: el que se libraría por hacerse con el cuerpo y el alma de China.

# 18

# El ocaso de los imperios

Aunque Japón y la Alemania nazi no habían llegado nunca antes a colaborar de forma significativa, el derrumbe del régimen de Hitler no hizo sino acelerar la derrota nipona, al permitir a los Aliados destinar una cantidad significativa, aunque no ilimitada, de recursos para completar la destrucción del imperio, ya en declive, encabezado por Hirohito. Durante las últimas semanas de guerra en Europa los emisarios japoneses en Berlín no dejaron de acuciar a los líderes nazis en la esperanza de salvar para sí una parte del ya maltrecho arsenal germano. Tras superar considerables dificultades, el agregado naval nipón, el vicealmirante Katsuo Abe, logró ser recibido por el almirante Dónitz —máximo responsable de la Marina de Guerra alemana— el 15 de abril de 1945, así como por el mariscal Keitel —jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht— y por el ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentropp, el 17 del mismo mes. Abe solicitó el envío a Japón de los efectivos de la flota germana que aún resultaran operativos y, en especial, de sus submarinos. Las autoridades alemanas respondieron secamente informándole de que solo tres de sus submarinos estaban en condiciones de cubrir esa distancia, y sin que el propio Hitler —«extremadamente ocupado» en palabras de Ribbentropp— se dignara hablar en persona con el mandatario nipón. Aunque, finalmente, unos cuantos submarinos germanos hallaron refugio en los puertos japoneses de las Indias Orientales, no es de extrañar que los alemanes —sumidos en su propia desgracia— apenas se ocuparan de prestar apoyo a un aliado que, a esas alturas, se situaba inmediatamente tras ellos camino del abismo.

En esas circunstancias, una radiotelegrafista perteneciente al Servicio Femenino de la Marina Real británica, Peggy Wightman, se dirigía en los siguientes términos a sus familiares en una carta fechada el 19 de abril de ese mismo año y escrita desde el cuartel general de Mountbatten en Ceilán en medio del alborozo provocado por las informaciones que apuntaban a la inminencia de la derrota alemana: «La noticia es sensacional, ¿verdad? No sé cómo os sentiréis vosotros, pero desde aquí se ve todo tan lejano que creo que me sentiré muy rara cuando llegue el día que tanto esperáis». Por su parte, el capitán Ronnie McAllister, destinado en Borneo al frente de un batallón de *gurjas*, se pronunciaba al respecto como sigue: «El final de la guerra en Europa estaba muy bien, pero no significó gran cosa para nosotros, ya que teníamos la vista puesta en lo que nos quedaba por delante y pensando en que nos iba a tocar ir

a Tailandia».

Un joven y necio oficial del Regimiento Fronterizo llegó corriendo hasta donde se encontraba su compañía formada, agitando su sombrero reglamentario y gritando exultante: «¡Soldados! La guerra en Europa se ha acabado». La reacción de sus hombres fue un auténtico jarro de agua fría: «Hubo un largo silencio mientras íbamos haciéndonos a la idea sin dejar de mirar por entre la calima hacia la aldea donde los japoneses podrían estar esperándonos… de repente alguien soltó una risotada que se extendió por toda la formación y provocó el regocijo general, interrumpido ocasionalmente por gritos como “Lárgate” o “¿Aún no se lo has dicho a Tojo?”». Pese a ello, el Servicio de Inteligencia Estratégica de la Flota del Pacífico, comandada por Nimitz, no dejaba de hacer constar, con jocosa satisfacción, lo siguiente en una anotación correspondiente al 21 de mayo: «Si, tal como se dice en los informes, el anuncio por parte de los alemanes de la muerte del principal protagonista del nazismo se había realizado bajo los impresionantes sones de *El ocaso de los dioses* de Wagner, resultará ahora menos decoroso si los más modernos y comerciales compases del *Adiós, Argentina* de Cole Porter acompañan el doliente trote de Japón —convertido a estas alturas en solitario guarda a lomos de un blanco corcel— camino de la última ronda».

Con todo, a mediados del verano de 1945, las operaciones terrestres contra los japoneses a cargo de los Aliados se hallaban en un compás de espera. Así, los ejércitos de Slim en Birmania, de Krueger y Eichelberger en Filipinas y de Stilwell —quien, para estupefacción general, había sido designado sucesor de Buckner— en Okinawa, así como el cuerpo expedicionario australiano comandado por el general Blamey y destacado en Borneo no hacían sino dedicarse a barrer los últimos focos de resistencia. En ese sentido, el hecho de que la inanición llevara a algunos soldados japoneses a practicar el canibalismo deja ya bien a las claras en qué condiciones se movía su ejército. Consecuencia de ellas fueron los casos de antropofagia detectados en Birmania y Nueva Guinea, regiones en las que tripulaciones aéreas aliadas que habían perecido ahogadas sirvieron de alimento a efectivos del ejército nipón. Del mismo modo, el piloto de portaaviones estadounidense Marve Mershon fue servido en porciones, una vez decapitado, a altos oficiales japoneses en Chichi Jima en febrero de 1945, no tanto porque carecieran de otro tipo de sustento, sino para estimular su virilidad, y sin que ello distara de representar un hecho aislado.

Empujados por el hambre a alimentarse de sus propios compañeros caídos en combate, los soldados nipones preferían la carne de los muslos, tal como se señala en un parte referido a la isla de Biak y en el que se habla de «muchos cadáveres dispersos por el suelo a los que se habían extraído porciones de carne a cuchilladas». Un prisionero japonés encuadrado en la 108 Compañía de Aviación destinada a la construcción de aeródromos de campaña decía haber visto tres cadáveres recientes de

civiles que yacían en medio de un charco de sangre a unos cinco metros de un sendero que discurría por la jungla, cada uno de ellos con incisiones de bayoneta en el pecho «y sin carne en los muslos… Hubo muchas ocasiones en que prisioneros de guerra aliados se encontraron con que tropas japonesas ofrecían carne a cambio de patatas». Incluso en el caso de que tales informaciones resultasen exageradas, el canibalismo no representaba una práctica inusual entre los desesperados soldados nipones confinados en destinos remotos.

Entre tanto, las tropas enemigas seguían resistiéndose tenazmente a entregarse, obligando así a los soldados aliados a arriesgar sus vidas en el empeño de capturarles. Así, la noche del de 9 de junio, por ejemplo, cuatro motoras de la Marina Real británica participaron en una de esas características acciones en el cauce del río Pebin al sur de Birmania. El responsable de dicha acción, el teniente Simón Mitchell, había sido informado previamente por los habitantes del lugar de que había soldados japoneses ocultos en las proximidades. Acompañado por un inspector de policía, Mitchell dio orden de remontar el cauce del río hasta llegar a una aldea denominada Payabyo. Las investigaciones policiales que allí se llevaron a cabo revelaron que los japoneses ya habían partido, pero las tropas británicas encontraron al hombre que había puesto su sampán a disposición de los nipones para que huyeran. Este condujo ahora a los británicos hasta el lugar donde había dejado a los fugitivos y donde Mitchell y sus hombres se dirigieron a los japoneses mediante altavoces instándoles a rendirse. Al haber obtenido únicamente el silencio por respuesta, las fuerzas británicas dispusieron las motoras en columna y pusieron proa río arriba para barrer el área situada tras la ribera del río lanzando sobre ella cerca de 15 000 disparos de ametralladora. Tras ello, Mitchell y el inspector de policía se decidieron a tomar tierra para llevar a cabo un cauto reconocimiento. Para su sorpresa y, sin duda, inicial alarma, un oficial japonés y cuarenta hombres emergieron de entre la maleza y se rindieron, dando así muestras de una docilidad que, solo un año antes, habría resultado impensable.

«A partir de mayo no dejaron de llegar diariamente hasta nosotros prisioneros en un estado lamentable», según constaba en un parte de un regimiento de infantería que combatía en Birmania, «al llevar muchos de ellos por todo armamento lanzas de bambú y estar temblando, presos de una mezcla de malaria y humillación». En ese sentido, y ya hubiera servido en el ejército de Tierra, en la Marina o en las Fuerzas Aéreas, prácticamente todo soldado japonés que sobrevivió a la contienda —especialmente si había estado destinado en las denominadas «unidades suicidas»— se sentiría más tarde obligado a justificar fehacientemente esa supervivencia. En la mayoría de los casos, no obstante, se trataba de justificaciones peregrinas, al resultar mucho más plausible el hecho de que muchos jóvenes soldados nipones se sentían más inclinados a preservar su vida que a ceder a las presiones impuestas por el

estricto e irracional código del *bushido*.

No obstante, por mucho que algunos se aprestaran a rendirse, no todos obraron del mismo modo, de forma que hacia el final del conflicto los integrantes de la Marina de Guerra nipona cuyos navíos habían resultado hundidos evitaban, en su mayoría, entregarse a las tropas aliadas que pretendían rescatarles. Así, por ejemplo, el capitán Martin Power, máximo responsable del destructor británico *Saumarez*, se hallaba en el puente de mando dirigiendo justamente las operaciones de rescate de la tripulación de un convoy japonés recién neutralizado en las proximidades de las islas Nicobars cuando, de repente, oyó el sonido metálico de un objeto golpeando contra el buque. Acercándose a la borda para examinar más de cerca lo que estaba ocurriendo, el capitán descubrió a un calvo y hercúleo soldado japonés que, sosteniéndose con una mano de una red de salvamento, se dedicaba con la otra a hacer impactar un proyectil contra el casco del destructor. Power se sacó la pistola y, sacando el cuerpo por la borda, le dio un mandoble en toda la cabeza. «No pensé que pudiera hacer otra cosa, ya que no hablaba japonés. El soldado japonés se quedó mirándome mientras la sangre le chorreaba por la cara, con la pistola a escasos diez centímetros de sus ojos y con el obús todavía en la mano… No sé cuánto tiempo permanecí en esa ridícula posición inclinado por encima de un fanático enemigo mientras nuestras miradas se clavaban, pero en aquel momento se me hizo una eternidad. Al final, dejó caer el obús, recogió las piernas y, dándose impulso con los pies, saltó desde el flanco del barco como un nadador olímpico, giró el rostro y desapareció entre brazadas». El principal objetivo de los Aliados, una vez conquistada Okinawa, consistió en mantener el bloqueo aéreo de Japón, de modo que a los bombardeos a cargo de los B-29 de LeMay se sumaron ahora las escuadrillas de los portaaviones de la 3.ª Flota. A ello se añadían los preparativos para la operación Cremallera, un ambicioso desembarco anfibio sobre la costa de Malasia que, en respuesta al desdén mostrado por los estadounidenses, llevarían a cabo conjuntamente tropas hindúes y británicas. Finalmente, había que contar, obviamente, con la operación Olímpico, esto es, la invasión prevista para noviembre de Kyushu, la tercera isla más grande de Japón, situada al sur del archipiélago. Aunque los rumores apuntaban a que dicha operación estaría comandada por Nimitz, o incluso por Marshall, al final fue MacArthur el encargado de dirigirla, mientras los oficiales a su cargo se veían inmersos en la ingente tarea de prepararla, previendo asimismo las posibles reacciones del ejército nipón a lo que constituiría el mayor desembarco militar de la Historia, con catorce divisiones de marina y 28 portaaviones desplegados para prestarles apoyo. Esa preparación supuso una enorme cantidad de documentación previa, de la que es ejemplo el informe que, fechado el 25 de abril, lleva por título «Previsión sobre la situación del enemigo con relación a una operación dirigida contra el sur de Kyushu». En ese informe se hace constar, en el estilo característico del cuartel general de

MacArthur, lo siguiente: «Ataques aéreos en masa combinados con pequeñas y frecuentes incursiones darán inicio tan pronto el desembarco resulte inminente», y a renglón seguido, «y proseguirán con gran virulencia hasta que el enemigo se convenza de que sus esfuerzos por impedir nuestro desembarco o la consolidación de nuestras posiciones están llamados a fracasar… la flota enemiga… posiblemente lanzará un ataque suicida final coincidiendo con nuestra aproximación a sus costas o justo después del desembarco. Cabe esperar, asimismo, el ataque de submarinos convencionales y de minisumergibles, así como de "hombres-torpedo" con intenciones suicidas».

El comportamiento de MacArthur no se vio mejorado en absoluto a raíz de sus nuevas responsabilidades, después de que a lo largo de la campaña de Okinawa no hubiera dejado de manifestar sus críticas hacia la forma en que esta se desarrollaba, ajeno al hecho de que la campaña de Filipinas, de la que él había sido máximo responsable, no había resultado mucho mejor. Por otra parte, sus relaciones con Nimitz fueron empeorando en medio de continuas trifulcas por asegurarse los suministros necesarios. En fecha tan tardía como el 8 de agosto, el ministro de Marina estadounidense James Forrestal, Secretario de Estado para la Marina, se hacía eco de la urgente necesidad de reemplazar a MacArthur como comandante en jefe de la operación Olímpico, en interés de una mejor relación entre los diferentes cuerpos del ejército, así como de una mayor operatividad y eficacia. Pese a ello, la incansable maquinaria publicitaria que rodeaba al general se reveló más útil que su propio razonamiento estratégico, logrando que su prestigio, unido al convencimiento generalizado entre el gran público de que su figura encarnaba la revancha estadounidense contra Japón, le hicieran virtualmente intocable. Así las cosas, Forrestal —comandante en jefe de la Marina estadounidense— y Nimitz no tuvieron más remedio que «tragar» y callar, aun cuando, en caso de que la operación Olímpico acabara llevándose a término, se vería comandada por un oficial cuya capacidad militar —por no hablar de su estabilidad mental— resultaba cada vez más cuestionable.

En esas circunstancias, una de las cuestiones más problemáticas que se le planteó al alto mando aliado fue la de transferir efectivos militares desde Europa hasta el Lejano Oriente. Así lo ilustra el hecho de que muchos soldados y civiles británicos que habían empezado a llevar un diario de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 realizaran sus últimas anotaciones en mayo de 1945, en la percepción de que el conflicto podría darse por acabado tan pronto se produjera la derrota germana. En ese sentido, prácticamente todo veterano europeo sentía que ya había hecho lo que le tocaba y que era momento de volver a casa. En ese sentido, de los 5 200 000 soldados estadounidenses que se hallaban combatiendo fuera de su país, solo 1 200 000 estaban destinados en el Pacífico, por lo que la desazón cundió entre las unidades

británicas y estadounidenses que luchaban en Europa bajo el mando de Eisenhower cuando algunos de sus efectivos fueron requeridos para la invasión de Malasia o Japón.

Muchos soldados habían acumulado tiempo suficiente de servicio como para verse desmovilizados, lo que provocó un drástico debilitamiento en la capacidad de combate de sus unidades. De ahí la necesidad acuciante de formar a los refuerzos necesarios antes de que cualquiera de las unidades de Eisenhower estuviera en condiciones de participar, como estaba pensado, en la operación Coronet, esto es, en el asalto sobre Honshu previsto tras la conclusión de la operación Olímpico. Para los soldados ingleses que estaban destinados en Birmania la *repat* —repatriación— se había convertido en una obsesión. Tal y como anotaba el mariscal William Slim al preguntar por su filiación a los hombres apostados en pozos de tirador, estos no respondían «soldado del regimiento de Infantería de Lancashire», sino «un cuatro y dos» o «un tres y diez», en referencia al tiempo de servicio prestado. Puesto que el ejército británico había reducido en enero de 1945 el periodo de servicio obligatorio de cuatro años a tres años y ocho meses y, en junio del mismo año, a tres años y cuatro meses, muchas unidades se hallaron repentinamente desprovistas de combatientes experimentados a causa de la repatriación de estos últimos. Por su parte, Slim no juzgó oportuno retener a los soldados licenciados: «No solo habría resultado injusto hacer que esos hombres desembarcaran en las playas de Malasia sino, sobre todo, poco sensato».

Pese a ello, siempre había aguerridos combatientes con los que contar, sobre todo entre las fuerzas especiales y las unidades de paracaidistas. De ese modo, el general de división James Gavin y otros belicosos militares de la 82.ª División Aerotransportada expresaron su decepción ante el hecho de que, una vez alcanzado el Elba, no se les diera la oportunidad de luchar contra los japoneses. Por su parte, miembros de «fuerzas paramilitares» británicas —tales como la unidad de combate en el desierto representada por el *Long Range Desert Group* (Grupo del Desierto de Largo Alcance) y los comandos encuadrados en el *Special Boat Service* (Patrullas Especiales de la Marina), entre otras— se enrolaron como voluntarios para la campaña de Asia. Entre ellos se contaba un general de brigada que firmaba como «Crasher[33]» Nicholls y que, como comandante de la Unidad Especial de Reconocimiento Aerotransportada que estaba siendo desmantelada en Alemania, se dirigía el 1 de junio de 1945 al Alto Mando del Sudoeste Asiático[34] para solicitar un empleo en los siguientes términos: «Estoy tratando por todos los medios de incorporarme a cualquier unidad destinada al Lejano Oriente, ya que considero la Guerra [*sic*] como mi profesión y mientras haya Guerra quiero estar allí». Hacia el verano de 1945, no obstante, eran relativamente pocos los «Crasher» Nicholls disponibles, por lo que tanto el alto mando británico como el estadounidense se

hallaban descorazonados ante la perspectiva de tener que instar a los soldados a tomar parte en futuras batallas, cuando algunos de sus camaradas se hallaba ya de regreso a casa y la mayoría, en una situación en la que había dejado de temer por su vida.

Los Países Bajos, Francia y Gran Bretaña, en cuanto que imperios con posesiones coloniales en Asia, se mostraban cada vez más preocupados por recuperar los territorios perdidos, siendo a la vez conscientes de que contarían con escasa ayuda estadounidense. «En cualquier caso debemos estar preparados para recibir críticas de una u otra parte, hagamos lo que hagamos», observaba el embajador británico en Washington dirigiéndose al ministerio de Asuntos Exteriores el trece de mayo:

> *Si proseguimos la campaña en el Lejano Oriente con todo nuestro empeño, habrá quien nos diga que, en realidad, estamos combatiendo por explotar mejor nuestras posesiones coloniales y que se está derramando sangre estadounidense sin mejor propósito que el de contribuir a que tanto nosotros como holandeses y franceses perpetuemos nuestros decadentes imperios coloniales; por el contrario, si se nos juzga por no habernos implicado en modo alguno, se nos acusará de haber abandonado a los estadounidenses a su suerte, permitiendo que libren su propia guerra, sin apenas ayuda por nuestra parte, después de que nos hubieran sacado las castañas del fuego en Europa.*

La Marina estadounidense, añadía el embajador suspirando con resignación, era dada a pensar ambas cosas a la vez.

Así pues, no eran únicamente las posesiones japonesas en Asia lo que parecía estar «en juego», sino también las de las potencias coloniales europeas. De ahí que las tensiones entre Estados Unidos y Gran Bretaña no hicieran sino incrementarse, en lugar de disminuir, coincidiendo con la fase final de la guerra, como se refleja en el hecho de que MacArthur hubiera expuesto con claridad meridiana su deseo de que los británicos no tomaran parte en la operación Olímpico. En esas circunstancias, un funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores británico daba cuenta amargamente de lo que sigue: «Los estadounidenses están llevando a cabo, de hecho, una guerra política contra nosotros en el Lejano Oriente y tratan no solo de minimizar los éxitos que hemos obtenido hasta la fecha en el teatro de operaciones, sino también de relegarnos a un humillante segundo plano en el futuro». La opinión al respecto de Harry Hopkins, el influyente asesor diplomático del presidente Roosevelt, no difería en exceso de la que se acaba de plantear: «Si hemos de creer lo que dicen algunas personas… parece que los británicos sean nuestros enemigos potenciales».

Si los estadounidenses mostraban poco entusiasmo ante la posibilidad de que Gran Bretaña recuperara su hegemonía sobre Birmania y Malasia, eran decididamente contrarios a que Francia retuviera sus posesiones en Indochina. En 1945 los japoneses obtuvieron allí una victoria que no contribuyó en modo alguno a mejorar su posición estratégica, pero que sí influiría decisivamente sobre el futuro del Sudoeste Asiático. Con anterioridad, las tropas niponas habían invadido el norte de Indochina en 1940, a fin de cortar los suministros que recibía la China nacionalista

desde el puerto vietnamita de Haiphong y en 1941 habían introducido 35 000 soldados cuya presencia había de garantizarles la utilización de las materias primas —principalmente arroz, caucho y estaño— que tan abundantes resultaban en la antigua colonia gala. Por su parte, la administración francesa del gobierno de Vichy siguió a cargo del territorio, al tiempo que las tropas de esa nacionalidad allí destacadas fueron puestas bajo órdenes del gobierno de Tokio y que se dejaba morir de hambre a los infortunados vietnamitas, a fin de que los japoneses pudieran comer.

A comienzos de 1945, no obstante, el gobierno de De Gaulle exigió de su gobernador en la zona, el vicealmirante Jean Catoux, una política mucho más incisiva. En ese sentido, cuando el Vietminh, el movimiento de liberación encabezado por Ho Chi Minh, empezó a extender su área de influencia en Vietnam, De Gaulle decidió que Francia solo podría recobrar Indochina si contribuía de forma visible a su liberación de los japoneses. El resultado de esa decisión fue, no obstante, desastroso. En efecto, el 9 de marzo las tropas niponas lanzaron un contundente ataque contra la administración francesa en Saigón, capturando o masacrando a los mal pertrechados soldados franceses que trataron de oponerles resistencia. El 13 de marzo los japoneses afirmaban haber hecho ya 8500 prisioneros de guerra y haber dado muerte a otro millar de soldados galos. Entre tanto la Opera del Teatro de Saigón se convirtió en el centro de los interrogatorios y torturas practicados por las tropas niponas, al tiempo que algunos colonos franceses —sumidos en una terrible confusión con respecto a quién debían ser leales— se encontraron encarcelados en prisiones vigiladas por quienes no dejaban de ser sus propios compatriotas. Al mismo tiempo, columnas dispersas de soldados franceses trataban de cubrir la distancia que separaba Tonkin de la frontera china atajando por entre la selva y acechados a un tiempo, tanto por los japoneses como por el propio Vietminh.

Por su parte, los británicos estaban deseosos de prestar ayuda a quienes, huyendo, hubieran sobrevivido a la masacre, respondiendo esa ayuda tanto a razones humanitarias como políticas, ya que si Indochina pasaba a ser controlada por líderes nacionalistas, ello supondría un desastroso precedente para Birmania y Malasia. Con todo, los estadounidenses, disponiendo de bases y aviación en la vecina China, no movieron un dedo para evitarlo. Esa actitud provocó una de las más agrias polémicas entre británicos y estadounidenses a lo largo de toda la campaña japonesa y llevó a Esler Denning, principal asesor político de Mountbatten, a observar ácidamente: «A veces pienso que, con motivo de ocasiones importantes, deberíamos acordarnos de que todavía no constituimos el cuadragésimo noveno estado de la Unión». En París, mientras tanto, un enfurecido general De Gaulle protestaba enérgicamente ante el embajador estadounidense en Francia, Jefferson Caffery, por la negativa de la Fuerzas Aéreas de aquel país destacadas en China a prestar su apoyo a misiones de auxilio de las que pudieran beneficiarse colonos franceses. De Gaulle manifestó su desconcierto

ante la política estadounidense interpelando al embajador en los siguientes términos: «¿A dónde se proponen llevarnos? ¿Pretende acaso que nos convirtamos, por ejemplo, en uno de los estados federados bajo la égida soviética?». En Washington, sin embargo, un funcionario del departamento de Estado —no sin desdén— se hacía eco de sus palabras afirmando: «Personalmente creo que los franceses están exagerando las cosas en lo que se refiere a la resistencia indochina solo por razones políticas en un intento por desvelar cuál es nuestra propia política en la zona».

Churchill, por su parte, envió un cablegrama al gobierno estadounidense el 19 de marzo con el texto que a continuación se cita: «La Historia nos juzgará con severidad si permitimos que las tropas galas en Indochina se vean diezmadas por los japoneses por falta de municiones, en caso de que podamos ayudarles a evitarlo». El comandante en jefe del ejército estadounidense, el general George Marshall, delegó, no obstante, toda decisión operativa en el comandante en jefe de las tropas estadounidenses en China, el general Wedemeyer. Desde su cuartel general en Chongqing este adujo dificultades logísticas a la hora de justificar la pasividad estadounidense, en lo que representaba un argumento poco convincente, toda vez que el 29 de marzo, por ejemplo, dos C-47 de la Fuerza Aérea habían sido enviados desde China hasta Tonkin para evacuar a personal de la OSS, así como a seis pilotos estadounidenses que habían perecido ahogados. Unos ciudadanos franceses que se hallaban en el área donde se produjo el aterrizaje de los aviones montaron en cólera al comprobar que los aviones llegaban vacíos, sin ni siquiera cigarrillos para unos colonos que lo habían perdido todo. En este sentido, resultan esclarecedoras las palabras de un oficial británico del grupo de comandos Fuerza n.° 136 que operaba en Malasia: «Es un escándalo, recalco, un escándalo cómo se están comportando los estadounidenses tanto con los franceses como con nosotros en todo este asunto».

Así las cosas, la política anticolonial preconizada por la administración Roosevelt desde Washington se vio ejecutada con el máximo fervor por las unidades de la OSS que operaban prestando apoyo a los miembros del Vietminh. De ese modo, el concepto de la liberación vietnamita sustentado por las fuerzas especiales estadounidenses se aplicaba antes bien a la ocupación francesa que a la japonesa, como revela el hecho de que un integrante de la OSS, Sebastian Patti, expresara abiertamente el apoyo sin reservas que prestaba Estados Unidos al Vietminh. Por su parte, otro miembro de la OSS se refería a Ho Chi Minh como «un tío de lo más agradable […] Si tuviera que destacar una cualidad de ese viejo hombrecillo expectante en su guarida montañosa en plena jungla me quedaría con su gentileza». En esas circunstancias, Washington se negó a permitir el despliegue en Asia de los comandos que integraban el *Corps Léger d'Intervention*, de modo que los efectivos galos que se introdujeron en la provincia de Tonkin saltando en paracaídas desde aviones británicos y australianos acabaron siendo eliminados por el Vietminh. En otro

orden de cosas, unos cinco mil fugitivos franceses —tras sufrir penas sin cuento al abrirse camino por entre las selvas y las montañas del norte de Vietnam— consiguieron finalmente llegar a China, donde fueron recibidos sin demasiado entusiasmo por el embajador estadounidense, Patrick Hurley. Además de urgir su rápido traslado a cualquier otra zona, este llegó a describirles como «refugiados indisciplinados, mal equipados y desprovistos de todo lo necesario hasta el punto de resultar prácticamente de ninguna utilidad».

Las relaciones entre Wedemeyer en Chongqing y el cuartel general de Mountbatten en Kandy no hacían sino empeorar. Así, el 30 de mayo el general estadounidense solicitó a su gobierno en Washington que suspendiera el sistema de ayuda en régimen de préstamo-arrendamiento[35] de que eran objeto las organizaciones clandestinas británicas en el Sudeste Asiático. Wedemeyer, no obstante, fue informado de que esa medida resultaba impracticable, desde el momento en que en el teatro de operaciones chino-birmano-hindú las fuerzas estadounidenses estaban recibiendo «considerable apoyo británico por medio de un sistema de préstamo-arrendamiento a la inversa». Esa disputa por los suministros en Indochina se vio solventada con ocasión de la Conferencia de Potsdam celebrada en julio de aquel mismo año y en la que los distintos jefes de Estado Mayor acordaron conjuntamente asignar la mitad sur de Indochina al SEAC y la mitad norte a China, una vez se produjera la rendición nipona. Esa iniciativa, sin embargo, no contó con la aprobación de Esler Denning, quien, desde el cuartel general de Mountbatten, formuló sus objeciones a la misma en los siguientes términos: «La división de la Indochina francesa a la altura del paralelo dieciséis supondrá numerosas dificultades. Esa división es puramente arbitraria, ya que separa a pueblos de la misma etnia, dando lugar al mismo tiempo a nuevos e innecesarios problemas ya que la administración civil francesa habrá de repartirse entre donde estamos y Chongqing».

Las consecuencias de todo ello fueron, por supuesto, que cuando los franceses regresaron a Vietnam, el Vietminh había cobrado una ventaja que acabaría haciendo la situación irreversible y confrontando, a la vez, a Occidente con el peor de los escenarios posibles. Así las cosas, los británicos mostraron escaso juicio al suponer que cabría restaurar sin más el *status quo* correspondiente al periodo de dominación francesa, mientras los estadounidenses permitían que Ho Chi Minh se aprovechara del apoyo por ellos prestado para lograr sus propios objetivos políticos antes que para proseguir la lucha contra los japoneses. En ese contexto, el cinismo de Wedemeyer y de la OSS al denegar incluso ayuda humanitaria a las tropas francesas tras el 9 de mayo —cuando, después de todo, no hacían sino enfrentarse al ejército nipón— provoca consternación. Posteriormente, Estados Unidos perdería la confianza del pueblo indochino al dejar de apoyar al Vietminh en lo que constituyó un lamentable episodio al margen de la contienda en el que ninguno de los implicados pudo

preciarse de haber actuado correctamente.

En ese sentido, una directiva formulada por el denominado Ejecutivo de Política de Guerra —organización a la sombra del ministerio de Asuntos Exteriores británico creada con fines propagandísticos— y dirigida al cuartel general de Mountbatten mostraba el complejo entramado político y cultural en que se enmarcaba la guerra en Asia:

> *No hable de las relaciones ruso-japonesas, ruso-chinas y chino-japonesas si no es en declaraciones oficiales. No haga comentario alguno sobre las relaciones entre Chongqing y Yan'an… siga dando a entender que, si Alemania hubiera persistido en su resistencia a ultranza, su destrucción habría resultado aún mayor y ponga de manifiesto que un destino aún peor espera a Japón si los militaristas en el poder se obstinan en que continúe luchando… No deje de evitar a aquellos japoneses presuntamente favorables a la paz.*

Significativamente, tanto en la Escuela de Administración Militar británica como en la correspondiente Unidad de Planificación para Malasia llevaba desarrollándose desde hacía años un intenso trabajo destinado a preparar la futura restauración del orden imperial en Asia, una preparación que, no obstante, muchos de sus responsables —especialmente jóvenes oficiales y funcionarios— no dejaban de considerar vana.

La Marina Real británica se sentía incómoda ante la dificultad de mantener una pequeña flota que estuviera a la altura de la poderosa armada estadounidense desplegada frente a las costas de Okinawa. Con todo, en la primavera de 1945 fue capaz de llevar a cabo una serie de pequeñas acciones que contribuyeron a devolverle parte de su maltrecho prestigio. La primera de ellas trascurrió entre el quince y el dieciséis de mayo, cuando una flotilla de destructores libró la que acabaría constituyendo la última batalla significativa entre navíos de superficie de la Segunda Guerra Mundial. Esta tuvo sus prolegómenos en la detección por parte de radares del servicio de inteligencia británico del crucero japonés *Haguro*, de trece mil trescientas ochenta toneladas, que, escoltado por el destructor *Kamikaze*, navegaba rumbo a las islas Andaman, en el Océano Indico, con la misión de llevar suministros y evacuar tropas. Después de haber eludido a los submarinos británicos, el *Haguro* se hallaba a unos ciento cincuenta kilómetros al sudoeste de Phuket, en el sur de Tailandia, cuando fue descubierto por un biplano de la Marina británica poco después del mediodía del quince de mayo. El capitán del *Saumarez*, al frente de cinco destructores pertenecientes al destacamento de la Fuerza n.° 61 de la Marina estadounidense, puso proa hacia donde se encontraban los japoneses a una velocidad de 27 nudos. Dada la abrumadora superioridad en potencia de fuego del *Haguro*, armado con cañones de 20 mm de diámetro, Power confiaba en retrasar el encuentro con el navío nipón hasta que cayera la noche, para poder luego cerrarle el paso atacando con torpedos.

Por si albergara alguna duda sobre su objetivo, Power recibió un escueto parte de su almirante en el que se hacía constar lo siguiente: «Su misión es hundir los barcos enemigos antes de regresar».

Una sensación de alivio se apoderó de los británicos cuando empezó a caer el crepúsculo sin que hubieran avistado el *Haguro*. A partir de ahí confiaban en que, pese a la fuerte lluvia que limitaba su visibilidad, podrían neutralizar los navíos nipones en cuanto se encontraran con ellos. Los destructores al mando de Power avanzaban en línea separados unos seis kilómetros y medio entre sí y probando los sistemas de comunicación electrónica para mantener contacto cuando a las 22.45, y a la sorprendente distancia de 62 kilómetros, el radar del *Venus* detectó a los japoneses. Una hora después de medianoche, los navíos británicos se cernían en semicírculo sobre el *Haguro* que, apercibiéndose de su peligrosa situación, empezó a girar y dar la vuelta, para emprender finalmente la huida a toda máquina, sacando todo el partido a sus treinta y tres nudos de velocidad máxima. En aquel momento, el *Venus* perdió una oportunidad perfecta para alcanzar al *Haguro* prácticamente a bocajarro cuando su oficial de torpedos, errando el cálculo de su posición, falló el tiro. Los británicos procedieron después a iluminar el cielo con bengalas y empezaron a intercambiar fuego artillero con el crucero nipón. Los impactos fallidos de este último que caían en las inmediaciones de los buques británicos dejaron chorreando a sus tripulaciones de cubierta, hecho que llevó a Power a observar lacónicamente: «Mientras solo os mojéis, no hay nada de que preocuparse». Pocos segundos más tarde, no obstante, un proyectil alcanzó de pleno una de las calderas del *Saumarez*, lo que provocó que el buque perdiera velocidad a ojos vista. Power solo disponía de muy breve tiempo para reaccionar, así que hizo virar bruscamente el destructor rumbo a puerto y cuando estaba a unos mil metros del *Haguro* dio la orden de disparar ocho torpedos sobre él, tal como también haría el *Virulam* un minuto después.

De esos dieciséis torpedos, tres dieron en el blanco, abriendo vías de agua en el casco del *Haguro* «similares a las plumas que adornan el escudo heráldico del Príncipe de Gales y dos veces más altas que su puente de mando». Con todo, el *Saumarez* se vio tocado de nuevo en la sala de calderas, provocando una fuga de vapor hirviendo que acabó con la vida de varios hombres del modo más horrible. En eso, un aterrorizado vigía del puente abandonó su puesto y huyó escaleras abajo, lo que posteriormente le supondría un consejo de guerra, la separación del servicio y seis meses de prisión por cobardía ante el enemigo. El segundo de a bordo, juzgando por los bruscos movimientos del navío que el timonel había quedado incapacitado para pilotarlo, puso en marcha el dispositivo de emergencia situado tras la chimenea del buque. Dando muestras de un ardor que habría causado admiración a los mismísimos japoneses, un exaltado suboficial apremió al segundo de a bordo para que embistiera al enemigo. En cualquier caso, el capitán Power reasumió el mando de

inmediato y pudo así contemplar cómo el *Venus* ponía otra «banderilla» al ya maltrecho crucero nipón, cuyas cubiertas se hallaban ya inundadas.

Torpedos perdidos erraban en todas direcciones y poco faltó para que llegaran a impactar contra los propios barcos británicos. Mientras tanto, el oficial de máquinas del *Saumarez* había ordenado salir a sus hombres de la sala de calderas, antes de hacerse cargo de un proyectil de 20 mm que no había llegado a explotar y de subirlo hasta cubierta con ayuda de un suboficial. Allí, pudo gastar una pequeña broma al dar novedades al puente de mando e informar de la presencia del mortífero artefacto, para añadir inmediatamente después: «pero no hay de qué preocuparse, acabo de tirarlo por la borda». Poco después, la flotilla británica se agolpaba en torno al crucero japonés «como una jauría de lobos hambrientos hostigando a un buey moribundo». A las 02.06 el *Venus* comunicaba oficialmente el hundimiento del *Haguro*, mientras que los británicos, sirviéndose de reflectores, procedían al reglamentario rastreo de la zona sin hallar supervivientes. Tras ello, abandonaron el lugar con celeridad a fin de ganar terreno respecto de la aviación japonesa antes de que amaneciera. Por su parte, un levemente dañado *Kamikaze* se encargaría posteriormente de rescatar a parte de la tripulación del crucero al que daba escolta.

En otro orden de cosas, los submarinos británicos se emplearon con creciente energía contra el tráfico naval japonés que se desarrollaba en torno a Malasia y las Indias Orientales Holandesas. Pese a todo, la gesta más espectacular corrió a cargo de minisumergibles, minúsculos artefactos que se adentraban en puertos enemigos dando así lugar a operaciones extraordinariamente arriesgadas. Los italianos fueron los primeros en recurrir a unos minisumergibles de los que los japoneses no supieron sacar partido, a diferencia de lo que sí harían los británicos. En ese sentido, un minisumergible del modelo X de la Marina Real británica había causado ya importantes daños al acorazado alemán *Tirpitz* en un fiordo de la costa noruega en 1944. De ahí la sorpresa de los británicos cuando, tras la llegada de los primeros XE —los sucesores de los X— a las costas de Brisbane en abril de 1945, descubrieron estupefactos que los estadounidenses no tenían interés alguno en hacer uso de ellos. Puede que la Marina estadounidense hubiera de contemporizar por necesidades políticas con una mínima presencia británica en el Pacífico, pero a lo que de ninguna manera estaban dispuestos ni su máximo responsable, el almirante de flota Ernest J. King, ni los oficiales a su cargo era a dar oportunidades a los británicos para llevar a cabo «acciones de piratería» o —como creían entender estos últimos— para obtener publicidad de los éxitos que de ellas pudieran derivarse.

No fue hasta julio cuando la flotilla de minisumergibles XE tuvo, por fin, la oportunidad de entrar en acción, después de un periodo de adiestramiento en el que dos submarinistas perecieron por efecto del oxígeno inhalado a gran presión en las profundidades del mar. Remolcados por dos submarinos convencionales con

tripulación específica para cubrir el trayecto, cinco minisumergibles recibieron la misión de cortar los cables telegráficos marítimos en la zona de costa próxima a Hong Kong y Saigón, así como de atacar a los cruceros pesados *Myoko* y *Takao* a la altura de Singapur en una acción de extraordinaria envergadura. A primera hora de la mañana del 31 de julio, y después de que sus respectivos submarinos hubieran dejado de remolcarles, los tenientes Ian Fraser y John Smart pusieron rumbo al estrecho de Johore a bordo de sendos minisumergibles con capacidad para tres tripulantes. Esa misma tarde, Fraser logró situarse con su XE-3 bajo el casco mismo del *Takao* y, acto seguido, el submarinista Jim Magennis salió por la escotilla portando las dos minas pesadas que transportaba el minisumergible, a fin de adherirlas al crucero japonés.

La operación no dejó de provocar sobresaltos, ya que, primero, no hubo manera de liberar una de las cargas del casco del XE-3 y, una vez Magennis hubo vuelto a entrar en el minisumergible, este pareció quedar atrapado bajo el fondo del *Takao* a causa de una bajamar. Por su parte, el XE-1, cuya aproximación a su objetivo se había visto postergada por el encuentro con patrulleras japonesas, dispuso sus minas igualmente bajo el mismo crucero nipón. Finalmente, los dos minisumergibles británicos lograron escapar con bien y aquella misma noche las minas hicieron explosión, provocando graves daños en el *Takao*, hecho por el que tanto Fraser como Magennis serían posteriormente condecorados con la Cruz de la Victoria en reconocimiento a su valor frente al enemigo. En términos estratégicos, y en aquellas últimas semanas de contienda, su acción resultó irrelevante, por mucho que tales pequeñas gestas fueran del completo agrado de la Marina Real británica, tan dada a ver apreciada su contribución a la derrota nipona.

Una vez Okinawa pasó a estar bajo control estadounidense y su aviación pudo verse desplegada en la isla, su marina estuvo en condiciones, asimismo, de lanzar una ofensiva contra el resto del archipiélago que se inició el de 10 de julio de 1945. Las primeras incursiones aéreas, de carácter exploratorio, estaban destinadas a poner a prueba la resistencia nipona en misiones que tenían por objetivo ciertas zonas de la llanura de Tokio y que se sucedieron, cada vez de forma más consistente, contra unas defensas japonesas que apenas podían oponer resistencia efectiva. Los ataques más devastadores se desarrollaron durante los días catorce y quince de julio contra los transbordadores de trenes que unían las islas de Hokkaido y Honshu. De un total de doce, ocho fueron hundidos directamente y el resto quedó seriamente dañado, lo que redujo, de la noche a la mañana, a la mitad el suministro de carbón —elemento vital para la industria japonesa— a Honshu por vía marítima, sin que cupiera, además, recurrir de ninguna manera a un sistema de transporte alternativo.

Entre una incursión aérea y otra, los acorazados estadounidenses, apoyados por el *King George V* de la Marina Real británica, se dedicaron a bombardear desde la costa zonas industriales japonesas. En ese sentido, aunque el fuego naval terrestre de tales

buques resultaba menos efectivo que las bombas incendiarias descargadas por los B-29, su mera aparición dejó bien claro a los japoneses que a esas alturas podían verse atacados impunemente tanto desde el mar como desde el aire. Así las cosas, cientos de aviones fueron destruidos antes de que llegaran a despegar por impacto de proyectiles lanzados desde portaaviones, sin perjuicio de que muchos más se hallaran camuflados a considerable distancia de todo aeródromo aguardando la invasión de MacArthur. En cualquier caso el tráfico marítimo entre las diferentes islas del archipiélago quedaba a la completa merced de los estadounidenses, cuyas misiones aéreas alcanzaron un promedio de dos salidas diarias por aparato, llegando a superar cada jornada las dos mil. En esas circunstancias, solo las condiciones meteorológicas representaron un impedimento para las operaciones de la 3.ª Flota, bajo el mando del vicealmirante William Halsey, en la medida en que la espesa niebla y el mal estado de la mar no dejaron frecuentemente de frustrar tanto el repostaje de navíos como las operaciones de sus efectivos aéreos. En otro orden de cosas, los posibles ataques por parte de kamikazes aislados se vieron interceptados y neutralizados, al tiempo que los estadounidenses establecían patrullas de combate —que constituían la así denominada «gran manta azul»— destinadas a frustrar el despegue de aviones enemigos desde aeródromos situados en el interior del país. Cuando los japoneses optaron por organizar contraataques aéreos, Halsey mandó alejar sus navíos de la costa, no tanto porque temiera que pudieran resultar hundidos, sino para dar a sus pilotos el necesario descanso.

Aparte de la destrucción de los transbordadores de Hokkaido, que en sí misma contribuyó decisivamente a la parálisis de la industria japonesa, los aeroplanos transportados por los portaaviones —«los pequeños», como los llamaban los civiles — apenas llegaron a infligir daños de cuantía. Con todo, el espectáculo de contemplar las escuadrillas de biplanos de Halsey sobrevolando el cielo, a menudo a tan baja altura que los japoneses podían incluso ver las caras de los pilotos, no dejaba de pesar sobre la moral de la población nipona. Esta se hallaba ya, por otra parte, cada vez más en declive —por muy firme que siguiera resultando la voluntad de resistir de su ejército— como consecuencia del hambre y la desesperanza. Valga decir, en este sentido, que la dieta habitual de los estudiantes de la Universidad de Osaka consistía en langosta hervida con salsa de soja y sake, mientras que un almuerzo podía componerse de veinte o treinta insectos, media patata y una ciruela salteada. Yoshiko Hashimoto, superviviente del ataque aéreo sobre Tokio que en marzo había costado la vida a sus padres y provocado terribles quemaduras a su hermana, rememoraría aquellos tiempos en los siguientes términos: «En los últimos meses, el abastecimiento de alimentos no cesó de empeorar y el mercado negro pasó a convertirse en una institución abierta y pública». La joven Yoshiko tenía que alimentar a dos hermanas, una de las cuales, Etsuko, sufría de gravísimas heridas, por lo que hizo cuanto pudo

para obtener medicinas, hasta que ya no pudo conseguirlas con dinero. Finalmente, todas las quemaduras de Etsuko acabaron sanando, excepto las de las manos, que no llegaron a recibir nunca el tratamiento necesario, de modo que hasta el final de su vida, la hermana de Yoshiko no dejaría de ocultarlas entrelazándolas tras la espalda cuando se hallase en compañía de otras personas.

El coronel Saburo Hayashi reconocía la creciente impopularidad del estamento militar, cuyos miembros aún eran objeto de privilegio frente a la población civil: «Se dieron casos de comportamiento desordenado por parte de oficiales y de miembros de la clase de tropa que ocupaban alojamientos en pueblos y ciudades; los militares mostraban una actitud particularmente egoísta con respecto a los víveres. Sus desmanes, que causaron la profunda aversión del resto de la población, pueden atribuirse a la baja categoría moral de quienes, dada la inmensa movilización imperante, se incorporaban a esas alturas a las fuerzas armadas». De modo similar, la necesidad de paliar la falta de combustible resultaba tan desesperada para Japón que millones de civiles, incluyendo a muchos niños, fueron reclutados para desenterrar raíces de pino de las que extraerlo. Así, cerca de treinta y siete mil plantas destiladoras locales llegaron a producir setenta mil barriles de ese aceite, de los que, sin embargo, solo cupo obtener tres mil barriles de gasolina de aviación.

Cada noche, cuando el suboficial Kisao Ebisawa acababa su jornada de servicio en la base naval de Yokosuka, regresaba a la casa del médico del pueblo en que se alojaba junto con su esposa Fumiyo. Tras años de servicio en el mar, estaba agradecido por contar con un puesto en tierra que le permitiría eludir el destino de su hermano, desaparecido durante un transporte en el océano Pacífico. En Yokosuka, las raciones de la Marina aún daban para que los Ebisawa comieran lo justo, pero incluso en la base las restricciones resultaban consustanciales a la existencia cotidiana y los propios soldados tenían que actuar como fuerza de tracción, a falta de combustible, cuando los camiones habían de llevar material de un sitio a otro.

La propietaria de la casa donde se alojaban los Ebisawa era la misma casamentera que había presentado a Kisao a la que sería su futura esposa, Fumiyo, una profesora —a la sazón en avanzado estado de gestación— que hacía gala de la típica fortaleza de carácter a la hora de afrontar las penalidades de la vida asociada con las gentes de Yokosuka. De ahí las reveladoras palabras de Kisao: «Siempre tuve la sensación de que, en caso de que algo llegara a sucederme, ella sería capaz de cuidar de sí misma y de sacar adelante a nuestro hijo». La pareja solía hablar del futuro y de la inexorable derrota nipona y Kisao, que antes de ser reclutado había trabajado en Mitsukoshi, los famosos grandes almacenes de Tokio, suponía que le llamarían para que se reincorporara a su antiguo puesto de trabajo, si bien temía no llegar a vivir para contarlo.

Si hablamos ahora de civiles, el ingeniero aeronáutico Jiro Horikoshi, tras haber

acompañado a su esposa a la estación de Nagoya, donde esta debía tomar el tren que la condujera a un destino más seguro en el campo, no pudo evitar echarse a llorar en el andén a la vista de la desesperada situación por la que atravesaba su país:

> *Quienes conocíamos el impresionante potencial industrial de Estados Unidos nunca llegamos a creer que Japón ganaría esa guerra y, por ello, estábamos convencidos de que nuestro gobierno acabaría recurriendo a la vía diplomática para poner remedio a la situación antes de que esta degenerara en catástrofe. A estas alturas, sin embargo, abandonados a nuestra suerte ante la falta de toda iniciativa política que haga posible nuestra salvación, nos vemos abocados a nuestro fatal destino.*

Efectivamente, los súbditos de Hirohito podían constatar por sí mismos que su ejército había perdido el control del espacio aéreo japonés, al tiempo que bombarderos en vuelo desde Filipinas atacaban objetivos situados en torno a Formosa y en la costa de Corea y que las superfortalezas volantes bajo el mando de LeMay —en formaciones integradas por hasta mil aparatos— no dejaban de arrojar día y noche bombas incendiarias. De ese modo, mientras los estadounidenses se enseñoreaban del mar y del cielo japoneses, las bases niponas no podían contraatacar más que haciendo sonar la alarma aérea y aprestándose después a paliar daños siguiendo lo que se ya había establecido como una triste rutina. En la base de Hyakuri, por ejemplo, el suboficial Hachiro Miyashita, viendo venir cazas estadounidenses a tan baja altura que resultaba imposible resguardarse de ellos, abandonó su intención de alcanzar una trinchera próxima y se echó directamente cuerpo a tierra mientras la metralla caía como granizo tras la explosión de cada bomba. Los pilotos, por su parte, hubieron de echar mano de los reclutas de un campo de instrucción próximo para que les ayudaran a transportar sus aviones hasta un bosque cercano, en cuya espesura los aparatos quedarían ocultos hasta justo antes de despegar.

El comandante del escuadrón bajo las órdenes del capitán de las Fuerzas Aéreas estadounidenses Jack Lee DeTour estaba tan obsesionado por hundir un portaaviones japonés que perdió la vida en el intento cerca de la costa de Kyushu. Partiendo desde Filipinas, los B-25 de la unidad de DeTour se habían dedicado durante la primavera a atacar barcos, cocheras de ferrocarril y plantas de producción de gasolina a base de alcohol situados en Formosa desde una altura de entre mil quinientos y tres mil metros y combinando bombas y cohetes con fuego de ametralladora. Los ataques sobre navíos resultaban, con mucho, los más peligrosos, pues tenían que realizarse a baja altura y había que calcular un tiempo mínimo de cinco segundos antes de la explosión de cada bomba para poder contarlo. DeTour era hijo del dueño de un garaje de un pueblecito de Nebraska y, aunque solo tenía veintidós años, contaba ya con un largo periodo de servicio. Frustrado en su aspiración de convertirse en piloto de caza, llegó a realizar novecientas horas de vuelo antes de entrar en combate en Nueva Guinea. Durante el verano de 1945 su misión consistió en atacar convoyes japoneses despegando desde una lengua de tierra en Okinawa. En una ocasión, y con motivo del

ataque contra una formación de buques enemigos, integrada por dos escuadrones, que navegaba por la costa coreana, DeTour se sintió consternado al ver que uno de sus antiguos alumnos de vuelo era abatido por la artillería antiaérea. Finalmente, y después de haber hecho fuego sobre un destructor y un mercante, DeTour quedó impresionando contemplando cómo desaparecían los maltrechos navíos nipones: «Parecía increíble que algo tan grande pudiera hundirse tan deprisa».

Por su parte, el contraalmirante Clark, perteneciente al Destacamento de Fuerzas 38 bajo las órdenes del almirante Halsey, no pudo ocultar su disgusto al ser informado de que el comandante de una de sus escuadras de bombarderos Helldiver, al encontrarse con un objetivo cubierto por la niebla, había acabado dejando que las bombas cayeran en el mar, en lugar de lanzarlas al azar sobre territorio nipón: «Cuando le llamé la atención sobre su proceder, me dijo que había actuado así porque no quería matar civiles inocentes. Sin embargo, todo daño infligido al enemigo en tiempo de guerra contribuía a minar su moral de combate, así que al final le dejé claro que más valdría que hubiera dejado caer las bombas sobre el Fujiyama antes que haberlas malgastado inútilmente».

Si las bajas estadounidenses eran relativamente poco cuantiosas, el ser abatido y capturado siempre se pagaba caro, cuando no con la vida. Así, el 25 de julio, el oficial de las Fuerzas Aéreas Herb Law, que había despegado del portaaviones *Belleau Wood* para atacar el aeródromo de Yokkaichishi en la isla de Honshu, relataría lo siguiente:

> *«Como hacíamos habitualmente, nos divertimos un poco disparando ráfagas de ametralladora y cohetes desde los aparatos… Yo reservaba la bomba de mi avión para cuando encontrara un objetivo lo suficientemente jugoso. Justo cuando estábamos virando a baja altura, empecé a notar impactos de proyectiles en el fuselaje. Primero pensé que sería artillería antiaérea, pero, para mi gran sorpresa, me di cuenta de que tenía a un avión japonés justo detrás de mí. Nunca llegaré a saber de dónde demonios había salido, lo que sí sé es que mi motor dejó de funcionar y que el piloto enemigo siguió practicando tiro conmigo un buen rato mientras yo buscaba un lugar apropiado para aterrizar».*

Law se encontraba a una altura demasiado baja como para saltar en paracaídas, por lo que acabó llevando a cabo un aterrizaje forzoso en pleno campo. Su primera visión del enemigo se la proporcionó una mujer japonesa, que tras acercársele, descargó sobre él —sin llegar a hacer blanco— el cargador completo de su pistola. Diez minutos más tarde se hallaba ya rodeado por una turba hostil que le arrancó la ropa hasta dejarle desnudo, antes de que fuera finalmente trasladado a Osaka: «No me dieron de comer ni de beber durante tres días, me golpearon con palos, me dieron puñetazos y correazos y me pusieron cigarrillos encendidos en los labios. Es sorprendente lo que uno puede aguantar sin llegar a que le maten».

En otro orden de cosas, el almirante Halsey había procedido a excluir deliberadamente a la aviación británica de las últimas acciones de la 3.ª Flota estadounidense contra los japoneses, alegando haber hecho suyo el punto de vista de

su jefe de Estado Mayor, el contraalmirante Mick Carney: «Ante la insistencia de Mick Carney acabé asignando a los británicos un objetivo alternativo. Aunque, en opinión de Mick, esa división contravenía el principio estratégico de la concentración de fuerzas, se imponía prevenir que los británicos pudieran arrogarse tras la guerra cualquier tipo de mérito, siquiera de modo parcial, a la hora de asestar el golpe de gracia a la Armada nipona».

Por su parte, los japoneses seguían guiándose por dos principios estratégicos: el primero era que los estadounidenses habían de invadir todas las islas del archipiélago nipón para poder declararse vencedores de la contienda; el segundo, que en tal caso cabría derrotarlos. Todos los recursos utilizados en Okinawa a tal efecto serían desplegados con profusión en Kyushu: defensas fijas, pilotos y lanchas suicidas, *oka*, esto es, bombas suicidas lanzadas como proyectiles, así como unidades anticarro igualmente suicidas. El *Manual de campaña para la batalla decisiva en suelo patrio* que acababa de dar a conocer el ejército nipón exigía que todo japonés, hombre o mujer, joven o anciano, que representara un obstáculo para la defensa del país, incluyendo a quienes fueran usados como escudos por el enemigo, fuera eliminado sin más miramientos. No se contemplaba retirada alguna y los heridos serían abandonados a su suerte. Quienes se quedaran sin armas o municiones habrían de seguir luchando aunque fuera con sus propias manos. Como puede apreciarse, todo ello no reflejaba sino el compromiso decidido de crear no únicamente un ejército, sino una nación entera de suicidas.

En la base naval de Yokosuka, Kisao Ebisawa se ocupaba entre tanto de instruir a una nueva unidad de *fukuryu*, es decir, de «dragones submarinos», cuyas acciones suicidas tenían como objetivo los vehículos de desembarco estadounidenses. Muchos de los cuatro mil aspirantes eran muchachos, algunos de incluso catorce o quince años, cuya única cualidad militar la constituía una voluntad de sacrificarse hasta la muerte, voluntad paralela a la de los integrantes de las Juventudes Hitlerianas. Reconociendo que la guerra estaba perdida, Ebisawa y los demás suboficiales instructores eran totalmente contrarios a la empresa que se pretendía con esos jóvenes. «Quienquiera que la hubiera planeado, no tenía ni idea de submarinismo», aseguraba Ebisawa.

> *En primer lugar, todo aquel que hubiera visto a los estadounidenses actuar en el Pacífico sabía que estos bombardearían y barrerían con obuses todo lo que quedara a la vista antes de proceder a un desembarco, de modo que las olas resultantes acabarían con la vida de cualquier submarinista en un radio de varios kilómetros. Se suponía que los* fukuryu *habían de atacar en grupo llevando cada uno de ellos una carga polar, por lo que bastaría que una única carga llegara a detonar para que el resto también lo hiciera. De todas maneras, habría sido más juicioso llevarse a aquellos chavales a las montañas y disponerles a la defensiva armándoles con granadas para cuando llegaran los estadounidenses.*

Algunos instructores fueron lo suficientemente temerarios como para plantear

estas objeciones a sus superiores, con el resultado de verse expulsados de la unidad. Por ello, Ebisawa y sus compañeros de armas mantuvieron la boca bien cerrada, aun siendo dolorosamente conscientes del abismo que mediaba entre el entusiasmo de los jóvenes aspirantes y el cinismo de sus mandos.

En su aeródromo situado a las afueras de la ciudad de Singapur, el teniente Masaichi Kikuchi estaba todo menos deseoso de autoinmolarse, pero el *gyokusai*, el deber de luchar hasta la muerte, se hallaba profundamente arraigado entre los miembros de su generación. «Todo era cuestión de cómo nos habían educado y aquello era lo que nos habían enseñado que se esperaba de nosotros». Mes tras mes Kikuchi y su unidad supervisaban el trabajo de brigadas de prisioneros cuya misión consistía en excavar un laberinto de túneles, trincheras y búnkeres para la gran batalla defensiva que habría de producirse cuando los británicos desembarcaran, lo que los oficiales del ejército nipón daban por seguro sin dejar de recurrir al humor más negro: «Estos agujeros van a ser nuestras tumbas, así que mejor que los cavemos bien».

Toshiharu Konada y sus compañeros cadetes a bordo del crucero pesado *Ashigara* se presentaron voluntarios para el servicio submarino, en cuanto se hizo evidente que los pocos grandes buques que todavía le quedaban a la Marina nipona no iban a ser ya de ninguna utilidad. Konada, a la sazón alférez, completó quince días de instrucción en la escuela de submarinos de Otake antes de ser repentinamente informado de que él mismo y otros trece compañeros de promoción iban a ser destinados a pilotar nuevos ingenios denominados *kaiten*, encargados de «hacer temblar los cielos». No tenían la más mínima noción sobre lo que eran los *kaiten* hasta que llegaron a una base de instrucción en la isla de Othsu, donde, por fin, les fue revelado el secreto de que iban a convertirse en torpedos humanos que —tal como mantenían sus mandos— acabarían dando un vuelco a la situación, destruyendo los navíos enemigos cuando estos se aproximaran a las islas japonesas.

El grupo de Konada se hallaba en estado de enfebrecido entusiasmo, como él mismo reconocía: «Estábamos ansiosos por cumplir una misión que nos hacía sentir verdaderamente felices». Así lo atestiguan fotografías de aquel tiempo tanto de Konada como de sus sonrientes compañeros de promoción, todos ellos con veintiún años de edad: «Teníamos la sensación de que los *kaiten* nos ofrecían la oportunidad de influir personalmente en el curso de la guerra, de salvar incluso a nuestro país». Aunque aproximadamente 1375 pilotos iniciaron el periodo de instrucción, solo ciento cincuenta llegarían a completarlo antes del final de la guerra a causa de la escasez de torpedos. Dado el enorme riesgo que comportaba pilotar los *kaiten*, otros quince perdieron la vida durante la instrucción misma, bien fuera por sufrir insuficiencias respiratorias, bien por ir a topar contra alguna roca o por desaparecer en alta mar.

En palabras de Konada, a pesar de que el curso «se desarrolló en un ambiente

tenso y grave, constituyó una experiencia muy emocionante». Cuando sus compañeros abandonaron la escuela en diciembre de 1944, él hubo de quedarse en Othsu durante cuatros meses como instructor del siguiente contingente, lo que le supuso una gran frustración, «porque quería seguir con lo que me había preparado para hacer». Esa frustración se hizo aún mayor cuando tuvo noticia de que algunos de sus compañeros habían sido ya destinados a entrar en combate. Ese era el caso de su compañero de habitación Kentaro Yoshimoto, «un muchacho muy jovial, aunque no muy brillante. Solíamos hablar durante horas de todo, excepto de la guerra y la muerte». Yoshimoto y su torpedo se vieron empleados por primera vez en una misión que tuvo lugar el 20 de diciembre en las Carolinas y que se vio decepcionantemente malograda a causa de un fallo técnico. El 12 de enero de 1945 Yoshimoto fue encargado de una segunda misión de la que nunca regresaría.

Ese fue igualmente el sino de Seizo Ishikawa, quien había servido con Konada en la sala de armas del *Ashigara*, «todo un carácter, apasionado, intrépido y con una lengua afilada», y cuyo torpedo fue lanzado desde el submarino 1-58 en las costas de la isla de Guam. Desde sus bases los pilotos responsables nunca llegaron a saber cuál había sido el destino de esos hombres y en qué medida habían hecho blanco sobre sus objetivos, aunque los partes estadounidenses revelan que sus logros fueron escasos. En el verano de 1945 —y no sin que ello dejara de avergonzarle— Konada resultó ser el único miembro que todavía seguía con vida del grupo destinado a llevar anudada a la cabeza la cinta blanca de los kamikazes. Pese a todo, su oportunidad estaba próxima a llegar, puesto que en mayo fue enviado a hacerse cargo de una unidad de ocho *kaiten* en la isla de Hachijo, emplazada en el Pacífico a unos doscientos kilómetros al sur de Tokio y en la que se esperaba que desembarcaran los estadounidenses antes de pasar al asalto de la mayor de las islas japonesas. Las tripulaciones de los *kaiten* se entrenaban para todo tipo de situaciones tácticas y se empleaban con tesón para mantener en perfecto estado operativo sus frágiles artilugios. Como Konada afirmaría con orgullo: «Fue la época más gratificante de mi vida».

Durante todo el verano de ese mismo año los japoneses no dejaron de abocar hombres sobre Kyushu, a fin de afrontar el previsible desembarco estadounidense. Si, en enero, la isla solo contaba con una guarnición equivalente a una división, su refuerzo se produjo de forma incesante. En este sentido, los historiadores estadounidenses Edward Drea y Richard Frank han realizado importantes aportaciones al estudio de ese periodo al destacar las proporciones del envío de tropas efectuado durante los siete primeros meses del año, aportaciones basadas en su totalidad en partes japoneses descifrados. De acuerdo con ello, a finales de julio hasta treinta divisiones de campaña se hallaban desplegadas en la isla con un total de cuatrocientos cincuenta mil soldados dedicados a excavar sin descanso y cuyas

labores defensivas podrían verse apoyadas por un mínimo de diez mil aviones de combate.

La cuestión principal la constituye, obviamente, el hecho de si tales fuerzas representaban una amenaza tan considerable para un posible desembarco estadounidense como su cifra podría sugerir. En efecto, la mayor parte de los aviones eran aparatos de entrenamiento o resultaban ya obsoletos, por mucho que aún pudieran resultar mortíferos pilotados por kamikazes. Por otra parte, había que contar con las unidades de *kaiten* y *fukuryu*, al igual que con los navíos de superficie que aún resultaban operativos. Aunque las formaciones que constituían el grueso del ejército nipón se hallaban tan desprovistas de munición e instrucción como el resto de tropas japonesas a esas alturas, la experiencia de Filipinas y Okinawa había mostrado que incluso unidades sin ningún tipo de experiencia previa en combate podían lograr considerables resultados, siempre que se hallasen atrincheradas en posiciones fijas y dispuestas a luchar hasta la muerte. No obstante, hacia noviembre de 1945, y una vez bombardeadas durante meses —de acuerdo con el plan previsto por LeMay— las vías de comunicación y transporte niponas, habría de imperar una desesperante escasez de alimentos tanto en lo que se refiere al abastecimiento del ejército como de la propia población civil. Por lo mismo, y como veremos más adelante, las tropas soviéticas no tendrían demasiadas dificultades a la hora de arrollar a las fuerzas japonesas en Manchuria.

El grado de efectividad que habrían mostrado las tropas niponas de haberse desarrollado la operación Olímpico no podrá nunca llegar a comprobarse, si bien parece inapropiado juzgar la operatividad real de los ejércitos que habían de protagonizar la operación Ketsu, esto es, la defensa de la isla de Kyushu, teniendo en cuenta únicamente la cifra de tropas y aviones en juego. Cabe suponer que las defensas japonesas habrían cedido con relativa rapidez, si bien ningún alto mando estadounidense con sentido de la responsabilidad podía asegurarlo con certeza *en aquel momento*. El único que se atrevió a hacerlo, el general MacArthur, no hizo sino dar un nuevo testimonio de su soberbia al pasar por alto, en un mensaje dirigido a Marshall el 9 de agosto, lo que resultaba una evidencia palmaria, a saber, que el enemigo estaba reforzando sus posiciones en Kyushu. Tal como afirmaba MacArthur: «A lo largo de todas las campañas desarrolladas en el Pacífico Sudoriental los servicios de inteligencia han apuntado a un notorio aumento de tropas enemigas cada vez que se acercaba el inicio de una operación por nuestra parte. Sin excepción alguna, esas acciones de refuerzo se han revelado inexistentes».

Esa apreciación de MacArthur, por supuesto, resultaba contraria a la verdad, ya que, durante la guerra en el Pacífico, el general no había dejado deliberadamente de subestimar el potencial del enemigo, prefiriendo guiarse por sus propias cábalas que hacer caso de sus servicios de inteligencia. Ahora, mistificando la realidad,

MacArthur sugería que el enemigo estaba dando información intencionadamente magnificada sobre sus propios efectivos, a fin de confundir a la inteligencia de Estados Unidos. El historiador estadounidense Richard Frank sentencia a este respecto: «Resulta prácticamente imposible no pensar que el hecho de que MacArthur falseara la realidad respondía, en realidad, a su interés personal por comandar lo que habría constituido el mayor desembarco anfibio de la Historia».

Hasta el último día de la guerra, MacArthur y su Estado Mayor continuaron preparándose para llevar a cabo la operación Olímpico, por mucho que nadie —con la posible excepción del propio general— tuviera el más mínimo deseo de que ello sucediera. Un soldado de infantería británico, contemplando fijamente los cadáveres desventrados de soldados japoneses que yacían en un campo de batalla birmano, dio rienda suelta al enojo y la frustración que en la inmensa mayoría de soldados aliados provocaba la falta de raciocinio nipona: «Japoneses de mierda, gilipollas ¡Qué pinta tenéis! No quisisteis hacer caso y ahora estáis todos muertos, cabrones. Como quiere Tojo. Hijos de puta, y mudos. Podríais estar follando con las *geishas* y tomando el té en vuestra mierda de casas de papel y mira dónde estáis ¡No hay quién os entienda, joder!». Como quiera que se interpretaran los refuerzos japoneses concentrados en Kyushu, no hacían sino augurar cuantiosas bajas por parte estadounidense, cuando menos de una magnitud en torno a los cien mil hombres.

En un parte «estrictamente confidencial» dirigido a King el 25 de mayo, Nimitz se expresaba en los siguientes términos: «Salvo que [la operación Olímpico] se considere hasta tal punto relevante como para que asumamos que su preparación resulte inferior a lo mejor y que el número de bajas sea superior a lo mínimo, creo que los intereses de Estados Unidos a largo plazo se verían mejor servidos si mantuviésemos el bloqueo japonés y continuáramos destruyendo sus fuerzas y recursos por medio de ataques aéreos y navales». Las reticencias hacia una posible invasión por parte del comandante en jefe de la Flota del Pacífico no disminuirían en los meses por venir, ya que, con el fin de las hostilidades en Europa, millones de soldados aliados habían dejado de estar sometidos a la amenaza de caer en combate y empezaban a ser repatriados. En esas circunstancias, la mera idea de que una infortunada minoría de soldados estadounidenses hubiera de exponerse a un peligro mortal resultaba ya, de por sí, repulsiva. Así las cosas, las autoridades militares japonesas seguían obstinadas en librar una «batalla decisiva» por su patria en un empeño que Estados Unidos, sin embargo, no se mostraba en modo alguno dispuesto a secundar.

En el ya lejano 1942, el embajador estadounidense en Japón, Joseph Grew, había quedado consternado cuando, de regreso a su país, pudo constatar la manifiesta ignorancia que sus conciudadanos mostraban respecto del enemigo nipón. De ahí que Grew no dejara de dar charlas por todo el país intentando hacer entender a los

estadounidenses la magnitud de la tarea que para su gobierno suponía derrotar a aquel formidable oponente. En esas circunstancias, Grew quedó un día estupefacto al oír realizar despreocupadamente la siguiente afirmación a un asistente a sus charlas que no le pareció poco inteligente: «Por supuesto, en esta guerra puede haber altos y bajos, pero ahora es solo cuestión de tiempo que Hitler sea vencido y después ya barreremos a los japoneses». Los acontecimientos de agosto de 1945 acabarían suponiendo la culminación —impresionantemente trágica— de un proceso que, en su día, se había asociado, a la ligera, con la mera tarea de «barrer a los japoneses».

# 19

# Las bombas atómicas

### 1. FANTASÍAS EN TOKIO

Durante la fase final de la Segunda Guerra Mundial los generales y almirantes aliados desempeñaron un papel menor en lo que se refiere a las decisiones que precipitaron la rendición nipona y que serán siempre motivo de controversia. Esto es así, en primer lugar, a causa del lanzamiento de bombas atómicas y, en segundo, en razón del ingente volumen de documentos históricos que atestiguan de forma detallada las palabras y los hechos que cabe atribuir a los principales actores del conflicto. Dicho material no hace sino favorecer una interpretación poco concluyente, o incluso contradictoria, de lo sucedido, en la medida en que las personalidades más destacadas del momento no dejaron de cambiar de parecer al respecto, en ocasiones, más de una vez. Algunos de ellos —actuando de forma no exenta de mala fe— dejarían constancia escrita de haber dispuesto de un menor conocimiento de la situación de lo que en realidad fue el caso, a fin de justificar sus propias acciones. Por otra parte, la versión japonesa de la historia resulta difícil de establecer con claridad en función del divorcio existente entre lo que los líderes nipones manifestaron públicamente en su día y lo que, posteriormente, cada uno de ellos pretendió haber mantenido o supuestamente debió de haber pensado en privado.

Desde el invierno de 1944, un significativo grupo de políticos japoneses se esforzaba por hallar una forma de poner fin a la contienda y de soslayar la determinación del ejército de luchar hasta el último hombre. Sin embargo, hasta los más proclives a la paz la pretendían en unos términos que no resultaban, ni de lejos, negociables, y que incluían el derecho a que Japón mantuviera su presencia militar en Corea y Manchuria, a no ser ocupado militarmente por los Aliados y a encargarse de juzgar por sí mismo todo crimen de guerra cometido por alguno de sus ciudadanos. En fecha tan tardía como mayo de 1945, el emperador seguía aferrado a la creencia de que todavía cabía obtener una victoria sobre los Aliados en Okinawa, victoria que vendría a reforzar la posición negociadora de Japón. De ahí que la resistencia militar resultara todavía de utilidad y que Hirohito urgiera a su pueblo a «aplastar las ambiciones desmedidas de las naciones enemigas».

El «grupo por la paz» razonaba y se pronunciaba como si Japón pudiera esperar verse considerado en pie de igualdad con el resto de honorables miembros de la comunidad internacional, sin reconocer el hecho de que, a los ojos de Occidente, la

actitud nipona desde el ataque contra Pearl Harbor —y para ser más exactos, desde 1931— hacía inviable tal consideración. En ese sentido, los líderes políticos japoneses desperdiciaron meses de labor diplomática aferrándose a unas posiciones basadas fundamentalmente en dictados que emanaban de su propio orgullo nacional, así como de una supuesta necesidad de justicia política. Sin embargo, su única oportunidad de llegar a modificar los términos propuestos por los Aliados pasaba por el temor de estos a la sangría humana que comportaría una invasión del territorio nipón, si esta hubiera de resultar necesaria. De ahí que, cuando —a causa del bloqueo y los bombardeos, y teniendo en mente la posibilidad de emplear bombas atómicas, así como la incorporación de la Unión Soviética al conflicto— los estadounidenses fueron dejando de considerar imprescindible arriesgarse a invadir Japón, este se quedase sin cartas que jugar.

Nada refleja de modo más vivido la confusión nipona motivada por su propio dilema interno que su error de cálculo al intentar hacerse con los buenos oficios como mediadora de una Unión Soviética cuya no beligerancia hasta agosto de 1945 se cuenta entre los episodios más insólitos del conflicto en su conjunto. En todo caso, la firma en abril de 1941 del Pacto de Neutralidad ruso-japonés por espacio de cinco años había convenido tanto a las autoridades niponas como soviéticas. Así, puesto que los afanes expansionistas de Japón se dirigían hacia el Sur y hacia el Este, resultaba aconsejable tener asegurada la retaguardia. Del mismo modo, e incluso antes de que la Unión Soviética se viera envuelta en su mortal combate contra la Alemania nazi, Stalin estaba lejos de desear complicación alguna en Asia. De ahí su satisfacción cuando Richard Sorge, su legendario agente en Tokio, le confirmó, poco después de que Hitler hubiera puesto en marcha la operación Barbarroja en junio de 1941, que la URSS podía contar con la neutralidad nipona, ya que de ese modo el Ejército Rojo iba a estar en condiciones de concentrar todos sus esfuerzos en la guerra contra Alemania sin tener ningún otro frente abierto.

Así las cosas, si durante tres años la ausencia de hostilidades en la frontera ruso-manchú había servido a los intereses tanto soviéticos como nipones, en 1944 no convenía ya a los de Estados Unidos. En efecto, el millón de soldados japoneses destacados en China podría verse empleado posteriormente contra los estadounidenses y una invasión de Manchuria por parte del Ejército Rojo constituía el modo más evidente de impedirlo. Allí, los numerosísimos efectivos del ejército soviético podrían volver a emplearse con tan espectaculares resultados como habían obtenido en Europa, salvando además, a costa propia, las vidas de soldados occidentales. En ese sentido, y en fecha tan tardía como agosto de 1945, MacArthur hacía las siguientes declaraciones, a micrófono cerrado, a un corresponsal de prensa destacado en Manila con relación a su vivo deseo de que la Unión Soviética se decidiera a invadir Manchuria: «Todo soldado soviético caído en combate es un

soldado estadounidense menos que ha de morir».

En esas circunstancias, Churchill y Roosevelt se mostraron exultantes ante la promesa realizada por Stalin de dirigir sesenta divisiones contra los japoneses dentro de los tres meses siguientes a la derrota germana. «Cuando otras cuestiones pesan tanto sobre nosotros —escribía el primer ministro británico al presidente estadounidense— no podemos dejar de reconocer el supremo valor de ese [compromiso] en la medida en que acortará la duración de la guerra en su conjunto». Por su parte, MacArthur estaba firmemente convencido de que «no debemos invadir Japón hasta tanto el ejército soviético esté decidido a actuar en Manchuria». El general Marshall coincidía plenamente con esa opinión, al igual que los comandantes de las fuerzas terrestres estadounidenses, deseosos de contar con cuanta ayuda pudiera reducir el número de efectivos enemigos a los que habrían de enfrentarse al invadir Japón. En ese sentido, resulta revelador lo que, en una carta a su familia escrita desde Luzón, manifestaba el general de división Joseph Swing de la 11.ª División Aerotransportada, desestimando los temores expresados por los británicos respecto de los riesgos inherentes a una participación soviética en la guerra de Asia: «Todos quieren que los rusos lleguen cuanto antes y cuantos más, mejor. En cuanto a lo que el “padrecito” Stalin consiga en el Este… seguro que pedirá y que, posiblemente, se quedará con todo lo que quiera».

Por su parte, los mandatarios estadounidenses eran conscientes de que los rusos no iban a luchar si no obtenían a cambio recompensas tangibles, toda vez que el sacrificio humano realizado por la Unión Soviética para acabar con los nazis resultaba ser veinticinco veces mayor que el de todos los Aliados occidentales juntos. Tras meses de ambigüedades, Stalin presentó en Yalta sus demandas respecto de una posible implicación soviética en el frente asiático. El líder soviético reclamaba de Japón las islas Kuriles y el territorio sur de la isla de Sajalín; de China, el arriendo de Port Arthur, acceso a Dairen como puerto franco, control sobre el ferrocarril que discurría por el sur de Manchuria y el reconocimiento de su derecho a regir los destinos de la Mongolia exterior. El 8 de febrero de 1945, tras cinco días de debates, Roosevelt accedió a las exigencias soviéticas, actuando con una frivolidad digna de una potencia colonial. Efectivamente, Estados Unidos se comprometió a realizar importantes concesiones territoriales en China, sin llegar a consultar al propio gobierno chino, por mucho que tales concesiones estuvieran sometidas, nominalmente, a la aprobación del líder nacionalista Chiang Kai Shek y que, en justa correspondencia, los soviéticos se comprometieran a reconocerlo como único gobernante legítimo de China. De ese modo, tanto rusos como estadounidenses abandonaron Yalta satisfechos con lo que habían conseguido e indiferentes al hecho de que ello no hacía sino violar el Pacto de Neutralidad ruso-japonés.

Sin embargo, al plantear incentivos a Stalin, Roosevelt pasó por alto el hecho de

que el líder soviético no se embarcaba en empresa alguna —o se autoimponía no hacerlo— a menos que esta encajara con sus propios planes. Así las cosas, si en 1945 no se hubiera requerido la invasión de Manchuria por parte del Ejército Rojo, habría resultado prácticamente imposible disuadir a las autoridades soviéticas de llevarla a cabo de todos modos, ya que, tan pronto Alemania fue derrotada, Stalin se aprestó a lanzar sus ejércitos en pos del botín asiático. En cualquier caso, los hechos inmediatamente precedentes, desarrollados durante los cinco meses que siguieron a Yalta, no dejaron de verse marcados por una sucesión de crueles ironías. Así, el 22 de febrero de 1945, el embajador japonés en Moscú y antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Naotake Sato, se entrevistó con él, a la sazón, ministro de Asuntos Exteriores soviético Vyacheslav Molotov tras el regreso de este de la Conferencia de Yalta. Molotov aseguró a Sato que las relaciones bilaterales ruso-japonesas y el futuro del Pacto de Neutralidad firmado entre ambos países no se verían en absoluto afectados por lo acordado con británicos y estadounidenses.

Ese engaño manifiesto fue recibido con gratitud en Tokio, cuyos mandatarios trataban así de acogerse a la buena voluntad soviética, a fin de salvaguardar el ya tambaleante imperio nipón, justo cuando Stalin se disponía en secreto a expoliarlo.

No obstante, a medida que las tropas soviéticas se preparaban y armaban para atacar Manchuria en agosto, el entusiasmo provocado en Estados Unidos por la participación de la URSS en el conflicto comenzó a menguar. De ese modo, si bien los altos mandos estadounidenses se mostraban ansiosos de ver ya al Ejército Rojo en acción, los políticos y diplomáticos adoptaban una actitud mucho más recelosa. En efecto, la experiencia en Europa demostraba que lo que ocupaban los ejércitos de Stalin ocupado quedaba, por lo que parecía temerario dar pie al expansionismo soviético en Asia. Ya en abril de 1945 destacadas personalidades estadounidenses se habrían mostrado satisfechas de romper el pacto alcanzado con Stalin en febrero, siempre que hubieran podido justificar adecuadamente esa ruptura. De ahí que los rusos, conscientes de ello, mostraran a partir de entonces el mayor interés en que los japoneses siguieran resistiendo a toda costa, por cuanto que —sí Tokio y Washington llegaban a un acuerdo de paz antes de que Stalin hubiera dispuesto sus fuerzas en el Este y estuviera así en condiciones de declarar la guerra a Japón— los estadounidenses podrían volverse atrás en relación a las promesas que habían realizado a los soviéticos en Yalta.

Por su parte, los políticos nipones, haciendo gala de una extraordinaria ingenuidad, creyeron que les resultaría de más utilidad ganarse el favor de la neutral Rusia que entablar contacto directo con su beligerante adversario estadounidense. De hecho, la disposición a hacer concesiones a los japoneses a cambio de un rápido cese de la sangría derivada de una prolongación de las hostilidades era mayor entre ciertos políticos occidentales que entre los mandatarios soviéticos. En ese sentido, Winston

Churchill fue el primer y más destacado líder aliado en proponer que se atemperara la política que únicamente contemplaba para Japón la rendición incondicional. Ante la Jefatura Combinada de Estados Mayores, esto es, los jefes de Estado Mayor de las fuerzas armadas británicas y estadounidenses, reunidos en El Cairo el 9 de febrero de 1945, el primer ministro británico hizo valer el argumento de que «merecería la pena introducir algún paliativo, si ello había de acortar en año o año y medio una guerra que había costado ya tanta sangre y tantas vidas humanas». Roosevelt descartó sin más la propuesta de Churchill, toda vez que la opinión británica sobre esa cuestión —y, de hecho, sobre todo lo relacionado con la guerra del Pacífico— contaba, a sus ojos, entre poco y nada, quedando así la decisión de si había que emplear la fuerza o negociar con los japoneses, inequívocamente, en manos estadounidenses.

Un destacado grupo de miembros del departamento de Estado, encabezado por Joseph Grew, antiguo embajador estadounidense en Tokio y, a la sazón, segundo máximo responsable de dicho departamento, era partidario de favorecer la adopción de un compromiso público en virtud del cual se permitiera a Japón retener el *kokutai*, esto es, su esencia nacional, cuya característica más sobresaliente la representaba el estatus de que gozaba el emperador. Grew y quienes secundaban sus puntos de vista consideraban que el *kokutai* representaba para el pueblo nipón más de lo que representaría nunca para cualquier otro pueblo. En consecuencia, si el hecho de dar garantías a los japoneses en ese sentido debía servir para evitar un baño de sangre durante la ocupación de las principales islas del archipiélago, había que darlas. Esa postura se vio apoyada no solo por el secretario de Guerra y máximo responsable de defensa, Henry Stimson, y por el Secretario de Marina, James Forrestal, sino también por diversos rotativos con gran influencia sobre la opinión pública. En ese contexto, la embajada británica en Washington informaba de la situación en los siguientes términos:

> *Se aprecian signos —y no únicamente en la prensa que otrora había mantenido una posición aislacionista sino también en otros medios como el* Washington Post *— que apuntan a la posible modificación de la política de rendición incondicional en el caso [japonés] y que permiten albergar cierto optimismo respecto de la pronta capitulación de Japón, una vez aprecie su falta total de perspectivas. Paralela al deseo generalizado de que la URSS acabe tomando parte en la guerra del Pacífico se distingue igualmente una sutil corriente de opinión, apenas perceptible, conforme a la cual la ocupación estadounidense de la zona se desarrollaría del mejor modo posible si se mantuviera a la Unión Soviética al margen de la misma*.

Pese a ello, la Casa Blanca y sus más influyentes asesores pensaban que la opinión pública estadounidense no querría ni oír hablar de hacer concesiones a quienes habían perpetrado el ataque a traición contra Pearl Harbor, empezando por el propio emperador nipón. Por otra parte, tampoco es que resultara necesario mostrar tal generosidad dado el rápido agravamiento de la ya precaria situación japonesa, en

cuyo caso la principal incógnita planteada era si resultaría o no necesario invadir las principales islas del archipiélago. Entre los jefes de Estado Mayor estadounidenses, el almirante Ernest King, por la Marina, y el general Henry Arnold, por las Fuerzas Aéreas del Ejército, se oponían decididamente a una invasión terrestre. Por mucho que el deseo de ambos de evitar un nuevo baño de sangre fuese, indudablemente, sincero, tanto uno como otro contaban con motivos particulares, que la administración estadounidense entendía bien, para rechazar dicha invasión. Por una parte, King albergaba el deseo de que el mundo contemplara la derrota japonesa como resultado de la intervención de la Marina estadounidense y, en particular, del bloqueo protagonizado por esta última. Por otra parte, Arnold aspiraba a que se reconociese la decisiva contribución que habían supuesto los bombardeos estratégicos sobre Japón, en su afán por lograr que las Fuerzas Aéreas del Ejército acabasen constituyendo un arma independiente. A principios de abril, el Comité de Inteligencia Conjunta predecía ya que «los crecientes efectos del bloqueo aéreo-marítimo, unidos a la continuada devastación consecuencia del bombardeo estratégico y a la debacle germana» pronto obligarían a los japoneses a reconocer que no podían continuar la guerra.

Sin embargo, tras el hundimiento de Alemania, King y Arnold se dejaron convencer de que había que seguir con los preparativos de la operación Olímpico. Al mismo tiempo, el general Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército, aun no habiendo mostrado nunca demasiado entusiasmo por el proyecto, «fue a por todas». Así las cosas, y por desagradable que pudiera resultar, la opción de llevar a cabo una invasión terrestre había de seguir contemplándose y, dado el indispensable tiempo de preparación necesario para una operación anfibia de esa envergadura, se imponía adoptar una determinación con toda celeridad. En efecto, la experiencia, sobre todo en Iwo Jima y Okinawa, demostraba que el enemigo no iba a dejar de aprovechar todo día de gracia que se le concediese para fortalecer sus defensas y para hacer pagar así más caro el aplazamiento de la invasión. Por otra parte, los jefes de Estado Mayor se mostraban preocupados ante el hecho de que la paciencia de la población estadounidense se estaba agotando y de que, por consiguiente, resultaba esencial poner fin rápidamente al conflicto. De ahí que el 25 de abril el Estado Mayor Conjunto adoptara la resolución JCS 924/15 en la que se aprobaba la operación Olímpico. Su memorando correspondiente, que había de interpretarse más como el reconocimiento prudente de una necesidad que como un compromiso férreo, fue enviado al presidente, al recién nombrado presidente de los Estados Unidos: Harry Truman.

Truman, aquel político decoroso, sencillo e impulsivo que ha llegado a ser reconocido como uno de los más destacados líderes políticos estadounidenses del siglo XX, no era, sin embargo, en la primavera de 1945, más que un hombre

abrumado por el peso de la responsabilidad que la muerte de Roosevelt, ocurrida el 12 de abril de 1945, había hecho recaer sobre sus hombros en tanto que vicepresidente de la nación: «Me siento como si la luna, las estrellas y todos los planetas hubieran caído sobre mí», confesaría a los periodistas el día de su toma de posesión, antes de añadir: «Muchachos, si rezáis alguna vez, hacedlo por mí ahora». Uno de ellos respondió deseándole: «Buena suerte, señor presidente», a lo que Truman replicó: «Ojalá no tuvieras que llamarme así ahora». Y es que, en una de sus mayores muestras de soberbia y haciendo caso omiso de su gravísimo estado de salud, Roosevelt no adoptó iniciativa alguna a fin de que su vicepresidente quedara en condiciones de hacerse cargo del sinnúmero de asuntos que había de afrontar. Así, llegó incluso a darse el caso de que hasta el 12 de abril Truman no empezó a recibir los informes remitidos por el servicio de inteligencia estadounidense (*Magic*, por su nombre en clave) encargado de descifrar las transmisiones diplomáticas niponas. Quienes siguieron de cerca su actuación durante los primeros meses como inquilino de la Casa Blanca eran de la opinión de que las palabras y la actitud de Truman se hallaban determinadas, en gran medida, por un sentimiento de inseguridad, por su deseo de aparentar resolución y autoridad, aun siendo consciente de que carecía de ambas, en lo que representaba una justa apreciación de sí mismo que lo hacía merecedor de simpatía de cara a la posteridad.

El diez de mayo, y en respuesta a lo que se había percibido como abusos de confianza soviéticos en Europa, Truman ordenó el cese inmediato de los abastecimientos a dicho país basados en el sistema de préstamo y arriendo. Grew, como antiguo embajador en Japón, y Averell Harriman, en su calidad de representante diplomático de Estados Unidos en Moscú, deseaban que Truman llegara aún más lejos, revocando las provisiones asiáticas establecidas en Yalta. No obstante, el Secretario de Guerra, Henry Stimson, disuadió al presidente de adoptar tales medidas, haciéndole ver que «las concesiones efectuadas… a la Unión Soviética en el Lejano Oriente podían verse obtenidas por esta recurriendo a su propio poder militar y a despecho de cualquier acción emprendida por el ejército estadounidense que no cupiera calificar directamente de bélica». Pese a ello, el proceder de Truman en los meses que habrían de seguir se vio marcado por la determinación de demostrar su propia aptitud para el cargo, sobre todo no cediendo innecesariamente a los chantajes de la Unión Soviética y liderando la última fase de la guerra contra Japón con una convicción digna de su gran predecesor y de su gran nación. Fue entonces justamente cuando descubrió que los avances científicos prometían poner en sus manos un logro extraordinario capaz de hacer posible la consecución de esas metas.

El 24 de abril, Truman recibió una carta de Stimson en la que este le solicitaba hablar con él para tratar «un asunto de alto secreto». Al día siguiente, el Secretario de Guerra y el general de división Leslie Groves, alto oficial responsable del Proyecto

Manhattan, revelaron al presidente los secretos relativos a dicho proyecto, sobre el cual solo se le habían revelado vaguedades hasta aquel momento. Tal como informaba Stimson «dentro de cuatro meses habremos completado, con toda probabilidad, la fabricación del arma más terrible jamás conocida en la Historia de la Humanidad, una bomba capaz de destruir por sí misma toda una ciudad entera». En ese sentido, Groves se mostraba partidario de llegar a lanzar dos, a fin de demostrar a los japoneses que la primera explosión nuclear no había de representar un fenómeno único y sin continuidad.

El Proyecto Manhattan constituía el más ambicioso proyecto científico de la Historia, con un monto total de dos mil millones de dólares. En el transcurso de sus tres años de duración, los Estados Unidos —con alguna reconocida aportación británica de carácter testimonial— se hallaban próximos a culminar un programa que gran parte de la comunidad científica había juzgado irrealizable dentro, ciertamente, de un plazo de tiempo en el que su aplicación bélica resultara relevante. En su encuentro con Stimson y Groves, Truman no fue advertido, sin embargo, de que debía adoptar una decisión trascendental enfrentándose a un dilema histórico. En efecto, únicamente se le informó de que el desarrollo de la bomba resultaba inminente, sin que se vislumbrara signo alguno de controversia; antes bien, todos sin excepción eran del parecer de que si los japoneses seguían resistiendo a ultranza, se emplearían bombas atómicas contra ellos, tal como se habría hecho igualmente con cualquier otra arma de destrucción a la que hubiera cabido recurrir para adelantar el final del conflicto.

El determinismo tecnológico, según el cual la evolución de una contienda depende del grado de desarrollo técnico del momento, supone una característica sobresaliente de toda gran guerra. Así, después de que un sinnúmero de bombarderos aliados se hubiera dedicado a devastar las ciudades germanas y niponas durante tres años, provocando la muerte de cientos de miles de civiles, la idea de rechazar el empleo de un medio inconmensurablemente más poderoso para lograr el mismo propósito apenas podía caber en la mente de quienes dirigían el empeño bélico de los Aliados. De ahí su irritación, por no hablar directamente de exasperación ante las veladas insinuaciones de orden moral expresadas por los científicos encargados de desarrollar la bomba. Hasta tanto no se produjo la caída de Hitler, el equipo del Proyecto Manhattan no ahorró esfuerzos por tener a punto esa bomba, impelido por el temor a que los nazis pudieran adelantárseles. No obstante, una vez derrotada Alemania, el afán que hasta entonces había animado a algunos científicos comenzó a declinar, al tiempo que crecían sus reticencias respecto de los fines a que pudiera verse destinado el resultado de sus esfuerzos.

Un grupo de científicos creó en Chicago un «comité de implicaciones sociales y políticas» que llegaría a ser conocido como el Comité Franck y cuyos miembros

presentaron un informe al gobierno en el que hacían constar, entre otros, los siguientes argumentos: «Las ventajas militares y la salvación de vidas propias que cabe lograr lanzando de improviso bombas atómicas sobre Japón puede que lleguen a resultar menores que la subsiguiente pérdida de confianza y que la ola de estupor y consternación, susceptible de extenderse por todo el mundo y de llegar incluso a dividir la opinión pública estadounidense, que ese lanzamiento traería consigo». En mayo de 1945, varios miembros del Proyecto Manhattan emprendieron denodados esfuerzos a fin de advertir de sus posibles consecuencias a los mandatarios estadounidenses. De ese modo, mientras algunos de ellos se dedicaron a escribir cartas al Presidente, Leo Szilard —uno de los más prominentes científicos del grupo de Chicago— se personó directamente en la Casa Blanca. Allí, el secretario de Truman le remitió a James Byrnes, representante personal del Presidente en el comité sobre la bomba atómica y, a la sazón, radicado en la localidad de Spartanburg en Carolina del Sur.

De muy humildes orígenes, Byrnes fue protagonista de una de las carreras políticas más insólitas de la historia estadounidense. En 1945, y ya con sesenta y seis años cumplidos, había sido congresista, senador y juez de la Corte Suprema de su país. Aunque sus detractores le acusaban de ser un mero peón dentro del Partido Demócrata y un «enchufado» de la Casa Blanca, Byrnes llegó a desplegar un extraordinario poder como director de la Oficina Federal de Movilización, encargada de coordinar todas las agencias gubernamentales implicadas en el esfuerzo bélico, siendo considerado en amplios círculos el «presidente asistente» de Franklin D. Roosevelt. Resentido, sin embargo, ante la negativa de este último a proponerle para el cargo de vicepresidente, Byrnes había optado por retirarse de la vida pública en la primavera de 1945 cuando, repentinamente, se vio requerido por Truman como Secretario de Estado. En esas circunstancias, Byrnes no pudo dejar de sentirse molesto ante la emotividad de aquel científico de origen húngaro a quien nadie había pedido su opinión. Szilard, por su parte, quedó consternado ante la falta de receptividad de Byrnes: «Cuando le expuse mi preocupación por el hecho de que la Unión Soviética llegara a convertirse a corto plazo en una potencia nuclear, me respondió que el general Groves… le había dicho que en aquel país no había uranio». Groves detestaba a Szilard y había incluso llegado a albergar sospechas de que fuera un agente secreto alemán.

Cuando Szilard se manifestó contra un uso precipitado de la bomba, Byrnes le interrumpió con impaciencia haciéndole notar que el Congreso tendría mucho que decir si resultara que los dos mil millones de dólares asignados al Proyecto Manhattan se habían gastado sin propósito práctico alguno. «Byrnes pensaba que sería más fácil tratar con los rusos recurriendo al poderío militar para amilanarlos», recordaría Szilard posteriormente. En opinión de Byrnes, nada podía demostrar con

mayor efectividad ese poderío que la bomba atómica, por lo que llegó a pensar que esa bomba podría incluso lograr que las legiones de Stalin abandonaran Hungría. «Alucinado» por la falta de sensibilidad de su anfitrión, Szilard emprendió, pesaroso, el camino de regreso a la estación de Spartanburg. De poco le habría servido saber que los intentos del gran físico danés Niels Bohr por plantear a Roosevelt y Churchill similares temores habían obtenido una respuesta menos ponderada aún que la de Byrnes, por cuanto que el primer ministro británico llegó a proponer que se confinara a Bohr, para evitar que hiciera públicas sus peligrosas reticencias respecto de esa cuestión.

Así las cosas, los escrúpulos de los científicos pesaron más bien poco frente a la percepción, mantenida de forma unánime por los líderes políticos estadounidenses, de que el arma en cuestión podía contribuir de forma decisiva a reforzar la posición de su país tanto a la hora de hacer frente a los rusos como de derrotar a los japoneses. Los encargados de construir la bomba se vieron de ese modo fatalmente obstaculizados en sus esfuerzos por promover un debate sobre su uso, toda vez que, por razones de seguridad, el mero hecho de hablar sobre su existencia fuera del reducido círculo de los responsables de su fabricación resultaba imposible, si no motivo de alta traición. La mayoría de científicos, no obstante, se mostraba preocupada no tanto por el propio uso de la bomba como por si se debería advertir primero a Japón, así como sobre si la paz del periodo de posguerra podría verse consolidada en el caso de que Estados Unidos compartiera sus secretos nucleares con la Unión Soviética.

Si los hombres de ciencia que formaban parte del Proyecto Manhattan hubieran tenido un conocimiento más profundo sobre la desastrosa situación en que, ya en términos meramente estratégicos, se hallaba Japón en 1945, se habrían opuesto a una Hiroshima aún con más empeño. En aquellas circunstancias, sin embargo, quienes más sabían sobre la bomba menos acceso podían tener a informaciones que les permitieran hacerse conscientes del contexto en que esta iba a ser empleada. Por su parte, los políticos responsables del uso que habría de acabar dándose a la misma carecían de una percepción adecuada del sentido que esta tendría para la civilización humana. Así lo ilustran las reveladoras palabras dirigidas por Byrnes a Truman: «Podría llegar a situarnos en posición de imponer nuestros propios términos al final de la guerra». El representante más destacado, con abrumadora diferencia, del Proyecto Manhattan en el gobierno no era un científico propiamente, sino el general Groves, cuya actitud triunfalista respecto de la monumental empresa de que era principal responsable, le llevó a rechazar toda posibilidad de que su país no hubiera de llegar a sacar partido de ella.

Por lo que respecta a Groves, constituye una de las figuras militares menos conocidas, pese a su relevancia, de la Segunda Guerra Mundial, relevancia que

apenas cabe sobreestimar en lo que respecta a la adopción de la decisión de lanzar sendas bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Pese a que su rango militar como general de división únicamente le habría conferido el mando en campaña sobre una unidad de esas dimensiones, el destino se encargaría de encumbrarlo hasta una posición de extraordinario poder. Hijo de un capellán castrense y artífice de la edificación del Pentágono desde su cargo como jefe adjunto de construcciones del Ejército, Groves era en septiembre de 1942 un coronel de 46 años que ansiaba ser destinado a ultramar —«Yo quería mandar tropas»— cuando, por el contrario, recibió la orden de supervisar el Proyecto Manhattan. Tal como se le dijo: «Si hace bien su trabajo, eso nos hará ganar la guerra».

En este sentido, parece poco probable que sus superiores creyeran en aquel tiempo en la veracidad de tales palabras y tal vez resulte más plausible que recurrieran a ellas tratando de confortar a un oficial del cuerpo de ingenieros destinado a un puesto poco agradecido dentro de su propio país. En cualquier caso, el encargo dado a Groves resultaba excepcional, tratándose de un militar, puesto que requería la supervisión de cientos de científicos, y por tanto civiles, del más alto nivel y, a menudo, también con la más díscola personalidad, encabezados por el doctor en física teórica Robert Oppenheimer. Aparte de tales «cerebros», Groves era responsable asimismo de un equipo humano que acabó llegando a constar de ciento veinticinco mil personas, desde ingenieros hasta personal administrativo y de construcción. Dicho equipo tuvo su actividad principalmente en el laboratorio de Los Álamos, en Nuevo México, así como en otras instalaciones repartidas por todo el país, y, en su mayoría, ignoraba por completo el propósito de su tarea. En efecto, el orondo y muy activo general solo había de dar cuentas al Secretario de Guerra y al Jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Marshall, quien, para sorpresa de Groves, también le designó como máximo responsable del uso operativo de la bomba, una vez esta se halló en la fase final de fabricación.

Groves carecía de tacto y sensibilidad así como de afinidades culturales tanto con relación a los japoneses como a la «pandilla» de premios Nobel que se hallaba bajo sus órdenes y a los que trataba como si fueran miembros del cuerpo de ingenieros que estaban construyendo un puente, aunque demostrando a la vez una eficacia que lo hace merecer el respeto de la Historia. Su adjunto, el coronel Kenneth Nichols lo definió como «el hijoputa más grande con el que me he encontrado en toda mi vida, pero también uno de los más capaces. Poseía un ego sin límites, una energía inagotable, gran confianza en sí mismo y un carácter despiadado. Odiaba a aquel tío lo mismo que todos los demás, [pero] si tuviera que volver a pasar todo aquello, escogería otra vez a Groves como jefe». A finales de abril de 1945, el general se hallaba exultante ante la buena estrella que parecía favorecer su empresa. En efecto, al cabo de tres meses había que tener una bomba atómica lista para probar, bomba

que —dependiendo de los resultados— debería utilizarse de inmediato. En ese sentido, la actitud de Groves resultó clave a la hora de tomar la decisión de destruir Hiroshima, pues mientras otros podían flaquear o ver distraída su atención, él nunca vaciló. Un semana después de reunirse en la Casa Blanca con Stimson y Groves, Truman mandó crear el así denominado «Comité Provisional» encargado de asesorarlo sobre el progreso y adecuado uso de la bomba, después de que Groves hubiera establecido un «Comité Meta» que escogió dieciocho ciudades japonesas como posibles objetivos y dio su respaldo al planteamiento sustentado por el general de lanzar dos bombas atómicas cuando llegara el momento.

Cuando Truman tuvo noticia de la rendición incondicional alemana ocurrida el ocho de mayo, supo que la Unión Soviética no tardaría en poder disponer de medios ingentes para imponer su voluntad a sus enemigos y para alterar drásticamente el equilibrio de poder con Estados Unidos. Con relación a ello, Stimson se manifestó ante uno de sus colegas en los siguientes términos: «Realmente tenemos todos los ases en la mano… y no hemos de hacer el tonto a la hora de jugar nuestras cartas. La cuestión ahora es no entrar en polémicas innecesarias por hablar demasiado. Dejemos que nuestros actos hablen por sí mismos». En una rueda de prensa celebrada coincidiendo con el fin de la guerra en Europa, Truman reafirmó la voluntad estadounidense de aceptar la rendición incondicional de las fuerzas armadas japonesas. Sin embargo, no se pronunció explícitamente sobre el futuro del emperador, por mucho que no dejó de subrayar que Estados Unidos no se proponía «el exterminio o la esclavitud del pueblo nipón».

Al día siguiente, Japón anunció desafiante al mundo que la rendición alemana no hacía sino incrementar su voluntad de seguir luchando. Por su parte, el representante nipón en Berna —alarmado por la repulsa hacia todo lo que sonara a alemán provocada por el conocimiento de lo que había sucedido en los campos de concentración—, urgió a su gobierno a evitar dar a la opinión pública internacional toda impresión de que su país adoptaría la misma política que los nazis una vez se produjera «el amargo final». Pese a ello, todavía eran legión quienes, entre los mandatarios nipones, seguían aferrados a quimeras, como revela el hecho de que, en fecha tan tardía como el 29 de mayo, el agregado naval en Estocolmo expresara la certeza de que, en las negociaciones con su país, los Aliados acabarían permitiéndole retener el control sobre Manchuria «a fin de constituir una barrera contra Rusia». Ese mismo agregado era, igualmente, de la opinión de que Gran Bretaña estaría encantada de proceder a la restauración de su imperio colonial en Asia y se mostraba, al mismo tiempo, partidario de proseguir la guerra, creyendo que el sobresalto provocado en británicos y estadounidenses por los excesos soviéticos no haría sino incrementar la voluntad de estos últimos de alcanzar un acuerdo con las autoridades niponas, tal como los propios estadounidenses llegaron a averiguar descifrando las transmisiones

diplomáticas en clave realizadas por aquellas.

En cualquier caso, y pese al terrible castigo infligido sobre Japón por los B-29 de LeMay, estaba claro que habrían de transcurrir aún varios meses hasta que Estados Unidos se hallara en condiciones de lanzar su próxima ofensiva terrestre, que —como los japoneses correctamente asumían—, se dirigiría contra Kyushu. Aquellos políticos nipones favorables a la paz suponían, por tanto, que aún disponían de tiempo para negociar, planteando como planteaban desde principios de primavera unas menores expectativas. Estas se hallaban motivadas por la inminencia de una derrota en Okinawa, y comportaban únicamente la aspiración a preservar el *kokutai*, junto con la «independencia» del gobierno títere de Manchuria y el estatus de Corea como colonia japonesa.

Si tales ambiciones se antojaban ya en sí mismas ilusorias, tanto más descabelladas resultaban las fantasías albergadas por los militares nipones, como refleja la propuesta formulada por su marina y consistente en entregar a la URSS algunos cruceros japoneses a cambio de petróleo y aviones, en un afán por favorecer la neutralidad soviética. En ese mismo contexto, el general Korechika Anami, un hombre que, pese a sus pocas luces y escasa imaginación, representaba con diferencia —en su calidad de ministro de Guerra— la figura con más peso dentro del gabinete, se oponía a toda concesión en suelo patrio: «Japón no está perdiendo la guerra desde el momento en que no hemos cedido un ápice de nuestro territorio. Por ello me opongo a entablar negociaciones sobre la base de nuestra derrota». Otros mandatarios más realistas apremiaban al gobierno a concentrarse en un único objetivo más limitado, el de mantener el sistema imperial y la integridad territorial de Japón.

Entre muchas influyentes personalidades japonesas se daba, no obstante, una tajante separación entre el resultado de la guerra que darían por bueno en privado y el que estarían dispuestos a aceptar en presencia de colegas y subordinados. Así, por ejemplo, el propio jefe del gobierno nipón, el almirante Kantaro Suzuki, aun siendo favorable a la paz, no dejó de exhortar en público a su pueblo a resistir hasta el fin emulando el espíritu de los kamikazes. Los propios políticos temían por sus vidas en caso de verse tachados de derrotistas por parte de militares fanáticos, un temor bien fundado a la luz de las investigaciones. Así lo prueba el hecho de que en el cuerpo del propio Suzuki, sordo ya a sus setenta y siete años, resultaran aún visibles las cicatrices causadas por los cuatro impactos de bala de que había sido objeto en el atentado perpetrado contra su persona en 1936 por parte de militares ultranacionalistas decididos a provocar la caída de su gobierno, que a la sazón regía los destinos de Japón.

La pusilanimidad de los partidarios de una salida pacífica derivó, así pues, en una pasmosa inconsecuencia que se mantuvo hasta el mismo agosto de 1945. De ese modo, la ambigüedad nipona estaba llamada a provocar la impaciencia, si no la

incomprensión de unos estadounidenses, cuya mentalidad —más directa— les llevaba lisa y llanamente a entender las palabras tal como se habían dicho, sin interpretación añadida alguna. Así las cosas, el craso error de los gobernantes japoneses consistió en dedicarse a buscar la paz al habitual ritmo de tortuga propio de toda su alta política, ajenos al hecho de que, a doce mil kilómetros de distancia, la titánica empresa comandada por el general Groves se dirigía imparable hacia su fin a un ritmo mucho más acelerado.

Los mandatarios japoneses temían una invasión rusa de Manchuria con la que, de hecho, ya habían llegado a contar. No obstante, su estupefacción superó todo límite cuando, apenas mes y medio después de que Molotov hubiera comunicado al embajador nipón en Moscú, Naotake Sato, que nada de lo sucedido en Yalta había de generar alarma en su país, la URSS anunció la derogación del Pacto de Neutralidad suscrito en 1941, mostrando así un comportamiento que, a ojos de los japoneses, no podía calificarse sino de pérfido. Pese a ello, el 29 de mayo Molotov recibió a Sato en términos cordiales y le aseguró que la declaración soviética no pasaba de ser un mero tecnicismo y que Rusia «había tenido ya toda la guerra que necesitaba en Europa» y que ahora había de afrontar enormes problemas internos. Sato, que solía interpretar en términos descarnadamente realistas las manifestaciones realizadas por las autoridades soviéticas, se apresuró, sin embargo, a no hacerlo en este caso. Así lo revela el parte, convenientemente descifrado por el servicio de inteligencia estadounidense, remitido al respecto por Sato a su gobierno: «El encuentro evoca la imagen de un pequeño *cocker* en presencia de un imponente mastín que, además, también sabe dónde está escondido el hueso». Si bien parece inverosímil que los artífices de Pearl Harbor pudieran verse sorprendidos por la doblez de otra nación y suponerse en posesión de alguna baza negociadora de interés para Stalin, su comportamiento no deja de resultar plenamente coherente con el gran autoengaño colectivo que caracterizó el proceder de Japón en 1945.

Al mismo tiempo, en Moscú, y respondiendo a una pregunta formulada por Harry Hopkins, representante de Truman ante Stalin, este último afirmó que la Unión Soviética estaría preparada para invadir Manchuria el 8 de agosto, si bien las condiciones atmosféricas podían posteriormente alterar el desarrollo del plan previsto. Hopkins informó a Truman de que Stalin era partidario de insistir en la capitulación nipona; «sin embargo, tiene la sensación de que si nos aferramos a la rendición incondicional, los japoneses no se rendirán y habremos de acabar con ellos como hicimos con Alemania». La misma semana, el ministro de Asuntos Exteriores nipón, Shigenori Togo, designó a Koki Hirota —antiguo jefe de gobierno, ministro de Asuntos Exteriores y embajador— como su enviado secreto a la Unión Soviética, encargándole la misión de proseguir las relaciones de amistad con este último país así como de preservar su neutralidad.

La primera acción emprendida por Hirota fue entrevistarse con Jacob Malik, embajador soviético en Tokio, a quien expresó su admiración por los logros conseguidos por el Ejército Rojo en Europa, en lo que no dejaba de representar una cómica apreciación, viniendo como venía de un reciente aliado germano. Malik daría cuenta posteriormente a sus superiores en Moscú de que las propuestas planteadas por Hirota, aun respondiendo a la intención de resultar rechazables, no hacían sino reflejar la desesperación con la que el gobierno japonés ansiaba poner punto final a la guerra. Malik estimaba, sin embargo, que no cabía esperar que esas conversaciones condujeran a éxito alguno, pues las autoridades niponas persistían en su determinación de no ceder Manchuria y Corea. Tales fantasías, con todo, no resultaban privativas de los círculos políticos, como pone de manifiesto el hecho de que también el ya citado ingeniero aeronáutico Jiro Horikoshi considerase frecuentemente con sus amigos la posibilidad de que su país requiriera la ayuda soviética, tal como refleja una entrada de su diario correspondiente a mayo de aquel año: «Japón ha hecho denodados esfuerzos para mantener la neutralidad con los rusos y esperábamos poder confiar en su equidad y amistad como mediadores frente a los Aliados».

Entre tanto, en una reunión del Comité Provisional, celebrada en Washington el 31 de mayo, Stimson destacó la magnitud de la tarea que les estaba asignada: conseguir desarrollar una bomba que comportaría «un cambio revolucionario en las relaciones del hombre con el universo». En esa reunión, James Byrnes rechazó sin paliativos la propuesta realizada por Oppenheimer, director del programa atómico, en virtud de la cual los secretos referidos a dicho programa habrían de verse compartidos con los soviéticos. Asimismo, Byrnes descartó la iniciativa de invitar a representantes de la URSS a asistir a las pruebas del lanzamiento de la bomba, ya que —sin entrar a considerar razones de seguridad— Estados Unidos podría dar una imagen ridícula si se producía un fracaso. Por lo mismo, Byrnes se opuso, sin disensión alguna por parte del Comité, a advertir a Japón con antelación, al tiempo que Oppenheimer admitía que le resultaba imposible plantearse un lanzamiento de prueba —por ejemplo, en el espacio aéreo próximo a Japón— susceptible de impresionar al enemigo. Al día siguiente, 1 de junio, la decisión fue adoptada formalmente: «El Sr. Byrnes recomendó, con el beneplácito del comité, que se informara al Secretario de Guerra de que, aun reconociendo que la elección final del objetivo constituía fundamentalmente una decisión de carácter militar, el Comité era de la opinión de que la bomba había de emplearse contra Japón tan pronto como fuera posible y verse lanzada, sin previo aviso, sobre una factoría militar en cuyas inmediaciones se hallaran las viviendas de los trabajadores en ella empleados».

Cuando Stimson refirió a Truman tales conclusiones el 6 de junio, el Secretario de Guerra realizó dos observaciones de absoluto realismo y, de hecho, contradictorias.

Así, por una parte, rechazó contundentemente la propuesta de Groves de lanzar la primera bomba sobre Kioto, la antigua capital imperial y cuna de la cultura nipona, descartadas ya Tokio y algunas otras ciudades por hallarse prácticamente en ruinas. En ese sentido, Stimson no cedió al pragmático argumento esgrimido por el general, en virtud del cual Kioto contaba con «una extensión lo suficientemente amplia como para permitirnos obtener completo conocimiento de los efectos de la bomba, mientras que Hiroshima resultaba mucho menos apropiada en ese sentido». Stimson, informó también a Truman de que —en contra de los deseos de las Fuerzas Aéreas— él mismo había estado buscando un objetivo preciso antes que un objetivo amplio, puesto que no deseaba que el lanzamiento de las bombas atómicas fuera comparado con los asesinatos en masa perpetrados por Hitler. Por otra parte, sin embargo, Stimson no dejó de expresar su temor ante el hecho de que los bombardeos ordenados por LeMay «hubieran sido tan intensos que la nueva bomba no contara ahora con un marco adecuado en el que mostrar su potencia». Truman se rio y dijo que lo entendía, ilustrando así vividamente la incapacidad mostrada por dos hombres inteligentes a la hora de plantearse las implicaciones de lo que estaban a punto de hacer. En efecto, ambos habían sido informados del potencial letal de la bomba atómica, pero sabían tan poco como los propios científicos sobre sus efectos, entre los que destacaban las enfermedades por radiación. En la mente de uno y otro, tal como en la de Winston Churchill, la nueva arma representaba simplemente una versión enormemente ampliada de la capacidad destructiva que correspondía a las bombas empleadas por los B-29 de LeMay.

En esas circunstancias, el papel desempeñado por Stimson resulta desconcertante contemplado desde la posteridad, al ser, a sus setenta y ocho años, el mandatario más venerablemente longevo de la administración estadounidense. La carrera política de Stimson —un caballero en toda la extensión de la palabra— se había iniciado en 1905 a raíz de su nombramiento como fiscal jefe de Nueva York por parte de Theodore Roosevelt. Conocido como «el coronel» en razón del rango que llegó a alcanzar tras servir en la primera guerra mundial, Stimson ocuparía posteriormente los cargos de Secretario de Estado, de 1929 a 1933, en el gobierno encabezado por Herbert Hoover y de presidente del departamento de Guerra entre 1940 y 1945. Stimson era contrario en muchos aspectos a la guerra total y, en particular, al bombardeo aéreo de ciudades. Así pudo apreciarlo Oppenheimer, quien se hizo eco de las reservas del primero en los siguientes términos: «No afirmó que hubiera que dejar de llevar a cabo ataques aéreos, pero sí pensó que convenía preguntarse si algo no iba bien en un país donde nadie disentía de ellos». En los meses que precedieron a Hiroshima, y aunque Stimson se hallaba cada vez más cansado y enfermo, ningún otro líder político estadounidense dedicó más tiempo y atención a considerar la cuestión del lanzamiento de la bomba atómica. De forma insólita, dada su aversión a

las bombas incendiarias, no llegó nunca a mostrar una oposición fundamentada en principios morales a la devastación que se derivaría de un ataque nuclear; antes bien, Stimson se mostró favorable a recurrir al arma desarrollada por Oppenheimer a fin de acortar la guerra, por mucho que pugnara por cumplir con los japoneses proponiendo que se les avisara a tiempo de evacuar la zona y evitar el horror que habría de caer sobre ellos.

Pese a todo, las escrupulosas reservas del Secretario de Guerra acabarían revelándose insuficientes para detener un proceso ya en marcha. De ese modo, a partir de junio, únicamente la total rendición japonesa podría haber salvado a las futuras víctimas de Hiroshima y Nagasaki. Posteriormente, sin embargo, no llegó a adoptarse ninguna decisión política que ratificase explícitamente el empleo de las bombas, cuyo lanzamiento, por el contrario, solo hubiera podido verse impedido mediante una intervención —no exenta de dramatismo— por parte de Truman. En lo que a este último concierne, su comportamiento, sus limitaciones como presidente en ejercicio pueden entenderse mejor teniendo presente el contenido del diario que mantuvo en julio de aquel año coincidiendo con la Conferencia de Potsdam. En él se aprecia la ingenuidad subyacente al modo en que el presidente respondió a los hechos y personalidades entre los que hubo de moverse. En ese sentido, hay que reseñar la imponente banalidad de su estilo, lo que no ha de entenderse como condescendencia hacia él —toda vez que los posteriores logros de Truman están fuera de toda duda— sino como mero reconocimiento del dilema de un hombre demasiado consciente de sus carencias y notablemente influido por sus asesores como consecuencia de una dolorosa percepción de su propia inexperiencia.

En esas circunstancias, el presidente adoptó con *Little Boy*[36] el mismo procedimiento seguido por las democracias a lo largo de toda la guerra a la hora de poner en práctica decisiones estratégicas. Truman, como político, dio su aprobación al plan, cuya ejecución dejó en manos de militares, o lo que es lo mismo de Groves. En ese sentido, el envío de los superbombarderos *Enola Gay*[37] y *Bock's Car*[38], portadores respectivamente de las bombas atómicas que asolarían Hiroshima y Nagasaki, requería una serie de órdenes, de adiestramiento de pilotos y de preparación que ya estaban en marcha. En años recientes, las comunicaciones diplomáticas japonesas descifradas por los estadounidenses entre junio y agosto de 1945 —particularmente las establecidas con Moscú— han merecido especial atención por parte de los estudiosos, quienes, al referirse concisamente a la característica más destacada de las mismas, destacan el hecho de que el gobierno nipón deseaba el fin de la guerra, pero tanto en público como en privado rechazaba una rendición incondicional. El mandatario japonés dotado de un mayor pragmatismo, a saber, el embajador en Moscú Naotake Sato, no hacía sino expresar en sus cables destinados al gobierno de Tokio su convicción de que nada de lo que este último tuviera pensado

proponer a los Aliados les resultaría aceptable.

Si el mismo Sato era ya de esa opinión, ¿por qué los estadounidenses que interceptaban sus mensajes habrían de haber esperado menos? Así las cosas, en 1945 el contenido de los mensajes en Morse cruzados entre Tokio y Moscú no llegó a resultar en ningún momento lo suficientemente explícito o claudicante como para detener el colosal ariete dirigido por Leslie Groves contra Japón. Una vez acabada la guerra, Truman, falseando la verdad, dio a entender que había dado la orden de atacar Hiroshima a principios de agosto de 1945, temiendo que, de cara a la posterioridad, no dejara de chocar la ausencia de un periodo de reflexión por parte del presidente previo al despegue del coronel Tibbets con *Little Boy* a bordo del *Enola Gay*. Habiendo dado su visto bueno al proceso meses atrás, a lo largo de ellos el presidente se limitó a mantenerse informado sobre su evolución, sin llegar a replantearse la posibilidad de detener la operación que había de llevar a cabo el *Enola Gay*. En *Guerra y Paz* Tolstoi sostiene con vehemencia que los grandes acontecimientos poseen una dinámica propia que a menudo los lleva a desarrollarse con independencia de cuál sea la voluntad de los líderes políticos y militares de las naciones implicadas. Si hubiera vivido en 1945 quizá hubiera considerado la cuenta atrás hacia Hiroshima una viva demostración de la certeza de su afirmación.

Los japoneses, por su parte, siguieron queriendo creer que disponían de tiempo para negociar, tantear y regatear tanto entre sí como con los Aliados, creyendo que el hecho de poder hacer pagar a sus adversarios un alto tributo en sangre antes de sucumbir representaba una baza formidable de cara a la negociación. Ello, sin embargo, no hizo sino contribuir a su aniquilación, sin que parezca relevante atribuir esta última a la cifra de bajas estadounidenses —sesenta y tres mil, ciento noventa y tres mil, un millón— estimada en caso de llevar finalmente a término la operación Olímpico. De lo que no cabe duda es de que la invasión de Japón habría supuesto para Estados Unidos una enorme pérdida en vidas humanas que nadie deseaba. El bloqueo y los ataques con bombas incendiarias habían creado ya las condiciones que probablemente permitirían prescindir de esa invasión y ahora nuevos medios técnicos auguraban la posibilidad de poner fin definitivamente al desafío nipón y quizá también de prevenir la embestida soviética.

¿Por qué habría tenido Estados Unidos que continuar tolerando evasiva alguna por parte de quienes no habían dudado en atacar a traición en Pearl Harbor o en hacer que miles de prisioneros de guerra estadounidenses murieran por extenuación en Filipinas durante la denominada «marcha de la muerte» de Bataan? ¿O seguir contemporizando con la doblez y los afanes expansionistas de unos soviéticos con las manos teñidas de sangre? La imagen de Japón ante la opinión pública estadounidense continuaba siendo la de una nación despiadada, por lo que —dadas las tensas relaciones existentes en aquel momento con la Unión Soviética— el hecho de que

Estados Unidos estuviera informado de que los japoneses andaban buscando un acuerdo por mediación soviética, antes que un sometimiento directo a la autoridad de Washington, no hacía más que provocar la impaciencia y el cinismo estadounidenses. En esas circunstancias, el lanzamiento de las bombas no representaba —a diferencia de lo mantenido por Truman y otros políticos— una alternativa directa a una invasión estadounidense de Japón que habría supuesto un alto precie en vidas humanas; es más, quienes se vieron influidos —con consecuencias desastrosas— por la perspectiva de que la operación Olímpico acabara llevándose a término no fueron, de hecho, los estadounidenses, sino los japoneses, en la medida en que dicha perspectiva les llevó a continuar la guerra. De ese modo, si bien gran parte de la atención de los historiadores ha recaído sobre la cuestión de si Estados Unidos debería haber advertido a Tokio de que tenía intención de lanzar bombas atómicas, hay que tener presente que la cúpula militar nipona podría haberse visto en mayor medida inducida a confusión si Estados Unidos le hubiera dejado entrever que no tenía intención de invadir las islas principales del archipiélago, por poco realista que ello pueda parecer.

#### 2. REALIDAD EN HIROSHIMA

Los japoneses siguieron enzarzados en disensiones internas durante todo el mes de junio, sin darse cuenta de que la atención de los estadounidenses se hallaba ahora centrada en dos hechos de capital importancia previstos para fechas de agosto aún por determinar, a saber, la invasión soviética de Manchuria y el lanzamiento de bombas atómicas. Los «halcones» de Washington, entre quienes se contaban de forma destacada James Byrnes y el propio Truman, deseaban fervientemente que las bombas precedieran a la invasión, de modo que, a ser posible, Estados Unidos pudiera presentarse como el único vencedor de la guerra contra Japón, que habría concluido, así pues, sin intervención alguna de los soviéticos. En ese sentido, un informe elaborado por la División de Planes y Operaciones encuadrada en el departamento de Guerra estadounidense ponderaba como sigue las ventajas que supondría una pronta rendición nipona «tanto en razón del costo enormemente menor en vidas humanas [derivado de lograrla victoria sin invadir Japón] como porque nos daría una excelente oportunidad para dejar las cosas arregladas en el Pacífico antes de que nuestros aliados apareciesen por allí y contribuyeran significativamente a la derrota nipona». Pese a todo, en tanto el Proyecto Manhattan se veía completado, prosiguieron los preparativos de la operación Olímpico, que habría de llevarse a término el 1 de noviembre o en los días inmediatamente posteriores. Así las cosas, el lanzamiento de la bomba atómica acabó viéndose adelantado, pero no cabe olvidar que su hipotético poder destructivo no fue efectivamente comprobado hasta la prueba del 16 de julio que tuvo lugar en la zona de Alamogordo en Nuevo México.

En las semanas previas a la celebración de la Conferencia de Potsdam, Stimson y otros responsables políticos estadounidenses dedicaron considerables esfuerzos a preparar el borrador de una declaración, que esperaban firmasen los líderes de las tres grandes potencias aliadas, esto es, Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña, en la que se ofrecía a Japón una última oportunidad para rendirse, antes de afrontar una aniquilación sin precedentes. El «grupo favorable a una advertencia» concedía singular importancia al hecho de que el documento contuviera garantías sobre la preservación de la dinastía imperial nipona. Paralelamente, el borrador fue sometido a múltiples cambios en su formulación tendentes a dejar una puerta abierta a su aprobación por parte de los militaristas japoneses. Sin embargo, algunos miembros prominentes del departamento de Estado, entre los que se incluía de forma notoria Dean Acheson, responsable en gran medida de la economía de guerra practicada contra las Potencias del Eje, se oponían a preservar la figura del emperador, por creer que Hirohito debía pagar por haber ocupado el trono de una nación que se había lanzado a una guerra tan abominable. Cuando la delegación estadounidense se dispuso a partir con destino a Potsdam, versiones divergentes del borrador de declaración reposaban en sus valijas, hallándose la propugnada por Acheson más próxima a las posiciones de Byrnes y del propio Truman que la elaborada por quienes favorecían un acuerdo con Japón. Para ganarse el favor de la opinión pública, el presidente había declarado ante el congreso el 16 de abril que «Estados Unidos nunca se sumaría a aquellos favorables a un plan que solo contemplase una victoria parcial sobre Japón», y esa continuó siendo su postura de allí en adelante.

En los países aliados eran muchas las personas que, en julio de 1945, y aun no sabiendo nada acerca de la bomba atómica o de la inminente invasión soviética de Manchuria, creían de todos modos que la guerra en Asia estaba próxima a su fin. Así, el embajador británico en Washington informaba a Londres de que «la convicción de que Japón mismo está deseoso de capitular en términos ligeramente inferiores a los de una derrota incondicional ha continuado viéndose favorecida por informaciones referidas a la agitación y frustración imperantes en aquel país, así como por la noticia, dada a conocer por la radio de Tokio, de que el decano de los periodistas nipones había criticado abiertamente a su gobierno por “minimizar con superficial optimismo la pérdida de islas estratégicas”». Una semana más tarde, el mismo embajador hacía constar lo siguiente: «Se percibe la creencia generalizada de que la guerra del Pacífico se acerca rauda a un final anticipado». Por su parte, el general Eichelberger, del 8.° ejército estadounidense, escribía desde Filipinas el 24 de julio en los siguientes términos: «Mucha gente tiene la sensación de que Japón está a punto de doblegarse». A esa opinión se añadía al día siguiente la de que «otros tantos piensan que los japoneses lo dejarán si Rusia entra en acción», un optimismo que, no

obstante, subestimaba el empecinamiento que todavía prevalecía entre los mandatarios nipones.

En Tokio, el emperador realizó su primera intervención directa en una reunión de los «seis grandes», esto es, las máximas autoridades políticas y militares de Japón, celebrada en el Palacio Imperial el 22 de junio tras la derrota de Okinawa. En ella, y mientras todos los presentes reiteraban su compromiso de proseguir con la guerra —-en lo que venía a representar una letanía tan imprescindible en boca de todo mandatario nipón como lo era la obediencia al trono—, Hirohito dio su autorización al intento de continuar con las negociaciones contando con la mediación de Moscú. En los días siguientes los japoneses no pudieron evitar sentirse consternados ante el hecho de que el embajador ruso en Tokio, Jacob Malik, se encontrara «demasiado ocupado» como para volver a encontrarse con Hirota. Entre tanto, y por vez primera, un desconcertado embajador Sato era informado en Moscú de que ministros del gobierno nipón estaban intentando adoptar, al menos, una modesta parte de la política que él mismo había venido urgiéndoles a poner en práctica durante meses sin resultado alguno. Cuando Malik recibió por fin a Hirota, se encontró con que este seguía hablando de fantasías, al proponerle preservar la «independencia» del gobierno títere de Manchuria o ceder a la URSS derechos pesqueros a cambio de petróleo, así como al manifestarle su buena disposición general para tratar otras cuestiones pendientes. En efecto, todo ello no dejaba de representar vanas frivolidades, tan absurdas entonces para Malik como parecen serlo para la posteridad.

Por muy sincero que resultase el deseo expresado por Hirohito de iniciar negociaciones, los esfuerzos diplomáticos que su gobierno puso subsiguientemente en marcha se vieron hasta tal punto dilatados en el tiempo que un mes se vio desperdiciado en vano, un mes que resultaría fatal para la suerte de Hiroshima y Nagasaki. Las evasivas que caracterizaron el proceder de los gobernantes nipones en el verano de 1945 constituyeron una gigantesca traición a la confianza de cientos de miles de soldados, marinos y miembros de la aviación japonesa que habían perdido su vida en campañas desarrolladas hacía poco tiempo con el único objetivo de ganar para su país un tiempo que ahora se veía lastimosamente dilapidado. En efecto, la misión que habría de llevar al coronel Paul Tibbets a volar sobre Hiroshima quedaba apenas a cinco semanas y la ofensiva de Stalin, a poco más. Justamente en una reunión de la *Stavka*, el Estado Mayor del Ejército Rojo, y del *politburó* del Partido Comunista Soviético celebrada en Moscú los días 26 y 27 se había adoptado formalmente la decisión de que los ejércitos soviéticos invadirían Manchuria y ocuparían las islas próximas a territorio soviético asignadas a la URSS en Yalta. Algunos generales y líderes del partido insistieron en la urgencia de hacerse, asimismo, con la isla principal de Hokkaido; otros, entre los que se contaban Molotov y el mariscal Zhukov, adujeron que tal acción resultaría arriesgada desde un punto de

vista militar y que, además, daría pie a que los estadounidenses pudieran denunciar una ruptura de los términos pactados en Yalta; Stalin, por su parte, no se pronunció dejando así la cuestión abierta a la espera de los acontecimientos.

Cuando Hirota trató de concertar un nuevo encuentro con Malik en Tokio el 14 de julio, este último —en ausencia de todo interés por parte de las autoridades soviéticas — rehusó entrevistarse con el primero. Así las cosas, el siguiente episodio de esta comedia trágica fue el nombramiento del príncipe Konoe, otro antiguo presidente del gobierno, como enviado personal del emperador a la Unión Soviética, un cometido que, desde el principio, se vería marcado por una serie de grotescos equívocos. Así, y a fin de evitar una confrontación con aquellos dirigentes nipones partidarios de continuar la guerra a toda costa, Konoe partió hacia Moscú sin haber recibido ningún tipo de instrucciones concretas, mientras el ministro de Asuntos Exteriores nipón hacía llegar a Sato la recomendación siguiente: «Procure no dar la impresión de que nuestro plan tiene por objeto servirnos de los rusos para acabar con la guerra». El embajador, exasperado, reclamó por cable preguntando en qué medida iban a resultar influyentes, por ejemplo, las promesas japonesas de no anexionarse u ocupar unos territorios de ultramar que, en cualquier caso, se habían perdido ya en su mayoría. Tal como declaró Sato, no podía esperar de ningún modo convencer, «recurriendo a palabrería huera», a unos dirigentes políticos tan insuperablemente pragmáticos como los soviéticos.

No obstante, esa palabrería ajena a la realidad era lo único en que podían ponerse de acuerdo las facciones rivales que contendían en Tokio. En el mensaje de Hirohito que Sato hizo llegar a Molotov el 12 de julio únicamente se hacía constar lo siguiente:

> *Su Majestad el emperador, consciente del hecho de que la guerra en curso supone cada día más horrores y sacrificios para los pueblos de todas las potencias beligerantes, desea de corazón que esta pueda acabar rápidamente. No obstante, en tanto Inglaterra y Estados Unidos no cejen en su pretensión de exigir una rendición incondicional, el Imperio Japonés no tiene otra alternativa que seguir luchando con todas sus fuerzas por preservar el honor y la existencia de la Patria…*

El mensaje concluía con la temeraria afirmación de que el príncipe Konoe llegaría en breve a Moscú para «restablecer la paz», portando además una carta que confirmaba los nobles sentimientos expresados ya en el cable del emperador.

Los estadounidenses, entre tanto, se mantenían puntualmente informados del contenido de tales mensajes gracias a *Magic*, el sistema utilizado por su servicio de inteligencia para descifrarlos. A ellos se refería Stimson en una entrada de su diario correspondiente al 16 de julio: «Recibí… importantes papeles [relativos a] las gestiones de los japoneses destinadas a lograr la paz». Del mismo modo, McCloy, su adjunto, escribía exultante lo siguiente: «Llegaron noticias de los esfuerzos

emprendidos por los japoneses para conseguir que los rusos les saquen de la guerra. Hirohito mismo fue emplazado a enviar un cable… a Stalin. Las cosas se están moviendo ¡qué largo trecho hemos recorrido desde aquel lejano domingo por la mañana cuando recibimos la noticia de Pearl Harbor!». Forrestal, a su vez, anotaba: «La primera prueba fehaciente de la voluntad nipona de salir de la guerra llegó hoy… Togo dijo… que los términos de una rendición incondicional planteados por los Aliados eran prácticamente lo único que impedía el cese de la contienda».

A unos cuantos kilómetros del desolado y devastado centro de Berlín, Stalin oficiaría, en el palacio Cecilienhof de Potsdam, de anfitrión de la última gran conferencia de las potencias aliadas. Si cada uno de sus lideres contemplaba su participación en ella como un reto de la máxima envergadura, ello se aplicaba tanto más a Harry Truman, un «novato» que compartiría mesa con auténticas leyendas vivas, entre las que sobresalían Churchill y Stalin. Habiendo zarpado del puerto de Newport News, en Virginia, el 7 de julio, el presidente de Estados Unidos se hallaba instalado ahora en una casa estucada de tres pisos ubicada en el número dos de la Kaiserstrasse y propiedad, en el pasado, de un director de cine alemán cuyas hijas habían sido violadas en las instalaciones de la vivienda escasamente diez semanas atrás, mientras esta era objeto del pillaje del Ejército Rojo. Dispuestos por todo el edificio, obviamente, se encontraban numerosos micrófonos instalados por los soviéticos. Fue justamente en esa casa, cuyo servicio doméstico estaba integrado por miembros de la policía secreta soviética, donde Truman recibió un memorando de Stimson en el que este hacía hincapié en lo urgente de enviar una advertencia formal al gobierno nipón.

Las principales cuestiones objeto de negociación en Potsdam estaban relacionadas con Europa y, de modo más específico, con el futuro de Alemania y Polonia. De ese modo, si bien la guerra en el Extremo Oriente y la participación soviética en ella se hallaban presentes en la mente de los asistentes, buen número de diferentes asuntos importantes requería asimismo la atención de Truman y Byrnes. En ese sentido, resultaría injusto considerar protocolario el modo en que ambos abordaron las cuestiones relacionadas con Asia, por mucho que, a lo largo de la conferencia, estas hubieron de verse tratadas junto con muchas otras. En relación con ello, Byrnes, quien representaba con diferencia la influencia más destacada sobre Truman, acogió las proposiciones efectuadas por Japón a la Unión Soviética con mucha menor preocupación que Stimson, McCloy y Forrestal. Tal como él mismo escribiría posteriormente, Byrnes no concedió demasiada importancia a aquel intento nipón por «evitar la caída del emperador y también por salvaguardar parte de los territorios conquistados».

Algunos historiadores han asociado la actitud del Secretario de Estado con un nacionalismo de vía estrecha que no estaba a la altura de las cuestiones en juego y

puede que, efectivamente, Byrnes fuera un hombre poco sofisticado, de miras más cortas que las dimensiones de su gran despacho, como luego decidió Truman que así fuera. No obstante, si en el verano de 1945 los razonamientos de Byrnes llegaron a verse poderosamente influidos por consideraciones de política interior, estas no dejaban de resultar razonables. Efectivamente, mientras que Estados Unidos era el principal enemigo de Japón, la Unión Soviética había mostrado a lo largo de toda la contienda un temor obsesivo a que los Aliados occidentales pudieran llegar a una paz por separado con Alemania. De otra parte, tanto Gran Bretaña como Estados Unidos condescendieron con la paranoia soviética, rechazando, por ejemplo, todo acercamiento por parte de los alemanes contrarios al régimen nazi hasta los últimos días del conflicto cuando las tropas de Hitler se entregaron en Italia. Ahora, en cambio, Japón había optado por acercarse a la URSS en un momento en que la brutalidad y el expansionismo de esta última en Europa conmocionaba al mundo. En esas circunstancias, ¿por qué Estados Unidos no habría de poder desdeñar aproximaciones tan indirectas por parte de Japón? Quienes se muestran críticos respecto de la presunta incapacidad estadounidense para tender la mano al enemigo en las últimas semanas de julio de 1945, salvando así a los japoneses de sí mismos, parecen pasar por alto una premisa muy simple. Si las autoridades niponas deseaban poner fin a la guerra, la única forma creíble de hacerlo era ponerse en contacto con los mandatarios estadounidenses recurriendo a algún intermediario neutral menos decididamente comprometido que la Unión Soviética.

Sabemos por qué ello no acabó sucediendo: porque los japoneses esperaban negociar en términos más favorables con ayuda soviética y porque los partidarios de la guerra a toda costa habrían vetado toda negociación directa con Estados Unidos, a fin de no tener que afrontar un bochorno inaceptable. Los expertos asiáticos del departamento de Estado se daban perfecta cuenta de cuáles eran las razones políticas y culturales que movían a los gobernantes nipones a actuar como lo hacían. Cuando, no obstante, Estados Unidos se hallaba a un paso de lograr una victoria absoluta sobre una nación que había asolado Asia, haciéndola víctima de penas y miserias sin cuento, ¿por qué el enemigo no habría de cargar con el peso de reconocer su condición y, aún más, su culpa?

Si bien Hitler impuso entre las tropas contra las que lucharon los Aliados un nivel de abyección sin parangón, algunos historiadores —no todos ellos nipones— mantienen que, comparados con los dirigentes nazis, los mandatarios japoneses representaban un nivel de maldad significativamente menor y que, en cualquier caso, no merecía el castigo de una bomba atómica. No obstante, pocos de aquellos habitantes de Asia que hubieran padecido la conquista nipona y tenido conocimiento de los millones de muertes que esta comportó eran de la opinión de que Japón podía aspirar a recibir un trato más indulgente que Alemania por parte de los Aliados. En

ese sentido, quienes tras la guerra criticaron el comportamiento del gobierno estadounidense en las semanas previas al lanzamiento de la bomba de Hiroshima parecen demandar de los dirigentes de este país una generosidad moral y política tan alejada de la practicada anteriormente por sus adversarios nipones que se antoja ilusoria tras cinco años de guerra en todos los frentes. Tales voces críticas sostienen que Estados Unidos debería haber ahorrado a sus enemigos las consecuencias humanas resultantes de la enloquecida ceguera de los mandatarios nipones y que las autoridades de Washington deberían haber mostrado una actitud más informada y comprometida con el pueblo japonés que su propio gobierno.

Con todo, ¿por qué habría tenido Estados Unidos que acoger favorablemente un triunfo en Asia de la propaganda soviética o que dedicarse a contentar a tan bárbaro enemigo como los japoneses? La «firmeza» de Truman frente a estos últimos reflejaba, ciertamente, un deseo de hacer valer su autoridad tanto sobre los soviéticos como sobre el propio pueblo estadounidense; no obstante, resulta poco probable pensar que, de haber vivido, Franklin Roosevelt, principal impulsor de la rendición incondicional, habría procedido de muy diferente modo. En la guerra contra Alemania, Stalin se cobró caro el altísimo tributo en sangre con el que la URSS hubo de contribuir a la victoria aliada, aprovechándose a tal fin de la arrolladora campaña del Ejército Rojo en el este de Europa, en tanto al oeste del Rin británicos y estadounidenses dejaban transcurrir, sin actuar, un tiempo precioso. No obstante, en la guerra contra Japón Estados Unidos aparecía como indiscutible vencedor, por lo que resultaba irritante contemplar a los soviéticos a punto de acudir a recibir los aplausos del público después de haber actuado únicamente en la última escena de la obra. Así las cosas, la razón primera y principal que motivó el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima vino dada por la voluntad de obligar a Japón a cesar las hostilidades, pero parece perfectamente razonable que Estados Unidos deseara igualmente frustrar las ansias expansionistas de la URSS.

En relación con ello, James Byrnes escribiría en sus memorias lo siguiente: «Si el gobierno nipón se hubiera rendido incondicionalmente, no habría sido necesario lanzar la bomba atómica». Por el contrario, Tsuyoshi Hasegawa, autor de uno de los estudios más significativos dedicado a aquel periodo histórico, realiza al respecto la siguiente apreciación: «Quizás esa afirmación pueda entenderse en sentido inverso: “Si insistiéramos en una rendición incondicional, podríamos justificar el lanzamiento de la bomba atómica”». La apreciación de Hasegawa, por su parte, suscita de inmediato otra cuestión, a saber, ¿por qué Estados Unidos *no* habría tenido que insistir en una rendición incondicional?

En el primer encuentro bilateral mantenido entre Truman y Stalin en la «pequeña Casa Blanca» del número dos de la Kaiserstrasse el 17 de julio, el líder soviético anunció que sus ejércitos estarían preparados para invadir Manchuria sobre mediados

de agosto. Refiriéndose a ello, Truman escribía al día siguiente a su esposa Bess lo siguiente: «Estaba asustado porque no sabía si las cosas estaban yendo o no conforme a lo acordado. De todos modos, ya se ha dado un primer paso y he conseguido lo que vine a buscar: Stalin va a entrar en guerra, sin más condiciones, el quince de agosto. Yo le diré que, por nuestra parte, la guerra se acabará ahora un año antes de lo que creíamos y que pensamos sobre todo en los chicos que no habrán de morir». ¿Cómo puede cuadrar esa carta con el memorando que Churchill remitió a Anthony Eden desde el mismo Potsdam y en el que el primero exponía al último lo siguiente: «Resulta evidente que Estados Unidos no desea, en este momento, que la Unión Soviética tome parte en la guerra contra Japón»? Truman, al igual que muchos de sus asesores, se arrepentía de haber pactado una intervención soviética en el Lejano Oriente, pero en Potsdam se vio obligado a proceder como mejor pudo, constreñido por el hecho de que ya no cabía deshacer lo que se había acordado en Yalta. Con todo, el pasaje más significativo de su carta lo representa seguramente la frase «sin más condiciones», ya que el mandatario soviético no había planteado nuevas demandas que hubieran de comprometer en el futuro los intereses de China o Estados Unidos. Así las cosas, Stalin no llegó a insistir en establecer una zona de ocupación soviética en Japón, como sí había dejado entrever a Harry Hopkins que iba a hacer.

En cualquier caso, las palabras y los hechos protagonizados por Truman en Potsdam permiten pensar que el presidente seguía sin saber a ciencia cierta cómo afrontar la entrada de la URSS en la guerra contra Japón. Esa confusión se ve agravada por las falsas afirmaciones que Truman realizaría posteriormente —sobre todo en sus memorias— con relación a las circunstancias que rodearon las decisiones que motivarían el lanzamiento de las bombas atómicas. En ese sentido, y si bien todos los grandes líderes políticos se esfuerzan por enmendar sus escritos —tal como hizo Roosevelt, sirviéndose de falsedades, o Churchill en unas memorias sobre la guerra desvergonzadamente autocomplacientes—, los de Truman reflejan, como mínimo, un sentimiento de malestar ante algunas de las cosas que hizo o dejó de hacer en julio y agosto de 1945. En efecto, Truman acabó dañando seriamente su reputación en lo que representó un caso de graves consecuencias, en la medida en que se vio justificado por interpretaciones notoriamente erróneas de los hechos históricos.

El día antes de que el presidente escribiera la carta a su esposa, había tenido ya noticia de que la prueba atómica realizada en Nuevo México con un artefacto de implosión similar a *Fat Man*[39] la bomba de plutonio que iba a emplearse contra Nagasaki, había resultado un éxito. Tal como se le informaba, los científicos, trabajando bajo la presión que suponía obtener resultados coincidiendo a más tardar con la celebración de la Conferencia de Potsdam, habían desarrollado «el mayor experimento físico de la Historia». *Little Boy*, el tipo de bomba de uranio que sería lanzada sobre Hiroshima, no necesitaba por tanto de más pruebas, al ser el uranio más

fiable que el plutonio. Así pues, y a partir de aquel momento, Truman podía contar con que Estados Unidos podría utilizar ese tipo de armas contra Japón. En esas circunstancias, la pronta rendición del enemigo se antojaba de lo más plausible, si bien la conjunción de fuerzas que habría de resultar en ello seguía siendo tan incierta como hasta entonces. Tsuyoshi Hasegawa escribe al respecto: «Está claro que [Truman] no contemplaba a Stalin como un aliado comprometido con la causa común de derrotar a Japón, sino como a un adversario en la carrera por ver quién podría forzar primero la rendición nipona». Esa afirmación resulta relevante en la medida en que se ha convertido en el pilar sobre el que se basan las objeciones a Hiroshima realizadas por los historiadores críticos modernos. De acuerdo con ellos, el presidente estadounidense engañó a su propio pueblo y al mundo arguyendo que, al emplear la bomba atómica, estaba obligando a Japón a rendirse, cuando, en realidad, este fue el primer hecho bélico de la Guerra Fría, destinado a intimidar al futuro enemigo de Estados Unidos, esto es, la Unión Soviética.

Esa suposición confiere a la actuación de Truman una inmerecida malignidad, toda vez que en julio de 1945 la percepción del mundo como un lugar extraordinariamente peligroso no era exclusiva del presidente estadounidense y de su Secretario de Estado, sino que se veía compartida por mandatarios de mayor inteligencia y mejor informados, tales como Averell Harriman, embajador de Estados Unidos en Moscú. A juicio de este último, una vez desaparecido Hitler, y con él la horrenda tiranía nazi, el Este de Europa estaba asistiendo a cómo aquella se veía suplantada por una dictadura de signo comunista no menos repugnante. Arriman afirmó que sobre Occidente pesaba la amenaza de «una bárbara invasión», después de que la conquista de Europa Oriental diera a la Unión Soviética la oportunidad de imponer sobre ella un dominio imperial, que —reconocido formalmente en Yalta por parte de un ya muy enfermo Roosevelt— la URSS se había dedicado desde entonces a ejercer abusivamente. El ejemplo más palmario de esa situación lo representaba Polonia, donde las tropas soviéticas no dejaban de asesinar sistemáticamente a todo ciudadano que se manifestara a favor del derecho de su país a la independencia y la democracia, sin que hubiera otros medios que los militares para despojar a Stalin de sus nuevos dominios. De esa forma, y en referencia justamente a unas ambiciones soviéticas de dominio mundial reiteradamente manifiestas, Winston Churchill pronunciaba ya el 12 de mayo de 1945 la que sería la frase más memorable de su famoso discurso de 1946 en una universidad estadounidense: «un telón de acero está cayendo sobre el frente ruso».

Personalidades estadounidenses sensatas y con conocimiento de causa se hallaban recelosas respecto de qué nuevas ambiciones expansionistas podría albergar Stalin en el Este. En efecto, cualquier invasión de Japón por parte de Estados Unidos no resultaría factible antes de noviembre, mientras que la URSS se disponía a invadir

Manchuria en agosto. Una vez que las tropas soviéticas se hubieran adentrado en China, ¿hasta qué punto resultaba probable que Stalin se atuviera a su promesa de retirar su apoyo a los comunistas de Mao Zedong y de reconocer, en cambio, al gobierno nacionalista de Chiang Kai Shek? Además, existía la preocupación de que los soviéticos pudieran aprovechar su planeada incursión en Corea para hacerse con toda la península, en lugar de detenerse a medio camino, a la altura del paralelo 38, tal como se había acordado en Yalta. ¿Y si tras el desembarco anfibio en las Kuriles, que ya les habían sido adjudicadas, las tropas soviéticas decidían seguir adelante y apoderarse de algunas de las islas principales del archipiélago nipón? Con relación a ello, en Japón existía un poderoso movimiento comunista, origen de no pocas preocupaciones para el gobierno de Tokio, que podría representar el germen de un gobierno títere en manos soviéticas. Por si pudiera llegar a pensarse que tales especulaciones no eran más que el reflejo de una cierto estado de paranoia por parte de Estados Unidos, resulta un hecho incontrovertido que, cuando se produjo el ataque del Ejército Rojo en agosto, Stalin se planteó la posibilidad de conquistar la isla de Hokkaido, lo que probablemente habría hecho de persistir la resistencia por parte del ejército nipón.

Truman se encontró siendo presidente en un momento en el que la ingenuidad y debilidad estadounidenses se identificaban presuntamente —y por parte de nadie menor que Winston Churchill— como los factores que habían dado carta de naturaleza al expansionismo soviético. En esas circunstancias, las bombas atómicas habían de permitir a Estados Unidos acabar con la guerra contra Japón antes de que los ejércitos de Stalin camparan por sus respetos en Asia. A diferencia de lo que parecen interpretar algunos historiadores, esa actitud no refleja un mero nacionalismo competitivo por parte del gobierno estadounidense, puesto que si la postura de Truman y Byrnes bien podía calificarse de tajante, no resulta menos cierto que revelaba realismo y sentido de Estado. Ello es así en la medida en que ambos percibían, como aún no podían hacerlo algunos mandatarios occidentales, la profunda iniquidad que representaba la Unión Soviética de Stalin. Así las cosas, cabe seguramente acusar a Truman y Byrnes de haber tratado a Japón con una inflexibilidad sumarísima que su residual potencia militar hacía innecesaria; sin embargo, en julio de 1945 el infortunio japonés vino dado por el hecho de que sus propias evasivas coincidieron en el tiempo con otros imperativos que pesaban opresivamente sobre los líderes estadounidenses.

En opinión de Truman, Byrnes y otros muchos una rápida victoria sobre el, en aquel momento, enemigo declarado de las democracias occidentales constituiría un aviso inequívoco para su futuro adversario no declarado. En ese contexto, parece adecuado reconocer que en el verano de 1945 llegó a darse, efectivamente, una carrera entre Estados Unidos y la Unión Soviética por ver quién era el primero en

adjudicarse la victoria sobre Japón, si bien los motivos que animaban al gobierno estadounidense parecen merecer más respeto del que le conceden sus críticos. Del mismo modo, también parece erróneo extraer de todo ello —siquiera de forma implícita— la impresión de que el objetivo *primordial* de la bomba de Hiroshima era intimidar a los soviéticos. Este representaba, ciertamente, un muy deseable objetivo secundario, pero queda fuera de toda duda que las bombas atómicas se habrían empleado igualmente contra Japón aun cuando la Unión Soviética no hubiera estado a punto de intervenir.

Si ese argumento resulta relevante a la hora de ponderar la decisión adoptada por Truman con relación a Hiroshima, no alcanza, sin embargo, a dar respuesta de qué tipo de advertencia previa habría cabido dar a Japón. Hasta donde sabemos, ninguno de los mandatarios británicos o estadounidenses presentes en Potsdam expresó reticencia moral alguna respecto del uso de la bomba, por mucho que los líderes occidentales no dejaron de debatir exhaustivamente las ventajas de presentar primero un ultimátum a las autoridades niponas en los términos propuestos en su día por Stimson y McCloy. El propio Winston Churchill, en sus últimos días como primer ministro británico después de haber perdido las elecciones generales de julio de 1945, volvió a expresar la apremiante necesidad de que se modificara la exigencia de una rendición incondicional por parte de Japón.

Truman, por su parte, no dejó que la presencia del más grande de los líderes británicos acabara intimidándole, tal como anotó el presidente estadounidense en una de las características entradas de su diario de Potsdam, refiriéndose a su primer encuentro con el primer ministro británico:

> *Tuvimos una conversación agradabilísima. Churchill es una persona absolutamente encantadora y muy avispado, en el mejor sentido de la palabra. Durante un rato se dedicó a darme coba hablándome de lo magnífico que era mi país, del aprecio que había llegado a sentir por Roosevelt y del que esperaba también tener por mí y tal y tal… Yo mismo le ofrecí una recepción tan cordial como pude, siendo por naturaleza (confío) una persona educada y agradable. Estoy seguro de que nos llevaremos bien si no intenta darme demasiado jabón, ya sabes, del que luego escuece que es un horror cuando te entra en los ojos.*

Sea como fuere, Truman rechazó la propuesta conciliadora de Churchill del mismo modo que en su día hiciera Roosevelt en El Cairo. Cuando el primer ministro británico se refirió a la posibilidad de hacer a los japoneses «algún amago de concesión que les permitiera salvar su honor militar», el presidente estadounidense respondió cáustico diciendo que, desde Pearl Harbor, de eso ya no les quedaba mucho. También permaneció impertérrito cuando Churchill insistió en que «de alguna manera los japoneses poseían algo por lo que estaban dispuestos a afrontar cierto tipo de muerte sin que importara el número de bajas». El primer ministro británico confió a Truman que Stalin le había revelado su encuentro con emisarios de paz nipones enviados a Moscú. De ese modo, el líder soviético, que poco después

repetiría lo mismo ante el presidente estadounidense, no hacía sino explotar esa revelación como sincera prueba de que no iba a llevar ningún tipo de negociación secreta a dos bandas con el gobierno de Tokio.

No obstante, y de la misma manera que la mención a «una nueva arma de una potencia destructiva sin igual» realizada por Truman ante Stalin durante la Conferencia de Potsdam no representó sorpresa alguna para este último, así también el líder soviético probablemente sabía o intuía que los estadounidenses estaban al tanto de las comunicaciones cifradas japonesas. Ello era así desde el momento en que los agentes soviéticos se hallaban tan al corriente de los progresos realizados por la inteligencia aliada como de la evolución del Proyecto Manhattan. De ese modo, una de las características más destacadas de la Conferencia de Potsdam fue el modo en que los Tres Grandes se dedicaron a revelarse mutuamente pretendidos secretos ya conocidos por sus respectivos interlocutores. Así las cosas, cuando Stalin inquirió de Truman cómo había de responder a las insinuaciones niponas, este último le contestó que siguiera con las conversaciones.

Y, efectivamente, incluso mientras los líderes aliados conferenciaban en Alemania, los contactos entre Japón y la Unión Soviética prosiguieron. Tal como Truman y Stalin habían acordado, el 18 de julio los dirigentes soviéticos se dispusieron a clarificar cuál era la postura nipona. Dos días después, el embajador de Japón en Moscú, Naotake Sato, enviaba un mensaje a su gobierno instándolo vehementemente a presentar su rendición, a condición únicamente de que se preservara el *kokutai*. El ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, en cambio, desechó la propuesta el 21 de julio informando a Sato —y, obviamente, también a los estadounidenses gracias al sistema de desciframiento *Magic*— de que «el país entero se opondrá como un solo hombre al enemigo de conformidad con la voluntad imperial en tanto este demande de Japón una rendición incondicional». Cuatro días más tarde Togo dio instrucciones a Sato para que hiciera saber a Moscú que, si la Unión Soviética se mostraba indiferente a las demandas japonesas de mediación, «no tendremos más remedio que considerar otra forma de proceder», lo que no podía dejar de entenderse como una amenaza de aproximación a las demás potencias aliadas. Pese a ello, nada en el contenido de tales mensajes acabaría convenciendo a las autoridades estadounidenses de que los dirigentes nipones contemplaban por fin la realidad tal como era. Ese juicio se vio además ratificado por los mensajes, igualmente descifrados, enviados a sus respectivas cancillerías por diplomáticos establecidos en Japón pertenecientes a países neutrales. En efecto, tales mensajes concordaban punto por punto con todo lo que los estadounidenses sabían acerca de las conversaciones desarrolladas entre Moscú y Tokio, a saber, que los japoneses estaban decididos a luchar hasta el fin y que el gobierno nipón rechazaba tajantemente toda petición por parte de mentes racionales como la de Sato que

conllevara la urgente aceptación de una rendición incondicional.

En Potsdam, entre tanto, continuaba debatiéndose el redactado final del ultimátum a Japón propuesto por Stimson. El Comité Conjunto de Supervisión Estratégica era contrario a establecer el compromiso —como deseaba el Secretario de Estado para la guerra— de preservar la posición que correspondía al emperador. En efecto, como buenos republicanos que eran, sus miembros prefirieron hablar de que «en función de si se dan las debidas garantías contra todo acto de agresión en el futuro, el pueblo japonés gozará de plena libertad para escoger su propia forma de gobierno». Por su parte, los autores del borrador de Stimson, esto es, los integrantes de la División de Operaciones del departamento de Guerra, no desistieron de su compromiso a favor de respaldar al emperador y reemplazaron la versión ya citada por la siguiente: «El pueblo japonés gozará de plena libertad para decidir si desea que la figura del emperador persista como cabeza visible de una monarquía constitucional». Los Jefes de los Estados Mayores Conjuntos, no obstante, expresaron sus preferencias por la primera versión, por cuanto se adecuaba mejor a la visión estadounidense de los derechos nacionales a la autodeterminación.

El 21 de julio se recibió en Potsdam el informe completo enviado por un pletórico general Groves desde Alamogordo y en el que este, exultante, se manifestaba en los siguientes términos: «Por primera vez en la Historia ha habido una explosión nuclear ¡y vaya explosión!… El éxito de la prueba superó las expectativas más optimistas de cualquiera de nosotros… Somos plenamente conscientes de que nuestro verdadero objetivo queda todavía por delante de nosotros. Que funcione en el campo de batalla es lo que cuenta en la guerra contra Japón». Cuando Stimson procedió a leer el parte de Groves en presencia de Truman y Byrnes en «la pequeña Casa Blanca», el semblante del presidente «cobró un inusitado entusiasmo». Tal como Stimson informaría al Secretario de Guerra, la noticia infundió en el presidente «una confianza enteramente nueva». En relación con ello, McCloy dejó anotada en su diario la siguiente apreciación: «La gran bomba dio alas a Truman y Churchill… Ambos se dirigieron a la siguiente reunión exultantes como chicos que hubieran descubierto un tesoro secreto cuya existencia solo ellos conocían». En cualquier caso, Stimson no pudo evitar sentirse enojado al averiguar que Groves había vuelto a situar Kioto como objetivo de la primera bomba, por lo que se apresuró a enviar un mensaje a Washington vetando la decisión del general. No obstante, las razones que Stimson dio al presidente para obrar de tal modo distaban de resultar claras, toda vez que, de acuerdo con el peculiar juicio del primero, el hecho de no atacar Kioto debía garantizar «una favorable actitud de Japón respecto de Estados Unidos en caso de que hubiera de producirse cualquier tipo de agresión soviética contra Manchuria».

El departamento de Guerra, a su vez, remitió un parte a Potsdam informando de que habría de resultar posible emplear la primera bomba atómica poco después del

primero de agosto, dependiendo de las condiciones atmosféricas, y casi con toda certeza antes del diez del mismo mes. En la mañana del 23 de julio, Truman comunicó a Stimson su aceptación del último redactado de su «mensaje admonitorio» a los japoneses que el presidente se proponía cursar tan pronto fuera posible. En la mañana del 25 de julio, el general Cari Spaatz, que comandaba la Unidad Aérea Estratégica del Ejército en el Pacífico, recibió una orden por escrito aprobada por Stimson y Marshall en Potsdam y en virtud de la cual había de lanzar las dos bombas atómicas sobre Japón. No se sabe a ciencia cierta si Truman llegó a ver el documento, pero su promulgación no dejó de constituir una mera formalidad. En él se estipulaba lo siguiente: «El Grupo 509 de Bombarderos, integrado en la 20.ª Fuerza Aérea, procederá al lanzamiento de su primera bomba especial tan pronto las condiciones atmosféricas hagan posible un bombardeo visual con posterioridad al tres de agosto de 1945 sobre uno de los objetivos: Hiroshima, Kokura, Niigata y Nagasaki… Más bombas se lanzarán sobre los objetivos antedichos tan pronto como el equipo del proyecto disponga de ellas».

Dicho de otro modo, entre la primera bomba y la segunda no se contemplaba pausa alguna por razones políticas que hubiera de permitir a los japoneses reconsiderar su postura, lo que no dejaba de resultar moralmente cuestionable. Así las cosas, Hiroshima fue declarada, en teoría, objetivo prioritario por representar un puerto estratégico, si bien el motivo principal de tal elección lo constituyó el hecho de que la ciudad no hubiera sido objeto de los bombardeos incendiarios protagonizados por los aviones de LeMay y de que pudiera servir, por tanto, de escenario en el que comprobar fehacientemente los efectos de una explosión nuclear. En Europa, el Mando de Bombarderos de la RAF también había buscado, en ocasiones, ciudades que no hubieran sufrido bombardeos como objetivos miliares por los mismos motivos, a saber, para medir la efectividad de nuevas técnicas de destrucción. En ese sentido, apenas caben dudas sobre el hecho de que Hiroshima habría ya sido devastada como resultado de las acciones de la 20.ª Fuerza Aérea, de no haber sido retirada de la lista de los bombardeos incendiarios, una vez escogida como lugar de nacimiento —o más propiamente de muerte— de la era nuclear.

La cuestión de si la intervención soviética en Manchuria resultaba todavía deseable continuaba atribulando a Truman, quien volvió a recabar las opiniones de Stimson y Marshall al respecto. Por lo que se refiere a este último, el jefe del Estado Mayor del Ejército consideraba que una invasión soviética de aquel territorio podía considerarse prescindible. En efecto, si bien el mero despliegue masivo de tropas soviéticas en la frontera había disuadido a los japoneses de retirar de aquella zona su ejército destacado en Quantung, el hecho de que el Ejército Rojo pudiera hacerse con Manchuria cuando así lo decidiese, llevaba a Marshall a no apreciar ninguna ventaja en un cambio formal de política por parte de Estados Unidos. En esas circunstancias,

parecía preferible dejar que los soviéticos tomaran posiciones en el imperio nipón de conformidad con las condiciones acordadas con los estadounidenses antes que verles invadir China a su antojo, opinión esta compartida igualmente por Stimson. Con todo, resulta significativo apreciar, cómo incluso en una fase tan avanzada del conflicto Marshall se mostraba escéptico respecto de que las bombas atómicas pudieran precipitar la derrota japonesa. En relación con ello, el más alto militar estadounidense había declarado meses antes que la decisión sobre si aquellas debían emplearse, y cómo, había de recaer sobre los dirigentes políticos antes que sobre las autoridades militares. De ahí que se hallara más pendiente de las acciones que pudieran emprender los ejércitos soviético y estadounidense que no de la misión que había de llevar a cabo el coronel Tibbets.

El 24 de julio Truman aprobó el texto final de lo que se conocería como Declaración de Potsdam, en la que se recogían algunas propuestas realizadas por Churchill, quien con una prontitud rayana en la inconsciencia, se manifestó favorable a que los estadounidenses lanzaran en lo sucesivo más bombas atómicas tras consultar a los británicos. Al proceder de ese modo, Churchill no hacía ciertamente sino reconocer la realidad política, por mucho que ello también revelara lo limitado de su percepción sobre la forma en que tamaño acontecimiento habría de cambiar el mundo. En esas circunstancias, una última tentativa británica destinada a introducir una modificación respecto de la rendición incondicional se vio, no obstante, rechazada, tal como sucedió, asimismo, con una nueva petición por parte de Stimson relativa a la demanda de garantías más específicas sobre la salvaguarda de la dinastía imperial.

Entre la salida de Truman de Nueva York y la firma de la Declaración, el éxito de la prueba atómica realizada en el desierto de Nuevo México fue la causa de que dicha declaración asumiera un significado distinto al inicialmente previsto. En efecto, Stalin, al igual que algunos dirigentes estadounidenses, asumía que los tres líderes aliados firmarían en Potsdam un documento conjunto que se convertiría igualmente en la declaración de guerra a Japón por parte de la URSS. No obstante, cuando quedaba establecida una relación inmediata de causa y efecto entre la promulgación del documento, su rechazo por parte nipona y la detonación unilateral de la bomba por parte de Estados Unidos, la delegación de este último país dejó de tener el más mínimo deseo de compartir su declaración con la Unión Soviética.

El 25 de julio, Truman anotaba al respecto lo siguiente en su diario: «El arma ha de ser empleada contra Japón entre hoy y el diez de agosto. He comunicado al Secretario de Guerra, el Sr. Stimson, que proceda de modo que la bomba sea lanzada contra objetivos militares, incluyendo soldados y marinos, pero no mujeres y niños. Aun cuando los japoneses hayan demostrado ser unos bárbaros fanáticos y despiadados, nosotros, como líderes del mundo civilizado y garantes del bien común,

no podemos dejar que esta terrible bomba caiga sobre la antigua capital de Japón [Kioto] o sobre la nueva [Tokio]». En ese sentido, resulta imposible no interpretar este pasaje sino como un intento consciente de Truman por dejar constancia escrita de un testimonio que pudiera preservar su reputación a los ojos de la Historia. En efecto, una vez recibido el informe enviado por Groves, ninguna persona mínimamente inteligente podía dudar de que un horror sin precedentes iba a desatarse sobre un centro de población nipón.

En cuanto a la declaración misma, firmada finalmente por los máximos dirigentes estadounidense, británico y chino —este último en ausencia—, fue promulgada el 26 de julio en los siguientes términos:

- Nuestros términos son los que siguen y no nos apartaremos de ellos. No hay alternativas y no toleraremos dilación alguna.
- La autoridad e influencia de aquellos que han traicionado y abusado de la confianza del pueblo japonés embarcándolo en una guerra de conquista ha de quedar suprimida para siempre.
- Hasta que se establezca ese nuevo ordenamiento… se procederá a la ocupación de determinados puntos del territorio japonés.
- La soberanía japonesa se verá limitada a las islas de Honshu, Hokkaido, Kyushu y Shikoku, así como a aquellas islas menores que se estime oportuno.
- Con posterioridad a su total desarme, los integrantes del ejército japonés tendrán autorización para regresar a sus hogares y llevar allí una existencia pacífica y productiva.
- No tenemos intención de esclavizar a los japoneses como raza o destruirlos como nación, pero todos los criminales de guerra habrán de afrontar el severo juicio de la ley… Se establecerá la libertad de expresión, de culto y de pensamiento, así como el respeto por los Derechos Humanos.
- Japón podrá conservar cuantas industrias resulten necesarias para el mantenimiento de su economía.
- Las fuerzas de ocupación aliadas se retirarán de Japón tan pronto se hayan alcanzado esos objetivos y se haya establecido, en consonancia con la voluntad libremente expresada por el pueblo de Japón, un gobierno responsable y de orientación pacífica.
- Exhortamos al gobierno japonés a proclamar ahora la rendición incondicional de todas las fuerzas armadas japonesas… La alternativa para Japón es la inmediata y total destrucción.

La Declaración de Potsdam no fue enviada al gobierno nipón como una comunicación diplomática, sino meramente difundida a todo el mundo a través de los medios de comunicación. De ahí que también los soviéticos, que no recibieron una

copia de dicha declaración hasta tanto esta no se hubo producido, se mostraran estupefactos por haberse visto excluidos de la misma. Efectivamente, ellos mismos habían acudido a la conferencia provistos de su propia versión, una versión que nunca fue ni hecha pública ni sometida a debate y en la que —empleando, lógicamente, otras palabras— se decía lo siguiente: «Estados Unidos, China, Gran Bretaña y la Unión Soviética consideran su deber adoptar conjuntamente medidas expeditivas para poner fin a la guerra».

Los estadounidenses estaban en su derecho —como hicieron— de limitar la ratificación del ultimátum contra Japón a los demás países beligerantes, excluyendo así a la neutral Unión Soviética, de modo que, a partir de entonces, Stalin no pudo ya albergar ningún género de duda sobre la voluntad estadounidense de solventar según su propio criterio la cuestión japonesa, reduciendo al mínimo toda referencia a Moscú. Por una vez, cabría haber justificado la paranoia respecto de Estados Unidos atribuida al máximo dirigente soviético en su temor de que este país acabara desdiciéndose de lo acordado en Yalta y negando a la Unión Soviética los territorios que se le habían asignado en premio a su esfuerzo bélico. De ahí que Stalin hubiera telefoneado ya desde Potsdam a los altos mandos del Ejército Rojo reclamando un adelanto de diez días sobre la fecha prevista para la invasión de Manchuria. Al mismo tiempo, no dejó de reprender severamente a Beria —maestro de espías— por no haber sabido recabar a tiempo información alguna sobre la prueba nuclear estadounidense, cuyo éxito Stalin infirió al punto de las insinuaciones de Truman.

El 29 de julio Molotov solicitó de Estados Unidos un requerimiento formal para la entrada de la Unión Soviética en la guerra del Extremo Oriente, solicitud que fue rechazada. Como más tarde afirmaría Truman, su intención al hacerlo fue no conceder a los soviéticos margen para poder atribuirse una intervención decisiva en el conflicto. En sus memorias, Byrnes se mostró, no obstante, mucho más franco, al reconocer que, a la vista del comportamiento mostrado hacía poco por los soviéticos y de sus violaciones de lo pactado en Yalta para Europa, no deseaba contar con ellos en la guerra de Asia, puesto que, de todos modos, la bomba atómica acabaría obligando a Japón a rendirse sin necesidad de participación alguna del Ejército Rojo. Truman respondió a la solicitud de Molotov con una carta personal dirigida a Stalin con fecha de 31 de julio en la que daba a entender que la Declaración de Moscú suscrita por los cuatro Aliados, justificaba plenamente el hecho de que la Unión Soviética se sumara a la guerra sin más prolegómenos. Esa respuesta suponía, de cualquier modo, una consideración más bien escasa respecto de las sutilezas diplomáticas, pero así quedó el asunto, mientras los soviéticos abandonaban Potsdam furiosos ante lo que percibían como doblez estadounidense.

Quienes más se llamaron a engaño con relación a la Declaración de Potsdam fueron, en todo caso, los japoneses, puesto que, al detectar que la firma de Stalin se

hallaba ausente de la misma, supusieron que este había optado por excluir a la Unión Soviética del grupo de naciones enemigas de Japón, lo que seguía haciendo de ella un posible mediador. Asimismo, las esperanzas niponas se vieron alentadas por la derrota electoral de Churchill, en virtud de la cual este se vio obligado a abandonar la presidencia del gobierno británico, pues los japoneses supusieron que ello abría el camino a posibles vacilaciones y disensiones entre las filas aliadas. Algunos mandatarios japoneses se sintieron igualmente esperanzados por el lenguaje adoptado en la Declaración, cuyas vagas generalidades trataron de clarificar recurriendo a los soviéticos. Así las cosas, el ministro japonés de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, insistió en una reunión del gabinete celebrada el 27 de julio en la necesidad de no dar una respuesta pública inmediata a dicha declaración, en buena medida porque habría resultado prácticamente imposible lograr una postura de consenso entre todos los ministros. La prensa japonesa informó sobre los términos de la Declaración, omitiendo únicamente la promesa aliada de que se permitiría a los soldados nipones regresar sin más a su patria, aunque pronunciándose con mayor radicalismo que los políticos. Así lo atestigua el siguiente titular perteneciente a un editorial del *Yomiuri Hoch*. «Ridículas condiciones de rendición para Japón». Por su parte, el *Asaht Shimbu* manifestaba: «El gobierno tiene la intención de ignorarlo», en referencia a la práctica del *mokusatsu*, es decir, de guardar silencio ante hechos o palabras inaceptables y que representa una de las principales formas de comportamiento dentro de la sociedad nipona.

Con todo, al día siguiente, varios altos funcionarios, encabezados por el ministro de Guerra, Korechika Anami, dejaron oír su voz afirmando que el silencio no bastaba y que el presidente del gobierno, Kantaro Suzuki, había de denunciar los términos de la Declaración. Así lo hizo este en un breve comunicado ante la prensa en el que reprobaba el documento estadounidense tachándolo de «remedo de la Declaración de El Cairo. El gobierno no lo considera serio y solo podemos ignorarlo. No ahorraremos esfuerzos en la prosecución de la guerra hasta su amargo final». De forma reveladora algunos historiadores han cuestionado que Suzuki llegara efectivamente a utilizar esas palabras en aquel contexto.

No obstante, si todavía existen dudas sobre los términos exactos en que se produjo el rechazo nipón a la Declaración de Potsdam, este representa un hecho incuestionable. Así, el 27 de julio la agencia de prensa estadounidense Associated Press informaba al respecto lo siguiente: *«Domei*, la agencia de noticias semioficial japonesa, informaba hoy de que el ultimátum dado por los Aliados a Japón, conminándolo a rendirse o verse aniquilado, iba a ser ignorado». Parece que ni el emperador mismo llegó a cuestionar en modo alguno la postura de Suzuki, lo que, dado el papel atribuido frecuentemente a Hirohito como principal valedor de la paz para Japón, no hace sino subrayar la importancia de su rechazo a dicha declaración.

Así las cosas, si el emperador hubiera adoptado una decisión terminante a esas alturas, y no dos semanas más tarde, cabría haber evitado todo lo que estaba por venir. No obstante, y tal como las cosas sucedieron, aquella inepta y dubitativa divinidad siguió navegando entre dos aguas al mantener una posición favorable a la paz sin querer a la vez reconocer la derrota de su país, en tanto la Historia seguía, impertérrita, su curso.

Desde Moscú el embajador Naotake Sato continuó implorando sin cesar al gobierno para que afrontara la realidad, tal como refleja el texto del siguiente cable enviado al ministro de Asuntos Exteriores el 30 de julio: «No hay otra alternativa que la inmediata rendición incondicional, si lo que deseamos es apaciguar los ánimos de Estados Unidos y Gran Bretaña e impedir la participación [soviética] en la guerra». Togo, en cambio, le contestó el dos de agosto instándole a que tuviera paciencia: «Resulta difícil decidir de una vez los términos concretos de paz». En cualquier caso, el ministro no dejaba de hacerle saber que el emperador seguía muy de cerca la evolución de las conversaciones en Moscú y que los máximos responsables del ejército se estaban planteando si la Declaración de Potsdam ofrecía margen para negociar. Así lo confirmaban los informes procedentes del servicio de inteligencia de la Marina estadounidense y referidos a mensajes japoneses relativos a la Declaración que habían podido ser descifrados: «Se constata la disposición (o la decidida voluntad) de hallar en ella términos efectivos que resulten admisibles, por conciliadores, desde la perspectiva de un maltrecho orgullo nacional que aún se siente crispado al oír pronunciar las palabras “rendición incondicional”».

No se sabe si Truman leyó ese informe o los correspondientes partes japoneses descifrados mientras volvía a Estados Unidos tras la Conferencia de Potsdam, cuya última sesión tuvo lugar el primero de agosto, la misma fecha en que partió Stalin, antes de que lo hiciera el presidente estadounidense al día siguiente. Lo que es seguro es que, con anterioridad a ello, Truman había aprobado el texto de un posible comunicado que habría de hacerse público en su nombre tras el lanzamiento de la bomba atómica. En opinión del presidente, lo único que contaba ahora era que el gobierno nipón se negara a dar una respuesta positiva a la Declaración de Potsdam, tal como parecían dar por cierto las transmisiones ya interceptadas entre Sato y Togo, en las que este último se negaba en redondo a aceptar una rendición incondicional. En esas circunstancias, si durante las semanas precedentes el recurso a la bomba atómica se había planteado como prácticamente inevitable, ahora lo era sin remedio.

Muchos individuos de toda nacionalidad pertenecientes a generaciones posteriores han considerado el lanzamiento de las bombas atómicas como un sombrío acontecimiento que, en su horror sin par, acabó destacándose por encima del resto de hechos de la guerra igual que una oscura montaña se alza imponente sobre la llanura que queda a su sombra. Por una parte, tal percepción resulta adecuada, en la medida

en que el inicio de la era nuclear otorgaba al ser humano una capacidad de autodestrucción sin precedentes. No obstante, hasta tanto la primera bomba atómica no hubo hecho explosión, solo un reducido grupo de científicos era totalmente consciente de lo que significaría hacer uso de tales armas. En ese sentido, y a fin de poder comprender el contexto histórico en que fue adoptada la firme decisión de bombardear Hiroshima, parece necesario tener presente las convulsas circunstancias en medio de las cuales todos aquellos que tuvieron alguna responsabilidad al respecto, esto es los máximos dirigentes políticos y militares de Estados Unidos, se vieron obligados a realizar su tarea. En relación con ello, conviene no olvidar que se trataba de hombres ya en la cincuentena o sesentena, exhaustos tras largos años sobrellevando las crisis sin fin impuestas por un acontecimiento tan excepcional como una guerra mundial y asediados por enormes dilemas a los que hacer frente a diario.

Efectivamente, Europa se hallaba en ruinas y en una situación caótica, con los Aliados esforzándose por contener la crueldad y la codicia de Stalin, en medio de la quiebra económica de Gran Bretaña y del hambre de millones de personas. Simultáneamente, cada día llegaban hasta los despachos de Truman, Stimson, Marshall y sus respectivos colaboradores estimaciones referidas a las posibles víctimas de una invasión de las islas mayores japonesas. En otro orden de cosas, Estados Unidos se veía además obligado a hacer de árbitro sobre el futuro de medio mundo, mientras se le encarecía que salvara de los soviéticos tanto como pudiera del otro medio. Por lo demás, proseguía la guerra contra Japón, mientras el mundo contemplaba atónito los horrores revelados por los noticiarios sobre los campos de exterminio nazis. ¿Cómo se podía ayudar a Polonia y a los millones de refugiados? ¿Qué cabía hacer con relación a los criminales de guerra nazi en paradero desconocido y a la guerra civil en Grecia? ¿Podrían los líderes chinos de distinta orientación política llegar a compartir el poder? ¿Habría manera de frenar el ascenso de los comunistas en Francia e Italia? Las guarniciones japonesas en el Pacífico que habían quedado rodeadas seguían resistiendo pese a que los Aliados no llegaron a iniciar ninguna campaña contra los ejércitos de Hirohito establecidos fuera del territorio nipón. Los británicos se aprestaban a desembarcar en Malasia, mientras, prácticamente a diario, los superbombarderos de LeMay partían desde Guam o Saipán en misiones de ataque contra más ciudades japonesas y los cazas de los portaaviones se dedicaban a bombardear y a barrer con fuego de ametralladora el territorio nipón. Por otra parte, las listas de bajas no dejaban de llevar dolor a los hogares de todo Estados Unidos y Gran Bretaña, al tiempo que la angustia era la sensación predominante entre los miles de prisioneros aliados cuyo destino se hallaba en manos niponas.

Parece necesario, así pues, admitir la existencia de todas esas circunstancias a la

hora de enjuiciar el proceder de quienes, en su día, fueros responsables de ordenar los ataques nucleares. En ese sentido, la bomba representaba la más trascendental de una serie de cuestiones importantes que aquellos hombres —mortales y conmovedoramente conscientes de sus propias limitaciones— pugnaban por resolver. En el transcurso de la lucha por la supervivencia nacional a cuyo frente se hallaban, todos ellos se habían visto obligados a adoptar decisiones que habían supuesto la pérdida de miles, de millones de vidas, tanto de tropas aliadas como de militares y civiles enemigos. La mayoría habría dicho con amarga ironía que para eso les pagaban, pues nunca fue la dirección de una guerra cosa de pusilánimes. En concreto, Estados Unidos había sido responsable de bombardeos que costaron la vida a casi setecientos cincuenta mil civiles alemanes y japoneses y que apenas se vieron cuestionados por la opinión pública. En ese contexto, resultaba casi más sencillo justificar la decisión de lanzar bombas atómicas que la de mantener la persistente campaña de bombardeos incendiarios a cargo de la 20.ª Fuerza Aérea. Tal como han escrito sabiamente los historiadores militares Lawrence Freeman y Saki Dockrill, «el hecho de que los historiadores se hayan centrado en debatir por qué se dio la necesidad de recurrir a la bomba atómica ha comportado que el empleo de esta se haya visto considerado, en términos estratégicos, teniendo presente más una posible invasión [de Japón] que los bombardeos aéreos entonces en curso y con los que el lanzamiento de la bomba se hallaba inextricablemente relacionado en las mentes de los responsables políticos de la época».

Abundando en ello, cabe añadir que el gas venenoso era la única arma destacada disponible durante el período bélico de que los Aliados no hicieron uso frente a las potencias del Eje. Roosevelt se opuso por razones morales, o más bien, propagandísticas, mientras que el rechazo británico vino dado principalmente por razones pragmáticas, relacionadas con el hecho de que los alemanes pudieran pagarles con la misma moneda, atacando, a su vez, territorio británico con ese tipo de gases. Tal como se ha expuesto más arriba, los estadounidenses iniciaron la guerra mostrando reticencias morales contra el bombardeo de civiles, reticencias que en 1945 eran ya cosa del pasado. En ese sentido, quienes no saben nada de la guerra yerran suponiendo que la muerte infligida por armas nucleares resulta, en su horror, espantosamente incomparable con ninguna otra. En realidad, los obuses convencionales y las bombas destrozan los cuerpos humanos de la forma más repulsiva, por lo que ha de ser la destrucción atómica —en lo que tiene de absoluta—, lo que merezca el espanto, sí, el terror de la Humanidad, más que el tipo de final que ponga a la vida de las personas.

Muchos de quienes tenían a su cargo la decisión de emplear las bombas atómicas reconocían que la guerra, la lucha homicida entre los beligerantes, constituía el mal de raíz que la Humanidad debía erradicar. Después de años arrostrando las

sangrientas consecuencias del conflicto global, eran menos sensibles que la población, contemporánea a las sutiles distinciones existentes entre una y otra forma de matar. Pese a ello, muchos de aquellos cuyas muertes se describen en esta obra no habrían hallado nada especialmente digno de conmiseración en la forma en que perecieron los habitantes de Hiroshima y Nagasaki, por mucho que, en cualquier caso, no habrían podido evitar sentirse abrumados por las gigantescas proporciones de la masacre.

Desde el inicio mismo del Proyecto Manhattan, y con la posible excepción de unos pocos científicos, no se planteó duda alguna sobre el hecho de que, si el ingenio diseñado superaba con éxito las primeras pruebas, acabaría siendo utilizado. Hoy en día, especialmente en el continente asiático, hay quienes creen que los Aliados consideraron aceptable matar de esa forma a cien mil japoneses como, sin embargo, no habrían hecho de tratarse de alemanes, es decir, de blancos. Siendo esa una suposición que hoy por hoy resulta imposible someter a examen, parece más que probable que —dada la percepción aliada de que si Hitler y sus inmediatos acólitos podían ser apartados del poder, Alemania se rendiría más rápidamente— una bomba atómica habría sido lanzada sobre Berlín en caso de que se hubiera contado con ella un año antes. Así las cosas, habría resultado ridículo trazar una distinción moral entre los atraques con armas convencionales dirigidos contra centros de población germanos por parte de la RAF y por las fuerzas aéreas estadounidenses y el empleo de un único artefacto de mucha mayor capacidad destinado a poner fin a la agonía de Europa.

El general Curtis LeMay contemplaba las misiones contra Hiroshima y Nagasaki como un complemento —superfluo y no deseado— a la campaña en la que sus B-29 habían resultado ya victoriosos. De ahí que LeMay no mostrara el más mínimo reparo moral ante los ataques nucleares, sino solo mortificación ante el hecho de que estos hubieran empequeñecido la contribución realizada por los bombarderos convencionales a la destrucción de Japón. A finales de junio, LeMay había ya predicho que la 20.ª Fuerza Aérea habría reducido al enemigo a una situación de incapacidad bélica a partir de principios de octubre. «Para conseguirlo», señaló el comandante en jefe de las fuerzas aéreas estadounidenses, el general Arnold, «LeMay tendría aún que encargarse de entre treinta y sesenta grandes y pequeñas ciudades japonesas». LeMay se había «ocupado» ya de 58 cuando los acontecimientos hicieron innecesario seguir comprobando si su predicción acabaría cumpliéndose. De ese modo, para quienes comandaban la guerra contra Japón la misión del *Enola Gay* representaba únicamente un gigantesco salto tecnológico hacia delante en la campaña de bombardeos incendiarios mantenida durante meses.

A todo ello se suma un aspecto militar adicional, cual es que desde agosto de 1945 en adelante Truman y otros contemporáneos suyos, partidarios del lanzamiento

de la bomba anunciaron como un argumento favorable a ella —y rápidamente asumido por la generación de la guerra en su país— que tal lanzamiento haría innecesaria una sangrienta invasión del territorio nipón. En la actualidad, es ampliamente reconoció el hecho de que la operación Olímpico habría resultado, casi con toda certeza, innecesaria, por cuanto Japón se hallaba tambaleante y no habría tardado en perecer por inanición. Richard Frank, autor de un sobresaliente y reciente estudio sobre la caída del imperio nipón, va más allá al afirmar que le resulta impensable que Estados Unidos hubiera aceptado el tributo en sangre que habría comportado la invasión de Kyushu a la luz de la información acerca de la fuerza japonesa.

Al igual que sucede con toda proposición antitética, tampoco esa puede aceptarse en términos absolutos. En efecto, si bien la perspectiva de un desembarco en Kyushu resultaba todo menos grata a los máximos dirigentes políticos y militares estadounidenses, en el verano de 1945 el propio comandante en jefe del Ejército estadounidense, el general Marshall, se comprometió, mal que le pesara, a no descartar la opción de una invasión posiblemente en el norte de Honshu, en parte por no estar seguro de si la detonación nuclear acabaría representando el final definitivo. Marshall reconocía así la apreciación de Churchill de que «todas las cosas no dejan de moverse al mismo tiempo… Uno ha de hacerlo lo mejor que pueda, pero peca de insensato quien piense que existe una forma *cierta* de ganar esta guerra… El único plan consiste en no cejar». Mucho de lo que hoy se muestra evidente resultaba entonces opaco, habiendo como había tantas fuerzas en juego cuyo impacto no cabía precisar con claridad.

A principios de agosto de 1945, un buen número de los oficiales de MacArthur estaba persuadido de que *tendría* que invadir Japón e incluso algunos mandatarios políticos que habían tenido acceso a informaciones secretas sobre la bomba atómica y la inminente invasión soviética de Manchuria pensaban que también ellos *podrían* tener que proceder en ese sentido. Efectivamente, resultaba imposible saber a ciencia cierta cómo habría de actuar una nación —una vez se sintiera acorralada— que había demostrado tan decidida voluntad de inmolarse en masa. En este sentido, valga citar el siguiente análisis de la situación japonesa elaborado por la inteligencia de la Marina estadounidense después de haber tenido pleno acceso a transmisiones secretas descifradas y dado a conocer el 27 de julio al ser distribuido a los principales mandatarios de Washington: «La resistencia nipona a rendirse proviene primordialmente de la incapacidad de los altos mandos militares —por lo demás muy capaces y con gran poder— para apreciar que las defensas que están continuamente reforzando resultan, de hecho, manifiestamente inútiles… Hasta que los dirigentes japoneses no se den cuenta de que no podrán repeler una invasión, existen pocas posibilidades de que acepten la paz en términos satisfactorios para los Aliados». La

invasión no constituía, de todas maneras, una alternativa directa a la bomba, pero ¿quién podía estar seguro el primero de agosto de 1945 de lo que habría de hacerse en caso de que no se lanzara la bomba?

Examinada ya la situación desde un punto de vista militar, cabe interrogarse ahora acerca de la decisión política en sí misma. La cuestión más obvia que se plantea al hacerlo es la de si Japón hubiera actuado de modo distinto si en la Declaración de Potsdam se le hubiera advertido explícitamente sobre las bombas atómicas. La respuesta, con casi toda certeza, es que no. Si los gobernantes estadounidenses tuvieron dificultades para captar las proporciones del cataclismo sin precedentes que estaban a punto de desencadenar, también era probable que los japoneses no supieran mostrar una mayor intuición de la que ya habían mostrado; es más, el grupo favorable a una continuación de la guerra, que había dado al traste con todas las tímidas tentativas de la diplomacia nipona, estaba decidido a aceptar antes la aniquilación del país que su rendición. Si el hecho de que doscientos mil civiles hubieran resultado muertos y de que prácticamente todas las grandes ciudades hubieran quedado arrasadas como consecuencia de los bombardeos ordenados por LeMay no había convencido a los partidarios del general Anami, ministro de Guerra, de que la rendición era inevitable, no hay razones de peso para suponer que una amenaza de bombardeo atómico sí lo habría logrado.

Esa advertencia, incluso si se hubiera visto desoída, habría beneficiado principalmente a Harry Truman, cuya decisión de insistir en la rendición incondicional de Japón puede verse justificada en razón de los motivos expuestos más arriba. Por lo que respecta a Japón, y tanto con respecto a su ocupación de China y del Sudeste Asiático como a los campos de prisioneros establecidos por todo su imperio, su ejército no había dado en modo alguno muestras de un comportamiento que hubiera de merecer un trato menos riguroso que el dispensado a la Alemania nazi. Cabe así señalar que Japón habría recurrido seguramente a las armas atómicas, si hubiera dispuesto de ellas, pero, al poner en marcha una despiadada guerra de conquista, sus gobernantes habían lanzado un órdago que había salido mal y que, con la partida perdida, les llevaba ahora a tener que pagar. En todo caso, la reputación histórica de Truman habría salido beneficiada si este se hubiera mostrado dispuesto a ofrecer a Japón una oportunidad para evitar el castigo nuclear antes de que este le fuera impuesto. Efectivamente, el ultimátum no cumplió su objetivo original, convirtiéndose así, de hecho, en un falso ultimátum, al no acertar a dar cuenta exacta de la sanción que recaería sobre Japón en caso de incumplimiento. Y es que las palabras «inmediata y total destrucción» significaban mucho para los estadounidenses encargados de redactar el documento, pero nada en absoluto para los japoneses a los que estaba dirigido.

¿Por qué no se dio, así pues, ninguna advertencia explícita? Pues porque el

lanzamiento de la bomba estaba destinado a provocar un colosal impacto no solo entre la población nipona sino también entre los líderes soviéticos. En palabras del general Marshall al mariscal sir Henry Wilson, jefe de la delegación militar británica en Washington: «No es bueno avisarles. Si se les avisa no hay efecto sorpresa y el único modo de impresionarlos es cogerles por sorpresa». Ese fue justamente el argumento empleado por los militares nipones en 1941 para justificar ante el emperador el hecho de no advertir a Estados Unidos de su intención de ir a la guerra antes de atacar Pearl Harbor. En ese sentido, el propio Japón es, en gran medida, responsable de lo que sucedió en Hiroshima y Nagasaki, toda vez que sus mandatarios se negaron a reconocer que se les había acabado el juego. No obstante, la premura con que Estados Unidos se aprestó a lanzar la bomba tan pronto ello resultó técnicamente viable era reflejo del determinismo tecnológico antes mencionado, así como de temores políticos respecto de la Unión Soviética comparables en cuanto a su grado de influencia a los imperativos militares dictados por la actitud nipona en el conflicto. En conjunto, resulta pues posible apoyar la decisión de Truman de no interrumpir el proceso que conduciría al lanzamiento de la bomba atómica, sin dejar de lamentar, al mismo tiempo, el hecho de que el presidente no procediera a dar aviso de la inminencia de dicho lanzamiento.

En las últimas horas del 6 de agosto de 1945 un parte enviado por la 20.ª Fuerza Aérea y cuyo contenido era alto secreto arribó como una exhalación a Washington, donde, por efecto de la diferencia horaria, fue leído poco antes de la medianoche del día siguiente. Su texto era el siguiente: «Asunto: Informe de la misión del 509 SBM 13 desarrollada el 6 de agosto de 1945… 1 A/C bombardeó Hiroshima visualmente con buenos resultados. La nubosidad era 1/10; la hora local, 05:23:15. No se encontró artillería antiaérea ni oposición tierra/aire». Ese parte se vio seguido, casi de inmediato, por un segundo en el que se decía: «Altitud: nueve mil metros… oposición aérea enemiga: nula… resultados del bombardeo: excelentes».

*Little Boy*, aquel «cubo de basura con aletas estabilizadoras» —como lo describiera uno de los tripulantes del *Enola Gay*— garabateado con improperios subidos de tono contra Hirohito, hizo explosión a poco menos de seis mil metros sobre el Hospital Shima de Hiroshima, y a tan solo unos mil quinientos metros del lugar en que debía estallar. El coronel Tibbets, un piloto de bombarderos altamente experimentado, describió el lanzamiento como «el impacto más perfecto que he visto en esta maldita guerra». El artefacto de cuatro mil kilogramos de peso generó temperaturas a ras de suelo que alcanzaron los tres mil grados, desarrollando una potencia explosiva equivalente a la de doce mil quinientas toneladas de TNT, que tuvo como consecuencia que apenas seis mil de los setenta y seis mil edificios de la ciudad no se vieran destruidos por las llamas o la onda expansiva. Posteriormente, los japoneses sostendrían que cerca de veinte mil soldados y ciento diez mil civiles

murieron de forma instantánea, lo que, aun a falta de estadísticas concluyentes, resulta una cifra muy probablemente exagerada, situándose el número de víctimas inmediatas, de forma más verosímil, en torno a las setenta mil.

La explosión de *Little Boy*, el hongo nuclear que cambió el mundo, provocó heridas nunca antes vistas en criaturas mortales y a las que hasta quienes sobrevivieron a la hecatombe apenas podían dar crédito: un caballo en carne viva, despojado literalmente de su piel; personas en cuyas carnes habían quedado impresas de forma indeleble las ropas que portaban; la fila de niñas en uniforme escolar con jirones de piel colgándoles de la cara; supervivientes condenados, con quemaduras horripilantes, sin esperanza de curación efectiva; la ingente masa de cadáveres carbonizados y resecos. Hiroshima y sus habitantes habían sido prácticamente borrados del mapa e incluso muchos de los que aún se afanaban por vivir no llegarían a hacerlo por mucho tiempo. Pese a ello, y en fecha tan tardía como junio de 1946, un comunicado oficial de prensa difundido por los responsables del Proyecto Manhattan afirmaba desafiante lo siguiente: «Investigaciones oficiales de las consecuencias derivadas del lanzamiento de bombas atómicas sobre las ciudades japonesas… revelaron que tras las explosiones no se daban niveles de radiactividad perjudiciales para el ser humano». Incluso en aquellas fechas eran miles los infortunados habitantes de Hiroshima que aún habían de perecer.

Truman recibió la noticia en ruta hacia Estados Unidos mientras estaba almorzando con miembros de la tripulación a bordo del crucero *Augusta* cuatro días después de haber zarpado desde Inglaterra, adonde había llegado procedente de Potsdam. Con relación a ello, el presidente dejó escritas las siguientes líneas: «Gran bomba lanzada sobre Hiroshima el 5 de agosto a las 7:15, hora de Washington. Los primeros informes hablan de un éxito total, que resultó incluso mayor que el de la prueba inicial». Un muy sonriente Truman subió hasta el puente de mando y, con el parte en la mano, confió al capitán estas palabras: «Capitán, esto es lo más grande de la Historia». A requerimiento del presidente, el oficial llevó el parte a Byrnes, que estaba comiendo en otra mesa y no pudo dejar de exclamar: «¡Magnífico, magnífico!». Posteriormente, durante la misa a bordo, Truman se dirigiría a la tripulación en los siguientes términos: «Acabamos de lanzar una bomba sobre Japón que tiene más potencia que veinte mil toneladas de TNT. ¡Ha sido un éxito espectacular!». La alegría desbordante de Truman no pareció verse empañada por sombra alguna de duda o dolor, exultante como estaba por aquel triunfo nacional, lo que constituye un vivo ejemplo de cuán limitada resultaba su comprensión de lo que acaba de suceder. Dichas esas palabras, los marineros se agolparon en torno al presidente, preguntándole lo que millones de soldados, marinos y pilotos aliados estaban pensando en aquel momento: «¿Significa eso que ya podemos volver a casa?».

En Estados Unidos la primera reacción a lo ocurrido en Hiroshima fue de entusiasmo incontenible, tal como refleja un informe de la embajada británica en Washington: «Las fantasías más brutales de las tiras cómicas de los diarios parecían haberse hecho, de improviso, realidad. Los superlativos que henchían los titulares de la prensa apenas bastaban para dar cuenta de la magnitud del drama que acababa de producirse». Paralelamente, no fueron pocos los casos de frivolidad improcedente que se dieron después de que casi cuatro años de guerra hubieran embotado la sensibilidad general de los estadounidenses. Ejemplo de ello es el «cóctel atómico», con un sesenta por 100 de alcohol, que se sirvió en el Club de Prensa de Washington, o una tira gráfica cuyo texto rezaba: «El gabinete se reúne para debatir el envío de un embajador a Marte», y en que se representaba a Truman presidiendo una reunión celestial con sus asesores, quienes, desplegando alas a modo de ángeles, contemplaban un cuenco lleno de átomos en fisión. Más reveladora incluso resulta la reprobación que mereció por parte del científico Otto Frisch la ligereza con que algunos de sus colegas en Los Álamos habían telefoneado al hotel *La Fonda* de Santa Fe reservando mesa para celebrarlo.

Entre algunos ciudadanos de a pie las noticias sobre el lanzamiento de la bomba atómica no suscitaron inmediato triunfalismo, sino las más negras cavilaciones. Una carta dirigida al *New York Times* caracterizaba lo acontecido en Hiroshima como «una mácula en la vida de nuestra nación. Una vez haya pasado el frenesí provocado por este prodigioso descubrimiento, recordaremos avergonzados cuál fue el primer fin al que fue destinado». Un ama de casa británica, Nella Last, dejó anotado en su diario cómo ella misma y su vecino de Lancashire recibieron la noticia: «El viejo Joe gritó escaleras arriba sin dejar de mostrar la primera página del *Daily Mail*: “Dios mío, Nella, parece como si algunas de tus fantasías y temores más disparatados se hubieran hecho realidad”. Pocas veces lo había visto tan exaltado, o molesto. Después añadió: “Léelo tu misma. ¿Por qué? Pues porque esto cambiará el mundo entero. Ojalá fuera treinta años más joven para poder ver qué pasará”». La señora Last, en cambio, reaccionó de modo muy diferente: «Me puse mala y deseé tener treinta años más para estar lejos de todo esto… lo de la bomba atómica era sencillamente espantoso».

Completamente distinta fue también la reacción del senador por Colorado Edwin Johnson, quien declaró que la bomba demostraba que la instrucción militar generalizada carecía ya de sentido. Por su parte, Eleanor Roosevelt, viuda del fallecido presidente, manifestó que en aquel momento cobraban especial importancia visitas de buena voluntad tales como la que sindicalistas soviéticos estaban realizando en aquel momento a Estados Unidos. En otro orden de cosas, los máximos responsables de la industria del carbón y del petróleo no dejaron de garantizar a los accionistas que, de cara al futuro inmediato, ese nuevo descubrimiento tendría

escasas repercusiones sobre los combustibles ya existentes. Algunos políticos de izquierda, en fin, reclamaron que la patente y los medios de producción del nuevo ingenio nuclear siguieran siendo propiedad del Estado y no pasaran a manos de grandes grupos de la industria petrolífera o armamentística. Para sonrojo incluso de muchos capitalistas, la perspectiva de un próximo cese de las hostilidades supuso un drástico descenso en las cotizaciones de la bolsa neoyorquina. Ello motivó el siguiente comentario por parte de un corresponsal del londinense *Sunday Times*: «Siempre resulta poco edificante ver cómo quienes tienen intereses económicos se ven o creen verse más beneficiados por la guerra que por la paz».

Algunos veteranos estadounidenses de las Filipinas no pudieron evitar sentirse dolidos ante una pérdida económica de diferente signo. Uno de ellos acababa de regresar hacía poco de una misión de enlace a las Islas Marianas, desde donde trajo la noticia de que oficiales de la 20.ª Fuerza Aérea se apostaban con ellos diez mil dólares a que la guerra acabaría antes de octubre. Puesto que los hombres de MacArthur sabían que la operación Olímpico no habría de producirse hasta noviembre, algunos se aprestaron a aceptar la apuesta de la Fuerza Aérea. Como escribiría después lamentando su suerte Clyde Eddleman, taquígrafo del general Krueger: «Por lo que sabíamos y por cómo pintaban las cosas, era una apuesta fácil de ganar, así que nos pusimos a reunir los diez mil dólares, pero no llegamos muy lejos… Poco después nos enteramos de que Hiroshima había desaparecido».

Un cabo británico del 14.° ejército destinado en Birmania, George McDonald Fraser, escribió por aquel tiempo lo siguiente en su diario:

> *Ahora todo el mundo dice que no habría hecho falta lanzar las bombas atómicas porque los japoneses estaban ya a punto de entregarse… Me gustaría que los que dicen eso hubieran estado conmigo la primera semana de agosto para explicárselo al cabrón que salió de entre unos matorrales cerca de Sittang, aullando y corriendo con toda su mala leche hacia nosotros. El tío estaba en los huesos, iba medio desnudo y la única arma que llevaba era un palo de bambú, pero de rendirse, ni hablar.*

En ningún otro lugar el sentimiento de alivio tras el lanzamiento de la bomba resultó más vivido e intenso que en los campos de prisioneros desperdigados por todo el imperio nipón. No obstante, entre aquellos para los que Hiroshima constituía la promesa de una pronta liberación, unos pocos dieron muestra de sentimientos de mayor complejidad. Entre ellos se contaba un tal Paul, ferviente cristiano y el mejor amigo del teniente Stephen Abbot, a quien, después de entrar en su desolado barracón de un campo de prisioneros japonés, comunicó lo siguiente: «Stephen, ha ocurrido algo espantoso». A continuación, procedió a referirle la destrucción de Hiroshima tal como la habían descrito en la radio, para acabar finalmente arrodillándose en oración. Año y medio después, Abbott escribiría una carta a *The Times* aludiendo a su condición de antiguo prisionero de guerra y afirmando, en los siguientes términos,

que una mera demostración del poder destructivo de la bomba habría sido suficiente: «El modo en que ha sido empleada no será solo objeto significativo de futuros libros de Historia japoneses, sino que también ha convencido al pueblo de este país de que la pretensión que se arroga el hombre blanco para asumir el liderazgo ético y espiritual del mundo carece de todo fundamento».

En su comunicado dirigido a la opinión pública mundial y cuyo texto había sido redactado y aprobado antes de que abandonara Potsdam, Truman declaraba que el sino de Hiroshima representaba una justa recompensa por Pearl Harbor: «Fue justamente para evitar al pueblo japonés la aniquilación total por lo que se dio el ultimátum de Potsdam el 26 de julio… Si no aceptan ahora nuestros términos pueden contar con que desde el cielo caerá sobre ellos una lluvia de destrucción como nunca se ha visto cosa igual en este planeta». Esta vez los mandatarios japoneses no podían albergar ningún género de duda sobre qué auguraban exactamente las palabras del presidente: más bombas atómicas seguirían a *Little Boy* y otras ciudades japonesas compartirían el trágico destino de Hiroshima.

Sin embargo, lo más extraordinario del proceder nipón al día siguiente del bombardeo fue que este no parecía haber contribuido prácticamente en nada a dar cuerpo a una nueva forma de hacer política en Japón, poniendo punto y final a las evasivas que tantas muertes habían causado ya hasta entonces. En ese sentido, el emperador y el presidente del gobierno no tuvieron conocimiento del ataque nuclear hasta transcurridas varias horas, después de que las primeras informaciones hablaran de «la completa destrucción de Hiroshima y de daños sin cuento provocados por una bomba de eficacia excepcionalmente alta». Así las cosas, y por mucho que un militar de alta graduación pensara de inmediato que se trataba de una explosión nuclear —tal como pronto llegaría a confirmarse una vez interceptadas emisiones de radio estadounidenses—, otros mandos militares persistieron, no obstante, en su escepticismo, no apreciando en tales noticias nada que justificara suavizar un ápice su tajante oposición a rendirse. El general Anami, ministro de Guerra, reconoció en privado que se había producido el lanzamiento de una bomba atómica y destacó a Hiroshima un grupo encargado de investigar lo sucedido. Pese a todo, Anami propuso que el gobierno se abstuviera de toda iniciativa en tanto no dispusiera del informe de dicho grupo, lo que no sucedería hasta dentro de dos días. Así pues, parece que, inicialmente, la tragedia de Hiroshima indujo a algunos ministros a una mayor, y no menor, oposición a la rendición incondicional.

El ministro de Asuntos Exteriores nipón envió un mensaje a su embajador en Moscú instándole a clarificar urgentemente la posición soviética, antes de dirigirse el día 8 por la mañana al Palacio Imperial. Allí, Hirohito le expuso que, en esas nuevas circunstancias, «mi deseo es proceder a las gestiones oportunas para poner fin a la guerra tan pronto como sea posible». Togo recibió el encargo de transmitir esas

palabras al presidente del gobierno, pero —-incluso a esas alturas— el emperador se pronunció de forma poco clara respecto a los medios, pues, ciertamente, no llegó a apremiar a Suzuki para que aceptara de inmediato los términos establecidos en Potsdam. En consecuencia, el gobierno tampoco llegó a adoptar la única medida que, casi con toda certeza, podría haber salvado a Nagasaki del desastre, esto es, un rápido mensaje a los estadounidenses dando cuenta de su pronta disposición a cesar las hostilidades. De nuevo sabemos *por qué* ello no acabó sucediendo: porque el proceso de toma de decisiones era demasiado lento y la facción favorable a la prosecución de la guerra, demasiado resolutiva. En cualquier caso, se impone otra vez, una pregunta, y en concreto, la de cuántos días de altanero silencio enemigo habría cabido esperar que la sociedad estadounidense —entre cuyas principales virtudes nunca ha figurado precisamente la paciencia— aguardara pasivamente sin tomar ninguna iniciativa.

Por su parte, los medios de comunicación soviéticos no ofrecieron el 7 de agosto información alguna sobre los hechos acaecidos en Hiroshima, en tanto Stalin se mantenía incomunicado —tal como cabe asumir— absolutamente impactado por la noticia y temeroso de que Japón se rindiera sin dilación. No obstante, la petición urgente formulada por el embajador Sato para entrevistarse con Molotov demostraba que ello no era así. Japón seguía, así pues, en guerra y, después de todo, aún no era demasiado tarde para que la Unión Soviética pudiera lograr sus objetivos. Sato fue autorizado a reunirse con Molotov el 8 de agosto por la tarde, mientras Stalin se entrevistaba con una delegación china encabezada por T. V. Soong, cuñado y presidente del gobierno de Chiang Kai Shek, la cual aún se resistía obstinadamente a ratificar algunos de los términos acordados entre Roosevelt y Stalin en Yalta. Los mandatarios nipones se acostaron la noche del día 7 esperando contar al día siguiente con noticias de Moscú relativas al encuentro de Sato con Molotov, noticias que efectivamente recibieron, si bien en un sentido que difería drásticamente de sus expectativas.

En efecto, una vez Sato hizo entrada en el despacho de Molotov, este, ignorando las salutaciones del primero, le invitó a sentarse y procedió a dar lectura a los términos en que la Unión Soviética declaraba la guerra a Japón. Como quiera que el gobierno de este país había rechazado la Declaración de Potsdam, prosiguió Molotov, «los Aliados se dirigieron a la Unión Soviética proponiéndole sumarse a la guerra contra la agresión nipona, a fin de acortar así la duración de la guerra, de reducir el número de víctimas y de contribuir al rápido restablecimiento de la paz general». La Unión Soviética aceptó dicha propuesta con la intención de salvar al pueblo japonés «de la misma destrucción que había padecido Alemania». Poco más de una hora más tarde, Molotov informó a los embajadores británico y estadounidense de que, dando cumplimiento a las obligaciones contraídas, su país había declarado la guerra a Japón. El embajador de Estados Unidos, Averell Harriman, no pudiendo hacer otra cosa,

expresó la gratitud y satisfacción de su gobierno ante dicha iniciativa, de la que Truman tuvo noticia escasas horas más tarde en Washington, poco antes, en todo caso, de que el B-29 *Bock's Car* despegara de Tinian con destino a Nagasaki.

Esa segunda misión fue puesta en marcha sin contar con ninguna nueva directiva del gobierno: sencillamente porque la bomba ya estaba lista. La orden de la 20.ª Fuerza Aérea dejaba la fecha y hora exactas en que debían producirse ambos ataques a criterio de los altos mandos de la zona, quienes se encargarían de determinarlas atendiendo a lo que resultase más conveniente en términos operativos. De ese modo, los generales allí destacados decidieron adelantar en dos días la fecha del segundo ataque, habida cuenta de las malas previsiones meteorológicas anunciadas para después del diez de agosto, así como de «una sensación general, compartida por aquellos presentes en el teatro de operaciones, de que cuanto más pronto se produjera el segundo lanzamiento, tanto más redundaría en beneficio del esfuerzo bélico». La única aportación realizada en ese sentido por el gobierno se dio de forma pasiva, en la medida en que el presidente y sus asesores no hallaron en el silencio nipón causa suficiente para ordenar el cese de las operaciones del Grupo 509 de Bombarderos. De ese modo, el nueve de agosto a las 11.02, hora japonesa, y habiendo hallado cubierto por la niebla su objetivo principal, esto es, Kokura, el comandante Charles Sweeny dejó caer a *Fat Man* sobre su objetivo secundario, esto es, Nagasaki, generando así una potencia explosiva equivalente a veintidós mil toneladas de TNT que causaría la muerte de unas treinta mil personas. Desde la medianoche del día anterior, tropas soviéticas procedían a adentrarse en el territorio de Manchuria.

# 20

# Manchuria: el zarpazo del oso

En las primeras horas del nueve de agosto de 1945, los centinelas japoneses apostados en la frontera de Manchuria se vieron turbados al ser objeto primero del intenso fuego artillero y luego del ataque de tropas de infantería, rápidamente identificadas como soviéticas. En algunas zonas, el panorama resultaba confuso como consecuencia de una lluvia torrencial, tal como recuerda el zapador del Ejército Rojo Iván Kazintsev. «Los destellos de los relámpagos nos hicieron perder la visión nocturna y el sentido de la orientación y, al final, quedamos a la vista del enemigo en la Loma del Camello. De todas maneras, conseguimos capturar la posición al amanecer». A. R. Beloborodov, el general que comandaba el Primer Ejército Bandera Roja destacado en el Lejano Oriente soviético y en el que se hallaba encuadrado Kazintsev, escribiría al respecto: «Los relámpagos no paraban de resplandecer sobre nosotros de improviso y destellos cegadores dejaban su estela en un cielo ennegrecido, mientras el estruendo de los truenos era cada vez mayor. ¿Habíamos de posponer el ataque? No… la lluvia iba a representar un impedimento para el enemigo tanto como para nosotros». Beloborodov acertó, ya que el Cuartel General del Ejército Imperial cursó una orden de emergencia en la que se informaba de que la Unión Soviética había declarado la guerra a Japón y de que el Ejército Rojo empezaba a adentrarse en el territorio de Manchuria, pero en la que, absurdamente, también se hacía constar que «el volumen de tropas desplegadas en esos ataques no resulta considerable». La realidad, en cambio, era que ya se hallaba en movimiento la avanzadilla de un ejército integrado por un millón y medio de soldados, incluyendo fuerzas de infantería, unidades de carros, columnas de la caballería montada y también de infantería mecanizada, apoyados todos ellos por flotillas fluviales, escuadrones de aviación y artillería, cuyas piezas se contaban por decenas de miles. Las operaciones de incursión por tierra y agua —que constituyeron la última gran operación militar de la Segunda Guerra Mundial— se desarrollaban a lo largo de un frente de unos cuatro mil cuatrocientos kilómetros, que se extendía desde el desierto de Mongolia en el Oeste hasta la zona, densamente boscosa, del mar de Japón en el Este.

La respuesta inicial nipona resultó acorde con cualquier otro autoengaño sobre la desesperada situación de Japón, puesto que, incluso quienes en Tokio habían asumido que Stalin estaba «esperando que cayera la fruta madura» y habían sido advertidos de

grandes movimientos de tropas soviéticas en el Este, creyeron que estas no se hallarían en disposición de atacar Manchuria hasta el otoño, o incluso hasta la primavera de 1946, incurriendo así, de nuevo, en otro grave error de cálculo respecto del tiempo disponible para salir de la guerra. Entre la población civil, la reacción del ingeniero aeronáutico Jiro Horikoshi puede considerarse representativa de la adoptada por la mayoría de sus conciudadanos. Horikoshi estaba todavía recuperándose del sobresalto provocado por las noticias procedentes de Hiroshima cuando «un mazazo aún mayor cayó sobre nosotros con el anuncio —que nos cogió a todos completamente desprevenidos— de que la Unión Soviética nos había declarado la guerra». Lo imprevisto de ese ataque se refleja en el hecho de que en los primeros meses de 1945 gran número de refugiados provenientes de las islas japonesas se hubieran trasladado con todas sus pertenencias a Manchuria, por considerar esa colonia territorio seguro. Del mismo modo —y después de que algunas de sus mejores unidades hubieran sido destinadas a Okinawa o Kyushu—, el Ejército de Quantung no se hallaba tampoco en situación plenamente operativa en ninguna de sus zonas de despliegue, como atestigua el reducido número de cargas de demolición empleado o la ausencia en sus puestos de algunos altos oficiales.

En Nanjing, el comandante Shigeru Funaki, oficial de Estado Mayor, y sus camaradas destacados en el cuartel general del Ejército de China, no pudieron evitar decirse unos a otros: «¡Por fin!». Siempre habían pensado que el ataque acabaría produciéndose, «pero nos sentíamos muy resentidos con los soviéticos porque lo habían lanzado justamente ahora. ¡Era tan injusto! Nos habíamos visto obligados a enviar muchos hombres a otros frentes del Pacífico y ahora venían los rusos como si fueran ladrones entrando en una casa sin nadie dentro». En Manchuria no se había adoptado medida alguna para evacuar a cientos de miles de civiles japoneses incluso de las regiones fronterizas, aduciendo que ello no habría hecho sino promover el derrotismo. De ese modo, los mandos del Ejército de Quantung se enfrentaban ahora a los mismos padecimientos que los británicos en Malasia y los estadounidenses en Filipinas en diciembre de 1941, teniendo que defender amplios frentes con escasas fuerzas terrestres e insignificante apoyo aéreo. Era, así pues, el momento en que la colonia más preciada de Japón hubo de sufrir el mismo trágico destino que había asolado a las posesiones imperiales de Occidente en Asia casi cuatro años atrás.

Por otra parte, tal como la historia soviética oficial declara con relación a este conflicto, «los objetivos de la Unión Soviética… eran… dar mayor seguridad a sus propias fronteras en el Lejano Oriente, amenazadas repetidamente por el ejército nipón; cumplir con sus obligaciones respecto de los Aliados… a la hora de precipitar el fin de la segunda guerra mundial, que seguía causando incalculables sufrimientos a millones de personas; apoyar a los trabajadores de Asia Oriental en su lucha por la liberación y restaurar los derechos históricos sobre un territorio del que Japón había

despojado a Rusia». La realidad, sin embargo, es que Stalin solo pretendía una expansión territorial por la que estaba dispuesto a pagar un alto precio. Así, antes de poner en marcha la invasión de Manchuria, las autoridades soviéticas habían previsto un total de quinientas cuarenta mil bajas, incluyendo ciento sesenta mil víctimas mortales. Esa cifra se basaba, casi con toda certeza, en las fuerzas atribuidas a Japón sobre el papel, en términos muy similares a las estimaciones realizadas por los estadounidenses con relación a un posible desembarco en Kyushu.

Desde 1941, Stalin había mantenido en la frontera con Manchuria un volumen de efectivos mayor del que los Aliados conocían y que, en el verano de 1945, se dedicó a reforzar notoriamente, a fin de disponer de un contingente capaz de «enterrar» al ejército nipón. De ese modo, a lo largo de la línea del Transiberiano tres mil locomotoras transportaron incesantemente hombres, carros y piezas de artillería que acababan de presenciar los recientes triunfos del Ejército Rojo en el este de Europa y que tardaron un mes en llegar a su destino procedentes de Kónigsberg y de Insterberg, en Prusia Oriental, así como de Praga y de Brno, en Checoslovaquia. En cualquier caso, los mandatarios soviéticos trataron de ocultar el auténtico significado de todo ese desplazamiento de tropas, ordenando a los soldados, por ejemplo, que se quitaran de la pechera las medallas de Leningrado o Stalingrado o que repintaran cañones en los que resplandecían en vivos colores proclamas tales como «¡Y ahora, a Berlín!». Pese a todo, ninguno de ellos tenía dudas sobre cuál era su nuevo objetivo. Así, mientras los trenes militares traqueteaban lentamente cruzando Rusia, en las estaciones la gente del lugar se dirigía compadecida a sus ocupantes que, sacando el cuello por la ventana, oían cómo les decían: «Eh, muchachos, os llevan a luchar contra los *yaponshki*», lo que, en una ocasión, provocó que un veterano mascullara ácidamente: «¡Eso es secreto militar!». Los hombres del regimiento de infantería comandado por el comandante Vladimir Spindler fueron dando todo el botín conseguido en Europa a los civiles con que se iban encontrando camino del Este. Spindler no podía evitar quedarse mirando con conmiseración a los pilluelos muertos de hambre que se agolpaban a lo largo de la vía férrea y algunos de los cuales preguntaban melancólicos: «Camaradas soldados, ¿no irá mi padre con vosotros por casualidad? Él también luchaba contra los alemanes».

«Todos dormimos un montón, recuperando todo el sueño atrasado», recordaba el soldado Oleg Smirnov, que también solía hablar con sus compañeros sobre la campaña en el Este. La mayoría reconocía refunfuñando que había que encargarse de «los samuráis», como los rusos llamaban despectivamente a los japoneses. «Calculábamos que tardaríamos un mes en acabar con ellos», aseguraba Smirnov, «lo que al final acabó siendo más o menos lo que pasó. Por mi parte, no podía dejar de pensar lo triste que sería morir en una guerra pequeña después de haber sobrevivido a una grande». El teniente Stanislav Chervakov y los hombres de su unidad de

lanzacohetes *katyusha*, viajaban en tren desde Praga hasta Moscú, exultantes ante la perspectiva —falsa— de volver a casa después de haber estado combatiendo cuatro años en los frentes de Stalingrado, el río Don, Rumanía, Austria y, finalmente, Checoslovaquia, cuando, al acercarse a la capital soviética, su tren, en lugar de dirigirse a la estación central de Moscú, siguió por un ramal periférico, lo que supuso el primer aviso de que sus mandos tenían otros planes para ellos. De todos modos, Chervakov no se sintió tan desazonado como la mayoría de sus camaradas, siendo como era un militar de carrera: «Tenía veintidós años y me importaba un carajo quién fuera el enemigo».

Por oposición a él, el sargento Anatoly Fillipov, operador de radio encuadrado en una unidad de inteligencia militar, estaba harto de guerra. Tenía veintiocho años y había sido el primero en llevar al comandante de su unidad noticias sobre la invasión alemana de la URSS en junio de 1941. Fue reprendido con un auténtico «chorreo» de insultos y se le ordenó que «dejara de decir gilipolleces». En 1943 resultó herido y capturado en una misión secreta que había llevado a su unidad a adentrarse en la neutral Turquía, donde sus captores —de esa nacionalidad— le propinaron una soberana paliza, antes de que pudiera finalmente escapar. Fillipov se hallaba en Moscú en mayo de 1945 cuando le fue comunicado que había sido destinado al Lejano Oriente, tras lo cual recurrió a los buenos oficios de su hermano, que a la sazón cursaba estudios en la Escuela de Estado Mayor, para ver si podía postergar su partida hasta después del Día de la Victoria: «Lyosha, por favor, pídele a tu comandante permiso para que pueda quedarme. ¡Me hace tanta ilusión ver el desfile!». A Fillipov se le concedió esa petición, pero ninguna otra de sus aspiraciones llegó a verse colmada. En efecto, al ser un marino de corazón —acostumbrado a viajar por el Volga a bordo de un vapor del que su padre era jefe de máquinas—, todo lo que deseaba ahora era incorporarse a la marina mercante y ver mundo, para cumplir el sueño largamente acariciado de conocer Río de Janeiro; sin embargo, lo que en realidad le tocó en suerte fue tener que ir a Manchuria.

A Oleg Smirnov también le entristeció profundamente el que su unidad se dirigiera al Extremo Oriente, ya que el día de la victoria aliada en Europa, que vivió en Prusia Oriental, y después de vaciar el cargador de su pistola disparando al aire y de enfundársela definitivamente en la cartuchera, había proclamado: «Estos han sido los últimos tiros que habré de disparar nunca». Ahora, en cambio, había sido movilizado de nuevo e integrado en una unidad que, a bordo del tren en el que atravesaban Lituania, fue atacada por partisanos anticomunistas a los que hubo que repeler. A pesar de todas las bandas de música y de todos los actos de bienvenida con que fue acogida su vuelta a casa en cada estación soviética donde su tren se detuvo:

*Acabamos dándonos cuenta de cuál era el precio que habíamos tenido que pagar por la victoria. Día tras día, mientras el tren avanzaba pesadamente por la Rusia Europea solo vimos a nuestro alrededor*

*ruinas de casas reducidas a cenizas, chimeneas alzándose en medio de páramos devastados por el fuego, campos desfigurados que aún mostraban las cicatrices dejadas por trincheras y cráteres de obuses… Incluso más allá del Volga, donde los pueblos no habían sufrido daño alguno, no se podía ver un solo hombre sano: solo mujeres, ancianos y lisiados. Recuerdo haber visto a mujeres empuñando el arado y a niños sin hogar merodeando por las estaciones.*

En la localidad de Chita un guardagujas, tras sacarle un pitillo de rondón, le espetó «¡Qué de gente va camino del Este! A los samuráis les esperan malos tiempos: esas ratas han de aprender la lección. Fíjese en el cónsul local de Japón: cada día se lo pasa pescando en el río y contando trenes. Que cuente los que quiera, ¡nadie les librará de ellos!».

Después de haber viajado casi diez mil kilómetros en tren desde Europa, algunas unidades, incluyendo la de Vladimir Spindler, recorrieron los últimos trescientos que les separaban de la frontera manchú atravesando el desierto de Mongolia bajo un sol abrasador. Se les fue uniendo un rosario de jóvenes reclutas, muchos de ellos en estado de debilidad física provocado por la desnutrición, a los que se proporcionó una instrucción apresurada y tanta comida como se pudo. «Para ser sinceros, la mayoría de nosotros odiaba llevar a cabo ese trabajo», diría posteriormente el artillero antiaéreo Georgy Sergueyev, veterano de la campaña europea. «Había de cumplir veinte años en septiembre y no dejaba de pensar si llegaría a vivir para verlo». Después de todo lo que habían pasado en el Oeste ahora volvían a vivir teniendo por techo el sol de día y las estrellas de noche y por todo sustento raciones de campaña. Otra vez, en palabras de Sergueyev, «se daba aquella eterna incertidumbre de no saber qué pasaría mañana, e incluso de si acabaría habiendo un mañana».

«Aunque había tomado parte en muchas ofensivas, jamás había visto un despliegue como aquel», decía un soldado:

*Los trenes iban y venían descargando hombres que formaban antes de marchar hacia la estepa. Rugían los motores de cientos de carros de combate recién salidos de fábrica y conducidos por tripulaciones de veteranos,* frontoviki *, que habían combatido en Europa. También se veían tractores arrastrando piezas de artillería pesada, así como lanzaderas* katyusha *, vehículos blindados, camiones cubiertos por el polvo y más y más tropas de infantería. Incluso el cielo hervía de actividad con bombarderos,* sturmoviki *, y aviones de transporte sobrevolando nuestras cabezas sin descanso.*

En otro orden de cosas, el tirador de ametralladora Anatoly Shilov se quedó de piedra cuando, hallándose en una estación de ferrocarril secundaria, le asignaron cinco mecánicos, ciento treinta reclutas sin instrucción ninguna y las cajas que contenían las piezas correspondientes a doscientos sesenta camiones estadounidenses Studebaker, Chevrolet y Dodge, con la orden de montarlos y entregarlos a una formación que se hallaba a unos cien kilómetros de distancia. Shilov conseguiría llevar a cabo esa notable proeza disponiendo los vehículos por pares, de modo que las ruedas delanteras del último descansaran sobre el chasis del que iba delante.

Cuando la infantería se ponía en marcha, «la tierra no olía ya a artemisa

pisoteada, sino a gasolina», escribía un soldado. «Una densa nube de polvo flotaba sobre la columna, nos caía en la cara y se nos metía por entre los dientes. Hacía un calor infernal, cerca de cuarenta grados o más. El sudor nos iba goteando en los ojos y teníamos la garganta reseca, pues solo nos daban una botella de agua al día». Tormentas de arena azotaban la estepa y, en esas condiciones, las fiambreras con tapa de cierre hermético capturadas a los alemanes se convirtieron en objetos preciados, pues solo ellas evitaban que el polvo se filtrara en la comida. Muchos hombres perdieron el apetito e incluso las ganas de fumar y solo les preocupaba la sed. Cuando llegaban hasta un lago, resultaba que sus aguas eran saladas y que quienes habían bebido acababan vomitando. Los soldados marchaban de día y de noche, haciendo altos cada cuatro horas que resultaban poco reparadores, pues la tierra desnuda estaba todavía demasiado caliente como para echarse sobre ella y descansar. «Tardamos una semana en llegar a la frontera con Manchuria. Al final íbamos todos tambaleándonos, durmiéndonos casi de pie mientras caminábamos. El retumbar de los pasos sobre el suelo no dejaba de oírse, incluso por encima del rugido de los motores de carros y vehículos y del traqueteo de las cadenas de los blindados».

A principios de agosto, ciento treinta y seis mil vagones de ferrocarril habían trasladado al Este un millón de hombres, cien mil camiones, cuatrocientos diez millones de cartuchos y tres millones doscientos mil obuses. Incluso la leña hubo que recogerla en los bosques y transportarla en barco seiscientos kilómetros, a fin de que las unidades desplegadas en regiones sin árboles pudieran cocinar. Solo para el Frente, o Grupo de Ejércitos del Transbaikal se necesitaron treinta y cinco mil toneladas de combustible y un volumen similar de pertrechos y víveres. En su negociación con los Aliados, Stalin había insistido en que Estados Unidos había de armar y aprovisionar a los soldados del Ejército Rojo cuya participación en la guerra del Lejano Oriente tantas vidas de soldados estadounidenses se esperaba que salvara. Ese aspecto de la incipiente campaña no pasó inadvertido a las tropas soviéticas, de modo que, en palabras de Oleg Smirnov «los nuestros ponían a bajar de un burro a los estadounidenses por querer que otros lucharan por ellos». En ese sentido, las autoridades soviéticas solicitaron de Estados Unidos un total de ochocientas sesenta mil cuatrocientas diez toneladas de mercancías secas, doscientas seis mil de mercancías líquidas —principalmente gasolina— y quinientos carros de combate Sherman, la mayor parte de todo lo cual acabaría siendo enviado efectivamente por el gobierno estadounidense a puertos soviéticos del Pacífico.

A medida que las tropas soviéticas se aproximaban a la frontera se hizo necesario llevar a cabo maniobras de camuflaje y engaño a fin de enmascarar su despliegue. Por otra parte, los generales de más alta graduación viajaban bajo identidad falsa, de modo que el comandante en jefe de las fuerzas soviéticas y vencedor de la campaña en Prusia Oriental, el mariscal Alexandr Vasilevsky, pasó a convertirse en «el teniente

general Vasilev». Vasilevsky, quien en 1945 solo contaba cuarenta y nueve años, fue primero seminarista e inició su carrera militar como oficial del ejército zarista, en 1918 se incorporó al Ejército Rojo y un año más tarde ya estaba al mando de un regimiento. De figura corpulenta y agraciada, realzada por cabellos plateados, Vasilevsky ofrecía una imagen sorprendentemente benigna para tratarse de un alto oficial del Ejército Rojo, como representante de cuya Stavka o Estado Mayor participó en las batallas de Leningrado y Kursk. Vasilevsky fue el más estrecho camarada de Zhukov, aunque no llegó nunca a alcanzar la celebridad de algunos otros mariscales ni a generar, por lo mismo, el consiguiente resentimiento en Stalin.

El plan soviético contemplaba grandes movimientos envolventes de las defensas japonesas mediante ataques sobre tres ejes, seguidos por la captura de Sajalín y de las islas Kuriles, así como —si acababa resultando posible— del norte de Hokkaido. El Frente Transbaikal, comandado por el mariscal Malinovsky, había de atacar Manchuria Occidental, mientras el Primer Frente del Extremo Oriente, bajo las órdenes del mariscal Meretskov, había de penetrar en Manchuria Oriental para alcanzar Mukden —la actual Shenyang—, Harbin y Jilin. Por su parte, el mariscal Purkaev, encabezando el Segundo Frente del Lejano Oriente, lanzaría desde el Norte ataques de apoyo, mientras un grupo mecanizado se abría paso directamente hacia Beijing. La campaña se preveía como una guerra relámpago (*blitzkrieg*) basada en la velocidad como factor decisivo a la hora de atajar toda respuesta por parte de los japoneses. Su Ejército de Quantung —con unos efectivos que los soviéticos cifraban en un millón de hombres, en lugar de los 713 724 que, encuadrados en 24 divisiones, de hecho lo integraban— no había, así pues, de poder gozar de respiro alguno que le permitiera establecer nuevas líneas defensivas. En cuanto al denominado Ejército de Manchukuo, formado por colaboracionistas chinos, estaba compuesto por unos ciento setenta mil hombres, pero carecía tanto de la voluntad como de los medios para prestar un apoyo efectivo a los japoneses en combate.

Sobre el papel, los soviéticos —con 3704 carros de combate y 1852 cañones autopropulsados— disfrutaban de una superioridad cuantitativa de dos a uno con relación al volumen de tropas; de cinco a uno con respecto a carros y artillería y de dos a uno en lo que se refiere a aparatos aéreos. A nivel cualitativo, sin embargo, esa superioridad resultaba mucho mayor, toda vez que más de un tercio de los soldados soviéticos contaban ya con experiencia en combate, al igual que sus mandos. Por el contrario, las divisiones niponas se hallaban bajo mínimos, ya que el Ejército de Quantung había ido viéndose privado progresivamente de sus mejores unidades, enviadas como refuerzo a otros frentes. Por otra parte, sus armas pesadas resultaban netamente inferiores a las del Ejército Rojo, dándose el caso de que algunas bayonetas estaban forjadas a partir de chatarra de vehículos y de que muchos morteros eran de fabricación casera, al tiempo que cada soldado disponía solo de cien

cartuchos por fusil, sin reservas. No es de extrañar, así pues, que los propios japoneses estimaran que sus fuerzas en China y Manchuria poseían únicamente un tercio de la capacidad de combate previa al inicio de la segunda guerra mundial.

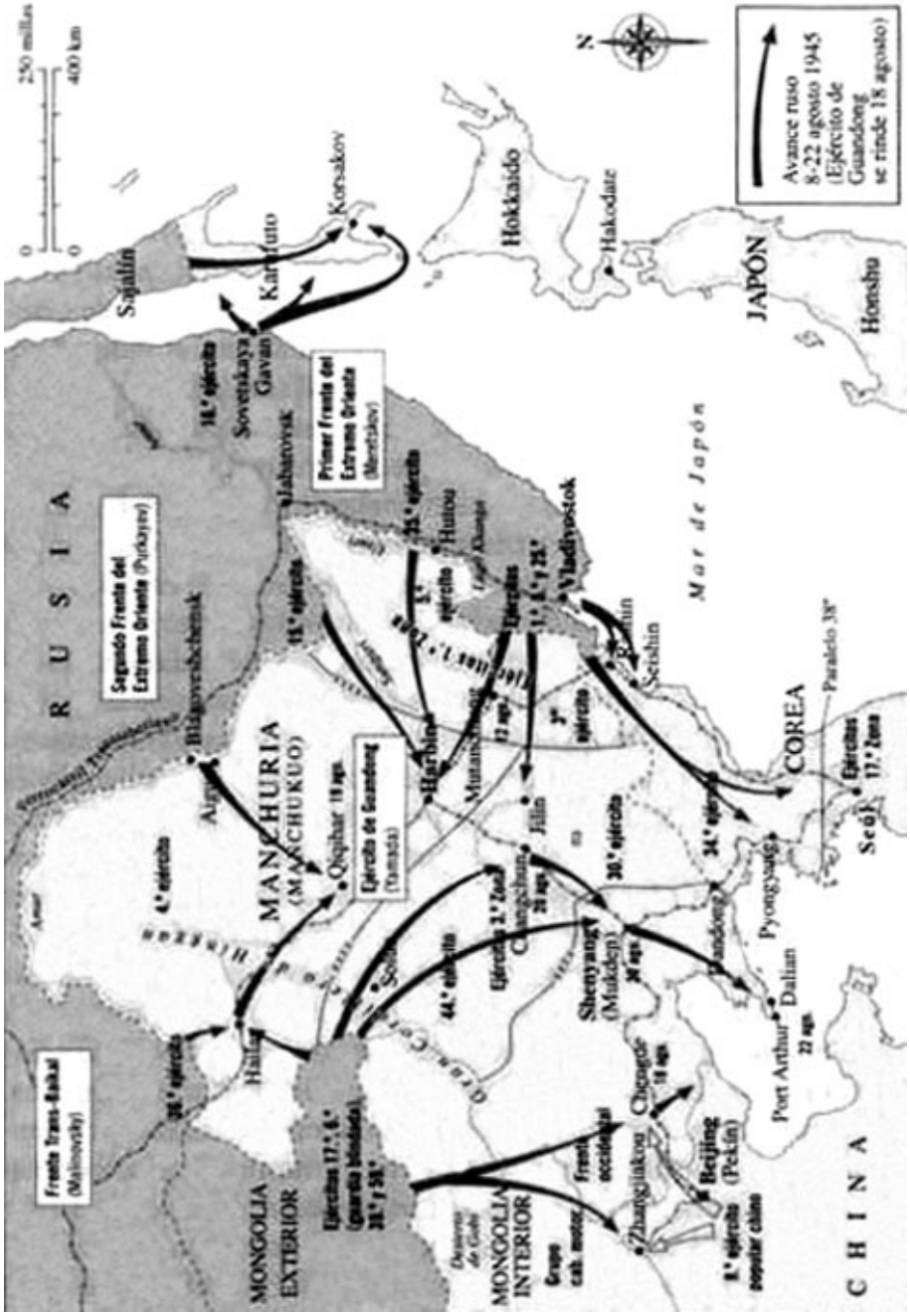
Cuando al aproximarse a la frontera se les ordenó ponerse a cavar, los soldados soviéticos no pudieron dejar de rezongar diciendo «¿pero no íbamos a atacar?». Acto seguido se les informó de que los japoneses podrían llegar a utilizar armas biológicas, por lo que fueron vacunados contra el cólera y el tifus. Por su parte, los veteranos se quedaron de una pieza al observar el triste aspecto de los refuerzos que habían sido reclutados para engrosar sus filas. «Eran “bebés de guerra”», escribiría Oleg Smirnov, «muchachos débiles y desnutridos criados con la escasa comida disponible tras las propias líneas». Soldados que habían recibido las raciones asignadas a las tropas que lucharon bajo el mando de Zhukov y Konev en Europa no daban crédito a sus ojos al ver en qué estado se hallaban quienes habían servido en las guarniciones del Este subsistiendo con raciones de hambre: «Estaban en los huesos, vestían unos uniformes andrajosos y calzaban una especie de vendas para los pies como nunca había visto antes». De ahí el profundo abismo psicológico que mediaba entre «los del Este» y «los del Oeste» dentro de las fuerzas comandadas por Vasilevsky.

Las órdenes dadas a este último por parte de la Stavka señalaban que sus fuerzas habían de iniciar el ataque a primera hora del día 11 de agosto, hora local. Sin embargo, y como consecuencia de las noticias recibidas sobre Hiroshima, Vasilevsky se vio repentinamente obligado a adelantar su ofensiva dos días. En las horas previas a esta, los oficiales de más alta graduación fueron puestos en conocimiento de lo poco que se sabía sobre la bomba atómica, al tiempo que se les instaba a recabar con la máxima urgencia —en lo que no dejaba de representar un empeño de éxito poco probable— cualquier tipo de información sobre la nueva arma que pudieran obtener de prisioneros japoneses.

En esas circunstancias, las autoridades de Moscú consideraban evidente que la rendición nipona se produciría de forma inminente, por lo que resultaba vital asegurarse los territorios prometidos a la Unión Soviética, no fuera que los estadounidenses cambiaran luego de opinión. El razonamiento soviético coincidía plenamente con el que llevó a los británicos a invadir Birmania, en la medida en que la ocupación física del territorio parecía representar la única garantía de toda jurisdicción posterior sobre él. Así, el 8 de agosto —y al igual que miles de mandos soviéticos—, el teniente Alexander Fadin y los demás oficiales de la 20.ª División de Guardias de Caballería fueron convocados a la tienda del comandante de su unidad. Si hasta entonces, y a pesar de que todos los soldados conocían el propósito de aquella gigantesca movilización, este no había sido nunca reconocido abiertamente, ahora las palabras del coronel de la división resultaron esclarecedoras: «Ha llegado el momento de sacudirnos el baldón que pesa sobre la historia de nuestro país…». De

ese modo la oportunidad de resarcirse de la derrota rusa padecida en 1905 a manos niponas se presentaba por parte de los oficiales y los políticos como la justificación que de forma más plausible podría motivar a sus propias tropas.

A fin de lograr un mayor efecto sorpresa, los soviéticos decidieron prescindir de todo reconocimiento aéreo sobre las posiciones japonesas situadas tras la frontera con Manchuria, pese a disponer únicamente de mapas poco fiables y que solo en algunos casos presentaban contornos bien definidos. Así las cosas, el 15.° ejército Soviético emplazado en el Norte procedió a cruzar el río Amur, que como frontera natural separaba la URSS de Manchuria, sirviéndose de una flotilla improvisada a base de vapores comerciales, barcazas y pontones y encontrándose con que, en ciertos puntos, los japoneses trataban de impedir el desembarco prendiendo fuego a troncos flotantes y barcazas. Cañoneras soviéticas con nombres tales como *Proletariado* y *Estrella Roja* entraron en combate con baterías dispuestas en las riberas del río. En las calles de Fuchin se produjeron violentos combates que tocaron a su fin con el desembarco de carros soviéticos llegados para reforzar a los primeros efectivos de infantería desplegados. En el caso de una Brigada Acorazada, su vanguardia llegó a internarse cien kilómetros en Manchuria antes de que su retaguardia pusiera pie en tierra. En conjunto, la flotilla del río Amur transportó en nueve días noventa y un mil hombres, ciento cincuenta carros de combate, tres mil caballos, 413 camiones y veintiocho mil toneladas de suministros, en lo que representó una caótica operación que, sin embargó, se saldó con éxito dada la débil oposición con que topó.




*Invasión rusa de China, agosto de 1945.*

En el Noroeste, y cuando los vehículos del sargento Anatoly Fillipov se dirigían con su unidad del Frente Transbaikal a cruzar la frontera por Atpor, un guardia fronterizo soviético les saludó agitando los brazos con entusiasmo y gritándoles: «Decidles hola a los de Manchuria de mi parte». La llanura central de esa región, donde se concentraban las industrias y el comercio de la zona, solo resultaba accesible atravesando grandes extensiones de terreno pantanoso o boscoso, así como montañas o desiertos. Una vez llegada la hora H, en el sector de Oleg Smirnov un carro T-34 con las luces encendidas pasó traqueteando por delante de la unidad de infantería de Smirnov hasta quedar situado a pocos metros de la cresta más allá de la cual se extendía el territorio enemigo. A continuación, abrió fuego e «inmediatamente cientos de motores rugieron por toda la estepa», recordaría posteriormente Smirnov,

«con cientos de luces destellando y todo el mundo en movimiento». Los integrantes de las columnas blindadas hallaron solo focos aislados de resistencia en los puestos fronterizos, silenciando rápidamente las casamatas desde las que se disparaba contra ellos. Al amanecer, los carros de combate empezaron a avanzar a toda velocidad por la llanura de Manchuria, aprovechando lechos fluviales secos como carreteras y seguidos de cerca por infantería mecanizada y camiones de repostaje. «No tardamos en volver a padecer —sin agua— aquel calor de locura y el polvo». A los soldados les salía sangre por la nariz de puro cansancio y deshidratación y, cuando a la lejos divisaban lagos y corrían hacia ellos gritando de alegría, era solo para descubrir que se trataba de espejismos. En esas circunstancias, empezaron a dejar atrás, sin ninguna pena, los primeros cadáveres de tropas japonesas: «Sabíamos que era necesario acabar la última batalla de esta gran guerra».

Los japoneses habían erigido construcciones fortificadas para proteger carreteras reconocibles desde los puertos de montaña, pero carecían de hombres y materiales para mantener un perímetro continuado. En las primeras horas de la ofensiva soviética, los defensores nipones reaccionaron con una mezcla de confusión y estupefacción. En ese sentido, resulta difícil entender cómo el Ejército de Quantung pudo sufrir una sorpresa táctica de tal calibre, cuando los mandatarios japoneses llevaban años temiendo una invasión por parte del Ejército Rojo y los oficiales nipones tenían ya noticia de amplios movimientos de tropas al otro lado de la frontera. Como tantas otras veces, el Alto Mando del Ejército Imperial prefirió eludir una realidad desagradable antes que llevar a cabo un análisis racional de lo que podría suceder. De ahí que ahora hubiera que convocar a toda prisa reuniones de los Estados Mayores y que se iniciara una auténtica carrera contrarreloj para evacuar a decenas de miles de civiles japoneses y para hacer explotar puentes y destruir caminos más tarde de lo que habría convenido. Así, un comandante japonés, al frente de un convoy formado por camiones repletos de refugiados y víveres con destino al río Mundanjiang, se encontró al llegar allí con que zapadores de su propio ejército habían procedido a dinamitar el puente y con que el río resultaba demasiado profundo para vadearlo. Al final, tanto soldados como civiles pusieron pies en polvorosa abandonando armas y equipajes, que corrieron la misma suerte que muchas piezas de artillería que no pudieron ser remolcadas por falta de tractores.

Desde los puestos fronterizos, los centinelas informaron por teléfono de que estaban siendo superados por «un enemigo netamente superior». Un lastimoso parte cursado por un comandante local daba cuenta de cómo los cien hombres que integraban su unidad, dispuestos a inmolarse como kamikazes, trataron de detener el avance de una columna soviética de blindados: «Cada hombre de la primera compañía del batallón de asalto se pertrechó con una carga explosiva y se lanzó contra el enemigo. Aunque los daños infligidos fueron menores, tampoco las cargas

—de entre tres y siete kilos— fueron lo suficientemente potentes como para frenar a los carros». En esas condiciones, las tropas japonesas no pudieron evitar sentirse sorprendidas y apabulladas tras sus primeros encuentros con los lanzacohetes *katyusha*, que batían con profusión las vías por las que había de discurrir el avance soviético.

Grupos de asalto del cuerpo de ingenieros del Primer Frente del Lejano Oriente fueron lanzados en paracaídas por delante del avance de las tropas, a fin de capturar túneles y puentes intactos a lo largo de la vital línea férrea que conducía al este de China. Durante esas acciones, la mayoría de guardias fronterizos nipones fue neutralizada sigilosamente de un culatazo o una puñalada, pero unos pocos opusieron resistencia guarnecidos en casamatas. Una vez asegurado el control sobre los túneles, el comandante Dmitry Krutskij se encontró con el vehículo que transportaba a los heridos a la retaguardia. Allí yacía un muchacho de no más de dieciocho años con heridas de enorme consideración, prácticamente a las puertas de la muerte. El comandante, al verlo, le preguntó: «¿Duele?». El muchacho respondió: «Sí duele, camarada oficial, pero ¡me recuperaré para volver a luchar!». Krutskij escribiría al respecto mucho después: «Han pasado ya sesenta años desde entonces, pero todavía puedo recordar la voz y los ojos de aquel soldado malherido en aquellos cruentos enfrentamientos». Incluso hasta las tropas soviéticas que se adentraban en Manchuria llegaron noticias del ataque nuclear sobre Nagasaki, pero, como reconocería Krutskij, «para ser sincero, teníamos demasiadas cosas en la cabeza como para prestarle mucha atención y, claro está, ninguno de nosotros podía imaginarse el grado de destrucción que causarían».

El 9 de agosto por la mañana, el comandante en jefe del Ejército de Quantung, el general Otozo Yamada, se presentó en el palacio del emperador Pu Yi en Changchun. Yamada, un menudo oficial de caballería con bigote, veterano de la guerra ruso-japonesa de 1905, solía mostrarse grave y taciturno, pero en aquellos momentos, y bajo la presión de las circunstancias, se tornó voluble y locuaz. Así, sus muestras de confianza en la victoria se vieron un tanto desacreditadas cuando las sirenas que anunciaban alarma aérea empezaron repentinamente a ulular, seguidas por el retumbar de las bombas soviéticas, que obligaron a emperador y general a proseguir su conversación en un refugio.

Pu Yi, un sujeto dado al llanto y a dejarse influir por supersticiones, cayó presa del pánico más profundo temiendo que los japoneses o los chinos fueran ahora a matarlo. Alto, desgarbado y completamente inmaduro a sus treinta y nueve años, Pu Yi se había dedicado durante años a dar rienda suelta a sus apetitos sexuales rodeado de una pléyade de esposas y concubinas, así como a hacer gala de un malhumorado sadismo del que eran víctimas los miembros del servicio sobre quienes descargaba su golpes. Mientras los japoneses le mantuvieron en el poder, disfrutó —si bien ya en

muy reducida medida— de toda la fastuosidad imperial, por mucho que en su corte solo quedaran diez de los cien mil eunucos que habían llegado a tener los emperadores de la dinastía Ming, o de los centenares contra cuyos aposentos tanto le gustaba disparar balines cuando niño. En su calidad de gobernante nominal de Manchukuo, Pu Yi firmaba documentos oficiales, penas de muerte y planes industriales sin hacer distingos, lo que le valió el odio acérrimo de sus compatriotas chinos a causa de su colaboracionismo. Sus criados provenían de los hospicios de Changchun, donde los huérfanos malvivían después de que sus padres hubieran sido asesinados por los japoneses. En esas circunstancias, Pu Yi se tenía por un jefe de Estado, y como tal se le trataba, pero no dejaba de ser meramente el más prominente prisionero de los ocupantes nipones.

El hecho de que ahora pudiera, además, convertirse en un prisionero muerto provocó en él un paroxismo de pánico, que le llevó a andar armado con una pistola día y noche. El 10 de agosto un oficial japonés acudió a palacio para anunciarle que el ejército se retiraba hacia el Sur y que el emperador debía prepararse para salir inmediatamente con destino a Tunghua. Los ruegos de Pu Yi consiguieron un aplazamiento de dos días, pero los japoneses le espetaron sin ambages: «Si Su Majestad no se marcha, será el primero con quien acaben los soviéticos». Así pues, la noche del 11 de agosto, la escasa y malhadada comitiva imperial partió a bordo de un lento y desvencijado tren, con Pu Yi portando en su equipaje los sagrados objetos sintoístas legado de su linaje.

El principal obstáculo al que hubieron de enfrentarse los soviéticos fue al terreno, con artilleros arrastrando ellos mismos piezas de gran calibre por entre los pantanos y soldados de infantería destrozando sus fusiles en el intento de desbrozar caminos que permitieran el paso del equipo pesado. Por su parte, las tropas del Primer Frente del Extremo Oriente que cruzaban el río Ussuri en barcazas se encontraron vadeando ciénagas donde el agua les llegaba por encima de la cintura, mientras miembros del cuerpo de ingenieros tuvieron que cortar alambradas y limpiar campos de minas bajo lluvias torrenciales. Tampoco las zonas boscosas dispensaron a los soldados soviéticos un recibimiento más hospitalario. «Entre los árboles, una espesa maleza daba lugar a una alfombra de pinchos tan largos como un dedo y tan afilados como agujas de coser», escribiría el mariscal Beloborodov, «que se convertían en peligrosas trampas capaces de dejar lisiado a quien no anduviera al tanto, desgarrándole brazos o piernas o atravesándole las suelas de las botas… Los arroyos y riachuelos estaban tan enfangados que incluso carros tan potentes y maniobrables como el T-34 quedaban atrapados en el cieno». En cuanto a los ríos propiamente dichos, el Jalkin-Gol, que discurría por la frontera sudeste de Manchuria, con una anchura de apenas cincuenta metros y una profundidad poco mayor de un metro, poseía, sin embargo, una corriente tan impetuosa como para hacer volcar a camiones y tractores de piezas

artilleras. Las tropas soviéticas resolvieron el problema haciendo uso de su proverbial ingenio: dispusieron de punta a punta del río una hilera de la caballería mongol cuyos jinetes, a lomos de sus lanudos ponis, fueron entrelazando pierna con pierna, de modo que la infantería pudo después atravesar la corriente agarrándose de las crines de los caballos para no perder pie. Por todas partes los soviéticos abrían brecha y, atajando a campo traviesa, desconcertaban una y otra vez a los soldados japoneses que les esperaban apostados en fortines destinados a cubrir caminos. Por su parte las tropas suicidas niponas —los *smertniks*, como les llamaban los rusos— no dejaron día y noche de lanzar golpes de mano contra zapadores que limpiaban campos de minas o contra la retaguardia del enemigo, sin que pudieran hacer nada por detener el incesante avance soviético. En este sentido, resulta ilustrativa la inusual descripción de una acción militar en su conjunto que, desarrollada cerca de Zixincun, se ve reflejada en el siguiente parte del ejército soviético:

> *La carretera se hizo un poco más amplia, pero, a pesar de todo, solo había sitio para que avanzaran dos carros uno junto a otro, casi tocándose. A lo lejos distinguimos cabañas de campesinos hechas de madera y oímos las de fonaciones de los anticarro japoneses que habían abierto fuego desde una loma. La columna hizo alto para responder al fuego enemigo, mientras algunos tanques sortearon la carretera abriéndose camino a campo traviesa hacia el fortín. En aquel momento el combate se generalizó, mientras nuestros carros avanzaban por entre un laberinto de trincheras, casamatas, refugios; pozos de tirador… Los obuses nipones a veces hacían fuego sobre nuestra líneas prendiendo fuego a cabañas y pastos. A lo largo de más de una hora nuestras fuerzas vivieron quizá su batalla más sangrienta desde el inicio de la campaña. Finalmente, el enemigo cedió. Pudimos ver cientos de japoneses en retirada como puntos diminutos esparcidos por las colinas y los lechos pantanosos. Tras ellos se fueron nuestros tanques a toda velocidad.*

En un informe japonés se daba cuenta de cómo patrullas suicidas, saliendo como una exhalación de los márgenes de las carreteras y plantándose de un salto frente a ellos, atacaban los vehículos que encabezaban la columna de blindados soviéticos, mientras cañones anticarro trataban de neutralizar su retaguardia cerrándole el paso. «Pero incluso cuando se hacía blanco en los carros, el daño causado era escaso, ya que nuestros obuses no podían perforar blindados —consignaba un desesperado oficial nipón—. Entonces el enemigo se ponía tranquilamente a reparar los desperfectos, a plena vista de nuestras líneas, en un acto de arrogancia que no era sino burla de nuestra impotencia… Además, nos dimos cuenta de que en las tripulaciones de algunos carros también se incluían mujeres». A las nueve del 14 de agosto, un comandante de división recibió novedades de una posición emplazada en el sector central y que le fueron comunicadas por medio de un jinete, en ausencia de radio o teléfono de campaña: «Dada la dificultad para mantener nuestras posiciones, el regimiento va a lanzar un contraataque por detrás de sus propias líneas. Puede que este sea nuestro último parte».

Durante los primeros días, la aviación nipona presentó solo una resistencia esporádica, lo que hizo ganar confianza rápidamente a los miembros del ala de la

Fuerza Aérea soviética en la que servía Boris Ratner y que habían iniciado la campaña amedrentados por la reputación de que siempre habían ido precedidos los pilotos de guerra japoneses. Un aviador soviético perdió la vida en su primer ataque sobre Manchuria, pero ninguno más corrió después tal suerte. Por otra parte, los pilotos soviéticos consiguieron en repetidas ocasiones hacer blanco sobre columnas de tropas o vehículos; en cambio, las defensas antiaéreas niponas solo de forma ocasional fueron capaces de perforar el fuselaje de los aviones soviéticos y en contadísimas ocasiones llegaron a abatirlos. A su vez, cuando quiera que un puñado de aparatos de reconocimiento japoneses hacía acto de presencia era inmediatamente neutralizado por pilotos soviéticos, quienes no pudieron ocultar su sorpresa al descubrir que en la mayoría de aeródromos enemigos solo había aviones falsos y al empezar a darse cuenta, por tanto, de cuán débiles eran en realidad las defensas de Manchuria.

El Alto Mando japonés procedió con presteza a descartar las defensas fronterizas y se dispuso a crear líneas defensivas de menor extensión y más próximas a la retaguardia. Ello mostraba un sano realismo que, no obstante, se vio comprometido cuando los cuarteles generales del Ejército de Quantung intentaron al mismo tiempo reorganizar sus formaciones. Como consecuencia de ello, muchos oficiales no llegaron a saber con certeza a quién debían remitirse para recibir órdenes, por no hablar de qué posiciones se suponía debían defender. Carecieron de tiempo y movilidad para reorganizarse efectivamente, de modo que, cuando la guerra acabó, algunas unidades todavía estaban intentando llegar hasta sus nuevas posiciones. En opinión del historiador chino Wang Hongbin, «a muchos soldados japoneses les faltó voluntad de combate para luchar con denuedo en Manchuria, porque sabían que la guerra estaba perdida». Como dicho historiador también expone, «un millón de soldados defendiendo un territorio parece mucho, pero esas tropas no se habían visto nunca obligadas a librar una guerra moderna, como sí era el caso de los soviéticos, ampliamente experimentados tras sus campañas en Europa y que, además, contaban con la solidez de su fuerza aérea. La maquinaria de guerra rusa era incomparablemente más avanzada y tampoco las tropas niponas podían contar con apoyo alguno por parte de la población local».

Las columnas de carros soviéticos cubrieron el primer día casi ciento cincuenta kilómetros en su avance por el desierto que se extendía ante el Frente Transbaikal. Algunas unidades se perdieron, desorientadas entre las grandes nubes de polvo que ellas mismas generaban. «Los destacamentos avanzaban de loma en loma bajo un sol de justicia, mientras los soldados aprovechaban para respirar a pleno pulmón cada brizna de aire fresco que soplaba», escribiría el teniente general Liudnikov Doroga.

*Las colinas no parecían tener fin y engañaban respecto a las distancias… Las temperaturas durante el*

*día alcanzaban los treinta y cinco grados o más y los oficiales médicos se sentían alarmados ante el riesgo de golpes de calor. Nuestros hombres sabían que echar mano del agua solo servía para tener más sed, así que aguantaron. Los que no lo hicieron fueron los vehículos, con motores recalentados y radiadores humeantes. Por fin, los montes del Gran Jinghan aparecieron en lontananza… envueltos en silencio: habíamos llegado antes que los japoneses y teníamos que subir por ellos en seguida.*

El teniente Alexander Fadin de la 20.ª Brigada de Guardias se manifestaba así al respecto: «Estábamos completamente derrengados por el calor y por el esfuerzo que suponía franquear tantas barreras naturales. Cuando llegaba la orden de hacer alto y salíamos de los carros, los hombres apenas se podían mantener en pie». En cada división se daban diariamente entre treinta y cuarenta casos de golpe de calor, mientras que las frágiles cantimploras de los soldados soviéticos no dejaban cada día de romperse, con lo que quien había sufrido ese percance pasaba a depender de compañeros con mejor suerte a la hora de calmar su sed. «Una vez que encontramos un pozo, tuvimos que sacar agua desde una profundidad de diez o doce metros», explicaba el teniente Stanislav Chervakov. «Estaba fría como el hielo y después de beber algunos sufrieron terribles retortijones y unos pocos murieron. Eso nos sirvió para darnos cuenta de que era imprescindible que los oficiales llegaran primero hasta los pozos para supervisar lo que bebían sus hombres. Eran parajes increíblemente silvestres, en los que apenas vimos japoneses. Aunque se nos dijo que teníamos que contar con ataques por parte de comandos nipones, nunca nos encontramos con ninguno. Nos causó una profunda impresión la pobreza de los chinos. Sus cabañas de barro eran completamente distintas a lo que estábamos acostumbrados a ver en Europa. Lo más curioso es que, cualquiera que fuera nuestro rango, ellos siempre nos llamaban a todos "¡*Capitana*!"». La 59.ª División de Caballería hizo frente a especiales dificultades, ya que necesitaban agua para sus ponis y carecían de medios para llevarla consigo en cantidades apreciables, por lo que su comandante destacó en vanguardia a un escuadrón especial, encargado de identificar y poner bajo su control los pozos con que fueran encontrándose en su avance.

El sargento Georgy Petryakov, por su parte, temía más que otra cosa que le mataran después de haber sobrevivido a cuatro años de guerra, que pasó, en parte, en el frente germano y, en parte, en una guarnición emplazada en el Este. Hacía poco que había solicitado ser miembro del Partido Comunista, el pasaporte que en la Unión Soviética daba acceso a todas las cosas buenas de la vida de las que él quería ahora disfrutar. «Nunca habría creído que un clima así resultara posible: treinta grados bajo cero en invierno y cuarenta positivos en agosto». Petryakov aborrecía aquel paisaje árido de Manchuria, incluyendo también a sus habitantes, que ellos habían venido justamente a liberar: «¡Menudos hipócritas eran los chinos! Sonriéndonos siempre de oreja a oreja, inclinándose ante nosotros y adulándonos», recordaría Petryakov con disgusto. Sin embargo, aún le resultó más repulsivo el desprecio con que los

japoneses, incluso estando prisioneros, trataban a los civiles chinos.

Antes del amanecer del 11 de agosto, el 39.° ejército empezó a abrirse camino por la estepa camino del Gran Jinghan. Los japoneses lo habían considerado infranqueable y, en consecuencia, no habían hecho nada por fortificar sus crestas, por mucho que un reducido número de fuerzas que guardaran sus accesos habría complicado enormemente el ascenso a los invasores. Tal como estaban las cosas, sin embargo, los soviéticos no tuvieron que ocuparse más que de las propias montañas. Los carros T-34 iban en cabeza, ya que los Shermans estadounidenses eran menos resistentes y consumían más combustible. En algunos lugares, el camino apenas alcanzaba los tres metros de ancho y se veía atravesado por arroyos y barrancos, cada uno de los cuales había de ser franqueado. Algunas unidades se vieron detenidas en su avance por paredes rocosas, sin contar con las fuertes lluvias que hacían derrapar sin remedio a los vehículos con ruedas. «Al principio la lluvia nos alegró un montón», diría posteriormente Oleg Smirnov, «pero al final acabamos maldiciéndola». Los soldados de infantería eran quienes más motivos tenían para odiar el mal tiempo, porque no podían guarecerse de él. Torrentes de montaña desbordados hacían caer grandes peñascos montaña abajo, mientras los destellos de los relámpagos recordaban a los soviéticos a una descarga de numerosos *katyusha*. Los soldados se dejaron la piel empujando y arrastrando camiones embarrancados en los lodazales. Recordándolo, dirían posteriormente que hicieron subir sus vehículos hasta el Gran Jinghan «a fuerza de pedos». En ocasiones un camión resbalaba por el precipicio y caía al vacío, para quedar hecho añicos mucho más abajo. Por ello, las densas nubes bajas hacían necesario que llevaran encendidas las luces de los vehículos, incluso a plena luz del día.

Subiendo montaña arriba, los motores se revolucionaban frenéticamente cuando los neumáticos resbalaban sobre rocas húmedas, del mismo modo que los carros no podían evitar patinar en el barro. «Hasta los tripulantes más experimentados se llevaban las manos a la cabeza cuando contemplaban lo que les esperaba en la cima», recordaría el teniente Fadin. Su propio carro lo intentó tres veces al llegar al paso más elevado, antes de acabar franqueándolo ligado con cables de acero a otros dos T-34. El teniente Chervakov, quien apenas se había mostrado preocupado por verse destinado a Manchuria al iniciarse la campaña, se sintió mucho más desgraciado entre los desfiladeros del Gran Jinghan. Él y sus hombres tuvieron primero que descargar cajas de cohetes del tipo *katyusha* y subir luego sus grandes y pesados camiones Studebaker jalando de cuerdas, a pulso: «No se podía hacer otra cosa con aquel terreno y tampoco con los *katyusha*».

El descenso por la otra cara del Gran Jinghan se reveló aún más peligroso que la subida, con tanques resbalando fuera de todo control por empinados desfiladeros. Las averías eran continuas y la lluvia tampoco daba respiro alguno a las tropas.

Finalmente, las tripulaciones de los carros oyeron disparos en la lejanía efectuados por una unidad de reconocimiento que había entrado en liza con los japoneses en la vecina localidad de Lupei. Allí se dirigió rápidamente la brigada, para encontrarse a su llegada con que las defensas niponas habían sido ya denotadas. Por curiosidad atravesaron las posiciones japonesas, observando que había cargas polares dispuestas junto a los cuerpos sin vida de soldados enemigos. Por la radio pudo oírse una voz que, sin poder ocultar su decepción, decía: «Hemos vuelto a llegar demasiado tarde». Al caer la tarde aquel mismo 12 de agosto algunos carros se quedaron sin combustible. «¿Cómo andáis de bebida?», preguntó el comandante del batallón por radio recurriendo para comunicarse a un código rudimentario. El teniente Fadin le respondió que la mayor parte de sus carros disponía de combustible solo para cubrir entre treinta y cuarenta y pico kilómetros más. Acto seguido, Fadin recibió órdenes de ceder todo el combustible disponible, aparte de unos pocos litros, al primer batallón de la brigada, que habría de proseguir su avance. Al día siguiente, sus propios carros se vieron repostados gracias a los tambores de combustible transportados por unos aviones que aterrizaron en un aeródromo cercano, mientras las puntas de lanza del avance soviético recibían de su aviación dos mil toneladas de combustible y 78 de munición.

Una vez en la llanura, la columna blindada, cuyos carros averiados pasaban a ser remolcados por otros, descubrió que los japoneses habían hecho explotar los diques de las presas, inundando así una extensa superficie de terreno. Así las cosas, el único camino practicable para seguir avanzando era el que discurría por una línea de ferrocarril que ascendía por un terraplén y conducía de Tunliao a Chzhaniu. Vulnerablemente expuesta, una hilera de carros empezó a moverse dando saltos por la vía férrea, que en algunos puntos resultó dañada. Al mismo tiempo, las vibraciones de los carros eran causa de frecuentes averías, de modo que los vehículos que quedaban inutilizados iban a parar directamente a los anegados arrozales circundantes. Un solitario kamikaze japonés estrelló su aeroplano contra un T-34 y otros vehículos ligeros, y todos ellos resultaron destruidos. No obstante, al final las tropas soviéticas volvieron a hallarse en tierra firme y de nuevo avanzando.

Algunos soldados de la caballería nipona presentaron combate, pero muchos otros prefirieron rendirse. Así, hasta mil trescientos veinte hombres fueron hechos prisioneros la tarde del 14 de agosto, después de que veteranos soviéticos de la guerra de Europa —sin saber una sola palabra de japonés— espetaran el *Hande hoch!*[40] que habían aprendido combatiendo contra los alemanes a aquellos de sus enemigos que parecían dispuestos a rendirse. En ese sentido, hasta el mismo comandante del 10.° Distrito Militar de Manchukuo se presentó ante los rusos para capitular, al frente de una columna de mil jinetes chinos. Pese a la existencia de focos aislados de resistencia, el avance soviético prosiguió dejando a estos últimos aislados. De ese

modo, el 6.° ejército de Guardias de Caballería cubrió unos trescientos cincuenta kilómetros en cuatro días, siendo la mayor dificultad que hubo de afrontar la escasez de combustible para los vehículos y de agua para las tropas. A su vez, la aviación soviética tomó tierra en Mukden y Changchun el 19 de agosto para apoderarse de los aeródromos de ambas ciudades, dos días antes de encontrarse con sus camaradas de las columnas blindadas que habían llegado por vía terrestre.

Por su parte, los hombres del Primer Frente del Lejano Oriente se hallaron avanzando por entre lo que el bombardeo y los ataques aéreos soviéticos habían dejado tras de sí: cuerpos sin vida de jinetes y monturas, papeles y fotografías esparcidos por doquier, vehículos calcinados y desperdicios enterrados en el lodo. El hedor era indescriptible, una mezcla de olor a cadáver descompuesto y excrementos, caucho quemado y animales desventrados. Con todo, el regimiento de Kosopalov solo se vio detenido por un enjambre de abejas cuya colmena había sido alcanzada por los proyectiles: «Se volvieron locas y empezaron a picarnos a todos hasta que conseguimos apaciguarlas con bombas de humo».

Li Dongguan y su patrulla de reconocimiento, creada a iniciativa soviética, actuaban tras las líneas enemigas, como habían hecho antes a menudo, en la ciudad de Dong An, estableciendo posiciones japonesas y comunicando después la situación a su base. Al cabo de algunos días se produjo la ocupación soviética y los japoneses que se habían quedado se entregaron sin oponer resistencia. Li, vestido con uniforme del Ejército Rojo, se encontró así de improviso frente a un grupo de soldados nipones con los brazos en alto e inclinados ante él en actitud miserablemente sumisa. «Se merecían todo lo que les pasó», diría Li lacónico posteriormente. «Nadie les pidió que ocuparan nuestro país».

Jiang De pertenecía a un contingente de guerrilleros entrenado por los soviéticos que, sin previo aviso, fue objeto de revista en su base, situada en un bosque del este de Rusia, el 8 de agosto y tras ello recibió la siguiente consigna: «Salís de misión». Inmediatamente después, los militares soviéticos condujeron al grupo, integrado por sesenta hombres distribuidos en patrullas de a cuatro, a un aeródromo, donde fueron embarcados en tres aviones de transporte, con órdenes estrictas de no hablar entre sí de sus respectivos destinos. Poco después, el avión despegó llevándoles rumbo a Manchuria y planteando un problema alarmante a la patrulla de Jiang, ya que, como consecuencia de la característica falta de previsión soviética, ninguno de ellos había sido instruido sobre cómo lanzarse en paracaídas, a diferencia de la mayoría de sus compañeros. Apabullados ante la poca agradable perspectiva de saltar por primera vez en paracaídas justo sobre el campo de batalla, Jiang y sus camaradas trataron de hallar consuelo pensando en el destacado papel que iba a corresponderles en la liberación de su país.

Dos horas más tarde, se precipitaban sobre la oscuridad de Manchuria: Jiang y

dos de sus camaradas con suficiente fortuna como para salir indemnes de la empresa. Con las primeras luces del alba entraron en contacto con campesinos de la zona, que les dijeron que su cuarto compañero, menos afortunado, yacía muerto en unos campos próximos. Jiang se puso en contacto por radio con su base, desde donde le instaron a hallar el cuerpo de su compañero, a fin de recuperar sus mapas y otros documentos. Los campesinos les condujeron hasta donde había caído Man Sun Cheng Yu, su malogrado camarada y un buen amigo de Jiang. Su cuerpo sin vida presentaba ahora el aspecto de un repulsivo revoltijo de vísceras, después de que el sistema de despliegue por cinta estática se hubiera roto con un ruido seco durante el salto y su paracaídas no hubiera llegado a abrirse.

Los tres supervivientes, dos en uniforme nipón y otro vestido de civil, para afrontar otras eventualidades, se pusieron manos a la obra, dando cuenta de movimientos de tropas e incitando a la población local a hostigar al enemigo. A la hora del almuerzo del 11 de agosto —tan solo unas horas después del aterrizaje de la patrulla china— campesinos de la zona informaron a sus miembros de que una sección de tropas niponas había llegado a su aldea requisando alimentos. «Dádselos», les dijo Jiang, «e intentad concentrarlos en un único lugar. Una vez les hayáis llevado toda la comida, buscad un sitio donde esconderos». Los soldados japoneses se vieron totalmente sorprendidos cuando los tres guerrilleros chinos penetraron en la cabaña donde estaban comiendo y abrieron fuego mortalmente contra ellos con sus subfusiles. Una vez vaciado el primer peine de munición, solo se movían cuatro o cinco japoneses, así que Jiang y sus hombres recargaron las armas, les remataron y dejaron luego que los campesinos transportaran los cadáveres hasta el río próximo a la aldea para tirarlos allí.

«Nos sentíamos realmente satisfechos», manifestaría posteriormente Jiang. «Los japoneses habían asesinado a tantos de los nuestros que resultaba magnífico poder empezar a equilibrar la balanza». Jiang y los suyos convocaron a todos los habitantes de la aldea que pudieron encontrar, les revelaron quiénes eran y les comunicaron que habían liquidado a los invasores, sin dejar de invitarles a colaborar con ellos consiguiéndoles información sobre el enemigo. Los jóvenes guerrilleros chinos se despojaron de los uniformes japoneses en que habían aparecido y se pusieron guerreras soviéticas. Su misión vivió otro momento álgido cuando el 14 de agosto avistaron una columna de soldados nipones que se retiraba de la vecina localidad de Mundanjiang, hecho del que informaron por radio a su base. Cuando poco después el devastador impacto de un proyectil lanzado desde un avión soviético hizo blanco a lo lejos sobre la carretera, quisieron pensar que ese ataque aéreo se había producido como consecuencia de las novedades que ellos mismos acababan de comunicar por radio. Tras ello, los guerrilleros se dirigieron al lugar de la deflagración, se hicieron con todas las armas que pudieron hallar entre los restos de la sección y las repartieron

posteriormente entre los campesinos. Al día siguiente se encontraron con una columna de infantería soviética «que nos dio una gran bienvenida» y cuyo avance se vio momentáneamente interrumpido para enviar a los tres guerrilleros chinos de vuelta a su cuartel general en Rusia a bordo de un *Jeep*.

En algunos lugares, se produjeron duros enfrentamientos. «Aquello no fue un paseo militar», manifestaría más tarde el oficial de carros Alexander Fadin. «Los samuráis resistieron desesperadamente, sobre todo durante la primera semana. Pudimos comprobar que todo lo que nos habían contado sobre soldados suicidas japoneses era cierto». Por su parte, la unidad del operador de radio Viktor Kosopalov se acercaba a un paso entre dos montañas cuando los japoneses abrieron fuego sobre los soviéticos desde lo alto de una de ellas. Todo el mundo corrió a ponerse a cubierto. Desde detrás de un peñasco, Kosopalov no pudo dejar de fijarse en cómo los disparos iban desgajando ramas de matorral por encima de su cabeza y haciendo saltar chispas al impactar contra las rocas. Finalmente, un oficial le dio las coordenadas de la posición japonesa, coordenadas que él se encargó de transmitir, en lenguaje no cifrado, al cuartel general de su división. Después de una larga pausa, una descarga de artillería barrió del mapa a los japoneses, tras lo cual la infantería rusa se puso en movimiento y comenzó a avanzar con cautela hacia el promontorio sin encontrar más resistencia. Una vez en él, descubrieron unos pocos cuerpos sin vida de soldados japoneses y —como Kosopalov no pudo dejar de observar con sorpresa— una cocina de campaña todavía humeando llena de arroz hervido. Tras ello, prosiguieron su avance.

A primera hora del 13 de agosto, el general Yoichi Hitomi de la 135.ª División se acercaba en tren a Hualin portando refuerzos y acompañado de su Cuartel General cuando ante sus propios ojos se produjo la voladura del puente que cruzaba el río Mundanjiang. Inmediatamente, carros soviéticos empezaron a hacer fuego sobre el tren varado, mientras algunos de sus ocupantes saltaban al río en la esperanza de salvarse a nado. Finalmente Hitomi pudo reasumir el mando y hallar, junto con sus tropas, un camino que les condujera hacia Hualin, sin dejar de repeler en los días sucesivos repetidos ataques por parte de los soviéticos.

El sargento Anatoly Fillipov tuvo por primera vez noción de que la guarnición japonesa de Hailar estaba decidida a resistir cuando su batallón, avanzando hacia esa localidad al atardecer del 11 de agosto, vio a lo lejos un rebaño de ovejas pastando. «De repente, las ovejas se pusieron a dispararnos: ¡ta-ta-ta-ta-ta! Soldados japoneses que se habían metido entre ellas mataron a seis de los nuestros, lo que provocó un cierto pánico». Los mandos soviéticos ordenaron luego a su artillería hacer fuego sobre las defensas niponas de Hailar, que incluían una profunda zanja antitanque y líneas de trincheras conectadas con casamatas. Los zapadores se internaron luego reptando en las posiciones japonesas para plantar cargas explosivas, cuya detonación

permitió avanzar a la infantería que, a su vez, pudo disparar prácticamente a bocajarro contra las fortificaciones donde se apostaban los defensores.

Pese a ello, los atacantes no llegaban a abrir brecha. «El fuego de ametralladora y de mortero con que los japoneses nos batían era tan intenso que apenas podíamos levantar la cabeza», haría notar el observador artillero[41] Dashi Irencheyev, cuyo cabo cayó muerto junto a él. «El 15 de agosto por la tarde, sobre las cinco, un batallón de samuráis —kamikazes— se lanzó sobre nosotros a pecho descubierto y con la guerrera remangada blandiendo su espada y gritando: "¡Banzai!". Nuestros tiradores no perdieron el tiempo y liquidaron a la mitad. Luego, nuestra infantería se lanzó al contraataque y les arrolló. Ni uno solo se retiró o se rindió. Algunos de los que fueron heridos se acabaron suicidando. El campo de batalla quedó sembrado de cadáveres». Poco después un mortero fue a caer tan cerca de Irencheyev que este resultó contusionado y quedó sordo, mientras la sangre le manaba por los oídos antes de que algunas camaradas acudieran a evacuarlo. Los japoneses siguieron resistiendo al fuego de artillería y los ataques de infantería hasta el 18 de agosto, cuando 3827 supervivientes terminaron por entregarse.

En otro orden de cosas, los soviéticos aprenderían por las malas la importancia de proteger adecuadamente sus escalones de retaguardia. Así, una compañía del cuerpo médico que estaba vivaqueando la noche del 14 de agosto se vio súbitamente atacada por un grupo kamikaze mientras los desprevenidos soldados rusos dormían. Los japoneses estaban ya sacando por la fuerza a médicos y enfermeras de una ambulancia de campaña cuando se dio la alarma. Tras un breve intercambio de disparos, los atacantes se retiraron llevándose consigo a tres enfermeras, cuyos cuerpos mutilados y descuartizados serían hallados posteriormente en las inmediaciones. El triste incidente, tal como señalaba un furibundo parte soviético, fue debido a la «negligencia criminal» de los oficiales responsables de garantizar la seguridad de la unidad, que a partir de aquel momento se vio reforzada por una sección de subfusiles destinada a prestar protección al equipo médico.

Un hecho clave de la campaña en Manchuria es que los defensores carecían de todo tipo de medios para desplazar tropas, dada la total superioridad aérea soviética y su propia falta de vehículos, a la que se añadía una desesperada escasez de baterías anticarro. Pese a todo, allí donde los soviéticos no tuvieron más remedio que asaltar posiciones defensivas construidas a conciencia, las fuerzas niponas resistieron empecinadamente y les infligieron cuantiosas pérdidas. Así ocurrió, por ejemplo, en el cruce de carreteras, profusamente fortificado, de Mundanjiang, en el Este, donde dos divisiones japonesas libraron un enconado combate contra el Primer Frente del Lejano Oriente por espacio de dos días. Un soldado nipón describiría así lo que allí sucedió el 15 de agosto.

*Tan pronto como nuestras baterías anticarro se vieron silenciadas, unos treinta tanques enemigos aparecieron frente a las posiciones principales del 278.° Regimiento. Abrieron fuego causando gran número de bajas y acabando uno por uno con los defensores, así como neutralizando nuestras armas pesadas… Sobre las dieciséis horas la conexión telefónica del regimiento con el cuartel general de la división quedó cortada. Cuatro carros enemigos fueron destruidos y cinco inutilizados. Poco más tarde, otros quince carros aparecieron frente al puesto de mando de la división. En eso, una patrulla de cinco hombres de la unidad de transporte, cada uno llevando consigo una carga explosiva de quince kilos, lanzó un ataque suicida contra la avanzadilla del enemigo y logró acabar con sendos carros enemigos. Al ver eso, el resto de blindados soviéticos se apresuró a retirarse hacia Sudaoling, seguidos por la infantería que les acompañaba.*

El respiro que les concedió esa acción hizo que el Estado Mayor de la división desistiera de lanzar una última carga suicida, prefiriendo, en cambio, mantener una defensa convencional, pese al impedimento que suponía tener las líneas telefónicas cortadas y no disponer prácticamente de radio. El 16 de agosto un tal comandante Ueda del 278.° Regimiento llegó al cuartel general de la división poco antes del amanecer para dar cuenta a su superior, el coronel Haima Yamanaka, de que el resto de dicha división se había retirado. Yamanaka repuso únicamente: «Moriré aquí. No me retiraré en ausencia de una orden explícita que me autorice a hacerlo». Pocas horas más tarde, un contingente netamente superior de tropas soviéticas formado por carros e infantería atacó sus posiciones. A mediodía, el coronel Yamanaka realizó una respetuosa reverencia mirando hacia el Este, procedió a quemar la enseña del regimiento, reunió a sus tropas y se lanzó al contraataque, tras cuyo fallido resultado se hizo el haraquiri, al igual que el comandante Ueda. Según fuentes niponas, la captura de Mundanjiang supuso para su ejército cuatro mil bajas mortales, frente a las cuarenta mil atribuidas por fuentes soviéticas, hallándose la verdad probablemente entre ambas cifras. En cualquier caso, el Ejército Rojo calculaba que esta única batalla representó la mitad de sus pérdidas totales en Manchuria, incluyendo el número de carros de combate neutralizados.

La ciudad de Mundanjiang no llegó a estar bajo pleno control soviéticos hasta la tarde del día 16 de agosto, mientras destacamentos aislados de tropas japonesas que no habían llegado a ser informados de la orden de retirada general, continuaron defendiendo sus posiciones hasta la muerte. A su vez, algunas puntas de lanza de la ofensiva soviética, en su celo por avanzar a la mayor velocidad posible, sufrieron las graves consecuencias de contraataques locales, pese a lo cual para el 20 de agosto ya se habían internado en territorio enemigo hasta llegar a Harbin. En Corea del Norte, la resistencia organizada cesó el 16 de agosto arrollada por el Primer Frente del Lejano Oriente, si bien algunas unidades japonesas proseguirían los combates incluso diez días más. Los soldados soviéticos se veían tristemente impresionados por el modo en que las tropas niponas atrincheradas en los puestos fortificados luchaban sin cuartel y tenían que verse reducidas tras demoledores bombardeos artilleros y ataques

de infantería. Tal como afirma el historiador David Glantz, el más destacado especialista occidental en esa campaña, «las tropas que defendían las regiones que contaban con posiciones fortificadas opusieron una resistencia tan fiera y tenaz como absurda… hubo guarniciones que combatieron hasta el punto de caer extenuadas o exterminadas».

Tanto dentro como fuera de Manchuria, los chinos acogieron la noticia de la ofensiva lanzada por Stalin con sentimientos encontrados, pese a lo cual, durante los primeros días, la población local tributó un recibimiento entusiasta a las tropas soviéticas. Así, la unidad de Viktor Kosopalov se sintió encantada al verse acogida en cada aldea por campesinos que les traían cubos de agua fresca: «Hacía tantísimo calor y estábamos tan sedientos que aquel era el manjar más preciado que podían habernos dado». En parecidos términos, un grupo de soldados que estaba contemplando el tumultuoso torrente de un río, se quedó de una pieza cuando vio que los chinos que estaban en la lejana ribera opuesta se echaban al agua y nadaban al encuentro de sus libertadores llevando consigo cuerdas para ayudarles a cruzar. Por otra parte, miles de campesinos de Manchuria trabajaron codo con codo con miembros del cuerpo de ingenieros soviético reparando los diques de las presas dinamitadas por los japoneses, sin dejar, por otra parte, de avisarles de cualquier posible emboscada. «Cuando entramos en la ciudad de Vanemiao», recordaría Oleg Smirnov, «los chinos nos dieron la bienvenida gritando ¡“*Shango*”!, y ¡“*Vansui*”! —“diez mil años de vida para vosotros”—. Hacían ondear banderas rojas y casi se subían por nuestros carros». Lo más probable, sin embargo, es que en realidad gritaran ¡“*Zhongguo ivansui*”! —¡“Larga vida a China”!—, pero Smirnov y sus camaradas no habían de poder saberlo.

En la costa del Pacífico, la infantería naval soviética llevó a cabo asaltos anfibios destinados a tomar las ciudades de Unggi y Najin el 11 y el 12 de agosto y de Chongjin cuatro días más tarde. Incluso después de que los defensores fueran expulsados de esas ciudades, muchos de ellos siguieron luchando en los montes circundantes, hasta el punto de que el Segundo Frente del Extremo Oriente aún hubo de resistir duros contraataques durante el 15 y el 16 de agosto. De otra parte, navíos de guerra soviéticos tuvieron que vérselas con un tren blindado que hacía fuego sobre ellos desde la orilla, de modo que, al final, el combate por Chongjin no tocó a su fin hasta el atardecer del 16 de agosto, cuando las fuerzas del 25.° ejército, al llegar por tierra, se encontraron con la infantería de marina.

En cuanto al emperador Pu Yi, su tren recaló en Meihokuo el 12 de agosto, donde el comandante en jefe del Ejército de Quantung, el general Yamada, se presentó en el furgón real para asegurar al emperador que sus fuerzas estaban alzándose con la victoria en todos los frentes. Tales aseveraciones se vieron de inmediato desmentidas por el espectáculo de una multitud de refugiados japoneses de toda edad y condición pugnando por abordar en el tren en la estación de Jelin, mientras se enfrentaban a

gritos a soldados y policía. Al día siguiente el emperador llegó a Talitzukou, un pueblo minero asentado entre bellas montañas, donde a lo largo de dos días de terror, y en compañía de su reducido y maltrecho séquito, esperaría acontecimientos y el destino que hubiera de depararle el futuro.

Estaba claro que Japón se hallaba derrotado, pero lo que había de seguir resultaba mucho menos obvio. «La mayoría de nosotros sabía que Stalin había decidido obrar así por motivos propios», manifestó el capitán Luo Dingwen, encuadrado en las filas nacionalistas. «No teníamos razón alguna para sentir aprecio o confianza hacia los rusos». Xu Guiming era un empleado chino adscrito a la oficina de propaganda japonesa de la ciudad de Aihun, en la ribera del río Amur perteneciente a Manchuria, ahora bajo control del Segundo Frente del Lejano Oriente. Xu vivía a escasos centenares de metros del edificio donde trabajaba, en un patio ocupado por tres familias. Una de ellas era la suya propia, la segunda era la de Zeng, otro empleado de la oficina de propaganda, y la tercera correspondía a la del propietario, un tal Sr. Chen. Este era un musulmán, dueño asimismo de diez vacas, al que el opio que solía fumar mantenía en un estado de embotamiento tal que le hacía perder la noción de las cosas, tuvieran estas que ver con la paz o con la guerra. Por la tarde del 9 de agosto el teléfono del patio sonó. Era una llamada de la oficina de propaganda ordenando a sus empleados presentarse en ella de inmediato para recibir novedades de vital interés.

Xu llegó al edificio requisado de tres plantas en que se hallaba la oficina, para toparse con japoneses que se movían nerviosos con pasos cortos de aquí para allá llevando pilas de documentos que lanzaban a una gran hoguera que ardía en el exterior del edificio. En su interior, y una vez reunido el personal, el director anunció que había recibido noticias de que tropas soviéticas habían traspasado la frontera con Manchuria. Así pues, todo el mundo debía abandonar la localidad al caer la tarde del día siguiente, a lo cual los empleados japoneses asintieron con miserable abyección. Xu no sintió ningún tipo de lástima, porque nada en la actitud de sus jefes podía hacerles merecedores de su simpatía. Seguidamente todos hicieron cola para recibir el salario correspondiente a tres meses y luego regresaron a sus casas mientras su lugar de trabajo pasaba a arder como una tea.

De vuelta al patio donde vivía, Xu se encontró con que su vecino Zeng estaba echando mano de sus cuatros ponis para huir con su mujer, sus hijos y lo poco que pudiera llevarse consigo. Xu, por su parte, y después de hablar con su familia, que incluía a un hermano y a varios niños, decidió que irían a buscar refugio en las inmediaciones. Cuando al final consiguieron llegar hasta los campos próximos, ya había caído la noche, por lo que, rendidos de cansancio, se acurrucaron unos contra otros y cayeron en un sopor que duró hasta bien entrado el día. Las primeras luces del alba revelaron que aproximadamente la mitad de los veinte mil habitantes de Aihun había abandonado la ciudad para internarse en los campos, si bien otros muchos

habían preferido quedarse y observar los acontecimientos que no tardarían en producirse. En efecto, poco después aparecieron cañoneras soviéticas que, bajando por el río a toda máquina, abrieron fuego barriendo la ribera y dejaron caer una lluvia de obuses sobre la vecina estación de ferrocarril. Los proyectiles no dejaban de caer por todas partes y en una ocasión alcanzaron a una anciana y a una vaca que se hallaban a poca distancia de Xu. Finalmente, cuando los marines soviéticos empezaron a saltar a tierra, el jefe de la unión de trabajadores local fue a su encuentro y les recibió con las siguientes palabras: «Bienvenidos al Nordeste». Aquel hombre ciertamente valeroso les informó de que en el pueblo no había armas y de que todos los japoneses se habían marchado, por mucho que unos cuatro mil soldados nipones se harían fuertes en las proximidades y no llegarían a entregarse hasta el 20 de agosto.

Los días y semanas que siguieron a la ocupación soviética supusieron un mazazo brutal para los habitantes de Aihun ya «liberados» y que fueron testigos de cómo la orgía de saqueo y violación que se apoderó de toda Manchuria se cebaba también en su ciudad. Así, el 13 de agosto, Xu Guiming vio a dos soldados soviéticos acosando en plena calle a una muchacha llamada Zhang, medio rusa y medio china, al igual que mucha gente de la región. «Nos parece que nos debes una», le dijeron los soldados, antes de tirarla al suelo de un golpe, tras lo cual uno de ellos la mantuvo sujeta mientras el otro se aprestaba a forzarla. Ello dio lugar a un trágico incidente, ya que Zhang se revolvió contra sus agresores, lo que llevó a uno de ellos a sacarse la pistola del cinto y hacer fuego contra ella. Sin embargo, sus poco certeros disparos también acabaron con la vida de su camarada, del mismo modo que también acabarían con la suya los ocupantes de un vehículo soviético que pasaba por allí en aquel momento y que descargaron sus armas sobre él. Tres cuerpos sin vida quedarían, así pues, tendidos en la acera olvidados de todos.

El mismo Xu no llegó a presenciar otro incidente local que acabaría cobrando notoriedad y que se inició cuando un soldado soviético irrumpió en la casa de un policía local, un tal Su que estaba con un amigo y con su mujer de veinte años que acababa de dar a luz. El soldado expulsó intempestivamente de la casa a los dos hombres y procedió a violar a la muchacha. Cuando salió, el marido ultrajado se apoderó de él, le maniató y le tiró de cabeza al pozo de su casa, una acción que le haría famoso por un tiempo entre sus conciudadanos. No obstante, cuando poco tiempo después los comunistas chinos se hicieron con el control de Aihun, Su fue arrestado por matar a un soldado soviético, «nuestro aliado», y ejecutado sumariamente. Su esposa violada se vio denunciada como contrarrevolucionaria y convertida en una proscrita a la que se prohibió volver a casarse nunca o recibir protección de hombre alguno.

Xu no dejaría después de quejarse con amargura: «Aquello no era justicia. A

todos nos ponía malos lo que estaba pasando. Se suponía que los rusos eran nuestros libertadores pero pronto empezamos a considerarles nuestros enemigos. Se hacían pasar por revolucionarios, pero no eran más que lobos con piel de cordero». Xu tuvo la fortuna de no verse represaliado por haber trabajado para los japoneses. «Yo era demasiado poco importante», diría después encogiéndose de hombros. Como millones de chinos de Manchuria, Xu se veía ahora contemplando un drama cuya final tendría lugar cuando así se decidiera no desde Tokio o desde Washington, sino desde Moscú.

# 21

# El último acto

### 1. DONES DIVINOS

La División de Planes y Operaciones del departamento de Guerra estadounidense informaba en un escrito del 7 de agosto lo siguiente: «Sin lugar a dudas la cuestión más importante que planea por las mentes [de los japoneses] es cuántas bombas atómicas tenemos y dónde vamos a dejar caer la próxima… Habíamos oído el rumor de que Suzuki había sido nombrado presidente del gobierno para buscar la paz. Si eso fuera cierto, o bien hay algo que no cuadra en su nombramiento o bien las condiciones han cambiado. La propaganda nipona desde la Declaración [de Potsdam] se ha visto obviamente guiada por aquellos “autocomplacientes militaristas” contra los que [esta] se hallaba destinada». Tales palabras no estaban, efectivamente, lejos de la verdad.

No deja de causar estupefacción que, incluso tras el lanzamiento de las bombas atómicas y la invasión soviética de Manchuria, la situación de bloqueo político en Japón se mantuviera, en un primer momento, inalterada. La fracción favorable a la prosecución de la guerra, encabezada por Anami, ministro de Guerra, y por otros altos funcionarios hacía valer el argumento de que nada había cambiado y de que la resistencia hasta la muerte resultaba preferible a la aceptación de la Declaración de Potsdam, ya que Japón podía oponerse con éxito a una invasión de su territorio. El almirante Toyoda, jefe de la Marina, manifestó, ajeno a la realidad, que la opinión pública mundial impediría a Estados Unidos perpetrar otra «atrocidad inhumana» con bombas atómicas. Por otra parte, algunos políticos civiles no se mostraban favorables a aceptar dicha declaración, si bien sus condiciones resultaban ya familiares: no se produciría una invasión de Japón y serían los propios japoneses los encargados de juzgar a sus presuntos criminales de guerra. A la mayoría de ministros, no obstante, solo les preocupaba una cosa: preservar la posición regente del emperador, por mucho que entre ellos se dieran infinitos matices sobre cómo había de articularse esa medida. En otro orden de cosas, no cabe ninguna duda de que algunos políticos temían el fantasma de una «revolución roja» en su país, de una dramática y terrible explosión de ira popular que siguiera a la derrota, en caso de que la figura del emperador —con la enorme estabilidad que este podía conferir— fuera suprimida.

Todas estas cuestiones fueron objeto de debate a lo largo del 9 de agosto en reuniones del gabinete y el Consejo Supremo de Guerra celebradas en el Palacio

Imperial. Dentro del gobierno y de los despachos ministeriales pronto se supo cuáles eran los términos de la disputa, lo que dio lugar a una serie de frenéticas intrigas. En ese sentido, sobre todo oficiales jefes del ministerio de Guerra, incapaces de plantearse siquiera el hecho de rendirse, no dejaron de presionar a sus superiores para evitar que se sumaran a esa traición. Así, el vicealmirante Onishi, principal artífice de la campaña de ataques kamikaze y, a la sazón, adjunto al Jefe del Estado Naval, imploró a Anami que no cediera a las maniobras de los impulsores de la paz. En esas circunstancias, parece como si las noticias de la segunda bomba atómica, recién lanzada sobre Nagasaki, apenas hubieran causado impacto sobre la clase dirigente en uno u otro sentido, salvo para dejar claro, tal como era el deseo de los estadounidenses, que *Little Boy* no iba a representar un fenómeno aislado. Así las cosas, Anami llegaría a especular, desaforadamente, con la posibilidad de que los estadounidenses dispusieran ya de hasta cien bombas atómicas.

La noche del 9 de agosto, los «seis grandes», esto es, los miembros del Consejo Supremo de Guerra se vieron convocados a una «conferencia imperial» por el propio Hirohito, en el transcurso de la cual este les haría partícipes de una «decisión sagrada». La convocatoria era resultado de los febriles esfuerzos protagonizados por el grupo favorable a la paz, tras conversaciones celebradas aquella misma tarde entre el príncipe Konoe, Mamoru Shigemitsu —quien habría de convertirse en poco tiempo en ministro de Asuntos Exteriores nipón sucediendo a Togo— y el marqués Koichi Kido, el consejero imperial. En un primer momento, este se mostró horrorizado ante la perspectiva de involucrar al trono en cuestión tan delicada. «Están abogando por una decisión directa del emperador», advirtió Kido a lo políticos. «¿Han llegado a plantearse siquiera las tribulaciones que tal acto pueda causar a Su Majestad?». Los políticos favorables a la paz sabían, no obstante, que solo contando con el apoyo personal del emperador cabría superar las reticencias militares a una rendición, por lo que se mantuvieron firmes en su demanda. Después de una conversación entre el consejero imperial e Hirohito que se prolongó durante unos cuarenta minutos y cuyo contenido nunca llegaría a trascender, Kido regresó al encuentro de Konoe y Shigemitsu para comunicarles que Hirohito daba su aquiescencia a una «conferencia imperial». Los mandatarios se manifestaron conformes y se dispusieron a aguardar la «sagrada decisión», sabiendo perfectamente de antemano en qué iba a consistir. La mayoría reconocía en privado que Japón estaba derrotado, pero, en público, no dejaba de buscar evasivas y eludir la cuestión para evitar hacerse cómplice abiertamente de un resultado que sus pares y sus subordinados habrían tenido por traición. De ese modo, el general Slim del 14.° ejército estadounidense se hallaba sin duda en lo cierto cuando observaba que, mientras que los altos mandos militares nipones mostraban un gran arrojo físico, mucho de ellos no eran sino unos cobardes en términos morales.

La conferencia imperial se inició diez minutos antes de la medianoche del 9 de

agosto, con la lectura en voz alta de la Declaración de Potsdam. El ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, sometió luego a examen de los circunstantes un anteproyecto de aceptación para dicha declaración en el que se establecía una única condición previa, a saber, que los Aliados respetaran sin modificación alguna «el estatus que correspondía al emperador según las leyes japonesas». Por su parte, el ministro de Guerra, Korechika Anami, siguió con una actitud desafiante, secundado por sus colegas del estamento militar. Sin embargo, poco después de las dos de la madrugada, el jefe del gobierno nipón, Kantaro Suzuko, haciendo una reverencia ante el emperador e ignorando una protesta por parte de Anami, invitó a Hirohito a dar a conocer su opinión. Este, aún sentado en la mesa, se inclinó hacia delante y pronunció las siguientes palabras: «Procederé a expresar mi opinión. Es la misma que la del ministro de Exteriores». Se hacía necesario «soportar lo insoportable», dijo el emperador, quien, hablando en términos muy duros, se refirió al abismo que mediaba entre las promesas realizadas por los militares en el pasado y la realidad presente. Suzuki repuso: «Hemos oído vuestra augusta opinión», dicho lo cual Hirohito abandonó la estancia, antes de que todos los presentes, incluyendo a los militares partidarios de proseguir la contienda, firmaran un documento dando su aprobación a la decisión imperial.

Pese a todo, este último grupo fue capaz de introducir en el documento propuesto por Togo una significativa enmienda, en virtud de la cual la aceptación de la Declaración se realizaba «entendiendo que los Aliados no plantearían restricción alguna a las prerrogativas de Su Majestad como monarca soberano». En esas circunstancias, resultaba casi inevitable que un texto que se prestaba a tantas interpretaciones de inusitadas consecuencias fuera rechazado por Estados Unidos, lo que no dejaba de mostrar cómo hasta en aquella última y funesta hora persistía en Japón la resistencia a capitular. Tan pronto la aceptación condicional de la Declaración de Potsdam por parte nipona fue difundida por los medios de comunicación internacional, volvieron a suscitarse desesperadas intrigas en los ministerios, con oficiales jefes tramando ya un golpe de Estado y políticos civiles temiendo por sus vidas.

El 10 de agosto, el cuartel general del ejército japonés en Shanghai se dirigió, en un estado de cierta turbación, al cuartel general del Ejército de China en Nanjing. Tal como informó el primero, los habitantes de Shanghai estaban ya celebrando la victoria aliada en las calles con fuegos artificiales, al tiempo que la radio nacionalista informaba de que Japón había aceptado la Declaración de Potsdam ¿Qué se suponía que debían hacer sus tropas? En privado, los oficiales del Estado Mayor en Nanjing, reconociendo que la guerra estaba perdida sin remedio, habían empezado a plantearse los problemas logísticos que comportaría la repatriación de un millón de soldados y setecientos cincuenta mil civiles. En público, sin embargo, nadie estaba dispuesto a

admitir esa derrota abiertamente, por lo que la tajante respuesta de Nanjing a Shanghai fue: «Ignoren esas noticias. Japón no ha aceptado nada. Seguimos en guerra».

La misma mañana del 10 de agosto, y una vez hubo tenido noticia de la aceptación japonesa, Truman convocó a Byrnes, Stimson y Forrestal a la Casa Blanca, donde se les unió William Leahy, Jefe del Estado Mayor del presidente. En este sentido, resulta curiosamente indicativo de la incapacidad de Stimson para atisbar el trascendental momento histórico que se avecinaba el hecho de que, hasta que no fue informado del mensaje japonés, mantuvo su intención de irse de vacaciones aquel mismo día. Todos los convocados a la Casa Blanca, excepto Byrnes, se mostraron partidarios de aceptar de inmediato la rendición japonesa, pues no era cuestión de postergar la paz por cuestiones de detalle. No obstante, el Secretario de Estado, quien aún representaba la más poderosa influencia sobre el presidente, les expuso su preocupación ante la condición planteada por los japoneses. «Rendición incondicional» había sido lo que siempre se había exigido a estos, hasta el punto casi de convertir esa expresión en una proclama nacional. En opinión de Byrnes, alterar ahora esa demanda, cuando Estados Unidos estaba empleando bombas atómicas contra Japón y cuando la Unión Soviética se había sumado también a la guerra resultaría incomprensible para los estadounidenses. Plenamente favorable a mantener el estatus de Hirohito, Byrnes estaba decidido únicamente a que el mundo contemplara la pervivencia de la monarquía imperial nipona no como el resultado de la intransigencia japonesa sino de la magnanimidad estadounidense.

En esas circunstancias, Truman aprobó un comunicado redactado por el departamento de Estado a petición de Byrnes que fue enviado la tarde de aquel mismo día 10 a Londres, Moscú y Chongqing. En él se hacía constar que «desde el momento en que se produzca la rendición, la autoridad del emperador y del gobierno para regir los destinos de Japón se verá sometida al arbitrio del Comandante Supremo de las Potencias Aliadas», así como que «la forma última de gobierno en Japón será la establecida por la voluntad libremente expresada por el pueblo japonés». El gobierno británico respondió de inmediato, argumentando únicamente que consideraba erróneo insistir —como hacía el presidente estadounidense— en que fuera el emperador en persona quien firmara los términos de la rendición. Seguramente equivocándose, Byrnes aceptó la propuesta británica e ignoró, en cambio, la oposición a la misma mostrada por Chiang Kai Shek.

También el mismo día 10, Truman anunció a su gabinete que había dado órdenes de que no se lanzara ninguna otra bomba atómica sobre Japón sin su autorización expresa. Con relación a ello, parece razonable suponer que, en los días transcurridos desde el 6 de agosto, habían empezado a mostrarse las monstruosas consecuencias derivadas de Hiroshima, ensombreciendo así el ambiente de celebración en el que el

presidente había acogido las primeras noticias sobre la bomba. Truman no sería, con todo, el único ciudadano estadounidense que experimentara ese cambio de actitud. «Al mismo tiempo que persisten una sensación de poder y el placer instintivo de ver a Japón amedrentado y dispuesto a asumir una humillante derrota, vuelve a cobrar fuerza el humanitarismo estadounidense de honda raigambre», reconocería el embajador británico en Washington en un mensaje dirigido al ministro de Asuntos Exteriores el 11 de agosto: «y ese segundo revulsivo se ha hecho patente sobre todo en conversaciones con estadounidenses, si bien todavía no ha llegado a la prensa. Se aprecia, igualmente, un profundo examen de conciencia respecto a si resulta ético recurrir a un arma tal, sobre todo contra un enemigo del que ya se sabía que estaba en las últimas».

Pese a todo, Truman seguía decidido a mantener la presión sobre Japón, razón por la que desestimó las urgentes demandas de Stimson y Forrestal para que se pusiera fin a los bombardeos convencionales. En consecuencia, entre el 10 y el 14 de agosto las superfortalezas volantes de LeMay continuaron atacando ciudades niponas, causando la muerte de quince mil personas. Entre tanto, prosiguieron los preparativos técnicos para lanzar más bombas atómicas, si ello hubiera de resultar necesario, de modo que una tercera bomba habría de estar lista para el 19 de agosto. En otro orden de cosas, el general John Hull, adjunto al Jefe del Estado Mayor del Ejército, no dejó de ponderar con el coronel Seeman, adscrito al Proyecto Manhattan, las posibles ventajas —en caso de que Japón hubiera de seguir perseverando en su obstinación— de ir lanzando más bombas a medida que estuvieran disponibles o de esperar para «dejarlas caer todas de una vez en un periodo razonable de tiempo» y para dar soporte táctico a la invasión. Por su parte, el general Cari Spaatz, máximo responsable de los bombardeos estratégicos estadounidenses, se opuso a proseguir con los bombardeos incendiarios, no tanto por razones humanitarias como a fin de no poner en peligro vidas de soldados ni de malgastar esfuerzos antes del día 19, cuando habría de producirse el lanzamiento de la tercera bomba atómica sobre Tokio.

En Moscú, y apercibiéndose de que la paz resultaba ya inminente, Stalin se apresuró a cerrar un acuerdo con los nacionalistas chinos, en virtud del cual el máximo líder soviético reconocía a Chiang Kai Shek como único mandatario legítimo del país. No obstante, Stalin trató de incluir una cláusula por medio de la cual Chiang se comprometiera a introducir «la unidad nacional y la democracia en China», cláusula que la delegación nacionalista rechazó tajantemente. Stalin, ante ellos, preguntó: «¿No desean democratizar China? ¿Esperan que [el] gobierno chino siga contando con nuestro apoyo, si continúan atacando a los comunistas? No tenemos deseo alguno de interferir, pero [resultaría] difícil para nosotros apoyar[les] moralmente mientras sigan combatiendo a los comunistas». Los nacionalistas chinos se mostraron inflexibles, a lo que Stalin, encogiéndose de hombros, repuso: «Muy

bien, como quieran. Ya ven cuántas concesiones les estamos haciendo. Los comunistas chinos nos van a maldecir». Pese a todo, resultó trabajoso llegar a un acuerdo en otras materias y no fue hasta las tres de la madrugada del 15 de agosto cuando pudo por fin firmarse el «Tratado de Amistad y Alianza» entre China y la URSS.

La noche del 10, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Molotov, comunicó al embajador estadounidense en Moscú, Averell Harriman, que, en ausencia de una rendición incondicional por parte de Japón, la ofensiva soviética en Manchuria seguiría su curso. Como siempre, el empecinamiento nipón, no hacía sino favorecer los intereses de los dirigentes soviéticos, que —para conmoción de Estados Unidos— se descolgaban ahora reclamando su parte en la ocupación de Japón, lo que incluía el nombramiento de su propio comandante supremo que habría de actuar en pie de igualdad con MacArthur. Arriman rechazó furioso tal demanda, aduciendo que constituía una pretensión escandalosa, toda vez que la Unión Soviética solo llevaba dos días en guerra contra Japón. Finalmente, las autoridades soviéticas retiraron su petición y acabaron aceptando el nombramiento de MacArthur como Comandante Supremo de las Potencias Aliadas.

El 11 de agosto la misiva de Byrnes fue enviada al gobierno japonés, que la recibió en las primeras horas del día siguiente. Tras su recepción, los miembros del gobierno favorables a la paz se sintieron amargamente decepcionados, hasta el punto de que el ministro de Asuntos Exteriores, Shigenori Togo, se negó en un primer momento a plegarse a los deseos estadounidenses. No obstante, al final, tanto él mismo como el jefe del gobierno, Kantaro Suzuki, acabaron aceptando —con el mayor desagrado— los términos impuestos por Byrnes. En cualquier caso, las reacciones más sorprendentes provendrían de algunos militares, como el general Torashiro Kawabe, adjunto al Jefe del Estado Mayor del Ejército, quien declaró que ya era demasiado tarde para retractarse o para cuestionar la decisión del emperador, al tiempo que dejaba escrito lo siguiente en su diario: «Para nuestra desgracia, estamos derrotados. El Estado imperial en el que habíamos puesto nuestra fe se desmorona». Por otra parte, el superior inmediato de Kawabe, el general Yoshijiro Umezu, apodado «la máscara de marfil», reconocía asimismo que la guerra estaba perdida, opinión compartida también por el almirante Toyoda. En crasa contradicción con tales muestras de realismo en privado, los citados oficiales no dejaban, sin embargo, de insistir en la necesidad de poner condiciones a la rendición en presencia de terceros. Temiendo la reacción de los oficiales bajo sus órdenes, los tres dieron satisfacción a su «honor», remitiendo una nota al emperador en la que se afirmaba que la aceptación de los términos propuestos por Byrnes venía a equivaler a consentir para Japón un «estatus de esclavitud». Hirohito, no obstante, rechazó contundentemente sus afirmaciones, confirmando que su decisión era firme y que

Japón había de confiar en la buena fe estadounidense.

El Estado Mayor del Ejército nipón redactó su propia y desafiante respuesta al documento de Byrnes y la hizo llegar al Consejo Supremo de Guerra para que, a su vez, la remitiera al gobierno estadounidense. En dicha respuesta se establecía la decidida voluntad de Japón de seguir con la guerra, mientras, de forma absolutamente inverosímil, se insistía en la negativa a declarar la guerra a la URSS, en la esperanza —a lo que parece— de acabar logrando mejores términos por intercesión soviética. Esa respuesta, obviamente, no llegó a ser nunca enviada, si bien los oficiales del Estado Mayor continuaron urdiendo un golpe militar destinado a frustrar la rendición. Kawabe tuvo noticia de las intenciones de los golpistas y adoptó una posición ambigua, mientras que el ministro de Guerra, Korechika Anami, habiendo sido informado del plan de acción de los golpistas, ni lo aprobó ni lo desaprobó, sino que simplemente se limitó a plantear propuestas para refinar su ejecución. Por otra parte, Anami se mostró de acuerdo con la movilización de algunas unidades a fin de controlar el Palacio Imperial, así como detener a los ministros civiles del gabinete. La situación de Anami se había complicado ya aún más en los días precedentes, cuando en los diarios de Tokio apareció publicada una arenga dirigida en su nombre a los soldados japoneses exhortándolos a seguir luchando, «incluso si tenemos que alimentarnos de hierba y acabar comiendo mierda y durmiendo al raso en los campos». Esa verborrea belicosa no procedía, sin embargo, de la pluma de Anami, sino de oficiales suyos que dieron a la prensa el texto redactado en esos términos sin el conocimiento de aquel, quien, pese a todo, rehusó rectificar dicha alocución, por cuanto esta no hacía sino reflejar sus propias convicciones personales.

Por otra parte, no dejaron de recibirse mensajes de oficiales en campaña, urgiendo a los mandatarios políticos a proseguir con la guerra. Así, el anciano general Yasuji Okamura, al mando de las tropas niponas en China, hizo llegar un cablegrama a Tokio en el que exponía lo siguiente: «Tengo la firme convicción de que ha llegado el momento de luchar con todas nuestras fuerzas hasta el final, y estoy asimismo decidido a que todo el ejército muera con honor sin verse distraído por la ofensiva de paz puesta en marcha por el enemigo». Por su parte el mariscal Terauchi, hablando por las fuerzas a su cargo, manifestó igualmente lo siguiente: «El Ejército del Sur no puede aceptar la respuesta del enemigo bajo ningún concepto». Incluso si se consideran con relación a lo que resultaba habitual dentro del ejército nipón de la época, las reacciones de sus más altos mandos no dejan de provocar estupefacción, ya que, ignorando por completo la suerte de su pueblo, estos se hallaban dispuestos a sacrificarlo todo por un pervertido concepto del honor tanto personal como de la institución a la que pertenecían. Sabían que continuar con la resistencia militar era vano, pero prefirieron ignorar que no solo podían, sino que debían actuar de otro modo. Así las cosas, Anami no pudo dejar de comunicar a Kido que el ejército era

manifiestamente contrario a aceptar la misiva de Byrnes, mientras no pocos políticos civiles seguían proclamando su rechazo a todo término que comportara subordinar la figura del emperador a la autoridad del comandante supremo aliado.

Hirohito, en cambio, declaró sentirse satisfecho con la propuesta estadounidense de que el pueblo nipón pudiera escoger su propia forma de gobierno, mostrando así que las consecuencias de los bombardeos nucleares habían provocado en él un mayor impacto que en sus más altos oficiales, como pone de manifiesto el hecho contrastado de que el emperador no dejara de inquirir a Kido sobre los efectos causados por tales bombas. A las tres de la tarde del 12 de agosto, Hirohito convocó a los miembros varones de su familia —trece príncipes en total— a una reunión sin precedentes que iba a celebrarse en palacio y en la que procedería a darles cuenta de la situación. Todos convinieron en aceptar su decisión, incluyendo a su hermano más joven, el príncipe Mikasa, quien ya había puesto a los militares sobre aviso al tener conocimiento de una iniciativa de paz gestada tiempo atrás. Tras nuevas vacilaciones, Suzuki se reunió con Togo para dar su apoyo al escrito de Byrnes, mientras el ministro de Marina, el almirante Mitsumasa Yonai, convocaba a los también almirantes Toyoda y Onishi para reprenderles severamente por cuestionar la voluntad del emperador. En ese sentido, Yonai llegó incluso a confiar a un colega las siguientes palabras: «Las bombas atómicas y la entrada de la Unión Soviética en la guerra constituyen, de alguna manera, dones divinos». Efectivamente, ambos hechos ofrecían razones sustantivas para poner fin a la guerra.

A lo largo de todo el 13 de agosto continuaron los encuentros de los distintos grupos civiles y militares, al mismo tiempo que Hirohito, pese a haber emprendido dubitativo el camino que habría de llevar a Japón a la rendición, fue mostrándose cada vez más decidido a conseguirla, habiendo llegado incluso, según parece, a presionar en privado a todos los jefes militares a fin de evitar un golpe de Estado. Así las cosas, a las tres de la tarde de aquel mismo día, y tras varias reuniones entre el gabinete y el Consejo Supremo de Guerra, Togo informó al emperador de la situación de bloqueo existente entre los partidarios de la paz y de proseguir la guerra, incapaces de llegar a un acuerdo. En esas circunstancias, Anami solicitó de Suzuki un aplazamiento de dos días antes de retomar la conferencia imperial, pretendiendo, obviamente, ganar tiempo para movilizar a los militares en contra de la rendición. Suzuki se negó, tras lo cual un médico naval que velaba por la ya muy deteriorada salud del jefe del gobierno nipón le hizo la siguiente observación: «¿Sabe que Anami se quitará la vida?», a lo que Suzuki repuso: «Sí, lo sé y lo siento».

Apenas puede creerse el drama que se vivió durante aquellos días ante un desastre que se aproximaba inapelablemente. Ejemplo de ello es el hecho de que solo un encuentro fortuito con un periodista de Tokio permitió al grupo favorable a la paz frustrar la tentativa de los militares golpistas de difundir por la radio el anuncio de

que Japón iba a seguir luchando. Anami pasó horas escuchando las súplicas de coroneles y comandantes que preparaban el golpe rogándole que se les uniera, lo que el ministro de Guerra no llegó a hacer, presumiblemente a causa de una muy peculiar interpretación del honor que, por una parte, le impedía alzarse en armas contra el emperador, sin comprometerlo, por otra, a actuar contra los sediciosos.

Así transcurrieron dos días, en los que Japón se mantuvo en silencio, mientras el mundo se hallaba a la expectativa. «Los días de negociación con un enemigo postrado y despreciable han puesto al límite la paciencia de la opinión pública estadounidense», referiría después el embajador británico en Washington:

> *Aunque la prensa sensata ha prestado un apoyo unánime a la respuesta [de Byrnes] a la oferta de rendición nipona… la gente en general se muestra mucho menos tolerante cuando se trata de divinidades sin credibilidad… El hombre de la calle parecía mucho más interesado en oír que el almirante Halsey cabalgaba ya a lomos del alazán de Hirohito —como aquel se había jactado de que haría— que en verse informado sobre los problemas que supondría gobernar Japón.*

Entre tanto, no pocos japoneses morían como consecuencia de los bombardeos, mientras el avance soviético proseguía imparable en Manchuria.

La mañana del 14 de agosto, el consejero imperial, Koichi Kido, fue despertado por un ayudante que le mostró una octavilla, una de los cientos de miles que los B-29 habían dejado caer sobre Tokio la noche anterior. En ella aparecía reproducido el texto de la carta redactada por el emperador el 10 de agosto, en la que este aceptaba los términos de la Declaración de Potsdam, así como la respuesta a la misma dada por Byrnes, dos escritos de cuyo contenido la opinión pública japonesa no había tenido hasta entonces conocimiento alguno. Kido comunicó a Hirohito sus temores de que la acción de propaganda llevada a cabo por los estadounidenses acabara precipitando un golpe. Por ello, propuso al emperador salir al paso de esa amenaza celebrando una reunión —sin precedentes hasta aquel momento— en la que participarían conjuntamente los veintitrés miembros del gobierno y del Consejo Supremo de Guerra y en la que Hirohito anunciaría formalmente su decisión de aceptar el documento remitido por Byrnes. Poco después de las diez empezaron a llegar a palacio los mandatarios nipones, que tomaron asiento en silencio, a la espera del emperador, en sillas dispuestas en filas dentro de un angosto refugio subterráneo. La reunión se inició a las 10.50 y en ella los representantes del Ejército expusieron sus ya conocidas objeciones a la rendición, antes de que el presidente del gobierno, sin molestarse siquiera en dar la palabra a los partidarios de la paz para que expusieran sus argumentos, procediera directamente a solicitar el parecer del emperador.

Hirohito manifestó que estaba convencido de que Japón no podía continuar la guerra y de que los Aliados respetarían el *kokutai*. Seguidamente requirió a todos los presentes a aceptar su decisión de dar por buena la misiva de Byrnes, al tiempo que

apremiaba a los mandos militares y navales a persuadir a sus subordinados de hacer lo propio. Por otra parte, el emperador anunció su voluntad de dirigir una alocución radiada al pueblo japonés a fin de hacerle más fácil la aceptación de la noticia. Seguidamente instruyó al gobierno para que procediera a redactar un edicto imperial que pusiera fin a la guerra. En aquel momento, el llanto se apoderó de la mayoría de los allí convocados. Suzuki se puso en pie, agradeció a Hirohito sus palabras y se disculpó por la incapacidad de su gabinete para alcanzar un acuerdo, que, en última instancia, había sido la causa que había hecho necesaria una intervención por parte del emperador. Con relación a ello, algunos estudiosos de la época de posguerra han tratado de hacer valer el argumento de que la misiva de Byrnes permitía a Japón abandonar la guerra en términos pactados, más que con arreglo a una rendición incondicional y que la obstinación estadounidense en esa cuestión —el rápido empleo de las bombas atómicas— resultaba, por consiguiente, espuria. Para desestimar ese argumento, sin embargo, basta señalar que los mandatarios nipones estaban bien seguros de que, rindiéndose, no hacían sino quedar a merced del favor de los estadounidenses; por eso precisamente tantos se resistieron a esa rendición.

La noche del 14 de agosto, oficiales jefes del ministerio de defensa, encabezados por el comandante Kenji Hatanaka y el teniente coronel Jiro Shizaki, protagonizaron un golpe militar contra el emperador. Ese golpe no pasó de ser una mera intentona que, sin embargo, podría haber tenido funestas consecuencias. En primer lugar, los dos oficiales y sus acólitos irrumpieron en el despacho de Anami tras el regreso de este de la conferencia imperial. Cuando el ministro de Guerra, les informó de que no podía prestarles su apoyo, añadiendo además que «quienes desobedezcan, habrán de pasar por encima de mi cadáver», los conspiradores prorrumpieron en llanto. Por su parte, el comandante en jefe del Ejército, el general Umezu, congregó en torno a su propia persona a su Estado Mayor, haciendo así prácticamente imposible que los rebeldes pudieran cursar órdenes a unidades externas. A su vez, el adjunto al ministro de Guerra se aseguró la aquiescencia de toda figura militar relevante, incluyendo al propio Anami, a la hora de estampar su firma en un documento en que se les instaba a acatar la sagrada decisión del emperador. Así las cosas, otros oficiales jefes empezaron a prender fuego a documentos en un proceso que no se interrumpiría durante las semanas por venir en todos los ministerios clave y los cuarteles generales japoneses.

Sobre las cuatro de la tarde, Hatanaka y Shizaki se introdujeron subrepticiamente en el Palacio Imperial, donde lograron convencer al coronel Toyojiro Haga, al frente del 2.° Regimiento de la Guardia Imperial encargado de proteger a Hirohito, de que se uniera a ellos, dándole a entender que el golpe contaba con el apoyo generalizado del Ejército. A las once de la noche, el edicto imperial, firmado por todos y cada uno de los miembros del gabinete, fue remitido a Berna y Estocolmo, para su subsiguiente

envío a los gobiernos de las cuatro potencias aliadas. En su despacho, Hirohito leyó el texto en voz alta ante un fonógrafo, tras lo cual sendos discos con su alocución grabada fueron puestos a buen recaudo en una caja fuerte del despacho de la emperatriz, a fin de utilizarlos al día siguiente para radiar el mensaje del emperador. En el mismo momento en que se realizaba la grabación, Hatanaka y Shizaki llegaban al cuartel general de la División de la Guardia Imperial, con la intención de convencer a su comandante de sumarse a los conjurados. Como este se negara, Hatanaka desenfundó su pistola y le descerrajó un tiro que acabó con su vida en el acto. Tras ello, el comandante golpista se encargó de dictar una orden falsa, destinada a los siete regimientos de la Guardia Imperial, en la que se les conminaba a acudir a palacio a fin de velar por la «protección» del emperador. Su engaño no fue descubierto en un primer momento y las tropas se emplearon para cortar las comunicaciones de palacio con el mundo exterior.

A ese mismo palacio regresaron luego a toda prisa Hatanaka y Shizaki en su afán por hallar las grabaciones de la alocución imperial. Incluso después de haber interrogado a los técnicos de radio y a los chambelanes de la corte, no pudieron dar ni con los discos ni con el marqués Koichi Kido. De haberlo logrado, habrían causado un daño mayúsculo, ya que cualquier retraso en la emisión del mensaje imperial habría supuesto un alto precio en vidas humanas, sin contar con que la conspiración podría también haberse extendido. Según se piensa, Kido y el propio emperador debieron de permanecer ocultos mientras los frustrados golpistas recorrían enfurecidos los pasillos del Palacio Imperial. Alrededor de la una y media de la madrugada, un tercer conspirador, el teniente coronel Masahiko Takeshita, cuñado de Anami, se presentó en casa de este implorándole que se uniera al golpe. A ello siguió una escena absurdamente grotesca, en la que Anami invitó a entrar a su cuñado dirigiéndose a él en los siguientes términos: «Voy a cometer *seppuku*[42]. ¿Qué te parece?». Takeshita respondió que siempre había pensado que ese sería el fin escogido por Anami, por lo que no iba a intentar disuadirlo de proceder como había decidido. Sin embargo, e ignorando toda responsabilidad respecto a los demás instigadores del golpe, Takeshita tomó asiento junto a su cuñado para beber con él una última taza de sake, mientras en la lejanía retumbaban las explosiones de las bombas que justamente aquella noche estaban lanzando los B-29 de la 20.ª Fuerza Aérea, dando respuesta así a la apremiante petición de Spaatz de lanzar un «ataque final tan grande como sea posible».

Poco después de las tres de la mañana, tropas del Ejército del Este llegaron a palacio, comunicaron a los soldados de la Guardia Imperial que habían recibido órdenes falsas y procedieron a restaurar el orden. El coronel Masataka Ida se dirigió a casa de Anami para darle cuenta de las novedades y, una vez allí, fue igualmente invitado por el ministro de Guerra a unirse a un último brindis de despedida entre más

lágrimas y abrazos. A las cinco y media de la mañana, Anami se vistió con una camisa blanca que le había sido dada por el propio Hirohito y, sentado en el suelo mirando al Palacio Imperial, procedió a clavarse su daga en el abdomen, sin dejar de realizar el preceptivo corte en cruz y hacia arriba para acabar seccionándose la carótida. Mientras la sangre de Anami rociaba el testamento que este tenía ante sí, su cuñado le preguntó: «¿Quieres que te ayude?», a lo que aquel respondió: «No hace falta. Déjame solo». Cuando Takeshita halló al general todavía con vida unos minutos más tarde desenvainó la espada y acabó con su vida. La única circunstancia capaz de redimir la execrable vida y muerte de Anami es que nunca reveló a los fanáticos las acciones de los partidarios de la paz. En cuanto a Hatanaka y Shizaki, aquella misma mañana se mataron de un tiro.

Dada la mentalidad que imperaba entre las fuerzas armadas niponas en aquel momento, lo destacable fue no que se produjera un intento de golpe de Estado, sino que solo un grupúsculo de oficiales se decidiera a tomar parte en él. Para su enojo, y el del considerable número de suicidas que se quitarían la vida en los días por venir, la abrumadora mayoría de los soldados japoneses se mostró conforme con la voluntad del emperador. Si ello era, en sí mismo, un indicio de la poderosa influencia que Hirohito ejercía sobre su pueblo, no parece al mismo tiempo probable que tal influencia hubiera llegado a ser la que fue de no haberse dado nuevas circunstancias, esto es, la entrada de la URSS en la guerra y el lanzamiento de las bombas atómicas. Y es que la cultura de la inmolación preconizada por el militarismo nipón durante toda una generación se hallaba hasta tal punto arraigada entre los miembros del ejército japonés que muchos oficiales, instintivamente, no podían evitar reclamar la continuación de la guerra por muy fútil que dicha medida resultara.

En otro orden de cosas, incluso en el hipotético caso de que Japón hubiera optado por no aceptar la condición planteada por Byrnes en su misiva, parece seguro que no habría sido necesario invadir las islas principales del archipiélago nipón. En efecto, por una parte, las tropas soviéticas estaban a escasos días de alcanzar la costa del Pacífico y de establecerse en las islas Kuriles; por otra, los B-29 de LeMay, a su vez, se hallaban preparando un ataque sistemático sobre la red de transporte japonesa que, dada la resistencia prácticamente nula con que se hubieran encontrado, habría condenado rápidamente a gran parte de la población japonesa a morir de inanición. Los historiadores han hecho correr ríos de tinta ponderando la influencia que correspondió en cada caso a las bombas atómicas y a la intervención soviética a la hora de inducir a Japón a rendirse. Tal ejercicio se antoja estéril, por cuanto resulta evidente que ambos hechos contribuyeron a dicha rendición, ya que, como sentencia el historiador japonés Kazutoshi Hando, «el lanzamiento de las bombas atómicas representó la puntilla para los políticos nipones; para el ejército lo fue la invasión soviética de Manchuria».

Si se considera la dramática situación de los civiles y prisioneros que, a diario, morían por miles bajo la ocupación japonesa, así como el número de bajas que se habrían producido si las tropas soviéticas se hubieran visto instigadas a mantener su avance por territorio chino, no parece aventurado afirmar que, en cualquier circunstancia, la prolongación de la contienda —siquiera por unas cuantas semanas— habría comportado una cifra de muertos de todas las nacionalidades muy superior a la de las víctimas de las explosiones nucleares. En efecto, Stalin —indiferente como siempre al número de bajas propias— habría lanzado seguramente una ofensiva sobre Hokkaido, de modo que, como sugiere el historiador Robert Newman, hasta 250 000 personas podrían haber perdido la vida con cada mes más de contienda. Incluso si esa cifra resulta excesiva, no deja de situarse dentro de lo plausible, toda vez que, solo en Japón, el hambre y los bombardeos incendiarios de LeMay habrían supuesto más centenares de miles de víctimas a finales de otoño de 1945. Tales argumentos, con todo, no convierten automáticamente los lanzamientos de bombas atómicas en hechos moralmente aceptables, pero sí ponen a las claras que la destrucción de Hiroshima y Nagasaki no representó, en modo alguno, la peor consecuencia de la guerra para el pueblo japonés, y tanto menos para el resto del mundo.

En ese sentido, quienes tratan de afirmar que Japón estaba a punto de rendirse antes de Hiroshima no hacen sino revelar una actitud tan simplista como ilusa, desde el momento en que, si bien los mandatarios nipones eran proclives a la paz, los términos por ellos planteados resultaban de todo punto inaceptables para las potencias aliadas. Así lo demuestra, igualmente, el hecho de que, incluso tras la explosión de Nagasaki, los partidarios de la paz dentro del gobierno nipón se impusieron sobre quienes abogaban por seguir con la guerra por un estrechísimo margen de diferencia. Aun cuando los datos históricos ofrezcan un panorama fragmentario y poco concluyente, el historiador militar estadounidense Richard Frank no deja de acertar al señalar que un elemento fundamental, por mucho que no habitualmente reconocido, del pensamiento que a la sazón guiaba a los gobernantes nipones era la percepción de que su país había perdido la oportunidad de librar una «batalla decisiva en suelo patrio». En ese sentido, las esperanzas de los militares siempre se habían centrado en la posibilidad de derrotar al ejército estadounidense en un ataque anfibio sobre territorio nipón, mientras que ahora Japón tenía que hacer frente a un panorama de devastación, inanición y probable invasión soviética sin que Estados Unidos tuviera necesidad alguna de poner a sus soldados a tiro de los enconados defensores de Kyushu.

De otra parte, suele plantearse que Estados Unidos no habría perdido nada si hubiera hecho explícita su voluntad de permitir al pueblo japonés mantener a su emperador en el poder. No obstante, si se tiene presente el modo en que Japón se

había conducido en Asia desde 1931, así como las decenas de millones de muertos de los que se hizo responsable en razón de su política de agresión en la región, resulta difícil hallar un buen motivo por el que Truman hubiera debido modificar los términos de su demanda de rendición incondicional a Japón. Puede afirmarse, así pues, que los razonamientos de Byrnes salen airosos del juicio de la Historia, de modo que, aunque la actitud estadounidense no hubiera estado exenta de un cierto triunfalismo, este podría haberse visto justificado por las muchas vidas y recursos que Estados Unidos y sus aliados habían tenido que emplear para frenar las ambiciones de un brutal y fascista agresor. Abundando en ello, cabe añadir que, simplemente reconociéndose vencidos, los japoneses podrían haber conseguido la paz en cualquier momento y haber escapado así al trágico destino de Hiroshima y Nagasaki. El hecho de que sus mandatarios optaran por no hacerlo es más un reflejo de su propia irracionalidad que no de la intransigencia de Estados Unidos. ¿Por qué el gobierno de ese país habría tenido que acomodarse a las sensibilidades de un Anami, un Toyoda, un Umezu o sus subordinados, cuando sus sangrientas aspiraciones, por fin, se habían visto reducidas a la nada?

Por lo que respecta al emperador, este nunca suscitó grandes simpatías a ojos occidentales, en la medida en que era la cabeza visible de una nación cuyas acciones habían supuesto la desgracia de muchos otros pueblos. Si él mismo no llegó a ser el principal responsable de tales acciones, su afán a lo largo de toda la guerra por preservar el trono imperial le llevó a dar a los militaristas nipones el trato de hombres honorables y a convertirles en legítimos árbitros del poder, aplaudiendo sus éxitos y mostrándose aquiescente con sus excesos. No obstante, un hecho terminó redimiendo a Hirohito en los días finales de la contienda, a saber, el que —aunque muy tardíamente— hiciera gala de un coraje y una convicción que salvó cientos de miles de vidas. Ello es así tanto más cuanto que un hombre tan instintivamente apocado como era el emperador no podía desempeñar ese papel más que en contra de su propia naturaleza y superando, por tanto, sus propias limitaciones de un modo que lo hace merecedor de cierto respeto. En ocasiones se señala como un error de los Aliados el que permitieran seguir a Hirohito en el trono en agosto de 1945, por cuanto ello permitió a los japoneses de aquella época negar la iniquidad de los crímenes cometidos en nombre del emperador, tal como no pocos siguen haciendo hasta hoy. En todo caso, y cualesquiera que hubieran sido sus errores u omisiones en los años pasados, actuando como lo hizo en aquel agosto de 1945, Hirohito supo ganarse un futuro para el trono nipón.

Así las cosas, a las 7.21 de la mañana del quince de agosto, la radio japonesa empezó a transmitir repetidos avisos para que todos los oyentes la sintonizaran a las doce en punto del mediodía a fin de oír un mensaje personal del emperador. Tras los sones del himno nacional, Hirohito, hablando con su característica voz chillona en un

japonés antiguo prácticamente incomprensible para muchos de sus súbditos, procedió a dar lectura al Edicto Imperial:

> *Habiendo ponderado en profundidad la evolución general del mundo y las condiciones prevalentes en Nuestro Imperio en la actualidad, adoptamos la decisión de resolver la presente situación procediendo a hacer uso de una medida extraordinaria. Hemos dado orden a Nuestro gobierno de que comunique a los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña, China y la Unión Soviética que nuestro Imperio acepta las provisiones dimanantes de su Declaración Conjunta.*

Seguidamente, —y en términos que la posteridad acabaría haciendo bien conocidos— Hirohito pasó a exponer el curso reciente de los acontecimientos, recurriendo a tal fin al circunloquio —tanto más torturado a oídos nipones— de que la situación bélica había evolucionado «no necesariamente a mejor para Japón» y lamentándose además de que Estados Unidos hubiera empleado «una nueva y crudelísima bomba», así como apelando a las fuerzas armadas para que acataran la decisión imperial, antes de concluir con la siguiente exhortación: «Cultivad los senderos de la rectitud, promoved la nobleza de espíritu y trabajad con resolución en aras de engrandecer la gloria innata del Imperio y de mantener a Japón al mismo nivel de progreso que el resto del mundo». La retórica arcaizante de Hirohito no dejaba de representar una interesada deformación de la reciente historia nipona, pero, pese a todo, bastó para cumplir su propósito inmediato.

Aquella misma tarde el gabinete de Suzuki presentó la dimisión, mientras el príncipe Higashikuni, a sus 58 años, se hacía cargo sin demasiado entusiasmo de la jefatura del gobierno. Por su parte, en Washington Harry Truman anunciaba a las siete de la tarde del 14 de agosto ante un nutrido grupo de periodistas y políticos que el emperador había aceptado la Declaración de Potsdam. Acto seguido, remitió un mensaje al Pentágono y al Departamento de Marina para su posterior envío a los comandantes estadounidenses en campaña ordenando el cese de toda acción ofensiva contra Japón. Ya en 1943 un periodista de la revista estadounidense *Collier's*, remedando las célebres palabras pronunciadas por Catón tras la destrucción de Cartago por los romanos, había titulado su editorial «Delenda est Japonia». Ahora parecía que aquel profético aserto se había cumplido: Japón estaba acabado.

### 2. DESESPERACIÓN Y LIBERACIÓN

Pocas semanas antes de que se produjera la capitulación nipona, el máximo responsable de planificar las operaciones de las fuerzas aéreas aliadas destacadas en el Área del Pacífico Sudoeste y comandadas por el general George Kenney advertía de que «dadas las técnicas suicidas y la peculiar psicología de los japoneses en comparación con los chinos, no hay que descartar la posibilidad de continuar con las acciones aéreas a pesar de la rendición». Por su parte, los Aliados preveían que

muchos japoneses rechazarían la exhortación del emperador a deponer las armas y que soldados, marinos y aviadores británicos y estadounidenses seguirían cayendo en combate, sofocando los últimos focos de resistencia guerrillera o en batallas convencionales contra los cuatro millones de soldados nipones atrincherados en su propio territorio, o contra los tres millones repartidos por todo el Imperio de ultramar.

Efectivamente, a finales de agosto de 1945 aún resultaba difícil reconciliar a algunas unidades japonesas con la idea de la derrota, por no hablar de los trágicos suicidios cometidos por algunos altos oficiales. Uno de ellos fue el vicealmirante Matome Ugaki, quien, después de haber tenido noticia de la alocución imperial, ordenó que se prepararan los aviones, bebió un sake de despedida con el Estado Mayor de su 5.ª Flota Aérea y se dirigió al aeródromo de Oita al nordeste de Kyushu llevando consigo el sable del que le había hecho entrega el malogrado almirante Yamamoto, de cuyo Estado Mayor Ugaki mismo había sido jefe. Cuando llegó al aeródromo, once bombarderos en picado Suisei se hallaban ya dispuestos. «¿Estáis conmigo?», preguntó a sus pilotos. «Sí, mi vicealmirante», respondieron estos gritando al unísono antes de que Ugaki les estrechara la mano emocionado. Un suboficial especialista a quien este ordenó abandonar la cabina de su propio aparato, insistió en quedarse para volar a su lado. Tras el despegue, Ugaki dirigió a sus hombres la siguiente alocución por radio: «A pesar del valor demostrado por todas las unidades bajo mis órdenes durante los seis meses pasados, no hemos sido capaces de destruir a nuestro arrogante enemigo ni de proteger a nuestro celestial Imperio, un fracaso que no dudo en asumir como propio». Como legado, Ugaki dejó sus diarios y una última nota de despedida en la que podía leerse: «Me desvaneceré en el aire con mis propios ideales». Su postrer vuelo no obtuvo otro resultado que su propio fin, a los 55 años de edad. Todos los aeroplanos, a excepción de tres, cuyos pilotos fueron lo suficientemente sensatos como para regresar pretextando «un fallo en el motor», fueron abatidos por cazas estadounidenses. De ese modo, Ugaki murió de forma tan detestable como había vivido, llevando a la muerte a un sinnúmero de infortunados jóvenes.

En las jornadas que siguieron, miles de japoneses prefirieron inmolarse a reconocer la derrota. Entre ellos se contaban el general Shizuichi Tanaka, que había cursado estudios en Oxford y que a la sazón comandaba el Ejército del Este, que había abortado el golpe militar contra Hirohito; el príncipe Konoe; el vicealmirante Onishi, máximo artífice de las acciones kamikaze; el mariscal Sugiyama y su esposa; diez jóvenes que se quitaron la vida —acompañados en dos casos también por sus esposas—, en el Monte Atago de Tokio; once oficiales de transporte que escogieron morir frente al Palacio Imperial, así como catorce estudiantes que pusieron fin a su existencia en la explanada militar de Yoyogi, situada igualmente en la capital nipona. Un mar de lágrimas inundaba todo el país, mientras la histeria hacía mella en algunos

oficiales. Así ocurrió con el teniente Hiro Onoda, al frente de un reducido grupo de soldados que, desprovistos de todo, seguían resistiendo en una isla filipina. Después de encontrar un mensaje dejado por soldados estadounidenses en el que se decía: «la guerra acabó el 15 de agosto. Podéis bajar de las montañas», ni él mismo ni ninguno de sus hombres le dieron el más mínimo crédito: «No había duda de que era una treta del enemigo». Onoda aún permanecería oculto en la isla por espacio de veintiocho años.

Con todo, lo que resulta digno de mención no es cuántos japoneses rehusaron rendirse, sino cuántos acogieron esa idea agradecidos, por mucho que se manifestaran contundentemente en contra. Ello no hace sino volver a poner de manifiesto el abismo existente entre el reconocimiento de la realidad en privado y la adhesión en público a unas fantasías que habían sido la ruina de Japón, y de Asia. Así, el teniente Masaichi Kikuchi y otros oficiales que combatían en Singapur oyeron rumores difundidos por residentes chinos en la zona y relativos a la inminente rendición nipona una semana antes de que esta se hiciera oficial. Al margen del paroxismo de dolor que la noticia provocó entre sus camaradas militares de carrera, Kikuchi la recibió como «el indulto de una condena a muerte. Hasta entonces siempre nos habíamos preguntado: “¿cuándo va a tocarnos batirnos con el enemigo?, ¿y perder la vida?”».

La mañana del día 15, el teniente Hayashi Inoue, destinado en Birmania, estaba preparando una ofensiva local contra tropas británicas, cuando se enteró de que la guerra había acabado. «Sentí un inmenso alivio», manifestaría más tarde. «Estaba muy claro que teníamos la guerra perdida. Día a día, durante meses, me pareció casi imposible sobrevivir para ver el siguiente». Entre tanto, y desde su cuartel general emplazado en las montañas de Luzón, el general Tomoyuki Yamashita aún se hallaba al frente de las tropas japonesas que combatían en Filipinas cuando se produjo el anuncio de la rendición. Temiendo que el general pudiera suicidarse, uno de sus oficiales se dirigió de inmediato al jefe del Estado Mayor rogándole que no se separara de Yamashita ni un momento durante toda la noche para impedírselo. Este, sin embargo, tranquilizó a ambos: «No se preocupen, no me iré al cielo solo; eso no ayudaría a nadie. Mi deber es llevar a nuestros soldados de vuelta a casa. No se preocupen por mí y vayan a acostarse». Unos cuantos días más tarde, el general convocó a todos sus hombres presentes en aquellos momentos en el cuartel general, les estrechó la mano uno a uno y les rindió un último saludo, antes de ponerse en marcha caminando por el bosque al encuentro de los estadounidenses a los que había de entregarse. Poco antes dejaría escrito un último poema:

*Han cogido a mis soldados en las montañas como flores silvestres.*
*Ahora soy yo quien ha de irse, y lo hago con alegría.*

De modo similar procedió el teniente general Masaki Honda, quien había luchado en Birmania contra las tropas de Slim, dirigiéndose a su Estado Mayor, acuartelado en una localidad llamada Nangala, en los siguientes términos: «Hemos de acatar la decisión del emperador. Este es el fin de la guerra y les pido que sigan obedeciendo órdenes y que se abstengan de toda acción violenta». Uno de sus oficiales, el comandante Mitsuo Abe, incontenible, le espetó con vehemencia lo siguiente: «Los Aliados destruirán nuestro legado y borrarán a la raza nipona de la faz de la tierra. Los estadounidenses ocuparán por siempre nuestro país. Usted es nuestro comandante en jefe. Debe dar ejemplo cometiendo *seppuku*… y si no tiene arrestos para hacerlo, ¡ya le enseñaré yo cómo!». Honda, sentado en el suelo a la manera tradicional japonesa, invitó calmadamente a Abe a sentarse a su lado, tras lo cual le dijo: «Usted es un oficial de Estado Mayor y, por tanto, se supone que inteligente. ¿No puede entender la decisión del emperador? Hemos de sobrellevar nuestras desgracias con valentía. Ni los más viejos ni los más jóvenes hemos de quitarnos la vida; así no se salva a la patria. Hemos de seguir viviendo y construir los cimientos del nuevo Japón».

«Todos los hombres lloraban por la derrota», recordaría la joven Yoshiko Hashimoto, que entonces contaba veinticuatro años de edad y había perdido a media familia durante el bombardeo incendiario que había asolado Tokio en marzo. «Yo también lloré…, pero de alivio». Ryoichi Sekine, un muchacho de dieciséis años que vivía también en Tokio, experimentaba un sentimiento de vergüenza que no compartía su padre, quien, al conocer la noticia, se limitó a decir pragmático: «A partir de ahora vamos a vivir en un nuevo mundo en el que los estadounidenses van a cortar el bacalao». Por su parte, Yoichi Watanaki recordaba cómo, siendo un niño de ocho años, había oído los sones triunfales de la música militar que sirvió de fondo al anuncio del ataque nipón difundido por la Radio de Tokio el ocho de diciembre de 1941. Asimismo, recordaba que aquella misma mañana, al formar antes de entrar en clase, el director de la escuela hizo que cada uno de los trescientos escolares allí presentes subiera hasta el podio desde el que él mismo les hablaba y gritara con saña: «China, Estados Unidos y Gran Bretaña son los enemigos de Japón».

Casi cuatro años más tarde, y en el pueblo al que la escuela había sido evacuada, Yoichi se vio convocado el 16 de agosto de 1945 —a pesar de que eran vacaciones— a una asamblea junto con todos los demás niños. El mismo director de entonces, tras reunir a los escolares en el patio, les hizo objeto de una severa alocución. Les dijo que la vergüenza por la derrota caía sobre el pueblo japonés, que había fallado a sus guerreros. Mandó a los niños arrodillarse, haciendo que Yoichi diera un respingo de dolor al contacto de sus rodillas desnudas con la gravilla, e inclinarse en dirección a Tokio, antes de ordenarles recitar en coro: «Pedimos perdón al emperador porque somos responsables de que desde la Patria se haya perdido la guerra». Al oírse decir

eso, Yoichi no pudo evitar sentir enojo y resentimiento, pues estaba seguro de que él y sus compañeros habían hecho lo imposible para que ello no sucediera ¿O acaso no recordaba el director todas las horas que se habían pasado desenterrando raíces de pino para extraer patéticas cantidades de aceite que había de ser usado como combustible de aeroplanos? Al llegar a casa, Yoichi diría a su madre: «Seguro que hemos perdido la guerra, porque nuestros militares no son lo bastante buenos. Nos dijeron que un Viento Divino acudiría en nuestra ayuda y no lo hizo. Nos engañaron, ¿no es verdad?».

La noche previa al anuncio de la rendición, el comandante Haruki Iki volaba hacia el cuartel general de la Marina a los mandos de un pequeño avión de comunicaciones estratégicas para asistir allí a una reunión sobre la misión suicida que su Ala había de emprender. Tras aterrizar, se encontró con dos oficiales de Estado Mayor a quienes conocía bien de los tiempos en la academia y que, tras saludarlo, le dijeron: «Olvídate de la reunión. De aquí a poco se anunciará algo muy importante que podría cambiarlo todo, así que vamos a beber algo». Después de tomarse una bebida, pasaron las horas que siguieron guarecidos en refugios y a salvo así de las «atenciones» de los bombarderos estadounidenses. Finalmente fue radiado el mensaje del emperador y, al igual que muchos otros, Iki no pudo evitar romper a llorar desesperanzado. Una vez más calmado, decidió regresar solo a su base, donde se encontró con que la mayor parte de sus hombres había abandonado su puesto y se había ido a casa. Enfurecido, Iki les envió sendas órdenes de regreso, que en su mayoría obedecieron avergonzados, y, una vez de vuelta, puso a trabajar a los desconsolados pilotos haciéndoles poner sus aviones a punto: «Pensé que los estadounidenses se los llevarían para repararlos». Poco después Iki recibió una orden tajante del cuartel general: todo aeroplano había de ser destruido. Y efectivamente, así se hizo.

Otro piloto, Toshio Hijikata, se hallaba en un hospital naval, después de haber perdido peso y haber contraído unas fiebres crónicas durante el verano, que, tal como le fue diagnosticado, tenían por origen dolencias pulmonares agravadas por los vuelos en acciones de combate. Pese a ello, y a diferencia de otros internos de su pabellón profundamente aliviados al oír que la guerra había acabado, Hijikata salió de un salto de la cama y se hizo llevar por un vehículo de vuelta a la base de su escuadrón en Kagoshima. «Estaba seguro de que aún habría de producirse una gran batalla aérea», se justificaría más tarde, «y quería estar presente». Cuál no sería su sorpresa cuando al llegar a la base, se enteró de que su unidad había aceptado la rendición.

El comandante Shoji Takahashi, un oficial del cuartel general de inteligencia, había pasado una semana en Hiroshima en calidad de miembro de la comisión del ejército encargada de investigar lo allí sucedido, donde enfermó a causa de lo que

posteriormente se identificaría como efectos de la radiación. A punto de tomar el avión que había de conducirlo de regreso a Tokio, Takahashi tuvo conocimiento de la rendición nipona. Como afirmaría más tarde, «me pasé todo el camino de vuelta al cuartel general maquinando cómo iba a suicidarme, asumiendo que se esperaba de todos nosotros que procediéramos de ese modo». Así las cosas, fue toda una revelación descubrir que la mayoría de oficiales no hacía ascos a la idea de seguir con vida. No obstante, y en el marco del profundo sentimiento de humillación experimentado por el ejército japonés en su conjunto, Takahashi se negó a cumplir una orden en virtud de la cual se le instaba a sumarse a la delegación nipona que había de volar hasta Manila para recibir instrucciones detalladas por parte de los estadounidenses, pues, tal y como también manifestaría más tarde: «No podía soportar la idea de ser uno de los que se rebajase ante MacArthur».

A las diez de la mañana del 15 de agosto, doce aviones kamikaze se hallaban, como de costumbre, listos para el despegue en la base aérea de Hyakuri, emplazada al norte de Tokio. Uno de ellos no pudo ponerse en marcha por causa técnicas, pero el resto partió, siguiendo el horario previsto, con la misión de atacar a la flota estadounidense. El personal de tierra se hallaba ya preparando la siguiente remesa, de treinta aparatos, que habría de despegar a mediodía, cuando empezó a oírse el mensaje del emperador. Las interferencias eran tan grandes que los hombres al mando del suboficial Hachiro Miyashita no pudieron entender una sola palabra y retomaron sus labores, pensando que no se trataba más que de una nueva arenga de Hirohito instándoles a mayores sacrificios. De repente, un hombre en bicicleta se presentó ante ellos para comunicarles la noticia: «¿No lo habéis oído? La guerra ha terminado». Quienes se mostraron más conturbados dentro de todo el aeródromo fueron los pilotos que habían contado con estar muertos al cabo de dos horas. «Les vi alejarse camino de sus barracones», recordaría Miyashita, «con los hombros hundidos parecían sumidos en una profunda tristeza: tal era el ansia con que habían esperado llevar a cabo su misión». Las tripulaciones de tierra debían ir de un momento a otro al comedor, pero, incluso después de que los vuelos fueran cancelados, Miyashita y sus hombres seguían sin tener apetito. No fue hasta unas horas después cuando un nuevo pensamiento empezó a tomar forma en su conciencia: «¡Lo he conseguido! ¡He salido con vida de esta guerra!», no pudo dejar de proclamar exultante Miyashita. Aquella noche, cuando por primera vez pudo ver luces encendidas en edificios que habían permanecido a oscuras durante años, empezó a darse cuenta de las ventajas de la paz.

El 17 de agosto se produjo una tentativa de motín en la base aérea de Atsugi, de resultas de la cual un caza *Zero* partió en dirección a la base de Hyakuri. Al llegar allí, su piloto, que actuaba en solitario, se dedicó a incitar a los demás aviadores a continuar con la guerra, suplicándoles «¡No abandonéis la lucha!», sin que sus requerimientos hallaran demasiado eco entre sus compañeros. Al día siguiente, el

comandante en jefe de la base convocó a todos los oficiales y a los suboficiales especialistas mostrándose inflexible sobre la necesidad de acatar los términos de la rendición: «Cada acto de desobediencia recaerá sobre el pueblo japonés», les reconvino tajante. «Es deber de cada uno de ustedes mantener a los hombres a su mando bajo la más estricta disciplina». Las tripulaciones de tierra procedieron a vaciar los depósitos de combustible y a retirar las bombas de los aparatos, antes de que, al día siguiente, desmontaran asimismo las hélices de los aparatos para evitar que estos pudieran despegar.

Por su parte, el teniente Masahiko Ando, después de amerizar con su hidroavión en la base de su escuadrón, ubicada en la isla de Surabaya —perteneciente a las Islas Holandesas Orientales— y de dirigirse ajeno a todo a la cantina, se encontró allí con otros pilotos sumidos en un lúgubre silencio. Viendo eso, les preguntó: «¿Qué ha pasado?». Uno de ellos le contestó: «La guerra ha terminado», a lo que él repuso, no dando crédito a lo que había oído: «¿Quién ha ganado?», ya que la noción de que su propia nación hubiera podido reconocerse vencida escapaba totalmente a su comprensión. «Los jóvenes oficiales éramos como púgiles en el cuadrilátero», observaría Ando tiempo después. «Solo pensábamos en nuestro propio combate y no sabíamos nada de lo que estaba sucediendo en el resto del mundo en guerra. Llegados a aquel punto, solo nos planteábamos qué iría a pasarnos ahora».

Balwant Singh Bahia, miembro del cuerpo de ingenieros del Ejército Indio, se encontraba con dos sargentos en un vehículo de transmisiones emplazado en Irrawaddy, en la carretera principal al norte de Rangún, cuando un suboficial especialista dijo gritando: «¡Oh, guerra acabada! ¡Guerra acabada! Han lanzado bomba atómica en Japón». Él preguntó entonces: «¿Qué es eso?», y él respondió: «Vuelvo un minuto», y regresó al instante con dos botellines de cerveza para celebrarlo. Por su parte, soldados nipones que resistían ocultos en Okinawa vieron iluminarse el cielo con un brillante y estruendoso despliegue de fuegos artificiales procedentes de proyectiles trazadores de la marina estadounidense e intuyeron en seguida lo que ello significaba. De ahí que muchos fueran apareciendo en días sucesivos y entregándose a sus captores, que reprodujeron para sus prisioneros una grabación del mensaje imperial pronunciado por Hirohito días antes.

El regimiento de John Sandle, establecido en Birmania, se permitió un breve *feu de joie* a base de salvas de cañón el día de la victoria sobre Japón, pero «la euforia de la ocasión pronto se disipó dando paso a un sentimiento de melancolía ante la extrema futilidad de una guerra en la que nuestro batallón había perdido cientos de hombres solo para acabar donde habíamos empezado cuatro años atrás». El mismo y otro camarada eran los dos únicos oficiales que habían sobrevivido toda la campaña y ambos decidieron dar trabajo a los prisioneros japoneses ordenándoles disponer un

campo de *cricket* en la zona del campamento destinada a estos últimos.

Al mismo tiempo, en el campo de prisioneros de Aomi, en territorio japonés, el jefe de barracón Stephen Abott dirigía, vestido de uniforme, la siguiente alocución a sus compañeros igualmente uniformados: «Hoy es el día más grande en la historia de nuestro tiempo. Sin embargo, hemos de recordar que, para conseguirlo, han tenido que morir millones de personas de todas las nacionalidades. Es un día no solo de regocijo, sino también de sobria reflexión. Habéis dejado de ser prisioneros de guerra, pero seguís siendo soldados de vuestros respectivos países y sobre vosotros recae la gran responsabilidad de comportaros apropiadamente y dar un ejemplo digno. Recordad por encima de todo que sois ciudadanos de las democracias libres de Estados Unidos y Gran Bretaña. Sed fieles a los ideales que durante estos duros cinco años habéis luchado por mantener». Una vez finalizada esa alocución, tendrían que transcurrir tres semanas hasta que Abott y sus compañeros fueran liberados, mientras en otro campo de prisioneros sus vigilantes daban muerte a los internos y en el de Fukuoka los tripulantes de dieciséis B-29 eran descuartizados vivos a golpe de sable.

«¿Qué reacción? Absolutamente ninguna —escribiría el artillero británico Fred Thompson desde su campo de prisioneros en Java—. Puede que sea porque los japoneses no nos han dicho nada… excepto el “no trabajo” de hoy… puede que la reacción se produzca más tarde, cuando nos demos cuenta de lo que esto significa: el final de esta existencia de hambre, miseria y humillaciones. Doy gracias porque he sobrevivido igual que los camaradas que están conmigo». Al día siguiente, 17 de agosto, se desató por fin la alegría: «La noche pasada, 339 almas de este campamento dejaron pasar una buena».

Rod Wells, preso en la cárcel de Changi en Singapur, sintió disgusto ante el modo servil en que los guardias japoneses empezaron a saludar a los internos británicos y estadounidenses, ofreciéndoles agua y cigarrillos. Al cabo de poco tiempo, un equipo médico británico saltó en paracaídas sobre la prisión. Lo integraban hombres fuertes, robustos, cuya obscena salud provocaba en los prisioneros una perversa sensación de humillación ante su propia debilidad. Cuando vieron una pistola colgando del cinto de los paracaidistas, los desventurados internos —hasta tal punto habían interiorizado las reglas allí imperantes— no pudieron dejar de exclamar alarmados: «A los japoneses no les va a gustar». El oficial británico, animándoles, respondió: «No os preocupéis. Podéis decirles lo que queráis, darles con un martillo en la cabeza, lo que sea. No la liéis, solo dadles órdenes y tratadles como escoria; eso es lo que son». Sin embargo, no todas las fuerzas de liberación mostraron tal sensibilidad hacia los prisioneros. Así, un oficial de repatriación que llegó al campo del comandante George Cooper en Batavia[43] no dejó de reconvenir a los internos haciéndoles notar que su situación era infinitamente mejor que la de otros prisioneros que él había visto en los campos de concentración de Belsen o Buchenwald. Tras ello, no pocos de los

que le escuchaban se marcharon indignados.

Seis paracaidistas estadounidenses aterrizaron con un avión en un campo de prisioneros situado a las afueras de Mukden, en el que oficiales jefes británicos y estadounidenses se hallaban en cautiverio desde 1942. «Parecía como si estuvieran hablando con marcianos», escribiría después uno de esos oficiales, el brigadier Sam Pearson dirigiéndose a su esposa:

> *Los paracaidistas habían venido desde la China central con orden de encontrarnos… El primer avión ha llegado esta mañana y ha sido capturado por los japoneses porque los rusos que venían del Norte les han ordenado el cese de todo movimiento de tropas… Aquellos seis tíos mostraron un gran coraje cuando estuvieron a punto de perder la vida a manos de los japoneses del campo. Les desnudaron y les hicieron formar contra una pared. No sé aún cómo se libraron de aquello, pero solo puedo estar de acuerdo con lo que dice nuestro himno: «Dios bendiga a Estados Unidos».*

Cuando los primeros alimentos lanzados en paracaídas llegaron al campo de prisioneros emplazado en la isla japonesa de Shikokua, donde estaba internado el comandante de escuadrón de la RAF David Grant, la emoción le embargó: «Sentí un enorme nudo en la garganta y casi no podía hablar, así que le dije al que estaba a mi lado: “¿Quieres pasar tú? Creo que me voy a poner a llorar”. “No te preocupes”, dijo él con la voz rota, “la mitad de este cochino campo está llorando ya”». En el campo de Alf Evans, su comandante —un oficial japonés al que apodaban «Charlie Chan»— les soltó el siguiente discurso subido a un podio para que lo oyeran mejor: «“Los malvados yanquis han lanzado dos terribles bombas de rayos mortales y los japoneses de dos ciudades han muerto quemados y los japoneses se han rendido”. Era eso, la puta guerra se había acabado por fin. Algunos lo habíamos conseguido… Todos nos pusimos como locos a cantar y a dar saltos, dando gracias a Dios y pensando en los camaradas que habían caído en combate durante aquellos tres años y medio de padecimientos». Cuando las tropas estadounidenses entraron finalmente en el campo, prisioneros casi histéricos se les echaron encima, besándolos y abrazándolos.

Tres médicos militares estadounidenses presos en el campo de Kobe decidieron correr el enorme riesgo que suponía abandonarlo y cruzar Japón para dirigirse a Tokio, en cuyo céntrico *Hotel Imperial* tenían pensado alojarse. Allí un más que estupefacto personal accedió finalmente a atenderles, haciéndoles objeto de una suculenta comida en el restaurante, integrada por chuletas de ternera empanadas, arroz, ensalada y té servido en tazas de porcelana auténtica y manteles limpios. En esto se les presentó un oficial de la Kempeitai y empezó a increparles de muy malos modos por hallarse allí, a lo que el teniente médico Murria Glusman, le respondió señalándole con el dedo: «Escúchame bien, cabronazo hijo de puta. Hemos ganado la guerra y si no nos tratas con el respecto que merecemos como oficiales de la Marina estadounidense, ¡yo mismo me encargaré de que te cuelguen por el culo de la farola más alta de Tokio!».

En otro orden de cosas, cuando Stuart Cunningham, oficial de la fuerza aérea del Ejército Británico y hermano del prisionero de guerra Andrew Cunningham, llegó a Singapur pocos días después de la rendición luciendo su uniforme de verano de un blanco inmaculado y se encontró con su hermano, este, que presentaba un aspecto famélico, no pudo dejar de exclamar: «¡Dios mío, Stuart, qué gordo estás!». Al igual que muchos otros prisioneros, Andrew Cunningham no pudo asimilar en un primer momento la experiencia de recobrar la libertad: «Salíamos a un mundo que nos pareció maravilloso y donde hasta nos preguntaban "¿Qué le apetecería para cenar?"». Pese a todo, Cunningham aún llegó a sentir cierta conmiseración por sus antiguos captores: «Aborrecía a los japoneses, pero al final no pude evitar tenerles mucha lástima. Nosotros lo habíamos dado todo, pero habíamos ganado. Ello lo habían dado todo… y habían perdido».

En Chongqing, chinos y estadounidenses se iban abrazando unos a otros por las calles. «*Mei kuo ting bao, mei kuo ting bao*!», iban gritando los primeros, «¡Los Estados Unidos son maravillosos!». Artefactos pirotécnicos explotaban también por todas partes, mientras la gente gritaba y lo celebraba, primero de forma poco ostensible, «pero luego subiendo de tono hasta desembocar en una verdadera explosión de alegría al cabo de una hora», oyéndose a algunos gritar en inglés: «¡Gracias, gracias!». El capitán Luo Dingwen se contaba entre los innumerables chinos que no pudieron reprimir las lágrimas, «porque aquello significaba que podía volver a casa por primera vez desde 1937». El primer pensamiento de otro oficial chino, el también capitán del ejército nacionalista Yan Qizhi fue en aquel momento: «¿Quién más seguirá vivo?». Habrían de pasar semanas hasta que alguien de su regimiento pasara por su pueblo para informar a su familia de que el capitán Qizhi estaba con vida. Finalmente, este acabó recibiendo una carta de sus familiares diciéndole que se podían considerar afortunados ya que solo uno de sus parientes, un tío que era maestro, había sido asesinado por los japoneses en su propia escuela. Por su parte, a la clase de la que Wu Yinyan era alumno en un centro escolar de Beijing no le dieron permiso para salir a la calle y unirse al gentío que atestaba las calles celebrando la rendición nipona, «y dudo de que, aunque nos lo hubieran dado, habríamos acabado saliendo. Después de tantos años de sometimiento, la noticia se produjo de forma demasiado repentina como para poder creerla. Yo mismo no podía imaginarme que la guerra hubiese acabado de verdad». Por otra parte, durante días persistieron en la China ocupada los temores hacia represalias violentas contra aquellos que celebraran la caída de los ocupantes nipones.

En la unidad 371, el centro dedicado en Manchuria a la investigación sobre guerra biológica, todo eran prisas por destruir cuanto, de caer en manos enemigas, pudiera suponer una incriminación. De ese modo, se procedió urgentemente a administrar inyecciones letales a quienes participaban en los experimentos como cobayas

humanos, así como a los trabajadores de las instalaciones. No obstante, jamás responsable alguno tuvo que dar cuenta o verse juzgado por los monstruosos crímenes allí cometidos, toda vez que, aunque los estadounidenses no tardaron en atisbar cuáles eran los atroces fines de dicha unidad, consideraron más provechoso poner bajo secreto sus archivos y proteger a los mandos y científicos nipones, pensando en las posibles ventajas militares que ello podría representar para el ejército de Estados Unidos.

Por otra parte, en los días inmediatamente posteriores a la rendición, comunistas chinos llegaron hasta la verja de entrada de la base aérea nipona ubicada a las afueras de Pekín en la que se hallaba destinado el cabo Iwao Ajiro, reclamando que se les entregara el armamento de que dispusiera su unidad. Tal como recuerda Ajiro, «tuvimos que decirles: “Lo sentimos, pero no estábamos en guerra contra vosotros, sino que nos hemos entregado a Chiang Kai Shek y es a su ejército al que ahora pertenecen nuestras armas”». Los comunistas insistieron, ofreciendo prebendas personales a Ajiro, que era radiotelegrafista. «Me dijeron: “Quédate a trabajar con nosotros: necesitamos gente con tus habilidades. Tendrás una buena vida y te conseguiremos una esposa”. Yo les contesté: “¡Estáis locos! Aún soy muy joven y lo que quiero es volver a casa y ver a mi madre”».

Solo en los frentes soviéticos la guerra continuó casi con la misma intensidad que antes, toda vez que Stalin no tenía deseo alguno de que imperara la paz hasta tanto sus tropas no hubieran tomado posesión, físicamente, de los territorios que habían sido prometidos a la URSS. En esas circunstancias, MacArthur, queriendo creer —de forma absurda— que, en cuanto que Comandante Supremo de los Poderes Aliados, su autoridad se hacía extensiva asimismo a las tropas soviéticas, envió un mensaje a Moscú ordenando «el cese de toda acción ofensiva contra las fuerzas niponas». Los mandatarios soviéticos le respondieron secamente afirmando que tal decisión sería tomada únicamente según criterio de «el Comandante Supremo de las Fuerzas Soviéticas». Así las cosas, mientras que en algunos lugares de Manchuria los emisarios japoneses que trataron de rendirse a las fuerzas de Vasilevsky fueron ejecutados por los soviéticos de inmediato, en otros las tropas niponas siguieron combatiendo bien ignorantes bien indiferentes al hecho de que su país se había rendido y sin poder impedir, en ningún caso, el incontenible avance soviético hacia el Este y hacia el Sur.

Por la tarde del 19 de agosto el aeródromo de Girin fue escenario de un enfrentamiento entre tropas rusas y japonesas que resulta característico en lo que tuvo de confuso. Después de que fuerzas soviéticas que acaban de saltar de sus aviones de transporte hubieran procedido a desplegarse, y atendiendo al requerimiento de quien

las encabezaba, el comandante Belayev, un grupo de militares nipones se presentó ante él sin armas, exceptuando el sable, y portando brazaletes blancos con intención de parlamentar. Como el oficial soviético recordaría más tarde con resentimiento: «Los samuráis solo estaban ganando tiempo. Finalmente uno de los oficiales se sacó del bolsillo un pañuelo y empezó a agitarlo, tras lo cual las ametralladoras japonesas abrieron fuego de inmediato sobre nosotros». Los rusos corrieron a ponerse a cubierto, pero cuatro hombres resultaron heridos e incluso Belayev recibió impactos de metralla en el rostro, antes de conminar a gritos a los oficiales nipones a cesar el fuego, sin obtener resultado alguno. Tras un breve y enconado intercambio de disparos, los soviéticos capturaron a cuatro oficiales y cuarenta hombres, además de dar muerte a muchos otros. «Para ser honesto, nos sentíamos tan ultrajados que no teníamos demasiado interés en hacer prisioneros», admitiría después Belayev. «Habíamos acordado un alto el fuego con los japoneses y allí estaban ellos disparando sobre nosotros». Con todo, cabe suponer que ese incidente fue consecuencia más de los sentimientos contrapuestos que se vivían entre las filas niponas que de un ardid «samurái», pero en cualquier caso acciones como esa no contribuyeron precisamente a favorecer la magnanimidad soviética. Por lo demás, en posteriores escaramuzas en la localidad vecina al aeródromo los soviéticos se encontraron con soldados japoneses tratando de escapar vestidos de civiles, mientras algunos otros aún oponían resistencia. En la mañana del 21 de agosto, no obstante, la mayoría de las tropas niponas se había rendido, de modo que la compañía de Belayev se hizo cargo de doce mil prisioneros que, tal como observó ácidamente el comandante soviético, parecían demasiado temerosos de caer en manos de los chinos como para intentar escapar.

En otro orden de cosas, Souhei Nakamura, hijo de un profesor de música japonesa que vivía en Manchuria desde 1941, fue llamado a filas solo una semana antes de que se produjera la ofensiva soviética. El 12 de agosto, todos y cada uno de los quinientos miembros de su contingente —integrado bien por reclutas o por reservistas de cierta edad— recibió un arma y una media llena de arroz para atarla a su mochila. Acto seguido, fueron introducidos en un tren que, lleno hasta los topes, partió hacia el sur con destino al frente. Mientras se dirigían a pie a la estación, se quedaron atónitos al observar cómo el director de un banco salió corriendo a la calle cargado con montones de billetes, que procedió a repartir entre los soldados a medida que estos iban pasando, prefiriendo entregárselos a ellos que dejárselos a los rusos.

Después de unos cuantos días de vacilante progreso, los soldados se apearon del tren en el lugar en que se suponía habían de unirse a un regimiento, pero que había sido ya abandonado por el ejército en retirada después de que el puente que quedaba un trecho más adelante hubiera sido abatido por los bombarderos soviéticos. No había ningún oficial al mando y durante horas los hombres se mantuvieron confusamente

apiñados en la incertidumbre de no saber qué hacer, hasta que a lo lejos divisaron dos figuras que venían hacia ellos por la vía del tren haciendo ondear sendas banderas blancas. En un primer momento pensaron que se trataba de niños, para descubrir más tarde, a medida que se les acercaban, que no eran sino soldados soviéticos, que les comunicaron que la guerra había terminado. Sin sentirse demasiado afectados, más bien, experimentando no poco alivio, los jóvenes reclutas depusieron sus armas ante los recién llegados, mientras algunos hombres de más edad y con mayor vena patriótica prefirieron clavar su sable en el suelo y doblegarlo hasta romperlo antes que presentárselo a los soviéticos. Tras ello se pusieron cansinamente en marcha esperando que un tren les llevaría a Corea y, desde allí, de vuelta a casa. «Tenía diecinueve años», recordaría luego Nakamura, «y todo aquello de la derrota no significaba gran cosa para mí. Solo me alegraba del hecho de que, al ser quinientos los que estábamos allí apelotonados, parecía poco probable que los rusos acabaran matándonos».

No hubo tren hacia Corea, sino una larga y agotadora marcha bajo vigilancia soviética. Soldados extenuados empezaron a ir tirando por el camino mochilas, efectos personales e incluso sus propias botas, ya que era la estación de las lluvias y a menudo tenían que vadear por entre barro espeso. Al cabo de un tiempo atravesaron un pueblo de inmigrantes japoneses, donde pudieron ver a una abuela de respetable edad suplicar a los inconmovibles chinos de la localidad que se hicieran cargo de la criatura que ya no podía seguir llevando contra su pecho. Poco más tarde, una pandilla de huérfanos japoneses mató un buey y se puso luego a repartir tiras de carne cruda entre los agradecidos soldados nipones. Nakamura se apercibió de que no se veía a ninguna joven y pensó que los soviéticos se las habrían llevado a todas. Al cabo de unas horas, los prisioneros fueron conducidos en tropel carretera abajo. «Después siempre me pregunté qué habría sido de aquellos niños y de aquellos inmigrantes». La respuesta más probable es que murieran de hambre.

La brutalidad de las tropas rusas hacia sus prisioneros obedecía más a diferencias culturales que a motivos personales. En ese sentido, pocos integrantes del Ejército Rojo experimentaban una animadversión declarada hacia los japoneses, únicamente extrañeza frente a personas cuyo aspecto y carácter distaban de todo lo que habían conocido hasta entonces. «No sentíamos nada comparable al odio que teníamos a los alemanes», rememoraría con posterioridad el sargento Anatoly Fillipov. Así, en las ciudades y pueblos «liberados» de Manchuria, los vencedores se dedicaban a disfrutar visitando burdeles o haciéndose llevar en *rickshaws*, esto es, carricoches tirados por un solo hombre, sin que dejara de haber otros que, como el teniente Chervakov, compraron un kimono para su madre. Así lo haría, igualmente, en Sajalín el piloto de aviación Boris Ratner, quien apenas pudo dar crédito a sus ojos al ver pasar a su lado una columna de prisioneros japoneses caminando penosamente. Los

soldados apenas podían avanzar bajo el peso de la impedimenta propia y de la de sus oficiales, que, incluso cautivos, hacían que fueran sus hombres quienes la transportaran, en algunos casos hasta caer muertos de extenuación, tal como sucedió a uno de los soldados de la columna que observaba Ratner. Otro prisionero que sabía un poco de ruso se quejaría con amargura del cinismo de Stalin ante Anatoly Fillipov: «Bien, han conseguido su recompensa, pero es una recompensa ilícita. Stalin nos engañó. Siempre nos prometió que no nos atacaría». Así las cosas, fueron miles los soldados y civiles nipones que se quitaron la vida en Manchuria.

En cuanto a las mujeres, la alegría por la derrota japonesa pronto daría paso al terror ante el comportamiento de los soldados soviéticos, protagonistas de una auténtica ola de violaciones generalizadas. «No nos caían nada bien», manifestaría Liu Yunxiu, que por aquel entonces contaba veintiún años de edad y vivía en Changchun. «Robaban comida y violaban a las mujeres en plena calle, así que todas trataban de hacerse tan repulsivas como podían para no llamar su atención. Mis padres me mantuvieron oculta durante semanas, en las que no me dejaron salir una sola vez de casa». Algunos soldados soviéticos afirmarían más tarde que los excesos cometidos por el Ejército Rojo corrieron a cargo de los veteranos del Frente de Rokossovsky, tristemente célebres por su conducta en Europa. «No se comportaban bien —reconocería el sargento Anatoly Fillipov—. Siempre estaban dándose el pisto, diciendo: “¡Somos los hombres de Rokossovsky!”». La tía de Souhei Nakamura, una mujer casada de treinta y un años se ofreció ella misma a los ocupantes en la vana esperanza de evitar la violación de alguna chica virgen. Todo lo que consiguió, no obstante, fue contraer la sífilis que también contagió a su marido, al no revelarle nada de lo ocurrido una vez este regresó del cautiverio al que le habían sometido los soviéticos. Hasta los mismos guerrilleros comunistas chinos se sintieron horrorizados ante el comportamiento del Ejército Rojo: «Los soviéticos eran nuestros aliados; todos íbamos en el mismo barco. Considerábamos a sus soldados como hermanos. Tal y como descubrimos, el problema era que no tenían ningún respeto por nuestra gente. Su comportamiento en Manchuria fue deleznable». Otro guerrillero comunista, Jiang De, se mostraba, no sin cierta resignación, menos sorprendido: «Los soviéticos no hicieron más que comportarse aquí como se habían comportado en todos los demás sitios».

Cuando las tropas soviéticas no habían acabado aún de completar la ocupación de Manchuria tras la rendición nipona, unidades anfibias se encontraban ya lanzando una ofensiva contra las islas bajo dominio japonés prometidas a Stalin en la Conferencia de Yalta. Ocho mil hombres fueron enviados, atravesando unos ochocientos kilómetros de mar, hasta las Kuriles, una cadena formada por unas cincuenta islas y situada al Nordeste del Japón. Las Kuriles del Norte se hallaban defendidas por veinticinco mil soldados nipones, de los cuales ocho mil ochocientos

cuarenta se hallaban desplegados en la zona más septentrional del archipiélago. Su moral de combate era escasa, pues las Kuriles no dejaban de representar uno de los lugares más remotos del imperio nipón al que —de forma unánime— nadie deseaba ir destinado.

En la noche del 14 de agosto, el comandante en jefe de la guarnición de Shannshir, el general de brigada Fusaka Tsutsumi recibió un aviso desde el cuartel general del Ejército de la 5.ª Zona del que dependían las Kuriles, para que escuchara, acompañado de sus oficiales de más alta graduación, el mensaje del emperador que se retransmitiría al día siguiente. Habiendo procedido ya a su escucha, Tsutsumi se dispuso a esperar la llegada de las fuerzas de ocupación estadounidense, a las que en modo alguno tenía intención de presentar batalla. En cambio, quien apareció a las 04:22 de la mañana del 18 de agosto —sin advertencia ni declaración previa de ningún tipo— fue una división de tropas soviéticas dispuesta a ocupar Shannshir. Pese a toda su experiencia en operaciones terrestres, el Ejército Rojo tenía un conocimiento penosamente escaso sobre las dificultades que entrañaba realizar un desembarco con oposición desde tierra. De ahí que, desde el principio, su ofensiva sobre Shannshir constituyera una operación desastrosa, rutinariamente preparada y caóticamente ejecutada, en la que los asaltantes se vieron repelidos por tropas de guarnición sin experiencia alguna en combate.

A las cinco y media de la mañana las baterías de costa japonesas empezaron a hacer fuego sobre los buques de guerra soviéticos que se les acercaban, logrando hundir algunos de ellos e incendiar otros, mientras los marineros soviéticos que saltaban de los navíos antes de que estos se fueran a pique se veían barridos por las corrientes. Las comunicaciones de los asaltantes dejaron de ser operativas, en la medida en que los aparatos de radio se perdieron o fueron a parar al fondo del mar en el desesperado intento por parte de sus operadores de alcanzar a nado la costa. Bajo el fuego nipón, los marineros soviéticos se vieron obligados a improvisar balsas que hicieran posible el desembarco de carros de combate o piezas de artillería, toda vez que su ejército no disponía de la panoplia de vehículos anfibios con que sí contaban los Aliados Occidentales. En esa situación, el contraataque lanzado por veinte carros nipones llegó incluso a hacer ganar algo de terreno a los defensores, al tiempo que lo que con toda probabilidad debió de representar la última acción de pilotos kamikazes acabó con un destructor escolta soviético. A primera hora de la mañana de ese mismo día el comandante en jefe de las fuerzas soviéticas en Shannshir recibió órdenes de acelerar la conquista de la isla. Poco más tarde, una delegación de la guarnición nipona llegó al cuartel general de las tropas soviéticas para presentar la rendición. Pese a ello, al día siguiente algunas baterías de costa aún seguían disparando contra navíos soviéticos en el Segundo Estrecho de las Kuriles, lo que les costó ser objeto de un intenso bombardeo, antes de que las tropas de Tsutsumi se entregaran

definitivamente la noche del 21 de agosto tras perder 614 hombres.

La conquista de Sajalín representó un reto de menor envergadura, habida cuenta de que el punto más próximo a la costa de Asia quedaba únicamente a unos diez kilómetros y de que la parte norte de la isla era ya territorio soviético. Con todo, Sajalín representaba una isla de muchísima mayor extensión, con unos novecientos kilómetros de largo y entre veinticinco y cien de ancho. Por otra parte, su mitad sur se hallaba en posesión de Japón desde 1905, lo que constituía el origen de un amargo resentimiento soviético, pronto, en cualquier caso, a verse vengado. Aunque el terreno de la isla resultaba de lo más inhóspito —salpicado de zonas pantanosas, montañoso y densamente cubierto de bosques—, el gobierno nipón había abocado allí por razones de prestigio preciosos recursos con el objeto de fortificar el lugar. De resultas de ello, el ataque soviético iniciado el 11 de agosto apenas representó, en un primer momento, avance alguno para sus tropas, que, solo tras arduos combates, lograrían hacerse con el control del estratégico fortín de Honda, cuyos defensores lucharon hasta el último hombre. Las condiciones meteorológicas no resultaban favorables para que la aviación pudiera desplegar su apoyo y muchos carros quedaron embarrancados, por lo que la infantería soviética se vio obligada a abrirse paso penosamente a pie, rebasando por los flancos las posiciones niponas. A primera hora del día 16, sin embargo, y tras tener noticia del mensaje del emperador, los japoneses, preceptivamente, lanzaron una serie de contraataques frontales que permitieron a los soviéticos infligirles cuantiosas bajas. Al día siguiente, metro a metro, las tropas soviéticas consiguieron penetrar en los bosques, batiendo a los defensores con fuego aéreo y artillero, de modo que el mismo día por la noche el comandante japonés de la zona de defensa fronteriza rindió sus tropas a los invasores.

En el resto de Sajalín, sin embargo, las guarniciones continuaron resistiendo. Así, cuando la flotilla soviética del Pacífico Norte desembarcó en el puerto de Maoka el 20 de agosto y sus hombres empezaron a acribillar a civiles en la orilla, las tropas japonesas abrieron fuego sobre los invasores. Una densa niebla hacía muy difícil la observación artillera, por lo que estos hubieron de expulsar con no pocos esfuerzos a los defensores de los muelles y del centro mismo de la ciudad. «La propaganda nipona había logrado imbuir en los habitantes de Maoka el temor a la “brutalidad soviética”», haría constar crudamente un informe soviético. «El resultado es que gran parte de la población había huido a los bosques, al tiempo que algunas personas eran evacuadas a Hokkaido. Las mujeres se vieron especialmente influidas por la propaganda nipona, que las convenció de que las tropas soviéticas las matarían y estrangularían a sus hijos». Una vez acabado el asalto sobre Maoka, los japoneses habían perdido —según fuentes soviéticas— trescientos hombres, sin contar con los seiscientos prisioneros capturados y con la desbandada del resto de la guarnición, en fuga hacia el interior de la isla. Así las cosas, la ocupación de Sajalín quedaría

completada el 26 de agosto, cuatro días después de lo previsto por los mandos soviéticos.

Stalin albergaba, sin embargo, mayores afanes expansionistas en territorio nipón, como revela el hecho de que, antes ya de dar inicio a la ofensiva sobre Manchuria, había destinado un contingente de tropas a ocupar la parte septentrional de la isla japonesa de Hokkaido, ocupación que debía producirse tan pronto se hubiera ganado control absoluto sobre Corea del Norte. La noche del 18 de agosto, Vasilevsky envió un mensaje a la Stavka en Moscú, solicitando permiso para proceder al ataque sobre Hokkaido que, según se preveía, habría de prolongarse entre el 19 de agosto y el 1 de septiembre. Durante las cuarenta y ocho horas siguientes, Vasilevsky no recibió respuesta alguna, mientras Stalin no dejaba de rumiar su decisión. Finalmente, el general volvió a dirigirse al máximo mandatario soviético para pedir instrucciones, a lo que este respondió que Vasilevsky debía continuar con los preparativos de la operación, de modo que sus tropas se hallaran en disposición de iniciar el ataque la medianoche del 23 de agosto.

Entre tanto también los estadounidenses especulaban con la posibilidad de desembarcar en las Kuriles y en el puerto continental de Dairen, a fin de asentar posiciones —aun quebrantando los acuerdos de Yalta— antes de que llegaran los soviéticos. Pese a ello, ambas potencias acabarían retractándose de sus propósitos iniciales. Así, Estados Unidos reconoció que cualquier intento por adelantarse a los soviéticos ocupando los territorios que se les habían asignado pactadamente no haría sino precipitar una crisis. Del mismo modo, Truman envió un cable a Moscú rechazando categóricamente la propuesta de Stalin de que las tropas soviéticas recibieran la rendición japonesa al Norte de la isla de Hokkaido. Tras ello, a mediodía del 22 de agosto, la Stavka envió nuevas órdenes al alto mando de las tropas destacadas en el Lejano Oriente cancelando los desembarcos en Hokkaido. A su vez, los estadounidenses se limitaron a enviar rápidamente unidades de marines a puntos clave del territorio o la costa china, a fin de hacerse cargo de ellos hasta que las fuerzas de Chiang Kai Shek pudieran asumir el control sobre los mismos. En ese sentido, solo gracias al gigantesco despliegue de hombres y aviones de transporte llevado a cabo por Estados Unidos pudieron los nacionalistas volver a establecerse en el este de China durante el otoño de 1945.

La última batalla de la segunda guerra mundial se libró en un lugar del que pocos occidentales habrán oído hablar nunca: Hutou. Ese nombre significa «cabeza de tigre», y, efectivamente, por aquel entonces aún podían verse algunos de esos felinos en las montañas de Wanda, donde se alza Hutou junto al imponente río Ussuri en la frontera este de Manchuria. Por la parte soviética, los bosques se extienden kilómetros y kilómetros a lo largo de terreno llano; por la parte de Manchuria, sin embargo, escarpados riscos se alzan desde los pantanos y la línea férrea que discurre

paralela al curso del río. En ese lugar, a partir de 1933, el Ejército de Quantung comenzó a erigir el sistema defensivo más elaborado de toda Asia y al que los mandos de aquel, de forma precipitada, no dudaron en denominar su «Línea Maginot». Hutou estaba asentado sobre cuatro fuertes construidos sobre colinas vecinas y que llegaban a alcanzar una altura de ciento veinte metros desde la ribera del río. Las edificaciones contaban con techos y muros de hormigón con un grosor de dos metros y acogían bajo tierra almacenes y habitáculos que contaban con generadores eléctricos propios y que estaban conectados entre sí por túneles. En conjunto, el sistema defensivo tenía una extensión de casi ocho kilómetros y una profundidad de hasta seis y medio y se veía defendido por algunas de las mayores piezas artilleras de toda Asia, incluyendo cañones Krupp de doscientos cuarenta milímetros y un mortero de cuatrocientos diez milímetros de diámetro. Según afirman fuentes chinas, los aproximadamente treinta y mil trabajadores forzados de esa nacionalidad que participaron en la construcción de la fortaleza fueron pasados por las armas tan pronto acabaron su obra y, de hecho, numerosos cadáveres fueron exhumados en la zona después de 1945.

Para los japoneses, Hutou constituía un destino impopular, por hallarse muy alejado de cualquier tipo de distracciones y placeres. Para quienes acababan habitando en sus reverberantes cavernas no dejaba de resultar, además, manifiestamente insalubre, con una humedad que se filtraba por los muros de hormigón y que oxidaba las armas y echaba a perder los alimentos, sin contar con el frío gélido en invierno y el calor asfixiante en verano de los búnkeres. A lo largo de los años, las unidades de veteranos, destinadas en un Hutou que cualquiera que hubiera visto las fortificaciones de Verdún habría reconocido al instante, habían ido viéndose reemplazadas por un elemento humano que imponía bastante menos respeto. En aquellos momentos, y pese a la evidencia de patrullas soviéticas merodeando por las inmediaciones y a la existencia de pontones del Ejército Rojo en ruta por el Ussuri, el comandante de la guarnición de Hutou se hallaba en paradero desconocido la noche en que se inició el ataque contra ella. Como quiera que aquel no llegó nunca a retornar a su puesto, la defensa se vio dirigida por el comandante de la artillería local, el capitán Masao Oki.

Las primeras explosiones, además de cortar toda comunicación por carretera con el exterior, sembraron el pánico entre los pocos cientos de infortunados civiles que moraban detrás de la fortaleza. El 9 de agosto, los habitantes chinos de Hutou —que vivían en un asentamiento algo alejado y cuyas casas estaban construidas a base de madera y arbustos— se despertaron cuando aún no era de día sobresaltados por el zumbido de los aviones soviéticos que sobrevolaban la zona y por el silbido de las bombas y los obuses. Estos caían no solo sobre las defensas japonesas, sino también sobre las casas, con el resultado de que cinco chinos resultaron muertos, mientras

Jiang Fushun y su familia, aterrorizados, esperaban a que todo pasase acurrucados contra una cama de ladrillo, el objeto de mayor consistencia de su humilde cabaña. Tras dos horas de bombardeo, cesó el fuego y cientos de habitantes de la localidad se lanzaron a la calle, desde donde pudieron ver cómo el horizonte se iluminaba con salvas lanzadas desde la otra orilla del Ussuri. Viendo también a soldados japoneses corriendo por las calles, al instante comprendieron que llegaban los rusos. Aunque algunos edificios eran ya pasto de las llamas tras haber sido alcanzados por bombas u obuses, los soldados nipones afirmaron que las tropas soviéticas solo estaban llevando a cabo un ejercicio de ataque aéreo. En cualquier caso, ordenaron a toda la población civil dirigirse de inmediato a los bosques circundantes, sin perder tiempo recogiendo comida o enseres. El padre de Jiang, sin embargo, prefirió quedarse para vigilar la casa y les dijo: «¡Marchaos, marchaos!», tras lo cual la familia huyó rauda junto con muchos otros.

Los defensores aprovecharon el momentáneo cese del fuego artillero soviético para conducir al sistema de túneles a todos los miembros de las familias de la guarnición, así como a las familias de los granjeros japoneses que vivían en los alrededores. De ese modo, y además de las seiscientas tropas regulares allí acuarteladas, otros mil civiles, algunos de los cuales disponían de instrucción militar y también de armas, pasaron a ocupar las dependencias de la fortaleza. Una hora más tarde, los soviéticos reanudaron el ataque, y a las ocho en punto de la mañana sus tropas empezaron a cruzar el Ussuri. Los japoneses respondieron con fuego de mortero, lo que, a pesar de provocar algunas bajas, no pudo impedir que los soviéticos acabaran estableciendo una cabeza de puente al cabo de tres horas. Para sorpresa de todos, los morteros pesados de la fortaleza no llegaron a verse empleados, puesto que faltaban tiradores y el capitán Oki se hallaba ya bastante ocupado dirigiendo la defensa de infantería. Durante todo aquel día y el siguiente las tropas soviéticas continuaron franqueando el río, mientras el comandante local del ejército nipón de la zona, el teniente general Noritsune Shimuzu, telefoneaba a la guarnición la noche del 9 de agosto haciéndole objeto de un farragoso requerimiento en el que le arengaba a resistir con firmeza: «A la vista de la presente situación bélica y de las circunstancias de su guarnición les exhorto a todos a luchar hasta el último aliento y a afrontar su sino, cuando haya de llegar, con coraje y entereza, mereciendo así ser considerados pilares de la Patria». Tras esa inflamada soflama, todo contacto de los defensores con el mundo exterior quedó cortado.

El día 10, al caer la noche, y con toda el área que rodeaba a la fortaleza en poder de los soviéticos, estos lanzaron sucesivos ataques contra el sistema de búnkeres. No sirvió de nada. Resultaba evidente que, frente a defensas tan imponentes, se harían necesarias tácticas más sutiles. Durante los días siguientes, la artillería soviética se empleó a fondo, para evitar que las tropas japonesas pudieran reaccionar mientras la

infantería y los zapadores rusos se internaban en las posiciones niponas, avanzando centímetro a centímetro por entre las trincheras. Al cabo de poco tiempo, los distintos fuertes se hallaban ya aislados y los puestos de observación artillera de los defensores destruidos, lo que complicaba decididamente las condiciones en las que estos últimos habrían de proseguir el combate. «Después de la primera salva [soviética] sabíamos que la batalla solo podía acabar de una forma», escribió en su momento uno de los escasos supervivientes nipones, el artillero Gamii Zhefu.

> *En los túneles que había debajo del fuerte hacía un calor increíble. Nos moríamos de ganas de beber y las mujeres estaban aterrorizadas. En eso, un soldado sacó una cantimplora y nos dio a todos un sorbo, lo que hizo milagros en nuestra moral. A pesar de eso, también teníamos muchísima hambre y empezamos a buscar comida. Encontramos unas latas, nos las comimos… y volvió a entrarnos sed. Al cabo de poco, la sed se convirtió en una obsesión. Nos hizo incluso olvidar nuestros temores ante el combate y ante la amenaza de morir. Al final, no éramos más que animales, con sus mismas necesidades y deseos primarios.*

El 13 de agosto, adoptando una técnica similar a la empleada en las batallas libradas en las islas del Pacífico, las tropas soviéticas dejaron caer gasolina por las rendijas de respiración y le prendieron fuego, tras lo cual centenares de defensores y sus familiares perecieron abrasados. Pese a todo, los golpes de mano japoneses siguieron dando sorpresas a los atacantes, quienes, en ocasiones, se vieron obligados a desalojar las posiciones que acababan de ocupar. De ese modo, los altos de la fortaleza llegaron a cambiar hasta nueve veces de manos. Una de esas incursiones se vio encabezada por un oficial en prácticas de veintidós años que, blandiendo su sable, cayó víctima del impacto de una granada. Por otra parte, los artilleros nipones, incapaces de utilizar sus armas pesadas, acabaron destruyéndolas con cargas de demolición y formando patrullas suicidas, mientras una pieza de artillería acabó fuera de combate después de que otra hiciera fuego sobre ella a bocajarro.

Los desdichados defensores de Hutou no habían llegado a tener conocimiento ni del mensaje de su emperador, retransmitido el 15 de agosto, ni de la subsiguiente rendición nipona, así que rechazaron toda invitación a deponer las armas. El 17, un grupo integrado por cinco prisioneros chinos y japoneses portando una bandera blanca, salió de posiciones soviéticas con la misión de anunciar a las tropas de la guarnición que la guerra había terminado. El oficial que les recibió rechazó displicente la mera noción de rendirse y, desenvainando su sable, cortó de un tajo la cabeza del ya maduro campesino chino encargado de comunicar esas noticias. Tras ello, afirmó: «No tenemos nada que decirle al Ejército Rojo», y se retiró camino de su búnker. El fuego de artillería prosiguió, haciendo las condiciones de vida en el subsuelo del fuerte insoportables, mientras muchos de los que se hallaban en las defensas de artillería o en los túneles perecían intoxicados por monóxido de carbono. «Allí abajo había muchos cadáveres», dejaría escrito posteriormente Gamii Zhefu. «Oí a un hombre herido gritar repetidamente “agua, agua”, pero nadie le hizo caso.

Hubo un momento en que se me iluminaron los ojos al ver un hilillo de agua que corría por el suelo, hasta que me di cuenta de que provenía de un cadáver. Alguien que había allí me dijo: “No te bebas eso. Te matará”, pero no hice caso. De todas maneras, ya me estaba muriendo de sed».

Centenares de campesinos chinos que habían buscado refugio en los bosques de las proximidades no pudieron comer durante los primeros días nada más que unas pocas bayas y plantas silvestres y beber del agua del río. Mientras tanto, no dejaba de resonar el horroroso estruendo de la batalla por la fortaleza, a la que solo unos cuantos inmigrantes japoneses, acogidos ahora por los chinos, habían preferido no dirigirse. Al cuarto día, mientras los combates proseguían, soldados del Ejército Rojo hicieron acto de presencia y condujeron en masa a los civiles hasta la ribera del río, a la sazón bajo su pleno control. Una vez allí, los soviéticos forzaron las puertas de una gran tienda de comestibles japonesa e invitaron a los chinos a llevarse lo que quisieran. Ello les permitió mantenerse a partir de sopa de arroz otros diez días, mientras en las colinas se prolongaban el asedio y la incertidumbre.

El 19 de agosto, un buen número de soldados japoneses intentó romper el cerco desde la fortaleza, pero se vieron interceptados por el fuego de ametralladoras soviéticas. El día 22 la situación en los búnkeres subterráneos se había hecho insostenible, de manera que las tropas soviéticas que decidieron descender cautamente hacia ellos no pudieron dejar de percibir un pestilente hedor a humanidad, cordita y muerte. En un búnker, los cuerpos sin vida de hombres, mujeres y hasta ochenta niños de entre uno y doce años yacían unos junto a otros, mientras que en una caverna situada bajo el fortín «cortante» se apilaba un gran número de cadáveres de mujeres. Los soldados soviéticos también pudieron hallar los objetos que habían pertenecido a los defensores: enseres de cocina, anteojos con montura de alambre, gramófonos, unas cuantas bicicletas e incluso, colgando de las paredes, algunas fotografías de las así denominadas «mujeres de confort», vestidas de modo sorprendentemente atractivo. Tras ello procedió a declararse bajo control la región fortificada de Hutou, por mucho que no sería hasta el día 26 cuando una última compañía aislada de soldados japoneses que seguía oponiendo resistencia se viera completamente barrida. En la actualidad, un gran monumento conmemorativo dispuesto por los soviéticos en el lugar de los hechos declara a Hutou escenario de la última batalla de la segunda guerra mundial. En ella perdieron la vida, dentro de la fortaleza y en sus alrededores, casi dos mil nipones, entre hombres, mujeres y niños, mientras el resto del mundo hacía días que festejaba la paz.

Con posterioridad a la toma de Hutou, los mandos soviéticos advirtieron a los refugiados chinos que se habían refugiado en los bosques próximos de que, de momento, no resultaba seguro abandonarlos. En una curiosa introducción a lo que habría de ser su vida en el futuro próximo, los campesinos fueron objeto de la

proyección de una película propagandística sobre la revolución rusa. Coincidiendo con ello, un comisario político soviético, se dirigió a ellos, con ayuda de un intérprete, en los siguientes términos: «Los soldados del Ejército Rojo han hecho grandes sacrificios en esta batalla para traeros la libertad, y ahora ya es vuestra». El comisario continuó diciendo a los campesinos que los japoneses estaban todos muertos y que ellos podían ya regresar a casa. ¿A qué casa? Los campesinos chinos fueron volviendo sin prisas ni demasiada convicción a sus cabañas, para encontrar solo ruinas y tierra calcinada. Entre las cenizas de la que había sido la casa de la familia de Jiang Fushun apareció tendido el cuerpo sin vida de su padre. Como resultado de su temeridad al no acompañarles, este yacía ahora con la cabeza atravesada de un balazo, la misma suerte que corrieron todos los que se aventuraron en el pueblo durante los combates. Ahora, quienes tenían parientes en otras partes del país iniciaron el largo camino en busca de un nuevo hogar, pero la familia de Jiang no tenía a quién acudir, así que tuvo que malvivir entre las ruinas, excavando la tierra para construirse un refugio y escarbando y rebuscando por todas partes para encontrar alimento. Su ya de por sí difícil tarea no se vio facilitada por el hecho de que los soldados soviéticos se hicieran con todo lo que resultaba comestible y de valor, incluyendo los caballos sin los que no podrían vivir de sus escasas tierras, así como las mujeres, violadas en la forma habitual.

Las fuerzas soviéticas habían advertido también a los campesinos de que no se acercaran a los fortines, pues todavía estaban sembrados de minas y cargas explosivas. Sin embargo, al cabo de pocos días, Jiang y unos cuantos más se internaron en las fortificaciones calcinadas, para contemplar el repulsivo espectáculo de los cadáveres descompuestos de soldados japoneses y sus mujeres. Cuando los soviéticos partieron por fin, llevándose consigo incluso las vías del ferrocarril, el millar escaso de desconsolados habitantes de Hutou se hallaron viviendo en un limbo, sin una cabeza visible que se hiciera cargo de ellos después de que el jefe de su comunidad hubiera perdido la vida. Por más de dos años ninguna autoridad dio señales de querer responsabilizarse de ellos o de proporcionarles ningún de tipo de ayuda, hasta que, finalmente, los comunistas asumieron el control y «las cosas empezaron a ir un poco mejor».

Se sabe que solo cuarenta y seis soldados japoneses escaparon con vida del asedio. «La defensa fue extraordinariamente valerosa», concluye el historiador chino Wang Hongbin, «lo que suele merecer respeto, pero también resultó completamente fútil. Se hace difícil admirar una lealtad ciega al emperador a aquellas alturas. Todos ellos murieron por nada».

En otro escenario bélico de Manchuria, la batería de cohetes a la que pertenecía el teniente Stanislav Chervakov entró en Mukden sin haber abierto prácticamente fuego y habiendo hallado una muy escasa resistencia. Una vez en la ciudad las tropas se

vieron gratamente sorprendidas por la presencia de numerosos emigrantes rusos que les dieron una cálida bienvenida y entre los que se encontraba la familia en cuya casa fue alojado Chervakov. La influencia rusa siempre había sido muy notoria en Mukden, por lo que parte de la población local chapurreaba un poco ese idioma. Así, muchos chinos, a las puertas de sus locales, no dejaban de insistir a los soldados para que entraran: «Pasen y tómense alguna cosa o coman algo», *«Kapitana, shango, shango*!» —«bueno, bueno»—. Por su parte, el sargento Anatoly Fillipov se mostró entusiasmado cuando le sirvieron una fiambrera de lo que él identificó como típicos *peéneni* —raviolis— rusos, si bien ese entusiasmo se desvaneció cuando descubrió que la carne de la que estaban hechos era de burro. «La mayor parte de la población local nos recibió con los brazos abiertos —recordaría posteriormente el oficial de carros Alexander Fadin—. Iban vestidos con harapos andrajosos, pero nos dieron un montón de flores, de fruta y de comida china. En sus restaurantes podíamos comer gratis todo lo que quisiéramos. Nos sentíamos realmente como libertadores».

Aunque Stalin habría prometido a los Aliados que reconocería a los nacionalistas de Chiang Kai Shek como único gobierno legítimo de China, ello no impidió que las fuerzas soviéticas desplegadas en Manchuria trataran de dar alguna ventaja a los hombres de Mao de cara a la guerra civil que ya resultaba inminente. «Nunca olvidaré la primera vez que me encontré con miembros del Ejército Popular», manifestaría posteriormente el artillero Georgy Sergueyev. «Vi a algunos hombres bajando de las montañas. Iban en andrajos, muchos de ellos descalzos. No tenían armas, pero cada uno llevaba un bastón con un fardel en su extremo. Ese era el heroico Ejército de la Octava Ruta». Por otra parte, una gran masa de población china se agolpó en torno al cuartel general soviético y a sus calabozos, clamando venganza y reclamando que les fueran entregados los prisioneros japoneses allí encarcelados. El 23 de agosto, el cuartel general soviético ordenó la entrega a las unidades comunistas chinas que se hallaban en las cercanías de las armas capturadas a las tropas niponas. Sin embargo, y a fin de cumplir con la letra del acuerdo suscrito por Stalin con los nacionalistas chinos, los oficiales del Ejército Rojo no habían de tener ningún tipo de trato con los hombres de Mao, limitándose a retirarse de los depósitos de armas. La primera unidad comunista llegó habiendo anochecido y, trabajando en silencio a la luz de antorchas, se encargó de llevarse a peso cajas y más cajas de armas y municiones con frenética energía. «Cuando regresé a los depósitos con mis hombres», se admiraría un oficial soviético, el comandante Belayev, «estaban completamente vacíos, literalmente limpios. Los chinos habían llegado incluso a barrer el suelo después de haberse llevado los estantes».

El emperador Pu Yi tuvo noticia de la rendición japonesa en Talitzukou, donde se escenificaría el último acto de su penoso reinado. Por tercera y última vez en su vida,

el emperador firmó un «Edicto de Abdicación», rodeado de sus consejeros privados y de poco satisfechos ministros. Seguidamente, el guardia que le custodiaba le anunció que iba a ser evacuado a Japón y que había de decidir quiénes le acompañarían. El emperador escogió ir con su hermano, dos cuñados, tres sobrinos y su médico y ayuda de cámara. En eso, la única concubina que aún quedaba en su séquito le preguntó entre sollozos qué se suponía que iba a hacer ella. Pu Yi le contestó distante, diciéndole que no podía acompañarle.

*—El avión es demasiado pequeño, así que tendrás que ir en tren.*
*—¿Llegará el tren hasta Japón?*
*—Pues claro que sí. Dentro de tres días, a más tardar, la Emperatriz y tú os reuniréis conmigo.*
*—¿Y qué pasará si no hay tren para mí? No conozco a nadie aquí.*
*—Tranquila, estarás bien.*

El avión imperial tomó tierra ignominiosamente en Mukden, a fin de que sus pasajeros pudieran transbordar a un aparato de mayores dimensiones que les llevara a Japón. Sin embargo, incluso antes de que ello sucediera, aterrizaron en la pista aeroplanos soviéticos vomitando soldados armados con subfusiles. Unos minutos más tarde, Pu Yi pasaba a convertirse en prisionero soviético, lo que acogió con alivio, pues nada temía más que caer en manos de los nacionalistas chinos. Sus guardianes se sintieron fascinados por haber hecho prisionero a un emperador, si bien, al principio, también un tanto abrumados por la responsabilidad que ello comportaba. El teniente Alexander Zhelvakov, un oficial político adscrito al 6.° ejército de Guardias de Caballería, fue advertido por su comandante de que respondía con su vida de la seguridad del emperador, advertencia que Zhelvakov tendría bien presente. Y es que los soviéticos compartían con Pu Yi la opinión de que, de caer este en manos chinas, sería descuartizado.

«No pegué ojo en toda lo noche del 20 de agosto», diría Zhelvakov posteriormente, «y el emperador, tampoco; es más, ni siquiera llegó a quitarse la ropa. Era alto y delgaducho. Llevaba gafas con montura de concha, un traje negro y una camisa blanca. Tenía un aspecto de lo más común. Estaba pálido, deprimido y como perdido. Podía verse lo nervioso que se encontraba. Su hermano no se apartó de su lado ni un momento. Para ser honesto, los dos parecían sentirse bastante desvalidos y no estar a la altura de su rango. No había en él ningún tipo de grandeza real. Se pasó todo el rato preguntando: “¿Me van a matar? ¿Me van a fusilar?”. Parecía tímido y, de hecho, muy asustado. Una vez comprendió que nadie iba a matarlo, fue relajándose poco a poco, se animó y hasta empezó a sonreír».

Zhelvakov procedió a escoltar a la comitiva imperial y a su voluminoso y costoso equipaje hasta un avión de transporte que les esperaba en la ciudad soviética de Chita, desde donde una procesión de limusinas se encargaría de conducirles a prisión. Una vez Pu Yi hubo partido, uno de los soldados de Zhelvakov, comunista acérrimo, le

dijo agriamente: «Camarada teniente, teníamos que haberle pegado un tiro». En cualquier caso, y pese a las breves esperanzas de que se le permitiera exiliarse a Gran Bretaña o Estados Unidos, el emperador pasaría los siguientes cinco años confinado como prisionero soviético: el primero de ellos como obediente testigo en sucesivos procesos amañados contra militares nipones. De regreso a la China y puesto a merced de Mao en 1950, Pu Yi acabó sus días como jardinero en los Jardines Botánicos de Pekín y murió en 1967.

En otro orden de cosas, una vez completada la ocupación de Manchuria, aviones de transporte soviéticos se dedicaron a trasladar de vuelta a su patria a muchos guerrilleros chinos. Entre ellos se contaba la guerrillera Li Min y su grupo que, habiendo aterrizado en la franja de tierra emplazada en Bei An, no pudieron dejar de mostrar su sorpresa al ver a soldados japoneses —bien que desarmados— hablando con sus captores soviéticos. Los chinos se mostraron tanto más estupefactos ante la arrogancia de algunos de sus ya derrotados oponentes, uno de los cuales les dijo en tono desafiante: «Dadnos diez años y volveremos a estar aquí». Afrentado en su honor, un guerrillero llamado Chen Ming desenfundó su pistola y mató al oficial nipón de un tiro, tras lo cual los soviéticos le ordenaron tajantemente que se reportara.

También la guerrillera Zhou Shuling volvió a Manchuria, haciendo gala de nuevos modos, en coche y acompañada de su marido, que podía presumir de un buen número de condecoraciones soviéticas, otorgadas en reconocimiento a sus servicios para la inteligencia del Ejército Rojo. Como Zhou manifestaría con posterioridad, «estaba muy deseosa de ver mi país de nuevo». Sin embargo, ese país estaba arruinado por la guerra y, en aquellos momentos, también por el pillaje soviético. En efecto, los rusos empezaron a desmantelar y a trasladar a su país todas las industrias manchúes, arguyendo que, puesto que eran propiedad de Japón, pasaban ahora a pertenecerles legítimamente como reparación de guerra. Por su parte, Li Fenggui, que llegó a Manchuria en octubre de 1945 formando parte del 4.° ejército de Mao, descubrió que «los rusos habían desposeído a los campesinos de todo… incluida la virtud de las mujeres». Por lo que se refiere de nuevo a Zhou Shuling, solo halló desolación al llegar a su aldea natal, en la que todo lo que quedaba en pie de la residencia familiar eran cuatro cisternas que, en su día, habían estado emplazadas en los tejados y que ahora yacían abandonadas sobre la tierra calcinada. En cuanto a ella, dos de sus cuatro hijos pequeños morirían víctimas del hambre y el intenso frío en su primer invierno de regreso en China, antes de que su marido se hiciera jefe de policía local y ella misma, jefa de zona.

Por su parte, la guerrillera Zhuan Fengxian era igualmente consciente de que la mujer que retornaba a Manchuria vistiendo uniforme del Ejército Rojo no era la chica analfabeta y «que se asustaba hasta de las arañas» que se había unido a las guerrillas

cinco años atrás. Su experiencia en la guerra le había hecho ganar una confianza en sí misma que muy pocas mujeres, especialmente si eran campesinas, podían alcanzar en la China de mediados del siglo XX. Tras descender del avión soviético que la traía de vuelta junto con sus camaradas, se dirigieron a la cárcel de Mukden, donde tantos presos políticos habían muerto a manos de los japoneses, y procedieron a recorrerla, entre el horror y la estupefacción ante lo que contemplaban sus ojos: «Estuvimos donde se encontraban las horcas y también vimos el artilugio que hacían servir para prensar los cadáveres sin que quedara rastro. ¿Qué tipo de personas era aquella gente?». En medio del caos generalizado derivado de la guerra civil en que China empezaba a verse sumida, Zhuan no tuvo ocasión de ir en busca de su familia. Solo mucho más tarde descubriría que la enfermedad había acabado con sus padres, debilitados sin remedio como consecuencia del hambre padecida durante la ocupación. «Estaban enfermos… y no tenían dinero». Su padre murió con cincuenta años; su madre, con cuarenta; ella, por su parte, no pudo volver a reunirse con sus hermanas hasta 1949.

«Una imagen de Manchuria tras la rendición sigue grabada en mi memoria», diría posteriormente el operador de radio soviético Viktor Kosopalov: «Un solitario soldado de infantería japonés va cojeando por el arcén de una carretera con su fusil al hombro. En eso, uno de nuestros tanquistas se baja de un T-34 a su lado y le hace gestos para que deponga el arma, El japonés se resiste moviendo la cabeza, pero el tanquista le arrebata el arma. El otro se hace atrás esperando lo peor. El tanquista, en cambio, le dice que se marche. El soldado nipón sigue adelante cojeando…».

Tras la campaña desarrollada en Manchuria y en las islas adyacentes, los soviéticos afirmaron haber matado, herido o capturado a un total de 674 000 soldados nipones, mientras que las bajas propias ascendían a 12 031 caídos en combate y 24 425 heridos o enfermos. De esa forma, las conquistas de Stalin en el Lejano Oriente se saldaron con un número de víctimas similar al que había supuesto la toma de Okinawa por parte de los estadounidenses, por mucho que, a diferencia de estos, los soviéticos mostraran una característica despreocupación por el número de bajas. En ese sentido, el Primer Frente del Extremo Oriente se llevó la peor parte, con 6234 muertos; mientras que el Segundo perdió 2449 hombres y el Frente Transbaikal, 2228, sin contar con los 998 infantes de marina de la Flota Soviética del Pacífico caídos en combate. En cuanto a Japón, reconoció haber perdido veintiún mil hombres, si bien la cifra más probable rondaría los ochenta mil.

Como recién nombrado Comandante Supremo de las Potencias Aliadas. MacArthur ordenó a todos los oficiales a él subordinados que se aplazara la reocupación del territorio bajo control nipón hasta que se hubiera firmado la rendición formal de Japón, si bien en aquellos momentos siete millones de soldados

nipones seguían en armas, tanto dentro del archipiélago como en ultramar. En ese sentido, un oficial británico escribía lo siguiente: «No consideran que hayan sido derrotados —y lo dicen sin ambages—, sino que solo han depuesto las armas por orden del emperador. Nos encontramos así en una situación en la que dentro de pocos días habremos de proceder a desarmar a un ejército no vencido». Resultaba, por tanto, de la máxima urgencia tomar medidas respecto del vacío de poder que podría darse en un área de proporciones gigantescas y en la que los nacionalistas estaban resueltos a disputar a los Aliados el control por cada zona. En esas circunstancias, lord Mountbatten, jefe del Mando Aliado del Sudeste Asiático (SEAC), confesó a los miembros de su Estado Mayor sentirse «incapaz de entender por qué el general MacArthur deseaba imponer un aplazamiento tan peligroso». MacArthur, altanero, le hizo llegar el siguiente mensaje a través de su oficial de enlace británico: «Dígale a lord Mountbatten que se esté tranquilito o nos meterá a todos en líos», a lo que el aludido respondió: «Dígale que yo me estaré tranquilito cuando él se ate los machos con Hirohito». En cualquier caso, y desafiando las órdenes de MacArthur, Mountbatten envió raudo a sus tropas en socorro de los prisioneros aliados en Malasia y las Islas Holandesas Orientales. Sin rápido auxilio estos habrían seguido muriendo, lo que seguramente habría hecho reconsiderar su postura a MacArthur, cuyas acciones —como ya entonces era opinión generalizada— no respondían sino a su propio afán de vanidad y a su férrea determinación de que nada llegara a interferir en el plan que había de culminar con su gran actuación final.

La rendición nipona comportó el inicio de un nuevo periodo de penalidades para Indochina, toda vez que los japoneses se decidieron a prestar su apoyo a los nacionalistas del Vietminh, al mando de Ho Chi Minh, y a seguir infligiendo así humillaciones a los franceses. De ese modo, en Hanoi, cinco mil prisioneros de esta nacionalidad permanecieron confinados en la ciudadela de la capital vietnamita durante tres semanas, incluso mientras las tropas del Vietminh se aprestaban a tomar la ciudad. Así las cosas, y mientras en el Hotel Metropole se continuaban sirviendo menús de seis platos y las tiendas estaban a rebosar de artículos de seda, las calles se hallaban sembradas de cadáveres de vietnamitas que habían perecido víctimas del hambre. Incluso tras la rendición, las tropas japonesas trataron con la mayor brutalidad a los oficiales franceses capturados, sin dejar de transferir grandes cantidades de armas y dinero al Vietminh —al que acabarían incorporándose algunos desertores nipones— mientras esperaban la llegada de las fuerzas de ocupación chinas y británicas. En esas circunstancias, las primeras tropas británicas en llegar a Vietnam se vieron obligadas a librar una violenta lucha por el poder, por no hablar directamente de guerra abierta, hasta que unidades francesas acudieron a relevarlas. Por su parte, los estadounidenses, decidieron inesperadamente no participar en la Comisión de Control sobre Vietnam, retirando a su equipo de transmisiones de la

fuerza de ocupación aliada. El general de brigada Thomas Timberman, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses en el Sudeste Asiático, aseguraría al respecto que la reocupación de Indochina «no tenía nada que ver con los franceses».

En las Indias Orientales Holandesas, los nacionalistas se hicieron rápidamente con el poder tras la marcha de los japoneses, dando inicio a sangrientos combates en su afán por oponerse a la restauración de la soberanía holandesa, como consecuencia de los cuales miles de personas perderían la vida durante los siguientes meses. «Los japoneses», concluía un observador francés que llevaba en Batavia desde 1941, «a pesar de su derrota generalizada han "ganado la guerra" que se libra en este rincón de Asia». En efecto, las tropas niponas dejaban tras de sí una situación en la que ninguna potencia colonial europea, a su regreso después de más de tres años de ausencia, podía reestablecer convincentemente su autoridad.

En otro orden de cosas, miles de soldados británicos e hindúes habían estado preparándose para el desembarco anfibio en Malasia —la denominada «Operación Cremallera»—, que, para su completo alivio, ahora llevaron a cabo sin oposición alguna desde tierra, al igual que los soldados estadounidenses que desembarcaron por todo Japón. A esas alturas, el batallón del Regimiento Real de East Kent en el que servía el soldado de infantería Cecil Daniel había perdido diez oficiales y 205 hombres en Birmania, circunstancia que inspiró en Daniels las siguientes líneas, emotivamente francas, sobre lo que había sido su propia contribución a la guerra: «Tenía la sensación de que había combatido bastante bien pero… podría y habría hecho más (en otras palabras, jugármela más) si mis padres no hubieran perdido antes a otro hijo en la guerra. Por eso quise ahorrarles, si podía, el dolor de tener que perder a otro».

En la misma línea de testimonios personales, la madre de un soldado escribía la siguiente carta desde una zona residencial de la localidad británica de Dagenham al capitán del crucero en el que servía su hijo como cocinero:

> *Muy Señor Mío: le envío todo nuestro agradecimiento y nuestras felicidades a usted, a su tripulación y a mi hijo Jimmy Underwood, destinado en cocinas. Parece realmente increíble que se haya proclamado la paz con Japón y que tantos de nuestros seres queridos no vayan a tener que morir. Todos lo han hecho más que bien y quienes estamos en retaguardia les debemos muchísimo. La palabra «gracias» no alcanza para expresar todo el aprecio que sentimos en lo más profundo de nuestros corazones. Todo este tiempo lejos de los que más queremos… nos ha parecido una eternidad. Ya no habrá más lágrimas, ni noches en vela entre sollozos. Se acabó toda esta guerra y ahora rumbo a un nuevo hogar donde nuestros muchachos se repongan. Dios haga que vuelvan rápido y un millón de gracias. Queda de usted afectísima, Alice Underwood.*
>
> *PD: Permítame que recordemos por un momento a quienes «han caído por esta buena causa». NUNCA los olvidaremos.*

El capitán Kouichi Ito del 32.° Regimiento nipón fue uno de los centenares de soldados japoneses que escapó del cautiverio estadounidense en Okinawa

ocultándose en la multitud de cuevas de la isla, subsistiendo como podía con la poca ayuda que podía prestarle la población local y robando patatas de los campos al amparo de la noche. El 22 de agosto, un prisionero japonés escoltado por soldados estadounidenses apareció por la boca de la cueva en la que se escondían Ito y unos cuantos camaradas suyos más y les dijo que la guerra había acabado. Al principio dudaron, pero finalmente acabaron creyéndole, pues no en vano una semana antes habían presenciado el lanzamiento de fuegos artificiales desde la costa coincidiendo con la celebración por parte de buques estadounidenses del anuncio de la victoria. «No parecía probable que los estadounidenses se lo estuvieran inventando», recordaría posteriormente Ito, quien entre tanto, y al igual que el resto de la malhadada guarnición de Okinawa, había sido declarado oficialmente desaparecido.

Cuando por fin regresó a casa, se encontró con que mientras su padre nunca había dudado de que siguiera con vida, su madre llevaba meses rezando por su espíritu ante el altar dedicado a los difuntos. Al verles, Ito no pudo evitar romper a llorar, sin que pudiera ni contenerse ni explicarse el porqué de aquellas lágrimas. «Me maravillaba de haber sobrevivido y no podía entenderlo, sin dejar de pensar en el noventa por 100 de mis hombres que había sucumbido». La amargura y la frustración se apoderaron de él al ver desvanecerse sus esperanzas de seguir la carrera militar, así como a consecuencia de la derrota de su patria. No obstante, y en lugar de perseguir la gloria a la que le habría conducido el valor militar, prefirió dedicarse a la vida rutinaria que le ofrecía el negocio de transportes de su padre. Pese a todo, cuando se casó, su mujer le advirtió severa: «En el ejército te acostumbraste a tener a un montón de gente a tu alrededor a la que mandar y a ordenanzas que te lo hacían todo. Yo no tengo ninguna intención de ser su sustituía». Habría de pasar mucho tiempo hasta que los fantasmas de la derrota de Okinawa dejaran de torturar la mente de Ito y hasta que sus furiosas emociones fueran aplacándose.

En Estados Unidos se debatió intensamente la cuestión de si la rendición formal de Japón debería firmarse en suelo nipón o en el mar. Truman tomó la decisión, y lo hizo a favor del acorazado que portaba el nombre del estado del que él mismo era originario, *Missouri*, y que a la sazón se hallaba fondeado al sur de Japón. Cuando el primer contramaestre fue informado de la noticia por sus hombres encargados de abrir el correo, se dirigió como una flecha hacia su superior, el capitán Murray, para decirle: «Mi capitán, el *Missouri* va ser el buque en el que se firme la rendición, aquí tiene un recorte de un diario de California». Murray, un tejano de 47 años que solo llevaba al frente de aquel imponente navío desde mayo, se encontraría más tarde con que su esposa le había enviado el mismo recorte de prensa. El acorazado llevaba año y medio de campaña en el mar y eso se notaba. De ahí que, para empezar, se enviara un mensaje a todos los buques que componían el grupo de fuerzas en el que estaba

encuadrado el *Missouri* solicitando pintura. Sin embargo, las existencias eran escasas, ya que llevar pintura a bordo no dejaba de representar un considerable riesgo de incendio para buques de combate. En esas circunstancias, la tripulación, por lo pronto, procedió a lijar la cubierta, que aún lucía pintura de camuflaje, así como a limpiar toda superficie visible del navío. Por su parte, el almirante de la Marina británica sir Bruce Fraser puso a disposición de Murray una mesa para la ceremonia, a lo que este accedió, «ya que daba a los británicos la oportunidad de decir: “Nosotros también aportamos algo”». No obstante, ese gesto condescendiente se vería frustrado por la necesidad de disponer en cubierta de una mesa de mayores dimensiones que la ofrecida por los británicos y que acabó siendo la del comedor de oficiales del propio *Missouri*.

La tarde del primero de septiembre el gigantesco acorazado estadounidense procedió a adentrarse cautelosamente en la bahía de Tokio, bien pendiente de posibles minas y kamikazes. Un grupo de oficiales de marina japoneses abordó posteriormente el buque para hacer entrega a su capitán de las llaves de la ciudad de Yokosuka, próxima al lugar donde estaba previsto que quedase fondeado el *Missouri*. En su posterior avance hacia puerto, este pasó por delante de más destructores japoneses —sus cañones taponados y en posición abatida— y finalmente detuvo sus motores a unos diez kilómetros de Yokohama. Al caer la noche, doscientos sesenta buques de guerra atestaban ya la bahía.

Al día siguiente, domingo 2 de septiembre, resultó tarea ardua dar cuenta de la gran multitud de dignatarios y espectadores que se agolpaban a bordo del *Missouri* para seguir el acto. Así, junto a 225 corresponsales de prensa y 77 fotógrafos —dos de ellos japoneses—, también se hallaban presentes representantes de todas las potencias aliadas. El capitán Murray, por su parte, procedió a adoptar las medidas oportunas para que las enseñas de MacArthur y Nimitz quedaran izadas justo al mismo nivel. Entre tanto dos *marines* se dedicaron a conducir entre empujones hasta el lugar que le correspondía a un fotógrafo soviético que no había parado de moverse buscando mejor emplazamiento. Por su parte, los dignatarios estadounidenses no dejaban de mirar nerviosos hacia los cámaras japoneses que los estaban filmando. Poco después de las ocho en punto de la mañana sendos destructores llevaron a MacArthur y a Nimitz a bordo del *Missouri*.

Por otra parte, en Tokio se suscitó una agria disputa sobre quién debería acudir a firmar los denostados documentos de paz representando al gobierno. «La actitud de los mandatarios nipones, ahora que la guerra había acabado de forma tan inusitada, resultaba característica —escribiría el ya ministro de Asuntos Exteriores japonés, Mamoru Shigemitsu—. Aborrecían, como un acto impuro, el hecho de asumir responsabilidad alguna sobre el escrito de rendición e hicieron todo lo que estuvo en su mano para eludirla». Finalmente, él mismo fue el encargado de hacerlo en calidad

de ministro plenipotenciario. Con las primeras luces del alba, Shigemitsu y un reducido grupo de personalidades, entre las que Umezu —el antiguo jefe del Ejército— resultaba la más descollante, se encontraron en la residencia oficial del jefe del gobierno, para dirigirse después, tras una solemne reverencia en dirección al Palacio Imperial y recorriendo kilómetros de calles vacías que ofrecían un panorama desolador a causa de los bombardeos, hacia Yokohama. Allí les esperaba el destructor estadounidense en el que habrían de cubrir la hora de camino a que quedaba el *Missouri*.

La delegación japonesa llegó al buque insignia de la 3.ª Flota a las 08:55 y la multitud enmudeció cuando los representantes del enemigo derrotado, vestidos formalmente para la ocasión con chaqué y chistera, empezaron a cruzar la pasarela que les conduciría hasta donde se concentraban los máximos responsables militares aliados. Shigemitsu, quien había perdido una pierna como consecuencia de un atentado fallido con bomba del que había sido objeto pocos años atrás, caminaba con visible dolor, haciendo sufrir así a los estadounidenses con más sensibilidad. Cuando los japoneses hubieron ocupado sus lugares, MacArthur, Nimitz y Halsey —el último, como siempre, con el ceño fruncido— hicieron acto de presencia atravesando la compuerta que llevaba al puente y avanzando con paso decidido hasta la mesa del comedor de oficiales del *Missouri*, cubierta ahora por un tapete verde. Seguidamente, MacArthur pronunció un discurso en el que incluso sus más acérrimos críticos no han sido capaces de encontrar tacha alguna: «Las cuestiones, que afectan a ideales e ideologías divergentes, han sido ya decididas en los campos de batalla del mundo y, en consecuencia, no han de ser objeto de nuestro debate o discusión», fueron sus primeras palabras, a las que siguieron: «Y tampoco hemos ahora de reunimos, representando como lo hacemos a la mayoría de los pueblos de la Tierra, en un espíritu de desconfianza, malicia o animadversión; antes bien, vencedores y vencidos, hemos de elevarnos hasta aquella excelsa dignidad que merecen los sagrados propósitos que estamos a punto de servir, comprometiendo sin reservas a nuestros pueblos en su leal cumplimiento».

MacArthur leyó con manos temblorosas, como si incluso él mismo se viera sobrepasado por la magnitud de la ocasión. Los japoneses, por su parte, quedaron profundamente impresionados por la generosidad que revelaban los sentimientos expresados por el Comandante Supremo de las Potencias Aliadas, atisbando por primera vez un destello de esperanza. Luego todos procedieron a estampar su firma en el documento de rendición. A las 09:25 el silencio se vio roto por un estruendo en la distancia y luego por el rugido de cuatrocientos B-29 y mil quinientas aeronaves en vuelo desde portaaviones próximos que participaron en el mayor desfile aéreo de la Historia. Los japoneses hicieron una reverencia, se retiraron y descendieron por la pasarela por la que habían venido. Acto seguido, MacArthur pronunció otro pausado

y majestuoso discurso: «Hoy, los cañones callan», empezó diciendo. «Una gran tragedia ha acabado. Una gran victoria se ha logrado». Después de evocar recuerdos del largo camino que conducía desde Bataan[44] hasta la Bahía de Tokio, concluyó con una exhortación plenamente digna del momento, en la que instaba a la Humanidad a afanarse por cultivar un nuevo espíritu de paz. «Este acto se da así por concluido» fueron sus últimas palabras. Nada representó, así pues, un testimonio tan ejemplar del modo en que MacArthur ejerció la autoridad en combate que la forma en que el general puso fin a este último. El general se dirigió a tierra, dispuesto a iniciar, a sus 65 años, lo que constituiría el periodo más decisivo de su vida como artífice de la resurrección y redención de Japón y, también —por qué no decirlo— de sí mismo.

Mientras tanto, a bordo del *Missouri*, el capitán Murray caía en la cuenta de que nadie había pensado en guardar bajo llave la copia estadounidense del documento de rendición y procedía él mismo de inmediato a hacerlo, frustrando a la vez la tentativa de los cocineros del buque de «distraer» la mesa en que dicho documento había sido firmado. Graves y sangrientas luchas con relación al futuro de Asia estaban por venir, pero la guerra contra Japón ya había acabado.

# 22

# El legado

Las estadísticas que mayor crédito merecen señalan que 185 647 soldados japoneses murieron en China entre 1937 y 1941, en tanto el Ejército Imperial nipón perdió 1 140 429 hombres entre el ataque a Pearl Harbor y el mes de agosto de 1945, sin contar con las pérdidas de la Marina nipona, que ascendieron a 414 879 hombres. Por otra parte, al menos 97 031 víctimas civiles registradas perecieron en Tokio y 86 336 en otras ciudades, si bien no existen datos contrastados sobre bajas provocadas por otros muchos bombardeos. A ello se añade la muerte de más de cien mil personas en Hiroshima y Nagasaki y, supuestamente, de unos ciento cincuenta mil civiles en Okinawa y de otros diez mil en Saipán, si bien los historiadores occidentales tienden a considerar que estas dos últimas cifras podrían haberse visto exageradas y quizá hasta multiplicadas por diez. Hasta doscientos cincuenta mil soldados y civiles japoneses murieron, asimismo, en Manchuria durante el crudo invierno de 1945, con la guerra ya acabada, aparte de los que servirían como trabajadores forzosos en Siberia a lo largo de la siguiente década. De ese modo, cabe hablar de un total de 2,69 millones de muertos japoneses durante la segunda guerra mundial, frente a los seis millones de alemanes que perdieron la vida en esa contienda.

Si pasamos a China, historiadores de ese país tratan de incrementar el alto tributo en vidas que supuso la guerra para su país cifrando el volumen total de víctimas hasta en veinticinco o incluso en cincuenta millones de muertos. En otro orden de cosas, se cree que unos cinco millones de habitantes del Sudeste Asiático debieron de perecer bajo la ocupación nipona, la mayoría en Indochina y las Indias Orientales Holandesas. Aunque ninguna de esas cifras es del todo fiable, no dejan de resultar indicativas de la escala en que nos movemos, mostrando igualmente —sin que quepa duda al respecto— que las bajas japonesas se ven ampliamente superadas por las de aquellos países objeto de su ataque y ocupación entre 1931 y 1945. Por su parte, el ejército de Estados Unidos perdió unos treinta y seis mil hombres en el Pacífico y unos tres mil seiscientos cincuenta en el Sudeste Asiático, frente a las cerca de ciento cuarenta y tres mil bajas registradas en Europa y el norte de África, aparte de los 29 263 miembros de la Marina estadounidense que perdieron la vida y los 19 163 *marines* que cayeron en combate. Finalmente, unos treinta mil soldados británicos murieron en la guerra contra Japón —no pocos de ellos como prisioneros— por oposición a los doscientos treinta y cinco mil hombres que perdió el ejército británico en la guerra contra los alemanes.

Sea como fuere, el resultado del conflicto librado en el Pacífico hizo pensar a algunos dirigentes estadounidenses que podrían ganar futuras guerras con un costo relativamente bajo en vidas humanas gracias a la ilimitada capacidad tecnológica y a los recursos industriales de su país. La máxima que parecía derivarse de ello es que si Estados Unidos contara con bases desde las cuales sus buques de guerra y su aviación pudieran atacar territorio enemigo, cabría obtener victorias perdiendo únicamente medios materiales y relativamente pocas vidas humanas. Solo las décadas por venir habrían de demostrar que Japón había resultado ser un enemigo excepcionalmente vulnerable al poder naval y aéreo estadounidense. En ese sentido, algunos historiadores modernos de esa nacionalidad aseguran que el hecho de obtener una victoria decisiva resulta consustancial al modo en que Estados Unidos conduce sus campañas bélicas, lo que —de ser cierto— no haría sino abocar a este país a una decepción permanente. Así, el conflicto desarrollado en Corea entre 1950 y 1953 demostró ser el primero de otros muchos en los que el abrumador triunfo logrado por Estados Unidos en la segunda guerra mundial representaba la excepción y no la regla. La experiencia de los tiempos modernos inclina a pensar que nunca más el aplastante potencial aéreo y naval estadounidense bastaría para lograr los propósitos de esa nación en el extranjero de forma tan efectiva como durante la guerra del Pacífico. Efectivamente, solo el hecho de librar una guerra total permitió a una democracia liberal hacer uso de armas de destrucción masiva, de modo que, incluso dando por sentada esa circunstancia, la posteridad se ha revelado profundamente ambivalente con relación a la utilidad de los bombardeos estadounidenses sobre Japón en 1945. Ello es así en la medida en que las guerras limitadas ofrecen notables oportunidades a contendientes con medios asimismo limitados.

A la luz de los hechos acaecidos en agosto de 1945, puede argüirse que Japón no se habría rendido un solo día más tarde si las fuerzas de tierra de Estados Unidos no hubieran avanzado más allá de las islas Marianas, capturadas en el verano de 1944. En consecuencia, cabe en principio plantear que Iwo Jima, Okinawa y la campaña de MacArthur en Filipinas no contribuyeron más que la victoria de Slim en Birmania al desenlace final. En efecto, los japoneses aún disponían de vastos ejércitos con los que defender su archipiélago y si se vieron inducidos a dejar sus posesiones de ultramar fue sobre todo a causa de la escasez de combustible para sus vehículos y del colapso de su industria provocado por el bloqueo, y solo en menor medida a causa de los bombardeos aéreos, así como de la invasión soviética de Manchuria y del lanzamiento de las bombas atómicas.

Sin embargo, todo ello es lo que sabemos a posteriori y lo que, por tanto, nos permite tener un conocimiento sobre la situación del que quienes dirigían la guerra por parte aliada carecían por completo entre 1944 y 1945. En esas circunstancias, habría resultado política y militarmente impensable que amplios contingentes de

tropas estadounidenses y británicas se hubieran dedicado a pasar el tiempo en el Pacífico y el Sudeste Asiático sin nada mejor que hacer que esperar a los efectos que sobre la contienda hubiera podido tener el desarrollo científico, estratégico y económico. En ese sentido, la pérdida de Filipinas y Birmania por parte de Japón desempeñó al menos un papel mínimamente significativo persuadiendo a Hirohito y a su entorno de que su nación estaba ya condenada. Consideremos por un momento las consecuencias que se habrían derivado de que las tropas de Slim *no* hubiesen cruzado el río Chindwin para reocupar Birmania o de que MacArthur *no* se hubiese establecido en las Filipinas. Si las numerosas fuerzas aliadas se hubieran limitado a vegetar pasivamente tras la caída de las Marianas —a la espera de que el bloqueo y los bombardeos hubieran forzado a Japón a capitular— las máximas autoridades militares niponas no habrían hecho sino interpretarlo como una muestra de pusilanimidad. De ahí que, aunque el costo moral y material que representó para Estados Unidos la campaña de bombardeos llevada a cabo LeMay fuera muy superior a sus logros objetivos, no cabe duda alguna de que hasta los japoneses más fanáticos se vieron profundamente impresionados por la destrucción de sus ciudades y por la consiguiente pérdida de entre un cuarto y un tercio de la riqueza nacional.

Incluso en el peor de los casos, las campañas puestas en marcha por los Aliados en 1945 contribuyeron a dejar clara su firme resolución de proseguir implacablemente la contienda. De esa manera, hasta los partidarios de continuar la guerra en el gobierno de Tokio no podían sino reconocer que la voluntad de combate estadounidense y su fiereza se hallaban, cuando menos, al mismo nivel que las de los propios samuráis. No podía ser de otro modo cuando también los belicistas nipones contemplaban el espectáculo de tantas ciudades en ruinas, de la muerte de sus habitantes por cientos de miles o del imparable declive de sus ejércitos enfrentados a un enemigo que les combatía sin cuartel. Los mandatarios japoneses habían dado inicio a la guerra suponiendo que su espíritu bélico podría compensar su relativa debilidad material; en agosto de 1945, tal suposición no merecía ya crédito alguno.

En cuanto a las bombas atómicas, un historiador estadounidense se ha pronunciado sobre ellas en los siguientes términos: «Si el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki constituyó el máximo apogeo del Estado Nación —pues, ¿qué otra entidad política habría estado en condiciones de financiar y llevar a buen puerto empresa tan ambiciosa como el Proyecto Manhattan?—, entonces aquel momento representó igualmente el nacimiento de la vulnerabilidad universal de ese mismo Estado Nación». No solo parece posible justificar el empleo de las bombas atómicas a la vista de las circunstancias imperantes en agosto de 1945, sino que yo mismo me cuento entre quienes están convencidos de que aquella demostración de lo que suponía el horror nuclear, unida al revulsivo global que ello comportó, ha contribuido decisivamente a salvaguardar el mundo desde entonces. Efectivamente, si los

devastadores efectos de un ataque nuclear no se hubieran hecho patentes tras Hiroshima y Nagasaki, bien podría haberse dado el caso durante la Guerra Fría de que un mandatario soviético o estadounidense hubiera acabado convenciéndose de que cabía justificar el uso de bombas atómicas. La guerra de Corea en 1950 ilustra de forma obvia lo que se acaba de exponer, pues no en vano algunos altos mandos militares —entre los que sobresalió MacArthur— no dejaron de proponer que se explotaran contra China las ventajas que supuestamente confería a Estados Unidos su arsenal nuclear. Ese argumento resulta, lógicamente, irrelevante a la hora de debatir si la decisión adoptada en 1945 puede juzgarse válida, pero, a bien seguro, merece la pena tenerlo presente más de seis décadas después.

Pese a lo absurdo de toda esperanza británica por recobrar en 1945 lo que había sido su hegemonía en el Extremo Oriente, muchos de los soldados que sirvieron con el 14.° ejército de Slim seguirían manteniendo después vividos recuerdos de la guerra contra Japón como último encuentro del Imperio Británico en armas. «Distinguido general Stockwell»: escribía Garba Yola, un soldado nigeriano de la 82.ª División de África Occidental, a su antiguo comandante de unidad, el general de brigada sir Hugh Stockwell en 1946:

> *Por supuesto, hace ya mucho tiempo que regresé a mi patria y espero que al recibir estas líneas se encuentre en un estado excelente. Volví a casa sano y salvo y encontré a los míos bien. De momento no tengo que informarle de ningún problema de salud, solo decirle que siempre le tengo presente en mi memoria. He visto la carta que me envió y estoy muy contento de ver que es suya. Haga por favor llegar un respetuoso saludo de mi parte a su esposa, a quien considero una segunda madre. Adjunta le envío una fotografía mía para que ella misma pueda conocerme. Recuerdos también de mi esposa y de mi amigo Jauro. Mi padre y mi madre me piden también que le dé recuerdos de su parte. Me haría mucha ilusión volver a oír de su Excelencia en lo que respecta a las circunstancias de su vida y a su lugar de residencia actual. Siempre a sus órdenes.*

La reconquista de Birmania por parte de Slim constituyó una de las campañas más exitosas de toda la guerra, acreditando así la enorme valía tanto de su comandante como de los soldados a su cargo, pero, a la vez, no dejó de representar la última convulsión de un imperio, más que una contribución convincente a la derrota nipona.

En el año 1947 los británicos dejaron la India; un año más tarde, Birmania, y en 1957, Malasia. Por su parte, los holandeses se vieron obligados a abandonar sus Indias Orientales en 1949, tras cuatro años de sangrientos combates contra la guerrilla. Los franceses fueron sufriendo una lenta agonía en medio de fútiles estertores hasta que no pudieron por menos de acatar la inapelable realidad tras perder la batalla de Dien Bien Phu contra los nacionalistas vietnamitas del Vietminh, encabezados por Ho Chi Minh en 1954. Aunque pueda resultar irónico, las antiguas potencias coloniales experimentaron un notorio resurgir de sus economías, una vez se hallaron sin sus apreciadas posesiones en Asia, que no hacían más que lastrar sus ya

maltrechas economías y no representaban para ellas la fuente de riquezas que querían creer. Por otra parte, Estados Unidos concedió en 1964 la independencia a Filipinas, donde resultó elegido presidente de la nación Manuel Roxas, un político que se había significado por colaborar con el régimen de ocupación nipón y que incluso llegó a declarar la guerra al gobierno estadounidense en septiembre de 1944. En ese sentido, el éxito electoral de Roxas deja bien a las claras la ambivalencia filipina tanto durante la segunda guerra mundial como con relación a Estados Unidos mismo.

En contra de sus temores de que la presencia soviética en Manchuria se prolongara por motivos puramente imperialistas, Chiang Kai Shek se vio forzado por las circunstancias a rogar a las fuerzas de ocupación soviéticas que se quedaran más tiempo, a fin de que sus propias tropas dispusieran de mayor plazo para tomar posesión de los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Este acabó retirándose de China entre enero y mayo de 1946, después de no haber dejado en la región ni rastro de industria, justificando su pillaje con el argumento de que —por tratarse de propiedad japonesa y no china— le pertenecía legítimamente como reparación de guerra. Por otra parte, cientos de miles de prisioneros japoneses como Souhei Nakamura pasaron a ser trabajadores forzosos en Siberia, padeciendo hambre y frío, y sin saber nunca cuántos de entre sus camaradas murieron, pues tan pronto uno de ellos enfermaba, los guardias soviéticos se lo llevaban y nunca más volvían a verle.

Solo en una ocasión durante todo su cautiverio se permitió al joven Nakamura enviar una postal a sus familiares a través de la Cruz Roja Internacional en Suiza. En ella se decía que estaba «bien y contento», tal como tantos infortunados prisioneros británicos y estadounidenses en manos japonesas habían escrito a sus familiares unos años antes, con lo que se cerraba así el círculo de la tragedia. «Resultaba de lo más injusto», expresaría después Nakamura. «El mundo estaba ya en paz y, sin embargo, allí seguíamos nosotros, presos en condiciones infrahumanas». Los prisioneros no dejaban de implorar a sus captores una respuesta a su única pregunta: «¿Cuándo podremos volver a casa?» y la contestación era invariablemente la misma: «Dentro de 45 días». Cuando ese plazo de tiempo expiraba, los prisioneros volvían a preguntar, para encontrarse de nuevo con la misma respuesta lapidaria: «Dentro de 45 días». Durante su cautiverio, algunos de ellos se vieron hasta tal punto influidos por la doctrinación ideológica a que fueron sometidos que, una vez en Japón, acabaron profesando ideas comunistas; Nakamura, en cualquier caso, fue repatriado en julio de 1948.

Por otra parte, la ocupación de Manchuria llevada a cabo por Chiang Kai Shek se reveló como un error estratégico, ya que sus tropas en esa región quedaron separadas del resto de fuerzas nacionalistas una vez iniciada la guerra civil china. En ese sentido, de poco sirvieron las cantidades ingentes de ayuda militar estadounidense que recibió el ejército de Chiang Kai Shek frente a la corrupción e incompetencia de

que se había hecho acreedor su régimen, De ese modo, Mao Zedong pasó a enseñorearse de toda China, con la excepción de la isla de Formosa —la moderna Taiwan— convertida en el Estado de bolsillo de Chiang. Así de malograda acabaría la magna ilusión mantenida por Estados Unidos durante el periodo bélico con relación a China contemplada como el posible núcleo de su «imperio» en Asia, visión coincidente, en cualquier caso, con la sustentada por los británicos respecto de dicho país asiático. En esas circunstancias, la consigna nipona «Asia para los asiáticos» se vería cumplida de una manera que quienes la habían acuñado estaban lejos de poder imaginar.

Si pasamos ahora a MacArthur, son pocos quienes, en la actualidad, le consideran entre los grandes generales de todos los tiempos, por mucho que —igualando sus prodigiosas capacidades escénicas— la maquinaria publicitaria surgida en torno a su persona durante la guerra fuera hasta tal punto efectiva que este sigue siendo todavía el general más famoso de la Guerra del Pacífico. En ese sentido, Ronald Spector escribiría lo siguiente sobre el general más de cuarenta años después de que este hubiera aceptado la rendición japonesa: «Pese a su indudable capacidad de liderazgo, por temperamento, carácter y criterio no resultaba adecuado para los puestos de alto mando que desempeñó a lo largo de la guerra». La megalomanía de MacArthur, su falta de lealtad respecto a los mandatarios de su propio país, su mezquindad y su poco aprecio por el raciocinio, así como su incapacidad a la hora tanto de rodearse de oficiales y subordinados competentes como de reconocer sus propios errores, unida a la determinación de plantear la estrategia de defensa nacional como mejor conviniera a sus ambiciones personales, hacen que el juicio emitido por Spector peque incluso de benigno. Con todo, no cabe tampoco negarle un carisma, una inteligencia y un afán consciente por encarnar los más nobles ideales que, en ocasiones, le elevaron hasta alturas inimaginables para cualquier general al uso, tal como sucedió durante el acto de rendición nipona. Por otra parte, como gobernante del Japón de posguerra desplegó un saber hacer visiblemente ausente de su labor como comandante supremo del Pacífico Sudoeste. A todo ello conviene añadir el hecho de que, lo mereciera o no, entre diciembre de 1941 y agosto de 1945, MacArthur se convirtió en símbolo de los anhelos del pueblo estadounidense con relación a la guerra en el Extremo Oriente. Las naciones en guerra necesitan símbolos y ello se aplica tanto más a los soldados en combate: «Pensábamos que estaba por encima de Dios», reconocería un veterano estadounidense refiriéndose a MacArthur, al tiempo que otro sentenciaba: «Fue el más grande comandante militar que este país ha dado nunca». Aunque esta última afirmación no deja de resultar incorrecta, se impone hacer notar que algunos de sus antiguos soldados siguen dándola por cierta.

La buena fortuna de MacArthur consistió en que, tras el fracaso inicial de su campaña en Filipinas, el resto de sus acciones se desarrolló en un teatro de

operaciones en el que la superioridad material estadounidense resultaba tan abrumadora como para compensar sus errores de cálculo y sus ocasionales insensateces. Así las cosas, aunque las victorias decisivas correspondieron a la Marina, fue MacArthur quien se llevó buena parte de la gloria, hasta el punto de que su figura, tocada con una gorra demasiado grande y luciendo destellantes gafas de sol, acabó presidiendo toda escena relevante de la guerra contra japón. Por el contrario, el almirante de flota Chester Nimitz —un oficial de excelsa profesionalidad— ni persiguió ni recibió la parte de fama que le correspondía por su sobresaliente actuación en el Pacífico como comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses allí desplegadas, por mucho que los logros de la Marina de Estados Unidos fueran tan destacados y decisivos como los habían sido, casi un siglo y medio antes, los de la Marina británica en su afán por acabar con la tiranía napoleónica.

Los prisioneros británicos y americanos confinados en los barracones del campo japonés de Aomi tuvieron que esperar tres semanas tras la rendición para tener una primera visión de sus libertadores. Ello sucedió un día en el que nueve cazas estadounidenses que sobrevolaban el campo en perfecta formación divisaron por debajo de ellos las características letras de gran tamaño dispuestas por los prisioneros para ser reconocidos desde el aire. Seguidamente, los pilotos descendieron a una altura lo suficientemente baja como para hacer señales a los internos, en lo que representó para estos, después de 1302 días de cautiverio, el primer atisbo de un mundo externo que no les resultaba hostil. Stephen Abbott volvió a su barracón y se echó a llorar. Más tarde, y antes de abandonar el campo, se dirigió a la fábrica en cuya cantera él y sus camaradas habían trabajado hasta la extenuación y, en ocasiones, perdido la vida. En la sala de reuniones de la compañía Denki Kagaku, a la que pertenecía la fábrica, su presidente manifestó a Abbott lo siguiente: «Nuestro país está en ruinas, pero usted ya conoce a los japoneses. Nunca perderemos nuestro orgullo. Vuelva dentro de cinco años y lo tendremos todo en orden; dénos diez y estoy seguro de que encontrará ante sí un país próspero». Poco después, los prisioneros británicos y estadounidenses procedieron a abandonar «aquellos pocos metros cuadrados que llegamos a aborrecer con toda nuestra alma, pero en los cuales se habían escrito tantas historias vivas de tragedia y aprendizaje humano». No bien hubieron partido los prisioneros, comenzaron a desembarcar en Japón los primeros efectivos de veintisiete divisiones estadounidenses, una fuerza de ocupación lo suficientemente poderosa —y cuya presencia se prolongaría hasta 1952— como para garantizar que cualquier tentativa tardía de oposición recalcitrante por parte del enemigo vencido estuviera condenada al fracaso de antemano. Tropa y oficiales no dejaban de contemplar atónitos el espectáculo de un país en ruinas que se ofrecía ante sus ojos: «Por lo que iba viendo, no dejaba de maravillarme de que Japón hubiera hecho tanto con tan poco», escribiría posteriormente el teniente general Oscar

Griswold.

Entre 1945 y 1946 solo algunos japoneses fueron juzgados por crímenes de guerra, ya que imponer su merecido castigo a todos aquellos culpables de actos de barbarie habría requerido miles de ejecuciones, que los Aliados no tenían a aquellas alturas estómago para afrontar. También fueron pocos los japoneses llamados a dar cuenta de sus acciones en China y el Sudeste Asiático, toda vez que Estados Unidos —la potencia aliada con más influencia— se concentró en hacer justicia contra quienes hubieran cometido atrocidades contra blancos. Entre ellos el mandatario más destacado objeto de condena fue el general Hideki Tojo, jefe del gobierno nipón durante buena parte de la contienda, que murió ahorcado. Por su parte, el general Tomoyuki Yamashita fue encausado en calidad de comandante en jefe de las fuerzas niponas en Filipinas durante el periodo en que se perpetró una infinidad de desmanes contra su población.

El proceso correspondiente se inició el 29 de octubre de 1945 y, en un primer momento, el general rehusó dirigirse al estrado de los testigos. Cuando, por fin, pudo persuadírsele de que declarara como tal, dio muestras de impresionante dignidad y elocuencia. Condenado y sentenciado a morir ahorcado, Yamashita se quitó el cinturón y se lo ofreció a un coronel como recuerdo, observando jovial: «Usted es el único que está aquí lo suficientemente gordo como para poder ponérselo». Cuando se le conducía esposado a la horca, primero se quejó de lo muy ajustadas que estaban las manillas, para avanzar después decidido al encuentro de la muerte. El general Masaharu Homma fue ejecutado por un pelotón en abril de 1946, como responsable de la «marcha de la muerte» de Bataan. Al conocer la sentencia, Homma declaró: «Voy a ser ejecutado por lo sucedido en Bataan. Lo que ahora quiero saber es: ¿quién fue el responsable de la muerte de decenas de miles de civiles inocentes en Hiroshima y Nagasaki, MacArthur o Truman?». Tras ello se dirigió de buen humor al lugar de ejecución, donde, alzando un vaso de cerveza hacia el capellán y el intérprete dijo en un perfecto inglés: «Vamos, caballeros, por favor, ¡arriba esos culos!».

Muchas personas, tanto estadounidenses como japonesas no pudieron dejar de sentirse consternadas por el modo en que Yamashita y Homma fueron ejecutados, toda vez que sus juicios evocaron una triste imagen de procesos amañados en que las pruebas que avalaban la oposición por parte de ambos generales al trato inhumano dado a civiles y prisioneros de guerra fueron pasadas por alto. En ese sentido, suele creerse que las sentencias representaron una venganza personal de MacArthur hacia aquellos generales nipones que le habían humillado en el campo de batalla. Sin embargo, existe un argumento de peso a favor de lo contrario, a saber, que, aun encarnando figuras dignas de conmiseración y plenamente honorables en lo personal, ambos eran los mandos militares responsables cuando se cometieron actos contrarios a la ley, es más, actos de hecho indecibles contra un sinnúmero de inocentes. ¿Cómo

podrían sus subordinados ser castigados por tales actos si sus mandos eran declarados inocentes? Bien puede ser que las atrocidades perpetradas en aquel tiempo por los japoneses no hubieran sido el resultado de órdenes directas dadas por Yamashita o Homma, pero aquellas no hacían sino mostrar un recurso a la masacre del que era cómplice todo el ejército nipón y que había sido promovido por este asiduamente durante décadas.

Incluso si las ejecuciones de ambos generales tuvieron un carácter más ejemplar que propiamente legal, no dejaron de resultar, casi con toda certeza, necesarias. En efecto, la decisión estadounidense de mantener a Hirohito en el trono llevaría posteriormente a muchos japoneses a pensar que su nación no podía haberse conducido en términos tan execrables cuando la continuidad de su propia monarquía había contado con el beneplácito de los Aliados. Así las cosas, si no se hubiera juzgado a los más altos oficiales del ejército japonés responsables de los crímenes cometidos por sus tropas, su supervivencia habría constituido una traición a los millones de muertos que habían perecido a manos niponas. Es plenamente cierto, por otra parte, que los juicios por crímenes de guerra celebrados en Europa y Asia entre 1945 y 1946 no fueron sino expresión de la justicia de los vencedores, en la medida en que no se realizó intento alguno por imponer un castigo, siquiera simbólico, a los soldados aliados que habían protagonizado acciones contrarias a la ley. En cualquier caso, entonces pareció preferible —como todavía sigue pareciéndolo en la actualidad— someter a juicio a algunos de los responsables por crímenes contra la Humanidad antes que no considerar a nadie responsable porque tantos habían sido culpables.

Inmediatamente después de la rendición de Japón, sus fuerzas de tierra, mar y aire sufrieron el duro golpe que supuso pasar a convertirse en objeto de la aversión generalizada de sus conciudadanos, dirigida tanto contra los oficiales de más alta graduación como contra los más humildes soldados. En ese sentido, la frustración y la rabia contenidas a lo largo de todos aquellos años de padecimiento estallaron justo tras la derrota, de modo que quienes —como tropas de reemplazo— no habían tenido más remedio que hacer suyo el código del *bushido*, sufriendo en ocasiones terriblemente para poder cumplirlo, recibían ahora por toda recompensa el desprecio de su propia nación. Así, el ejército de ocupación estadounidense se vio sorprendido por el hecho de tener que proteger a los supervivientes del Ejército Imperial de las iras de sus propio pueblo, en lo que representaba una situación radicalmente novedosa, si se la comparaba con la experiencia vivida por los soldados alemanes que habían servido en el ejército de Hitler. En conjunto, los años de la inmediata posguerra nipona se vieron caracterizados por el derrumbe de todo tipo de jerarquías, así como por el predominio de un egoísmo despiadado reflejado en una situación de pillaje, crimen y prostitución generalizada como no se había conocido en ningún otro periodo previo de la historia japonesa. El envilecimiento e incluso la depravación se

extendieron por doquier mientras los conquistados no dejaban de sorprender a sus conquistadores por el modo en que se rebajaban ante todo lo estadounidense, al tiempo que el autodesprecio parecía adueñarse por un tiempo del país.

Puede que todo ello resultara inevitable como parte del necesario proceso de depuración que se imponía después de tantos años de prevalencia militar y de autoengaño. De todas formas, y propiciado irónicamente por la guerra de Corea, a partir de 1950 se produciría un resurgir económico que asombraría al mundo. Pese a todo, el nuevo Japón se reveló desesperantemente reticente a afrontar las culpas de sus mayores, hasta el punto de negar el pasado en unos términos que no hacían sino contrastar dolorosamente con la voluntad de expiar sus propias culpas que se manifestaba en la Alemania de posguerra. En relación con ello, y pese a que los sucesivos jefes de gobierno nipones no dejaron de pedir perdón formalmente por las acciones cometidas por su país durante la guerra, Japón —como nación— rechazó cualquier tipo de contribución económica que pudiera representar una reparación para las víctimas, así como el reconocimiento en los libros de texto escolares de la realidad histórica tal cual había sido.

Cuando me embarqué en la empresa de redactar este libro, me animaba la determinación de someter la conducta de Japón durante el periodo bélico a un examen objetivo, dejando de lado los sentimientos nacionalistas que han venido distorsionando la perspectiva de muchos escritores británicos y estadounidenses desde 1945 y contando además con el caluroso apoyo de cuantos veteranos nipones contacté. En ese sentido, si bien resulta esencial que todo historiador tenga también presentes los excesos de los Aliados, que raramente fueron merecedores de censura y mucho menos de juicio, se hace difícil dar apoyo a la olímpica pretensión mantenida por Japón de desentenderse de lo entonces sucedido, dada la evidencia de la barbarie desplegada sistemáticamente por sus soldados contra muchos pueblos asiáticos a una escala infinitamente mayor que contra estadounidenses y europeos. Los caballeros nipones del *bushido*, al igual que los de la Europa medieval, se mofaron de su excelso ideal del honor comportándose vilmente hacia todos aquellos —y no fueron pocos— a quienes consideraron indignos de la protección que estipulaba su código del honor. En la era moderna, únicamente las SS de Hitler han igualado a los militaristas nipones a la hora de elevar la atrocidad organizada a práctica institucionalizada, toda vez que la Unión Soviética de Stalin nunca trató de hacer más dignas sus grandes matanzas enalteciéndolas como actos propios de caballeros, a diferencia de lo que sí hizo el Japón de Hirohito.

No se hace difícil entender *porqué* tantos japoneses —condicionados hasta el punto en que se hallaban— procedieron como lo hicieron, pero lo que resulta casi imposible es mostrar cualquier tipo de comprensión hacia aquellos que perpetraron tales actos, sobre todo cuando Japón sigue negándose a asumir el legado que

históricamente le corresponde. Muchos ciudadanos nipones en la actualidad sostienen que ya es hora de enterrar todos los resentimientos del pasado, tanto los de los antiguos enemigos de Japón con relación al trato dado a prisioneros y a civiles bajo autoridad nipona como los de su propia nación con respecto a los bombardeos incendiarios y a lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki. «En la guerra ambos bandos cometen actos terribles», argüía el antiguo teniente Hayashi Inoue en el año 2005. «Si uno gana, eso justifica cualquier acción que se haya emprendido. Si uno pierde, se convierte en el culpable. Después de sesenta años seguramente ha llegado el momento de dejar de criticar a Japón por lo que llevó a cabo hace tanto tiempo». El comandante Shigeru Funaki, un antiguo oficial de Estado Mayor perteneciente al cuartel general del Ejército de China en Nanjing afirma tajante al respecto: «muchas cosas de las que se dicen que Japón hizo en China no son más que fabulaciones. Cuando acabó la guerra me pasé todo el tiempo negociando con oficiales del ejército nacionalista chino. Ninguno de ellos dijo ni una sola palabra, por poner un ejemplo, sobre la presunta masacre que cometimos en Nanjing. De acuerdo, algunas personas murieron allí, porque hubo una batalla y la gente muere cuando hay batallas, pero esa idea de que acabamos con ciento cincuenta mil o doscientas mil personas… ¿quién fue el que se dedicó a contar a las víctimas?».

Hasta la fecha Alemania ha pagado el equivalente a casi tres mil millones de libras esterlinas a cerca de un millón y medio de víctimas del periodo nazi[45], mientras que Austria ha indemnizado con el equivalente a doscientos millones a otras 132 000 personas. En cambio, Japón sigue en la actualidad eludiendo en gran medida toda responsabilidad, tanto más a la hora de indemnizar a sus antiguas víctimas de guerra, hasta el punto de que —en lo que no deja de representar una ironía absurda, por no calificarla directamente de grotesca— el gobierno británico optó en 1999 por realizar él mismo y sin obligación alguna en ese sentido un pago *ex grafía* —en concepto de reparación a sus antiguos prisioneros de guerra en cautiverio japonés—, una vez perdida toda esperanza de que esa reparación corriera a cargo de quienes la habían hecho necesaria. En ese sentido, numerosos recursos presentados ante jueces nipones por parte, sobre todo, de demandantes chinos, incluyendo a antiguas «mujeres de confort» se han visto desestimados hasta el momento, por mucho que, incluso a estas alturas, tres casos se hallen pendientes de veredicto por parte del Tribunal Supremo japonés. En ese contexto, puede que el ejemplo más sangrante lo constituya el de los trabajadores chinos que se vieron empleados por Japón como esclavos y 38 935 de los cuales fueron trasladados a ese país, donde 6830 acabarían encontrando la muerte. Allí fueron empleados por 35 compañías, 22 de las cuales aún siguen en activo, incluyendo a la empresa pública de minería Matsui y a la más conocida Mitsubishi. En relación con esta última, no deja de resultar revelador que —en el transcurso de un pleito interpuesto contra ella por antiguos trabajadores

forzados chinos— los abogados de la empresa trataran de cuestionar hasta la propia invasión de China por parte de Japón. Así, mientras Mitsubishi no deja de negar que empleara ese tipo de trabajadores, su consejo de administración asegura que un fallo favorable a los demandantes chinos haría recaer «una injusta carga sobre las futuras generaciones de japoneses, seguramente durante las centurias por venir».

De forma significativa, el entonces ministro japonés de minería y comercio, Kan Abe, era el abuelo del actual jefe de gobierno, Shinzo Abe, un gobierno que, al igual que las compañías objeto de litigio, argumenta que toda posible responsabilidad nipona hacia sus víctimas de guerra ha expirado con el paso del tiempo, así como en virtud del Tratado de Paz de San Francisco, firmado en septiembre de 1951 por Japón y 48 naciones aliadas, y al que China, significativamente, no concurrió, mientras la URSS declinaba, asimismo, suscribirlo. Por otra parte, y de una forma que resulta todo menos sutil, el gobierno japonés afirma que es grotesco que un país con un historial tan deplorable en cuanto al respeto de los Derechos Humanos como China pretenda obtener reparaciones de Japón a causa de deficiencias en ese ámbito de que este se hizo responsable en el pasado.

En esas circunstancias, tanto la política de negar los hechos como la denominada doctrina de la equivalencia moral, en virtud de la cual también los Aliados cometieron actos reprobables comparables a los propios, resulta poco convincente. Ello es así, toda vez que la brutalidad nipona se hallaba ya institucionalizaba muchos años antes de que los propios Aliados dieran comienzo a sus excesos, si es que estos llegaron a serlo, pues incluso la campaña de bombardeos de LeMay no respondía sino al propósito de acelerar el fin de la contienda. Por el contrario, muchas acciones protagonizadas por el ejército japonés, incluyendo la tortura y decapitación de prisioneros, no hacían sino reflejar una orgullosa complacencia en el hecho de infligir sufrimiento gratuito. En esas circunstancias, y por mucho que sobre la conciencia de los gobernantes nipones de aquellos tiempos pesen prácticamente tantas muertes en Asia como las que perpetró la Alemania nazi en Europa, solo unos cuantos japoneses llegan a reconocerlo, incurriendo —al hacerlo— en el desdén cuando no en la hostilidad declarada de sus compatriotas. Así pues, Japón parece culpable de rechazar colectivamente la realidad histórica, de modo que la versión de esta presentada en esta obra resulta absolutamente inaceptable para la mayoría de sus ciudadanos en la actualidad, por mucho que esté basada en pruebas irrefutables. Ello no hace, en cualquier caso, sino mostrar el abismo que media entre su cultura y la nuestra, un abismo cuya existencia no cabe justificar o descartar sin más en razón de diferencias de actitud entre Este y Oeste.

Muchas críticas por parte de Occidente se han centrado en la costumbre de que los jefes de gobierno nipones realicen anualmente una visita al templo funerario de Yasukumi a fin de honrar a los caídos en combate, incluyendo a criminales de guerra.

En mi opinión, dichas críticas carecen de fundamento, puesto que de los mandatarios de cuantas naciones han participado en grandes contiendas se espera justamente que rindan homenaje a quienes perdieron la vida en ellas, sin perjuicio de cuán poco meritorias resultasen las causas de las mismas, por lo que Japón no debería resultar una excepción en ese sentido. A mi juicio, en cambio, la consternación y, de hecho, la repulsión deberían limitarse al rechazo mantenido por el pueblo japonés —incluyendo a sus máximos responsables a nivel político, económico y educativo— a la hora de encarar su historia, en la medida en que aún tratan de excusar las acciones de sus padres y abuelos, muchos de los cuales dejaron de lado toda humanidad al favorecer un concepto del honor y un nacionalismo agresivo cuyo recuerdo solo debería provocar vergüenza. En tanto esa actitud de negación persista, el mundo no podrá por menos de creer que Japón aún no ha sabido asumir los horrores de que hizo objeto a Asia hace casi dos tercios de siglo.

*«¿Y después, qué voy a hacer?».*
*Y en seguida se respondía:*
*«Nada: viviré… ¡también eso es maravilloso!».*

Pierre Bezukhov, protagonista de *Guerra y Paz*,
de Lev Tolstoi, tras sobrevivir la campaña rusa
de 1812 contra las tropas de Napoleón[46].

# AGRADECIMIENTOS

Una obra de este tipo, cuya redacción ha supuesto tres años de trabajo, ha dependido para su elaboración de la ayuda y buena disposición de una gran cantidad de personas a las que debo mi agradecimiento. Entre ellas se cuentan, para empezar, mis editores en Londres y Nueva York, Richard Johnson y Ash Green, así como mi magnífico editor de la casa HarperCollins, Robert Lacey, y mis agentes editoriales británico y estadounidense, Michael Sissons y Peter Matson, siempre dispuestos a prestarme su apoyo.

Suele decirse que los historiadores son dados a los celos profesionales, pero, en mi caso, no dejo de admirarme ante la generosidad de mis colegas. Así, el Dr. Williamson Murray y el Dr. Alian Millett me ofrecieron muchas y muy valiosas sugerencias al inicio de este proyecto y ambos tuvieron la amabilidad de leer mi primera versión de la presente obra y hacerme los comentarios pertinentes. Por otra parte, sin el consejo y el compromiso decidido del Dr. Tim Nenninger me habría sido imposible, como investigador, avanzar con rapidez y eficacia entre el océano de datos que alberga el Archivo Nacional de Estados Unidos, así como acceder, gracias a su ayuda, a material relevante y relativamente poco explotado. Por otra parte, el Instituto de Historia Militar del Ejército Estadounidense, con sede en Carlisle (Pensilvania), constituye una fuente sin par de documentos y testimonios personales que sus empleados tuvieron la gentileza de localizar para mí. Entre ellos, estoy en deuda de gratitud con el Dr. Richard Sommers, así como con el Dr. Conrad Crane, director del Instituto y notable historiador, quien se prestó a realizar valiosas observaciones sobre el capítulo de este volumen dedicado a la campaña aérea de LeMay. A su vez, la gentil Dra. Tami Biddle, miembro de la vecina Escuela Superior de las Fuerzas Armadas Estadounidenses, puso a mi disposición documentos de la Fuerza Aérea de Estados Unidos que ella misma había descubierto en el transcurso de sus propias investigaciones.

El Centro Histórico del Cuerpo de Marines, de Quantico (Virginia), está repleto de interesantes materiales cuya consulta se vio enormemente simplificada gracias a la asistencia prestada por Mike Millar, a quien desde aquí quiero agradecer especialmente su ayuda durante mi estancia en dicho centro. El Centro Histórico de la Marina Estadounidense, ubicado en Washington, representa otro lugar lleno de tesoros para el investigador y en el que Jack Green no dejó de atender, con infinita paciencia, todas mis consultas, ya fuera en persona o por correo electrónico, además de corregir decenas de tecnicismos presentes en mi primera versión del presente texto, tarea por la que le estoy profundamente agradecido. Además, el archivo histórico escrito y sonoro de ese centro me permitió tener acceso a un gran volumen

de material tanto publicado como no publicado. A su vez, Ronald Spector me hizo una serie de pertinentes reflexiones mientras departíamos almorzando en Washington, sin contar con la exhaustiva bibliografía general y por temas que me facilitó James Controvitch. Igualmente, el coronel David Glantz tuvo la amabilidad de leer mi primera versión del capítulo sobre la invasión soviética de Manchuria —de la que él es el más destacado especialista occidental—, así como de hacerme las observaciones oportunas. Por último, el historiador militar Richard Frank, quien en los últimos años se ha convertido en uno de los más prominentes especialistas en la guerra del Pacífico, se encargó de remitirme a su obra, aún no publicada, sobre la batalla naval del golfo de Leyte, en las Filipinas. Por supuesto, todas las personas citadas no son responsables en ningún modo de mis errores o apreciaciones personales, de algunas de las cuales, es más, disentirán a buen seguro.

En Gran Bretaña, sir Michael Howard, catedrático emérito de historia militar y moderna en la Universidad de Oxford y galardonado con distintas condecoraciones civiles y militares, así como Don Berry, el conocido escritor y artista estadounidense, tuvieron la deferencia de leer y comentar mi primera versión de esta obra, tal como ya habían hecho antes con *Armagedón*. Por otra parte, el personal del Museo Imperial de Guerra de la capital británica, cuya colección de testimonios personales no deja de mejorar año tras año, se mostró tan receptivo hacia mí como de costumbre, al tiempo que la Biblioteca de Londres y el Archivo Liddell Hart del también londinense King's College me prestaban una ayuda inestimable.

En Japón, Chako Bellamy se encargó de localizar a supervivientes de la segunda guerra mundial y de ayudarme como intérprete mientras les entrevistaba. Gu Renquan, la encantadora «Maomao», esposa del destacado antiguo corresponsal de la BBC en China y biógrafo de Mao Zedong, Philip Short, hizo lo propio en China, permitiéndome así disfrutar del placer de su compañía, que recordaré como uno de los mayores atractivos de mi viaje a aquellas tierras. En Rusia, la Dra. Luba Vinogradovna, investigadora e intérprete, cuya colaboración resultó decisiva para la elaboración de *Armagedón*, tuvo a bien traducir gran cantidad de documentos y testimonios personales, así como entrevistar a veteranos soviéticos que participaron en la campaña de Manchuria. En ese sentido, aunque no he dejado de reconocer en las fuentes citadas en las notas las aportaciones individuales realizadas por todos los testigos oculares entrevistados, querría, igualmente, dejar constancia de mi agradecimiento colectivo a cuantas personas, algunas de ellas notoriamente ancianas, no tuvieron inconveniente en dedicar largas horas a dar respuesta a mis preguntas, contribuyendo así en gran medida a hacer posible este libro.

Por último, he de agradecer a mi secretaria, Rachel Lawrence, que nunca deje de mostrarse tan maravillosamente eficiente y en cuanto a mi esposa, Penny, aunque a veces piensa que cuando me pongo a escribir un libro lo mejor sería emigrar, sabe

bien que, sin ella, yo no podría hacer ni lo uno ni lo otro.

# FOTOGRAFÍAS

El presidente de los Estados Unidos como comandante en jefe de las fuerzas de su país: en julio de 1944, en medio de la campaña por la reelección, Roosevelt convocó a MacArthur y Nimitz para que se reunieran con él en Hawái, en principio, para que le expusieran sus planes para derrotar a Japón.

El almirante William «Bull» Halsey en la cubierta de señales del acorazado *New Jersey*, mientras dirige la Tercera Flota hacia las Filipinas (septiembre de 1944).

El imperio británico en Birmania:

Arriba: Ataque de un grupo de *sijs* contra una trinchera. Abajo: Los elefantes ayudaron significativamente al 14.° ejército a la hora de levantar puentes y transportar suministros en algunos de los terrenos más intratables del planeta.

El imperio británico en Birmania:

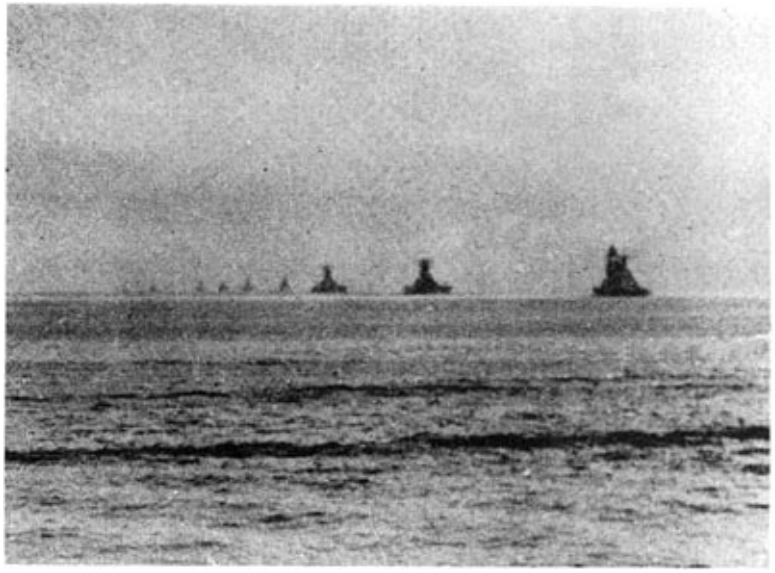
Uno de los miles de vadeos de la campaña de 1944-1945.

El imperio británico en Birmania:

El indomable Bill Slim, quien probablemente fue el más capaz —y, sin duda, el más comprensivo— de los comandantes de campo británicos durante la Segunda Guerra Mundial.

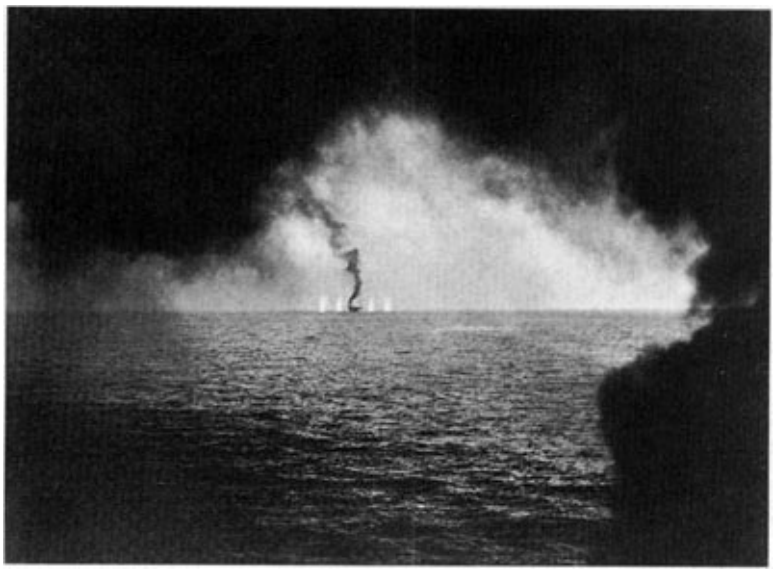
Guerra en China: murieron al menos quince millones de personas. Escenas de la invasión japonesa, que causaron una destrucción y un sufrimiento indecibles, sin aportar a cambio a Tokio ninguna victoria decisiva.

Los líderes chinos. Arriba, izquierda: Mao Zedong y Zhou Enlai. Arriba, derecha: El emperador marioneta, Pu-Yi. Abajo: Chiang Kai Shek.



En el mar:

Arriba: La Flota Conjunta japonesa, camino de la destrucción (septiembre de 1944). Abajo: *USS Gambier Bay*, acosado por el fuego japonés durante la batalla del golfo de Leyte.



En el mar:

Arriba: El crucero *Birmingham* ayuda al *Princeton*, golpeado por un catastrófico ataque aéreo. Abajo: Los almirantes Nimitz, King y Spruance, fotografiados a bordo del crucero *Indianapolis*.

Los comandantes. Arriba: Kinkaid y Krueger. Abajo, izquierda: Kurita. Derecha: Ugaki.

Los kamikazes:

Un piloto japonés se prepara para su última misión.

Los kamikazes:

Arriba: Un avión suicida falla por poco en su ataque contra el portaaviones estadounidense *Sangamon*, frente a Okinawa. Abajo: El *USS Franklin*, en llamas.

En la isla de Okinawa:

Arriba: Infantería de marina, en uno de los incontables asaltos sangrientos. Abajo: Un grupo de civiles aguarda su destino.

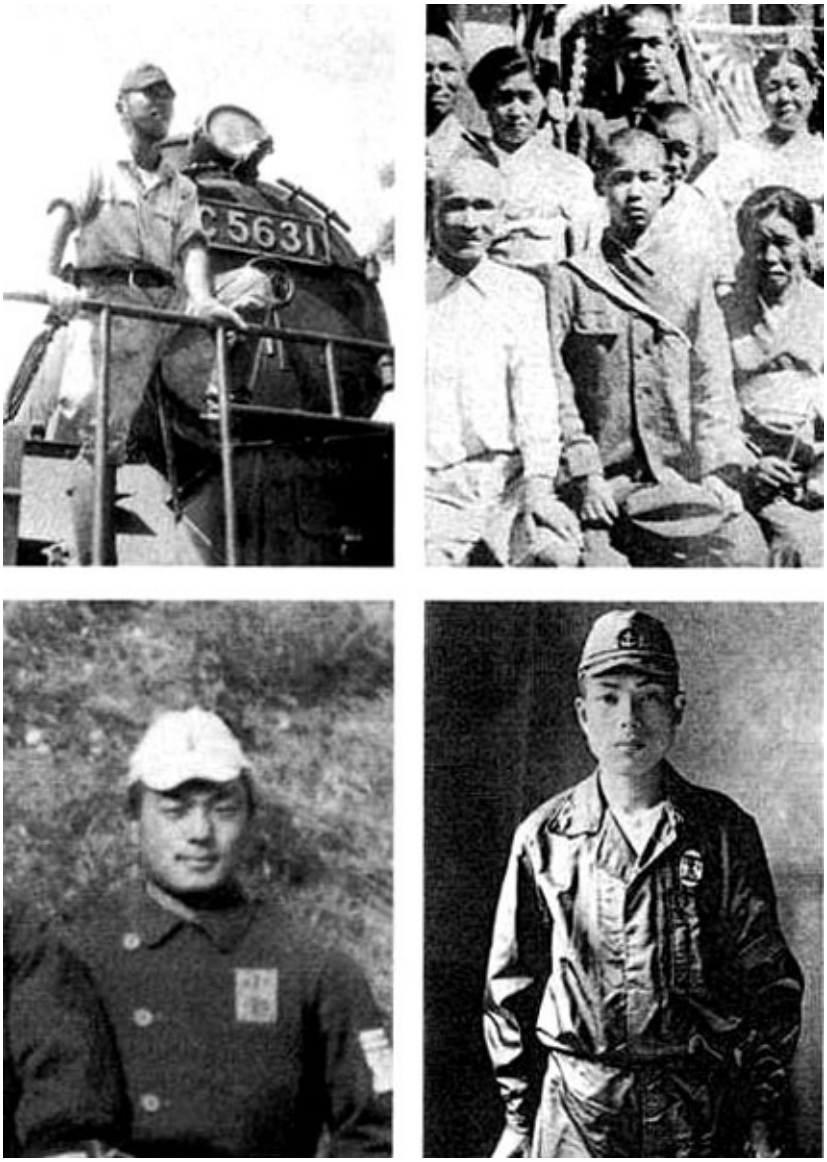
En la isla de Okinawa:

Un *marine* ayuda a ponerse a salvo a una mujer y su hijo; en su mayoría, civiles como estos perecieron.

Samuráis japoneses, con la impaciencia reflejada en el rostro:

Toshio Hijikata.

Arriba: Yoshihiro Minamoto. Abajo: Haruki Iki.




En el sentido de las agujas del reloj, desde la izquierda: Renichi Sugano, sobre una locomotora del famoso ferrocarril de Birmania. Harunori Okhosi, voluntario adolescente de camino a Iwo Jima, entre un grupo familiar de aspecto grave, pero orgulloso. Kisao Ebisawa, que vio frustrado su suicidio en Okinawa. Toshiharu Konada, que confiaba en pilotar un torpedo humano (*kaiten*) contra la flota de invasión aliada.

Yoshiko Hashimoto (atrás, derecha) con su familia, que pagó un precio terrible en el bombardeo incendiario al que las USAAF sometieron a Tokio el 9 de marzo de 1945. Junto con los padres de ella están Chieko (atrás, izquierda), Hisae (delante, centro) y Etsuko (delante, derecha).

Hachiro Miyashita, quien dio salida a muchas misiones suicidas. Derecha: Una de sus propias fotografías como piloto joven y taciturno, que contempla el repostaje del último vuelo de su avión.

Arriba: Los B-29 de las USAAF arrojan bombas incendiarias sobre Japón, en mayo de 1945. Abajo: Su comandante, el temible general de división Curtis LeMay.

Asalto a las islas:

Arriba: Los hombres se agazapan, en tensión, sobre una lancha de desembarco. Abajo: Vehículos anfibios de la infantería de marina se acercan a Peleliu.

Los aviadores:

Arriba: Fuerza de combate encabezada por algunos de los casi cien portaaviones estadounidenses que patrullaban los océanos a finales de 1944. Abajo: En la sala de pilotos, en la pizarra está escrito: «48 días de compra hasta Navidad. Enviar a casa un "*japo*"».

Los aviadores:

Arriba: Piloto en la cabina del aparato, con los derribos enemigos marcados en el fuselaje. Abajo: Despegue de un Hellcat.

En las Filipinas:

Arriba: Soldados estadounidenses se ponen a cubierto en Leyte (noviembre de 1944). Abajo: Soldados estadounidenses combaten entre las ruinas de Manila (febrero de 1945).

Arriba: Los *marines* desembarcan en Iwo Jima. Abajo: Solo un puñado de japoneses prefirieron, como estos hombres, rendirse antes que morir durante los estadios finales de la sangrienta lucha por la isla.

Algunos estadounidenses en el Pacífico:

Izquierda: Douglas MacArthur. Derecha, arriba: Capitán Stanley Samuelson. Derecha, abajo: Teniente Bill Bradlee.

Algunos estadounidenses en el Pacífico:

Arriba, izquierda: Teniente Philip True. Abajo, izquierda: Einory Jernigan. Arriba, derecha: Vicealmirante Clifton Sprague.

Penalidades de los prisioneros de Japón:

Arriba: Superviviente británico en Nakhon Pathom, Siam, 1945. Abajo: Cuatro australianos se arrastran hacia el submarino estadounidense *Pampanito*, que había hundido el barco que los trasladaba a Japón. La mayoría de sus compañeros pereció.

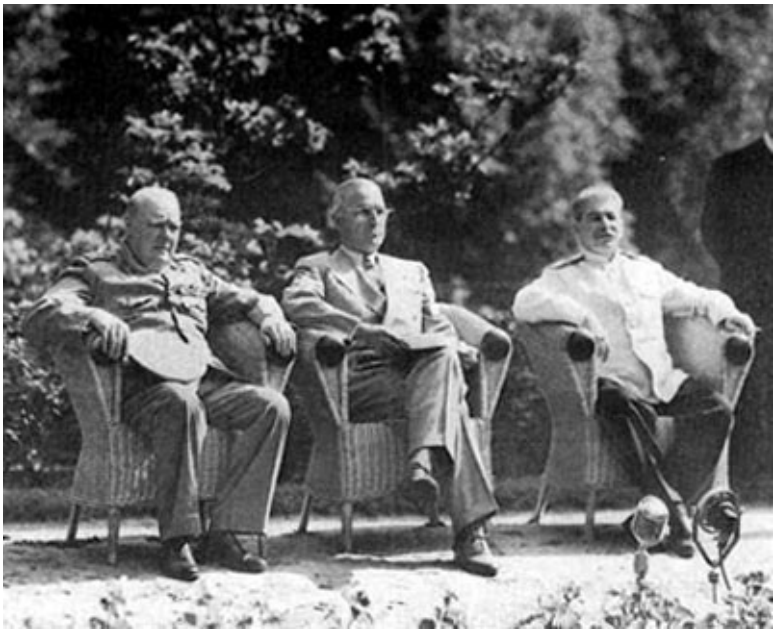
Los chinos:

Fila superior, de izquierda a derecha: Bai Jingfan, su esposo y otros miembros de la guerrilla; Li Guilin; Zhuan Fengxian y su esposo. Fila inferior, de izquierda a derecha: Liu Danhua; Wen Shan, quien luce con orgullo el uniforme estadounidense; «Teizi» (Li Dongguan).

Soldados australianos registran cuerpos del enemigo, buscando documentos, en el norte de Borneo, junio de 1945. Abajo: Mountbatten, subido en un cañón capturado a los japoneses, arenga a las tropas británicas en Birmania.

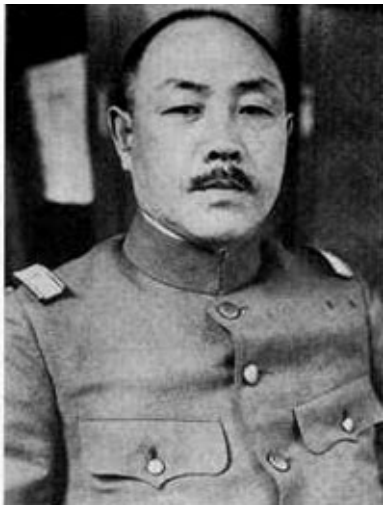
Tres de los soldados de Slim:

Arriba, izquierda: John Randle. Arriba, derecha: Brian Aldiss. Abajo: Derek Horsford.



Figuras cruciales del último acto:

Arriba: Los tres grandes, en Potsdam. Abajo, izquierda: Henry Stimson. Abajo, derecha: Leslie Groves y Robert Oppenheimer.



Arriba izquierda: Hirohito. Arriba derecha: Anami. Abajo: Marqués Kido.

Para Japón, la distinción entre la masacre causada por los bombardeos incendiarios de Tokio (arriba) y la bomba atómica de Hiroshima (abajo) fue menos decisiva de lo que se ha interpretado con posterioridad.

Arriba: Varios japoneses escuchan, apesadumbrados, el mensaje del emperador, el día 15 de agosto de 1945. Abajo: Ceremonia de rendición en la bahía de Tokio, a bordo del acorazado *Missouri*.

Marinos estadounidenses celebran la victoria a bordo del *USS Bougainville*.

MAX HASTINGS. (Nacido el 28 de diciembre de 1945), es un periodista e historiador británico. Es hijo de MacDonald Hastings, conocido corresponsal de guerra británico, y Anne Scott-James, asimismo periodista.

Hastings se formó en la Charterhouse School y en el University College de Oxford, que abandonó al cabo de solo un año. Fue durante muchos años corresponsal de guerra de la televisión *BBC* y el periódico londinense *Evening Standard*. Luego dirigió el *Daily Telegraph* y regresó como director al *Standard* en 1996, hasta su retiro, en 2001. Fue nombrado caballero en 2002.

En el ámbito hispanohablante es conocido especialmente como corresponsal de la Guerra de las Malvinas y como historiador de la Segunda Guerra Mundial.

# NOTAS

[1] Ronald H. Spector, *Eagle against the sun: the American war with Japan*, Viking, Harmondsworth, 1984; Penguin, 1987. Christopher Thorne, *Allies of a kind: the United States, Britain and the war against Japan, 1941-1945*, Hamilton, Londres, 1978; Oxford Univ. Press, Oxford, 1979. De John W. Dower, por ejemplo, *War without mercy: race and power in the Pacific war*, Faber, Londres, 1986; *Japan in war and peace: selected essays*, New Press, Nueva York, 1993; y *Embracing defeat: Japan in the aftermath of World War II*, Alien Lane, Londres, 1999. John W. Toland, *The rising sun: the decline and fall of the Japanese Empire 1936-1945*, Bantam, Londres y Toronto, 1971; Pen & Sword Military Classics, Barnsley, 2005. George M. Fraser, *Quartered safe out here: a recollection of the war in Burma*, Harvill, Londres, 1992; HarperCollins, Londres, 2000. Este escritor es asimismo el autor de la serie de novelas del antiheroico Harry Flashman. *Downfall* se cita en la nota 3 del autor. (N. de los T.)[<<].

[2] *The Sands of Iwo Jima*, de 1949, con John Wayne. (N. de los T.)[<<].

[3] Iris Chang, *The Rape of Nanjing: The Forgotten Holocaust of World War II*, Basic Books, Nueva York, 1997. (N. de los T.). <<

[4] Los «departamentos» del gobierno de los Estados Unidos se corresponden aproximadamente con nuestros «ministerios»; los «ministros» son denominados «secretarios» (su «secretario del Tesoro», por ejemplo, viene a ser nuestro «ministro de Hacienda»). Téngase en cuenta asimismo que en el libro se menciona también a los «ministros» como cargo diplomático, en el sentido que María Moliner define como «Nombre genérico aplicable como definición o con una especificación a los agentes diplomáticos». (N. de los T.). <<

[5] Hitler. «Huno» era un término peyorativo para referirse a los alemanes. (N. de los T.). <<

[6] «Prefiero ser botones que piloto en portaaviones y pillar la mejor tranca sin tirar de la palanca». (N. de los T.). <<

[7] Tipo de antiaéreo japonés que combinaba metralla y material incendiario. (N. de los T.). <<

[8] Los discos solares de la bandera nacional japonesa, en la jerga de los aliados. (N. de los T.). <<

[9] Gran embalse situado en la actual Renania del norte de Westfalia, próximo a la importante zona industrial de la cuenca del Ruhr. (N. de los T.). <<

[10] Indios navajos que utilizaban su lengua para las transmisiones secretas, con la ventaja de que ello resultaba indescifrable e incomprensible para el enemigo. (N. de los T.). <<

[11] «Tres ratones ciegos», una canción infantil muy conocida en los países de habla inglesa. (N. de los T.). <<

[12] Canción patriótica británica, muy popular, cuya letra proviene del poema de James Thomson «Rule, Britannia» y que Thomas A. Arne músico en 1740. (N. de los T.). <<

[13] Unos 12 260 kg de aluminio y más de 450 kg de cobre. (N. de los T.). <<

[14] El comentario original contiene un juego de palabras intraducible: en inglés, *bugs* significa tanto «fallos, problemas» como «bichos, insectos». Literalmente, decía: «tenía tantos *bugs* como el departamento entomológico del Smithsoniano». (N. de los T.). <<

[15] Ventanita con forma de cúpula, para las observaciones astronómicas. (N. de los T.). <<

[16] Esto es, «¡B-29, B-29!». (N. de los T.). <<

[17] Provincia integrada hoy en Pakistán. (N. de los T.). <<

[18] Oficial indio de mayor relevancia en un regimiento de cipayos. (N. de los T.). <<

[19] En los Estados Unidos, término despectivo aplicado a los (marinos) ingleses, similar a nuestro «gabacho» para los franceses. Hace referencia al zumo de limas usado para prevenir el escorbuto en la Marina británica (y otras). (N. de los T.). <<

[20] El libro no consta como traducido al español; la película, de 1944, se tradujo como *El pirata y la dama*. (N. de los T.). <<

[21] El RAOC era un cuerpo del ejército británico especializado en el suministro y mantenimiento de munición y materiales de artillería. En Gran Bretaña, Billy Butlin organizaba «campamentos de vacaciones» para niños sin muchos recursos; tuvieron uso militar durante la Segunda Guerra Mundial.
Changi fue una cárcel y un campamento de prisioneros de guerra, británicos en origen, y utilizados por los japoneses tras su conquista de Singapur; los «pies de Changi» hacen referencia a los pies edematosos, síntoma, entre otros, del beriberi y otras carencias vitamínicas.
Las fiebres «del agua negra» son las propias de la hemoglobinuria palúdica. (N. de los T.). <<

[22] Famoso club de golf de la India, fundado en 1918. (N. de los T.). <<

[23] «Give us patience to endure / Keep our hearts serenity and purity, / Give us courage, charity, / Greater faith, humility, / Readiness to own Thy will, / Be we free or captive still». <<

[24] Nombre japonés de las islas Ryukyu. (N. de los T.). <<

[25] Jabón de manos perfumado, de gran popularidad en aquella época. (N. de los T.). <<

[26] Aviones enemigos no identificados, en la jerga. Originalmente, el *Bogey o Bogeyman* es una figura equivalente a la del *Coco, el Hombre del Saco*, etc. (N. de los T.). <<

[27] El caza japonés Kawasaki Ki-45 «Matadragones». (N. de los T.). <<

[28] En el código conjunto de los ejércitos de Marina y Tierra de los Estados Unidos, antecedente del más conocido «*Sierra Bravo Dos Charlie*», como se diría hoy en la OTAN. (N. de los T.). <<

[29] Acorazado británico hundido por bombarderos japoneses en 1941, junto con el *Repulse*, como se ha mencionado varios capítulos atrás. (N. de los T.). <<

[30] Hijo de japoneses nacido en el extranjero. (N. de los T.). <<

[31] Supermarine Seafire, versión del conocido Spitfire, y Fairey Firefly. (N. de los T.). <<

[32] Por sus siglas en inglés *Special Operations Executive*. (N. de los T.). <<

[33] Literalmente «chocador», «de choque». (N. de los T.). <<

[34] SEAC por sus siglas en inglés South EastAsia Command. (N. de los T.). <<

[35] El programa del mismo nombre, o *Lend-Lease Programm* en inglés, permitió a Estados Unidos abastecer entre 1941 y 1945 con grandes cantidades de material bélico al Reino Unido, la Unión Soviética, China, Francia y otros países aliados normalmente a cambio de terrenos en los que establecer bases militares. (N. de los T.). <<

[36] Nombre en clave con el significado de «niño pequeño» o «muchachito» otorgado a la bomba que habría de lanzarse sobre Hiroshima. (N. de los T.). <<

[37] Así llamado en honor de la madre de su piloto, el coronel Paul Tibbets. (N. de los T.). <<

[38] Así llamado como juego de palabras realizado a partir de la palabra *boxcar* (literalmente «vagón de mercancías») y que, con el sentido de «el vagón de Bock», hacía referencia a su piloto, el capitán Frederick Bock. (N. de los T.). <<

[39] Literalmente «el gordo». (N. de los T.). <<

[40] «Manos arriba» en alemán. (N. de los T.). <<

[41] Encargado de comunicar a su batería, la posición del objetivo enemigo sobre el que esta, ha de hacer fuego. (N. de los T.). <<

[42] Término formal para designar lo que, en términos más comunes, se conoce como «haraquiri». (N. de los T.). <<

[43] La actual Yakarta y capital de las Indias Orientales Holandesas. (N. de los T.). <<

[44] En referencia a la «marcha de la muerte» de Bataan a la que ya se ha hecho alusión en el capítulo 19. (N. de los T.). <<

[45] La libra cotiza en la actualidad, aproximadamente, 1,5 euros. (N. de los T.). <<

[46] *Guerra y paz*, traducción del ruso de Lydia Kúper, del Taller de Mario Muchnik (Libro Cuarto, Cuarta Parte: XII, p. 1595). (N. de los T.). <<